Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa (Unesco)

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

VII. Africa bajo el dominio colonial (1880-1935)

DIRECTOR DEL VOLUMEN: A. ADU BOAHEN



tecnos / UNESCO

Este volumen VII de la *Historia General de Africa* examina el período de partición, conquista y ocupación desde los comienzos de la «lucha europea por Africa» hasta la invasión de Etiopía por la Italia fascista en 1935. A lo largo de todo el texto, el centro de atención se dirige a las respuestas de los propios africanos ante el reto del colonialismo.

Los dos primeros capítulos contemplan las actitudes y disposición de los africanos en vísperas de la época colonial, así como los antecedentes de las ambiciones imperiales europeas. Los siete capítulos siguientes tratan de las iniciativas y reacciones africanas ante la partición y conquista hasta la Primera Guerra Mundial. A una visión de conjunto se añaden análisis regionales más detallados. Los capítulos 13 a 21 tienen por tema las repercusiones económicas y sociales de los sistemas coloniales en Africa desde 1919 hasta 1935; el funcionamiento de la economía colonial en las zonas francesas, belgas, portuguesas y británicas y en el norte de Africa; la aparición de nuevas estructuras sociales y modelos demográficos, así como el papel de la religión y de las artes en Africa durante el período colonial. La parte final estudia el auge de los movimientos anticoloniales, la consolidación del nacionalismo político africano y la influencia mutua entre el Africa negra y los negros del Nuevo Mundo. Liberia y Etiopía merecen un tratamiento especial en sendos capítulos.

Cada capítulo está profusamente ilustrado con mapas, figuras y fotografías en blanco y negro. El texto se acompaña de notas a pie de página, muchas de las cuales hacen referencia a la extensa bibliografía incluida, así como de un amplio índice analítico.

Ilustración de la cubierta: Relieve del palacio del rey de Dahomey (Benin) en Abomey.

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

VII

África bajo el dominio colonial (1880-1935)

COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA HISTORIA GENERAL DE AFRICA (UNESCO)

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

VII

Africa bajo el dominio colonial (1880-1935)

DIRECTOR DEL VOLUMEN

A. ADU BOAHEN

tecnos / UNESCO

LA CASA DE AFRICA
MUSEO
MUSEO DE LA CIUDAD

Los autores son responsables de la elección y de la presentación de los hechos que figuran en esta obra, así como de las opiniones expresadas en ella, que no son necesariamente las de la UNESCO, y que no comprometen a la Organización.

Vía 220
Ref 1311
Localización:
A361 Une H T7

Publicada conjuntamente por:

— Editorial Tecnos, S.A.
O'Donnell, 27
28009 Madrid, España
y
— UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
7, place Fontenoy,
75700 París, Francia

Título original: *Histoire Générale de l'Afrique*. Vol. VII: *L'Afrique sous domination coloniale, 1880-1935*.

Traducción: Olga Azancot Caum, M.ª Teresa Couceiro Durán, Francisco Javier Ruiz Calderón y Tomás Rodríguez Cidón, preparada bajo la responsabilidad de Editorial Tecnos y con la contribución financiera de la UNESCO.

Impresión de sobrecubierta: Gráficas Molina

A 361
Une
H
T VII
91

4179
H T7

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de Editorial Tecnos, S.A.

© Editorial Tecnos, S.A., 1987
© Unesco 1985
ISBN: 84-309-0898-6 Obra completa Tecnos
ISBN: 84-309-0905-2 Volumen VII Tecnos
ISBN: 92-3-301713-3 Volumen VII Unesco
Depósito Legal: M-6691-1987

Printed in Spain. Impreso en España por Unigraf, S.A. Avda. Cámara de Industria, 38. Móstoles (Madrid)

INDICE GENERAL

Prólogo ..... *Pág.* 11
A. M. M'Bow

Presentación del proyecto 17
B. A. Ogot

Cronología 21

Capítulo 1: Africa y el desafío colonial 23
A. Adu Boahen

Capítulo 2: La división y conquistas europeas en Africa: visión general 41
G. N. Uzoigwe

Capítulo 3: Resistencia e iniciativas africanas frente a la división y la conquista 69
T. O. Ranger

Capítulo 4: Resistencia e iniciativas africanas en Africa del Noreste ... 87
H. A. Ibrahim
Basado en una colaboración del fallecido Abbas I. Ali

Capítulo 5: Resistencia e iniciativas africanas en Africa del Norte y el Sahara 111
A. Laroui

Capítulo 6: Iniciativas y resistencia africanas en Africa Occidental, 1880-1914 137
M. Bayegueye y A. Adu Boahen

Capítulo 7: Resistencia e iniciativas africanas en Africa Oriental, 1880-1914 173
H. A. Mwanzi

Capítulo 8: Resistencia e iniciativas africanas en Africa Central, 1880-1914 193
A. ISAACMAN y J. VANSINA

Capítulo 9: Resistencia e iniciativas africanas en el Sur de Africa 219
D. CHANAIWA

Capítulo 10: Madagascar, 1880-1939: reacción e iniciativas africanas a la conquista y dominación coloniales 247
M. ESOAVELOMANDROSO

Capítulo 11: Liberia y Etiopía, 1880-1914: la supervivencia de dos Estados africanos 275
M. B. AKPAN

Capítulo 12: La primera guerra mundial y sus consecuencias 309
M. CROWDER

Capítulo 13: Métodos e instituciones de la dominación europea 339
R. F. BETTS
Revisado por M. ASIWAJU

Capítulo 14: La economía colonial 359
W. RODNEY

Capítulo 15: La economía colonial de las antiguas zonas francesas, belgas y portuguesas, 1914-1935 379
C. COQUERY-VIDROVITCH

Capítulo 16: La economía colonial: las antiguas zonas británicas 411
M. H. Y. KANIKI

Capítulo 17: La economía colonial: Africa del Norte 451
I. La economía de Túnez, Argelia y Marruecos, 1919-1935 451
A. KASSAB
II. Libia, Egipto y Sudán 473
A. A. ABDUSSALAM y F. S. ABUSEDRA

Capítulo 18: Las repercusiones sociales del dominio colonial: aspectos demográficos 491
J. C. CALDWELL

Capítulo 19: Las repercusiones sociales del dominio colonial: las nuevas estructuras sociales 521
A. E. AFIGBO

Capítulo 20: La religión en Africa durante la era colonial 543
K. ASARE OPOKU

Capítulo 21: Las artes en Africa durante el período del dominio colonial 575
WOLE SOYINKA

Capítulo 22: La política y el nacionalismo africano 601
B. O. OLORUNTIMEHIN

Capítulo 23: Política y nacionalismo en Africa del Nordeste, 1919-1935 617
H. A. IBRAHIM

Capítulo 24: Política y nacionalismo en el Magreb y el Sahara 641
J. BERQUE

Capítulo 25: Política y nacionalismo en Africa Occidental, 1919-1935 .. 663
A. ADU BOAHEN

Capítulo 26: Política y nacionalismo en Africa Oriental, 1919-1935 689
E. S. ATIENDO-ODHIAMBO

Capítulo 27: Política y nacionalismo en Africa Central y del Sur, 1919-1935 715
A. B. DAVIDSON, A. ISAACMAN y R. PELISSIER

Capítulo 28: Etiopía y Liberia, 1914-1935: dos Estados africanos independientes en la era colonial 755
M. B. AKPAN
Basado en contribuciones de A. B. JONES y R. PANKHURST

Capítulo 29: Africa y el Nuevo Mundo 791
R. D. RALSTON
Con secciones sobre América Latina y el Caribe por Alburquerque Mourão

Capítulo 30: El colonialismo en Africa: su impacto y significado 829
A. ADU BOAHEN

Miembros del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa 859

Reseña biográfica de los autores del volumen VII 863

Bibliografía 869

Indices 899

ÍNDICE DE TEXTO

PROLOGO

AMADOU MAHTAR M'BOW
Director General de la UNESCO

Durante mucho tiempo, mitos y prejuicios de toda clase han ocultado al mundo la historia real de Africa. Las sociedades africanas eran tenidas por sociedades que no podían tener historia. Pese a los importantes trabajos realizados, desde los primeros decenios de este siglo, por pioneros como Léo Frobenius, Maurice Delafosse, Arturo Labriola, buen número de especialistas no africanos vinculados a ciertos postulados sostenían que esas sociedades no podían ser objeto de estudio científico, principalmente por falta de fuentes y de documentos escritos.

Aunque *La Iliada* y *La Odisea* podían ser consideradas con razón fuentes esenciales de la historia de la antigua Grecia, se negaba, en cambio, todo valor a la tradición oral africana, esa memoria de los pueblos que proporciona la trama de tantos acontecimientos que han marcado su vida. Al escribir la historia de una gran parte de Africa, se limitaban a fuentes exteriores a este continente, para dar una visión no de lo que podía ser la marcha de los pueblos africanos, sino de lo que se creía que debía ser. Con frecuencia, al ser tomada como punto de referencia la «Edad Media» europea, los sistemas de producción y las relaciones sociales, así como las instituciones políticas, no eran entendidos más que por referencia al pasado de Europa.

En realidad, se rehusaba ver en Africa al creador de culturas originales que se han desarrollado y perpetuado, a través de los siglos, por unos caminos que le son propios y que el historiador no puede, por tanto, comprender sin renunciar a ciertos prejuicios y sin renovar su método.

Asimismo, el continente africano casi nunca era considerado una entidad histórica. Por el contrario, se ponía el acento en todo lo que podía acreditar la idea de que habría existido una escisión, desde siempre, entre un «Africa blanca» y un «Africa negra», ignorantes la una de la otra. Frecuentemente se presentaba al Sáhara como un espacio impenetrable que hacía imposibles las mezclas de etnias y de pueblos, de intercambios de bienes, de creencias, de costumbres y de ideas, entre sociedades constituidas a una y otra parte del desierto. Se trazaban fronteras herméticas entre las civilizaciones del antiguo Egipto y de Nubia, y las de los pueblos subsaharianos.

Ciertamente, la historia de Africa al norte del Sáhara ha estado más tiempo vinculada a la de la cuenca mediterránea que la historia del Africa subsahariana, pero hoy día está ampliamente reconocido que las civilizaciones del continente africano, a través de la variedad de lenguas y culturas, forman, en grados diversos, las vertientes históricas de un conjunto de pueblos y de sociedades unidos por vínculos seculares.

Otro fenómeno ha perjudicado notablemente al estudio objetivo del pasado africano: me refiero a la aparición, con el tráfico negrero y la colonización, de estereotipos raciales generadores de desprecio y de incomprensión, y tan profundamente anclados que falsearon hasta los conceptos mismos de la historiografía. A partir del momento en que se recurrió a las nociones de «blancos» y de «negros» para nombrar genéricamente a los colonizadores, considerados como superiores, y a los colonizados, los africanos tuvieron que luchar contra un doble avasallamiento económico y psicológico. Reconocible por la pigmentación de su piel, convertido en una mercancía entre otras, dedicado a trabajos pesados, el africano llegó a simbolizar en la conciencia de sus dominadores una esencia racial imaginaria e ilusionariamente inferior de *negro*. Ese proceso de falsa identificación rebajó la historia de los pueblos africanos en el espíritu de muchos al rango de una etnohistoria en la que la apreciación de las realidades históricas y culturales no podía más que ser falseada.

La situación ha evolucionado mucho desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde que los países de Africa, al haber accedido a la independencia, participan activamente en la vida de la comunidad internacional y en los cambios mutuos que son su razón de ser. Cada vez mayor número de historiadores se han esforzado en abordar el estudio de Africa con más rigor, objetividad y amplitud de espíritu, utilizando —ciertamente con las precauciones de costumbre— las fuentes africanas mismas. En el ejercicio de su derecho a la iniciativa histórica, los africanos por sí mismos han sentido profundamente la necesidad de restablecer sobre bases sólidas la historicidad de sus sociedades.

Esto justifica la importancia de la *Historia General de Africa*, en ocho volúmenes, cuya publicación inicia la UNESCO.

Los especialistas de numerosos países que han trabajado en esta obra se han afanado primero en poner los fundamentos teóricos y metodológicos. Se han preocupado por cuestionar las simplificaciones abusivas a las que había dado lugar una concepción lineal y limitativa de la historia universal, y de restablecer la verdad de los hechos siempre que eso era necesario y posible. Se han esforzado en analizar los datos históricos que permiten seguir mejor la evolución de los diferentes pueblos africanos en su especificidad sociocultural.

En esta tarea inmensa, compleja y ardua, vista la diversidad de las fuentes y la dispersión de los documentos, la UNESCO ha procedido por etapas. La primera fase (1965-1969) ha sido la de los trabajos de documentación y planificación de la obra. Se han realizado actividades prácticas sobre el terreno: campañas de recogida de la tradición oral, creación de centros regionales de documentación para la tradición oral, recogida de manuscritos inéditos en árabe y «ajami» (lenguas africanas escritas en caracteres árabes), inventario de los archivos y preparación de una *Guía de las fuentes de la historia de Africa*, partiendo de los archivos y bibliotecas de Europa, publicada después en nueve volúmenes. Además, se han

organizado encuentros entre los especialistas, en los que africanos y personas de otros continentes han discutido cuestiones de metodología y trazado las grandes líneas del proyecto tras un atento examen de las fuentes disponibles.

Una segunda etapa, dedicada a la puesta a punto y la articulación del conjunto de la obra, ha durado de 1969 a 1971. En el transcurso de ese período, reuniones internacionales de expertos celebradas en París (1969) y en Addis Abeba (1970) tuvieron que examinar y precisar los problemas referentes a la redacción y publicación de la obra: presentación en ocho volúmenes, edición principal en inglés, francés y árabe, así como su traducción a lenguas africanas tales como el kiswahili, hawsa, peul, yoruba o lingala. También están previstas traducciones al alemán, ruso, portugués, español y chino, así como ediciones abreviadas accesibles a un público más amplio, africano e internacional.

La tercera fase ha sido la de la redacción y la publicación. Comenzó por el nombramiento de un Comité Científico Internacional de 39 miembros, que comprende dos terceras partes de africanos y una tercera parte de no africanos, al que incumbe la responsabilidad intelectual de la obra.

Al ser interdisciplinar, el método seguido se ha caracterizado por la pluralidad de los enfoques teóricos y de las fuentes. Entre éstas hay que citar en primer lugar la arqueología, que encierra una gran parte de las claves de la historia de las culturas y de las civilizaciones africanas. Gracias a ella, se está de acuerdo hoy en reconocer que Africa fue, con toda probabilidad, la cuna de la humanidad, que allí se asistió a una de las primeras revoluciones tecnológicas de la historia —la del neolítico— y que con Egipto floreció una de las civilizaciones más brillantes del mundo. Luego hay que citar la tradición oral, que, hasta hace poco ignorada, aparece hoy como una fuente preciosa de la historia de Africa, que permite seguir la marcha de sus diferentes pueblos en el espacio y en el tiempo, comprender desde el interior la visión africana del mundo y captar los caracteres originales de los valores que fundamentan las culturas y las instituciones del continente.

Hay que agradecer al Comité Científico Internacional encargado de esta *Historia general de Africa*, y a su ponente, así como a los directores y autores de los diferentes volúmenes y capítulos, haber proyectado una luz original sobre el pasado de Africa, abarcada en su totalidad, evitando todo dogmatismo en el estudio de cuestiones esenciales, como el tráfico negrero, esa «sangría sin fin» responsable de una de las deportaciones más crueles de la historia de los pueblos y que vació el continente de una parte de sus fuerzas vivas, mientras que ejercía un papel determinante en el desarrollo económico y comercial de Europa; de la colonización con todas sus consecuencias sobre los planos de la demografía, la economía, la psicología, la cultura; de las relaciones entre el Africa al sur del Sáhara y el mundo árabe; del proceso de descolonización y de construcción nacional que moviliza la razón y la pasión de personas aún vivas y a veces en plena actividad. Todas estas cuestiones han sido abordadas con un afán de honestidad y rigor que no es el menor mérito de la presente obra. Esta ofrece también la gran ventaja de señalar el punto de nuestros conocimientos sobre Africa y al proponer diversos análisis sobre las culturas africanas, así como una nueva visión de la historia, de señalar las sombras y las luces, sin disimular las divergencias de opiniones entre eruditos.

Al mostrar la insuficiencia de los enfoques metodológicos tanto tiempo utilizados en la investigación sobre Africa, esta nueva publicación invita a la renovación y la profundización de la doble problemática de la historiografía y de la identidad cultural que unen vínculos de reciprocidad. Y abre el camino, como todo trabajo histórico de valía, a múltiples investigaciones nuevas.

Así es como, además, el Comité Científico Internacional, en estrecha colaboración con la UNESCO, ha tenido que emprender estudios complementarios a fin de profundizar algunas cuestiones que permitirán tener una visión más clara de algunos aspectos del pasado de Africa. Estos trabajos publicados en la serie «UNESCO - Estudios y documentos - Historia general de Africa» completarán útilmente la presente obra. Este esfuerzo será igualmente proseguido por la elaboración de obras que versen sobre la historia nacional o subregional.

Esta Historia general pone a la vez en evidencia la unidad histórica de Africa y las relaciones de ésta con los demás continentes, principalmente con América y el Caribe. Durante mucho tiempo, las expresiones de la creatividad de los descendientes de africanos en América habían sido aisladas por ciertos historiadores en un conglomerado heteróclito de *africanismos*; esta visión, ni qué decir tiene, no es la de los autores de la presente obra. Aquí, la resistencia de los esclavos deportados a América, el hecho del «marronaje» político y cultural, la participación constante y masiva de los descendientes de africanos en las luchas de la primera independencia americana, lo mismo que en los movimientos nacionales de liberación, son justamente examinados por lo que fueron: vigorosas afirmaciones de identidad que han contribuido a forjar el concepto universal de humanidad. Hoy es evidente que la herencia africana ha señalado, más o menos según los lugares, los modos de sentir, de pensar, de soñar y de obrar de ciertas naciones del hemisferio occidental. Desde el sur de Estados Unidos hasta el norte del Brasil, pasando por el Caribe, así como en la costa del Pacífico, las aportaciones culturales heredadas de Africa son visibles por todas partes; en algunos casos constituyen incluso los fundamentos esenciales de la identidad cultural de algunos de los elementos más importantes de la población.

Asimismo, esta obra ilumina con claridad las relaciones de Africa con Asia del sur a través del océano Indico, como también las aportaciones africanas a las demás civilizaciones en el juego de los mutuos intercambios.

Estoy convencido de que los esfuerzos de los pueblos de Africa por conquistar o reforzar su independencia, asegurar su desarrollo y consolidar sus especificidades culturales deben enraizarse en una conciencia histórica renovada, intensamente vivida y asumida de generación en generación.

Y mi formación profesional, la experiencia que he adquirido, desde los comienzos de la independencia, como enseñante y Presidente de la primera comisión creada con vistas a la reforma de los programas de enseñanza de la historia y de la geografía en ciertos países de Africa del oeste y del centro, me han mostrado cuán necesario era para la educación de la juventud y la información del público una obra de historia elaborada por eruditos que conozcan desde dentro los problemas y esperanzas de Africa y que sean capaces de considerar y estudiar el continente en su conjunto.

Por todas estas razones, la UNESCO se esforzará en que esta *Historia General de Africa* sea ampliamente difundida, en numerosas lenguas, y sirva de base

a la elaboración de libros para niños, manuales escolares y programas de televisión y radio. Así, jóvenes, escolares, estudiantes y adultos de Africa y de otros lugares podrán tener una mejor visión del pasado del continente africano, de los factores que lo explican, y una comprensión más justa de su patrimonio cultural y de su contribución a favorecer la cooperación internacional y a reforzar la solidaridad de los pueblos en sus aspiraciones a la justicia, al progreso y a la paz. Al menos éste es el voto que formulo muy sinceramente.

Sólo me queda expresar mi profunda gratitud a los miembros del Comité Científico Internacional, al ponente, a los directores de los diferentes volúmenes, a los autores y a todos quienes han colaborado en la realización de esta prodigiosa empresa. El trabajo efectuado y la contribución aportada muestran perfectamente lo que unos hombres, llegados de horizontes diversos, pero animados de una misma buena voluntad y de un mismo entusiasmo al servicio de la verdad de todos los hombres, pueden hacer, en el marco internacional que ofrece la UNESCO, para llevar a feliz término un proyecto de un gran valor científico y cultural. Mi reconocimiento se extiende igualmente a las organizaciones y gobiernos que, mediante sus donativos generosos, han permitido a la UNESCO publicar esta obra en diferentes lenguas y asegurarle la difusión universal que merece, al servicio de la comunidad internacional entera.

Los volúmenes I y II han aparecido en español y en portugués; el volumen I ha aparecido en árabe.

Ocho (8) números de esta serie han aparecido, y versan respectivamente sobre: n.° 1.— El poblamiento del Egipto antiguo y el desciframiento de la escritura meroítica; 2.— La trata de negros del siglo XV al XIX; n.° 3.— Relaciones históricas a través del océano Indico; n.° 4.— La historiografía del Africa austral; n.° 5.— La descolonización de Africa: Africa austral y Cuerno de Africa; n.° 6.— Etnónimos y topónimos; n.° 7.— Las relaciones históricas y socio-culturales entre Africa y el mundo árabe; n.° 8.— La metodología de la historia del Africa contemporánea.

PRESENTACION DEL PROYECTO

BETHWELL A. OGOT
Presidente del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa

La Conferencia general de la UNESCO, en su decimosexta sesión, solicitó al Director general emprender la redacción de una *Historia General de Africa*. Este trabajo considerable fue confiado a un Comité Científico Internacional creado por el Consejo ejecutivo en 1970.

Según los términos de los estatutos adoptados por el Consejo ejecutivo de la UNESCO en 1971, este Comité se compone de 39 miembros (de los que dos terceras partes son africanos y una tercera parte no africanos) elegidos a título personal y nombrados por el Director general de la UNESCO mientras dure el mandato del Comité.

La primera tarea del Comité era definir las principales características de la obra. Y las definió en su segunda sesión así:

— Al aspirar a la máxima calidad científica posible, la Historia no pretende ser exclusivista, siendo una obra de síntesis que evitará el dogmatismo. Por muchos conceptos, constituye una exposición de los problemas que manifiestan el estado actual de los conocimientos y las grandes corrientes de la investigación, sin que dude en señalar, llegado el caso, las divergencias de opinión. De este modo preparará el camino a obras posteriores.

— Africa está considerada como un todo. El objetivo es mostrar las relaciones históricas entre las diferentes partes del continente, con demasiada frecuencia subdividido en las obras publicadas hasta ahora. Los vínculos históricos de Africa con los demás continentes reciben la atención que merecen, y son analizados bajo el ángulo de intercambios mutuos e influencias multilaterales, de modo que haga aparecer, bajo una claridad apropiada, la contribución de Africa al desarrollo de la humanidad.

— La *Historia General de Africa* es, ante todo, una historia de las ideas y de las civilizaciones, de las sociedades y de las instituciones. Y se funda en una gran diversidad de fuentes, comprendidas la tradición oral y la expresión artística.

— La *Historia* se analiza esencialmente desde el interior. Obra culta, científica, es también, en gran medida, el fiel reflejo del modo como los autores africanos ven su propia civilización. Aunque elaborada en un marco internacional y recurriendo a todos los datos actuales de la ciencia, la *Historia* será también un elemento capital para el reconocimiento del patrimonio cultural africano y pondrá en evidencia los factores que contribuyen a la unidad del continente. Esta voluntad de ver las cosas desde el interior constituye la novedad de la obra y podrá conferirle un gran valor de actualidad, además de sus cualidades científicas. Mostrando el auténtico rostro de Africa, la *Historia* podría, en una época dominada por las rivalidades económicas y técnicas, proponer una concepción particular de los valores humanos.

El Comité ha decidido presentar la obra, que abarca más de tres millones de años de historia de Africa, en ocho volúmenes, cada uno de los cuales comprende alrededor de 800 páginas de texto con ilustraciones, fotografías, mapas y dibujos.

Para cada volumen se ha designado un director principal asistido, en caso de necesidad, por uno o dos codirectores.

Los directores de volumen se han elegido tanto en el seno como en el exterior del Comité por éste mismo mediante la mayoría de dos tercios. Ellos son los encargados de la elaboración de los volúmenes de acuerdo con las decisiones y los planes establecidos por el Comité. Son responsables en el plano científico ante el Comité —o, entre dos sesiones del Comité, ante la Junta— del contenido de los volúmenes, de la puesta a punto definitiva de los textos, de las ilustraciones y, en general, de todos los aspectos científicos y técnicos de la *Historia*. Es la Junta la que en última instancia aprueba el manuscrito final, que cuando se considera listo para su publicación es enviado por la Junta al Director general de la UNESCO. El Comité —o la Junta entre dos sesiones del Comité— es, pues, el responsable de la obra.

Cada volumen comprende unos treinta capítulos, cada uno de los cuales tiene un autor principal, asistido, si es preciso, por uno o dos colaboradores.

Los autores son elegidos por el Comité a la vista de su *curriculum vitae*, con preferencia por los autores africanos, a reserva de que posean los títulos exigidos. El Comité cuida especialmente de que todas las regiones del continente, así como otras regiones que hayan tenido relaciones históricas o culturales con Africa, estén, en la medida de lo posible, equitativamente representadas entre los autores.

Tras su aprobación por el director del volumen, el texto de los diferentes capítulos es enviado a todos los miembros del Comité para su crítica.

Por lo demás, el texto del director del volumen se somete al examen de un comité de lectura, designado en el seno del Comité Científico Internacional en función de las competencias de sus miembros; este comité está encargado de realizar un análisis profundo del fondo y la forma de los capítulos.

La Junta aprueba en última instancia los manuscritos.

Este procedimiento, que puede parecer largo y complejo, se ha visto necesario por permitir la aportación del máximo de garantías científicas a la *Historia General de Africa*. En efecto, ha ocurrido que la Junta rechaza algunos manuscritos o pide arreglos importantes, o incluso confía la redacción del capítulo a otro autor. A veces, se consulta a especialistas de un período determinado de la historia, o de una cuestión determinada, para la definitiva puesta a punto de un volumen.

La obra será publicada primeramente, en edición principal, en inglés, francés y árabe, y en otra en rústica en las mismas lenguas citadas.

Una versión abreviada, en inglés y francés, servirá de base para la traducción a lenguas africanas. El Comité Científico Internacional ha seleccionado, como principales lenguas africanas en las que la obra será traducida, el kiswahili y el hawsa.

También se ha pretendido asegurar, en la medida de lo posible, la publicación de la *Historia General de Africa* en varias lenguas de gran difusión internacional (entre otras, alemán, chino, español, italiano, japonés, portugués, ruso, etc.).

Se trata, por consiguiente, como puede verse, de una empresa gigantesca que constituye una inmensa apuesta para los historiadores de Africa y la comunidad científica en general, así como para la UNESCO al concederle su patronazgo. Fácilmente se puede imaginar, en efecto, la complejidad de una tarea como la redacción de una historia de Africa que cubre, en el espacio, todo un continente y, en el tiempo, los cuatro últimos millones de años, respeta las normas científicas más cualificadas y recurre, como debe hacerse, a especialistas que pertenecen a un abanico de países, culturas, ideologías y tradiciones históricas. Es ésta una empresa continental, internacional e interdisciplinaria de gran envergadura.

En conclusión, debo subrayar la importancia de esta obra para Africa y el mundo entero. En el momento en el que los pueblos de Africa se esfuerzan por unirse y mejor forjar juntos sus destinos respectivos, un buen conocimiento del pasado de Africa y una toma de conciencia de los vínculos que unen a los africanos entre sí y a Africa con los demás continentes deberían facilitar, en gran medida, la comprensión mutua entre los pueblos de la tierra, pero, sobre todo, facilitar el conocimiento de un patrimonio cultural que es el bien de la humanidad entera.

8 de agosto de 1979

CRONOLOGIA

Se ha acordado adoptar la presentación siguiente en la redacción de las fechas:

Para la Prehistoria, las fechas pueden representarse de dos maneras diferentes:

— como referencia a la época actual, son las fechas BP (before present, antes de ahora), siendo el año de referencia + 1950; todas las fechas son, pues, negativas con relación a + 1950;

— como referencia al comienzo de la era cristiana; las fechas expresadas con relación a la era cristiana están señaladas con un simple signo — o + delante de las fechas. Por lo que se refiere a los siglos, las menciones «antes de Jesucristo» y «después de Jesucristo» son sustituidas por «antes de la era cristiana» y «de la era cristiana».

Ejemplos: 1) 2300 BP = — 350.

2) 2900 antes de J. C. = — 2900.
1800 después de J. C. = + 1800.

3) Siglo V a. J. C. = Siglo V antes de la era cristiana.
Siglo III d. J. C. = Siglo III de la era cristiana.

Capítulo 1

AFRICA Y EL DESAFIO COLONIAL

A. ADU BOAHEN

Nunca en la historia Africa habían ocurrido tantos cambios, ni a tal velocidad, como los que tuvieron lugar entre 1880 y 1935. En realidad, el más fundamental y dramático —incluso trágico— de estos cambios tuvo lugar en un período de tiempo más corto, entre 1890 y 1910, el período en que las potencias imperiales conquistaron y ocuparon al continente africano prácticamente entero y establecieron el sistema colonial. El período posterior a 1910 fue, esencialmente, de consolidación y explotación del sistema. La velocidad a la que se desarrolló este drama fue verdaderamente asombrosa, pues hasta 1880 sólo algunas zonas muy limitadas de Africa estaban bajo el gobierno directo de europeos. En todo el oeste de Africa, sólo la isla de Senegal y la zona costera, la ciudad de Freetown y sus alrededores (hoy en día Sierra Leona), el sur de la Costa de Oro (actualmente Ghana), la costa de Abidjan en Costa de Marfil, Porto Novo en Dahomey (hoy Benin) y la isla de Lagos (en lo que hoy es Nigeria) estaban gobernadas directamente por europeos. En Africa del Norte, sólo Argelia estaba colonizada en 1880 por los franceses. En la parte oriental de Africa, los gobiernos europeos no controlaban ni una pulgada de tierra y en la zona central, sólo estrechas zonas costeras de Mozambique y Angola estaban gobernadas por los portugueses. Unicamente en el sur de Africa, el gobierno extranjero no sólo había sido firmemente implantado sino que, además, se extendía considerablemente hacia el interior del territorio (ver Fig. 1.). En resumen, en una fecha tan tardía como 1880, alrededor del 80% del continente africano estaba gobernado por sus propios reyes, reinas, clanes y cabezas de linajes, en imperios, reinos, comunidades y organizaciones de diversos tamaños y formas.

Sin embargo, durante los treinta años siguientes, esta situación sufrió un cambio enorme y verdaderamente revolucionario. En 1914, y con las únicas excepciones de Etiopía y Liberia, Africa entera estaba ya sometida a la autoridad de las potencias europeas y dividida en colonias de diversos tamaños que, generalmente, eran mucho más extensas que los sistemas de organización previos y con frecuen-



FIG. 1.1. Africa antes de la partición: extensión de las conquistas hacia 1880

cia tenían poco o nada que ver con dichos sistemas. Pero en ese tiempo Africa no sólo perdió su soberanía e independencia. Surgió también un ataque a las culturas establecidas. Tal como señaló en 1930 Ferhat Abbas, refiriéndose a la colonización francesa de Argelia, para los franceses, la colonización era «simplemente una aventura militar y económica defendida a continuación por un régimen administrativo apropiado». Pero para los argelinos fue «una verdadera revolución, que destruyó todo un antiguo mundo de creencias e ideas y una forma de vida inmemorial. Enfrentó a todo un pueblo con un cambio brusco. Sin ninguna preparación previa, una nación entera se vio obligada a adaptarse o perecer. Esta situación tiene forzosamente que conducir a un desequilibrio físico y moral, cuya esterilidad no se halla muy lejos de la desintegración total» [1]. Esta descripción de la naturaleza del colonialismo es válida no sólo para el colonialismo francés de Argelia sino también para el colonialismo europeo de toda el Africa; la diferencia es de grado, no de género, de estilo, no de esencia. En otras palabras, pues, durante el período que va de 1880 a 1935, Africa se enfrentó a un reto muy serio, el desafío del colonialismo.

LA PREPARACION DE AFRICA

¿Cuál fue la actitud de los africanos mismos con respecto al colonialismo, que implica, tal como ocurrió, un cambio tan fundamental en la naturaleza de las relaciones que existían entre ellos y los europeos desde hacía trescientos años? Hasta ahora, esta pregunta no ha sido considerada seriamente por los historiadores, ni por los africanos ni por los europeos, pero necesita una respuesta. La respuesta es completamente clara e inequívoca: una abrumadora mayoría de las autoridades y líderes africanos se opuso vehementemente a este cambio y expresó su determinación de mantener el statu quo, y, por encima de todo, de conservar su soberanía e independencia. Y con respecto a esto último, prácticamente ninguno de ellos estaba dispuesto a transigir. Esta respuesta puede ser documentada con las palabras textuales de los mismos líderes africanos de la época. En 1891, Prempeh I de Asante, en la Costa de Oro, respondió así a la oferta británica de protección:

> La sugerencia de que Asante, en su estado actual, debe aceptar y disfrutar de la protección de Su Majestad la Reina y Emperatriz de la India, puedo decir que es un asunto que debe ser considerado muy seriamente, y con respecto a eso, me siento feliz de decir que hemos llegado a esta conclusión, que mi reino de Asante nunca se comprometerá con ninguna política semejante. Asante debe permanecer tal como antiguamente y al mismo tiempo permanecer en términos amistosos con todos los hombres blancos. No escribo esto con espíritu fanfarrón sino en el sentido claro de su significación... la causa de Asante está progresando y no hay ninguna razón para que ningún hombre asante se sienta alarmado ante el porvenir o para creer por un solo instante que nuestra causa ha retrocedido a causa de los acontecimientos de las hostilidades pasadas [2].

---

[1] F. Abbas, 1931, p. 9 citado por J. Berque en el capítulo 24, de esta obra.
[2] Citado por J. Fynn en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 43-4.

En 1895, Wobogo, el naba moro, o rey de los mossis (en el moderno Alto Volta), declaró al oficial francés, Capitán Destenave:

> Sé que los blancos desean matarme para apoderarse de mi país, y usted declara aún que me ayudarán a organizar mi país. Pero yo encuentro que mi país es bueno tal como es. No los necesito. Conozco lo que es necesario para mí y lo que quiero: tengo mis propios mercaderes; además, considérese afortunado de que no dé orden de que le corten la cabeza. Ahora váyase, y sobre todo, no vuelva nunca [3].

Sentimientos similares fueron expresados por Lat Dior, el damel de Cayor (hoy en día Senegal) en 1883 (citado en el capítulo 6 de esta obra), el rey Machemba del Yao, en lo que hoy es Tanzania, en 1890 (citado en el capítulo 3 de esta obra) y Hendrik Wittboi, un rey en lo que hoy es Namibia (citado en el capítulo 3 de esta obra). Pero la última evidencia que me gustaría citar aquí, y la más fascinante, es el conmovedor llamamiento a la reina Victoria de Gran Bretaña que hizo Menelik de Etiopía en abril de 1891. Los jefes de Estado de Francia, Alemania, Italia y Rusia recibieron cartas similares. En este llamamiento, Menelik define primero las fronteras que Etiopía tenía en aquel tiempo, y, expresando sus ambiciones expansionistas personales, declara su intención de restablecer «los antiguos límites de Etiopía hasta Jartum y el lago Niza, incluyendo todos los territorios de Gallas», y añade:

> *No tengo en absoluto intención de ser un espectador indiferente, si las potencias lejanas tienen la idea de dividir Africa, habiendo sido Etiopía durante los últimos catorce siglos una isla de cristianos en un mar de paganos.*
> Puesto que el Todopoderoso ha protegido a Etiopía hasta ahora, tengo la esperanza de que en el futuro continuará haciéndolo, incluso en mayor medida, y no pienso ni por un momento que dividirá a Etiopía entre otras potencias.
> Antiguamente, la frontera de Etiopía era el mar. Al fallar el uso de la fuerza y la ayuda de los cristianos nuestra frontera del mar cayó en manos de los musulmanes. Hoy en día, no pretendemos ser capaces de recuperar nuestra costa marítima por la fuerza, pero tenemos la esperanza de que, aconsejados por nuestro Salvador, Jesucristo, las potencias cristianas nos devolverán nuestra frontera marítima, o de que nos darán al menos algunos puntos a lo largo de la costa [4].

Cuando, a pesar de este llamamiento, los italianos, con el consentimiento de Gran Bretaña y Francia, lanzaron su campaña contra Etiopía, Menelik emitió una proclama de movilización, con fecha 17 de septiembre de 1895, en la que declaraba:

> Ahora han venido enemigos contra nosotros con el objeto de arruinar nuestro país y cambiar nuestra religión... Nuestros enemigos han comenzado el asunto avanzando y cavando en el país como topos. Con la ayuda de Dios no les entregaré mi país... Los que sois fuertes, dadme hoy vuestra fuerza, y los que sois débiles, ayudadme con la oración [5].

Estas son las palabras de los hombres que se enfrentaron con el reto colo

---

[3] Citado por M. Crowder, 1968, p. 97.
[4] Archivos del Ministro de Asuntos Exteriores (Roma), ASMAI, Etiopía Pos. 36/13-109 Menelik a la reina Victoria, Addis Abeba, 14 *Miazia*, 1883, incl. en Tarnielli a MAE, Londres, 6 de agosto de 1891.
[5] Citado por H. Marcus, 1975, p. 160.

y prueban, más allá de toda duda, la fuerza de su determinación de oponerse a los europeos y de defender su soberanía, religión y forma de vida tradicional.

Estas citas dejan igualmente claro que estos gobernantes tenían confianza en su preparación para enfrentarse a los invasores europeos, y podrían haber estado preparados para ello. En primer lugar, tenían total confianza en su magia, sus antepasados y, por supuesto, en que sus dioses o su dios vendrían en su ayuda, y muchos de ellos, en la víspera de la confrontación física, recurrieron a oraciones, sacrificios, hierbas o encantamientos. Tal como registró Elliot P. Skinner:

> Los mossis creen que cuando los franceses atacaron Ouagadougou, el depuesto Mogho Naba Wobogo hizo sacrificios a los santuarios de la tierra. La tradición asegura que sacrificó un gallo negro, un carnero negro, un burro negro y un esclavo negro en una gran colina próxima al río Volta Blanco, suplicando a la diosa de la tierra que alejara a los franceses y destruyera al traidor Mazi a quien los franceses habían puesto en el trono[8].

Y tal como se verá en muchos de los capítulos siguientes, la religión fue realmente una de las armas usadas contra el colonialismo. Por otra parte, muchos de los gobernantes africanos habían sido capaces de construir imperios de diversos tamaños sólo un par de décadas antes y, algunos, todavía estaban en proceso de expansión o restauración de sus reinos. Muchos de ellos habían sido capaces de defender su soberanía con el apoyo de sus pueblos y éstos habían utilizado para ello armas y tácticas tradicionales. Algunos de ellos, como por ejemplo Samori Ture del imperio mandinga de Africa occidental, y Menelik de Etiopía, habían sido capaces de modernizar sus ejércitos. Por eso, en aquel tiempo, los gobernantes africanos no veían ninguna razón que pudiera impedirles mantener su soberanía. Además, algunos creían que podrían mantener a distancia a los invasores por medio de la diplomacia. Tal como veremos más adelante, en 1889, mientras Cecil Rhodes se preparaba para ocupar el territorio de los ndebeles, su rey, Lobengula, enviaba a Londres una delegación para hablar con la reina Victoria; y, en 1896, mientras el ejército invasor británico marchaba hacia Kumasi para apoderarse de Prempeh, cinco años después de que hubiera rechazado la oferta británica de protección, envió una poderosa misión diplomática a la reina Victoria. Tal como hemos visto más arriba, Menelik dirigió un llamamiento similar a la misma reina así como a otros jefes de Estado europeos.

De las citas anteriores se desprende claramente que, de hecho, muchos de los gobernantes africanos dieron la bienvenida a los nuevos cambios que se estaban introduciendo de manera constante desde la tercera década del siglo XIX, ya que, hasta ese momento, tales cambios no habían amenazado su soberanía e independencia. En el Africa occidental, por ejemplo, gracias a las actividades de los misioneros, y en una fecha tan temprana como 1827, se había fundado ya en Sierra Leona el Fourah Bay *College*, y en la década de 1870 se establecieron escuelas primarias y secundarias en Costa de Oro y Nigeria. En verdad, el pan-africanista nacido en el Caribe, Edward Wilmont Blyden había hecho ya un llamamiento para fundar una universidad en Africa occidental. En una fecha tan temprana co-

[8] E. P. Skinner, 1964, p. 133. Ver también E. Isichei, 1977, p. 181.

mo 1887, algunos africanos acomodados habían empezado incluso a enviar a sus hijos a Europa para que recibieran más educación y preparación profesional y algunos de ellos habían regresado a la Costa de Oro como abogados y médicos doctorados.

Por encima de todo, a consecuencia de la abolición del horrible e inhumano tráfico de esclavos, los africanos habían podido evolucionar hacia una economía basada en la exportación de cultivos rentables —aceite de palma en Nigeria, cacahuetes en Senegal y Gambia—, todo esto antes de 1880, y en 1879, Tetteh Quashie acababa de reintroducir en la Costa de Oro el cacao, procedente de Fernando Po. Y todo ello había tenido lugar sin que se estableciera ningún gobierno europeo directo, excepto en pequeños enclaves de la costa. En realidad, hacia 1880, al grupo, relativamente pequeño, de africanos que se habían beneficiado de una educación de estilo europeo le iba muy bien. Controlaban los pocos puestos de trabajo de servicio civil que ofrecían las administraciones europeas; en la costa, algunos de ellos dirigían su propia empresa de importación y exportación y monopolizaban la distribución interna de los bienes importados. En Africa oriental la influencia europea todavía era mínima, aunque, después de los viajes, que hicieron época, de Livingstone y Stanley y la propaganda que a raíz de estos viajes hicieron las sociedades misioneras, la aparición de iglesias y escuelas, y con ellas, de carreteras y trenes, no era más que una cuestión de tiempo.

En lo que concierne a los africanos, pues, no veían en absoluto la necesidad de ningún cambio radical en sus centenarias relaciones con Europa, y tenían confianza en que, si los europeos quisieran imponerles cambios y forzar su avance tierra adentro, ellos serían capaces de detenerlos tal como habían sido capaces de hacerlo durante los últimos doscientos o trescientos años. De ahí viene el tono de confianza, si no de desafío, que se percibe en las palabras citadas más arriba.

Pero de lo que los africanos no se dieron cuenta, fue que, en 1880, gracias a la difusión en Europa de la revolución industrial y al progreso tecnológico que ésta trajo, representado por el barco de vapor, el tren, el telégrafo, y, sobre todo, la primera ametralladora —la ametralladora Maxim—, los europeos a los que debían enfrentarse ahora tenían ambiciones políticas y necesidades nuevas y una tecnología relativamente avanzada. Es decir, no sabían que la antigua época del libre comercio y el control político informal había dado paso, en palabras de Basil Davidson, «a la era del nuevo imperialismo y de los monopolios capitalistas rivales»[7] y que, por lo tanto, no era solamente comercio lo que los europeos querían ahora sino también control político directo. En segundo lugar, los líderes africanos no se habían dado cuenta del hecho de que los fusiles que habían acumulado y usado hasta ese momento, los mosquetes de carga por la boca —después de sofocar en 1911 la última revuelta de los baules de la Costa de Oro, los franceses se apoderaron de 21.365 mosquetes[8]— eran totalmente anticuados y no podían competir con los nuevos rifles de retrocarga que usaban los europeos, que tiraban cerca de diez veces más rápido y se cargaban seis veces más rápido, y con

[7] B. Davidson, 1978 (a), p. 19.
[8] T. C. Weiskel, 1980, p. 203.

las nuevas Maxim de tiro ultrarrápido (véase ilustración). El poeta inglés Hilaire Belloc resumió muy bien la situación:

> Ocurra lo que ocurra nosotros tenemos
> la ametralladora Maxim y ellos no [9].

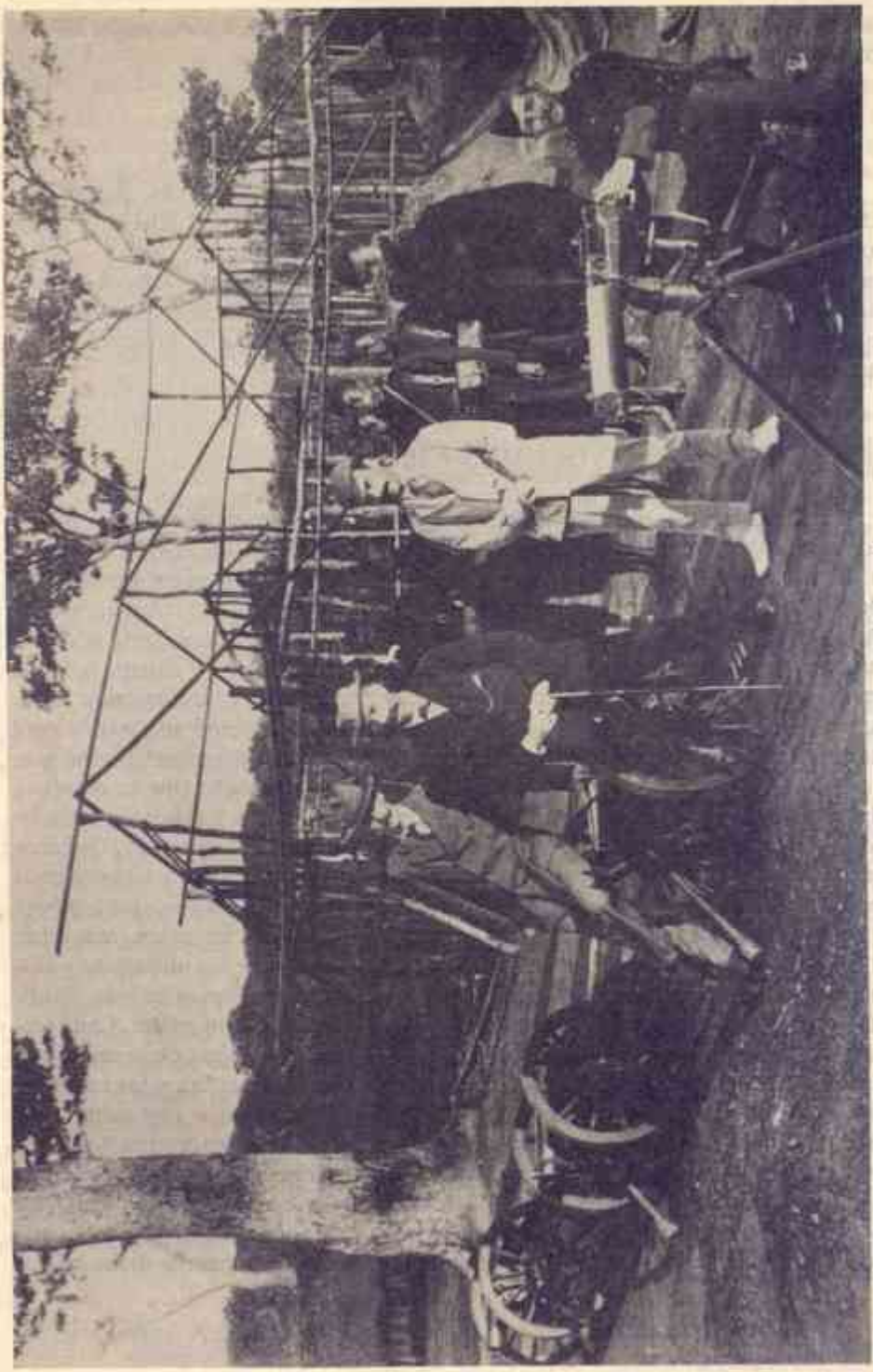
En esto los gobernantes africanos cometieron un error de cálculo, que, en muchos casos, tuvo trágicas consecuencias. Tal como se verá más adelante, todos los jefes citados más arriba, excepto uno, fueron derrotados y perdieron su soberanía. Mas aún, Lat Dior fue muerto; Prempeh, Behazin y Cetshwayo de los zulúes fueron enviados al exilio y Lobengula de los ndebeles murió en combate. Tal como se verá en un capítulo posterior, sólo Menelik derrotó a los invasores italianos, manteniendo así su soberanía e independencia.

ESTRUCTURA DEL VOLUMEN VII

Es evidente, pues, que las relaciones entre los africanos y los europeos sufrieron un cambio revolucionario y que, entre 1880 y 1935, Africa se vio enfrentada a un serio desafío colonial. ¿Cuál fue el origen de este fenomenal desafío, del desafío colonial? O, dicho de otra forma, ¿cómo y por qué las relaciones entre Africa y Europa, con tres siglos de antigüedad, sufrieron, durante este período, un cambio tan dramático y fundamental? ¿Cómo se estableció el sistema colonial en Africa y qué medidas, políticas, económicas, psicológicas e ideológicas se adoptaron para apuntalar al sistema? ¿En qué medida estaba preparada Africa para hacerle frente? ¿Y cómo se enfrentó a este desafío y con qué éxito? De los nuevos cambios, ¿cuáles fueron aceptados y cuáles rechazados? ¿Qué se mantuvo del sistema anterior y qué se destruyó? ¿ Qué adaptaciones y acuerdos se hicieron? ¿Cuántas instituciones fueron socavadas y cuántas desintegradas? ¿Qué consecuencias tuvo todo esto para Africa, su gente, sus instituciones y su estructura política, social y económica? ¿Qué significado tiene el colonialismo para Africa y su historia? Estas son las preguntas a las que este volumen intentará responder.

Con el objeto de contestar a estas preguntas, y explicar las iniciativas y respuestas de Africa al enfrentarse al desafío colonial, este volumen ha sido dividido, además de los dos primeros capítulos, en tres secciones principales. Cada sección está precedida por un capítulo (3, 13, 22) en el que el tema de la sección es examinado de forma general y desde una perspectiva continental, y los capítulos siguientes tratan el tema por regiones. La sección introductoria, que comprende este capítulo y el próximo, se ocupa de las actitudes y de la preparación de Africa en la víspera de este cambio fundamental en las relaciones entre Africa y los europeos, y las razones que condujeron a la división, conquista y ocupación de Africa por parte de las potencias imperiales europeas. Debe señalarse también, ya que con frecuencia se ignora, que la fase de la conquista propiamente dicha estuvo

[9] Citado por M. Perham, 1961, p. 32.



• *Guerra de Asante de 1896 (Casa de Oro): algunos invasores británicos con ametralladoras Maxim.*

LA CASA DE AFRICA

precedida por años de negociaciones y tratados entre las potencias imperiales y los gobernantes africanos. Esta etapa de negociación muestra que, originariamente, las potencias europeas aceptaron a sus equivalentes africanos como a sus iguales, y, en segundo lugar, que los europeos reconocían la soberanía e independencia de los estados y sistemas africanos.

La segunda sección se ocupa de un tema que, hasta la década del sesenta, fue enormemente desfigurado o completamente ignorado por la escuela colonial de historiografía africana. Se trata de las iniciativas y reacciones africanas frente a la conquista y ocupación de Africa. Para los integrantes de esta escuela, como por ejemplo H. H. Johnston, Sir Alan Burns y, más recientemente, Margery Perham, Lewis H. Gann y Peter Duignan [10], la realidad es que los africanos dieron la bienvenida a la instauración de la autoridad colonial ya que no sólo les salvó de la anarquía y de guerras que hubieran sido mutuamente aniquilantes, sino que además les trajo algunos beneficios concretos. Así se expresa Margery Perham:

> La mayoría de las tribus aceptaron rápidamente el dominio europeo, como parte de un orden irresistible, un orden que trajo muchos beneficios, por encima de todo, paz, y apasionantes novedades, trenes y carreteras, lámparas, bicicletas, arados, cosechas y alimentos nuevos, y todo lo que podía ser adquirido y experimentado en pueblos y ciudades. A las clases dominantes, tradicionales o creadas, el dominio europeo les trajo una nueva fuerza y seguridad con respecto a su posición social y nuevas formas de riqueza y poder. Durante un largo período posterior a la anexión, muchos años incluso, aunque había un gran asombro, hubo muy pocas revueltas y no *parece* que haya habido un gran sentimiento de indignidad por el hecho de ser gobernados [11].

Tales ideas se reflejan también en el uso de términos eurocéntricos tales como «pacificación», *Pax Britannica* y *Pax Gallica* usados para describir lo que significó la conquista y ocupación de Africa entre 1890 y 1914.

Los historiadores que sí prestaron alguna atención a este tema, lo mencionan casi accidentalmente o a la ligera. En su *A Short History of Africa**, publicada por primera vez en 1962, una de las primeras investigaciones modernas sobre la historia de Africa, los historiadores ingleses Roland Oliver y J. D. Fage dedicaron sólo un párrafo a lo que ellos calificaron de «amarga resistencia» por parte de los africanos, y esto en un capítulo dedicado a lo que se llamó la lucha europea por las colonias africanas. Con el objeto de corregir esta interpretación equivocada de la escuela colonial, restablecer el equilibrio y destacar la perspectiva africana, nosotros hemos dedicado nada menos que siete capítulos a este tema de las iniciativas y reacciones africanas.

Tal como se verá en esos capítulos, los datos disponibles no confirman el enfoque que asegura que los africanos recibieron con alegría a los soldados invasores y aceptaron rápidamente el dominio colonial. De hecho, las reacciones africanas fueron completamente opuestas a eso. Resulta totalmente evidente que los

---

[10] H. H. Johnston, 1899, 1913; A. C. Burns, 1957; M. Perham, 1960 (a); L. H. Gann y P. Duignan, 1967.

[11] M. Perham, 1960 (a), p. 28.

* *Breve historia de Africa. (N. del T.).*

africanos se enfrentaron con sólo dos opciones, o renunciar rápidamente a su soberanía e independencia, o defenderlas a cualquier precio. Tal como se demostrará en este volumen, resulta sumamente significativo que, al enfrentarse con una situación en la que todas las probabilidades estaban contra ellos, la mayoría de los africanos —independientemente de la estructura política y socio-económica de sus Estados— decidió defender su soberanía e independencia. El relieve reproducido en la sobrecubierta de este volumen capta esta situación: por un lado, el peso de las ventajas de que disfrutaban los europeos y, por el otro, la fuerza de la determinación de resistir a cualquier precio. Este relieve, pintado en una pared del palacio de los reyes de Dahomey, en Abomey, representa a un africano armado sólo con un arco y una flecha, que se enfrenta desafiante y sin pestañear a un europeo armado con una *escopeta*.

John D. Hargreaves, por ejemplo, plantea esta interesante pregunta. Dado el:

> abanico de actitudes posibles por parte de los invasores europeos, los gobernantes africanos podrían tener un cierto número de opciones. Entre las ventajas a corto plazo que se podían obtener por medio de tratados o de una colaboración con los europeos, se contaba no sólo el acceso a las armas de fuego y los bienes de consumo, sino también la oportunidad de conseguir poderosos aliados en disputas internas o externas. ¿Por qué motivo, entonces, tantos Estados africanos rechazaron tales oportunidades, eligiendo resistir a los europeos en el campo de batalla? [12].

Esto puede parecer enigmático, pero sólo para alguien que observe el asunto desde un punto de vista eurocéntrico. Para los africanos no se trataba de ventajas a corto o largo plazo, sino del tema fundamental de su tierra y su soberanía, y es precisamente por eso que prácticamente todos los Estados africanos, centralizados o no, antes o después eligieron mantener o defender o tratar de recuperar su soberanía. Para ellos no había componenda posible sobre ese tema, y en verdad, muchos de los líderes de estos Estados eligieron morir en el campo de batalla, huyeron voluntariamente o se enfrentaron al exilio antes que rendir su soberanía sin lucha.

La gran mayoría de los gobernantes africanos, pues, optó por defender su soberanía e independencia. En lo que diferían era en las estrategias y tácticas que adoptaron para lograr este objetivo universal. La mayoría de los gobernantes africanos eligió la estrategia del enfrentamiento, usando armas diplomáticas o militares o ambas cosas. Tal como se verá más adelante, Samori Ture y Kabarega de Bunyoro recurrieron a ambas armas mientras que Prempeh I y Mwanga de Buganda confiaron en la diplomacia. Otros, como por ejemplo Tofa de Porto Novo (en lo que hoy es Benín) eligieron la estrategia de la alianza y la cooperación, *no* la colaboración.

El tema de la estrategia debe ser subrayado aquí porque, hasta ahora, se ha comprendido muy mal, lo que ha conducido a clasificar a algunos de los gobernantes africanos como colaboradores y a su acción como una colaboración. Nosotros nos oponemos al uso del término colaboración, no sólo porque es incorrecto sino también porque es despectivo y eurocéntrico. Tal como hemos visto

[12] J. D. Hargreaves en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 205-6.

más arriba, en lo que concierne a los gobernantes africanos, el tema fundamental que estaba en juego era el de la soberanía, y en esto estaba completamente claro que nadie se hallaba dispuesto a transigir. Los gobernantes africanos que han sido erróneamente calificados de colaboradores, son aquellos que pensaron que el mejor camino para salvaguardar su soberanía o incluso recuperar la soberanía que podían haber perdido en favor de alguna potencia africana, antes de que llegaran los europeos, *no* era colaborar sino más bien *aliarse* con los invasores europeos. Un colaborador es ciertamente alguien que traiciona la causa nacional conspirando con el enemigo para alcanzar las metas y objetivos del enemigo en lugar de los intereses de su propia nación. Pero tal como hemos visto, todos los africanos se enfrentaban al problema de rendirse, conservar o recuperar su soberanía. Por ello, los que decidieron unirse a los europeos, tenían su propio objetivo, y por lo tanto, es completamente erróneo llamarlos colaboradores.

En cualquier caso, desde la segunda guerra mundial, el término colaborador ha adquirido connotaciones sumamente peyorativas y lo interesante es que algunos de los historiadores que lo usan son conscientes de ello. R. Robinson, por ejemplo, declaró: «Se debe insistir en que el término (colaborador) no se usa con sentido peyorativo»[13]. La pregunta entonces es: si *puede* ser usado con ese sentido, ¿por qué usarlo, especialmente en el caso africano para el cual es tan incorrecto? ¿Por qué no usar la palabra aliado que es en realidad el término más apropiado? Tofa, el rey del reino Gun de Porto Novo ha sido siempre citado como el ejemplo típico de un colaborador. Pero ¿lo fue? Tal como ha mostrado claramente Hargreaves[14], cuando llegaron los franceses, Tofa se estaba enfrentando a tres enemigos diferentes —los yorubas en el noreste, los reyes Fon de Dahomey en el norte y los británicos en la costa— y debe haber visto la llegada de los franceses como una oportunidad que le enviaba Dios no sólo para proteger su soberanía, sino incluso para obtener algunos beneficios a expensas de sus enemigos. Por lo tanto, eligió naturalmente no *colaborar* sino *aliarse* con los franceses. Es evidente que sólo los historiadores que no están enterados de los problemas a los que se enfrentaba Tofa en aquel tiempo, o que niegan a los africanos toda iniciativa o conciencia de sus propios intereses, o que ven todo el asunto únicamente desde un punto de vista eurocéntrico, describirían a Tofa como un colaborador. La falacia de este término se demuestra todavía más por el hecho de que los llamados colaboradores, quienes en algunos momentos estuvieron dispuestos a aliarse con los europeos, más tarde se convirtieron con frecuencia en sus adversarios o resistentes: Wobogo, el rey de los mossis, Lat Dior, el damel de Gayor, e incluso el gran Samori Ture, son ejemplos de tales gobernantes. Ello hace que esta calificación sea completamente absurda.

Finalmente, sólo los historiadores que sostienen puntos de vista simplistas o son realmente ignorantes en lo que respecta a la situación política y etno-cultural de Africa en la víspera de la división y conquista europeas, usarían ese término. Asumen que, tal como muchos países europeos, todos los países africanos están

[13] R. Robinson en R. Owen, B. Sutcliffe (eds.), 1972, p. 120.
[14] J. D. Hargreaves, en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 214-16.

poblados por la misma nación o grupo etno-cultural, y que, por lo tanto, cualquier sector de ese grupo que establezca una alianza con el invasor podría ser calificado de colaborador. Pero ningún país, colonia o imperio africano estaba constituido por un único grupo étnico. Cada país o imperio estaba poblado por numerosas naciones o grupos etno-culturales, tan diferentes uno del otro como, podríamos decir, los italianos de los alemanes o los franceses. Más aún, antes de la llegada de los invasores europeos, las relaciones entre estos diferentes grupos eran con frecuencia hostiles, mientras que algunos podían incluso estar subyugados por otros. Etiquetar a los grupos subyugados u hostiles que eligieron unirse al grupo invasor europeo contra sus antiguos enemigos extranjeros o gobernantes con el término de colaboradores es no comprender lo principal. En realidad, tal como se demostrará en algunos capítulos de este volumen, la naturaleza de las respuestas y reacciones africanas frente al colonialismo estuvo determinada no sólo por la situación política y etno-cultural a la que se vieron enfrentados los africanos, sino también por la naturaleza de las fuerzas socio-económicas que actuaban en cada sociedad en particular en el momento de la confrontación, y por la naturaleza de su organización política.

Muchos historiadores europeos han condenado a los que se opusieron llamándolos románticos y miopes o imprudentes, y han alabado a los llamados colaboradores considerándolos previsores y progresistas. Tal como lo explicaron Oliver y Fage en 1962:

> Si estos últimos (gobernantes africanos) fueron previsores y estaban bien informados, y más especialmente si habían tenido acceso a consejeros extranjeros tales como misioneros o comerciantes, podían entender muy bien que no tenían nada que ganar con la resistencia, y sí tenían mucho que ganar por medio de la negociación. Si hubieran sido menos previsores, menos afortunados o peor informados, hubieran visto a sus enemigos tradicionales unirse al invasor y ellos mismos hubieran asumido la actitud de resistencia, lo que hubiera podido terminar muy fácilmente en una derrota militar, la deposición de los jefes, la pérdida de la tierra en favor de los nativos aliados con la potencia de ocupación, posiblemente, incluso, en la fragmentación política de la sociedad o Estado... Tal como había ocurrido en tiempos anteriores con el tráfico de esclavos, hubo ganadores así como perdedores, y en los confines de todos los territorios coloniales se podía encontrar a ambos [15].

Ronald E. Robinson y John Gallagher han descrito también a la oposición o resistencia como «románticas luchas reaccionarias contra los hechos, la apasionada protesta de sociedades que sufrían un choque o conmoción a causa del cambio de la nueva era y que no serían aliviadas» [16]. Pero estos puntos de vista son sumamente discutibles, y la dicotomía entre los resistentes y los llamados colaboradores no sólo es mecánica, sino que, sencillamente, no es convincente. Es seguro que en el comercio de esclavos hubo ganadores y perdedores, pero esta vez no hubo ganadores. Al final, tanto los resistentes como los llamados colaboradores perdieron y lo interesante es que son los líderes llamados románticos e intransigentes quienes todavía son recordados y se han convertido en una fuente de ins-

[15] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, p. 203.
[16] R. E. Robinson y J. Gallagher en F. H. Hinsley (ed.), 1962, pp. 639-40.

piración para los líderes nacionalistas de hoy [17]. Estoy totalmente de acuerdo con la conclusión de Robert I. Rotberg y Ali A. Mazrui, quienes afirman que «no se puede negar que la introducción de las potencias y normas occidentales, y los consiguientes controles y limitaciones, fueron cuestionados por todos los pueblos de Africa que se vieron afectados por esta situación» [18].

Sin embargo, cualquiera que haya sido la estrategia adoptada por los africanos, todos ellos —con la única excepción de los liberianos y etíopes—, por razones que serán discutidas más adelante, fracasaron en su objetivo de mantener su soberanía, y, al empezar la primera guerra mundial, fecha en la que termina la primera sección de este volumen, Africa había sido ya sometida al dominio colonial. El cómo y el porqué de la supervivencia de los liberianos y etíopes frente al violento ataque colonial serán tratados en el capítulo II.

Después del intervalo de la primera guerra mundial, ¿qué hicieron las potencias coloniales con sus nuevas colonias en el campo político, económico y social? Esta es la pregunta a la que se contesta en la segunda sección de este volumen. Puesto que los diversos mecanismos políticos diseñados con el objeto de administrar sus colonias, y las ideologías que se ocultaban detrás de tales mecanismos, están bien estudiadas en muchos de los trabajos de investigación sobre el colonialismo en Africa [19], sólo se ha dedicado un capítulo a este tema. En cambio, se ha prestado mucha más atención a los aspectos económicos y sociales del sistema colonial y a su impacto en Africa para restablecer así el equilibrio. Tal como se verá en estos capítulos, el período posterior a la primera guerra mundial y hasta 1935, el período que algunos historiadores recientes han descrito como el apogeo del colonialismo, fue testigo de la construcción de una infraestructura de carreteras y trenes, y de la introducción de algunos cambios sociales tales como escuelas primarias y secundarias. Sin embargo, los gobernantes coloniales tenían un objetivo principal, a saber, la explotación de los recursos de Africa, «animales, vegetales y minerales», en beneficio exclusivo de las potencias coloniales y de sus compañías mercantiles, mineras y financieras con sede en los países metropolitanos. Un capítulo de esta sección al que se debe prestar una atención particular es el que trata sobre el aspecto demográfico del dominio colonial, un tema que casi nunca aparece en las investigaciones existentes sobre el colonialismo en Africa.

¿Cuáles fueron las iniciativas y reacciones africanas frente a la consolidación del colonialismo y la explotación de su continente? A esta pregunta se contesta en la tercera sección de este volumen y, de acuerdo con la filosofía subyacente a este trabajo, es decir, ver la historia desde el punto de vista africano y destacar las iniciativas y reacciones africanas, se le presta gran atención. En este período, las actitudes africanas no se caracterizaron, ciertamente, por la indiferencia, pasividad o fácil aceptación. Si el período ha sido descrito como la era clásica del

[17] Para un mayor desarrollo de este punto, ver Boahen, A. A., «Towards a new categorization and periodization of African responses and reactions to colonialism» (no publicado) en el cual se basan algunas partes de este capítulo.

[18] R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.), 1970, p. XVIII.

[19] Ver S. H. Roberts, 1929; Lord Hailey, 1938 y 1957; S. C. Easton, 1964; L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969 y 1970; P. Gifford y W. R. Louis (eds.), 1967 y 1971; J. Suret-Canale, 1971.

colonialismo, es también la era clásica de la estrategia de resistencia o protesta en Africa. Tal como se demostrará, tanto en el estudio general como en los posteriores estudios regionales, los africanos recurrieron realmente a un cierto número de medidas y estratagemas, y en verdad inventaron una gran variedad de ellas, para resistir al colonialismo.

Se debe poner énfasis en que en esa época, y con la excepción de los líderes de Africa del norte, los objetivos no eran derrocar el sistema colonial, sino más bien buscar la forma de mejorarlo y hacer convenios en el marco de dicho sistema. Los objetivos principales eran hacer que el sistema colonial fuera menos opresivo, menos deshumanizador y hacer que resultara beneficioso tanto para los africanos como para los europeos. Los líderes africanos intentaban que se corrigieran medidas y abusos específicos tales como el trabajo forzado, los elevados impuestos, el cultivo obligatorio de cosechas, la enajenación de tierras, las leyes de paso, los precios bajos para los productos agrícolas y los precios altos para los bienes importados, la discriminación y segregación raciales y la mejora de servicios insuficientes tales como hospitales, conductos de agua y escuelas.

Se debe insistir en que estas quejas contra el sistema colonial eran comunes a todas las clases sociales, tanto entre las personas educadas como entre las que no lo eran y lo mismo entre los habitantes de las zonas rurales como entre los que vivían en centros urbanos, y generaban en ellos una conciencia común de africanos y hombres negros que se oponían a sus opresores, los gobernantes coloniales y los hombres blancos. Es durante este período cuando tiene lugar el fortalecimiento del nacionalismo político africano, corriente que comenzó inmediatamente después de que el sistema colonial terminara de instalarse, en la década de 1910.

Durante el período anterior a la década de 1910, la articulación de este sentimiento y del liderazgo del movimiento fue responsabilidad de las autoridades tradicionales y se desarrolló dentro del marco de las estructuras políticas precoloniales. Ahora esta responsabilidad era asumida por los nuevos grupos educados, de élite o por miembros de la nueva clase media. Resulta bastante paradójico que los nuevos líderes fueran productos del sistema colonial mismo, creado y sostenido por medio de escuelas y de instituciones administrativas, mineras, financieras y comerciales que dicho sistema introdujo. La identificación del nacionalismo africano del período de entreguerras como un fenómeno exclusivo de la clase africana educada y su caracterización como un fenómeno prinçipalmente urbano es incorrecta y proviene de esta concentración del liderazgo de las actividades nacionalistas y anticolonialistas en manos de los africanos educados que vivían en su mayoría en los nuevos centros urbanos.

Se formaron numerosos grupos y asociaciones destinados a articular estas aspiraciones nacionalistas. Tal como se evidencia en los capítulos de esta sección, las estrategias y tácticas inventadas durante este período y destinadas a dar un medio de expresión a estas aspiraciones fueron igualmente variadas. Tal como demuestran B. O. Oloruntimehin y E. S. Atieno-Othiambo (capítulos 22 y 23 de esta obra), estos grupos incluían asociaciones de jóvenes, étnicas, de antiguos alumnos, partidos políticos, movimientos políticos, tanto de naturaleza territorial como inter-territorial y, lo mismo dentro que fuera del continente, sindicatos, clubs literarios, clubs de empleados civiles, asociaciones cuyo objetivo era obtener me-

joras o reformas, y diversas sectas o movimientos religiosos. Algunas de estas asociaciones o grupos se habían constituido durante el período anterior a la primera guerra mundial, pero no cabe duda de que proliferaron durante el período que estamos examinando.

A diferencia de las armas o tácticas adoptadas durante el período anterior a la primera guerra mundial, etapa en la que prevalecieron más las rebeliones y los llamados disturbios, las armas o tácticas adoptadas ahora fueron peticiones y delegaciones enviadas a los gobiernos metropolitanos o locales, huelgas, boicoteos, y, sobre todo, la prensa y los congresos internacionales. El período de entreguerras fue el del apogeo del periodismo en Africa en general y en Africa occidental en particular, mientras que los congresos pan-africanos se convertían también en un rasgo típico del movimiento anticolonial. La intención de estos congresos era dar a los movimientos nacionalistas y anticoloniales un aire internacional; tenían también la esperanza de atraer la atención de las potencias metropolitanas hacia los acontecimientos que tenían lugar en las colonias, y esta es la razón por la cual los congresos pan-africanos, organizados por el negro americano Dr. W. E. B. Du Bois, tuvieron lugar en París, Londres, Bruselas e incluso en Lisboa. Este tema está tratado con más detalle en el capítulo 29, capítulo que trata de la interacción entre los negros de Africa y los de la diáspora de las Américas durante el período que estamos estudiando.

Sin embargo, y a pesar de la diversidad de asociaciones y de la complejidad de las tácticas que estas asociaciones desarrollaron —a excepción únicamente de Egipto—, el impacto real causado al sistema colonial a principios de la década del 30 era sumamente reducido. Y en 1935, cuando las fuerzas imperialistas de la Italia fascista gobernada por Mussolini ocuparon y se apoderaron de Etiopía, uno de los dos bastiones de esperanza que quedaban y el símbolo principal del futuro resurgimiento y rejuvenecimiento de Africa, pareció como si el continente africano estuviera condenado a permanecer para siempre bajo el yugo del colonialismo. Pero eso no sería así. La resistencia del pueblo africano, la misma ocupación de Etiopía, la intensificación del nacionalismo africano y del sentimiento anti-colonialista que tuvieron lugar después de la segunda guerra mundial, estuvieron acompañadas por la emergencia de nuevos partidos políticos de masas y por un nuevo liderazgo radical dedicado, no a obtener mejoras sino más bien a lograr el desarraigo total del colonialismo. Tal como se verá en el volumen VIII de este trabajo, todos estos factores combinados trajeron la liquidación del gobierno colonial del continente, a un ritmo tan rápido como el de su establecimiento y en un período de tiempo, 20 años, practicamente igual. Sin embargo, entre 1880 y 1935, el colonialismo parecía estar firmemente implantado en Africa. ¿Qué secuelas dejó el colonialismo en Africa? A esta pregunta se contesta en el último capítulo de este volumen.

FUENTES DOCUMENTALES DEL VOLUMEN VIII

Finalmente, en este capítulo introductorio es necesario tomar en cuenta dos temas más. Se trata de las fuentes utilizadas para este estudio y del establecimien-

to de las etapas de la historia del colonialismo en Africa. En lo que respecta a las fuentes, los autores y los investigadores estudiantes disfrutan de ciertas ventajas así como de ciertas desventajas que no tienen lo que escribieron los otros volúmenes. Para tratar esto último en primer lugar, a diferencia de lo que ocurre con los otros volúmenes, este volumen y el VIII cubren períodos para los cuales parte del material de archivo todavía no es accesible a los investigadores. En realidad, en varios países metropolitanos, cierto material de archivo, como por ejemplo el que tiene Francia sobre el período anterior a 1930 sólo resultó accesible a los investigadores después de haber completado varios de estos capítulos. Además, con la división y la entrada en Africa de tantas potencias europeas diferentes, los estudiantes que se dedican a la investigación se ven enfrentados a un serio problema de idioma.

Para compensar esto, en este período hay una mayor abundancia que en los anteriores de diarios y publicaciones periódicas que son accesibles, y se cuenta con material publicado, como son documentos parlamentarios, debates y comisiones de investigación, documentación sobre compañías privadas y asociaciones, e informes anuales publicados; fuentes que son accesibles. Sobre todo, todavía están con vida algunos de los actores del drama colonial, con los cuales es posible entrevistarse y así se ha hecho. Otros, tanto africanos como europeos, han comenzado a publicar sus memorias y autobiografías, o a recordarlas en novelas, obras de teatro o tratados eruditos. En todos estos aspectos, los autores de este volumen disfrutan de ciertas ventajas sobre la mayoría de los autores de los otros volúmenes.

Finalmente, parece que se ha investigado y se investiga aún más sobre el tema del colonialismo y se ha publicado y se publica aún mucho más sobre esto que sobre cualquier otro tema de la historia de Africa. A decir verdad, durante los últimos diez años se ha editado una historia en cinco volúmenes del colonialismo en Africa de los historiadores L. H. Gann y Peter Duignan, publicada por la Cambridge University Press. En los países de Europa del Este se ha dedicado también a este tema mucha más atención que a cualquier otro. Esto, por supuesto, hace que el trabajo de síntesis sea relativamente más fácil, al menos en lo que respecta a las fuentes, pero mucho más arduo en lo que respecta a la cantidad de material que deben estudiar los autores.

ESTABLECIMIENTO DE LAS ETAPAS DE LA COLONIZACION DE AFRICA

Es necesario estudiar brevemente el tema de las etapas de la historia de la colonización de Africa, algo que muchos historiadores han ignorado, si bien el tema fue suscitado por A. B. Davidson y Michael Crowder en la década del 60.

Algunos historiadores han propuesto el año 1870 como la fecha en que dio comienzo la lucha europea por Africa y la imposición del dominio colonial. Esta fecha, sin embargo, parece ser demasiado temprana. Tal como señala G. N. Uzoigwe en el capítulo 2, fueron las actividades de los franceses en Senegambia, del rey Leopoldo de Bélgica representado por H. M. Stanley, y de los franceses re-

presentados por Pierre Savorgnan de Brazza en la zona del Congo y de los portugueses en Africa central, las que desencadenaron la lucha y todas estas actividades; ciertamente, no empezaron antes del final de la década de 1870 y los primeros años de la del 80. Parece, por lo tanto, que 1880 sería una fecha más apropiada que 1870 [20]. Por consiguiente, en el período que va desde 1880 hasta el colapso del colonialismo en los años sesenta y setenta, el estudio del gobierno colonial y de las iniciativas y reacciones africanas debe dividirse en tres etapas: 1880-1919 (subdividida en 1880-1900 y 1900-19, períodos de la conquista y ocupación respectivamente), que nosotros llamaríamos la era de la defensa de la soberanía e independencia africanas por medio de la estrategia del enfrentamiento o alianza o sumisión temporal; el período de 1919-1935, que nosotros llamaríamos el período de la adaptación, en el que la estrategia usada fue la protesta o resistencia; y de 1935 en adelante, que es el período de los movimientos de independencia que usaron la estrategia de la auténtica acción [21].

Nosotros sostenemos que el período que va de 1880 hasta 1919, aproximadamente, la llamada —desde el punto de vista de algunos historiadores— era de la pacificación, fue el período durante el cual, desde una perspectiva europea, tuvo lugar la división sobre el papel, el despliegue de tropas para efectuar la división sobre el terreno, y la ocupación real de las zonas conquistadas, manifestada por la introducción de diversas medidas administrativas y de una infraestructura de carreteras, trenes y telégrafo destinada a explotar los recursos de las colonias. Tal como hemos visto ya, desde la perspectiva africana, este es el período en el que los reyes, reinas, linajes y jefes de clanes africanos estuvieron dominados por un pensamiento predominante, el de mantener o recuperar su soberanía, patrimonio y cultura por medio del enfrentamiento, de la alianza o de la sumisión. En 1919, en prácticamente la totalidad de Africa —con la notable excepción de Libia y algunas partes del Sahara, y Liberia y Etiopía— la confrontación se había resuelto en favor de los europeos, y todos los africanos, tanto los llamados resistentes como los llamados colaboradores, habían perdido su soberanía.

La segunda fase va de 1919 a 1935, y es en la que podemos clasificar correctamente las reacciones africanas en la categoría de resistencia, o, tal como nosotros preferiríamos llamar a eso, de protesta. Hemos elegido 1919, no sólo porque es una fecha posterior a acontecimientos influyentes tales como el final de la primera guerra mundial, la revolución de octubre en el imperio ruso y el llamamiento de Du Bois para organizar el primer Congreso Pan-Africano —acontecimientos todos que tuvieron un impacto revolucionario en el curso de la historia mundial—, sino también porque en esta fecha, en la mayor parte del continente, se había terminado ya la oposición, como tal, a la ocupación europea de Africa.

También hemos preferido 1935 a 1945 como fecha final de este volumen porque fue en ese año cuando las fuerzas fascistas de Mussolini invadieron y ocuparon Etiopía. Esta crisis produjo un choque y ultrajó a los africanos, especialmente a los africanos educados y a los negros de todo el mundo. También les hizo

[20] Ver M. Crowder, 1968, pp. 17-19.

[21] Para establecimientos de etapas diferentes, ver A. B. Davidson, en T. O. Ranger (ed.), 1968 (c), pp. 177-88. También M. Crowder, 1968, pp. 17-19.

darse cuenta con mayor dramatismo de la naturaleza inhumana, racista y opresora del colonialismo, mucho más de lo que en ese sentido hizo la segunda guerra mundial. Kwame Nkrumah, más tarde presidente de Ghana, describió así su reacción al escuchar las noticias de la invasión: «En ese momento fue como si todo Londres me hubiera declarado la guerra a mí personalmente» [22], y, tal como él mismo reconoció, esa crisis exacerbó su odio por el colonialismo. En verdad parece sumamente probable que, de no ser por el estallido de la segunda guerra mundial, la lucha en Africa por la liberación del colonialismo hubiera comenzado a final de los años treinta.

El período final, desde 1935 hasta la era de la revolución independentista pertenece en realidad al próximo y último volumen de este trabajo y no debe ser discutido aquí.

[22] K. Nkrumah, 1957, p. 27.

Capítulo 2

LA DIVISION Y CONQUISTA EUROPEAS DE AFRICA: VISION GENERAL

G. N. UZOIGWE

INTRODUCCION: UNA GENERACION DE GUERRA Y CAMBIOS REVOLUCIONARIOS

La generación posterior a 1880 fue testigo de uno de los movimientos históricos más significativos de los tiempos modernos. Durante este período, las naciones industrializadas de Europa dividieron, conquistaron y ocuparon eficazmente Africa, un continente de más de 28 millones de millas cuadradas de superficie. Los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo sobre el nocivo impacto que esta generación de continuas guerras tuvo tanto en los colonizados como en los colonizadores. Pero generalmente se insiste en que fue una generación de cambios revolucionarios de naturaleza fundamental.

El gran significado de nuestro período, sin embargo, va más allá de la guerra y del cambio del que fue testigo. En el pasado se desarrollaron y cayeron imperios, las conquistas y usurpaciones son tan viejas como la misma historia, y, en tiempos pasados ya, se ensayaron y pusieron a prueba modelos coloniales de administración e integración. Africa fue el último continente sometido por Europa. Lo mas notable de este período es la forma coordinada, la velocidad y la facilidad comparativa —desde el punto de vista europeo— con que se llevó a cabo la ocupación y subyugación de tan vasto continente. Nada semejante había ocurrido antes.

¿Qué fue lo que permitió el desarrollo de semejante fenómeno? O, para decirlo de otra forma, ¿por qué fue Africa políticamente dividida y sistemáticamente ocupada en el período en que esto ocurrió? ¿Y por qué no pudieron los africanos mantener a distancia a sus adversarios? Estas preguntas han servido para ejercitar las habilidades de los historiadores de la división y del nuevo imperialismo desde la década de 1880. No existen explicaciones aceptadas de manera general; al contrario, la historiografía de la división se ha convertido en uno de los temas más emotivos y controvertidos de nuestro tiempo. Es un tema que enfrenta a los

historiadores con la temible tarea de encontrar un sentido a una extraordinaria fantasmagoría de interpretaciones conflictivas.

LA DIVISION DE AFRICA Y EL NUEVO IMPERIALISMO: UN ANALISIS

Es necesario, por lo tanto, racionalizar tal revoltijo de teorías sobre este movimiento crucial de la historia de Africa. Pueden ser clasificadas de forma práctica, tal como sigue: económicas, sicológicas, diplomáticas, y la dimensión propiamente africana.

LA TEORIA ECONOMICA

Al igual que la moda, la popularidad de esta teoría ha cambiado con los tiempos. Antes de que el comunismo se convirtiera en una amenaza para el sistema capitalista occidental, nadie cuestionaba seriamente la base económica de la expansión imperial. No fue un accidente, por lo tanto, que el ataque que Joseph Schumpeter hizo a la noción de imperialismo capitalista [1] fuera enormemente popular entre los especialistas no marxistas. El violento ataque iniciado por Schumpeter contra esta teoría fue aplicado en Africa con una presión tan devastadora, que ha alcanzado, hoy, el punto de los rendimientos decrecientes. Como consecuencia de eso, la teoría del imperialismo económico, en una forma modificada, ha empezado hoy en día a tener una aceptación creciente.

¿Cuál es el significado del imperialismo económico? Sus raíces teóricas pueden ser rastreadas hasta 1900, fecha en que los socialdemócratas alemanes pusieron el tema de la *Weltpolitik*, es decir, de la política imperial de expansión en una escala global, en la agenda del congreso anual del partido celebrado en Mainz. Fue aquí donde Rosa Luxemburgo señaló por primera vez que el imperialismo era la fase final del capitalismo. Fue aquí también donde George Ledebour observó que «el núcleo central de la *Weltpolitik*» era «un desarrollo de todos los capitalismos hacia una política de pillaje, que lleva a los capitalismos europeo y americano a todas partes del mundo» [2]. Sin embargo, fue John Atkinson Hobson quien proporcionó la exposición clásica, y la más clara, de esta teoría. John Atkinson Hobson argumentaba que la sobreproducción, el excedente de capital, y el consumo insuficiente de las naciones industrializadas las conduciría a «colocar porciones cada vez mayores de sus recursos económicos fuera del área de su presente dominio político, y a estimular una política de expansión que permitiría adquirir nuevas áreas». J. Atkinson Hobson consideraba que esto era la «raíz económica central del imperialismo». Admitía que las fuerzas no económicas habían jugado un rol en la expansión imperial, pero estaba convencido, sin embargo, de que aunque «un hombre de Estado ambicioso, un comerciante con iniciativa, pue-

[1] J. Schumpeter, 1955.
[2] Citado en L. Basso, en N. Chomsky, *et al.*, 1972, p. 114.

den sugerir o incluso iniciar una etapa de la expansión imperial, pueden ayudar a educar a la opinión pública patriótica en la necesidad urgente de algunos avances nuevos..., la decisión final permanece en manos del poder financiero»[3].

Utilizando libremente los argumentos centrales de los social-demócratas alemanes así como los de Hobson, V. I. Lenin puso el énfasis en el hecho de que el nuevo imperialismo se caracterizaba por la transición del capitalismo de una orientación «premonopolista en la que predominaba la libre competencia... a la fase del capitalismo monopolista para financiar el capital» que «*está relacionada* con la intensificación de la lucha por la repartición del mundo»[4]. De la misma manera que el capitalismo competitivo prosperó apoyándose en la exportación de artículos de consumo, el capitalismo monopolista se desarrolló apoyándose en la exportación de capitales derivados de los superbeneficios amasados por el cartel financiero-industrial. De acuerdo con Lenin, este desarrollo era la etapa superior del capitalismo. En oposición a Hobson y siguiendo a Rosa Luxemburgo, Lenin creía que el capitalismo estaba condenado a autodestruirse. Argumentaba para ello que, una vez que los capitalistas se hubieran dividido el mundo, se convertirían en rentistas y parásitos viviendo de los beneficios de sus inversiones, y se verían amenazados por las naciones en crecimiento que pedirían una nueva división del mundo. Los capitalistas, avariciosos como siempre, rehusarían complacerles. El asunto, por tanto, sería solucionado por medio de la guerra, que los capitalistas perderían irremediablemente. La guerra, pues, es una consecuencia inevitable del imperialismo, la muerte violenta del capitalismo.

No es sorprendente que esta entusiasta propaganda haya sido aceptada por muchos estudiosos marxistas. Los nacionalistas y radicales del «tercer mundo» aceptaron también las opiniones de Hobson y Lenin como algo evidente. Y, de acuerdo con los investigadores occidentales radicales, describían al imperialismo y al colonialismo como un resultado de la descarada explotación económica[5].

Aunque Hobson y Lenin no se ocuparon especialmente del caso de Africa, es obvio que sus análisis tienen consecuencias fundamentales para su repartición. Por consiguiente, un ejército dispar de estudiosos no marxistas ha, poco más o menos, demolido la teoría marxista del imperialismo económico en lo que a Africa respecta[6]. Una reacción típica de los investigadores marxistas frente a esta aparente victoria es que, aunque las críticas de Hobson y Lenin son básicamente correctas, están sin embargo mal dirigidas. Bob Sutcliffe se expresa en los siguientes términos: «Con frecuencia el objetivo es un espejismo y las armas inadecuadas» porque el imperialismo, concebido como un fenómeno general, enfoca el valor del imperio como una totalidad, y, por lo tanto, «la hoja de un balance nacional tiene muy poca importancia»[7]. Un argumento más convincente, sin embargo, es que incluso una demolición completa de la teoría clásica del imperialismo econó-

[3] J. A. Hobson, 1902, pp. 59, 80-81.
[4] V. I. Lenin, 1916, p. 92 (énfasis en el original).
[5] W. Rodney, 1972, también Chinweizu, 1975, especialmente el capítulo 3.
[6] Los siguientes autores son representantes de estas críticas: D. K. Fieldhouse, 1961; M. Blaug, 1961; B. Sutcliffe en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972, pp. 316-20.
[7] B. Sutcliffe en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972, p. 318; también pp. 312-23.

mico, no necesariamente refuta la conclusión de que, en sus impulsos fundamentales, el imperialismo fue esencialmente económico. Conceder poca importancia o despreciar otras concepciones económicas del imperialismo y linchar alegremente a quienes las preconizan sólo por su sospechosa asociación con Hobson y Lenin, no resulta muy académico. Apoyándose en investigaciones más serias sobre la historia de Africa en este período, resulta claro que, quienes persisten en trivializar la importancia de la dimensión económica en la división del continente, corren sus propios riesgos [8].

Las teorías psicológicas

Discuto estas torías —clasificadas habitualmente como *darwinismo social, cristianismo evangélico y atavismo social*— en términos psicológicos a causa de la creencia, común en quienes las preconizan, de la primacía de la «raza blanca».

Darwinismo social

Para algunos, la publicación, en noviembre de 1859, del libro de Charles Darwin *El origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida* [9] pareció proporcionar una base científica a la creencia de la primacía de la raza europea, un tema que desde el siglo XVII aparece continuamente, con diversos disfraces, en los escritos europeos. Los darwinistas posteriores, por lo tanto, se alegraron de poder justificar la conquista de lo que ellos llamaron «razas subyugadas» o «razas atrasadas» por parte de la «raza principal» como el proceso inevitable de «selección natural» a través del cual, en la lucha por la existencia, los más fuertes dominan a los más débiles. Por lo tanto, afirmaban que tener la fuerza es tener la razón. Por consiguiente, veían la división de Africa como parte de este proceso natural e inevitable. Lo interesante de este flagrante patrioterío racial, que ha sido apropiadamente descrito como «albinismo», es su afirmación de la responsabilidad imperial [10]. Permanece sin embargo el hecho de que el darwinismo social, aplicado a la conquista de Africa, fue más una racionalización posterior a los acontecimientos que su origen.

Cristianismo evangélico

El cristianismo evangélico, a cuyos ojos el *Origen de las especies* era una herejía condenable, no tuvo escrúpulos para aceptar las consecuencias raciales de di-

[8] Ver, por ejemplo, A. G. Hopkins, 1968, 1973; C. W. Newbury y A. S. Kanya-Forstner, 1969; J. Stengers, 1962.

[9] C. Darwin, 1859.

[10] Para más información sobre estas opiniones, ver R. Maunier, trad. y ed. por E. O. Lorimer, 1949; y G. Himmelfarb, 1960.

cha teoría. Sin embargo, el contenido racial del cristianismo evangélico estuvo suavizado por una generosa dosis de celo humanitario y filantrópico, sentimientos muy extendidos durante la conquista de Africa entre los europeos que hacían la política. Se ha argumentado, por consiguiente, que la división de Africa se debió, y no en pequeña medida, a un impulso humanitario y «misionero más amplio» cuyo objetivo era la regeneración de los pueblos de Africa [11]. Más aún, se ha afirmado que en Africa oriental y central, así como en Madagascar, fueron los misioneros quienes prepararon el terreno para la imposición del colonialismo [12]. Aunque es verdad que los misioneros no opusieron resistencia a la conquista de Africa, y que, en algunas zonas, se dedicaron activamente a la conquista, la limitada aplicación que es posible hacer del factor misionero impide que sea considerado una teoría general del imperialismo.

Atavismo social

Joseph Schumpeter fue quien explicó por primera vez el imperialismo en términos sociológicos. Para él, el imperialismo era la consecuencia de ciertos imponderables, de elementos sicológicos, no de presiones económicas. Su argumentación, expresada en términos humanísticos más que en términos raciales europeos, se basa en lo que él consideraba el deseo natural del hombre de dominar a sus prójimos sólo por el gusto de dominarlos. Este impulso innato está gobernado por la sed universal del hombre de usurpación. El imperialismo, por consiguiente, es un egotismo nacional colectivo: «La disposición sin objetivo concreto por parte del Estado para expandirse ilimitadamente por la fuerza» [13]. El nuevo imperialismo, decía él, era también de carácter atávico [14], es decir, era un salto atrás hacia los primitivos instintos políticos y sociales del hombre que podían haber estado justificados en los tiempos premodernos, pero que en el mundo moderno ciertamente no lo estaban. Demostraba entonces, cómo el capitalismo era, por su propia naturaleza, «anticapitalista» y benigno. Presidido por empresarios innovadores, se oponía totalmente a las motivaciones agresivas e imperialistas de las antiguas monarquías y clases guerreras, cuyas ambiciones no tenían objetivos claros. El capitalismo, por el contrario, tenía objetivos claros, y por consiguiente era completamente opuesto al comportamiento atávico característico de los antiguos regímenes. De esta forma, J. Schumpeter llegaba a la conclusión de que la explicación económica del nuevo imperialismo, explicación que se basaba en el desarrollo lógico del capitalismo, no era válida. A pesar de su atractivo, la mayor debilidad de este argumento es su calidad nebulosa y a-histórica. En tanto que explicaciones de la división, las teorías sicológicas pueden contener un elemento de verdad, pero no explican por qué ocurrió cuando ocurrió. Estas teorías

[11] Ver. J. S. Galbraith, 1961, pp. 34-48; G. Bennet (ed.), 1953; C. P. Groves en L. H. Gann, y P. Duignan (eds.), 1969, para las investigaciones del impulso misionero hacia la expansión imperial.
[12] R. Oliver, 1965; R. I. Rotberg, 1965; P. M. Mutibwa, 1974.
[13] J. Schumpeter, 1965, p. 6.
[14] Ibid. p. 65.

sugieren, sin embargo, qué fue lo que hizo posible dicha repartición y por qué fue considerada como algo deseable.

LAS TEORIAS DIPLOMATICAS

Las teorías diplomáticas son las explicaciones puramente políticas de la división y quizás las más populares. Pero, de forma interesante, estas teorías proporcionan un respaldo concreto y específico a las teorías sicológicas. Estas teorías diplomáticas muestran el egotismo nacional de los Estados europeos, que estaban en conflicto entre ellos, o se ponían de acuerdo para asegurar su propia preservación, o reaccionando decisivamente contra las fuerzas de los nacionalismos africanos primordiales. Por eso proponemos aquí que estas teorías sean tratadas desde los siguientes enfoques: *prestigio nacional, equilibrio de poder* y *estrategia global*.

Prestigio nacional

El mayor exponente de esta teoría es Carlton Hayes. En un perspicaz pasaje, Hayes afirma:

> Francia buscaba compensar sus pérdidas europeas con ganancias en ultramar. Inglaterra compesaría su aislamiento europeo por medio de la ampliación y glorificación del imperio británico. Rusia, detenida en los Balcanes, volvería otra vez a Asia, y Alemania e Italia demostrarían al mundo que tenían derecho a realzar o aumentar el prestigio que les había dado el poder obtenido en Europa, por medio de hazañas imperialistas fuera de Europa. Las potencias menos importantes, que no tenían un gran prestigio en juego, se las arreglaron para participar sin ningún imperialismo nuevo, aunque Portugal y Holanda desplegaron un orgullo renovado en los imperios que ya poseían y el imperio holandés fue administrado con renovado vigor [15].

Hayes concluye, por lo tanto, que «el nuevo imperialismo» era básicamente, «un fenómeno nacionalista» y que sus promotores suspiraban por obtener prestigio nacional. En resumen, una vez consolidadas sus naciones y realineadas sus fuerzas diplomáticas, los líderes europeos se sintieron empujados por una fuerza nebulosa o atávica que adoptó la expresión de una «reacción sicológica, un deseo ardiente de mantener o recobrar el prestigio nacional». Apoyándose en esto Hayes concluye que la división de Africa no fue un fenómeno económico [16].

Equilibrio de poder

Por otra parte, F. H. Hinsley [17] insiste en que la causa principal de la división fue la necesidad que tenía Europa de paz y estabilidad en casa. En su opi-

[15] C. J. Hayes, 1941, p. 220.
[16] Ibid.
[17] F. H. Hinsley, 1959 (a), 1959 (b) en E. A. Benians, J. Butler y C. E. Carrington (eds.), 1959.

nión, la fecha decisiva del cambio hacia una era extraeuropea —una era de imperialismo— fue 1878. A partir de ese año, del Congreso de Berlín, la rivalidad entre Rusia y Gran Bretaña en los Balcanes y el imperio otomano, llevó a las naciones europeas al borde mismo de la conflagración. Los hombres de Estado europeos desviaron esta crisis en la política del poder y dieron marcha atrás. Desde esa fecha hasta la crisis de Bosnia en 1908, la política de las potencias se desplazó de Europa para jugarse en Africa y Asia. Cuando los conflictos de intereses en Africa se convirtieron en una amenaza para la paz en Europa, las potencias europeas no tuvieron otra opción que dividir Africa para preservar así el equilibrio diplomático europeo que se había estabilizado por sí mismo en la década de 1880.

Estrategia global

Hay una tercera escuela que sostiene que los intereses europeos en Africa que dieron lugar al surgimiento de la lucha no eran económicos, sino que se trataba de un problema de estrategia global. Los principales autores de esta escuela, Ronald Robinson y John Gallagher, ponen el acento en la importancia estratégica de Africa para la India británica, echan la culpa de la división de Africa al impacto causado por movimientos «protonacionalistas» de Africa que amenazaban la estrategia global de los intereses de las naciones europeas. Estas «luchas reaccionarias románticas» —anacronismos valientes, en su opinión— obligaron a los hombres de Estado europeos, que en realidad se resistían a ello y que hasta ese momento se habían conformado con ejercer una supremacía informal y una persuasión moral, a dividir y conquistar el continente. Por consiguiente, la ocupación de Africa no se debió a lo que podía ofrecer materialmente a los europeos —ya que económicamente no tenía valor alguno—, sino al hecho de que amenazaba los intereses europeos en otras partes [18].

Uno de los objetivos principales de las teorías sicológicas, así como de las teorías próximas a ellas, las teorías diplomáticas, ha sido destruir la noción de que la división de Africa estuvo motivada por impulsos económicos. Pero el argumento de prestigio sólo resulta convincente cuando se eliminan sus concomitancias económicas o se les quita importancia indebidamente. Hayes, por ejemplo, ha documentado detalladamente la guerra de precios entre las naciones europeas, que se desarrolló durante el período crucial de la división [19]. Hayes concede incluso que «lo que realmente provocó el comienzo de la ofensiva económica en el "continente oscuro", y las soleadas islas del Pacífico, no fue tanto la sobreproducción europea de bienes manufacturados, sino más bien el insuficiente aprovisionamiento de materias primas» [20], y que, por consiguiente, «para evitar que Francia, Alemania, Italia y otras potencias proteccionistas... monopolizaran una parte demasiado grande del mundo, Gran Bretaña maniobró intensamente para reunir la parte

[18] Ver J. Gallagher y R. Robinson, 1953; R. E. Robinson y J. Gallaher en F. H. Hinsley (ed.), 1962. R. E. Robinson y J. Gallaher, 1961.
[19] C. J. H. Hayes, 1941, pp. 205-8.
[20] Ibid., p. 218.

del león en el seno de su propio imperio librecambista». En otras palabras, una vez establecido, el neomercantilismo tuvo consecuencias muy importantes para la emergencia de las rivalidades imperiales[21]. Y, sin embargo, tal como hemos visto, en la página siguiente se dispone a argumentar, lleno de confianza, en contra del sustrato económico del nuevo imperialismo. También H. Brunschwig, mientras postulaba una interpretación económica del imperialismo francés, se enfrentó con la dimensión económica absoluta del imperio, y se vio así obligado a asignarle algún papel. Así que, mientras considera que el imperialismo anglosajón era económico y filantrópico, piensa que el de Francia estuvo motivado por el prestigio[22]. Con respecto a la tesis de la estrategia global, las reacciones de quienes están informados han sido sumamente negativas. Sin embargo, su atractivo, para los historiadores no africanistas —o para el lector no experto— ha sido sencillamente abrumador. A pesar de todo, sabemos que esta tesis, desarrollada a partir de las suposiciones más ecléctica de Langer[23] y de los análisis más meditados de Hinsley, es demasiado hábil y demasiado circunstancial para resultar aceptable. Ha sido puesta a prueba en Africa oriental, occidental, del norte y del sur, y resultó deficiente[24]. Y, con respecto a Egipto y Africa de Norte, se ha demostrado que había importantes razones no relacionadas con la estrategia imperial británica en la India, que exigían la presencia británica[25]. Resulta gratificante notar que, de todas maneras, Robinson ha empezado a restar énfasis a las exageradas repercusiones del *baton Egyptien* * en la lucha que tuvo lugar en otras partes de Africa[26].

La teoría de la dimensión africana

Hasta aquí, las teorías de la división han considerado a Africa en el contexto de la historia europea. Eso es claramente un gran defecto. Ni siquiera el enfoque «protonacionalista» de Robinson y Gallagher está completamente desarrollado, precisamente porque el centro de su interés es Europa y Asia.

Por consiguiente, la necesidad de estudiar la división de Africa desde la perspectiva histórica africana se convierte en algo crucial. Contrariamente a la creencia general, semejante enfoque no es el ingenuo descubrimiento de la «nueva» historiografía africana. En su notable libro *The partition of Africa*[27] *, publicado en 1893, J. S. Keltie señala, perspicazmente, que la lucha de la década de 1880 fue la consecuencia lógica de los mordiscos que se daban al continente desde hacía 300 años. También da señales de aceptar la opinión de que la división se

[21] Ibid., p. 219.
[22] H. Brunschwig, 1966, pp. 4-13.
[23] W. Langer, 1935.
[24] Ver J. Stengers, 1962; C. W. Newbury y A. S. Kanya-Forstner, 1969; G. N. Uzoigwe, 1974 y 1977; W. R. Louis (ed.), 1976.
[25] G. N. Uzoigwe, 1974.
* En francés en el original. La batuta egipcia. El bastón egipcio.
[26] R. Robinson en R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), 1972.
[27] J. S. Keltie, 1893. * La división de Africa.

realizó por motivos económicos, aunque este no es su argumento central. En la década de 1930, George Hardy, el prolífico historiador colonial francés, demostró también la dimensión local africana de la división, y trató a Africa como a una unidad histórica. Tal como Keltie, Hardy argumentaba que, aunque la causa inmediata de la división fue la rivalidad económica entre los países de la Europa industrial, esta fue, al mismo tiempo, una fase importante en las relaciones existentes, desde hacía muchos años, entre Europa y Africa. Sugiere que la resistencia africana a la creciente influencia europea precipitó la conquista real, de la misma manera que la creciente rivalidad comercial de las naciones industrializadas condujo a la división [28].

Tales teorías de la división fueron ignoradas durante mucho tiempo. Pero, la publicación en 1956 de *Trade and Politics in the Niger Delta* [29]. *, de K. Onwuka Dike, un libro clásico, puso nuevamente sobre el tapete la dimensión africana de la división. El libro de Dike es limitado en cuanto al período de tiempo y la zona geográfica que abarca, pero aún así animó a una generación de historiadores a estudiar la división en el contexto de un largo período de relaciones entre diferentes razas y culturas. Lamentablemente, mientras que en su popular *Short History of Africa* [30]. **, Roland Oliver y J. D. Fage demuestran esta extendida relación, todavía insisten más en la dimensión africana europea que en la dimensión de la división. Resulta por lo tanto estimulante que el importante estudio de A. G. Hopkins [31], aunque limitado en cuanto al ámbito geográfico que estudia, intente hacer una reinterpretación, desde un punto de vista africano, del imperialismo en Africa occidental. Vale la pena citar su conclusión:

> Es posible concebir, en un extremo, las zonas en las que la transición a partir del comercio de esclavos se desarrolló con éxito, zonas en las que los ingresos se mantuvieron, y en las que las tensiones internas fueron controladas. En estos casos, la explicación de la división necesitará poner el énfasis en las presiones externas, tales como las demandas mercantiles y la rivalidad anglo-francesa. En el otro extremo, es posible concebir casos en los que los gobernantes indígenas adoptaron actitudes reaccionarias, en las que se intentó mantener los ingresos por medio de la rapiña y en las que los conflictos internos fueron fuertes. En estos casos, la explicación del imperialismo necesitará dar un peso mayor, en el lado africano de la frontera, a las fuerzas desintegradoras, pero sin descuidar los factores externos [32].

El autor de este libro está de acuerdo con la mayoría de los enfoques de los miembros de esta escuela [33]. Igual que ellos, considera a la división tanto en términos africanos como en términos europeos, y, por consiguiente, considera la teoría de la dimensión africana como un suplemento de las teorías eurocéntricas ya discutidas. Opina que la división y la conquista son la consecuencia lógica de las dentelladas que Europa daba a Africa y que habían empezado mucho antes del

[28] G. Hardy, 1930, pp. 124-37.
[29] K. Dike, 1956. * *Comercio y política en el delta del Níger. (N. del T.)*
[30] R. Oliver y J. D. Fage, 1970. ** *Breve historia de Africa. (N. del T.)*
[31] A. G. Hopkins, 1973.
[32] Ibid., pp. 165-6.
[33] La teoría de la dimensión africana está desarrollada de forma más completa en A. G. Hopkins, 1973, y en G. N. Uzoigwe, 1973.

siglo XIX; acepta que el impulso económico esencial que necesitaba de esas dentelladas cambió drásticamente durante el último cuarto del siglo XIX; que la causa del cambio fue la transición del tráfico de esclavos al comercio legítimo, y la disminución que a raíz de esto sufrió el comercio, tanto de importación como de exportación, durante este período, y que este cambio económico en Africa y la consiguiente resistencia a la creciente influencia europea, fueron las causas que precipitaron la verdadera conquista militar. Parece, en verdad, que la teoría de la dimensión africana proporciona una teoría de la división más aceptable, con un enfoque más histórico que cualquiera de la teorías puramente eurocéntricas.

LOS ORIGENES DE LA LUCHA

Aunque al terminar el tercer cuarto del siglo XIX, las potencias europeas —Francia, Gran Bretaña, Portugal y Alemania— habían adquirido intereses comerciales y ejercían una influencia considerable en diferentes partes de Africa, su control político directo era extremadamente limitado. Tanto Alemania como Gran Bretaña, y especialmente esta última, eran capaces de ejercer toda la influencia que querían, y ningún hombre de Estado en su sano juicio hubiera elegido libremente incurrir en los costes y enfrentarse a las contingencias imprevistas de una anexión formal, cuando podía obtener las mismas ventajas por medio del control informal. Se ha señalado con perspicacia, que «rehusar la anexión no demuestra que no se esté dispuesto a controlar» [34]. Esto explica tanto la actitud de Salisbury como la de Bismarck y, en verdad, de la mayor parte de los autores importantes de la división.

Pero, como resultado de tres importantes acontecimientos que tuvieron lugar entre 1876 y 1880, esta actitud empezó a cambiar. El primero de estos acontecimientos fue el nuevo interés que proclamó en Africa el duque de Brabante, coronado rey constitucional (Leopoldo I) de Bélgica, en 1865. El interés de Leopoldo I en Africa, se manifestó a través de la llamada Conferencia Geográfica de Bruselas que convocó en 1876 y cuyo resultado fue la organización de la Asociación Africana Internacional y la contratación en 1879 de H. M. Stanley para explorar el Congo en nombre de la asociación. Estos pasos culminaron con la creación del Estado Libre del Congo, Estado que el rey Leopoldo consiguió fuera reconocido por todas las grandes naciones europeas, antes de que la Conferencia de Africa Occidental reunida en Berlín terminara sus deliberaciones [35].

Las actividades llevadas a cabo por Portugal a partir de 1876 constituyen la segunda serie significativa de acontecimientos. Resentido por el hecho de que lo habían invitado tarde a la Conferencia de Bruselas, Portugal envió una ráfaga de expediciones que en 1880 ya habían anexionado a la corona portuguesa los Estados prácticamente independientes de los gobernantes afro-portugueses de Mo-

[34] J. Gallaher y R. Robinson, 1953, p. 3.

[35] PRO FO 403/192, «Memorandum by Sir E. Hertslet on the most important Political and Territorial changes which have taken place in central and East Africa since 1883 (with Additional Notes by Sir P. Anderson)», febrero, 1893. Confidencial.

zambique. En lo que concierne a los portugueses y al rey Leopoldo, en 1876 la lucha ya había empezado.

El tercero y último factor que contribuyó a organizar la división en marcha, fue, sin duda alguna, el aire expansionista que caracterizó a la política colonial francesa de los años 1879 y 1880. Esto se expresó a través de su participación con Gran Bretaña en el control dual de Egipto (1879), el envío de Savorgnan de Brazza al Congo y la ratificación de sus tratados con el jefe Makoko de los batekes, y el resurgimiento de la iniciativa colonial francesa tanto en Tunicia como en Madagascar [36].

Estos movimientos realizados por las mencionadas potencias entre 1876 y 1880 indicaron claramente que ahora estaban todas comprometidas con la expansión colonial y el establecimiento de un control formal en Africa, y esto fue lo que finalmente obligó tanto a Gran Bretaña como a Alemania a renunciar a su preferencia por el control informal y la influencia en favor de un política formal que condujo a sus anexiones en Africa oriental, occidental y del sur, realizadas a partir de finales de 1883 [37]. La iniciativa alemana, por ejemplo, tuvo como resultado la anexión de Africa del SO, Togo, Camerún y el Africa Oriental Alemana, lo que a su vez aceleró más el ritmo de la lucha.

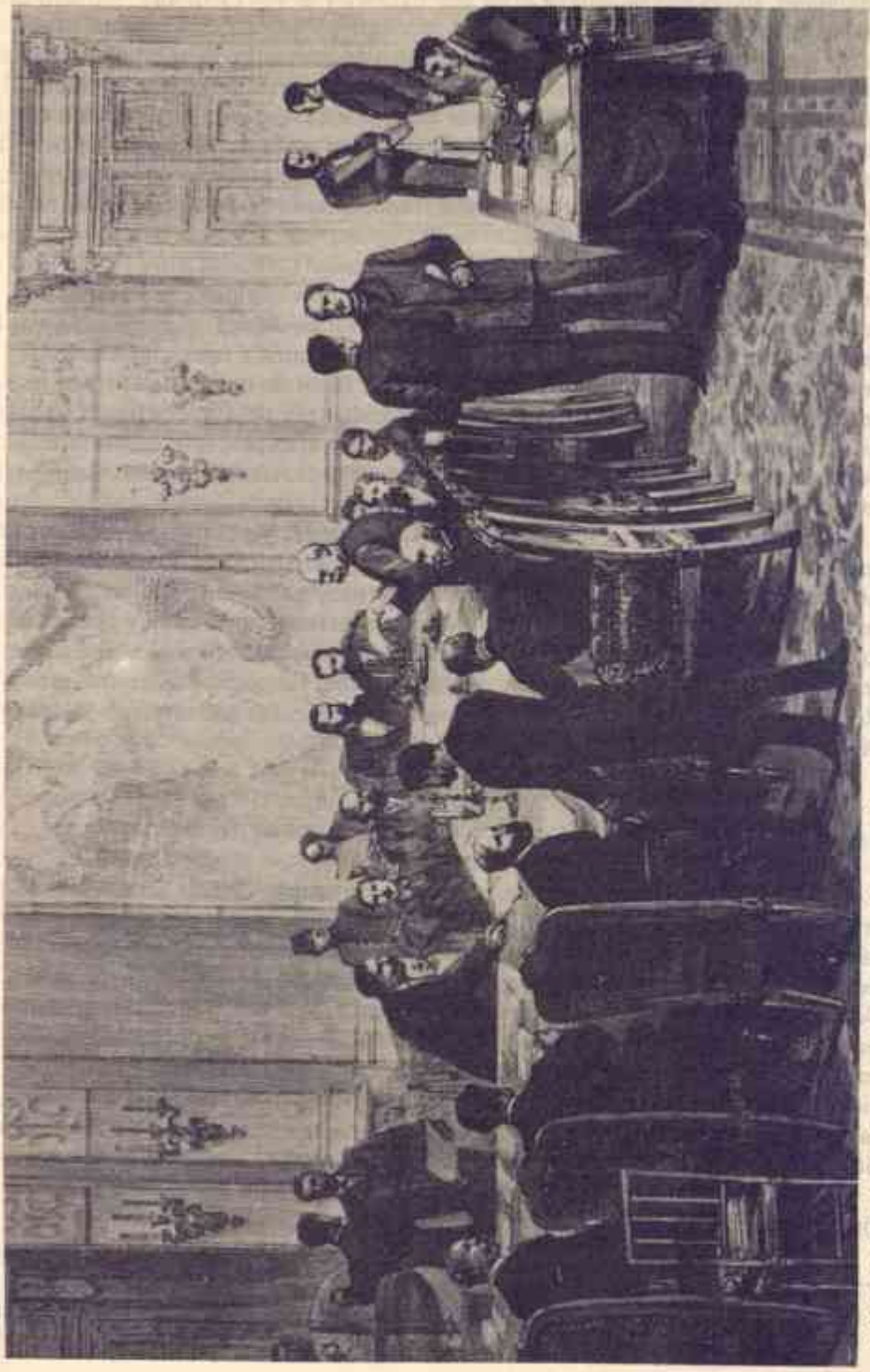
A principios de la década de 1880, la lucha estaba ya bastante avanzada, y fue enteramente por miedo de que lo expulsaran de Africa por lo que Portugal propuso que se convocara una conferencia internacional para dirimir las disputas territoriales que tenían como marco la zona de Africa central. Sobre la base de lo dicho más arriba, parece evidente, pues, que la ocupación británica de Egipto, realizada en 1882, no fue el detonador de la lucha, tal como han argumentado Robinson y Gallaher [38], sino más bien los acontecimientos que tuvieron lugar en diferentes partes de Africa, entre 1876 y 1880.

LA CONFERENCIA DE AFRICA OCCIDENTAL DE BERLIN, 1884-1885

La idea de una conferencia internacional destinada a dirimir las disputas territoriales que surgían en la región del Congo a consecuencia de las actividades europeas, sugerida en primer término por Portugal, fue posteriormente lanzada por Bismarck, quien, después de sondear la opinión de las otras potencias, se sintió animado a organizarla. La conferencia se reunió en Berlín del 15 de noviembre de 1884 al 26 de noviembre de 1885. La noticia de que se iba a reunir semejante conferencia aumentó la intensidad de la lucha. La conferencia no discutió seriamente el tráfico de esclavos ni el noble idealismo humanitario que se suponía la había inspirado. Sin embargo, aprobó resoluciones vacías sobre la abolición del tráfico de esclavos y el bienestar de los africanos.

Aparentemente, la intención inicial de la conferencia no era intentar una división general de Africa. Sin embargo, terminó disponiendo del territorio, apro-

[36] P. M. Mutibwa, 1974, capítulos 6 y 7.
[37] Ver G. Cecil, 1932, pp. 225-6; F. D. Lugard, 1929, p. 13.
[38] R. Robinson y J. Gallaher, 1961.



• *Una sesión de la Conferencia de Berlín sobre Africa occidental, 1884-1885.*

bando resoluciones sobre la libre navegación del río Níger, del Benue y de sus afluentes; y estableciendo «las normas concernientes a la ocupación de territorio en las costas de Africa que debían ser observadas en el futuro»[39]. Según el artículo 34 del Acta de Berlín, el documento que firmaron los participantes en la conferencia, cualquier nación europea que en el futuro tomara posesión de una costa africana o declarara un «protectorado» en el continente, debía notificarlo a los firmantes del Acta de Berlín para que sus pretensiones fueran ratificadas. Esto fue lo que se llamó la doctrina de las *zonas de influencia* a la que estaba vinculado el absurdo concepto de la zona interior, que pasó a ser interpretado como que la posesión de la costa implicaba también la propiedad de la zona interior hasta una distancia casi ilimitada. El artículo 35 estipulaba que el ocupante de cualquiera de tales posesiones costeras debía demostrar que poseía suficiente «autoridad» en la zona para «proteger los derechos existentes y, si fuera el caso, la libertad de comercio y de tránsito en las condiciones acordadas para ello». Esto fue lo que se llamó la doctrina de la *verdadera ocupación* que haría de la conquista de Africa un asunto tan cruel.

Al reconocer el Estado Libre del Congo, permitir negociaciones territoriales y dictaminar las normas y regulaciones que regirían la apropiación «legal» del territorio africano, las potencias europeas se arrogaron a sí mismas el derecho de sancionar el principio de repartir y conquistar otro continente. En la historia mundial no existe precedente en el que un grupo de Estados de un continente se sintiera justificado para discutir el reparto y ocupación del territorio de otro continente de un forma tan atrevida. Este es el significado más importante para la historia de Africa de la conferencia. El argumento de que, contrariamente a la opinión popular, la conferencia no dividió Africa[40], sólo es correcto en el sentido más técnico. A todos los efectos y propósitos, la apropiación del territorio tuvo realmente lugar en la conferencia y la cuestión de la apropiación futura estaba claramente implícita en sus decisiones. De hecho, en 1885 ya se habían establecido las grandes líneas de la división final de Africa.

TRATADOS 1885-1902

Antes del Acta de Berlín, las potencias europeas habían adquirido ya zonas de influencia en Africa. Esta adquisición se había realizado por diversas vías: a través del establecimiento de puestos comerciales, de asentamientos misioneros, de la ocupación de zonas estratégicas, y haciendo tratados con los gobernantes africanos[41]. A partir de la conferencia, la influencia por medio de tratados se convirtió en el método más importante para llevar a cabo la división sobre el papel del continente. Estos tratados adoptaron dos formas: los tratados entre los africanos y los europeos, y los acuerdos bilaterales entre los mismos europeos. Los tratados africano-europeos eran, básicamente, de dos clases. En primer lu-

[39] PRO FO 403/192, Memorandum de Sir E. Hertslet, febrero de 1893, p. 1.
[40] S. E. Crowe, 1942, pp. 152-75.
[41] G. N. Uzoigwe, 1976 (a), pp. 189-93.

gar, los tratados comerciales y para el tráfico de esclavos; estos generaron fricción, lo que a su vez condujo a la intervención política europea en los asuntos africanos. En segundo lugar, estaban los tratados políticos en los que los gobernantes africanos declaraban rendir su soberanía a cambio de protección, o se comprometían a no contraer obligaciones por medio de tratados con otras naciones europeas.

Estos tratados políticos estuvieron de moda durante este periodo. Los hacían los representantes de los gobiernos europeos o los de organizaciones privadas que posteriormente los transferían a sus respectivos gobiernos. Habitualmente, si un gobierno metropolitano aceptaba uno de estos tratados, los territorios concernidos eran anexados o se les declaraba un protectorado; por otra parte, si sospechaba de su autenticidad, o si las vicisitudes de la *Weltpolitik* lo hacían sentirse obligado a ser prudente, estos tratados eran utilizados con fines negociadores durante las conversaciones europeas bilaterales. Por otra parte, los africanos hacían estos acuerdos por diversos motivos, pero especialmente a causa de los intereses de su pueblo. En algunos casos, deseaban relacionarse con los europeos por medio de tratados porque tenían la esperanza de que el prestigio de tal relación les daría ciertas ventajas políticas en sus relaciones con sus vecinos. A veces, un Estado africano débil deseaba hacer un tratado con una potencia europea con la esperanza de usarlo para renunciar a su lealtad hacia otro Estado africano que pretendía ejercer soberanía sobre él. Un soberano africano desearía también hacer un tratado con la esperanza de usarlo para mantener a raya a los Estados sometidos que se mostraban recalcitrantes. A veces, algunos Estados africanos consideraban un tratado con una nación europea como un medio de proteger su independencia que se veía amenazada por otras naciones europeas [42]. Cualquiera que fuese el caso, los tratados políticos africano-europeos jugaron un papel importante en la división final de Africa.

Los tratados sobre la Compañía Imperial Británica del Africa Oriental (Imperial British East Africa Company, IBEAC) y Buganda son un ejemplo del caso en el que un soberano africano solicitaba la ayuda del representante de una compañía europea para resolver problemas con sus propios súbditos. Kabaka Mwanga II había escrito a la compañía diciéndole que sería «muy bueno que viniera y me pusiera en mi trono» y había prometido pagar a la compañía con «gran cantidad de marfil y bajo mi gobierno ustedes pueden hacer cualquier comercio en Uganda y todo lo que *ustedes quieran*» [43]. Al no recibir respuesta a su solicitud, envió a Zanzíbar dos embajadores, Samuel Mwemba y Víctor Senkezi, para solicitar apoyo a los cónsules inglés, francés y alemán. Instruyó a sus embajadores para que preguntaran: «Si desean ayudarnos, ¿cómo deberemos pagarles? Porque no deseo darles (a ellos o a ustedes) mi tierra. Quiero que todos los europeos de todas las naciones vengan a Uganda, a construir y comerciar como ellos quieran» [44]. Resulta claro que al hacer un tratado, Mwanga no tenía intención de renunciar a su soberanía. Más tarde, Mwanga descubrió, a costa suya, que los euro-

[42] S. Touval, p. 286.
[43] PRO FO 84/2061, Mwanga a Jackson, 15 de junio de 1889 (la bastardilla es obra del autor).
[44] PRO FO 84/2064, Mwanga a Euam-Smith, 25 de abril de 1890.

peos pensaban de otra forma. Los tratados del Capitán F. D. Lugard con Mwanga realizados en diciembre de 1890 y marzo de 1892, tratados que ofrecían «protección» a Mwanga, fueron más bien impuestos que negociados. Es verdad que la IBEAC le ayudó a recuperar su trono, pero la victoria de los bagandas protestantes (conseguida gracias a la ametralladora Maxim de Lugard) sobre los bagandas católicos en la batalla de Mengo (24 de enero de 1892) había dejado a los kabalas en una posición muy débil. Cuando la compañía dejó de operar en Buganda (31 de marzo de 1893), transfirió estos tratados al gobierno británico. El tratado final del Coronel H. E. Colvile con Mwanga (27 de agosto de 1894) confirmó todos los tratados previos pero fue aún más lejos. Colvile pidió, y aseguró, para su país «el control de la política exterior, del ingreso y de los impuestos», que pasó de manos de Mwanga a las del «gobierno de Su Majestad, cuyo representante debía ser también la corte suprema de apelación en todos los litigios civiles» [45]. Ese mismo año, Gran Bretaña declaró a Buganda protectorado.

Resulta revelador que, refiriéndose a los tratados que ofrecían protección de la compañía, Lugard escribiera más tarde en los siguientes términos:

> Ningún hombre que lo entendiera lo hubiera firmado, y decir que un jefe salvaje ha sido informado de que cede todos los derechos a la compañía a cambio de nada es obviamente una falsedad. Si se le dijo que la compañía lo protegería contra sus enemigos y participaría en sus guerras como un aliado, se le dijo una mentira, porque la compañía no pensaba hacer tal cosa y no tenía fuerza para hacerlo si lo hubiera deseado» [46].

¡Lugard estaba diciendo, esencialmente, que sus propios tratados habían sido obtenidos de forma fraudulenta! No tenemos espacio aquí para discutir los numerosos tratados afro-europeos. Pero se puede hacer una rápida mención de la solicitud hecha por el emir de Nupe, en lo que hoy es Nigeria, al teniente L. A. A. Mizon, para constituir una alianza con él contra la Compañía Real del Niger, con la que había reñido [47]. Esta solicitud por parte del emir es un ejemplo del deseo de un soberano de buscar la ayuda de una potencia europea para luchar contra otra potencia europea que amenazaba su independencia.

LOS TRATADOS BILATERALES EUROPEOS DE DIVISION

Habitualmente, la adquisición de una zona de influencia por medio de un tratado era la primera etapa de la ocupación de un Estado africano por parte de una potencia europea. Si ninguna otra potencia europea impugnaba dicho tratado, la potencia concernida transformaba gradualmente los derechos obtenidos por tratado en derechos soberanos. Por consiguiente, una zona de influencia surgía, en primer lugar, por medio de una declaración unilateral; se convertía en una realidad sólo cuando era aceptada o no era impugnada por otras potencias europeas. Las zonas de influencia eran impugnadas con frecuencia, pero, con el tiempo,

[45] PRO FO 2/72, Colvile a Hardinge, 28 de ag. de 1894 (incl.). Contiene el texto de este tratado.
[46] M. Perham y M. Bull (eds.), 1963, vol. I, p. 318.
[47] Para más detalles, ver R. A. Adeleye, 1971, pp. 136-9.

estas dificultades territoriales y disputas limítrofes eran dirimidas y ratificadas por medio de acuerdos mutuos entre dos o más potencias imperialistas que operaban en la misma región. Los límites de estos acuerdos territoriales se determinaban, de la forma más exacta posible, por medio de una frontera natural, o, cuando no existía tal frontera, por medio de la longitud y latitud. Ocasionalmente tomaban en cuenta las fronteras políticas indígenas.

El tratado anglo-alemán de 29 de abril (y 7 de mayo) de 1885, que definía las «zonas de acción» de los dos países en ciertas partes de Africa, está considerado como, quizás, la primera aplicación seria en los tiempos modernos de la teoría de las zonas de influencia [48]. Por medio de una serie de tratados, acuerdos y convenciones similares, al terminar el siglo, la división sobre el papel de Africa estaba virtualmente terminada. Aquí sólo podemos ocuparnos brevemente de los más significativos de estos acuerdos y convenciones.

Por dar un ejemplo, el tratado fronterizo anglo-alemán, de 1 de noviembre de 1886, es particularmente significativo. Situaba a Zanzíbar y a la mayor parte de sus dependencias en la zona de influencia británica; por otra parte, aseguraba a Alemania influencia política en Africa oriental, proporcionando así reconocimiento oficial a la brecha abierta en el monopolio británico de la zona [49]. El tratado dividía así, en efecto, el imperio Omaní. Según los términos del acuerdo clarificatorio subsiguiente, firmado en 1887, Gran Bretaña se comprometía a «desalentar anexiones británicas en la retaguardia de la zona de influencia de Alemania, en el entendido de que el gobierno alemán desalentaría igualmente anexiones alemanas en la retaguardia de la zona británica». Más adelante se acordaba que si uno de los dos países ocupaba la costa, «el otro no podría, sin permiso, ocupar zonas no reclamadas de la retaguardia» [50]. La imprecisión de estos acuerdos sobre la zona interior con respecto al flanco oeste, «zona de influencia» de ambos países, condujo al famoso Tratado de Heligoland, firmado en 1890, que concluyó globalmente la división del Africa oriental. Es muy significativo que reservase Uganda para Gran Bretaña; pero también destruyó la gran ilusión británica de una carretera que uniese El Cabo con El Cairo, sometió Heligoland a Alemania y puso fin a la independencia de Zanzíbar.

Estudiados conjuntamente los tratados anglo-alemanes de 1890 y 1893 y el tratado anglo-italiano de 1891, se ve que reconocen al alto Nilo como región perteneciente a la esfera británica de influencia. Hacia el sur, el tratado franco-portugués (1886), el tratado germano-portugués (1886) y el tratado anglo-portugués (1891) reconocían la influencia de Portugal en Angola y Mozambique y delimitaban la zona británica en Africa central. El tratado entre Gran Bretaña y el Estado libre del Congo (1894) resulta igualmente significativo pues establecía los límites del Estado libre del Congo, de tal forma que éste actuaba como un tapón entre el territorio francés y el valle del Nilo y proporcionaba a los británicos el corredor El Cabo-El Cairo desde Uganda vía el lago Tanganika (abandonado en junio a causa de la protesta alemana). En Africa occidental, los acuerdos más importan-

[48] S. Touval, 1966, p. 286.
[49] PRO FO 403/192, Memorandum de Sir E. Hertslet, febrero de 1893.
[50] PRO FO 403/142, Salisbury a Malet, 14 de junio de 1890.

tes fueron el acuerdo de Say-Barruwa (1890) y la convención de Níger (1898)[51]. Con estos tratados, Gran Bretaña y Francia concluyeron la división de esa región. Finalmente, la convención Anglo-francesa de 21 de marzo de 1899 dirimió el problema egipcio mientras que la Paz de Vereeniging (1902) —que dio término a la guerra anglo-boer— confirmaba temporalmente, y en todo sentido, la supremacía británica en Africa del Sur.

¿En qué medida eran legítimos los tratados políticos con los gobernantes africanos y los acuerdos bilaterales europeos en los que se basó la división y la conquista de Africa? Un análisis de los tratados políticos sugiere la conclusión de que algunos de ellos eran legalmente insostenibles, algunos no eran en absoluto morales, mientras que otros habían sido conseguidos legalmente. Sin embargo, estos tratados eran esencialmente actos políticos defendibles únicamente en el contexto de la ley positiva europea que consideraba la fuerza como base de toda ley. Incluso cuando los africanos buscaban abiertamente hacer tratados con los europeos, sus decisiones se basaban siempre en su percepción de la fuerza europea. También hubo ocasiones en las que los africanos sospecharon cuáles eran los motivos de los europeos para querer firmar tratados y rehusaron entrar en ese tipo de relación, pero fueron inducidos a ello por medio de presiones insoportables. También hubo muchos casos en los que los africanos y los europeos no estaban de acuerdo con la interpretación de los convenios realizados. En tales casos, en lo que concierne a los gobernantes africanos, estos tratados políticos no implicaban pérdida alguna de su soberanía. Forzados o no a firmar dichos tratados, los gobernantes africanos tenían tendencia a considerar que se trataba de acuerdos de cooperación, que podían resultar mutuamente ventajosos para las partes implicadas. La opinión europea sobre el problema de la legitimidad de estos tratados variaba. Mientras algunos los consideraban legítimos, otros, como Lugard, estaban convencidos de que casi todos habían sido obtenidos contraviniendo las leyes, algunos estaban abiertamente falsificados, o eran claramente fraudulentos, y la mayoría habían sido realizados de forma ilegal[52]. Y, sin embargo, en la mayor parte de los casos, estos absurdos tratados eran, en términos de la convención diplomática europea, acuerdos de reconocimiento —incluso, por ejemplo, los fraudulentos tratados del Africa oriental de Karl Peters y los tratados de la IBEAC que el mismo Lugard rechazaba considerándolos «un completo fraude»[53]. Hay poquísimos ejemplos en los que, al hacer un análisis detallado, tales tratados fueron considerados defectuosos —tal como ocurrió con los tratados que Lugard hizo con Nikki— y fueron anulados en la mesa de conferencias.

La idea de los tratados bilaterales europeos —que en alguna capital europea tomaban decisiones sobre el territorio africano sin la presencia o la aprobación de aquellos cuyo futuro determinaban— se explicaba también en términos del derecho positivo europeo. Los líderes europeos eran perfectamente conscientes de

[51] Para el informe sumamente detallado de la Convención de Níger, ver G. N. Uzoigwe, 1974, capítulos 5 y 6; cf. B. I. Obichere, 1971, capítulo 8.

[52] Ver F. D. Lugard, 1893, II, p. 580; M. Perham y M. Bull (eds.), 1963, I, p. 318; J. M. Gray, 1948.

[53] M. Perham y M. Bull, 1963, I, p. 318.

que una zona de influencia acordada por medio de un tratado entre dos naciones europeas, no afectaba los derechos de los soberanos africanos que gobernaban dentro del marco de dicha zona. Pero como una zona de influencia era más una noción política que legal, una potencia amiga podía elegir respetarla, mientras que una potencia que no lo fuera podía elegir ignorarla. Esto afectaba también a la doctrina del territorio interior, notoria por su evocación del principio del «destino manifiesto» y de las violentas reclamaciones hechas en su nombre. Ambas doctrinas, en resumen, no estaban legitimadas por la ley internacional [54]. «La doctrina moderna del territorio interior», observa Salisbury en 1896, «con sus inevitables contradicciones, indica la falta de información y la situación de inestabilidad del derecho internacional aplicado a las pretensiones territoriales que se apoyan en la ocupación constructiva o en el control» [55]. En otras palabras, «la pretensión de soberanía en Africa sólo puede ser mantenida por una ocupación real del territorio que se pretende» [56]. Y, puesto que el concepto de ocupación real —concepto desconocido para la gran mayoría de los Estados africanos— y el concepto africano del significado real de estas relaciones a través de tratados con los europeos se contradecían de forma fundamental uno con el otro, la situación de conflicto tenía que intensificarse. De esta forma fue preparado el escenario para la ocupación militar sistemática del territorio interior por parte de las potencias europeas.

LA CONQUISTA MILITAR, 1885-1902

Por el motivo que fuese, en esta política de conquista militar, los franceses eran los más activos. Avanzando desde el alto hacia el bajo Níger, pronto derrotaron al damel de Cayor, Lat Dior, quien luchó hasta morir en 1886; vencieron a Mamadou Lamine en la batalla de Touba-Kouta (1887), terminando así con el imperio soninke que éste había fundado en Senegambia; consiguieron romper la prolongada y celebrada resistencia del gran Samori Ture, cuando finalmente lo capturaron (1898) y lo enviaron al exilio en Gabón (1900); y por medio de una serie de victorias —Koundian (1889), Segu (1890) y Youri (1891)—, el comandante Louis Archinard terminó con el imperio de los segu Tukulor a pesar de que su soberano, Ahmadu, continuó luchando obstinadamente hasta la muerte en Sokoto en 1898. En otras partes del Africa occidental, los franceses conquistaron Costa de Marfil y la futura Guinea francesa en donde, en 1893, establecieron colonias. Y entre 1890 y 1894 llevaron a cabo la conquista y ocupación del reino de Dahomey. A finales de la década de 1890, los franceses habían terminado la conquista de Gabón, consolidado su posición en Africa del Norte, terminado la conquista de Madagascar (enviando al exilio en Argel, en 1897, a la reina Ranavalona III), y en la zona fronteriza del Sahara-Sahel la muerte en el campo de batalla, en 1900, del rabih de Sennar, puso fin a su obstinada resistencia.

[54] M. F. Lindley, 1926, pp. 234-5.
[55] Citado por G. N. Uzoigwe, 1976 (a), pp. 196-7.
[56] Citado por F. D. Lugard, 1929, p. 13.

El imperialismo militar británico fue igualmente espectacular y sangriento; tal como se verá en los siguientes capítulos, la respuesta africana también fue decidida y con frecuencia prolongada. Operando desde sus posesiones costeras de Nigeria y de la Costa de Oro (hoy Ghana), Gran Bretaña detuvo eficazmente la expansión francesa hacia el bajo Níger y el territorio interior asante. La última expedición kumasi (1900) fue seguida en 1901 por la anexión de Asante, y Nana Prempeh fue exiliado a las Seychelles. En 1901 también fueron formalmente anexados todos los territorios hasta el norte de Asante, tierrras estas que habían sido ocupadas entre 1896 y 1898. Desde la colonia de Lagos, Gran Bretaña lanzó la conquista de Nigeria. En 1893, la mayor parte del territorio yoruba había sido ya proclamado protectorado; en 1894 se llevó a cabo la conquista del territorio Itsekiri, y Nana Olumu, su hábil «príncipe mercader», fue enviado al exilio en Accra; y como Harry Johnston, el cónsul británico, parecía no estar en condiciones de desafiar en una batalla directa al rey Jaja de Opobo, lo engañó para que fuera a una reunión a bordo de un buque de guerra británico donde fue hecho prisionero y enviado a las Indias Occidentales (1887). A finales del siglo, tanto Brass como Bini habían sido debidamente conquistadas. En 1900, la supremacía británica en el sur de Nigeria estaba más o menos asegurada. Sin embargo, la ocupación real del territorio igbo y de otras zonas del territorio interior del este no fue terminada hasta las dos primeras décadas de este siglo. Hacia el norte, la conquista británica se llevó a cabo partiendo de Nupe, donde —en 1895— la Compañía Real del Níger de George Goldie ejercía su influencia desde Lokoja hasta el mar. Ilorin fue ocupado en 1897; y después de la instalación en 1898 del Cuerpo Fronterizo del Africa Occidental, Lugard conquistó el sultanato de Sokoto en 1902.

En Africa del Norte, Gran Bretaña, que ya tenía una posición dominante en Egipto, esperó hasta 1896, fecha en que fue autorizada la reconquista del Sudán, reconquista concluida en 1898 con un derramamiento de sangre salvaje e innecesario. Más de 20.000 sudaneses, entre ellos su líder, el califa 'Abdallah, murieron en el campo de batalla. Es comprensible que Lord Salisbury no tolerase la ocupación francesa de Fashoda, en el sur del Sudán (1898), y que los franceses fueran obligados a retirarse.

La declaración formal de un protectorado británico en Zanzíbar, en noviembre de 1890, y los esfuerzos realizados para abolir la institución de la esclavitud produjeron sublevaciones que fueron fácilmente aplastadas. Desde Zanzíbar se conquistó el resto del Africa Oriental británica. El interés principal de los británicos en esta región era Uganda, donde tuvo lugar la batalla Mengo (1892) —en Buganda, el centro de operaciones—, batalla que con el tiempo condujo a la declaración formal del Protectorado de Uganda (1894). De esta forma quedaba despejado el camino para la conquista del resto de Uganda, conquista que concluyó con la captura del rey Kabarega y del rey Mwanga. En 1899, ambos fueron enviados al exilio en las Seychelles. En Kenia, sin embargo, los británicos tardaron diez años en establecer un gobierno eficaz entre los nandis.

En el sur y centro de Africa, la Compañía Británica de Africa del Sur (British South Africa Company, BSAC) de Cecil Rhodes emprendió la ocupación del territorio mashona sin la autorización de Lobengula. En 1893 el rey se vio obligado a huir de su capital, muriendo al año siguiente. Sin embargo, su reino no fue con-

quistado de forma definitiva hasta la sangrienta represión de la sublevación de los ndebele-mashonas de 1896-7. La conquista de lo que hoy es Zambia fue menos rica en acontecimientos y se terminó en 1901. La última guerra británica de la repartición fue la de los boers, en Africa del Sur. El interés particular de la guerra anglo-boer (1899-1902) radica en que fueron los europeos quienes lucharon entre ellos.

Para las otras potencias europeas, la ocupación real resultó igualmente ardua. Los alemanes, por ejemplo, pudieron establecer realmente su dominio en Africa del suroeste a finales del siglo, principalmente, a causa del hecho que más de cien años de hostilidad impidieron a los namas y los mahereros actuar juntos. En el territorio de Togo, los alemanes establecieron alianza con los pequeños reinos de los kotokolis y de los chakossis para facilitar el aplastamiento de la resistencia que hacían los konkombas (1897) y los kabres (1890), que no estaban centralizados. En el Camerún, el comandante alemán Hans Dominik encontró la mayor dificultad en el norte, pero en 1902 ya había conseguido someter los principados de los fulas. Sin embargo, la conquista del Africa Oriental Alemana demostró ser la más violenta y la más larga de todas estas impresionantes guerras de ocupación. Duró desde 1888 hasta 1907. Las expediciones más notables fueron las enviadas contra el famoso Abushiri, el del corazón de león (1888-9); contra los wahehes (1888-90); y contra los líderes de la resistencia maji maji (1905-7).

La ocupación militar de los territorios portugueses, que comenzó en la década de 1880, no se terminó hasta bien entrado el siglo XX. Fue una empresa particularmente difícil para los portugueses, pero con todo, a la larga, condujo a la consolidación de la autoridad portuguesa en Mozambique, Angola y Guinea (hoy Guinea-Bissau). El Estado libre del Congo también se enfrentó con graves problemas antes de lograr concluir la ocupación militar de su zona de influencia. Empezó por establecer una alianza con los árabes congoleses que le eran particularmente hostiles. Cuando la inutilidad de esta alianza resultó evidente, Leopoldo envió una expedición contra ellos. Tardaron unos tres años (1892-5) en someterlos. Pero la conquista de Katanga, iniciada en 1891, no se terminó hasta principios de este siglo.

A Italia le fue peor en sus guerras de ocupación real. En 1883 había conseguido ocupar una parte de Eritrea. En 1886, durante la primera división del imperio Omani obtuvo también la costa este de Somalia. El tratado de Wuchale (o Uccialli) (1889), firmado con el emperador Menelik II de Etiopía, definió más tarde la frontera entre Etiopía y Eritrea. Como resultado de una curiosa interpretación de este tratado, Italia informó a las otras potencias europeas que Etiopía era un protectorado italiano. Aunque el intento italiano de ocupar su ficticio protectorado terminó en la ignominiosa derrota de Adowa (1896), Italia consiguió, de todas maneras, conservar su parte de Eritrea y Somalia. En Africa del Norte, sólo en 1911 pudo Italia ocupar las zonas costeras de Cirenaica y Tripolitania (Libia). Marruecos consiguió conservar su independencia hasta que España y Francia terminaron con ella en 1912. En 1914, por consiguiente, sólo Liberia y Etiopía permanecían —al menos nominalmente— independientes.

¿COMO PUDIERON LAS POTENCIAS EUROPEAS CONQUISTAR AFRICA?

Las potencias europeas pudieron conquistar Africa de forma relativamente fácil, porque, prácticamente en todos los aspectos, los dados estaban fuertemente cargados a su favor. En primer lugar, gracias a las actividades de los exploradores y misioneros europeos, en 1880 Europa estaba mucho más informada sobre Africa y su contenido —su aspecto físico, terreno, economía y otros recursos y la fuerza o debilidad de sus Estados y sociedades— que los africanos sobre Europa.

En segundo lugar, debido a los cambios revolucionarios de la tecnología médica y en particular al descubrimiento del uso profiláctico de la quinina contra la malaria, los europeos tenían muchísimo menos miedo de Africa que el que tenían antes de mediados del siglo XIX [57]. En tercer lugar, como resultado de la naturaleza desigual del comercio mantenido entre Europa y Africa hasta la década de 1870, e incluso después, así como de la velocidad creciente de la revolución industrial, los recursos materiales y financieros de que disponía Europa eran, comparados con los de Africa, abrumadores. Así que, mientras las potencias europeas podían permitirse gastar millones de libras en campañas en ultramar, los Estados africanos no podían rechazar ningún enfrentamiento militar prolongado.

En cuarto lugar, mientras que según J. Holland Rose, el período posterior a la guerra ruso-turca de 1877-8 se caracterizó por «un estado político de equilibrio que contribuyó a la paz y el estancamiento de Europa» [58], en Africa, este mismo período se caracterizó por rivalidades y conflictos internos y externos de los Estados —los mandingas contra los tukulor, los asantes contra los fantes, los bagandas contra los banyoros, los batooros contra los banyoros, los mashonas contra los ndebeles, etc.—. Así que, mientras Europa podía concentrar su atención militar casi exclusivamente en sus actividades imperiales de ultramar sin destracción alguna en casa, la atención de los Estados y países africanos se hallaba dividida. Más aún, además de disfrutar de paz en casa, por muy divididas que las potencias europeas se encontraran con respecto a los temas coloniales e imperiales, siempre —a lo largo de todo el período de la división y hasta la guerra de 1914— consiguieron resolver estos problemas sin recurrir a la guerra. De este modo, a pesar de la intensa competencia y de las numerosas crisis de Africa, las potencias europeas implicadas en la división desplegaron un notable espíritu de solidaridad que no sólo eliminó las guerras entre ellos, sino que, además, impidió que las comunidades y gobernantes africanos utilizasen con eficacia una potencia europea contra otra. A lo largo del período que estamos estudiando, varias potencias europeas se apoderaron, uno por uno, de varios Estados africanos, y en ninguna ocasión se dio el caso de que un Estado africano fuera ayudado por una potencia europea en contra de otra.

En contraste con esto, la conducta de los Estados africanos no sólo se caracterizó por la ausencia de solidaridad, unidad o cooperación sino que algunos de ellos no dudaron en aliarse con las fuerzas invasoras europeas, contra sus vecinos, sólo para ser ellos mismos vencidos más tarde. Las bagandas se aliaron con

[57] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 445; J. H. Rose, 1905, pp. 508-72.
[58] J. H. Rose, 1905.

• *Armas utilizadas por africanos y europeos en las guerras entre 1880 y 1935.*



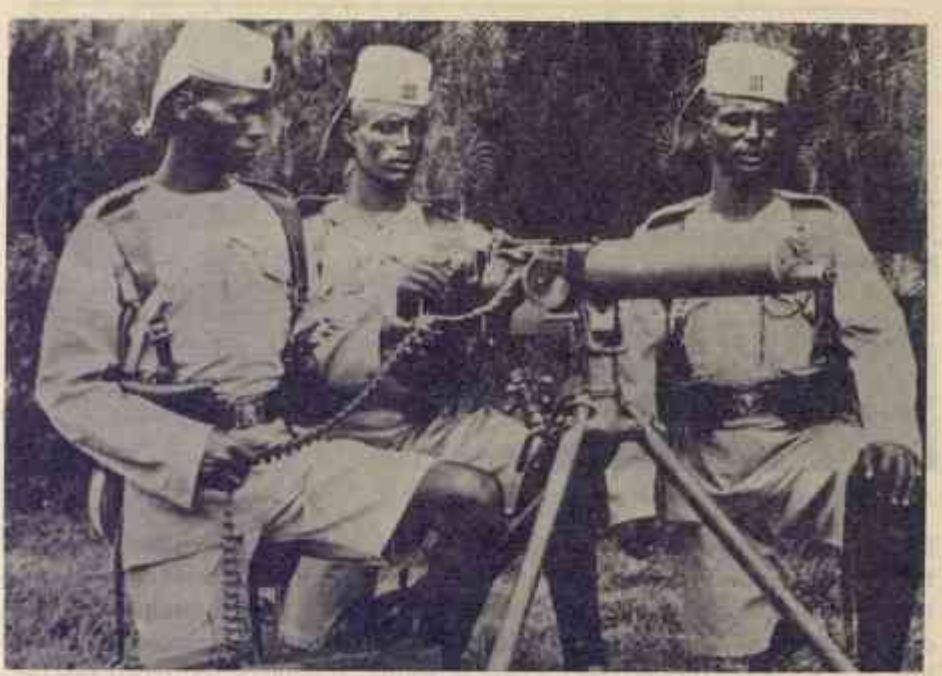
a) Diversos hachas y cuchillos.



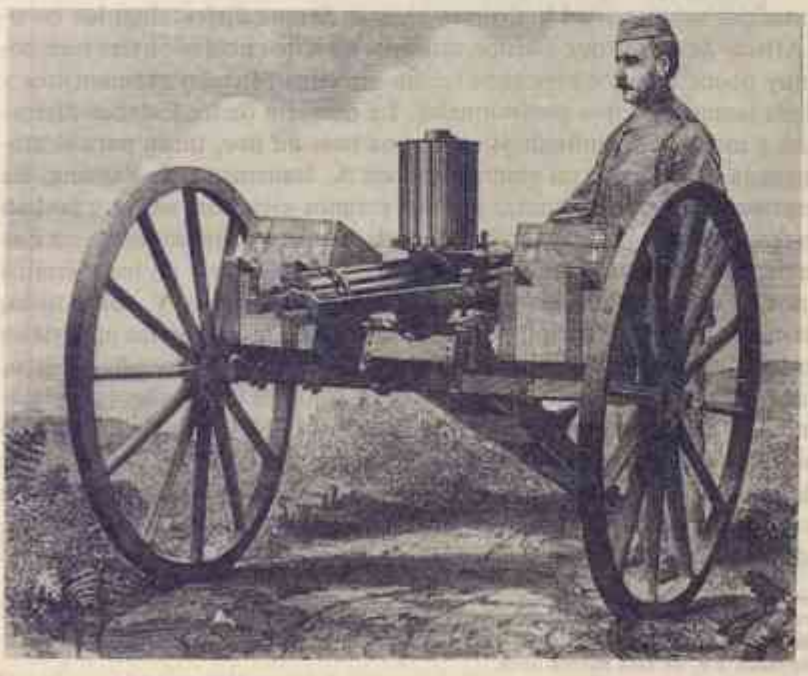
b) El oba (rey) de los yombas en el siglo XIX, con sus generales armados con anticuados fusiles de chispa.



c) Guerreros Kabirondo (Kenia) con escudos y lanzas.



d) Soldados de las fusileras africanas del rey con ametralladora Maxim.



e) Ametralladora Gatting.



f) *Aeroplanos utilizados en la guerra colonial de 1920.*

los británicos contra los banyoros, y los barotses con los británicos contra los ndebeles mientras que los bambaras hicieron equipo con los franceses contra los tukulor [59]. Tal como se verá en los siguientes capítulos [60], como resultado de todo esto, las heroicas y memorables posturas que adoptaron los africanos contra los invasores europeos fueron, con frecuencia, formas aisladas de resistencia descoordinada, incluso a nivel regional.

El último factor, y probablemente el más decisivo de todos, fue, por supuesto, la abrumadora superioridad logística y militar de que disfrutaban los europeos sobre Africa. Mientras que Europa utilizaba ejércitos profesionales bien entrenados, muy pocos Estados africanos tenían ejércitos oficiales permanentes y todavía menos tenían ejércitos profesionales. La mayoría de los Estados africanos reclutaba y movilizaba individuos sobre una base *ad hoc*, tanto para el ataque como para la defensa. Y, tal como sostienen A. Isaacman y J. Vansina, las potencias europeas, además de contar con sus propios ejércitos, siempre podían reclutar mercenarios africanos y levas que les daban la superioridad numérica que necesitaban [61]. De hecho, tal como dice A. Laroui, la mayoría de los ejércitos eran africanos en su reclutamiento y europeos sólo en el mando. Y, sobre todo, según los términos de la convención de Bruselas de 1890, las potencias imperiales habían acordado no vender armas a los africanos. Como consecuencia de esto, los ejércitos africanos, en su mayor parte, estaban armados con fusiles completamente pasados de moda, viejos y con frecuencia inservibles, principalmente de chispa o mosquetes de carga por la boca y no tenían artillería pesada ni poder naval de ninguna clase. Por otra parte, los ejércitos europeos estaban armados con la más moderna artillería pesada, y fusiles tales como el rifle de repetición, y, sobre todo, ametralladoras Gatling y Maxim. También usaban la artillería pe-

[59] M. Crowder, 1968, pp. 81, 85; R. Oliver y G. Mathew (eds.), 1963; V. Harlow y E. M. Chilver (eds.), 1965.

[60] Ver capítulos 3-9, de esta misma obra.

[61] Ver capítulo 8 de esta misma obra.

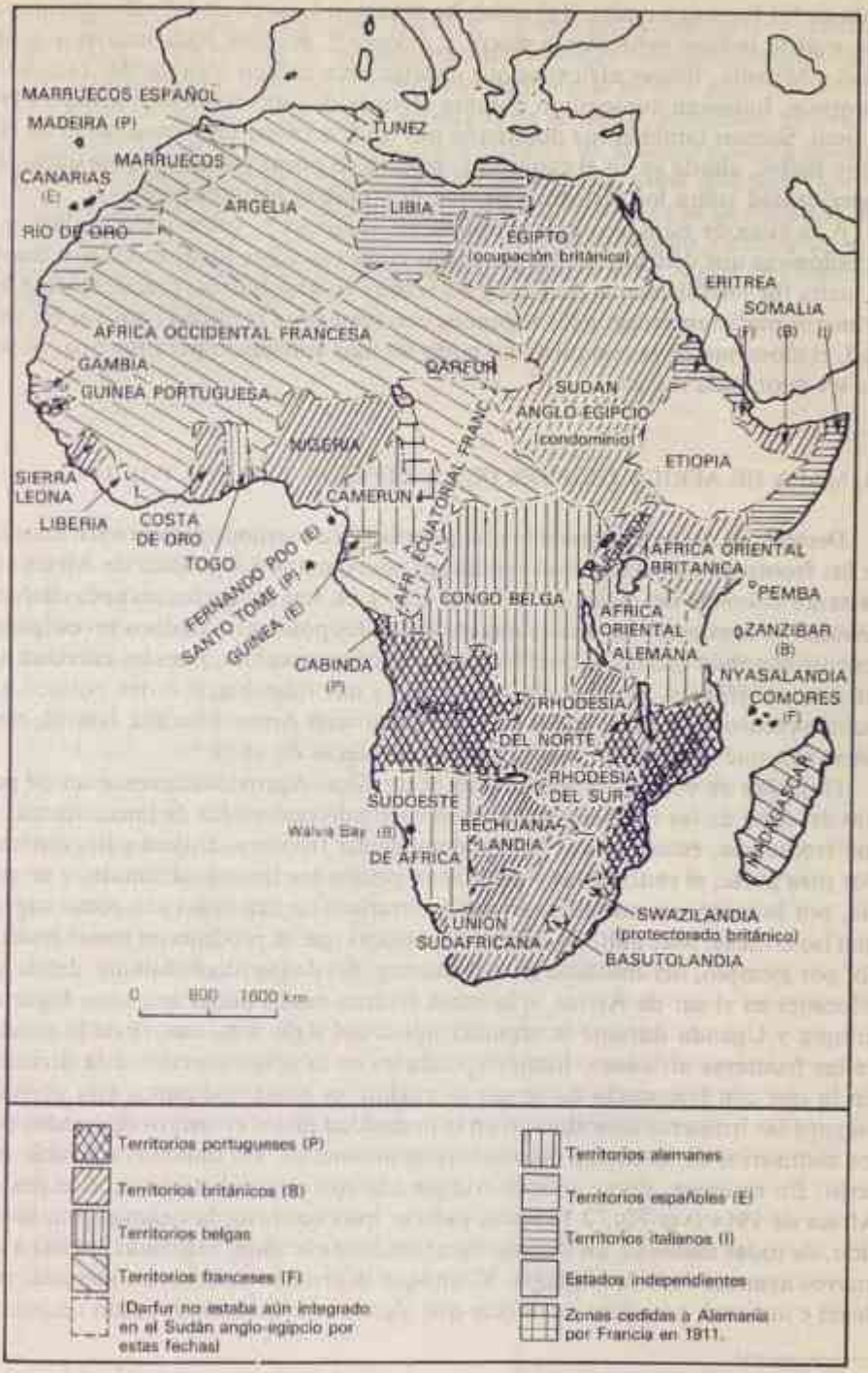


FIG. 2.1. Africa en 1914 (según R. Oliver y J. D. Fage, 1962)

sada de las fuerzas navales. Tal como ha señalado Laroui, en las últimas campañas usaron incluso vehículos a motor y aviones[62]. Resulta significativo que Samori y Menelik, líderes africanos que consiguieron infligir algunas derrotas a los europeos, hubieran conseguido obtener algunas de estas modernas armas. Pero al final, Samori también fue dominado por los franceses. La famosa rima de Hillaire Belloc, citada ya en el capítulo 1, resume en pocas palabras la abrumadora superioridad sobre los africanos de que disfrutaban los europeos.

A la vista de estas ventajas económicas, políticas y, sobre todo, militares y tecnológicas que disfrutaban las potencias europeas sobre los Estados africanos, la lucha fue terriblemente desigual y no resulta en absoluto sorprendente que los primeros pudieran vencer a los segundos con semejante facilidad relativa. En verdad, el momento de la conquista no pudo ser más apropiado para Europa, ni pudo ser peor para Africa.

EL MAPA DE AFRICA DESPUES DE LA DIVISION Y LA OCUPACION

Después de aproximadamente una generación de remodelamiento sistemático de las fronteras y de ocupación militar, el nuevo mapa geopolítico de Africa era bastante diferente del mapa de 1879 (ver Fig. 1.1). Las potencias europeas habían dividido al continente en unas cuarenta unidades políticas. Algunos investigadores consideraban que las nuevas fronteras eran inaceptables, pues les parecían arbitrarias, artificiales, precipitadas y fortuitas y que falseaban el orden político nacional preeuropeo. Otros, como por ejemplo Joseph Anene y Saadia Touval, consideraban que tenían más lógica que las fronteras de 1879[63].

Hay algo de verdad en ambos puntos de vista. Aproximadamente un 30 por 100 del total de las fronteras había sido dibujado por medio de líneas rectas, y, con frecuencia, éstas y otras, hacían desaparecer fronteras étnicas y lingüísticas. Por otra parte, el resto de las fronteras respetaba los límites nacionales y no podía, por lo tanto, ser considerado tan arbitrario o ser tan mal visto como sugerirían las críticas. Más aún, las unidades políticas que se produjeron como resultado, por ejemplo, del conflicto Oyo-Dahomey, del de los jihads fulanis, del de los mfecanes en el sur de Africa, o la lucha interna por el poder que tuvo lugar en Etiopía y Uganda durante la segunda mitad del siglo XIX, dan fe de la fluidez de las fronteras africanas, límites y enclaves en la etapa anterior a la división. En lo que con frecuencia no se cae en cuenta, es hasta qué punto esta división aseguró las fronteras inestables, o en la intensidad de los esfuerzos realizados por los comisarios de fronteras para rectificar anomalías, allí donde era posible hacerlo. En resumen, pues, aunque comparado con el mapa de 1879, el mapa de Africa de 1914 (ver Fig. 2.1) podía parecer muy confuso, la delimitación había sido, de todas maneras, un trabajo notablemente eficiente, realizado gracias a los nuevos avances de la cartografía. Y, aunque la división debe ser condenada, por ilegal e inmoral, y se debe reconocer que algunas de las fronteras eran realmente

[62] Ver capítulo 5 de esta misma obra.
[63] J. C. Anene, 1970.

artificiales y arbitrarias, no sería deseable —y en verdad peligroso— continuar abogando por un retorno a las fronteras preeuropeas —excepto después de un estudio detallado— sobre la base del «revoltijo» que se dice creó la división.

En 1902 la conquista de Africa no estaba en absoluto terminada. Había sido particularmente sangrienta. La potencia asoladora de la ametralladora Maxim y la relativa sofisticación de la tecnología europea deben haber sido una experiencia seria para los africanos. Pero, aunque la conquista europea de Africa se llevó a cabo con semejante facilidad relativa, no ocurrió lo mismo —tal como se demostrará en los próximos capítulos— con la instalación en Africa de la administración europea.

Capítulo 3

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS FRENTE A LA DIVISION Y LA CONQUISTA

T. O. RANGER

En el Africa tropical, los veinte años que van de 1880 a 1900 presentaban una extraña y brutal paradoja. El proceso de la conquista y la ocupación europeas era claramente irreversible. Pero también era sumamente resistible. Era irreversible a causa de la revolución tecnológica. Por primera vez los blancos tenían una ventaja decisiva en materia de armas, y, por primera vez, el tren, el cable y el buque de vapor les permitían ofrecer cierta respuesta al problema de la comunicación dentro de Africa y entre Africa y Europa. Era resistible a causa del tamaño de Africa; a causa de la fuerza de sus pueblos; y porque Europa no desplegó ni muchos hombres ni mucha tecnología en el acontecimiento. Es verdad que los blancos solucionaron su escasez de hombres reclutando auxiliares africanos. Pero los blancos no fueron manipuladores diabólicamente hábiles de negros divididos. Los europeos utilizaban simplemente el repertorio de viejas estratagemas imperiales. En detalle, era frecuente que tuvieran menos conocimiento sobre la situación que los gobernantes africanos. La instrumentación de la estrategia de avance fue muy torpe y fortuita. Los europeos tropezaron, provocaron e incluso inventaron —por ignorancia y desconcierto— una multitud de resistencias africanas.

Los europeos estaban «seguros de ganar al final», y una vez ganaron pusieron orden en el desordenado proceso. Se escribieron libros sobre lo que se llamó la «pacificación»; se dio la impresión de que la mayoría de los africanos había aceptado con agradecimiento lo que se llamó *Pax Colonica*; y se encubrió la realidad de la resistencia africana. Pero la victoria de los europeos no significa que la resistencia africana no haya sido importante en aquel tiempo ni que no merezca ser estudiada hoy. Y, de hecho, en los últimos veinte años ha sido muy estudiada.

La mayor parte de esta investigación, realizada durante los últimos veinte años, ha sido seria, detallada, erudita y no evitó las ambigüedades de muchas resistencias. Pero la mayoría de estas investigaciones se basaba, o utilizaba para demostrar, tres suposiciones dogmáticas, que yo considero esencialmente verdaderas todavía, incluso aunque cada una de estas suposiciones haya sido modificada por

la investigación y los análisis recientes. Se ha argumentado, en primer lugar, que la realidad de la resistencia africana es significativa porque demuestra que los africanos no se conformaron plácidamente con la «pacificación» europea. En segundo lugar, se ha argumentado que esta resistencia no era ni desesperada ni irracional, sino que con frecuencia estaba potenciada por ideologías racionales e innovadoras. En tercer lugar, se ha argumentado que estas resistencias no fueron inútiles; que tuvieron consecuencias importantes en su tiempo y que todavía hoy tienen resonancias significativas. Estos tres argumentos merecen ser repetidos aquí, junto con las modificaciones propuestas.

LA GENERALIDAD DE LA RESISTENCIA

En 1965, el historiador soviético A. B. Davidson hizo un llamamiento a los investigadores, para que refutaran la «visión historiográfica europea tradicional» según la cual «los pueblos africanos percibieron la llegada del colonialismo como una suerte para ellos; como una liberación de las guerras fratricidas de aniquilación mutua, de la tiranía de las tribus vecinas, de las epidemias y de las hambres periódicas», teoría en la que se describe como «amantes de la paz» a los pueblos que no se resistieron, y a los que sí lo hicieron se los describe como «sedientos de sangre». Davidson hace notar que los «protectores del dominio colonial rehusaron considerar a la rebelión como un fenómeno corriente». Explicaban la rebelión en términos de respuestas «primitivas e irracionales», o en términos de la agitación de la minoría «sedienta de sangre». «Rechazaban la única explicación correcta que considera que las rebeliones son sólo guerras de liberación, y por esta razón fueron apoyadas por la inmensa mayoría de los africanos» [1].

En 1965, Davidson ponía el énfasis en que «muchas sublevaciones no se conocen todavía... Con frecuencia no tenemos información concreta sobre las rebeliones que están consideradas como un hecho establecido». Desde entonces, el trabajo de «descubrir» resistencias se ha desarrollado rápidamente. Los historiadores han comenzado a clasificar las rebeliones con más rigor, distinguiendo «bandidismo social» de «sublevaciones campesinas», y guerra de guerrillas de los enfrentamientos entre ejércitos. En algunos casos, se ha demostrado que episodios pregonados por los colonialistas como sublevaciones fueron impuestos a la gente por la ignorancia y miedo de los mismos blancos [2]. En muchos otros casos, se rescataron de la oscuridad resistencias considerables y significativas. Ahora tenemos estudios detallados sobre la mayoría de los alzamientos «importantes» y, en algunos casos, existen fuertes discusiones sobre la mejor forma de explicarlos e interpretarlos. De todo esto se desprende, con total claridad, que Davidson tenía razón cuando decía que la resistencia fue un «fenómeno corriente».

Resulta claro, también, que los viejos intentos de distinguir sociedades africanas naturalmente guerreras de las sociedades africanas naturalmente pacíficas están fuera de lugar. En un cierto número de artículos, yo mismo he argumentado

[1] A. B. Davidson en T. O. Ranger (ed.), 1968 (c), pp. 181-3.
[2] S. Marks, 1970.

que, al menos en lo que respecta a los grandes Estados africanos, no tiene sentido distinguir entre los llamados guerreros e invasores y los llamados pacíficos, comerciantes y agricultores, ya que todos los Estados hicieron algún intento para encontrar una base que les permitiera manipular a los europeos sin necesidad de recurrir a las armas; prácticamente todos ellos tenían algunos intereses o valores cruciales que estaban dispuestos a defender si era necesario por medio de la resistencia armada [3]. Yo mismo me equivoqué al decir que las más importantes de estas sociedades comprometidas con la resistencia o la manipulación tenían más en común entre ellas «que con las pequeñas sociedades que no podían ni hacer resistencia ni explotar el dominio colonial» [4]. Shula Marks, entre otros, ha demostrado en su estudio sobre la resistencia khoisan en Africa del Sur, que los pueblos no centralizados eran igualmente capaces que los que sí lo estaban de luchar con determinación para defenderse del avance de los blancos. El estudio comparativo de John Thornton entre el potencial de resistencia de los Estados y de las sociedades sin Estado, muestra de estas últimas tenían un potencial de resistencia mayor que el de las primeras:

> Con frecuencia se alaba a los Estados a causa del papel que jugaron en la resistencia a la invasión europea..., en realidad... jugaron un papel ambiguo. Algunos, es verdad, resistieron bastante bien... Pero muchas otras sociedades con Estado se hundieron a consecuencia del choque con los europeos... Por otra parte, la resistencia de las sociedades sin Estado fue, con frecuencia, larga y heroica... fueron las sociedades sin Estado —igbos, baules, agnis y otras— las que hicieron las guerras de guerrillas [5].

En resumen, prácticamente todos los tipos de sociedades africanas resistieron, y hubo resistencia en virtualmente todas las regiones en las que avanzaron los europeos. Hoy podemos aceptar esto como un hecho, sin necesidad de desarrollarlo más extensamente. Lo que tenemos que hacer ahora es pasar de la clasificación a la interpretación; de demostrar simplemente la existencia de una resistencia, a evaluar y explicar su grado de intensidad. Los historiadores de territorios nacionales concretos se han preocupado de demostrar que en su zona hubo resistencia y de declarar que formaba parte de la tradición local de protesta; y siempre es posible hacer esto ya que prácticamente en todas partes hubo alguna resistencia. Pero esta aproximación poco sistemática puede oscurecer el hecho de que hubo notables diferencias de intensidad entre la resistencia de las diferentes zonas. En Rhodesia del Norte (hoy Zambia) hubo resistencia armada pero no se pareció en nada, en cuanto a la escala de la lucha y su duración, a la resistencia del sur de Rhodesia (hoy Zimbabwe). A su vez, la lucha en Rhodesia del Sur no puede ser comparada en busca de similitudes con la resistencia del valle del Zambeze contra los portugueses. Es evidente que necesitamos rigurosos estudios regionales comparativos. El capítulo siguiente ofrece más modelos de contraste y algunas de las explicaciones y consecuencias de ellos.

---

[3] T. O. Ranger en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 293-304.
[4] S. Marks, 1972, pp. 55-80.
[5] J. Tornton, 1973, pp. 119-20.

LA IDEOLOGIA DE LA RESISTENCIA

Los defensores de la colonización acentúan la irracionalidad y la desesperación de la resistencia armada. Afirman que, con frecuencia, tal resistencia fue el resultado de la «superstición» y que pueblos que, de otra manera, hubieran aceptado satisfechos el dominio colonial habían sido trabajados por los «médicos-brujos». Muchos críticos europeos del colonialismo, simpatizantes de la protesta africana, han aceptado, de todas maneras, que los africanos tenían poca cosa en sus modelos «tradicionales» de pensamiento que los ayudara a imaginar una respuesta eficaz y práctica a los ataques que recibía su estilo de vida. Las ideologías de la sublevación constituyeron consideradas como «la magia de la desesperación», destinadas a fracasar e incapaces de apuntar al futuro. En semejante visión, las resistencias, por muy heroicas que fueran, constituyeron trágicos callejones sin salida [6].

Durante aproximadamente la última década, los historiadores de la resistencia han buscado combatir esta clase de interpretación. Y lo han hecho de dos formas, haciendo valer estrictamente ideologías seculares de sublevación, o «desinfectando» ideologías religiosas.

La principal ideología secular que ha sido propuesta es el concepto de «soberanía». Jacob Ajayi ha escrito que «el aspecto más fundamental del impacto europeo fue la pérdida de la soberanía... una vez que un pueblo pierde su soberanía y se encuentra expuesto a la influencia de otra cultura, pierde al menos algo de su confianza en sí mismo y de su amor propio; pierde el derecho al autogobierno, la libertad de elegir qué cambiar en su propia cultura o qué copiar o rechazar de otra cultura» [7].

Walter Rodney hace una observación similar pero con mayor énfasis:

> El aspecto decisivo de este corto período de colonialismo... procede principalmente del hecho de que Africa perdió poder... Durante los siglos de comercio precolonial, y a pesar de lo desventajoso del comercio con los europeos, Africa conservó cierto control sobre la vida social, política y económica. Bajo el colonialismo, ese pequeño control sobre los asuntos internos, desapareció... Poder actuar independientemente es la garantía de participar activa y *conscientemente* en la historia. Ser colonizado significa ser excluido de la historia... De la noche a la mañana, los Estados políticos africanos perdieron su poder, independencia y significado [8].

Que Ajayi y Rodney puedan ver la importancia decisiva de la pérdida de la soberanía está, por supuesto, lejos de demostrar que los resistentes africanos concibieran la soberanía de esta forma. El mismo Rodney lamenta la «visión parcial e insuficiente del mundo» que impidió a los líderes africanos tener una comprensión completa de lo que se estaba jugando en el encuentro con Europa. Ajayi afirma, sin embargo, que «en tanto que guardianes de la soberanía del pueblo», los gobernantes de los Estados africanos eran «hostiles a cualquier poder que desafiara su soberanía» [9].

[6] M. Gluckman, 1963, pp. 137-45.
[7] J. F. A. Ajayi en T. O. Ranger (ed.), 1968 (c), pp. 196-7.
[8] W. Rodney, 1972, pp. 245-6. Subrayado en el original.
[9] J. F. A. Ajayi en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, p. 506.

Hay afirmaciones de simple autonomía, tal como la réplica de Machemba, jefe de los yaos, al comandante alemán, Hermann von Wissman, en 1890:

> He escuchado sus palabras, pero no puedo encontrar ninguna razón para obedecerle —antes prefiero morir... no caigo a sus pies porque usted es una criatura de Dios igual que yo... Soy el sultán aquí, en mi tierra. Usted es sultán allí, en la suya. Con todo, escuche, yo no le digo que deba obedecerme, porque sé que usted es un hombre libre... En cuanto a mí, yo no iré a usted, y, si usted es lo bastante fuerte, entonces venga a buscarme» [10].

Hay declaraciones que expresan el deseo de modernizarse pero no a expensas de la soberanía. Este es el caso del jefe makombe Hanga, gobernador de Barue en la zona central de Mozambique, quien, en 1895, declaró a un visitante: «Veo como ustedes los hombres blancos avanzan cada vez más en Africa, en mi país hay compañías trabajando por todas partes... Mi país también tendrá que emprender estas reformas y yo estoy completamente preparado para abrirlo a ellas... También me gustaría tener buenas carreteras y trenes... *Pero continuaré siendo el makombe que fueron mis padres*» [11].

Y hay también sorprendentes expresiones de una filosofía más amplia de la soberanía. La más notable proviene del Africa del suroeste. El líder de los namas, Hendrik Wittboi, confió a su diario: «Por el color y la forma de vida, pertenecemos a un mismo grupo y esta Africa es en general la tierra de los capitanes rojos [es decir, africanos]. El hecho de que formemos diferentes reinos y regiones sólo refleja una subdivisión trivial de Africa». En 1894, Wittboi declaró al administrador alemán, Theodor Leutwein, que «el Señor Dios ha establecido diversos reinos en el mundo. Por consiguiente, yo sé y creo que no es pecado ni un crimen que yo desee seguir siendo el jefe independiente de mi país y de mi pueblo» [12].

En todo caso, cualesquiera que sean los problemas que la gente haya podido tener para comprender el impacto inicial del avance europeo, no había duda sobre la pérdida de la soberanía que sufrirían una vez establecido el dominio europeo. El viejo enemigo de Wittboi, el jefe Maherero, líder de la sublevación de los hereros, le escribió suplicándole una acción conjunta en 1904: «Es mi deseo que nosotros, naciones débiles, nos sublevemos contra los alemanes... Dejemos que Africa entera luche contra los alemanes, y dejémonos morir juntos antes que por causa de malos tratos, prisión o de cualquier otra forma» [13]. Los jefes de los no-centralizados y furiosamente independientes matumbis, de la zona oriental de Tanganica (hoy Tanzania), entre los que estalló en 1905 la sublevación de los maji maji, decían del régimen alemán: «Esto se ha convertido ahora en un dominio absoluto. Destruyámoslo» [14].

La idea de la soberanía proporcionó claramente una ideología a la resistencia. Sin embargo, deben hacerse importantes modificaciones. Los gobernantes no siempre eran de forma muy clara «los guardianes de la soberanía del pueblo». En el

[10] Citado por B. Davidson, 1964 (a), pp. 357-8.
[11] Citado por A. Isaacman, 1976, pp. 128-9.
[12] Entre los estudios sobre la resistencia en el Africa del suroeste se cuentan: H. Dreschler, 1966; H. Bley, 1968 y 1971. Esta cita es de J. Iliffe en G. Kibodya (ed.), 1968.
[13] Iliffe en Kibodya (ed.), 1968.
[14] Mzee Ndundule Mangaya citado por G. C. K. Gwassa y J. Iliffe (eds.), 1968, p. 5.

Africa del siglo XIX —en oriente, occidente y al sur— habían surgido nuevos Estados basados en la «tecnología militar de Europa» [15]. Con frecuencia estos Estados se resistieron a la extensión directa del dominio europeo, pero su resistencia se vio socavada por el descontento de muchos de sus súbditos. Sobre los Estados del Africa occidental, como, por ejemplo, el de Samori Ture o el de Shehu Ahmadu, Thornton nos dice que «estaban agobiados con sublevaciones constantes, causadas principalmente por sus arbitrarias y explotadoras estructuras estatales... en general el liderazgo de los Estados, explotador y tiránico como era, no poseía la legitimidad necesaria para salir al campo y continuar con las guerras» [16]. Sobre los «Estados secundarios» del valle del Zambeze, Allen Isaacman escribe que «su imposición de la norma extranjera de los *mestizos* generó una oposición africana, y lo mismo ocurrió con la movilización forzada del trabajo»; su historia «estuvo afectada por numerosas sublevaciones... resistencia a esta norma de estilo extranjero, así como a las rapaces redadas de esclavos. Es obvio que esta situación no condujo a un esfuerzo unificado y continuo» contra los blancos [17].

Estados como estos pueden ser contrastados con las organizaciones políticas establecidas durante más tiempo y cuyos gobernates habían conseguido la «legitimidad». Pero incluso aquí sería demasiado romántico suponer que todas las antiguas aristrocracias disfrutaban de la confianza y el apoyo populares. Entre algunos pueblos establecidos desde hacía largo tiempo, los grupos gobernantes utilizaron en su propio beneficio las oportunidades que ofrecían las armas del siglo XIX y comerciaron para desarrollar un poder arbitrario. Como resultado de esto, en un enfrentamiento con los blancos, no podían contar con el apoyo popular. Esto explica en parte la ineficacia de la resistencia en Rhodesia del Norte donde los jefes bembas se enfrentaron con lo que Henry S. Meebelo llamó «repugnancia popular contra la clase gobernante», y donde la aristocracia del territorio Barotse temía una sublevación de esclavos si intentaba oponerse al desarrollo de la influencia británica [18].

Cierto número de historiadores, en verdad, ha insistido en la importancia de distinguir entre las resistencias motivadas por el deseo de un grupo gobernante de mantener su poder explotador, y las resistencias en mucha mayor escala, que con frecuencia estaban dirigidas en igual medida contra el autoritarismo de los gobernantes africanos como contra la opresión colonial. Edward Steinhart insiste en que:

> protesta y resistencia pueden y están dirigidas... contra las formas domésticas de opresión... las protestas deben ser vistas como algo diferente de la expresión de las aspiraciones nacionales... al concentrarnos en el liderazgo hemos aceptado la interpretación del anticolonialismo como un «nacionalismo africano», un movimiento para echar a los extranjeros y restablecer la independencia «nacional». Si en cambio miramos lo que ocurre dentro de los movimientos de protesta... estaremos en condiciones de descubrir que los impulsos

[15] P. Bohannan y P. Curtin, 1971, p. 271.
[16] J. Thornton, 1973, pp. 120-21.
[17] A. Isaacman, 1976, pp. 103-4.
[18] H. S. Meebelo, 1971, p. 68.

que los líderes organizan e interpretan son más bien profundamente antiautoritarios y revolucionarios que antiextranjeros y «nacionalistas» [19].

Incluso cuando una organización política establecida durante largo tiempo disfrutaba de reconocida legitimidad y era capaz de movilizar para la resistencia a la mayoría de sus poblaciones, los historiadores recientes se inclinan a criticar «el estrecho sentido de lealtad primordial» y de «estrechez de miras» que sólo se concentró en la soberanía tal como se la entendía anteriormente. Tales historiadores han enfatizado, en cambio, el significado de aquellas resistencias en las que la idea de soberanía fue redefinida. Es así como Isaacman argumenta que la sublevación de 1917 en el valle del Zambeze fue diferente de las resistencias anteriores en este lugar, «cuyo objetivo era recuperar la independencia de un Estado histórico o de un grupo de pueblos emparentados». La sublevación de 1917 «buscaba liberar de la opresión colonial a todos los pueblos del Zambeze», apelando especialmente al campesinado oprimido de cualquier etnia. «El cambio en las lealtades primordiales representaba un nuevo nivel de conciencia política en el que los portugueses fueron percibidos, por primera vez, como el opresor común» [20].

EL PAPEL DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

Mientras tanto, los historiadores han estado reexaminando el papel en las resistencias de las ideas religiosas. Lo que han descubierto se parece poco a los «fanáticos médicos-brujos» de los informes coloniales, o a «la magia de la desesperación». Para empezar, han descubierto que, con frecuencia, las enseñanzas religiosas estaban relacionadas muy directamente con el tema de la soberanía y la legitimidad. Los gobernantes eran legitimados por medio de un ritual de reconocimiento, y cuando un gobernante y su pueblo decidían defender su soberanía, se inspiraban abundantemente, como es natural, en ideas y símbolos religiosos. En un estudio sobre la resistencia de los ovimbundus, en Angola, Rodney señala que «se ha prestado una gran atención a la resistencia espiritual de una etapa posterior de la lucha africana —especialmente en casos como el de las guerras maji maji...—, pero en lo que respecta a las primeras resistencias existe una tendencia a quitar importancia al hecho de que los pueblos africanos resistieron en todas partes automáticamente, no sólo en términos materiales sino también con sus propias armas religiosas y metafísicas» [21].

En otro estudio, esta vez sobre la resistencia a los portugueses del Estado de Gaza, en el sur de Mozambique, Rodney escribe sobre las posibles consecuencias traumáticas que podía tener el hecho de comprometer recursos espirituales en la lucha. «Los ngonis de Gaza no sólo sufrieron la destrucción de su capital política, sino también la profanación de su santuario principal»; después de la derrota militar de 1895 se perdieron los objetos reales rituales; después del incomprensible acontecimiento de la derrota, los adivinadores tiraron sus huesos de adivina-

19 E. Steinhart, documento sin publicar.
20 A. Isaacman, 1976, pp. 343, 345, 370.
21 W. Rodney, 1971 (b).

ción; la «suma sacerdotisa» fue destituida y ejecutada. «La conciencia de una profunda crisis espiritual estaba bastante extendida»[22].

Con frecuencia, los grandes movimientos que intentaron redefinir la soberanía surgieron de crisis de legitimidad de este tipo. Casi siempre, estos movimientos tenían la ventaja de contar con líderes espirituales, que enunciaban el mensaje de una unidad más amplia. A veces, este tipo de desarrollo tenía lugar en el contexto del Islam —y las ideologías islámicas de milenarismo y resistencia se extendieron a través del cinturón sudanés desde el este hacia el oeste. A veces, esto ocurrió por influencia de las ideas cristianas —y Hendrik Wittboi se inspiró en el cristianismo protestante para su doctrina de la soberanía, mientras que un profeta africano e independiente actuaba entre los namas en la época en que se sublevaron contra los alemanes. Con mucha frecuencia, esto ocurría en el contexto de la religión africana.

Yo mismo he argumentado que esto ocurrió en Rhodesia del Sur y que las sublevaciones de 1896 estuvieron inspiradas y coordinadas por líderes religiosos. Isaacman argumenta que la sublevación de 1917 del valle del Zambeze recibió fervor moral de las enseñanzas de Mbuya, un médium que no hizo un llamamiento para restablecer su propio Estado barue, sino que en su lugar predicó el evangelio de la fraternidad y opresión de todos los africanos y de la preocupación de su bienestar y la reparación de sus pecados por parte del alto dios Mwari[23]. En el caso de la sublevación maji maji de 1905, la ideología de la rebelión fue potenciada por el entusiasmo milenarista tanto islámico como africano. La gran resistencia de la costa de Tanganica —1888 a 1891— había sido dirigida por miembros de la élite comercial y urbana de los swahilis; no hubo desarrollo de una ideología religiosa de protesta, ni islámica ni «tradicional»; la resistencia se basó en la idea de defender las soberanías oficiales[24]. Pero, después de la derrota de la oposición de la costa y del nombramiento de muchos miembros de la élite swahili para entrar al servicio de los alemanes, la base de la protesta cambió y se amplió. La sublevación maji maji se inspiró en una combinación de un nuevo mensaje profético, que surgía de los centros africanos de culto en el interior del territorio, y del Islam populista y entusiasta[25].

La enseñanza profética subyacente a algunas de las grandes resistencias está siendo lentamente rescatada de los falseados informes de sus adversarios. El informe de Gilbert Gwassa sobre el desarrollo y el carácter de la ideología maji maji de Kinjikitile es un ejemplo clásico de este tipo de trabajo de recuperación. Otra reconstrucción sorprendente, inédita hasta ahora, es la que hizo Mongameli Mabona sobre las enseñanzas de Makana, el gran profeta militante xhosa, cuyo mensaje enunciado a principios del siglo XIX «perdió su fuerza sólo en 1890, cuando por fin se hundió la resistencia nacional de los xhosas». Tal como señala Mabona, sus enseñanzas fueron vistas habitualmente como «un batiburrillo de conceptos religiosos inconexos o incompatibles». Mabona demuestra, en cambio, que

[22] W. Rodney, 1971 (a).
[23] T. O. Ranger, 1967; A. Isaacman, 1976, pp. 304-5, 307, 310, 313, 316, 326.
[24] R. D. Jackson en R. I. Rotberg y A. Mazrui (eds.), 1972.
[25] G. Gwassa en T. O. Ranger e I. Kimambo (eds.), 1972.

se trataba de «un modelo hábilmente elaborado de elementos khoisan, xhosa y cristianos», reunidos con imaginación sumamente creativa.

Makana acuñó brillantes palabras para expresar sus conceptos de divinidad —conceptos de espacio y de dispersión de la luz. «Su poderosa inteligencia y su genio religioso... moldearon un cuerpo de doctrina que serviría de dínamo ideológica a la nación xhosa». En algunos aspectos, las enseñanzas de Makana fueron una versión africana de la ideología cristiana protestante de la soberanía, que, más tarde, dio a Wittboi confianza en el derecho divino de los capitanes rojos. Makana exploró las diferencias fundamentales entre los blancos y los negros —diferentes costumbres, diferentes divinidades, diferentes destinos. Dali'dephu, gran antepasado de los xhosas, fue el creador, quien hizo a Uthixo para que fuera el dios de los hombres blancos. Uthixo era inferior a Dali'dephu, y los hombres blancos eran moralmente inferiores a los xhosas; continuamente enfadados con la idea del pecado. Pero esta diferencia no tuvo importancia hasta que los dos universos morales entraron en contacto y en conflicto; entoncen Dali'dephu se impondría a sí mismo para asegurar que los xhosas, sus propios y especiales hijos y su propio, especial y superior estilo de vida, triunfasen sobre los poderes superficiales de los blancos. Makana hizo un llamamiento a la unidad pan-xhosa; debido a la confianza en su universo moral, Dali'dephu barrería a los blancos; los xhosas muertos regresarían; «empezaría una nueva era»[26].

La aplicación de las innovaciones conceptuales y simbólicas, del tipo de las de Makana, duró mucho más tiempo que la resistencia concreta con la que estuvieron asociadas en primer término. Así que, lejos de ser disparates desesperados, este tipo de mensajes proféticos constituían un intento sistemático de ampliar y redefinir la idea de la deidad y su relación con el orden moral e implicaba una amplia gama de cambios en las creencias internas y relaciones de los xhosas proporcionando también la «base fundamental de la ideología para la resistencia». Peter Rigby ha presentado fuertes argumentos contra la idea de que el profetismo africano era «meramente el resultado de fuerzas exógenas de ruptura que actuaron durante el período colonial» o que nacieron «de la crisis de las religiones africanas». Desde este punto de vista, el profetismo fue ciertamente, en buena medida, un asunto de protesta, y jugó «un rol importante en la *mayoría* de los movimientos de protesta de Africa», pero el profeta surgió «no sólo como reacción a una experiencia exógena, sino sobre la base de la viabilidad y adaptabilidad de las religiones africanas[27]. Con esta visión de la capacidad de los sistemas religiosos africanos de lanzar regularmente líderes proféticos surgidos de sus propias tensiones y potencialidades, capaces de crear nuevas síntesis que revalidaban lo antiguo y permitían lo nuevo, hemos andado un largo camino desde la idea de las ideologías proféticas de resistencia como «la magia de la desesperación».

A pesar del valor de este trabajo, el énfasis puesto en la ideología religiosa de la resistencia ha sido discutido desde dos aspectos diferentes. Por un lado, algunos investigadores argumentan que se ha exagerado el rol de la religión en la

[26] M. A. Mabona, 1974.
[27] P. Rigby, 1974.

resistencia; por otro lado, algunos investigadores argumentan que lo que ha sido exagerado es el rol de la resistencia en la religión.

Así, los escritores coloniales hablaban de una «bruja» que lideraba la sublevación de los giriamas en la zona interior de la costa de Kenia; historiadores más recientes la han reinterpretado como una «profetisa». Pero, en su admirable y exhaustivo estudio sobre los giriamas, Cynthia Brantley Smith demuestra que no se trataba de ningun tipo de líder religioso; sólo era una mujer enérgica y respetada [28]. Este es un caso en el que la retraducción de términos colonialistas como «brujo» o «médico-brujo» resulta insuficiente para corregir la distorsión de los informes oficiales. Dos investigadores de la historia de los ndebeles y los shonas han sugerido que ocurre lo mismo con mi propio informe sobre las sublevaciones de 1896 en el sur de Rhodesia; la Compañía Británica de Africa del Sur dijo que las sublevaciones habían sido fomentadas por «médicos-brujos»; yo argumenté que estaban potenciadas por una profunda ideología profética; Julian Cobbing y David Beach afirman que los médiums tenían una influencia mucho más restringida que la que yo les atribuía y que los sacerdotes de los mwaris no participaron en absoluto en las sublevaciones [29]. Quizás no resulte sorprendente saber que yo no estoy dispuesto a aceptar correcciones tan drásticas. Lo que sí *es* verdad, es que el trabajo reciente sobre la religión africana en Rhodesia del Sur muestra que su relación con la resistencia no puede haber sido tan sencilla como yo había supuesto. Resulta claro que ni el culto mwari ni el sistema de los médiums eran capaces de comprometerse totalmente con la resistencia ni con nada; ambos se basaban en una competencia intensa y constante entre santuarios; la asombrosa supervivencia de los cultos se basaba en el hecho de que los sacerdotes o médiums que habían apoyado una causa equivocada o derrotada podían ser reemplazados rápidamente por rivales que estaban esperando entre bambalinas, y en el hecho de que algunos centros de culto importantes adoptaban siempre posiciones diferentes a las de los otros. Algunos santuarios mwaris apoyaron la sublevación y otros no, y cuando fue sofocada la sublevación las familias a cargo de los santuarios que la habían apoyado fueron reemplazadas. Era un error suponer que *todo* el liderazgo religioso de los shonas se comprometería completamente con la sublevación; las sublevaciones *tenían* una importante crucial pero no tanta como para poder —o deber— provocar la ruptura de los antiguos modelos de persistencia y eficacia de los cultos [30].

Todo esto es pertinente para la discusión sobre el carácter central de la protesta en el seno de los movimientos proféticos. Un profeta surge como respuesta a un sentimiento popular de que se necesita una acción radical e innovadora, pero semejante sentimiento popular no se desarrolla únicamente a causa de una amenaza externa. Un profeta puede ser lanzado a causa de una profunda ansiedad provocada por tensiones o transformaciones internas, o incluso por un deseo general de acelerar el ritmo del cambio y de aprovechar nuevas oportunidades. Es así como, con frecuencia, un líder profético dirige sus enseñanzas hacia la mora-

[28] C. B. Smith, 1973.
[29] J. Cobbing, 1974 y 1977; D. Beach, 1971 y 1979.
[30] M. Schoffeleers en Schoffeleers (ed.), en preparación.

lidad interna de las sociedades africanas —liderando a veces un movimiento de protesta contra el autoritarismo interno, otros «protestando» más bien contra las acciones de la naturaleza humana. Del trabajo que se está haciendo actualmente sobre el notable número de líderes proféticos del Africa del siglo XIX, se desprende claramente que muchos de ellos no se preocuparon de la resistencia contra los blancos, o ni siquiera de los blancos.

Incluso aquellos líderes que se preocuparon principalmente por encontrar una reafirmación que ayudara a definir las relaciones de su gente con los europeos, recomendaban unánimemente el rechazo o resistencia. Tal como señala Mabona, el profetismo xhosa produjo tanto una «ideología para la resistencia» como una ideología «para un proceso de adaptación controlada». Makana fue el profeta de la resistencia y Ntsikana fue el de la adaptación controlada. Ntsikana fue un genio creativo religioso del mismo nivel que Makana; los debates entre ellos sobre la naturaleza de la divinidad tuvieron consecuencias prácticas inmediatas y dividieron los xhosas en facciones, pero se llevaron a cabo en términos profundamente teológicos. Y, de hecho, la preocupación principal de Ntsikana no fueron los problemas de las relaciones con los blancos, sino que su intención fue más bien inducir cambios en la sociedad xhosa, por medio de la aceptación de parte de la dinámica del pensamiento cristiano, mientras que al mismo tiempo repudiaba muchos de los principios culturales de los blancos. Tal como nos dice O. P. Raum, para muchos de los xhosas de hoy, «el comienzo del cristianismo no es atribuido a los misioneros sino más bien al precursor cristiano que fue Ntsikana»[31].

Aunque ningún otro caso nos ofrece un enfrentamiento profético tan dramático y directo como el debate entre Makana y Ntsikana, el mismo abanico de posibilidades proféticas aparece claramente incluso en zonas en las que la resistencia fue muy decidida, como por ejemplo las zonas en las que tuvo lugar la sublevación maji maji, o las zonas shonas de Rhodesia. Después de la derrota de los maji maji, el conjunto de símbolos y pretensiones de poder espiritual que había usado Kinjikitile fue utilizado por una sucesión de figuras proféticas preocupadas por la purificación interna de las sociedades africanas, que condujeron a lo que se ha llamado «movimientos de erradicación de la brujería».

En cuanto a los shonas, Elleck Mashingaidze ha escrito un estudio fascinante sobre la serie de consejos dados al pueblo shosa de la zona del valle Mazoe. Los médiums más influyentes aconsejaban en primer lugar al pueblo que escucharan cuidadosamente las enseñanzas misioneras; después les aconsejaban que participaran en las sublevaciones y echaran a los blancos; y después les aconsejaban una vez más que enviaran a sus hijos a las escuelas de las misiones para obtener lo que pudieran de la «sabiduría» blanca. Mashingaidze no considera que esta secuencia sea confusa o revele traición. Mashingaidze escribe sobre esto en los siguientes términos:

> La derrota militar de 1897... no tuvo como resultado el abandono del mundo tradicional, tal como habían previsto ingenuamente los blancos... Los shonas empezaron a intentar

[31] O. P. Raum en E. Benz (ed.), 1965, pp. 47-70.

> entender a los blancos... La religión tradicional, representada por Nehanda y otros médiums, no se oponía a la fe cristiana como tal. Desde que había empezado el encuentro entre los dos sistemas, el papel de la religión tradicional había sido moderar el cambio... Continuó recordando al pueblo que, a pesar del resultado militar... no debían perder su identidad cultural. De hecho, la religión shosa continuó siendo la fuente de una respuesta constructiva y creativa ante el cristianismo y la cultura occidental como un todo. Recordaba al pueblo que todavía era posible aceptar o rechazar ciertos aspectos del nuevo orden [32].

Se podría decir que los profetas shonas buscaban mitigar los efectos de la pérdida de la soberanía política a través de la preservación de cierta autonomía espiritual. Las potencialidades del profetismo shona para producir una ideología para la resistencia no se perdieron, y en la década de 1970 algunos médiums estuvieron fuertemente implicados en la lucha nacionalista y de guerrillas.

Visto desde la perspectiva de la historia de la resistencia, el enfoque interno de muchos profetismos, que identifican la fuente del mal como un pecado interno más que como una opresión externa, puede parecer una «falsa conciencia». Visto desde la perspectiva de la historia de la religión africana, el interés de estos movimientos radica precisamente en la amplitud con que lograron dar una respuesta a las preocupaciones sobre sí mismas de las sociedades africanas. Es así como el profesor B. A. Ogot disiente con los que interpretan el movimiento profético de Kenia como un movimiento esencialmente anticolonial. Sobre uno de estos profetas, Simeo Ondeto, Ogot escribe que era realmente un «revolucionario», pero que su revolución concernía al campo moral más que al político y que debía tener lugar en el interior del individuo. La esencia de los movimientos proféticos, escribe Ogot, es que son «agentes de transformación espiritual y social que están creando nuevas comunidades capaces de enfrentarse a los desafíos del mundo moderno» [33]. De esta forma, las grandes ideologías proféticas de la resistencia encuentran un lugar como parte de un intento más amplio de redefinir las bases morales de la sociedad.

SENTIDO Y CONSECUENCIAS DE LA RESISTENCIA AFRICANA

Hasta hace unos veinte años, casi todo el mundo aceptaba que las resistencias habían sido callejones sin salida, que no llevaban a ninguna parte. Desde entonces se ha argumentado firmemente que las resistencias buscaban toda clase de caminos hacia el futuro. En lo que respecta a su preocupación por la soberanía, los movimientos de resistencia pueden ser considerados como una anticipación de la recuperación de la soberanía y del triunfo de los nacionalismos africanos; en lo que respecta a su posesión de ideologías proféticas, pueden ser considerados como una contribución a la creación de nuevas comunidades de pensamiento. Algunos de estos movimientos tuvieron como resultado una mejora de la situación de los pueblos que se habían sublevado. Otros crearon un liderazgo alternativo

[32] E. Mashingaidze, 1974.
[33] B. A. Ogot, 1974 (a).

a los jefes oficialmente reconocidos. Yo mismo he argumentado que las resistencias estaban «relacionadas» con el nacionalismo de masas a causa del hecho de que fueron movimientos de compromiso de masas; a través de una continuidad en la atmósfera y los símbolos que nutrieron otros movimientos del período intermedio; y, finalmente, a causa de la inspiración explícita que los movimientos nacionalistas extrajeron de la memoria del pasado heroico [34].

Estos argumentos han sido desarrollados por otros escritores y la aplicabilidad contemporánea de las resistencias se ha convertido en un axioma de los teóricos del nacionalismo y de la guerrilla. Es así como, al final de su examen de la resistencia de los owimbundus contra los portugueses, Rodney escribió:

> El resurgimiento de la resistencia armada en la meseta de Benguela tuvo lugar durante los últimos años. ¿Cómo surgió y qué vínculos la unen a épocas anteriores? Estas preguntas son tan importantes que no intentaremos darles una respuesta aquí, ya que tales respuestas serían, inevitablemente, insuficientes. Es suficiente apuntar que *los mismos combatientes por la libertad de Angola afirman que hay una conexión entre sus guerras de liberación nacional y las resistencias anteriores, y que (según afirman ellos) las masas recuerdan perfectamente acontecimientos tales como la guerra de los bailundus*. Los académicos frívolos no están en situación de poner esto en duda [35].

Los académicos —frívolos o no— *han* puesto en duda el postulado de la relación entre las resistencias y la lucha subsiguiente por la libertad. Tales recusaciones procedían tanto de la «derecha» como de la «izquierda».

Escribiendo desde una posición que se sitúa en algún lugar de la «derecha», Henri Brunschwig ha negado que haya ninguna línea clara que relacione a las resistencias con los movimientos modernos de liberación. Brunschwig opina que en Africa ha habido durante muchos siglos una lucha entre la adaptación y la resistencia a las ideas procedentes del exterior. Los «adaptadores» crearon los grandes imperios sudaneses: los resistentes intentaron rechazarlos. Los adaptadores utilizaron los principios ampliadores del Islam y del cristianismo: los resistentes se inspiraron en lo que Brunschwig llamó «animismo» y «etnicidad». Mucho antes del colonialismo hubo «innumerables sublevaciones» contra los innovadores africanos; la mayor parte de la resistencia al colonialismo nació de las mismas raíces «animistas» y «étnicas». Por otra parte, el nacionalismo africano moderno y el pan-africanismo son manifestaciones de la tendencia a la innovación centralizada y a adoptar ideas «amplias»; de esta forma se sitúan en una tradición totalmente opuesta a la de la resistencia [36].

Escribiendo desde la «izquierda» cierto número de historiadores ha puesto en duda la relación entre la resistencia y el nacionalismo, apoyándose en que permitir que las minorías gobernantes, y a veces egoístas, de los nuevos Estados pretendan tener una legitimidad revolucionaria es un truco intelectual. La declaración más explícita de esta opinión es obra de Steinhart: «En lugar de examinar la resistencia anticolonial a través de la lente distorsionadora de la mitología nacionalis-

[34] T. O. Ranger, 1968 (a).
[35] W. Rodney, 1971 (b), p. 9.
[36] H. Brunschwig, 1974, pp. 63-4.

ta debemos crear un «mito» mejor, uno más apropiado para interpretar la realidad de la protesta africana... Un «mito» del renacimiento revolucionario puede permitirnos desarrollar más, y más a fondo, nuestra comprensión de los movimientos de protesta y de liberación del siglo XX que lo que nos ha hecho comprender el débil «mito del nacionalismo». Steinhart busca de esta forma reclamar la herencia de las resistencias para la protesta antiautoritaria radical existente en el seno de los nuevos Estados nacionales africanos[37].

Un estudio largo y más reciente sobre la resistencia —el libro de Isaacman sobre la sublevación africana del valle del Zambeze— busca, implícitamente, dar una respuesta a las objeciones tanto de Brunschwig como de Steinhart. Isaacman responde a Brunschwig poniendo el énfasis, no en la «estrechez de miras» de las sublevaciones étnicas, sino en las redefiniciones de la soberanía que él afirma tuvieron lugar en el levantamiento de 1917. Responde a Steinhart relacionando esta clase de resistencia ampliada, no con un nacionalismo de élite, sino con el movimiento radical de liberación de Mozambique, FRELIMO. En el nuevo planteamiento de Isaacman la idea de una relación entre la resistencia de la época colonial y los movimientos contemporáneos de liberación se presenta de la forma siguiente: «La naturaleza del llamamiento que se expresó en términos ampliamente anticoloniales y la amplitud de la alianza que este llamamiento hizo posible sugiere que la sublevación de 1917 ocupó una posición de transición entre las primeras formas africanas de resistencia y las guerras de liberación de mediados del siglo XX... El levantamiento de 1917 constituyó la culminación de la larga tradición de resistencia del Zambeze y, al mismo tiempo, se convirtió en el progenitor de la actual lucha de liberación». Tal como en la lucha del FRELIMO, en 1917 «el tema era la opresión, no la raza». Además, «los lazos del FRELIMO se extendían más allá de un compromiso ideológico compartido» ya que la tradición de resistencia «sirvió tanto de fuente de orgullo como de modelo para una actividad futura»[38].

ESTABLECIMIENTO DE LAS ETAPAS DE LA RESISTENCIA: LA INTERPRETACION ECONOMICA

Empecé este capítulo describiendo la situación durante los últimos veinte años del siglo XIX. Con todo, ha resultado extremadamente difícil estudiar la resistencia dentro de estos límites cronológicos. En un extremo, he tratado de Makana, el profeta xhosa de principios del siglo XIX. En el otro extremo, he tratado el levantamiento de 1917 en el valle del Zambeze y sus lazos con el FRELIMO. Pero, al menos hasta ahora, he limitado la discusión a la resistencia armada contra los blancos o a los levantamientos armados contra el dominio colonial cuando éste empezó a «morder»; las ampliaciones cronológicas son la consecuencia de la naturaleza desigual del avance blanco en Africa y del establecimiento todavía más desigual de un control colonial eficaz. Usando esta definición política esencial,

[37] E. Steinhart, inédito.
[38] A. Isaacman, 1976, pp. 344, 345, 375.

el período que va de 1880 a 1900 se configura como un período crucial de resistencia, incluso si muchos de los grandes intentos de redefinir la soberanía por medio de la protesta tuvieron lugar más tarde.

Si para concluir dirigimos ahora nuestra atención al énfasis —que se está desarrollando— en la resistencia *económica*, los límites cronológicos resultan aún más confusos. La reinterpretación más radical quizás sea la de Samir Amin. Amin argumenta que las resistencias realmente cruciales del África occidental a los europeos tuvieron lugar a finales del siglo XVII y en el siglo XVIII y desecha las resistencias del período mismo de la lucha considerándolas como las acciones poco entusiastas y de retaguardia de una clase gobernante que ya había cedido. A los ojos de Amin, lo que se estaba jugando, esencialmente, en la confrontación entre África y Europa, no era el control político formal, sino los intentos, por parte de Europa, de manipular económicamente a África. La resistencia africana realmente significativa estuvo dirigida contra dicha manipulación económica.

Amin argumenta que el comercio a través del Sahara había «fortalecido la centralización del Estado y estimulado el progreso». Por otra parte, el comercio atlántico, controlado por los europeos, «no provocó el crecimiento de ninguna fuerza productiva: al contrario, fue la causa de la desintegración de la sociedad... Obviamente, las sociedades africanas se opusieron al empeoramiento de su situación y el Islam sirvió como base para su resistencia... Los sacerdotes musulmanes trataron de organizar un movimiento de resistencia; su objetivo era detener el tráfico de esclavos, es decir, la exportación de fuerza de trabajo, pero no terminar con la esclavitud interna... El Islam dejó de ser la religión de un grupo minoritario de comerciantes para convertirse en un movimiento popular de resistencia».

Amin identifica tres importantes resistencias de este tipo: las guerras de 1673 a 1677; la revolución de los torodos, en 1776, que «derrocó a la aristocracia militar y terminó con el comercio de esclavos», y el movimiento, en 1830, del profeta Diile en el reino Waalo, que «fracasó frente a la intervención militar francesa». Amin describe aquí resistencias que estaban dirigidas contra la aristocracia africana, pero que constituían también una respuesta a la agresión económica francesa.

A medida que avanzaba el siglo XIX, continúa argumentando Amin, los franceses dejaron de pedir esclavos y empezaron a pedir materias primas y productos agrícolas. En el reino Waalo los franceses empezaron a experimentar con plantaciones agrícolas, pero fracasaron en ello a causa de «la resistencia de las comunidades aldeanas». Los franceses no pudieron vencer la resistencia a la proletarización hasta que hubieron ocupado toda la zona y estuvieron en condiciones de usar la fuerza continuamente. Pero esta conquista colonial tuvo lugar tan tarde en la progresión, que la resistencia a ella no fue muy eficaz. A esta altura, el Islam había dejado de ser una ideología de resistencia y se había convertido en el solaz espiritual de la derrotada aristocracia, que lo utilizaba para disciplinar a los campesinos cultivadores y asegurarse de que produjeran cualquier cosa que les pidieran los franceses [39].

Amin argumenta que las resistencias realmente importantes tuvieron lugar antes

[39] S. Amin, 1972.

de la lucha; pero otros historiadores, utilizando la perspectiva económica, parecen argumentar que las resistencias realmente importantes al dominio colonial tuvieron lugar únicamente en el siglo XX. Es verdad que hubo una gran resistencia económica durante la lucha. Concretamente, los europeos rompieron su antigua alianza con los comerciantes e intermediarios africanos y usaron la fuerza para poner en pie un monopolio comercial. El resultado de esto fue una feroz resistencia por parte de los comerciantes africanos —dirigida por el jefe Nana Olomu de los itsekiris del delta del Níger (Nigeria), a quien A. G. Hopkins describe como el verdadero tipo del *homo economicus*, o por los jefes africanos y swahilis que habían dominado el comercio de esclavos en la zona norte de Mozambique, o por Rumaliza, el gran comerciante que luchó contra los belgas y los alemanes en Africa oriental.

Immanuel Wallerstein considera esta guerra de los comerciantes como uno de los acontecimientos decisivos de los primeros tiempos del colonialismo: «Muchas partes de la zona subsahariana de Africa... [habían estado] comprometidas en un proceso relativamente autónomo de desarrollo, atadas al mundo europeo de forma limitada pero importante, por medio de mercaderes o de agentes estatales de comercio de ambos lados... Con todo, en 1879 toda esta estructura comenzó a desmoronarse, y en 1900 había dejado de existir». Con la imposición del dominio colonial, «la relación característica entre los europeos y los africanos ya no era una relación entre socios comerciales... El efecto más inmediato del dominio colonial fue su impacto sobre los comerciantes africanos... al terminar la primera guerra mundial, el declive radical de la importancia relativa de la clase comercial africana, así como de la árabe, se había convertido en un hecho consumado»[40].

Pero, en general, los historiadores recientes no han comprendido bien la resistencia de los comerciantes. Hopkins nos advierte que no nos imaginemos que los comerciantes del delta del Níger, como por ejemplo Nana Olomu, fueron precursores del nacionalismo o portavoces de agravios populares, señalando que su «visión de la justicia social no incluía la emancipación de sus propios esclavos». Nancy Hafkin pone el acento en los intereses puramente egoístas de los jefes resistentes del norte de Mozambique: «Su resistencia», concluye Hafkin, «no fue, en ningún sentido, popular o progresista»[41].

La capacidad de resistencia de los grandes comerciantes, así como de los gobernantes de muchos Estados secundarios, se vio disminuida a causa del hecho de que ellos mismos habían generado demasiadas injusticias. Cuando la Compañía Imperial Británica del Africa Oriental quiso quebrar el poder de los comerciantes árabes, swahilis y africanos, fue capaz de construir una nueva ruta comercial interior desde Malindi «defendida por empalizadas construidas por comunidades de esclavos que habían huido de las plantaciones costeras de sus propietarios árabes»[42]. A los «importantes patrones» del interior de Lagos, les resultó difícil ofrecer una resistencia eficaz al avance de los británicos a causa del malestar que reinaba entre su «numerosa fuerza de trabajo consistente principalmente

[40] I. Wallerstein en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1970, pp. 402-7.
[41] A. G. Hopkins, 1973, p. 147; N. Hafkin, 1971.
[42] C. B. Smith, 1973, pp. 112, 113.

en esclavos y siervos»[43]. Las condiciones del comercio internacional que habían producido el surgimiento de poderosos comerciantes africanos, habían asegurado también que su éxito tuviera lugar al precio de muchas tensiones y resentimientos internos.

Hubo excepciones a esta situación de tensión entre los poderosos comerciantes y el pueblo. Así, en el reino de los bailundus, en Angola, «todos estaban comprometidos con el comercio»; durante la década de 1870, «los empresarios de Umbundu descubrieron y desarrollaron un nuevo tipo de raíz de goma», y «durante la década siguiente, un número sin precedentes de bailundus se lanzó al comercio privado». La caída del precio de la goma, en 1899-1902, puso fin a esta prosperidad comercial generalizada. «En Bailundu, en 1899, la intrusión de los comerciantes europeos intensificó el problema... Cuando el precio de la goma cayó en picado, comerciantes portugueses y una nueva ola de blancos pobres... llegaron y se introdujeron en el comercio». Los más recientes estudios sobre la guerra de los bailundus, en 1902, opinan que el resentimiento hacia esta agresión comercial tiene mucho que ver con el levantamiento popular masivo que estalló contra los portugueses[44].

Pero, en general, los historiadores de la resistencia que trabajan desde una perspectiva económica asocian los levantamientos masivos, no con el resentimiento hacia el ataque europeo contra el comercio, sino con el desarrollo más lento por parte de las poblaciones africanas de la comprensión de que los blancos estaban decididos a obtener trabajo barato. Al principio, muchos africanos podían haber dado la bienvenida a los europeos considerándolos protectores contra jefes demasiado exigentes, rapaces comerciantes swahilis, o propietarios de esclavos. Pero muy pronto descubrieron que los europeos tenían con ellos exigencias igualmente intolerables o más aún. Al principio, también, muchos propietarios africanos de esclavos, jefes y comerciantes podían haber reaccionado con temor y odio, pero muchos de ellos se dieron cuenta de que a largo plazo el interés de los blancos y de los negros poderosos coincidían con frecuencia. De esta forma se produjo una profunda transformación en el modelo de resistencia.

Donald Denoon ha explicado este punto claramente:

> Cuando hablamos de la lucha por Africa, nos referimos generalmente a la división del territorio y de la soberanía de Africa. Este fenómeno tuvo otro aspecto: la lucha por los recursos africanos. Entre estos recursos había diamantes y oro, pero el recurso más valioso, y por el que las autoridades coloniales lucharon apasionadamente, era el trabajo africano. De la misma manera que los antiguos comerciantes árabes y europeos habían comprado esclavos en todas partes de Africa, las nuevas agencias de reclutamiento de trabajadores lucharon por mano de obra no cualificada para que trabajara en las minas... En Angola, en el valle del Zambeze y en Katanga (al doblar el siglo) los agentes de reclutamiento para las minas del sur competían con agentes de las plantaciones portuguesas de trabajo forzado de la ensenada de Benin[45].

Esta segunda lucha por el trabajo fue resistida de la misma forma que la lucha

---

[43] A. G. Hopkins, 1966 (a), p. 141.
[44] D. L. Wheeler y C. D. Christensen en F.-W. Heimer (ed.), 1973, pp 54-92.
[45] D. Denoon, 1972, p. 74.

por el territorio y la soberanía. Fue resistida con las armas, y buena parte del apoyo que recibieron los grandes levantamientos populares de principios del siglo XX, que trataron de redefinir la soberanía, provenía de hombres que odiaban el trabajo forzado. También resistieron por medio de deserciones, disturbios y huelgas, rehusando trabajar bajo tierra. En el trabajo de investigadores como Charles van Onselen encontramos una nueva dimensión para estudiar la resistencia —ya no se trata de estudiar la «resistencia de Zambia», o la «resistencia bemba», sino de la dimensión de la resistencia a lo largo de toda la temprana red colonial interterritorial de trabajo migratorio [46].

CONCLUSION

Tal como se puede ver, pues, la historiografía de la resistencia es animada y discutida. A pesar de todo, las modificaciones y los nuevos enfoques amplían más que contradicen las tres afirmaciones básicas que yo he tratado. La «regularidad» y la «generalidad» de la resistencia resultan todavía más claras cuando añadimos a nuestro catálogo de oposición armada y rebeliones que tuvieron lugar durante la lucha, las anteriores resistencias indirectas a la agresión económica europea. La exploración de las bases ideológicas de la resistencia adquiere nueva riqueza cuando, a la idea de soberanía y de búsqueda de un nuevo orden moral, añadimos las primeras manifestaciones de «conciencia» de los trabajadores y campesinos. Y la exploración de los lazos entre la resistencia y la situación actual de Africa adquiere una nueva resonancia con la idea de la resistencia económica. La última palabra podría tenerla, no un historiador, sino un científico de la política, Colin Leys, quien ha hecho un llamamiento en favor de una teoría del «subdesarrollo» más dinámica e históricamente fundada:

> en un aspecto crítico, la teoría del subdesarrollo tiende a parecerse a la «teoría del desarrollo»; se concentra en lo que le ocurre *a* los países subdesarrollados que están en manos del imperialismo y del colonialismo más que en el proceso histórico total implicado, incluyendo en ello a las diversas formas de lucha contra el imperialismo y el colonialismo que surgen de las condiciones de subdesarrollo... lo que se necesita no es una teoría del subdesarrollo, sino una teoría del subdesarrollo y su liquidación... una teoría de este tipo implica nada menos que una teoría de la historia mundial elaborada desde el punto de vista de los países subdesarrollados, una teoría de la opresión y liberación de esos países; algo... que se halla en una etapa de desarrollo sumamente rudimentaria, por muy agudamente que se sienta su necesidad [47].

El estudio de la resistencia no es una explicación romántica basada en las glorias fútiles del pasado, sino que puede hacer su propia contribución a la teoría de la opresión y de la liberación.

---

[46] C. van Onselen, 1973, pp. 237-55.
[47] C. Leys, 1975, pp. 20-21.

Capítulo 4

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS EN AFRICA DEL NORESTE

H. A. IBRAHIM

(Basado en una colaboración del fallecido Abbas I. Ali)

Las iniciativas y resistencias africanas frente a la división y ocupación del continente, no fueron, en ninguna parte de Africa, tan decididas y prolongadas como en los modernos Estados de Egipto, Sudán y Somalia. Estas reacciones empezaron en 1881 con el levantamiento militar de Egipto, y continuaron en algunas partes de la zona incluso hasta la década del 20. En la historia de Africa, nunca un pueblo llevó a cabo una lucha tan fuerte y decidida en defensa de su libertad, su soberanía y, por encima de todo, de su cultura y de su religión. En este capítulo se intenta hacer un estudio sobre estas iniciativas y reacciones, empezando primero por la de Egipto, después Sudán y, finalmente, Somalia.

EGIPTO

LA REVOLUCION URABISTA

Hacia 1880, la mala administración financiera del khedive Ismá'il (1863-79) y los grandes empréstitos que contrajo con Europa, pusieron a Egipto al borde de la bancarrota. Mientras que la mitad del ingreso egipcio había sido estrictamente adjudicada al servicio de esas deudas, el pueblo egipcio soportaba pesados impuestos y la mayoría *fallahin* (sing., *fallah*: «campesino») que no podía permitirse pagarlos era azotada sin compasión. Esta dura situación económica y la humillación crearon un extendido descontento y una rencorosa oposición al khedive Tawfik quien además era despreciado por su total servilismo hacia las potencias europeas que se aprovecharon de su debilidad y del endeudamiento egipcio para controlar las finanzas y el gobierno del país. Pronto se volvió prácticamente imposible para cualquier gobierno egipcio iniciar ninguna reforma administrativa o económica sin la aprobación previa y unánime de catorce potencias europeas.

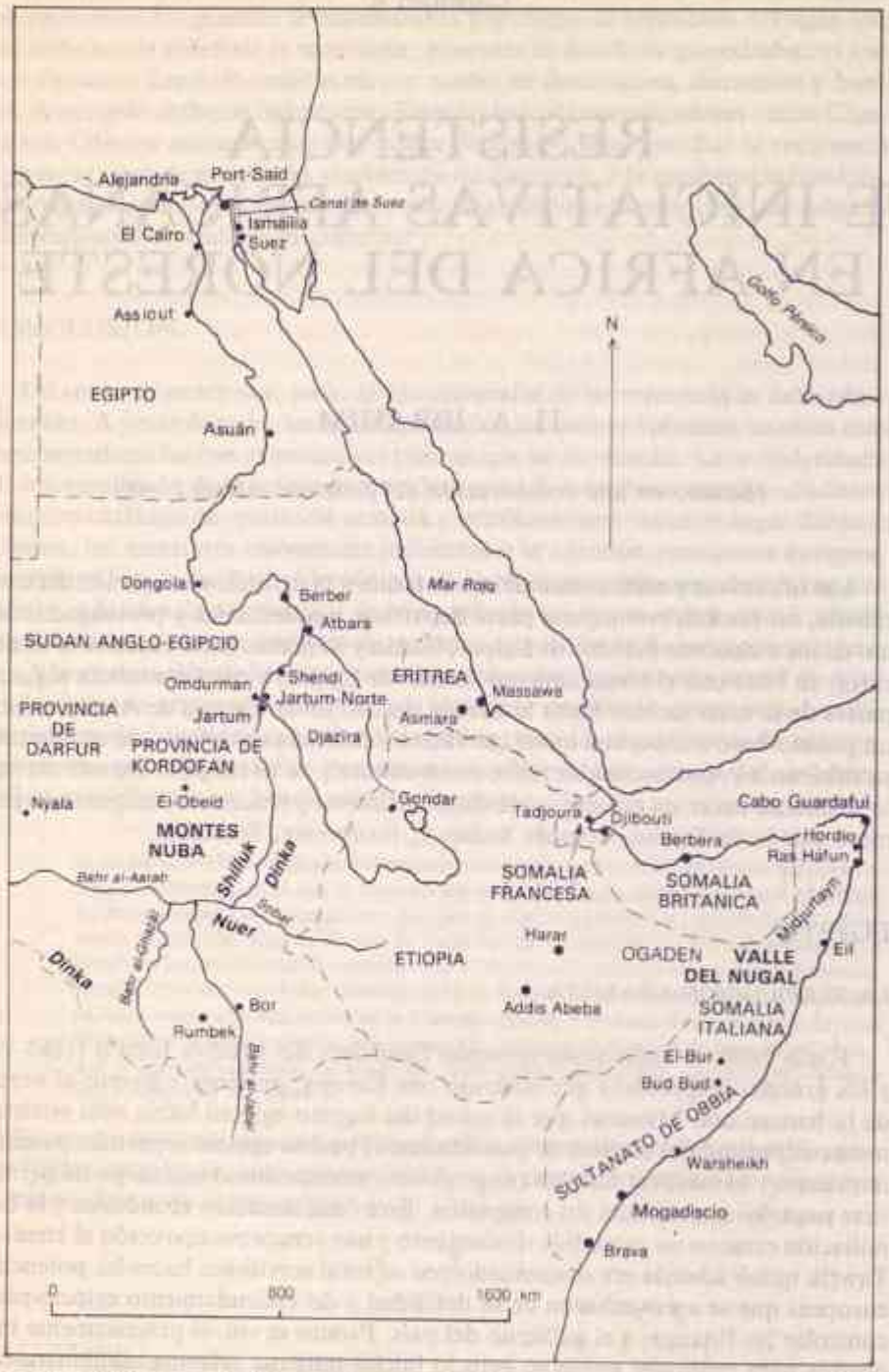


FIG. 4.1. Politica y nacionalismo en el noreste de Africa

Mientras que los egipcios sufrían toda esta desdicha, los residentes extranjeros llevaban una vida cómoda. Ni siquiera estaban sujetos a la ley del país sino que tenían sus propias leyes y tribunales. Además, los extranjeros explotaban esta posición privilegiada para enriquecerse a expensas de las masas egipcias; con frecuencia por medios corrompidos e inmorales. El deseo de erradicar esta repugnante y humillante dominación extranjera demostraría ser una razón importante del estallido de resistencia que lideró al coronel Ahmad'Urabi: la revolución urabista [1].

También contribuyó la madurez de las ideas políticas liberales de los egipcios, resultado de la difusión de la educación y del desarrollo de la prensa que tuvieron lugar durante el siglo XIX. Esta madurez fue ampliamente responsable de la emergencia y desarrollo en el país, a partir de la década de 1860, de un movimiento constitucional, especialmente entre los egipcios que habían recibido una educación occidental, quienes se oponían al control europeo y al absolutismo del khedive. Este movimiento encontró un apoyo considerable en las ideas revolucionarias de los reformadores musulmanes Djamal al-Din al-Afghani y Muhammad 'Abdu. Liderados por Muhammad Sharif Pasha, llamado *Abu al-Dastur* (el padre de la constitución), estos nacionalistas constitucionalistas presionaron para que se promulgara una constitución liberal y se constituyera un gobierno representativo [2]. Algunos de ellos pueden haber deseado, incluso, derrocar la dinastía de Muhammad 'Ali, que había gobernado a la nación desde principios del siglo.

El factor inmediato más importante del estallido de la revolución fue, sin embargo, el descontento y la frustración de los militares egipcios. Mientras que los soldados recibían sueldos muy bajos —20 piastras al mes [3]—, los oficiales del ejército egipcio no podían ascender a rangos más altos del ejército. Estos cargos superiores estaban monopolizados, de hecho, por oficiales de la aristocracia extranjera turco-circasiana que despreciaban y maltrataban a sus subordinados egipcios. Para terminar con esta posición inferior y conseguir las exigencias nacionales del país, los militares egipcios intervinieron activamente en la política, por primera vez en la historia moderna de Egipto, y lanzaron una revolución a principios de febrero de 1881 contra el colonialismo europeo y contra el khedive Tawfik.

El líder de la revolución, el coronel Ahmad 'Urabi (1839-1911), era una persona agradable con fuertes raíces *fallah*. Aunque «sencillo y falto de sutilidad y refinamiento políticos» [4], 'Urabi era un hombre valiente y un orador vigoroso que con frecuencia salpicaba sus discursos con pasajes de *Kur'an** «un rasgo que lo hizo popular entre las masas». Estas cualidades de liderazgo hicieron pronto de 'Urabi el líder indiscutido de la revolución y un instrumento eficaz para la formación del *al-Hizb al-Watani* (el Partido Nacionalista). Este partido estaba integrado por una mezcla de hombres de origen fallah y por algunos notables turcos, unidos todos por su descontento de la autocracia del gobierno de Tawfik.

---

[1] A. al-Rafi'i, 1966, pp. 82-5.
[2] P. J. Vatikiotis, 1969, pp. 126-30.
[3] Oficina del Registro Público, Kew, FO 141/168, Informe de Dufferin, p. 4.
[4] A. L. al-Sayyid, 1968, p. 9.
* Corán. *(N. del T.)*



• *El coronel Ahmad 'Urabi ('Arabi Pasha') (1839-1911).*

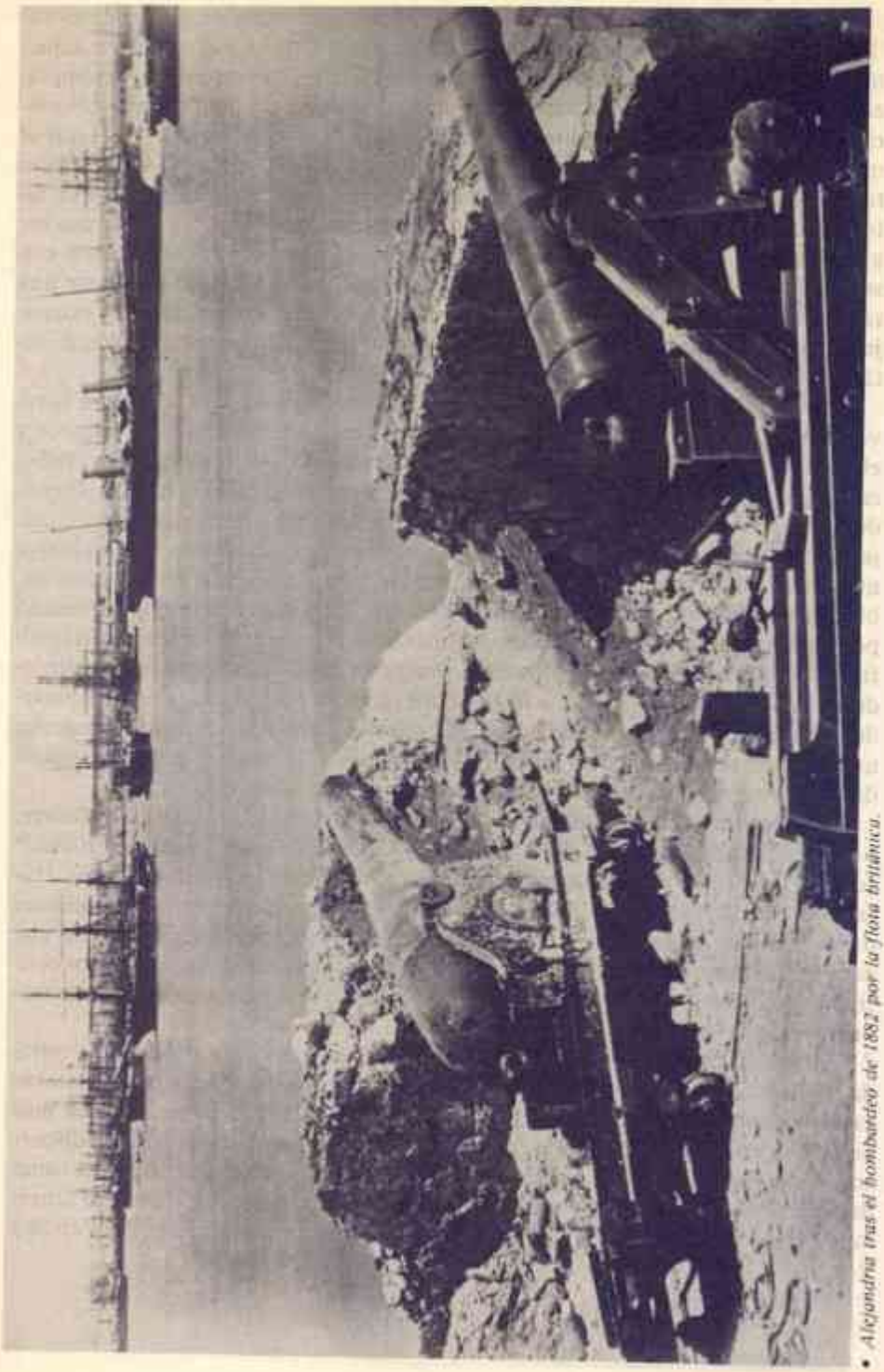
En sus primeras etapas, la revolución alcanzó un notable grado de éxito. 'Uthmán Rifki, el notorio Ministro circasiano de la Guerra y el cerebro conductor de la política discriminatoria en el seno del ejército, fue expulsado y reemplazado por Mahmud Sámi al-Barudi, un distinguido poeta y político revolucionario. Posteriormente se constituyó un gabinete cien por cien urabista en el que el mismo Ahmad 'Urabi se convirtió en el Ministro de la Guerra[5]. Tawfik estaba tan asustado que ordenó la formación de una Asamblea del Pueblo y, el 7 de febrero de 1882, promulgó una constitución relativamente liberal. Sabiendo que ese gesto hacia la constitucionalidad no era sincero, los urabistas continuaron con su intento de derrocar a Tawfiq y podrían incluso haber planeado declarar una república en Egipto. Este desarrollo amenazaba los privilegios e intereses extranjeros y como consecuencia de ello llevó a la revolución a una confrontación directa con las potencias extranjeras.

Mientras tanto, el khedive conspiraba entre bambalinas para aplastar a la revolución. Algunos historiadores egipcios mantienen que fueron los británicos y el khedive quienes organizaron la masacre de Alejandría —el 12 de junio de 1882— en la que murieron muchos extranjeros y gran cantidad de propiedades fueron destruidas, con el objeto de proporcionar un pretexto para la intervención extranjera[6]. El hecho de que esta acusación sea verdadera o no resulta irrelevante ya que, de hecho, el khedive había invitado a los británicos a intervenir y éstos habían respondido rápidamente y con entusiasmo. Pero el gabinete egipcio decidió por unanimidad repeler la invasión y rechazó el ultimátum británico de no fortificar las defensas de la costa y desmantelar posiciones de artillería en los alrededores de Alejandría. Esto dio a la flota británica un pretexto más para bombardear Alejandría el 11 de julio de 1882. El ejército y el pueblo egipcios ofrecieron una valiente resistencia a los invasores, pero fueron derrotados por la superioridad de las armas. Cerca de dos mil egipcios murieron en esta batalla.

Después de la caída de Alejandría, el ejército egipcio se replegó a Kafr al-Dawár, a unas millas de distancia. Para entonces, 'Urábi había declarado una *djihad** contra los británicos, en una proclama que fue distribuida al pueblo egipcio. Durante el mes de agosto de 1882 hubo numerosas escaramuzas en los alrededores de Kafr al-Dawár. La sólida resistencia del ejército y del pueblo egipcios hizo que para los invasores fuera muy difícil tomar El Cairo desde esta dirección. Por consiguiente, éstos decidieron tomar el canal de Suez y desde ahí lanzar un gran ataque contra la capital.

El pueblo egipcio envió en seguida apoyo financiero para el ejército y miles de jóvenes se ofrecieron para unirse a los reclutas. Sin embargo, todas las cosas estaban contra el movimiento egipcio de resistencia. 'Urabi no pudo reunir más de 16.000 hombres entrenados, e incluso este pequeño número se hallaba disperso en los alrededores de Kafr al-Dawar, Dimyat (Damietta) y la zona del canal de Suez. Además, el ejército egipcio no tenía suficiente entrenamiento, ni armas modernas, ni municiones, ni buenos medios de transporte. Sir Garnett Wolseley

[5] M. Shibayka, 1965, p. 604.
[6] M. al-Murshidi, 1958, p. 58.
* Guerra islámica. *(N. del T.)*



• *Alejandría tras el bombardeo de 1882 por la flota británica.*

cruzó rápidamente el canal al mando de un ejército moderno de 20.000 hombres, ocupó Ismailia, quebró la espina dorsal de la revolución en la batalla de al-Tall al-Kabir, el 13 de septiembre de 1882[7], y ocupó el país. Aunque los británicos habían prometido engañosamente una rápida evacuación, la ocupación de Egipto debía durar setenta y dos años.

El fracaso de la revolución urabista en su intento de liberar al país de la influencia europea y de poner fin al dominio arbitrario de los turcos puede ser fácilmente explicado. Aunque apoyada por la masa del pueblo egipcio, la revolución no tuvo tiempo suficiente de movilizar su apoyo. Además, como resultado del creciente conflicto entre el partido militar y los nacionalistas constitucionalistas, pronto tuvo lugar una importante escisión en el frente nacionalista unido. Mientras que los nacionalistas constitucionalistas se oponían por principio a que el ejército se implicara en la política, el partido militar insistía en que su control del gobierno sería la mejor garantía de la revolución. Unido a esto, la revolución sufrió las consecuencias de las intrigas internas entre el khedive y sus seguidores circasianos que traicionaron la revolución y colaboraron con la ocupación británica. El mismo 'Urabi cometió un cierto número de errores. Su renuncia, al principio de la revolución, a deponer al khedive sobre la base de que eso sería una invitación a la intervención extranjera y provocaría un caos interno en el país, proporcionó a Tawfik un tiempo valioso para intrigar y conspirar contra la revolución. Otro error fatal de 'Urabi fue su negativa a escuchar el consejo de algunos de sus asesores militares de bloquear el canal de Suez. Su opinión —que tal como se demostró estaba equivocada— era que Francia no permitiría a Gran Bretaña usar el canal para invadir a Egipto. Fundamentalmente, sin embargo, la revolución urabista fue derrotada por la superioridad militar británica.

REACCION E INICIATIVAS EGIPCIAS ANTE LA CONQUISTA BRITANICA (1882-1914)

Durante la primera década de la ocupación británica de Egipto (1881-92) la derrota militar de la revolución urabista quebró el espíritu nacional y creó una atmósfera de desesperación y de desilusión. Durante esta década, no hubo resistencia eficaz en el interior de Egipto, y las voces nacionalistas más importantes fueron las de los nacionalistas que se hallaban en el exilio. Djamal al-Din Al-Afghani y Muhammad 'Abduh empezaron a publicar en 1883 una revista panislámica —*al-'Urwa al-Wuthka* (El vínculo indisoluble)— cuyo objetivo era liberar a Egipto de la ocupación británica a través de una agitación de la opinión pública egipcia. Aunque esta revista cerró después de publicar sólo dieciocho números, tuvo una profunda influencia en algunos grupos de egipcios que la leyeron: estudiantes, *'ulama'* (estudios musulmanes) e intelectuales. *Al'Urwa* proporcionó una fuente de oposición a los británicos y mantuvo vivo el espíritu de la autodeterminación[8]. Su mensaje antibritánico fue recogido en la década de 1890 por

[7] A. al Rafi'i, 1966, pp. 486-96.
[8] A. L. al-Sayyid, 1968, pp. 87-90.



• *'Abbas Hilmi ('Abbas II, 1892-1914), khedive de Egipto.*

un grupo de escritores políticos pan-islamistas. El más destacado de ellos fue Shaykh 'Ali Yusuf, quien publicó un periódico, *al-Mu'ayyad*, en 1900, y en 1907 formó Hizb al-Islah al-Dusturi (Los reformadores constitucionales), una organización que atacó enérgicamente la hegemonía británica en Egipto.

En 1893 el movimiento nacionalista egipcio empezó a salir de su etapa de inactividad. Esto ocurrió cuando ciertos elementos egipcios empezaron a criticar y a resistirse a la ocupación británica de Egipto. El primero de ellos fue el nuevo y ambicioso khedive 'Abbas Hilmi ('Abbas II, 1892-1914), quien estimuló el desarrollo de un movimiento nacionalista que pedía la inmediata evacuación de los británicos. Su ayuda financiera a la prensa, lo que permitió que el movimiento se articulara, fue de especial importancia. Durante los tres primeros años de su reinado, el mismo 'Abbas se situó a la vanguardia de este movimiento y se convirtió en un verdadero desafío al gobierno autocrático de lord Cromer, el agente y cónsul general británico y consiguió obligar a renunciar al primer ministro probritánico (15 de enero de 1893). Aunque después de esto ya no pudo actuar tan abiertamente, a causa de la presión de los británicos, Hilmi atrajo sin embargo a algunos reclutas juramentados que deseaban llevar adelante la lucha contra la ocupación británica. Se trataba de un grupo de jóvenes intelectuales, familiarizados con las ideas de la Revolución francesa y con las teorías políticas y sociales modernas[9]. De hecho, la antigua sociedad egipcia, con su estricto código y sus restricciones religiosas estaba desintegrándose gradualmente, un proceso que produjo considerable inestabilidad. Los egipcios educados estaban particularmente alarmados por el dominio de los británicos en el sector del funcionariado, el único en el que todavía podían ascender. En 1905, los británicos ocupaban el 42 por 100 de los puestos mas altos, los armenios y sirios el 30 por 100 y los egipcios sólo el 28 por 100[10].

En esta época, los más vehementes oponentes al dominio británico fueron Mustafá Kamil, un líder carismático y elocuente orador, y su Partido Nacionalista. Al principio, Kamil concentró sus esfuerzos en ganar el apoyo europeo para la causa de la independencia egipcia. Aparentemente, Kamil sentía que los otros Estados europeos estaban tan celosos de la ocupación británica de Egipto que apoyarían activamente cualquier intento de eliminarla. Con fondos generosos proporcionados por el khedive, Kamil hizo una gira por las capitales europeas durante el período 1895-1898, durante la cual habló en mitines, concedió entrevistas a los periódicos y escribió artículos y panfletos[11]. Estas actividades despertaron un gran interés en Europa, pero eso fue todo. La optimista creencia de Kamil de que Europa en general, y Francia en particular, apoyarían la causa egipcia estaba totalmente injustificada. Puesto que Francia tenía sus propias colonias en Africa del Norte, no resulta sorprendente que Kamil no pudiera convencerla de que apoyara el autogobierno. Francia tampoco estaba dispuesta a ir a la guerra contra Inglaterra por causa de Egipto, tal como había demostrado el incidente de Fashoda, en 1898.

---

[9] *Ibid.*, pp. 99-136.

[10] Informe de Milner, p. 30 (Egipto, N.° 1, 1921), Cmd. 1131, Informe de la misión Milner a Egipto.

[11] P. M. Holt (ed.), 1968, pp. 308-19.

La tarea más urgente con la que se enfrentaban los jóvenes nacionalistas era refutar la afirmación partidista de Cromer que decía que los egipcios eran incapaces de gobernarse a sí mismos según principios civilizados, y convencer a los mismos egipcios de que formaban una nación capaz y que realmente merecían autogobernarse. Desde 1898, Kamil estaba preocupado por esta tarea. Hasta 1906 expresó sus opiniones en numerosos discursos y artículos en los periódicos cotidianos, especialmente en *al-Liwa* (La bandera), que él mismo había fundado en 1900. Ponía el acento en el pasado egipcio para combatir el derrotismo y mostrar a los egipcios que eran capaces de hacer grandes cosas. «Si no hubiera nacido egipcio, desearía convertirme en un egipcio», y «la vida no tiene sentido cuando va acompañada de desesperación», y «mientras hay vida no tiene sentido la desesperación» [12]. Estos eran los eslóganes que había inventado. El objetivo de los discursos y artículos de Kamil era acabar con las rivalidades locales, unir a toda la población en un frente nacionalista y desarrollar una educación nacional para fortalecer el sentimiento patriótico. Sus actividades políticas empezaron a dar fruto cuando en febrero de 1906 pudo organizar una huelga de estudiantes de derecho.

El incidente de Dinshaway, en mayo de 1906, estimuló profundamente —en Egipto— la campaña de Kamil. Brevemente: un grupo de oficiales británicos que iba de excursión de caza de pichón, llegó a la población de Dinshaway, a lo que los habitantes del poblado se opusieron ya que los pichones constituían su medio de vida. Hubo un enfrentamiento en el que uno de los oficiales británicos resultó gravemente herido. Ante este incidente, las autoridades británicas reaccionaron exageradamente y aplicaron sentencias muy severas a los habitantes del poblado. Cuatro fueron sentenciados a ser colgados y muchos otros a largos períodos de cárcel. Aunque las ejecuciones habían cesado de realizarse en público dos años antes, los ahorcamientos se llevaron a cabo en público, y toda la población fue obligada a contemplarlas [13]. En opinión de Kamil, este comportamiento bárbaro contribuyó a despertar aún más los sentimientos del pueblo contra la ocupación que el transcurrir de diez años de ocupación [14]. El incidente causó ciertamente un aumento del nacionalismo egipcio y, por primera vez desde 1882, los británicos se dieron cuenta de lo inseguro de su posición en Egipto. Fue esto lo que obligó a los británicos a reconsiderar su política opresiva y a declarar su intención de preparar al país para el autogobierno. Cromer se retiró en 1907 para dejar lugar a un nuevo cónsul general, Eldon Gorst, que debía instrumentalizar esta nueva política. Esto significó un gran triunfo para Kamil y su Partido Nacionalista, el cual fue inaugurado públicamente en 1907.

Después de la muerte prematura de Kamil, ocurrida en febrero de 1908, pasó a ocupar la presidencia del Partido Nacionalista, Muhammad Farid. Farid carecía de muchas de las cualidades de un líder que había tenido Kamil, pero continuó escribiendo y dirigiéndose al público en mitines pidiendo la evacuación de las tropas británicas. Sus actividades nacionalistas lo llevaron a la cárcel durante seis meses, en 1911, y después de eso se exilió [15].

[12] A. L. al-Sayyid, 1968, p. 161.
[13] M. G. al-Masada, 1974, pp. 84-91.
[14] M. H. Haykal, s. f., p. 148.
[15] A. Sabri, 1969, pp. 81-109.

En 1907, algunos intelectuales destacados habían llegado al convencimiento de que los británicos eran demasiado fuertes para ser expulsados de Egipto por medio de la acción revolucionaria. Pensaban también que, después del incidente de Dinshaway, había signos reales de un cambio en la política británica. Como consecuencia de esto, no veían ningún mal en cooperar con los británicos en Egipto para asegurar las concesiones que fuese factible obtener hasta que llegara el tiempo en el que fuera posible lograr la independencia total. En 1907, este grupo formó un nuevo partido político llamado el Partido *Umma* (El partido del pueblo) que tenía su propio periódico, *al-Djarida*. Dirigido por un destacado periodista y educador, Ahmad Lutfi al-Sayyid, a quien los egipcios educados se referían llamándolo *Faylasuf al-Djil* (el filósofo de la generación), el grupo *Djarida-Umma* urgía a los egipcios a modernizar su tradición islámica adoptando las ideas e instituciones europeas que ellos consideraran necesarias para el progreso [16]. El programa del Partido *Umma* hacía un llamamiento a la creación de una personalidad egipcia, porque sin ella se sentía que Egipto no podría lograr una independencia real. Insistía en la importancia de la reforma agraria y pedía un aumento del poder de los consejos y asambleas provinciales como preparación para un gobierno constitucional. Aún más importante, el partido enfatizaba la necesidad de la educación en tanto que medio esencial para preparar administradores capaces y alcanzar la independencia nacional. Pero el Partido *Umma* no era muy popular entre los nacionalistas egipcios, a causa de su cooperación con las autoridades británicas. Además, su liberalismo secular no había conseguido echar raíces entre un gran número de egipcios, a causa de la instintiva adhesión a las tradiciones islámicas [17].

Es así como, antes de la primera guerra mundial, el movimiento nacionalista egipcio era un movimiento desunido y predominantemente elitista, incapaz de lograr apoyo popular. Como consecuencia, era demasiado débil para arrancar cualquier concesión importante a las autoridades británicas y progresó poco en el camino del autogobierno. Los nacionalistas tuvieron que esperar hasta 1919 antes de declarar una sublevación abierta contra la ocupación británica.

EL SUDAN

LA REVOLUCION MAHDISTA

Sudán estaba gobernado desde 1921 por el gobierno otomano de Egipto, y en 1880 el pueblo de Sudán —tal como el de Egipto— luchaba para liberarse del gobierno de una aristocracia extranjera. Los temas de la *djihad* * y de la resistencia islámica al gobierno extranjero propagados por 'Urabi en Egipto se manifestaron igualmente en el movimiento militar revolucionario del Sudán, que

[16] P. J. Vatikiotis, 1969, pp. 229-30.
[17] Ibid., p. 234.
* Guerra Santa. *(N. del T.)*

lideró Muhammad Ahmad al-Mahdi. Su movimiento, el *Mahdiyya*, era esencialmente una *djihad* —una guerra santa— y como tal reclamó el apoyo de todos los musulmanes. Su objetivo fundamental, tal como afirmó repetidamente Mahdi en sus cartas y proclamas,[18] era restablecer y retornar a la fe pura y primitiva del Islam, «depurada de herejías y añadidos»,[19] y extenderla por todo el mundo, por la fuerza si se consideraba necesario. El auténtico fervor espiritual de la revolución mahdista se expresaba en el *bay'a*, un juramento de lealtad de los partidarios del Mahdi —a quienes él, siguiendo el ejemplo del profeta, trataba de *ansar*[20]— que debía ser hecho ante el Mahdi o sus representantes, antes de ser admitido en el Mahdiyya. En este *bay'a*, el *ansar* juraba lealtad al Mahdi «renunciando a este mundo y abandonándolo y contentándose con lo que está con Dios, deseando lo que está con Dios y el mundo que vendrá, y no huirán de la *jihad*»[21].

Decir que la revolución mahdista era religiosa no significa que la religión fuese el único factor que la produjo. Porque hubo también otros factores secundarios —que surgían todos de los defectos de la corrupta administración turco-egipcia— que causaron un descontento general en el Sudán. La violencia con que se había llevado a cabo la primera conquista, en 1820-21, había creado un fuerte deseo de revancha, mientras que los pesados tributos impuestos por los turcos y recaudados por la fuerza provocaron un amplio descontento. Además, los intentos del gobierno de suprimir el comercio de esclavos lo había indispuesto con algunos sudaneses del norte, ya que eso afectaba a una importante fuente de riqueza y constituía la base de la economía doméstica y agraria del país. Finalmente, la parcialidad del gobierno hacia el pueblo shaykiyya y la secta Khatmiyya parece haber provocado los celos de otras religiones y grupos locales, estimulándolos a apoyar al Mahdi[22].

El líder de la revolución mahdista, Muhammad Ahmad ibn 'Abdallah, era un hombre piadoso, cuyo ideal era el mismo profeta Mahoma. Tal como el profeta, antes que él, había asumido el liderazgo de su comunidad a la edad de 40 años, Muhammad Ahmad asumió el liderazgo del Mahdi a la misma edad, lo comunicó secretamente a un grupo de sus fieles seguidores y después lo declaró abiertamente al público en general. Esto lo llevó a una confrontación militar directa con el gobierno anglo-egipcio, una lucha que duró cuatro años (1881-5). Al principio, el gobierno subestimó al Mahdi y no le dio importancia, considerándolo un simple *darwish* (mendicante). Esta actitud se reflejó en la débil y desorganizada expedición que envió a enfrentarse con él en Aba Island. Tuvo lugar una breve escaramuza en la que los *ansar* lograron una rápida y fácil victoria, y la administración se vio lanzada a una total confusión. El Mahdi y sus seguidores consideraron que esta victoria había sido un milagro[23].

---

18 Para una buena colección de estas cartas y proclamas, ver M. I. Abu Salim, 1969.
19 P. M. Holt, 1970, p. 19.
20 *Ansar* («ayudantes») era el nombre dado originalmente a los seguidores del profeta Mahoma en Medina.
21 P. M. Holt, 1970, p. 117.
22 N. Shouqair, 1967, pp. 631-6.
23 M. Shibiyka, 1978, pp. 39-44.



• *Muhammad Ahmad Ibn 'Abdallah, el Mahdi (1844-1885).*

La previsión política y el genio militar del Mahdi quedó claramente reflejada en su decisión de «emigrar», después de este encuentro, de Aba a *Djabal Kadir*, en los montes Nuba. Además de ser otro paralelo con la vida del profeta, esta *hidjra** desplazó la revolución de una zona abierta y sin defensas que se hallaba al alcance de las fuerzas del gobierno, a una región lejana y estratégicamente fortificada. Esta *hidjra* fue realmente un momento decisivo en la historia de la Mahdiyya. Su significado principal fue que, al desplazar la revolución de la zona ribereña hacia el occidente del Sudán, los habitantes de esta zona se convirtieron, desde ese momento, en sus administradores clave y en sus jefes militares, mientras que la población ribereña que participaba en el movimiento fue perdiendo importancia [24].

Otro momento decisivo en la historia de la revolución mahdista fue la batalla de Shaykan, el 5 de noviembre de 1883. En esa época, el khedive Tawfik y su gobierno estaban decididos a aplastar al Mahdi, que controlaba ahora las ciudades clave de la provincia de Kordofan. Por consiguiente, el gobierno egipcio organizó una expedición compuesta por lo que quedaba de los soldados de 'Urabi al mando de un oficial del ejército británico, Hicks Pasha. Los *ansar* aniquilaron completamente a su enemigo en la selva de Shaykan, en las proximidades de al-'Obeid [25]. La victoria reforzó grandemente al Mahdi y a su revolución. Mientras que numerosos sudaneses se unían a la revolución, llegaron delegados de algunos países musulmanes para felicitar al Mahdi por su victoria contra los «infieles». Sin embargo, la consecuencia inmediata de la victoria de Shaykan fue el derrumbamiento total de la administración turco-egipcia en el Sudán occidental, y el establecimiento del gobierno mahdista en las provincias de Kordofan, Darfur y Bahr al-Ghazal. El Mahdi estaba listo ahora para ocuparse de su objetivo siguiente, conseguir controlar Jartum y terminar con el gobierno turco-egipcio en el Sudán [26].

El siguiente ataque mahdista se produjo en el oriente del Sudán, bajo el hábil liderazgo de 'Uthman Digna. Digna obtuvo numerosas victorias contra las fuerzas del gobierno y se convirtió en una amenaza para los puertos del mar Rojo que Gran Bretaña se había comprometido a defender. Los británicos intentaron entonces intervenir militarmente, pero con muy poco resultado. Excepto Sawákin, los *ansar* controlaban todo el Sudán oriental e impedían que Jartum recibiera suministro alguno proveniente de Egipto a través de la ruta Berber-Sawákin.

Mientras tanto, la política británica con respecto al Sudán había sufrido un cambio importante, posterior a la batalla de Shaykan. Mientras que antes mantenía que se trataba de un asunto exclusivamente egipcio, después de Shaykan, el gobierno británico sintió que sus intereses imperiales necesitaban la retirada inmediata de Egipto del Sudán [27]. Por lo tanto, ordenó al gobierno egipcio que abandonara el Sudán y envió al general Charles Gordon a controlar que así fue-

* Hidjra: La hégira o huida de Mahoma.

[24] M. I. Abu Salim, 1970, pp. 21-2

[25] I. Zulfu, 1976, pp. 203-29.

[26] M. A. Al-Hasan, 1964, p. 4.

[27] M. Shibeika, 1952, pp. 107-9.

ra. Como el Mahdi continuaba avanzando hacia Jartum, Gordon se encontró en una situación muy peligrosa. Después de un largo sitio, las fuerzas mahdistas atacaron la ciudad, mataron a Gordon el 26 de enero de 1885, y pusieron término a la dominación turco-egipcia del Sudán [28].

Durante sus primeros cuatro años (1881-5) el Mahdiyya se transformó de movimiento religioso de protesta en un estado poderoso y militante que dominó al Sudán durante catorce años. Sus instituciones administrativas, financieras y judiciales, y su legislación, se basaban estrictamente en los fundamentos duales del Kur'an* y de la Sunna**, aunque, ocasionalmente, el Mahdi aprobó nuevas formas de legislación sobre temas tan acuciantes como la condición de la mujer y la propiedad de la tierra [29].

Las relaciones del Estado mahdista con el mundo exterior se regían estrictamente por la *djihad*. Tanto el Mahdi como su califa, 'Abdullah ibn al-Sayyid Muhammad, habían escrito cartas de advertencia *(indhārat)* —prácticamente ultimátums— a varios líderes del mundo, tales como el khedive de Egipto, el emperador otomano y el emperador de Abisinia, para que aceptaran la misión del Mahdi o se enfrentaran con una inmediata *djihad* si no reaccionaban positivamente [30].

Mientras que el Mahdi no vivió lo bastante como para continuar semejante política —murió en junio de 1885—, la *djihad* se convirtió en la piedra angular de la política exterior de su sucesor, el califa 'Abdullāh. A pesar de los tremendos problemas económicos y administrativos con los que se enfrentaba, el califa 'Abdullāh continuó con la *djihad* en dos frentes: contra Egipto y contra Etiopía. Bajo el liderazgo de 'Abd al-Rahmān al-Nudjumi, las fuerzas mahdistas invadieron Egipto pero fueron derrotadas en la batalla de Tushki, en 1889. El avance mahdista por el frente oriental también fue controlado y los *ansār* perdieron Tokar y Kassala en 1891 y 1894 respectivamente. El compromiso ideológico del califa con la *djihad* había frustrado los intentos del emperador etíope para concluir una alianza entre Sudán y Etiopía contra el imperialismo europeo. Porque, como requisito previo para esta alianza, el califa insistía en que el emperador debía aceptar y creer en el mahdismo y en el Islam. El resultado de este dogmatismo fue un largo enfrentamiento militar que debilitó a ambos Estados y los convirtió en presas más fáciles para el imperialismo europeo [31].

En marzo de 1896, el gobierno imperial británico había decidido invadir el Sudán y con este objeto se formó un cuerpo anglo-egipcio al mando del general H. H. Kitchener. Durante la primera etapa de esta invasión —de marzo a septiembre de 1896— las fuerzas enemigas ocuparon entera la provincia de Dongola sin encontrar ninguna resistencia seria procedente de la población sudanesa, en parte a causa de superioridad técnica y en parte porque tomaron al califa por sorpresa.

---

[28] M. M. Hamza, 1972, pp. 159-83.
* Corán. *(N. del T.)*
** Escrituras comentadas. *(N. del T.)*
[29] P. M. Holt, 1970, p. 128.
[30] N. Shouqair, 1967, pp. 921-9.
[31] M. S. Al-Kaddāl, 1973, pp. 105-7.

Como el califa se había sometido debidamente, la ocupación de Dongola no fue más que un preludio para una invasión a gran escala del Estado mahdista. Mientras que Kitchener avanzaba hacia el sur, el califa movilizaba sus fuerzas, decidido a ofrecer resistencia a los invasores. Al mando del emir Mahmūd Ahmar, los *ansār* intentaron sin éxito rechazar el ataque enemigo en la batalla de Atbara, el 8 de abril de 1898 [32]. Murieron tres mil sudaneses y más de 4.000 resultaron heridos. El mismo Mahmūd fue capturado y encarcelado en Rosetta, en Egipto, donde murió varios años más tarde.

Después de la derrota de Atbara, el califa decidió encontrarse con el enemigo en las proximidades de su capital, Omdurman, porque pensaba que las dificultades para abastecerse y de transporte impedirían desplegar ningún ejército importante. Desde ahí, los sudaneses combatieron al enemigo con magnífico coraje en la batalla de Karari, el 2 de septiembre de 1898 [33]. Una vez más fueron derrotados por la superioridad en armamento. Murieron cerca de 11.000 sudaneses y alrededor de 16.000 resultaron heridos. Cuando vio que la batalla estaba perdida, el califa se retiró al este de Kordofān donde esperaba reunir a sus seguidores y atacar nuevamente a los invasores en la capital. Durante un año entero continuó siendo un problema para la nueva administración, pero fue finalmente derrotado el 24 de noviembre de 1899 en la batalla de Umm Diwaykrāt. El califa fue encontrado muerto, después de la batalla, sobre su alfombra de oraciones de piel de oveja [34]. Todos los demás generales y líderes mahdistas o habían muerto o cayeron prisioneros. Esto marcó el derrumbamiento del Estado mahdista, aunque en tanto que sentimiento religioso y político, la Mahdiyya no murió nunca.

LOS LEVANTAMIENTOS MAHDISTAS

Aunque bajo el gobierno colonial la secta mahdista estaba fuera de la ley, un importante sector de la comunidad sudanesa continuó siendo mahdista en su fuero interno. La mayoría expresó su resentimiento contra el dominio británico continuando la lectura del *ratīb* (el libro de oraciones del Mahdī) y practicando otros ritos mahdistas. Pero una minoría mahdista devota intentó repetidamente derrocar la dominación «infiel» por medio de la fuerza. Entre 1900 y 1914, apenas pasó un año sin un levantamiento mahdista en el norte del Sudán. La fuente principal de inspiración y de fuerza de estas sublevaciones era la doctrina musulmana de *Nabī 'Īsā* (el profeta Jesús). Era creencia general entre los musulmanes, que el Mahdī volvería a aparecer para hacer justicia en el mundo cuando este estuviera lleno de injusticia. Pero su misión se vería temporalmente detenida por *al-masīh al-dadjdjāl* (el antiCristo). *Nabī 'Īsā* aparecería pronto, sin embargo, para garantizar la permanencia de la gloriosa Mahdiyya. Aparentemente, los *ansār* habían

[32] M. A. Ibrahim, 1969, pp. 196-237.
[33] Para información sobre el encarcelamiento de los emires mahdistas, ver H. 'A. Ibrahim, 1974, pp. 33-45.
[34] P. M. Holt, 1970, p. 243.



• *Mahmud Ahmad, uno de los jefes de los ansar del ejército mahdista), tras su captura por las fuerzas anglo-egipcias.*

identificado a los británicos con el al-dadjdjal y muchos de ellos asumieron el *'isas-hip* para echarlos del país [35].

En febrero de 1900, en 1902-3 y en 1904 hubo levantamientos mahdistas. La más importante de estas sublevaciones mahdistas estuvo organizada y dirigida, en 1908, por un distinguido mahdista, 'Abd al-Kadir Muhammad Imam, llamado habitualmente Wad Habuba. Wad Habuba predicaba el mahdismo en el Djazira y desde su campamento en el pueblo de Tukur, cerca de Kamlin, desafió al gobierno. Un cuerpo armado del gobierno avanzó hacia él, pero encontró resistencia y en el encuentro murieron dos oficiales del gobierno. En mayo, mientras las autoridades continuaban conmocionadas por este incidente, Wad Habuba lanzó un ataque sorpresa contra el enemigo en el pueblo de Katfiya.

Los mahdistas lucharon con valor, pero en el transcurso de unos días se rompió la espina dorsal de la sublevación. Sin embargo, en el estilo del Mahdi, Wad Habuba había «emigrado», presumiblemente para buscar asilo en Omdurman donde, de acuerdo con las apariencias, pensaba continuar propagando en secreto la causa mahdista. Pero fue arrestado *en route** y ahorcado públicamente el 17 de mayo de 1908 en tanto que muchos de sus seguidores eran condenados a muerte o a períodos de encarcelamiento [36]. Durante un juicio sin equidad, Wad Habuba desafió a los imperialistas británicos diciendo al tribunal que lo estaba juzgando:

> Mi deseo es que el Sudán sea gobernado por musulmanes de acuerdo con la ley mahometana y con las doctrinas y preceptos del Mahdi. Conozco al pueblo de Sudán mejor que el gobierno. No dudo en decir que su cordialidad y lisonja no son sino hipocresía y mentiras. Estoy dispuesto a jurar que el pueblo prefiere el mahdismo al presente gobierno [37].

Aunque descoordinados e incapaces de conseguir ningún apoyo importante, estos numerosos levantamientos mesiánicos proporcionaban un elemento de continuidad con la era del Estado mahdista, y demostraban que el mahdismo todavía estaba vivo en cuanto fuerza religiosa vital y política del Sudán. Las sublevaciones demostraban, además, que el sentimiento de resistencia al dominio colonial continuaba atrincherado en el corazón de numerosos sudaneses del norte.

MOVIMIENTOS DE PROTESTA EN LOS MONTES NUBA Y EN EL SURESTE DEL SUDAN

En el período anterior a la primera guerra mundial, la lucha del pueblo sudanés en los montes Nuba y en el sureste del Sudán constituyó uno de los desafíos más serios con que se enfrentaron los colonialistas británicos. Sin embargo, los numerosos levantamientos y sublevaciones que estallaron en estas zonas del país fueron esencialmente de carácter local, respuestas directas a los cambios introducidos por el colonialismo en la estructura social de estas variadas comunidades, un producto de la destrucción realizada por los británicos, de las institu-

[35] H. 'A. Ibrahim, 1979, p. 440.

* En francés en el original: por el camino. *(N. del T.)*

[36] Ibid., p. 448.

[37] Informe de la Inteligencia del Sudán, mayo de 1908.

ciones políticas y sociales de esas comunidades y su reemplazo por nuevas estructuras, las impuestas por el dominio colonial, que eran británicas.

A pesar de lo despiadado de las fuerzas coloniales, varias comunidades nuba se opusieron activamente a la dominación británica. Mientras que Ahmad al-Nu'mān, *mek* de Kitra, declaraba abiertamente su hostilidad, en 1906 la población de Talodi lanzó una sublevación en la que cierto número de soldados y oficiales del gobierno fue degollado. La sublevación del *mek* Faki 'Alī de las colinas Miri fue más seria. 'Alī hostigó durante dos años a las fuerzas del gobierno, pero en 1916 fue arrestado y encarcelado en Wadi Halfa [38].

En la región del sur del Sudán, la resistencia estuvo dirigida y apoyada por el pueblo nuer que vivía en las tierras lindantes con el río Sobat y el Nilo blanco. Bajo administraciones previas, los nuer se habían acostumbrado a manejar sus propios asuntos, ya que la administración no ejercía un control eficaz sobre ellos. Pero ahora los nuer rehusaban reconocer la supremacía del nuevo gobierno y continuaban mostrándose hostiles a él. Dos de sus líderes, Dengkur y Diu fueron particularmente activos en este aspecto. Aunque estos dos influyentes líderes fallecieron en 1906 y 1907 respectivamente, el activismo nuer nunca murió, y en 1914 otro líder nuer, Dowl Diu, atacó un puesto del gobierno. A pesar de las numerosas e indiscriminadas medidas de castigo, la resistencia nuer continuó ganando impulso hasta que estalló en la sublevación popular general de 1927.

Los azandes, liderados por Yambio, su jefe, estaban decididos a no permitir que ninguna tropa extranjera entrara en su tierra. Se enfrentaron al peligro de la invasión de los belgas y del gobierno del condominio. Los belgas estaban aumentando sus actividades en el límite sur de Zandeland. Yambio parecía temer más la invasión belga que la británica. Por consiguiente, pensó que la mejor política que podía seguir era neutralizar a los británicos con señales de amistad y de esta forma quedar con las manos libres para ocuparse del inminente peligro belga. Invitó a los británicos a establecer un puesto comercial en su reino. Esta invitación fue hecha sobre la base del convencimiento de Yambio de que los británicos no podrían ir, y si lo hacían, los combatiría. Su verdadera intención parece haber sido enfrentar a los británicos con los belgas, porque, aparentemente, estaba convencido de que los intereses británicos en su país obligarían a los belgas a pensarlo dos veces antes de atacarlo [39].

Pero los británicos aceptaron la invitación y, en enero de 1903, una patrulla abandonó Wau en dirección al territorio de Yambio. Durante el viaje fue atacada por los azandes. La patrulla escapó a Rumbek. En enero de 1904, el gobierno de Jartum envió otra patrulla, que también fue atacada por los azandes, y finalmente se vio obligado a retirarse a Tonj.

Mientras los belgas se preparaban para atacar el territorio de Yambio, éste movilizó una fuerza de 10.000 azandes y lanzó un atrevido ataque contra el puesto belga de Mayawa. Los azandes hostigaron valientemente a los intrusos, pero no pudieron resistir sólo con lanzas el fuego de los rifles belgas. Esta batalla debi-

[38] A. S. Cudsi, 1969, pp. 112-16.
[39] Ibid., p. 220.

litó seriamente el poderío militar de los azandes y su confianza. En enero de 1905, Yambio tuvo que enfrentarse a una expedición militar del gobierno con su poder militar destruido. Finalmente fue derrotado y cayó prisionero. Murió poco después, el 10 de febrero de 1905. Sin embargo, su pueblo continuó luchando. En 1908, algunos guerreros de Yambio intentaron fomentar una sublevación, mientras otros combatían contra los británicos durante la primera guerra mundial [40].

SOMALIA

LA REACCION SOMALI A LA DIVISION (1884-1897)

A partir de mediados del siglo XIX, la península somalí se encontró incluida en el teatro de la competencia colonial europea entre Italia, Gran Bretaña y Francia. Teniendo intereses en la India y en otras partes de Asia, a principios de la década de 1880, Gran Bretaña y Francia buscaban establecerse en la costa somalí a causa de su importancia estratégica y comercial. Con el tiempo, y la incorporación de Italia, extendieron su influencia hacia el interior y cada uno de estos países estableció un protectorado en Somalia. Mientras que las actividades de los franceses los habían conducido a establecer un protectorado en 1885, el gobierno británico no declaró su protectorado hasta dos años después (en la costa de Somalia, desde Djibuti hacia el este, e incluía el Bender Ziadeh). Por medio de los buenos oficios de la Compañía Británica del Africa Oriental y del gobierno británico, Italia pudo también adquirir control sobre las ciudades de Brava, Merca, Mogadiscio y Warsheikh, en noviembre de 1888. El gobierno italiano declaró un protectorado sobre las porciones de costa que comunicaban a las ciudades, protectorado que posteriormente fue extendido para incluir Obia y el Midjurtayn somalí, en el norte (ver Fig. 4.1).

Etiopía también se había extendido por territorios habitados por somalíes, y se las había arreglado para establecer una administración provisional en el Haud y Ogaden. Una opinión sugiere que, mientras la invasión europea de Somalia estuvo motivada por consideraciones capitalistas e imperialistas, la expansión etíope fue esencialmente «una reacción defensiva provocada por el establecimiento de colonias europeas en la vecindad». Puesto que Italia, Gran Bretaña y Francia avanzaban tierra adentro desde sus respectivas posesiones costeras —argumenta esta interpretación— el emperador etíope, Menelik «intentó mantenerlos lo más lejos posible del centro de su poder en las tierras altas, extendiendo sus propias fronteras» [41]. Se debe señalar, con todo, que la expansión de los shoanes bajo Menelik había empezado antes de que los europeos intervinieran en la zona, primero contra los oromos y después contra los somalíes.

La división de Somalia, formalmente terminada en 1897, ignoró los legítimos intereses del pueblo somalí y le privó de su libertad e independencia. Por lo tanto, estaba destinada a despertar su recelo y a estimular que se lo tomaran a mal y

[40] Ibid., pp. 238-54.
[41] S. Touval, 1963, p. 74.

resistieran esta conquista extranjera. Los sultanes y jefes somalíes se sentían particularmente perturbados por esta usurpación a causa de sus consecuencias sobre su influencia política. Nunca renunciaron de buena gana a su soberanía y fueron ellos quienes, durante la época de la división, proporcionaron los líderes para los numerosos levantamientos locales contra los gobernantes europeos y etíopes.

Conscientes de la rivalidad que existía entre las potencias europeas en el campo de la expansión colonial, los jefes somalíes trataron de enfrentarlos entre ellos. Por eso, firmaron tratados con una u otra de las potencias europeas, con la esperanza de que el ejercicio de la diplomacia contrarrestaría la creciente amenaza a su independencia. Los jefes somalíes, por ejemplo, firmaron numerosos tratados con los británicos. Poca cosa se concedía a Gran Bretaña con esos tratados. El preámbulo de cada tratado explicaba que, en lo tocante a los somalíes, hacían ese acuerdo «para mantener nuestra independencia, mantener el orden, y otras razones buenas y suficientes». Los clanes concernidos tampoco cedían expresamente su tierra a Gran Bretaña; se comprometían específicamente a «no ceder nunca, hipotecar o dar de otra forma para que fuera ocupada, excepto por el gobierno británico, ninguna porción del territorio actualmente habitado por ellos o que estaba bajo su control» [42]. Con el tiempo, estos tratados fracasaron en su objetivo principal ya que las potencias europeas y Etiopía consiguieron solucionar pacíficamente sus mutuas disputas coloniales en la zona.

Además de este esfuerzo diplomático, algunos de los clanes somalíes empuñaron las armas para tratar de preservar su soberanía. Los británicos se vieron obligados a enviar cuatro expediciones: en 1886 y 1890, contra los isas; en 1893, contra los habar gerhajis; y, en 1895, contra los habar awales [43]. Los italianos perdieron también muchas vidas. En 1887, un pelotón de italianos fue masacrado em Harar, y en 1896 el pueblo bimal mató a un grupo de catorce italianos. Los frecuentes enfrentamientos entre las fuerzas etíopes y los clanes somalíes impidieron a los primeros completar su ocupación del Ogaden, así como extender su autoridad mucho más allá de los puestos militares diseminados por la región [44].

No se debe olvidar, sin embargo, que a pesar de su identidad cultural, los somalíes no constituían una unidad política. Es así como la agresión extranjera se encontraba no con una sola nación, sino con múltiples clanes desunidos y, con frecuencia, mutuamente hostiles [45]. Además, los pueblos somalíes todavía estaban armados con lanzas, arcos y flechas, y no estuvieron en condiciones de importar armas de fuego ni municiones. Sin embargo, la resistencia somalí durante la época de la división mantuvo vivo el espíritu nacionalista, y, por consiguiente, estimuló la posterior *djihad* de Sayyid Muhammad Abdille Hasan contra la ocupación europea y etíope. De esto nos vamos a ocupar ahora.

[42] I. M. Lewis, 1965, pp. 46-7.
[43] A. Hamilton, 1911, p. 47.
[44] S. Touval, 1963, p. 74.
[45] I. M. Lewis, 1965, p. 43.

LA LUCHA SOMALI POR LA LIBERTAD (1897-1914)

Sayyid Muhammad nació en 1864. A la edad de 7 años, dominaba el Corán. A los 19 abandonó su hogar para adquirir conocimientos en los principales centros del Islam de Africa oriental: Harar y Mogadiscio. También se cree que viajó tan lejos como hasta los últimos reductos sudaneses mahdistas en Kordofan [46]. En 1895, al-Sayyid salió en peregrinaje hacia La Meca, pasó un año en Arabia y visitó también Hejaz y Palestina. Mientras estaba en La Meca, estudió con el *shaykh** Muhammad Salih, y se unió a su secta, la orden Salihiyya. Es probable que estos largos viajes y estancias en el extranjero, en diferentes partes del mundo musulmán, lo hayan puesto en contacto con las ideas, corrientes entonces, del resurgimiento islámico [47]. Al regresar a casa se quedó un tiempo en Berbería, donde enseñó y predicó a sus compatriotas, urgiéndolos para que regresaran al estricto camino de la devoción musulmana.

Sayyid Muhammad era consciente de que las incursiones cristianas (europeas y etíopes) habían amenazado la base social y económica de la sociedad somalí. En una fecha tan temprana como julio de 1899, Sayyid escribió a un clan somalí haciéndole esta advertencia: «¿No ven que los infieles han destruido nuestra religión y enseñado la de ellos a nuestros hijos?». Aparentemente, Sayyid se refería aquí a la instalación de escuelas cristianas en Somalia, cosa que él consideraba una amenaza para las escuelas coránicas. Al-Sayyid sentía igualmente que la eficacia del proselitismo cristiano podía verse también en la adopción de nombres cristianos tales como «John 'Abdullahi». Todo esto confirmaba la opinión de al-Sayyid de que la colonización cristiana buscaba destruir la fe musulmana.

El movimiento mahdista del Sudán tuvo fuertes repercusiones en Somalia, y el Sayyid, tal como otros líderes religiosos, se inspiró en la brillante carrera del Mahdi. La conciencia, por parte de los somalíes, de la existencia de una revolución anterior en el Sudán, y su simpatía hacia los partidarios de una fe común fue ciertamente un factor que contribuyó al ascenso de Sayyid Muhammad [48]. En uno de sus discursos, el Sayyid acusó a las autoridades militares británicas de exportar animales para la guerra contra Mahdi —el hombre santo del Sudán— a quien Dios había dado la victoria [49]. Pero no se sabe en qué medida Sayyid Muhammad consideraba a su *djihad* en el contexto general del resurgimiento islámico, ni en qué medida se inspiró y recibió la influencia de la revolución mahdista del Sudán. Ni siquiera la suposición de que mantuvo conversaciones con el *amir* mahdista del Sudán oriental, 'Uthmán Digna, durante su visita al Sudán, puede ser suficientemente justificada, aunque algunas tradiciones somalíes afirman que las tácticas guerrilleras utilizadas por los somalíes durante la *djihad* fueron copiadas de los mahdistas del Sudán oriental [50].

---

[46] A. Sheikh-Abdi, 1978, pp. 61-2.
* Shaykh: jeque. *(N. del T.)*
[47] M. O. Abd al-Halim, 1975, p. 339.
[48] I. M. Lewis, 1965, p. 69.
[49] L. Silberman, s. f., p. 47.
[50] M. O. Abd al-Halim, 1975, pp. 369-70.

Uno de los factores de más peso que impidieron la unidad entre los somalíes nómadas fue el tradicional sistema de linajes con sus lealtades combinadas. Pero, por medio de su carisma personal y de su brillante liderazgo, al-Sayyid consiguió dirigir a seguidores heterogéneos —varios clanes somalíes— y crear un ejército permanente estimado en 12.000 hombres [51]. En esta exitosa movilización contra el dominio colonial extranjero, al-Sayyid hizo un llamamiento a los sentimientos religiosos de los somalíes y de los musulmanes, con independencia de sus lealtades clánicas. Además, escribió una gran cantidad de poemas, muchos de los cuales todavía se conocen bien en todas partes de Somalia. Por medio de estos poemas, «reunió con éxito bajo la doble bandera del Islam y de la patria a una serie de pendencieros hombres de clan» [52].

Al-Sayyid comenzó su *djihad* en Berbería, donde entre 1895 y 1897 intentó levantar al pueblo contra los imperialistas. Pero su primera acción revolucionaria fue la ocupación de Burao, en el centro de la Somalia británica, en agosto de 1899. Los británicos se preocuparon tanto que, entre 1900 y 1904, enviaron cuatro expediciones para rechazar los ataques de Sayyid. Aunque los italianos ayudaron a los británicos en estas operaciones, la excepcional habilidad militar de Sayyid y su afortunado uso de las tácticas de caballería y de guerrilla obtuvieron un cierto número de victorias para sus guerreros. Una de estas victorias fue la de la colina de Gamburu, en abril de 1903, en la que murieron nueve oficiales británicos.

Sin embargo, al terminar el año 1904, las fuerzas de Sayyid estaban muy debilitadas. Por eso se retiró al protectorado italiano del Midjurtayn, donde el 5 de marzo de 1905 firmó el tratado de Illing con los italianos, en el que Sayyid establecía sus propias condiciones. En 1908, Sayyid había movilizado sus fuerzas para una nueva serie de luchas que obligaron a los británicos a retirarse desde el interior y concentrarse en la costa —noviembre de 1909—. Pero al-Sayyid amenazaba con atacar también a las ciudades de la costa. En agosto de 1913 ganó una importante batalla al aniquilar a la nueva policía a camello. Este desastre obligó a los británicos a establecer una alianza con el gobierno etíope de Harar y a organizar con él expediciones conjuntas contra al-Sayyid hasta su muerte, ocurrida en Imi (Etiopía), en noviembre de 1920.

Bajo el talentoso liderazgo de Sayyid Muhammad, el pueblo somalí había continuado siendo una preocupación para los imperialistas europeos y los etíopes durante veinte años. Eran capaces de conseguir victorias políticas, militares e incluso diplomáticas. Aunque más tarde esta *djihad* somalí fracasó en su objetivo de liberar al país del dominio extranjero, estimuló sin embargo un fuerte sentimiento nacionalista. El pueblo somalí había llegado a verse a sí mismo como un total único que luchaba contra las incursiones extranjeras. Además de esto, la lucha de Sayyid dejó en la conciencia nacional somalí un ideal de patriotismo que nunca pudo ser borrado y que inspiraría a las generaciones posteriores de sus compatriotas [53].

[51] D. Jardine, 1923, p. 69.
[52] A. Sheikh-Abdi, 1978, p. 62.
[53] I. M. Lewis, 1965, p. 91.

CONCLUSION

La zona noreste del continente es quizás la parte de Africa que durante el período de la conquista y ocupación europeas, que va de 1880 y 1914, resistió con más fuerza. Los miles de egipcios, sudaneses y somalíes que perdieron la vida en batallas y escaramuzas contra las fuerzas coloniales dan prueba de ello. La fuerza de esta resistencia se debió al hecho de que, además del sentimiento patriótico que la inspiraba, había otro sentimiento, incluso más fundamental, que influía en ella. Nos referimos a la intensa fe religiosa. Los pueblos de Egipto, Sudán y Somalia no luchaban sólo para defender sus hogares, sino en defensa de la religión. Tal como sus compañeros en la fe de otras partes del mundo islámico, los musulmanes eran conscientes de la ruptura social y religiosa que provocaría una invasión extranjera en territorios que hasta ese momento habían sido musulmanes. También iba contra el espíritu del Islam el que la población musulmana aceptara una posición de subordinación política a una potencia cristiana. Por consiguiente, los movimientos de 'Urabi, de Mahdi y de Sayyid Muhammad deben ser entendidos en el contexto de los numerosos movimientos de reforma que se extendieron por el mundo musulmán, afectándolo profundamente, durante los siglos XVIII y XIX.

Capítulo 5

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS EN AFRICA DEL NORTE Y EL SAHARA

A. LAROUI

El tema de este capítulo es sumamente complejo, no tanto a causa de los hechos, que en conjunto se conocen bastante bien, sino por lo que respecta a su interpretación. Nuestra tarea consiste en estudiar las iniciativas que tomó el pueblo del Magreb y del Sáhara para oponerse al empuje colonial y sus reacciones frente al progreso de la conquista. Para dar una idea preliminar de la complejidad de la situación, examinemos la situación en 1907 (ver Fig. 5.1).

En el oeste de Marruecos hubo una revolución que derrocaría al sultán 'Abd al-'Aziz (1894-1908) por haber ratificado la conquista francesa de la provincia de Tuat y aceptado las reformas impuestas por las potencias europeas en la conferencia de Algeciras de abril de 1906. Los protagonistas de esta revolución eran miembros del *Makhzen*[1] y tenían relación con los zawaya (sing. zawiya), los centros locales de las hermandades (*tariqa*) religiosas sufíes y con los caciques locales.

En el este, Tunicia veía nacer un movimiento nacionalista en el verdadero sentido de la palabra. Empezaban a organizarse asociaciones de los primeros graduados que habían recibido una educación moderna, y a publicarse periódicos de oposición en la lengua de la potencia colonial. Una nueva élite empezaba a hacerse notar por medio de iniciativas sin precedentes.

En el sur, el Sáhara occidental era el marco de una operación francesa a gran escala cuyo objetivo era rodear y estrangular al Marruecos independiente. España seguiría pronto el ejemplo francés, en el mismo Marruecos, e Italia lo haría en Tripolitania, en este caso, a expensas del sultán de Constantinopla.

Es así como, en nuestro período y zona, debemos distinguir tres niveles:

1) el nivel del Estado organizado[2], el marroquí en el oeste y el otomano en el este de Africa del Norte. Aquí es donde debemos buscar iniciativas propiamente dichas.

[1] El gobierno de Marruecos, y en términos generales la élite política y religiosa del país.

[2] La estructura de este Estado no debe ser interpretada en términos de un Estado europeo liberal; eso significaría caer en la trampa de la ideología colonial.

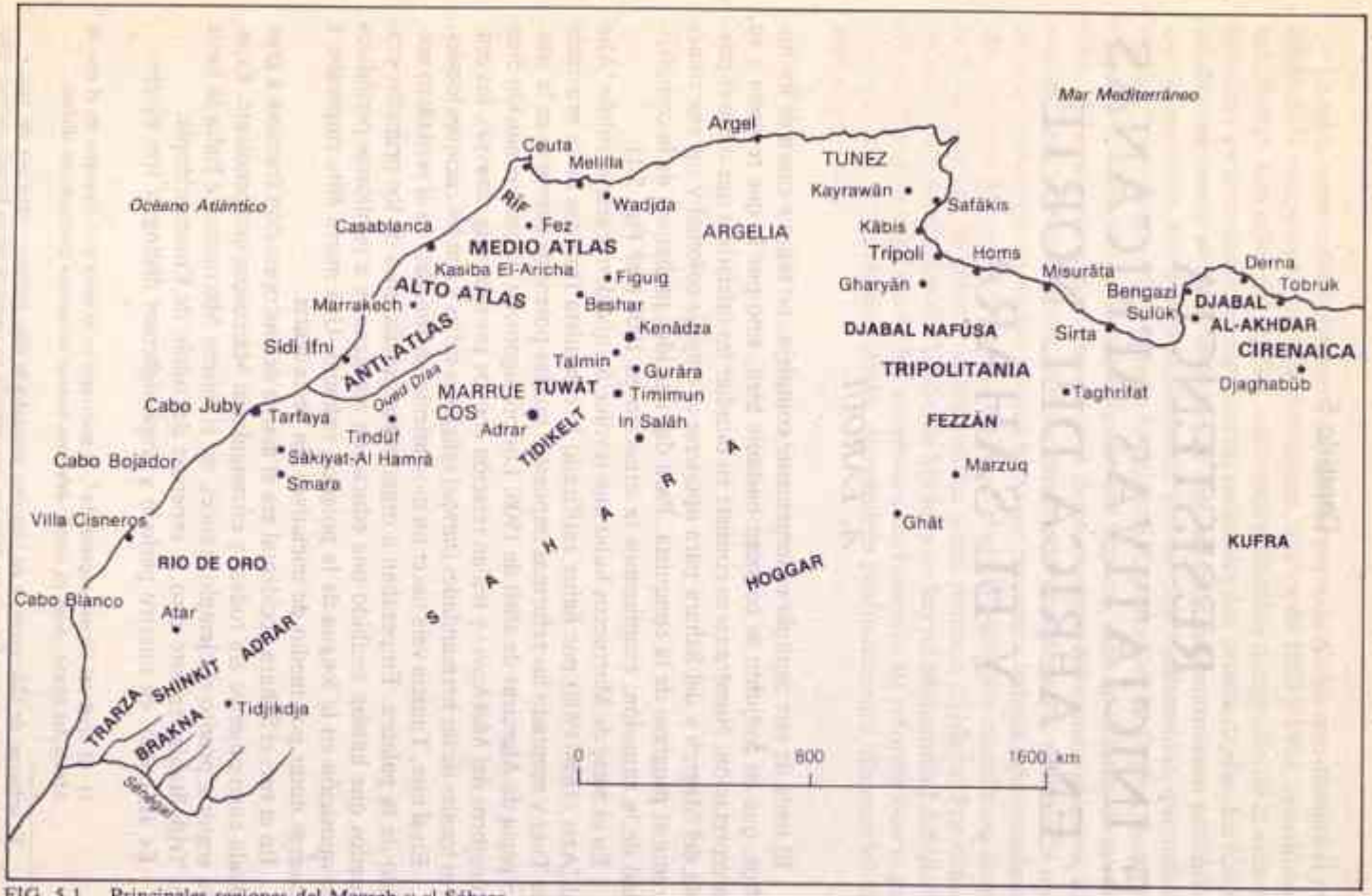


FIG. 5.1. Principales regiones del Magreb y el Sáhara

2) el nivel de las hermandades sufíes, de indudable inspiración religiosa pero incuestionablemente políticas en cuanto a su función. En Africa del Norte y en el Sahara fueron siempre organizaciones defensivas contra las amenazas exteriores. Cuando el Estado era fuerte, las hermandades formaban parte de su mecanismo; cuando se debilitaba o disgregaba, las hermandades se independizaban y tomaban la iniciativa. Es así como, cuando Constantinopla perdió su soberanía, la hermandad sanusí se convirtió en el núcleo de la resistencia contra los italianos en Cirenaica, y cuando el Estado marroquí resultó ser impotente para hacer algo, la hermandad de los kettanis reunió a las fuerzas antifrancesas en Shinkit y el Sahwiya.

3) el nivel de la *djema'a* [3], que sólo salió a la luz cuando los otros niveles ya habían sido puestos fuera de combate por medio de la fuerza. La *djema'a* empezó por rehusar todo contacto con las autoridades coloniales, a pesar de sus tentadoras ofertas. Cuando, finalmente, cedió, sólo le quedaba una opción limitada: sólo reaccionaría contra la política colonial, lo que en cierto modo fue lo que la convirtió en una fuerza independiente.

Los historiadores coloniales distorsionan los hechos a sabiendas cuando no toman en cuenta el nivel del Estado organizado, reducen las hermandades a una especie de grupos superétnicos y en la sociedad marroquí no ven sino grupos étnicos. Aún más, interpretan estos grupos étnicos según modelos antropológicos de parentesco más teóricos que reales. Este enfoque sesgado desmenuza la resistencia convirtiéndola en un conjunto esporádico de reacciones desorganizadas ante la política de conquista, que, por contraste, parece eminentemente racional.

Cuando hablemos del Estado o de las hermandades, usaremos la palabra «iniciativa»; y a nivel local usaremos la palabra «reacciones». Aunque ambas ideas coexisten en la historia del Magreb, cada una de ellas puede ser usada, sin embargo, separadamente para definir las características de un período dado (antes y después de 1912 en Marruecos, antes y después de 1922 en Libia).

Nuestra fuente material para el estudio de las iniciativas magrebíes de resistencia a las ambiciones coloniales, es política y diplomática. Es un material conocido, y el problema que tienen hoy los historiadores es reunirlo y preservarlo. La evidencia para las reacciones locales consiste principalmente en declaraciones escritas y relatos orales. Obviamente, los relatos deben ser grabados y las declaraciones escritas a mano reunidas para evitar que se pierdan; pero el problema serio es evaluar estas fuentes, es decir, saber qué podemos legítimamente esperar de ellas.

Es necesario señalar dos cosas aquí. Primero, en lo que concierne a las declaraciones realizadas por miembros de la población urbana educada, debemos recordar que la conquista militar estuvo precedida por una larga preparación política y sicológica. Durante ese tiempo, la élite urbana perdió su voluntad de resistir. Independientemente de lo que se pueda decir hoy en día de ellos, los miembros de dicha élite que dejaron memorias no pertenecían a la resistencia de aquel tiempo. En segundo lugar, en lo que concierne a los relatos orales, no debemos olvidar que los testigos estaban expuestos a dos clases de influencias. La primera, la europea. La pensa especializada publicó casi inmediatamente relatos de combates vistos desde el punto de vista colonial [4]; la política colonial incluía también

[3] Una asamblea que representa *uno* de los diversos niveles de división étnica.

[4] La crónica de la pacificación fue publicada mensualmente a partir de 1898 en *Afrique Française*, periódico del *Comité de l'Afrique française*.

el envío de los hijos de los jefes sometidos a escuelas francesas, con la esperanza de convertirlos en leales súbditos. Por ejemplo, apenas diez años después de los acontecimientos un hijo podía dar detalles de las batallas de su padre (batallas que éste no conocía en absoluto aunque a partir de ese momento los incluiría de buena fe en su relato). Aunque contemporánea de los acontecimientos, la versión colonial no es perfecta; está teñida con la hostilidad que existía en los ejércitos de las potencias coloniales, entre los regimientos metropolitanos y coloniales. Los oficiales coloniales no dudaron en describir sus campañas en Africa de forma tal que resultaran comparables a las batallas libradas en Europa por los oficiales metropolitanos [5].

La segunda influencia fue nacionalista. Las operaciones de la conquista fueron contemporáneas de la actividad nacionalista y reformista de las ciudades. Incluso cuando se desarrollaban lejos de las ciudades, la población urbana seguía sus altibajos con ansiedad usándolos inmediatamente para sus fines ideológicos. Con frecuencia fue el viejo militante urbano quien hizo que el viejo guerrero de las tierras altas le dictara sus recuerdos.

Por estas dos razones, las declaraciones que tenemos ahora no pueden transformar ni el relato colonial ni la versión nacionalista: pero pueden echar una luz diferente sobre ellas, siempre y cuando nosotros vayamos más allá del marco puramente local.

LOS ESTADOS DEL MAGREB Y LOS EUROPEOS

La campaña colonialista del siglo XIX en Africa del Norte fue insólita en cuanto que se trataba de una secuela de campañas anteriores. (Fig. 5.2)

El gobierno marroquí había resistido durante cuatro siglos a los españoles que se habían instalado en Ceuta y Melilla. Siempre prohibió a la población que tuviera nada que ver con ellos, y cuando España lanzó la guerra de 1859-60, de resultados desastrosos para Marruecos, fue con objeto de romper ese bloqueo. Marruecos fue obligado a pagar una fuerte multa, a aceptar la ampliación de la parte fortificada de Melilla y a ceder un puerto en la costa atlántica que sirviera de refugio a los pescadores de las Islas Canarias [6]. Con la adquisición, a finales del siglo, de la bahía de Río de Oro —cuya ocupación fue notificada el 26 de diciembre de 1884 a los signatarios del Acta de Berlín sobre la división de Africa en zonas de influencia— España tenía tres cabezas de puente en la costa de Africa del Norte.

En 1880 y 1881, durante la conferencia de Madrid sobre la protección de las personas en Marruecos, que se reunió dos veces, los makhzenes hicieron un último intento de conseguir su independencia y soberanía sobre un territorio clara-

[5] El General Guillaume escribió sobre la conquista del Atlas Central: «Pero no era lo bastante sólido como para estar exento de los principios generales del arte de la guerra» (A. Guillaume, 1946, p. 457).

[6] Después de años de discusión se llegó a un acuerdo sobre el puerto de Sidi Ifni, pero no fue ocupado hasta 1934.

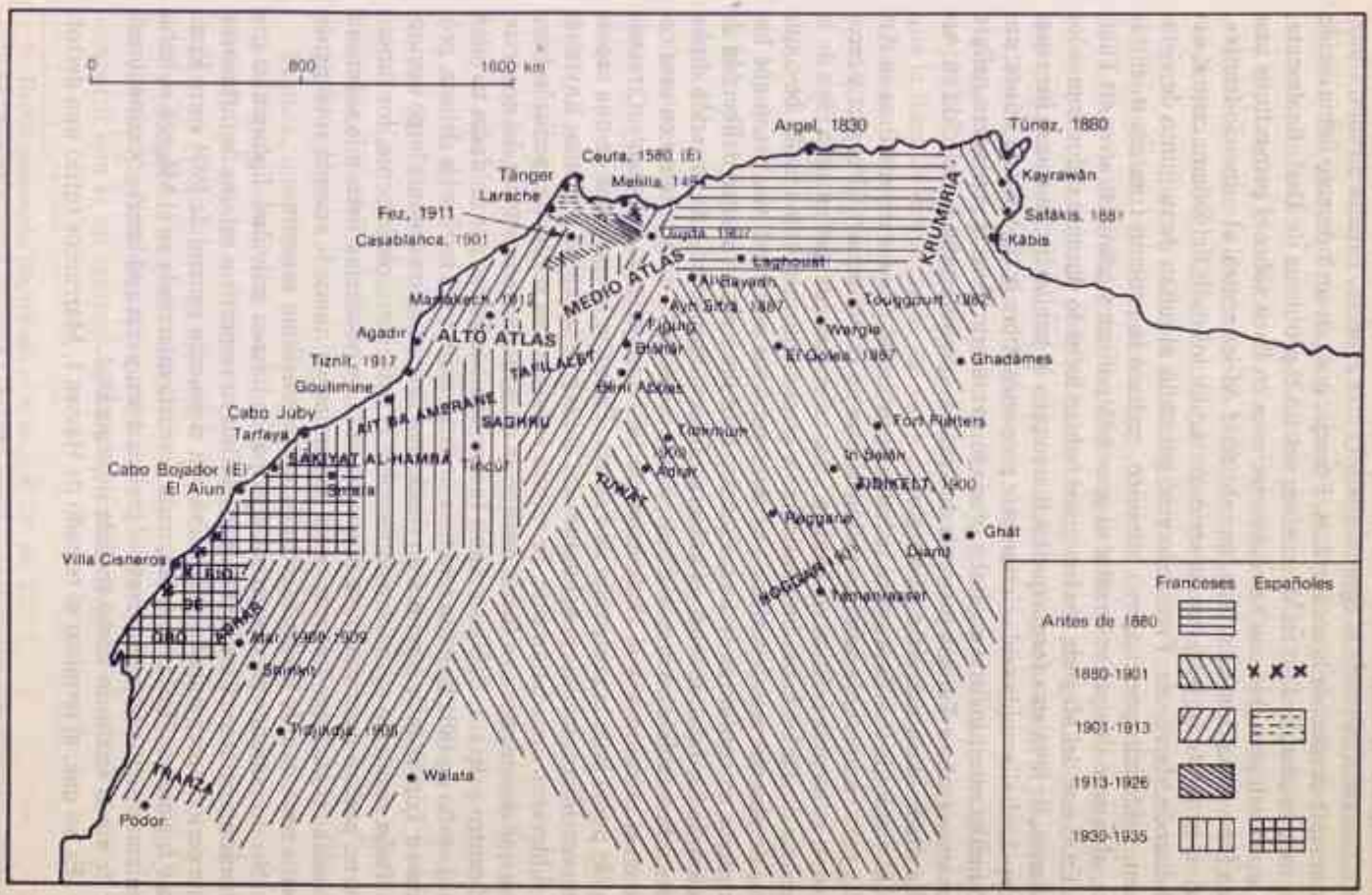


FIG. 5.2. Las campañas europeas en el Magreb

mente definido y aceptado a nivel internacional. A pesar del apoyo inglés, el intento fracasó a causa de la egoísta alianza entre Francia, España e Italia. Inmediatamente después de la conferencia, Francia, que por un momento había creído que todo estaba perdido en Marruecos, suscitó el problema de Tuat. Realmente, en aquel tiempo había muchas conversaciones en París sobre el proyecto de una línea ferroviaria transsahariana, que abriría el África central al comercio francés. Pero el proyecto tropezó con un serio obstáculo: los oasis del Sahara central dependían de Marruecos. Francia intentó persuadir al sultán de su punto de vista, quien, reforzado por el apoyo británico, rechazó la petición francesa mientras que, al mismo tiempo, reforzaba su presencia política y administrativa en Tuat.

En el este del Magreb, los tunecinos habían luchado durante siglos contra los italianos, de la misma forma que los marroquíes lo habían hecho contra los españoles. La Italia unida tenía ciertamente proyectos sobre la regencia de Túnez: envió inmigrantes, invirtió capital y propagó su cultura. Pero el verdadero peligro que amenazaba a Tunicia provenía de Francia, que ya estaba establecida en Argelia desde hacía más de medio siglo.

El sultán de Constantinopla se había aprovechado de sus desventuras en Argelia para recuperar la administración directa de Tripolitania y Cirenaica y recobrar su influencia política en Tunicia[7]. No cabe duda de que entre la élite de la regencia de Túnez había un considerable sentimiento prootomano. El bey, que consideraba que esto constituía una amenaza a sus prerrogativas, pensó que haría mejor en confiar en Italia y Francia. Esta línea más o menos deliberada de acción, le fue fatal. Cuando el gobierno francés aprovechó una situación diplomática favorable para atacar al país, el bey se encontró aislado tanto en casa como en el extranjero, y el 12 de mayo de 1881 fue obligado a firmar un tratado que lo ponía bajo la protección de Francia. Pero con la esperanza de una rápida intervención otomana, los habitantes del Sahel y de la capital religiosa, Kayruan, se sublevaron inmediatamente. Se reclutó entonces una segunda expedición francesa que encontraría una fuerte resistencia en las zonas montañosas del noroeste, del centro y del sur. Safakis y Kabis fueron bombardeadas por unidades navales; en el otoño de 1881 Kairuan resistió a un largo sitio; y los territorios del sur, próximos a Tripolitania, continuaron siendo una zona insegura durante largo tiempo.

Italia mantenía sus pretensiones sobre el país, pero, obviamente, los tunecinos no podían jugar esa carta. Por otra parte, permanecían fieles a la soberanía islámica; el lazo que los unía con Constantinopla nunca se rompió totalmente, y esto sería una de las bases del primer nacionalismo tunecino.

No necesitamos preocuparnos aquí por la intensa actividad diplomática que permitió a diversos Estados europeos definir su respectivas esferas de influencia. Este período preparatorio se terminó con el acuerdo general de 1904 entre Francia e Inglaterra. Hasta esa fecha, cada potencia interesada en el Magreb se había contentado con mantener vivas sus pretensiones, y con apoderarse ocasionalmente de algún territorio como medida de seguridad.

Es así que, al terminar el reinado de Hassan I, Marruecos sufrió una derrota

[7] Ver E. Kuran, 1970.

en la guerra de 1893, que permitió a España consolidar lo que había ganado en 1860 en los alrededores de Melilla. Siete años más tarde, al terminar la regencia del visir Ba Ahmad, Francia juzgó que había llegado el momento de liquidar de una vez por todas y en su beneficio los problemas de Tuat. Con el pretexto de una exploración científica, una fuerte expedición se acercó gradualmente a los codiciados oasis; en diciembre de 1899 apareció delante de In Salah y exigió la rendición inmediata. El jefe local, que había sido nombrado por el Sultán de Marruecos, contaba con soldados del Makhzen y con ellos y con el apoyo de los sheriff de In Salah, resistió intensamente. Después de sangrientas batallas como la de In Ghar de 27 de diciembre de 1899, y dada la disparidad de fuerzas entre ambos bandos, el resultado de la lucha era claro y toda la zona de los oasis fue conquistada; la última batalla tuvo lugar en Talmin en marzo de 1901. Advertidas por el sultán 'Abd al-'Aziz, Inglaterra y Alemania le aconsejaron que aceptara el *fait accompli**, y así lo hizo firmando bajo coacción el tratado de 20 de abril de 1902. Como contrapartida a esta importante concesión, sin embargo, intentó que la línea de demarcación del sur y del este entre Marruecos y las posesiones francesas fuera claramente definida, pero no lo consiguió; Francia prefirió la imprecisión que le ofrecía una perspectiva de futuras conquistas.

La pérdida de Tuat fue una de las principales razones del deterioro de la autoridad del sultán, que fue empeorando y empeorando hasta 1911. Los miembros del Makhzen eran conscientes de que Francia planeaba rodear Marruecos para aislarlo y subyugarlo; también sabían que Inglaterra ya no se oponía a los proyectos franceses. Las reformas domésticas que había introducido el Makhzen para fortalecer al ejército y a la administración no habían dado los resultados esperados. De Alemania ya no podían esperar nada excepto ayuda diplomática; y Alemania apoyó realmente la independencia de Marruecos hasta 1911, fecha en que firmó un acuerdo con Francia dándole libertad en Marruecos a cambio de compensaciones en el Africa ecuatorial.

Después de 1905, Francia decidió precipitar las cosas y ocupó los llamados *bilad al-siba*[*]. Los *bilad al-siba* eran zonas desérticas, pobres y poco pobladas que, a causa de sus características, el sultán había dejado que fueran administradas por los jefes locales, aunque sin abandonar sus derechos soberanos. Se le tenía informado regularmente sobre las intrigas coloniales, y cuando la amenaza francesa tomó forma definida envió un representante debidamente autorizado a dirigir la resistencia. Esto es lo que ocurrió en la zona de Kenadza y en Shinkit.

Francia, que siempre había rehusado definir la frontera con Marruecos más allá de Figuig, continuaba con su política de mordisquear lentamente el territorio haciendo así avanzar su frontera. Sus fuerzas se abrieron camino hacia el valle de Sawra y —con el pretexto de poner fin al desorden y la inseguridad y permitir la extensión de la frontera comercial— ocuparon el territorio situado entre Wadi Gir y Wadi Zusfana. El gobierno francés sugirió también al Makhzen que debía compartir con él los ingresos aduaneros, consiguiéndolo en marzo de 1910.

---

* Hecho consumado. En francés en el original. *(N. del T.)*.

[*] La ideología colonial describía a los *bilad al-siba* como territorios independientes, en los que la soberanía del Sultán era puramente nominal y equivalía sólo a una influencia religiosa.

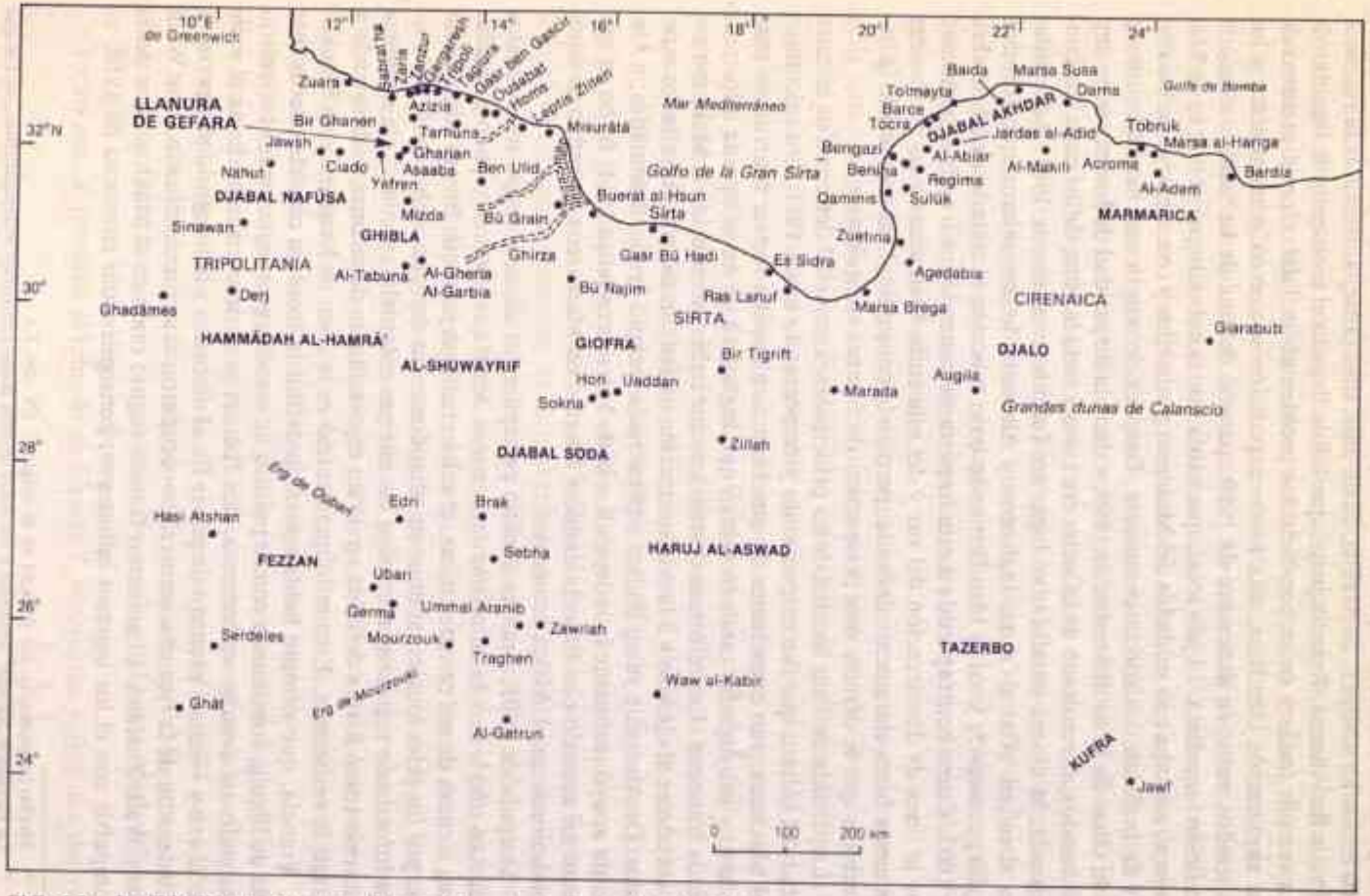


FIG. 5.3. La Tripolitania otomana, Sirtica y Cirenaica (según J. Wright, 1969)

Más al sur, Francia había impuesto el protectorado a los emires de Trarza y Brakna. Entonces, en 1905, llegó de Argelia Xavier Coppolani, un especialista de la clerecía islámica, para introducir la política de la «penetración pacífica» que tomó la forma de contactos directos con jefes y con los líderes de las hermandades religiosas, con el objeto de ganarlos para la influencia francesa. Coppolani se encontró con un importante adversario en la persona del jeque Ma'al-Aynayn quien actuaba como representante del sultán de Marruecos desde hacía más de treinta años. Mulay 'Abd al-'Aziz fue informado y envió a su tío Mulay Idris, quien animó las fuerzas de la resistencia. Mientras tanto, el campamento de Coppolani en Tidjikdja fue atacado en abril de 1905 y el apóstol de la penetración pacífica resultó muerto. Aprovechando la crisis interna que atravesaba Marruecos, Francia exigió que retiraran a Mulay Idris, y lo consiguió en enero de 1907; pero la resistencia continuó de todas formas. Una fuerte expedición dirigida por el coronel Gouraud se desplazó hacia el norte; el 16 de junio de 1908 sufrió un serio revés en al-Muynām, pero consiguió entrar en Atar el 9 de enero de 1909. El jeque Ma'al-Aynayn se retiró con sus seguidores a el Sākiyat al-Hamra, donde sus fuerzas continuaron hostigando a los franceses y a los españoles hasta 1933.

Durante este mismo período, España avanzó siguiendo los pasos de Francia. Francia ocupó Shinkit, España salió de su colonia de Río de Oro y en 1906 organizó la fuerza de intervención sahariana que penetró 30 kilómetros tierra adentro. En el norte, los españoles esperaron a que Francia entrara en Wadjda en 1907 para organizar una fuerte expedición de 45.000 hombres que en septiembre de 1909 partió a la conquista del Rif. Como respuesta a esto, la población local, inspirada por el jeque Ameriyan, hizo un llamamiento a la *djihad* y organizó una feroz resistencia que sólo terminaría en 1926.

Al otro extremo de Africa del Norte, la Tripolitania otoman fue atacada por Italia en 1911 (ver Fig. 5.3). La revolución de los Jóvenes Turcos había debilitado mucho al Estado otomano; y, mientras tanto, Italia había recibido luz verde por parte de Inglaterra y Francia. El 28 de septiembre, Italia presentó un ultimátum a Constantinopla quejándose de la negligencia otomana y de la anarquía reinante en el país, y entonces, en octubre, sin tomar en cuenta la respuesta conciliatoria del gobierno turco, desembarcó tropas en Trípoli, Bengasi, Homs y Tobruk, que capturaron fácilmente estas ciudades. Sin embargo, cuando los italianos se aventuraron fuera de los límites de la ciudad, encontraron una feroz resistencia. Hubo una serie de batallas en las afueras de las ciudades, entre ellas la de al-Hani, el 23 de octubre de 1911, en las proximidades de Trípoli. Los italianos sufrieron una humillante derrota y cometieron grandes atrocidades contra la población de la ciudad de Trípoli[9]. En las afueras de Bengasi, los italianos libraron tres importantes batallas en Djuliana, al-Kuwayfiya y al-Hawwari, el 28 de noviembre de 1911. Fueron derrotados y obligados a retirarse a Bengasi. En al-Khums, los italianos y las fuerzas turco-árabes lucharon desesperadamente del 23 de octubre de 1911 al 2 de mayo de 1912 por el control del estratégico lugar de al-Markib, antes de que los italianos consiguieran expulsar a los defensores[10].

[9] P. Maltese, 1968, pp. 210-24.

[10] K. al-Tilisi, 1973, pp. 463-7. Las secciones sobre Libia de este capítulo se basan en contribuciones de I. El-Hareir y Jan Vansina (Editor).



• *Sayyid Ahmad al-Sharif al-Sanusi, líder espiritual de los sanusiyyas, 1902-1933.*

En Derna, el pequeño ejército turco se retiró a las montañas que dominan la ciudad, y, ayudado por la población indígena, se enfrentó con los italianos. La resistencia en Derna se vio apoyada por la llegada de un grupo de oficiales turcos bajo el mando de Anwar Pasha (Enver) y Mustafa Kamal (más tarde Atatürk). Con la ayuda de Ahmad al-Sharif, el líder espiritual de los sanūsiyyas, Anwar y su grupo movilizaron a los árabes del interior y consiguieron reclutar un formidable ejército.

Anwar dirigió a su ejército en dos batallas contra los italianos, en al-Karkaf y Sidi 'Abdallah, el 8 de octubre de 1912 y el 3 de marzo de 1912 [11]. En Tobruk, los árabes tuvieron dos enfrentamientos importantes con los italianos: en al-Nadura, el 3 de marzo de 1912, y en al-Mudawwar, el 17 de julio de 1912, en el que murió el comandante italiano, el general Salsa [12]. En un estudio histórico es difícil cubrir todas las batallas libradas en Libia contra los italianos; sin embargo, es suficiente con decir que, dentro y en los alrededores de cada ciudad, población y valle, hubo un encuentro contra los italianos. Esta feroz resistencia

[11] *Ibid.*, p. 27.
[12] *Ibid.*, pp. 344-6.

fue la causa de que en los primeros seis meses de la guerra los italianos ganaran poco más que las cinco ciudades citadas.

Al terminar 1911, muchos italianos habían empezado a dar señales de que estaban decepcionados sobre la duración de la guerra en Libia. Con el objeto de presionar a los turcos para que se retiraran de Libia, el gobierno italiano atacó los estrechos turcos, las islas del Dodecaneso, y los Dardánelos. La nueva acción de Italia, en el corazón del territorio turco, amenazaba la paz mundial y el resurgimiento del «problema oriental», un tema que ninguna potencia europea quería suscitar a causa de sus complicaciones. Por consiguiente, las principales potencias europeas presionaron a Turquía e Italia para que llegaran a un acuerdo pacífico, y lograron inducir, si no forzar, a Turquía, a que firmara con Italia el acuerdo de Lausana, el 18 de octubre de 1912. De acuerdo con este tratado —para salvar las apariencias ante el mundo islámico—, garantizó la independencia al pueblo libio, y, como contrapartida, Italia prometió retirarse de las aguas turcas [13].

La reacción de los libios ante el tratado de paz —sobre el que no fueron consultados— estuvo dividida. Algunos querían negociar con los italianos, mientras que otros querían luchar hasta el final. Bajo el liderazgo espiritual de Ahmad al-Sharif, la población de Cirenaica se alineaba con los primeros.

Aprovechando la oportunidad de la retirada turca de Libia, los italianos lanzaron un ataque contra las fuerzas de Ahmad al-Sharif al sur de Derna, pero sufrieron una pasmosa derrota, el 16 de mayo de 1913, en la batalla de Yawm al-Djuma [14]. Se considera muy importante esta batalla por ser el primer encuentro a gran escala, posterior a la retirada turca, entre los italianos y los árabes. Citando el decreto promulgado por el sultán turco que garantizaba la independencia de los libios, Ahmad al-Sharif proclamó un gobierno llamado al-Hukuma al-Sanusiyya, el gobierno Sanusi [15].

En Tripolitania, los italianos lanzaron un ataque similar dirigido contra la fuerza principal en las montañas occidentales, donde derrotaron a los libios en la batalla de Djandúba, el 23 de marzo de 1913. Esta victoria abrió a los italianos el camino a la región Fazzan. Formaron una expedición al mando del coronel Miani quien consiguió derrotar a los guerreros libios en tres batallas consecutivas y ocupó Sabha en febrero de 1913 [16].

Hasta la víspera de la primera guerra mundial, la resistencia de Africa del Norte [17] fue la obra de un Estado organizado. Las fuerzas invasoras se encontraban con contingentes de soldados regulares aunque fueran inferiores en número y guerreros locales. Cuando el Estado se vio obligado a aceptar el *fait accompli** , dadas las fuerzas relativas de ambos bandos, delegó implícitamente su obligación de resistir en un líder o en una hermandad que nunca rompió sus relaciones con el líder político de la comunidad musulmana [18]. Así que, lo que estaba ocurrien-

[13] Al-Zawi, 1973, pp. 140-56.
* Hecho consumado. En francés en el original. *(N. del T.)*.
[14] Al-Tillisi, 1973, pp. 321-2.
[15] Documentos de Ahmad al-Sharif en la Universidad de Kār Yūnis, Bengasi, Libia.
[16] Al-Tillisi, 1973, pp. 46-7.
[17] Para la resistencia de los libios durante la primera guerra mundial, ver el capítulo 12.
[18] Hay que señalar que la posición de los dos sultanes, el marroquí y el otomano, sólo es com-

do en este primer período, era una *guerra política* librada explícitamente en nombre de la soberanía islámica.

En 1914, la resistencia organizada por una autoridad política indígena centralizada se había terminado en todas partes menos en Libia. Pero la situación creada por la primera guerra mundial impidió a las potencias coloniales pasar a la fase de la ocupación real. Franceses, españoles e italianos buscaban sólo mantener lo que ya habían ganado. Pero sufrieron serios reveses; y esto hizo que el General Lyautey, el residente francés en Marruecos, comentara: «El que no avanza, retrocede». Los alemanes y los turcos hicieron un llamamiento al pueblo de Africa del Norte para que se liberara del yugo colonial; líderes pan-islámicos tales como el tunecino Bach Hamba y el marroquí al-Attabi fueron recibidos en Berlín, y participaron en giras de propaganda por países neutrales; se enviaron emisarios al Rif y a la zona de Wadi Nun; se embarcaron armas para los combatientes de la resistencia de Tripolitania a través del puerto de Misurata. No cabe duda de que algunas personas creían que era posible obligar a los colonizadores a retroceder hasta el mar. El extremado nerviosismo de los procónsules de este período y el «liberalismo» que tenían que aparentar muestran la fragilidad de la ocupación en los territorios conquistados inmediatamente antes de la guerra. Lyautey llegó a actuar como un simple ministro de asuntos exteriores del sultán de Marruecos.

Este período de espera concluyó en 1921. En Tripolitania, el nuevo procónsul, Volpi, arrastrado por la ola de nacionalismo que permitiría a Mussolini marchar sobre Roma, puso fin a una política pretendidamente liberal y denunció todos los acuerdos anteriores realizados durante y después de la primera guerra mundial. A esto siguió el lanzamiento de cierto número de invasiones para una «reconquista». Un gran ejército al mando del general Graziani marchó sobre Gharyan, la capital de Tripolitania, que fue conquistada el 7 de noviembre de 1922. Otro atacó Misurata, que cayó el 20 de febrero de 1923 [19]. El comité central de la República Unida, constituido en enero de 1922 [20] —desgarrado por las disputas internas así como por la guerra civil entre los árabes y los bereberes de las montañas occidentales— no pudo movilizar una fuerza suficiente para detener a los italianos. Como consecuencia, el comité fracasó y sus miembros abandonaron el país marchándose a Egipto, Sudán y Tunicia.

Para empeorar todavía más la situación, el 21 de diciembre de 1922, Amir Idris al-Sanusi, el líder espiritual y comandante supremo de la Unión, se exilió voluntariamente en Egipto. Su inexplicada y repentina partida, que todavía es discutida por los historiadores, desmoralizó completamente a su gente y fue la causa de que muchos guerreros dejaran el país o se rindieran a los italianos. Sin embargo, antes de marcharse, al-Sanusi nombró a su hermano Al-Rida su representante, y a 'Umar al-Mukhtar comandante del ejército nacional en las montañas verdes, y fue bajo su liderazgo y gracias a la eficaz guerra de guerrillas que desarro-

parable hasta 1919, cuando el sultán de Constantinopla renunció a su soberanía sobre numerosos territorios árabes. Además, en 1925 fue abolido el califato árabe.

19 Al-Tilisi, 1973, pp. 63-67; ver también R. Graziani, 1976, pp. 98-104, 161-71, 339-67.

20 Ver capítulo 12.

lló como la resistencia duró hasta 1931. Dividió a su ejército en tres principales compañías móviles (*adwar*) y acampó en la zona montañosa del sur de al-Mardj en Jardas. Los ataques lanzados contra él durante el verano de 1923, fueron todos rechazados. Otro ejército enviado en marzo contra su campamento fue derrotado.

Tripolitania cayó la primera. En junio de 1924 toda la tierra cultivable estaba ocupada. Pero, conscientes de la debilidad que significaba no ser dueños del interior, los italianos empezaron a hacer largas campañas para controlar el desierto y, finalmente, Fazzan. A pesar de los bombardeos aéreos y del uso de gases tóxicos, estas operaciones no fueron un éxito. Numerosos avances italianos fueron detenidos. En una fecha tan tardía como 1928, los libios bloquearon al ejército italiano en Faqhrift, al sur de Surt. Pero, a finales de 1929 y principios de 1930, Fazzan fue finalmente ocupada y la resistencia libia de las zonas occidental y sur se hundió.

Mientras tanto, la resistencia continuaba en Cirenaica y consiguió infligir grandes derrotas a los italianos. Cuando los fascistas fracasaron en su intento de suprimir la revolución de 'Umar al-Mukhtar en Cirenaica por medio del ataque militar directo, recurrieron a varias medidas sin precedentes en la historia de las guerras coloniales de Africa. Primero, levantaron una valla de alambre de 300 kilómetros de longitud a lo largo de la frontera entre Tripolitania y Egipto para impedir que llegara ayuda desde Egipto. En segundo lugar, siempre imponiéndose, ocuparon los oasis de Djalo, Djaghabub y Kufra para rodear y aislar a los guerreros de Cirenaica. Finalmente, evacuaron a toda la población rural de Cirenaica al desierto de Sirt, donde la mantuvieron en campos de concentración vallados. Esta medida buscaba privar al ejército de al-Mukhtar de todo tipo de apoyo local. En al-Makhrun, Suluk, al-Aghayla y al-Barayka se establecieron otras prisiones masivas y campos de concentración. Las condiciones en esos campos de concentración eran tan malas que se cree que más de cien mil personas murieron de hambre y enfermedades, por no mencionar a los animales que fueron confiscados. Sólo en el campo de prisioneros de al-Barayka, donde había 80.000 personas, se dice que entre 1930 y 1932 —de acuerdo con las estadísticas de los italianos mismos— murieron 30.000 [21].

La resistencia continuó a pesar de estas inicuas medidas y se recurrió a tácticas de atacar y retirarse. Los italianos ofrecieron nuevamente negociar con al-Mukhtar. Se celebraron numerosas reuniones entre los dos bandos. Entre ellas la del 19 de julio de 1929 cerca de al-Mardj, a la que asistió el gobernador Badoglio. En esta reunión los italianos intentaron sobornar a al-Mukhtar, quien rechazó la oferta e insistió en liberar a su país [22]. Más tarde, cuando al-Mukhtar descubrió que los italianos estaban tratando de aplicar entre sus seguidores la política de «dividir para reinar», rompió las conversaciones con los italianos y retomó su táctica de guerra de guerrillas que incluía escaramuzas, redadas, emboscadas, ataques por sorpresa e incursiones por todo el país. Tal como

[21] M. T. al-Ashhab, 1947, p. 482.
[22] I. El-Hareir, 1981.



• *'Umar al-Mukhtar (b. c. 1862), el líder de la resistencia sanusi contra la colonización italiana hasta su ejecución en 1931.*

admite el mismo Graziani [23], durante los últimos veintiún meses anteriores a su captura, luchó en 227 batallas contra los italianos. En septiembre de 1931, sin embargo, al-Mukhtar fue capturado y conducido a Bengasi. Allí fue juzgado por una corte marcial y ejecutado delante de miles de libios el 16 de septiembre de 1931, en la ciudad de Suluq.

Después de la captura de al-Mukhtar, sus seguidores eligieron a Yusuf Abu Rahil, su representante, como comandante. Yusuf Abu Rahil continuó la lucha durante seis meses y entonces decidió suspenderla y retirarse a Egipto. Al intentar cruzar la frontera libio-egipcia, lo mataron. El 24 de enero de 1932, Badoglio anunció la conquista y ocupación de Libia y de esta forma llegó a su fin, mas o menos inevitable, una de las resistencias más largas al imperialismo europeo. Vale la pena recordar que exactamente en este mismo tiempo el norte de Marruecos era el marco de una guerra tan feroz y de una resistencia igualmente heroica [24].

Hasta 1931, enormes zonas del Atlas y del Sahara, consideradas como económicamente no lucrativas, vivían al margen de todo control colonial; aquí era donde se refugiaban los que no deseaban rendirse a los ejércitos francés o español. Pero los habitantes no permanecían aislados; mantenían contactos con las zonas subyugadas, cuyos mercados y dispensarios visitaban. Este fue el período de la penetración pacífica y de la política de contacto; un período ambiguo; y debemos tener cuidado de no sacar conclusiones generales de él.

En 1931 tuvo lugar un cambio en la política colonial francesa. Preocupado por la reconstrucción alemana y por su fuerza, el ministro de guerra francés, Messimy, estableció el año 1935 como el *terminus ad quem** para la conquista y ocupación. El ejército de Africa recibió todos los medios necesarios y se hicieron arreglos para coordinar operaciones con los españoles; el advenimiento de una república en Madrid hizo que esta coordinación resultara fácil. Así que, cada primavera, se organizaba una expedición para sofocar uno de los «lugares disidentes».

Para comprender totalmente lo que iba a ocurrir, debemos recordar que la conquista se llevó a cabo en nombre del sultán [25]; que el ejército de pacificación era principalmente indígena; que la política de contacto había permitido a las autoridades coloniales comprender las contradicciones que había en el seno de las comunidades cercadas durante años; y que cada comunidad comprendía tanto miembros indígenas como refugiados que a veces habían llegado desde grandes distancias. Por encima de todo debemos tomar en cuenta el porqué la gente luchaba hasta la muerte para defender costumbres que las potencias coloniales estaban obviamente dispuestas a preservar y fortalecer.

A pesar de esto, la conquista final no fue fácil en ninguna parte [26]. El Atlas medio fue reducido en dos campañas, en 1931 y 1932; del 12 de julio al 16 de septiembre de 1932 se desarrolló la sangrienta batalla de Tazikzaut. El ejército

[23] R. Graziani, 1980, p. 296.

[24] La guerra del Rif está tratada en el capítulo 24 de esta misma obra.

* En latín en el original: fecha inicial. *(N. del T.)*

[25] «Así fue como llegar al corazón de las montañas bereberes y someter a los últimos rebeldes a la autoridad del soberano de Marruecos, tomó 22 años», A. Guillaume, 1946, p. 456.

[26] «Ni una sola tribu vino a nosotros sin haber sido primero derrotada», *ibid.*, p. 9.



• *Amghar Hassu u Basallam de los Ilemchan (el ait atta del Sahara), líder de los luchadores en Bu Ghafir (Saghrú) en Argelia en 1933.*

francés rodeó a 3.000 familias que desde 1922 retrocedían ante el avance colonial. La batalla duró del 22 de agosto al 11 de septiembre. Ni los bombardeos masivos ni el bloqueo pudieron romper la resistencia dirigida por al-Wakki Amhouch y sus hermanos. Los refugios tuvieron que ser despejados con granadas. Después de la batalla contaron 500 muertos entre los marroquíes. Esta batalla demostró claramente los límites de la política de contacto con los grupos étnicos. En 1933 le tocó el turno a Djabal Saghrú, donde la batalla de Bu Ghafir (13 de febrero al 25 de marzo) fue igualmente sangrienta. En 1934 fueron rodeados en el anti-Atlas los últimos luchadores resistentes; después de esto los franceses pudieron entrar en Tinduf, en marzo. Una semana después, el 6 de abril de 1934, los españoles pudieron finalmente tomar posesión de Sidi Ifni.

En 1930 y 1931, cuando las potencias coloniales podían razonablemente suponer que la conquista estaba llegando a su fin, los líderes italianos hablaban de *Pax Romana* y los franceses celebraban ceremoniosamente el centenario de la caída de Argel y el quincuagésimo aniversario del protectorado de Túnez. Los teóricos de la colonización ven esto como la revancha de Roma sobre el islam o de occidente sobre oriente. Pero, en aquel tiempo, el nacionalismo que ya estaba establecido en las ciudades, se preparaba para extenderse por las zonas rurales. Para los que estaban implicados, las últimas batallas no fueron tanto el final de una era, sino un signo del rechazo a toda sumisión voluntaria[27].

ETAPAS DE LA RESISTENCIA

En la resistencia magrebí a la campaña colonial podemos distinguir dos etapas: una que va desde 1880 hasta, más o menos, 1912, y la otra, desde 1921 hasta 1935 (el período intermedio es el ambiguo período de la primera guerra mundial). Por encima de la crónica de los acontecimientos militares y de los relatos subjetivos, consideremos ahora algunos temas que pueden preparar el terreno al pensamiento y la investigación.

Durante la primera fase, las campañas siguieron siempre un modelo que había sido desarrollado por Francia durante la conquista de Argelia, y adoptado entonces por España e Italia. Antes de invadir un territorio codiciado, una potencia colonial tenía buen cuidado de obtener el consentimiento de sus competidores, a través de una convención bilateral o en los grupos de presión de una conferencia internacional[28]. Una vez que esto había sido hecho, la conquista seguía las siguientes etapas:

1) Un incidente era identificado y usado como justificación para la intervención: de ahí las historias corrientes de redadas y grupos que se dedicaban al pillaje (el caso de los kru-

[27] Este es un punto fundamental en el islam moderno. La sumisión total a Dios, que es lo que significa la palabra *islam* en árabe, implica la no sumisión a cualquier otro, sólo a Dios.

[28] En las reuniones de los grupos de presión del congreso de Berlín, en 1878, Francia recibió *carte blanche** en Tunicia, y en la conferencia de 1906, en Algeciras, lo mismo para Marruecos.

* Carta blanca. En francés en el original. *(N. del T.)*

mires en la frontera entre Tunicia y Argelia es famoso). El Tidikelt fue anexado con el pretexto de que había servido como refugio a Bu Shūsha, quien luchó contra los franceses desde 1869 hasta 1874, el Gurara porque Kaddūr b. Hamza encontró allí ayuda y auxilio durante su lucha desde 1872 hasta 1879, y Shinkit porque los moros cruzaban con frecuencia el río Senegal [29].

2) Las protestas de las potencias y del sultán, el soberano del territorio codiciado, eran resueltas poniendo el acento en el desorden administrativo y en la inseguridad endémica del mencionado territorio.

3) A la primera oportunidad adquirían trozos de territorio, por ejemplo, aprovechando un período de tensión nacional o un cambio de gobierno. Ejemplo de esto es la ocupación inesperada, por parte de Francia, de In Salāh, en enero de 1900. Los habitantes pidieron ayuda y el sultán de Marruecos protestó; pero Francia rehusó discutir el asunto sobre la base de que la incapacidad para mantener la ley y el orden significaba una pérdida de soberanía [30]. Cuando la soberanía era innegable, como en Wudjida y Casablanca (ocupadas en marzo y agosto de 1907 respectivamente), los franceses evacuaban sus fuerzas al restaurarse el sistema anterior (que su sola presencia había vuelto imposible).

4) A través de una serie de promesas y de presiones, se obtenía una soberanía delegada (tawfīd) que legalizaba la ocupación. Esto fue el resultado de los tratados de protectorado.

5) La etapa siguiente fue la de la verdadera conquista, conocida, en el típico enfoque eurocéntrico, como pacificación. A partir de ahora su velocidad dependió únicamente del orden de prioridades establecido por la potencia colonial.

Tal como hemos recalcado ya, esta primera etapa estaba marcada por la actividad política y diplomática que la convierte en una parte y parcela de la historia internacional; así que no plantea nuevos problemas al historiador.

Este no es el caso de la segunda fase, la de la conquista total o de la llamada pacificación. Por razones obvias, la resistencia en las ciudades y en las llanuras fue siempre de corta duración. Las montañas, consideradas inicialmente como zonas sin valor económico [31], fueron aisladas por medio de un cinturón de seguridad que se volvería cada vez más rígido con el correr de los años. Las zonas desérticas eran observadas desde plazas fuertes de la costa atlántica [32]. Esta política fue impuesta a las potencias coloniales por la fuerza de las circunstancias, porque reflejaba hechos ecológicos y socio-políticos [33]. Es importante captar la realidad de esta situación que ha sido enmascarada por las distorsiones ideológicas introducidas por historiadores coloniales. En esta etapa de nuestros conocimientos, todo lo que podemos hacer es suscitar algunas preguntas que nos parecen relevantes:

---

[29] En el sureste de Marruecos los franceses se quejaban interminablemente de los estragos de los Awlād Dzārir y Dawī Maniya. Este fue el pretexto para tomar Bechar, el cual (para engañar a la misma opinión pública francesa) recibió el nombre de Colomb.

[30] Pero Francia insistió todavía en que el sultán debía reconocer el *fait accompli**.

* Hecho consumado. En francés en el original. *(N. del T.)*

[31] Hasta que se descubrieron indicios de que había riquezas minerales en la zona, tal como en el Rif. Esto fue lo que impulsó a los españoles a acelerar la conquista.

[32] De ahí el papel delegado por los franceses y españoles en los Rabīkat, porque su vida nómada los llevaba del Adrār al anti-Atlas y el *Hammāda Dur'a*.

[33] Los líderes coloniales eran conscientes de esto, y tenían mucho interés en aparecer como continuadores del trabajo de sus predecesores. Después de describir las campañas de pacificación, en el medio-Atlas, el general Guillaume añadió un relato de las batallas del gran gobernante marroquí Mulāy Ismā'īl (1672-1727) en la misma zona.

1) ¿Por qué fue necesario obtener un tratado formal del sultán de Marruecos o del de Constantinopla, para legalizar la conquista y transformarla en una simple «pacificación»?
2) ¿Por qué en todos los ataques coloniales los habitantes fueron tomados por sorpresa?
3) ¿Por qué estaba tan norteafricanizado el ejército que se pudo decir que tenía oficiales europeos al mando de tropas indígenas?
4) ¿Por qué estaban divididos los movimientos de resistencia hasta el punto de no poder superar esas divisiones ni siquiera en los momentos de mayor peligro?

Estas preguntas, entre otras, ayudan a sacar a la luz las reacciones de los habitantes durante la fase llamada de pacificación.

EL FRACASO DE LA RESISTENCIA Y DE LAS INICIATIVAS AFRICANAS

A pesar de la fuerte determinación del pueblo del Magreb de conservar su soberanía y su estilo de vida, y a pesar de lo prolongado de la resistencia, en 1935 el conjunto del Magreb había caído en manos de las potencias imperiales de Francia, España e Italia. La pregunta final que debemos considerar es ¿por qué fracasaron los magrebíes?

Al contrario de lo que podría suponerse, la mayor parte del tiempo, las circunstancias demográficas, ecológicas y económicas estaban en contra del luchador de la resistencia norteafricana.

Sabemos ahora que en el siglo XIX la población del Africa del Norte estaba sobreestimada. Los hombres en edad de llevar armas eran pocos y sólo estaban disponibles durante un período de tiempo muy corto a causa de las necesidades de la agricultura y de la ganadería; esto dejaba la iniciativa en manos del enemigo. Tidikelt fue conquistado por una columna de 1.000 hombres y tenía una población que no superaba las 20.000 almas. En Tit, el 7 de mayo de 1902, cuando fue derrotado el Tawarik del Ahaggar, eran 300 contra 130; esto era el máximo que ellos podían reunir, y la pérdida de 93 hombres fue un golpe del que no se recuperaron fácilmente. La situación en la zona de las tierras altas, que se suponía estaba superpoblada, apenas era mejor; en cada encuentro decisivo, los asaltantes tenían la ventaja del número. La gente del Rif fue atacada por 300.000 soldados franceses (sin contar a los españoles), es decir, el equivalente al total de la población del norte de Marruecos. En el punto culminante de la resistencia en el Atlas medio un total de 10.000 personas, incluyendo mujeres y niños, tuvo que hacer frente a un ejército de 80.000 hombres. En el Djabal Saghrū, 7.000 soldados fueron asaltados por 34.000 hombres equipados con las armas más modernas [34]. Es verdad que no todas las tropas coloniales eran combatientes, pero en términos de números absolutos, la ventaja siempre estaba del lado del ejército colonial, que se dispuso a atacar a «los nativos con el terror y el desaliento» [35].

Se ha hablado mucho de la movilidad de los luchadores indígenas y de su conocimiento del terreno; pero se trataba de ventajas tácticas que fueron perdiendo importancia a medida que avanzaba la guerra. La hazaña de Tidjikdja, en junio

[34] E. F. Gautier, 1910, pp. 12 y 129; A. Guillaume, 1946, pp. 114 y 414; A. Ayache, 1956, p. 332.
[35] A. Bernard y L. N. E. Lacroix, 1921, p. 332.

de 1905, en la que murió el apóstol de la penetración pacífica, Xavier Coppolani, y que retrasó la conquista del Adrar hasta 1909; la batalla de Kasiba, del 8 al 10 de junio de 1913, en la que los franceses perdieron 100 hombres y tuvieron 140 heridos; la batalla, incluso más sangrienta, de al-Hari, el 13 de noviembre de 1914, que dejó detrás de sí 500 muertos y 176 heridos; la batalla de Anwal, del 22 al 26 de julio de 1921, en la que los españoles perdieron 15.000 hombres, 700 prisioneros, 20.000 rifles, 400 ametralladoras y 150 cañones; todos estos heroicos hechos de armas (que muestran el admirable conocimiento del terreno y están decisivamente influidos por la movilidad y la actitud implacable en la batalla) detuvieron el avance colonial durante algunos años, pero no ayudaron a recuperar el territorio perdido. Ni los habitantes del desierto ni los de las tierras altas podían liberarse mucho tiempo de su trabajo de la granja y del cuidado del ganado; y esto permitió al invasor lanzar contra ellos una verdadera guerra económica. Durante la campaña del Adrar, en 1909, los soldados franceses ocuparon los oasis en la época de la cosecha de dátiles y esperaron a que los hombres, obligados por el hambre, vinieran y se rindieran (es verdad que no por mucho tiempo). En las zonas en las que había migraciones estacionales, cerraban los pastos de invierno y confiaban en que el hambre y el frío obligarían a los pobladores a llegar a un acuerdo. Cuando empezaron las operaciones, impusieron un bloqueo total, tal como contra Zayyán en 1917-18 y el pueblo del Rif en 1925-26. En 1928-29 los italianos, tal como hemos señalado más arriba, deportaron a la gente de Cirenaica al norte y los concentraron en campos rodeados por alambre de púas. Una consecuencia del hambre continua creada por tales políticas, más duras para el ganado que para la gente, fue que el ejército colonial encontró voluntarios inmediatamente después de terminar las operaciones.

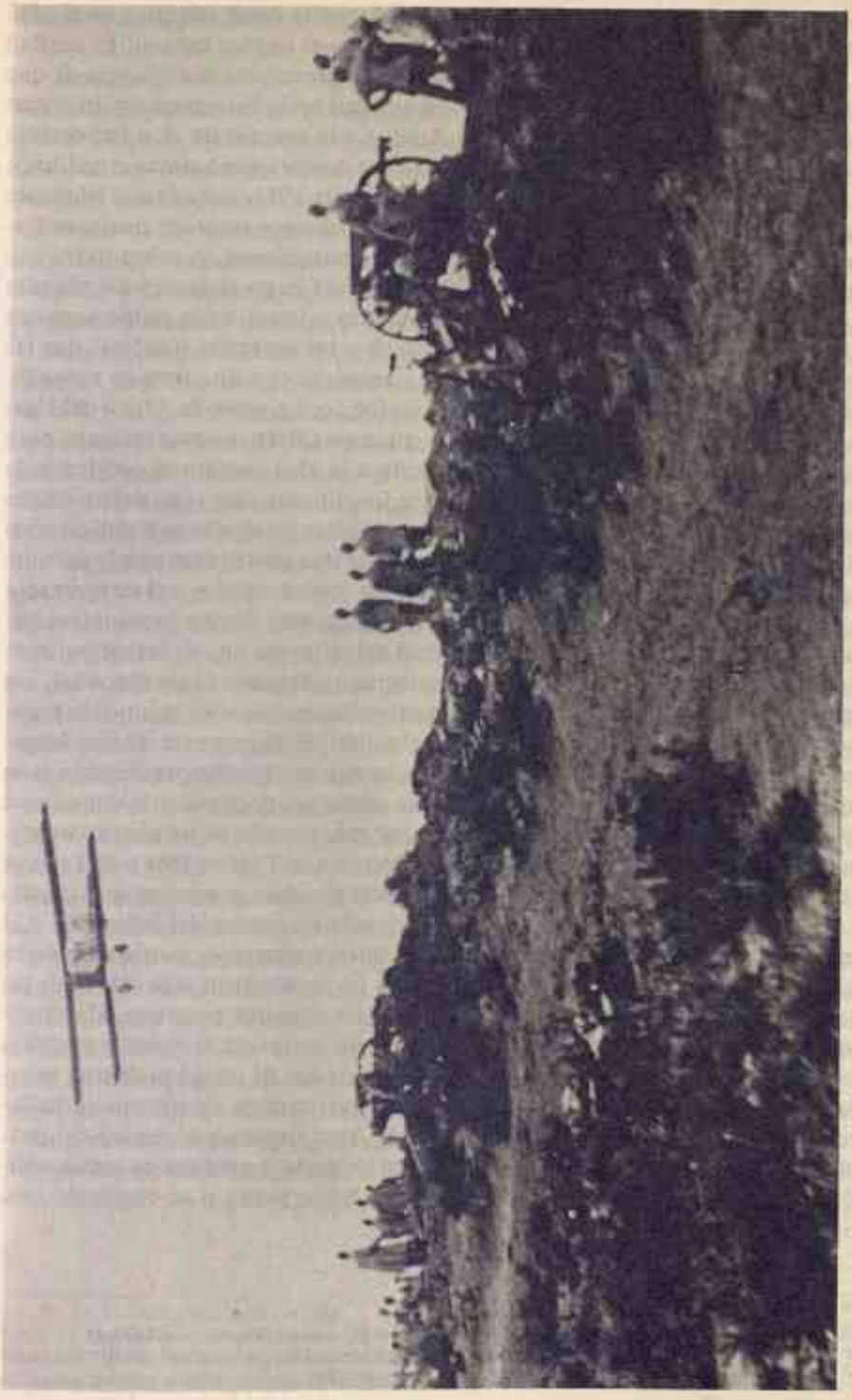
La gran ventaja de los luchadores de la resistencia, la movilidad, se convirtió pronto en algo relativo. A partir de 1901, el ejército francés empezó a usar camellos de carreras, con tan buen resultado que la conquista del Sahara ha sido descrita como debida a los jinetes sha'amba de camellos [36]. En casi todas partes el tren también precedió a la conquista: llegó a 'Ayn Sifra en 1887, Bishar en 1905 y Ziz en 1930. En 1915 los vehículos de motor fueron probados por primera vez, y los camiones Epinat [37] recorrieron el Atlas en todas direcciones anticipándose a las campañas de 1931-33. Por último, a partir de 1920 se usaron aviones para hacer fotografías aéreas como preparación para las campañas y para desmoralizar a los habitantes durante las operaciones [38].

Esto nos lleva al problema de las armas, que al no ser producidas localmente debían ser tomadas al enemigo. Francia siempre había convertido el problema del contrabando de armas en el Magreb en un tema internacional, acusando a Alemania y Turquía de ser los proveedores, a España e incluso a Inglaterra de

[36] Los sha'ambas son nómadas del Tell argelino.

[37] Llamados así por un hombre de negocios francés residente en Marrakesh con intereses en las minas.

[38] Italia fue realmente la primera potencia que utilizó aviones en una guerra colonial, en 1911. En las campañas de 1921-26, la aviación que comandaba el futuro mariscal Badoglio jugó un papel decisivo en la derrota de la resistencia en Tripolitania y el Fezzán.



• *Marruecos en la guerra del Rif: avión de reconocimiento proporciona instrucciones para la corrección de tiro de la artillería.*

tolerar el tráfico de armas en las costas del Rif y en la costa atlántica en el caso de Marruecos, y vía los oasis libios para Tunicia y el Sahara central. Es verdad que este tráfico siempre existió, pero sin embargo permanece la evidencia de que las mismas autoridades francesas admitían que casi no habían encontrado armas alemanas en el Atlas medio o en el anti-Atlas. Cada vez que un clan importante se veía obligado a rendirse pasaba sus rifles a sus vecinos que todavía eran libres; así que fue al final de las operaciones, en marzo de 1934, cuando los franceses recuperaron el mayor número de rifles, 25.000. Debemos recordar que, con frecuencia, estas armas fueron inútiles por falta de municiones, y, sobre todo, que su eficacia contra los aviones, la artillería pesada de largo alcance y los tanques con que estaban equipados los ejércitos invasores a partir de la primera guerra mundial, era dudosa. Fue esto lo que hizo decir a los generales franceses que las campañas de 1931-34 fueron «verdaderas maniobras con un enemigo vivo» [39].

El último factor adverso fue político e ideológico. La gente de Africa del Norte y del Sahara era toda musulmana y el islam establece normas estrictas para las guerras entre los pueblos. Contrariamente a la idea común en occidente, la *djihad*, tal como ha sido entendida durante los últimos siglos, es defensiva: es decir, el servicio militar y los impuestos provenientes de él sólo son obligatorios si el país es víctima de una agresión. En el caso de una guerra ofensiva (y durante siglos no hubo ninguna en Africa del Norte), las contribuciones y el servicio sólo son voluntarios. En las circunstancias del siglo XIX, esto dejaba la iniciativa militar al invasor. Tradicionalmente, la defensa del reino era una de las estipulaciones del *bay'a* (contrato de investidura del soberano). En caso de ser atacados, ¿se suponía que los musulmanes organizarían inmediatamente ellos mismos la resistencia, o debían esperar las instrucciones del sultán? Esta pregunta ha sido largamente discutida por los doctores en leyes, y la opinión que ha prevalecido es la de que la responsabilidad debía ser dejada al soberano, para evitar la demagogia y las promesas extravagantes. Esto explica porqué, cuando en un distrito aparecían soldados franceses o españoles, tal como hicieron en Tuát en 1864 o en Tarfaya en 1885, los habitantes enviaron una delegación al sultán y esperaron sus órdenes. De esta forma, la responsabilidad era dejada en manos del soberano; y él se encontraba en un dilema, porque si se mantenía apartado, ponía en peligro la legitimidad de su autoridad, y si contestaba favorablemente a la solicitud, las potencias podían hacerlo responsable de cualquier cosa que ocurriera. Habitualmente recomendaba calma, delegaba un jefe para mantener el orden y permitía a los que se encontraban implicados tener la esperanza de que el problema se estaba resolviendo por la vía diplomática (cosa que muchos de los que se hallaban en el lugar parecían dispuestos a creer) [40]. Aquí llegamos al núcleo del problema. Cuando el sultán fallaba [41], y un líder religioso o profano se sentía obligado a recoger el estandarte de la *djihad* en su lugar pero sin su bendición, era

[39] A. Guillaume, 1946, p. 398.

[40] La situación del sultán de Constantinopla en el siglo XIX no era muy diferente.

[41] A veces conseguía retrasar la conquista, como en Tuát en 1890, o recuperar un distrito, como en el caso de Tarfaya, que fue devuelta por los ingleses en 1898.

seguro que no obtendría un apoyo unánime. Las potencias coloniales podían entonces utilizar toda clase de rivalidades y hostilidades.

Dentro del marco de una sociedad que se había convertido *de facto* en una sociedad sin líderes, el ejército colonial podía aprovecharse fácilmente de una oposición dividida. Para apreciar totalmente cómo funcionaba esto, debemos recordar que, con frecuencia, la administración del sultán era indirecta, y delegada en los jefes locales, clérigos islámicos o jeques. Cuando el sultán era incapaz de dirigir él mismo la resistencia, cada individuo pensaba en salvaguardar sus propios privilegios, o, tal como escribió un especialista en asuntos nativos [42], en «agarrar el último tren». Francia no tuvo dificultad en obtener ayuda del sherif de Wazzan [quien podía iniciar una *ziyara* (colecta) entre sus seguidores de Argelia sólo con el permiso del gobernador francés] para conquistar Tuat; en Shinkit de los jeques Sidiya y Sa'd Buh, en el Tafilalet del líder de los *nasiriyya zawiya*, y, por último, en el Rif de jefe de los darkawas. En Tripolitania, los italianos ganaron para su bando a los ibadites del Djabal Nafusa, que estaban enfrentados con la mayoría sunni del país. Cuando un gran jefe había construido un principado, las autoridades coloniales esperaban a que surgiera una disputa por la sucesión y entonces ofrecían su apoyo a cada uno de los pretendientes de turno; esto es lo que ocurrió con los trarza entre 1901 y 1904, y entre los zayyanes de 1917 a 1919. Pero el impacto de esta «política nativa» no debe ser exagerado. Cuando un jefe favorecía a los franceses, perdía inmediatamente su prestigio y ya no era útil: tanto es así, que al final las autoridades dejaron de buscar sumisiones públicas.

La tendencia de los líderes de *zawaya* y de los grandes jefes a ceder y a jugar un doble juego, no fue tanto el resultado de las divisiones étnicas y las rivalidades, como de la desaparición de un poder político supremo, cuyas sucesivas derrotas hicieron evidente su debilidad militar.

La historia nos ha transmitido los nombres de cerca de treinta jefes que dirigieron la resistencia contra los franceses, españoles e italianos durante el período que va de 1930 a 1935, sin contar a Muhammad Ibn 'Abd al-Karim y 'Abd al-Malik [43]. Los otros pueden ser divididos en dos grupos completamente distintos sin tener en cuenta su éxito o su fracaso.

Un grupo estaba en contacto continuo con el sultán, le servía y apelaba a él cuando vislumbraba la amenaza colonial; los otros actuaban bajo la influencia de la *djema'a* local. El primer grupo era más previsor, pero tenía la desventaja de la debilidad militar del sultán; el otro grupo era más tenaz en sus acciones, pero su influencia se limitaba a las estrechas fronteras de sus dominios.

Cuando Mulay 'Abd al-Hafiz se levantó contra su hermano Mulay 'Abd al-Aziz e intentó restaurar la soberanía marroquí sobre toda la zona reconocida como perteneciente a Marruecos, a finales del siglo XIX, sus principales seguidores eran los siguientes: Shaykh Ma' al-'Aynayn y sus hijos Hassana y al-Akdáf (que

[42] L. V. Justinard, 1951, p. 105.

[43] 'Abd al-Karim no está tratado aquí porque de su historia nos ocuparemos más adelante. En cuanto a 'Abd al-Malik, nieto del *amir* 'Abd al-Kader de Argelia y oficial del ejército otomano, parece haber sido un aventurero que sirvió por turno los intereses de Turquía, España y Francia.

dirigió la resistencia de Shinkit), sus otros hijos, al-Hiba, Murabbih Rabbuh y al-Ni'mat (que retrocedieron ante el avance francés desde Marrakesh en 1912 hasta Tiznit en 1917, y en 1934 a Kerdus y Widjdjan) y los grandes jefes de los azaghar, Muha U Sa'id y Muha U Hammu (que detuvo el avance francés en el Atlas hasta 1922). Cuando este intento fracasó, principalmente a causa de su aislamiento geográfico, no se rindieron, tal como otros jefes del sur que habían estado en contacto con los franceses durante largo tiempo. Pero privados del apoyo del sultán ya no podían operar eficazmente. En 1912 al-Hiba se proclamó a sí mismo sultán, pero no encontró apoyo en las ciudades ni entre los grandes jefes. Los otros se encerraron en sus dominios, defendiéndose contra todos los que venían y todos ellos esperaban morir antes que ver «el rostro de los franceses», tal como explicó muy bien el jefe al-Madani de los akhas[44].

Los jefes locales ofrecen un contraste con éstos. Algunos no tenían preparación, tal como Muhammad al-Hadjdjami en las vecindades de Fez en 1911 y Nafrutan al-Samladi y su discípulo al-Nakkadi en el Tafilalet entre 1919 y 1934. Otros eran expertos tradicionales, como 'Ali Amhawush, sus hijos al-Makki y al-Murtada y sus discípulos Ibn al-Tayyibi y Muhand u al-Hadjdj (que dirigieron uno tras otro la lucha en el Atlas medio desde 1919 hasta 1934), o Hassu u Basallam, líder de la resistencia de Bu Ghafir en febrero y marzo de 1933. Este último grupo rehusó ceder; cuando los derrotaron se fueron desplazando hasta que quedaron atrapados en montañas o refugios desérticos y sometidos a una barrera de fuego. ¿Cómo debemos entender semejante tenacidad obstinada cuando se hallaban totalmente aislados?

Debemos recordar que, a lo largo del siglo XIX, se estaba desarrollando un movimiento popular que preconizaba la guerra hasta la muerte; era el «ulama» y los miembros del Makhzen, porque iba acompañado de un llamamiento a lo sobrenatural y la creencia en el milenarismo. Existe un relato de al-Hiba y de su hermano Murabbih Rabbuh, en la víspera de la batalla de Bu 'Uthmán, el 6 de septiembre de 1902, en el que llaman a los ángeles para que ayuden a los luchadores de la resistencia. Durante la batalla del 26 de junio de 1922, hay una mención al *Kerkur* de Tafesaset, una roca al pie de la cual se suponía que se detendría el avance colonial a causa de las dificultades provocadas por un cataclismo cósmico[45]. Esto era una creencia natural por parte de los sherifs y de los religiosos que dirigían a pueblos que en su mayoría eran analfabetos; pero también era una actitud que la élite urbana tenía que considerar peligrosa a causa de su carácter arcaico e irreal. Abu Shu 'ayb al-Dukkali, uno de los pioneros del movimiento reformista, expresó bien esta actitud crítica hacia esta clase de resistencia diciendo de la acción de al-Hiba: «Estoy contra los luchadores de la resistencia que dan excusas a los europeos para ocupar territorio musulmán, tal como Bu Amama, los jefes de los shawiyas y de los bani matires, y muchos más, cuyo número es incontable en el este y en el oeste»[46].

---

[44] M. al-Susi, 1961, vol. 20, p. 202.

[45] A. Guillaume, 1946, pp. 219-20. Sobre al-Hiba ver Ibn Ibrahim, *Al-Hamla al-Faransiyya 'ala Marrakush*, manuscrito K. 320, Archivo de Rabat, p. 16.

[46] Ibn Ibrahim, *Al-Hamla*, pp. 13 y 30-5. Bu Amama luchó contra los franceses en los alrede-

De la misma manera que hubo dos etapas en la política colonial y dos clases de resistencia, hubo dos grupos totalmente distintos de líderes de la resistencia. Concentrándonos en la fase de la conquista y de la ocupación, la fase de la resistencia tenaz y dispersa dirigida por jefes y religiosos islámicos con ideas milenaristas poco del gusto de la élite urbana, encontramos las siguientes características:

1) habían roto con la élite histórica, que entendía las fuerzas reales relativas del ejército colonial y de los luchadores indígenas;
2) esperaban un milagro para rechazar la conquista;
3) estaban desunidos y dispersos por el exilio, el hambre y los recelos;
4) rehusaban aceptar lo que, después del acontecimiento, parecía inevitable.

Estas características diferencian fundamentalmente a esta etapa de la resistencia de la primera etapa, es decir, de la *guerra política* librada por un Estado organizado cuyos objetivos harían propios los nacionalistas. De aquí la difícil pregunta de si esta resistencia dispersa y localizada debe ser considerada como una forma primitiva de nacionalismo.

Tal como resultó después, fue considerada arcaica e ineficaz y abandonada a su destino por los líderes históricos. Pero inmediatamente después de su derrota final, fue recuperada otra vez de forma selectiva para ser utilizada para los objetivos de la causa. El asunto era que los nacionalistas celebraban ataques que habían tenido éxito, recordaban los nombres de los jefes que habían muerto sin rendirse, pero olvidaban a los que habían sobrevivido para convertirse en peones de los oficiales europeos incluso cuando ellos también habían ofrecido una feroz resistencia antes de someterse.

Esta resistencia sirvió, al menos en cierta medida, como una leyenda para galvanizar otras. Las batallas de Tazikzaut y de Bū Gahfir y las figuras de Muha ū Hammu, al-Nakkadī, y otros, permitieron a los nacionalistas plantear la embarazosa pregunta de si una rendición obtenida por medio de una fuerza aplastante era una verdadera rendición. Los generales coloniales, a los que durante la conquista era fácil oírlos hablar de penetración pacífica, volvieron, después de 1926, a las ideas de Bugeaud de que el enemigo debía ser destruido y de que se necesitaban tantas tropas para conservar Africa del Norte como para conquistarla [47].

Esto es lo mismo que decir que «la conquista de los corazones y de las mentes» nunca ocurrió.

---

dores de Figuig entre 1880 y 1885; Bū Himāra se levantó contra el sultán Mulāy 'Abd al-'Aziz, quien fue acusado de ser proeuropeo, y dirigió un levantamiento que duró desde 1902 hasta 1909; en Shāwiya, Muhammad Bū Azzawī dirigió a los combatientes de la resistencia desde 1907 hasta 1909; y, entre los bani matires, Akka Bū Bidmani resistió al ejército invasor desde 1911 a 1913.

[47] G. Spillmann cuenta que al terminar 1924 Lyautey manifestó: «Aparentemente, algunas personas se aventuraron a argumentar que una tribu sólo está subyugada cuando ha recibido una sangrienta paliza». G. Spillmann, 1968, p. 60. La actitud española siempre tuvo un desagradable resabio de las cruzadas, una mezcla de odio y temor. En Tripolitania, en 1921, Volpi habló de una política de sangre.

Capítulo 6

INICIATIVAS Y RESISTENCIA AFRICANAS EN AFRICA OCCIDENTAL, 1880-1914

M. BAYEGUEYE Y A. ADU BOHEN

Durante el período que va de 1880 a 1914, toda el Africa occidental, con la única excepción de Liberia (ver capítulo 2), cayó bajo el dominio colonial. Este fenómeno, que significó esencialmente la pérdida de la soberanía y de la independencia africanas, así como del territorio, se llevó a cabo en dos etapas. La primera etapa duró desde 1880 hasta los primeros años del siglo XX, y la segunda, desde los primeros años del siglo XX hasta el estallido de la primera guerra mundial en 1914. A cada una de estas fases corresponden diferentes actividades europeas que produjeron también diferentes iniciativas y reacciones por parte de los africanos. Debo poner énfasis en que estas reacciones estuvieron sumamente determinadas por la situación local africana. Las variables incluyen la naturaleza de la organización política de la sociedad (si estaba o no centralizada, si estaba o no dominada por otra potencia africana y si estaba o no en una etapa de desarrollo o ya asentada y en decadencia)[1], la naturaleza del liderazgo, la importancia de la penetración de las influencias políticas, religiosas y económicas europeas en la década de 1870 y las experiencias que habían obtenido de esto. Otra variable igualmente importante es el método adoptado por los imperialistas europeos, entre 1880 y 1914, para establecer su control sobre la zona.

Durante la primera fase, los europeos utilizaron la diplomacia o la invasión militar o ambas cosas. Esta fue la era clásica de los tratados realizados en prácticamente todos los rincones del Africa occidental, seguidos, en la mayoría de los casos, por invasiones militares, conquistas y ocupaciones por medio de ejércitos de diferentes tamaños y disciplina. El período que va de 1880 a 1900 fue el período cumbre de la conquista y ocupación europeas del Africa occidental. Nunca, en toda la historia conocida del continente, se había visto tanta acción militar ni tantas invasiones y campañas lanzadas contra las comunidades y Estados africa-

[1] A. S. Kanya-Forstner en M. Crowder (ed.), 1971, p. 75.

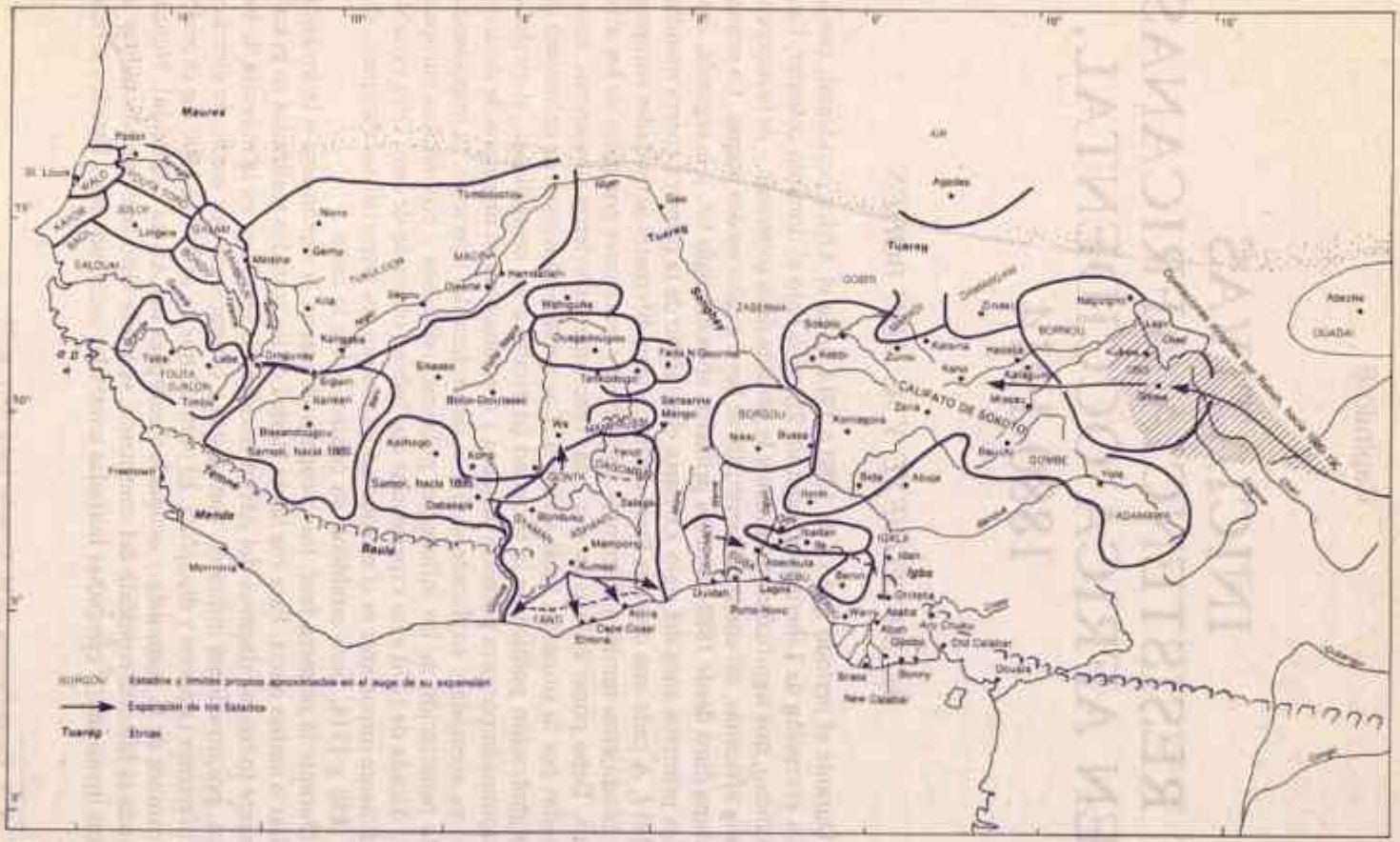


FIG. 6.1. Estados y pueblos del oeste de Africa al comienzo de la partición europea (según J. D. Fage, 1978)

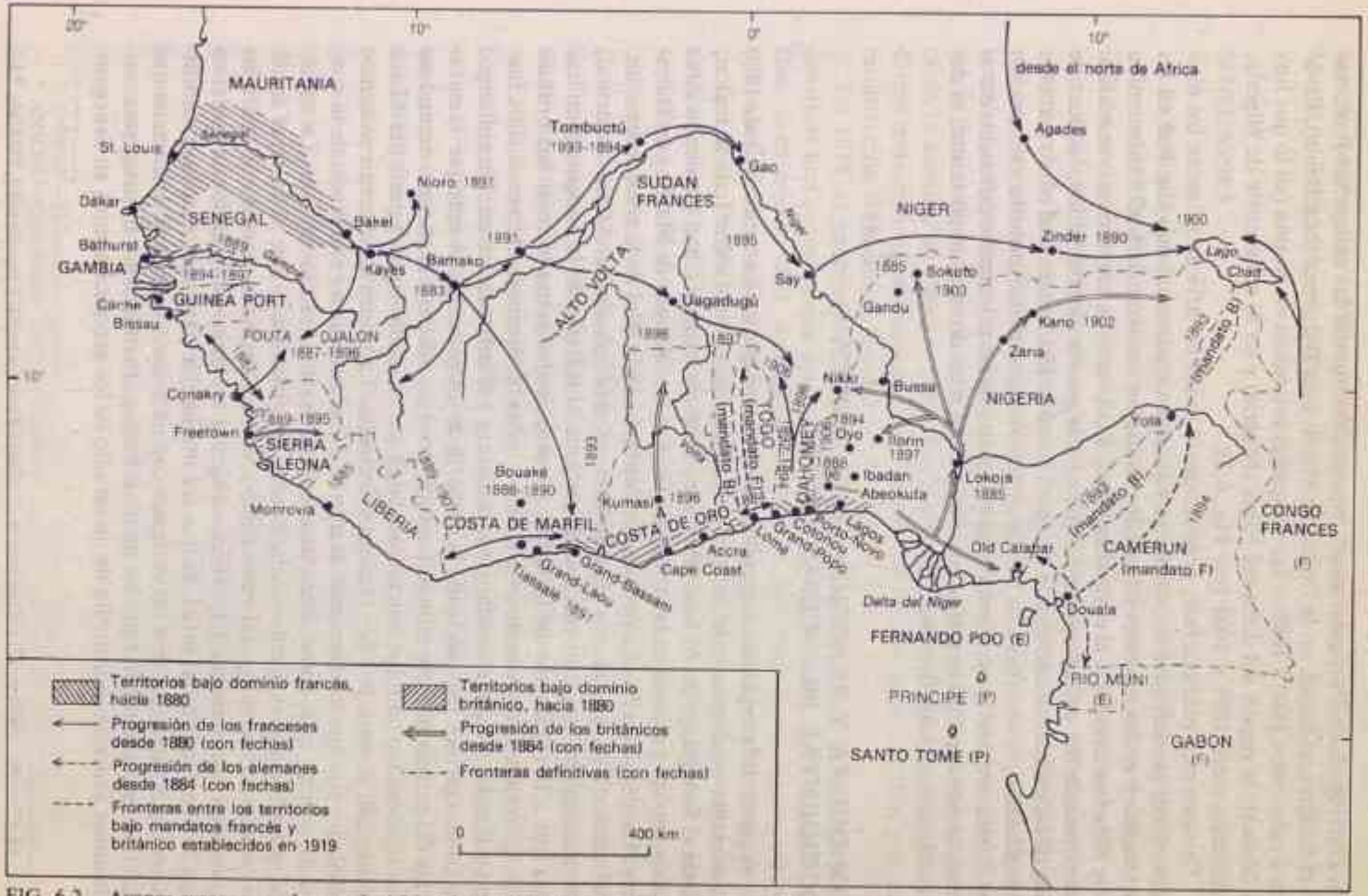


FIG. 6.2. Avance europeo en el oeste de Africa, hacia 1880-1919 (según J. D. Fage, 1978)

nos (ver Fig. 6.1). Particularmente memorables fueron las campañas francesas en el Sudán occidental, en la Costa del Marfil y en Dahomey (hoy Benin), llevadas a cabo entre 1880 y 1898, y las campañas británicas en Asante (en lo que hoy es Ghana), la región del delta del Níger (Nigeria) y en la zona norte de Nigeria, realizadas entre 1895 y 1903 (ver Fig. 6.2).

Durante esta primera fase, prácticamente todos los africanos tenían los mismos objetivos: defender su soberanía y su estilo tradicional de vida. Fue en las estrategias y en los métodos adoptados en lo que variaron. Los africanos tenían ante ellos tres opciones: el enfrentamiento, la alianza y la aceptación o sumisión. La estrategia del enfrentamiento implicaba la guerra abierta, sitios, tácticas de guerrillas, políticas de arrasar la tierra así como la diplomacia. Tal como veremos más adelante, se recurrió a las tres opciones. Aunque en la conquista y ocupación del Africa occidental estuvieron implicadas tres de las principales potencias europeas, en este capítulo nosotros nos limitaremos a las dos más importantes, es decir, Francia y Gran Bretaña.

CONQUISTA Y REACCION EN EL AFRICA OCCIDENTAL FRANCESA, 1880-1900

A partir de la evidencia disponible, resulta claro que los franceses —desde 1880 en adelante— adoptaron la política de extender su control sobre toda la región, desde el Senegal, primero hasta el Níger y después hasta el Chad y uniendo estas zonas con sus enclaves en las costas de Guinea, en la Costa de Marfil y en Dahomey. La ejecución de esta política fue confiada a oficiales de la zona senegalesa. Tal como era de esperar, por consiguiente, en su ocupación del Africa occidental, los franceses recurrieron casi exclusivamente al método de la conquista militar más que a la realización de tratados o protectorados como hicieron los británicos. En términos de reacciones africanas, todas las opciones abiertas a ellos fueron utilizadas, es decir, la sumisión, la alianza y el enfrentamiento. Sin embargo, tal como veremos más adelante, la mayoría de los gobernantes optó por la estrategia del enfrentamiento militar antes que por la sumisión o la alianza, notándose que la oposición aquí fue mucho más larga que en cualquier otra parte del Africa occidental, y, esto, por dos razones principales. La primera, tal como ya hemos señalado, fue que los franceses usaron casi exclusivamente el método de la conquista militar, que, como consecuencia, llamaba a la reacción militar. La segunda razón fue que el pueblo estaba mucho más islamizado que el de otras zonas del Africa occidental, y, tal como señaló Michael Crowder, puesto que «para las sociedades musulmanas del Africa occidental la imposición del dominio blanco significaba sumisión al infiel, lo que era intolerable para cualquier buen musulmán»[2], tendían a resistir a los europeos con un ardor y tenacidad adicionales que con frecuencia faltaban entre los no musulmanes. Permítasenos ilustrar estas conclusiones generales por medio de un estudio de los acontecimientos en Senegam-

[2] M. Crowder, 1968, p. 72; ver también A. S. Kanya-Forstner en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 53-4.

bia, de los imperios tukulor y mandingo, y de las zonas baules de la Costa de Marfil y, finalmente, en Dahomey.

SENEGAMBIA

En Senegal, donde la conquista había empezado en 1854, Francia había obtenido en 1880 bases firmes de operaciones por medio de la anexión de Walo, en la zona norte de Cayor y Diander. A los Estados del Alto Senegal les había sido impuesto desde 1860 un protectorado francés. Por muy magros que fueran estos resultados, no habían sido obtenidos sin dificultades. Aunque expulsado de Cayor por Francia en 1864, Lat Dior Diop, el damel de Cayor, eligió sin embargo la estrategia del enfrentamiento continuando la lucha contra los franceses. En 1871, con la derrota de los franceses por parte de Prusia, el gobernador de Senegal abandonó la anexión de Cayor y reconoció nuevamente a Lat Dior como el damel. Como consecuencia se establecieron relaciones amistosas entre Lat Dior y la administración francesa en Senegal.

En 1879, el gobernador, Brière de l'Isle, obtuvo del damel el permiso para construir una carretera que conectara Dakar con Saint-Louis. Pero cuando Lat Dior se enteró, en 1881, de que ese proyecto incluía también un ferrocarril, se opuso a él. Se dio cuenta de que el ferrocarril significaría el fin de la independencia de Cayor. En 1881, al ser informado de que la construcción iba a empezar, dio los primeros pasos para impedirla. Envió órdenes a todos los jefes de castigar severamente a cualquier súbdito de Cayor que proporcionara cualquier cosa a los trabajadores franceses [3]. A partir de ahí, envió emisarios a Ely, el emir de Trarza, a Abdul Bokar Kane, de Futa Toro, y a Alboury N'Diaye, de Djoloff. Lat Dior los invitaba a unirse en una alianza santa y a sincronizar su lucha para facilitar la expulsión de los franceses de la tierra de sus antepasados [4].

El 17 de noviembre de 1882 envió una carta al gobernador Servatius, prohibiéndole empezar la construcción ni siquiera en los suburbios del territorio que era parte integral de Cayor. «Mientras yo viva, estad seguro», escribió, «de que me opondré con todas mis fuerzas a la construcción de este ferrocarril... la vista de sables y lanzas es agradable a nuestros ojos. Esa es la razón por la cual, cada vez que reciba una carta suya concerniente al ferrocarril, contestaré siempre que no, no y nunca le daré ninguna otra respuesta. Incluso cuando muera, mi caballo Malay le dará la misma respuesta» [5]. Nada podría refutar mejor a los que consideran la posición de Lat Dior en este asunto como simplemente un capricho de un jefe feudal que no toma en consideración el bienestar de su pueblo, que estos sentimientos. Sea como fuere, viendo la persistencia del gobernador en llevar adelante su proyecto, Lat Dior prohibió a sus súbditos que cultivaran cacahuetes. Estaba convencido de que si los franceses no podían obtener cacahuetes regresarían a su casa. También ordenó a aquellos de sus súbditos que vivían cerca de

[3] ANSOM —Gobernador Lanneau al ministro— Senegal I, 466, 24 de mayo de 1881.
[4] ANSOM —Gobernador Vallon al ministro— Senegal I, 67b, 23 de julio de 1882.
[5] ASAOF —Lat Dior al gobernador— Senegal I, 68b, 8 de enero de 1883.

los puestos franceses que se reasentaran en el corazón de la tierra de Cayor. Los pueblos de aquellos que desobedecieron estas órdenes fueron quemados y sus posesiones confiscadas.

En diciembre de 1882, el coronel Wendling invadió Cayor a la cabeza de una columna expedicionaria compuesta principalmente por tiradores de rifle africanos y tropas auxiliares provenientes de los territorios anexados. Habiendo luchado contra los franceses desde 1861, Lat Dior sabía que, en una guerra convencional, tenía pocas oportunidades de derrotarlos. Al avanzar Wendling, Lat Dior se retiró y fue a asentarse en Djoloff. En Cayor, Wendling invistió con el poder al primo de Lat Dior, Samba Yaya Fall. En agosto de 1883 fue destituido y reemplazado por Samba Laobe Fall, sobrino de Lat Dior. El gobernador estaba convencido de que Lat Dior nunca haría la guerra a su sobrino. Y no estaba equivocado: Lat Dior hizo un acuerdo con su pariente, quien, en 1885, le autorizó a regresar a Cayor.

En octubre de 1886, un destacamente de *spahis* mató a Samba Laobe Fall en Tivaouane. Inmediatamente, el gobernador Genouille decidió abolir el título de damel. Dividió Cayor en seis provincias que fueron confiadas a los antiguos cautivos de la corona[6]. También promulgó un decreto expulsando a Lat Dior de Cayor. Cuando se le notificó esta medida, Lat Dior montó en una terrible cólera. Movilizó a los 300 partidarios que habían permanecido leales pero relevó de su juramento a todos aquellos que no estaban dispuestos a morir con él y se dirigió a combatir contra los franceses y sus aliados, sus antiguos súbditos. Lat Dior estaba firmemente decidido a vender cara su vida. Por consiguiente, se dirigió a Djoloff fingiendo haber aceptado la orden de expulsión. Por medio de una de sus valientes contramarchas, consiguió deslizarse sin ser visto en una posición que se hallaba entre sus enemigos y el ferrocarril. El 27 de octubre de 1886, alrededor de la 11 de la mañana sorprendió a los franceses y a sus aliados en el pozo de Dekhle infligiéndoles grandes pérdidas. Lat Dior cayó ahí, así como sus dos hijos y ochenta de sus partidarios[7]. La muerte de Lat Dior, significó, naturalmente, el fin de la independencia de Cayor y facilitó a los franceses la conquista del resto del país.

EL IMPERIO TUKULOR

En el imperio tukulor (ver Fig. 6.1), Ahmadu, quien sucedió a su padre Al Hadj 'Umar, el fundador del imperio, estaba, tal como la mayoría de los gobernantes africanos, decidido a asegurar la supervivencia de su Estado y a conservar su independencia y soberanía. Para lograr estos objetivos eligió las estrategias de la alianza y de la confrontación militar. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los gobernantes de la región, confió más en la alianza que en la confrontación militar. En verdad, tal como veremos más adelante, desde su ascensión hasta una

[6] ANSOM —Genouille al ministro— Senegal I, 86a, 13 de noviembre de 1886.
[7] *Ibid.*

fecha tan tardía como 1890, se adhirió a esta política de alianza y cooperación con los franceses, y sólo durante los últimos dos años recurrió a la guerra.

Pero que Ahmadu hubiera elegido estas estrategias no debía sorprendernos, ya que la realidad política y económica con que se enfrentaba no le dejaba otras alternativas. Políticamente, ya desde el principio de su reinado, Ahmadu se vio forzado a luchar en tres frentes: contra sus hermanos que impugnaban su autoridad, sus súbditos —los bambaras, mandingas, fulanis y otros— que detestaban profundamente a sus nuevos gobernantes tukulor y buscaban recobrar su independencia por la fuerza, y contra los franceses. Para empeorar su situación, no sólo el ejército que había usado su padre para construir el imperio se había debilitado numéricamente, y en 1866[8] contaba con sólo 4.000 *talibés* (es decir, estudiantes de religión que formaban la espina dorsal del ejército de 'Umar) y 11.000 *sofas* (infantería), sino que él no tenía la misma clase de control sobre el ejército ni podía inspirarlo de la misma forma en que había podido hacerlo su padre. Tal como cabía esperar, las preocupaciones inmediatas de Ahmadu eran, en primer lugar y por encima de todo, consolidar su propia posición resolviendo los problemas con sus hermanos —en verdad en 1872 algunos de sus hermanos habían intentado derrocarlo—, asegurando entonces la supervivencia del imperio, suprimiendo las fuertes sublevaciones de los grupos sojuzgados, especialmente de los bambaras. Para hacer esto, necesitaba armas y municiones, así como recursos financieros a través del comercio; ambas cosas necesitaban relaciones amistosas con los franceses. Más aún, la mayor parte de los *talibés* eran reclutados en Futa Toro, la tierra natal de su padre, y, hallándose esta zona bajo el dominio francés, tenía que ganar su cooperación. Confrontado con todos estos problemas internos como estaba, ¿resulta sorprendente que poco después de su ascensión al trono aceptara negociar con los franceses? Las negociaciones se realizaron entre él y el teniente Mage, el representante de los franceses. Ambos acordaron que a cambio de un cañón y del reconocimiento de su autoridad, Ahmadu permitiría a los comerciantes franceses operar en su imperio[9].

Aunque este tratado no fue ratificado por la administración francesa, ni Ahmadu recibió cañón alguno, y aunque los franceses continuaron ayudando a los rebeldes y en 1878 incluso atacaron Saboucire, la fortaleza tukulor en Kuasso, Ahmadu continuó manteniendo su actitud cordial hacia los franceses. Esto le fue útil pues le permitió sofocar las sublevaciones de sus hermanos, en 1874, y las de los territorios bambara de Segu y Kaarta de finales de la década de 1870. Por consiguiente, cuando en 1880 los franceses, que se estaban preparando para conquistar la zona que se halla entre el Senegal y el Níger, necesitaron la cooperación de Ahmadu, y renovaron su solicitud de reabrir las negociaciones, éste aceptó de buen grado. Estas negociaciones, concluidas por el capitán Gallieni, condujeron al tratado de Mango entre Ahmadu y los franceses. Según los términos de este tratado, Ahmadu se comprometía a permitir a los franceses construir y mantener rutas comerciales a través de su imperio y les concedía permiso para construir buques de vapor y navegar con ellos por el Níger. Como contrapartida, los france-

[8] A. S. Kanya-Forstner en M. Crowder (ed.), 1971, p. 61.
[9] *Ibid.*, pp. 63-4.

ses reconocían la existencia soberana de su imperio, aceptaban concederle libre acceso a Futa y prometían no invadir su territorio ni construir fortificación alguna en él. Sobre todo, los franceses aceptaron darle como pago cuatro cañones y 1.000 rifles y pagarle anualmente una renta de 200 rifles, 200 barriles de pólvora, 200 proyectiles de artillería y 50.000 pedernales [10].

Obviamente, este tratado constituyó una gran victoria diplomática para Ahmadu, y, si se hubieran ratificado e instrumentado sinceramente sus términos, no cabe duda de que el imperio de Ahmadu hubiera sobrevivido. Pero, por supuesto, ni siquiera el mismo Gallieni tenía intención de instrumentar el tratado, y, en cualquier caso, su gobierno no lo ratificó. Bajo la nueva comandancia militar del Alto Senegal, a la cabeza de la cual se hallaba el teniente coronel Borgnis-Desbordes, los franceses empezaron la invasión del imperio, en 1881, y en febrero de 1883 habían ocupado Bamako, en el Níger, sin ninguna oposición. Los tukulores tampoco atacaron las lanchas cañoneras botadas en el Níger en 1884. La única reacción de Ahmadu fue prohibir la venta de cualquier objeto, fuere el que fuere, a los franceses [11]. En 1884, a la cabeza de un ejército impresionante, Ahmadu se dirigió por el Níger, río arriba, hacia Bamako. Sin embargo, contrariamente a todas las expectativas, repentinamente puso rumbo a Kaara, no para atacar o amenazar las frágiles líneas de comunicación de los franceses, sino más bien para poner sitio a Nioro, la capital de Kaarta, con la intención de derrocar a su rey —su hermano Moutaga— a quien consideraba demasiado independiente de la autoridad central [12].

Del hecho de que Ahmadu atacara a su hermano antes que a los franceses, y de que los bambaras del distrito de Beledugu, próximo a Bamako, estuvieran todavía sublevados, resulta obvio que Ahmadu no controlaba aún totalmente su propio territorio y que todavía necesitaba el apoyo de los franceses. Con seguridad esto explica su reacción ante las invasiones francesas que tuvieron lugar entre 1881 y 1883. Su necesidad de la cooperación francesa se vio todavía más reforzada por el hecho de que el sitio de Nioro mermó todavía más sus recursos militares. Por su parte, los franceses también ansiaban lograr una alianza con Ahmadu. Entre 1885 y 1888, los franceses estuvieron ocupados sofocando la sublevación del líder de los soninkes, Mamadu Lamine, y, por consiguiente, se hallaban sumamente preocupados por evitar cualquier alianza entre él y Ahmadu. Por eso, aunque Ahmadu era consciente de que los franceses continuaban ayudando a los rebeldes bambaras, aceptó sin embargo hacer otro tratado, el tratado de Gori, el 12 de mayo de 1887. Según los términos de este tratado, Ahmadu aceptaba poner su imperio bajo la protección nominal de los franceses, mientras que, como contrapartida, los franceses se comprometían a no invadir sus territorios y a suprimir la prohibición de comprar armas que habían impuesto a Ahmadu.

Sin embargo, en 1888, los franceses habían sofocado la sublevación de Lamine y, tal como veremos más adelante, concluido otro tratado con Samori, y, por consiguiente, ya no necesitaban una alianza con Ahmadu. Esto, junto con la agre-

[10] *Ibíd.*, p. 65.
[11] Y. Saint-Martin, 1972, p. 301.
[12] *Ibíd.*, p. 316.

sividad de la comandancia militar francesa, condujo a la decisión de una ofensiva contra Ahmadu expresada por el ataque francés a la fortaleza tukulor —de Kundian—, «ese molesto obstáculo que se hallaba en la carretera de Siguiri a Dinguiray», en febrero de 1889 [13]. La operación no fue realizada con toda la rapidez deseada. El «tata» estaba construido con gran solidez, tenía paredes dobles de mampostería y la guarnición había quitado el tejado de paja para evitar la rápida propagación del fuego. Fue necesario un bombardeo intensivo, de ocho horas de duración con cañones de montaña Archinard de 80 mm para abrir una brecha en las paredes. Los tukulores, que se habían mantenido firmes bajo este diluvio, ofrecieron una feroz resistencia a los franceses, respondiendo a su bombardeo con un fuego continuo de mosquetes seguido de una lucha de casa en casa. Muchos de ellos murieron con sus armas en la mano [14].

Ahmadu, que luchaba con uñas y dientes con sus dificultades internas, transfirió inmediatamente la lucha al plano religioso. Hizo un llamamiento a todos los musulmanes del imperio para que tomaran las armas en defensa de la fe. Se enviaron cartas pidiendo ayuda a Djoloff, Mauritania y Futa [15]. Estos pasos no consiguieron producir resultados satisfactorios, y Archinard, después de una cuidadosa preparación y de adquirir las armas adecuadas, incluyendo «dos cañones de 95 mm con 100 de los más modernos proyectiles de melinita» [16], conquistó la capital del imperio (abril de 1890). Desde ahí marchó contra la fortaleza de Ouessebougou, defendida por los bambaras fieles a Ahmadu. Todos ellos murieron luchando pero sin infligir grandes pérdidas a sus atacantes. Dos de los veintisiete europeos murieron y otros ocho resultaron heridos, mientras que los africanos tuvieron trece muertos y 876 heridos. A partir de ahí, Archinard hizo prisionero a Koniakany después de haber derrotado a la resistencia tukulor que se había organizado contra él. Enfrentado con la obstinada resistencia de las guarniciones tukulor, Archinard pidió una tregua y solicitó a Ahmadu que capitulara y fuera a instalarse en un pueblo dinguirary como simple individuo particular.

Sólo en este momento Ahmadu abandonó su arma de la diplomacia en favor de las armas militares. En junio de 1890 sus soldados atacaron el tren en Talaari y mantuvieron ocupados a los franceses con numerosas escaramuzas entre Kayes y Bafulabe. En una de ellas los franceses tuvieron cuarenta y tres muertos y heridos en una fuerza de 125 hombres. En septiembre, aprovechando el aislamiento en que se encontraba Koniakary a causa de una inundación, intentaron reconquistarla pero fracasaron [17].

Sin embargo, Ahmadu se estaba preparando también para defender Nioro. Dividió sus tropas en cuatro grupos con el cuerpo principal concentrado en torno a Nioro, al mando del general bambara Bafi y del antiguo rey de Djoloff, Alboury N'Diaye [18]. El 23 de diciembre de 1890, el ejército de Bassiru fue derrota-

[13] *Ibid.*, p. 379.
[14] *Ibid.*, p. 381.
[15] *Ibid.*, p. 390.
[16] A. S. Kanya-Forstner en M. Crowder (ed.), p. 69.
[17] *Ibid.*, p. 70.
[18] *Ibid.*, p. 73.

do por los franceses quienes usaron para ello sus cañones de 80 y 95 mm, y, el 1 de enero de 1891 Archinard entró en Nioro. El intento de Alboury de recuperar Nioro, realizado el 3 de enero de 1891, fracasó después de que el ejército tukulor fuese derrotado. El sultán perdió más de 3.000 hombres, muertos o que cayeron prisioneros. Se retiró a Masina, que abandonó después de la dura batalla de Kori-Kori. Incluso exilado en el territorio hausa, mantuvo hacia los franceses una actitud de «intransigente independencia» [19].

SAMORI Y LOS FRANCESES

A diferencia de Ahmadu, Samori Ture eligió la estrategia del enfrentamiento, no de la alianza, aunque usando las armas tanto de la diplomacia como de la guerra, pero poniendo el énfasis en esta última. En 1881, Samori ya había organizado «la parte sur de las sabanas sudanesas, todo a lo largo de la gran selva del Africa occidental», entre las zonas norte de la moderna Sierra Leona hasta el río Sassandra en la Costa de Marfil, en un único imperio que estaba bajo su incontestable autoridad [20] (ver Fig. 6.1). A diferencia del imperio tukulor, en 1882, el imperio mandingo estaba todavía en un período de desarrollo de su influencia cuando tuvo lugar el primer encuentro entre Samori y los franceses. La conquista de la zona había permitido también a Samori equipar un poderoso ejército relativamente bien pertrechado con armas europeas. Este ejército estaba dividido en dos alas, el ala de infantería (*sofa*) que en 1887 contaba entre 30.000 y 35.000 hombres, y el ala de caballería que en 1887 no contaba con más de 3.000. La infantería estaba dividida en unidades permanentes de diez a veinte hombres, conocidas como las *sé* (pies) o *kulu* (multitudes) dirigido por un *kuntigi* (jefe), y diez *sé* formaban un *bolo* (brazo) dirigido por un *bolokuntigi* [21].

La caballería estaba dividida en grupos de cincuenta llamados *sèrè*. El *bolo* formaba la principal fuerza de choque mientras que un *sèrè* cabalgaba al lado de cada *bolo*. Puesto que cada una de estas unidades era permanente, sus miembros desarrollaron sentimientos de amistad, especialmente entre ellos mismos, y de lealtad, primero hacia su líder local y después hacia Samori. Así, el ejército pronto adquirió «un carácter casi nacional a causa de la notable homogeneidad que había logrado» [22]. Pero las características únicas del ejército de Samori eran sus armas y su entrenamiento. A diferencia de la mayoría de los ejércitos del Africa occidental, este ejército no sólo era virtualmente profesional sino que estaba armado por el mismo Samori. Hasta 1876, Samori armó a su ejército con viejos fusiles que podían reparar los mismos herreros locales. Pero a partir de 1876, empezó también a comprar armas europeas más modernas, provenientes principalmente de Sierra Leona, y las estudió cuidadosamente para saber cuáles eran las más apropiadas para su zona. De este modo, a partir de 1885 reemplazó los rifles

[19] Y. Saint-Martin, 1972, p. 427.
[20] Para un estudio detallado de la vida y las actividades de Samori, ver Y. Person, 1968-75.
[21] Y. Person en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 121-6.
[22] *Ibid.*, pp. 121-2.

Chassepot, cuyos grandes cartuchos se estropeaban pronto en condiciones de humedad, por los rifles Gras, más apropiados y con cartuchos más ligeros, y los Kropatscheks, que eran rifles Gras de repetición. Continuó confiando en estos rifles hasta la década de 1880 ya que pudo entrenar a un grupo de herreros para fabricar buenas copias. Desde 1880, añadió también a sus existencias algunos de los nuevos rifles de tiro rápido y en 1893 tenía cerca de 6.000 de ellos que usó hasta su derrota en 1898. Sin embargo, nunca adquirió artillería alguna, lo que significó una gran desventaja en sus campañas contra los franceses. Las compras de armas eran financiadas con la venta de marfil y de oro extraído de los antiguos campos medievales de oro de Bure, en el sur, y con el intercambio de esclavos por caballos en las regiones del Sahel y de Mossi. El ejército estaba, sin embargo, no sólo bien armado, sino también perfectamente entrenado y disciplinado y desarrolló un alto nivel de *esprit de corps** y de homogeneidad.

Es evidente que, cuando Samori tomó contacto por primera vez con los franceses en 1882, se hallaba virtualmente en el cenit de su poder. En febrero de ese año, lo llamó el teniente Alakamessa, quien le notificó la orden de la alta comandancia del Alto Senegal-Níger de retirarse de Kenyeran, un importante centro comercial, cerrando así a Samori el camino a las zonas mandingas. Tal como era de esperar, Samori se negó. Esto condujo a un ataque sorpresa contra su ejército, dirigido por Borgnis-Desbordes, quien sin embargo se vio obligado a retroceder rápidamente. El hermano de Samori, Kémé-Brema, atacó a los franceses en Wenyako, cerca de Bamako, en abril. Aunque ganó la batalla, el 2 de abril, fue derrotado el día 12 por un ejército francés mucho más pequeño. Samori intentó inmediatamente evitar conflictos con los franceses y dirigió su acción hacia Kenedugu.

En 1885, cuando Combes ocupó Bure, cuyo oro era importante para la economía del imperio de Samori, advirtió éste la importancia de la amenaza que pendía sobre su Estado. Resolvió expulsar por la fuerza a los franceses de la zona. Tres ejércitos, el suyo propio, y los de Kémé y Masara-Mamadi, fueron encargados de esta operación. Bure fue fácilmente recuperado por medio de un vasto movimiento de pinza y los franceses se vieron obligados a levantar su campamento por temor a verse rodeados. Inmediatamente, Samori decidió cultivar sus relaciones con los británicos en Sierra Leona. Después de haber ocupado Falaba, en 1884, envió emisarios a Freetown proponiendo al gobernador poner su imperio bajo la protección del gobierno británico. La oferta era una simple maniobra por parte de Samori, que no tenía la menor intención de renunciar a su soberanía, sino que quería obligar a los franceses a respetarla, estableciendo una alianza con un gobierno poderoso [23].

Cuando esta maniora falló, Samori se volvió hacia los franceses y el 28 de marzo de 1886 firmó un tratado con ellos. Aceptó retirar sus tropas de la margen derecha del Níger, pero mantuvo sus derechos sobre Bure y sobre los mandingas de Kangaba [24].

En otro tratado con los franceses, realizado el 25 de marzo de 1887, que co-

* Espíritu de cuerpo. En francés en el original. *(N. del T.)*

[23] J. D. Hargreaves de L. H. Gann y P. Duignan (ed.), 1969, pp. 207-8.

[24] *Ibid.*, p. 208.



• *Samori Ture (1830-1900) tras su captura por las fuerzas del capitán Gouraud (derecha) en septiembre de 1898.*

rregía el del año anterior, Samori cedió a los franceses la margen izquierda del río aceptando incluso poner a su país bajo la protección francesa.

Es posible que Samori haya firmado este segundo documento con la esperanza de que los franceses le ayudarían contra Tieba, el faama de Sikasso quien lo atacó en abril de 1887 con un fuerte ejército de 12.000 hombres, mientras que los franceses habían firmado este acuerdo porque necesitaban impedir cualquier alianza entre Samori y Mamadou Lamine, con quien estaban luchando. Cuando Samori vio que en lugar de comportarse como sus aliados y ayudarle, los franceses estaban más bien estimulando la disidencia y la sublevación en las zonas recientemente dominadas, y que intentaban impedirle obtener suministros de armas provenientes de Sierra Leona, levantó el sitio en agosto de 1888 y se preparó para tomar las armas contra el invasor [25]. Reorganizó el ejército, concluyó un tratado con los británicos en Sierra Leona en mayo de 1890, que le permitía comprar armas modernas en cantidades crecientes durante los tres años siguientes y entrenar sus tropas al estilo europeo. Los pelotones y las compañías fueron activados. Adoptó la defensa como su táctica militar. Por supuesto, estaba excluido que usara los «tatas» como escudos, ya que no podrían resistir la artillería. Su estrategia consistió en dotar a sus tropas de una gran movilidad, de forma que pudieran sorprender al enemigo, infligirle importantes pérdidas y desaparecer [26].

En marzo de 1890, Archinard hizo prisionero a Segur, y en su intento de derrotar a Samori antes de ceder a Humbert la comandancia del Alto Senegal-Níger, lo atacó en marzo de 1891. Archirard pensaba que el imperio de Samori se derrumbaría al primer ataque. Y aunque esta ofensiva tuvo como resultado la captura de Kankan, el 7 de abril, y la quema de Bisandougou, su efecto fue más bien el contrario, ya que no sólo proporcionó a Samori una saludable advertencia, sino que además le permitió continuar atacando a los franceses en Kankan y derrotarlos en la batalla de Dabadugu, el 3 de septiembre de 1891.

La mayor confrontación entre los franceses y Samori ocurrió en 1892. Intentando derrotar a Samori, en enero de ese año, Humbert lanzó un ataque contra la parte central del imperio, con 1.300 tiradores de rifle cuidadosamente elegidos y 3.000 porteadores. Para encontrarse con Humbert, Samori tomó personalmente el mando de su ejército de 2.500 hombres escogidos para el caso. Aunque estos hombres «lucharon como demonios, aferrándose valientemente a cualquier punto defensivo que tuvieran en su camino» —por citar las palabras de Yves Person [27]—, fueron derrotados y Humbert comsiguió capturar Bisandougou, Sanankoro y Kerwane. Es importante notar, sin embargo, que el mismo Humbert admitió que los resultados eran muy pobres en comparación con las graves pérdidas que había sufrido. Además, Samori había ordenado a la población civil que se retirara ante el avance de las tropas francesas.

Sin embargo, Samori no se hacía ilusiones. Después de los violentos encuentros con la columna de Humbert, en los que perdió más de mil hombres de sus unidades de élite, mientras que los franceses sólo perdieron alrededor de 100, se

[25] *Ibid.*, p. 209.
[26] Y. Person en M. Crowder (ed.), 1971, p. 134.
[27] *Ibid.*, p. 135.

convenció de la inutilidad de enfrentarse con sus enemigos. Tenía dos opciones ante él: rendirse o retirarse. Descartó la primera opción y decidió abandonar su tierra natal y trasladarse hacia el este para crear un nuevo imperio fuera del alcance de los europeos. Continuando todavía con su política de arrasar la tierra, empezó a desplazarse hacia el este, hacia los ríos Bandama y Comoe. Aunque en 1894 perdió la última ruta que le proporcionaba armas modernas —la ruta de Monrovia—, continuó luchando a pesar de todos los obstáculos. A principios de 1895, se encontró con una columna francesa proveniente del país de los baules que estaba bajo el mando de Monteil, y la derrotó, y entre julio de 1895 y enero de 1896 siguió adelante para conquistar el reino Abron (Gyaman) y la parte occidental de Gonja. En este momento, había conseguido crear un nuevo imperio en el interior de la Costa de Marfil y de Asante (ver Fig. 6.1)[28]. En marzo de 1897, su hijo Sarankenyi-Mori se encontró y derrotó cerca de Wa a una columna británica dirigida por Henderson, mientras que el mismo Samori atacaba y destruía Kong, en mayo de 1897, continuando hasta Bobo, donde encontró una columna francesa dirigida por Caudrelier.

Atrapado entre los franceses y los británicos, y habiendo intentado inútilmente sembrar la discordia entre ambos, devolviendo a los franceses el territorio de Bouna que codiciaban los ingleses, Samori decidió regresar con sus aliados toma, en Liberia. Por el camino fue capturado en Guelemou en un ataque sorpresa dirigido por Gouraud, el 29 de septiembre de 1898, y fue deportado al Gabón, donde murió en 1900. Su captura puso punto final a lo que un estudioso reciente ha descrito como «la serie más larga de campañas contra un único enemigo en la historia de la conquista francesa del Sudán»[29].

DAHOMEY

Al igual que Samori, Behanzin, el rey de Dahomey (Abomey), eligió la estrategia de la confrontación para defender la soberanía e independencia de su Estado[30]. El conflicto directo se desarrolló durante la última década del siglo XIX, cuando Francia declaró un protectorado sobre Porto Novo, un vasallo de Abomey. Este movimiento constituyó un serio golpe para los intereses económicos de Abomey. En 1889, el heredero del trono, el príncipe Kondo, informó al gobernador de Rivières du Sud, Bayol, que el pueblo fon nunca aceptaría semejante situación. En febrero de 1890, Bayol ordenó la ocupación de Cotonou y el arresto de todos los notables fon de la ciudad. El príncipe Kondo, que había comenzado a reinar en diciembre de 1889, bajo el nombre de Behanzin, reaccionó movilizando sus tropas. En esta época, Abomey tenía un ejército permanente, que, en tiempos de paz, contaba con 4.000 hombres y mujeres. En tiempos de guerra, el servicio militar era obligatorio para todos los hombres y contaba con el apoyo de las amazonas, que eran temibles guerreras femeninas.

[28] *Ibid.*, p. 138.
[29] T. C. Weiskel, 1980, pp. 99-102.
[30] D. Ross en M. Crowder (ed.), 1971, p. 144.

La guarnición francesa fue atacada al anochecer, y al mismo tiempo, una parte del ejército, enviada a la región de Porto Novo, comenzaba a destruir las palmeras. Tal como pensaba Behanzin, estas contramedidas económicas indujeron rápidamente a los franceses a pedir la paz. El 3 de octubre el padre Dorgère se presentó personalmente en Abomey con proposiciones de paz. Como contrapartida al reconocimiento de Cotonou como posesión francesa y al derecho de los franceses a recaudar derechos de aduana y a estacionar en el lugar una guarnición de tropas, los franceses pagarían a Behanzin una anualidad de 20.000 francos. El rey aceptó estas condiciones y el tratado se firmó el 3 de octubre de 1890. Sin embargo, el rey comenzó a modernizar su ejército con el objeto de defender el resto de su Estado. Entre enero de 1891 y agosto de 1892 compró «1.700 rifles de tiro rápido, seis cañones Krupp de diversos calibres, 5 ametralladoras, 400.000 municiones surtidas y una gran cantidad de granadas» [31], de las firmas alemanas que operaban en Lomé.

Sin embargo, los franceses estaban decididos a conquistar Dahomey y obtuvieron la excusa necesaria cuando, el 27 de marzo de 1892, algunos soldados fon balearon al Residente de Porto Novo que viajaba río arriba por el Weme en la cañonera *Topaz*. El coronel Dodds, un mulato senegalés, fue encargado de esta misión y llegó a Cotonou en mayo de 1892. Porto Novo, donde los franceses reunieron 2.000 hombres, se convirtió en el centro de operaciones. Dodds desplazó a sus hombres río arriba por el Weme, y el 4 de octubre empezó su marcha hacia Abomey. Los fon unieron las tres divisiones de su ejército, que sumaba un total de unos 12.000 hombres, lo desplazaron contra el ejército invasor francés, entre el río y Abomey. Sin embargo, todos los esfuerzos de los soldados fon, que usaron sus métodos tradicionales de ataques al alba por sorpresa, de ataques inesperados, posiciones defensivas, hostigamiento de las fuerzas invasoras y otras tácticas guerrilleras, fracasaron en su intento de detener a los franceses (más aún de hacerlos retroceder). Estos los derrotaron infligiéndoles graves pérdidas, que se estimaron en los fon en 2.000 muertos (incluyendo prácticamente a todas las amazonas) y 3.000 heridos, mientras que los franceses sólo perdieron 10 oficiales y 67 hombres [32]. Pero lo que más estorbó el plan militar fon fue la destrucción de la cosecha realizada por los esclavos yorubas que habían sido liberados por el ejército de Dodds. Abomey se vio enfrentado a un grave problema de aprovisionamiento. Para evitar el hambre, algunos soldados se fueron a casa a buscar comida y defender sus pueblos del pillaje de los esclavos liberados.

Con la desintegración del ejército fon, la única solución, no es necesario decirlo, era la paz. Dodds acampó en Cana, aceptó las propuestas de Behanzin, pero pidió que pagaran una fuerte indemnización de guerra y que entregaran todas las armas. Evidentemente, tales condiciones eran inaceptables para la dignidad del pueblo fon. En noviembre de 1892, Dodds, continuando su inexorable avance, entró en Abomey, que Behanzin había incendiado antes de dirigirse a la zona norte de su reino donde se instaló. En lugar de rendirse o ser derrocado por su pueblo, tal como esperaban los franceses, Behanzin empezó más bien a reorgani-

[31] *Ibid.*, p. 158.
[32] *Ibid.*, p. 160.

zar su ejército, tarea para la cual contaba con el apoyo total de su pueblo. En marzo de 1893, estaba en condiciones de agrupar 2.000 hombres que llevaron a cabo numerosas incursiones en las zonas controladas por los franceses. En abril de 1893, los notables hicieron nuevas propuestas de paz. Estaban dispuestos a ceder a Francia la parte del sur del reino, pero no podían aceptar el derrocamiento de Behanzin, en quien ellos veían la encarnación de los valores de su pueblo y el símbolo de la existencia independiente de su Estado. Por consiguiente, los franceses lanzaron otra fuerza expedicionaria, en septiembre, también dirigida por Dodds, que ahora era general, consiguiendo conquistar la zona norte de Dahomey. Goutchilli fue nombrado y coronado rey el 15 de enero de 1894 y, el 29 del mismo mes, fue arrestado Behanzin a consecuencia de una traición [33].

LOS BAULES Y LOS FRANCESES

Solía pensarse que la oposición a los franceses en las zonas de selva de Guinea y de la Costa de Marfil no había empezado hasta después de 1900 [34]. Sin embargo, las recientes investigaciones, realizadas especialmente entre el pueblo lagoon y los baules de la Costa de Marfil, han revelado que esta opinión estaba equivocada y que la penetración francesa, comenzada a partir de la costa en dirección a tierra adentro, provocó reacciones hostiles del pueblo desde el primer momento [35]. Las primeras misiones francesas al interior del país baule, provenientes de la costa, fueron dos expediciones; la expedición militar de los tenientes Armand y Tavernost, en febrero de 1891, y la comercial de Voituret y Papillon, en marzo de 1891. Etien Komenan, el jefe de los baules de Tiassalé, estaba decidido a detener esta penetración y rehusó dar a Armand y a Tavernost un intérprete para acompañarles en su viaje hacia el norte. Por consiguiente, se vieron obligados a regresar a la costa; mientras tanto, Etien Komenan hizo asesinar a Voituret y Papillon antes de que pudieran llegar siquiera a Tiassalé [36]. Para castigar a los baules, los franceses enviaron una expedición militar dirigida por el teniente Staup, pero esta expedición fue atacada por las fuerzas de Etien Komenan el 11 de mayo de 1891 y obligada a batirse ignominiosamente en retirada hacia la costa. Cuando fracasó la fuerza, los franceses recurrieron a la diplomacia y consiguieron concluir un tratado con los baules de Tiassalé y Niamwé el 29 de diciembre de 1892 según el cual aceptaron pagar un tributo de 100 onzas de oro a cambio de la libertad de comercio con los africanos y europeos de la costa. Fue a la luz de este tratado cuando los franceses enviaron su segunda expedición exploratoria al interior del país baule, en marzo de 1893, dirigida por Jean-Baptiste Marchand, quien ya era conocido por sus hazañas militares en el Sudán occidental. A medio camino de Bandama, *en route** a Tiassalé, Marchand encontró la oposición de Etien Ko-

[33] *Ibid.*, p. 166.
[34] M. Crowder, 1968, p. 95; J. Bony, 1980, pp. 14-15.
[35] T. C. Weiskel, 1980, pp. 33-141; S. Koffi, 1976, pp. 120-89.
[36] T. C. Weiskel, 1980, pp. 38-9.
* Por el camino. En francés en el original. *(N. del T.)*

menan que había resuelto que «ningún hombre blanco pasaría a través de Tiassalé» [37]. Por consiguiente, Marchand regresó a Grand Lahou, y, habiendo reunido una fuerza de alrededor de 120 hombres, se embarcó en una invasión a Tiassalé, el 18 de mayo de 1893, logrando ocuparla una semana más tarde, después de que Etien Komenan hubiera huido. A partir de ese momento, Marchand reanudó su marcha hacia el norte, y en noviembre de 1893 entró en Gbuékékro, que los franceses rebautizaron más tarde con el nombre de Bouaké. Aquí, encontró la oposición del jefe de la ciudad, Kouassi Gbuéké, que en ese momento tenía una alianza con Samori. Marcharnd tuvo por lo tanto que continuar hasta Kong, desde donde envió un mensaje urgente a París para que enviaran una expedición destinada a ocupar Kong, con la intención de anticiparse tanto a Samori como a los británicos, así como de firmar un tratado con el dyula de Kong. Como respuesta a este llamamiento, en septiembre de 1894 se envió una expedición dirigida por Monteil, que entró en Tiassalé en diciembre del mismo año.

La expedición de Monteil encontró una resistencia incluso más decidida por parte de los baules, que se sublevaron y los atacaron en Ouossou, al norte de Tiassalé, en Ahuakro y en Moronou entre el 25 y el 28 de diciembre. Fue a causa de esta decidida oposición baule que Monteil recibió orden, en febrero de 1895, de regresar a la costa.

El período que va de 1895 a 1898 fue un período de paz en el territorio baule. Sin embargo, después de derrotar y capturar a Samori, en septiembre de 1898, los franceses decidieron emprender la ocupación real del territorio baule, comenzando a construir un puesto militar permanente en Bouaké sin consultar a los baules. También empezaron a liberar esclavos, y capturaron y ejecutaron a Katia Kofi, el jefe de los Katiakofikro, por fomentar sentimientos antifranceses en la zona. Principalmente como resultado de estas provocaciones, los grupos baules de la zona se sublevaron nuevamente y el 22 de diciembre de 1898 desplegaron todas sus fuerzas contra las guarniciones francesas de la zona, dirigidos por Kouadio Okou, jefe de Lomo; Yao Guié, un jefe ngban; Kasso, el hermano del jefe asesinado de Katiakofikro; Akafou Bulare, otro jefe ngban; y Kouamé Dié, el jefe supremo de los warebo baules. Como respuesta, los franceses declararon la zona baule territorio militar y lanzaron sucesivamente varias campañas, que tuvieron como resultado la captura de Kokumbo, el centro baule de minas de oro que fue defendido por una fuerza baule de 1.500 a 2.000 hombres en junio de 1901, la captura y la muerte del gran Kouame Dié en febrero de 1902 y la captura de Akafou Bulare (Akafou, el Hombre de Hierro) que fue golpeado hasta la muerte en su celda, en julio de 1902. Pero, recurriendo a las tácticas guerrilleras, los baules continuaron hostigando a las fuerzas francesas y la paz no fue restablecida hasta que François-Joseph Clozel, quien, en noviembre de 1902 se convirtió en gobernador interino de la colonia, tomó conciencia de la inutilidad de la fuerza y ordenó un alto en las operaciones militares [38].

[37] *Ibid.*, p. 44.

[38] Para detalles sobre todas estas campañas y la guerrilla y otros métodos usados por los baules, ver T. C. Weiskel, 1980, pp. 98-141.

CONQUISTA Y REACCION EN EL AFRICA OCCIDENTAL BRITANICA, 1880-1900

Mientras que los franceses recurrieron principalmente a la guerra para ocupar el Africa occidental francesa, durante el período que va de 1880 a 1900, los británicos, por contraste, usaron una combinación de diplomacia pacífica y de guerra. Usando el primer método realizaron con los Estados africanos un cierto número de tratados de protección, tal como hicieron en las zonas del norte de Sierra Leona, las zonas del norte de la Costa de Oro (hoy Ghana) y en algunas partes del territorio yoruba. En otras partes, por ejemplo en Asante, en Ijebu (en el territorio yoruba), en las zonas del delta del Níger y en especial en el norte de Nigeria, sin embargo, los británicos usaron generalmente la fuerza. Como reacción a los británicos, los pueblos de la zona en cuestión, tal como los del Africa occidental francesa, recurrieron a todas las alternativas que les quedaban: las del enfrentamiento, alianza o sumisión, o a una combinación de todas estas opciones. Como ejemplos, analicemos lo que ocurrió en Asante y en el sur y en el norte de Nigeria.

ASANTE (COSTA DE ORO)

En ninguna parte de Africa occidental hubo una tradición más larga de enfrentamiento entre los africanos y los europeos que la que hubo en la Costa de Oro entre los británicos y los asantes. Esta confrontación empezó en la década de 1760 y culminó en la lucha militar de 1824, en la que los asantes derrotaron a las fuerzas británicas y a sus aliados y mataron a su comandante, Sir Charles MacCarthy, el entonces gobernador de la Costa de Oro [39]. Dos años más tarde, los británicos vengaron esta derrota en la batalla de Dodowa. En 1850 y 1863 la guerra fue evitada por los pelos, pero entre 1869 y 1872, los asantes lanzaron un ataque de tres puntas que tuvo como resultado la ocupación de virtualmente todos los Estados del sur y los ribereños de la Costa de Oro. Para derrotar a los asantes, el gobierno británico lanzó una de las campañas mejor organizadas del período dirigida por uno de los oficiales más famosos de la época, el general Garnet Wolseley. Provisto de modernas armas, este ejército consiguió empujar al ejército asante a través del río Pra y entrar y saquear Kumasi, en 1874, después de una violenta resistencia hasta quemar el último cartucho por parte del ejército asante, en Amoafo, cerca de Bekwai [40].

Esta derrota decisiva de los asantes a manos de los británicos en 1874, tuvo consecuencias trascendentales y debía influir en gran medida en las reacciones de los asantes durante el período que va de 1880 a 1900. La primera consecuencia obvia fue la desintegración del imperio asante. Por el tratado de Fomena, los asantes reconocieron la independencia de todos los estados vasallos situados al sur del

[39] Para detalles sobre el levantamiento de los asantes, ver J. K. Fynn en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 19-33; A.A. Boahen, 1966; A. A. Boahen en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (ed.), 1974.
[40] J. K. Fynn en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 36-42.

Pra. Aprovechando la debilidad del poderío militar de los asantes, los estados vasallos del norte del río Volta también se separaron. Incluso el núcleo del imperio que quedaba empezó a desmembrarse. Ansiosos por ver que el imperio asante nunca pudiera resurgir, los británicos instigaron a algunos de los estados miembros de la unión asante a afirmar su independencia, y Dwaben, Kokofu, Bekwai y Nsuta empezaron a desafiar al asantehene[41]*. El conflicto entre Kumasi y Dwaben, condujo, de hecho, a una guerra civil que terminó con la derrota del primero y la migración masiva del pueblo al recientemente proclamado protectorado y colonia británica de la Costa de Oro. Por encima de todo, el asantehene fue derrocado, en parte como consecuencia del resultado de la guerra de 1874. Al morir su sucesor, sólo siete años después, estalló una guerra civil por la sucesión y en 1888 apareció Prempeh I como el nuevo asantehene.

Afortunadamente, Prempeh manifestó estar a la altura de la crisis con que tuvo que enfrentarse. Durante los tres años siguientes a su ascensión al trono, pudo volver a unir a los estados miembros de la unión Asante (o Confederación) e incluso persuadir a los dwabenes de que regresaran a su hogar. Alarmados, en parte por este resurgimiento asante y en parte por la posibilidad de que los franceses o los alemanes lo conquistaran, los británicos ofrecieron ponerlo bajo su protección. El firme pero cortés rechazo de esta oferta, por parte de Prempeh, está citado en otra parte[42]. Después de este rechazo, Prempeh procedió a realizar una invasión y derrotó a los nkoransas, los mo y los abeases en 1892. En respuesta, los británicos ofrecieron poner un residente británico en Kumasi como contrapartida al pago del estipendio anual del asantehene y de sus otros reyes importantes. El Asantehene no sólo rechazó esta oferta sino que envió a la reina de Inglaterra una misión con altos poderes «para exponer ante Su Majestad diversos asuntos que afectan al buen estado de nuestro reino»[43]. Esta misión diplomática abandonó Kumasi en noviembre de 1894 acompañada por un séquito de más de 300 personas. Llegó a la Costa del Cabo el 10 de diciembre y partió para Inglaterra el 3 de abril de 1895. El gobierno británico no sólo rehusó ver a la misión asante, sino que, mientras todavía estaba allí, dio instrucciones al gobernador de la costa diciéndole que enviara un ultimátum al asantehene para que recibiera al residente británico y pagara la indemnización de guerra de 50.000 onzas de oro impuesta a los asantes en 1874. Por supuesto que el asantehene se negó a obedecer estas peticiones, más aún cuando estaba esperando el resultado de la misión de Londres.

Utilizando esta negativa como excusa, los británicos lanzaron una expedición a gran escala contra Asante, dirigida por Sir Francis Scott. Esta expedición entró en Kumasi en enero de 1896 sin disparar un solo tiro, ya que Prempeh y sus consejeros habían decidido no luchar con los británicos sino aceptar la protección británica. A pesar de eso, Prempeh, su madre, que entonces era también la reina,

---

[41] *Ibid.*, p. 43.

* Asantehene: jefe supremo del imperio Asante. *(N. del T.)*

[42] Ver capítulo 1 de esta misma obra.

[43] I. Wilks, 1975, pp. 637-41.

sus tíos y algunos de los jefes de la guerra fueron arrestados y deportados, primero a Sierra Leona y después a las islas Seychelles, en 1900[44].

¿Por qué motivo decidieron los asantes no luchar contra los británicos en esta ocasión? Afortunadamente, tenemos la respuesta del propio Prempeh a esta pregunta, que dio durante su exilio en las Seychelles. Cuando sus jefes pidieron la guerra con los británicos, Prempeh recordó primero los días de la guerra civil en Kumasi y el papel que habían jugado los británicos trayendo la paz así como su entronización, y entonces añadió: «A través de este favor recibido de manos del gobierno inglés, no estoy preparado para luchar contra las tropas británicas a pesar de que [sic] seré capturado por ellos; en segundo lugar, prefiero rendirme para asegurar las vidas y la tranquilidad de mi pueblo y de mis compatriotas»[45].

En una edad de fuertes rivalidades imperiales, el desdichado Prempeh pensó que podía romper la tradición y usar el arma de la diplomacia en lugar del enfrentamiento militar. Pero, a la vista de las experiencias de 1874, y de la indudable superioridad militar de que disfrutaban los británicos sobre Asante, la decisión de Prempeh fue sumamente realista, inteligente y digna.

EL SUR DE NIGERIA

Los medios y métodos que adoptaron los británicos para poner toda la Nigeria moderna bajo su control, variaron, tal como variaron las reacciones de los nigerianos. La tierra de los yorubas fue ganada por los misioneros y por el gobierno de Lagos; los «Oil Rivers», por los misioneros y cónsules; el norte de Nigeria, por la Compañía Nacional Africana (desde 1866 la Royal Niger Company: Compañía Real del Níger) y el gobierno británico. Las principales armas usadas por los británicos fueron la diplomacia y la confrontación militar. Las reacciones nigerianas, por consiguiente, variaron desde la confrontación militar abierta hasta alianzas temporales y sumisión.

Principalmente como resultado de las actividades de los misioneros, la influencia británica y el comercio habían penetrado desde Lagos, ocupado en 1851, hasta la mayor parte del territorio yoruba, y en 1884 se habían concluido ya cierto número de tratados entre los británicos y muchos gobernantes yorubas, referentes al comercio, la protección y contra el comercio de esclavos. En 1886, la administración británica estaba también en condiciones de convencer a Ibadan y el Ekitiparapo (incluyendo el Ekti, Ijesha y Egba), en guerra desde 1879, para que firmaran un tratado de paz. El hecho de que en 1886 los británicos hubieran realizado tantos avances en el territorio de los yorubas, no debe sorprendernos. Además de las actividades de los comerciantes y misioneros europeos, que habían precedido a las guerras, los propios yorubas, después de luchar entre ellos desde la década de 1850, estaban cansados de guerra y necesitaban paz; de ahí su aceptación de la intervención británica. El único Estado en la tierra de los yorubas que había resistido eficazmente a los misioneros, a los comerciantes británicos y a la admi-

[44] A. A. Boahen, 1977.
[45] Citado en *ibid.*



• *Nana Prempeh I de Asante (1872-1931) durante su exilio en las Seychelles (1908). Sentada a su derecha se halla Nana Yaa Asantewaa, reina de Edweso y líder de 1.900 rebeldes asantes, y a su izquierda su madre y su padre.*

nistración de Lagos, hasta la década de 1880, fue Ijebu. Los británicos, que desde principios de la década de 1890 intentaban ocupar el territorio de los yorubas, decidieron dar una lección a Ijebu y demostrar al mismo tiempo a los Estados yorubas todavía resistentes, lo inútil de cualquier oposición [46]. En 1892, usando como pretexto un pretendido insulto al gobernador Denton, los británicos lanzaron una expedición bien preparada de alrededor de 1.000 hombres armados con rifles, ametralladoras y una Maxim. Los ijebus organizaron valientemente un ejército de 7.000 a 10.000 hombres, pero, a pesar de esta gran superioridad numérica y de que algunos de ellos llevaban armas de fuego, fueron derrotados por los invasores [47]. Como se verá, todos los Estados yorubas sobrevivientes aprendieron esta lección y no es sorprendente que entre 1893 y 1899 Abeokuta, Ibadan, Ekiti-Ijesa y Oyo consintieran de buena gana en negociar tratados y aceptaran a los residentes británicos. Fue sólo para asegurar la total sumisión de los alafin por lo que los británicos bombardearon Oyo en 1895. Abeokuta continuó siendo nominalmente independiente hasta 1914.

Mientras que los yorubas, en general, eligieron la estrategia de la sumisión, los gobernantes del reino de Benin y algunos de los gobernantes de los Estados del delta del Níger eligieron la estrategia del enfrentamiento. Aunque Benin había firmado un tratado de protección con los británicos en 1892, defendía enérgicamente su soberanía. Por supuesto que esto no fue tolerado en esa época, y, utilizando como excusa la muerte del cónsul general británico interino y de otros cinco ingleses, que viajaban a Benin, en 1897 los británicos enviaron una expedición de castigo de 1.500 hombre contra Benin. Aunque al mismo Oba le hubiera gustado someterse, la mayoría de sus jefes reunió un ejército para rechazar la invasión. Pero fueron derrotados, y la capital, saqueada de sus valiosos tesoros de bronce, fue después quemada [48].

En 1884, en el delta del Níger, tal como en muchas otras zonas de Nigeria, los británicos habían firmado ya tratados de protección con la mayoría de los jefes. Sin embargo, mientras que algunos, como Calabar y Bonny, habían permitido a los misioneros operar en sus Estados, otros no lo habían hecho. Más aún, todos ellos insistían en sus derechos soberanos para regular el comercio y cobrar impuestos a los comerciantes británicos. Los nuevos cónsules británicos, tales como Hewett y Johnston, no tolerarían esto. Un ejemplo típico de los gobernantes que ofrecieron resistencia a los cónsules británicos y a los misioneros fue Jaja de Opobo. Jaja de Opobo insistió para que los comerciantes británicos pagaran derechos de aduana y ordenó la suspensión total del comercio en el río hasta que una firma británica aceptó pagar derechos. El cónsul, Johnston, le ordenó suspender el cobro de derechos de aduana a los comerciantes ingleses. Pero, en lugar de hacer eso, Jaja envió una misión al Ministerio de Asuntos Exteriores, en Londres, para protestar contra esa orden. Cuando Jaja continuó negándose a ceder, a pesar de las amenazas de Johnston de bombardear su ciudad con las cañoneras británicas, Johnston atrajo a Jaja a bordo de su barco, en 1887, con la promesa

[46] M. Crowder, 1968, pp. 126-7.
[47] R. Smith en M. Crowder (ed.), 1971, p. 180.
[48] J. B. Webster y A. A. Boahen, 1967, pp. 247-9.

de un salvoconducto pero lo arrestó y lo envió a Accra [49], donde fue juzgado y deportado a las Indias Occidentales. Aturdidos por el trato dado a uno de los gobernantes más ricos y poderosos de los Estados del delta, y divididos internamente, los otros Estados del delta —viejo Calabar, nuevo Calabar, Brass y Bonny— se rindieron y aceptaron Consejos de gobierno impuestos por Johnston.

Otro gobernante que desafió a los británicos, fue Nana, el gobernador del río en el reino itsikeri. Al igual que Jaja, insistió en controlar el comercio en el río Benin; como consecuencia, los británicos reunieron un ejército para tomar su capital. El primer intento, en abril de 1894, fue rechazado, pero el segundo, en septiembre, tuvo éxito. Nana escapó a Lagos donde se entregó al gobernador británico, quien rápidamente lo juzgó y lo deportó, primero a Calabar y después a la Costa de Oro [50].

CONQUISTA Y REACCION EN EL NORTE DE NIGERIA

Si la conquista y ocupación del sur de Nigeria fue obra del gobierno británico con la ayuda de los comerciantes y misioneros, la del norte de Nigeria fue realizada por la Compañía Nacional Africana (desde 1886 la Compañía Real del Níger —Royal Niger Company, RNC—) y el gobierno británico, y el método principal usado, al igual que los franceses en el Sudán occidental, fue la conquista militar. Esta había sido precedida por una serie de tratados realizados entre los gobernantes del norte de Nigeria y la RNC. Estos tratados estaban calculados para asegurar la zona para los británicos más que para los franceses o los alemanes que estaban invadiendo el territorio desde el oeste y el este respectivamente.

Después de establecer el principio de la ocupación real en la Conferencia de Berlín, y de anticiparse a los franceses y a los alemanes, la RNC se sintió obligada a avanzar. Las puertas del norte pasaban a través de Ilorin y Nupe, decididas ambas a conservar su independencia y soberanía. Por consiguiente, Nupe fue invadida en 1897. De acuerdo con D. J. M. Muffett, las fuerzas de la RNC «consistían en el mayor A. R. Arnold al mando de 31 oficiales y de otros europeos, incluyendo al mismo Sir George Goldie, y 507 sodados rasos organizados en siete compañías, apoyados por 565 porteadores y un cañón de 12 pulgadas y un segundo de 9 pulgadas (ambos Whitworth), cinco cañones RML (de ánima rayada y avancarga) de 7 pulgadas y 6 Maxims 45» [51]. Tenían el apoyo de una flotilla de once barcos. El etsu de Nupe y su gran ejército, estimado entre 25.000 a 30.000 hombres de caballería e infantería y armado principalmente con las armas tradicionales, arcos, flechas, lanzas y espadas, presentaron una vigorosa defensa. No obstante, al final resultó victoriosa la RNC, derrocó al etsu y puso en su lugar a otro más manejable. Tal como señaló Crowder, Nupe fue derrotado porque no tuvo en cuenta que «lanzar cargas de caballería contra rifles de tiro rápido, artillería y cañones Maxim era la peor estrategia militar posible» [52]. En el mismo año

[49] M. Crowder, 1968, pp. 119-23; O. Ikime, 1973, p. 10.
[50] O. Ikime en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 227-8.
[51] D. J. M. Muffet en M. Crowder (ed.), pp. 283-4.
[52] M. Crowder, 1968, p. 131.



• *Jaja (1821-91), gobernante de Opobo, Estado del delta del Niger (1869-87).*

fue enviada una invasión similar contra Ilorin. Después de encontrar otra vigorosa defensa, la RNC consiguió dominar a Ilorin.

Sorprendentemente, otros gobernadores no se intimidaron por estas victorias. Por el contrario, excepto el gobernador de Zaria, todos los demás emires, aguijoneados por su odio implacable al infiel, estaban decididos a morir antes que rendir su tierra y su fe. Tal como informó a Lugard en mayo de 1902 el sultán de Sokoto, «entre nosotros y ustedes no hay tratos, excepto en tanto que entre musulmanes y no creyentes... Guerra, tal como Dios Todopoderoso nos ha ordenado»[53]. Por consiguiente, los británicos tuvieron que lanzar una serie de campañas (contra Kontagora en 1900, Adamawa en 1901, Bauchi en 1902, Kano, Sokoto y Burwuri en 1903)[54]. Los gobernantes de todos estos emiratos se sublevaron valientemente pero nunca tuvieron una respuesta eficaz para los cañones Maxim, los rifles y cañones de 7 pulgadas de avancarga de sus enemigos y, en estas condiciones, fueron derrotados.

REACCIONES Y RESPUESTAS AFRICANAS EN AFRICA OCCIDENTAL, 1900-14

Tal como se desprende de lo explicado más arriba, en 1900 los esfuerzos de los africanos por conservar su soberanía e independencia habían sido frustrados y el período que va desde 1900 hasta el estallido de la primera guerra mundial fue testigo de la introducción de diversas clases de máquinas para la administración y, sobre todo, para la explotación de los Estados recientemente adquiridos. Tal como explica Angoulvant, que fue nombrado gobernador de la Costa de Marfil en agosto de 1908:

> Lo que estaba a punto de ser establecido era el indiscutible principio de nuestra autoridad... Por parte de los nativos, la aceptación de este principio debía ser expresada con una bienvenida deferente y un respeto absoluto hacia nuestros representantes, fueran quienes fueran, con el pago completo de los impuestos a una tasa uniforme de 2,50 francos, con una seria cooperación en la construcción de caminos y carreteras, con la aceptación del porteo pagado, y siguiendo nuestro consejo [sic] con respecto al trabajo, recurriendo a nuestra justicia... las señales de impaciencia o de falta de respeto hacia nuestra autoridad y la ausencia deliberada de buena voluntad deben ser reprimidas sin demora[55].

En todas las nuevas colonias adquiridas, se perseguían los objetivos aquí señalados y se aplicaban los métodos necesarios. Se nombraron comisarios de distrito y comisarios volantes, se establecieron nuevos tribunales, se introdujeron nuevos códigos y leyes, se confirmó o se destituyó a los jefes y se nombraron nuevos, se introdujeron impuestos directos o indirectos y se exigió trabajo forzado para

[53] D. J. M. Muffet en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 284-7.

[54] Las campañas británicas en el norte de Nigeria y la valiente resistencia de los gobernantes son demasiado conocidas para ser discutidas aquí. Para detalles, ver D. J. M. Muffet en M. Crowder (ed.), 1971; R. A. Adeleye, 1971; M. Last, 1967.

[55] Citado por J. Suret-Canale, 1971, pp. 97-8.

la construcción de carreteras y ferrocarriles. Todas estas medidas generaron, naturalmente, diversas reacciones.

Durante esta segunda fase, si bien había diferencias en cuanto a los objetivos perseguidos, la estrategia adoptada para alcanzar estos objetivos, por parte de los africanos de la zona occidental, fue la misma. Los principales objetivos eran tres: recuperar la independencia y la soberanía, lo que implicaba expulsar a los gobernantes coloniales; intentar corregir o rectificar ciertos abusos o aspectos opresivos específicos del sistema colonial; o buscar acomodarse en el marco de este sistema. La estrategia adoptada durante esta fase no fue ni la sumisión ni la alianza, sino la resistencia, expresándose ésta de diversas formas: sublevaciones o revueltas, migraciones, huelgas, boicoteos, peticiones y delegaciones y, finalmente, la protesta ideológica. Durante este período, el liderazgo permaneció virtualmente igual al que había durante el período que va de 1880 a 1900, es decir, que los gobernantes tradicionales continuaron siendo los principales líderes. Ilustremos brevemente cada una de estas estrategias.

El arma más popular usada por los africanos de la zona occidental durante este período fue la sublevación o revuelta. Entre las sublevaciones, se destacaron la que dirigió Mamadou Lamine en Senegal entre 1885 y 1887; la que dirigió Fode Silla, el rey marabout de Kombo; y Fode Kabba, el gobernador musulmán de los distritos de Niamina y Casamance en Gambia, entre 1898 y 1901; la sublevación del impuesto de las cabañas, en 1898, en Sierra Leona, dirigida por Bai Bureh; la sublevación asante de 1900 en la Costa de Oro, dirigida por Yaa Asantewaa, la reina de Edweso; la sublevación ekumeku de 1898-1900 y el levantamiento de los aros que tuvo lugar en la zona oriental de Nigeria entre 1898 y 1902; las sublevaciones de los barivas de Borguy, de los sombas de Atacora, en Dahomey, entre 1913 y 1914; las sublevaciones de los mossis en Koudougou y Fada N'Gourma, en el Alto Volta, desde 1908 a 1914; la de los gurunsis en 1915-16; la de los lobis y de los djoulas en el Sudán francés, entre 1908 y 1909; el levantamiento de Porto Novo en Dahomey; las revueltas de los baules, akouses, sassandras y guros en la Costa de Marfil entre 1900 y 1914; y los numerosos levantamientos que hubo en diversas partes de Guinea entre 1908 y 1914. Es interesante notar que estas rebeliones aumentaron su intensidad durante la primera guerra mundial [56]. Tres ejemplos típicos deben ser considerados en detalle para ilustrar la naturaleza y los motivos de estas sublevaciones: la rebelión dirigida por Mamadou Lamine, la sublevación del impuesto de las cabañas y la de Yaa Asantewaa.

LA SUBLEVACION DE MAMADOU LAMINE

La sublevación de Mamadou Lamine estuvo dirigida contra la dominación extranjera. La población soninke estaba dispersa entre varios Estados que abarca-

[56] Para detalles sobre estas sublevaciones ver O. Ikime, 1973; A. E. Afigbo, 1973; B. O. Oloruntimehin, 1973 (b); J. Osuntokun, 1977; M. Crowder, 1977 (c); J. Suret-Canale, 1971, pp. 93-107; M. Crowder, 1968; (ed.), 1971; A. Duperray, 1978; I. Kimba, 1979; G. Yapé, 1977; M. Michel, 1979; T. C. Weiskel, 1980; S. Koffi, 1976. Ver también el capítulo 12.

ban el territorio del Alto Senegal. En 1880, algunos de ellos estaban más o menos sometidos a la autoridad francesa, los otros a la autoridad de Ahmadu. El trabajo de construcción de la línea del telégrafo y de la línea del ferrocarril que unía Kayes-Níger necesitaba de un gran número de trabajadores, reclutados principalmente entre los soninkes. El trabajo agotador y las precarias condiciones de vida que tenían que soportar, provocaron una alta tasa de mortalidad entre estos trabajadores. Como resultado, surgió un movimiento de protesta dirigido directamente no sólo contra las humillaciones diarias, sino especialmente contra la presencia extranjera en la región [57]. Mamadou Lamine actuó como catalizador de este movimiento agrupando en torno a él a todas las víctimas presentes y pasadas de este nuevo orden socio-político. En 1885 regresó a su tierra natal con el envidiado título de peregrino*. Su tierra se encontraba en ese momento enfrentada a una triple crisis, a la vez política, económica y social. En su primer sermón político, transfirió la crisis a un plano religioso, favoreciendo la estricta doctrina sanusiyya, que prohibía a los musulmanes vivir bajo ninguna autoridad no islámica. Esto fue suficiente para provocar la adhesión espontánea de los soninkes a su programa. Con sus viajes a Khasso, Guoy, Bambouck y Bondu consiguió que numerosos compatriotas se unieran a su causa. Al terminar el año 1875 tenía fuerzas impresionantes a su disposición, dispuestas a lanzarse a la batalla por su libertad.

La muerte de Boubacar Saada, el almamy de Bondu, y un protegido de los franceses, le proporcionó la oportunidad de lanzar su ofensiva. Omar Penda, impuesto por Francia como el sucesor del fallecido almany, rehusó otorgar a Mamadou Lamine un permiso para atravesar Bondu en su camino hacia Gambia. El jefe soninke invadió inmediatamente Bondu, en enero de 1886. Frey, que estaba en el Níger, envió contingentes a Kayes y Bakel para proteger su retaguardia. Mamadou Lamine dio entonces un giro radical a su movimiento. A partir de ese momento, sus sermones trataron únicamente de la guerra total contra los cristianos [58]. Los soninkes condenaban a los franceses así como a sus aliados africanos, tales como Omar Penda de Bondu, Sambala de Medine y los granjeros instalados en Bakel, Medine y Kayes. Algunos soninkes que servían a los franceses se unieron al campamento de Mamadou Lamine, mientras que otros, instalados en los puestos franceses, le proporcionaban información sobre los movimientos de las tropas francesas.

Contra la superioridad en armamento del enemigo, Mamadou Lamine podía contar con la superioridad numérica y el fanatismo de sus soldados, quienes estaban convencidos de que luchaban por Dios y por su patria. Después de su derrota en Bakel, recurrió a la guerra de guerrillas. En marzo de 1886, Mamadou Lamine decidió atacar Bakel, que simbolizaba la presencia francesa en la zona y la humillación del pueblo soninke. Puso sitio a la ciudad, ocupando con sus tropas todas las vías de acceso a ella. Cuando el capitán Jolly intentó aflojar su cerco atacando a los soninkes que estaban en Koungani, le obligaron a retirarse rápidamente

[57] A. K. Tandia, 1973, p. 83.

* Presumiblemente por haber peregrinado a La Meca. *(N. del T.)*

[58] *Ibid.*, p. 89.

dejando 10 muertos y un cañón en el campo de batalla. Mamadou Lamine asaltó inmediatamente la ciudad con sus 10.000 hombres. El asalto fracasó. A punto de lograr la victoria, el cuartel general soninke fue destruido por una bomba. En la confusión que siguió, los guerreros de Mamadou Lamine huyeron [59]. Sin embargo, obedeciendo sus órdenes, cortaron la línea de telégrafo que comunicaba Bakel y Kayes.

La experiencia de Bakel enseñó a Lamine que, con las armas de que disponía, nunca podría tomar los fortificados puestos franceses. Por lo tanto, adoptó la táctica de la guerra de guerrillas. Frey, que había regresado del Níger, aterrorizaba a las poblaciones de Guidimakha para apartarlas de la causa de Mamadou Lamine. Sus pueblos eran quemados y sus cosechas y ganado confiscados. Esta política sólo consiguió fortalecer a los soninkes en su decisión de liberar a su país de los franceses. Mamadou Lamine dedicó la estación de las lluvias de 1886 a reorganizar sus fuerzas. Estableció su cuartel general en Diana, en el Alto Gambia, donde levantó una fortaleza que se convirtió en un centro de propaganda y en una base de operaciones. En julio, los soninkes atacaron Senoudebou, reconquistaron Boulevane y ejecutaron a Omar Penda, el protegido francés de Bondu [60]. A partir de 1887, la alianza entre Gallieni y Ahmadu contra los soninkes precipitó el fracaso del levantamiento. Souaibou, el hijo de Mamadou Lamine, fue atacado por el ejército de Ahmadu y obligado a entregar Diafounou y Guidimakha al hijo de Al Hadj 'Umar. Mientras intentaba reunirse con su padre, fue capturado y ejecutado. En Touba-Kouta, en diciembre de 1887, Lamine fue derrotado finalmente por los franceses ayudados por mercenarios proporcionados por Moussa Molo del Alto Cassamance.

LA SUBLEVACION DEL IMPUESTO DE LAS CABAÑAS

La sublevación del impuesto de las cabañas, en 1898, fue la respuesta de los temnes y de los mendes de Sierra Leona a la consolidación de la dominación británica sobre ellos, a través del nombramiento de comisarios de distrito, el aumento de la policía de frontera, la abolición de la esclavitud y del comercio de esclavos, la instrumentación del decreto del protectorado de 1896 que autorizaba al gobierno a disponer de la tierra baldía, y, por último, la imposición de un impuesto de 5 chelines a todas las casa del protectorado de dos habitaciones y de 10 chelines a todas las que tuvieran más de dos habitaciones [61]. Todos los jefes temnes decidieron por unanimidad no pagar el impuesto y se sublevaron bajo el liderazgo de uno de ellos, Bai Bureh. El pueblo mende se unió a ellos implicando de esta manera a casi las tres cuartas partes del protectorado. Las fuerzas rebeldes atacaron y saquearon estaciones comerciales y mataron oficiales y tropas británicas y a todos los sospechosos de ayudar al gobierno colonial. Tal como informó un comisario de distrito, en abril de 1898 «el objetivo parecía ser masacrar

[59] *Ibid.*, p. 92.
[60] *Ibid.*, p. 95.
[61] Esta sección está basada en J. A. Langley, s. f.



• *Bai Bureh (c. 1854- c. 1908), líder de la rebelión de los impuestos sobre las cabañas de 1898 en Sierra Leona, fotografiado tras su detención.*

a todos los habitantes de Sierra Leona (es decir, los criollos de Freetown) y europeos y eso se está haciendo a conciencia. En lo que respecta al comercio del país ha sido destruido —han matado a numerosos comerciantes y quemado muchos locales»[62]. En mayo de 1898, los ejércitos rebeldes se hallaban a unos 40 kilómetros de Freetown y fue necesario enviar rápidamente dos compañías de tropas, procedentes de Lagos, para defender la ciudad.

¿Cuál era la verdadera naturaleza de esta sublevación? El gobernador británico de Sierra Leona, que estaba aturdido por la situación, consideraba que no sólo esta sublevación sino la resistencia general al dominio colonial que se estaba extendiendo en aquel tiempo, correspondía «a la creciente conciencia política de los africanos, a un creciente sentido de su bienestar y de su autonomía». Tal como dijo él, «los nativos están empezando a sentir su fuerza a partir del valor que les han adjudicado los hombres blancos a los productos de su país y a su trabajo, y en el futuro los hombres blancos no podrán comerciar basándose tanto en su sencillez e ignorancia del mundo como hicieron en el pasado»[63]. El análisis del gobernador Cardew es intachable e igualmente verdadero para la mayoría de las sublevaciones y guerras de guerrillas que tuvieron lugar en Africa occidental entre finales de la década de 1890 y 1914.

LA GUERRA DE YAA ASANTEWAA

De igual manera que la sublevación del impuesto de las cabañas de 1898, el levantamiento asante de 1900 fue precipitado por los intentos de los británicos de consolidar su dominio a través del derrocamiento de algunos de los jefes antibritánicos y del nombramiento de personas que no estaban tradicionalmente cualificadas para reemplazarlos y por la imposición, en 1897, de un impuesto, en este caso de 4 chelines por cabeza, como indemnización de guerra. Pero el colmo, lo que realmente precipitó la acción, fue la petición, por parte del gobernador británico Arnold Hodgson, de que le enviaran el taburete de oro para sentarse en él. Este taburete de oro era el objeto más sagrado de los asantes, que lo consideraban como la encarnación de su alma y el símbolo de su supervivencia en tanto que nación. Por consiguiente, esta solicitud sólo podía desencadenar una sublevación instantánea de casi todos los Estados principales que se hallaban bajo el liderazgo de la reina de Edweso, Naa Yaa Asantewaa[64].

Las fuerzas asantes atacaron al gobernador y a su destacamento, quienes se habían refugiado en el fuerte de Kumasi al que entonces sitiaron los asantes. Cuando el gobernador y su destacamento huyeron del fuerte, los asantes libraron numerosas batallas contra los británicos que duraron desde abril hasta noviembre de 1900, cuando Yaa Asantewaa fue arrestada y deportada a las Seychelles junto con varios generales asantes.

Sublevaciones similares, batallas campales y guerras de guerrillas se extendie-

[62] *Ibid.*
[63] *Ibid.*
[64] Para detalles, ver J. K. Fynn en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 46-9.

ron por la Costa de Marfil como respuesta a los métodos brutales, que incluían el trabajo forzado y elevados impuestos, usados por Angoulvant, el cruel gobernador, para consolidar el dominio francés y la explotación de la colonia. Esta resistencia de los baules, que estalló en 1908, continuó hasta 1910, cuando, usando conocidas tácticas de registro y destrucción, los franceses suprimieron toda la oposición que restaba con una brutalidad y crueldad que no tienen comparación en los anales de la resistencia africana. Al terminar la represión, la población de los baules había descendido de cerca de 1.500.000 a unos 260.000 en 1911 [65]. Los vecinos de los baules, los guros, los danes y los betes, resistieron hasta 1919.

MIGRACIONES MASIVAS

Las sublevaciones y revueltas no fueron la única estrategia de resistencia adoptada por los africanos entre 1900 y 1914. Un método de resistencia muy extendido consistió en la migración masiva como protesta contra la dureza de la dominación colonial. Este método fue particularmente usual en las colonias francesas, donde, al no poder recurrir a la sublevación armada a causa de las unidades militares de control que estaban estacionadas en el sector anexado, los africanos recurrieron a la huida para eludir las medidas que consideraban tan opresivas y humillantes. Es así como entre 1878 y 1889, la población fulani de los suburbios de Saint Louis emigró en gran número hacia el imperio de Ahmadu. De los 30.000 fulanis que en 1882 vivían en los suburbios, sólo quedaban 10.000 en 1889. En 1916 y 1917 más de 12.000 personas abandonaron la Costa de Marfil para dirigirse a la Costa de Oro. Durante este periodo, un gran número de personas abandonó Senegal con destino a Gambia, Alto Volta hacia la Costa de Oro, y de Dahomey a Nigeria [66]. Debe señalarse que estas migraciones y rebeliones de protesta fueron un recurso utilizado generalmente por la población rural y de las zonas interiores de las colonias, cuyo contacto directo con los europeos databa sólo de la década de 1880 y de la de 1890. En las zonas de la costa y en los nuevos centros urbanos donde vivía la élite educada y donde estaba surgiendo una clase trabajadora, se recurrió a opciones menos violentas. Estas opciones incluían huelgas, boicoteos, protestas ideológicas, utilización de la prensa y, sobre todo, el envío de peticiones y delegaciones, por parte de diversas sociedades y movimientos, a los gobiernos coloniales, tanto locales como metropolitanos.

HUELGAS

Las huelgas como arma de protesta se convirtieron en algo corriente a partir de la primera guerra mundial, pero hubo algunas en el periodo anterior. En una

[65] J. Suret-Canale, 1971, pp. 95-103. Para detalles sobre la fase final de la resistencia baule, ver T. C. Weiskel, 1980, pp. 172-210; J. Bony, 1980, pp. 17-29.
[66] A. I. Asiwaju, 1976 (b).



• *a) Oficiales franceses muestran la cabeza de un africano durante la represión de la resistencia en Costa de Marfil hacia 1900.*

fecha tan temprana como 1890, los trabajadores de la línea de ferrocarril Dakar-Saint Louis fueron a la huelga; en 1891, se declararon en huelga las mujeres de Dahomey empleadas en Camerún; en 1897, trabajadores de Lagos hicieron también una huelga pidiendo salarios más altos, una acción que Basil Davidson describió como «la primera huelga colonial importante» [67], y en 1918-19 se declaró una huelga de remeros en Cotonou y Gran Popo, en Dahomey, y en 1919 la primera huelga de estibadores en el puerto de Conakry, en Guinea [68].

LA PROTESTA IDEOLOGICA

Durante el período que estamos estudiando, la protesta ideológica se manifestó principalmente en el campo religioso: entre los cristianos, los musulmanes y los tradicionalistas. Fue así como, tal como ha mostrado B. O. Oloruntimehin,

[67] B. Davidson, 1978 (b), p. 173; A. G. Hopkins, 1966 (b).
[68] J. Suret-Canale, 1977, pp. 46-50.



• *b) Jefes prisioneros del teniente Boudet tras resistir la conquista francesa de Costa de Marfil.*

entre los mossis del Alto Volta, los lobis y los bambaras del Sudán francés, los seguidores de la religión tradicional se unieron contra la difusión de la cultura francesa, así como contra las religiones cristiana y musulmana. Los seguidores de la religión islámica, especialmente en el cinturón del Sudán occidental, volvieron también al mahdismo o fundaron movimientos tales como Mouridiyya, dirigido por Shaikh Ahamdu Bamba y el Hamalliyya, dirigido por Shaikh Hamallah para protestar contra la presencia francesa[69]. Los africanos cristianos, especialmente en las colonias del Africa occidental británica, también se rebelaron contra la dominación europea de las iglesias y la imposición de la cultura y de la liturgia europeas. Esto dio como resultado la separación de estos miembros para formar sus propias iglesias mesiánicas, milenaristas o etíopes con liturgias y doctrinas inequívocamente africanas. Ese fue el caso, por ejemplo, de la Iglesia Bautista Nativa, la primera iglesia africana, constituida en Nigeria en abril de 1888[70].

ASOCIACIONES DE ELITE

Durante este período también se formaron clubes y asociaciones organizados por africanos educados, principalmente en los centros urbanos, como vehículo de protesta contra el abuso y las iniquidades del sistema colonial. Las armas prin-

[69] B. O. Oloruntimehin, 1973 (b), pp. 32-3.
[70] E. A. Ayandela, pp. 194-8.

cipales que usaron estas asociaciones fueron periódicos, obras de teatro, folletos y panfletos [71]. Ejemplos de tales organizaciones que actuaron como perros vigilantes de la dominación colonial, fueron la Sociedad para la Protección de los Derechos de los Aborígenes (Aborigines Rights Protection Society, ARPS), formada en la Costa de Oro, en 1897, el Club de Jóvenes Senegaleses, fundado en 1910, y la Unión de los Pueblos y la Sociedad Antiesclavista y para la Protección de los Aborígenes, formadas en Nigeria en 1908 y 1912, respectivamente. La ARPS fue la más activa. Se formó para protestar contra la ley de la tierra de 1896 que daría al gobierno el control de todas las tierras llamadas baldías o desocupadas. Esta odiosa ley fue retirada como resultado de una delegación que esta asociación envió a Londres y que se reunió con el Secretario de Estado para las Colonias. A partir de entonces, la ARPS envió una serie de peticiones a las administraciones locales así como al ministerio colonial protestando contra varios proyectos de ley. Envió dos delegaciones a Inglaterra, una en 1906 para pedir la revocación del decreto de las ciudades de 1894, y la segunda en 1911, para oponerse al decreto forestal de 1910. Fue ciertamente el portavoz de la élite y de los gobernantes tradicionales del Africa occidental con más éxito y el mayor oponente al colonialismo, hasta la formación, después de la primera guerra mundial, del Congreso Nacional del Africa Occidental Británica. En el Africa occidental francesa, el Club de los Jóvenes Senegaleses, formado en 1910, también hacía campaña por la igualdad de derechos.

De esta exposición resulta evidente que los pueblos del Africa occidental inventaron toda clase de estrategias y tácticas, primero para oponerse al establecimiento del sistema colonial, y segundo, después del fracaso de sus primeros esfuerzos, para resistir medidas e instituciones específicas del sistema. En conjunto, estas estrategias y medidas demostraron no tener éxito, y, al terminar el período que estamos estudiando, el colonialismo estaba firmemente atrincherado en toda el Africa occidental.

CAUSAS DEL FRACASO

Todos los casos de insurrección y resistencia armadas fueron derrotados, por lo menos si se consideran únicamente los resultados en el lugar de la acción. Sin embargo, a los africanos de la zona occidental de Africa no les faltó ni valor ni ciencia militar. Pero sufrían una enorme desventaja frente a los invasores. Además de la superioridad técnica de las armas de sus enemigos, no tenían ninguna ventaja compensatoria real sobre los conquistadores. Es seguro que conocían mejor a su país, y la severidad de su clima, que obligó a los europeos a suspender las operaciones durante ciertos períodos del año, ocasionalmente, proporcionó a los africanos algún respiro. Pero el grueso de las tropas conquistadoras estaba constituido por africanos dirigidos por oficiales europeos, así que estos tiradores de rifle no estaban fuera de su elemento. Con frecuencia, los africanos de la zona

[71] F. Omu, 1978.

occidental, tales como los magrebíes (ver Capítulo 5), ni siquiera tenían la ventaja del número. Muchas veces, detrás de las tropas regulares de los invasores marchaban miles de auxiliares africanos, provenientes de los territorios anexados o de protectorados, cuya principal función era el pillaje sistemático del país en conflicto, con su protector al frente, para desbaratar su organización interna. Todavía más, los Estados del Africa occidental nunca consiguieron establecer una alianza orgánica que hubiera obligado a sus enemigos a presentar batalla simultáneamente en numerosos frentes. Ciertos Estados percibieron claramente la necesidad de tal alianza, pero sus intentos por hacerla no condujeron a nada. La mayoría de los resistentes recurrió a la guerra de guerrillas demasiado tarde, cuando ya habían aprendido, a través de la derrota, que ni la guerra convencional, ni los sistemas defensivos de los «tatas», les daban oportunidad alguna de éxito frente a enemigos que poseían armas capaces de una destrucción mayor. A todo esto se debe añadir el hecho, ya señalado más arriba, de que, en 1890, en la convención de Bruselas, los imperialistas acordaron no vender más armas a los africanos. Desde ese momento los africanos se encontraron con graves problemas logísticos. Finalmente, de la misma manera que los africanos de otras partes, los de la zona occidental de Africa, excepto Samori, tuvieron que usar armas pasadas de moda, tales como fusiles daneses, y arcos y flechas, frente a cañones y a la ametralladora Maxim. La fuente de la derrota africana radica en la combinación de todos estos factores.

Mirando este período heroico de la historia africana, la pregunta que se presenta, obviamente, es si la resistencia no fue «una locura heroica» o una actitud criminal. Estos autores no creen eso. Desde su punto de vista, mientras la causa por la cual los resistentes dieron sus vidas continúe obsesionando a sus descendientes, importa poco que los ejércitos africanos hayan tenido que sufrir una derrota a manos de enemigos mejor equipados.

Capítulo 7

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS EN AFRICA ORIENTAL, 1880-1914

H. A. MWANZI

Hacia el final del siglo pasado y el principio de éste, se escribió mucho sobre la respuesta africana a la penetración extranjera y la consiguiente dominación. La mayor parte de la discusión, si no toda, estuvo centrada en la dicotomía entre los resistentes, quienes, por tanto, deben ser alabados como héroes, y los llamados colaboradores, quienes, también en consecuencia, deben ser condenados como traidores. De la misma manera que en otras partes del mundo, esta clasificación surgió como resultado de la lucha nacionalista por la independencia de Africa. Los que están implicados en el movimiento tienden a verse a sí mismos como herederos de una larga tradición de lucha, cuyas raíces llegan hasta los primeros años de este siglo, o más lejos aún. Se asumió que la independencia era algo bueno y que luchar por ella era natural. Como consecuencia, todos los que habían ofrecido resistencia a la penetración europea en Africa, para preservar su independencia, eran héroes que debían ser emulados y tener un lugar de honor en las historias de los países que habían llegado a ser independientes por medio de la resistencia a la dominación colonial. Puesta en tales términos, esta opinión constituye un intento de usar las pautas del presente, con la ayuda de una visión posterior, para interpretar los acontecimientos del pasado. En la situación colonial, los que ofrecieron resistencia fueron descritos por los oficiales coloniales como imprevisores, mientras que aquellos que colaboraron fueron considerados como previsores. Hoy en día, los historiadores nacionalistas del Africa oriental condenan a los llamados colaboradores, especialmente a los jefes y a los propagandistas de la pasividad [1].

También hubo divisiones entre los que ofrecieron resistencia. Algunos optaron con la confrontación armada con los intrusos: resistencia activa. Otros, aunque no tomaron las armas, rehusaron cooperar con los intrusos. Esta forma de

[1] G. Muriuki, 1974, p. 233.

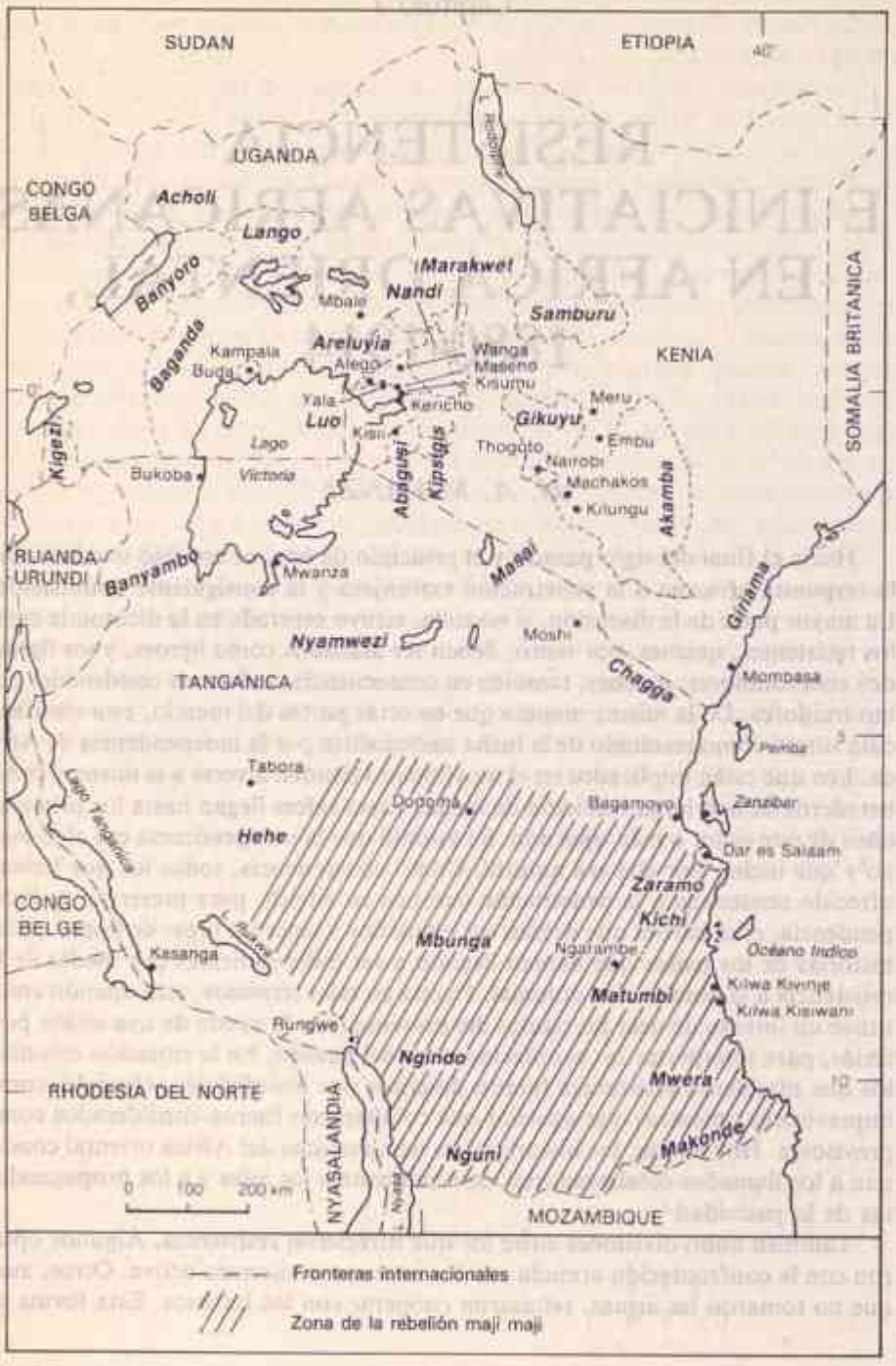


FIG. 7.1. Pueblos y políticas del este de Africa, mostrando las zonas de la rebelión Maji Maji

resistencia es mencionada como resistencia pasiva. No hubo ningún tratamiento similar para los llamados colaboradores. Con frecuencia se los junta en un único grupo indiferenciado.

Sin embargo, tal como ha señalado correctamente el profesor Abu Boahen, ver la historia de Africa en términos de héroes y villanos es una distorsión. Este enfoque no considera las circunstancias imperantes bajo las que operaron diversos grupos o individuos. Las opciones que estaban a su alcance, y su interpretación de esas opciones, pueden haber sido diferentes de las que les son impuestas tanto por los políticos como por los investigadores. Tal como sugieren Boahen, tiene sentido ver los acontecimientos de la época y a sus actores clave en términos de diplomacia, ejercida independientemente o apoyada por la fuerza. Para apreciar el alcance que podía tener la diplomacia, es necesario comprender las fuerzas socio-económicas que operaban en una sociedad concreta en la época del encuentro. Para el caso del Africa oriental, por ejemplo, una investigación de tales factores durante la década de 1890 será una base apropiada para los acontecimientos que siguieron. Pero, tal como afirman R. I. Rotberg y Ali Mazrui: «Es innegable que la introducción de las normas y del poder occidentales y del control que los acompañaba fue motivo de discusión en todas partes de Africa por los pueblos afectados» [2]. Esta controversia, sin embargo, adoptó diversas formas. «La respuesta a la invasión estuvo determinada por las estructuras que cada sociedad tenía en aquella época. Aunque todas las sociedades estaban decididas a conservar su soberanía, su reacción a la invasión no fue uniforme» [3]. Hubo variaciones de acuerdo con la cohesión social o con otros factores de una sociedad dada.

En la década de 1890 —el período que precedió a la ocupación europea del Africa oriental— las sociedades de la región habían logrado diferentes niveles de organización social [4]. Algunas, como la sociedad de los bagandas de los bunyoros en Uganda, los bayambos en Tanganica (hoy Tanzania) y los wangas de Kenia, habían alcanzado un alto grado de gobierno centralizado (ver Fig. 7.1). En tales sociedades, la respuesta a la penetración extranjera tuvo tendencia a ser dictada por el rey o por la élite en conjunto. Lo que había ocurrido en Europa en otro tiempo —«La religión del rey es mi religión»— resume bien la actitud. Otras sociedades, como la de los nyamwezis en Tanganica o los nandis de Kenia estaban viviendo el proceso conducente a un gobierno centralizado. Este proceso es mencionado con frecuencia como el proceso de formación de un Estado. Sin embargo, la gran mayoría de las sociedades de esta región no tenía gobiernos centralizados, pero esta carencia no implica una falta de gobierno. Este es un error que cometieron muchos extranjeros que en el pasado hicieron comentarios sobre las sociedades africanas.

Diversas sociedades habían tenido diferentes niveles de contacto con los europeos o los árabes, las dos fuerzas externas que afectaban a Africa oriental en esta época. En conjunto, las zonas de la costa habían tenido más contacto con los euro-

[2] R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.) 1970, p. XVIII.
[3] M.H.Y. Kaniki, en M.H.Y Kaniki (ed.), 1980, p. 6.
[4] Para una discusión detallada sobre las sociedades de Tanzania antes del colonialismo, ver A. M. H. Sheriff, en M. H. Y. Kaniki (ed.), 1980.

peos y los árabes que las zonas del interior. De los pueblos del interior, tres o cuatro grupos habían tenido más contacto con los árabes que el resto. Los akambas de Kenia y los nyambezis de Tanganica estaban implicados en el comercio de caravanas que iba del interior hasta la costa —fenómeno mencionado con frecuencia como «comercio de larga distancia»[5]—. Los bagandas, así como los wangas en Kenia, también habían tenido contacto con los árabes, comerciando con marfil y esclavos, antes de 1890. De tal manera que el grado de exposición a estas influencias extranjeras determina el tipo y la extensión de la resistencia opuesta por las diversas sociedades.

Aparte de estas influencias humanas, aparecieron ciertos cambios ecológicos en el Africa oriental en 1890, también como consecuencia de la penetración extranjera. Toda la región entró en quiebra ecológica como consecuencia de la sequía y las hambrunas subsiguientes. Aparecieron epidemias de peste bovina[6]. Sin embargo, diversas sociedades fueron afectadas por estas calamidades de manera más intensa que otras. Las sociedades de pastores, tales como los massais en Kenia, parecen haber sufrido más intensamente que el resto. Algunas ramas massais, tales como las familias waiyaki y njonjo, se refugiaron entre los kikuyus vecinos, donde se jugó un papel diferente en relación con su respuesta al avance colonial y con el sistema colonial como organización, así como con la sociedad poscolonial[7]. Otros se refugiaron junto a los nandis[8]. Algunos se ofrecieron como soldados, primero al rey Mumia de los wangas o como mercenarios entre los abaluyias, y, segundo, a los agentes imperiales británicos como parte de las fuerzas expedicionarias utilizadas en la conquista del país bautizado como Kenia. Este fue el caso especialmente de los nandis[9]. El ejemplo masai sirve para ilustrar el grado de dislocación que apareció en las diversas sociedades de esta área. Así, el colonialismo introdujo en su entorno una crisis económica con efectos secundarios.

LA LUCHA EUROPEA POR EL AFRICA ORIENTAL Y LOS MODELOS DE RESISTENCIA AFRICANA

La lucha imperialista por el Africa oriental involucró a tres poderes: el sultanato de Zanzíbar, Alemania y Gran Bretaña. El primer acto se inicia con las operaciones de los árabes desde Zanzíbar. Sus intereses en la costa y en el comercio de larga distancia con el interior se centraban en el comercio de esclavos y de marfil. Antes de 1880 y 1890, los mercaderes árabes y swahilis se contentaron con operar desde la costa. Pero durante las dos últimas décadas del siglo pasado los intereses árabes en el interior del Africa oriental chocaron con los intereses de alemanes y británicos que comenzaban su penetración en el área. Ante esto, los árabes in-

[5] Ver I. Kimambo, 1970.
[6] W. Rodney, s. f., p. 4.
[7] C. H. Mungeam, 1970, p. 137; K. J. King, 1971 (a).
[8] H. A. Mwansi, 1977.
[9] K. J. King, 1971 (a).



• Construcción del ferrocarril de Uganda.

tentaron una política de control de ciertas áreas en vista a proteger sus concesiones comerciales. Así edificaron una colonia en Ujiji, en las orillas del lago Tanganica; y en Buganda planearon un golpe a expensas de los cristianos tras su cooperación para derrocar a Mwanga del trono [10]. Los europeos del interior, incluidos misioneros y mercaderes, habían buscado la ocupación del Africa oriental impulsados por sus gobiernos respectivos con el objetivo de abastecerse con seguridad, a fin de tener las manos libres para manejar sus negocios sin estorbos.

Los métodos europeos de avance variaron de un lugar a otro, pero, en conjunto, se caracterizaron por el uso de la fuerza combinada, cuando ello era posible, mediante alianzas diplomáticas con un grupo en contra de otro. La fuerza tomó la forma de invasiones que, con frecuencia, fueron ejercicios de pillaje. Para facilitar el avance tierra adentro se construyeron ferrocarriles. El ferrocarril de Uganda, que unía el interior de Uganda y Kenia con la costa, llegó a la cuenca del lago Victoria en 1901. También los alemanes empezaron a construir redes de ferrocarriles y carreteras. La primera línea de ferrocarril se comenzó en la costa de Tanga, después de 1891, y llegó a los pies de las montañas de Usambara en 1905.

LA RESPUESTA EN KENIA

La respuesta africana a todo esto fue, tal como ya hemos indicado, tanto militar como diplomática, aunque algunas veces hubo retiradas, no cooperación o pasividad. Los nandis de Kenia, por ejemplo, resistieron militarmente la construcción del ferrocarril a través de su territorio. De todos los pueblos de Kenia, los nandis fueron los que ofrecieron la resistencia más fuerte y más larga al imperialismo británico; empezó en la década de 1890 y no terminó hasta que su líder fue asesinado por los mandos británicos cuando se dirigía a unas negociaciones que habían sido arregladas traicioneramente. Este acontecimiento debilitó la resistencia nandi y, con el tiempo, condujo a la ocupación británica de su territorio.

El hecho de que los nandis resistieran a los británicos durante más de siete años se debió a la naturaleza de su sociedad. La sociedad nandi estaba dividida en unidades territoriales llamadas *pororiet*. Guerreros de cada una de estas unidades eran responsables de defender el territorio. Por esta razón, los guerreros dormían en una cabaña común. Esto era lo más próximo a un ejército permanente. Estos ejércitos territoriales se reunían bajo el liderazgo de un *orgoiyot*, o líder tradicional. Era él quien decidía cuándo debía hacer una incursión el ejército. Los ejércitos estaban unidos a él a través de un representante personal que participaba en cada uno de los consejos territoriales. El centro de la vida social nandi era el territorio más que el clan, lo que significó la ausencia de rivalidades entre clanes. El resultado fue una sociedad con cohesión, y fue esta cohesión la que le dio una superioridad militar sobre sus vecinos. Matson escribe que «es sorprendente que una tribu tan pequeña como la de los nandis fuera capaz de aterrorizar pue-

[10] R. Oliver, 1951, p. 54.

blos mucho mayores y de continuar haciéndolo casi con impunidad durante varias décadas» [11]. Dada la cohesión social de la sociedad, así como la confianza de los guerreros tanto en sí mismos como en sus líderes, no resulta sorprendente que se convirtieran en una potencia militar con la que había que contar. Sus éxitos militares les condujeron a creer que también eran superiores a los demás pueblos, incluyendo a los hombres blancos. Tal como señala G. W. B. Huntingford, «los nandis pensaban que ellos eran por lo menos iguales, si no superiores a los hombres blancos; y cualquier estimación de los cambios producidos por el impacto de nuestra civilización debe ser considerada a la luz de este factor» [12]. Si durante más de siete años los nandis resistieron con éxito a la ocupación, esto se debió al éxito con que la sociedad había sido unida en tanto que fuerza de lucha.

Ello contrasta con la respuesta de algunas otras comunidades de Kenia. En la zona central de Kenia, por ejemplo, cada líder o grupo o clan reaccionó separadamente a la intrusión extranjera [13]. Un ejemplo típico fue la reacción de Waiyaki, entre los gikuyus. Sus padres eran originalmente massais que, a causa de los transtornos que tuvieron lugar en el territorio massai durante el siglo XIX, se habían instalado en el sur del territorio kikuyu. Waiyaki ganó aquí influencia, en parte a causa de su contacto con las caravanas comerciales. La Compañía Imperial Británica del Africa Oriental (Imperial British East Africa Company, IBEAC) lo consideraba el jefe supremo de todo el pueblo kikuyu. Pero su conducta, tal como ha señalado Muriuki, «demostró desde el principio que estaba sinceramente interesado en la amistad con el hombre blanco» [14]. Aseguró el viaje sin peligro de la expedición del conde Teleki a través de la zona sur del territorio y entró en un tratado de hermandad de sangre con Frederick Lugard, quien era entonces agente de la compañía. Entre los kikuyus, la ceremonia de la hermandad de sangre era la expresión más importante de confianza. Después de este tratado, Waiyaki permitió que Lugard construyera un fuerte en su tierra, pero cuando más tarde estos agentes del imperialismo británico rechazaron solicitudes de Waiyaki, tales como la posesión de armas de fuego, se volvió contra ellos y asaltó la estación que la compañía tenía en Dagoretti. Tiempo después cambió nuevamente sus tácticas. En un esfuerzo diplomático por salvaguardar su posición, hizo una alianza con los extranjeros, pero fue deportado. La conducta de Waiyaki ilustra el punto, algunas veces olvidado, de que nadie fue un resistente o un colaborador durante toda su vida. Los africanos cambiaban sus tácticas de acuerdo con la situación imperante, y, probablemente, a medida que aumentaban su conocimiento de las fuerzas que los rodeaban. La situación colonial era dinámica, no estática, y también fueron dinámicas las reacciones de los africanos.

Lenana, de los massais, se alió de modo similar con los británicos, al contrario que otra sección de los massais que se oponía a la presencia extranjera en la zona. Con frecuencia, los que hacían una alianza con los británicos eran recompensados con puestos tales como jefaturas en el sistema colonial. Así fue cómo

[11] A. T. Matson, 1970, p. 72.
[12] Citado por S. K. Arap Ng'eny, 1970, p. 109.
[13] Ver G. Muriuki, 1974. Ver también G. H. Mungeam, 1970.
[14] G. Muriuki, 1974, p. 152.

Lenana, a igual que muchos otros, fue nombrado jefe supremo de los massais en Kenia. La resistencia africana varió de acuerdo con la naturaleza de la sociedad y la forma que tuvo cada comunidad de percibir la amenaza exterior a su soberanía [15]. Lo que fue diferente fue el alcance y otros elementos de la resistencia. Tal como explica Ochieng, «prácticamente en todas partes de Kenia hubo resistencia a la imposición del gobierno colonial. Mejor armados, y empleando grupos de mercenarios, los británicos impusieron su autoridad sólo mediante la violencia» [16].

En la costa, la familia mazrui resistió la arremetida de la IBEAC. Esta resistencia fue liderada por Mbaruk bin Rashid, quien organizó una guerra de guerrillas contra la superioridad de los arsenales de las fuerzas británicas. Ello condujo a un reforzamiento de tropas indias convocadas por los británicos para derrotarla. Mbaruk bin Rashid huyó de Tanganica, pero sólo para caer en las manos de los alemanes. La resistencia se concretó como resultado de los intentos británicos de interferir en los asuntos internos de la sociedades costeñas. Después que la familia mazrui se estableciera en Takarungu, en la costa de Kenia, empezaron gradualmente a extender su influencia a muchas partes de la región litoral. Lograron, por ejemplo, el monopolio de la compra de granos del pueblo mijikenda a lo largo de la región, llegando así a controlar la venta de cosechas de comestibles en esa área. El monopolio encontró la resistencia de los giriamas entre 1877 y 1883 cuando estalló la guerra entre los dos grupos. Los mazruis fueron derrotados. A partir de entonces, llegaron a cierto entendimiento con los giriamas, y desde entonces las dos comunidades se convirtieron en socios comerciales. La llegada de los británicos interfirió en este acuerdo al igual que en la organización interna de la sociedad mazrui, explicando en parte la resistencia de esta última a la imposición de la dirección británica.

Cuando en 1895 el Wali Takarungu murió, la IBEAC eligió a su amigo en la región para sucederle, en vez de Mbaruk, que tenía mejores posibilidades para llegar al trono pero que era conocido por no favorecer la presencia británica [17]. Por esta razón Mbaruk intentó conducir por la fuerza a los británicos lejos del litoral.

Más allá, tierra adentro, a los akambas no les agradaba la interferencia británica en sus asuntos. La fundación de la estación de Machakos por parte de la compañía en 1889 condujo a hostilidades entre la IBEAC y la comunidad local. Los agentes de la Compañía saquearon comida y propiedades en las áreas subyacentes, especialmente cabras y ganado vacuno. También interfirieron en sitios religiosos que la gente veía como sagrados. En respuesta, la población local liderada por Msiba Mwea organizó en 1890 un boicot a la estación de la IBEAC [18], rehusando venderles comida. La paz sólo prevaleció cuando F. D. Lugard, un agente de la Compañía, arribó para hacer un tratado de paz que incluía la firma de un tratado de «hermandad de sangre» con la población local.

[15] R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.) 1970, p. XVIII.
[16] W. R. Ochieng, 1977, p. 89.
[17] *Ibid.*, p. 90.
[18] *Ibid.*, p. 91.

En el norte de Kenia, por debajo del *hinterland* Kisimayu, los somalíes del Ogadén, la familia Mazrui y los akambas resistieron la intrusión británica. Una vez más se llevaron refuerzos indios para derrotarlos en 1899. Los taitas, que habían rehusado proveer de porteadores y que se habían resistido a la presencia de caravanas de comerciantes en sus tierras, fueron derrotados en 1897 por las tropas de la IBEAC bajo el mando del capitán Nelson, quien informó que habían «hecho un ataque más determinante llegando a las armas. La lucha duró alrededor de veinte minutos y, por último, el enemigo huyó en todas las direcciones, dejando un gran número de muertos en tierra, incluyendo a Mwangeka» [19]. El mismo capitán Nelson y once de sus hombres fueron heridos por las flechas envenenadas de los taitas.

Más allá, en la Kenia occidental, entre los abaluyias, el modelo de respuesta fue idéntico, incluyendo tanto choque militares como alianzas diplomáticas. El rey Mumia de los wangas fue particularmente adepto al uso de la diplomacia. Vió a los británicos como aliados que podría utilizar para extender su influencia sobre todo el occidente de Kenia, si lo ayudaban a derrotar a sus vecinos adversarios, tales como los itesos y los luos, con quienes había estado en disputa por cierto tiempo. Los reyes wangas tenían tradición de emplear mercenarios para que lucharan a su servicio. Así, desde el punto de vista de Mumia, los británicos eran simplemente otro grupo de mercenarios para ser utilizados. Igualmente, Gran Bretaña veía en Mumia a un agente voluntario que les ayudara a extender su control sobre la zona. Y en efecto, la ocupación británica del oeste de Kenia se logró en gran medida gracias a su ayuda. Esta deuda fue libremente aceptada por los altos oficiales británicos. Entre ellos estaba sir Harry Johnston, quien resaltó que «desde el principio él (Mumia) vio a los oficiales británicos y la idea de un protectorado de esta nación con buena voluntad de corazón. Su influencia a lo largo de los problemáticos tiempos de Uganda hizo mucho para afirmar la seguridad de las comunicaciones británicas con la costa oriental» [20]. Los mismos sentimientos hicieron eco en otro oficial colonial con motivo de la muerte de Mumia, en 1949. El entonces comisionado del distrito, junto con otros altos representantes del gobierno, asistió al funeral, y concluyó su discurso ceremonial diciendo: «Ha muerto una gran figura en la temprana historia del Africa oriental» [21].

LA RESPUESTA DE TANGANICA

El modelo de respuesta de Tanganica fue similar al obtenido en Kenia, tal como se ha descrito: o sea, utilizar tanto el uso de la fuerza como las alianzas diplomáticas [22]. Mbunga se enfrentó con las fuerzas alemanas en 1891 y 1893, mientras que el *hinterland* detrás de Kilwa tenía su resistencia armada organizada bajo

[19] Citado en *Ibid.*, p. 24.

[20] Citado en W. J. Eggeling, 1948, p. 199. Eggeling añade: «Uganda tiene mucho que agradecer a Mumia».

[21] Citado en W. J. Eggeling, 1950, p. 105.

[22] Para una discusión más detallada de las respuestas de las sociedades tanzanas ante la invasión colonial, ver A. J. Temu, en M. H. Y. Kaniki, (ed), 1980.

el liderazgo de Hasan bin Omari. Los makondas desafiaron la penetración de Alemania hasta 1899[23]. Los hedes, liderados por Mkwawa, chocaron con las fuerzas alemanas en 1891, matando alrededor de 290 de sus miembros[24]. Los alemanes lanzaron una ofensiva para recuperar esta pérdida. En 1894 tomaron por asalto la región de Hehe y capturaron su capital. Pero el líder, Mkawawa, logró escapar. Después de ser perseguido durante cuatro años por sus enemigos, se suicidó para evitar su captura.

Los pueblos del litoral de Tanganica organizaron su resistencia alrededor de la persona y liderazgo de Abushiri[25]. Socialmente, la costa de Tanganica, al igual que la de Kenia, había estado dominada durante varios siglos por los swahilis y la cultura islámica. Una población mixta de árabes y africanos se casaba aquí libremente y ejercía el comercio local. Más tarde, en el siglo XIX, los árabes de la costa aumentaron significativamente sus actividades en el interior debido a la demanda de marfil y esclavos. El resultado de este comercio floreciente fue el establecimiento de numerosas ciudades a lo largo de la costa. A su llegada, los alemanes intentaron competir con este activo comercio, suplantándolo por el suyo. Las poblaciones locales, especialmente la árabe, al sentirse amenazadas, organizaron su resistencia.

Abushiri, el líder de esta resistencia, nació en 1845 y era hijo de padre árabe y madre oromo («galla»). Descendía de uno de los primeros colonos árabes en la costa, miembro de un grupo que llegó a considerarse a sí mismo como un pueblo local. Como muchos otros, se opuso a la influencia del Sultanato de Zanzíbar en la costa e, inclusive, abogó por la independencia. En su juventud organizó expediciones hacia el interior para traficar con marfil. Con las ganancias obtenidas compró una granja y plantó caña de azúcar. También efectuó campañas contra los nyamwezis, lo que le permitió congregar a guerreros que más tarde serían utilizados contra los alemanes. Bajo su guía, los pueblos costeños dispararon contra un barco de guerra alemán en Tanga, en septiembre de 1888, y dieron dos días a los alemanes para abandonar la costa. Más tarde atacaron Kilwa, matando a dos alemanes, y después Bagamoyo, con 8.000 hombres, el 22 de septiembre. Pero los alemanes, para terminar con esta «revuelta árabe», enviaron a Herman von Wissman, quien llegó a Zanzíbar en abril de 1899, atacó Abushiri en su fortaleza cerca de Bagamayo y lo expulsó. Abushiri escapó hacia Uzigua, en dirección hacia el norte, donde fue traicionado y entregado a los alemanes, quienes lo ahorcaron en Pangani el 15 de diciembre de 1889. La resistencia del litoral, finalmente, se derrumbó cuando Kilwa fue bombardeada y tomada por los alemanes en mayo de 1890[26].

Estos fueron algunos de los que tomaron las armas en Tanganica para defender su independencia. Pero los alemanes, como los británicos en Kenia, practicaron el arte de dividir y gobernar al aliarse con un grupo en contra del otro. Hubo

[23] J. Iliffe, 1967, p. 499.
[24] J. Iliffe, 1969, p. 17; ver también G. C. K. Gwassa, en B. A. Ogot (ed.), 1972 (a).
[25] A. J. Temu en M. H. Y. Kaniki (ed.), 1980, pp. 92-99; para una más amplia discusión sobre la resistencia abushiri, ver R. D. Jackson, en R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.), 1970.
[26] J. Iliffe, 1979, pp. 92-97.



• *El jefe Abushiri (1845-1849), líder de la resistencia costera contra la colonización alemana y británica en el África oriental, 1888-1889.*

muchos de estos aliados: los marealles y los kibangas, de las regiones cercanas a las montañas de Tanganica de Kilimanjaro y Usambara, por mencionar sólo dos ejemplos, estaban entre aquellos que vieron en los alemanes una oportunidad de hacer amigos para derrotar a sus enemigos. Estos pueblos, al igual que otros, como los wangas en Kenia, creyeron que estaban utilizando a los alemanes cuando, en el curso del proceso, ellos fueron usados por los alemanes mucho más de lo que pudieran advertir. Los árabes en la costa, sin embargo, fueron muy firmes en el empleo de los alemanes tal como lo fueron en el uso de los británicos, y les aportaron el primer personal de la región al servicio del imperialismo.

LA RESPUESTA DE UGANDA

Un modelo similar de respuesta al colonialismo británico tuvo por escenario Uganda (ver Fig. 7.1). En el período que se extendió entre 1891 y 1899 se enfrentaron las fuerzas de Kabarega, el rey de Bunyoro, y las de Lugard y otros agentes británicos. Después de algunos choques en los cuales las fuerzas de Kabarega fueron derrotadas, Kabarega decidió utilizar la diplomacia. En dos ocasiones intentó llegar a algún acuerdo con Lugard, pero este último no apoyó estos gestos[27]. Mwanga, el Kabaka de Buganda, trató en algunos momentos de interceder en favor del rey de Bunyoro, pero sin lograr éxito. De modo eventual, Kabarega se inclinó por la guerra de guerrillas, probablemente la primera de este tipo organizada en el Africa oriental. Avanzó desde Bunyoro hasta la tierra de Lango, en el norte, desde donde hostigó a las fuerzas británicas una y otra vez. Uno de los oficiales ingleses que ocupaba Bunyoro en ese tiempo, Thurston, comentó: «Kabarega utilizaba sus viejos trucos —causando todos los problemas posibles, sin mantener nunca una lucha honesta, prefiriendo seguir su método favorito del asesinato. Kabarega hizo que alguien envenenara a un jefe amigo, que murió, pero resulta que el envenenador fue asesinado»[28]. La descripción de Thurston es un ejemplo perfecto de la táctica guerrillera de retirarse a un país vecino y desde ahí hostigar a las fuerzas de ocupación en el propio país. Kabarega fue alcanzado en Lango, más tarde, por Mwanga, pero sus correrías fueron cortadas en 1889 y ambos reyes capturados y llevados a Kisimayu, donde Mwanga murió en 1903. En este episodio encontramos la confrontación militar y la iniciativa diplomática llevadas a cabo por Kabarega y Mwanga, como se mostrará a continuación.

Probablemente el más grande de cuantos diplomáticos tuvieron que lidiar con el advenimiento del imperialismo en el Africa oriental en la última década del siglo XIX fue Mwanga, el Kabaka de Buganda, región declarada protectorado británico en 1894. Cuando ascendió al trono en ese año ya parecía sospechar de los europeos, la mayor parte misioneros en esta época. Su actitud recelosa le condujo a procurar restringir la influencia mutua entre las poblaciones local y extranjera.

Quienes entre los bagandas habían abrazado la fe cristiana y no obedecían sus

[27] A. R. Dunbar, 1965, p. 82.
[28] Citado por A. R. Dunbar, 1965, p. 93.



• *Mwanga (1866-1903), ex rey de Buganda, y Kabarega (1850-1923), ex rey de Bunyoro, camino del exilio en las Seychelles.*

órdenes eran condenados a muerte por traidores [29]. Hoy, los cristianos los consideran mártires. Mwanga, sin embargo, resistió violentamente los intentos de los agentes británicos para tomar su país, aun cuando estuvieran enmascarados como misioneros. Pero su habilidad diplomática también se notó en la forma de manipular a varias sectas religiosas, a menudo antagónicas. En un momento, pudo dirigir a dos sectas de cristianos, católicos y protestantes, contra los musulmanes cuando consideró que estos últimos se habían hecho demasiado poderosos y, por tanto, amenazaban su control del territorio. En otro momento establecería una alianza con los musulmanes en contra de los católicos o protestantes o de ambos, según quien pensara que era peligroso para su gobierno. Mwanga fue un adepto del juego diplomático de dividir para reinar. Una táctica que las potencias colonizadoras estaban en condiciones de usar eficazmente para controlar Africa. Cuando era necesario, Mwanga recurría al resurgimiento de alguna vieja tradición, en un intento de expulsar a todos los extranjeros, tal como ocurrió en 1888 [30]. En esta ocasión intentó atraer a todos los extranjeros y a sus seguidores bagandas a una parada militar en una isla del lago Victoria. Allí los dejaría morir de hambre. Según parece los reyes bagandas tenían la tradición de realizar ejercicios navales en el lago. Mwanga pensó en hacer esto como un truco para echar a los extranjeros. Sin embargo, su plan se filtró a los extranjeros, quienes organizaron un golpe, derrocaron a Mwanga y pusieron a su hermano en el trono, como una especie de gobernante marioneta. Sin embargo, más tarde, en 1889, Mwanga consiguió recuperar su trono, sólo para ser exiliado, en 1899, a Kisimayu, donde murió en 1903.

Entre los bagandas hubo, no obstante, quienes se aliaron firmemente con el imperialismo británico, en lo que se ha conocido como el subimperialismo baganda con respecto al resto de Uganda. Los agentes bagandas fueron los responsables de la difusión del colonialismo británico en el resto del país, especialmente después del acuerdo de 1900. Entre ellos destacó Kakunguru, general muganda, quien fue punta de lanza de la difusión del control británico hacia el este y norte de Uganda. Fue él, por ejemplo, quien capturó a Kabarega cuando los británicos decidieron asaltar su escondite en Lango [31]. El acuerdo de 1900 convirtió a los bagandas en socios de los británicos en el avance del imperialismo británico por la zona. Buganda pasó a ser un lugar tan importante que muchos de los primeros administradores coloniales de Uganda eran bagandas. Como consecuencia, el odio al colonialismo se volvió directamente contra los bagandas más que contra los mismos amos coloniales. Muchos de los problemas políticos que más tarde asolaron Uganda provienen de esta primitiva asociación entre los británicos y los bagandas.

EL AFRICA ORIENTAL BAJO LA DOMINACION COLONIAL

Después de haber suprimido de esta forma toda oposición y resistencia por parte de los africanos de la zona oriental, y de haber establecido un firme control

[29] R. Oliver, 1951, p. 54, ver también R. F. Ashe, 1894, pp. 55-82.
[30] R. Oliver, 1951, p. 55.
[31] A. R. Dunbar, 1965, p. 56.

sobre sus esferas de influencia, las potencias coloniales se dispusieron a transformar la región políticamente e incluso de forma aún más importante, económicamente. Una de las primeras actividades económicas era, tal como ya hemos indicado, construir líneas de ferrocarril, tanto en Tanganica hacia las zonas de Usambara y del Kilimanjaro, como en Kenia para unir la costa con la cuenca del lago Victoria.

Con los ferrocarriles vinieron los colonos europeos. El objetivo era orientar las economías del Africa oriental hacia la exportación haciendo que la zona dependiera de los acuerdos económicos realizados en Europa. En este sentido, Africa sería una fuente de materias primas más que una zona de industrialización.

La actitud de algunos oficiales coloniales, así como de los colonos blancos, era que la región estaba ahí para tomarla. Tal como dijo el comisario británico del protectorado del Africa oriental, sir Charles Eliot, «en el Africa oriental tenemos la experiencia nada frecuente de enfrentarnos con una tabla rasa, con un país casi sin tocar y escasamente poblado, donde podemos hacer lo que queremos para regular la inmigración y abrir o cerrar la puerta según parezca mejor»[32]. No sorprende, por consiguiente que, en tanto que comisario, sir Charles Eliot animara a los colonos europeos a apropiarse de tanta tierra como les fuera posible en la zona de las tierras altas de Kenia. Ukambani fue la primera zona de Kenia que ocuparon los colonos blancos, a finales de la década de 1890. Pero, de todos los pueblos de Kenia, los massais perdieron más tierra con la colonización blanca que cualquier otra comunidad. A ellos les quitaron el doble de tierra[33], primero en 1904 cuando les trasladaron a una reserva en Laikipia, y después en 1911, cuando fueron trasladados nuevamente para dejar espacio a la colonización blanca. En ambas ocasiones, el gobierno colonial dijo que los massais habían realizado un acuerdo para entregar su tierra. Sin embargo, en la última oportunidad, los massais apelaron la decisión en un tribunal británico, que, como es natural, falló contra ellos. Estos llamados acuerdos ignoraban la naturaleza de la autoridad en el territorio massai, la autoridad descansaba en el grupo de edad predominante. Como los grupos de edad no estaban implicados en las negociaciones, los acuerdos no eran aceptables para los massais. Al mismo tiempo, la colonización blanca estaba desarrollándose también en Tanganica. En 1905 había 284 colonos blancos en Tanganica[34], principalmente en las zonas de Usambara y del Kilimanjaro.

Desde el principio, los colonos intentaron dominar estas colonias. En Kenia, por ejemplo, en 1902 habían formado ya la asociación de plantadores y granjeros para hacer presión con el objeto de que las tierras altas de Kenia fueran reservadas para ellos[35]. Los indios fueron excluidos de esta zona a pesar de que habían sido utilizados para construir el ferrocarril de Uganda. Eliot aceptó la solicitud —de la asociación de plantadores y granjeros— y confinó a los colonos indios a la tierra que estaba al lado de la línea del ferrocarril. La política de excluir a los indios de las tierras altas fue adoptada finalmente por todos los comisarios

[32] C. Eliot, 1905, p. 103.
[33] M. P. K. Sorrensen, 1968, p. 276.
[34] W. Rodney, s. f., p. 5.
[35] R. K. Tangri, 1967.

de protectorados y gobernadores coloniales posteriores a Eliot. Como respuesta, en defensa de su derecho a compartir las tierras altas, los indios formaron su propia asociación. En 1907 presentaron su caso al secretario de Estado para las Colonias, Winston Churchill, cuando visitó el Africa oriental. Sin embargo, el conflicto entre los dos grupos no fue resuelto hasta 1920. Al empezar la primera guerra mundial, los cultivos de fácil salida, que se vendían inmediatamente después de la recolección, sin necesidad de ser almacenados, y la economía de plantación de Kenia, estaban firmemente en las manos de los colonos blancos, quienes excluían tanto a los africanos como a los indios. Esta situación influyó en la respuesta africana a la presencia blanca en Kenia.

La situación en Tanganica y en Uganda era diferente. En Tanganica, empezando por la parte sur del país, los africanos fueron estimulados primero por los misioneros y después por los oficiales coloniales, a dedicarse a la producción campesina de cultivos de fácil salida, básicamente algodón y café. Además se introdujeron granjas colectivas de algodón. En 1908 los africanos producían dos tercios del algodón que exportaba Tanganica, mientras que, en 1912, la contribución africana superaba el 70 por 100 [36]. Durante el mismo período, la producción de café en la zona que se encuentra en torno al Kilimanjaro había alcanzado el mismo nivel que la de los colonos. El alcance de los cambios que se habían producido en Tanganica queda reflejado en el volumen de trabajo asalariado empleado. Se ha calculado que en 1931 la población africana asalariada de Tanganica era de 172.000 personas [37], o alrededor de 1/5 de la población masculina robusta de la época. En conjunto, «en la víspera de la Primera Guerra Mundial, la actividad económica del Africa oriental alemana tenía un nivel superior a la del Africa oriental británica. También era más variada, con un sector minero y numerosos sectores manufactureros que fabricaban bienes de consumo» [38]. Es así como en 1914, la organización y utilización del trabajo había sido reorientada hacia la creación de un excedente que era expropiado por el Estado colonial y por el comercio europeo. Tal como en Kenia, durante este período, los colonos de Tanganica buscaban controlar la colonia y asumir un papel dominante.

En comparación con lo ocurrido en Kenia y en Tanganica, es probable que la reorganización económica más importante haya sido la realizada en Uganda. El acuerdo de 1900 distribuyó tierra en Buganda, en un intento de crear una clase terrateniente que fuera leal al sistema colonial. Esta distribución de tierra condujo al desarrollo de unas relaciones de clase y de propiedad diferentes, siendo el origen de los propietarios de tierra y los arrendatarios. Además, se entendía que Uganda debía ser un país en el que predominara la producción agrícola africana. Este fue uno de los factores que actuaron como barrera para impedir un asentamiento de colonos blancos en gran escala, tal como ocurrió en Kenia y en Tanganica. A diferencia de Kenia, pero a semejanza de lo que ocurrió, en cierta medida, en Tanganica, el régimen colonial hizo esfuerzos para poner la economía orientada a la exportación en manos de la población indígena. La producción campe-

[36] W. Rodney, s. f., p. 9.
[37] *Ibid.*, p. 10.
[38] *Ibid.*, p. 14.

sina de cultivos de fácil salida se convertiría en el pilar de la economía de Uganda. Lo que empezó en Buganda se extendió finalmente a otras partes de la colonia, especialmente en el oeste, donde el clima, tal como en Buganda, era favorable. En 1907, el algodón producido de esta forma alcanzaba el 35 por 100 de todas las exportaciones de Uganda [39]. Hablando en términos generales, en la víspera de la primera guerra mundial las transacciones en efectivo estaban tan bien afirmadas en Uganda como en el resto de Africa. Los campesinos vendían sus productos a los comerciantes asiáticos y europeos. Se había establecido firmemente una economía monetaria así como las bases para una mayor incorporación al sistema capitalista.

Las exigencias del sistema enfrentaron a los africanos cara a cara con lo que había ocurrido y con lo que estaba ocurriendo entre ellos. Esto incluía la introducción del impuesto de las cabañas, las necesidades de trabajo, la pérdida de más tierra, la falta de libertad política y la corrosión de su cultura. Hubo diversas clases de respuesta y de reacciones contra estas medidas o aceptándolas, según la forma en que cada una de ellas fue experimentada.

Los impuestos fueron introducidos, no tanto o no solamente como un medio de recaudar ingresos, sino como una forma de obligar a los africanos a salir de sus hogares e introducirse en el mercado de trabajo y en la economía monetaria. Se necesitaba trabajo para las granjas de los colonos y para los trabajos públicos tales como la construcción de carreteras. Con frecuencia, los africanos trabajaban en condiciones duras. Hubo otras influencias introducidas por agentes del imperialismo más sutiles, tales como misioneros y comerciantes.

MOVIMIENTOS ANTICOLONIALES EN EL AFRICA ORIENTAL HASTA 1914

En esta primera época del colonialismo, cada localidad respondió de una forma diferente, excepto en algunos pocos casos en los que hubo una acción coordinada que abarcó una zona más grande. En Kenia, tal como en otras partes del Africa oriental, las primeras respuestas por parte de pueblos como los mazruis y los nandis intentaban proteger su independencia contra la amenaza extranjera. Las respuestas subsiguientes en el interior del país intentaban liberar al pueblo de la opresión y de la dominación colonial. Aunque no fue un período de lucha nacionalista en un sentido moderno, hay señales de que ésta comenzaba. Entre los luos, del occidente de Kenia, las protestas contra la influencia de la misión condujeron al establecimiento de una iglesia independiente, en 1910, bajo John Owalo [40]. Había empezado como católico romano, después se unió a la misión escocesa de Kibuyo, sólo para volver a cambiar y unirse a la Sociedad de la Iglesia Misionera (anglicana) de Maseno. Fue mientras estaba en Maseno cuando declaró haber recibido un llamamiento de Dios diciéndole que debía iniciar su propia religión. Tal como dice B. A. Ogot:

[39] C. Ehrlich, 1957, p. 169.
[40] M. P. K. Sorrensen, 1968, p. 280.

> Después de muchas controversias, el P. C. Nyanza... lo autorizó a comenzar su propia misión ya que su enseñanza no era subversiva con respecto al buen orden y a la moralidad. Es así como en 1910 Owalo fundó su Misión Nomia Luo..., se proclamó a sí mismo profeta y negó la divinidad de Cristo. A los pocos años tenía más de 10.000 adeptos en el distrito, había construido sus propias escuelas primarias y pedía... una escuela secundaria libre de «influencia misionera indebida» [41].

Entonces, en 1913 surgió el culto munbo, un movimiento que estaba contra la dominación blanca pero que usaba a la religión como ideología. Desde el territorio luo se extendió al de los gusiis mostrando así que tenía potencial para extenderse a otras partes de Kenia. El contenido político del movimiento no estaba disfrazado. Tal como explicó su fundador, Onyango Dande: «La religión cristiana está corrompida, y de ahí su práctica de hacer que sus creyentes lleven vestidos. Mis seguidores deberán dejarse el pelo largo... Todos los europeos son sus enemigos, pero falta un corto tiempo para que desaparezcan de nuestra tierra» [42]. La reacción del régimen colonial fue suprimir este movimiento, como también lo hicieron con cualquier otro movimiento que desafiara su dominación.

Un movimiento similar al descrito anteriormente se desarrolló entre los akambas en el oriente de Kenia. Una vez más, la religión fue utilizada. Comenzó en 1911 cuando una mujer de nombre Siotume dijo estar poseída por un espíritu. Sin embargo, el movimiento fue rápidamente tomado por un joven de nombre Kiamba, quien lo convirtió en una protesta política contra el colonialismo en Kenia [43]. Formó una especie de fuerza policial para ayudarlo a llevar a cabo su amenaza. Sin embargo, fue arrestado y el movimiento prohibido. Se trataba de una protesta contra la forma en que los colonos trataban a su fuerza africana de trabajo en Ukambani.

En su conjunto, los primeros movimientos anticoloniales en Kenia, en el período anterior a la primera guerra mundial, se desarrollaron en las partes occidentales y orientales. Los giriamas, en la costa, tuvieron la oportunidad ofrecida por la guerra para rebelarse contra el dominio colonial en 1914. Rehusaron ser trasladados para no dejar así las tierras costeñas a los colonos blancos, y en numerosas ocasiones participaron en conflictos con los británicos. Durante la resistencia mazrui contra los británicos, los primeros encontraron como aliados a los giriamas —que habían sido sus socios comerciales en el pasado—, quienes les proveyeron de comida. Más tarde en el siglo XIX, este pueblo entró en conflicto con los británicos por la prohibición que estos últimos pusieron a la caza de marfil [44]. Nuevamente en 1913, los giriamas resistieron tanto los intentos de llevarse hombres jóvenes a trabajar a granjas europeas, como la intención de reemplazar su tradicional consejo de ancianos por jefes coloniales. Por tanto, la revuelta de 1914 constituyó la culminación de una serie de resistencias. Los ingleses reaccionaron quemando casas y confiscando propiedades. Por su parte, los giriamas, al igual

[41] Ver capítulo 26 de esta misma obra; ver también B. A. Ogot, 1963, p. 256.
[42] Mencionado por M. P. K. Sorrensen, 1968, p. 280. Para una amplia discusión sobre esta cultura, véase B. A. Ogot y W. Ochieng en B. A. Ogot (ed.), 1972.
[43] M. P. K. Sorrensen, 1968, p. 281.
[44] C. B. Smith, 1973, p. 118.

que los mazruis y otros, se inclinaron por una forma de guerra de guerrillas, pero finalmente resultaron derrotados.

Uganda estuvo más en calma que Kenia. Pero en 1911, los achalis, en el norte, se rebelaron contra la dominación británica [45]. Fue una reacción contra el reclutamiento de fuerza laboral al mismo tiempo que contra el intento de desarmarlos. Una de las principales preocupaciones del colonialismo fue asegurarse que los colonizados se rindieran irremediablemente a la cruel explotación. Por esta razón, fue importante que no poseyeran armas de fuego; de ahí, la campaña para recolectar esas armas y desarmar a la población colonizada. Los acholis rehusaron entregar sus armamentos voluntariamente. Sin embargo, perdieron la batalla en la lucha posterior.

Pero el desafío más serio a la dominación colonial en el Africa oriental durante este período fue el surgimiento del Maji Maji en Tanganica, movimiento que apeló tanto a la religión como a la magia (ver Fig. 7.1). El Dr. Townsend ha resumido acertadamente la situación que caracteriza la historia colonial alemana, señalando que «durante los primeros veinte años de historia colonial alemana... los nativos han sido cruelmente tratados e injustamente explotados... el pillaje de sus tierras, sus hogares, su libertad y, frecuentemente, con crueldad y desconsideración de sus vidas, por parte de aventureros coloniales, oficiales del ejército y miembros de las compañías comerciales. Sus continuas y fieras revueltas no fueron sino el trágico testimonio de su desdicha y falta de ayuda» [46]. Esta situación no sólo se produjo en las colonias alemanas, sino que fue típica del colonialismo en todo su período africano. Fuerza de trabajo, impuestos, ultrajes y condiciones laborales se combinaron para ocasionar el surgimiento del Maji Maji.

Sin embargo, la causa inmediata fue la introducción de un plan comunal para el cultivo del algodón. Se exigió que la población trabajara en este plan durante veintiocho días al año. Pero los beneficios no iban a los trabajadores, sino que éstos recibían sumas tan bajas que algunos rehusaron aceptarlas. Esta respuesta africana no era, en sí misma, contraria al cultivo de algodón, el cual, voluntariamente, comenzaron a trabajarlo como cereal de fácil salida. Fue una reacción contra este proyecto particular que explotaba su trabajo y amenazaba la economía africana al forzar a la gente a abandonar sus propias granjas para trabajar en las públicas.

Para unir al pueblo de Tanganica en su desafío a los alemanes, el líder del movimiento, Kinjikitile Ngwale, que vivió en Ngarambe, hizo uso de las creencias religiosas. Explicó al pueblo que la unidad y la libertad de todos los africanos era un principio fundamental y que, por tanto, tenían que unirse y luchar por su libertad contra los alemanes en una guerra que había sido ordenada por Dios, y que serían ayudados por sus antecesores, los cuales iban a resucitar. Para subrayar y darle expresión concreta a la unidad de los pueblos africanos, Kinjikitile Ngwale construyó un gran templo, al que denominó la «casa de Dios», y preparó aguas medicinales (*maji*), de la que dijo que haría inmunes a las balas europeas a quien la bebiera. El movimiento, que duró desde julio de 1905 hasta agosto de

[45] A. B. Adimola, 1954.
[46] Mencionado por J. Iliffe, 1969, p. 3.

1907, se extendió por un área de 26.000 kms cuadrados del tercio sur de Tanganica. Según G. C. Gwassa:

> Este incluyó a más de veinte grupos étnicos diferentes. En su escala organizativa y variedad étnica, el Maji Maji fue un movimiento a la vez diferente y más complejo que anteriores reacciones y resistencias a la imposición del dominio colonial, ya que hasta entonces esta resistencia había estado confinada a límites étnicos. En comparación con el pasado, el Maji Maji fue un movimiento revolucionario que creó cambios fundamentales en la escala organizativa tradicional [47].

La guerra estalló en julio de 1905 y las primeras víctimas fueron el fundador del movimiento y su asistente, ahorcados el 4 de agosto de 1905. Su hermano tomó su lugar y asumió el título de «Nyamguni», una de las tres divinidades en la región, y continuó administrando el Maji, aunque no fue nada efectivo. Los antecesores no resucitaron como habían prometido y el movimiento fue brutalmente suprimido por las autoridades coloniales alemanas.

La revuelta del Maji Maji fue el primer movimiento de resistencia en gran escala a la dominación en el este de Africa. En palabras de John Iliffe, se trató del «intento final de las viejas sociedades de Tanganica de destruir el orden colonial por la fuerza» [48], y fue, realmente, un movimiento de masas campesino contra la explotación colonial. Esto sacudió al régimen germano en Tanganica, cuya respuesta fue no sólo la represión del movimiento, sino también el abandono del proyecto comunal del algodón. Se hicieron, asimismo, algunas reformas en la estructura colonial especialmente con respecto al reclutamiento laboral y su utilización, que fueron diseñados para hacer del colonialismo algo más aceptable para los africanos. Pero la rebelión falló y este proceso hizo creer más aún que «la muerte de las viejas sociedades (era) inevitable» [49].

En conjunto, entre 1890 y 1914 tuvieron lugar cambios dramáticos en el Africa oriental. Se impuso el colonialismo a los pueblos, en algunos casos en forma violenta, aun cuando la violencia estuvo a veces enmarcada bajo forma de ley. Las respuestas africanas al impacto inicial combinaron la confrontación militar con esfuerzos diplomáticos en un intento vano de preservar su independencia. En los lugares donde los africanos no impulsaron actividades militares o diplomáticas, consintieron o permanecieron indiferentes, excepto cuando se les hacían demandas directas. El establecimiento del colonialismo significó la reorganización de la vida política y económica de los pueblos. Se introdujeron impuestos, se practicaron trabajos forzados y privaciones generales de derechos políticos. Algunos africanos respondieron a estos cambios violentamente. Otros, consintieron. En Tanganica y Uganda, bastantes africanos pasaron a ser campesinos que cultivaban productos de fácil salida, especialmente algodón y café. En Kenia, a los africanos se les negó dicha producción. La economía se basó en la instalación de colonos. Las variadas respuestas africanas han sido señaladas antes. Pero habría más en el período posterior a la primera guerra mundial.

---

[47] G. C. K. Gwassa en T. O. Ranger e I. Kimambo (ed.), 1972, p. 202.
[48] J. Iliffe, 1979, p. 168.
[49] *Ibíd.*

Capítulo 8

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS EN AFRICA CENTRAL, 1880-1914

A. ISAACMAN Y J. VANSINA

Este capítulo [1] estudia la naturaleza cambiante de la resistencia a la dominación europea en Africa central durante el período que va de 1880 a 1914. Africa central se define como la zona incluida en los Estados del Congo belga (hoy Zaire), Rhodesia del Norte (hoy Zambia), Nyasa (hoy Malawi), Angola y Mozambique. Al igual que muchas regiones de Africa en vísperas de la lucha, esta zona estaba ocupada por una multitud de pueblos organizados en Estados o sistemas políticos centralizados o en unidades políticas de pequeña escala [2]. Entre la primera categoría se encontraban los reinos de Lunda y de Luba del Congo belga, los Estados humbe y chokwe de Angola, el reino mozambiqueño de los mwenemutapas, el reino undi de Nyasa y los numerosos Estados fundados por los ngunis y los kololos en las cuencas del Zambeze-Limpopo. Entre las unidades políticas más pequeñas se encontraban los yaos y la zona de lagos de Tongo en Nyasa, los bisas y lalas de Rhodesia del Norte, los senas, tongas y chopis de Mozambique, los kisamas, babongas y loangos de Angola y los logas, mongos, ngombem, budgas y bowas del Congo belga (Ver Fig. 8.1). Aunque los historiadores pueden haber sobreestimado el grado de desorden y de las tensiones que había en el seno de estas sociedades, la fragmentación política, los particularismos étnicos y regionales y los conflictos internos entre los estratos en competencia [3], oponían se-

[1] Este capítulo fue encargado en 1975 y terminado en 1976.

[2] Para más detalles, ver el Volumen VI de esta historia.

[3] Usamos el término estrato para indicar la diferenciación socio-económica que existía en la mayoría de las sociedades precoloniales del Africa central. La ausencia de trabajos extensivos realizados sobre el terreno que analicen la organización de las economías precapitalistas y el proceso relacionado de la formación de las clases, impide definir (ni siquiera con un mínimo de certeza) el grado real de estratificación de estas sociedades. No cabe duda de que en un cierto número de sociedades comerciales, a mediados del siglo XIX, la clase había reemplazado al parentesco en tanto que variable social dominante, pero en muchos otros casos los datos disponibles son insuficientes y no podemos hacer esa distinción. Los trabajos de Catherine Coquery-Vidrovitch, Claude Meillassoux, Emmanuel Terray y Maurice Godelier, aunque no concuerdan totalmente, representan un importante adelanto teórico para un análisis de la formación de las clases en las sociedades africanas precapitalistas.

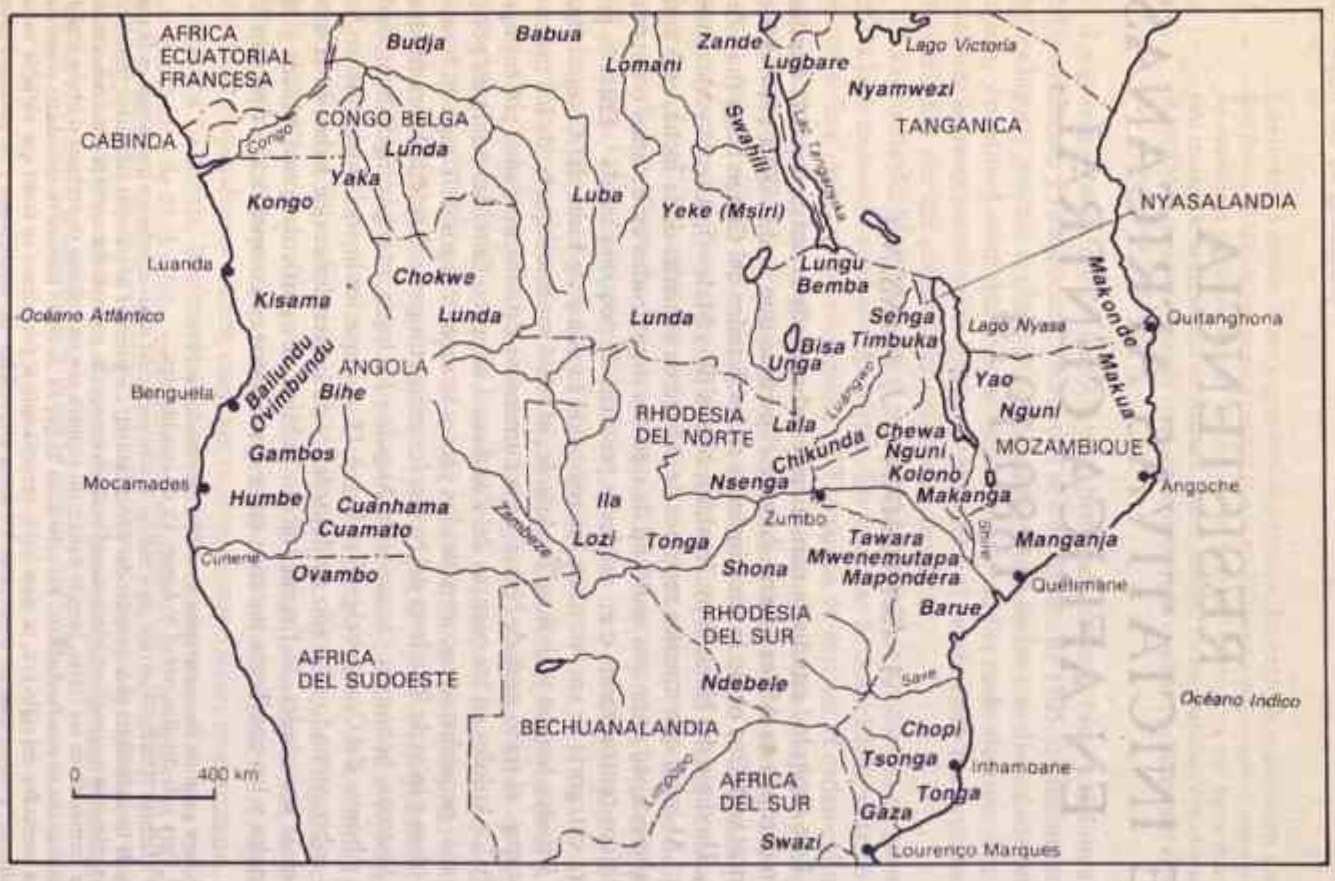


FIG. 8.1. Pueblos y políticas del Africa Central, hacia 1900

rias limitaciones a la capacidad de los pueblos del Africa central para reaccionar frente a los europeos. Sin embargo, a pesar de estas tendencias divisoras, la confrontación y la resistencia continuaron siendo la reacción predominante a la conquista imperialista europea y a la ocupación.

Más que describir simplemente la actividad anticolonial de un país a otro, nos hemos centrado en los modelos de oposición que caracterizaron a la región como un todo. Analizar las reacciones africanas en términos de objetivos de los participantes permite identificar tres grandes categorías:

1) oposición o confrontación que intentaban conservar la soberanía de las sociedades indígenas;
2) resistencia localizada que buscaba mejorar abusos específicos impuestos por el régimen colonial;
3) rebeliones cuyo objetivo era destruir el sistema extranjero que generaba estos abusos.

Aunque la resistencia localizada y las sublevaciones están tratadas como categorías analíticas discretas, es importante insistir en que los resistentes tenían tendencia a ajustar sus objetivos a realidades políticas y militares contemporáneas.

LA LUCHA POR CONSERVAR LA INDEPENDENCIA: LA ERA DE LA CONFRONTACION Y DE LA ALIANZA

Durante el período posterior a 1880, la intensificación de la competencia imperialista entre las naciones europeas precipitó una invasión sin precedentes en Africa. La intensidad en la conquista y ocupación fue medida de forma perfectamente clara en el Congreso de Berlín, en el que se aceptó que el control real fuera el requisito previo para el reconocimiento internacional de las propiedades territoriales europeas. Enfrentados con esta nueva amenaza a su soberanía, los pueblos del Africa central reaccionaron de diversas formas. Algunos, tales como los lozis, se embarcaron en una acción diplomática que retrasara los acontecimientos, mientras que otros, como los inhambane tongas y senas, se aliaron con los europeos en un esfuerzo por liberarse del dominio opresivo de una aristocracia africana extranjera. En cambio muchos Estados del Africa central y caciques con menos poder que el de esos Estados tomaron las armas para proteger su autonomía. Aunque compartían un objetivo común, los adversarios diferían sustancialmente en su estrategia a corto plazo, su composición étnica, la escala y el grado de éxito que alcanzaron.

Las estrategias del enfrentamiento adoptadas por los africanos de la zona central compartían una *raison d'être**: expulsar a los europeos y proteger sus patrias, su estilo de vida y sus medios de subsistencia. Si bien el objetivo supremo continuaba siendo la independencia política, muchos Estados africanos estaban dispuestos a movilizar sus fuerzas para impedir cualquier violación de su autonomía cultural o de su soberanía económica. En Nyasa, por ejemplo, los ngoni de Gomani atacaron enclaves misioneros (en 1896), en parte para protestar contra el

* Razón de ser. En francés en el original. *(N. del T.)*

efecto debilitante del cristianismo, mientras que en Mozambique los barues frustraron los esfuerzos de Lisboa para incorporarlos a su imperio usando a la Iglesia Católica para convertir a la familia real [4]. Los abusos económicos también motivaron a numerosos gobiernos a adoptar una postura hostil hacia los imperialismos europeos. Una de las fuentes principales de fricción era el esfuerzo que hacían los gobiernos europeos y sus agentes comerciales y misioneros para rebajar la posición de los intermediarios de numerosos Estados del interior y terminar con el comercio de esclavos que ya no era compatible con el deseo de las potencias capitalistas de tener mercados «estables» y materias primas. Durante las dos últimas décadas del siglo, los yaos, makuas, yekes, chikundas, ovimbundus y chokwes, entre otros, ofrecieron una enérgica resistencia a las presiones extranjeras. Al mismo tiempo, muchos campesinos y agricultores luchaban por conservar el control de los medios de producción e impedir la expropiación de su tierra, su ganado, su trabajo y sus mujeres.

Los líderes africanos reconocían la necesidad de neutralizar la ventaja europea en materia de armas si querían sobrevivir. Muchas sociedades que ya participaban en un comercio internacional se beneficiaron del acceso al mercado de armas y habían adquirido vastos arsenales a cambio de cautivos. Los chokwes, ovimbundus y y chikundas tuvieron tanto éxito que con frecuencia sus fuerzas estaban mejor armadas que las tropas portuguesas o las que del Estado libre del Congo que intentaban conquistarlos. Otros pueblos del Africa central, que hasta este momento no habían estado implicados en aventuras comerciales extensas, aumentaron sus exportaciones para obtener fusiles modernos y municiones. Durante el último cuarto de siglo, por ejemplo, y anticipándose a un enfrentamiento con los europeos, los avambos, shangaanes e incluso numerosas ramas de los ngunis adquirieron rifles modernos [5]. Siempre que era posible ampliaban sus arsenales por medio de una hábil diplomacia. Los jefes de Gaza consiguieron enfrentar a los británicos con los portugueses y adquirir armas de los primeros, mientras que los militantes bembas compraron armas a los árabes, quienes temían la creciente presencia británica [6]. Otros Estados, tales como Quintanghona, en el norte de Mozambique, y los gobiernos chikundas del valle del Zambeze aceptaron incluso reconocer el dominio nominal de Portugal a cambio de grandes alijos de armas que, finalmente, fueron usados contra las fuerzas de Lisboa [7].

Un cierto número de sociedades africanas desarrolló también su capacidad de

[4] Para un debate sobre los esfuerzos de los portugueses para usar el catolicismo como mecanismo de control social, ver A. Isaacman, 1973: usa datos orales para reinterpretar el significado de lo que se suponía que era un rito católico.

[5] W. G. Clarence-Smith y R. Moorsom, 1975, pp. 372-3: examinan el impacto sobre los ovandos y su respuesta al colonialismo portugués y surafricano; I. Linden, en B. Pachai (ed.), 1972, pp. 246-7: alguna información interesante sobre los modelos iniciales de interacción entre los maseko ngunis y los británicos; D. L. Wheeler, 1968, pp. 585-602: un análisis de los inútiles esfuerzos de Gungunyane por conservar la independencia de los shangaanes por medio de la diplomacia.

[6] D. L. Wheeler, 1968, p. 591; A. D. Roberts, 1974, pp. 202-3: el mejor estudio sobre los bembas publicado hasta la fecha.

[7] N. Hafkin, 1973, pp. 375-7: un importante análisis sobre el comercio de esclavos y la resistencia conservadora a los portugueses; A. Isaacman, 1976, pp. 22-49: un análisis sobre los diversos tipos de movimientos de resistencia con un énfasis especial en el desarrollo de la conciencia política de las fuerzas anticolonialistas.



• *Un jefe bemba recibe a un europeo en su poblado, 1883.*

defensa por medio de innovaciones militares internas. Los barues desarrollaron plantas de municiones que producían pólvora, rifles e incluso piezas para su artillería [8]. Se construyeron nuevas estructuras defensivas o se desarrollaron las existentes, para hacer frente al sitio europeo, tales como la ciudad fortificada de Jumbe, en Kota, o los *aringas* de los valles del Zambeze y Lwangwa [9]. Otros africanos, entre ellos los makuas, lundas y los grupos dispares que operaban en la región de Gambo, al sur de Angola, desarrollaron tácticas de guerrilla que sofocaron los primeros avances imperialistas. Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, diversos mediums espiritistas (*svikiro*) de los barues, tawaras, tongas y otras religiones shonas (ver Fig. 8.1) proporcionaron medicinas de inspiración divina para neutralizar las armas europeas y convertir en agua sus balas [10].

A pesar del compromiso común de algunos de los africanos para impedir la dominación extranjera y adquirir armas modernas, las tácticas inmediatas que emplearon variaban sustancialmente. En numerosos casos, los Estados africanos reaccionaron violentamente contra la primera invasión europea, no obstante la abrumadora ventaja militar de que disfrutaba el enemigo [11]. Así el líder chewa, Mwase Kasungu dirigió a su pueblo en un inútil esfuerzo contra los británicos, y, por último, en 1896, se suicidó antes que capitular. Aproximadamente al mismo tiempo, los bihés de Angola tendieron una emboscada a una fuerza colonial que intentaba establecer puestos en el interior que dividirían su país, y los humbes, en el sur, atacaron a las fuerzas portuguesas, después de que Lisboa rehusara pagar una renta por mantener un pequeño fuerte dentro de sus fronteras [12].

Otros líderes africanos intentaron evitar las confrontaciones iniciales con la esperanza de que podrían, sea fortalecer su capacidad militar, sea negociar un tratado «justo», en el que la soberanía de su Estado sería reconocida. Los gungunyanes negociaron durante casi una década, tanto con los británicos como con los portugueses y estaban dispuestos a hacer una serie de concesiones próximas a la renuncia de la independencia shangaan [13]. La familia real de los barues realizó una política similar buscando conseguir el apoyo de Karl Peters, el aventurero alemán de quien ellos pensaban que tenía estrechos lazos con el gobierno de Bismarck, mientras que la esporádica resistencia bemba, de finales de siglo, se llevó a cabo sólo después de quince años de maniobras diplomáticas con Gran

[8] J. de Azevedo Coutinho, 1904, pp. 46-7: descripción de las guerras portuguesas contra los barues a principios del siglo XX.

[9] M. D. D. Newitt, 1973, pp. 226-9: un importante análisis de las poderosas familias *prazero* y sus relaciones con Lisboa. El autor también ha escrito extensamente sobre temas relacionados en *Race* y en el *Journal of African History*.

[10] J. Vansina, 1969, pp. 21-2. Ver también A. Isaacman, 1976, pp. 49-74, PP. 126-56: usos shonas de la medicina destinados a neutralizar las armas europeas.

[11] R. Tangri, 1968, pp. 2-4: un resumen de los modelos iniciales de protesta entre los malawianos.

[12] R. Pélissier, 1969, p. 67: un informe cuidadosamente documentado sobre las numerosas guerras que tuvieron lugar en el sur de Angola. El autor completa actualmente una historia militar general de Angola. D. L. Wheeler, 1963, p. 334: un examen cuidadoso de la política colonial portuguesa durante el siglo XIX.

[13] J. J. T. Botelho, 1934, volumen II, pp. 419-33: la historia militar *standard* de Mozambique. El volumen II es particularmente importante para los conflictos de finales del siglo XIX. D. L. Wheeler, 1968.



• *Gungunyane y sus guerreros.*

Bretaña [14]. En los casos más extremos, Estados como Quintanghona, en el norte de Mozambique, y los imperios chikundas del valle del Zambeze reconocieron de buena gana la autoridad nominal de los portugueses mientras éstos no hicieron esfuerzos serios para imponer la dominación colonial [15]. Sin embargo, esta estrategia condujo invariablemente al enfrentamiento, ya que el Congreso de Berlín exigía explícitamente el control real como condición previa para el reconocimiento internacional de una reclamación de posesión colonial.

Muchas sociedades del Africa central que no podían ofrecer una oposición eficaz o no lograron comprender las implicaciones de la dominación colonial, se sometieron pacíficamente en el primer momento, pero pronto se levantaron haciendo un esfuerzo por recuperar su independencia. Este modelo del enfrentamiento retardado se presentó con gran regularidad en el Congo, donde la población indígena consideraba a los agentes del Estado libre del Congo como socios comerciales y aliados contra los esclavizadores extranjeros. Sólo cuando los oficiales del Estado libre intentaron imponer tributos y trabajo obligatorio, las sociedades locales reconocieron que habían entregado su autonomía por error. Durante el período que va de 1885 a 1905, en las zonas baja y central del Congo, se sublevó más de una docena de grupos nominalmente «subyugados» [16]. De todos ellos, los que tuvieron más éxito fueron los yakas, quienes lucharon eficazmente contra los europeos durante más de una década antes de ser conquistados en 1906, y los bujas y boas, que se sublevaron, a fines de siglo, contra el trabajo forzado en las plantaciones de caucho. En el momento culminante, los rebeldes habían movilizado más de 5.000 trabajadores, que sostuvieron una larga guerra de guerrillas desde sus bases, situadas en lo profundo de la selva [17].

Además de la variedad de reacciones iniciales, los resistentes diferían en el grado de parroquialismo o de particularismo étnico. En un extremo había un cierto número de sociedades, tanto grandes como pequeñas, que se enfrentaron a los invasores sin hacer ningún esfuerzo para crear alianzas mayores. En Angola, los bihes, humbes y gangyelas combatieron inicialmente a los extranjeros sin la ayuda de sus vecinos, que compartían su odio común a los portugueses [18], mientras que Lisboa se beneficiaba en Mozambique de una intensa competencia entre los Estados chikundas conquistados, lo que impedía cualquier alianza eficaz. Incluso los Estados confederados ngonis eran incapaces o no deseaban cooperar frente a la expansión británica en Nyasaland. En la década de 1890, los masekos, gomanis y mpesenis lucharon individualmente contra la fuerza colonial británica que no disponía de hombres suficientes, y fueron aplastados, permitiendo así a los britá-

[14] A. Isaacman, 1976, pp. 49-74; A. D. Roberts, 1974, pp. 229-92: para un fascinante relato contemporáneo sobre los esfuerzos de los barues por obtener ayuda alemana, ver C. [K.] Peters, 1902, p. 116.

[15] N. Hafkin, 1973, pp. 375-7; A. Isaacman, 1976, pp. 22-48; M. D. D. Newitt, 1973, pp. 295-311.

[16] C. Young, 1965, p. 283 (mapa 5); F. Flament y otros, 1952, pp. 106-531; A. Lejeune-Choquet, 1906, da detalles sobre algunas de las insurrecciones más pequeñas y algo más sobre la resistencia principal. Ver también R. Harms, 1975, pp. 73-88.

[17] F. Flament y otros, 1952, pp. 162-4, 499. El territorio permaneció ocupado militarmente hasta 1908. Cf. M. Plancquaert, 1932, pp. 134, 138.

[18] R. Pélissier, 1969, pp. 67-72; D. L. Wheeler, 1963, p. 334.

nicos establecer la colonia de Nyasa [19]. El fracaso de las facciones en competencia, dentro de un Estado dado, para unirse frente a las incursiones europeas, representaba la prolongación lógica de sus particulares imprevistos. Hay muchos ejemplos en los que los rivales ayudaron realmente a las potencias imperialistas con la esperanza de mejorar su posición interna. Tales tendencias divisorias redujeron los esfuerzos de los lubas y de los barues por permanecer autónomos [20]. En el caso de estos últimos, Lisboa, a través de su agente imperial, la Compañía Mozambiqueña, forzó una alianza secreta con Chipitura, un miembro disidente de la aristocracia barue que aceptó reconocer la soberanía portuguesa a cambio de la ayuda de Portugal contra su rival interno Hanga.

Otros gobiernos africanos intentaron superar su limitada capacidad militar organizando alianzas anticoloniales con una amplia base multiétnica. El poderoso gobernante gaza, Gungunyane, por ejemplo, llamó a los swazis para que se unieran con él en la lucha contra los portugueses, mientras que los barues crearon una red multiétnica que incluía a los tongas, tawaras y a diversos pueblos shonas que vivían en Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe) [21]. Tal como en el caso de los barues, estas uniones temporales tuvieron efecto con más frecuencia cuando ya existían alianzas económicas, religiosas o de parentesco. La formación de la confederación yao bajo Makanjuira y la alianza malua-swahili combinaban los tres elementos, mientras que consideraciones financieras apuntalaban los malogrados esfuerzos bemba-árabes de finales del siglo XIX [22]. Ocasionalmente, rivales históricos dejaban su animosidad a un lado en un esfuerzo por sobrevivir, lo que explica la alianza del Lunda central y del Chokwe contra las fuerzas del Estado libre del Congo, a pesar de la mutua enemistad que ya tenía una generación de antigüedad. Consideraciones similares motivaron también a los mburuma nsengas y tawaras a ayudar a los chikundas a finales del siglo XIX y principios del XX y la alianza cuanhama-cuamato en el sur de Angola.

No es sorprendente que existiera una alta correlación entre el grado de particularismo étnico y la escala de los movimientos de resistencia. Donde las sociedades africanas lucharon solas, el tamaño de su ejército y su potencial para resistir fue generalmente limitado. La rápida desaparición de los Estados ngonis y de los chewas de Mwase Kasungu refleja la desventaja inherente con que se enfrentaban estos gobiernos aislados. Las alianzas con una base amplia fueron con frecuencia capaces de reunir grandes ejércitos bien equipados y generalmente presentaron una resistencia prolongada. Las fuerzas de Makajira y de sus compatriotas yaos fueron estimadas en 25.000 hombres, lo que era aproximadamente el tamaño de los ejércitos cuanhama-cuamato y del de los barues juntos [23].

Como los movimientos de resistencia no lograron su objetivo político final,

[19] J. McCracken trata reacciones ngunis diferenciales ante la penetración europea. I. Linden en B. Pachai (ed.), 1972, pp. 241-4.

[20] J. Vansina, 1966, pp. 242-4: un extenso estudio sobre el Africa Central precolonial haciendo hincapié en el Zaire. A. Isaacman, 1976, pp. 49-74.

[21] P. Warhurst, 1962, p. 59.

[22] A. D. Roberts, 1974, pp. 242, 271.

[23] E. Stokes (1966a) en E. Stokes y R. Brown (eds.), 1966, pp. 267-8: estudia la estrategia de supervivencia de los lozis bajo Lewanika; R. Pélissier, 1969, p. 103; J. de Azevedo Coutinho, 1904, p. 43.

ha habido una tendencia a minimizar o a ignorar sus logros militares inmediatos y a ponerles la etiqueta de fracasos. De hecho, con variaciones en la escala, el acceso a las armas modernas y el tamaño y la preparación de las fuerzas imperialistas produjeron una amplia gama de situaciones. Mientras que muchos gobiernos africanos fueron derrotados rápidamente, un número igualmente grande contuvo las incursiones europeas iniciales infligiendo graves pérdidas al enemigo. En el sur de Angola, los humbes y cuamatos rechazaron numerosos ataques portugueses y en la batalla de 1904 mataron a más de 300 de los 500 hombres que tenía el contingente [24]. Durante la última década del siglo XIX, los Estados chikundas derrotaron repetidamente al desorganizado ejército de Lisboa, mientras que en el norte, en Nyasa, los yaos mantuvieron a raya al ejército colonial británico durante casi cinco años [25]. Una situación similar se planteó en el Congo, donde los chokwes infligieron grandes pérdidas a la fuerza pública, durante 20 años, antes de sucumbir finalmente [26]. El éxito mayor lo tuvo, quizás, la alianza swahili-makua, que permaneció fuera de la esfera del dominio portugués hasta 1910 y los cuamatos y los cuanhamas, que no fueron derrotados hasta 1915 [27].

A pesar de estos éxitos conseguidos con tanta dificultad, en el transcurso del tiempo todas las guerras de independencia del África central fracasaron. Una combinación de numerosos factores, muchos de ellos previos a la lucha, ayudan a explicar la incapacidad africana para frustrar los avances europeos. Estos factores incluyen el origen de la conquista de un buen número de los más poderosos Estados, el particularismo étnico, divisiones en el seno de la clase o estrato dominante y, ocasionalmente, entre ella y la población vasalla. El resultado neto de todos estos factores fue limitar la probabilidad de realizar los esfuerzos anticoloniales a gran escala, con una base amplia y coordinados, lo que era necesario para contrarrestar las inequívocas ventajas de que disfrutaban las fuerzas imperialistas europeas en materia de tecnología militar y de potencia de fuego.

También las rivalidades africanas facilitaron la estrategia de dividir para reinar, que Harry Johnston y otros oficiales coloniales emplearon con una habilidad consumada. Los anales de la lucha por conservar la independencia y la soberanía africanas, están llenos de ejemplos de africanos que, no sólo se sometieron, sino que ayudaron a las potencias coloniales en un esfuerzo por vengar abusos pasados perpetrados por sus vecinos. Los inhambanes tongas y los senas ayudaron a los portugueses contra sus señores, los shangaanes y los barues, respectivamente, mientras que en el Congo un cierto número de pueblos sometidos cooperó con los belgas para liberarse del dominio de los yekes y de los árabes o de los cazadores de esclavos. Además, numerosos líderes africanos reconocían que las alianzas con los europeos podían satisfacer sus aspiraciones expansionistas y, al mismo tiempo, fortalecer su propia posición interna. Tales consideraciones moti-

[24] R. Pélissier, 1969, p. 79.

[25] A. Isaacman, 1976, pp. 22-48; E. Stokes (1966b) en E. Stokes y R. Brown (eds.), 1966, pp. 366-8: estudia la estrategia de los británicos y la reacción de los pueblos malawianos.

[26] J. Vansina, 1966, pp. 226-7.

[27] N. Hafkin, 1973, p. 384; M. D. D. Newitt, 1972 (b), pp. 670-1: un debate sobre el conflicto de intereses entre los portugueses y la élite africana traficante de esclavos y la conquista final de la región de Angoche. R. Pélissier, 1969, pp. 102-8.

varon, por ejemplo, a Tippu Tib y a los hijos de Msiri a ayudar al Estado libre del Congo[28]. Otras sociedades africanas, incluyendo en ellas algunas que al principio se opusieron a los invasores, se aliaron posteriormente con ellos[29] a cambio de beneficios materiales y promesas de una posición mejor en el nuevo orden colonial. Así fue como, una vez que los yaos fueron derrotados, ayudaron a conquistar a los mpeseni ngunis, quienes a su vez fueron utilizados por los portugueses para derrotar a los barues.

Sin los aliados y mercenarios africanos, los europeos no hubieran podido imponer su dominación con un costo tan mínimo en hombres. Más del 90 por 100 de los ejércitos portugueses que en 1902 «conquistaron» finalmente el valle del Zambeze, eran reclutas africanos[30]. Aunque no hasta este extremo, en Angola existía un modelo similar. En el norte, el ejército del Estado libre del Congo se componía de reclutas africanos con algunos mercenarios zanzíbares y hausas. Sólo los oficiales eran europeos. El éxito de la política de dividir para reinar que aplicó Harry Johnston queda demostrado también por el gran número de africanos que participó en la ocupación británica de Nyasa y de Rhodesia del Norte.

PRIMERAS RESISTENCIAS LOCALIZADAS CONTRA EL DOMINIO COLONIAL Y EL CAPITALISMO

A diferencia de la resistencia precolonial, cuyo objetivo principal era conservar la independencia, la resistencia realizada por los campesinos y trabajadores durante los primeros años del siglo XX estaba motivada directamente por los esfuerzos de los regímenes coloniales por reforzar su hegemonía e imponer relaciones capitalistas diseñadas para explotar los recursos humanos y naturales del Africa central. Aunque realizar un estudio y comparación detallados de los sistemas coloniales portugués, británico y belga escapa al ámbito de este estudio, resulta útil examinar los abusos inherentes a ellos, que generaron modelos repetidos de resistencia localizada[31].

La preocupación más inmediata de los oficiales coloniales era institucionalizar un sistema administrativo para controlar las actividades de los pueblos sometidos. Con este objeto cambiaron un número sustancial de gobernantes «tradicionales» que no cooperaban, vulnerando de esta forma la inviolabilidad cultural

[28] L. Farrant, 1975, pp. 108-11; R. Slade, 1962, pp. 94-102. Sobre Mukunda Bantu, el hijo de Msiri, ver A. Munongo, 1948; L. Bittremieux, 1936, pp. 69-83. Estaba a punto de ser aniquilado completamente por los sangas.

[29] J. McCracken en B. Pachai (ed.), 1972, p. 227; A. J. Dachs, 1972, en *idem*, pp. 288-9; A. Isaacman, 1976, pp. 49-74: uno de los pocos artículos que estudian el motivo y el impacto de los colaboracionistas.

[30] En lugar de alianza, algunos historiadores prefieren el término colaboración, y, para un análisis teórico de la colaboración, ver A. Isaacman y B. Isaacman, 1977 pp. 55-61. Para las razones que llevan al autor de este volumen a poner reparos al uso de ese término, ver la Introducción, más arriba.

[31] Para un debate sobre las políticas de los respectivos regímenes coloniales, ver T. O. Ranger en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969; J. Stengers en *idem*; R. J. Hammond en *idem*; G. J. Bender, 1978; E. Mondlane, 1969, pp. 23-58; H. Mebeelo, 1971, pp. 71-90; B. S. Krishnamurty en B. Pachai (ed.), 1972, pp. 384-405; A. A. Boavida, 1967: una amplia visión general de la explotación portuguesa en Angola.

y religiosa de la monarquía. Con el objeto de reforzar su débil dominio, enviaron policía africana sacada de las filas de los mercenarios y aliados para vigilar las actividades de los «jefes coloniales» e intimidar a la población local. Dado su deseo de autoengrandecimiento y su monopolio del poder, no resulta en absoluto sorprendente que los miembros de la fuerza pública del Congo, los «Guerras Pretas»* de Angola, los sepais de Mozambique y la policía nativa británica de Rhodesia del Norte y de Nyasa, tomaran parte en actividades de rapiña y abusaran repetidamente de su autoridad.

Para crear una fuente de mano de obra barata destinada a los proyectos gubernamentales y a los intereses capitalistas europeos, las potencias coloniales recurrieron a prácticas de trabajo forzado acompañadas por impuestos represivos. En el Congo, los africanos eran obligados a recoger caucho y a trabajar en los ferrocarriles y en las minas, mientras que en Mozambique diversas compañías multinacionales concesionarias fueron las principales beneficiarias del trabajo forzado. Otros mozambiqueños fueron deportados a Rhodesia del Sur, Africa del Sur y Santo Tomé. En Santo Tomé, en las plantaciones de cacao, se les unieron miles de angoleños. Aunque los detalles difieren, este modelo de coacción y de intimidación se repitió en el reclutamiento de africanos destinados a trabajar en las plantaciones europeas de Nyasa y posteriormente en las minas de Rhodesia del Norte[32].

Los campesinos que permanecieron en sus hogares no se vieron exentos del reclutamiento. Muchos miembros de la población rural fueron obligados por ley a proporcionar numerosas semanas de trabajo gratis en los proyectos de trabajos públicos o a enfrentarse con un encarcelamiento inmediato. También estaban sujetos a las exigencias caprichosas de los oficiales locales y con frecuencia obligados a vender sus productos a precios deflacionarios.

Resumiendo, bajo la dominación colonial los africanos sufrieron un alto costo social y económico. Las familias fueron separadas de forma temporal o permanente, y el campesinado local vivía con el miedo a los abusos perpetrados por los europeos y por los mercenarios africanos. En la esfera económica, en muchas zonas, la exportación de una parte importante de la fuerza de trabajo intensificó la escasez de la mano de obra existente, provocando el estancamiento rural y el subdesarrollo.

Estos abusos generaron repetidas protestas por parte de los campesinos y de los trabajadores cuyo objetivo era eliminar injusticias concretas más que acabar con el sistema represivo que las creaba. Contemporáneos e historiadores han ignorado esta oposición local a causa de su naturaleza esporádica. Sin embargo, la «resistencia cotidiana», la retirada, el «bandidismo social»[33] y las sublevaciones campesinas constituyeron un capítulo importante del legado anticolonial del Africa central.

---

* Guerreras negras. En portugués en el original. *(N. del T.)*

[32] Para un debate sobre el trabajo forzado, ver J. Duffy, 1967; H. W. Nevinson, 1906; C. Coquery-Vidrovitch, 1972.

[33] Este término ha sido conservado porque los autores han insistido en ello. El editor de este volumen hubiera preferido usar «actividades de comando».

Al igual que los esclavos de América del Sur, muchos africanos tomaban represalias encubiertas contra el sistema represivo. Con frecuencia, el enfrentamiento directo no era una estrategia viable ya que ambos grupos carecían de cualquier poder significativo. En lugar de esto expresaban su hostilidad a través de la evasión de impuestos, el trabajo lento y la destrucción subrepticia de propiedades. Tal como en los Estados Unidos, la población europea dominante percibía estas formas de resistencia cotidiana como una evidencia *prima facie* de la docilidad e ignorancia de sus subordinados más que como expresiones de descontento [34].

La evasión de impuestos se produjo con mucha frecuencia en todas partes del Africa central. Justo antes de que llegara el recaudador de impuestos, todo el pueblo o una parte de él huía a una región inaccesible hasta que el oficial del Estado se iba. En Rhodesia del Norte, los gwemba tonga eran evasores con un éxito notable, tal como fueron sus vecinos bisas y ungas, que huían a los pantanos Bagwelu [35].

Esta práctiva era tan común en Mozambique que un oficial hizo notar con disgusto: «Sigue sin saberse cuántas veces seis o más adultos huirán de su *kraal** dejando sólo un ciego, un enfermo o un individuo mayor que está exento de impuestos» [36]. Aquellos africanos que tenían la suerte de vivir a lo largo de las fronteras internacionales, podían cruzar de un país a otro evitando a los recaudadores de impuestos de ambas colonias. Los yakas huían periódicamente a través del río Kwango que separaba Angola del Congo, mientras que sus compatriotas se aprovechaban de la frontera sin patrullas para cruzar al Congo francés donde permanecían hasta que eran hostigados por los oficiales de impuestos locales [37]. Una estrategia similar usaban los desencantados miembros de las poblaciones rurales que vivían en la región de Milanje a lo largo de la frontera del territorio Nyasa con Mozambique y en el valle Gaerezi que separaba Rhodesia y Mozambique.

Los campesinos desarrollaron también un cierto número de técnicas para evitar o minimizar las molestias del trabajo forzado. En las situaciones más extremas, tal como en el caso de los namwhanas y lungus de Rhodesia del Norte, tomaban las armas y echaban a los reclutadores de su tierra [38]. Las injusticias en el trabajo precipitaron también la insurrección manjanga de 1893-4 en el bajo Con-

[34] Para una discusión pionera sobre este tema, ver R. A Bauer y A. H. Bauer, 1942, pp. 388-419. Más recientemente, este tema ha sido discutido por estudiosos como John W. Blasingame, Eugene Genovese y Peter Kolchin.

[35] R. I. Rotberg, 1966, p. 75: una historia de ambos países con alguna información sobre las primeras resistencias al colonialismo localizadas. H. S. Meebelo, 1971, pp. 97-8: un importante estudio sobre los movimientos de resistencia que incluye formas localizadas pocas veces discutidas.

* Kraal: poblado. *(N. del T.)*

[36] A. A. Xavier, 1889, p. 25-6: un importante relato contemporáneo sobre la dominación portuguesa. Incluye ejemplos de resistencia localizada.

[37] B. Moulaert, 1945, pp. 28-43: cuenta cómo, en Manyanga, la población local resistió a los intentos, realizados en 1885 y 893, de delimitar la frontera con el Congo francés de forma que la población pudiera huir del porte forzoso. Un nuevo incidente ocurrido en 1902 provocó una confrontación diplomática y la frontera fue finalmente establecida en 1908. A lo largo de todas las fronteras, los habitantes huían de los cobradores de impuestos o de los llamamientos al trabajo forzado, yendo y viniendo de un lado a otro de la frontera. En la literatura y en las tradiciones abundan los comentarios sobre este tema.

[38] H. S. Meebelo, 1971, pp. 90-1.

go e innumerables levantamientos en las zonas de recolección del caucho [39]. Otras prácticas menos peligrosas incluían la enfermedad fingida, el trabajo lento, huelgas y huidas. En el distrito Abercorn de Rhodesia del Norte, los oficiales coloniales se quejaban repetidamente de que los africanos haraganeaban y tenían que ser «obligados sistemáticamente». Por último, los trabajadores interrumpían su trabajo hasta que se les garantizaba un salario [40]. La falta de cooperación y la alta tasa de absentismo convencieron a los oficiales europeos de la naturaleza perezosa inherente a los africanos. Un administrador portugués hizo notar que «ninguno de ellos huye a causa de los malos tratos ni por ninguna otra razón mínimamente justificable... Así que debo concluir que el gran rechazo que casi todos ellos exhiben hacia el trabajo ha sido la única causa de su huida de los servicios en cuestión» [41].

Otros trabajadores descontentos saboteaban el equipamiento agrícola, quemaban los almacenes y robaban depósitos que pertenecían a las compañías concesionarias y a los comerciantes locales y destruían las líneas de transporte y de comunicación.

Huir a través de las fronteras internacionales era también otra expresión corriente de rebeldía. Aunque la naturaleza clandestina de los éxodos excluye toda afirmación exacta, parece que se hizo en una escala bastante grande. Los registros oficiales británicos indican que más de 50.000 africanos que vivían en el valle del Zambeze huyeron a Rhodesia del Sur y al territorio Nyasa entre 1895 y 1907 con la equivocada esperanza de que el colonialismo británico sería más benigno [42]. La existencia a ambos lados de la frontera de un mismo grupo étnico o de grupos étnicamente emparentados, facilitaba la huida de Angola a los ovambos y los bakongos y la huida de Mozambique a los shonas y los chewas (ver Fig. 8.1). En el territorio Nyasa, un gran número de los tongas y tumbukas que vivían en la zona de los lagos emigraron de la cuenca del Rukuru, fuera de la esfera de control británico, para evitar pagar impuestos [43].

La creación de comunidades de refugiados en áreas deshabitadas o desérticas constituyó una variante de la estrategia de retirada. Más que cruzas las fronteras internacionales, los campesinos, muchos de los cuales habían rehusado satisfacer sus responsabilidades «ilegales», crearon enclaves autónomos. Este fenómeno ocurrió con cierta regularidad entre los disidentes bembas que huían al interior. «Fuera del alcance blanco, los habitantes mitandas se sostuvieron en una especie de independencia que protegían celosamente y con energía» [44]. Un modelo similar se desarrolló en la región de Gambo, al sur de Angola, que se convirtió en un escondrijo de los que estaban fuera de la ley y los descontentos, en las accidentadas montañas Gaerezi que separan Mozambique de Rhodesia del Sur, y en la selva y las zo-

[39] F. Flament y otros, 1952, pp. 498-9.
[40] H. S. Meebelo, 1971, pp. 95-7.
[41] Archivo Histórico de Mozambique, Fundo do Século XX, Cx. 4-185, m. 37: António Gomes al Sub-intendente do Governi em Macequece, 18 de noviembre de 1916.
[42] C. Wiese, 1891, p. 241.
[43] J. McCracken en B. Pachai (ed.), 1972, pp. 227-8.
[44] H. S. Meebelo, 1971, pp. 102-3.

nas montañosas del Congo [45]. Aunque se sabe poco sobre la organización interna de estas comunidades, su compromiso de permanecer libres y su localización en zonas duras y atrasadas son sorprendentemente parecidos a los de las comunidades cimarronas de los esclavos escapados en las Américas [46].

Otras comunidades fugitivas, no contentas con permanecer fuera del control europeo, adoptaron una actitud agresiva hacia los regímenes coloniales. Atacaron símbolos específicos de la opresión rural —plantaciones, reclutadores de trabajadores, recaudadores de impuestos y policía africana— en un intento por proteger sus pueblos natales y los grupos familiares a los que pertenecían del hostigamiento y de la explotación continuos. Del mismo modo que los «bandidos sociales» de Sicilia o del noreste de Brasil, analizados por Eric Hobsbawn [47], los ataques estaban dirigidos por individuos que su propia sociedad no consideraba criminales, aunque habían violado las leyes del régimen colonial. El líder más conocido de los «bandidos sociales» fue Mapondera, que luchó con éxito contra las fuerzas coloniales portuguesas y las de Rhodesia del Sur, desde 1892 hasta 1903, mientras protegía al campesinado local de los recaudadores de impuestos, de los reclutadores de trabajadores, de los oficiales explotadores de las compañías y de los administradores abusivos. Mapondera y su grupo de seguidores atacaron repetidamente los almacenes de la Compañía de Zambésia y las tiendas de los comerciantes rurales, ya que ambos eran símbolos de la explotación económica. Los rebeldes consiguieron sobrevivir, a pesar de las desventajas abrumadoras, porque recibían apoyo constante por parte de la población rural que les proporcionaba regularmente comida, municiones e información estratégica [48]. Un cierto número de «bandidos sociales», incluyendo al sucesor de Mapondera, Dambakushamba, operó en Mozambique, Moave y Samakungu así como en las tierras altas de Huila, en el sur de Angola, lo que sugiere que esta forma de resistencia no fue algo insólito y merece ser estudiada también en otras partes de Africa central [49]. La investigación preliminar sugiere la existencia de un modelo similar en el Congo que se dio con cierta regularidad. Las acciones de Kasongo Niembo, en la provincia de Shaba, las incursiones de Kiamfu y de sus seguidores yakas y el apoyo luba al rebelde Kiwilu, todo parece concordar con el modelo del «bandido social».

Ocasionalmente, la misma leva reclutada para sofocar disidentes locales, se sublevaba para protestar contra los abusos coloniales ante los cuales ellos no eran totalmente inmunes. Generalmente, las insurrecciones eran provocadas por los bajos salarios, los castigos duros y las acciones caprichosas de sus oficiales europeos. Los motines más famosos ocurrieron en 1895, en el Estado libre del Congo, donde se sublevó la guarnición entera de Luluaburgo. Dirigida por oficiales que no habían sido nombrados para esa misión, los soldados mataron al comandante del puesto como represalia por su gobierno abusivo. Los rebeldes controlaron la mayor parte de la provincia Kasai durante más de seis meses, pero finalmente fue-

[45] R. Pélissier, 1969, p. 76.
[46] Ver R. S. Price, 1973, pp. 1-30.
[47] E. Hobsbawn, 1969.
[48] A. Isaacman, 1977.
[49] A. Isaacman, 1976, pp. 97-125; W. G. Clarence-Smith, 1979, pp. 82-8.



• *Mapandera (d. 1904), un líder de la resistencia guerrillera al poder británico y portugués en Rhodesia del Sur y Mozambique, 1894-1903.*

ron derrotados por las fuerzas leales [50]. Dos años más tarde, se sublevó el grueso del ejército de tierra [51]. Mientras que la documentación sobre el descontento de los elementos africanos del ejército colonial portugués continúa siendo sumamente esquemática, numerosos ejemplos de deserciones en las fuerzas anticoloniales y el motín tete de 1917 sugieren como mínimo una corriente subterránea de hostilidad [52].

Durante la primera parte del período colonial hubo también numerosas revueltas campesinas con tendencia a ser relativamente localizadas y de corta duración. Muy pocas veces intentaron los campesinos consolidar sus logros iniciales o cambiar sus objetivos de un ataque a los símbolos de su opresión a un ataque al sistema colonial como un todo. Como norma, las sublevaciones se vieron aceleradas por el aumento de los impuestos o por una exigencia más estricta de pagarlos y por las exigencias de trabajo. En el valle del Zambeze, entre 1890 y 1905 hubo al menos dieciséis levantamientos diferentes. La mayoría de estas sublevaciones estuvo dirigida contra la Compañía de Zambésia a la que Lisboa había cedido la mayor parte de la zona central de Mozambique. Estas dos firmas, insuficientemente capitalizadas, intentaron maximizar sus beneficios imponiendo un fuerte impuesto a las cabañas y exportando fuerza de trabajo, políticas ambas que precipitaron las sublevaciones [53]. Durante este período hubo también numerosas sublevaciones menores en Angola. Las sublevaciones campesinas entre los ilas, gwemba tongas y lundas occidentales que tuvieron lugar durante la primera década del siglo XX concernieron a oficiales británicos de Rhodesia del Norte, mientras que en el Congo las estimaciones conservadoras calculan que el número de sublevaciones rurales localizadas era superior a diez por año [54].

Aunque la mayoría de estas sublevaciones eran amorfas, caleidoscópicas y parroquiales, en numerosos casos la participación hizo emerger la conciencia política de los campesinos hasta un nivel tal que posteriormente se unieron a movimientos anticoloniales de base más amplia. Esto fue lo que ocurrió en el sur de Mozambique, donde los tongas se unieron a Gunguyane después de que en 1894 fuera sofocada la sublevación de los impuestos del valle del Zambeze, donde los campesinos senas y tongas se unieron a los cambuembas en la rebelión de 1898 [55]. Dos décadas más tarde, Tulante Alavaro Buta, un enajenado converso al cristianismo, pudo organizar un movimiento de masas de bakongos insatisfechos que

[50] Hasta ahora, el mejor informe que hay es el de M. Storme, 1970, que sólo es la primera parte de un estudio en proyecto mucho más largo. Algunos integrantes de este motín lucharon hasta 1908.

[51] F. Flament y otros, 1952, pp. 383-460. Se espera una disertación doctoral de Bimanyu sobre este tema.

[52] Archivo Nacional de Rhodesia, N/3/26/2/2, R. N. L. B.: Kanyemba to Managing Director, R. N. L. B., 12 de mayo de 1917.

[53] A. Isaacman, 1976, pp. 97-125.

[54] Hay indicaciones dispersas anteriores a 1909, disponibles en *Le Mouvement géographique* y *La Belgique coloniale*. Desde 1909 hasta 1959 pueden encontrarse datos más precisos en Chambre des Représentants: F. Flament *y otros*, 1952, p. 530, menciona doce operaciones importantes sólo en Kasai entre 1893 y 1911. Kasai, sin embargo, era la zona en la que la resistencia a gran escala, alimentada por armas procedentes de Angola, era más importante. El informe da el número de operaciones policiales de cada año. Ver también R. I. Rotberg, 1966, pp. 73-5; H. S. Meebelo, 1971, pp. 97-8.

[55] J. J. Botelho, 1921, pp. 549-56; J. de Azevedo Coutinho, 1904, pp. 28-30; A. Isaacman, 1976, pp. 126-56.

se oponían a las exigencias portuguesas adicionales de reclutamientos de trabajo. Con el tiempo, su alianza incluyó a campesinos, no sólo del norte católico sino también a aquellos bakongos del sur recientemente convertidos al protestantismo [56].

Los esfuerzos de Buta formaban parte de un modelo emergente de protesta de conversos al cristianismo desencantados. Allí donde los africanos no pudieron expresar eficazmente su hostilidad al cristianismo o se resintieron de la discriminación que sufrían en el seno de las iglesias protestantes dominadas por europeos, formaron con frecuencia iglesias independientes o separatistas con el objeto de poner remedio a sus agravios. Estos grupos religiosos autónomos proliferaron en el territorio Nyasa y en Rhodesia del Norte durante la primera década del siglo XX. El más famoso de ellos lo constituyó quizá la Iglesia Etiope, fundada por Willi Mokalapa. Mokalapa y sus discípulos protestaron repetidamente contra la discriminación que practicaban los misioneros europeos y la existencia de obstrucciones en la promoción, que limitaban la movilidad ascendente de los africanos calificados. Su objetivo a largo plazo era demostrar que los africanos podían dirigir sus propias actividades religiosas y seculares independientemente de los europeos [57]. Otros grupos de iglesia tales como el movimiento Watchtower en Rhodesia del Norte y el AME de Mozambique, siguieron programas similares.

Además de esta resistencia localizada de las zonas rurales, en los centros urbanos en donde los africanos y mulatos educados aprendían rápidamente que su formación y las doctrinas igualitarias predicadas por los misioneros no excluían la discriminación social, económica y política, empezaba a desarrollarse una agitación reformista. Los intelectuales mulatos de Angola, tales como José de Fontes Pereira, fueron de los primeros que expresaron su frustración y hostilidad. Habiendo adoptado la cultura portuguesa *in toto** se sintieron consternados por el creciente racismo que acompañaba a la influencia de los inmigrantes europeos de finales del siglo XIX. En un esfuerzo por proteger su posición privilegiada publicaban largos editoriales y ensayos lamentándose del declive de su posición mientras que al mismo tiempo urgían a Lisboa a garantizar sus derechos y a poner término a la flagrante explotación de los africanos. Estas expresiones de descontento demostraron ser inútiles y, en 1906, organizaron la primera asociación de mulatos para ejercer presión en defensa de sus derechos. Cuatro años más tarde se formó un sindicato de intelectuales mulatos de todas las colonias portuguesas [58]. Aproximadamente al mismo tiempo, surgió en Mozambique un pequeño número de organizaciones intelectuales reformistas. Entre las más importantes se hallaba la Asociación Africana que publicaba el periódico *Brado Africano*, el primer periódico mozambiqueño de protesta. De la misma manera que su contrapartida angoleña, estos escritores formaban parte de una burguesía mulata y afri-

[56] D. L. Wheeler y R. Pélissier, 1971, pp. 89-90; J. Marcum, 1969, pp. 53-4.
[57] T. O. Ranger, 1965; R. I. Rotberg, 1966, pp. 58-60.
* Como un todo, en su totalidad. *(N. del T.)*
[58] D. L. Wheeler y R. Pélissier, 1971, pp. 84-6, 93-8; D. Wheeler en R. Chilcote (ed.) 1972, pp. 67-87; J. Marcum, 1969, pp. 16-22.

cana emergente que intentaba proteger sus limitados privilegios económicos y reafirmar su igualdad racial y cultural[59].

Aproximadamente durante el mismo período, en las tierras vecinas de Nyasa y de Rhodesia del Norte, funcionarios, maestros y otros profesionales africanos estaban organizando asociaciones para proteger su posición de clase relativamente privilegiada y agitar a las masas para conseguir reformas en el seno del orden colonial existente. Entre 1912 y 1918 se constituyeron un cierto número de organizaciones de este tipo, incluyendo entre ellas a la Asociación Nativa del Norte de Nyasa y a la Asociación del Nyasa Occidental[60]. Estos grupos se convertirían en una fuerza preeminente de la política del Africa central durante el período de entreguerras.

INSURRECCIONES COLONIALES HASTA 1918

Las insurrecciones coloniales pueden ser diferenciadas de las formas localizadas de resistencia en términos tanto de escala como de objetivos. A diferencia de las protestas esporádicas que tendían a ser atomizadas y altamente particularistas, las sublevaciones se basaban en movilizaciones masivas y el pluralismo étnico. La implicación creciente de un campesinado oprimido, al menos en algunas de las sublevaciones, sugiere que las consideraciones de clase se estaban convirtiendo también en un factor importante. Inextricablemente relacionadas con esta amplia base de apoyo se encontraba una redefinición y ampliación de objetivos. Las protestas contra un grupo concreto de ofensas fueron rechazadas en favor de una estrategia diseñada para destruir el sistema represivo que las había generado.

Mientras que las insurrecciones coloniales reflejaban un nivel superior de conciencia política y una mayor insatisfacción, no eran, sin embargo, enteramente distintas desde el punto de vista analítico de la oposición atomizada que generalmente las había precedido. De la misma manera que las comunidades fugitivas, rechazaban la reforma desde el interior, buscando la independencia más que la mejora. Su semejanza con las revueltas campesinas y el «bandidismo social» reposa sobre la adopción de una estrategia ofensiva o de confrontación. Además, la participación en protestas localizadas elevaba con frecuencia el nivel de conciencia política, incitando a muchos africanos a comprometerse en actividades anticoloniales más radicales.

A partir de 1885, fecha en que fueron conquistadas las primeras zonas del Africa central, hasta 1918, hubo más de veinte insurrecciones[61]. Ninguna de las cinco colonias —Angola, Mozambique, Nyasa, Rhodesia del Norte y el Congo— se salvó de ellas, aunque el predominio abrumador de estas insurrecciones tuvo por esce-

[59] E. Mondlane, 1969, pp. 104-6: escrito por el difunto fundador del Frelimo, este libro intenta situar a la reciente lucha de liberación en un marco histórico más amplio.

[60] R. Tangri, 1968, p. 5; J. van Velsen en E. Stokes y R. Brown (eds.), 1966, pp. 376-7: trata la formación de asociaciones para proteger la posición de la élite subalterna y sus esfuerzos por intentar reformas dentro del sistema colonial.

[61] Se trata de un número mínimo que sin duda será revisado a medida que se realicen más investigaciones sobre este tema.

nario las colonias portuguesas y el Congo, donde la combinación de una dominación extremadamente opresora y de una estructura militar y administrativa débil precipitó repetidas actividades revolucionarias.

Estas insurrecciones, aunque diferían en los detalles, se enfrentaron todas con problemas de organización similares, los que a su vez generaron características comunes y pusieron serios obstáculos a sus posibilidades de éxito. Entre los problemas fundamentales que hubo que resolver se hallaban: encontrar un líder con prestigio, compromiso y habilidad para movilizar y dirigir movimientos de masas; determinación de los principios en torno a los cuales organizar un amplio movimiento anticolonial; y localizar una fuente de armas y municiones.

Los primeros fracasos en su lucha por la independencia, justo antes de la imposición del dominio colonial, habían tenido como resultado la muerte o el reemplazo de muchos de los líderes militantes más respetados. Entre los que murieron se hallaba el líder chewa Mwase Kasungu y el gobernante yeke Msiri. Otros se exiliaron, tal como Gungunyane, Muenemutupa Chioco y la familia real de los barues, o fueron reemplazados por miembros más manejables de la familia real. Ese fue el destino del gobernante humbe Tehuango, y del líder quintanghona, Shaikh Mahmud. La destrucción o nombramiento conjunto del liderazgo histórico convenció a los oficiales coloniales de que habían «ocupado» realmente sus respectivos territorios, lo cual a su vez redujo dramáticamente las posibilidades de los levantamientos subsiguientes. Fracasaron, sin embargo, en reconocer la legitimidad permanente y la viabilidad de las instituciones políticas indígenas, la disponibilidad de fuentes alternativas de liderazgo y el compromiso de muchos pueblos del Africa central de ser libres.

El papel preeminente jugado en las insurrecciones por un cierto número de familias reales, desafió la asunción, generalmente sostenida, de que los múltiples reveses militares de la época de la lucha, habían disminuido la posición de las autoridades indígenas. El poder sagrado inherente a la posición de la monarquía y el fuerte sentimiento antiportugués presente en el seno de las masas, permitió al gobernante exiliado Muenemutapa Chioco organizar la sublevación de 1897, un modelo que se repitió veinte años más tarde cuando Nongwe-Nongwe regresó de Rhodesia del Sur para dirigir a los barues y a los pueblos zambezes vecinos durante la insurrección de 1917[62]. De manera similar, el gobernante bailundu Muitya-Kavela, a pesar de su aceptación nominal de la autoridad portuguesa, forjó una coalición anticolonial durante la rebelión de 1902, y en el norte el gobernante dembo Cazuangonongo se levantó con sus seguidores en 1908[63]. En el sur de Angola, el líder (*soba*) cuamato desplazado, Sihetekela, reafirmó su autoridad y dirigió a su pueblo en una alianza antiportuguesa con los cuanhamas, organizando así el escenario de la guerra de 1915[64]. De manera similar, oficiales del Estado libre del Congo se sintieron consternados cuando vieron que su súbdito nominal,

[62] T. O. Ranger, 1963, pp. 1-2; A. Isaacman, 1976, pp. 156-85.

[63] D. L. Wheeler y C. D. Christensen en F.-W. Heimer (ed.), 1973, pp. 75-6; J. Marcum, 1969, p. 16; un trabajo muy importante que incluye los antecedentes de principios de siglo de la reciente guerra de liberación.

[64] R. Pélissier, 1969, pp. 100-1.

el rey lunda Mushidi, organizaba una rebelión importante que duró desde 1905 hasta 1909 [65].

De la misma manera que las autoridades coloniales no consiguieron comprender la resistencia de la monarquía, sobreestimaron también el poder de los nuevos gobernantes nombrados conjuntamente —los jefes «coloniales»— para imponer exigencias que violaban los valores y los intereses de sus electores. La rebelión quintanghona de 1904, por ejemplo, estuvo dirigida tanto contra los portugueses como contra su gobernador marioneta, el shaikh Said bin Amissi, que fue derrocado en favor del líder legítimo, el shaikh Mahmud [66]. Una usurpación similar de poder, realizada por un miembro coelegido de la familia real precipitó la rebelión humbe de 1891 [67]. En otros lugares, tales como en Makanga, el consejo de ancianos, reflejando el sentimiento que prevalecía en sus electores, pidió que el jefe «colonial» chinsinga repudiara la dominación portuguesa o fuera depuesto. Chinsinga aceptó de mala gana declarar Makanga independiente, lo que condujo a un violento enfrentamiento con las fuerzas de Lisboa [68].

Incluso cuando el liderazgo legítimo había sido eficazmente desplazado o coelegido, emergían también otros líderes potenciales que disfrutaban de apoyo popular. Con frecuencia estos hombres habían jugado un papel preeminente en las guerras de independencia. El principal lugarteniente de Gungunyane y líder de guerra, Maguiguana, organizó la insurrección shangaan de 1897 [69]. El famoso soldado *mestizo* Cambuemba, cuyas hazañas antiportuguesas se habían convertido en una leyenda, jugó un papel similar en la rebelión sena-tonga que dos años más tarde involucró a toda la zona baja del valle del Zambeze [70]. En numerosas insurrecciones del Congo, el liderazgo provenía de plebeyos capaces de movilizar apoyo masivo. Kandolo, un sargento desertor de la fuerza pública, por ejemplo, dirigió una sublevación militar en 1897, que, a diferencia de otros motines, intentaba expulsar a los europeos y liberar al Estado libre del Congo [71].

Sacerdotes del culto y mediums animistas organizaron y santificaron un cierto número de insurrecciones. Esta implicación, que precede en el tiempo al período colonial, fue una extensión lógica de su papel histórico en tanto que guardianes espirituales de sus tierras natales. En 1909, el sacerdote tonga Maluma hizo un llamamiento a la expulsión inmediata de los señores coloniales del territorio Nyasa. «Ha llegado para nosotros la hora de luchar contra el pueblo blanco, empezaremos ahora y lucharemos a lo largo de la estación de las lluvias. El pueblo negro se levantará y echará a todos los blancos fuera del país» [72]. Más tarde, Maluma dirigió a los tongas a la batalla. De manera similar, los sacerdotes mbonas

[65] E. Bustin, 1975, p. 48.
[66] N. Hafkin, 1973, p. 378.
[67] R. Pélissier, 1969, p. 73.
[68] A. Isaacman, 1972, pp. 132-3: un examen de la operación de los *prazos* zambezi y de la resistencia de los *prazeros* afro-portugueses a la dominación portuguesa.
[69] T. Coelho, 1898, p. 83; J. J. Botelho, 1921, II, pp. 533-47.
[70] J. de Azevedo Coutinho, 1904, pp. 26-8; J. J. T. Botelho, 1921, II, pp. 549-57.
[71] F. Flament *y otros*, 1952, p. 411. Por lo menos, buscaron ocupar la antigua zona árabe, es decir, aproximadamente la mitad del Estado.
[72] Citado en R. I. Rotberg, 1966, pp. 75-6.

jugaron un importante papel de líderes en la rebelión massingire de 1884, y hay sugerencias de que los oficiales kandundus del culto estuvieron activamente implicados en la rebelión bailundu de 1904 [73]. En el Congo, la sacerdotisa del culto, María Nkoje, profetizó que sus amuletos de guerra neutralizarían a las armas europeas. Con esta seguridad, sus seguidores empezaron una campaña de cinco años que duraría hasta 1921. En su punto culminante, la rebelión ikaya, llamada así según los famosos amuletos de guerra, se había extendido a través de una vasta región del Congo [74]. En ninguna parte tuvieron tanta importancia los líderes religiosos como en el valle del Zambeze. Los mediums espirituales shonas movilizaron el apoyo público que estaba detrás de las fracasadas rebeliones de 1897, 1901 y 1904, afirmando en diversos momentos que la sequía, el hambre y las enfermedades del ganado, que amenazaban su supervivencia económica, se terminarían una vez que los intrusos extranjeros hubieran sido expulsados. En 1917, el médium animista Mbuya amenazó con retirar el reconocimiento divino al líder barue Nongwe-Nongwe si no cambiaba su impopular posición y aceptaba participar en una sublevación anticolonial. De mala gana aceptó [75].

A medida que crecía la influencia de los misioneros protestantes, numerosos conversos africanos intentaron construir movimientos anticoloniales expresados con doctrinas revolucionarias milenaristas. Los más famosos de estos primeros líderes fueron Kamwana y John Chilembwe, ambos de Nyasa. El primero de ellos, un miembro del Watchtower, profetizó que en 1914 daría comienzo un nuevo orden de Estados africanos sancionado por Dios. Durante el intermedio, Kamwana urgió a sus 10.000 seguidores a purificarse y renunció específicamente a cualquier resistencia violenta a la dominación británica [76]. Aunque existe cierta incertidumbre en cuanto al objetivo final de Chilembwe, él también imaginó un Estado africano de inspiración divina, pero, a diferencia de Kamwana, condujo a sus seguidores a una insurrección en 1915, fracasada y quizás simbólica [77]. A su muerte se convirtió en un mártir anticolonial cuya significación excedió a sus logros en la tierra.

De la misma manera que Chilembwe, casi todos los líderes reconocieron la necesidad de crear alianzas que trascendieran a su base local de apoyo. Las fracasadas guerras de oposición habían demostrado que los Estados, individualmente, carecían de los recursos necesarios para impedir la penetración europea. Este hecho fue certeramente previsto por el líder del Estado mozambiqueño de Makanga, justo antes de la sublevación de 1899. «Los africanos de todas las tribus deben unirse de buena fe en un esfuerzo coordinado para adquirir grandes suministros de armas y municiones, y una vez logrado esto debemos expulsar a los portugueses» [78].

---

[73] W. Montagu-Kerr, 1886, pp. 275-6; D. L. Wheeler y C. D. Christensen en F.-W. Heimer (ed.), 1973, p. 75.
[74] G. Moulaert, 1945, pp. 187-8.
[75] A. Isaacman, 1976, pp. 126-85.
[76] G. Shepperson y T. Price, 1958, p. 156.
[77] Para el estudio clásico sobre Chilembwe, ver G. Shepperson y T. Price, 1958. Este provechoso estudio incluye importante información sobre Kamwana.
[78] J. Fernandes Júnior, 1955, p. 50.

Los esfuerzos para organizar movimientos revolucionarios de amplia base siguieron tres modelos generales. El primero de ellos fue un intento de reactivar los lazos históricos con pueblos culturalmente emparentados para reclutar Estados enteros con destino al campo de los insurgentes. Los rebeldes intentaron también conseguir el apoyo de grupos poderosos, quienes en virtud de su distancia en el parentesco o de pasadas diferencias no habían sido considerados previamente como aliados. Finalmente, los líderes hicieron proclamas económicas dirigidas específicamente a campesinos descontentos. Estos tres principios organizadores fueron usados en diversos momentos y combinados de forma diversa para aumentar la escala de la rebelión y movilizar el apoyo público contra el opresor común.

Las relaciones históricas basadas en antepasados comunes fueron invocadas con frecuencia para ampliar la base de apoyo. Durante la rebelión bailundu de 1904, Muta-ya-kavela se benefició del apoyo de un cierto número de reinos Umbundu emparentados, mientras que en el sur, tres años más tarde, numerosos ovambos se unieron con grupos cuamatos para sublevarse [79]. En Mozambique, Muenemutapa Chioco recibió ayuda de un cierto número de Estados tawaras independientes sobre la base de su prestigiosa posición como descendiente patrilineal de Mtota, primer rey de los tawaras, y los barues se beneficiaron de las repetidas uniones matrimoniales con los tongas [80]. Una ascendencia común simbolizada por la red jerárquica de mediums animistas, ayudó también a unificar los dispares Estados shonas durante sus sublevaciones de 1901, 1904 y 1917 [81], mientras que la difusión de la rebelión ikaya en el Congo tuvo como base un sistema compartido que facilitaba la incorporación de los diferentes pueblos que vivían a lo largo del recodo del río Zaire [82].

En búsqueda de aliados adicionales, los líderes de varias insurrecciones apelaron con frecuencia a antiguos adversarios que compartían un odio común hacia el sistema colonial. Los bailundus pudieron conseguir el apoyo de un cierto número de pueblos anteriormente subyugados por ellos mismos, incluyendo los kasongis, civandas y ngalangas, mientras que los shangaanes se beneficiaron del apoyo de los Estados que habían ocupado durante su fase expansionista previa a la lucha [83]. En un cierto número de casos, la reconciliación sólo llegó después de que los líderes de un grupo proeuropeo reconocieran las implicaciones íntegras de su acción. Bajo Mushidi, los lundas ayudaron primero al Estado libre del Congo, contra los chokwes, pero en un cambio dramático de políticas, en 1905, se unieron con sus antiguos enemigos en una lucha que no fue sofocada hasta el hambre de 1910-12 [84] (ver Fig. 8.1). En la guerra barue de 1901, los senas de Mozambique, que disfrutaban de una posición estratégica, lucharon del lado de los portugueses y, dieciséis años más tarde, apoyaron con entusiasmo a los barues como

[79] D. L. Wheeler y C. D. Christensen en F.-W. Heimer (ed.), 1973, p. 76; R. Pélissier, 1969, pp. 85-7.
[80] T. O. Ranger, 1963, pp. 1-2; A. Isaacman, 1973, pp. 395-400.
[81] A. Isaacman, 1976, pp. 126-85.
[82] F. Flament *y otros*, 1952, p. 411.
[83] D. L. Wheeler y C. D. Christensen, en F.-W. Heimer (ed.), 1973, p. 76; J. J. Botelho, 1921, II, pp. 433-67.
[84] E. Bustin, 1975, p. 48.

parte de un movimiento panzambeciano para destruir el opresivo sistema colonial [85].

Los insurgentes aumentaron también su número incorporando campesinos descontentos y trabajadores rurales que se oponían individualmente a las continuas exigencias de las autoridades coloniales y de sus aliados capitalistas. El llamamiento no fue hecho en términos étnicos ni culturales, ni fue necesario dirigirlo a los jefes, muchos de los cuales habían sido coelegidos. En lugar de eso, los rebeldes urgieron a los que estaban oprimidos económicamente a que se unieran a la insurrección para eliminar tanto los impuestos abusivos como las prácticas de trabajo y el sistema que los había engendrado. El movimiento kamwana de Nyasa se basó inicialmente en el apoyo de los tongas de la región de los lagos, pero creció rápidamente incluyendo a campesinos sometidos ngonis, sengas y tumbukas [86].

De forma similar, el llamamiento de Chilembwe a las masas rurales careció de sugerencias étnicas, dirigiéndose en cambio a la necesidad de poner fin a la explotación y de crear una nación africana sancionada por Dios [87]. Los balundus ganaron partidarios entre los campesinos no umbundus que sufrían trabajos forzados y explotación económica. En el valle del Zambeze, muchos de los campesinos que previamente habían expresado su animosidad a través de resistencia localizada, se unieron a las repetidas insurrecciones [88]. Un modelo similar tuvo como escenario el Congo, donde los explotados granjeros del caucho precipitaron la rebelión kuba de 1904 [89].

El tema de la adquisición de armas no necesita examinarse extensamente. Es suficiente con decir que los rebeldes obtenían armas modernas a través de acuerdos comerciales clandestinos realizados con comerciantes africanos, asiáticos y europeos, mediante incursiones en los territorios europeos, adquisiciones a mercenarios y policías africanos que habían desertado, alianzas con pueblos vecinos que todavía eran independientes y, en algunos casos, construyendo plantas de armas y municiones. Mientras que algunos de los rebeldes, como por ejemplo los barues y los cuamatos, pudieron almacenar arsenales relativamente grandes, los insurgentes poseían pocas veces la potencia de fuego que habían acumulado los primeros miembros de la resistencia.

Dado el balance extremadamente desfavorable de potencia militar y el aumento de tamaño de las fuerzas mercenarias y de la policía africana, no es sorprendente en absoluto, que, con el tiempo, las insurrecciones fracasaran. Sin embargo, un cierto número de ellas consiguió éxitos significativos aunque de corta duración que desafían la creencia corriente en la docilidad africana. En 1904, por ejemplo, los bailundus expulsaron a los portugueses de las tierras altas de Ovimbundu. Tres años más tarde, los portugueses sufrieron una derrota similar en manos de los

[85] Este cambio de lealtad está ampliamente documentado en los Arquivos da Companhia de Moçambique, Expediente 1633.
[86] G. Shepperson y T. Price, 1958, p. 156.
[87] Ver G. Shepperson y T. Price, 1958; G. S. Mwase, 1967.
[88] D. L. Wheeler y C. D. Christensen en F.-W. Heimer (ed.), 1973, pp. 76-7; A. Isaacman, 1976, pp. 126-85.
[89] Los granjeros de caucho desencadenaron la sublevación. J. Vansina, 1969, pp. 21-2.

cuamatos del sur de Angola. Quizás el mayor logro militar fue conseguido por los barues y sus aliados, quienes durante la sublevación de 1917 liberaron a todo el valle del Zambeze durante un breve tiempo. Si no hubiera sido por la intercesión de 30.000 mercenarios ngunis, la rebelión se hubiera extendido probablemente a otras partes de Mozambique.

CONCLUSION

Este estudio ha examinado las primeras formas de la resistencia y las iniciativas africanas frente a la dominación europea. A lo largo de este ensayo hemos intentado documentar la frecuencia y el vigor de esta actividad anticolonial. El deseo de ser libres de la mayoría de los africanos quedaba sopesado por las ambiciones de un grupo más pequeño de mercenarios y alidos sin los cuales hubiera sido imposible para los europeos imponer su dominación tan a fondo. Así que existió tanto una tradición de confrontación y de resistencia como una tradición de cooperación. Aunque el contexto político había cambiado, la lucha entre estas dos fuerzas en competencia continuaría siendo un factor vital en el sur de Africa y en la zona central durante la lucha por la independencia de los años sesenta y setenta.

Capítulo 9

RESISTENCIA E INICIATIVAS AFRICANAS EN EL SUR DE AFRICA

D. CHANAIWA

EL SUR DE AFRICA EN VISPERAS DE LA DOMINACION COLONIAL

Cuando se discuten las respuestas africanas a la colonización europea del sur de Africa realizada durante el siglo XIX, es importante entender el contexto más amplio, cultural y social, en el que se desarrollaron estas respuestas. Las principales fuerzas históricas eran el colonialismo expansionista, el cristianismo misionero y la educación y, por último, la revolución zulú y sus subproductos: las migraciones mfecanes y ngunis. En la época de la Conferencia de Berlín sobre el Africa Occidental (1884-85), con su febril competencia entre las naciones europeas por obtener posesiones coloniales en Africa, la lucha entre los británicos y los africaneers por los territorios del sur de Africa, se había desarrollado durante más de setenta años. Términos tales como «tratado», «esfera de influencia», «ocupación real», «anexión» y «fuerza de frontera», que después de la Conferencia de Berlín se convirtieron en algo común en el resto de Africa, se usaron ampliamente en el sur de Africa desde 1815. Los colonos europeos del sur de Africa, a diferencia de los otros colonos del resto del continente, estuvieron interesados desde el principio en establecer hogares permanentes en su nuevo medio, atraídos por su clima templado, su tierra fértil para la agricultura, la mano de obra barata africana y la abundancia de minerales.

En 1880, había un total de cuatro Estados blancos en el sur de Africa: las colonias de El Cabo y Natal, pobladas principalmente por blancos de habla inglesa, con 185.000 y 20.000 habitantes respectivamente, la República de Africa del Sur y el Estado libre de Orange, cada uno de ellos con más de 50.000 blancos de habla holandesa. Entonces, el 12 de septiembre de 1890 se estableció una colonia británica más, Mashonaland. En estas cinco colonias, vastas mayorías de africanos indígenas estaban dominadas por minorías blancas. Para los sanes y los khoikhois esta dominación había empezado hacía más de doscientos años, mientras

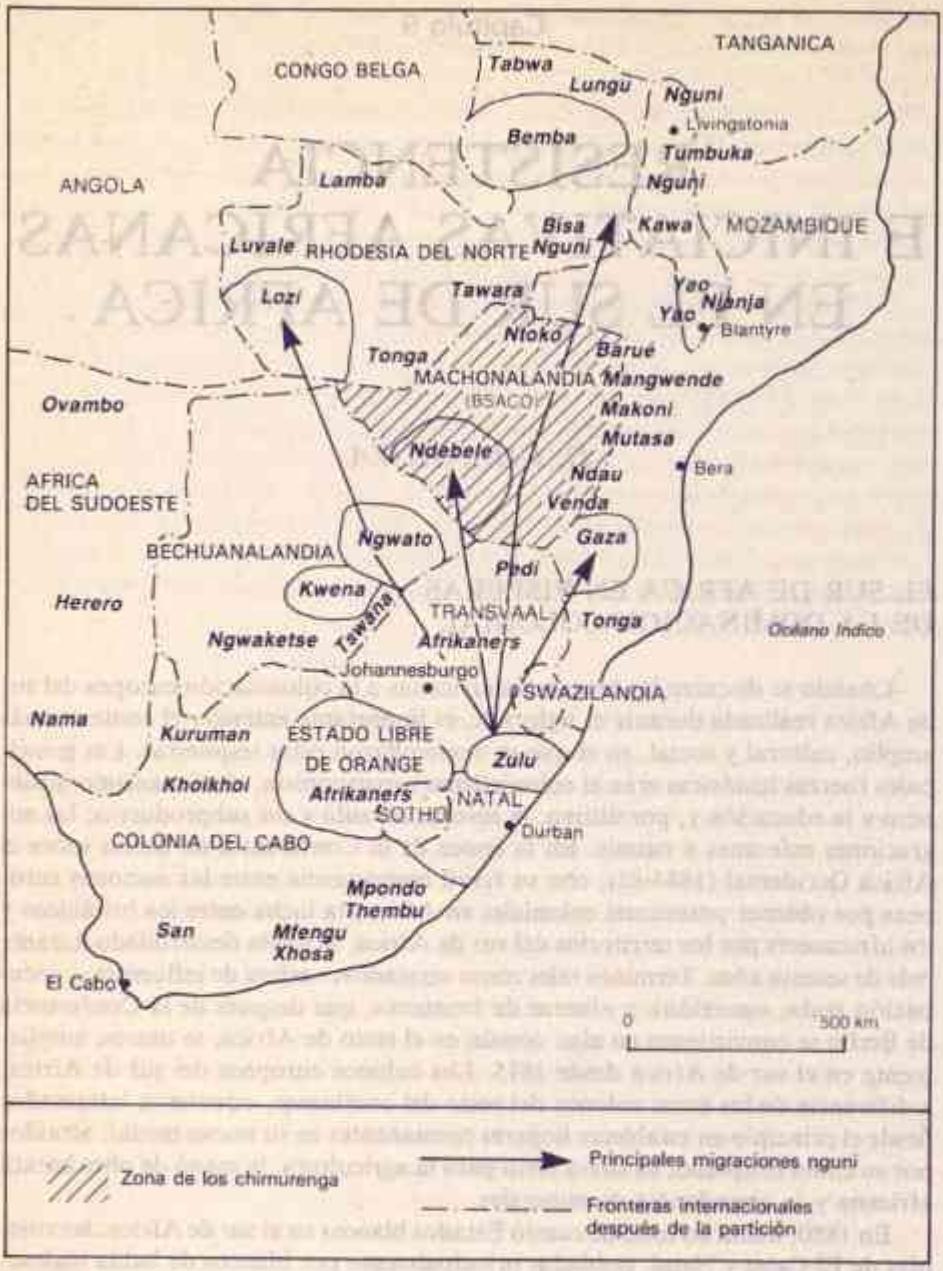


FIG. 9.1. Pueblos y políticas del sur de Africa, mostrando las migraciones nguni y la zona de Chimurenga

otros pueblos, tales como los xhosas, mfengus, thembus y mpondos, habían sido sometidos a diversas formas de dominación colonial durante cerca de un siglo (ver Fig. 9.1)[1].

Según la convención del río Sand (1852), los británicos y los africaneers habían aceptado no vender armas de fuego a los africanos en todo el sur de Africa. La convención privó a los africanos de los medios que necesitaban para una resistencia eficaz y su autodefensa.

Más tarde, cuando en 1890 las naciones europeas adoptaron el acta general de Bruselas que prohibía vender armas de fuego a los africanos, los blancos del sur de Africa habían intentado ya durante un cierto tiempo instrumentar una política para desarmar a los africanos, aunque durante las décadas de 1870 y 1880 algunos grupos pudieron comprar armas de fuego con salarios ganados en los campos de diamantes. Además, los africaneers, los colonos británicos y el gobierno británico mantuvieron un aura de identidad racial que trascendió sus diferencias políticas y económicas. Sentían que conquistar, dominar y explotar a los africanos era un asunto de interés común. Así que no sólo actuaron para impedir que las armas pasaran a manos africanas sino que, además, generalmente se abstuvieron de usar a africanos locales como aliados en sus batallas entre ellos. Todo esto condicionó grandemente las iniciativas y reacciones africanas y limitó las opciones que tenían.

LA REVOLUCION ZULU Y SUS CONSECUENCIAS

A esto hay que añadir los acontecimientos que hicieron época y que habían irrumpido a través del sur de Africa durante los primeros años del siglo XIX. Estos acontecimientos incluían la revolución zulú, y la mfecane en el sur de africa; las migraciones ngonis de los ndebeles a Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe), la de los kololos a Rhodesia del Sur (hoy Zambia) y la de los ngunis que se fueron a Nyasa (hoy Malawi) y Tanganica (hoy Tanzania); las actividades bembas en el norte de Zambia; la alianza yao-swahili; y el comercio de esclavos en Malawi (ver Fig. 9.1). Algunos de estos acontecimientos se difundieron con rapidez explosiva y causaron cambios repentinos en los sistemas políticos, económicos, sociales y militares de numerosas sociedades africanas de todo el sur de Africa. Este período de construcción de naciones y de expansión política fue testigo del establecimiento de dominios o esferas de influencia de los Estados más fuertes y más centralizados sobre los que eran más débiles o estaban menos unidos. Mientras que innumerables hombres de Estado y observadores europeos contemporáneos consideraron estos trascendentales cambios como simples accesos de la barbarie africana, sed de sangre y paganismo, deben en cambio ser vistos más bien como manifestaciones de creatividad política que condujeron a la aparición de nuevas instituciones y lealtades interétnicas cuyos legados son visibles todavía hoy en día.

Aunque creativos, estos cambios trascendentales causaron daños inconmen-

[1] Para las respuestas africanas anteriores a la década de 1880, ver W. M. Macmillan, 1963; C. W. De Kiewiet, 1965; J. Phillip, 1828; J. S. Marais, 1957.

surables a los recursos humanos y naturales. Desastres naturales tales como la sequía, las epidemias y el hambre acompañaban con frecuencia a la violencia y aumentaron la extensión de la destrucción consiguiente. La incidencia continua de conflictos y desastres creó un sentimineo perpetuo de inseguridad y desesperanza en el seno de las pequeñas comunidades tributarias no agresivas, muchas de las cuales se vieron obligadas a adaptarse a la vida en cavernas o a toscas viviendas en las cumbres para evitar más ataques por parte de los incursores. Así surgieron aristocracias gobernantes, distinciones de clase e impuestos sin representación política o consulta. Como resultado, pronto sugieron gobernantes y gobernados, opresores y desvalidos, los que tienen y los que no tienen.

EL FACTOR MISIONERO

Tanto el cristianismo misionero como la educación fueron también factores importantes que determinaron el curso y la naturaleza de las respuestas africanas a la conquista colonial. Los misioneros habían creado una clase africana de evangelizadores, maestros, periodistas, hombres de negocios, abogados y oficinistas que, con frecuencia, parecían aceptar la supuesta inferioridad cultural de los africanos, acataban el colonialismo europeo como un hecho normal y admiraban a los hombres blancos por su poder, su riqueza y su tecnología [2]. Ejemplos de estos individuos fueron Tiyo Soga (1829-71), el primer misionero africano que fue ordenado en Gran Bretaña por la Iglesia Presbiteriana Unida, fundador de la misión mgwali donde predicó tanto a los africanos como a los europeos y traductor de la obra de John Bunyan *Pilgrim's Progress (El avance del peregrino)* en lengua xhosa como *U-Hambo Lom-Hambi*, el primer libro escrito por un africano que sería publicado por Lovedale Press, en 1867; John Langalibalele Dube, un ministro metodista, ardiente seguidor del educador negro americano Booker T. Washington, presidente-fundador de la Escuela Industrial Cristiana Zulú, de la Liga Bantú de Negocios de Natal y primer presidente del Congreso Nacional Africano; John Tengo Jabavu (1859-1921), un devoto metodista, fundador-editor del semanario inglés/xhosa *Imvo Zabantsundu*; y Walter Rubusana, un ministro congregacionalista y el único africano jamás elegido para el consejo provincial de El Cabo.

Ideológicamente, estos africanos educados en la misión compartían el universalismo, la utopía y el no-racionalismo de los misioneros y de la Sociedad para la Protección de los Aborígenes. Se comprometieron con el constitucionalismo, el gradualismo y la asimilación cultural abogados por algunos pocos blancos liberales que había entre los colonos. También fueron discípulos de la doctrina de Booker T. Washington de la autodeterminación económica negra y de sus políticas conservadoras de adaptación.

Al igual que los misioneros, con frecuencia calificaron a las masas africanas como «pueblo ignorante» y «nobles salvajes» y asumieron entonces la responsa-

[2] Para más detalles, ver D. Chanaiwa en A. Mugomba y M. Mjaggah (eds.), 1980.

bilidad de hacer avanzar al Africa tradicional por medio de la introducción del cristianismo, de la educación, del capitalismo, de la industrialización y de la ética protestante del trabajo. Generalmente aceptaron la expansión y conquista coloniales en parte porque, de la misma manera que los misioneros, asociaban el colonialismo con el cristianismo y la «civilización», y, en parte, porque respetaban la «abrumadora superioridad» de las armas y del arte militar europeos.

Es así como, para Tito Soga, el episodio de la matanza xhosa de ganado de 1857 fue un suicidio nacional realizado por sus «pobres compatriotas chiflados» que se habían convertido en «víctimas de impostores intrigantes». Sin embargo, él esperaba que, «en la providencia de Dios, esta desgracia produciría muchos beneficios espirituales a los kaffirs». Afirmaba que «a veces Dios realiza sus propósitos por medio de cosas terribles. En las actuales calamidades, veo la salvación de mis compatriotas, tanto desde el punto de vista físico como moral» [3]. En su periódico, *Ilanga lase Natal*, Dube condenó la sublevación bambata de 1906-8 aconsejando en cambio a los zulúes que aceptaran el cristianismo y la educación. Una parte de los motivos que llevaron a Jabavu a boicotear el Congreso Nacional Africano, respondía a su sentimiento de que la élite necesitaba todavía el liderazgo conductor de los liberales blancos.

La élite estaba desgarrada entre su mundo utópico de misioneros, humanitarios y liberales blancos, el mundo tradicionalista de las masas africanas que a veces despreciaba, y el mundo colonialista del racismo de los colonos, la explotación y la opresión que determinaban la vida real y la posición de sus miembros. Esto creó un mundo moralista propio hacia el que intentaron conducir tanto al mundo africano como al de los colonos.

Su error fue asociar la conquista colonial con la difusión del cristianismo, la educación y la tecnología, y despreciar por tanto la resistencia africana como paganismo y atraso. Su condena del Africa tradicional sólo alentó y sostuvo a la ideología colonialista, a la que ellos se oponían. Por otra parte, a través de sus propios sermones, creencias y estilo de vida, ayudaron a socavar sicológicamente la capacidad africana para resistir la propaganda conjunta de los misioneros y de los colonos y, en cierto modo, entorpecieron el desarrollo de una conciencia liberadora verdaderamente racial, histórica y africana. Ellos y sus compañeros cristianos africanos más permanecieron al margen observando o se refugiaron en enclaves misioneros que se unieron a la resistencia armada contra la conquista y la ocupación coloniales.

MODELOS DE INICIATIVAS Y REACCIONES AFRICANAS

Los factores mencionados más arriba afectaron significativamente la naturaleza y la intensidad de las respuestas africanas a la invasión imperialista europea y a la colonización. Generalmente hubo tres modelos diferentes de iniciativa y de respuesta: 1) el modelo del enfrentamiento violento exhibido por los zulúes,

[3] J. A. Charlmers, 1877, p. 140.

los ndebeles, los changananas, los bembas, los yaos, los ngunis; y de las jefaturas mangwendes, makonis y mutasas: 2) el modelo del protectorado o tutela elegido por los sothos, swazis, ngwatos, tswanas y lozis, todos ellos Estados independientes no tributarios que buscaron la protección de los británicos contra los zulúes, ndebeles, bembas, ngunis y boers; y 3) el modelo de la alianza adoptado por numerosos tributarios víctimas de incursiones y refugiados, tales como los khoi-khois, xhosas, mpondos, thembus, mfengus y hlubis en Africa de Sur; los bisas, lungus, iwas y sengas en Rhodesia del Norte; y los cewas, njanjas, nkondes y tongas en Nyasa, con la esperanza de obtener «protección, paz y seguridad». Existieron, por tanto, rivalidades históricas entre los reinos nacientes y los expansionistas, así como conflictos de intereses entre los diferentes segmentos culturales y las dinastías que había en su seno. Cada gobernante, sociedad e individuo respondió a la creciente intrusión europea en el contexto de las realidades y de las relaciones interregionales precoloniales.

Los colonizadores europeos no dejaron de explotar la situación que encontraron. Su estudio de los sistemas políticos africanos contemporáneos les permitió predecir las formas que adoptaría la reacción y la resistencia africanas. El expansionismo zulú, ndebele, yao y nguni, por ejemplo, sólo podía funcionar con fluidez cuando las aristocracias eran poderosas y absolutistas y cuando los jefes tributarios eran débiles y estaban desunidos o por lo menos sentían necesidad de protección militar y tenían confianza en que la aristrocracia gobernante podía proporcionársela.

La fatiga de la guerra y la inseguridad contribuyeron grandemente a que numerosos Estados e individuos africanos aceptaran la tutela de los ingleses o una alianza con ellos. También proporcionó pretextos para la intervención británica en los asuntos africanos a través de ofertas de «liberación» y «protección» para los débiles, «alianzas» con los reinos menos poderosos, e invasión de los reinos militaristas. Los británicos utilizaron deliberadamente la táctica de «dividir para reinar». Como resultado, explotaron las rivalidades, temores y debilidades africanas en su total beneficio.

LOS ZULUES, NDEBELES, BEMBAS Y YAOS: LAS POLITICAS DE ENFRENTAMIENTO

Para los zulúes, bembas, ndebeles y yaos el enfrentamiento violento era virtualmente inevitable, ya que ellos y los colonizadores europeos buscaban gobernar los mismos territorios y los mismos pueblos. Como grupo ocupaban o dominaban las tierras del sur de Africa más densamente pobladas, fértiles y ricas en minerales. Sus intereses hacían imposible para ellos el compromiso o la coexistencia con los europeos, sólo sobreviviría la de superior potencia.

Los zulúes eran la nación africana más poderosa del sur del Limpopo, los ndebeles entre el Limpopo y el Zambeze, los bembas en Rhodesia del Norte, y los yaos en el sur y en el norte de Nyasa, respectivamente. Pero desde el comienzo mismo, los reinos zulú, ndebele, changana, kololo y nguni se encontraron rodeados por vecinos poderosos y hostiles: en el caso de los zulúes, los boers, británi-

cos, sothos y swazis; en el caso de los ndebeles, los boers, portugueses, lozis, changanes y ngwatos (cada uno de estos vecinos hostiles estaba en condiciones de conquistarlos y expulsarles). Los boers y los portugueses no establecían acuerdos en su manejo de los asuntos exteriores, siguiendo una política de incursiones y conquista.

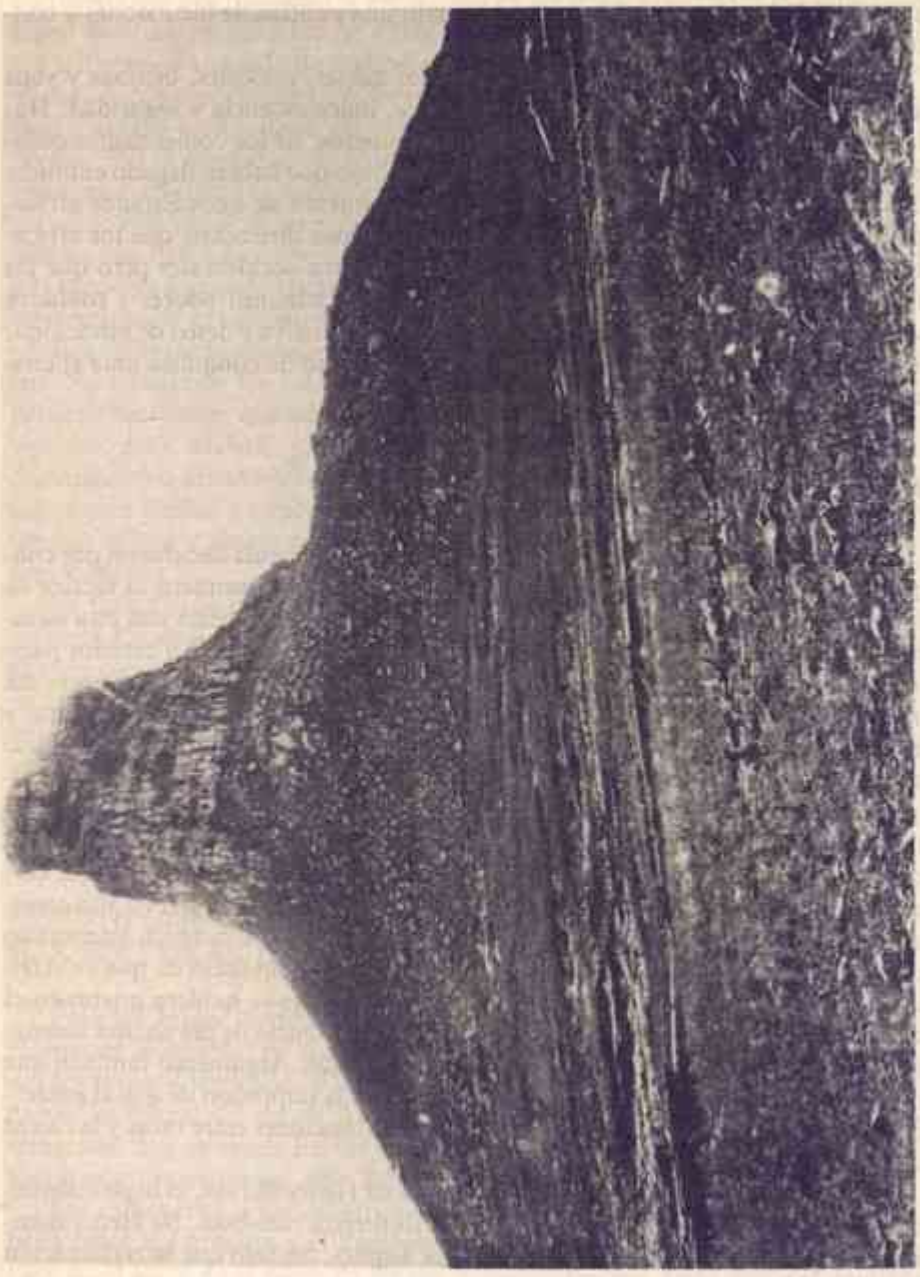
Hasta principios de la década de 1870, los zulúes, ndebeles, bembas y yaos habían sido capaces de conservar su soberanía, independencia y seguridad. Habían resistido con éxito la intrusión de los misioneros, de los comerciantes europeos, de los concesionarios y reclutadores de trabajo que habían llegado entonces a la conclusión de que la conquista y desmantelamiento de estos Estados africanos resistentes era esencial. Se engañaron a sí mismos diciéndose que los africanos ansiaban el cristianismo, el comercio y la cultura occidentales pero que las incursiones, la tiranía y el paganismo de sus reyes, administradores y soldados estaban aplastando inexorablemente «su ambición, iniciativa y deseo de salvación». En consecuencia, estos intrusos adoptaron una actitud de conquista ante el cristianismo y el comercio.

LOS ZULUES

Los zulúes bajo Cetshwayo y los ndebeles bajo Lobengula decidieron por consiguiente utilizar la estrategia del enfrentamiento, usando primero la táctica de la diplomacia y más tarde la de la resistencia armada. De acuerdo con esta estrategia, Cetshwayo continuó primero con el aislamiento y la política exterior pacifista de su predecesor, Mpande. Siendo sus inveterados enemigos los boers del Transvaal, mantuvo una alianza real con los colonizadores ingleses de Natal y desarrolló relaciones amistosas con Theophilus Shepstone, el famoso secretario para los asuntos nativos de Natal. Pero en 1877, cuando los británicos se anexaron el Transvaal y convirtieron a Shepstone en el administrador, el sistema de alianza de Cetshwayo se derrumbó rápidamente. Shepstone apoyó entonces a los boers que habían cruzado el río Buffalo, internándose en el territorio zulú, cercando granjas y reclamando títulos de propiedad de la tierra. El nuevo alto comisario británico para Africa del Sur, sir Bartle Frere, estaba también intentando conseguir la federación de las colonias[4]. Shepstone le convenció de que en Africa del Sur tal federación no podría realizarse hasta que se hubiera quebrado el poderío militar de la nación zulú, y que la misma existencia de esa nación amenazaba la seguridad y el desarrollo económico de Natal. Argumentó también que con la destrucción de los zulúes, los boers tendrían la impresión de que el gobierno británico tenía una opinión bien fundada de las relaciones entre razas y la fuerza necesaria para imponer sus decisiones.

Mientras tanto, Cetshwayo había llamado a sir Henry Bulwer, el lugarteniente-gobernador de Natal, para dirimir la disputa fronteriza zulú-boer. Sir Henry nombró una comisión de frontera que estudió la disputa, declaró que la reclamación

[4] C. F. Goodfellow, 1966.



Lugar de la batalla de Isandhlwana, 1879: una victoria zulú contra fuerzas británicas.

de los boers era ilegal y recomendó que regresaran a la margen del río que está del lado del Transvaal. Frere, sin embargo, estaba decidido a quebrar el poderío de la nación zulú para poder conseguir la federación. De forma que ocultó el informe y las recomendaciones de la comisión hasta que obtuvo el pretexto para la invasión y recibió refuerzos militares. El pretexto llegó el 28 de julio de 1878, cuando Mehlokazulu, Kuzulu y Tshekwana, hijos del jefe Sirayo, y su tío, Zuluhlenga, cruzaron el río Buffalo y trajeron de regreso a las esposas del jefe que lo habían atravesado hacia Natal. Frere y Shepstone explotaron ese incidente al máximo en su favor. Pronto el sur de Africa y la oficina colonial se vieron inundados por rumores de una inminente invasión zulú de Natal. Se aconsejó a los misioneros que abandonaran la tierra zulú. Al llegar a este punto, Shepstone y Frere empezaron a desfigurar al ejército zulú transformándolo en una fuerza amenazadora e incursionista, y a Cetshwayo en un tirano sediento de sangre.

Frere ordenó entonces a Cetshwayo que entregara a los hijos de Sirayo y a su hermano a sir Henry Bulwer, para que fueran juzgados, aunque los zulúes nunca habían sido conquistados ni se habían sometido a la dominación británica. Cetshwayo propuso en lugar de eso pagar 50 libras esterlinas y presentar disculpas por el incidente. El 11 de diciembre de 1878, Frere envió un ultimátum a Cetshwayo. Entre sus exigencias se contaba la entrega de los acusados junto con 500 cabezas de ganado, la dispersión del ejército zulú en un plazo máximo de 30 días, la admisión de misioneros y el establecimiento de un residente británico en el territorio zulú. Frere sabía que ningún gobernante independiente que se respetase aceptaría exigencias tan extremas.

Entonces, el 11 de enero de 1879, un ejército británico de más de 7.000 soldados con unos 1.000 voluntarios blancos y 7.000 auxiliares africanos a las órdenes de lord Chelmsford, invadió el territorio zulú por tres puntos distintos. El 22 de enero el ejército zulú logró una victoria memorable en la batalla de Isandhlwana, en la que mató a 1.600 de los invasores y rechazó el asalto. Pero el 4 de julio regresaron las fuerzas británicas e invadieron totalmente la nación zulú. Cetshwayo fue desterrado a Ciudad de El Cabo, y el territorio zulú fue dividido en 13 dominios separados, al frente de los cuales los británicos pusieron jefes marionetas. Estos jefes incluían al rival de Cetshwayo, Zibhebhu, su primo Hamu, que había desertado durante la guerra para unirse a las fuerzas británicas, y John Dunn, un hombre blanco. La división del territorio zulú constituye un caso clásico de la destrucción sistemática de una nación lograda por medio de la política de dividir y conquistar. Para perpetuar esto, los nuevos jefes recibieron instrucciones de dispersar todas las organizaciones militares existentes, prohibir la importación de armas y aceptar el arbitraje del residente británico.

El grado de rivalidad existente entre los jefes era tan grande y la amenaza de anarquía crecía tan rápidamente, que, en un esfuerzo por «restaurar el orden» en las zonas más inestables de la antigua nación zulú, Cetshwayo tuvo que ser traído nuevamente. Se permitió a Zibhebhu conservar su dominio. Pero pronto estalló la guerra civil entre las fuerzas de Cetshwayo y de Zibhebhu. Cetshwayo huyó muriendo en el momento cumbre de la batalla en 1884. La disminuida nación zulú fue entonces puesta bajo el liderazgo de Dinizulu, el hijo de 15 años

de Cetshwayo, cuyo poder y autoridad dependían del apoyo blanco. Finalmente, los zulúes habían sucumbido al control británico.

LOS NDEBELES

Desde 1870 hasta 1890, Lobengula, al igual que Cetshwayo con los zulúes, continuó de forma consistente y con éxito una estrategia diplomática bien formulada destinada a proteger el interés vital de la nación ndebele. Restringió la inmigración e informó a los blancos extranjeros que no estaba interesado en abrirles su país para la minería o la caza. Además de esto, había desarrollado numerosas tácticas tales como moverse constantemente de una ciudad a otra, oponer una nación europea, compañía o individuo contra otra y posponer decisiones para frustrar a los concesionarios impacientes. Como estrategia a largo plazo, intentó una alianza militar con el gobierno británico y obtener la posición de protectorado para, de esta forma, contrarrestar a los alemanes, portugueses y africaneers e impedir una expansión colonial incontrolada en Africa del Sur.

Estas formas de resistencia diplomática funcionaron aparentemente con eficacia hasta 1888, fecha en que el financiero surafricano Cecil John Rhodes convenció a sir Hercules Robinson, el alto comisario, y a sir Sidney Shippard, el comisario-diputado de Bechuanaland, para que consiguieran la ayuda del reverendo John Smith Moffat. Moffat había abandonado Matabeleland en 1864, después de haber fracasado totalmente en su intento por convertir a los ndebeles. Por último, había ocupado el puesto de comisario ayudante de Shippard. Moffat estaba impaciente por realizar la colonización de los ndebeles para justificarse a sí mismo por su pasado fracaso. Estaba además resentido con Mzilikhazi y Lobengula y con los gobernantes ndebeles en general por su eficaz resistencia al cristianismo. De esta forma, motivado por una combinación de venganza, arrogancia y racismo, estaba deseando pavimentar el camino para la destrucción del Estado ndebele[5].

Moffat eligió apoyar a Rhodes y a la compañía Chartered porque, tal como señaló, la compañía traería consigo, inevitablemente, la conquista y el desmantelamiento de la nación ndebele «a menos que aquí la historia tenga que ser diferente de la de otras partes de Africa del Sur». Al principio, Moffat se presentó a sí mismo como consejero espiritual que no estaba interesado en el oro, ni en el juego ni en la conquista, sino en dar «consejos amistosos» a un «viejo amigo». El «consejo» era que Lobengula debía «aliarse» con los británicos, en vez de con los africaneers, portugueses o alemanes. Moffat hizo también creer a Lobengula que sólo estaba renovando el antiguo tratado anglo-ndebele hecho en 1836 entre su padre, Mzilikhazi, y sir Benjamín D'Urban, el antiguo gobernador británico de Africa del Sur. El 11 de febrero de 1888, Lobengula firmó lo que desde entonces ha sido conocido como «la traición de Moffat». Según sus términos prometía abstenerse de entrar en ningún tipo de correspondencia o de tratado con ningún

[5] R. U. Moffat, 1969, p. 233.



• *Lobengula (1836-94), rey de los ndebeles, 1870-94.*

Estado o potencia extranjeros para vender, alienar o ceder o permitir o tolerar ninguna venta, alienación o cesión de toda o parte de la mencionada tierra que él controlaba, o con respecto a ningún otro tema sin el conocimiento previo y la sanción del alto comisario de su majestad para Africa del Sur[6]. Con este tratado en vigor, empezó la ocupación británica de Rhodesia. Moffat había puesto directamente bajo la zona británica de influencia tanto a Matabeleland como a Mashonaland.

Según la convención internacional europea de finales del siglo XIX, Lobengula se había encomendado a sí mismo al colonialismo británico. A partir de ese momento los ndebeles sólo podían tratar con los británicos. De este modo, sus opciones diplomáticas para enfrentar a las naciones europeas unas contra otras se habían terminado. Pronto, hordas de concesionarios y sindicatos británicos cayeron sobre Lobengula intentando conseguir derechos de tierra y minerales en Matabeleland y en Mashonaland. Al estilo mercenario, estos especuladores le ofrecieron de buena gana almacenes de fusiles, municiones, dinero, ropas, utensilios y ornamentos, y ejecutaron toda clase de servicios para ganar su favor.

Al notar esto, Rhodes envió a Rudd, Thompson y Maguire[7], para que consiguieran un acuerdo monopolístico con Logengula que sería utilizado para solicitar una cédula real que excluiría a otros sindicatos y concesionarios británicos. Rhodes quería «no solamente derechos locales compartidos con todos los aventureros casuales, sino el control único de todos los recursos minerales del país». Apoyándose en la concesión Rudd, tal como se llamó a este acuerdo, la compañía de Rhodes ocupó Mashonaland el 12 de septiembre de 1890.

La controvertida concesión Rudd fue obtenida principalmente por la decepción conspiratoria de Lobengula, tanto de los oficiales imperiales británicos como de los misioneros. Moffat había sido enviado a Matabeleland por segunda vez, con objeto de preparar a Logengula para la llegada de los agentes de Rhodes. Fingiendo amistad y neutralidad como ministro de Dios, Moffat introdujo a Rudd, Thompson y Maguire como «hombres honorables y rectos» y aprobó con entusiasmo a Shippard. Abogó vigorosamente por ellos durante las cuatro semanas de negociaciones que siguieron. Después de eso, llegó Shippard con el mayor Guild-Adams y dieciséis policías montados. Después de nueve días de negociaciones con Lobengula se marchó justo seis días antes de que fuera firmada la concesión. De acuerdo con el diario de Rudd, en ese momento «casi todos los asuntos políticos habían sido discutidos ya, en un clima sumamente amistoso».

La concesión Rudd consistía en dos partes distintas e interrelacionadas: la parte escrita, que era importante y ventajosa para los concesionarios; y la parte oral, que era ventajosa para Lobengula. De acuerdo con la parte escrita —es decir, el borrador original de las propuestas presentadas a Lobengula—, el rey garantizaba a los concesionarios el dominio completo y exclusivo sobre todos los recursos de metales y minerales de sus reinos, principados y dominios, junto con el poder total para hacer todo lo que consideraran necesario para obtener estos recursos. Los concesionarios fueron también autorizados a «tomar todas las medidas nece-

[6] *Ibid.*, p. 370.
[7] Para más detalles, ver P. Mason, 1958; C. Palley, 1966; S. Samkange, 1969.

sarias y legales» para excluir de la competencia a otras personas que quisieran tierra, minerales o derechos mineros. Lobengula aceptó además no otorgar concesiones de tierra o derechos mineros a ninguna otra persona o intereses sin el consentimiento previo y la aprobación de los concesionarios.

Como contrapartida, los concesionarios aceptaron pagar a Lobengula y sus herederos 100 libras esterlinas al mes, de por vida. También aceptaron darle 1.000 rifles de repetición Martini Henry y 100.000 cartuchos de bala apropiados. El borrador estipulaba que 500 rifles y 50.000 de los cartuchos debían ser entregados a Lobengula antes de comenzar las operaciones mineras en el territorio. Los concesionarios aceptaron también «entregar en el río Zambeze un barco de vapor con cañones apropiados para las necesidades defensivas del mencionado río».

Durante el desarrollo de las negociaciones, sin embargo, el rey declaró verbalmente ciertas condiciones que aparentemente consideraba *prima facie* como que a partir de ese momento formaban parte integrante del tratado. De acuerdo con Helm, Lobengula estipuló de esta forma y los concesionarios aceptaron que: 1) los concesionarios no llevarían más de 10 hombres a la vez para realizar el trabajo minero en sus territorios; 2) los mineros no cavarían en ni cerca de las ciudades; 3) los blancos debían «aceptar las leyes de su país y de hecho ser como su gente», y 4) los mineros lucharían para defender el país bajo el mando ndebele, si fuera necesario. Los concesionarios clarificaron también verbalmente que por «poder total para hacer todas las cosas que pudieran considerar necesarias para obtener y conseguir minerales», querían decir la construcción de viviendas para alojar a sus capataces, llevar y levantar la maquinaria que necesitaran y usar madera y agua. Lamentablemente, estas condiciones verbales no estaban escritas en el acuerdo final y de esta forma, según la ley contractual europea, no eran partes obligatorias del acuerdo.

Lobengula y su *indunas* (consejeros) supieron que habían sido engañados por medio de concesionarios rivales decepcionados y especialmente a través de dos africanos educados, John Kumalo y John Makunga, que interpretaron la concesión benévolamente; que la concesión ya había sido publicada en los periódicos europeos y que Rhodes ya había formado la compañía para ocupar tanto Matabeleland como Mashonaland. El estupor, el temor y la confusión se apoderaron de la nación ndebele cuando el pueblo se dio cuenta del significado total de las ramificaciones de la concesión, y, especialmente, de la espantosa inevitabilidad de que un gran monarca y una gran nación se dirigieran a la catástrofe. Muchos de los *indunas* y de los guerreros estaban furiosos, y Lobengula estaba sumamente turbado y temeroso de perder poder.

La noticia del rechazo de la concesión fue publicada en el *Bechuanaland News* de febrero de 1889. Por orden de Lobengula, el *induna* probritánico Lotshe fue muerto por el regimiento mbesu, junto con sus esposas, niños y ganado. Cuando se dio cuenta de la confabulación que existía entre Rhodes, los misioneros y los oficiales imperiales de Africa del Sur, decidió apelar directamente al gobierno británico en Inglaterra. Por medio de cartas y de una delegación apeló a la reina Victoria para denunciar el tratado y declarar un protectorado sobre Matabeleland y Mashonaland. En enero de 1889 envió una delegación especial a Londres integrada por los *indunas* Motshede y Babiyance, quienes tuvieron audiencia con

la reina Victoria y algunos miembros importantes de la Sociedad para la Protección de los Aborígenes. Los *indunas* regresaron con saludos reales pero sin la denuncia. Rhodes obtuvo su cédula real monopolista para colonizar la zona. A principios de 1890 sus explotadores abandonaron Africa del Sur atravesando Matabeleland, internándose en Mashonaland e izaron la bandera de Gran Bretaña*, en Salisbury, el 12 de septiembre de 1890.

Desde septiembre de 1890 hasta octubre de 1893, la nación ndebele y la colonia europea de Mashonaland se observaron mutuamente con recelo. Tal como había ocurrido entre los colonos y los xhosas en El Cabo, así como los colonos y los zulúes en Natal, el estallido de un inevitable conflicto militar sólo era cuestión de tiempo.

El conjunto del escenario de la guerra anglo-ndebele de 1893 fue virtualmente una copia con papel carbón de la guerra anglo-zulú de 1879, con Rhodes en el lugar de sir Henry Frere, el Dr. Leander Starr Jameson —el administrador de la compañía en Mashonaland— en el lugar de Shepstone, y el incidente de Victoria (agosto de 1893) en el lugar del incidente de Sirayo. De la misma manera que Cetshwayo, Lobengula intentó en vano evitar la guerra apelando a Jameson, a Rhodas y el gobierno británico. Pero para entonces no tenía amigos, ni blancos ni africanos, en ninguna parte. La fuerza total que invadió Matabeleland estaba integrada por 1.200 soldados blancos procedentes de Mashonaland y de Africa del Sur, incluyendo soldados imperiales de la policía de frontera de Bechuanaland. También había 1.000 auxiliares africanos provenientes de los grupos xhona, mfengu, khoi-khoi, «coloureds»** y 600 ngwatos montados dirigidos por Kgama.

Antes que lanzar a sus aproximadamente 20.000 soldados a un ataque suicida contra los colonos bien armados y sus auxiliares africanos, Lobengula y su gente evacuaron Matabeleland y huyeron en dirección a Rhodesia del Norte. Lobengula, de la misma manera que Cetashwayo, murió huyendo, sea de viruela, sea de un ataque al corazón. Careciendo de líder, la nación ndebele se desintegró. Uno por uno, los *indunas* ndebeles fueron a rendirse a Jameson en el árbol *indaba* (encuentro). Los colonos empezaron inmediatamente a cercar sus nuevas granjas y yacimientos mineros. La compañía expropió 280.000 cabezas de ganado ndebele, se quedó con 240.000 y distribuyó el resto a los soldados blancos y a algunos de los africanos «amistosos».

Después de la conquista de Matabeleland, Gran Bretaña otorgó a la compañía la orden real de Matabele, con fecha 18 de julio de 1894, que la autorizaba a instaurar el impuesto de las cabañas y a establecer un «Departamento nativo» para controlar toda la colonia de Rhodesia del Sur. Al terminar el año 1895, la compañía había instituido una administración africana según el modelo de la colonia de El Cabo y de Natal, incluyendo el impuesto de las cabañas, reservas y pases, con el objeto de desposeer a los africanos de su tierra, su ganado y minerales, así como de obligarlos a trabajar para los blancos.

* En el original: Union Jack. Nombre familiar que se da a la bandera de Gran Bretaña. *(N. del T.)*
** Grupos étnicos distintos de las razas negra y blanca. *(N. del T.)*

INICIATIVAS Y REACCIONES DE LOS NGWATOS, LOZIS, SOTHOS, TSWANAS Y SWAZIS: EL MODELO DEL PROTECTORADO O DE LA TUTELA

A diferencia de los zulúes y de los ndebeles, los ngwatos, lozis, sothos, tswanas y swazis tenían en común sus alianzas con poderosos misioneros humanitario-imperialistas de la «escuela del gobierno de Londres». Estos clérigos se oponían especialmente a la «política de martillos y tenazas de ciertas clases de políticos coloniales» —la conquista, expoliación y degradación sin fin de toda la gente de color— [8]. Entre ellos se hallaba Mackenzie con Kgama, Setshele y Caseitsiwe, Casalis con Moshoeshoe y Coillard con Lewanika. Sin embargo, estos misioneros humanitarios sólo se oponían a la expansión incontrolada de los colonos blancos de Africa del Sur, especialmente en lo que respecta a los boers y a Rhodes, y a las situaciones de violencia en las fronteras y de explotación que acompañaban a dicha expansión, que interrumpían su trabajo serio y con éxito. Creían en la incuestionable superioridad de la raza, cultura y religión blancas y consideraban a la colonización, el comercio y el cristianismo como aliados inseparables. Al mismo tiempo ponían énfasis también en la necesidad de una responsabilidad imperial (protección paternal) sobre los africanos. Intentaron suavizar el contacto cultural entre el colonizador y los colonizados y «proteger» y «civilizar» a los africanos, en un esfuerzo por hacer de ellos miembros más útiles de la nueva comunidad colonial. A través de cartas, delegaciones y apariciones personales, hicieron presión implacablemente sobre el alto comisario, el ministerio colonial y grupos humanitarios de Inglaterra, con el objeto de asegurar esta «protección». Nyasa se convirtió en un protectorado británico, en gran medida gracias a la presión eficaz ejercida por los misioneros escoceses y a sus celosos esfuerzos por defender a los africanos cristianos y las misiones de Blantyre, Bandawe e Ibanda contra la invasión de hombres de la frontera de Rhodes.

Una característica dominante de los gobernantes promisioneros fue su debilidad general, tanto política como militar. Sus monarquías se habían desarrollado en buena medida como resultado de *coups d'état** . En 1875, Kgama expulsó a Sekgoma, su padre, y a Kgamane, su hermano, y se nombró a sí mismo rey. Kgamane huyó con sus seguidores y estableció su reino en el lado de Transvaal del río Limpopo. Los sectores leales y conservadores de los ngwatos, sin embargo, permanecieron leales al depuesto Sekgoma. Después de esto, en 1885, Lewanika fue también depuesto y forzado a exiliarse en la capital de Kgama. Regresó en 1885 y expulsó al usurpador, Tatila Akufuna. Estos reyes promisioneros tenían, pues, posiciones inseguras y se veían constantemente enfrentados con peligros inminentes de guerra civil y de desorden.

A esto hay que añadir que sus Estados habían sobrevivido escasamente a la revolución zulú y al sometimiento nguni. De todas maneras, los sothos y los swazis continuaron siendo el objetivo perenne de las incursiones zulúes mientras que los ngwatos, tswanas, kwenas y lozis sufrieron las incursiones e invasiones de los

[8] W. Howitt, 1969, p. 501.

* Golpes de Estado. En francés en el original. *(N. del T.)*

ndebeles. También eran víctimas de la codicia de tierra de los «obstruccionistas» boers, con frecuencia ansiosos por disparar, que lanzaban incursiones contra sus pueblos, capturando ganado y trabajadores esclavos, haciendo frecuentes «tratados de amistad» con subjefes vecinos, y reclamando entonces derechos de tierras y esferas de influencia. Estos abusos convirtieron a los zulúes, ndebeles y boers en enemigos empedernidos.

Por mucho que estos reyes hayan aborrecido los principios de la occidentalización y del colonialismo, no por eso dejaban de necesitar desesperadamente apoyo extranjero para asegurar su supervivencia. Así que, con el tiempo, adoptaron alianzas misioneras y protección británica (metropolitana) como instrumentos políticos esenciales. Por el mismo motivo se dirigieron a los misioneros buscando consejo y guía espiritual en asuntos relacionados con los europeos e intentaron manipularlos para realzar sus endebles situaciones internas. Coillard, Mackenzie y Casalis fueron los amigos europeos más próximos, confidentes y ministros de asuntos exteriores de Lewanika, Kgama y Moshoeshoe, respectivamente.

Obligados por la necesidad, estos reyes aceptaron de buena gana el cristianismo y la posición de protectorado. Kgama y Lewanika se convirtieron prácticamente al cristianismo y, al igual que la mayoría de los doctrinados conversos, demostraron, ocasionalmente, ser más devotos incluso que los misioneros. No sólo abandonaron sus tradiciones ancestrales, creencias y ritos, sino que usaron sus oficinas políticas para imponer a su pueblo los principios de la civilización occidental cristiana. Sus enérgicos esfuerzos por abolir el uso público de las bebidas alcohólicas fueron casi obsesivos. Impusieron rigurosas leyes sobre licores que incluían la prohibición de fabricar cerveza africana. Cuanto más sentían alejarse a su pueblo a causa de la entrada en vigor de tales medidas, más se veían obligados a apoyarse en los misioneros.

De hecho, la conexión que estos reyes tenían con los misioneros estaba en el corazón de su resistencia, a través de la diplomacia, contra quienes intentaban desposeerlos de sus tierras. A través de alianzas con misioneros antiboers, antizulúes y antindebeles, pudieron conservar su existencia independiente hasta la víspera de la lucha y, subsiguientemente, ganaron la protección imperial a expensas del colonialismo local de los colonos privados. Estos monarcas buscaron activamente la posición de protectorado, aunque esto exigiera algunas restricciones a su soberanía, a sus derechos sobre la tierra y a las libertades civiles. En la posición de protectorado conservaban un grado nominal de autogobierno y disfrutaban de la defensa proporcionada por una fuerza de policía británica con residencia permanente, mientras que a su pueblo se le otorgaba el derecho de poseer armas de fuego, siempre y cuando las registraran. De esta forma, a los reinos africanos más pequeños, que habían sido incapaces de impedir la colonización blanca y el desarrollo económico debido a su localización geográfica y formas de vida, se les otorgó la categoría de protectorado y sobrevivieron mientras que los Estados superiores, equipados política y militarmente para hacer frente a las amenazas de la colonización, fueron invadidos, conquistados y desmantelados.



• *El rey Moshoeshoe I de Basuto (1785-1870).*

LOS TSWANAS

El caso de los tswanas y de los swazis ilustra claramente este modelo. En la lucha por Bechuanalad (hoy Botswana) había tres fuerzas principales en conflicto. Estas fuerzas eran los cuatro gobernantes de Bechuanalad (los gobernantes de los kwenas, ngwatos, ngwaketses y tswanas) y sus aliados misioneros que deseaban la protección imperial británica y un fideicomisario; los boers del Transvaal, que consideraban que Bechuana era su zona interior para adquirir tierra, ganado, minerales y trabajo forzado; y los colonos de El Cabo, representados por Rhodes, que deseaban impedir la expansión boer y su alianza con los alemanes en Africa del suroeste (hoy Namibia). Los gobernantes africanos, de la misma manera que Monshoeshoe, intentaron impedir el dominio colonial de los colonos adquiriendo la categoría de protectorado. En 1876, cuando se sintieron alarmados por una secta disidente de la Iglesia Holandesa Reformada del Transvaal —los doppers, que deseaban cruzar a través de los territorios tswanas hacia Damaraland—, Kgama, rey de los ngwatos, sección de los tswanas, escribió a la «gran reina del pueblo inglés», solicitando protección. Quería conocer las condiciones de esa protección y puso énfasis en que la relación se guiaría por «la moralidad cristiana». Además, su hermano rival, Kgamane, se había instalado con sus seguidores en el Transvaal y estaba luchando contra los boers con la esperanza de ganar el trono ngwato (ver Fig. 9.1).

Los ingleses estaban amargamente divididos con respecto a Bechuanaland. El grupo de Rhodes-Robinson deseaba eliminar al factor imperial, en favor del colonialismo de asentamiento (incluyendo la anexión conjunta por parte de El Cabo y del Transvaal, que sólo fracasó a causa de la negativa del Transvaal). Pero los grupos humanitarios imperialistas de Mackenzie-Warren, de la misma manera que los gobernantes africanos, deseaban impedir la colonización de asentamientos porque se oponían a la brutalidad y a la destrucción que tal colonialismo ejercía sobre sus conversos cristianos tswanas y las escuelas de la iglesia. Mackenzie, especialmente, realizó una campaña muy eficaz en Africa del Sur y en Inglaterra[9].

Por otra parte, el Transvaal estaba practicando la política de expansión por medio de la infiltración y de la incorporación que Moshoeshoe estaba instrumentando entre los sothos del sur. Individuos boers habían firmado tratados fraudulentos con los thlapingues y los rolongues del sur de Bechuanaland y subsiguientemente habían declarado las «repúblicas» de Stellaland en Vryburg bajo William Van Niekerk, y de Goshen en Rooigrond, bajo Gey Van Pitius. La estrategia del Transvaal fue primero unificar las «repúblicas hermanas» y después anexárselas. Los malentendidos que acompañaban a los tratados fraudulentos exacerbaron viejas rivalidades africanas provocando la guerra entre los jefes Mankurwane y Mashauw (thlaping) y entre Montshiwa y Moshette (rolong) en la que los boers fueron reclutados como voluntarios y ayudantes. Consecuentemente, el sur de Bechuanaland era —tal como lo describió Mackenzie— «la morada del anarquismo, el obstruccionismo y los atropellos».

[9] J. Mackenzie, 1887.

Entonces, en 1884, Gran Bretaña envió a sir Charles Warren para restaurar la ley y el orden. Warren declaró a la parte sur de Bechuanaland, colonia de la corona británica, y sir Hércules Robinson, el alto comisario para Africa del Sur y la colonia de El Cabo, nombró a Mackenzie nuevo subcomisario, aunque pronto fue reemplazado por Rhodes a causa de las objeciones que la opinión pública colonial de El Cabo puso a su «política pronativa antiboer». En 1865, después de discusiones con un cierto número de jefes tswanas, Gran Bretaña declaró un protectorado en la zona norte de Bechuanaland. Según la carta de privilegios de la Compañía Británica de Africa del Sur de Rhodes, se suponía que el protectorado de Bechuanaland sería anexado a Rhodesia del Sur, pero los gobernantes tswanas y sus aliados misioneros lo impidieron. En 1895, estos gobernantes, Kgama y Sebele, que habían sucedido a Sechele en 1892, y Bathoen (ngwaketse) fueron a Inglaterra acompañados por el misionero de la Sociedad Misionera de Londres, reverendo W. C. Willoughby, y, a través de sus audiencias con la reina Victoria, el secretario colonial y líderes de sociedades filantrópicas, consiguieron conservar su condición de protectorado.

LOS SWAZIS

Los swazis no tuvieron que tratar con el colonialismo de asentamiento hasta el Gran Trek y la fundación de Natal y de la república del Transvaal. Para entonces, el reino estaba bajo Mswati. La sociedad estaba integrada por un grupo nguni inmigrante dominante al que pertenecía la dinastía real Nkosi-Dlamini y por el pueblo sotho indígena. Los ngunis habían establecido su dominación sobre los sothos por medio de la conquista y de alianzas matrimoniales y habían creado un estado centralizado basado en la lealtad común a la corona, en amistades y en matrimonios mixtos. De la misma manera que los sothos del sur y los tswanas, habían sobrevivido a los estragos de la revolución zulú pero ocasionalmente eran víctimas de incursiones zulúes. Su política exterior estaba diseñada para obtener alianzas defensivas contra los zulúes. Siguiendo esta política, inicialmente, Mswati consideró a los colonos de Natal y del Transvaal, así como al gobierno británico, como aliados potenciales contra sus enemigos africanos tradicionales [10].

Por otra parte, los colonos sólo estaban interesados en la tierra, el ganado, el trabajo y los minerales de los swazis. El Transvaal estaba particularmente interesado en la anexión de Swaziland para poder ganar acceso al mar a través de la bahía de Kosi. Al mismo tiempo, Natal y Gran Bretaña temían especialmente una asociación Alemania-Transvaal para promover un ferrocarril hasta la bahía de Kosi. Pero ninguno de ellos deseaba asumir la responsabilidad directa de Swaziland, una pequeña zona que estaba aislada de las colonias mayores y de las líneas de comunicación y donde no se habían hecho descubrimientos minerales de importancia. Mswati estaba atrapado en esta lucha boer-británica. Además, colonos individuales, boers y británicos, comerciantes y prospectores empezaron a

[10] J. S. M. Matsebula, 1972; R. P. Stevens, 1967.

ejercer presión sobre Mswati para obtener toda clase de concesiones que implicaban la propiedad privada de tierras, arrendamientos, monopolios comerciales, derechos mineros e incluso derechos para recaudar rentas y derechos aduaneros.

Antes de morir, en 1868, Mswati otorgó numerosas concesiones. En Swaziland hubo una serie de crisis sucesivas, en las que intervinieron los boers y los británicos con el objeto de colocar a su propia marioneta en el poder. Los boers enviaron un ejército para derrotar a los otros contendientes e instalar a Mbandzeni, el hijo menor de Mswati y de su segunda mujer, un gobernante débil que era mucho más adicto al licor del hombre blanco. Mbandzeni otorgó inconscientemente toda clase de concesiones «de la más sorprendente amplitud, variedad y complejidad», incluyendo algunos casos de monopolios de tierra, minerales y comerciales, que fueron otorgados sobre la misma zona a diferentes individuos. En 1890 había 364 concesiones registradas que cubrían casi todos los metros cuadrados del pequeño territorio swazi inferior a 10.000 Km^2. Para entonces, la familia real estaba ganando alrededor de 12.000 libras esterlinas por año en derechos de concesiones.

El otorgamiento de concesiones, sin embargo, proporcionó a los boers y a los británicos el pretexto para socavar la soberanía swazi. En la década de 1880, Mbandzeni se hallaba agobiado por los problemas de la ley y el orden, por disputas causadas por las concesiones entre él mismo y los concesionarios blancos y entre los mismos concesionarios. Al principio pidió protección a los británicos, solicitándoles residente, pero Gran Bretaña se negó a ello. Entonces se dirigió a Theophilus Shepstone, el secretario para asuntos nativos de Natal, que en 1886 nombró a su propio hijo, llamado también Theophilus, como residente consejero de Mbandzeni para asuntos que implicaran a hombres blancos. Inconscientemente, Mbandzeni autorizó a Shepstone a dirigir una comisión de quince blancos elegidos por sufragio y cinco blancos nombrados y en 1888 dio una carta de derechos a la comisión que le confería el poder de autogobernarse. La mayoría de las concesiones fueron otorgadas durante el período en que Shepstone fue residente consejero (1886-9). Pero la comisión blanca fracasó también en su esfuerzo por dirimir las disputas por concesiones anteriores a la muerte de Mbandzeni, ocurrida en 1889, que fue seguida por el establecimiento de una dominación dual boer-británica, en 1890. Según la convención de Swaziland de 1890, las dos potencias establecieron una comisión bipartita de gobierno provisional para gobernar Swaziland y un tribunal principal para investigar la validez de las concesiones que confirmó 352 de las 364 que había. La comisión puso en el trono a Ngwane, el hijo de 16 años de Mbandzeni, y declaró a su madre, Gwamile Mduli, reina regente.

La dominación bipartita no funcionó bien a causa de la creciente rivalidad boer-británica en Africa del Sur. Según la convención de 1894, Gran Bretaña puso a Swaziland a merced del Transvaal a través de la concesión de «todos los derechos de protección, legislación, jurisdicción y administración sobre Swaziland», siempre y cuando el Transvaal no se anexara a Swaziland. La reina regente y su consejo protestaron enérgicamente, e incluso enviaron una delegación a Inglaterra. Pero fue inútil. Transvaal nombró un comisario especial residente, en 1895, suplantando de esta manera la soberanía swazi por la colonización de asentamiento. Después, según el tratado de Vereeniging (1902) que puso fin a la guerra anglo-

boer de 1899-1902, Swaziland pasó a manos de Gran Bretaña. La orden real de Swaziland que proclamaba al país un «protectorado» fue promulgada el 25 de junio de 1903, y el acta del Africa del Sur de 1909 estipulaba las condiciones para la transferencia futura de Swaziland, Basutoland (hoy Lesotho) y Bechuanaland, conocidos conjuntamente como territorios de la alta comisión, a la Unión de Africa del Sur. La transferencia nunca se materializó a causa de la oposición africana.

INICIATIVAS Y REACCIONES DE LOS HLUBIS, MPONDOMISES, BHACAS, SENGAS, NJANJAS, SHONAS, TONGAS, TAWARAS, ETC.: EL MODELO DE LA ALIANZA

Internamente, cada uno de estos grupos carecía de unidad política y de fuerza militar para hacer frente a la creciente amenaza del colonialismo blanco. Tampoco tenían alianzas diplomáticas ni militares con sus vecinos. En lugar de eso, con frecuencia hacían incursiones y luchaban y generalmente desconfiaban unos de otros. Su composición abarcaba desde dominios autónomos hasta bandas de refugiados nómadas, esclavos cautivos y pupilos, sea de los colonizadores o de los misioneros. La mayoría eran tributarios o víctimas de los zulúes, bembas, ndebeles, yaos y ngunis.

Mientras que algunos de estos pequeños grupos, como las jefaturas barwes, mangwendes, makonis y mutasas, eligieron la resistencia armada contra la amenaza del colonialismo, al igual que hicieron los xhosas, muchos otros, tales como los hlubis, mpondomises, bhacas, sengas y njanjas, se aliaron con los blancos con la equivocada esperanza de asegurarse por este medio su protección y seguridad. En conjunto, estas pequeñas sociedades estaban acostumbradas a la práctica diplomática de cambiar de aliados y de gravitar hacia la potencia prevaleciente más fuerte, o de aparentar no alineamiento mientras manipulaban a las potencias dominantes en su propio beneficio. Los shonas, tongas, tawaras, vendas y ndaus habían empleado con frecuencia estas estrategias a lo largo de los siglos XVIII y XIX, durante la rivalidad entre las dinastías Changamire y Mwene Mutapa, mientras que los sothos, mpondos, mfengus, thembus y tongas habían utilizado estrategias similares para explotar las rivalidades entre las confederaciones mtetwas y ndwandes. Así fue como muchos de estos pueblos se alinearon de buena gana con los británicos contra los zulúes, ndebeles, bembas, ngunis y yaos. A esto hay que añadir que muchos de estos pequeños grupos, tales como los mfengus, thembus, njanjas, cewas y tawaras, habían vivido durante cierto tiempo bajo una fuerte influencia militar. Como resultado, entre su gente había importantes sectores cristianizados, a veces africanos educados que, no sólo rechazaban la cultura tradicional, sino que desafiaban el liderazgo tradicional en favor del colonizador.

De esta forma, ofreciendo alianza, protección y/o liberación, los británicos pudieron fácilmente dividirlos y conquistarlos. Entonces establecieron en estas zonas colonias permanentes de colonos blancos.

INICIATIVAS Y REACCIONES AFRICANAS, 1895-1914

A finales de la década de 1890, prácticamente todos los pueblos del sur de Africa habían sido colonizados, totalmente o en parte, y en todas las regiones estaban siendo sometidos a diversas formas de presión política, económica y religiosa.

Antes de que pasara mucho tiempo se había introducido el impuesto de las cabañas, el trabajo forzado, una severa represión de las costumbres y creencias tradicionales y, especialmente, enajenado la tierra. Esta interferencia política se intensificó a medida que aumentaba la necesidad de los colonos de obtener mano de obra indígena barata para trabajar en las granjas y en las minas, y, en lo que respecta al impuesto de las cabañas, para cubrir al menos una parte de los gastos administrativos. Los africanos fueron obligados a abandonar sus tierras nativas para hacer lugar a los colonos blancos y para servir como «voluntarios» en el ejército. En Rhodesia (del norte y del sur) y en Nyasa, los administradores de la Compañía Charter, transplantaron sencillamente las «leyes nativas» de Africa del Sur. En Rhodesia, donde la colonización blanca era la más pesada, la administración no toleraba obstáculos a sus empresas económicas, incluso si esos obstáculos eran la vida y los derechos de los shonas. Enseguida expropiaron las tierras de los shonas, su ganado, sus cosechas y almacenes de alimentos y los sometieron al trabajo forzado para servir los intereses de los colonos que habían sido atraídos a Mashonaland con la promesa de un estilo de vida mejor, más fácil y más rico. Por encima de todo, la justicia colonial introducida se caracterizaba por su arbitrariedad y sus irregularidades. Todo esto se vio acompañado por una sucesión de desastres naturales, incluyendo epidemias de viruela y peste bovina, sequía e incluso una plaga de langostas [1].

Por supuesto que los africanos no observaron todos estos acontecimientos con indiferencia. En esta atmósfera de colonialismo, falta de tierra, miseria, opresión y occidentalización, la mayoría de ellos llegó a creer, tal como hicieron los xhosas, que el hombre blanco era la causa de todos sus problemas. El resentimiento contra la dominación extranjera engendró —durante la década de 1890 y durante los primeros años del siglo XX— una creciente actitud de resistencia hacia los blancos y un fuerte sentido de unidad entre los líderes políticos, seguidores, sacerdotes e incluso grupos que anteriormente eran hostiles. La *Chimurenga* ndebele-shona de 1896-1897, la revuelta herero de 1904 y la rebelión bambata o zulú de 1906 son ejemplos de tales respuestas, cuyo objetivo era derribar al sistema colonial a causa de su insorportable opresión y explotación.

LA CHIMURENGA NDEBELE-SHONA

La *Chimurenga*, tal como los shonas llamaban a su forma de resistencia armada, empezó en Matabeleland en marzo de 1896, y en junio de 1896, en Masho-

[1] D. Chanaiwa, 1974; R. E. R. Martin, 1897; T. O. Ranger, 1967.

naland. La primera baja fue un policía africano empleado por la Compañía Británica de Africa del Sur, muerto el 20 de marzo [12]. El primer ataque contra europeos tuvo lugar en la ciudad de Essexvale, el 22 de marzo, en el que murieron siete blancos y dos africanos. La *Chimurenga* se extendió entonces rápidamente a través de Matabeleland y Mashonaland (ver Fig. 9.1). En el curso de una semana murieron 150 blancos en Matabeleland.

Los africanos estaban armados con rifles Martini-Henry, Lee Metfords, escopetas para la caza del elefante, mosquetes y trabucos, así como con las tradicionales lanzas, hachas, mazas, arcos y flechas e iniciaron la *Chimuranga* cuando la mayoría de los soldados de la compañía se hallaban en Africa del Sur, ocupada en lanzar la incursión Jameson contra los boers. Además, policías africanos desertaron de la compañía con su fusiles y municiones y se unieron a sus camaradas africanos en un número tan grande que, como precaución, lo que permanecieron «leales» tuvieron que ser desarmados.

La compañía movilizó rápidamente a los europeos en la fuerza de socorro de Matabeleland, integrada por tropas imperiales y los voluntarios de caballería de Rhodesia (colonos), así como africanos. En su apogeo, la fuerza estuvo integrada por 2.000 europeos, 250 ngwatos enviados por Kgama, 200 «nativos coloniales (Africa del Sur)» y alrededor de 150 africanos de Rhodesia, bajo el mando supremo de sir Frederick Carrington, un veterano de las guerras xhosa-colonos. La *Chimurenga* estuvo dirigida esencialmente como una guerra de guerrillas. Los soldados contaban con armas y dinamita. También destruyeron cosechas y se apropiaron de ganado africano, cabras, ovejas, aves y grano para privar de alimentos a los resistentes y enriquecerse ellos mismos.

En Matabeleland, la *Chimurenga* duró desde marzo hasta diciembre de 1896, y demostró ser muy costosa para la compañía. El 15 de julio la compañía se vio obligada a lanzar una proclama de clemencia para los africanos que se rindieran con sus armas. Después de la batalla de Ntaba zika Mambo (5 de julio de 1896), Cecil Rhodes estaba «decidido a aprovechar la primera oportunidad de negociación o a fabricar una oportunidad si no surgía ninguna». Para entonces, Rhodes ya había abandonado cualquier esperanza de lograr una «victoria total e incondicional», ya que una *Chimurenga* prolongada o una paralización militar hubiera provocado la bancarrota o forzado al gobierno imperial británico a transformar la colonia en un protectorado. En agosto los ndebeles se encontraron sitiados en las colinas de Matopo, y, después de una prolongada batalla y de generosas ofertas de paz por parte de Rhodes, decidieron finalmente elegir la negociación. Lo que siguió fue una serie de conversaciones de paz entre Rhodes y los *indunas* ndebeles que duró desde agosto de 1897 hasta el 5 de enero de 1898, cuando Rhodes incluyó a seis jefes de la *Chimurenga* (*indunas* Dhliso, Somabulana, Mlugulu, Sikombo, Khomo y Nyamanda) entre los diez nombrados por la compañía. Rhodes les asignó tierras para establecerse, donó 2.300.000 Kg. de grano y prometió solucionar sus ofensas contra la compañía.

Con victoria y paz en Matabeleland, la compañía se concentró entonces en

[12] Para relatos de testigos presenciales de los *Chimurenga*, la mayoría colonizadores, soldados y periodistas europeos, ver R. S. S. Baden-Powell, 1897; F. C. Selous, 1896; R. E. R. Martin, 1897.

la *Chimurenga* shona que había estado extendiéndose simultáneamente desde junio de 1896 y continuó de forma intermitente hasta 1903. Los principales centros de la *Chimurenga* eran las jefaturas de Mashayamombe, en el oeste, de Makoni, en el centro, y de Mangwende en el noreste de Mashonaland. Pero numerosas jefaturas menores, tales como nyandoro, seke, whata, chiota, chimakwa, swoswe, zwimba, mashanganyika y masembura, tomaron la iniciativa de hacer ellos mismos una *Chimurenga* o de aliarse con otros.

La *Chimurenga*, tal como el episodio xhosa de la matanza de ganado, ha sido etiquetada por los historiadores eurocéntricos como atávica y milenaria, a causa del importante papel de los profetas tradicionales y de los sacerdotes, conocidos como *svikiro* [13]. Los principales *svikiro* eran Mukwati en Matabeleland, Kagubi en la zona occidental de Mashonaland, y Nehanda (una *svikiro* hembra) en el centro y en el norte de Mashonaland, junto con una multitud de profetas locales más jóvenes. El *svikiro* dijo a los ndebeles y a los shonas que el hombre blanco había traído todos sus sufrimientos, es decir, el trabajo forzado, el impuesto de las cabañas y las palizas, así como los desastres naturales de las plagas de las langostas, la peste bovina y la sequía. Convencieron a muchos africanos de que el dios shona, Mwari (Mlimo en Sindebele) se había apiadado a causa del sufrimiento de su pueblo y había decretado que los hombres blancos debían ser expulsados del país; y que los africanos no tenían nada que temer ya que Nwari estaba de su lado y convertiría a las balas de los hombres blancos en agua inofensiva. Hablando en términos generales, muchos africanos creyeron que el *svikiro* estaba anunciando las órdenes de Mwari y que no obedecerlas traería más sufrimientos a las jefaturas y desgracias personales a los individuos.

Los *svikiro* eran principalmente profetas revolucionarios que articulaban las causas reales de la *Chimurenga* y el consenso general del pueblo, sin el cual hubieran tenido relativamente poca credibilidad e influencia. Además, en tanto que custodios de las tradiciones shonas y autoridades reconocidas en muchos aspectos de la vida shona, temían que su papel estuviera siendo usurpado por los misioneros europeos. Más importante aún, el papel de líder aparente de los *svikiros* era una función de la segmentación político-militar de los ndebeles y especialmente del pueblo shona. Los *svikiro* eran las únicas autoridades cuya influencia se extendía a través de las jefaturas. Las provincias espirituales de Mukwati, Nehanda y Kagubi cubrían más de una jefatura. A diferencia de los jefes de las jefaturas, los *svikiros* tenían una elaborada red secreta de comunicación a través de la cual intercambiaban numerosos mensajes y coordinaban hábilmente sus esfuerzos. Hicieron incluso resurgir la antigua dinastía y confederación Rozvi, proclamando como nuevo rey a Mudzinganyama Kiri Mutèveri, el bisnieto de un antiguo rey

[13] La palabra *svikiro* deriva del verbo *kusvika* que significa «llegar a» o «alcanzar» un lugar. *Svikiro* significa literalmente la persona, vehículo o instrumento o médium a través del cual los dioses y espíritus comunican con el pueblo. Es así como un sacerdote, rabino y profeta en la cultura occidental, y un califa y *mallam* en la cultura musulmana, podrían ser *svikiro* en la sociedad shona. No se debe confundir al *svikiro* con un practicante de la medicina, *nganga* (llamado médico-brujo en Europa) ni con un adivino. El *svikiro* era un sacerdote, un intelectual, un educador y un líder, todo en una sola persona. Aquí utilizamos la traducción de *profetas* para mayor facilidad de los lectores que no sean shonas.

rozvi. Muchos africanos aceptaron la proclamación y prometieron lealtad a Mudzinganyama, pero la confederación duró poco ya que Mudzinganyama pronto fue arrestado y encarcelado por los colonos. Simultáneamente, Mukwati fue asesinado, según se dice por un seguidor desilusionado.

Kagubi y Nehanda tenían gran influencia sobre los príncipes jóvenes y militantes de las jefaturas tales como Muchemwa de Mangwende, Mhiripiri de Makoni y Panashe de Nyandoro. Pero Kagubi fue capturado en octubre de 1897 y Nehanda dos meses más tarde. El 2 de marzo de 1898 fueron acusados de asesinato y condenados a morir ahorcados. Los dos fueron enterrados en un lugar secreto, «para que los nativos no pudieran llevarse sus cuerpos y decir que sus espíritus habían descendido en cualquier otro profeta o médico-brujo».

Privados de una maquinaria político-militar altamente centralizada, sin armas ni municiones, y, lo que es más importante, sin el *svikiro*, las jefaturas shonas fueron derrotadas una por una en 1897. El 4 de septiembre Makoni fue esposado, se le taparon los ojos y le dispararon un tiro en presencia de los soldados, de «colaboracionistas» y de sus propios súbditos. Tal como informó un testigo presencial, corresponsal de *The Times* (Londres), Makoni permaneció de pie y murió «con un coraje y una dignidad que arrancaron admiración involuntaria a los presentes». De manera similar, Mashayamombe, que casi había paralizado las comunicaciones entre Salisbury y Bulawayo, fue derrotado y muerto el 25 de julio. Entre julio y septiembre, los colonos llevaron a cabo con éxito sitios contra las jefaturas de la zona central de Mashonaland. Mangwende fue conquistado en septiembre, pero su hijo Muchembwa, junto con algunos pocos consejeros, continuó resitiendo hasta 1903, fecha en que la *Chimurenga* fue finalmente sofocada.

El número de víctimas de la *Chimurenga* ha sido estimado en 450 muertos y 188 heridos, por parte europea, y en 8.000 africanos muertos. De los 450 europeos, 372 eran colonos residentes, que representaban la décima parte de la población blanca de la colonia. El resto eran soldados imperiales y mercenarios. Pero algunos de los shonas más intransigentes, continuaron la *Chimurenga* e incluso formaron alianzas con otros africanos en Mozambique, que también estaban resistiendo al colonialismo portugués. La resistencia más famosa de las post-*Chimurenga* fue la de Kadungure Mapondera, el gobernante de la jefatura Rosvi, localizada en la zona Mazoe, que previamente había conservado su independencia a salvo tanto de los portugueses como de los ndebeles. Mapondera no había participado en la *Chimurenga* porque, después de negarse a pagar el impuesto de las cabañas, él y sus más próximos seguidores habían emigrado al norte de Mozambique, en 1894, uniéndose a los barwes en su guerra contra los portugueses. En 1900 regresó a Rhodesia y reclutó un ejército shona integrado por los korekoras, los tavaras y numerosos jóvenes militantes de las jefaturas de las zonas noreste y central de Mashonaland, incluyendo a Magwende y a Makoni. Se alió con el titular mutapa, Chioco, y además con el *svikiro* Mwari. Continuó la guerra de guerrillas hasta junio de 1902 contra los colonos y las jefaturas leales a ellos de la zona norte de Mashonaland. Emigró nuevamente a Mozambique para unirse con la *Chimurenga* barwe que se estaba desarrollando allí, pero las fuerzas aliadas pronto fueron arrolladas por los portugueses, a causa principalmente de la superioridad de estos últimos en materia de armas de fuego. Mapondera regre-

só a Rhodesia y el 30 de agosto de 1903 se rindió y fue sentenciado a siete años de trabajos forzados por asesinato y sedición. Murió en prisión a consecuencia de una huelga de hambre.

LOS HERERO S

En 1904, los hereros, sintiendo los efectos amargos y acumulativos de la dominación colonial en el Africa sur-occidental, se aprovecharon de la retirada de las tropas alemanas de Hereroland para sofocar un levantamiento entre los bondelswarts y se sublevaron en enero de 1904, matando a 100 alemanes, destruyendo numerosas granjas y capturando ganado. Theodor Leutwein, el comandante alemán, fue reemplazado por el general von Trotha, quien decidió que el pueblo herero sufriría una derrota militar total y sería completamente destruido por medio de tácticas implacables y masacres. Entre el 75 y el 80 por 100 de la población herero, entre 60.000 y 80.000 personas, fueron brutalmente asesinadas; 14.000 fueron enviadas a campos de prisioneros, y 2.000 huyeron al Africa del Sur. Samuel Maherero y 1.000 seguidores huyeron a través del desierto de Kalahari hacia Bechuanaland.

Toda la tierra y el ganado fueron confiscados y se prohibió a los africanos constituir asociaciones étnicas y practicar ceremonias tradicionales. No tenían otros medios de subsistencia que emplearse al servicio de los colonos. Sus propios dioses y sacerdotes habían sido derrotados, demostrando de esta forma que eran inferiores, por lo que se sometieron al cristianismo con conversiones masivas. Entonces, en 1915, tropas de Africa del Sur ocuparon Africa sur-occidental, imponiendo la ley marcial que mantuvieron hasta 1921. En esa fecha, 10.673 surafricanos blancos se habían unido a aquellos colonos alemanes que no habían sido repatriados a Alemania. Se permitió a los africanos reanudar su agricultura de subsistencia en reservas estériles, viéndose obligados a depender del empleo migratorio.

A pesar de este destino, los hereros dejaron un legado de resistencia a la dominación colonial, de lealtades interétnicas y de conciencia, cultural, histórica, racial y nacionalista que fue heredada por generaciones posteriores de luchadores libres de todo el sur de Africa.

CONCLUSION

En la primera década del siglo XX, no quedaba ya prácticamente ningún Estado indígena soberano en el sur de Africa. La gran mayoría de los africanos había pasado al tercer nivel de resistencia, caracterizado por la lucha para alcanzar un *modus vivendi* favorable bajo la dominación, economía y cultura coloniales. En realidad se trata de una forma de respuesta diferente de las luchas contra la conquista y ocupación coloniales y corresponde a un capítulo diferente en la historia de Africa. Porque para esa fecha, tanto el liderazgo político como el religioso de las sociedades tradicionales había sido conquistado, colonizado y humilla-

do. Los reyes tradicionales habían sido suplantados por un extranjero secretario para los asuntos nativos, tal como Theophilus Shepstone en Natal, o por los llamados «comisarios nativos» y «departamentos nativos» en otras partes. Las masas africanas eran calificadas como el «problema negro» y estaban, tal como las describió Jabavu, «sin tierra, sin voto, esclavizados, parias, proscritos sociales en su patria, sin futuro en ningún camino de la vida» [14]. Además, estos fueron los primeros africanos que se enfrentaron con la crisis de identidad [15], creada por las nuevas fronteras artificiales coloniales que dividían a los grupos histórico-cultural-lingüísticos, por el choque cultural en los recintos mineros y granjeros, en los hogares de los blancos y en las iglesias y escuelas cristianas de los territorios dominados por los colonos.

El impulso de los pensamientos y acciones africanos se centraba ahora en la adquisición individualista del conocimiento, tecnología y bienes materiales del mundo blanco y en desenmascarar —y corregir llenos de esperanza— «las incapacidades nativas» [16] dentro del marco de la dominación colonial. Esto condujo al comienzo de las protestas no violentas por los derechos civiles, resumidas, tal como veremos más tarde, por el Congreso Nacional Nativo de Africa del Sur, constituido en 1912, por la Asociación Nativa para el Bienestar de Rhodesia del Sur, por el sindicalismo comercial de Clements Kadalie, por el separatismo religioso y el etiopianismo. El nuevo vacío de líderes fue llenado por las élites cristianas educadas en las misiones que estaban comprometidas no sólo con el universalismo, no racismo y el materialismo capitalista, sino también con la no-etnicidad, y de esta forma fueron las primeras en socavar la cooperación étnica y regional de los jefes, grupos e individuos africanos. El nuevo desarrollo de las respuestas africanas a la dominación colonial, en tanto que opuestas a la conquista colonial, estuvo determinado principalmente por las masas urbanas dirigidas por líderes pertenecientes a las élites educadas. Las masas rurales vivían en las reservas de una producción orientada a la subsistencia o tendían a integrarse en la economía capitalista orientada al mercado, como asalariados con sueldos bajos en las minas, campos, cocinas y fábricas europeas.

[14] D. D. T. Jabavu, 1920, p. 16.
[15] R. F. Betts (ed.), 1972.
[16] Ver, por ejemplo, S. T. Plaatje, 1916; S. M. Molema, 1920.

Capítulo 10

MADAGASCAR, 1880-1939: REACCION E INICIATIVAS AFRICANAS A LA CONQUISTA Y DOMINACION COLONIALES

M. ESOAVELOMANDROSO

El tratado anglo-merina [1], firmado el 3 de octubre de 1817 y ratificado en 1820, confería a Radama I el título de «Rey de Madagascar», quien, el 14 de febrero de 1822, proclamó su soberanía sobre toda la isla (ver Fig. 10.1). Un reino, respaldado por la principal potencia mundial de la época, hizo su aparición en la escena diplomática tras este acuerdo. Inicialmente, Francia impugnó y luchó contra la soberanía de este reino, hasta que en 1872 el gobierno de Napoleón III firmó un tratado con Radama II reconociéndolo como rey de Madagascar. A los ojos de las autoridades de Antananarivo, esto significaba la aprobación de la existencia del reino y el abandono de las exigencias territoriales de Francia, incluso si el preámbulo del tratado reservaba «los derechos de Francia», en otras palabras, sus reclamaciones específicas con respecto a los antiguos enclaves y establecimientos comerciales y a los protectorados Sakalava y Antakarana.

El asesinato, en 1863, de Radama II, realizado por la oligarquía dominante que lo consideraba de mentalidad demasiado liberal e indebidamente favorable a los europeos, creó una nueva situación. En un intento por asegurar que la independencia del reino fuera respetada, Rainilaiarivony, que fue primer ministro desde 1864 hasta 1895, adoptó una política bastante flexible. Tanto es así que, aunque no logró unificar completamente el territorio, se pudo organizar el gobierno, la administración y el ejército. Hasta cierto punto consiguió consolidar su poder y mantener unidas a las regiones conquistadas, y esto a pesar de los complots de

[1] Los merinas son los habitantes de Imerina, una región ubicada en el centro de las tierras altas de Madagascar, con su capital en Antananarivo. El reino merina se asignó a sí mismo la tarea de unificar toda la isla.

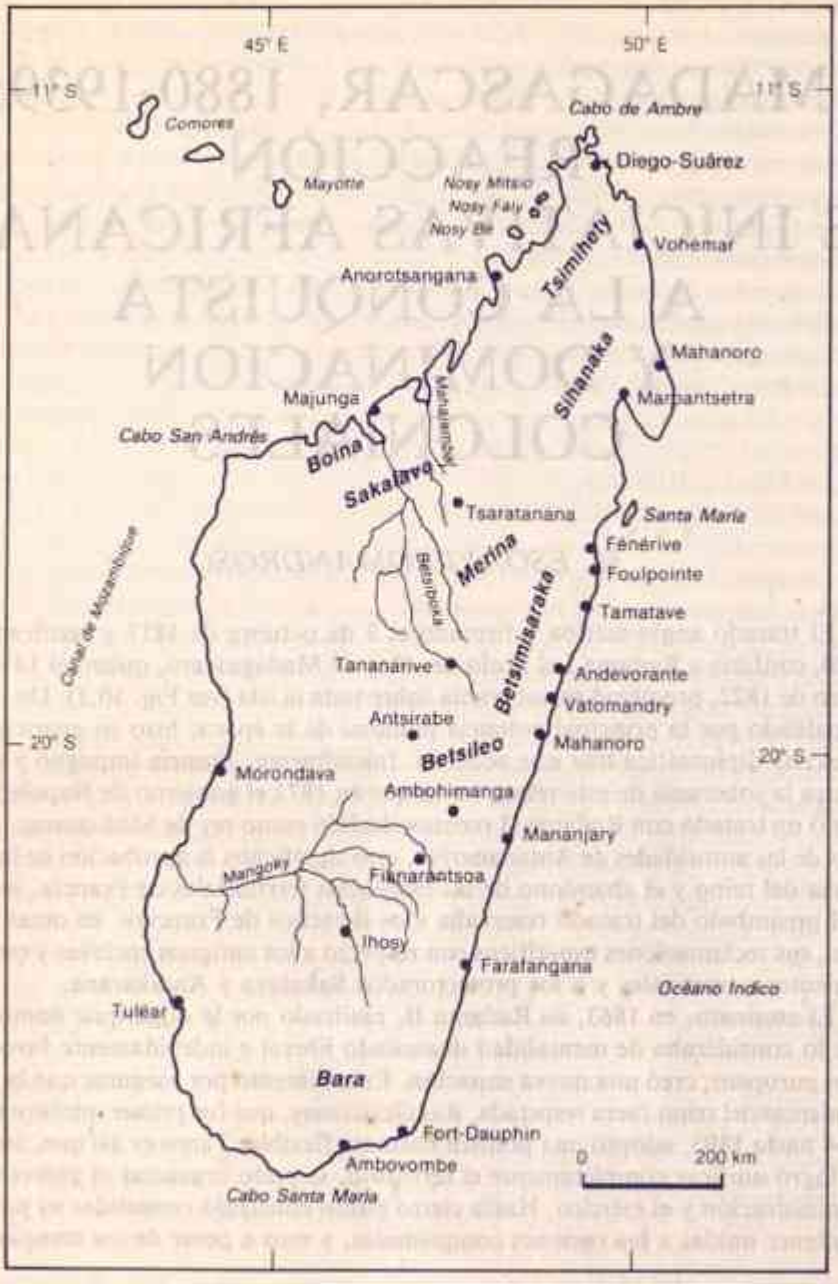


FIG. 10.1. Madagascar hacia 1900

sus rivales, y del descontento, y, algunas veces, la sublevación abierta de las masas. Al mismo tiempo, sin embargo, el imperialismo colonialista estaba creciendo en Europa y Francia buscó nuevamente dominar Madagascar. Los esfuerzos diplomáticos que desplegó Rainilaiarivony, en un intento de evitar este peligro, no tuvieron éxito, y las dos guerras lanzadas por Francia —desde 1883 hasta 1885, y desde 1894 hasta 1895— terminaron con la destitución del primer ministro y el desmantelamiento del gobierno real. Aunque consiguieron el control de Antananarivo, los franceses pronto se encontraron con resistencia armada en algunas de las zonas rurales de Imerina y en sus provincias sometidas. En las regiones independientes se vieron obligados a luchar con reyes y líderes militares que les presentaron una enérgica oposición. A la larga, sin embargo, la superioridad técnica francesa puso fin a estas descoordinadas bolsas de resistencia. Incluso así, a través de toda la isla, la gente se levantó y organizó por sí misma, primero para combatir los abusos del régimen colonial y posteriormente para recuperar la independencia de su país.

UN PAIS DIVIDIDO FRENTE A LA AMENAZA IMPERIALISTA

Durante el último cuarto del siglo XIX, Francia volvió a practicar una política de expansión colonial. En primer lugar, entre 1870 y 1880, después de su de-



• *Rainilaiarivony, primer ministro de Madagascar (1864-95), marido de Ranavalona II y III.*



• *Ranavalona III, reina de Madagascar (1883-97), con su atavío real.*

rrota en manos de Prusia, el país atravesó un período de introspección, mientras rehacía sus fuerzas dentro de las fronteras nacionales. Entonces, entre 1880 y 1890, un cierto número de figuras republicanas como León Gambetta y Jules Ferry pensaron que las conquistas coloniales volverían a poner a su país en su lugar entre las grandes potencias. La opinión pública hostil les obligó a adoptar una política de «pequeñas dosis», pero, sin embargo, pudieron imponer un protectorado en Tunicia en 1881 y, a pesar de la ausencia de un plan global y de contar sólo con recursos limitados, enviar expediciones al centro de Africa, Tonkin y Madagascar. A partir de 1890, aumentaron las ambiciones de Francia, ya que la opinión pública había sido ampliamente ganada por el pensamiento imperialista y los círculos de negocios empezaban a desplegar un interés creciente por las empresas coloniales[2]. De esta forma, Madagascar, que estaba embellecido por la propaganda colonial como un gran mercado consumidor, una tierra de indecibles riquezas y una isla codiciada por los británicos, se convirtió en el objetivo de una multitud de ambiciones y proyectos. De acuerdo con esta situación, el gobierno de la reina Ranavalona tuvo que luchar con la amenaza extranjera mientras que, simultáneamente, intentaba suavizar las tensiones latentes o abiertas que abundaban entre los imerinas y el resto de pueblos de la isla.

LA SITUACION EN LA VISPERA DE LA PRIMERA GUERRA FRANCO-MERINA[3]

El renovado interés de Francia por Madagascar fue el producto de la propaganda deliberadamente orquestada por los parlamentarios franceses de la isla de la Reunión, que seguía vigente gracias a la acción de los círculos católicos de derecha y que más tarde fue apoyada por la facción colonial. Estos diferentes movimientos unieron sus fuerzas para recordar y defender los «derechos históricos» de Francia sobre Madagascar. Esta reclamación, que tiene sus raíces en la memoria de la anexión proclamada bajo Luis XIV y de los inútiles esfuerzos realizados durante el siglo XVIII para organizar una próspera *France orientale**, basada en los enclaves comerciales establecidos durante el siglo XVIII y bajo la restauración, fue desarrollada a lo largo del siglo XIX en gran número de documentos escritos antes de ser llevada oficialmente al parlamento francés, en 1884. El grupo de presión de la Reunión exigía la conquista completa de la isla, de forma que la desbordante población criolla de la Reunión pudiera ser establecida allí y que los abundantes recursos que los británicos parecían querer explotar, pudieran ser reservados para su propio uso. Por su parte, los misioneros católicos franceses de Madagascar estaban reducidos a evangelizar a las clases sociales más bajas, ya que la mayoría de las familias nobles y de los plebeyos ricos y poderosos se habían convertido al protestantismo. En consecuencia, pedían el apoyo oficial de Francia para su intento de superar la competencia de los protestantes, a quienes retrata-

[2] G. Jacob, 1966, pp. 2-3.
[3] C. R. Aregon, 1978 (a), pp. 114-18.
* Francia oriental. En francés en el original. *(N. del T.)*

ban como el producto de los innumerables «tratados turbios» de los británicos. Esta teoría de la «pérfida Albión» encontró un eco favorable en ciertos círculos de negocios, que, en un esfuerzo por conquistar el mercado malgache a expensas de los británicos y americanos, buscaban excluir a estos últimos por medio de la anexión de la isla en vez de reducir los precios de sus propios productos. La propaganda colonial hacía un llamamiento a los sentimientos chauvinistas de la población y a la creencia en la misión humanitaria y civilizadora de Francia. Con miras a preparar a la opinión pública francesa para la conquista, el «reino de Madagascar» fue presentado, con flagrante mala fe, como un «Estado bárbaro», presidido por una «tribu extranjera» que había exaltado la «tiranía como sistema de gobierno» y que todavía estaba comprometido con el tráfico de esclavos.

Estos argumentos apenas tenían base alguna, y habían sido inventados por quienes promovían la colonización de la isla. En su actitud hacia las potencias extranjeras, el gobierno real, acusado de ser probritánico, desplegó una sutileza dictada por su decisión de defender la independencia del reino. Intentó obtener de cada una de estas potencias el apoyo que eran capaces de dar a sus propias ambiciones[4]. Madagascar no era, se argumentaba, el vasallo de Gran Bretaña: la confianza que existía entre los dos países era sólida únicamente porque los británicos, a diferencia de los franceses, no intentaban colonizar la isla. Este reino supuestamente «bárbaro», en donde predominaban las fuerzas de las tinieblas, estaba de hecho gobernado por una reina y por un primer ministro que se habían convertido al cristianismo el 21 de febrero de 1869. Es verdad que habían sido bautizados como protestantes y que la mayoría de los líderes y de la población había seguido su ejemplo, pero no habían impedido que la gente abrazara el catolicismo ni habían obstaculizado las actividades de los misioneros franceses. Esta actitud liberal muestra la separación que existía entre las iglesias y el Estado, incluso si «en torno a la capilla del palacio de la reina, el primer ministro haya podido intentar organizar una iglesia nacional, la iglesia palaciega, compuesta por hombres de iglesia malgaches y de evangelistas a su servicio»[5]. Estos intentos dieron lugar a prolongados temores entre los jesuítas y a una «desconfianza incorregible» entre los representantes de la Sociedad Misionera de Londres (London Missionary Society, LMS).

En 1877, el gobierno real liberó a los esclavos *masombikas* importados del interior de Africa y arregló las cosas para que se instalaran en tierras adjudicadas para ellos. En 1878 remodeló el sistema legal que, a partir de ese momento, estaba confiado a tres tribunales cuya tarea era dirigir las investigaciones mientras que la decisión recaía sobre el primer ministro. El «código de 305 artículos, una innovación legislativa que abarcaba la ley civil, criminal y el procedimiento legal»[6] fue promulgado en 1881. Todas estas medidas, y otras más, ilustran la determinación de Rainilaiarivony de «modernizar» su país y de convertirlo en un «Estado civilizado» en sus tratos con Europa.

Tales esfuerzos hubieran desarmado a gente que estuviera movida por un ver-

[4] F. Esoavelomandroso, 1979.
[5] H. Vidal, 1970, p. 6, n. 20.
[6] H. Deschamps, 1960, p. 181.

dadero deseo de civilizar Madagascar y de difundir allí el evangelio. Sin embargo, los representantes elegidos de Reunión, apoyados por los parlamentarios católicos y por el grupo de presión colonial, fueron inflexibles en sus exigencias de conquistar Madagascar. En 1882 se aprovecharon de tres pretextos para presionar al gobierno francés a embarcarse en una acción militar en la isla.

En 1878, Jean Laborde —que inicialmente había sido un socio comercial de los principales dignatarios del reino, bajo Ranavalona I en la fabricación de armas y municiones y la propiedad de la tierra, y que, más tarde, se convirtió en el cónsul francés, al acceder al trono Radama II— murió en Antananarivo, dejando una herencia que sus sobrinos, Campan y Edouard Laborde, reclamaban sin éxito. La demanda por esta herencia que hizo París se fundaba en el tratado de 1888, que autorizaba a los ciudadanos franceses a adquirir propiedades de tierras en Madagascar, mientras que la negativa de las autoridades de Antananarivo se apoyaba en que la ley estipulaba que la tierra pertenecía exclusivamente al soberano. El caso de la «herencia Laborde» planteó un problema de propiedad de la tierra que constituía una preocupación directa para los colonos y comerciantes que vivían en la isla. Lo que estaba en juego era si tenían título de propiedad de su propia tierra, que estaban trabajando o si, al menos, podían esperar obtener un arrendamiento a largo plazo sobre ellas[7].

En abril de 1881, las reclamaciones entre Francia y Madagascar se volvieron más difíciles a causa del asunto *Toalé*. El *Toalé* era un bou, cuyo propietario —un árabe ciudadano francés—, junto con otros tres musulmanes miembros de la tripulación, fue asesinado por un hombre del rey sakalava, Bakary, en la bahía de Marambitsy, una zona que estaba fuera del control de las autoridades merinas. Estos musulmanes eran traficantes de armas a quienes se había dado el alto y la orden de entregar su carga: en lugar de eso, abrieron fuego sobre el sakalava, quien abrió fuego a su vez y los mató. Los franceses exigieron una reparación a la reina de Madagascar por este incidente de contrabando[8].

En el transcurso del mismo año, dos misioneros ingleses que estaban de gira por la costa Sambirano, en el noroeste de la isla, persuadieron a los jefes sakalavas de la región para que izaran la bandera merina. Francia protestó sobre la base de los tratados de protectorado que había firmado con los soberanos de la región en 1840 y en 1841. Como respuesta, Rainilaiarivony recordó a los franceses el tratado de 1878, firmado por el gobierno de Napoleón III con la «reina de Madagascar».

La falta evidente de sinceridad de este intercambio, convenció a Rainilaiarivony de que los franceses estaban actuando de mala fe y lo incitó a adoptar una política para pagar las indemnizaciones y comprar armas y municiones. Estas actividades demostraron ser impopulares a causa de la pesada carga que suponían para el pueblo. Las dificultades con Francia no le dieron tiempo para asimilar las conquistas hechas por Radama II y todavía menos para continuar la unificación del país. Por lo tanto, el primer ministro, que tenía que negociar con Baudet, el cónsul francés, estaba acosado por problemas domésticos. Baudet rompe-

[7] G. Jacob, 1966, p. 5.
[8] P. Boiteau, 1958, p. 172.

ría repentinamente las relaciones dipolmáticas y abandonaría Antananarivo, el 21 de marzo de 1882.

EL AISLAMIENTO DE LOS GOBERNANTES MALGACHES, 1882-1894

En junio de 1882, el capitán Le Timbre hizo retirar las banderas merinas de la bahía de Ampasindava, sin encontrar ninguna resistencia. Rainilaiarivony todavía pensaba que era posible evitar el conflicto y solucionar las diferencias por medios pacíficos. De acuerdo con esto envió una embajada dirigida por su sobrino Ravoninahitriniarivo, ministro de Asuntos Exteriores, a Europa y a los Estados Unidos, desde octubre de 1882 hasta agosto de 1883, en un intento por llegar a un entendimiento con Francia y buscar el apoyo de las otras potencias[9]. Sin embargo, aparte de los acuerdos comerciales firmados con Londres, Washington y Berlín y del abandono británico del derecho de sus ciudadanos a poseer tierras a cambio de arriendos cuya duración sería determinada por acuerdo mutuo, los plenipotenciarios malgaches consiguieron muy poco. Los franceses, estimulados por los británicos, que deseaban tener las manos libres en Egipto, rehusaron llegar a ningún acuerdo a pesar de que los enviados de Ranavalona II habían aceptado retirar sus banderas y guarniciones de la bahía de Ampasindava y habían aceptado dar a los extranjeros arriendos a largo plazo. La embajada todavía estaba en Europa cuando la marina francesa bombardeó Majunga, en mayo de 1873, y, de esta forma, hizo estallar la primera guerra franco-merina (1883-5). La acción diplomática no había conseguido impedir la guerra y las autoridades de Antananarivo estaban amargamente sorprendidas de ver que las potencias dirigentes se preocupaban principalmente por sus propios intereses y, a veces, en realidad con frecuencia, hacían acuerdos entre ellas a expensas de las naciones pequeñas. La actitud de Gran Bretaña, que había sido considerada como un aliado de confianza, fue una decepción, y se dice que incitó al primer ministro a hablar con desilusión de «fingir pelear como los franceses y los británicos».

Nada impedía ya a los franceses atacar a un reino que estaba diplomáticamente aislado. Un pequeño escuadrón, al mando del almirante Pierre, bombardeó los puertos del noroeste y del este de la isla y ocupó Tamatave. Francia exigió que Rainilaiarivony cediera la parte de Madagascar situada al norte del paralelo 16 de latitud y que reconociera el derecho de los franceses asentados en la isla a poseer tierras. El ministro continuó resistiendo las presiones que se le hacían, mientras dejaba la puerta abierta a las negociaciones. Durante esta guerra «artificial», en la que las negociaciones fueron llevadas con más diligencia que las operaciones militares, el objeto de la exigencia francesa sufrió un cambio: el problema dejó de ser el reconocimiento de los derechos históricos de Francia en la zona noroeste de Madagascar, transformándose en la imposición de un protectorado sobre toda la isla. Rainilaiarivony mantuvo su postura original y se negó a sacrificar la independencia de su país. Sin embargo, mientras que los líderes franceses

[9] P. M. Mutibwa, 1974, pp. 218-46.

y malgaches adoptaron dos actitudes aparentemente irreconciliables, sus súbditos estaban cediendo a un creciente sentimiento de lasitud. Por parte malgache, el bloqueo y el esfuerzo de la guerra habían producido una crisis económica y creado un malestar político muy serio. En cuanto a los franceses, la expedición Tonkín había impedido el refuerzo de las tropas comprometidas en Madagascar; además, la opinión del ministro Freycinet, que se inclinaba a ser conciliatorio, venció a la opinión sostenida por los partidarios de una marcha sobre Antananarivo. Por consiguiente, el desarrollo de los acontecimientos incitó a los dos gobiernos a firmar un tratado de paz o, en otras palabras, a contentarse con un arreglo.

El, de alguna manera, oscuro tratado de 17 de diciembre de 1885 puso fin a una guerra en la que no hubo ni vencedores ni vencidos. Era tan vago y ambiguo que ambas partes lo interpretaron tal como consideraron conveniente. El tratado otorgaba a Francia el derecho a «representar a Madagascar en todas sus relaciones exteriores» y a mantener un residente general con una escolta militar en Antananarivo. Otorgaba a los ciudadanos franceses el derecho a obtener arrendamientos a largo plazo hasta un período de noventa y nueve años, y a la marina francesa el derecho a ocupar la isla de Diego Suárez, mientras que al gobierno francés se le adjudicaba una indemnización de diez millones de francos. Este tratado, en el que no se menciona la palabra «protectorado», reconocía a la reina Ranavalona como soberana de toda la isla y como única propietaria de tierra. El «Apéndice» o carta explicativa que el primer ministro exigió y consiguió de los negociadores franceses el 19 de enero de 1886, antes de aceptar ratificar el tratado, establecía los poderes del residente general, fijaba el tamaño de su escolta militar en cincuenta hombres y describía los límites del territorio de Diego Suárez como una milla náutica hacia el sur y el oeste y cuatro millas hacia el norte. Estos términos estaban destinados a limitar la amplitud del tratado. Por otra parte, la administración francesa no daba importancia al «Apéndice» e interpretó el acuerdo concluido el 17 de diciembre de 1885 como un tratado de protectorado. Por contraste, el gobierno malgache, que estaba dominado por Rainilaiarivony, rehusó considerar el documento como un tratado que establecía un protectorado sobre la isla y adelantó una interpretación muy diferente del documento oponiéndose a los esquemas franceses. Esta interpretación se basaba en referencias constantes al «Apéndice», que había limitado la amplitud de las cláusulas consideradas como perjudiciales para la independencia del reino. De acuerdo con esto, los gobernantes de Antananarivo intentaron impedir que el protectorado se convirtiera en una realidad jugando con las diferencias entre el texto francés y el malgache y las aclaraciones detalladas en el protocolo adicional [10].

De esta manera, comenzó una guerra por agotamiento entre el primer ministro y los sucesivos residentes generales, a causa de los malentendidos que continuaban multiplicándose. Sin esperar al resultado de las interminables negociaciones sobre la demarcación de la zona francesa en torno a Diego Suárez, la marina francesa ocupó una amplia faja de tierra hacia el sur del puerto. Un segundo con-

[10] F. Esoavelomandroso, 1977 (b).

flicto sobre el «exequatur» («un reconocimiento y autorización oficial escrito de un oficial consular emitido por el gobierno ante el cual está acreditado») dominó los diez años del «protectorado fantasma» desde 1885 hasta 1895. El residente general exigió que le fuera otorgado el «exequatur» para poder probar que Madagascar era un protectorado, pero Rainilaiarivony rehusó otorgarlo para de esta forma afirmar la independencia del reino. Hasta la firma del acuerdo anglo-francés de 1890, en el que los franceses reconocían el protectorado británico de Zanzíbar, a cambio de lo cual Gran Bretaña aceptó el «protectorado francés sobre Madagascar con todas sus consecuencias», el primer ministro consiguió mantenerse en la posición que había adoptado. Estas dificultades diplomáticas se vieron exacerbadas por los problemas económicos que experimentaba el reino.

Para pagar la indemnización debida a Francia, el gobierno malgache contrató un préstamo con el Comptoir National d'Escompte de Paris (CNEP, Despacho Nacional de Descuento de París) cuya garantía eran los ingresos de aduana de los seis principales puertos de la isla: Tamatave, Majunga, Fenerive, Vohemar, Vatomandry y Mananjary. La recaudación de impuestos era supervisada por agentes —nombrados por el banco francés pero pagados por las autoridades reales— lo que privaba al Estado malgache de una fuente sustancial de ingresos.

Esta necesidad de fondos y las presiones ejercidas por Le Myre de Vilers, el primer residente general francés de Antananarivo, obligaron al primer ministro a otorgar grandes concesiones a los europeos, tanto para explotaciones mineras —de cobre en el Betsileo y de oro en el Boina— como de madera. La concesión del depósito de oro de Suberbie, en la región Maevatanana, notoria por su uso de trabajo forzado en las minas, aportó muy pocos ingresos al gobierno. Por otra parte, contribuyó a debilitar la autoridad a causa del número de trabajadores que huían y engrosaban las filas de los *fahavalo* o irregulares, quienes creaban una atmósfera de inseguridad en el noroeste de la isla. En el mismo período fueron otorgadas a extranjeros doce concesiones forestales en la costa este. Lo limitado de los recursos de los concesionarios y la actitud de Rainilaiarivony, que a pesar de las apariencias no se inclinaba a hacer que su trabajo fuera más fácil en absoluto, significó que los intentos de explotar los bosques malgaches no tuvieran mucho éxito. Estas concesiones no enriquecieron al gobierno real, ni beneficiaron a la población local, ni produjeron ingresos tan elevados como los capitalistas extranjeros hubieran deseado [11].

Los ingresos de los impuestos de aduana eran insuficientes para cubrir los seis meses de pagos adeudados al CNEP, ya que las concesiones otorgadas a los extranjeros no habían producido los resultados esperados. En esta situación, para poder llenar nuevamente las arcas del Estado, el gobierno real aumentó el número de impuestos y el trabajo forzado. Además de la carga que debían soportar habitualmente, se exigió a los habitantes que pagaran un impuesto de ingresos de una piastra por persona y la *fitia tsy mba hetra*, una especie de contribución general que teóricamente era «voluntaria». Algunas personas se negaron a realizar las tareas exigidas de ellas por la *fanompoana* o sistema de trabajo forzado,

[11] M. Esoavelomandroso, 1979, pp. 186-93.

mientras que otras se dedicaron al bandolerismo, y las bandas de saqueadores eran lo bastante audaces como para atacar a la ciudad sagrada de Ambohimanga, en 1888, e incluso a la capital, en 1890 [12].

Estos disturbios, que amenazaban los intereses de las clases privilegiadas y de los expatriados, alarmaron al residente general y revelaron la existencia de una grave crisis de autoridad en el «reino de Madagascar». El parlamento francés aprovechó al máximo esta situación y envió a Le Myre de Vilers, quien había sido residente general desde 1886 hasta 1889 con un plan para establecer un verdadero protectorado. Cuando Rainilaiarivony rechazó este plan, el parlamento francés votó por una amplia mayoría el ir a la guerra, y el gobierno merina, en su intento por conservar la independencia, sólo pudo aceptar el hecho consumado. Pero las autoridades reales se embarcaron en esta guerra, en 1894, en circunstancias que no les eran en absoluto favorables.

EL «REINO DE MADAGASCAR» EN 1894: DEBILIDAD Y DESORDEN

En la víspera de la conquista francesa, el «reino de Madagascar» estaba socavado por serias tensiones internas. A nivel oficial por lo menos, el bautismo de Ranavalona II marcó el comienzo de la decadencia del culto a los antepasados y la desaparición de los santuarios o *sampy* reales e incluso locales que constituían los cimientos políticos y religiosos del Imerina tradicional; también fue la causa de la conversión, con frecuencia forzada, de miles de súbditos, de la destrucción de un cierto número de jerarquías que existían desde hacía largo tiempo, a través de la destitución de los guardianes de los *sampy* y del desarrollo de una élite cristianizada. Los asuntos políticos, económicos y religiosos estaban todos entrelazados. Los seguidores de la «eglise du palais»* (Iglesia palaciega) no sólo manejaban los asuntos del Estado, tales como los censos, educación y reclutamiento para el ejército y el trabajo forzado, sino que también se aprovechaban de sus posiciones y del sistema económico para enriquecerse a sí mismos a través del comercio y del préstamo de dinero. Los guardianes de *sampy* y los dignatarios locales que habían sido privados de sus poderes y privilegios tradicionales se oponían a los líderes de la isla huyendo o negándose a construir iglesias o prendiéndoles fuego [13]. Además, los merinas cristianizados no eran unánimes en absoluto en su apoyo a la iglesia oficial. Aquellos que no estaban integrados en la iglesia y que practicaban una especie de cristianismo popular inspirado en la biblia y en la historia y el folklore locales, constituían una élite educada que podía reclamar el liderazgo político.

Se comprometieron con el comercio y convirtieron en una práctica el predicar sus ideas en los días de mercado. Otros cristianos reaccionaron contra la despótica tutela de la iglesia oficial, volviéndose hacia el catolicismo o poniéndose a sí mismos bajo la protección de un dignatario. Otros lucharon por la independencia

[12] F. Esoavelomandroso, 1977 (b), p. 50.
* En francés en el original.
[13] F. Esoavelomandroso, 1980.

y libertad de su vida religiosa, como los disidentes de Ambatonakanga, que en 1893 crearon su propia iglesia que bautizaron *Tranozozoro*, la casa o iglesia de cañas [14]. Este movimiento disidente tomó forma en el verdadero corazón de la capital, que era un bastión del cristianismo y fue testigo del malestar sentido por algunos creyentes.

Añadidas a la decadencia de Imerina, estas tensiones, que fueron exacerbadas aún más por las presiones extranjeras, especialmente francesas, y por la naturaleza arcaica de la dominación económica ejercida por las figuras principales de Antananarivo, hicieron imposible para ellos satisfacer su ambición de crear un Estado-nación. Los jefes comerciantes recuperaron sus pérdidas explotando al máximo el sistema de trabajo forzado ahora que había perdido su antigua connotación de obligación ritual, invirtiendo en tierras e implicándose en préstamos de dinero. Oponiéndose a estos magnates de la capital y devotos de la iglesia del palacio, se hallaba una multitud de pequeños granjeros y jornaleros que tenían deudas con ellos y sobre los que la *fanompoana* pesaba más fuertemente.

Estos acontecimientos dejaron al descubierto «la desintegración del tejido social y de la maquinaria de gobierno» [15] y revelaron la existencia de una crisis profundamente instalada en el seno del «reino de Madagascar» que por todo ello fue incapaz de resistir a la expedición francesa. Pero había algo más en Madagascar que el mero boato del Estado. El pueblo corriente de los merinas que no se identificaba con sus líderes, la población súbdita que intentaba, lo mejor que podía, escapar a la presión de la oligarquía y los reinos independientes de Antananarivo resistirían, uno por uno, a la penetración y conquista francesas.

UN PAIS QUE OFRECE UNA RESISTENCIA DESCOORDINADA A LA CONQUISTA COLONIAL

La descomposición de la sociedad en el seno del «reino de Madagascar», el derrumbamiento del antiguo orden, la dominación de la oligarquía, la crisis económica y la amenaza imperialista fueron factores que dieron lugar a la emergencia de un profundo malestar moral y espiritual en el seno de las masas populares, que empezaron a recordar una visión idealizada del pasado y a abogar por el retorno a las formas tradicionales. Por consiguiente, no pasó mucho tiempo antes de que los líderes se enfrentaran con una andanada de críticas. La conquista colonial en 1894 y 1895 proporcionó a los adversarios del régimen una oportunidad de expresar sus opiniones y de apresurar la caída del gobierno que ya se encontraba bajo el fuego, tanto en Merina como en las provincias sometidas y que era ignorado o impugnado por los pueblos independientes.

[14] S. Ayache y C. Richard, 1978, pp. 133-82.
[15] G. Jacob, 1977, p. 213.

EL FRACASO DEL LIDERAZGO

En Francia, la opinión pública y el parlamento habían decidido apoyar incondicionalmente a la expedición: el ejército tenía amplios recursos y un gran número de soldados a su disposición y el terreno había sido estudiado a fondo por exploradores y por personal militar y, por tanto, era bien conocido. Por parte malgache, sin embargo, el Estado se hallaba en una situación mucho menos firme que la de 1883. El dictatorial Rainilaiarivony envejecía y se había vuelto impopular. Enfrentado con la necesidad de sofocar toda una serie de complots que implicaban a sus próximos colaboradores e incluso a sus hijos, no podía tener total confianza ni en los principales dignatarios del régimen, quienes anhelaban su alto puesto y esperaban poder reemplazarlo un día, ni en el ejército que estaba desorganizado a causa del creciente número de deserciones y desmoralizado por la corrupción y la codicia, que se difundían cada vez más. Su estrategia no había evolucionado con los tiempos. A pesar de sus esfuerzos, poco sistemáticos y mal organizados, por comprar armas y municiones y de sus intentos de movilizar eficazmente a las fuerzas del reino, los únicos aliados en quienes realmente confiaba eran «el general *Tazo* (fiebre) y el general *Ala* (la selva)». De la misma manera que en 1883, esperaba que la ausencia de carretera en la selva, virtualmente impenetrable, y el efecto debilitador del clima sobre los europeos, impedirían que un cuerpo expedicionario pudiera marchar sobre Antananarivo.

En verdad la campaña causó un gran número de víctimas a los franceses, pero esto se debió a la falta de previsión por parte de ciertos departamentos del ministerio de la guerra. Los soldados fueron desembarcados en Majunga y debían usar los famosos «carros Lefefre» para avanzar sobre la capital. Por consiguiente, se vieron obligados a construir una carretera. La fiebre y la disentería se hicieron presentes mientras estaban haciendo los terraplenes en los pantanos y los cuerpos expedicionarios se convirtieron en una «interminable columna que vagaba en desorden atrapada en sus carros de transporte con sus muertos y moribundos» [16].

El ejército real no lanzó ningún ataque de guerrillas contra los flancos o la retaguardia de las tropas francesas que tanto habían sufrido. Las fuerzas de Ranavalona se dispersaron en los diversos puertos. Las que fueron enviadas a atacar las fortificaciones erigidas por los franceses se evacuaron tan pronto como fueron bombardeadas o rodeadas. Ni los soldados ni los oficiales habían recibido ningún entrenamiento militar apropiado y estaban más desconcertados que motivados. Rajestera, un oficial que estaba en el frente, recordaba la discordia y la disención que había en el ejército cuando escribió: «Había un sentimiento de desánimo en todas partes, lo mismo entre la tropa que entre los jefes, especialmente cuando supieron que, aunque los parientes y amigos del primer ministro y, especialmente su nieto, Ratsimanisa, habían permanecido discretamente al margen en Imerina, estaban compartiendo los honores que debían haber sido ofrecidos a los que habían sufrido la fatiga y los peligros de la guerra». El anuncio de que Ratsimanisa, de quien los soldados hablaban despectivamente como «un simple

[16] H. Deschamps, 1960, p. 230; M. Brown, 1978, pp. 236-56.

chico que apenas se ha despertado vuelve a dormirse, y que sólo sirve para asar patatas dulces», había sido elevado al rango de los «quince honores», uno de los más elevados de la jerarquía, constituyó el último golpe que socavó la moral y embotó la resistencia [17].

A la vista de esta situación, el general Duchesne, comandante en jefe del cuerpo expedicionario francés, separó una columna ligera del cuerpo principal del ejército que estaba atascado por sus enfermos, sus carros e impedimenta. Esta columna atrajo a las tropas regulares de la reina y las hizo huir antes de tomar Antananarivo, el 30 de septiembre de 1895. Para entonces, sin embargo, el *foloalindahy* o ejército real sólo era una pálida sombra del antiguo ejército de Ramada. Rainilaiarivony había conseguido humillar al *Mainty* y excluir al *Andriana*, quienes habían constituido la espina dorsal de los ejércitos del siglo XVIII y de principios del XIX, pero no logró forjar un ejército grande, bien entrenado, dirigido adecuadamente por hombres que le fueran leales, que respetaran la propiedad del estado y que estuvieran decididos a preservar la independencia de su país. El primer ministro se hallaba rodeado por un grupo de cortesanos, deseosos de adularlo y prestos a llenar sus bolsillos por todos los medios posibles, pero que eran incapaces de darle el más mínimo consejo útil sobre cómo llevar los asuntos del Estado y estaban decididos a servir a cualquiera que llevara las riendas del poder. La mayor parte de esta gente, que había sido incapaz de defender la independencia del reino, se convirtió con frecuencia en celoso aliado de los colonizadores. Rechazaron y algunas veces lucharon contra la masa del pueblo que, viendo la ignominiosa huida del ejército real y la «traición» de los líderes de la isla, se levantó para combatir a los franceses.

LOS MOVIMIENTOS MENALAMBAS EN IMERINA

La conducta de la población de Imerina bajo la conquista puede ser explicada por la naturaleza de las relaciones que mantenía con el gobierno, que estaba monopolizado por el *Andafiavaratra*, en otras palabras, la familia y los parásitos del primer ministro, Rainilaiarivony [18].

Las relaciones de los seis *tokos* o distritos de Imerina con la oligarquía reinante no eran iguales para todos. Por ejemplo, el Vakinisisaony, la tierra ancestral de los reyes de Imerinas y la región inicial de adopción de *sampy* tales como Ikilimalaza, tenía el privilegio de conferir legitimidad el soberano. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, los habitantes del Vakinisisaony, que tenían fama de duros, sufrieron bajo la carga del trabajo forzado y sintieron todo el peso del poder de los avaradranos, el pueblo que había apoyado a Andrianampoinimerina. Muchos de los *andrianas*, o nobles, del Vakinisisaony fueron eliminados, tal como en el caso de los guardias del Ikelimalaza, a quien primero le fueron confiscados sus bienes por parte de Andrianampoinimerina y luego fue quemado, en 1869. Pero a partir de ese momento, la oposición al gobierno cristiano cristalizó en torno

[17] Citado por M. Esoavelomandroso, 1975, p. 62, n. 67.
[18] S. Ellis, 1980 (a), 1980 (b).

al culto de este *sampy* de la zona sur del Vakinisisaony. En la zona norte de los *toko*, coexistían, uno junto a otro, grupos que continuaban respetando la religión tradicional y cristianos. Sin embargo, hubo divisiones entre los cristianos en los pueblos, tal como en el caso de Ambohimalaza, donde los nobles y los esclavos eran predominantemente católicos y los plebeyos eran protestantes. El mismo contraste entre partidarios de los cultos tradicionales y cristianos se encontraba en otros distritos. En el Ambodirano, Ramainandro, una localidad con una población ampliamente cristiana aliada con un *foko* o municipio del Avaradrano, se enfrentó con Amboanana, quien permaneció comprometida con el culto del *sampy*.

La conquista de Antananarivo, que significó la caída del mundo urbano cristiano, precipitó la movilización de las zonas rurales en defensa de la herencia ancestral. El levantamiento de Amboanana, que estalló en noviembre de 1895 en el día de la *Fandroana* (ver Fig. 10.2), el cumpleaños de la reina y día de fiesta, señaló el comienzo de la oposición del pueblo a la conquista francesa. Esta gran rebelión fue conocida como *Menalamba* (o los «mantas rojas») porque los rebeldes «colorearon sus prendas con tierra roja del país para poder ser reconocidos fácilmente desde cierta distancia». Los insurgentes capturaron Aribonimano, mataron al gobernador, a un misionero inglés y a su familia y exigieron la abolición del culto cristiano, las escuelas, el servicio militar y el trabajo forzado. En el sur y en el norte de Imerina estallaron otros movimientos, en marzo de 1896, que exigían el retorno a las antiguas costumbres y una purga de la clase gobernante, y cuyo objetivo final era obligar a los franceses a retirarse.

La *Menalamba* se apoderó de las armas de los soldados que habían desertado de la *foloalindahy* o las compró a los comerciantes indios o criollos, lo que sugiere que la comunicación con la costa era relativamente fácil. Estaban organizados al estilo de las tropas reales, incluso con un cuadro de honores y divididos en regimientos. Atacaron a los representantes de la oligarquía a quienes consideraban poseedores de un poder ilegal y responsables de la derrota, así como a los misioneros extranjeros y a los evangelistas malgaches que proponían el cristianismo y eran por lo tanto enemigos de las creencias tradicionales. Sus acciones llegaron al incendio de iglesias y escuelas y al restablecimiento en su lugar de honor de la religión ancestral. El culto del *sampy* Ravololona fue fomentado, y ritos antiguos, tales como el *valirano* y el *sotrovakaka* —dos tipos de juramento—, fueron practicados nuevamente.

Sin embargo, algunas de las acciones de los *Menalambas* tenían asustada a parte de la población. Su estrategia incluía ataques a los mercados, intentando con esto impresionar la imaginación del pueblo, causar pánico y socavar una institución que era un símbolo de las obligaciones y del orden impuesto por la oligarquía. Pero estos ataques también les permitían reabastecerse, así como las incursiones que realizaban para apoderarse de las cosechas de los pueblos que les negaban su apoyo, e hicieron más fácil el sembrar la confusión en las mentes de la población sedentaria que no pudo distinguir entre los *menalambas* y los *jirikas*, o saqueadores y bandidos. Los colonizadores y sus aliados locales se aprovecharon de esta confusión para aislar a los insurgentes.

Estos movimientos *menalambas* tuvieron por escenario los confines de Imeri-

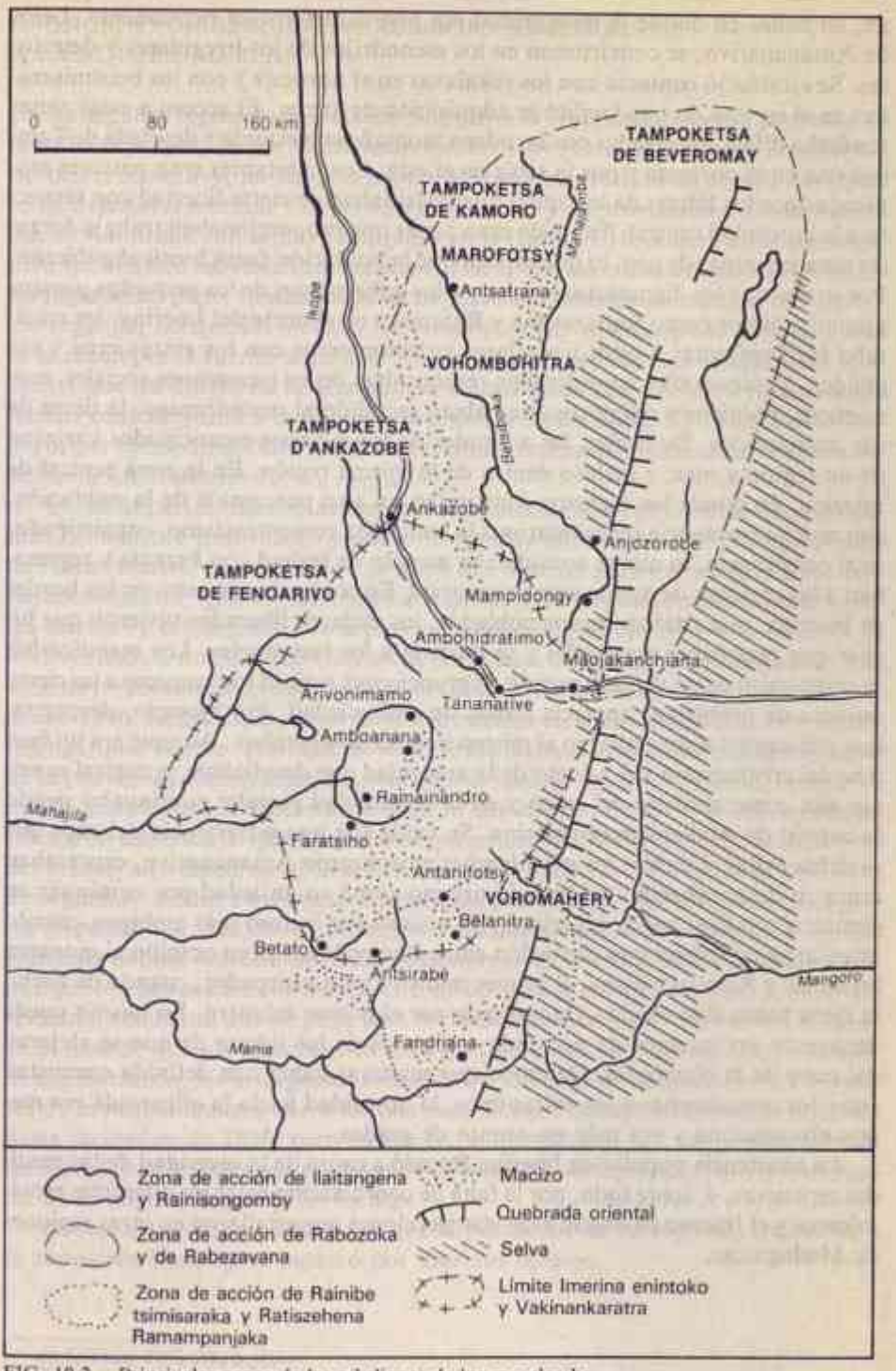


FIG. 10.2. Principales zonas de las rebeliones de los menalamba

na, en zonas en donde la inseguridad era una característica permanente. Lejos de Antananarivo, se convirtieron en los escondrijos de los irregulares y desertores. Se estableció contacto con los sakalavas en el noroeste y con los betsimisarákas en el sureste, lo que facilitó la adquisición de armas. El acceso a estas zonas resultaba difícil, encerradas por la cadena montañosa, desnuda y desolada de Tampoketsa en el noroeste y por la selva en el este. Los habitantes eran pastores empleados por los líderes de la capital que disfrutaban de cierta libertad con respecto a la autoridad central. También eran zonas que proporcionaban trabajo forzado para las minas de oro, lo que explica que la población fuera hostil al gobierno. Por lo tanto, a los dignatarios locales y a los gobernantes de los pequeños puestos administrativos como Rabazavana y Rabozaka en el norte del Imerina, les resultaba fácil enfrentar a estos irregulares y descontentos con los extranjeros y sus aliados, a quienes ellos consideraban responsables de los transtornos sociales, económicos, políticos y religiosos que habían sacudido al *tanindrazana*, la tierra de sus antepasados. De hecho, las actitudes de los esclavos emancipados variaron de un región a otra, e incluso dentro de la misma región. En la zona central de Imerina, en donde los esclavos constituían un alto porcentaje de la población, con mucha frecuencia reaccionaron a la conquista con entusiasmo, convirtiéndose al catolicismo, lo que se consideraba un acto de lealtad con Francia y regresaban a las regiones de donde eran originarios. En contraste con esto, en los bordes de Imerina, que estaban menos poblados, los esclavos liberados tuvieron que luchar con problemas materiales y se unieron a los insurgentes. Los *menalambas* se componían de un variado surtido de grupos cuya actitud con respecto a un cierto número de problemas aparecía teñida de ambigüedad. Por ejemplo, despreciaban a la capital y sin embargo al mismo tiempo la veneraban. Aunque era un bastión del cristianismo y el asiento de la autoridad que desafiaban, la capital se erigía aún como símbolo del reino y en la mentalidad popular continuaba siendo la capital de Andianampoinimerina. Su caída fue una advertencia del caos que se debía evitar. Cuando los *menalambas* amenazaron Antananarivo, expresaban tanto su desaprobación del mundo urbano como su ansiedad por continuar en contacto con la «capital del reino». Su actitud fue incluso más ambigua cuando intentaron establecer una distinción entre Ranavalona, en su opinión el monarca legítimo, y Rainilaiarivony, el primer ministro y un usurpador, cuando de hecho la reina había sido elegida y nombrada por el primer ministro. Lo mismo puede decirse de sus intentos de persuadir a algunos de los líderes de que se alejaran del resto de la oligarquía. De modo que mientras había una definida enemistad entre los *menalambas* y los extranjeros, la hostilidad hacia la oligarquía era menos pronunciada y era más un asunto de grados.

La resistencia popular en Imerina fracasó a causa de la severidad de las medidas represivas, y, sobre todo, por la falta de coordinación entre los diferentes movimientos y el fracaso en unirse a las insurrecciones que estallaron en otras regiones de Madagascar.

OPOSICION POPULAR EN LAS REGIONES SOMETIDAS A LA AUTORIDAD REAL

En algunas regiones, la reacción popular a la conquista francesa provenía de la influencia ejercida por la *Menalamba*. En 1896, en el Mampikony, región del noroeste, Rainitavy, un antiguo gobernador merina, reclutó un equipo variopinto de desertores merinas y de pastores sakalavas y reaprovisionó a los *menalambas* de Rabozaka con armas compradas en la región. El levantamiento que organizó fue el único movimiento *menalamba* en el que las consideraciones comerciales jugaron un papel fundamental: el objetivo era conseguir el control del comercio regional, del que los indios y los criollos tenían un monopolio virtual, y esta es la razón por la fueron atacados. En las regiones próximas al Imerina, las relaciones que los líderes de la *Menelamba* mantuvieron con los reyes y dignatarios locales contribuyeron a la difusión de algunas de sus ideas. El tanala Rainimangoro, por ejemplo, declaró que había recibido órdenes de Antananarivo para expulsar a los franceses [19].

En otras partes, tales relaciones no existieron. En las provincias que estaban más firmemente controladas y por lo tanto más duramente explotadas, la caída de Antananarivo en septiembre de 1895 fue la señal para los ataques a los manamboninahitra, quienes eran principalmente jefes mercaderes y a los inmigrantes merinas y extranjeros. En la provincia del este, por ejemplo [20], la revuelta de los «vorimos», un clan que vivía en la parte baja de Mangoro, desencadenó una serie de levantamiennos que crearon un clima de inseguridad en la región durante el año 1896. Al principio, estas revueltas estaban dirigidas exclusivamente contra la oligarquía merina. Hasta octubre de 1895, fecha en que el gobernador general de la provincia, Rainandriamampandry, fue llamado a Antananarivo, miembros de los betsimisarakas tendieron a destruir los campos de arroz de los soldados, rehusaron alimentar al ejército real o simplemente desertaron. A partir de diciembre del mismo año atacaron abiertamente puestos militares y tomaron la iniciativa de organizar salidas e incursiones contra las plantaciones merinas. Los insurgentes respetaron la vida de los extranjeros porque erróneamente pensaron que los franceses habían venido a salvarlos de su opresores. Sin embargo, las duras medidas que los destacamentos del ejército de ocupación adoptaron para sofocar las revueltas, resultaron una sorpresa para los betsimisarakas y, más tarde, los confirmó en la idea de que los franceses no eran sino los aliados de los merinas. A partir de ese momento, los insurgentes aumentaron su ofensiva y atacaron a los franceses de la misma manera que a los merinas. El movimiento no comenzó a decaer hasta diciembre de 1896, pero en esa fecha desapareció con la introducción de las medidas adoptadas por el general Gallieni para reemplazar a los representantes de la oligarquía por jefes locales.

Como resumen, se puede decir que la población de las regiones sometidas a la conquista francesa se expresó por diversos medios.

[19] S. Ellis, 1980 (b), p. 212.
[20] M. Esoavelomandroso, 1979, pp. 346-52.

LA RESISTENCIA DE LOS PUEBLOS INDEPENDIENTES

Al principio, los franceses pensaron que capturando Antananarivo conseguían el control de toda la isla. Sin embargo, después de sofocar los movimientos *menelambas* y de este modo ocupado Imerina, descubrieron que también tenían que conquistar las regiones independientes. Los pueblos que no habían estado sometidos a la autoridad real se levantaron en armas y rechazaron los intentos franceses de penetración.

En el Ambongo —un ejemplo de una región cuya característica principal era su división política en una multitud de pequeñas unidades— los franceses emplearon numerosas estratagemas para conseguir el control. A partir de 1897, mientras buscaban llegar a un entendimiento con los principales jefes o reyes, tanto en la zona de la costa como en el interior, instalaron puestos militares en los grandes pueblos con objeto de mantener el orden en la región[21]. A principios de 1899, sin embargo, estallaron disturbios liderados por los principales jefes, cuya raíz estaba en la determinación misma de rechazar la dominación colonial y defender la independencia de la región. En un orden fortuito, estos grupos de insurgentes chocaron, uno por uno, con la infantería reclutada localmente y dirigida por los franceses, que nunca habían tenido que luchar con dos adversarios al mismo tiempo. Por el contrario, eran libres de golpear a quien quisieran en cualquier parte en que desearan hacerlo. Las bandas de resistentes estaban aisladas unas de otras y eran incapaces de unirse frente al enemigo común. Los jefes fueron los principales responsables de este estado de cosas, y, a causa de la falta de previsión y del egoísmo, fueron incapaces de fomentar el crecimiento de una lucha popular en defensa de la independencia sakavala.

La conquista de Menabe, un reino grande y bien organizado, comenzó en 1897 y sería la ilustración práctica de la política ideada por Gallieni con el triple objetivo de aislar y fatigar al enemigo principal, la autoridad merina centralizada; fomentar la autonomía política de las principales regiones de la isla contra Imerina, de acuerdo con el principio de «dividir y reinar»; y aprovecharse de esa autonomía para conseguir la colonización al menor costo posible[22]. Al rey Toera y sus principales jefes, que estaban reunidos en Ambiky, se les dijo que estuvieran dispuestos a deponer las armas, pero el mayor Gérard, que estaba a cargo de la operación, prefirió poner sitio a la capital antes que aceptar la sumisión y «masacrar a todos los sakavalas que no pudieran escapar, incluyendo al rey Toera». Esta cruel y turbia acción fortaleció la resolución de los sakalavas y un movimiento de resistencia bien organizado dirigido por Ingereza, el hermano y sucesor de Toera, se extendió a través de todo el Menabe y duró hasta 1902. Los pueblos de Antandroy y Mahafale, en el sur, también se opusieron a los intentos franceses de penetración y sólo se sometieron en 1904.

Como resultado de esta política de anexión gradual, y después de un largo período de penetración colonial, Gallieni pudo afirmar, en 1904 o alrededor de esa fecha, que la unificación de la isla estaba completa. No había ni un solo rin-

[21] M. Esoavelomandroso, 1981.
[22] B. Schlemmer, 1980, p. 109.

ción de la isla que escapara a la autoridad de Antananarivo y todas las regiones reconocerían el poder de los colonizadores. Sin embargo, esta unidad en la común sumisión a Francia creó una nueva situación que explica las diferentes formas de acción adoptadas por los malgaches para mejorar su situación y, en verdad, recuperar su independencia.

UN PAIS UNIDO POR SU SUMISION A FRANCIA Y SU OPOSICION A LA DOMINACION COLONIAL

Las reacciones malgaches a la conquista y a la penetración colonial, finalizadas en 1904, no obtuvieron fruto alguno. Oficialmente, las operaciones militares habían acabado y, a partir de ese momento, los diferentes mecanismos administrativos, económicos y culturales de colonización establecidos por Gallieni pudieron funcionar y permitir a Francia establecer su ascendiente de una vez por todas.

Con todo, este mismo año de 1904 fue testigo del comienzo de un nuevo período que estaría marcado por las luchas del pueblo malgache contra la opresión colonial.

DE LA COLONIZACION AL AMANECER DEL MOVIMIENTO NACIONAL

Para el pueblo malgache, la situación colonial significaba que habían perdido su libertad y dignidad. Mientras que a veces todavía encontraban cierta continuidad entre los siglos XIX y XX, en su vida cotidiana sentían la tensión constante de una presencia extranjera que, después de haberles arrebatado el poder y convertido en un pueblo sometido, ahora les explotaba y oprimía. Francia decidió «civilizar» al pueblo malgache y «asimilarlo» y por lo tanto obligarlo a convertirse en algo diferente, en otras palabras, alienarlo. Este intento de destruir la personalidad nacional y de cambiar el estilo de vida de los habitantes de la isla, provocó diversas reacciones.

Desde el punto de vista administrativo, la empresa colonial destruyó un marco político establecido desde hacía largo tiempo.

El 28 de febrero de 1897, Gallieni abolió la monarquía en Imerina, y el 17 de abril, los privilegios de la aristocracia. En otras partes, sin embargo, no abolió las diferentes dinastías, al menos no *de jure*. Por el contrario, empezó intentando, tal como el ministro le había dicho que hiciera, combatir la hegemonía merina y embarcarse en la «politique des races»* que ya había sido experimentada en el Sudán (Africa occidental francesa) y en Indochina. De acuerdo con esto, los antiguos soberanos o sus hijos fueron introducidos en la administración como «gobernantes nativos», mientras que se creaban «protectorados internos» entre los extensos reinos del oeste y del suroeste. Sin embargo, este sistema no dio resultados satisfactorios, y, a partir de 1905, el número de ayudantes merinas fue

* Política de razas. *(N. del T.)*

aumentado hasta un grado desproporcionado, ya que los merinas estaban considerados más apropiados para el «progreso y adaptación» que los miembros de los otros pueblos. Finalmente, Gallieni introdujo colonos franceses y trabajadores asiáticos inmigrantes en la colonia, lo que arrinconó grandemente al pueblo indígena. La «síntesis franco-merina» de Gallieni fue extendida para abarcar toda la isla. Sus rasgos principales fueron la *fokonolona*, el pueblo de comunidades, considerado como un sistema en el que había una responsabilidad colectiva de los asuntos comunes y del sistema de trabajo forzado, que legalmente era designado como «provisión de servicios» en 1907, y que entre 1908 y 1915 se convirtió en una práctica general [23]. Esto supuso el abandono por parte de Francia de la *«politique des races»**, la abolición en 1909 de las dos escuelas regionales de la costa, una en Analalava en la costa noroeste y la otra en Mahanor en la costa este (la tercera estaba en Antananarivo) que habían sido instaladas por Gallieni como «criaderos» para funcionarios potenciales, y para eliminar los protectorados internos. Los toques finales de la unificación territorial de Madagascar fueron impuestos con tres medidas. La primera fue la uniformización de la administración, entre 1927 y 1938 (se hicieron tres intentos por definir las fronteras de los distritos administrativos). El segundo fue la amplia introducción de *fokonolonas* administrativas como medio de ejercer la autoridad. El tercero fue el establecimiento de un cuerpo de ley restrictivo con la institución, en 1901, del «código nativo» *(indigénat)***, que formaba la base para dispensar justicia administrativa, base en la que lo judicial y lo ejecutivo estaban unidos. Mientras que en el caso de los merinas estas medidas provenían en línea directa de las reformas introducidas por Rainilaiarivony y tendían a crear un cierto grado de continuidad entre el siglo XIX y el XX, en otras regiones representaban una ruptura completa con el pasado y acarrearon cambios fundamentales que no siempre fueron comprendidos por los malgaches, quienes, como consecuencia, se opusieron a ellas a menudo.

Para los malgaches, la colonización significó también la explotación económica de la isla por parte de la minoría expatriada. Muy pronto, el llamado «desarrollo» de la colonia se enfrentó con el problema de los recursos humanos. Después de que Gallieni hubiera reintroducido la *fanompoana* real merina y hubiera decidido extenderla a toda la isla en 1896 y 1897, obligando de esta forma a todo el sector masculino de la población malgache que tenía entre 16 y 60 años de edad a proporcionar cada año cincuenta días de trabajo no remunerado, la Office Central du Travail*** fue establecida en 1900 y se encargó de la tarea de facilitar el reclutamiento de trabajadores para las firmas privadas. Enfrentada con la resistencia malgache a cualquier forma de reclutamiento, la administración se hizo cargo, y en 1926 estableció el Service de la Main d'Oeuvre pour les Travaux d'Intérêt Général (SMOTIG)****, que exigía a los conscriptos que en ese momento no

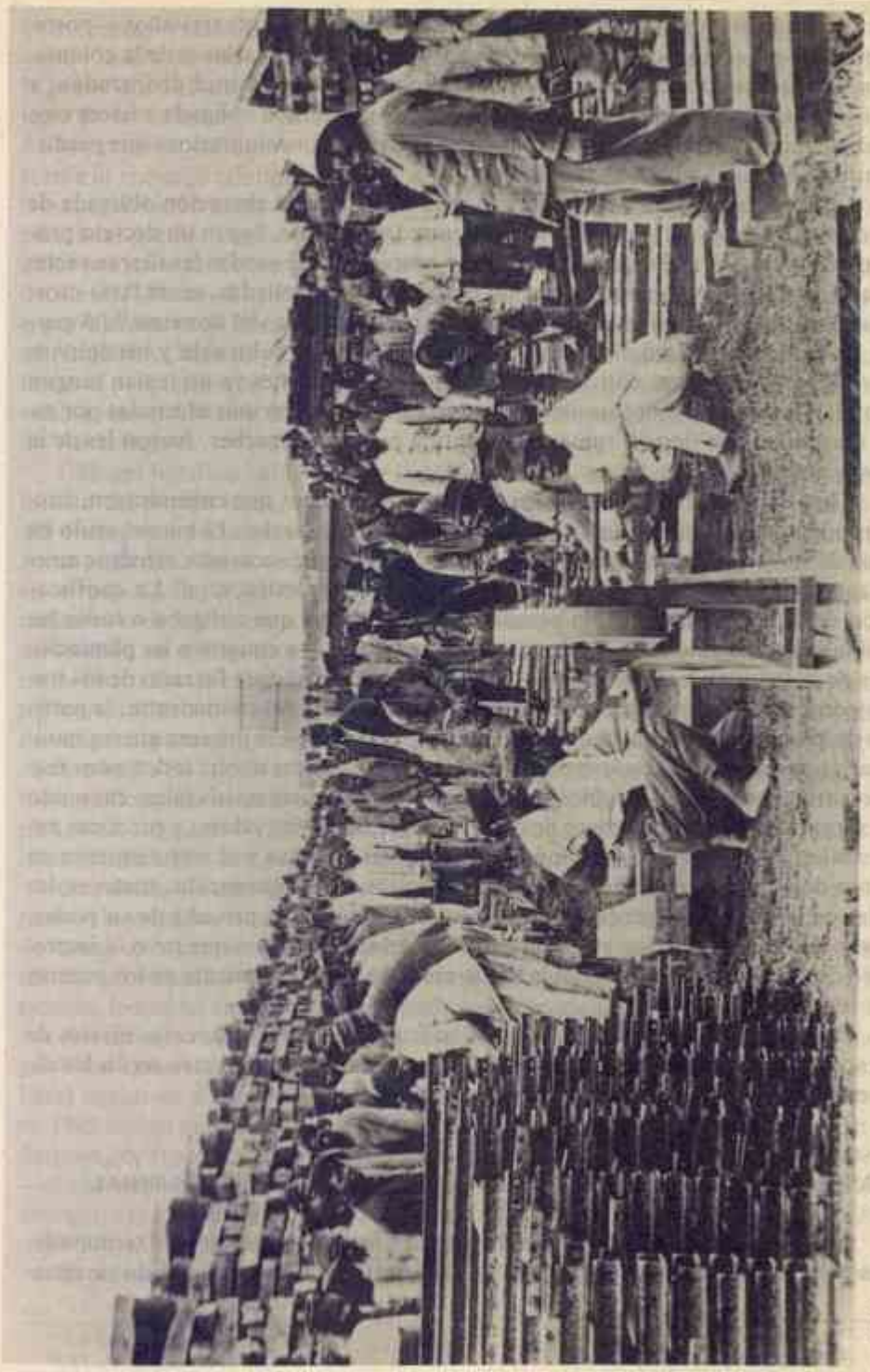
[23] J. Fremigacci, 1980, p. 2.

* Vid nota p. 265.

** Indigenado. En francés es el original. *(N. del T.)*

*** Oficina Central de Trabajo. En francés en el original. *(N. del T.)*

**** Servicio de Mano de Obra para los Trabajos de Interés General. En francés en el original. *(N. del T.)*



• *Madagascar: trabajadores empleados en la construcción del ferrocarril Antananarivo-Tamatave.*

estuvieran llamados al servicio militar, que trabajaran durante tres años —posteriormente reducido a dos años— en la construcción de los enclaves de la colonia. Los malgaches consideraban al SMOTIG como una «esclavitud disfrazada», y fue profundamente odiado, no sólo por la gente que estaba obligada a hacer esos trabajos sino también por los trabajadores asalariados «voluntarios» que perdieron su trabajo como resultado de esto.

La opresión colonial se agravó aún más a causa de la absorción obligada de tierras que fueron entonces distribuidas entre los *colonos*. Según un decreto promulgado en 1926, el Estado fue declarado propietario de «todas las tierras vacías y que no tuvieran propietario, que no estuvieran desarrolladas, cercadas u otorgadas en forma de concesión en la fecha de promulgación del decreto»[24]. A partir de entonces, la administración monopolizó la tierra cultivable y los colonos invadieron las reservas nativas, mientras que los malgaches ya no tenían ningún título de propiedad sobre sus tierras ancestrales. Las zonas más afectadas por esta apropiación de tierras, sumamente sentida por los malgaches, fueron las de la costa noroeste y este.

Estos cambios económicos y los transtornos políticos que engendraron, causaron inevitablemente transformaciones sociales y culturales. El mismo estilo de vida de las sociedades clánicas de las regiones costeras fue socavado, viéndose amenazadas con la decadencia progresiva y la destrucción estructural. La confiscación de la tierra más fértil, la pesada carga impositiva que obligaba a todas las poblaciones —como ocurrió a los atandroys, en 1921— a emigrar a las plantaciones de la Reunión y al noroeste de la isla, el nuevo despliegue forzado de los trabajadores, la difusión de la enseñanza escolar formal y del cristianismo, la partida de los soldados malgaches a Francia para participar en la primera guerra mundial, la abolición de la esclavitud, la humillación del sector noble, todos estos factores trajeron consigo cambios dramáticos en las estructuras sociales, causando la ruptura de un cierto número de clanes y degradando los valores y prácticas ancestrales. En Imerina, el gran número de nuevas escuelas y el reclutamiento en masa de jóvenes trabajadores civiles provocaron la consternación, tanto en las filas de la antigua oligarquía, a quien la conquista había privado de su poder, como entre la nueva élite educada en las escuelas coloniales, que tuvo la impresión de que «el sistema colonial la había excluido deliberadamente de los puestos de responsabilidad»[25].

De esta forma, la opresión colonial afectó a todos los diferentes niveles de la sociedad malgache incluso aunque sus formas fueran diferentes según las diversas regiones, y provocó diferentes reacciones.

LAS PRIMERAS REACCIONES DE OPOSICION AL SISTEMA COLONIAL

En 1904, en una fecha en que la ocupación efectiva se consideraba terminada, los colonizadores eran conscientes, sin embargo, de la precariedad de su situa-

[24] L. Rabearimanana, 1980, p. 58.
[25] A. Spacensky, 1970, p. 24.

ción. Sus aprensiones se vieron confirmadas por la insurrección ocurrida en el sur de la isla en 1904-05. La sublevación, que estalló en noviembre de 1904, en la provincia de Farafangana, se extendió rápidamente hacia el oeste, como resultado de los contactos tradicionales que habían existido en tiempos históricos entre los pueblos del este y los baras (ver Fig. 10.3). La solidaridad de los clanes frente al enemigo común explica la velocidad de difusión del movimiento, mientras que el marco geográfico, con sus selvas y escarpas, explica las dificultades encontradas por las fuerzas encargadas de sofocar la rebelión. Los insurgentes —dirigidos por jefes pertenecientes tanto a los clanes baras (Befanoha) como a los clanes del sureste (Mahavelo y el grupo Masianaka y Resohiry de la región Vangaidrano), o por disidentes de la milicia, como el cabo Kitavy— atacaron puestos militares en Amparihy, Begogo y Esita, y concesiones, incluyendo la *Emeraude** donde mataron al propietario, el teniente Conchon. La infantería reclutada localmente desertó de sus puestos en Tsivory y Bekitro, o se unió a la rebelión, como en el caso de Antanimora.

Gallieni justificó hábilmente la insurrección afirmando que se debía a la mentalidad del pueblo local, «con su disposición guerrera» y «su concepto atractivo del desorden y del saqueo». Victor Augagneur, su sucesor, consideró que las razones radicaban en el «exceso de administración» (crecientes impuestos, abusos en la recaudación de los impuestos y la actitud tiránica de los jefes de los puestos militares o de los colonos aislados). Sus explicaciones eran inadecuadas, ya que no tomaba en cuenta un aspecto esencial de la insurrección (la lucha por recuperar la libertad) y la habilidad organizadora de los insurgentes, que atacaron a cuantos personificaban a la administración colonial, tanto si eran fuerzas francesas de ocupación como trabajadores civiles o maestros malgaches. Como conclusión de su estudio de la rebelión de 1904, G. Jacob afirma que sin duda tuvo una doble significación: «Fue una lucha por la independencia y una lucha contra la explotación colonial»[26]. El fracaso de esta primera revuelta contra la opresión y la administración obligó a los malgaches a buscar otras formas de lucha.

Una de las formas de respuesta anticolonial más extendida fue la resistencia pasiva: la negativa a cumplir órdenes; el rechazo de todo lo que fuera considerado como un signo de «civilización», pero que estaba estrechamente relacionado con la colonización y la presencia extranjera; impedir que los niños fueran a la escuela, lo que en algunos círculos estaba considerado como simplemente una forma de «trabajo colonial forzado»; y el abandono de los pueblos creados a lo largo de las carreteras, en el sur, en un intento por conservar unida a la población. Estas negativas a cooperar no parecieron peligrosas a los colonizadores, quienes en 1905 creían que la paz había sido finalmente establecida en Madagascar. Pero después, de repente, en 1915, estalló en el suroeste la revuelta de los *sadiavahes* —el sobrenombre dado a los insurgentes—, mientras en Antananarivo la policía descubría la existencia de una sociedad secreta conocida como *Vy Vato Sakelika* o VVS— «fuerte y dura como la piedra y el hierro» (ver Fig. 10.3).

El movimiento de los *sadiavahes* (1915-17) fue un levantamiento campesino

* La Esmeralda. *(N. del T.)*

[26] G. Jacob, 1979, p. 17.

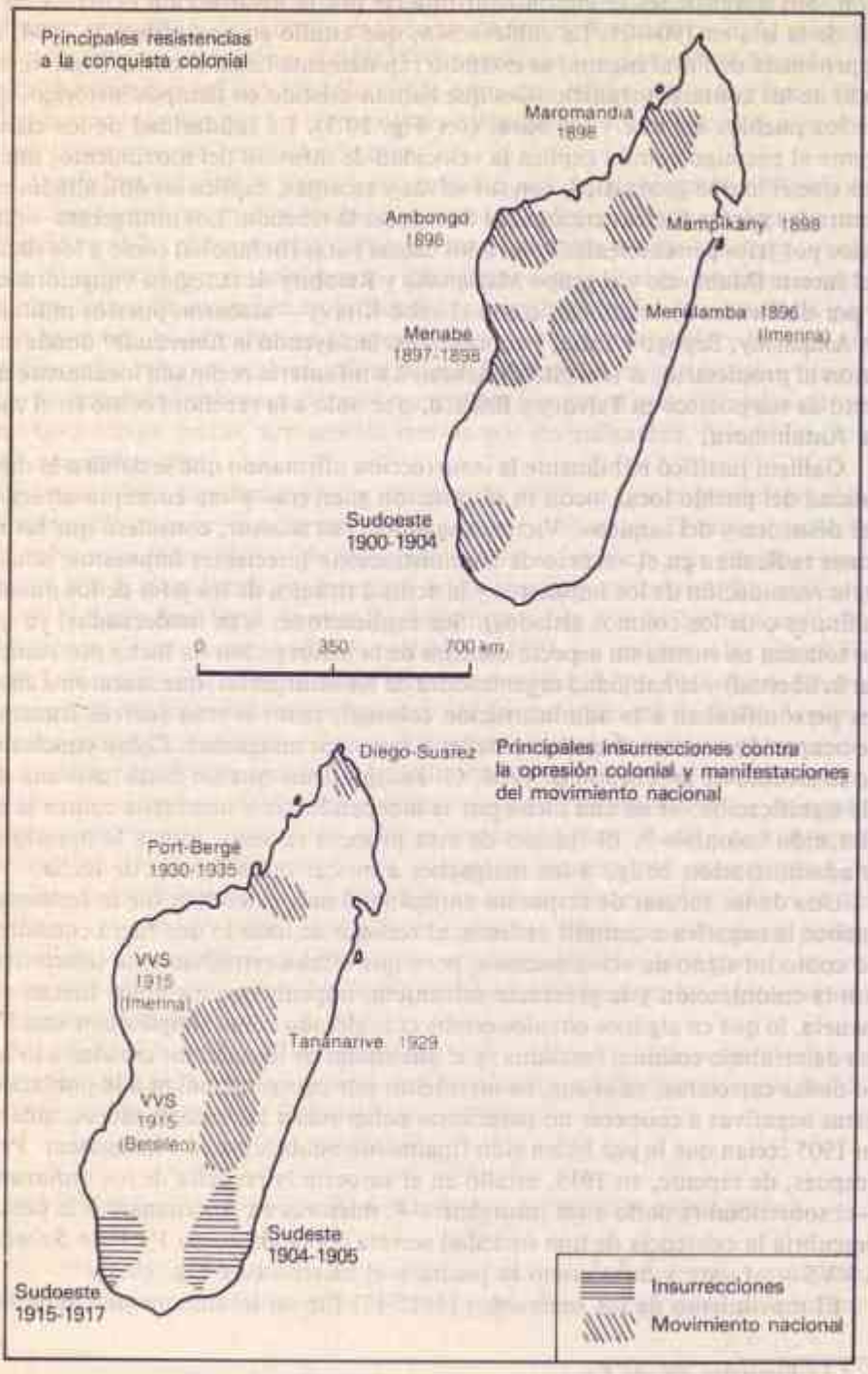


FIG. 10.3. Resistencia, insurrección y nacionalismo en Madagascar, 1896-1935

armado que empezó primero en la margen izquierda del río Menarandra a principios de febrero de 1915 y se extendió muy rápidamente hacia los distritos de Ampanihy y Tsihombe[27]. Los *sadiavahes* robaban ganado, atacaban pueblos, cortaban las líneas del telégrafo y se retiraban a escondrijos bien alejados de los centros controlados por la administración. Formaban bandas cuyo número variaba de diez a cuarenta como máximo, eran extremadamente móviles y recorrían grandes zonas del sur. Entre las razones por las que pueblos enteros apoyaron abiertamente o de forma clandestina a los *sadiavahes* se hallaba la pobreza virtualmente crónica de la población como resultado de las lluvias muy poco frecuentes pero violentas, de la imposición de un impuesto al ganado y de los graves efectos de la primera guerra mundial, que había conducido a la movilización de los hombres de la reserva, al aumento de los impuestos, a la escasez de víveres y a la insuficiencia de recursos en efectivo para pagar los impuestos.

En Antananarivo, siete estudiantes de la escuela de médicos de la capital, que era la única institución de enseñanza al más alto nivel abierta entonces a los malgaches, creó la VVS, en julio de 1913, justo antes de la publicación de una serie de artículos escritos por el ministro protestante Ravelojaona, bajo el título de «Japón y los japoneses»[28]. Estos artículos hacían un llamamiento a los malgaches para modelarse a sí mismos según el modelo japonés, en donde la modernización y la tradición habían sido hábilmente mezcladas. Los empleados, oficinistas y maestros de las escuelas primarias se unieron a los estudiantes. El anticlericalismo de Augagneur, el gobernador general desde 1905 hasta 1910, y la campaña realizada contra los misioneros revitalizaron la *Tranozozoro*, cuyos ministros exigían una «iglesia libre en un país libre»[29], tanto en sus sermones como en sus escritos. Como hacían campaña contra el «ateísmo francés» y la adopción de «falsas formas francesas», la *intelligentsia* puso el acento en la tradición nacional de la fe protestante, cuyas estructuras democráticas podían convertirse en un refugio para la resistencia[30]. También atrajeron la atención y fomentaron el nacionalismo cultural malgache a través de un renacimiento literario, del restablecimiento de la importancia antes concedida a ciertos períodos del pasado del país y del resurgimiento de antiguos ritos para ganar admisión en la sociedad secreta. Aunque la VVS era una organización clandestina, expresaba sus opiniones abiertamente en la prensa, haciendo un llamamiento a los malgaches para que se sacrificaran por su patria, a fin de que su pueblo pudiera avanzar y vivir en libertad y con dignidad. En tanto que soporte de un mensaje nacional, esta sociedad secreta era un desafío intolerable para la administración, especialmente en tiempo de guerra. Las durísimas sentencias dictadas (trabajos forzados, deportación al campo de Nosy Lava, cierre de los periódicos cuyos editores estaban implicados en el asunto, despido del servicio civil), los cambios hechos en el plan escolar de estudios para suprimir la enseñanza de la historia —un tema considerado como un vehículo de ideas sobre la libertad y la igualdad, que ofrecía un gran margen para la

[27] F. Esoavelomandroso, 1975, pp. 135-69.
[28] F. Esoavelomandroso, 1981, pp. 100-11.
[29] S. Ayache y C. Richard, 1978, p. 176.
[30] J. Fremigacci, 1980, p. 11.

especulación—, la creciente imposición de la lengua francesa, la importancia concedida a los dialectos locales en un intento por disminuir al dialecto merina, que algunos años antes había sido sancionado como lengua nacional—, todas estas medidas mostraban hasta qué punto eran conscientes los colonizadores del naciente nacionalismo en el seno de la élite y cuánto temían sus consecuencias. Como resultado de estas medidas represivas, los malgaches se vieron incitados a abandonar su acción clandestina y, a partir de ese momento, a canalizar sus exigencias políticas a través de campañas de prensa, del establecimiento de sindicatos comerciales, etc.

LUCHAS POR RECUPERAR LA DIGNIDAD

La década posterior a la primera guerra mundial fue un período importante a causa de la creciente conciencia, desplegada a través de todo el país, en la preparación y consolidación de un movimiento nacional. El comienzo de esta decisiva encrucijada en la historia malgache puede ser fechado con el regreso a Madagascar de los militares desmovilizados.

Envueltos en gloria, estos veteranos de guerra, que estaban convencidos de que habían servido a Francia de la misma manera que cualquier francés, exigían los mismos derechos de que disfrutaban los franceses, y fueron apoyados por un gran número de sus compatriotas. Enfrentados con la actitud de la prensa y de la cámara de comercio, que se oponían a la naturalización masiva, establecieron gradualmente una distinción entre dos imágenes de Francia: la imagen lejana pero generosa, y la otra, próxima, dentro de su propio país e injusta. Por consiguiente, bajo el liderazgo de Ralaimongo, se embarcaron en una interminable lucha por obtener la ciudadanía francesa.

Ralaimongo (1884-1942), que había sido sucesivamente maestro protestante de escuela primaria, empleado y estudiante en París, y que era un antiguo militar, socialista y francmasón, fue el verdadero fundador del movimiento nacionalista. Los círculos que había frecuentado en París, compuestos de pacifistas, socialistas, radicales y especialmente de miembros de la Ligue des Droits de l'Homme,* tuvieron una profunda influencia en él. En 1922, cuando regresó a Madagascar, se estableció en Diego Suárez, que era un contexto ideal para difundir propaganda, a causa de la presencia de los trabajadores del arsenal naval y de la complejidad de los problemas de la tenencia de tierras en la llanura Mahavavy y en la región Antalaha. Hasta mayo de 1929 Diego Suárez fue el punto focal del movimiento nacional, más que Antananarivo, y, además de agitar exigiendo igualdad de derechos, denunció los abusos intolerables del sistema colonial, tales como la expropiación de tierras en el noroeste y en los alrededores del lago Alaotra, la ausencia de libertades, el despotismo y la arbitrariedad de la administración y la segregación racial desplegadas al sofocar el estallido de una revuelta en Tamatave y en las tierras altas, en 1921. La originalidad del enfoque de Ralaimongo queda

* Liga de los Derechos del Hombre. En francés en el original *(N. del T.)*

en evidencia en los métodos nuevos que usó. El lema de la campaña lanzada contra el sistema colonial era legalidad y legitimidad, sobre la base de que Madagascar había sido declarada colonia francesa por la ley del 6 de agosto de 1896 que anexaba la isla y que, como consecuencia, todas las leyes francesas debían aplicarse allí. Se tomaron contactos provechosos con la comunidad mercantil, que mostró más energía que los miembros del servicio civil, que temían las sanciones administrativas, y, de hecho, el movimiento estaba financiado por comerciantes, especialmente por los de la capital.

Al grupo de Ralaimongo, que se había visto fortalecido por el apoyo de Ravoahangy, antiguo miembro del VVS; Emmanuel Razafindrakoto, Abraham Razafy, secretario de la rama de Antananarivo del sindicato francés SFIO, y Jules Ranaivo, se unieron numerosos europeos de izquierda, incluyendo entre ellos a Albertini, un abogado, Dussac, Planque y Vittori. En un esfuerzo por presentar y defender sus exigencias, a partir de 1927 publicaron dos periódicos —*L'Opinion*, en Diego Suárez, y *L'Aurore Malgache*, en Antananarivo— que tuvieron que luchar con toda clase de mezquinas represalias por parte de la administración. A nivel político, el grupo exigía «la administración de todos los intereses del país por parte de un consejo general con poderes especiales, la abolición del gobierno general y la representación de Madagascar en el gobierno francés»[31].

Paralelamente a la acción del grupo de Ralaimongo, estalló nuevamente la agitación religiosa del culto *Tranzozoro*. La renovada controversia entre la congregación malgache y los ministros protestantes europeos sólo terminó en 1929 con la sentencia dictada por el Conseil du Contentieux* reconociendo a *Tranzozoro* como misión indígena. A partir de ese momento la secta practicó la agitación exigiendo un autogobierno, escudándose en la apariencia de un movimiento que predicaba la autonomía religiosa, cuyos líderes eran seguidores de Ralaimongo y Dussac.

Habiendo organizado, con Ralaimongo y Ravoahangy, la «Pétition des Indigènes de Madagascar»**, exigiendo la ciudadanía francesa, la abolición del régimen judicial del *indigénat*** y la aplicación de los beneficios sociales y culturales introducidos por la Tercera República, Dussac llegó a Antananarivo para explicar los objetivos de la petición. Una conferencia, proyectada para el 19 de mayo —a la que los «súbditos malgaches» tenían prohibida la entrada—, se convirtió en una gran procesión en las calles de la capital, con miles de manifestantes cantando eslóganes rebeldes tales como «¡Viva la libertad y el derecho de reunión!» y «¡Abajo con el *indigénat*!»****

Esta primera manifestación masiva señaló una etapa decisiva en el desarrollo del movimiento nacionalista (ver Fig. 10.3). Los acontecimientos del 19 de mayo de 1929 representaron tanto la culminación de la lucha por la igualdad como el punto de partida de las exigencias por la independencia. También señalaron el

[31] A. Spacensky, 1970, p. 30.

* Consejo de lo Contencioso. En francés en el original. *(N. del T.)*

** Petición de los Indígenas de Madagascar. En francés en el original. *(N. del T.)*

*** Indigenado. En francés en el original. *(N. del T.)*

**** *Vid.* nota anterior.

comienzo de una militancia política auténtica que adoptó la forma de campañas de propaganda, de creación de células y partidos políticos, y del surgimiento de una variada prensa de amplia base. Ralaimongo, que había sido exiliado en Port Bergé, animó a los campesinos con el tipo de resistencia practicado por Gandhi en la India. En 1931, propuso abiertamente la idea de la independencia como respuesta a un discurso de Paul Reynaud, el ministro de las colonias, en el que éste rechazaba el caso de la naturalización masiva. En *L'Opinion* del 20 de julio de 1934, Ravoahangy evoca «el derecho natural e inalienable a formar una nación libre e independiente». A partir de 1935 aparecieron otros periódicos abiertamente nacionalistas en su enfoque. Tanto el *Ny Fierenena malagasy* («La nación malgache») como el *Ny Rariny* («Justicia») urgían constantemente exigiendo que Madagascar debía ser libre. Sin embargo, el movimiento estaba perdiendo impulso. De hecho, «la comunidad mercantil había sido fuertemente golpeada por la crisis económica y había retirado su apoyo... los empleados civiles tenían miedo de comprometerse y de perder sus trabajos. Los ministros protestantes se sentían incómodos ante el giro político que habían adquirido los acontecimientos y se retiraron a sus iglesias. La clase media malgache era naturalmente propensa a adoptar una actitud de expectativa ante su futuro y prefería los beneficios directos y personales que resultaban de la ciudadanía francesa» [32]. Sería el Frente Popular el que daría un nuevo impulso al movimiento.

CONCLUSION

La resistencia del pueblo de Madagascar a la conquista francesa, armada pero dispersa y descoordinada, no impidió el establecimiento del sistema colonial. Pero la lógica del colonialismo y el choque traumático sufrido por los malgaches, amenazados como estaban de perder su identidad, les impulsó a adoptar numerosas formas de combate, en un intento por recuperar su dignidad. Las luchas contra la opresión colonial fomentaron el nacimiento y vigoroso crecimiento de un movimiento nacionalista, incluso si, en 1935, tal como en 1940, demasiadas disensiones regionales, religiosas y sociales impidieron una conciencia definida de todo lo que implicaba el colonialismo y explican la posición aparentemente inquebrantable de la administración.

[32] F. Koerner, 1968, p. 18.

Capítulo 11

LIBERIA Y ETIOPIA, 1880-1914: LA SUPERVIVENCIA DE DOS ESTADOS AFRICANOS

M. B. AKPAN,

basado en las aportaciones de A. B. Jones y R. Pankhurst

«Etiopía tenderá sus manos hacia Dios». ¡Bendita, gloriosa promesa! Nuestra fe no radica en carros ni en caballos... [sino] en el Señor. Y seguramente, al reflexionar sobre nuestra historia [africana] como pueblo, si tenemos en cuenta nuestra conservación en las tierras de nuestro exilio o la preservación de nuestra patria de las invasiones, nos vemos obligados a exclamar: Hasta ahora el Señor nos ha ayudado [1]
(Edward W. Blyden, erudito liberiano, 1862)
Etiopía no necesita a nadie; tiende sus manos hacia Dios [2]
(Menelik II, Emperador de Etiopía, 1893)
Nos hemos dado cuenta como antes que esta es una era de una nueva diplomacia, una diplomacia que no está sujeta por los principios fundamentales de la ley internacional, ni siquiera de la justicia o igualdad natural, en que las naciones pequeñas están implicadas... Los grandes estados reunen y dividen a los pequeños sin consultar con éstos últimos; y éstos se encuentran indefensos puesto que no cuentan con ejército ni armada adecuados para hacer frente a la fuerza con la fuerza [3].
(Arthur Barclay, Presidente de Liberia, 1907)

Las citas anteriores ponen de manifiesto el vínculo, débil no obstante, que liga a Liberia y Etiopía, y en particular la difícil situación común que derivó de la agresión llevada a cabo contra ambos Estados por las potencias europeas implicadas en la lucha por el reparto de Africa (1880-1914). Este capítulo es por tanto un estudio del desarrollo histórico de los dos Estados, especialmente durante el período crucial de la lucha y reparto, cuando las potencias europeas impusie-

[1] E. W. Blyden, 1864, p. 358.
[2] R. Pankhurst, 1976.
[3] A. Barclay, F. E. R. Johnson y T. M. Steward, «Informe de la comisión liberiana a Europa *con referencia* a la frontera franco-liberiana», de los Archivos Nacionales Liberianos (LNA), fichero titulado *Presidente Ejecutivo: Comisiones Presidenciales* (EPPC).

ron el dominio colonial en la mayor parte de Africa. Después de presentar sus territorios, pueblos y gobiernos, el capítulo examina cómo Liberia y Etiopía fueron desafiadas y afectadas por las estrategias y procesos mediante los cuales los europeos impusieron su dominio en Africa, o cómo respondieron a ellos; por qué ambos Estados escaparon a la dominación europea; y los principales cambios políticos, económicos y sociales que les acaecieron.

LIBERIA Y ETIOPIA EN VISPERAS DE LA LUCHA POR AFRICA

LIBERIA

Liberia era técnicamente una colonia de la Sociedad Americana de Colonización (A. C. S.), que la fundó en 1822 con la ayuda del gobierno de los Estados Unidos para instalar a los afro-americanos «libres» dispuestos a huir de la opresión de la esclavitud y del racismo blanco y a los africanos «recapturados» rescatados de barcos de esclavos en las aguas del Atlántico por buques de la armada americana.

Monrovia, fundada en 1822 por los emigrantes pioneros afro-americanos, constituyó el núcleo de Liberia. Más tarde, hasta cerca de 1906, se establecieron en Liberia, anualmente, más de 18.000 «africanos del Nuevo Mundo», en su mayor parte ayudados por la A. C. S., en una congerie de más de treinta ciudades próximas al litoral atlántico, en tierras conseguidas por el A. C. S. o por el gobierno liberiano de los jefes africanos de la región. Casi todos eran afro-americanos, pero al menos 400 eran indios afrooccidentales procedentes de las Barbados que emigraron en 1865 y se establecieron juntos en Crozierville, en el interior, a trece kilómetros de Monrovia. Más de 5.000 recapturados —la mayoría de la región del Congo— se instalaron también, sobre todo entre 1844 y 1863, en principio a cargo de los americo-liberianos —como eran llamados colectivamente los colonos africanos del Nuevo Mundo y sus descendientes [4].

Al necesitar tierras para el cultivo, el comercio y para construir una gran nación, y confrontados con la rivalidad de británicos y franceses, que buscaban tierras para instalar factorías mercantiles y puestos militares, los americo-liberianos extendieron enormemente el territorio de Liberia a partir de los pocos puntos aislados de la costa inicialmente arrendados a ellos por jefes africanos. Hacia diciembre de 1875, cuando la expansión cesó virtualmente, Liberia se extendió supuestamente 960 Km. a lo largo de la costa atlántica y entre 320 y 400 Km. al interior e hipotéticamente hasta el río Níger. (Ver Fig. 11.1). Incluía los asentamientos y pueblos americo-liberianos y recapturados y los grupos étnicos indígenas africanos y sus territorios. Estos grupos incluían a los vai, dei, bassa, kru y grebo cerca de la costa; y a los gola, kissi, bandi, kpele, loma y mandingo más al interior [5].

[4] M. B. Akpan, 1973(b), pp. 217-23.
[5] M. B. Akpan, 1976, pp. 72-5.

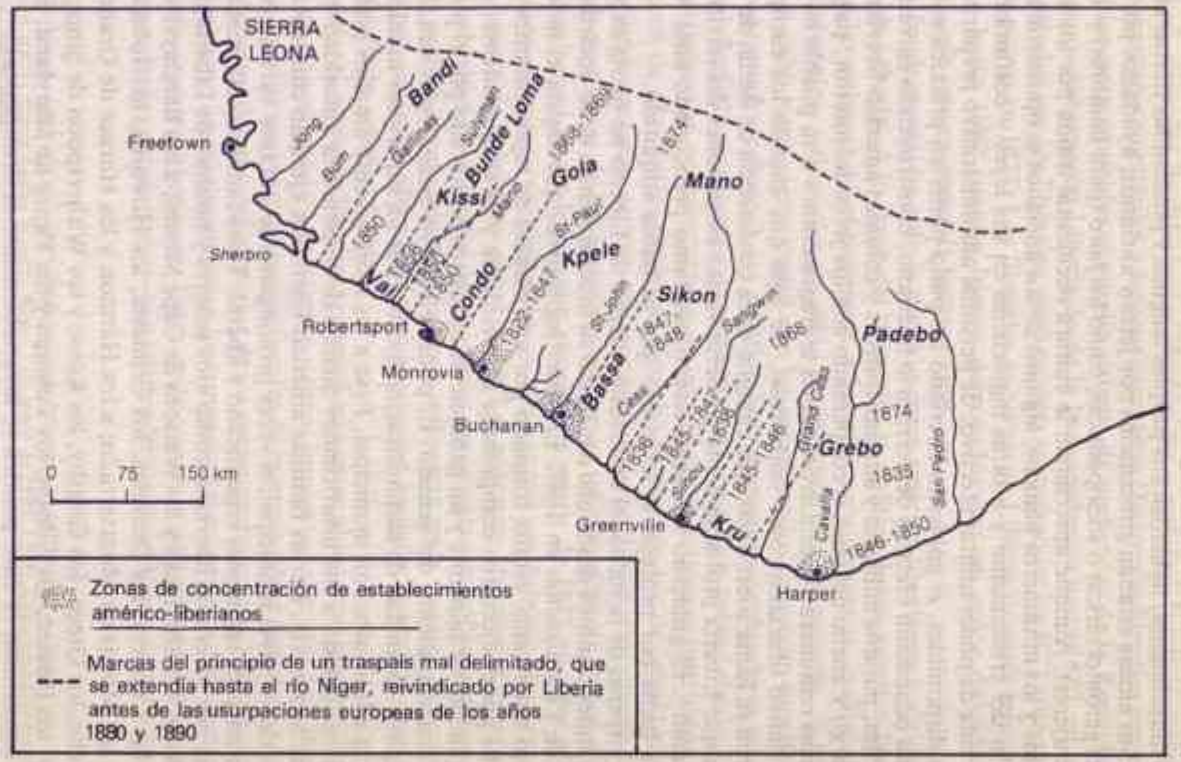


FIG. 11.1. Liberia: Territorio anexionado por los américo-liberianos, 1822-74 (según W. B. Morgan y J. C. Pugh, 1969)

Los americo-liberianos poseían una cultura esencialmente occidental en su estilo de vida e instituciones políticas, por medio del uso de la lengua inglesa, la propiedad particular y la permanente sumisión de la tierra, además de su adhesión al cristianismo y a la monogamia. Los africanos indígenas eran tradicionalistas o musulmanes, hablaban sus propias lenguas y poseían las tierras en comunidad. Sus aldeas estaban gobernadas por jefes y ancianos, ayudados por organizaciones gerontocráticas o sociopolíticas, como los *poro* (para hombres) y los *sande* (para mujeres). Aunque apreciaban la cultura occidental traída por los americo-liberianos y los misioneros blancos, algunos de sus ancianos se opusieron a la propagación del cristianismo y a otras ingerencias en sus leyes y costumbres.

Carente de poder militar efectivo, de personal administrativo preparado, y de medios disponibles, el gobierno liberiano no pudo poner en práctica sus planes para una ocupación efectiva del territorio liberiano, construyendo carreteras, ferrocarriles, puestos militares y administrativos y colonias americo-liberianas a todo lo largo y ancho del país, o cooperando con los jefes del interior, pagándoles periódicas remuneraciones e invitándoles a «representar» a su pueblo en el cuerpo legislativo liberiano como «árbitros». De aquí que cuando los europeos comenzaron su lucha sobre 1880 (que culminó en la conferencia de Berlín de 1884-5), parecía que Liberia probablemente perdería vastas extensiones del territorio que ya reclamó[6]. El gobierno liberiano estuvo por tanto preocupado ante todo durante la lucha por proteger el territorio que ya había adquirido.

En vísperas de la lucha, el desarrollo interno de Liberia no había experimentado grandes cambios desde que consiguió su independencia de la Sociedad Americana de Colonización en 1847. El poder legislativo, que seguía el modelo del congreso americano, estaba formado por una cámara de representantes y un senado. El poder ejecutivo comprendía al presidente y al vicepresidente, elegidos por el pueblo bienalmente y un gabinete de ministros nombrado por el presidente con el consentimiento del senado. El poder ejecutivo estaba representado en el municipio —la unidad de administración local— por un supervisor municipal que dirigía la administración municipal. Pese a los teóricamente amplios poderes del presidente, debido a los insuficientes medios de imponer la autoridad ejecutiva fuera de Monrovia, ciertas familias americo-liberianas ejercían considerable poder político a nivel municipal, a veces prolongándose durante varias generaciones, durante los regímenes republicano y liberal. Tales familias, calificadas irónicamente por un crítico liberiano como «los señores y nobles» de Liberia, incluían a los Hoffs, los Shermans y los Watsons de Cape Mount; a los Barclays, los Colemans, los Coopers, los Dennises, los Grimeses, los Howards, los Johnsons, los King y los Morris de Montserrado; a los Harmon y los Horace de Grand Bassa; los Birche, los Green, los Grigsby, los Rosse y los Witherspoon de Sinoe; y a los Brewer, los Dossen, los Gibson, los Tubman y los Yancy de Maryland. Estas familias constituían la élite política (e invariablemente la económica)[7].

[6] R. W. Shufeldt, *World Cruise: Liberia and the Liberian Boundary Dispute* (Colección de la Fundación de Historia Naval, Sección de manuscritos, Biblioteca del Congreso, Washington, DC), Shufeldt a Coppinger, Fernando Poo, 8 de mayo de 1879.

[7] LNA, *Departamento Ejecutivo: Correspondencia General 1887-1899*, Ross a Cheeseman, Green-

Serias divisiones sociales socavaban, no obstante, la unidad nacional de Liberia. Por ejemplo, los dos partidos políticos de la República, creados en torno a la independencia en 1847 (el republicano, dominado por los colonos mulatos; y el liberal, dominado por los colonos negros, los congos y los africanos indígenas instruidos), carecían de diferencias ideológicas o políticas fundamentales y tendían a enzarzarse en estériles y ásperas campañas electorales bienales por el dominio político para controlar el amplio sistema de prebendas de la República. Los republicanos gobernaron Liberia desde la Independencia hasta 1870, en que fueron derrotados por los liberales, pero recuperaron el poder en 1871 sólo para perderlo de nuevo en 1877. Los liberales gobernaron Liberia después ininterrumpidamente hasta 1980 cuando fueron derrocados por un golpe dirigido por el sargento-jefe (ahora general) Samuel Doe.

Más fundamental ha sido la división entre americo-liberianos y africanos indígenas de Liberia. A lo largo del siglo XIX, la política de los americo-liberianos fue asimilar cultural y políticamente a los africanos indígenas, civilizándolos y cristianizándolos, y dándoles igualdad de derechos con los colonos. Si bien esto se llevó a cabo hasta cierto punto con los recapturados (que eran mucho menos numerosos que los colonos), los americo-liberianos, conscientes de su propia posición privilegiada, mantenían un estricto control político sobre Liberia, limitando la participación política incluso de los africanos indígenas instruidos. Sólo a muy pocos de ellos se les otorgó el derecho al voto en pie de igualdad con los americoliberianos (aunque éstos mismos podían ser analfabetos y pobres). La principal representación de los africanos indígenas (principalmente de los africanos de la costa) en el poder legislativo consistió a partir de 1875 en jefes africanos nombrados «árbitros» (o «delegados»), una vez que sus dominios hubieran pagado una «cuota de delegado» anual de 100$ al gobierno liberiano. Como los delegados «hablaban» por medio de un intérprete únicamente sobre problemas étnicos y no podían votar, tenían muy poca influencia en la política del gobierno [8]. De aquí que tanto los africanos instruidos como los jefes se sintieran agraviados por su limitada representación.

Además, el gobierno liberiano procuró aumentar al máximo los derechos arancelarios de importación y exportación y otros impuestos al comercio y la navegación que constituían sus principales fuentes de ingresos. Para facilitar la recaudación y el control del comercio exterior de los comerciantes americo-liberianos, desde 1839 el gobierno limitó el comercio a los comerciantes extranjeros a sólo seis puertos de entrada americo-liberianos. Estas restricciones e impuestos enfadaron tanto a los comerciantes extranjeros —que se ofendieron por ellas—, como a los africa-

ville, 12 de julio de 1892 (EDCG 1887-1899); *Cartas Liberianas*, 15, Dennis a Coppinger, Monrovia, 22 de agosto, 1871; *Sierra Leona Weekly News*, 3 de junio de 1899; LNA, Legislatura liberiana, *Actas del Senado*, 1848-1900.

[8] Sólo durante la presidencia de William V. S. Tubman (1944-71) se introdujeron reformas para dar a los africanos derechos casi iguales a los de los americo-liberianos y las élites africanas indígenas asimiladas a su forma de vida. Estos derechos incluían la extensión en 1944 del derecho al voto a todos los varones adultos indígenas africanos que pagaran un impuesto de cabaña de 2$, lo que suprimió el sistema de «delegados»; y la extensión del sistema municipal de las comunidades americo-liberianas a todas partes de Liberia, lo que abolió el sistema de tipo colonial de «dominio indirecto».

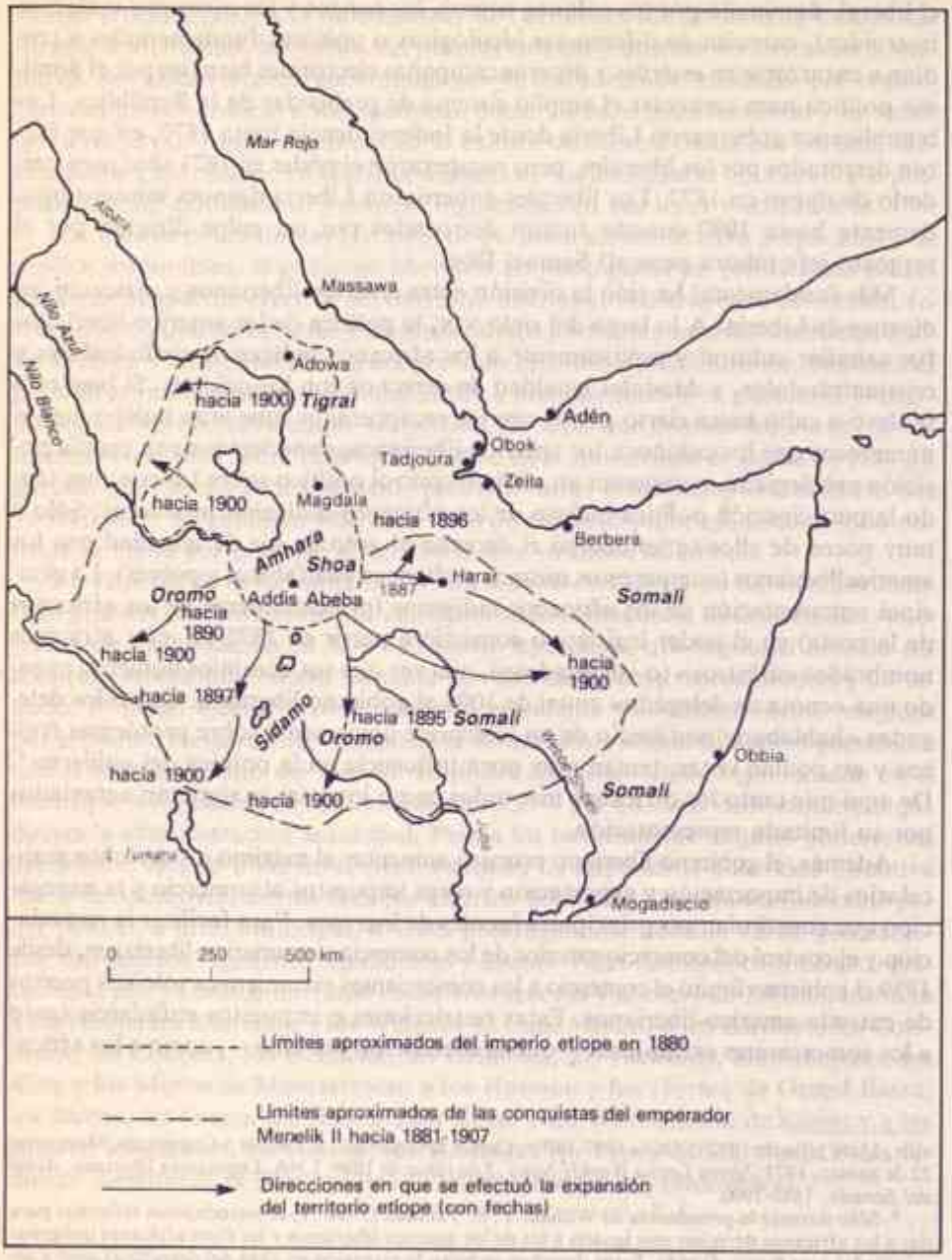


FIG. 11.2. Expansión del territorio etíope bajo el emperador Menelik II (según J. D. Fage, 1978)

nos indígenas que habían controlado anteriormente el comercio exterior y recaudado los impuestos. A menudo, los comerciantes extranjeros y los jefes se unieron para resistir o desafiar las restricciones comerciales y los impuestos o para hacer un llamamiento a los Estados europeos para que intervinieran en su nombre. Así, en varias ocasiones, durante el siglo XIX, los vai, kru y grebo de la costa liberiana opusieron resistencia armada a las imposiciones del gobierno liberiano sobre su comercio [9].

ETIOPIA

Después de más de cien años de desunión, el antiguo imperio etíope fue restablecido por el emperador Teodoro II (1855-68). Derrotando a los poderosos y frecuentemente en guerra jefes feudales (o *raises*) de las provincias de Etiopía —Tigre, Begemdir, Gojjam, Simien, Wello y Shoa— sobre las que el emperador títere de Gondar no tenía apenas ningún control, Teodoro unificó el imperio durante los primeros años de su reinado bajo un fuerte gobierno (ver Fig. 11.2) [10]. Estas provincias, situadas en su mayoría en la zona septentrional de la meseta etíope desde Eritrea hasta el valle del Awash, estaban pobladas por los agaws, amharas y tigrés. Estos pueblos tenían la cultura dominante amhara-tigré caracterizada en parte por el cristianismo monofisita de la Iglesia Ortodoxa etíope, las lenguas estrechamente emparentadas amhárica y tigré, una estructura sociopolítica que comprendía «una jerarquía de relaciones de superior a inferior unida por poderosas personalidades de la autoridad», y una economía basada en la agricultura que generaba «un fuerte apego a la tierra» y la «red correspondiente de derechos y deberes basados en la tierra» generalmente asociados al feudalismo [11].

Reunido bajo Teodoro, el núcleo amhara-tigré constituyó, como sucedió con Monrovia y otras colonias americo-liberianas en Liberia, el trampolín de la posterior expansión de Etiopía durante la segunda mitad del siglo XIX a las tierras que la rodeaban, principalmente poblaciones de las tierras bajas sobre algunas de las cuales el gobierno imperial había ejercido ocasionalmente varias veces anteriores una relación o jurisdicción «cambiante y a menudo molesta» [12]. El núcleo amhara-tigré no era, sin embargo, monolítico sino que estaba dividido políticamente por rivalidades regionales y físicamente por barrancos y montañas que dificultaban las comunicaciones y los transportes.

El sometimiento de los *raises* por parte de Teodoro con armas superiores importadas, y su propia derrota final en abril de 1867 por una fuerza punitiva británica, hizo evidente a los líderes etíopes la importancia de las armas modernas para controlar el imperio y contener a los rivales políticos o las agresiones externas.

Como sucesor de Teodoro, el emperador Yohannes IV (1871-89) estaba, como se verá más adelante, preocupado por repeler las agresiones egipcias y mahdistas sudanesas. Otra posterior expansión etíope —por las llamadas «tierras his-

[9] J. D. Hargreaves, 1963, p. 243.
[10] R. Greenfield, 1965, p. 70; P. Gilkes, 1975, pp. 9-10.
[11] C. Clapham en R. Lemarchand (ed.), 1977, pp. 36, 37.
[12] H. G. Marcus, 1975, p. 140.

tóricas» de Etiopía, hasta más de dos veces el tamaño de ésta— se realizó principalmente con el emperador Menelik II (1889-1913), cuyo reinado coincidió con la lucha europea por Africa [13].

Por la época del reinado de Menelik, la cultura política de Etiopía ya había cristalizado. El sistema imperial etíope estaba organizado a tres niveles básicos: distrito o *señorío*, provincia y nación; y en tres ejes separados: económico, político y religioso. El señor, el gobernador y el emperador, gobernando sobre el distrito, la provincia y el imperio, respectivamente, y relacionados entre sí en una jerarquía de relaciones de superior a inferior, constituían los pilares del sistema, ya que cada uno era «gobernador, juez, jefe militar y cortesano» a un tiempo. Por regla general, el emperador nombraba a los gobernadores provinciales que a su vez nombraban a los señores o subgobernadores de los distritos, en que estaba dividida su provincia.

El señor poseía ciertos derechos conocidos como *gult*: esencialmente el derecho de recaudar tributos en especie de cada familia del distrito y de apropiarse de mano de obra para trabajar en su granja o en otros proyectos que pudiera señalar. Parte del tributo era retenido para su propio uso, y el resto era remitido a su señor, el gobernador provincial. Juzgaba los casos y disputas del distrito, movilizaba y comandaba la milicia local y tenía a su cargo la dirección de las obras públicas del distrito (asegurándose además que su «parroquia», a menudo colindante con el distrito, saldara sus obligaciones con la Iglesia Ortodoxa etíope local) [14]. Por regla general, las obligaciones debidas al señor o a la iglesia por parte de la población del distrito, basadas esencialmente en su vínculo a la tierra para ganarse el sustento, eran comparativamente livianas en las provincias del núcleo amhara-tigré. Allí, la tierra era poseída y controlada por el sistema *rist*, es decir, principalmente por linajes particulares; era prácticamente inenajenable y, por tanto, no disponible para que el emperador o el gobernador la repartieran como prebendas. Las obligaciones eran duras en las regiones del sur y del oeste conquistadas por Menelik, donde los señores y *naftanyas* (literalmente «portadores de armas»: colonos de las tierras altas de Abisinia) explotaban sin piedad a la población local, en parte mediante los derechos y obligaciones *gult* [15].

Los gobernadores de las provincias desempeñaban funciones similares a las de los señores, pero en mayor escala. Los del núcleo amhara-tigré fueron reclutados en su mayoría entre los parientes cercanos del emperador o entre los nobles locales que se suponían leales al emperador. Los gobernadores de las regiones recientemente conquistadas del sur y del oeste donde había tierra que se podía enajenar disponible, eran predominantemente amharas, shoans, tigrés u otros nobles o militares del norte que recibían derechos *gult* (o tierra *rist-gult* en lugar de un gobierno) por sus servicios al emperador. De esta manera la lealtad continua al gobernador o al emperador dependía en gran medida de la disponibilidad de *gult* para recompensas y del poder militar para reforzar la autoridad [16].

[13] R. Greenfield, 1965, p. 96.
[14] D. N. Levine, 1974, pp. 114-20; P. Gilkes, 1975, pp. 13-14.
[15] *Ibid.*
[16] C. Clapham en R. Lemarchand (ed.), 1977; P. Gilkes, 1975, pp. 28-9; D. N. Levine, 1974, pp. 120-1.



• *Menelik, rey de Shoa (1865-1889); emperador de Etiopía (1889-1913).*

El emperador era el elemento individual más importante del sistema imperial. Desempeñaba las funciones ejecutiva, legislativa y judicial institucionalizadas que han sido clasificadas por Christopher Clapham como «protectoras», «extractivas y distributivas», «regulativas» y «simbólicas». El emperador en persona conducía el ejército, dirigía los asuntos del imperio y administraba justicia y protección. De forma más importante quizás, el emperador simbolizaba la unidad nacional y la independencia en virtud de su supuesta descendencia del rey bíblico Salomón y de su coronación y ungimiento por el *abuna*, cabeza egipcia de la Iglesia Ortodoxa etíope [17].

El sistema imperial heredado por Teodoro carecía de una «burocracia histórica» notable [18]. Exceptuando unos comparativamente pocos departamentos con funciones bien definidas como el *tsahafe t'ezaz* (secretaría imperial) y el *afa-negus* (jefe de justicia), la administración imperial estaba mayormente personificada por el emperador y sus representantes regionales: los gobernadores y los señores [19]. El propio Teodoro intentó crear una burocracia reemplazando frecuentemente a los gobernadores ya existentes de estirpe aristocrática por generales a sueldo del ejército, de humilde cuna, leales y dependientes de él. Pero los nuevos gobernadores fueron derrocados y sustituidos por dinastías preexistentes durante las revueltas generalizadas contra su cada vez más cruel mandato [20].

Las semejanzas entre los sistemas políticos de Liberia y Etiopía fueron demasiado evidentes, a partir del análisis hasta aquí realizado, para extenderse sobre el tema. Además de poseer un núcleo y periferia, y un gobierno central, cada uno de ellos poseía sistemas subpolíticos centrados en dominios locales (o aldeas) como las de Gola en Liberia u Oromo («Galla») en Etiopía, no tratadas en este capítulo, con culturas políticas más o menos diferentes de la cultura política predominante del centro. Ambos sistemas estaban sólidamente basados en el privilegio del núcleo y utilizaban ampliamente las prebendas y las técnicas de integración. Sin embargo, mientras que el sistema imperial de Etiopía era en gran parte «africano», carente de partidos políticos y de parlamento —Teodoro, Yohannes y Menelik llegaron a ser, en virtud de su superioridad militar sobre sus rivales y no por medio de las urnas, emperadores—, el gobierno central de Liberia era completamente occidental. De todas formas, cada sistema poseía o desarrolló los mecanismos e instrumentos necesarios para contener la agresión europea provocada por la lucha y el reparto.

LA AGRESION EUROPEA A LOS TERRITORIOS LIBERIANO Y ETIOPE, 1880-1914

Tanto Liberia como Etiopía habían disfrutado de relaciones más o menos amistosas con las potencias europeas hasta 1879. Durante el período de la lucha, des-

[17] C. Clapham en R. Lemarchand (ed.), 1977, pp. 44-5.
[18] D. Crummey, 1969, p. 465.
[19] R. Pankhurst, 1967, p. 12.
[20] C. Clapham en R. Lemarchand (ed.), 1977, p. 47.



• *E. J. Barclay, Secretario de Estado, Liberia.*

de 1880 en adelante, estas relaciones comenzaron a cambiar y tanto uno como otro estuvieron sometidos a diversos grados de presión y agresión imperialistas europeos, con contrastados resultados y consecuencias.

LIBERIA

Ni invitada ni representada en la conferencia de Berlín, Liberia rehusó al principio a sentirse obligada por sus decisiones, tales como el principio de «ocupación efectiva» del suelo. De acuerdo con esta posición, el secretario de Estado de Liberia, Edwin J. Barclay, afirmó en junio de 1887 que la opinión liberiana era que la decisión de Berlín «se refiere a posteriores adquisiciones de territorio africano por parte de potencias europeas y no a las posesiones actuales o a la futura adquisición de un Estado africano»[21]. Los liberianos insistían, acertadamente, en que siendo un gobierno de un país africano, Liberia no requería una «ocupación efectiva», dado que todos sus habitantes eran liberianos.

Al final, para evitar perder todo el interior de Liberia, el gobierno liberiano comenzó a tomar medidas desde finales de la década de 1890 para la ocupación efectiva. El presidente de Liberia de 1904 a 1911, Arthur Barclay, planteó apropiadamente las cuestiones en juego, sosteniendo en diciembre de 1906 que:

> Liberia era un Estado reconocido mucho antes de la conferencia de Berlín... y debe haber motivos por su parte para cuestionar algunos de los *dictámenes* formulados en esa conferencia. Pero es un hecho que, en realidad, las grandes potencias establecen los principios de la ley internacional. Los Estados pequeños deben conformarse. Resulta, por tanto, que estamos obligados a ocupar nuestras fronteras con una guardia fronteriza, oficiales apropiados, y dar a la región fronteriza un gobierno organizado de acuerdo a actitudes civilizadas[22].

El imperialismo europeo en Liberia durante la lucha y el reparto tuvo lugar de tres formas principales: 1) expropiación de territorio liberiano por potencias europeas; 2) total interferencia por parte de éstas en los asuntos internos de Liberia; 3) control de la economía de Liberia por comerciantes, financieros, concesionarios y empresarios europeos que disfrutaban de la confianza y patrocinio de dichas potencias. Las actividades imperialistas europeas en Liberia, además, la debilitaron y desestabilizaron.

Teniendo en cuenta las invitaciones de los vais del noroeste de Liberia y de los comerciantes británicos y de Sierra Leona apostados en la costa de los vais e interesada por el comercio y los ingresos de Sierra Leona, Gran Bretaña intervino desde 1860 supuestamente para proteger a los vais y a los comerciantes de los abusos liberianos. Tras infructuosas e intermitentes discusiones entre representantes británicos, liberianos y vais, Gran Bretaña anexionó la mayoría de los dominios vais a Sierra Leona en marzo de 1882, aunque los jefes vais nunca desea-

[21] Citado en M. B. Akpan, 1973(b), p. 223.

[22] A. Barclay, Mensaje Anual, 11 de diciembre de 1906, en *Liberia Bulletin*, N.° 30, febrero de 1907, p. 69 (de aquí en adelante, *Bulletin*).



• *Arthur Barclay, Presidente de Liberia, 1904-1911.*

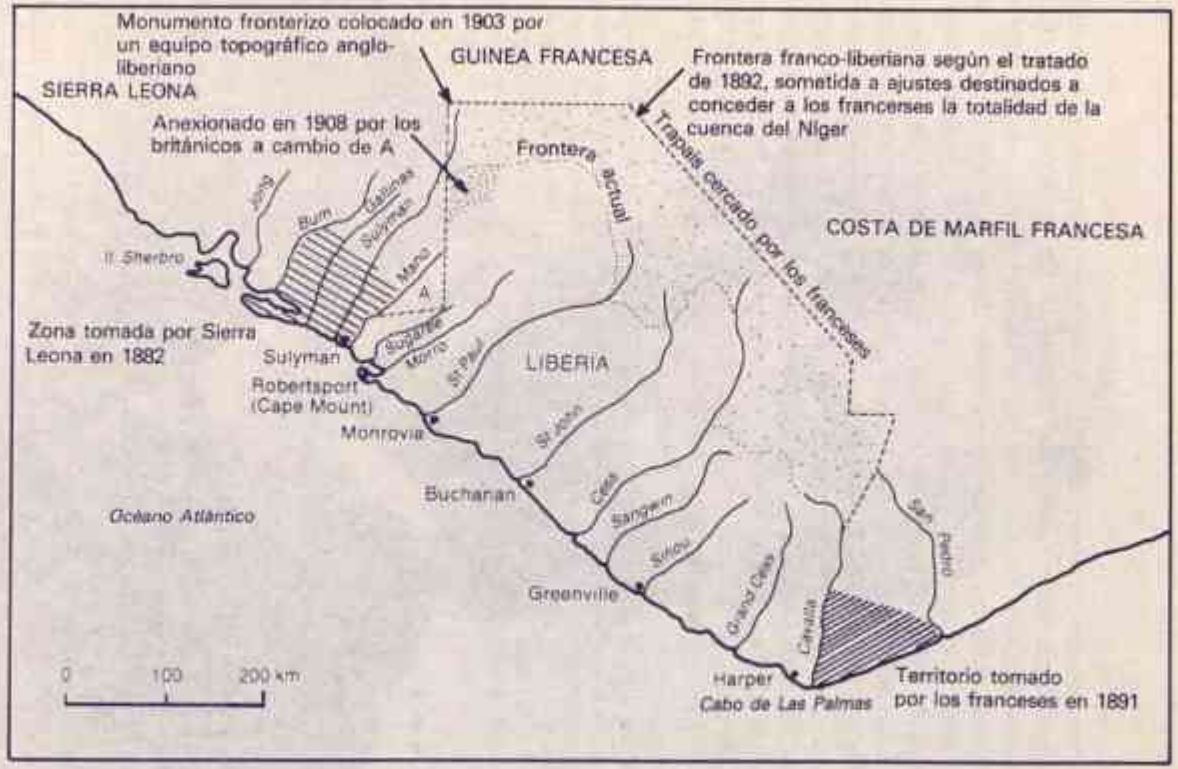


FIG. 11.3. Usurpaciones británicas y francesas de territorio reclamado por Liberia, 1882-1914 (según R. E. Anderson, 1952)

ron el dominio británico (aunque sí la intervención británica) (ver Fig. 11.3)[23]. Los liberianos, aturdidos por la acción británica, pero indefensos, pusieron en circulación un emocional, ineficaz «Memorándum y Protesta» contra esta acción, cuya copia se envió a todas las naciones con las que Liberia tenía tratados. Imploraba a estas naciones que ayudaran a Liberia y que mediaran «para detener un curso de acontecimientos que amenazan con su destrucción». Entre los pocos gobiernos que contestaron estaba el de los Estados Unidos, de quienes en particular los liberianos esperaban una intervención que garantizara un «acuerdo justo» en el tema de las fronteras. Pero el gobierno de los Estados Unidos inmediatamente aconsejó a Liberia que aceptara la acción británica, lo que desvaneció por completo las esperanzas de los liberianos. La mayoría de las otras naciones a las que se apeló eran europeas y ellas mismas estaban intensificando el expansionismo existente o estaban a punto de buscar un engrandecimiento territorial en Africa. Por tanto, el llamamiento de Liberia cayó sobre todo en oídos sordos e indiferentes[24]. En noviembre de 1885 Liberia firmó un acuerdo con Gran Bretaña que delimitaba la frontera con Sierra Leona en el río Mano, en detrimento de Liberia.

De forma similar, los franceses se anexionaron el sudeste de Liberia entre los ríos Cavalla y San Pedro, en mayo de 1891, aprovechando el descontento de sus habitantes con la política comercial de Liberia y la falta de ocupación efectiva del distrito por parte de Liberia[25] (ver Fig. 11.3). Una vez más, los liberianos hicieron una emotiva llamada a las «naciones cristianas civilizadas del mundo» para que intercedieran en su nombre, pero fue en vano[26]. Indefensa e impotente, Liberia firmó un acuerdo con Francia en diciembre de 1892 que fijaba la frontera de Liberia con Costa de Marfil y el río Cavalla, concediendo a Francia la región Cavalla-San Pedro y una gran parte del hasta ahora indeterminado interior de Liberia, a cambio de que Francia renunciara a sus vagas demandas sobre Garraway, Buchanan y Butaw en la costa liberiana[27].

Para evitar más invasiones de Liberia, el gobierno envió representantes a Washington y Londres, en 1890 y 1892 respectivamente, para conseguir su compromiso de preservar la integridad territorial de Liberia; pero ninguno de los dos países se comprometería[28].

Liberia perdió más territorios en beneficio de Gran Bretaña y Francia entre 1892 y 1914, puesto que estas potencias avanzaban competitivamente para ocu-

---

[23] Oficina de Informes Públicos, Kew (PRO), FO 84/1699, Derby a Havelock, 2 de marzo de 1883; Granville a Lowell, 10 de marzo de 1883.

[24] G. W. Gibson y F. Russell, 1883.

[25] Sociedad de Colonización Africana, *Informe Anual Septuagésimo séptimo*; enero de 1894, pp. 9-10; E. Hertslet, 1909, vol. III, pp. 1132-3.

[26] Condado de Maryland, «Francia versus Liberia: documento suscrito por ciudadanos del condado de Maryland contra el tratado franco-liberiano ahora ante el senado liberiano, exhortando al senado para que lo rechace, y rogando a Francia que se abstenga; y afirmando con relación a los actos liberianos el derecho de Liberia a la región de San Pedro» (febrero de 1893) en LNA, Ejecutivo, Departamento de Estado, Correspondencia Nacional (EDSDC), 1855-1898. Ver asimismo Archivos Nacionales de los Estados Unidos (USNA) Despachos de los ministros de los Estados Unidos en Monrovia (DSUM) 11/70, McCoy a Gresham, Monrovia, 1 de febrero de 1893.

[27] Archivos Nacionales, París: Acuerdo sobre la frontera franco-liberiana, 1892, M. 12. 8972; USNA, DUSM 11/52, McCoy a Foster, Monrovia, 1 de febrero de 1893.

[28] H. R. Lynch, 1967, p. 185.

par las zonas de influencia de Africa y posteriormente demarcaron las fronteras de sus territorios con Liberia.

Gran Bretaña, confinada hasta entonces en la costa de Sierra Leona, se anexionó el interior en 1896 e impuso una administración colonial o «nativa» en ella. El territorio anexionado incluía Kanre-Lahun, la principal ciudad del dominio de los luawas, con cuyo jefe, Kai Lundu, T. J. Alldridge había firmado un tratado en 1890 en nombre del gobierno británico. Hacia 1902, a consecuencia de unos disturbios civiles, una fuerza británica ocupó Kanre-Lahun.

Para anticiparse a los británicos en el distrito de Kanre-Lahun, el gobierno liberiano estableció una «administración nativa» enviando allí funcionarios administrativos de aduanas y una unidad militar en febrero de 1907. Pero la fuerza británica no se retiraría, aun cuando el gobernador de Sierra Leona, G. B. Haddon-Smith, que visitó Kanre-Lahun ese mes y que fue escoltado por la unidad militar liberiana, lo reconoció como territorio liberiano, ocupado por Gran Bretaña «temporalmente» para Liberia [29]. Sin embargo, en junio de 1907, el cónsul general de Liberia en Londres, Henry Hayman, informó al presidente Barclay que los gobiernos francés y británico estaban «considerando medidas muy serias» que casi podrían «perjudicar la independencia de Liberia», a menos que se fijara la frontera de Liberia con la Costa de Marfil francesa y Guinea [30].

Movido por esta amenaza, el presidente Barclay visitó Londres y París en septiembre de 1907 para pedir garantías de la soberanía de Liberia y de su integridad territorial. Pero ambos gobiernos no sólo se negaron a dar ninguna garantía sino que el gobierno francés, por el contrario, elaboró, casi unilateralmente, un «acuerdo» de fronteras que concedía a Francia una parte del territorio liberiano más allá del río Makona, y encomendaba a Liberia establecer puestos militares en la frontera franco-liberiana «que estaría permitido ocupar [temporalmente] a las autoridades francesas si los recursos del gobierno liberiano no le permitían mantener al mismo tiempo una guarnición allí por sí mismo» [31]. Barclay, comprensiblemente, rehusó en principio firmar el «acuerdo» pero fue obligado a hacerlo después de que el gobierno de los Estados Unidos, a quien habían apelado enérgicamente para que interviniera, le aconsejó firmar a causa de que «si lo rechazamos, los franceses cometerían probablemente más abusos y sufriríamos finalmente una pérdida material de territorio» [32]. Este tratado unilateral resolvió parte del problema de las fronteras franco-liberianas. La solución al resto se inició en julio de 1908 cuando una comisión conjunta franco-liberiana comenzó la tarea de delimitación de fronteras [33]. De todas formas, hasta mediados de la década de 1920,

[29] A. Barclay, *Mensaje Anual*, diciembre de 1908; Departamento de Estado USA, *Informe de la Comisión de los Estado Unidos de América a la República de Liberia* (Washington DC, octubre de 1909); PRO, FO 267/65, H. H. Johnston, «Memorándum con respecto a la Ocupación americo-liberiana de Liberia noroccidental», 19 de abril de 1907; FO 267/75, Haddon-Smith a Elgin, Freetown, 28 de marzo de 1907.

[30] Barclay a Lyon, Monrovia, 9 de agosto de 1907, adjunto al DUSM 326/202, Lyon al ministro, Monrovia, 9 de agosto de 1907; EPCG 1905-12, Barclay a Lyon, 9 de agosto de 1907.

[31] E. Hertslet, 1909, vol. III, pp. 1140-1; R. L. Buell, 1928, vol. II, p. 790.

[32] A. Barclay, F. E. R. Johnson y T.N. Stewart, *Informe de la comisión de Liberia a Europa en relación a los problemas franco-liberianos*, septiembre de 1907, en LNA, EPCEPG, USNA, DUSM (NF), 326/345, Ellis al ministro, Monrovia, 12 de enero de 1910.

[33] *Actas del gabinete*, para el 6 de agosto de 1909.

los franceses aún amenazaron ocasionalmente con apoderarse del territorio de Liberia.

Evidentemente envidiosa de la ganancia francesa de territorio liberiano en 1907, Gran Bretaña insistió también en adquirir el distrito de Kanre-Lahun y en septiembre de 1908 ordenó al mayor Le Mesurier, el bretón que comandaba las tropas británicas estacionadas en Kanre-Lahun, prohibir a los comisarios del distrito que realizaran otras funciones administrativas que las de recaudar los derechos arancelarios. Un mes después, Le Mesurier les ordenó trasladar sus puestos de aduana y abandonar completamente Kanre-Lahun, puesto que, según él, la nueva frontera liberiana con Sierra Leona iba a estar delimitada por las fronteras naturales de los ríos Moa y Mafissa [34].

Entre noviembre de 1909 y principios de 1910, el gobierno liberiano trató en vano de proteger el distrito de Kanre-Lahun de los británicos por medio de la persuasión [35]. El problema fue finalmente resuelto en enero de 1911 por medio de un tratado anglo-liberiano, por el cual Gran Bretaña se quedaba con el distrito de Kanre-Lahun pero cedía a Liberia el mucho menos apetecible territorio entre los ríos Morro y Mano y pagó 4.000 libras esterlinas de compensación al gobierno liberiano con las que desarrollar el territorio cedido (ver Fig. 11.3). (Liberia obtuvo asimismo el derecho de libre navegación en el río Mano.) La delimitación final de la nueva frontera entre Liberia y Sierra Leona tuvo lugar en 1915. De esta manera Liberia sobrevivió a la agresión británica pero quedó mutilada y asfixiada [36].

ETIOPIA

Los proyectos imperiales europeos contra el territorio y la independencia de Etiopía no fueron menos diabólicos que los dirigidos contra Liberia (ver Fig. 11.4). Sus orígenes podrían remontarse a 1869 cuando un misionero lazarista italiano, Giuseppe Sapeto, compró el puerto del Mar Rojo de Assab a un sultán local por 6.000 dólares María Teresa. El puerto pasó a ser propiedad de una compañía naviera italiana privada, la Societa Rubattino, y en 1882 fue declarada colonia italiana [37].

El emperador Yohannes, aun siendo un notable patriota y un fiel adepto a la Iglesia Ortodoxa etíope, estaba menos directamente preocupado con el advenimiento de Italia que con la salida de Egipto [38]. Este gobernaba entonces gran parte de las costas de Africa del Mar Rojo y del Golfo de Adén, y sus tierras interio-

[34] USNA, DUSM (NF) 326/-, Lemadine a Barclay, 30 de septiembre de 1908; PRO, FO 367/209; Cooper a Le Mesurier, Gbonibu, 25 de noviembre de 1909.

[35] R. L. Buell, 1928, vol. II, pp. 784-9; USNA, DUSM (NF), 326/339, Ellis al ministro, Monrovia, 6 de enero de 1910.

[36] PRO, FO 367/233, Baldwin, «Informe Anual», 30 de septiembre de 1911; A. Barclay, *Mensaje Anual*, 12 de diciembre de 1911.

[37] Italia, Ministero dell'Affari Esteri, *Trattati, convensioni, accordi protocolli ed altri documenti relativi all'Africa* (Roma, 1906), 1-25-6.

[38] Para una breve crónica etíope del reinado de Yohannes, ver M. Chaine, 1913.

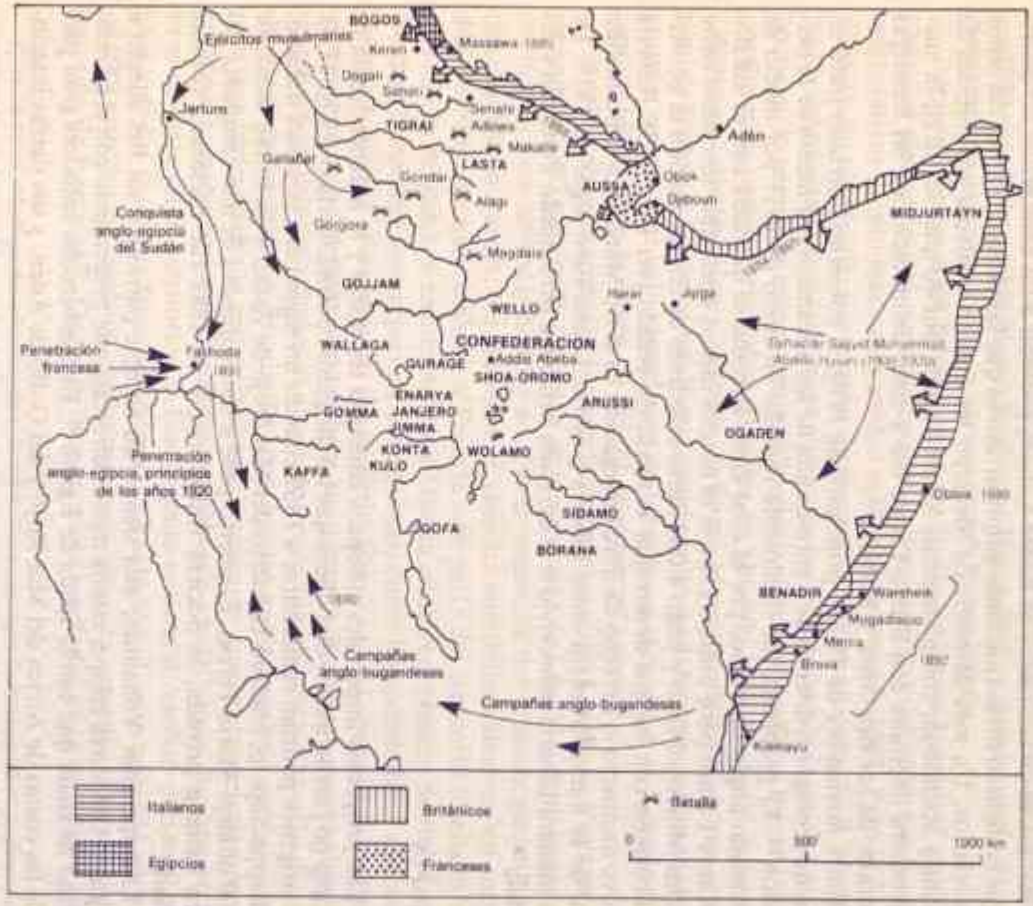


FIG. 11.4. Etiopía y la lucha por Africa (según R. Greenfield, 1965)

res inmediatas, incluyendo el puerto de Massawa y la ciudad de Harar. Egipto, que había caído bajo la ocupación británica en 1882, se había enfrentado con la rebelión del mahdi sudanés Muhammed Ahmed, lo que había hecho decidir a Gran Bretaña, en 1883, que las tropas egipcias y británicas tendrían que ser evacuadas de Sudán. El dominio egipcio por tanto se derrumbó en todo el área del Mar Rojo y del Golfo de Adén que bordea Etiopía. Puesto que varias ciudades sudanesas con guarniciones egipcias y habitantes europeos fueron sitiadas por los mahdistas, Gran Bretaña decidió buscar la ayuda de Yohannes para la evacuación. Un oficial británico, el contralmirante sir William Hewett, fue enviado para negociar con Yohannes, quien accedió a ayudar, pero también estipuló que los territorios de la frontera sudanesa recientemente ocupados por Egipto deberían serle devueltos. Asimismo, solicitó el control de Massawa. La primera demanda fue aceptada, pero, en cuanto al puerto, Gran Bretaña simplemente prometió el paso franco «bajo protección británica» para las mercancías etíopes, incluidas armas y municiones [39]. El 3 de junio de 1884 se firmó un tratado que incluía estos principios, tras lo cual el notable guerrero etíope rais Alula relevó a seis guarniciones del Sudán [40].

El valor del acuerdo fue, sin embargo, efímero, pues el 3 de febrero de 1885 los italianos tomaron Massawa. Lo hicieron con el consentimiento de los británicos, que favorecieron la expansión italiana con la esperanza de poner freno a la de Francia, su principal rival en la lucha por Africa. El oficial italiano a cargo de la ocupación, contralmirante Caimi, declaró a los habitantes que esta acción se había realizado de acuerdo con los británicos y los egipcios, y prometió: «No pondré ningún obstáculo a vuestro comercio; al contrario, todos mis esfuerzos estarán encaminados a facilitarlo» [41]. Esta declaración, sin embargo, demostró muy pronto no tener valor, pues los italianos cortaron el suministro de armas a Yohannes y penetraron en el interior hasta las aldeas de Sahati y Wia. El rais Alula protestó contra esta infiltración, pero los italianos contestaron fortificando las zonas disputadas y enviando más tropas que fueron interceptadas por el rais Alula en Dogali, en enero de 1887. Inmediatamente después los invasores evacuaron Sahati y Wia, pero, quejándose de una «masacre» en Dogali, bloquearon todos los barcos que traían suministros a Etiopía [42].

La guerra entre los italianos y Yohannes parecía inminente, pero aquellos, ansiosos por evitar una difícil campaña de grandes proporciones, persuadieron a Gran Bretaña para que mediara en el conflicto. Un diplomático británico, sir Gerald Portal, fue enviado al emperador para pedirle que accediera a la ocupación italiana de Sahati y Wia, y a la de la zona de Senahit o de Bogos, que los egipcios habían cedido en 1884. Al ser leídas estas propuestas, Yohannes respondió categóricamente: «No puedo tolerar esto. Según el tratado hecho por el almirante Hewett, se me cedía toda la región evacuada por los egipcios en mi frontera a insti-

[39] A. B. Wylde, 1901, pp. 472-4.
[40] *Ibid*, p. 35.
[41] E. Hertslet, 1909, vol. 1, p. 8.
[42] Sobre las actitudes italianas contemporáneas hacia la batalla de Dogali y otros acontecimientos de la historia de la expansión italiana, ver. A. Dejaco, 1972.

gación de Inglaterra, y ahora vienen a pedirme que renuncie a ella de nuevo». Enfadado por el hecho de que Gran Bretaña se hubiera apartado del tratado de esta forma, escribió a la reina Victoria, afirmando que si deseaba firmar la paz, sería cuando los italianos estuvieran en su país y los etíopes en el suyo [43].

Yohannes, enfrentado con la creciente amenaza de Italia, fortaleció sus defensas adelantando una guarnición estacionada en la frontera sudanesa. Al encontrar la zona indefensa, los mahdistas atacaron allí. El emperador se desplazó a Matamma para resistirles, pero al final de una batalla victoriosa, cayó mortalmente herido por una bala perdida, el 10 de marzo de 1889. La noticia de su muerte hizo que su ejército se disgregara. Hubo gran confusión por todo el norte de Etiopía, agravándose la situación con una seria plaga de peste bovina y el hambre, que fueron seguidas de epidemias de viruela y de cólera [44]. Durante este período de dificultades, los italianos avanzaron rápidamente hacia el interior. A finales de 1889 habían ocupado una parte de la meseta norte donde establecieron la colonia de Eritrea con capital en Asmara [45].

Durante gran parte de la feroz resistencia del emperador Yohannes contra las agresiones egipcia e italiana, Menelik, gobernador de Shoa y subordinado nominalmente al emperador, mantuvo relaciones cordiales con Italia (ver página 282). Estas relaciones con Italia fueron valiosas para Menelik, ya que el enviado italiano, el conde Antonelli, único diplomático extranjero más o menos permanente en su corte, le brindó un acercamiento a Europa y a su tecnología; además, los italianos le suministraron varios médicos así como numerosas armas de fuego. A consecuencia de su amistad con Italia, Menelik pudo, como rey de Shoa (1865-89) adquirir por la fuerza las ricas regiones de Arussi, Harar, Kule y Konta al sur y sudeste, y Gurage y Wallaga en el sudoeste [46]. Italia, por su parte, consideraba la cooperación de Menelik una ventaja útil, aunque innecesaria a la larga, para sus ambiciones expansionistas. Esta amistad culminó el 2 de mayo de 1889 —menos de dos meses después de la muerte del emperador Yohannes— en un tratado de paz y amistad firmado entre Menelik e Italia en la aldea etíope de Wuchale.

El tratado de Wuchale (Uccialli en italiano), que iba a constituir un hito decisivo en las relaciones entre los dos países, contenía artículos en beneficio de ambos. En él Menelik aceptaba la soberanía italiana sobre la mayor parte de la meseta de Eritrea, incluida Asmara, mientras que Italia le reconocía como emperador —primera vez que tal reconocimiento le había sido concedido— y prometía que podría importar armas y municiones a través del territorio italiano. La parte más importante del tratado, sin embargo, era el artículo XVII que pronto entró en debate. La disputa surgió del hecho de que el tratado tenía dos textos, uno en amhárico y el otro en italiano, en el que el sentido del artículo XVII difería sustancialmente. La versión amhárica afirmaba que Menelik podía valerse de los

[43] G. L. Portal, 1892, p. 158.
[44] R. Pankhurst, 1966.
[45] A. B. Wylde, 1901, p. 49.
[46] H. G. Marcus en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 422-4; R. Greenfield, 1965, pp. 98-9.

servicios de las autoridades italianas para todas las comunicaciones que pudiera desear tener con otras potencias; el texto italiano hacía esto obligatorio [47].

Aunque el texto italiano del artículo enseguida fue utilizado por Italia para reclamar un protectorado sobre Etiopía, las relaciones entre los dos países siguieron siendo cordiales durante varios meses [48]. Menelik envió a Italia a su primo, el rais Makonnen, gobernador de Harar, en julio de 1889 para negociar la aplicación del acuerdo, mientras el general Baldissera, oficial a cargo de la expansión italiana, avanzaba más en la meseta de Eritrea de acuerdo con el tratado de Wuchale. El 2 de agosto emitió una declaración por la ocupación de Asmara, mientras que el 1 de octubre el rais Makonnen firmaba un convenio adicional al tratado de Wuchale en Roma. En él, Italia reconocía de nuevo a Menelik como emperador, mientras que este último aceptaba la soberanía de Italia sobre la colonia del Mar Rojo en base a las fronteras existentes en el momento. También se hizo una disposición para un préstamo bancario italiano de 4.000.000 de liras [49].

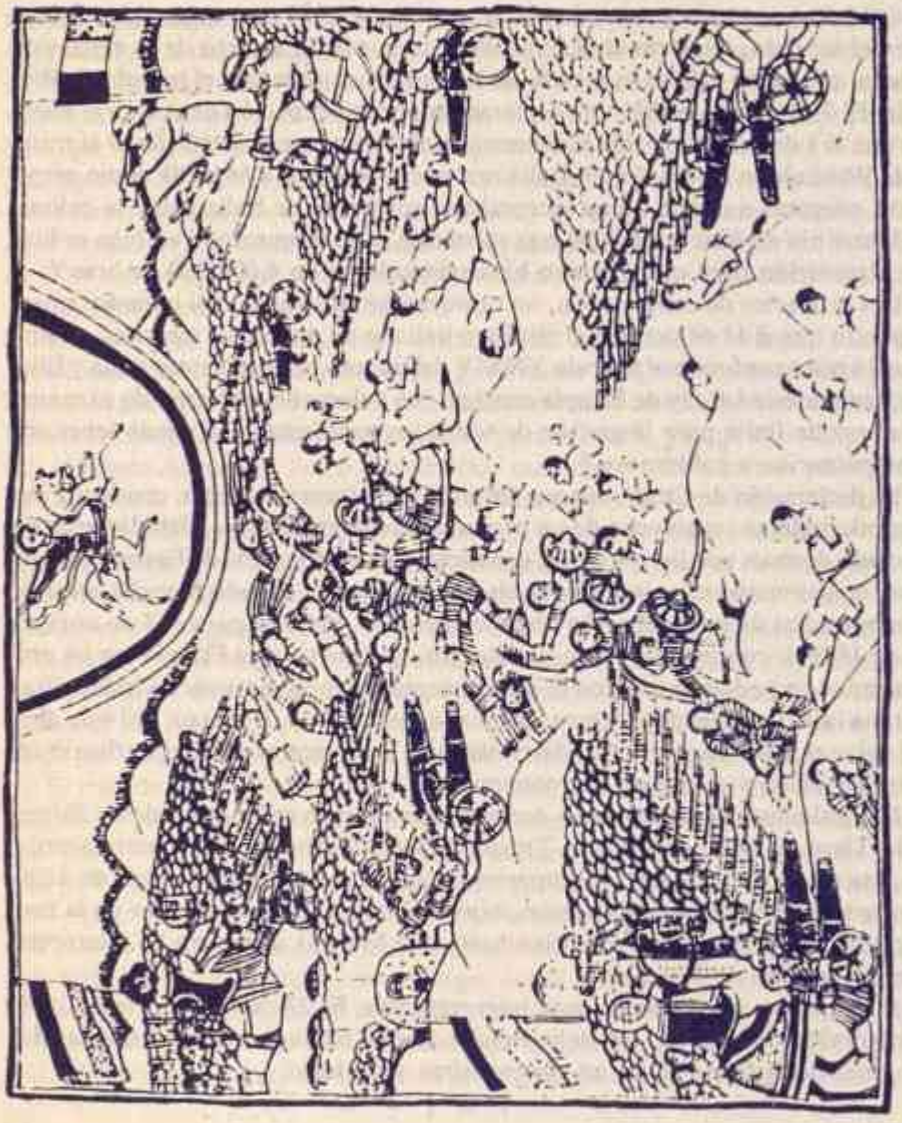
Los proyectos de cooperación, no obstante, se frustraron casi inmediatamente, puesto que el 11 de octubre el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Crispi, anunció que «conforme al artículo XXXIV del tratado perpetuo entre Italia y Etiopía... su majestad el rey de Etiopía consiente en valerse del gobierno de su majestad el rey de Italia para la gestión de todos los problemas que pueda tener con otras potencias o gobiernos» [50].

La declaración de Crispi, aunque formulada de forma indirecta, constituía una demanda italiana inequívoca de un protectorado sobre Etiopía, debidamente reconocida después por las potencias europeas. Los cartógrafos de Europa presentaban en sus mapas el país como «Abisinia italiana», y cuando Menelik informó a las potencias de su coronación como emperador, prevista para el 3 de noviembre de 1889, le contestaron, para su disgusto, que puesto que Etiopía era un protectorado, no podían tratar con él directamente sino sólo a través de Italia. Gran Bretaña inició más tarde tres protocolos con Italia, el 24 de marzo, el 14 de abril de 1891 y el 5 de mayo de 1894, determinando las fronteras entre el territorio colonial británico y el supuesto protectorado [51].

Los italianos, en apoyo de su demanda, avanzaron entre tanto desde Eritrea hasta Tigre, al norte de Etiopía. Traspasando los límites anteriormente acordados, cruzaron el río Mareb y ocuparon la ciudad de Adowa en enero de 1890. Informaron luego al rais Mangasha, hijo de Yohannes y gobernador de la provincia de Tigre, que no se retirarían hasta que Menelik admitiera su interpretación del tratado de Wuchale [52].

Menelik se negó a aceptar esta interpretación. El 27 de septiembre de 1890, escribió al rey Umberto I de Italia señalando que había descubierto que las dos versiones del artículo XVII no concordaban y declaró:

[47] C. Rossetti, 1910, pp. 41-4; E. Work, 1936, pp. 84-6; S. Rubenson, 1964; C. Giglio, 1967.
[48] Sobre la historia de las relaciones italo-etíopes entre el tratado de Wuchale y la batalla de Adowa, ver C. C. Rossini, 1935; J. L. Niege, 1968.
[49] C. Rossetti, 1910, pp. 45-7.
[50] E. Hertslet, 1909, vol. I, pp. 1, 17.
[51] E. Work, 1936, pp. 128-33, 138-9.
[52] A. B. Wylde, 1901, p. 51.



• *Batalla de Adowa: dibujo según un cuadro de la Universidad de Addis Abeba.*

> Cuando hice ese tratado de amistad con Italia, para que nuestros secretos quedaran protegidos y para que no se estropeara nuestro entendimiento, dije que a causa de nuestra amistad nuestros asuntos en Europa podían ser llevados con la ayuda del Estado soberano de Italia, pero no he firmado ningún tratado que me obligue a hacerlo así, y hoy, no soy hombre que lo acepte. Que una potencia independiente no solicite la ayuda de otra para llevar sus asuntos es algo que su majestad comprende muy bien [53].

Decidido a no depender por más tiempo del préstamo italiano, comenzó a devolverlo. Las relaciones entre Italia y Etiopía llegaron a un punto muerto. Durante las discusiones resultantes, el enviado italiano, Antonelli, informó a Menelik que «Italia no puede notificar a las otras potencias que estaba equivocada en el artículo XVII, puesto que debe mantener su dignidad». La consorte de Menelik, la emperatriz Taytu, replicó: «Nosotros asimismo hemos hecho saber a las potencias que el mencionado artículo, tal como está redactado en nuestra lengua, tiene otro significado. Como vosotros, nosotros también tenemos que guardar respeto a nuestra dignidad. Deseais que Etiopía figure ante las demás potencias como vuestro protectorado, pero esto nunca sucederá» [54].

Después de un retraso de varios años, que Menelik invirtió ventajosamente importando grandes cantidades de armas de fuego, especialmente de Francia y Rusia, y adquiriendo Kaffa, Wolamo, Sidamo, Bale, parte de Ogaden, Gofa, Beni, Shangul y las tierras del este y del oeste de Boran Oromo («Galla»), casi todo ello mediante conquista, denunció finalmente el tratado de Wuchale el 12 de febrero de 1893. El 27 de febrero anunció a las potencias europeas (aludiendo a la frase bíblica), que «Etiopía no necesita a nadie; tiende sus manos hacia Dios». Hablaba desde una posición de fuerza, puesto que por entonces tenía en su poder 82.000 rifles y veintiocho cañones [55].

La lucha entre italianos y etíopes estalló en diciembre de 1894 cuando Batha Hagos, un jefe eritreo, se rebeló contra la dominación italiana. A principios de enero de 1895 los italianos atacaron al rais Mangasha en Tigre y ocuparon gran parte de esa provincia. Menelik ordenó inmediatamente después la movilización de su ejército, el 17 de septiembre, y marchó hacia el norte con una gran fuerza militar que consiguió significativas victorias en Amba Alagi el 7 de diciembre y en Makalle a finales de año. Los italianos se replegaron entonces en Adowa donde, tras un período de inactividad, tuvo lugar la confrontación final.

Menelik se encontraba en una posición relativamente fuerte. Contaba con el apoyo de la población local, cuyo patriotismo se había intensificado por el hecho de que los italianos habían estado expropiando las tierras eritreas para el asentamiento de sus colonos [56]. Los habitantes estaban dispuestos, por lo tanto, a mostrar a sus tropas las mejores rutas, y a informar sobre los movimientos del enemigo. Los italianos, por su parte, tenían que hacer frente a la enemistad de la gente de la región, y no tenían mapas precisos; por tanto, marchaban en medio de la confusión por un país prácticamente desconocido. El ejército de Menelik, ade-

[53] E. Work, 1936, p. 107.
[54] Citado en *ibid.*, p. 118.
[55] Citado en *ibid.*, pp. 134-5.
[56] R. Pankhurst, 1964, pp. 119-56.

más, era mucho mayor. Estaba compuesto por más de 100.000 hombres con fusiles modernos, además de otros con armas de fuego anticuadas y lanzas, mientras que los invasores contaban sólo con unos 17.000 hombres de los que 10.596 eran italianos y el resto eran levas de Eritrea. Los italianos tenían cierta superioridad de cañones, pero con cincuenta y seis piezas frente a las cuarenta de Menelik, ésta no era en ningún modo decisiva.

El resultado del día de la batalla de Adowa fue una extraordinaria victoria para Menelik, y una completa derrota para sus enemigos. Durante la batalla, murieron 261 oficiales italianos, 2.918 suboficiales y hombres italianos y unos 2.000 *askaris* o tropas locales; además desaparecieron 954 soldados italianos y 470 de la misma nacionalidad y 958 *askaris* fueron heridos. El total de víctimas italianas se elevó a más del 40 por 100 de la fuerza de combate, que fue casi completamente derrotada y que perdió la mayor parte de su artillería, además de 11.000 fusiles [57].

Como resultado de la victoria de Menelik, el 26 de octubre los italianos aprobaron el tratado de paz de Addis Abeba que anulaba el tratado de Wuchale y reconocía la absoluta independencia de Etiopía [58]. Menelik, por otra parte, por razones no divulgadas, no exigió la retirada italiana de Eritrea, aunque había expresado a menudo el deseo de acceder al mar. La frontera sur de la colonia italiana fue así ratificada en el río Mareb.

La campaña de Adowa dió a Menelik un considerable prestigio internacional. Franceses y británicos enviaron embajadas diplomáticas para firmar tratados con él, mientras que otras embajadas llegaban de los mahdistas sudaneses, el sultán del imperio otomano y el gran zar de Rusia [59].

El resultado de la batalla, la mayor victoria de un ejército africano sobre uno europeo desde los tiempos de Aníbal, fue de la mayor importancia en la historia de las relaciones de Europa con Africa. Los etíopes ganaron prestigio por toda la zona del mar Rojo, como advirtió el viajero polaco, conde Potocki, quien observó que los somalíes demostraban «orgullo de raza por la victoria de sus vecinos sobre una gran potencia europea» [60].

Creciente interés por Etiopía, el último Estado indígena independiente del Africa negra, se despertó asimismo en los intelectuales negros de América. El haitiano Benito Sylvain, uno de los primeros apóstoles del pan-africanismo, viajó a Etiopía cuatro veces entre 1889 y 1906, llevando cartas a y del presidente Alexis de Haití [61], mientras que William H. Ellis, un negro americano descendiente de cubanos, visitó el país en dos ocasiones en 1903 y 1904 con varios proyectos de desarrollo económico y de establecimiento de negros americanos [62].

La repercusión del triunfo etíope se sintió también en Sudáfrica, donde la cita bíblica sobre Etiopía tendiendo sus manos hacia Dios había levantado interés unos

[57] G. F. H. Berkeley, 1902, p. 345.
[58] C. Rossetti, 1910, pp. 181-3.
[59] Sobre las misiones diplomáticas a Menelik en esta época, ver E. Gleichen, 1898; J. R. Rodd, 1923; H. P. M. d'Orléans, 1898; R. P. Skinner, 1906; F. Rosen, 1907.
[60] J. Potocki, 1900, p. 88.
[61] A. Bervin, 1969.
[62] R. Pankhurst, 1972.

años antes. Se había establecido una iglesia etíope en Sudáfrica hacia 1900[63]. La creciente conciencia de Etiopía se manifestó más tarde con la aparición en 1911 del libro del intelectual de la Costa de Oro J. E. Casely Hayford, *Etiopía libre*, que estaba dedicado «a los hijos de Etiopía de todo el mundo».

DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL E INTERVENCION EUROPEA EN LOS ASUNTOS INTERNOS DE LIBERIA Y ETIOPIA, 1880-1914

LIBERIA

Junto con los abusos europeos, Liberia tuvo que hacer frente a serios problemas económicos y sociales internos. La lucha y reparto obligaron al gobierno liberiano a avanzar hacia el interior de Liberia para sojuzgar a los grupos étnicos indígenas y a establecer una administración de tipo colonial sobre ellos[64]. Cada unidad administrativa o distrito era gobernado «indirectamente» a través de sus principales jefes en colaboración con un comisario de distrito nombrado por el gobierno. Hasta 1914 la mayoría de los comisarios eran oficiales militares americo-liberianos y oficiales liberianos indígenas instruidos. La administración era en gran medida opresiva y corruptora. La mayor parte de los comisarios de distrito, sus auxiliares y tropas, estando mal e irregularmente pagados, y raramente supervisados desde Monrovia, vivían de sus distritos, tomando por la fuerza comida, llevándose obreros para sus granjas particulares e imponiendo multas e impuestos excesivos (por encima del dólar oficial del impuesto per cápita para los varones adultos, y del trabajo exigido para los edificios y carreteras públicas)[65].

No es sorprendente que los africanos indígenas se resistieran no sólo a la sojuzgación de la autoridad del gobierno liberiano —de igual forma que los africanos de otras partes resistían la sojuzgación del dominio europeo—, sino también a los excesos de la administración liberiana. Hasta que fueron sometidos por la milicia y la fuerza fronteriza liberianas y los buques de la marina americana los krus opusieron resistencia intermitentemente, y en especial en 1915-16; los grebos se resistieron en 1910; los kissis, en 1913; los kpeles y los bandis, en 1911-14; los gios y los manos, en 1913-18; los gbolobo grebos, en 1916-18; los golas y los bandis, en 1918-19; los joquelle kpeles, en 1916-20; y los sikons, en 1921. Estas guerras prolongadas en diferentes frentes y el coste e ineficacia de la «administración nativa» fomentó la intervención extranjera y agotó los recursos humanos y materiales del gobierno[66].

---

[63] G. Shepperson, 1968, pp. 251-3.

[64] Por lo menos dos presidentes liberianos han admitido abiertamente que el dominio americo-liberiano sobre los liberianos indígenas era de naturaleza colonial; a saber, Arthur Barclay (1904-12) y William V. S. Tubman (1944-71) —este último en su mensaje anual al legislativo liberiano en noviembre de 1960. Ver *La Era Liberiana*, 25 de noviembre de 1960, p. 9.

[65] Departamento del Tesoro liberiano, *Informe del ministro del Tesoro al senado y a la cámara de representantes de la República de Liberia, diciembre de 1921* (Monrovia, diciembre de 1921), pp. 13-14.

[66] M. B. Akpan, siguiente.

Los ingresos del gobierno nunca resultaron suficientes. La ayuda extranjera fue exigua. La mayoría de los americo-liberianos preferían el comercio a la agricultura y fueron seriamente perjudicados por la crisis económica mundial de finales del siglo XIX. Hacia 1890 los comerciantes alemanes, británicos y holandeses residentes en Liberia dominaban su comercio exterior. El café, el producto de mayor exportación de Liberia desde la década de 1860, era producido en su mayor parte por plantadores y empresarios americo-liberianos que empleaban mano de obra tanto de recapturados como africana indígena. Debido a la crisis económica y a la competitividad desfavorable en el mercado mundial con el mejor preparado café brasileño, el precio del café liberiano cayó drásticamente desde 1898 en adelante[67]. Los consiguientes recortes en la producción y exportación del café liberiano y la contracción general del volumen y del valor del comercio exterior liberiano redujo drásticamente los ingresos del gobierno, que consistían principalmente en derechos arancelarios y otros impuestos sobre el comercio y la navegación. Además, el gobierno carecía de medios para recaudar eficazmente a los reacios comerciantes liberianos y extranjeros o para detener el contrabando.

Para evitar la bancarrota, el gobierno pidió préstamos frecuentes y elevados a los comerciantes liberianos y extranjeros residentes, «para llevar a cabo las operaciones más corrientes»: 10.000$ en noviembre de 1896 al 9 por 100 de interés de la compañía comercial alemana A. Woermann and Company, «para cubrir los gastos generales del gobierno»[68]; 15.000$ en febrero de 1898 de la firma holandesa Oost Afrikaansche Cie, para pagar los gastos de la legislatura liberiana[69]; y una cantidad sin especificar en junio de 1900 de la empresa alemana Wiechers and Helm, «para cubrir los pagos trimestrales del presupuesto de la casa real» —por mencionar unas cuantos ejemplos[70]. Además, el gobierno liberiano solicitó préstamos de 100.000 libras esterlinas en 1871, 100.000 libras esterlinas en 1906 y 1.700.000$ en 1912 a financieros británicos y europeos con condiciones extremas. Para devolverlo hipotecó sus ingresos por derechos arancelarios. Estos fueron administrados por funcionarios británicos a partir de 1906, y por una «administración judicial internacional» a partir de 1912, para asegurar y facilitar la devolución a los acreedores[71].

Habiendo quedado con escasos fondos públicos tras los pagos de las deudas, y careciendo de mano de obra cualificada, Liberia no pudo desarrollar sus recursos naturales y humanos en ninguna medida o construir una infraestructura. Los organismos misioneros y filantrópicos americanos llevaron el peso de proporcionar y fundar la mayoría de las escuelas elementales, de los institutos de segunda enseñanza de Liberia y la universidad de Liberia fundada en Monrovia en 1862. Asimismo patrocinaron la mayor parte del trabajo misionero en Liberia, para lo que emplearon principalmente a misioneros y maestros liberianos y americanos blancos.

[67] M. B. Akpan, 1975, pp. 136-7.
[68] LNA, *Actas del gabinete*, Reunión del 19 de noviembre de 1896.
[69] LNA, *Actas del gabinete*, Reunión del 11 de febrero de 1898.
[70] LNA, *Actas del gabinete*, Reunión del 13 de junio de 1900.
[71] M. B. Akpan, 1975, p. 159.

El declive del comercio y de la agricultura liberianos y la disminución de la ayuda extranjera a partir de finales del siglo XIX aumentó la explotación por parte del gobierno liberiano de los liberianos indígenas por medio de labores comunales públicas no remuneradas, del impuesto per cápita y otros impuestos; y de la dependencia de los liberianos de su gobierno en cuanto a los puestos de trabajo. La competencia para controlar sus puestos de trabajo o el excedente social aumentó entre partidos políticos y grupos de interés como los «padres fundadores» (o americo-liberianos que se habían establecido en Liberia antes de la independencia) y los «hijos del suelo» (o americo-liberianos nacidos en Liberia).

No obstante, se dieron algunos avances sociales y económicos. En 1900 el gobierno liberiano volvió a abrir el Colegio Mayor de Liberia (que había cerrado en 1895 por falta de fondos y de progresos) y más tarde lo subvencionó más o menos hasta alcanzar un mayor rendimiento. Al año siguiente, un ingeniero americo-liberiano, T. J. R. Faulkner, instaló el primer teléfono de Liberia, que comunicaba Monrovia con varias ciudades liberianas vecinas [72]. En 1900 se abrió en Monrovia, construida por una firma alemana, una estación de telégrafos que conectaba Liberia con el mundo exterior. En 1906-7 una firma británica, la Liberia Development Company, construyó varias carreteras desde Monrovia hacia el interior, empleando parte del préstamo de 1906. Más tarde, varias empresas extranjeras obtuvieron del gobierno liberiano y explotaron concesiones de caucho, minerales y otras [73].

ETIOPIA

Como Liberia, Etiopía experimentó significativos cambios económicos desde las últimas décadas del siglo XIX en adelante.

Menelik estaba deseoso de modernizar su anticuado país, y demostró vivo interés hacia innovaciones de todo tipo. Este interés hizo que De Castro, un médico italiano, lo describiera como «un soberano progresista en el auténtico sentido de la palabra», y añadiera, con humor, que si un aventurero propusiera levantar una escalera hasta la luna, el emperador le pediría que la construyera «sólo para ver si podía hacerlo» [74]. El reinado de Menelik presenció numerosas innovaciones sin precedente en la historia de Etiopía. La primera de ellas y una de las más importantes fue la fundación a mediados de la década de 1880 de la capital, Addis Abeba, literalmente «Flor Nueva», que hacia 1910 tenía una población de unos 100.000 habitantes [75]. La construcción de los primeros puentes modernos también se llevó a cabo en esta época, y mejoró las difíciles comunicaciones del país. En 1892 se reorganizaron los impuestos y se estableció un diezmo para el ejército, terminando con ello, aparentemente, la práctica tradicional de los soldados de saquear

[72] G. W. Gibson, *Mensaje anual*, 10 de diciembre de 1901.

[73] A. Barclay, *Mensaje anual*, 11 de diciembre de 1911; D. B. Howard, *Mensaje anual*, 12 de diciembre de 1912; *Actas del gabinete*, reunión del 18 de julio de 1912.

[74] L. de Castro, 1915, vol. I, p. 162.

[75] *Ibid.*, pp. 189-246; E. Mérab, 1921-9, II, pp. 13-193; R. Pankhurst, 1962(a), pp. 33-61.



• *Profesores y estudiantes del Colegio Mayor de Liberia, 1900.*

a los campesinos. En 1894 se puso en circulación la primera moneda nacional, «para», declaraba una proclama, «que nuestro país pueda incrementar su honor y nuestro comercio pueda prosperar». Asimismo empezó a organizarse un sistema de correos en la década de 1890. Los sellos, encargados como las monedas a Francia, se pusieron a la venta en 1893, y se proclamó un decreto en 1894 que creaba las oficinas de correos. Los consejeros franceses estaban habituados a realizar el servicio, y la entrada en la Unión Internacional de Correos se llevó a cabo en 1908. En 1894 se otorgó una concesión para un ferrocarril desde Addis Abeba hasta el puerto francés de Djibuti en tierras somalíes, pero las dificultades técnicas, financieras y políticas fueron tan grandes que la línea, construida en gran parte con capital francés, no alcanzó la ciudad ferroviaria de Dire Dawa hasta 1902, y Akaki, a 23 km. de Addis Abeba, hasta 1915. Dos líneas telegráficas habían sido establecidas entre tanto a finales de siglo. Una, construida por los ingenieros franceses que trabajaban en el ferrocarril, seguía las huellas de éste, mientras que la otra, levantada por técnicos italianos, unía la capital con Eritrea y con el sur y el oeste. A principios del siglo XX, se construyeron las primeras carreteras modernas entre Addis Abeba y Addis Alem, y entre Harar y Dire Dawa, con la ayuda de ingenieros italianos y franceses respectivamente, mientras que el suministro de madera a la capital mejoró con la introducción, probablemente por un francés, de eucaliptos de Australia.

Los últimos años del reinado contemplaron la fundación de varias instituciones modernas. El Banco de Abisinia fue fundado en 1905, como una filial del Banco Nacional de Egipto, de propiedad británica. El primer hotel moderno de Addis Abeba, el Etege, fue fundado por la emperatriz Taytu en 1907. El Colegio Menelik II se levantó con la ayuda de maestros coptos de Egipto en 1908, habiendo mostrado ya Menelik interés por la educación moderna al enviar a varios estudiantes a Suiza y a Rusia. El Hospital Menelik II, fundado para reemplazar a una anterior fundación de la Cruz Roja rusa levantada durante la guerra de Adowa, fue erigido en 1910, mientras que una imprenta estatal vio la luz en 1911 [76]. Su quebrantada salud y la creciente complejidad del gobierno, habían hecho entre tanto que Menelik estableciera en 1907 el primer gabinete del país, lo que, de acuerdo con su cronista Gabre Sellassié, era el resultado de su «deseo de implantar las costumbres europeas». Etiopía, hacia finales del reinado de Menelik, había sido encauzada así en el camino de la modernización [77].

LAS CONSECUENCIAS DE LA LUCHA Y DEL REPARTO PARA LIBERIA Y ETIOPIA

La lucha europea por Africa y su reparto tuvieron algunas repercusiones interesantes pero contrastadas sobre Liberia y Etiopía. En primer lugar, fueron los únicos dos Estados de todo el continente que sobrevivieron al violento ataque imperialista y conservaron su soberanía e independencia. Pero mientras que, como

[76] G. Sellassié, 1930-2, vol. II, pp. 527-8.
[77] L. de Castro, 1915, vol. I, p. 162.

se ha señalado anteriormente, Etiopía no sólo sobrevivió, sino que de hecho amplió enormemente sus fronteras al sur y al oeste durante ese período, Liberia perdió gran parte de su territorio en favor de Gran Bretaña y Francia. La última cuestión a considerar es cómo se pueden explicar estas contrastadas repercusiones sobre Etiopía y Liberia. En otras palabras, ¿por qué ambos países sobrevivieron, mientras que uno perdió territorio y el otro lo ganó?

Tanto Liberia como Etiopía sobrevivieron por tres razones fundamentales comunes: la determinación de los pueblos de ambos Estados a permanecer independientes, la destreza diplomática mostrada por los líderes de los dos países en la época y, finalmente, la rivalidad entre las potencias imperiales, lo que impidió a cualquiera de ellas ocupar alguno de estos Estados. A ello se debe añadir, en el caso de Etiopía, su poderío militar. Por otra parte, Etiopía ganó más territorios mientras que Liberia perdió parte de los suyos principalmente a causa de las condiciones internas —políticas, económicas y militares— de cada uno de estos Estados y por el grado de ingerencia de los europeos en sus asuntos internos.

Una de las principales razones de la supervivencia, tanto de Liberia como de Etiopía, fue la firme creencia de las gentes de ambos países de que estaban destinados por el Dios Todopoderoso a sobrevivir, creencia que fortaleció su determinación de resistir todas las invasiones y la agresión europea. Derivada en gran parte de la experiencia de servidumbre involuntaria en el Nuevo Mundo, había fijada dentro de la conciencia liberiana una fe firme en un ser divino como director del destino de la nación. Varios presidentes liberianos fueron ministros del evangelio. En efecto, los liberianos habían considerado siempre cada acontecimiento importante de su historia como el resultado de la intervención divina. Es esta misma creencia la que subyace en la manifestación, tantas veces citada, del emperador Menelik de Etiopía en 1893 de que «Etiopía no necesita a nadie; tiende sus manos hacia Dios», así como el pasaje de su carta a la reina Victoria en agosto de 1891 y su proclamación en septiembre de 1895, en la víspera de la batalla de Adowa, citadas en el primer capítulo de este volumen [78]. No hay duda de que esta firme creencia por parte de las gentes de estos países les fortaleció con una determinación que serviría en cierto modo para explicar su oposición triunfal a todos los violentos ataques europeos.

La segunda razón fundamental de la supervivencia de Etiopía y Liberia fue diplomática. Por una parte, ambas naciones podían colocar una potencia europea contra la otra y podían resistir por medio de la diplomacia las presiones más indirectas de las potencias coloniales. Menelik indudablemente tuvo éxito al enfrentar a Italia, Francia y Gran Bretaña entre sí. Habiendo dependido de las armas francesas para defenderse de los italianos en 1896, se valió de los británicos en 1902 cuando los franceses trataron de conseguir un control excesivo sobre el ferrocarril de Djibuti. El objetivo de Menelik, afirma De Castro, consistió sencillamente en utilizar los logros tecnológicos de Europa sin sucumbir a ella políticamente. «Si los europeos entran en nuestra casa para traernos la civilización», se dice que razonó el emperador, «se lo agradecemos mucho, pero deben hacerlo

[78] Véase p. 26.

sin que nosotros perdamos nuestra soberanía. Sabemos cómo sacar provecho de cualquier aspecto de su civilización que nos sea más útil» [79]. Liberia también puso constantemente a Francia en contra de Gran Bretaña, y a Gran Bretaña contra Alemania, mientras que no dudó, cada vez que los asuntos se complicaban, en implicar a los Estados Unidos para que hicieran los gestos amenazadores necesarios para detener a cualquiera de estas potencias.

Por otra parte, no hay duda de que la determinación de las potencias imperiales de evitar que alguna de ellas consiguiera el control de cualquiera de estos dos Estados fue un factor crucial para su supervivencia. Por razones principalmente económicas, Alemania, Francia y Gran Bretaña no parecían decididas a hacerse con el control exclusivo de Liberia, puesto que los comerciantes de cada uno de estos países tenían actividades allí. Por razones sentimentales, los Estados Unidos se inclinaban a asegurar la supervivencia de Liberia. Así, desde octubre de 1862, en que se firmó un tratado de comercio y navegación, ratificado por el Congreso de los Estados Unidos, las cañoneras militares de los Estados Unidos siguieron apareciendo periódicamente en aguas liberianas para poner fin a la resistencia de los pueblos indígenas al dominio liberiano y al mismo tiempo para moderar las ambiciones francesas y británicas de dividir Liberia con el pretexto de que era incapaz de mantener el orden en sus fronteras [80]. En otras ocasiones, Estados Unidos utilizó medios diplomáticos para prevenir a Gran Bretaña y a Francia del juicio moral que la historia les haría si uno de ellos intentara terminar con la independencia de Liberia. Así, en 1879 y 1898, los Estados Unidos aconsejaron a Francia y a Alemania que no se anexionaran Liberia ni establecieran un protectorado allí [81]. De la misma forma, principalmente por razones estratégicas, Gran Bretaña, Francia e Italia tampoco parecían del todo decididas a tomar el control exclusivo de Etiopía. Es significativo que cuando en 1906 las potencias imperiales de Gran Bretaña, Francia e Italia supieron de la quebrantada salud de Menelik, sospechando la desintegración de su imperio, las tres llegaron a firmar conjuntamente en secreto un convenio tripartito en el que se dividían Etiopía, maniobra que fue descubierta por Menelik poco antes de su muerte [82].

Sin embargo, en el caso de Etiopía, hay un único y crucial factor que se debería citar para explicar su supervivencia, y que explica asimismo el hecho de que pudiera extender sus límites territoriales durante el período examinado, y este factor es su fuerza militar. Si Menelik hubiera perdido la batalla de Adowa, Etiopía se habría convertido sin duda alguna en una colonia italiana en 1896. Pero como hemos explicado anteriormente, gracias a su fuerza militar, que era muy superior a la de Italia en Africa, Etiopía ganó la batalla y conservó su independencia. Aún después de la batalla de Adowa, Menelik continuó acumulando armas, hecho confirmado por un viajero británico, John Boyes, que observó, a principios del siglo XX, que «prácticamente todos los abisinios» estaban «armados con fusiles» y que «los abisinios son la raza nativa mejor armada de Africa» y «no podían ser some-

[79] C. Rossetti, 1910, pp. 319-25.
[80] C. H. Huberich, 1947, vol. I, p. 213.
[81] E. W. Chester, 1974, p. 133.
[82] C. Rossetti, 1910, p. 331.

tidos fácilmente por ninguna potencia extranjera»[83]. En una parada militar celebrada en Addis Abeba en 1902 para conmemorar la victoria de Etiopía en Adowa, estaban presentes un número estimado de 600.000 soldados etíopes —unos 100.000 menos del total de la fuerza militar del imperio—, de los cuales 90.000 eran hombres del ejército imperial permanente[84]. Todas las tropas estaban equipadas con armas modernas, incluidos fusiles, ametralladoras y cañones. La mayor parte de la artillería y de las armas de tiro rápido estaban almacenadas en Addis Abeba y aumentaron significativamente el poder del emperador frente al de los gobernadores de las provincias[85]. Y fue este ejército el que posibilitó a Menelik extender las fronteras de Etiopía a finales de la década de 1880 y a lo largo de la década de 1890.

Pero si bien Liberia y Etiopía sobrevivieron, la primera lo hizo muy mutilada y extenuada, y esto fue la consecuencia de su debilidad militar y de las desesperadas condiciones internas del Estado. La armada de Liberia, en un año cualquiera, constaba de una o dos cañoneras (incluidas las regaladas por Gran Bretaña). Su ejército fue la milicia americo-liberiana hasta 1908, fecha en que se constituyó la fuerza fronteriza liberiana (L. F. F.) para completarlo. La milicia contaba con menos de 2.000 hombres en un año tomado al azar hasta 1914 y estaba en su mayor parte mal entrenada, pagada y equipada[86]. Se alistaba principalmente durante las guerras con los africanos indígenas, siendo entonces ayudada invariablemente por «soldados auxiliares indígenas liberianos». Carecía de medios de transporte rápido al escenario de guerra. Hacia 1880 se dividió en cuatro regimientos —uno estacionado en cada municipio—, cada uno bajo el mando de un comandante americo-liberiano subordinado al presidente liberiano, comandante en jefe del ejército[87]. La condición típica de la milica fue detallada en la descripción del presidente Barclay de su quinto regimiento en mayo de 1906 como: «insatisfactoria: el coronel Carter, su comandante, que es también predicador y que falta constantemente; el teniente coronel que es analfabeto; el mayor que es sordo; el regimiento se está viniendo abajo y debe ser reconstruido»[88]. La L. F. F., tan ineficaz como la milicia, comprendía en diciembre de 1913 tres oficiales americanos y siete liberianos y más de 600 hombres alistados estacionados en más de una docena de destacamentos en el interior de Liberia. Hasta 1914, el oficial que mandaba cada destacamento desempeñaba las tareas tanto militares como administrativas de su distrito. Por lo tanto, recibía órdenes y presentaba informes tanto al Ministerio de Guerra como al Ministerio del Interior (ninguno de los cuales estaba en coordinación con el otro). La debilidad militar de Liberia contrastaba notablemente con el poderío militar de Etiopía y explica ampliamente la incapacidad de Liberia para defender su territorio de la invasión de los europeos durante la lucha.

[83] J. Boyes, s.f., p. 22.
[84] H. G. Marcus, 1975, pp. 217-18.
[85] *Ibid.*
[86] A. Barclay, *Discurso inaugural*, 4 de enero de 1904.
[87] USNA, DUSM 10/22, Documento, Barclay a Taylor, Monrovia, 27 de agosto de 1887.
[88] LNA, *Actas del gabinete*, de la reunión del 3 de mayo de 1906.

No menos desesperada era la situación interna. Como se ha mencionado anteriormente, y por las razones que ya se han dado, el gobierno liberiano estaba constantemente próximo a la bancarrota y tenía enormes deudas con acreedores locales y extranjeros. Hacia enero de 1908, el adeudamiento de Liberia con Gran Bretaña comprendía, de acuerdo con el cónsul general británico en Monrovia, 60.000 libras esterlinas anuales «durante varios años», mientras que las deudas a comerciantes alemanes de Liberia se elevaban a 120.000$ hacia septiembre de 1905. Este endeudamiento permitió a las potencias imperiales interferir constantemente en los asuntos internos de Liberia durante el período examinado como nunca lo hicieron en Etiopía, donde nunca se les proporcionó la causa o la excusa para hacerlo. A lo largo de las tres últimas décadas del siglo XIX, las potencias imperiales enviaron a Liberia embajada tras embajada ofreciéndole ayuda para pagar sus deudas si se sometía a su protección. Francia lo hizo en 1879, Alemania en 1887 y España en 1886, y cada una de estas potencias se ofreció a poner en orden sus finanzas, organizar su defensa y constituir y controlar sus fuerzas fronterizas. Al mismo tiempo, sus embajadores y representantes trataban a los liberianos con desprecio y a menudo se aprovechaban de Liberia condenando su comercio, sus costumbres y sus leyes de ciudadanía o intimidándoles para que corrigieran las injusticias con sus ciudadanos, como hizo Gran Bretaña en septiembre de 1869, en agosto de 1870, en abril de 1871, en febrero y en junio de 1882, en noviembre de 1886 y finalmente en enero de 1909[89]. Alemania, de forma similar, trajo sus cañoneras para intimidar a Liberia en febrero y en octubre de 1881, en agosto de 1897, en enero y en septiembre de 1898 y en diciembre de 1912. En cada ocasión, el gobierno alemán exigió indemnizaciones financieras que variaron entre 3.000$ y 60.000$ al gobierno liberiano, casi siempre por motivos triviales, en particular por supuestos «insultos» por parte de oficiales liberianos al cónsul alemán o a los comerciantes alemanes de Liberia que incitaban a la intervención alemana.

Los tres años de 1907-9 presenciaron una escalada de interferencias sin precedentes por parte de Gran Bretaña, Francia y Alemania, que culminaron con el famoso «incidente Cadell» del 11 y 12 de febrero de 1909. Los problemas reales, que servían de pretexto, incluían las evidentemente deplorables condiciones económicas, sociales y políticas de Liberia, la rivalidad entre las potencias europeas por repartirse el territorio de Liberia y el endeudamiento de los liberianos con esas potencias o con sus ciudadanos.

Tal intervención europea en Liberia, tuvo efectos de largo alcance sobre la política y la sociedad liberianas. En primer lugar, dividió a los liberianos en facciones pro-británica y pro-americana[90] que organizaron manifestaciones masivas anti-Barclay y pro-Barclay en Monrovia en enero de 1909[91]. Por otra parte, la

[89] *Cartas liberianas*, 15, Dennis a Coppinger, Monrovia, septiembre de 1870; *Depósito*, LVIII, julio de 1882, pp. 90-1; *Bulletin*, 10 de febrero de 1897, pp. 51-4.

[90] USNA, DUSM 405/238, Lyon al ministro, Monrovia, 14 de agosto de 1908; Londres. USNA, Informes del Departamento de Estado en relación a los problemas internos de Liberia (RDSL), 1909-1929. Reid al ministro, Londres, 14 de febrero de 1909.

[91] PRO FO 369/596, Wallis a Grey, Monrovia, 11 de marzo de 1909.

contratación de europeos con elevados sueldos para llevar a cabo las reformas solicitadas por las potencias agotaron también los ya mermados ingresos del gobierno liberiano. A no ser por la intervención activa de los Estados Unidos, gracias a las actividades del ministro americano residente en Monrovia, Ernest Lyon, un afro-americano que simpatizaba totalmente con Liberia, y al anhelo de sus líderes de conseguir el apoyo americano desde 1909 en adelante, no cabe duda de que Liberia hubiera caído víctima de las otras potencias imperiales.

Nunca en ningún momento estuvo Etiopía sometida a semejante pertinaz intervención en sus asuntos internos por parte de las potencias imperiales europeas. Por el contrario, gracias a la victoria de Adowa, fue concedido a este país total respeto y fue aceptado, en relación al trato de cortesía que se dispensan entre sí las naciones, más o menos como un igual durante el período en que Liberia estuvo virtualmente bajo el asedio de las potencias imperiales. Admitida la debilidad militar de Liberia, y, sobre todo, sus trastornos internos, debidos en gran parte a su propia debilidad económica y a la activa ingerencia de los europeos en sus asuntos internos, el hecho sorprendente no es que Liberia sobreviviera agobiada y exhausta, sino que sobreviviera simplemente.

Capítulo 12

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

M. CROWDER

La primera guerra mundial fue esencialmente una disputa entre potencias europeas que implicó a Africa, tanto directa como indirectamente, puesto que, al estallido de las hostilidades, la mayor parte de ella estaba dominada por las naciones europeas beligerantes. Se libraron campañas en suelo africano —aunque sólo afectaron de forma marginal al curso general de la guerra— que tuvieron considerables consecuencias para Africa. Más de un millón de soldados africanos se vieron envueltos en estas campañas o en campañas en Europa. Más hombres aún, así como mujeres y niños, fueron reclutados, a menudo a la fuerza, como porteadores para apoyar a los ejércitos cuyos suministros no se podían transportar por medios convencionales como carreteras, ferrocarriles o bestias de carga. Más de 150.000 soldados y porteadores perdieron la vida durante la guerra. Muchos más fueron heridos o quedaron inválidos. Cuando la guerra finalizó, todos los países de Africa, a excepción de los pequeños territorios españoles —que permanecieron neutrales—, habían sido comprometidos formalmente en un bando o en otro. Las administraciones belga, británica, francesa, italiana y portuguesa estaban aliadas —más o menos activamente— contra las colonias alemanas (ver Fig. 2.1). Incluso los últimos Estados independientes que quedaban en el continente —Liberia, Etiopía y Darfur— se vieron involucrados. Liberia se proclamó a favor de los aliados a la entrada de los Estados Unidos en la guerra en 1917. El hijo del emperador de Etiopía, seguidor del Islam, Lij-Iyasu, proclamó la alianza de su país con Turquía, creando así gran inquietud entre los aliados de que inspirara una *djihad* entre los musulmanes del cuerno de Africa donde las fuerzas de Sayyid Muhammed Abdille Hasan estaban todavía creando problemas a los británicos. Tropas británicas, francesas e italianas se dirigieron a Berbera, Djibuti y Massawa, pero la intervención resultó ser innecesaria puesto que los indignados nobles cristianos derrocaron al emperador en septiembre de 1916. De forma similar, el sultán 'Ali Dinar de Darfur, nominalmente tributario del Sudán anglo-egipcio, pero efectivamente independiente de éste, respondió a la llamada turca a la *djihad*

y atacó por sorpresa el Chad francés, amenazó al Borno británico (Nigeria del Norte) e intentó provocar una revuelta en Kordofan (Sudán). Hasta febrero de 1916 no fue derrotado y muerto en combate y Darfur incorporada completamente a Sudán.

Envuelto o no directamente en la guerra, casi todo el territorio africano quedó afectado por la exclusión de los alemanes del comercio africano, por la escasez de importaciones en período de guerra a causa de la falta de espacio para la navegación o, en el mejor de los casos, por los repentinos auges en las demandas de recursos estratégicos.

Se ha escrito mucho sobre las campañas europeas en Africa durante la primera guerra mundial [1], y el consiguiente reparto del territorio alemán entre las potencias aliadas vencedoras [2] —el último capítulo de la lucha por Africa—. Se ha escrito mucho menos sobre el efecto de la guerra en los africanos y en las estructuras administrativas recientemente impuestas a ellos por sus conquistadores europeos [3]. ¿Cuánto tiempo resistieron estas frágiles estructuras el éxodo del personal administrativo europeo, el espectáculo del conquistador blanco luchando contra el conquistador blanco, las exacciones sobre los recientemente sometidos africanos desde el punto de vista de hombres y material y las generalizadas revueltas que tuvieron lugar con motivo de la guerra, aunque no siempre directamente o incluso indirectamente como resultado de ésta? ¿Cuáles fueron las consecuencias sociales, políticas y económicas de implicar a los africanos en la guerra europea? Es de estas amplias cuestiones de lo que tratará principalmente este capítulo. De cualquier modo, una breve descripción de las campañas militares es esencial si se quiere comprender completamente las consecuencias que tuvo la guerra para Africa.

LA GUERRA EN SUELO AFRICANO

La consecuencia inmediata para Africa de la declaración de guerra en Europa fue la invasión por parte de los aliados de las colonias de Alemania. Ninguna de las dos partes se había preparado para la guerra en el Africa subsahariana. En realidad, había una efímera esperanza de que pudiera ser aislada de la guerra. El gobernador de Togo, Doering, sugirió a sus vecinos de la Costa de Oro británica (la actual Ghana) y del Dahomey francés (el actual Benin) que Togo debería ser neutral para que el espectáculo de los europeos luchando entre sí no fuera pre-

[1] Para las campañas de Togo y Camerún, ver F. J. Moberly (ed.), 1931; para la campaña de Africa sudoccidental alemana ver Unión de Sudáfrica, 1924; W. K. Hancock, 1962, pp. 394-400; para Africa oriental alemana, ver R. C. Hordern, 1941, vol. I, y para ver el punto de vista alemán, P. E. von Lettow-Vorbeck, s. f. Hay un buen resumen de las complejidades de esta campaña en L. Mosley, 1963.

[2] Ver en particular G. L. Beer, 1923; y W. R. Louis, 1963(a).

[3] Hay un cierto número de tesis doctorales relacionadas con la Primera Guerra Mundial en Africa que no han sido aún publicadas, pero ver J. Osuntokun, 1978. Desde que se escribió este capítulo en 1977, un número del *Journal of African History*, vol. XIX, 1978, ha sido dedicado a la «Primera Guerra Mundial y Africa» y el tema está enfocado principalmente hacia el impacto de la guerra sobre los africanos. Ha sido posible tomar notas de algunos de los puntos tratados en este importante simposio.

senciado por sus súbditos africanos[4]. En Africa oriental alemana (actual Tanzania), el gobernador, doctor Schnee, estaba resuelto a evitar hostilidades para poder dedicarse a su enérgico programa de desarrollo, y cuando los británicos bombardearon Dar el Salaam, poco después de la declaración de guerra, suscribió una efímera tregua que haría neutral al Africa oriental alemana[5]. En algunos puestos había incluso optimismo de que los artículos del acta de Berlín de 1885, que aseguraban la neutralidad de la convencional cuenca del Congo, alejarían la guerra de Africa centro-oriental[6].

Las fuerzas bélicas que estaban a favor de involucrar a las posesiones africanas de Alemania eran, sin embargo, más insistentes. Desde el punto de vista de Gran Bretaña, dada su superioridad naval, la estrategia planeada por el Comité para la Defensa Imperial consistía en llevar la guerra a las colonias del enemigo. Para mantener esta superioridad naval, se tenía que dejar fuera de combate el sistema de comunicaciones africano de Alemania y sus principales puertos. Para los aliados, las campañas victoriosas en las posesiones coloniales alemanas podrían tener como resultado el ser repartidas entre los vencedores como botín de guerra. Esta fue desde luego una importante consideración en la decisión del comandante general de las fuerzas de Sudáfrica, general Louis Botha, y del ministro de Defensa, J. C. Smuts, frente a la oposición real de las ideas irreconciliables de los afrikáner, de comprometer a las fuerzas sudafricanas con el lado aliado e invadir el Africa sudoccidental alemana (actual Namibia), y a participar más tarde en la campaña de Africa oriental[7]. No sólo codiciaban Botha y Smuts Africa sudoccidental como una posible provincia, sino que tenían la esperanza de que si ayudaban a la victoria británica en el Africa oriental alemana, se podría ofrecer a los portugueses parte del territorio alemán conquistado a cambio de la bahía Delagoa —el puerto natural para el Transvaal— que pasaría a Sudáfrica[8]. En Gran Bretaña, se pensaba que la entrada en guerra de Sudáfrica y su lealtad estarían aseguradas por la expectativa de que el Africa sudoccidental llegara a ser suya[9]. Para los franceses, la invasión de Camerún recuperaría el territorio cedido de mala gana en 1911 a Alemania como consecuencia de la crisis de Agadir (ver Fig. 12. 1b). Incluso Bélgica, que había apelado inmediatamente a la perpetua neutralidad del Congo (actual Zaire) según el artículo XX del Acta de Berlín, se unió ansiosamente a la invasión del territorio africano alemán una vez que su propia neutralidad hubiera sido violada por los alemanes, con la esperanza de que una participación con éxito le daría una posición para la negociación en el convenio final de paz[10].

Las colonias de Alemania no eran fácilmente defendibles dada la superiori-

[4] R. Cornevin, 1962, p. 208.
[5] P. E. von Lettow-Vorbeck, s. f., pp. 27-8. Ver también W. R. Louis, 1963(b), p. 209, citando a H. Schnee, 1919, p. 28.
[6] W. R. Louis, 1963(b), pp. 209-10 para una breve discusión sobre las implicaciones de la cuenca del Congo para Africa oriental alemana y británica.
[7] D. Denoon, 1972, p. 121.
[8] R. Hyam, 1972, p. 28.
[9] *Ibid.*, p. 26.
[10] W. R. Louis, 1963(b), capítulo XIX.

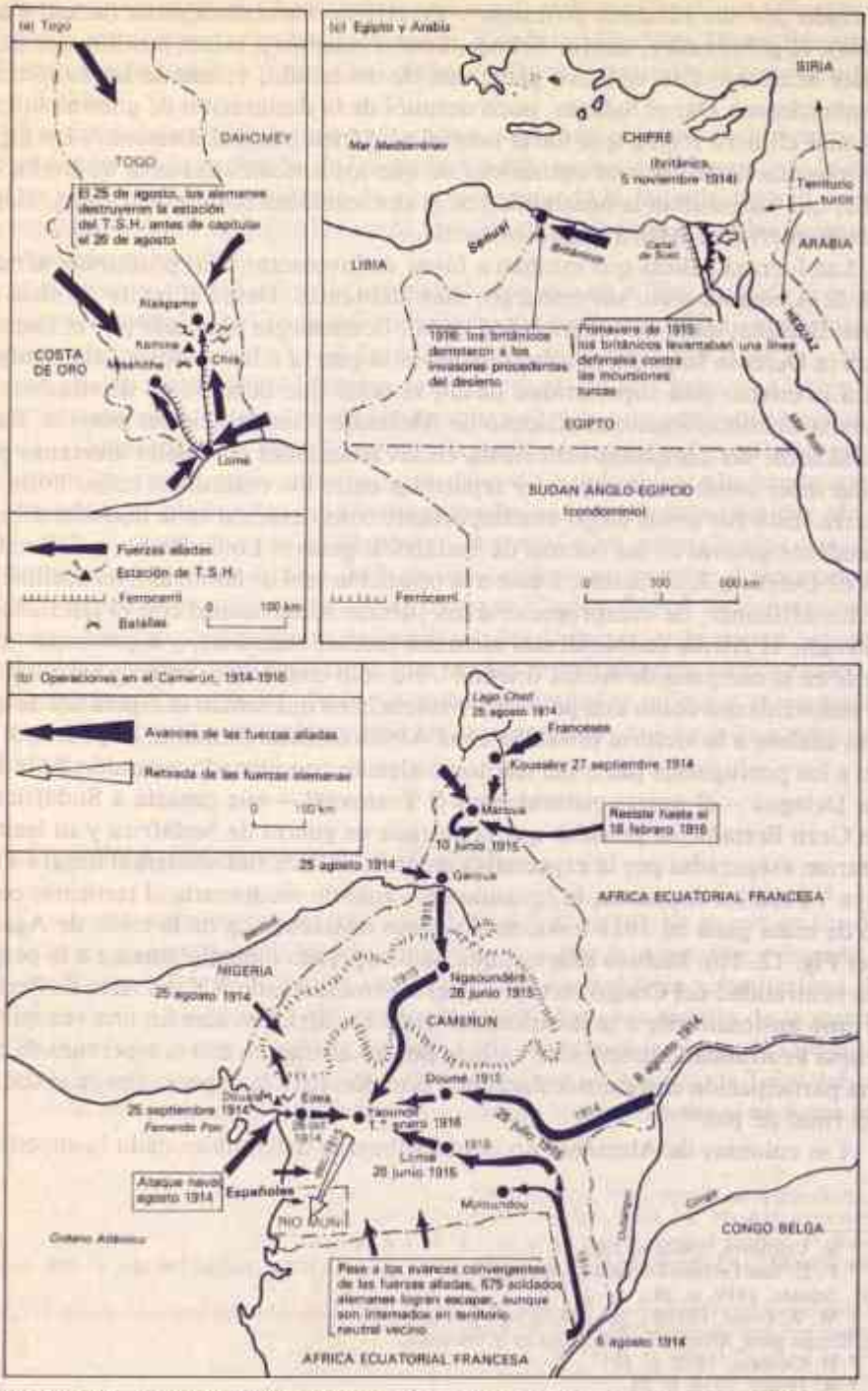
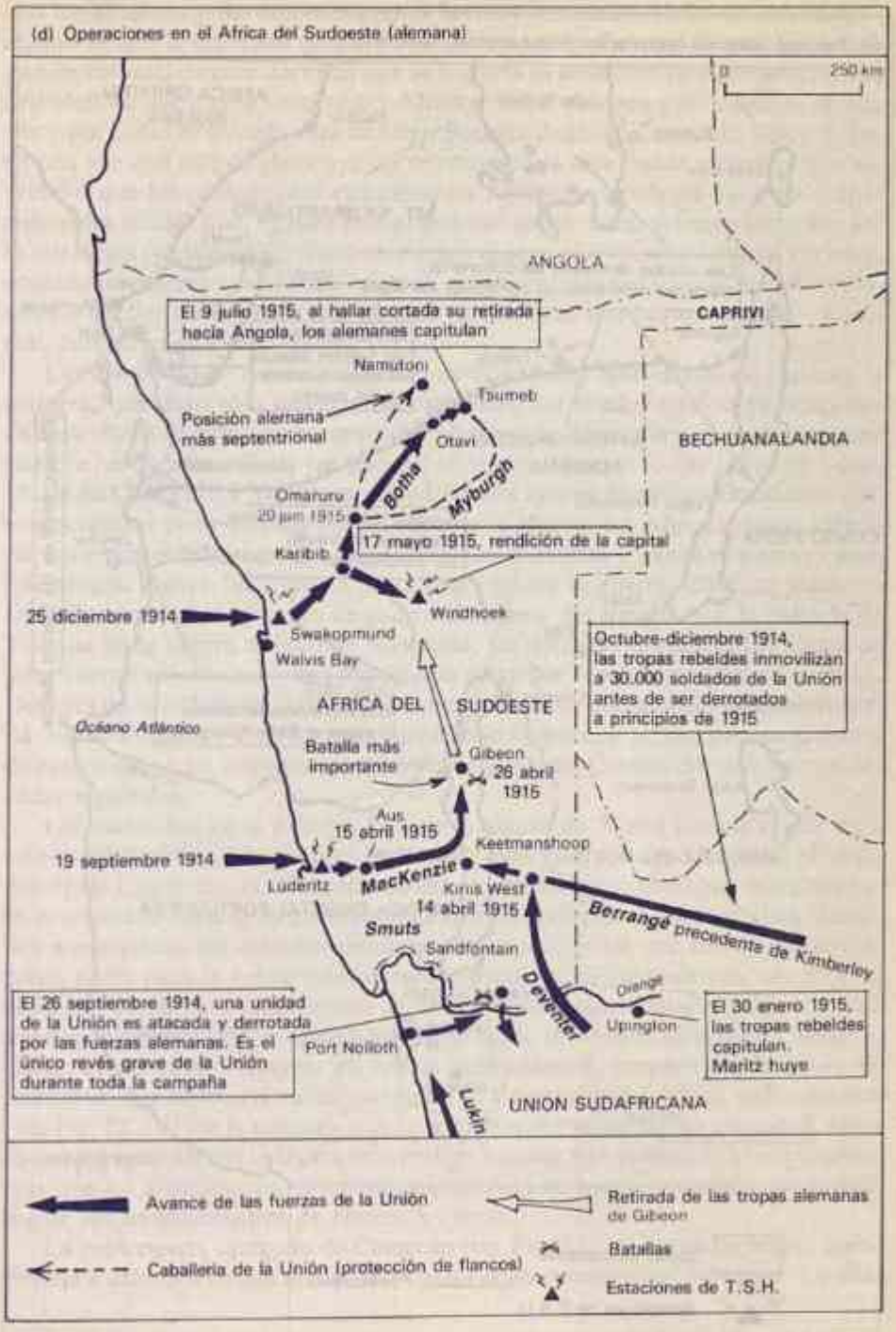
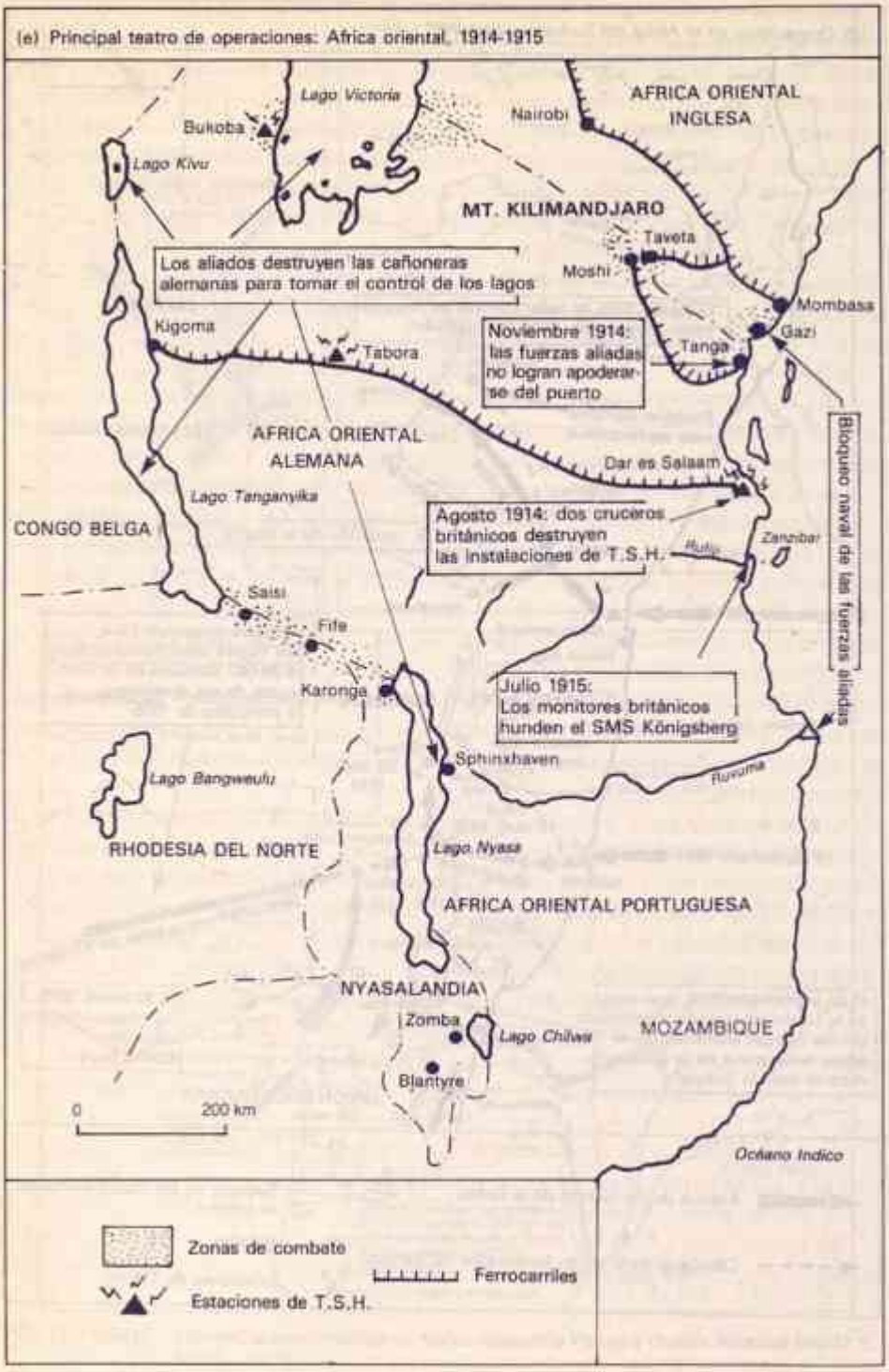


FIG. 12.1 (a)-(c). Campañas desarrolladas en Africa durante la Primera Guerra Mundial (según A. Banks, 1975)


(d) Operaciones en el Africa del Sudoeste (alemana)
0
250 km
ANGOLA
El 9 julio 1915, al hallar cortada su retirada hacia Angola, los alemanes capitulan
CAPRIVI
Namutoni
Tsumeb
Posición alemana más septentrional
Otavi
BECHUANALANDIA
Botha
Myburgh
Omaruru
20 jun 1915
17 mayo 1915, rendición de la capital
Karibib
Windhoek
25 diciembre 1914
Swakopmund
Walvis Bay
Octubre-diciembre 1914, las tropas rebeldes inmovilizan a 30.000 soldados de la Unión antes de ser derrotados a principios de 1915
AFRICA DEL SUDOESTE
Océano Atlántico
Batalla más importante
Gibeon
26 abril 1915
Aus
15 abril 1915
Keetmanshoop
19 septiembre 1914
Luderitz
MacKenzie
Kimis West
14 abril 1915
Smuts
Berrangé precedente de Kimberley
Sandfontain
Devenier
Orange
Upington
El 26 septiembre 1914, una unidad de la Unión es atacada y derrotada por las fuerzas alemanas. Es el único revés grave de la Unión durante toda la campaña
Port Nolloth
El 30 enero 1915, las tropas rebeldes capitulan. Maritz huye
Lukin
UNION SUDAFRICANA
Avance de las fuerzas de la Unión
Retirada de las tropas alemanas de Gibeon
Batallas
Caballeria de la Unión (protección de flancos)
Estaciones de T.S.H.


(e) Principal teatro de operaciones: Africa oriental, 1914-1915
Lago Victoria
Bukoba
Lago Kivu
Nairobi
AFRICA ORIENTAL INGLESA
MT. KILIMANDJARO
Taveta
Moshi
Mombasa
Gazi
Tanga
Los aliados destruyen las cañoneras alemanas para tomar el control de los lagos
Noviembre 1914: las fuerzas aliadas no logran apoderarse del puerto
Kigoma
Tabora
AFRICA ORIENTAL ALEMANA
Dar es Salaam
Bloqueo naval de las fuerzas aliadas
Lago Tanganyika
CONGO BELGA
Agosto 1914: dos cruceros británicos destruyen las instalaciones de T.S.H.
Rufiji
Zanzíbar
Saisi
Fife
Julio 1915: Los monitores británicos hunden el SMS Königsberg
Karonga
Sphinxhaven
Ruvuma
Lago Bangweulu
RHODESIA DEL NORTE
Lago Nyasa
AFRICA ORIENTAL PORTUGUESA
NYASALANDIA
Zomba
Lago Chilwa
MOZAMBIQUE
Blantyre
0
200 km
Océano Indico
Zonas de combate
Ferrocarriles
Estaciones de T.S.H.

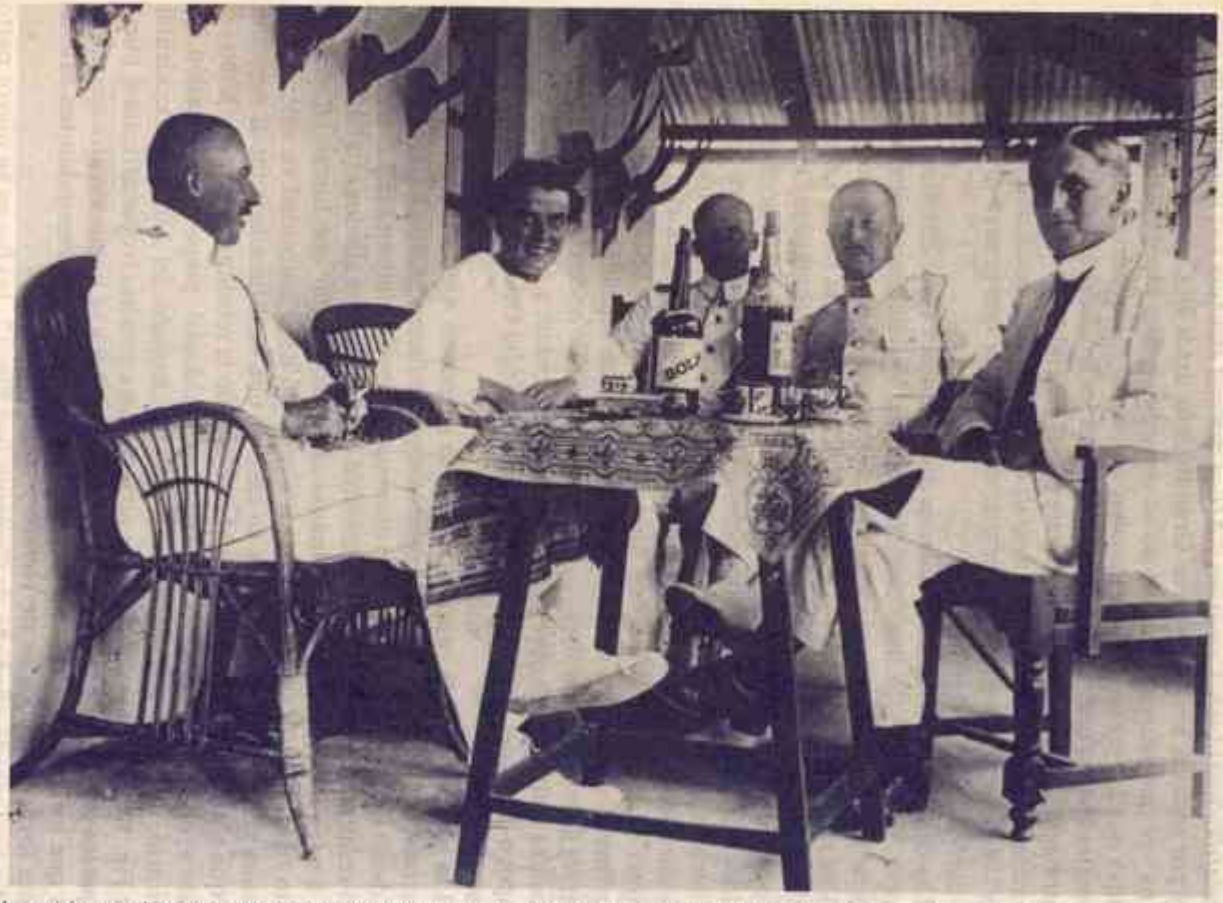
dad naval aliada y sus mucho menores fuerzas coloniales. Hubo un inicial optimismo de que la esperada rápida victoria alemana en Europa evitaría la participación colonial directa mientras que se lograría la ambición de Alemania de una *Mittelafrika* que uniera Camerún y Africa oriental alemana y se impediría de una vez y por todas la ansiada ruta de Gran Bretaña desde El Cabo a El Cairo [11]. Pero una vez que estuvo claro que no se conseguiría una rápida victoria, se comprendió que las prolongadas campañas en Africa mantendrían allí a las tropas coloniales aliadas que, de otro modo, podrían ser enviadas al frente europeo. Esta estrategia fue seguida brillantemente por el general P. E. von Lettow-Vorbeck, comandante alemán del Africa oriental, quien tuvo ocupada a una fuerza combinada —en cierto momento más de diez veces mayor que la suya propia— mientras duró la guerra (ver Fig. 12.1c).

Las campañas de Africa se pueden dividir en dos fases distintas. Durante la primera, que duró sólo unas cuantas semanas, los aliados estuvieron ocupados en dejar fuera de combate la capacidad ofensiva de Alemania y en asegurarse que su flota no pudiera utilizar sus puertos africanos. De esta forma Lomé en Togo, Duala en Camerún, y Swakopmund y Lüderitz Bay en Sudáfrica Occidental fueron ocupados poco después del estallido de la guerra. En Africa oriental alemana, los cruceros británicos bombardearon Dar el Salaam y Tanga en agosto y aunque ningún puerto fue tomado hasta más entrada la guerra, éstos no pudieron ser utilizados por los buques de guerra alemanes. En Egipto, con la entrada de Turquía en la guerra al lado de Alemania, las defensas británicas del Canal de Suez fueron reforzadas y una expedición turca fue repelida en febrero de 1915. Después de esto, Egipto sirvió como la mayor base de operaciones de Gran Bretaña contra Turquía y sus provincias del Medio Oriente, y se convirtió en el punto de apoyo del poder británico en Africa y en el Medio Oriente durante las tres décadas siguientes.

Las campañas de la primera fase de la guerra en Africa fueron vitales para su estrategia global. Las campañas de la segunda fase, a excepción de las efectuadas desde Egipto contra el imperio otomano, fueron de importancia marginal para el resultado final de la guerra mundial. Con todo, los aliados estaban decididos a conquistar las colonias alemanas tanto para evitar que fueran empleadas como bases para la subversión de su a menudo débil autoridad en sus propias colonias, como para repartírselas en caso de una victoria aliada total. Así, una vez que el gobierno de Sudáfrica hubo reprimido la rebelión *afrikaner* y hubo recibido ayuda de los alemanes del Africa sudoccidental, preparó una invasión del territorio, que llevó seis meses completar. La campaña del Africa sudoccidental (ver Fig. 12. 1d) fue la única en que no se vieron envueltas tropas africanas, puesto que los generales de la Unión eran reacios a armar a su población africana mientras que los alemanes no se atrevieron, después de haber reprimido tan brutalmente los levantamientos de Herero y Nama.

La prolongada campaña de Camerún (ver Fig. 12. 1c) fue en su mayor parte llevada a cabo por tropas africanas. A pesar de su superioridad numérica, los alia-

[11] Para una discusión de los planes alemanes para un establecimiento de una *Mittelafrika* en caso de victoria, ver. F. Fisher, 1967, pp. 102-3 y mapa de la p. 596.



• *General conde von Lettow-Vorbeck (segundo por la derecha), Comandante en jefe alemán del Africa oriental durante la primera guerra mundial, con algunos compañeros.*

dos franceses, británicos y belgas necesitaron más de quince meses para completar la conquista del territorio.

En Africa oriental, von Lettow-Vorbeck, reconociendo que no podía esperar ganar la batalla contra fuerzas que sobrepasaban en número a las suyas propias en una proporción de diez a uno, decidió mantenerlos al menos ocupados tanto tiempo como fuera posible recurriendo a tácticas de guerrilla [12]. Hasta el final de las hostilidades, permaneció invicto, conduciendo a su diezmada columna a través del Africa oriental portuguesa (actual Mozambique) y luego en su última marcha a Rhodesia del Norte (actual Zambia), donde se enteró del armisticio de Europa. En un cálculo moderado, unos 160.000 soldados aliados fueron entretenidos por las fuerzas de von Lettow-Vorbeck, que nunca sobrepasaron un número de 15.000. Como en Camerún, las tropas africanas demostraron ser vitales para ambas partes, luchando muchas de ellas con gran valentía, y resultando ser combatientes mucho más eficaces que las tropas sudafricanas blancas que estaban diezmadas por la enfermedad. A veces, la ración para los soldados de a pie nigerianos era media libra de arroz al día sin nada con que acompañarla [13]. Los porteadores sufrían especiales privaciones y se calculaba que al menos 45.000 murieron de enfermedad durante la campaña [14].

EL EXODO EUROPEO

La guerra presenció un éxodo a gran escala de personal administrativo y comercial europeo de las colonias aliadas de Africa, que marcharon al frente occidental o se alistaron en regimientos con base local para campañas en cualquier otra parte de Africa. En algunas partes, la presencia europea, ya poco extendida, había disminuido a más de la mitad. En Nigeria del Norte, muchos funcionarios políticos destinados en el ejército fueron llamados a sus regimientos mientras que otros se alistaron voluntariamente, con el resultado de que Nigeria del Norte quedó despojada de administradores [15]. Algunas zonas de Nigeria del Norte, como Borgu, estuvieron sin ningún administrador europeo durante gran parte de la guerra [16]. En Rhodesia del Norte, hasta un 40 por 100 de la población europea adulta estaba en servicio activo [17]. En el Africa negra francesa hubo una movilización general de europeos en edad militar, mientras que en Africa oriental británica, los europeos fueron inscritos para trabajos de guerra. En algunas partes, en especial en el campo, se rumoreaba que el hombre blanco se iba para siempre [18]. En

[12] La *Historia Oficial* británica comenta que von Lettow-Vorbeck «había contenido con éxito en Africa durante más de cuatro años una fuerza considerablemente mayor que todo el ejército de lord Roberts en la guerra de Sudáfrica».

[13] W. D. Downes, 1919, p. 90.

[14] L. Mosley, 1963, p. 234.

[15] A. M. Fika, 1978.

[16] Ver M. Crowder, 1973.

[17] L. H. Gann, 1964, p. 163.

[18] En Nigeria la administración británica señaló que los numerosos «insignificantes levantamientos fueron debidos al malestar causado por la guerra y a los rumores de la retirada del gobierno», *Informe Anual de Nigeria para 1915*, 1917, p. 23.

Marruecos, donde el general-residente, Louis Lyautey, tuvo que retirar muchas de sus tropas para el frente europeo, los prisioneros alemanes de guerra se empleaban en obras públicas para convencer a los marroquíes de que los franceses estaban ganando la guerra [19].

La consecuencia de este éxodo fue un retraso, si no una parada total, de muchos de los servicios esenciales atendidos por europeos. En ciertos casos los africanos fueron especialmente entrenados, como en Senegal, para ocupar las vacantes así creadas [20]. En el Africa occidental británica, otros puestos reservados hasta entonces para los blancos fueron ocupados por africanos instruidos, lo que, como Richard Rathbone ha señalado, sirve de alguna manera para explicar la lealtad de las élites durante la guerra [21]. En el Africa occidental francesa, el gobernador general se quejaba de que los británicos, que no estaban sometidos a movilización general en sus colonias, estuvieran tomando ventaja del hecho de que sus aliados franceses lo estuvieran, ocupando el vacío comercial dejado por la partida de los agentes comerciales franceses al frente [22]. Sólo en Egipto hubo un enorme incremento de la presencia europea, puesto que hubo una enorme afluencia de tropas británicas que utilizaban Egipto como base de la ofensiva aliada en el Medio Oriente.

Desde el punto de vista africano, quizás más extraordinario que el aparente éxodo de europeos, fue el espectáculo de la gente blanca luchando entre sí, cosa que nunca habían visto durante la ocupación colonial. Más aún, animaban a sus súbditos de uniforme a matar al blanco «enemigo», quien hasta entonces había pertenecido a un clan que, en virtud del color de la piel, era considerado inviolable, y la profanación de cuya persona había sido hasta entonces castigada con la más terrible pena [23].

LA PARTICIPACION AFRICANA EN LA GUERRA

Excepto en la campaña del Africa sudoccidental alemana, las tropas africanas fueron un factor importante en las victorias aliadas en sus campañas africanas. Se recurrió a las tropas africanas a lo largo de la guerra, no sólo para luchar en suelo africano, sino también para reforzar los ejércitos europeos de los frentes occidental y del Medio Oriente. Además, fueron útiles para sofocar las revueltas contra la autoridad colonial, lo mismo que habían sido útiles en la conquista europea de Africa.

---

[19] R. Bidwell, 1973, p. 23.

[20] Gouvernment Général de l'AOF, Textes relatifs à la formation et la réorganisation des cadres indigènes en AOF, 1916: «Circulaire relative à la formation du personnel des cadres indigènes», Dakar, 1 de octubre de 1916, pp. 3-4. También «Circulaire relative à la réorganisation des cadres de agents indigènes de l'AOF», Dakar, 1 de octubre de 1916, pp. 27-8.

[21] R. Rathbone, 1978, p. 6.

[22] Archives du Sénégal, Dakar, Série D, 4D73, Recruitment indigène (1918). Rapport et Correspondance du Ministre des Colonies et du Ministre de Guerre. Reprise de recrutement: Mission Diagne. 1917-18: «Proyecto de reclutamiento».

[23] Carta de sir Frederick Lugard a su mujer, fechada el 19 de junio de 1918, citada en M. Perham, 1960(b), p. 549.

Más de un millón de hombres fueron realmente reclutados durante la guerra para completar los generalmente pequeños contingentes mantenidos por las autoridades coloniales. Unicamente Francia tenía ejércitos sólidos sobre el terreno en sus numerosas colonias africanas al estallido de la guerra, y aunque posteriormente Alemania fue acusada de militarizar sus colonias, realmente sólo contra Francia podía dirigirse esta acusación. Aparte de las tropas, se reclutaron porteadores a escala masiva —eran necesarios unos tres porteadores para asistir a cada soldado combatiente en el campo de batalla. Además, fueron reclutados norafricanos para trabajar en puestos de fábricas dejados vacantes por franceses alistados en el ejército. La consiguiente emigración voluntaria de trabajadores argelinos a Francia tiene su origen en la primera guerra mundial. Considerándolo todo, más de 2,5 millones de africanos, o mucho más del 1% de la población del continente, se vieron implicados en trabajos de guerra de algún tipo.

Se reclutaron hombres tanto para luchar como para servicios de porte mediante tres métodos. El primero era simplemente a base de voluntarios, donde los africanos ofrecían sus servicios libremente sin ninguna presión externa. Así, en las primeras etapas de la guerra en los frentes palestino y sirio, gran número de depauperados *fellaḥin* (campesinos) de Egipto ofrecían sus servicios a cambio de lo que eran, en comparación, atractivos salarios. No cabe duda de que en la mayor parte de los países africanos, había voluntarios para el ejército que sabían exactamente lo que traía consigo el alistamiento. Los *citoyens** senegaleses de las cuatro comunas de Senegal estaban completamente dispuestos a aceptar todas las obligaciones del servicio militar obligatorio exigido a los franceses de la metrópoli si esto les garantizaba su propia condición de ciudadanos. Y con este fin su diputado, Blaise Diagne, consiguió la aprobación de una ley del 29 de septiembre de 1916 que declaraba que «los nativos de las *communes de plein exercice* de Senegal son y siguen siendo ciudadanos franceses como queda estipulado por la ley del 15 de octubre de 1915». En Madagascar, el total de los 45.000 reclutados en el ejército francés se dijo que habían sido voluntarios [24], pero la gran mayoría de los reclutas africanos entraron a formar parte de los distintos ejércitos contra su voluntad, bien como «voluntarios forzosos», bien como reclutas.

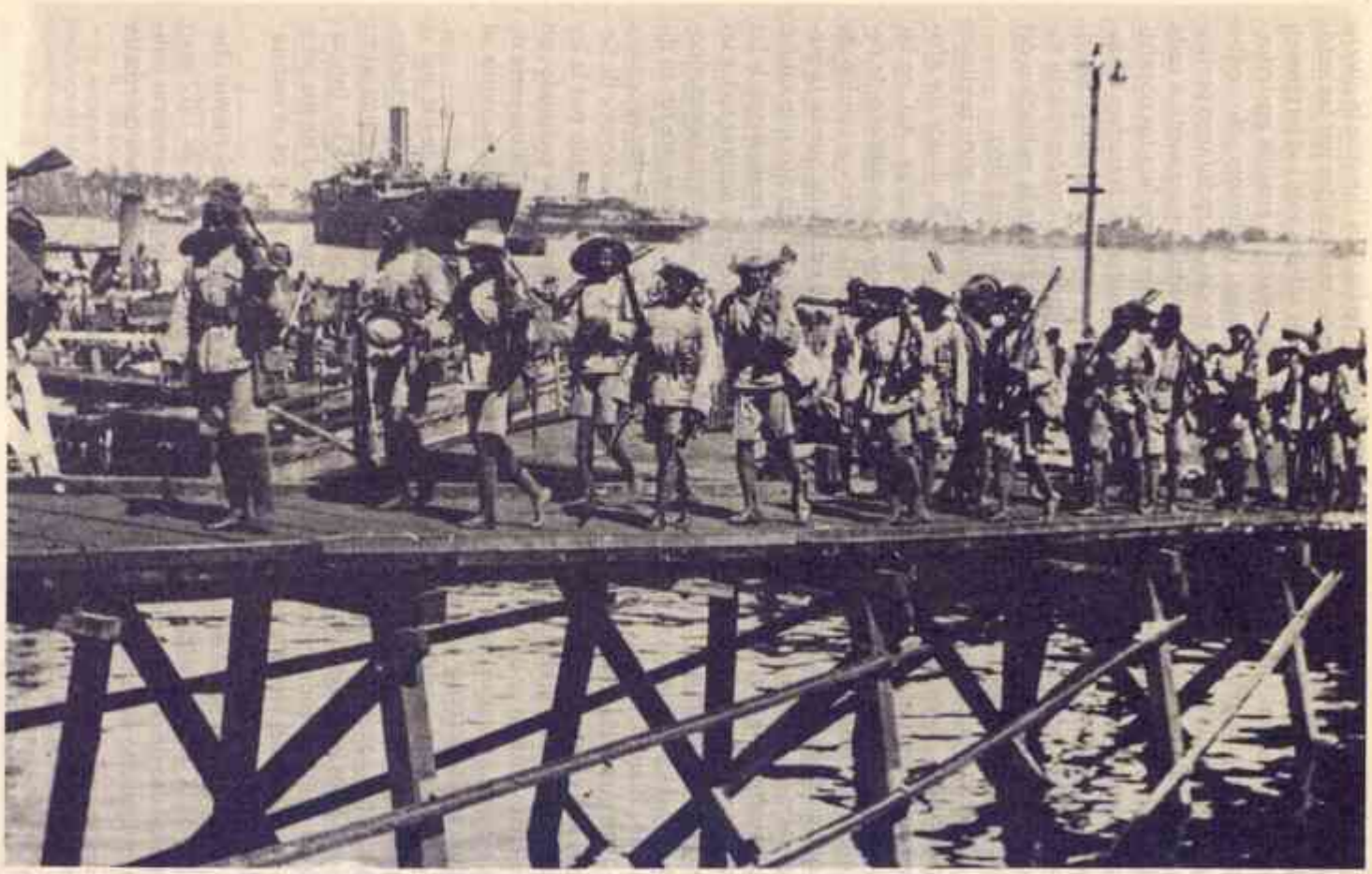
Una buena parte del reclutamiento fue llevado a cabo por jefes de los que se esperaba que entregaran las cantidades que los funcionarios políticos les exigían. En algunas zonas no tuvieron dificultad para conseguir verdaderos voluntarios; en otras, los hombres fueron reclutados por los jefes y presentados a los funcionarios políticos como voluntarios. Gran parte de la impopularidad de los jefes en Rhodesia del Norte tras la guerra se puede atribuir a su papel en el reclutamiento de soldados y porteadores [25].

Grandes contingentes de soldados y de porteadores, sin embargo, fueron alistados de la debida forma. En el Africa negra francesa, un decreto de 1912 tuvo el propósito de crear un ejército negro permanente formado por el servicio militar obligatorio durante cuatro años para todos los varones africanos de edades

* Ciudadanos. En francés en el original. *(N. del T.)*

[24] H. Deschamps, 1962; G. S. Chapus, 1961.

[25] L. H. Gann, 1964, p. 164.



• *Campaña alemana en Africa oriental: tropas de la brigada nigeriana desembarcando en Lindi, diciembre de 1917.*

comprendidas entre los 20 y 28 años. El objetivo era reemplazar las tropas de la guarnición de Argelia con tropas negras africanas, de modo que aquellas estarían disponibles para servir en Europa en la eventualidad de una guerra. Refiriéndose a la posibilidad de una prolongación de la guerra, el general Mangin escribió: «Nuestras fuerzas africanas constituirían así una reserva prácticamente inagotable, cuyo origen está fuera del alcance del adversario». Tras el estallido de la guerra, con 14.785 soldados africanos sólo en Africa occidental, se decidió reclutar 50.000 más durante la campaña de reclutamiento de 1915-16. Así comenzó en el Africa francesa una práctica llamada por el gobernador Angoulvant una *véritable chasse à l'homme*[26],* y recientemente descrita por Jide Osuntokun como una nueva trata de esclavos[27]. Se dio a los jefes cupos de hombres para que los completaran, y los redondeaban con forasteros y antiguos esclavos para evitar alistar a sus subordinados inmediatos o a sus parientes. Ya que los nacimientos no eran inscritos, muchos hombres por encima y por debajo de la edad militar eran reclutados. Pero, como se verá, las campañas de reclutamiento provocaron revueltas generalizadas y en las zonas insurgentes fue imposible reclutar. Necesitado de más hombres y con la esperanza de que un africano de elevada reputación pudiera tener éxito donde los franceses no lo tenían, el gobierno francés recurrió al nombramiento en 1918 de Blaise Diagne como alto comisario para el reclutamiento de tropas negras. Fijado el objetivo de reclutar 40.000 hombres, su equipo alistó realmente 63.378, pocos de los cuales, sin embargo, vieron el frente, ya que la guerra terminó en noviembre de 1918.

El reclutamiento obligatorio se empleó también para reunir tropas y porteadores en el Africa oriental británica, bajo la orden de servicio militar obligatorio de 1915, que obligó a todos los varones entre 18 y 45 años de edad. Esto se extendió al protectorado de Uganda en abril de 1917. El reclutamiento forzoso de porteadores en todos los distritos de Rhodesia del Norte significó que durante una larga parte de la guerra más de un tercio de los varones adultos del territorio estaban sujetos al servicio de porteadores[28]. Después de 1917, las duras exigencias del frente sirio obligaron al gobierno del protectorado británico de Egipto a introducir el reclutamiento y la requisa de animales a pesar de su anterior promesa de que soportaría todo el peso de la guerra. Los *umdas* de las aldeas saldaron viejas cuentas en la medida en que condujeron a sus enemigos hasta los agentes reclutadores o llevaron sus animales a la insaciable caravana siria[29]. En Argelia, Tunicia e incluso Marruecos, que estaba siendo aún conquistado, los súbditos coloniales fueron forzados a entrar en la guerra. Se calcula que más de 483.000 soldados coloniales de toda Africa sirvieron en el ejército francés durante la guerra, la mayor parte de ellos reclutados a la fuerza. Los belgas del Congo reclutaron hasta 260.000 porteadores durante la campaña de Africa oriental[30]. El número

[26] Archives du Sénégal, Dakar, Série D, File 4D45, teniente gobernador de la Costa de Marfil al gobernador general, Africa occidental francesa, 18 de diciembre de 1915.

* Verdadera caza del hombre. En francés en el original. *(N. del T.)*

[27] J. Osuntokun, 1977.

[28] R. Hall, 1965, p. 102.

[29] T. Little, 1958, p. 128.

[30] C. Young, 1965, p. 219.



• *Hombres del cuerpo de trabajo egipcios embarcando para servir en ultramar. El cuerpo sirvió en Egipto, Francia, Mesopotamia y Salónica.*



• *Campaña del Africa oriental alemana: heridos de la brigada nigeriana preparados para ser trasladados desde Nyangao, tras la batalla de Mahiwa, 15-19 de octubre de 1917.*



• *Campaña del Africa oriental alemana: tropas africanas belgas en Ndanda, enero de 1918, en ruta hacia la costa después que las fuerzas alemanas hubieran cruzado el río Rovuma, enero de 1918.*

total implicado es alarmante, en parte porque esto sucedió muy poco después de la conquista europea. El tráfico de esclavos en su punto más alto nunca alcanzó una décima parte de las cifras implicadas en un año cualquiera de la guerra.

Mientras que la guerra se cobró directamente un elevado número de muertos y heridos en Africa, fue causa además de innumerable cantidad de muertes indirectas a causa de la epidemia de gripe extendida por toda Africa en 1918-19 cuya propagación fue facilitada por el movimiento de tropas y porteadores que volvían a casa.

EL DESAFIO AFRICANO A LA AUTORIDAD EUROPEA

En una época en que los regímenes coloniales aliados de Africa podían afrontar peor los problemas en sus propias tierras, su autoridad —aún sólo débilmente establecida en lugares como el sur de la Costa de Marfil, gran parte de Libia, o Karamoja en Uganda— fue ampliamente desafiada por levantamientos armados y otras formas de protesta de sus súbditos. Como resultado, las potencias aliadas tuvieron que alejar los escasos recursos militares, necesarios para combatir a los alemanes en Africa así como en el frente occidental, destinándolos a sofocar las sublevaciones locales. Tan escasos eran estos recursos, y tan generalizadas estaban las revueltas en ciertas zonas como el Africa occidental francesa y Libia, que la nueva imposición del control europeo sobre las zonas insurrectas tuvo que ser postpuesto hasta que las tropas estuvieran disponibles. Extensas áreas del alto Senegal-Níger y Dahomey permanecieron fuera del control francés hasta durante un año por falta de tropas. Así, los franceses fueron incapaces en un principio de ocuparse de la revuelta de 1916 en el Borgu dahomeyí, ya que grupos vecinos —los sombas de Atacora, los pila pilas de Semere y los ohoris, entre otros— estaban también sublevados. En Marruecos Lyautey, su conquistador, temía que las instrucciones de la metrópoli de hacer regresar a la mitad de sus 70.000 soldados a Francia y de retirarse hacia la costa atlántica, pudieran conducir a la insurrección. Aunque tuvo que dejar ir a los hombres, no se retiró y se las arregló para alejar el desafío a su autoridad. Tal como estaba, Francia tuvo que mantener los otros 35.000 soldados en Marruecos a lo largo de toda la guerra. En el Africa oriental portuguesa la invasión alemana provocó que los súbditos portugueses aprovecharan la ocasión para derrocar a sus odiados señores [31].

Las causas de las insurrecciones generalizadas y de los movimientos de protesta habidos durante la guerra, diferían considerablemente y no todos estuvieron directamente relacionados con la guerra misma. En algunos casos, lo que fue descrito como revueltas eran, en realidad, como en Libia, simplemente la continuación de la resistencia inicial a la ocupación europea. En muchos casos, los motivos para la revuelta o la protesta estaban entremezclados. No puede haber duda de que la prueba visible del aparente debilitamiento de la autoridad europea, como se pone de manifiesto por el éxodo de europeos, fomentó estas insurreccio-

[31] C. P. Fendall, 1921, p. 120. También J. Duffy, 1959, p. 367.

nes, así como la afluencia de europeos, en particular de tropas británicas, las desalentaron en Egipto.

Una buena cantidad de temas subyacían en los levantamientos que se dieron en tiempos de guerra: el deseo de recobrar la independencia perdida; el resentimiento por las medidas de guerra, en particular las pan-islámicas; la oposición a la misma guerra; la reacción a las dificultades económicas ocasionadas por los acontecimientos bélicos; y el resentimiento con aspectos específicos del reparto colonial, cuya realización completa se llevó a cabo en muchas zonas coincidiendo con los años de guerra. Hay un tema final, especialmente significativo en Sudáfrica, el del sentimiento proalemán entre los súbditos de las potencias aliadas.

El anhelo de volver a una vida independiente del dominio blanco, esto es, una vuelta al *statu quo ante*, se descubre claramente en las insurrecciones de los borgawas y los ohori-yjes en el Dahomey francés y de varios grupos igbos de Owerri, provincia de Nigeria [32]. En mayor o menor grado el deseo de deshacerse del amo blanco subyace en la mayoría de las revueltas contra la autoridad francesa en Africa occidental. Indudablemente, uno de los factores agravantes del levantamiento de los egba en 1918 en Nigeria del Sur fue la muy reciente pérdida de su estatus de semiindependencia al estadillo de la guerra. En Egipto, los disturbios Wafd que estallaron inmediatamente después de la guerra, fueron inspirados principalmente por un deseo de librarse del recién impuesto protectorado británico, que, en su corta vida de cuatro años, en tiempos de guerra, había resultado excesivamente odioso lo mismo para los nacionalistas que para los *fellaḥin*. En Madagascar, quinientos malgaches, en su mayoría intelectuales, fueron arrestados a finales de 1915 y acusados de formar «una bien organizada sociedad secreta con el objetivo de expulsar a los franceses y restaurar un gobierno malgache» [33].

Una mayor preocupación de las potencias aliadas durante la guerra fue la entrada de Turquía en la contienda al lado de Alemania, que podía fomentar el desacuerdo entre sus súbditos musulmanes. Mientras que la llamada de Turquía a la *djihad* provocó una menor respuesta entre las poblaciones musulmanas sometidas de Africa de la que las autoridades coloniales aliadas temían, estuvieron constantemente alertas en caso de que hubiera descontento entre sus súbditos musulmanes y tuvieron grandes dificultades para asegurar a los jefes y líderes musulmanes que los aliados no eran hostiles al Islam. La imposición de la ley marcial y el encarcelamiento de los nacionalistas en Egipto fueron en parte inspirados por el miedo a una respuesta favorable a la llamada turca a la *djihad* entre los egipcios. Los británicos de Nigeria del Norte, que era predominantemente musulmana, se mostraron muy preocupados por el posible impacto de la propaganda islámica allí, pero la comunidad de intereses establecida entre el sultán y los emires del califato de Sokoto y los británicos aseguró la lealtad de la mayor parte de los musulmantes de Nigeria del Norte.

Hubo algunos momentos tensos para los británicos cuando la hermandad Sanusi Sufi de Libia, aun haciendo frente a la ocupación italiana de su país, respondió a la llamada turca a la *djihad* e invadió el oeste de Egipto en noviembre

[32] Ver J. Osuntokun, 1977.
[33] N. Heseltine, 197, p. 158.

de 1915. La fuerza sanusi tomó el puerto egipcio de al-Sallum con tres puestos militares de la guarnición egipcia que se habían pasado a su lado, mientras que los británicos escaparon por mar. Luego avanzó hacia Sidi Barrani y Marsa Matruh. Después de esto, los británicos tomaron la iniciativa e hicieron retroceder a los sanusis hacia Libia [34]. Aunque vencidos en Egipto, miembros de la hermandad, así como otros libios, infligieron una derrota decisiva a los italianos en la batalla de al-Karada-biyya, la peor derrota sufrida por los italianos desde Adowa en 1896. Luego empujaron a los italianos, que tuvieron que desviar el grueso de sus tropas hacia el frente austríaco, a la costa, de modo que hacia 1917 Italia estaba punto de perder Libia completamente [35]. Estas victorias llevaron a la fundación de la República Tripolitana (al-Djumhuriyya al-Tarabulusiyya) el 16 de noviembre de 1918 al oeste de Libia y del emirato de Cirenaica al este de Libia. Italia reconoció estos Estados en 1919 y concedió a cada uno su propio parlamento. Les fueron otorgados por Italia nuevos derechos conforme al tratado de al-Radjma en 1920. En enero de 1922, estos dos Estados convinieron formar una unión política y eligieron a Idris al-Sanusi, líder de los sanusiyya, como dirigente de la unión y establecieron un comité central con su sede central en Gharyan.

Los levantamientos libios encontraron una respuesta favorable en el sur de Tunicia, donde se necesitaron 15.000 soldados franceses para sofocar la revuelta [36], y entre los Tawārik y los otros musulmanes de Níger y el Chad franceses, donde la aversión islámica al dominio infiel, la sequía de 1914 y el reclutamiento intensivo para el ejército habían provocado un considerable descontento. En diciembre de 1916, las fuerzas sanusis invadieron Níger, donde ganaron el apoyo de Kaossen, líder de los Tarki Tawārik, de Firhun, jefe de los Oullimiden Tawārik, y del sultán de Agadés. Tomaron Agadés y fue necesaria una fuerza conjunta francesa y británica para derrotarlos [37].

No sólo los levantamientos islámicos amenazaron a las potencias aliadas en sus colonias. El alzamiento de John Chilembwe en Nyasalandia (actual Malawi) en enero de 1915 tuvo intensos matices cristianos, mientras que el movimiento Kitawala Watchtower en las dos Rhodesias predicaba el inminente fin del mundo y la desobediencia a la autoridad constituida. Se aprovechó la desorganización causada en Rhodesia del Norte por la invasión de von Lettow-Verbeck al final de la guerra. Igualmente apocalíptico fue el extendido movimiento en la zona del delta del Níger, liderado por Garrick Braide, conocido de otra manera como Elijah II, que predicaba la inminente desaparición de la administración británica. En la Costa de Marfil, el profeta Harris fue deportado en diciembre de 1914 porque «los acontecimientos de Europa requieren más que nunca el mantenimiento de la tranquilidad entre la gente de la colonia» [38]. En Kenia, en Nyanza, el culto mumbo, que creció rápidamente durante los años de guerra, rechazaba la reli-

[34] E. E. Evans-Pritchard, 1949, pp. 127-8.
[35] N. Barbour, 1959; Al-Tillisi, 1973, pp. 25-26, 46-7, 274-5, 405-10; A. M. Barbar, 1980.
[36] D. L. Ling, 1967.
[37] Ver A. Salifou, 1973; J. Osuntokun, 1975.
[38] Memorándum confidencial del teniente-gobernador de la Costa de Marfil a los administradores de los Cercles, 16 de diciembre de 1914, citado en G. M. Haliburton, 1971, p. 139.

gión cristiana y declaraba: «Todos los europeos son vuestros enemigos, pero se acerca el momento en que desaparecerán de nuestro país» [39].

Quizás la causa más importante de la revuelta fue el reclutamiento forzoso de hombres para el servicio como soldados y porteadores. Tal era el odio al reclutamiento forzoso que fue la principal inspiración de casi todas las sublevaciones que estallaron en el Africa negra francesa, y provocaron cierta resistencia en la, de otro modo pacífica, colonia de la Costa de Oro [40].

El levantamiento de John Chilembwe se aceleró con el alistamiento de nyasas y su gran número de muertos en las primeras semanas de la guerra en batalla con los alemanes. En su memorable y censurada carta al *Nyasaland Times* del 26 de noviembre de 1914 protestaba: «Entendemos que hemos sido invitados a verter nuestra sangre inocente en esta guerra mundial... se abusa de nosotros más que de ninguna otra nación bajo el sol» [41].

Las penurias económicas causadas por la guerra ciertamente subyacían e incluso provocaron la resistencia contra las autoridades coloniales. Los levantamientos en el medio oeste de Nigeria y en el delta del Níger durante las primeras etapas de la guerra no se pueden entender sino en el contexto de la caída del precio de los productos de palma y la caída del comercio debido a la exclusión de los primeros clientes de los productores, los alemanes [42]. En realidad, la simpatía proalemana entre los súbditos de los aliados, cuando se producía, derivaba en gran parte del hecho de que los alemanes habían sido los principales comerciantes en muchas partes de Africa; y su exclusión por los aliados estaba asociada a la crisis económica que acompañó al primer año de la guerra.

En Sudáfrica, la insurrección *afrikaner* de finales de 1914 contra la decisión del gobierno de apoyar a los aliados era debida tanto a la simpatía pro-Alemania como a la aversión a Gran Bretaña. Los propios alemanes hicieron todo lo posible para provocar el descontento entre los súbditos africanos de los aliados, siendo particularmente activos a lo largo de la frontera nordeste de Nigeria y en Libia. En Uganda, poco después del comienzo de las hostilidades, Nyindo, jefe supremo de Kigezi, fue persuadido por su medio hermano, el mwami de Ruanda, para levantarse contra los británicos en nombre de los alemanes [43].

En muchos casos, particularmente en Nigeria, las revueltas en este período no fueron directamente imputables a medidas concretas de los tiempos de guerra. Antes bien, fueron dirigidas contra los aspectos odiosos del dominio colonial, como la fijación de impuestos, que fue introducida en Yorubalandia por vez primera en 1916 y junto con los poderes crecientes otorgados a los gobernantes tradicionales según la política de «dominio indirecto», provocaron los disturbios de los iseyin [44]. En el Africa occidental francesa, las imposiciones del *indigénat** (un

[39] Citado por B. A. Ogot en B. A. Ogot (ed.), 1974, p. 264. Para más detalles sobre los levantamientos en este sector, ver capítulos 20, 26, 27 y 29.
[40] Ver D. Killingray, 1978, p. 46; R. G. Thomas, 1975.
[41] Citado en R. I. Rotberg, 1965, p. 82.
[42] J. Osuntokun, 1977.
[43] W. R. Louis, 1963(b), p. 213.
[44] J. A. Atanda, 1969.
* Indigenado. En francés en el original. *(N. del T.)*

código judicial discriminatorio), la reorganización de las fronteras administrativas, la supresión de jefes o las extorsiones de jefes sin autoridad tradicional, fueron todas causas importantes de las revueltas que estallaron en todas las colonias de la federación.

Estas revueltas fueron, cualquiera que fuera su causa, sofocadas despiadadamente por las autoridades coloniales. Los «rebeldes» fueron reclutados en el ejército, azotados o incluso colgados, los jefes fueron exiliados o encarcelados y las aldeas completamente arrasadas, para que sirviera de escarmiento. Pero no todas las protestas fueron de carácter violento. Mucha gente trató de evitar la fuente de sus aflicciones por medio de la emigración y otras formas de evasión. De esta manera, gran número de súbditos franceses de Senegal, Guinea, alto Senegal-Níger y Costa de Marfil emprendieron lo que A. I. Asiwaju ha calificado de «emigraciones de protesta» hacia los territorios británicos vecinos[45]. Para huir de los grupos de reclutamiento, los habitantes de aldeas completas huyeron a los montes. Hombres jóvenes se automutilaban antes que prestar servicio en el ejército colonial. Las emigraciones de protesta alcanzaron tal magnitud que se estimó que en el Africa occidental francesa se perdieron unos 62.000 súbditos como resultado de aquéllas[46]. En Zanzíbar, asimismo, los hombres se escondían durante todo el día y dormían en árboles por la noche para evitar ser reclutados como porteadores[47].

LAS CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA GUERRA

La declaración de guerra acarreó un considerable perjuicio económico a Africa. Generalmente, siguió una crisis de los precios que se pagaban por los productos primarios de Africa, mientras que el convencimiento de que en lo sucesivo las mercancías importadas serían escasas condujo a una subida de los precios. En Uganda, hubo un aumento de la noche a la mañana del 50 por 100 en el precio de las importaciones[48]. El modelo del comercio africano con Europa cambió radicalmente con la exclusión de los alemanes de los territorios aliados, donde en ciertos casos, como en Sierra Leona, habían acaparado el 80 por 100 del comercio de importación-exportación. A las propias colonias alemanas, incluso antes de ser ocupadas por los aliados, se les interrumpió el comercio con la metrópoli a causa del dominio aliado sobre los mares. Alemania pasó, de ser el mayor partícipe del comercio de ultramar del Africa tropical, a ser ahora casi completamente excluida de las actividades comerciales en el continente, ya que una vez que los aliados completaron la ocupación de las colonias alemanas, todos los ciudadanos alemanes fueron recluidos y las potencias ocupantes se hicieron cargo de sus plantaciones, comercios e industrias. Incluso en el caso de los territorios africanos franceses, donde la industria francesa de la molienda del cacahuete hubiera podido

[45] I. A. Asiwaju, 1976(b).
[46] Ver M. Crowder en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 506.
[47] H. M. Smith, 1926, p. 191.
[48] K. Ingham, 1958, p. 191.

absorber normalmente las semillas oleaginosas importadas hasta entonces por los alemanes, fue imposible hacerlo, puesto que estaba situada en la parte nordeste de Francia ocupada por los alemanes. Así, donde Francia había sido la principal importadora de la cosecha de cacahuete de Gambia, fue ahora reemplazada por Gran Bretaña cuya parte de la cosecha se elevó del 4 por 100 en 1912 al 48 por 100 en 1916[49]. En realidad, la dramática sustitución de los comerciantes alemanes por los británicos casi sugeriría que la guerra, por lo que respecta a las colonias africanas, fue vista por Gran Bretaña y por Alemania, país este último de libre comercio, como una oportunidad de engrandecimiento económico. Mientras que generalmente los comerciantes alemanes excluidos fueron sustituidos por ciudadanos de la potencia que gobernaba las colonias en las que habían comerciado, en el Africa occidental francesa los británicos se adelantaron de nuevo a los franceses a causa de la movilización de los comerciantes de esa nacionalidad[50].

La crisis que siguió al estallido de la guerra pronto dio paso a un auge de los productos necesarios para ayudar al esfuerzo de guerra aliado. De esta forma, el algodón egipcio subió de tres libras egipcias el quintal en 1914 a ocho libras egipcias en 1916-18[51]. Pero el alza de la demanda no siempre se reflejaba en un alza de precios, pues con frecuencia los gobiernos coloniales controlaban los precios que se pagaban a los productores. Determinados países sufrieron muchísimo durante toda la guerra. Por citar el caso de Costa de Oro, su principal exportación, la cosecha de cacao, estaba lejos de tener la demanda de, por ejemplo, las semillas oleaginosas. Además, la capacidad adquisitiva de las firmas de importación-exportación con base en Africa, fue entorpecida intensamente por el alistamiento, voluntario u obligatorio, de gran número de personal europeo; en el Africa occidental francesa un 75 por 100 de los comerciantes europeos habían ido a la guerra hacia 1917[52]. En tanto que los precios de las exportaciones no siempre reflejaban la creciente demanda de éstos, debido al control de precios y en tanto que la demanda de mano de obra, asimismo, no se reflejaba siempre en un aumento de salarios, los precios de las importaciones, donde eran asequibles, subieron a lo largo de la guerra. Mientras que la mayoría de los africanos del sector de subsistencia no se vieron afectados por esta inflación, sí lo hicieron los de los sectores que producían cosechas para exportar. Así el campesino egipcio que producía algodón se encontró con que los beneficios que recibía de los precios aumentados por su producción no compensaba la vertiginosa subida del coste del combustible, los productos textiles y los cereales[53].

La guerra presenció un creciente intervencionismo del Estado en la economía de las colonias africanas, bien en forma de control de precios, requisa de cosechas de productos alimenticios, cultivo obligatorio de cosechas, reclutamiento de

[49] P. H. S. Hatton, 1966.
[50] M. Crowder en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 506.
[51] G. Baer, 1962.
[52] M. Crowder en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 506.
[53] M. Y. Zayid, 1965, p. 76. Durante la guerra la producción global cayó bruscamente; ver P. O'Brien en P. M. Holt (ed.), 1968, pp. 188-90.

trabajadores para llevar a cabo proyectos básicos o distribución del espacio de navegación. Por regla general, tal intervención tendía a favorecer a las agencias de importación-exportación de la potencia colonial que controlaba la colonia respectiva. De este modo, en Nigeria, compañías como la John Holt y la United Africa Company se emplearon como agentes compradores y ambas tenían prioridad en el espacio de navegación y más fácil acceso a los préstamos bancarios, con el resultado de que las compañías de importación-exportación más pequeñas, en particular las controladas por nigerianos, fueron perjudicadas [54].

La demanda de cultivos de subsistencia tradicionales, incluidas la batata, la mandioca y las judías, para la alimentación de los aliados en Europa y para los ejércitos de Africa o del frente del Medio Oriente, se sumó a las dificultades de los que no pertenecían al sector de la subsistencia. Y allí donde las cosechas de subsistencia fueron requisadas —como lo eran frecuentemente— o pagadas a precios por debajo del precio de libre mercado, los propios productores salieron perjudicados. De esta forma, hacia el final de la guerra a los *fellāḥīn* egipcios les fue difícil subsistir, entre la inflación por una parte y la requisa de sus cereales y animales por otra [55]. En el Africa occidental francesa, la demanda de hombres para la guerra entraba en conflicto con la demanda de sorgo, mijo, maíz, etc., que éstos habrían producido normalmente. Hacia 1916, Francia se encontraba en una situación desesperada por la comida, pues su cosecha en lo que se refiere al trigo había sufrido un déficit de 30 millones de quintales, 60 millones en contraste con los 90 millones necesitados. Al año siguiente, con un déficit mundial en la cosecha de trigo, su propia cosecha fue sólo de 40 millones de quintales [56]. De esta forma, en estos dos años el trigo o sus substitutos se tuvieron que buscar en ultramar. Africa del norte, tan próxima a Francia, fue una fuente evidente de suministros e incluso el recién conquistado Marruecos fue reclutado para su *ravitaillement** . Pero se hacían demandas desde tan lejos como Madagascar. Además de tales demandas, el granjero de productos de subsistencia de los territorios en que se producían las campañas militares, especialmente en Africa oriental, estaba sujeto a las exacciones de los ejércitos que, a causa de problemas de abastecimiento, no podían vivir sino de lo que producía el suelo.

La demanda de tropas y porteadores, así como la de mayor producción tanto de cosechas de exportación como de subsistencia, dieron como resultado la escasez de mano de obra en muchas partes del continente durante la guerra. El reclutamiento de porteadores en Rhodesia del Norte para la campaña de Africa oriental desabasteció a Rhodesia del Sur (actual Zimbawe) y a Katanga de su tradicional fuente de mano de obra [57], y la administración belga del Congo tuvo que proceder al reclutamiento forzoso de mano de obra para las minas del país. La epidemia de gripe aparecida al final de la guerra en Africa oriental y central afectó particularmente a los porteadores que regresaban, originando una crítica escasez

[54] J. Osuntokun, 1978.
[55] T. Little, 1958, p. 128.
[56] H. C. Cosnier, 1922.
* Avituallamiento. En francés en el original. *(N. del T.)*
[57] L. H. Gann, 1964, p. 164.

de mano de obra en Kenia y en las dos Rhodesia. Esta escasez se dio tanto entre el personal europeo como entre el africano, y en Rhodesia del Sur, donde los trabajadores blancos del ferrocarril habían sido hasta entonces despedidos a discreción por sus patrones a causa de la disponibilidad de sustitutos, estaban ahora tan solicitados que pudieron formar sindicatos[58], hecho anteriormente impedido por empresarios y gobierno.

La carestía de importaciones puede haber conducido a una caída de la producción en lugares donde la agricultura, como en Egipto, dependía de las importaciones de fertilizantes, de aperos agrícolas y de maquinaria de regadío, pero también fomentó el desarrollo de industrias de sustitutos de las importaciones en algunos países, en particular en Sudáfrica, donde las posibilidades de los mercados de ultramar para los productos locales llegaron a verse realizadas a estas alturas[59]. En el Congo belga, separado de la ocupada metrópoli, la guerra fue un gran estímulo para incrementar la autosuficiencia, como ocurrió en los primeros años de la guerra en el Africa oriental alemana. La influencia de las tropas británicas en Egipto y la inyección de unos 200 millones de libras esterlinas a la economía durante el período de guerra, fueron importantes estímulos para el crecimiento industrial.

La guerra dio entrada al motor de combustión interna y con él a las carreteras en muchos puntos de Africa. En Africa oriental la larga campaña contra los alemanes y el problema del traslado de los suministros condujo a la construcción de una serie de carreteras, como la que iba desde Dodoma en el Africa oriental alemana, hasta Tukuyu al extremo norte del lago Nyasa, que reducía a dos o tres días un viaje que hasta entonces había llevado de dos a tres semanas[60]. En aquellas zonas donde había actividad militar o donde eran necesarios medios de transporte, se desarrollaron puertos rápidamente. Mombasa, Bizerta, Puerto Harcourt y Dakar son ejemplos suficientes. En Nigeria, las minas de carbón de Enugu se abrieron durante la guerra para proveer a los ferrocarriles con una fuente local de combustible.

Generalmente, los ingresos del gobierno disminuyeron durante la guerra, puesto que dependían en gran parte de los impuestos sobre mercancías importadas. Las colonias soportaban, no obstante, una gran parte del peso del coste de las campañas locales, además de conceder subvenciones a las potencias metropolitanas para ayudar en el esfuerzo de guerra. Excepto allí donde las exigencias militares las hicieron necesarias, las obras públicas se detuvieron y los planes de desarrollo se postergaron hasta después de la guerra.

LAS CONSECUENCIAS SOCIO-POLITICAS DE LA GUERRA

Las consecuencias sociales de la guerra para Africa diferían considerablemente de un territorio a otro y dependían del grado de participación en la guerra, en

[58] *Ibid.*, p. 172.
[59] F. Wilson en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1973, p. 135.
[60] P. Mitchell, 1954, p. 38.

particular del grado de reclutamiento o de la actividad militar que se diera en ellos. Desgraciadamente, hasta hace poco, se ha prestado escasa atención a los efectos sociales que tuvo la guerra. Este hecho es un tanto sorprendente, ya que para algunas zonas como Africa oriental, la primera guerra mundial, como Ranger ha señalado, fue «la demostración de "poder absoluto" europeo más inspiradora de horror, destructiva y caprichosa que Africa oriental experimentó nunca. La proporción de las fuerzas implicadas, la consistencia de la potencia de fuego, el grado de devastación y enfermedad, el número de vidas africanas sacrificadas, todo esto dejó pequeñas a las primitivas campañas de la conquista colonial, e incluso a la represión de la rebelión maji maji»[61]. Escribiendo en los años de la década de 1930, el Dr. H. R. A. Phillip señaló que las «experiencias de los años que van desde 1914 a 1918 fueron tales que despertaron eficazmente al nativo de Kenia de su sueño de siglos»[62]. En comparación con la investigación realizada sobre las consecuencias políticas que la guerra tuvo para Africa, se han considerado sus consecuencias sociales comparativamente poco. Sin embargo, su efecto sobre los soldados, los porteadores y la mano de obra, que fueron desarraigados del mundo restringido de sus aldeas y enviados a miles de millas de distancia, y el efecto de éstos sobre sus sociedades a su regreso[63], configura un tema fundamental de la historia colonial.

No cabe la menor duda de que la guerra abrió nuevos horizontes a muchos africanos, en particular a las élites instruidas. Margery Perham ha escrito que es «difícil sobreestimar el efecto sobre los africanos, quienes habían estado principalmente encerrados en una relación bilateral con sus gobernadores europeos, de mirar fuera de este encierrro y verse a sí mismos como parte de un continente y de un mundo»[64]. En muchas partes de Africa, la guerra dio un impulso, si no siempre a la actividad nacionalista, al menos al desarrollo de un planteamiento más crítico de la minoría educada hacia sus señores coloniales. Bethwell Ogot ha sugerido que la experiencia de guerra compartida por los soldados africanos y europeos tuvo un efecto parecido para los menos instruidos:

> El soldado africano pronto descubrió las debilidades y la fuerza del europeo, quien hasta ese momento había sido considerado por la mayoría de los africanos como un superhombre. De hecho, los oficiales africanos nombrados y no comisionados estuvieron instruyendo a los voluntarios europeos en las técnicas de las modernas operaciones militares. Se hacía evidente que los europeos no lo sabían todo. Los porteadores y los soldados que regresaban a casa difundieron la nueva imagen del hombre blanco; y gran parte de la autoconfianza y de la agresividad que los africanos de Kenia desplegaron en la década de 1920 se debió en gran medida a esta nueva información[65].

Señala asimismo que, significativamente, varios líderes políticos africanos de Kenia habían luchado o servido en la campaña de Africa oriental. En Guinea el

[61] T. O. Ranger, 1975, p. 45.
[62] Citado por B. A. Ogot en B. A. Ogot (ed.), 1974, p. 265.
[63] Ver por ejemplo M. J. Echenberg, 1975; Y. Person, 1960, p. 106-7 se refiere al papel dominante desempeñado por los antiguos soldados en la sociedad kissi tras la Primera Guerra Mundial, en especial como agentes para la modernización.
[64] M. Perham, 1961, p. 45.
[65] B. A. Ogot en B. A. Ogot (ed.), 1974, p. 265.

retorno de los *anciens combattans** anunció huelgas, revueltas en los campos de desmovilización y ataques a la autoridad de los jefes[66].

Si la guerra vio el fin de los intentos de los africanos por recuperar la soberanía perdida de sus Estados precoloniales, vio también un aumento de las demandas de participación en el proceso de gobierno de los nuevos Estados que les fueron impuestos por los europeos. Estas demandas —inspiradas en los Catorce Puntos del presidente Woodrow Wilson que fueron elaborados como reacción a las propuestas soviéticas expuestas en octubre de 1917 para la firma inmediata de la paz sin anexiones ni indemnizaciones— se extendían al derecho a la autodeterminación. En el caso de los países árabes del norte de Africa, el anuncio conjunto de Gran Bretaña y Francia en noviembre de 1918 de que los aliados estaban considerando la liberación de los pueblos oprimidos por los turcos, presentaba el panorama de un grupo de árabes a los que se ofrecía la independencia mientras que a otro grupo, gobernado por las mismas potencias que estaban ofreciendo la libertad a las provincias turcas, se le denegaba.

El partido Wafd de Sa'd Zaghlul de Egipto tomó su nombre de la delegación (*wafd*) que intentó enviar a la Conferencia de Paz de Versalles para negociar la vuelta a la independencia de Egipto[67]. De forma similar, en Tunicia, aunque el residente para tiempos de guerra, Alapetite, había mantenido tan firme control sobre los nacionalistas como el que los británicos mantuvieron en Egipto, tras la guerra, sus líderes enviaron un telegrama al presidente Wilson de los Estados Unidos para conseguir su apoyo en sus demandas para la autodeterminación[68].

En tanto que los catorce puntos de Wilson no inspiraron demandas de independencia inmediata en Africa al sur del Sáhara, sus sentimientos liberales animaron a los nacionalistas de Africa occidental a tener la esperanza de que podrían influir en la Conferencia de Paz de Versalles y les animaron también a exigir un mayor protagonismo en sus propios asuntos[69]. Como F. W. Dove, de Sierra Leona, delegado en el congreso nacional de Africa occidental británica, lo planteó, «ha pasado el tiempo en que los africanos puedan ser coaccionados contra su voluntad a hacer cosas que no estén en concordancia con sus propios intereses»[70]. En Sudán, los Catorce Puntos de Wilson, junto con la inspiración de la revolución árabe de 1916, verificaron un momento crucial para el nacionalismo sudanés, conformando las actitudes de una nueva generación de jóvenes políticamente conscientes, que habían pasado por las escuelas estatales y que habían adquirido unas actitudes modernas y occidentales[71].

En muchos territorios, donde se habían hecho fuertes contribuciones al esfuerzo de guerra desde el punto de vista de hombres y de material, cabía la espe-

---

* Antiguos combatientes. En francés en el original. *(N. del T.)*

[66] A. Summers y R. W. Johnson, 1978.

[67] M. Zayid en P. M. Holt (ed.), 1968, pp. 341-2; para las actividades del partido Wafd, ver capítulo 23.

[68] N. A. Ziadeh, 1962, p. 60.

[69] J. A. Langley, 1973, p. 107 y *passim*.

[70] *Memorándum del congreso nacional de Africa occidental británica*, 1920, F. W. Dove, delegado de Sierra Leona.

[71] M. 'Abd Al-Rahim, 1969, p. 94.

ranza de que éstos se vieran recompensados al menos por reformas sociales y políticas. En algunos casos los gobiernos coloniales prometieron específicamente una reforma a cambio de la masiva ayuda de sus poblaciones súbditas. Se prometió a Blaise Diagne una paquete de reformas de postguerra en el Africa negra francesa si podía reclutar a los hombres adicionales que Francia precisaba para el frente europeo. Así lo hizo, pero las reformas nunca se llevaron a cabo [72]. La contribución argelina al esfuerzo de guerra fue recompensada con mejoras económicas y políticas en el status de los argelinos a las que, sin embargo, se opusieron los colonos y que fueron consideradas demasiado limitadas por el emir Khalid, nieto de 'Abdalkádir, que criticó duramente la administración francesa y que fue deportado en 1924. Ha sido considerado con justicia el fundador del movimiento nacionalista argelino [73]. En Tunicia, una delegación de treinta hombres representantes de la comunidad árabe visitó al bey para iniciar la reforma política, recordándole los sacrificios que Tunicia había hecho durante la guerra [74]. Realmente, gran parte del ímpetu que hubo tras la fundación del partido Destur o Constitucional en 1920 venía de los soldados y trabajadores que habían vuelto y que estaban descontentos con la posición subordinada que tenían en su propio país [75]. En el Africa occidental francesa, la prensa, aunque en general extremadamente leal a los británicos y crítica con los alemanes, creía que la recompensa por su lealtad sería un papel más significativo para la élite instruida en el proceso de toma de decisiones colonial [76].

La guerra actuó no sólo como estímulo para el nacionalismo africano, sino también para el nacionalismo blanco, particularmente en Sudáfrica. Allí, aunque la rebelión *afrikaner* fue rápidamente sofocada, no ocurrió lo mismo con el espíritu que la animaba. Como William Henry Vatcher ha señalado:

> La rebelión confirmó lo que la guerra de los bóers había demostrado, que la fuerza no era la respuesta, que la batalla debía ser librada en la arena política. Así, en sentido real, el moderno nacionalismo *afrikaner*, formado en la guerra bóer, nació de la rebelión de 1914. Si la primera guerra mundial no hubiera tenido lugar, los bóers podrían haber sido capaces de adaptarse mejor a la política conciliadora de Botha y Smuts. La guerra les forzó a tomar la decisión de organizarse, primero disimuladamente bajo la forma del Broederbond *Afrikaner*, luego bajo la forma del «depurado» Partido Nacional [77].

En Kenia, los colonos blancos utilizaron la guerra para conseguir mayores progresos políticos *vis-à-vis** con el gobierno colonial. Consiguieron el derecho de los blancos a elegir representantes para el consejo legislativo, en el que a partir de 1918 formaron mayoría. Esto, unido a la Ordenanza de Tierras de la Corona, que posibilitó la segregación racial en las Tierras Altas Blancas, la Ordenanza de Empadronamiento de Nativos, que introdujo una ley de pseudopaso para los afri-

[72] M. Crowder, 1977(d), en M. Crowder, 1977(a), p. 117.
[73] C. V. Confer, 1966, p. 113.
[74] N. A. Ziadeh, 1962, p. 88.
[75] *Ibid.*, p. 123. Para las actividades del Destur, ver capítulo 24.
[76] F. Omu, 1968, pp. 44-9.
[77] W. H. Vatcher, 1965, p. 46.
* Cara a cara. En francés en el original. *(N. del T.)*

canos, y el Proyecto de Asentamiento de Soldados, que repartió grandes extensiones de la reserva Nandi para el asentamiento de soldados blancos tras la guerra, afianzando a la minoría blanca en una posición dominante en Kenia hasta la década de 1950 [78].

Un gran estímulo para el nacionalismo de Kenia fue la reacción contra tales privilegios obtenidos por la comunidad blanca, en especial con respecto a la tierra. De esta forma, la Asociación Kikuyu, que estaba formada principalmente por jefes, fue fundada en 1920 para defender los intereses de la tierra kikuyu, mientras que la Asociación de Jóvenes Kikuyus de Harry Thuku, fundada un año más tarde, se proponía la defensa tanto de la tierra como de la mano de obra [79]. En Sudáfrica, el surgimiento del nacionalismo *afrikaner* y la agitación republicana durante la guerra interesaron seriamente a los líderes africanos de Swazilandia y de Basutolandia (actual Lesotho). Temían que sus países pudieran ser ingresados en la Unión, lo que junto con su política crecientemente racista, ejemplificada por las medidas de la ley de tierra nativa de 1913, podría, bajo la presión *afrikaner*, conseguir la independencia y que a partir de entonces no habría protección para sus intereses. Como declaró Simón Phamote, del Consejo Nacional de Sotho, su gente temía «la Unión porque sabemos que... los bóers conseguirán un día su independencia de los británicos» [80]. Dentro de la Unión, el Congreso Nacional Africano Nativo (más tarde se convirtió en el Congreso Nacional Africano) presentó un memorándum después de la guerra al rey Jorge V de Gran Bretaña, mencionando la contribución africana a la guerra en las campañas tanto de Africa sudoccidental como de Africa oriental, así como en Francia, y recordando que se había hecho la guerra para liberar a los pueblos oprimidos y para conceder a cada nación el derecho a decidir su destino soberano [81]. El Congreso fue informado por el parlamento colonial británico de que Gran Bretaña no podía intervenir en los asuntos internos de Sudáfrica y la petición del Congreso no se presentó a la Conferencia de Paz.

CONCLUSION

La guerra vio un cambio fundamental en el clima de la opinión internacional en cuanto al colonialismo. Previamente a la guerra, las potencias coloniales europeas habían sido responsables sólo ante sí mismas. Después de la guerra, en la Conferencia de Paz de Versalles, la crónica colonial de una de ellas, de Alemania, fue examinada y encontrada inapropiada, de acuerdo con las pautas recientemente concebidas de moralidad en lo concerniente al gobierno de los pueblos coloniales [82]. Indudablemente, la mayoría de las otras potencias coloniales ha-

[78] G. Bennett, 1963, pp. 35-45.
[79] *Ibid.*, p. 45. Para más detalles, ver capítulo 26.
[80] R. Hyam, 1972, p. 80.
[81] L. Kuper, en M. Wilson y L. M. Thompson (eds.), 1973, p. 439.
[82] Ver por ejemplo *Cuadernos de la Colonización Alemana*, preparados bajo la dirección de la sección histórica del Foreign Office, n.° 36, Londres, 1919, y C. Fidel, 1926. Sobre el historial colonial de Alemania en Togo ver M. Crowder, 1968, pp. 241-8.

brían sido encontradas igualmente inapropiadas si sus propias crónicas hubieran sido analizadas de forma similar [83]. La idea de administrar los así llamados pueblos subdesarrollados como una «misión sagrada», aunque evidente en la década de 1890 al prohibir por ejemplo la venta de alcohol a los africanos, era ahora conservada religiosamente en los mandatos en que los aliados victoriosos se hicieron cargo de la administración de las colonias de Alemania en nombre de la Liga de Naciones —«responsable de... promocionar al máximo el bienestar material y moral y el progreso social de [sus] habitantes» [84]. Teóricamente el principio de responsabilidad internacional había sido subrayado, si bien, a causa de la debilidad de la Sociedad de Naciones, poco se pudo hacer, por ejemplo, acerca de las deplorables condiciones de los habitantes indígenas de Sudáfrica administrados bajo mandato por la Unión [85]. El derecho a la autodeterminación, enunciado por vez primera en el congreso de la Segunda Internacional Socialista celebrado en Londres en 1896, había sido asimismo enunciado por el líder de una gran potencia mundial, Woodrow Wilson, mientras que la recientemente surgida Unión Soviética iba a atacar todas las formas de colonialismo en Africa.

Incluso si la totalidad de los pueblos sometidos no cambió mucho para mejor en los años siguientes a la guerra, cuando incluso los intentos de buena fe de reforma fueron abortados por la depresión [86], se había empezado a cuestionar la moralidad del colonialismo. Y fue en este clima en el que se gestó el movimiento nacionalista que iba a obtener finalmente la independencia para muchos países africanos. Por ejemplo, líderes del Congreso Nacional de Africa occidental británica como J. E. Casely Hayford y H.C. Bankole-Bright pudieron ser oídos internacionalmente a través de la Unión de la Liga de Naciones, ocupándose de la administración de Togo y recurriendo al Convenio de la Liga como carta para «un trato justo a nuestro pueblo». Y a largo alcance, la idea del mandato evolucionó al concepto de administración fiduciaria de después de la segunda guerra mundial, que incorporó el objetivo explícito de la independencia final para los territorios bajo administración fiduciaria que habían de ser visitados por comisiones de inspección «neutrales».

La primera guerra mundial, entonces, representó un momento decisivo para la historia africana, no tan dramático como la segunda guerra mundial, pero sin embargo importante en muchas áreas. Uno de sus más importantes legados fue la reorganización del mapa de Africa aproximadamente a como es hoy (ver Fig. 12. 2.). Alemania fue eliminada como potencia colonial, y reemplazada por Francia y Gran Bretaña en Camerún y Togo, por la Unión de Sudáfrica en el Africa sudoccidental y por Gran Bretaña y Bélgica en el Africa oriental alemana, recibiendo esta última las pequeñas pero densamente pobladas provincias de Ruanda y Urundi (actuales Rwanda y Burundi) [87].

[83] L. H. Gann y P. Duignan, 1967, p. 79.
[84] Este es el texto *standard* para los mandatos africanos.
[85] Ver R. Segal y R. First, 1967.
[86] Un ejemplo es A. Sarraut, 1923.
[87] Ver W. R. Louis, 1963(b), para una relación de las negociaciones que condujeron a la decisión de la Conferencia de Paz de asignar Ruanda y Urundi a los belgas.

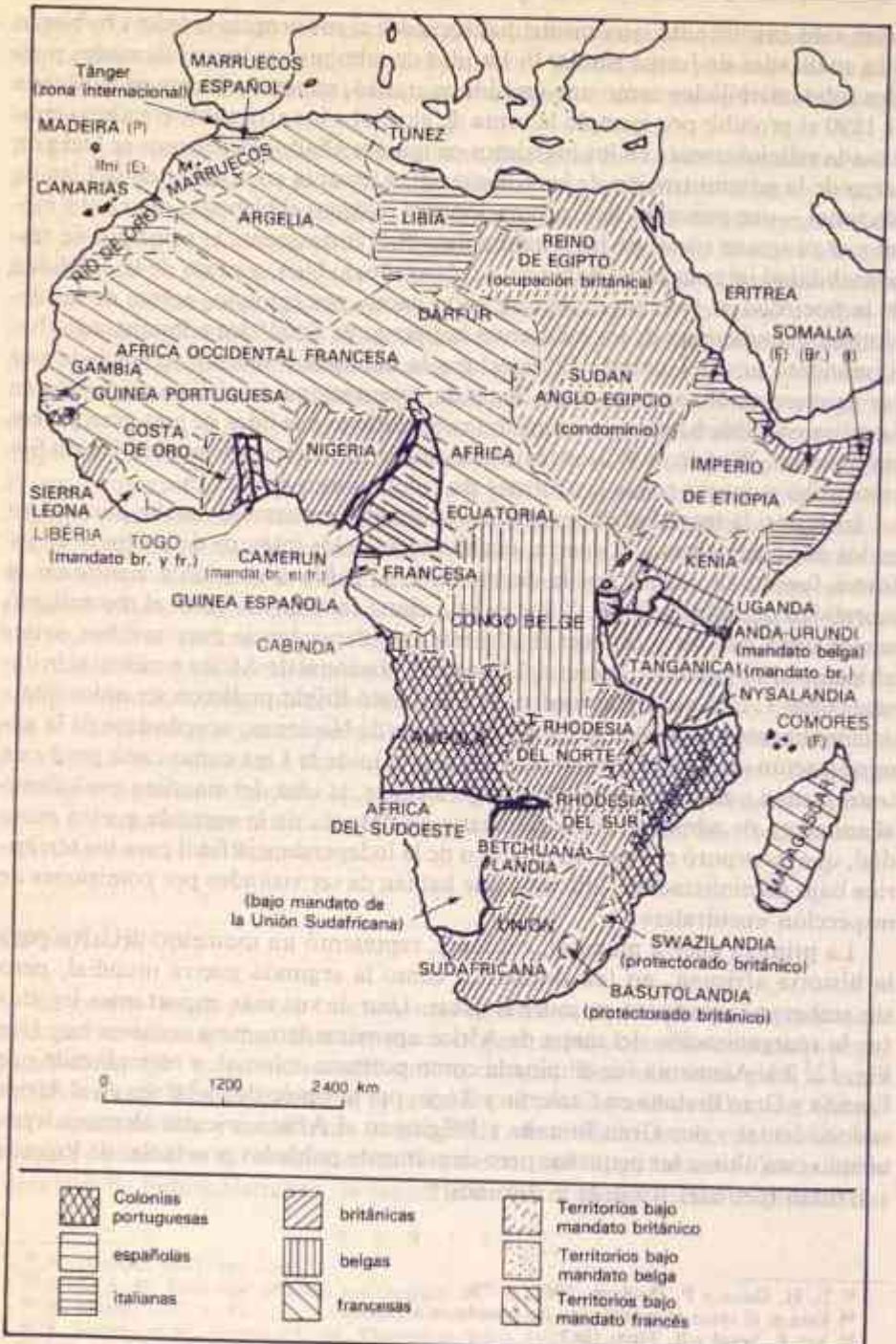


FIG. 12.2. Alteraciones en el mapa de Africa después de la Primera Guerra Mundial (según J. D. Fage, 1978)

Las intrincadas negociaciones que tuvieron lugar en Versalles sobre la nueva distribución de estos territorios a los aliados vencedores pertenece propiamente a la historia de Europa, aunque la forma en que Togo y Camerún fueron divididos, con poca consideración a aspectos históricos y étnicos, iba a crear considerable amargura entre ciertos sectores de la población de estos territorios y sus vecinos inmediatos, en particular el Ewe de Togo y la Costa de Oro. En cuanto a los habitantes africanos de las antiguas colonias alemanas, su suerte no fue perceptiblemente mejorada con el cambio de señores. Realmente, algunos africanos comparaban favorablemente a sus anteriores señores con los nuevos, y en Camerún y Togo creció cierta nostalgia por el régimen anterior en la medida en que los franceses introdujeron el trabajo forzado y los británicos resultaron ser menos enérgicos que sus primos teutones para desarrollar sus territorios[88]. Puesto que Francia y Gran Bretaña se veían a sí mismas como administradores provisionales de los territorios del mandato, los dos Togos permanecieron menos desarrollados que, por ejemplo, la Costa de Marfil y la Costa de Oro, y Tanganica menos desarrollada que Kenia o Uganda. Y si Africa sudoccidental se desarrolló espectacularmente bajo la «administración» sudafricana, fue en beneficio de la población colona en rápido crecimiento; en lo que se refiere a los habitantes indígenas, la brutal experiencia de la dominación alemana fue cambiada por la de un gobierno obligado a políticas racistas y al establecimiento y explotación del país por y para los blancos.

La primera guerra mundial, aunque fue esencialmente una guerra europea, implicó a Africa íntimamente. Marcó tanto el fin del reparto de Africa, como el de los intentos de los africanos para recobrar su independencia, basado en la política del prerreparto. Aunque representó un período de inmenso transtorno social y político para muchos países africanos, anunció un período de veinte años de tranquilidad para las administraciones europeas, excepto en lugares como el Rif francés y español, Mauritania francesa y Libia italiana.

No obstante, las ideas referentes a la autodeterminación de los pueblos y a la responsabilidad de las potencias coloniales habían sido sembradas durante esta guerra, influyendo profundamente, durante el siguiente período de paz, en el desarrollo de los incipientes movimientos nacionalistas. Pero fue necesaria una segunda guerra mundial para proporcionar el cataclismo que cambió las demandas de los nacionalistas de una mayor participación en el proceso de gobierno a las demandas para el total control de éste.

[88] Ver C. E. Welch, 1966, p. 58.

Capítulo 13

METODOS E INSTITUCIONES DE LA DOMINACION EUROPEA

R. F. BETTS

Revisado por M. Asiwaju

«POLITICA NATIVA»

Poco después o coincidiendo con la conquista militar y ocupación de Africa por las potencias imperiales europeas, Africa fue cubierta por una red administrativa colonial que, ni uniforme ni simple, fue formada a partir de unas pocas ideas y creencias comúnmente sostenidas. Ya que en ninguna otra época, ni en ningún otro continente sometido a la dominación europea, la política colonial fue calificada como «política nativa». Admitido, el término sustentaba una variedad de definiciones en el manejo del concepto «nativos», la palabra generalmente utilizada para describir a los africanos; hubo un acuerdo general, tanto en teoría como en la práctica, de que el dominio colonial sólo podría ser eficazmente consolidado mediante el uso de personal e instituciones indígenas con alguna función complementaria o de apoyo.

Esta concienciación fue el resultado de la situación colonial ya determinada por aquellos europeos decimonónicos que habían estado operando en Africa. Con Argelia y Sudáfrica como excepciones notables, la vasta extensión de tierra del continente se consideraba climáticamente inhóspita para el asentamiento blanco intensivo, mientras que las poblaciones locales aparecían insuficientemente concentradas geográficamente como para permitir una eficaz administración directa del personal europeo. Esencialmente, Africa se consideraba una congerie de estados tropicales cuyas poblaciones debían ser protegidas y dirigidas por los europeos con propósitos claramente definidos. Lo que sir Frederick (más tarde lord) Lugard definiría como «un mandato dual» en su famoso libro así titulado, publicado por primera vez en 1922, era generalmente aceptado como la justificación teórica de la presencia europea: el desarrollo social y económico de Africa, para bien de la propia Africa como del resto del mundo.

En la ideología imperialista contemporánea, por lo tanto, el propósito de la presencia europea se definió en términos de responsabilidad o de deber. El Libro

• *Gobernadores y administradores coloniales*



• *a) Frederick, lord Lugard (1858-1945), alto comisario, luego gobernador de Nigeria del Norte, 1900-1907, 1912-14; gobernador de Nigeria, 1914-19.*



• *b) Louis-Gabriel Angoulvant, teniente-gobernador de Costa de Marfil, 1908-16.*



• *c) General Joseph Simon Gallieni (1849-1916) comandante supremo del Sudán francés, 1886-8; gobernador general de Madagascar, 1896-1905.*



• *d) Albert Heinrich Schnee (1871-1949), gobernador del Africa oriental alemana, 1912-18.*

Blanco de Kenia del gobierno británico editado en 1923, que establecía el principio de «soberanía nativa», incluía el planteamiento de que «el gobierno de su majestad se considera como ejecutor de un deber en nombre de las poblaciones africanas... cuyo objetivo se puede definir como la protección y el desarrollo de las razas nativas...»[1]. El ministro de Colonias francés, Albert Sarraut, sostenía en su bien conocido estudio, *La mise en valeur des colonies françaises**, que el «único derecho que debía reconocerse es el de que el fuerte proteja al débil». Francia, continuaba, estaba garantizando «el crecimiento económico y el desarrollo humano» de sus colonias[2].

Ambas afirmaciones sugieren esa actitud paternalista que había impregnado profundamente el pensamiento europeo sobre el Africa colonial, y que estaba tanto internacionalizado como institucionalizado con el sistema de mandato que surgió de la Sociedad de Naciones tras la Primera Guerra Mundial. Según se manifiesta en el artículo 22 del Convenio de la Sociedad de Naciones, el esfuerzo colonial, particularmente en Africa, ahora se proclamaba como una responsabilidad asumida en nombre de una civilización superior, con «la tutela de tales pueblos [las poblaciones coloniales]... confiada a naciones avanzadas»[3]. Tras la retórica aún permanecía una actitud de superioridad cultural y racial, modelada en los siglos XVIII y XIX, y habitualmente expresada en descripciones de los africanos como infantiles o «no adultos». Se pensaba que la dominación europea, que requería de esa supuesta condición social, sería de larga duración, lo que significaba que el mantenimiento colonial en Africa duraría hasta algún futuro imprevisible.

En cuanto a aquellas pocas zonas que ya albergaban a una amplia minoría blanca residente y estaban recibiendo aún más inmigrantes por aquel entonces, la condición futura que se preveía era la de permanencia de los asentamientos y de continuidad de la primacía europea en todos los aspectos relativos a la política y propiedades. Aunque incluso en tales territorios —excepto en Sudáfrica, donde ya se había implantado una política segregacionista muy severa— a menudo se daban ideas de desarrollo cooperativo, y las poblaciones africanas fueron, al menos oficialmente, obligadas a aceptar y seguir el asesoramiento europeo.

Más allá de tales consideraciones, la política colonial carecía de objetivos finales claros. Siendo más un proceso de corto alcance que un sistema bien definido, vagamente incluía conceptos de autogobierno en su forma británica, y de integración política en las formas francesa y portuguesa. En términos generales, manteniendo el equilibrio entre estas políticas de «diferenciación» e «identidad», la administración colonial de la época de entreguerras fue descrita por quienes la practicaban como necesariamente empírica, un ejercicio de adaptación cultural y política.

Sin embargo, lo que el pensamiento originario y la experimentación produje-

[1] *Indios en Kenia*, Cmd. 1922 (1923).

* *Valorización de las colonias francesas. (N. del T.)*

[2] A. Sarraut, 1923, p. 19.

[3] Al convertirse en miembro de la Sociedad de Naciones, la Unión Soviética expresó ciertas reservas sobre artículos concretos del Convenio de la Sociedad. En particular la Unión Soviética desaprobó el artículo 22 y en concordancia rehusó asignar un representante para la comisión de los mandatos.

ron fue la preguerra en principio. Siguiendo la «ocupación sobre el papel» de Africa en las décadas de 1880 y 1890, aconteció el proceso de conquista militar y dominación, originando que muchos métodos de control administrativo se emplearan incluso antes de que acabase el siglo. Como resultado, los años de entreguerras fueron aquellos en que muchas de estas prematuras prácticas fueron estructuradas en la política oficial y en la que la conveniencia administrativa fue elevada al *status* de teoría bien articulada. Retrospectivamente, se puede ver claramente cómo este período fue en el que se dio la burocratización de la administración colonial.

Aunque inicialmente no existía ningún planteamiento universalmente aceptado de la administración colonial en Africa, la mayoría de las líneas de pensamiento convergían en lo que podría denominarse como administración conjunta, normalmente calificada de dominio indirecto, aquella en la que las autoridades africanas intervenían, en papeles políticos tradicionalmente ocupados o impuestos por europeos, al gobierno colonial, pero en una condición obviamente subordinada. Las razones de la coincidencia general sobre este amplio principio de dominio son variadas. Primero, el modelo histórico de la adquisición colonial de finales del siglo XIX era un factor formativo, puesto que por sí solo añadía una nueva dimensión al problema del dominio colonial. En segundo lugar, la penetración en el interior de Africa hizo pronto insuficiente el personal europeo disponible para administrar las tierras recientemente conquistadas. Aún más, ya que tal penetración se extendió hacia muchas regiones a las que todavía no había llegado el contacto cultural europeo, el dominio directo de cualquier tipo hubiera sido una experiencia completamente nueva, y por ello impracticable de forma inmediata. Principalmente como resultado de estas condiciones, previamente señaladas por varios críticos [4], las características del dominio directo de las posesiones más pequeñas de la costa contribuyeron al dominio indirecto que se daba en las posesiones más grandes del interior. Es más, al final del siglo, el derrrumbamiento del dominio de compañías que tenían concedidas cartas de derechos requirió el establecimiento del control nacional sobre extensos territorios débilmente ocupados. Sin embargo, esta condición fue a cambio sustituida (excepto en el Africa oriental alemana) por un tipo de dominio informal similar a los relajados métodos empleados previamente por las compañías, como era más evidente en la Somalia italiana.

También existían razones que surgieron de las percepciones culturales europeas y que anunciaban intenciones políticas. No sólo había una aceptación generalizada del principio de imperio «a bajo precio», con costes al Estado metropolitano bajos o no directos, sino que también existía un acuerdo general sobre que el menor trastorno social aseguraría la mayoritaria cooperación indígena. Hablando de la política británica en Africa, Lugard afirmó que «las instituciones y los métodos, para poder mandar con éxito y fomentar la felicidad y el bienestar del pueblo, deben estar profundamente arraigados en sus tradiciones y prejuicios» [5]. Del

[4] Ver M. Perham, 1960(b), pp. 140-41; J. D. Fage en P. Gifford y W. R. Louis (eds.), 1967, p. 703.

[5] F. D. Lugard, 1929, p. 211.

mismo modo, el ministro de Colonias francés, Georges Léyguès, había declarado en 1906: «El principio fundamental de nuestra política colonial debe ser de escrupuloso respeto a las creencias, hábitos y tradiciones de los pueblos conquistados o protegidos»[6].

Estas explicaciones y argumentos con respecto a la escasez de personal y a la necesidad de reducir costes al mínimo están a su vez directamente relacionados con un problema más fundamental que impuso la adopción del sistema conjunto de la administración por parte de todos los gobiernos coloniales en el siglo XX. Este fue el fracaso del asimilacionismo o de la política de administración directa que estaba en boga en el siglo XIX. Sea con respecto a los franceses en las cuatro comunas de Senegal, o sea de los ingleses con relación a las colonias de la corona de Sierra Leona, Costa de Oro (actual Ghana) y Lagos (lo que ahora es Nigeria), la asimilación, hacia finales del siglo XIX, se había frustrado no sólo por la resistencia cultural de los pueblos africanos implicados. Hubo asimismo una pérdida de entusiasmo por parte de los mismos funcionarios coloniales franceses y británicos, debido a la incipiente tendencia al conflicto y fricción entre la élite colonial europea y los africanos allí educados a la manera occidental. Tanto en las colonias francesas como en las inglesas, el fin del siglo XIX estuvo marcado por una frustración sistemática de las expectativas de los africanos occidentalizados. Como A. E. Afigbo ha observado correctamente[7], el fin del siglo XIX en las colonias del Africa occidental británica fueron testigos no sólo de la sistemática destitución de africanos instruidos que habían ocupado posiciones de responsabilidad en las décadas precedentes: el mismo período también se caracterizó por el sistemático endurecimiento de las condiciones bajo las que los africanos podían convertirse en ciudadanos franceses en Senegal y en cualquier otro sitio. Fue, ciertamente, esta pérdida de compañerismo entre los colonos europeos y los africanos instruidos al final del siglo, lo que produjo la artificial escasez de personal administrativo, en la medida en que los nuevos regímenes comenzaron a restringir la contratación de africanos altamente cualificados para las administraciones.

A la luz de estas consideraciones, ningún poder colonial trató de inmediato de disponer completamente de las estructuras sociopolíticas ya establecidas. No obstante, la política recorrió una larga gama, de una aceptación reacia y adaptación forzada de tales estructuras como en Angola portuguesa y en el Africa oriental alemana, a unos considerables esfuerzos para la preservación institucional como en Nigeria del Norte británica o en el Marruecos francés. Sin embargo, las demandas básicas del sistema colonial en todas partes tuvieron el efecto de modificar los propósitos, distorsionando por lo tanto las funciones y debilitando las instituciones africanas básicas. El mismo hecho de que la mayoría de los Estados africanos fueran adquiridos por conquista, y el exilio o deposición de algunos jefes dirigentes, desprestigió por sí mismo todo el sistema de jefatura. La imposición universal de impuestos planificados por europeos fue ciertamente otra medida colonial desacreditativa, pero incluso los esfuerzos más modestos encaminados hacia lo que hoy se denomina modernización, remodelaron también las insti-

[6] *La Depêche Coloniale*, 12 de julio de 1906, p. 1.
[7] A. E. Afigbo en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 443.

tuciones locales. Si bien la amplia mayoría de la población africana no fue normalmente afectada por la presencia europea, las instituciones políticas básicas sí lo fueron.

ESTRUCTURA Y DOMINIO COLONIAL

Desde el palacio del sultán de Marruecos hasta el kraal del jefe de Africa del este y del sur, los administradores coloniales europeos solicitaron y emplearon «autoridades nativas» como aliados o agentes a través de los cuales las demandas del dominio extranjero podrían ser eficazmente impuestas a la larga a las poblaciones africanas. La disposición de tal autoridad era asimétrica, no importa cuantas pequeñas instituciones ya existentes fueran modificadas o absorbidas de acuerdo a las necesidades europeas. En el vértice del sistema administrativo estaba el gobernador o general residente que, aunque en última instancia era responsable ante su gobierno nacional, frecuentemente disfrutaba del poder de un soberano.

La estructura institucional en la que actuaba variaba considerablemente en tamaño y complejidad, pero durante el período de entreguerra generalmente estuvo asistido por algún tipo de consejo consultivo o por intereses comerciales. La naturaleza centralizada de la administración colonial en los sistemas francés, portugués y belga aseguraba la acaparación de autoridad legislativa en la metrópoli. En las posesiones africanas de Gran Bretaña, sin embargo, los consejos coloniales aparecieron como cuerpos protoparlamentarios con miembros designados o elegidos, o ambas cosas, y con funciones que variaban de la consultiva a la legislativa, preparando así, inintencionada pero lógicamente, el camino para la delegación política. Mientras que los africanos comenzaron a aparecer en el sistema conciliar colonial, y más particularmente en la versión británica, su número y los medios por los que eran designados garantizaban eficazmente el que no hubiera repercusiones notables en la forma de dominación europea durante el período de entreguerra.

La institución crucial de toda la organización colonial era la unidad provincial o distrito, llamado *cercle** en el Africa occidental francesa. El continuo uso de este término militar recordaba la naturaleza de las adquisiciones coloniales. Sobre el *cercle*, un administrador europeo ejercía la autoridad colonial y dirigía tanto las actividades de sus subordinados europeos como a las autoridades africanas reclutadas en la administración colonial.

El componente africano más importante y más discutido era el jefe local. Ciertamente, todo el poder colonial en el Africa negra se basaba en el jefe, ya fuera con su autoridad tradicional o ya con autorización legal para ejercer la autoridad, como el elemento básico de la estructura administrativa. El administrador colonial francés, Robert Delavignette, explicó la naturaleza del sistema sucintamente, y en alguna medida aplicable más allá de la situación del Africa occidental francesa, cuando escribió: «No hay colonización sin política nativa; ni política

* Cerco. *(N. del T.)*

nativa sin un dominio territorial; y no hay dominio territorial sin jefes nativos que sirvan como lazos de unión entre la autoridad colonial y la población»[8].

Aunque ningún observador ni crítico haya dudado de que las actividades de los jefes estaban integradas al sistema colonial por todo el continente, se ha suscitado un considerable debate académico sobre las funciones que las distintas potencias europeas dieron a estos jefes[9]. El tema principal se ha centrado en la diferencia entre el dominio directo e indirecto, entre la delegación de la autoridad europea en los gobernantes africanos y la mediación europea en la autoridad tradicional que disfrutaban estos gobernantes. Mientras que el interés, fundamentalmente erudito, se ha dirigido a la distinción entre las formas de control británicas y francesas en el Africa subsahariana, donde los procedimientos, si no los últimos efectos, eran característicos, la cuestión quizás esté mejor enfocada en una perspectiva histórica por una revisión general de la política continental, pero prestándose una atención especial a las actividades de los británicos y franceses.

La explicación más famosa sobre la importancia de la «autoridad nativa» en el orden colonial fue la de Lugard, quien englobó en una teoría el método de dominio más discutido e imitado: el dominio indirecto. Así, con tantos administradores en la esfera colonial, hizo de una extendida necesidad una virtud, pero pocos fueron los que escribieron tan persuasivamente de esa virtud.

Enfrentado al extenso territorio de Nigeria del Norte, que debía administrar tras la transferencia de la autoridad de la Royal Niger Company al Estado, y limitado por la escasez de hombres y de fondos, Lugard comprendió que cualquier sugerencia sobre control directo estaba fuera de lugar. Pero tal conclusión también estaba apoyada por su creencia, que ya se había formado durante su anterior servicio en Uganda, de que el uso de instituciones indígenas ya existentes era el mejor método de administración colonial. En su servicio como alto comisario de Nigeria del Norte entre 1900 y 1907, Lugard desarrolló por tanto su práctica general y ofreció una detallada explicación de ella en sus muchas instrucciones a los administradores, que se publicaron con el título de *Political Memoranda*.

El mejor resumen de su política se encuentra en un conjunto de instrucciones que repartió entre sus funcionarios en 1906, en las que abogaba por «un único gobierno en el que los jefes nativos tengan deberes bien definidos y un papel reconocido de igual modo que los funcionarios británicos»[10]. La base de lo que llegaría a ser el sistema de dominio indirecto era, pues, de cooperación, no de subordinación, actuando el residente británico principalmente con una función consultiva, no ejecutiva, y el «jefe» africano —en este caso el emir Fulani— continuando con su rol tradicional, que ahora era cuidadosamente dirigido, no rígidamente fijado por la administración colonial impuesta. Con este intento de integrar a los emires en el sistema colonial, Lugard juzgaba conveniente que continuaran en el ejercicio y disfrute de la mayor parte de sus antiguas responsabilidades, funciones y gratificaciones del cargo, de forma que seguirían apareciendo a los ojos de las poblaciones locales como los legítimos dirigentes.

[8] R. Delavignette, 1946, p. 121.

[9] Ver N. Deschamps, 1963; M. Crowder, 1964; M. Crowder y O. Ikime (eds.), 1970; A. I. Asiwaju, 1976(a).

[10] F. D. Lugard, 1919, p. 298.



• *Louis-Hubert Lyautey (1859-1935), general residente francés en Marruecos en 1912-1925.*

Si, entonces, lo esencial del dominio de Lugard era la utilización de autoridades ya existentes con capacidades ya existentes, se esperaba algo más. Se esperaban modificaciones en las actitudes europeas en temas tales como justicia e impuestos [11]. «La gran tarea del dominio indirecto», escribió el biógrafo de Lugard en un artículo en el que defendía su política, «es mantener los lazos, conservar la participación equitativa en la que los africanos puedan adoptar su propio equilibrio entre conservadurismo y adaptación» [12]. Esta tarea dependía en gran medida del conocimiento que los administradores europeos tuvieran de las costumbres e instituciones locales —y, por supuesto, de la predisposición de las autoridades locales para llevar a cabo tales ajustes hacia la modernización dentro del contexto de su propias instituciones.

Este amplio esbozo del dominio indirecto en Nigeria del Norte puede ser equiparado con otros que, como el de Lugard, tuvo mayor éxito en regiones en las que proliferaban las instituciones políticas musulmanas. Llegando más allá del ámbito de Africa, a esta forma de administración indirecta se le dio en primer lugar una definición teórica por parte de los franceses. Lo que denominaron como una *politique d'association** recibió un considerable reconocimiento al final del siglo y fue entusiásticamente contrastado con el antiguo ideal de asimilación política. El teórico colonial conservador, Jules Harmand, ofreció una de las mejores explicaciones de esta política en una amplia parte de su influyente ensayo *Domination et colonisation***, publicado en 1910. Asociación, expuso allí, es «la administración indirecta, con la dirección de las instituciones de los pueblos conquistados, conservada pero mejorada, y respetuosa con su pasado» [13]. Con la publicación en 1923 de *La mise en valeur des colonies françaises*, de Sarraut, ya citado, esta política obtuvo el aura de santidad oficial.

Originalmente propuesta para Indochina, y más tarde extendida como política a Africa, «la asociación» estaba, a pesar de todo, geográficamente limitada como práctica colonial. Sólo en Marruecos fue seriamente considerada por los franceses, y allí ante todo por la atención prestada a los asuntos indígenas por el general residente, Louis-Hubert Lyautey, quien, en los años iniciales del protectorado, gobernó con pocas restricciones por parte del gobierno metropolitano. En todo Marruecos se conservaron las formas del estado de gobierno civil, mientras que a nivel local las actividades administrativas eran sorprendentemente similares a aquellas propuestas por Lugard. El *contrôleur civil**** francés debía desempeñar una función consultiva, no supervisora con respecto al cadí, un funcionario musulmán que desempeña funciones de magistrado, de acuerdo con el *shari'a*. Una disposición comparable existía en la parte de Marruecos dominada por España, donde el cadí era guiado en sus funciones por el interventor, réplica española del *contrôleur civil*. El cadí era también contratado administrativamente,

[11] En Nigeria, las modificaciones llevadas por el dominio indirecto en la práctica han sido cuidadosamente documentadas en O. Ikime (ed.), 1980, capítulos 25, 26, 27.

[12] M. Perham, 1934, p. 331.

* Política de asociaciones. En francés en el original. *(N. del T.)*

** Dominio y colonización. En francés en el original. *(N. del T.)*

[13] J. Harmand, 1910, p. 163.

*** Controlador civil. En francés en el original. *(N. del T.)*

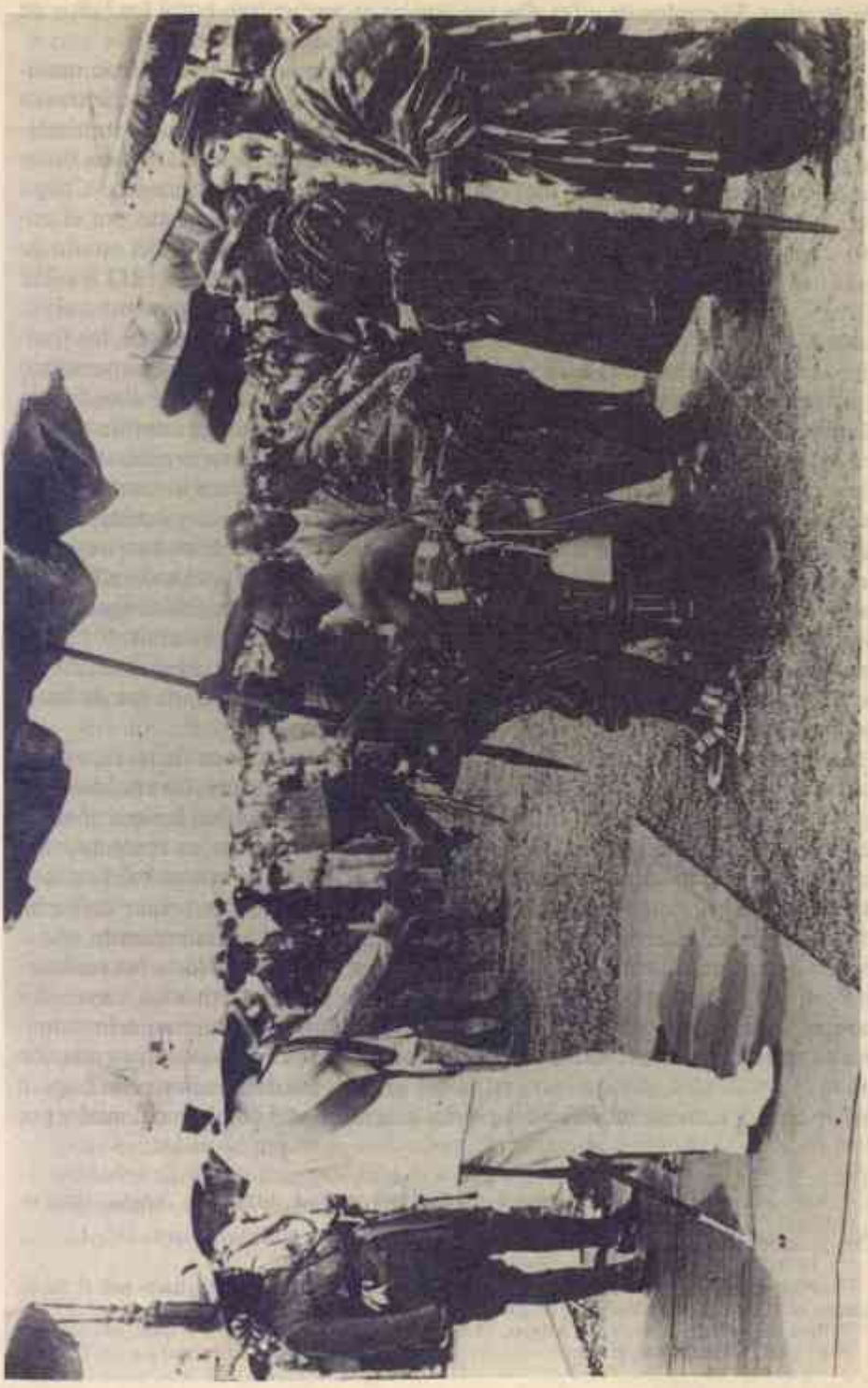
como antes en la Somalia italiana, pero allí estaba acompañado en las responsabilidades del gobierno local por jefes designados.

En teoría, tal administración indirecta se aplicaba asimismo a las actividades coloniales francesas al sur del Sáhara, pero de hecho en la práctica existía una gran divergencia. En una afirmación generalmente calificada como la más descriptiva de los métodos que los franceses realmente perseguían en esta región en el período de entreguerras, el gobernador general del Africa occidental francesa, Joost Van Vollenhoven, recalcó en 1917: los jefes «no tienen poder propio, ya que no existen dos autoridades en el *cercle*...; ¡sólo hay uno! Sólo el *commandant du cercle* gobierna; sólo él es responsable. El jefe nativo no es más que un instrumento, un auxiliar» [14]. A pesar de los pronunciamientos oficiales, por lo tanto, los franceses utilizaban a las autoridades indígenas no indirectamente, sino directa y subordinadamente en una administración colonial. Y de forma parecida también los portugueses.

El método de gobierno indirecto de Lugard fue inicialmente un éxito en Nigeria del Norte, aunque desacreditado por algunos críticos como excesivamente conservador [15]. Y fue entonces extendido tras la guerra a buena parte del Africa británica, incluyendo las recientemente adquiridas posesiones alemanas de Tanganica y Camerún. Incluso fue adoptado por los belgas para su aplicación en el Congo después de 1920. Aunque en ningún otro lugar se dieran condiciones tan óptimas y resultados tan afortunados como en la región de Hausa-Fulani de Nigeria, los británicos intentaron seguir los contornos de las costumbres locales de forma que incluso las instituciones recientemente creadas, como los consejos locales, estaban en consonancia con las formas indígenas de organización. La notoria excepción, no obstante, fue Sudáfrica, donde el concepto de «autoridad nativa» fue el medio por el que la minoría blanca aseguró la administración local de los africanos ahora desplazados por la política segregacionista a reservas territoriales.

En todo el Africa subsahariana durante el período de entreguerras, el jefe se convirtió en un agente administrativo y no en una «autoridad nativa» y sus atribuciones y poderes tradicionales quedaron muy debilitados o reducidos. Este cambio de posición, incluso en regiones sometidas al dominio indirecto, se explica fácilmente. De forma muy obvia, las funciones tradicionales fueron ampliadas por nuevas demandas, tales como la recaudación de impuestos, el empadronamiento, el reclutamiento de mano de obra y los alistamientos militares. Allí donde a los ojos de los europeos no aparecían individuos satisfactorios en posiciones de autoridad tradicional, otro personal, tales como veteranos, funcionarios o empleados no comisionados, fueron instalados como jefes. Este fue especialmente el caso en las colonias francesas y portuguesas, donde las funciones locales para el reclutamiento de personal para los cargos de jefatura eran violados la mayoría de las veces. Así, los jefes eran a veces dotados con un significado político que no había sido previamente inherente a su cargo, en otras ocasiones fueron instalados en sociedades acéfalas donde anteriormente no tenían ningún cometido ad-

[14] J. van Vollenhoven, 1920, p. 207.
[15] Para una valoración reciente, ver S. Abubakar en O. Ikime (ed.), 1980.



• *El dominio indirecto en acción: el Príncipe de Gales recibiendo a los jefes en Accra, de visita en la Costa de Oro, 1925.*

ministrativo. Ejemplos de estas dos tendencias se encuentran entre los igbos de Nigeria, los kikuyus de Kenia y los langis de Uganda del Norte [16].

Con el establecimiento de la administración europea, los jefes fueron manipulados igual que personal administrativo que pudiera ser nombrado de nuevo o destituido para satisfacer las necesidades coloniales. Las jefaturas se suprimieron allí donde se consideraron superfluas y creadas donde se consideraron útiles a la colonia. Quizás el ejemplo más notorio de este proceso ocurriera en el Congo belga (actual Zaire) donde, después de 1918, las reformas propuestas por el ministro colonial, Louis Franck, condujeron a una drástica revisión del estado de cosas colonial. El número de *chefferies** fue reducido de 6.095 en 1917 a 1.212 en 1938. Además, se introdujo un servicio administrativo completamente nuevo, llamado *le secteur***, con propósito de consolidación. En líneas similares, los franceses también crearon en el Africa occidental una nueva unidad, el agrupamiento de aldeas en un *cantón*, que, en palabras de un gobernador, «está subordinado a la autoridad de un *agente administrativo indígena* que toma el nombre de jefe de cantón» [17]. En Libia, la población fue sometida a una nueva organización administrativa por un real decreto de 31 de agosto de 1929 que permitió ampliamente la división de los pueblos nómadas de la colonia en «tribus» y «subtribus» a juicio del gobernador y con el consejo del comisario regional. E incluso los británicos efectuaron tales cambios en el distrito oriental de Nigeria cuando allí se impuso el gobierno indirecto. Enfrentados con un amplio número de dirigentes locales cuya esfera de autoridad eran por entonces incapaces de discernir, los británicos introdujeron el principio del jefe autorizado, cuya autoridad se extendía sobre distritos con muchos miles de personas, pero derivaba directamente de la orden promulgada por el gobierno colonial [18].

Operando como un agente disruptivo en contacto con estos factores, estaba el administrador local. Cualesquiera que fueran sus intenciones, invariablemente se convertía en un jefe sustituto. Tal como Delavignette describió la situación con satisfacción, el administrador colonial no era un administrador en absoluto, sino un jefe, reconocido como tal por la población africana que estaba bajo su control. Su función principal, como afirmó inequívocamente, «es actuar como un jefe» [19]. El papel reservado y no entrometido que Lugard había esperado que el residente británico desempeñara habitualmente en Nigeria del Norte fue rechazado por los administradores franceses y portugueses en sus territorios, cuyos dos cuerpos se destacaban en el ejercicio de la autoridad local. En tanto que los administradores de la Somalia italiana se acercaron más a los británicos en su relación con los jefes locales, incluso entre estos dos grupos, las declaraciones de Lugard fueron necesariamente modificadas por las exigencias del dominio colonial y por

[16] Sobre este tema ver particularmente R. Tignor, 1971; J. Tosh, 1973; A. E. Afigbo, 1972; W. R. Ochieng; C. Muriuki en B. A. Ogot (ed.), 1972.

* Jefaturas. En francés en el original. *(N. del T.)*

** El sector. En francés en el original. *(N. del T.)*

[17] «Programme d'action économique, politique et sociale», 1933, p. 185; citado por J. Suret-Canale, 1971, p. 323. Comillas en el original.

[18] Para más detalles, ver A. E. Afigbo, 1972.

[19] R. Delavignette, 4946, p. 29.

la personalidad de los individuos que lo ejercían. La compenetración verdaderamente sutil y empática que el dominio indirecto lugardiano realmente requería para triunfar rara vez se encontraba entre los funcionarios coloniales que servían en Africa. De modo más significativo, el nuevo conjunto de requisitos sociales impuestos por el colonialismo era bastante ajeno a las costumbres africanas, y por lo tanto fue incorporado a las instituciones indígenas sólo mediante un proceso de distorsión.

OBJETIVOS E IMPOSICIONES DEL COLONIALISMO

Más allá de la retórica oficial, los objetivos mundanos de la colonización resultaron ser bastante limitados. En su forma más pura, éstos consistían en mantener el orden, evitar grandes gastos financieros y en organizar una mano de obra, inicialmente para portear y más tarde para construcción de carreteras y ferrocarriles pero también con objetivos comerciales. En la práctica general, estos objetivos se añadieron a las funciones del dominio local y fueron llevados a cabo de tres formas: un cambio de dirección de los sistemas de justicia, uso de mano de obra forzada y gravamen de impuestos personales. Los dos últimos eran los más perturbadores en las instituciones coloniales, mientras que el primero fue, quizás, el más acertadamente revisado de todos por parte de los europeos.

La introducción de instituciones judiciales europeas habitualmente se llevaba a cabo prestando atención al derecho consuetudinario africano y al derecho musulmán, allí donde éste existía también, como, por ejemplo, en la Somalia italiana; pero los efectos eran, a pesar de todo, modificadores. Como ha recalcado lord Hailey, el concepto básico del derecho europeo diferia marcadamente del de los sistemas africanos, ya que estaba encaminado hacia el castigo del culpable y no a la reparación al agraviado [20]. A menudo, se daban intentos coloniales por conseguir un acuerdo judicial diárquico en el que los litigios civiles que implicaran a africanos fueran resueltos de acuerdo al modo legal precolonial, mientras que el derecho penal y los litigios que implicaran a europeos recaían directamente en la jurisdicción colonial.

No obstante, en todas partes, con la notoria excepción de las colonias portuguesas, se desarrolló o reforzó un sistema de tribunales, de acuerdo con las necesidades africanas, según se percibió por parte de los europeos [21]. En la primera década del siglo, hubo intentos especiales por parte de los italianos en Somalia y de los alemanes en el Africa oriental por ampliar la función judicial de los jefes africanos o de los magistrados. En el mismo período, el más elaborado y triunfal de tales esfuerzos se dio en la otra costa: la puesta en práctica de Lugard de los «tribunales nativos». Componente de su tríptica «administración nativa», el «tribunal nativo» era, en su mente, un instrumento por medio del cual «inculcar un sentido de responsabilidad y desarrollar algún sentido de la disciplina y respeto

[20] Lord Hailey, 1957, p. 591.
[21] Para un fascinante estudio jurídico de este proceso, ver O. Adewoye, 1977.

a la autoridad entre una comunidad primitiva»[22]. Presidido por africanos, y dirigidos principalmente a asuntos locales, estos tribunales debían ajustarse tan estrechamente como fuese posible al derecho consuetudinario africano, modificado solamente allí donde las costumbres básicas no estuvieran en concordancia con las normas inglesas fundamentales. El modelo lugardiano fue implantado en muchas posesiones británicas y en los territorios bajo mandato y también fue emulado por los belgas en el Congo.

El contraste directo con este método era el francés, que tendía a eliminar la autoridad africana, haciendo finalmente del administrador el titular judicial responsable. No obstante, el elemento más característico e injusto en el sistema francés era el *indigénat*[23]. Empleado por primera vez en Argelia en la década de 1870, este dispositivo fue importado al Africa occidental francesa en la década de 1880 y se mantuvo institucionalmente operativo allí, así como en Argelia, hasta el final de la segunda guerra mundial. Regulado por un decreto de 1924, permitía a cualquier administrador francés imponer penas de hasta quince días de cárcel y multas por una serie de infracciones, que iban desde la falta de pago a tiempo de los impuestos a mostrar descortesía hacia los funcionarios franceses.

Más penetrantes en efecto que los sistemas legales eran los impuestos personales con que todos los africanos varones se encontraron finalmente. Esencialmente diseñados como uno de los medios por los que hacer el esfuerzo colonial financieramente autosuficiente, estuvieron también inspirados por la idea de que forzarían a los africanos a participar en iniciativas económicas europeas y extenderían la economía monetaria. A principios del siglo XX estos impuestos se regularon como no lo fue ninguna otra institución colonial, habiendo experimentado lo que parece ser un claro ciclo evolutivo[24]. El impuesto de las «cabañas» era una obvia forma de dominio en los primeros años, y también era una fuente de considerable controversia y protesta africana[25]. Fue sustituido de forma general, hacia la segunda década del siglo XX, por un impuesto de capitación que permaneció como forma dominante hasta el fin del régimen colonial. En el período de entreguerras, hubo intentos de graduar este impuesto sobre una base regional o sobre un gravamen de la potencial producción de la tierra. Por último, existía el impuesto sobre la renta, introducido en la década de 1920 en varios territorios británicos y en el Congo belga, pero por entonces sólo afectaba a los no africanos, quienes generalmente eran también los únicos con suficientes ingresos para poder pagarlo.

Dentro de este modelo general existían muchas distinciones regionales; la más notoria fue aquella conectada con la idea de Lugard de la «autoridad nativa». Como escribió en su *Dual Mandate*, el «impuesto... es, en cierto sentido, la base de todo el sistema, ya que proporciona los medios para pagar al emir y a todos sus oficiales»[26]. La institución a través de la cual se realizaba el proceso era el

[22] F. D. Lugard, 1929, p. 548.
[23] Para un estudio detallado reciente, ver A. I. Asiwaju, 1979.
[24] Lord Hailey, 1957, p. 676.
[25] Ver el previo capítulo 6.
[26] F. D. Lugard, 1929, p. 201.

«tesoro nativo», una idea original de sir Charles Temple, al servicio de Lugard en Nigeria del Norte. A cada autoridad nativa se le devolvía un porcentaje de los impuestos recaudados en su distrito. Esta suma debía formar parte de un «tesoro nativo» más tarde engrosado por distintas cuotas de licencias y multas recaudadas en los tribunales. De esta suma, el emir o jefe debía extraer sus propios ingresos y suministrar el sueldo a sus subordinados. Los fondos remanentes debían utilizarse en servicios públicos y en mejoras. El sistema, originalmente empleado en los emiratos, se extendió con el dominio indirecto no sólo a las posesiones británicas en ambas costas, sino también al Congo belga.

De todos los dispositivos coloniales, el sistema tributario fue el que más obviamente alentó el desarrollo burocrático del dominio colonial. Asignó una función común al administrador y al jefe africano, quienes gravando y recaudando impuestos, a menudo conjuntamente con los consejos locales de ancianos o notables, recordaban a todo el mundo el poder regulador del nuevo sistema [27]. Es más, tras los recaudadores de impuestos como tales, pronto aparecieron funcionarios administrativos que se convirtieron en parte de la nueva élite colonial. Los más chocantes y controvertidos de entre ellos eran sin duda los *akidas*, utilizados por los alemanes en Africa oriental. Funcionarios que hablaban el swahili y que trabajaban en la costa antes de la dominación europea, fueron empleados en posiciones redefinidas, tanto para recaudar impuestos como para contratar mano de obra para la administración alemana. En 1936, fueron designados unos empleados africanos especiales para recaudar impuestos en Rhodesia del Norte (actual Zambia), otro indicativo de esta tendencia burocrática.

La introducción de impuestos monetarios fue acompañada en breve por los impuestos de trabajo, la más obvia expresión de los intentos europeos por lograr a la fuerza que el trabajo formara parte de la organización económica del esfuerzo colonial. El *impôt de cueillette*, el impuesto por el que el caucho natural era recolectado en el Estado libre del Congo, fue el más criticado de tales impuestos, pero en duración la *prestation* francesa, un impuesto de trabajo exigido a todos los varones del Africa occidental y ecuatorial francesas salvo que fuera eximido por el pago en metálico, fue la más larga; no se abolió hasta 1944. A la inversa, los alemanes en Camerún permitieron que el impuesto de capitación fuera eximido por un «pago» en trabajo. Y en algunas partes de Uganda, los británicos continuaron con el *luwalo*, un impuesto precolonial de obras públicas de un mes de trabajo, hasta 1938, cuando fue sustituido por un impuesto monetario. Sin embargo, tales impuestos eran la excepción a los dispositivos de trabajo obligatorio empleados por todas las potencias coloniales.

Firmemente preocupados por la escasez de mano de obra para los nuevos proyectos y nuevos empleos que el dominio colonial soportaba, los administradores europeos impusieron su dominio antes del fin del siglo por medio de un sistema de auténtica requisa, a menudo satisfaciendo objetivos tanto privados como públicos. Es verdad, que tal trabajo obligatorio directo declinó a principios del siglo

[27] Lugard alabó en particular las virtudes del impuesto personal al reseñar «el reconocimiento del principio de que cada individuo, en proporción a sus medios, tiene una obligación hacia el Estado...» *ibid.*, p. 232.

XX, debido a la decreciente necesidad de porteadores así como a la creciente preocupación respecto a la opinión internacional. Pero estas prácticas, aunque modificadas, permanecieron como parte integral del dominio colonial hasta la segunda guerra mundial. Al menos este fue el caso de los gobiernos coloniales franceses que, como en Africa occidental, aún empleaban gran número de africanos a través de la *prestation*, en particular en la construcción del ferrocarril hasta después de la segunda guerra mundial. Por otra parte, los funcionarios coloniales franceses sancionaban frecuentemente el reclutamiento de mano de obra con objetivos comerciales, como en las plantaciones de caucho del Africa ecuatorial o en los bosques de la Costa de Marfil [28]. Los abusos por entonces aún eran suficientemente intensos como para levantar expresiones de indignación pública, muy bien destacado en el famoso comentario de André Gide en su *Voyage au Congo* (1927).

Si bien las formas más opresivas de regulación de mano de obra fueron aquellas encontradas en el Africa sudoccidental alemana y en la Unión de Sudáfrica. Las políticas de la Unión fueron, por supuesto, llevadas al Africa sudoccidental cuando se convirtió en territorio bajo mandato tras la guerra, pero la política alemana antes de esto era curiosamente similar en naturaleza y severidad a aquélla concebida en la Unión. Se impusieron leyes de paso, así como documentos de identidad, ambos regulando el movimiento de los africanos; los africanos sin contratos laborales estaban sujetos a leyes de vagabundeo; y los contratos laborales estaban diseñados para dar una enorme ventaja al empresario alemán. En la Unión, también existían leyes de paso y decretos contra el vagabundeo, por las que las penas impuestas, aun las mínimas, se pagaban en trabajo. El decreto de nativos (zonas urbanas) de 1923 y el decreto de administración nativa de 1927 reforzaron las leyes de paso previas, mientras que otros decretos, tales como el decreto de aprendizaje de 1922, restringieron eficazmente las formas de trabajo a las que pudieran dedicarse los africanos.

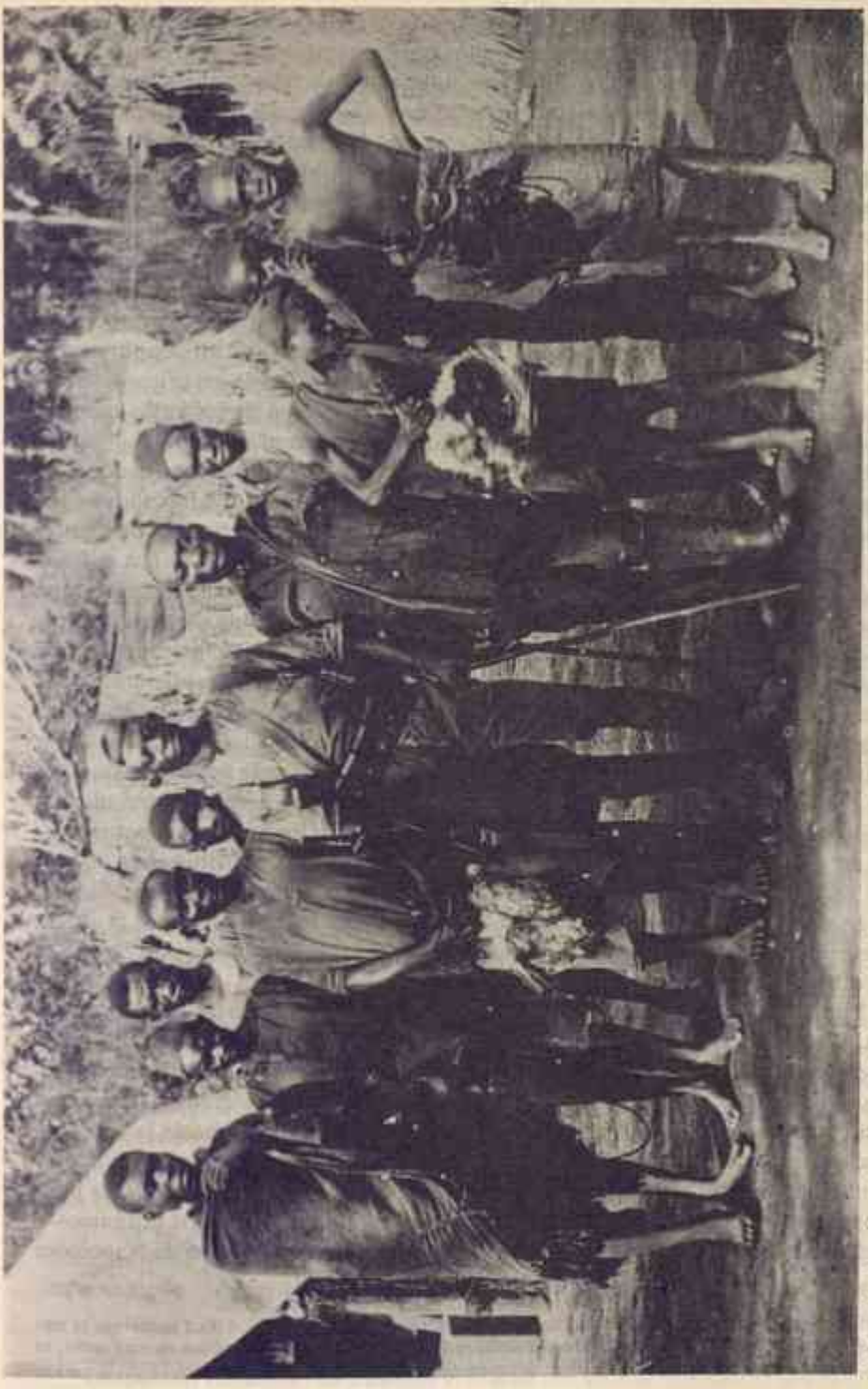
MEDIOS DE CONTROL Y ADMINISTRACION

Cualesquiera que fueran la variedad de teorías y métodos de la dominación colonial sugeridos y llevados a cabo en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, se evidencia un modelo incipiente de dominio burocrático. Por entonces la dominación se había desplazado del control militar al control institucional civil, mientras que la fuerza directa tendía a ser reemplazada por la persuasión administrativa. Este cambio, no obstante, no negaba en modo alguno el hecho de que la *ultima ratio** de la autoridad colonial estaba representada por las armas europeas.

Como sus más ardientes defensores estaban deseando recalcar, el dominio colonial fue ganado por la espada y así mantenido. Con esta máxima en mente, todas las potencias europeas utilizaron elementos reclutados de la población indíge-

[28] El caso de la Costa de Marfil ha sido tratado por Z. Semi-Bi, 1973, y por R. P. Anouma, 1973.

* Ultimo argumento. *(N. del T.)*



• *Mano de obra forzada: askaris del Africa oriental reunen mano de obra para la administración civil, cerca del río Ruwu, abril de 1917, durante la campaña del Africa oriental alemana.*

na en sus establecimientos militares. Aunque la organización y la efectividad variaban ambas de acuerdo a la región y a los objetivos nacionales particulares, tales tropas coloniales ejecutaban fundamentalmente funciones policiales en el período de entreguerras, siéndoles incorporadas fuerzas policiales de reciente creación con esta misión. Sin embargo, debido a que con frecuencia servían en regiones geográficas cultural y étnicamente extrañas para ellos, los soldados africanos, separados así de su propia sociedad, fueron a menudo recibidos con hostilidad por las poblaciones locales a las que tuvieron que enfrentarse. Como resultado de esta condición y, además, por la negativa europea a dar posiciones de mando a los africanos, el ejército nunca llegó a jugar en los movimientos de independencia el papel político que protagonizaron los ejércitos en Asia o en el Próximo Oriente. De hecho, la única potencia colonial que elaboró una significativa política militar para los africanos bajo su dominio fue Francia que, desde los primeros años del siglo XX, consideró al Africa subsahariana una reserva de soldados esencial para el mantenimiento de la postura militar francesa en el mundo.

No obstante, incluso en el período de entreguerras, calificado por los contemporáneos como de «paz colonial», las actividades militares aún interrumpían los asuntos africanos de una forma violenta. El manifiesto deseo europeo de mantener Africa tan militarmente neutral como fuera posible, de hecho nunca se llevó a cabo. Los franceses presentaron una ley de reclutamiento en 1919 por la que se debía obtener un contingente africano de 10.000 hombres anualmente; los británicos crearon una fuerza de defensa de Sudán, engrosada exclusivamente por sudaneses, así como por oficiales británicos, pero principalmente orientada a las necesidades estratégicas imperiales en el Próximo Oriente, así como en el Africa oriental. La *force publique* del Congo belga, que presentaba las cualidades tanto de ejército de ocupación como de fuerza policial, fue utilizada a menudo durante este período para sofocar la resistencia expresada bajo la forma de movimientos religiosos sincretistas[29]. A escala de guerra declarada, los acontecimientos pueden ser medidos fácilmente. La campaña italiana para someter Libia en la década de 1920, y el esfuerzo español y francés por resolver la guerra del Rif en Marruecos en el mismo período, son evidentes. Pero son superados en alcance por la guerra de rapiña emprendida por Mussolini contra los etíopes, un hecho con el que se cerró trágicamente el período aquí considerado.

Esta relación de los despliegues militares en Africa en el período de entreguerras, no menoscababa seriamente la afirmación de que las intenciones divergentes entre método y práctica colonial europeos parecen ser retrospectivamente las más significativas. Caben pocas dudas de que la burocratización colonial proporcionó una preparación parcial para el involuntario movimiento hacia la independencia nacional. Las configuraciones de una nueva élite política estaban apareciendo lentamente, en la medida en que los empleados de menor grado y los jefes designados en varios servicios coloniales —pero especialmente en los británicos— estaban aprendiendo a aplicar, si bien modestamente, el imperativo de Napoleón:

[29] De entre los diversos estudios del desarrollo histórico del ejército en el Africa moderna, la mejor introducción breve, y de la que generalmente se han resumido los comentarios en este texto, es J. S. Coleman y B. Belmont Jr. en J. J. Johnson (ed.), 1962.

«Carreras abiertas al talento». Centros de capacitación, tales como la escuela William Ponty en Dakar, estaban encargados de la preparación de educadores y administradores, sobre los que la administración colonial dependería cada vez más. Principalmente en las regiones urbanas, el «cambio de aire» se estaba gestando lentamente.

Si bien esto no es lo que los administradores coloniales europeos realmente pretendían. Aun cuando enfatizaron la «soberanía nativa», lo hicieron con la idea de que el bienestar de las poblaciones africanas sólo podría ser garantizado y estructurado social y económicamente de forma eficaz por ellos. Un buen gobierno y un gobierno independiente eran, como recalcó una vez lord Cromer, objetivos opuestos en un contexto colonial. De esta forma, el sistema colonial existía como autoritario, y no estaba de ningún modo significativo calculado para conferir poder político a los africanos a los que supuestamente servía. Su característica más común era la del paternalismo, con una responsabilidad compartida, en el mejor de los casos, sólo en áreas de amplio asentamiento blanco. La historia de los cambiantes propósitos e interpretación de la «soberanía nativa» en Kenia es ilustrativo de este problema. El Libro Blanco de 1923 utilizó el concepto como un dispositivo por medio del cual rechazar las demandas de la población india para una representación equitativa en los asuntos de la colonia. Subsiguientes libros blancos publicados en 1927 y 1930 calificaron el concepto, y contenían concesiones a la creciente población residente blanca a la que ahora se le permitía incorporarse a las responsabilidades de la «administración fiduciaria». La soberanía nativa, por tanto, no implicaba realmente un dominio de los intereses africanos, sino simplemente respeto por ellos.

Incluso allí donde se implantaron instituciones parlamentarias para proporcionar un nivel de gobierno colonial responsable, este arreglo se efectuó de forma que se garantizaba la preponderancia blanca. En Argelia, por ejemplo, un sistema electoral de dos colegios, sancionado por la ley Jonnart de 1919, proporcionaba una participación árabe proporcionalmente más baja que la europea en las *délégations financières**, el incipiente cuerpo parlamentario que representaba grupos de interés, y no áreas geográficas. En Sudáfrica, los africanos no disfrutaban de ningún papel en los procesos parlamentarios que allí se desarrollaron. El decreto de representación de nativos eliminó eficazmente a los africanos de las funciones electorales de la colonia de El Cabo, y limitó su condición política en toda la Unión a la elección de un reducido número de blancos que debían representar los «intereses nativos». En estas dos principales colonias de asentamiento blanco, exactamente igual que en todas las demás colonias en donde se encontraran europeos residentes, la minoría demográfica representaba de hecho la mayoría política, impidiendo así cualquier parecido con el gobierno democrático según el modelo europeo.

Si bien en general los efectos políticos de los distintos métodos coloniales eran históricamente más semejantes que divergentes, las distinciones en el método eran importantes en la preparación de la regulación de la trasmisión colonial. En gran

* Delegaciones financieras. En francés en el original. *(N. del T.)*

medida, el dominio colonial fracasó finalmente en Africa, debido a la decreciente habilidad —una combinada condición financiera, militar y moral— de los europeos para mantenerlo ante la presión nacionalista africana. Sin embargo, dentro de la década final del colonialismo, los métodos preestablecidos de control fueron influyentes al determinar el proceso de cambio. Los asuntos administrativos de identidad y diferenciación, de centralización y autonomía local llegaron entonces a ser efectivos y determinantes. La transmisión más suave de poder, como se verá en el volumen final de esta historia, fue aquélla realizada a través del «sistema Westminster» inglés, la consecuencia de los consejos legislativos coloniales a través de los cuales se desarrollaron los métodos de oposición política, como se evidencia más en la independencia de la Costa de Oro como Ghana. El cambio más radical fue aquél que ocurrió en Argelia francesa y, más recientemente, en las colonias de asentamiento portuguesas de Angola y Mozambique, donde el planteamiento asimilacionista sostuvo que estas áreas eran extensiones ultramarinas del Estado colonial.

La diversidad de métodos coloniales no era tan importante históricamente como lo fue la similitud de la valoración de la situación colonial. A pesar de las declaraciones encerradas en los documentos de la Sociedad de Naciones, y con desprecio de sus debilitadas posiciones globales como resultado de la guerra mundial, las potencias europeas en Africa no albergaban intenciones de transmisión política durante el período de entreguerras. Con excepción de Egipto, Africa se consideraba como el continente en el que el colonialismo sería de muy larga duración, y los métodos coloniales fueron concebidos todos para acomodar los intereses e intenciones europeas. Por lo tanto, la esencial actividad política fue el ajuste de Africa a los objetivos europeos, sin tener en cuenta si la particular práctica colonial seguida era indirecta o no.

Siendo la más importante de todas las tendencias históricas del período de entreguerras, el sistema colonial estableció el marco administrativo general en el que el gobierno nacional sería albergado en la primera década de la independencia. Esta incipiente regularización de la actividad política dentro de una estructura elaborada por los europeos, fue el aspecto principal de modernización que introdujeron los europeos, aunque para sus propios intereses, en el Africa contemporánea de aquel entonces.

Capítulo 14

LA ECONOMIA COLONIAL

W. RODNEY

CONQUISTA Y NUEVAS RELACIONES DE PRODUCCION, 1880-C. 1910

Desde finales del siglo XV en adelante, Africa participó en la economía mundial orientada hacia Europa, como un sector periférico y dependiente. Pero, en vísperas de la imposición del dominio colonial europeo, no había control extranjero directo en la actividad económica cotidiana en suelo africano. Tal situación apareció por un lento proceso tras la pérdida de la soberanía africana. No se puede afirmar que el sistema económico colonial haya alcanzado su plenitud hasta la llegada de la segunda guerra mundial. Los años 1880-1935, por tanto, cubren el establecimiento de las bases de las relaciones de producción características del colonialismo. La oposición y la resistencia africanas mantuvieron a raya a los presuntos colonizadores hasta la segunda década de este siglo y a veces por más tiempo. Los africanos respondieron agresivamente a la tentativa de destruir su independencia económica, como queda de manifiesto por algunas de las más famosas resitencias anticoloniales ya tratadas, como la guerra del impuesto de las cabañas en Sierra Leona, la revuelta bailundu en Angola, las guerras maji maji en el Africa oriental alemana y la rebelión bambata en Sudáfrica.

Los africanos fueron testigos de la primera evidencia física de una nueva economía en forma de construcción de carreteras, ferrocarriles y telégrafos. Las líneas de transportes y comunicaciones fueron un preludio de la conquista y necesarias logísticamente en las zonas ocupadas para que estas últimas pudieran servir de puntos de estacionamiento para una ulterior agresión. Los gobernantes africanos fueron a veces hostiles hacia los europeos que construían una infraestructura de transportes y comunicaciones. Se decía que sus seguidores tiraban abajo los postes telegráficos y rompían las vías del ferrocarril, como en la región de Niger/Senegambia, cuando la presencia militar francesa se manifestó por vez pri-

mera en las décadas de 1880 y 1890[1]. Sin embargo, pocas carreteras o ferrocarriles eran de interés puramente militar; y los mismos ferrocarriles que facilitaron la conquista fueron utilizados para el transporte de cacahuetes, algodón y otros productos.

La economía africana costera fue rápidamente reducida a entidades dependientes dentro de la economía de sus potencias colonizadoras respectivas, mientras que los pueblos del interior eran generalmente los últimos en ser comprometidos en el sistema de recolección de productos, cultivo de cosechas para la venta y trabajo pagado. Fue necesario un considerable gasto para proporcionar, a determinados puertos africanos, amarraderos profundos y con una capacidad viable de descarga[2]; pero esto fue menos oneroso que el capital que se tuvo que invertir en carreteras arteriales o en ferrocarriles que penetraran en el interior. Por tanto, la distancia desde la costa fue uno de los factores determinantes de la rapidez con que la economía colonial pudo ser puesta en marcha.

La variable más decisiva que afectó a la implantación de la economía colonial fue el grado en que las distintas zonas de Africa habían estado ya participando en la economía mundial. Esto se debió en parte a que los europeos preferían la jurisdicción sobre zonas con las que ya estuvieran familiarizados, y en parte a que la orientación del comercio extranjero precolonial hizo que las comunidades africanas fueran más susceptibles a las innovaciones económicas coloniales, tales como el cultivo de cosechas específicamente para la venta a los europeos. Las zonas de esclavos desde Senegal a Sierra Leona, desde Costa de Oro (actual Ghana) a Nigeria y desde el río Congo hasta Angola fueron las extensiones de litoral alcanzadas primero por los colonizadores europeos. En estos lugares, los rasgos de la economía colonial surgieron antes del advenimiento formal del dominio colonial, a causa de los intentos recíprocos africanos y europeos para estimular los productos de exportación que sirvieran como «legítimos sustitutos» de los esclavos. Gobernantes, comerciantes profesionales y otros sectores de la población del Africa occidental advirtieron las ventajas de mantener el nexo del comercio extranjero y el acceso a las mercancías importadas. Naturalmente, la inclinación africana a comerciar con los europeos no siempre se limitaba a la costa. Los europeos sabían que el comercio con el Africa occidental tenía sus raíces en el interior. En realidad, sobrestimaron la cantidad de riqueza que se podía hacer fácilmente si se adentraban en estas fuentes. Esto explica la atención comercial prestada al campo por encima de la confluencia del Níger/Benue, durante las décadas de 1880 y 1890.

En el lado oriental del continente, el comercio en el Océano Indico no estaba dirigido exclusivamente a los países europeos, ni lo estaba tampoco el comercio a larga distancia que salía del Africa oriental controlado por europeos o afroeuropeos. Los colonizadores tuvieron que sustituir a los comerciantes árabes, swahilis e indios. Las experiencias en el Africa oriental subrayan la premisa de que las actividades coloniales se centraron primero en torno a las zonas de Africa que tuvieron una previa participación en el mercado intercontinental. La zona coste-

[1] G. Ganier, 1965; ver también capítulo 6.
[2] R. G. Albion, 1959.

ra de mayor interés para Gran Bretaña y Alemania fue la reclamada por el sultán de Zanzíbar (actual Tanzania), que fue el principal comprador del suministro de marfil, esclavos y clavo cultivado por esclavos a los europeos, árabes, indios y americanos. Saliendo de las ciudades de la costa swahili, los colonizadores europeos siguieron el ejemplo árabe y buscaron los mercados de las rutas de caravanas en la región interlacustre. Hacia mediados de la década de 1880, la lucha ya estaba teniendo lugar por el lago Victoria, en cuyas orillas las empresas coloniales se unieron rápidamente al ya alto nivel de actividad económica africana. Cuando los británicos terminaron su ferrocarril desde Mombasa al lago en 1902 (ver Fig. 16.3), éste atrajo mercancías que habían sido parte del tráfico de caravanas que había existido previamente más al sur, en Tanga y Bagamoyo. Como resultado de la competencia británica, los alemanes empezaron también un ferrocarril desde la costa al interior en 1905, y éste recorría con exactitud la ruta de esclavos y marfil hasta el lago Tanganica. Muy en el interior del Africa central, estaba asimismo la red de comercio árabe que proporcionó a los colonizadores europeos su primera base económica.

El norte de Africa combinó algunos de los aspectos del Africa oriental y occidental, y los presentó en forma intensificada. Los sistemas económicos norafricanos eran, tanto parte de un complejo mediterráneo, como parte de la red africana transsahariana. La experiencia previa con la economía europea permitió a segmentos de la sociedad norafricana adaptarse a la intensificación de la producción hacia Europa y a la difusión de los productos europeos en los mercados locales. Pero la bien definida y explotadora clase dominante estaba decidida a defender las fronteras del Estado, incluso estando dispuesta a entrar en relaciones económicas más estrechas con los europeos. Por tanto, el dominio colonial avanzó a menudo mientras los norafricanos se mantenían en una autoridad nominal y la economía colonial se institucionalizaba antes de la total sojuzgación de los Estados indígenas.

El preludio a la colonización europea de Egipto se remonta a la expedión napoleónica de 1798. La presencia europea en el siglo XIX frustró las innovaciones económicas de Mohamed Alí. El algodón de hilo largo, introducido como fundamento para la industrialización, fue, hacia la década de 1840, la base para la integración de Egipto como productor agrario importante dentro del sistema global capitalista. Tras contribuir al fracaso de la industrialización egipcia, Gran Bretaña y Francia intentaron controlar el comercio egipcio y se introdujeron en el mercado interno de «tierras e hipotecas»[3]. En Argelia, la enconada resistencia contra los franceses no había terminado aún en la década de 1870, pero para entonces el país había albergado ya una afianzada agricultura colonizadora, que constituía el rasgo principal de la economía colonial argelina y que apareció en distintos grados en el resto del Magreb y en Libia. Tunicia se incorporó al período colonial en 1881-2; mientras que Marruecos y Libia fueron anexionados parcialmente en 1912. La economía colonizadora del Magreb fue establecida en intervalos de aproximadamente treinta años, en primer lugar en Argelia desde 1860, des-

[3] C. P. Issawi, 1963.

pués en Tunicia desde 1890 y finalmente en Marruecos desde 1920[4]. Los emigrantes italianos en Libia eran menos que sus colegas franceses en el Magreb, y la agricultura colonizadora en Trípoli tuvo que aguardar la completa derrota del pueblo libio hacia 1931.

A pesar del amplio intervalo de años que abarcaron los puntos de partida de las estructuras económicas coloniales de los territorios norafricanos respectivos, el comienzo del colonialismo, señalado convencionalmente en la década de 1880, es aún apropiado. Las potencias europeas redujeron las estructuras económicas norafricanas a la dependencia colonial principalmente a través del poder del capital financiero. Africa del norte se incorporó al período imperialista cuando se invirtieron grandes cantidades de capital en el Canal de Suez, y cuando se impusieron préstamos a la clase dirigente desde Egipto a Marruecos. Este proceso tuvo su momento culminante hacia 1880, conduciendo al aumento del servilismo de los regímenes locales, y por último a la usurpación de la soberanía por parte de una u otra de las naciones europeas interesadas. Por tanto, mientras que la economía colonial experimentó un período de génesis largo y prematuro en Africa del norte, no se puede decir que hubiera sido establecida definitivamente hasta la década de 1890, cuando el capital de los monopolios ocupó un lugar preeminente en Europa. Las mismas observaciones son aplicables a Africa del sur.

En la época del reparto imperialista el asentamiento europeo en Sudáfrica implicó decenas de miles de blancos manteniendo relaciones económicas con africanos. La independencia económica africana fue socavada por medio de la enajenación forzada de la tierra, mientras que, a instancias de los blancos, se empleó mano de obra africana. Durante el siglo XIX, blancos y negros «se entregaron a la formación de nuevos vínculos económicos y sociales»[5]. Estos nuevos vínculos fueron al principio sólo coloniales, en el sentido de que vinculaban a una minoría extranjera y a una mayoría indígena en posiciones de superioridad/subordinación, pero pronto se convirtieron en el tipo de relaciones coloniales determinadas por la intrusión de capital a gran escala, debido al descubrimiento de diamantes y oro. La industria minera de diamantes y oro de Sudáfrica no se podría haber llevado adelante sin tecnología moderna y concentraciones de capital relativamente elevadas. Ni el gobierno británico ni los monopolios mineros que surgieron a partir de la década de 1870 tuvieron intención alguna de dejar los recursos minerales bajo el control de los bóers o de dar prioridad a los intereses coloniales agrícolas con tierras cultivables, agua, pastos y ganado cuando el subsuelo y la mano de obra africana prometían enormes excedentes exportables a las metrópolis. Las estructuras sociales bóers combinaban elementos de plantación de esclavos, estado feudal y comunidad patriarcal, además de relaciones de producción capitalista. Después del descubrimiento de diamantes en Kimberley (1870), y en especial después del hallazgo de oro en Witwatersrand (1886), la burguesía estaba decidida a imponer su hegemonía sobre todas las estructuras sociales precapitalistas de Sudáfrica, sin tener en cuenta la raza. Las guerras anglo-bóers (1899-1902) fueron también resistencias antiimperialistas, si bien en sentido con-

[4] S. Amin, 1970, p. 256.
[5] C. W. De Kiewiet, 1965, p. 34.

trario, ya que al mismo tiempo buscaban el posterior afianzamiento del colonialismo. La derrota de los intentos bóers de una autonomía colona y el aplastamiento de los pueblos africanos de la región, tratados en el capítulo 9, marcaron la formación de una economía colonial sudafricana que estaba indiscutiblemente encaminada hacia el transporte de materias primas, beneficios y otros factores de producción a las metrópolis capitalistas.

CAPITAL Y COACCION, C. 1900-C. 1920

La resistencia africana ayudó sustancialmente a imponer un ritmo lento en la colonización económica durante al menos las tres décadas entre 1880 y 1910. Además, el interés inmediato de parte del capital de los monopolios europeos era bajo. Africa mereció alta prioridad durante la época mercantilista de acumulación, pero la relativa oscuridad del siglo XIX se prolongó en los primeros años del colonialismo, a pesar del aumento del control político-económico que siguió al reparto y conquista. Contemplado desde el punto de vista del empuje de la inversión global del capitalismo de los monopolios, hasta la primera guerra mundial las cifras concernientes al desarrollo de la economía colonial africana son de poco relieve. La más relevante de estas cifras se refería a importaciones y exportaciones, ya que el sector de importación/exportación era el factor central de la economía colonial. El volumen de mercancías importadas a Africa aumentó lentamente. Con la excepción de Sudáfrica, las listas de importación no estaban encabezadas por maquinaria o artículos de consumo manufacturados de alta calidad. El crecimiento comercial generalmente significó el aumento de las líneas de producción característico de mediados del siglo XIX, y aquéllas no se habían apartado radicalmente de las pautas de la época de la trata de esclavos. Los artículos de algodón siguieron dominando los intercambios europeos con Africa, y en muchos lugares la importación de tejidos de algodón nunca perdió su prioridad a lo largo de todo el período en cuestión, aunque otros artículos de consumo doméstico, como utensilios de cocina, radios, bicicletas y máquinas de coser tardaron más tiempo en ganar popularidad.

La producción de mercancías de exportación en Africa avanzó lenta y no siempre regularmente. El caucho natural, por ejemplo, disfrutó sólo de una momentánea prominencia en el Africa occidental durante la década de 1880. En el Africa oriental y central la más sólida industria de caucho decayó tras una crisis internacional de precio en 1912-13; de modo que a la larga, sólo Liberia llegó a ser identificada con un producto que fue en un tiempo sumamente solicitado por los europeos que estaban entregados a la explotación de Africa. La representación gráfica más habitual de los productos básicos africanos en el contexto colonial incluía una primera etapa en que las cantidades eran insignificantes, que abarcó dos décadas del presente siglo, seguida de una segunda etapa de notable crecimiento hasta 1930. El algodón, el aceite de palma, el café, los cacahuetes y el cacao ilustran tales características en aquellas zonas del continente a las que estaban respectivamente asociados.

Sólo se invirtieron pequeñas cantidades de capital extranjero en la industria

y en la agricultura africanas durante el primer período colonial. Sudáfrica fue de nuevo la excepción obvia, mientras que, en menor grado, Argelia atrajo también capital colono y minero. Sin embargo, el tema de la escasez de capital se puede exagerar[6], puesto que el capital no fue el único medio de movilizar mano de obra y, por lo tanto, el superávit de la economía colonial africana. Por el contrario, fue la coacción la principal arma para conseguir mano de obra y cosechas destinadas a la venta en el mercado. En Europa, el declive del feudalismo y el alza concomitante del capitalismo fueron testigos de la brutal destrucción de la independencia campesina y de la creación de una clase trabajadora, cuyos miembros no tuvieron otra alternativa que buscar trabajo asalariado como medio de supervivencia. En Africa, la autonomía de la economía de las aldeas indígenas tuvo que ser destruida más violentamente incluso, ya que no había mecanismos sociales internos que transformaran el trabajo en productos. Tales fondos europeos, en la medida en que eran útiles para la inversión en Africa, tuvieron naturalmente que entrar en relación con la mano de obra africana. Pero este capital era inadecuado para generar trabajo mediante buenos salarios y altos precios; y desde el punto de vista africano estaba la dificultad inherente de realizar el salto traumático desde las estructuras independientes no capitalistas a las estructuras cuasi capitalistas sometidas al dominio de los centros económicos del imperialismo. En consecuencia, la mano de obra africana tuvo que ser reclutada con la intervención masiva de la fuerza —bien claramente o arropada por las leyes de los nuevos regímenes coloniales—.

Las formas no disimuladas de trabajo forzado y las situaciones apenas encubiertas de esclavitud fueron aspectos destacados del afianzamiento de la economía colonial en Africa. En los primeros años de este siglo, el «contrato de trabajo» portugués en Santo Tomé y los horrores del Estado libre del Congo (actual Zaire) del rey Leopoldo, fueron lo suficientemente escandalosos que se hicieron necesarias algunas reformas o al menos cierta simulación para calmar la opinión liberal de Europa occidental. Ocasionalmente, la clase trabajadora europea se unió a los africanos que resistían para poner remedio a semejante situación. El gobierno imperial alemán tuvo éxito al aplastar duramente los disturbios africanos en Camerún, Africa sudoccidental (actual Namibia) y Africa oriental alemana (actual Tanzania) entre 1904 y 1907; pero de ahí en adelante los socialdemócratas intervinieron para reformar el orden colonial por medio de la legislación en el Reichstag. Cuando el carácter de las colonias alemanas se convirtió en un tema de discusión después de la guerra, Gran Bretaña tomó la delantera en argumentar que se debería desposeer permanentemente a Alemania de sus colonias ya que el colonialismo alemán era supuestamente más coercitivo. Se estructuraron argumentos que imputaban a las autoridades alemanas la continuación de la esclavitud y el extendido uso del látigo. La respuesta alemana incluyó una defensa contra estos cargos y contraargumentos de que los británicos (y los franceses) eran culpables de tales sistemas[7]. La realidad es que el método colonial de producción

[6] S. H. Frankel, 1938.
[7] H. Schnee, 1926.

incorporaba un grado inusitado de coacción, tanto para reclutar mano de obra africana como para mantener la producción.

Al comienzo del dominio colonial el capital privado se encargó a veces de los métodos policiales y de la coacción en su propio nombre. Este fue el caso de las compañías autorizadas y concesionarias que operaban en Africa del sur y central y en Nigeria y Africa oriental alemana. A primera vista, estas compañías parecían no estar controladas en el proceso de acumulación. Sin embargo, soportaban el coste de las intervenciones armadas necesarias para destruir la independencia política africana y para asentar las bases del sistema económico colonial. Eran en realidad desenfrenadamente brutales, en especial donde el reclutamiento de mano de obra se hizo más difícil debido a la dispersa población, como en el Congo francés (actual Congo). Pero las compañías autorizadas no podían arreglárselas con las funciones coercitivas del Estado. Los Estados europeos tuvieron que asumir responsabilidad directa en sus territorios coloniales —generalmente en la década de 1890— y el aparato del Estado colonial establecido localmente supervisaba la economía en nombre de los capitalistas privados. Estos últimos eran compensados generalmente por renunciar a sus privilegios políticos, dejando claro cuáles eran los intereses de clase que estaban siendo fomentados por los regímenes coloniales. La compensación fue un medio de financiar a estas compañías para que establecieran sus empresas sobre una base más segura que la que tenían cuando estuvieron virtualmente en estado de guerra con el pueblo africano.

Los Estados metropolitanos y sus paralelos coloniales en Africa tuvieron que continuar con la coacción estatal para la explotación económica, puesto que la economía colonial tuvo constantemente que ser realizada haciendo frente a la oposición de los africanos. En muchos lugares, la tierra africana tuvo primero que ser embargada antes de que las estructuras socioeconómicas de tipo colonial pudieran prosperar. La infraestructura necesaria de carreteras y ferrocarriles pudo ser trazada sólo con la ayuda del gobierno, una de cuyas facetas era la requisa de mano de obra africana. La utilización de los impuestos para levantar la economía monetaria es un dispositivo demasiado conocido como para que requiera una prolongada elaboración. Los impuestos proporcionaron indudablemente la mayor represión, conduciendo a los africanos en un principio al trabajo asalariado o a la producción de cosechas para la venta; y los consiguientes aumentos de los impuestos intensificaron la implicación africana. Los defraudadores de impuestos fueron empleados, a veces por el capital privado, pero más generalmente por el Estado, para la construcción y mantenimiento de centros administrativos, carreteras y puentes.

Los Estados coloniales discriminaron el tipo de trabajo con que sancionaban en sus colonias. Se suprimieron los restos de esclavitud, ya anacrónicos. El azotamiento y los malos tratos físicos a los africanos por parte de los empresarios europeos eran desaprobados y por regla general se legisló contra ellos hacia la segunda década del siglo XX. Los Estados coloniales, como cualesquiera otros, trataron de conservar un monopolio sobre las formas legales de violencia. Al mismo tiempo, procuraron dar seguridades a los inversores o a los colonos europeos de que el poder del Estado estaba indiscutiblemente a su disposición. Así, el azotamiento por orden del patrón fue simplemente sustituido por flagelamientos lega-

les, a los que se recurría en mucha mayor medida que en el caso de los trabajadores de Europa. Los códigos laborales africanos permanecieron atrasados a lo largo de la década de 1930; la ruptura de contrato era casi invariablemente tomada no como un delito civil sino criminal; y la conclusión unilateral de contrato por parte de los trabajadores africanos se seguía considerando «deserción», con todas las implicaciones militares del término.

Algunas zonas de Africa estuvieron más predispuestas que otras a una orientación hacia el comercio exterior, y algunos africanos habían tomado la iniciativa para establecer relaciones económicas coloniales con europeos. Los africanos occidentales habían estado experimentando nuevas salidas para la exportación desde principios del siglo XIX, mientras que, en contraste, la población del Africa oriental alemana y el Congo belga oriental se habían vuelto hacia el algodón y otros cultivos de exportación sólo a la fuerza. Los mercaderes de caravanas del Africa oriental no habían puesto en contacto con los mercados y productos europeos a un número tan elevado de africanos como fue el caso del comercio precolonial del Africa occidental. En consecuencia, la población local no tuvo un fuerte estímulo inicial para privarse de una parte de su trabajo para sus propias necesidades. Incluso en el Africa occidental, sin embargo, los Estados coloniales a menudo tuvieron que ejercer presión sobre los agricultores para asegurarse de que se unieran a la economía colonial, y que lo hicieran en los términos que el capital europeo dictara. El hecho de que el reparto tuviera lugar en un trasfondo de crisis prolongada y cíclica de la economía capitalista tenía su importancia en este contexto. Por ejemplo, los europeos deseaban un incremento de la producción del cacahuete en Senegal, desde 1883 en adelante, cuando la caída de los precios no ofrecía evidentemente ningún aliciente a los africanos, y los impuestos tuvieron que proporcionar el «ímpetu» dinámico[8]. En zonas donde la dependencia estaba afianzada por el comercio precolonial las relaciones económicas coloniales se extendieron más rápidamente y la cantidad de fuerza necesaria para estimular la economía colonial se redujo —si bien nunca fue eliminada completamente.

La combinación de capital europeo y trabajo africano coaccionado registró un considerable excedente de productos destinados al consumo y exportación europeos. Las cosechas y los minerales se exportaban, y los beneficios se expatriaban a causa de la naturaleza no residente del capital en las compañías mineras y de plantaciones, y en las firmas de importación/exportación. Sin embargo, parte de lo acumulado se reinvertía. Esto permitió al capital de Africa del sur crecer en proporciones impresionantes; y aceleró la monopolización entre las firmas comerciales del Africa occidental, permitiéndoles mantenerse e integrarse con empresas manufactureras y distribuidoras de Europa. En Argelia y Sudáfrica, y en menor medida en Tucinia, Kenia y Rhodesia del Norte y del Sur (actuales Zambia y Zimbabwe) y en Nyasalandia (actual Malawi), la primera afluencia de beneficios de la economía colonial permitió asimismo niveles de vida más elevados, así como mayor viabilidad económica para los colonos blancos.

[8] M. A. Klein, 1968, p. 285.

LA PARTICIPACION AFRICANA EN LA ECONOMIA COLONIAL, 1920-1930

La coacción en las relaciones económicas fue decisiva en los años formativos del sistema económico colonial en Africa; y consecuentemente alcanzó una preeminencia que no reprimieron los epicentros capitalistas. En cierta medida cada economía colonial se hizo menos dependiente de la fuerza exterior y de las sanciones económicas como impulsores principales. Este momento crucial se alcanzó generalmente en primer lugar en las colonias británicas y alemanas, seguidas de las francesas y luego de las belgas y portuguesas. Cuando quiera que llegó, los africanos contemplaron la economía monetaria como «cosas de la vida» —un nuevo orden que no podían cambiar, y al que en muchos casos estaban preparados para recibir—. La nueva fase implicó una elección entre las alternativas presentadas de ganarse la vida y participar en la economía impuesta de producción de mercancías. El Africa colonial produjo una amplia gama de exportaciones agrícolas y mineras; pero, para cualquier comunidad africana, sólo una única opción podría haber sido válida localmente —quizá cuidando vides en una granja europea o cultivando un acre de algodón o bajando diariamente al pozo de una mina—. Las verdaderas alternativas estaban restringidas por la ecología y la política de una administración colonial determinada. A pesar de esto los africanos influyeron en las condiciones en las que se vieron envueltos. Empezaron por expresar sus opiniones sobre los índices de salarios y los precios; y por último se vieron abocados a discutir toda la variedad de cuestiones sociales y políticas que se derivaban de, y afectaban a, la economía colonial.

Ninguna fecha concreta señala el comienzo de la fase precedente para el continente en su totalidad. Se superpone con la conquista y con el período de predominio de las relaciones económicas coercitivas. En el Africa ecuatorial francesa y en los territorios portugueses la primitiva coacción continuó hasta la década de 1930. La transición debe ser valorada con relación a cada colonia, y a las regiones geográficas dentro de una misma colonia. En varios lugares, la economía colonial se había estabilizado hacia finales de la primera década del siglo XX. Fue interrumpida luego por la primera guerra mundial y restablecida de aquí en adelante en un más alto nivel.

La minería dominó el sistema económico de postguerra en Africa del sur, y estuvo a punto de transformar toda la región en una economía colonial única. En primer lugar, el proceso de monopolización y de cartelización aseguró la hegemonía del capital a gran escala en la luego Unión de Sudáfrica, Africa sudoccidental y las dos Rhodesias. En segundo lugar, el poder económico de los centros mineros era tal que requería, y se les proporcionó, una vasta fuente de mano de obra, que se extendía a zonas donde la minería no era la principal actividad económica —notablemente, los territorios de la alta comisión (Basutolandia, actual Lesotho; Bechuanalandia, actual Botswana; y Swazilandia), Nyasalandia, Mozambique y Angola—. La connivencia entre los portugueses y el régimen de Sudáfrica continuó para asegurar una afluencia permanente y constante de trabajadores desde Mozambique y Angola. Esto era una reminiscencia de la esclavitud, pero la paradójica realidad es que el viaje a las minas se convirtió en un objetivo

altamente deseable por parte de muchos africanos. El colonialismo creó grandes desigualdades en Africa del sur. Se introdujeron grandes concentraciones de capital en unos cuantos puntos, fuera de los cuales la actividad económica estaba en decadencia. Dondequiera que residieran los africanos caían en la obligación de pagar impuestos, y buscaban artículos de consumo que tuvieran que ser comprados con dinero en efectivo. A este respecto, las minas eran a menudo la única oportunidad que se les ofrecía.

El modelo de la estructura económica colonial en el sector de las plantaciones tenía mucho en común con el del sector de la minería. Geográficamente, los dos se superponían en Africa del sur, y hasta cierto punto en el Congo belga y Africa del norte. Las plantaciones combinaban capital a gran escala con grandes cantidades de trabajo. Una poderosa firma internacional controlaba las plantaciones de palmera de aceite en el Congo belga. Las plantaciones de sisal en el Africa oriental alemana estaban dominadas por grandes empresas alemanas respaldadas por capital industrial y bancario; e incluso cuando la industria se descentralizó relativamente con los británicos, el cultivo de sisal tuvo que ser aún proseguido con grandes áreas de muchos acres y una fábrica que requería importante inversión de capital. El Estado nunca abandonó el lado de los propietarios de plantaciones, y les procuró inestimable ayuda al proporcionarles suministros de mano de obra a los bajos índices de salarios que permitían enormes beneficios. Aun cuando no existía una alternativa viable para conseguir ingresos en efectivo en determinadas zonas del Africa oriental, sur y central, la plantación servía de atracción para la mano de obra lejana. Tanganica recibió una afluencia desde Nyasalandia, Rhodesia del Norte, Mozambique y Ruanda-Urundi (actuales Rwanda y Burundi). La administración británica evitó regularizar el abastecimiento de mano de obra desde Mozambique por medio de relaciones de convenio con el gobierno portugués. En cambio, ellos confiaban exclusivamente en las diferencias entre Tanganica y Mozambique, donde la economía monetaria era débil, y donde la persistencia de la coacción flagrante para los impuestos y el trabajo empujaba a los africanos a cruzar la frontera.

Asalariados de todas las categorías continuaron siendo una pequeña minoría de la población africana adulta. Independientemente, el cultivo de cosechas para la venta abarcaba a la mayor parte de los africanos —proporcionando las bases para la que ha sido calificada como la *économie de traite**, un sistema económico en que las mercancías manufacturadas importadas se intercambiaban directamente por cosechas para la venta que estaban sin elaborar, o mínimamente elaboradas[9]—. Las cosechas para la venta ofrecían a los africanos una mayor amplitud de movimientos que el trabajo asalariado. Alguna que otra vez, cabía una elección entre los cultivos para la exportación. Las cosechas de alimentos se cultivaban para el consumo familiar, a veces para venta al contado o local y más raramente para exportar. Los campesinos africanos utilizaban la limitada flexibilidad de estas circunstancias para determinar la naturaleza y cantidad de lo que plantarían o prepararían para exportar. Los precios eran fijados por agencias de la me-

* Economía de trato En francés en el original. *(N. del T.)*

[9] R. Dumont, 1966.

trópoli, pero los precios agrícolas podían ser alterados al margen, allí donde los campesinos cambiaban de un cultivo a otro o desplegaban las existencias en un mercado local. En unos cuantos casos desesperados, se volvían a la técnica de «retención» de la venta de su producción, incluso aunque esto supusiera una grave pérdida para ellos mismos.

Dondequiera que había un conflicto entre la agricultura campesina y el trabajo contratado, la elección africana era casi invariablemente a favor de su propio cultivo. Virtualmente, todas las materias primas agrícolas producidas por campesinos en Africa estaban asociadas a plantaciones de otra parte —en particular, café en Hispanoamérica y aceite de palma en las Indias orientales—. La fuerza de las comunidades africanas fue responsable de la generalizada incidencia de las formas campesinas. Africa central fue, con su baja densidad de población, el campo de operaciones para las compañías concesionarias de infame notoriedad a causa de la mano de obra forzada. Tal tipo de agricultura colonial, se desarrolló en el Africa central, con la coacción sobre el proletariado rural, como en las plantaciones de azúcar, sisal y algodón de Mozambique y Angola, o con grandes inversiones de capital, como en el Congo belga. Fue posible para la Lever Brothers establecer plantaciones de palmera de aceite en el Congo belga después de 1911. Sus peticiones para obtener concesiones similares en el Africa occidental británica fueron rechazadas, ya que la administración colonial comprendió con razón que tal empresa precisaría el sometimiento violento de miles de habitantes. Además, los colonos tuvieron pronta comprobación en el Africa occidental del éxito y viabilidad del campesinado africano en producir un excedente exportable y lucrativas ganancias para la sociedad comercial europea. La persistencia francesa con la agricultura colona en el Africa occidental demostró su inferioridad frente a la producción africana a pequeña escala. Alguna que otra vez, en el Africa oriental, Nyasalandia y Rhodesia del Sur, la economía colona tuvo que ser subvencionada y protegida de la competencia africana por medio de la legislación, sin la cual no podría haberse asegurado suficiente mano de obra. Allí donde la minería era simplemente una intrusión localizada en una economía colonial agraria, la elección africana fue, una vez más, a favor de la producción campesina, ocasionando, por ejemplo, dificultades en el reclutamiento de mano de obra local para las minas en Asante y en la provincia occidental de la Costa de Oro y Sukumalandia (Tanganica).

Mientras estaba siendo impuesto todavía en algunas comunidades africanas, el cultivo de cosechas para la venta era practicado activamente por otros africanos, a pesar de la indiferencia u hostilidad oficiales. Reclamaron una infraestructura de transportes y de mercado, aprovechando la oportunidad tan pronto como una línea de ferrocarril estaba terminada. En muchos casos, fueron abriendo camino antes que los gobiernos coloniales hubieran construido puentes y carreteras secundarias. Las semillas para las nuevas cosechas se consiguieron de los gobiernos coloniales, de misioneros, de granjas europeas y de africanos que ya estaban dedicados al cultivo. El cacao y el café son las dos cosechas para la venta mejor conocidas y más importantes cuya propagación recayó principalmente en iniciativas africanas. Cultivos menores como té, tabaco y piretro también confirman el mismo principio. Además, los africanos lucharon específicamente por cosechas

que fueran más lucrativas que otras. En el caso del cacao, esto significaba cultivar tierras que eran apropiadas sólo marginalmente. En otras ocasiones, la preferencia africana provocaba una lucha contra la legislación colonial discriminatoria. Así, la última parte de la década de 1920 y el principio de la década de 1930 contemplaron un decidido esfuerzo por parte de los africanos, en varias zonas de las tierras altas de Tanganica, para cultivar café *arábica* antes que emplearse como trabajadores, o que cultivar la menos rentable variedad *robusta*. Los africanos ganaron literalmente al plantar árboles de café más rápidamente de lo que la administración podía destruirlos [16].

Donde el cultivo campesino se estableció como la forma hegemónica de la economía colonial, funcionó, como las minas y las plantaciones, al atraer recursos de mano de obra de un área más amplia que la propia zona de producción. El cultivo de cacahuete senegambio atrajo a mano de obra temporera hacia el curso superior de los ríos Senegal y Níger; el cacao de la Costa de Oro y de la Costa de Marfil se servía del Alto Volta; mientras que los cultivadores de café de Uganda se volvieron hacia Ruanda-Urundi y Tanganica para ampliar la producción. Al mismo tiempo, el cultivo de cosechas para la venta y la mano de obra asalariada de las minas y de la agricultura, explican la abrumadora mayoría de africanos que participaron directamente en la economía colonial. Sin embargo, se generaron o se transformaron un sinnúmero de otras actividades a causa de las nuevas relaciones comerciales. Hubo bastante retraso antes que las extensas reservas forestales del continente se desarrollaran seriamente al máximo, pero pronto surgió una industria de extracción de madera en Gabón, y en diversos grados iniciativas de este tipo fueron proseguidas dondequiera que existieran reservas forestales. La red de transportes fue un factor de la mayor importancia general. Miles de africanos encontraron empleo asalariado en los puertos, en los trenes, y —al desarrollarse las redes de carreteras— como conductores de camiones, especialmente cuando el trabajo de porteador de a pie declinó tras la Primera Guerra Mundial.

En la medida en que la economía colonial empezó a madurar, prácticamente ningún sector de la sociedad africana pudo quedarse al margen. A pesar de su reputación de conservadurismo, todos los grupos de pastoreo se vieron envueltos en la economía monetaria hacia la década de 1920, si no antes. Vendían carne para el consumo local y ocasionalmente para exportar junto con pieles. En los territorios que iban a convertirse en Somalia, ésta fue la principal manifestación de la economía colonial. Los pescadores quedaron afectados de forma similar. El comercio del género tradicional del pescado seco y ahumado, como el comercio de carne y de otros productos alimenticios, se hizo dependiente del dinero en efectivo de los principales beneficiarios de la exportación, y reflejaba sensiblemente el poder adquisitivo temporal de los campesinos que recibían su «dinero del cacao», «dinero del algodón» y cosas por el estilo. Los africanos se esforzaban, naturalmente, en ganar dinero de una forma que fuera provechosa y agradable. Los administradores coloniales, misioneros y compañías privadas daban trabajo a empleados subaltenos, artesanos y (en el caso de los dos primeros) a maestros de escuela. El deseo de obtener una educación estaba relacionado con

[16] W. Rodney, s. f.

estas oportunidades laborales, especialmente en vista de que estaban estrechamente conectadas con la creciente popularidad de la vida urbana. Los estudiantes que no terminaron la escuela primaria, o los que por una u otra razón no habían podido alcanzar un trabajo remunerado más prestigioso, ocupaban los huecos de la economía colonial como criados o como miembros de la policía o del ejército, o «buscándose la vida» en la ciudad en formas tales como la prostitución.

Las reacciones africanas a nivel personal permanecieron fundamentalmente a nivel de simples respuestas a la dinámica de la economía colonial impuesta. Extendieron y fortalecieron esa economía y corroboraron los modelos de explotación.

Los salarios se mantenían extremadamente bajos. Se combatían las tendencias ascendentes, el poder adquisitivo se veía erosionado, en parte a causa de las inflaciones periódicas y en parte porque se reducían los salarios o se les dejaba por debajo de los precios de los productos. Los colonos, otros europeos residentes y los directores de las empresas extranjeras se unían para mantener los salarios bajos y la mano de obra semifeudal, por medio de la entrega de tarjetas de trabajo, lo que limitaba seriamente la libertad de cambiar la mano de obra de un patrón a otro. A lo largo del período en cuestión, los patrones continuaron hostiles a las organizaciones de trabajadores que habrían podido aumentar el nivel de los salarios. El desfasado régimen de trabajo a destajo era ampliamente seguido y los trabajadores no recibían ninguna prestación por enfermedad, invalidez, desempleo ni vejez. Además, la constante movilidad de la muy migratoria mano de obra, su bajo nivel de especialización y el arraigo del racismo, todo se sumaba a las desventajas del trabajador africano al enfrentarse a los capitalistas a propósito de los salarios y condiciones de trabajo.

Los campesinos africanos estaban enfrentados con el sistema comercial. La tendencia de las firmas comerciales del Africa occidental de monopolizar por medio de «consorcios» es bien conocida, y las compañías mercantiles de todo el continente defendían sus intereses negándose a competir mediante formas tales como la subida de precios. Realmente, intermediarios como los «asiáticos» en el Africa oriental y los libaneses en el Africa occidental también fijaban precios y condiciones entre sí de forma que el campesino africano tenía poca alternativa cuando iba a hacer sus ventas. El agricultor de cosechas para la venta se enfrentaba con la perspectiva de ser estafado en las básculas, en las etapas de elaboración (como con el desmote del algodón), con el transporte, con el cálculo de las vueltas y con la devolución de préstamos o anticipos allí donde se daban. Los productores africanos hacían asimismo compras al por menor a los intermediarios y a las firmas comerciales. Una desigualdad fundamental marcaba el intercambio entre la economía colonial y las metrópolis. Este intercambio desigual quedaba reflejado en la disparidad entre la baja remuneración que recibían los africanos y el coste relativamente alto de las mercancías manufacturadas importadas; y se manifestaba también en el bajo nivel de los sueldos de las colonias en comparación con el de las metrópolis. Naturalmente, el intercambio desigual no era un fenómeno puramente económico. Derivaba de la asimetría del poder político y de las debilidades organizativas y tecnológicas de los productores africanos [1].

[1] S. Amin, 1974; A. Emmanuel, 1972.

Los africanos fueron explotados por el sistema colonial sin tener en cuenta si producían o no un excedente para la exportación. La recaudación de impuestos se extendió cada vez más, y se empleaba no tanto para servir a la comunidad como para construir la infraestructura estatal y económica. La mano de obra migratoria de minas, granjas y plantaciones se aseguraba a expensas de las economías anteriormente autónomas de aldeas y regiones. De este modo, el capital eludía el coste de producción de la mano de obra. Como en la esclavitud, la mano de obra llegaba completamente formada desde fuera del sistema capitalista como tal. Los trabajadores nunca recibían un salario como para poder subsistir ni prestaciones sociales, pues eran granjeros por horas, y, a lo largo de toda su vida laboral, otros miembros de sus familias permanecían manteniéndose por sí mismos al nivel inactivo que los europeos consideraban que debía ser la subsistencia africana. De la misma forma, las cosechas para la venta que entraban en los mercados locales o de exportación eran producidas como un excedente aparte de la subsistencia de los campesinos. Por estos motivos, es engañoso formarse un concepto de la colonia como una «economía dual» con sectores diferenciados «moderno» y «tradicional» [12]. El supuestamente dinámico enclave moderno y las formas tradicionales retrógadas eran dialécticamente interrelacionadas e interdependientes. El crecimiento del sector de la exportación fue posible sólo porque pudo quitar valor constantemente a las comunidades africanas en forma de tierra, trabajo, contribución agrícola y capital. La inactividad dentro de estas comunidades fue inducida más que inherente. Lo «tradicional» no existió por más tiempo como tal, con su mano de obra retirada y su razón de ser destruida. Su producción agrícola bien desapareció, bien fracasó al no mantener el ritmo de crecimiento de la población. De esta forma, zonas aisladas que no registraban crecimiento en términos capitalistas, fueron sin embargo afectadas por la presencia del capitalismo en el continente.

DEPENDENCIA Y REPRESION, 1930-1938

Las relaciones de producción colonial se construyeron en Africa en un lapso de años, durante los cuales las numerosas estructuras económicas autosuficientes africanas fueron, bien destruidas o bien transformadas y subordinadas. Sus conexiones entre sí se rompieron, como en el caso del comercio transahariano y el de la zona interlacustre del Africa oriental y central. Vínculos previamente existentes entre Africa y el resto del mundo también fueron afectados negativamente, en especial con relación a la India y Arabia. Aparecieron un gran número de discretas estructuras económicas coloniales. La división económica no fue exactamente igual a la división política, en la medida en que las potencias capitalistas más fuertes sacaban dinero a las colonias de las naciones más débiles. Incluso Gran Bretaña tuvo que aceptar la penetración del capital de los Estados Unidos en Sudáfrica tras la formación de la corporación anglo-americana en 1917. No obstan-

[12] A. Mafeje, 1972; C. Meillassoux, 1972.

te, los arbitrarios límites políticos se tomaban habitualmente como los límites de las estructuras económicas, cada uno de los cuales estaba orientado a pequeña escala, artificial y separadamente hacia Europa. Carecían de conexiones continentales, regionales o internas. Estas eran las condiciones previas para la dependencia externa —manifestado en términos de capital, mercados, tecnología, servicios y proceso de toma de decisiones—.

Por definición, la economía colonial era una prolongación de aquélla de la potencia colonizadora. Las estructuras económicas africanas estaban integradas primero en aquéllas de su respectivo colonizador, y en segundo lugar a las estructuras económicas de las naciones líderes del mundo capitalista. Una de las conexiones más obvias fue la del transporte marítimo. Sólo un puñado de naciones tenían capitalistas marítimos capaces de actuar durante la era del imperialismo. Portugal prácticamente no contaba, mientras que los Estados Unidos se expansionaron considerablemente debido a su participación en el comercio africano durante el siglo XIX. Tendencias competitivas y monopolizadoras se yuxtaponían en el mundo marítimo. Por medio de subvenciones y de leyes de navegación especiales, los países procuraron asegurar que el comercio colonial incrementara el tonelaje del transporte marítimo nacional. Sin embargo, a principios del presente siglo aparecieron unas «compañías de consulta» como agencias para resolver la competencia y para establecer monopolios sobre los fletes. Las naciones más débiles tenían poca o ninguna representación en las compañías de consulta, mientras que los alemanes fueron participantes importantes incluso tras la pérdida de sus colonias africanas [13].

Los bancos fueron el pináculo del primitivo capitalismo de los monopolios. Constituían las principales vías para la exportación del superávit africano, no habiendo ningún obstáculo para la libre circulación de los fondos de capital fuera de las colonias. Los bancos privados inicialmente emitían el dinero en metálico en circulación en la mayor parte de las colonias, hasta que esto se convirtió en una función del banco central, con la creación de comisiones de moneda establecidas por la ley. Las tesorerías de las potencias colonizadoras manipulaban las reservas de divisas de las colonias en su propio beneficio, y finalmente en beneficio de los fondos de capital, ya que la inversión de las reservas coloniales se efectuaba en la bolsa metropolitana. Mediante la suscripción de seguros marítimos y por el respaldo financiero a grandes empresas capitalistas, los bancos conservaron la hegemonía sobre la economía colonial. Adelantaban créditos a los colonos blancos y a los detallistas no africanos, mientras que, por razones capitalistas y sobre todo racistas pseudocientíficas, se los negaban a los africanos. Las ordenanzas de restricción de crédito colonial confirmaban a veces esta actitud.

Se puede seguir en gran medida el funcionamiento de la economía colonial a través de las compañías navieras y de las empresas mineras. Pero para comprender el por qué las instituciones explotadoras funcionaban de esa manera, uno debe analizar las estructuras económicas de la colonia como parte de la economía capitalista global. El colonialismo limitó a las colonias africanas a la producción

[13] C. Leubuscher, 1963.

de bienes primarios para la exportación, y a cambio las mantenían dependientes de las manufacturas y la tecnología de los países capitalistas desarrollados. Esta rígida división internacional de trabajo no podía ser mantenida permanentemente, y se dio paso el cambio hacia industrias de tratamiento y de manufacturas ligeras antes de la segunda guerra mundial. No obstante, el período hasta 1935 ilustraba más exactamente la clásica división colonial internacional de trabajo. Las iniciativas para prensar semillas oleaginosas en Senegal fueron vigorosamente y por largo tiempo rechazadas con éxito por los manufactureros franceses. En Tanganica, unos cuantos capitalistas de plantación de sisal pudieron establecer una fábrica cordelera en 1932, pero tan pronto como el producto llegó al mercado londinense la protesta de los manufactureros de cuerdas británicos fue tan grande, que el departamento colonial reafirmó explícitamente el principio de que Africa debía quedar limitada a la producción de materias primas exportables. Con pocas excepciones, la producción colonial tendía al monocultivo, dependiente de mercados especializados de unos cuantos países capitalistas.

La división internacional del trabajo se presentó en el marco de las economías coloniales como una divergencia constantemente ampliable entre la producción y el consumo. El volumen de la producción de la creciente economía monetaria nunca se proyectó para satisfacer la demanda y el consumo local. A la inversa, la variedad de productos obtenibles en los mercados detallistas era cada vez más de origen extranjero. La artesanía local sufrió mucho por la competencia y manipulación europea, según las posturas ya manifestadas en el período precolonial. En la medida en que se arraigaba firmemente la economía colonial en la década de 1920, los africanos estaban produciendo aquello que no consumían y consumiendo aquello que no producían. Efectivamente, la demanda doméstica no estimulaba el llevar al máximo los recursos locales. Como consecuencia perjudicial posterior, los colonizadores agotaron algunos recursos africanos e ignoraron otros, ya que su criterio era la utilidad del recurso para Europa más que para Africa. Ninguno de los principales elementos económicos, tales como el ahorro, inversión, precios, ingresos y producción fueron puestos en correlación como respuesta a las necesidades locales. Por estas razones estructurales, recientes investigaciones por parte de economistas e historiadores africanos han desafiado las viejas fórmulas del desarrollo colonial y han postulado a cambio que el colonialismo produjo dependencia económica, desequilibrio y subdesarrollo [14].

El hecho más significativo en la evolución de las economías africanas durante el período de entreguerras fue la gran depresión de 1929-1933. Cuando ésta golpeó a las economías capitalistas interdependientes, necesariamente alcanzó también a las dependientes economías coloniales africanas —señalando notablemente su extensión y carácter en el proceso—.

Las crisis cíclicas de la economía mundial desde el siglo XIX tuvieron el efecto de ralentizar el crecimiento en Africa y de imponer dificultades a los africanos ya sujetos al vínculo monetario. Fue la severidad de estas tendencias, lo que era nuevo en 1930, cuando las repercusiones se sintieron en el continente africano.

[14] W. Rodney, 1972; J. Rweyemamu, 1974; E. A. Brett, 1973.

La depresión entró a través de los sectores más avanzados del capitalismo en Africa —las minas, plantaciones y las principales zonas de la cosecha para la venta. No obstante, se extendió a través de todos los canales secundarios y terciarios, causando perjuicios a los africanos que vendían comida a los trabajadores o a otros granjeros y a los pastores que encontraron antieconómico tener que separarse de su ganado a esos precios imperantes. Los africanos que se especializaron en el comercio fueron todos afectados rápidamente, incluso cuando el comercio consistía en un producto indígena como la cola. El hecho es que los supuestamente tradicionales comerciantes de Hausa o Dyula fueron sometidos a la economía colonial. Tuvieron éxito en la medida en que pudieron luchar contra el nuevo orden y transformarse —por ejemplo, convirtiéndose en propietarios de camiones—, pero estaban indefensos cuando un factor externo más importante, tal como la depresión, causaba una contracción del dinero puesto a disposición de sus clientes por el cultivo de cosechas para la venta y por los salarios.

Cada participante en la economía colonial dio pasos para combatir los efectos de la depresión. La iniciativa dependió de las compañías capitalistas. Los bancos y las casas comerciales redujeron sus operaciones, de forma que en zonas de cosechas para la venta mantuvieron su presencia en centros claves como Dakar, Lagos y Nairobi, mientras que las sucursales del interior y en capitales menores fueron cerradas. Sobre todo, las casas exportadoras realizaban la economía a expensas de los campesinos al reducir los precios del productor, como cuando la cosecha de 1930 se puso a la venta. Como los empresarios, suprimieron trabajadores y se redujeron los sueldos drásticamente. Salvo en la industria del oro, que se continuó ávidamente, las restricciones fueron la principal respuesta de todos los principales empresarios en diversas esferas de producción. La mano de obra asalariada había crecido considerablemente tras la primera guerra mundial, pero cayó en un 50 por 100 o más entre 1931 y 1934. Entretanto, aunque muchos colonos y pequeños negocios se declararon en quiebra, los principales beneficiarios del sistema colonial continuaron logrando reducidas, aunque sustanciales ganancias.

Los africanos reaccionaron ante la crisis luchando contra las soluciones que intentaron los europeos. Para resolver el tema de los salarios reducidos, los trabajadores recurrieron al arma de la huelga con mayor frecuencia y en mayor número, a pesar de la inexistencia o falta de desarrollo de los sindicatos. Se ha escrito relativamente poco sobre la lucha espontánea de la clase obrera africana antes de la llegada de los sindicatos [15], aunque los ciclos comerciales y las guerras parecen haber agudizado el conflicto, a juzgar por el malestar durante la depresión de 1920-1, durante la más importante depresión de 1929-33, y una vez más durante la recesión de 1938. De forma similar, no podía ser pura coincidencia que los granjeros de la Costa de Oro retuvieran su cacao y boicotearan las provisiones extranjeras en 1920-21 y de nuevo en 1930 y 1938. Las compañías extranjeras estaban determinadas a que la acumulación debía continuar bajo cualquier circunstancia, mientras que los trabajadores y campesinos en ambientes limitados a las cosechas para la venta intentaron combatir el empobrecimiento y defendían cualquier pequeña ganancia que podría haberse logrado en años mejores.

[15] H. Deutschland, 1970.

Otra línea de defensa por parte de los africanos fue la retirada de la economía monetaria. Zonas que habían sido comprometidas recientemente en la economía monetaria o que estaban sólo ligeramente afectadas fueron las primeras en retirarse. El mismo fenómeno había ocurrido previamente al final de la primera guerra mundial, dejando a los gobiernos coloniales con la tarea de restablecer la economía colonial en algunas regiones. Muchos campesinos de Tanganica, que tenían un nivel de participación mucho menor en los intercambios monetarios que sus hermanos de la Costa de Oro, simplemente procuraron abandonar el cultivo de cosechas para la venta en los años posteriores a 1930. En esto no tuvieron mucho éxito, porque el poder del Estado colonial fue introducido para inclinar la balanza contra lo que se consideró como una vuelta a la barbarie. Se lanzaron campañas para «cultivar más cosechas», y las sanciones burocráticas eran formas levemente veladas de fuerza para ampliar la superficie en acres pese a la caída de los precios. Este tipo de campaña fue respaldado no sólo por los comerciantes sino también por los industriales que requerían materias primas y por poderosas organizaciones metropolitanas tales como la Empire Cotton Growing Association, que continuó vigente en los años posteriores a la depresión económica.

La mayoría de los principales proyectos quedaron suspendidos durante la depresión; y, allí donde esto no sucedió, la inversión estuvo asociada con la expansión de producción primaria barata y fue llevada a cabo con el uso de trabajo obligatorio, como ocurrió con el proyecto de irrigación de la Office du Niger francesa. Hubo una reactivación global de la coacción en las relaciones económicas, indicando así que la economía colonial, al estar en crisis, debía ser reforzada por medios no económicos. La mano de obra africana y los impuestos hicieron viables los ferrocarriles y mantuvieron los ingresos coloniales. Sin embargo, la mayoría de los africanos sufrieron más por la reducción de los ya escasos servicios sociales, tales como sanidad y educación, y tuvieron que pagar más por estos servicios. En los años de recuperación tras 1934, los salarios, precios y oportunidades para los africanos permanecieron reducidos, en contraste con la vuelta a los altos niveles de beneficio para el capital privado.

Los gobiernos coloniales concedieron mínimos alivios a los africanos afectados por la depresión. Suspendieron la recaudación de impuestos, y subvencionaron los precios, como hicieron los franceses con los cacahuetes. También intentaron moderar las formas más crudas de explotación por parte de los intermediarios. Estas medidas surgieron de la necesidad, ya que no había dinero en circulación y los precios más bajos de un país forzaban a los desesperados campesinos a recorrer largas distancias y a pasar de contrabando su producto a través de una zona donde hubiera algún provecho marginal. Por lo que se refiere a los intermediarios, los gobiernos necesitaban impedirles acaparar los reducidos beneficios más que a dejarlos exportar. No obstante, en el Africa oriental los comerciantes «asiáticos» fueron fundamentales para mantener la economía monetaria intacta y para evitar la vuelta al trueque, al igual que su capital había sido la base original para la extensión del dinero en efectivo y del cambio de dinero a pequeña escala en toda la región [16]. En el análisis final, por lo tanto, la administración británica

[16] J. S. Mangat, 1969.

cooperó para proteger los intereses de estos detallistas y de los compradores de productos. Los africanos salieron de la depresión sujetos a controles más burocráticos (creados para incrementar la producción) y aún totalmente vulnerables a la manipulación por parte de las compañías de importación/exportación y por sus compradores locales.

La dependencia que queda ilustrada por la gran depresión indica el grado de cambio en las vidas de los africanos unos cincuenta años después de la llegada del colonialismo. El impacto en los primeros años fue a menudo ligero, pero el colonialismo forjó una mayor transformación según avanzaba. La investigación de la economía ha recibido poca prioridad, tanto durante la fase de economía colonial como durante la fase nacionalista, cuando hubo un mayor compromiso por el estudio de la historia africana desde una perspectiva indígena. Este defecto ha impedido una discusión sobre el significado de la experiencia colonial, ya que muchos cambios fueron económicos, mientras que otros de naturaleza política, social o cultural tuvieron su origen en la actividad económica. Consecutivo al crecimiento de la economía monetaria, la sociedad africana llegó a estar más diferenciada y se formaron nuevas clases. Hubo una limitada proletarización en varias partes del continente, y existía un muy extendido campesinado. Este último albergaba en sí mismo las semillas de una posterior diferenciación. Como en todas las comunidades campesinas inscritas en una órbita capitalista, aparecieron grandes campesinos a costa de pequeños campesinos y trabajadores sin tierras. Todas las zonas de cosecha para la venta asistieron durante la década de 1920 a la aparición de grandes terratenientes que contrataban mano de obra y ocasionalmente eran capaces de utilizar nuevas técnicas. Un segundo estrato bien conocido comprendía a los pocos privilegiados que recibieron una educación en los primeros años del colonialismo, cuando se estaban introduciendo ciertas especializaciones para hacer funcionar la economía colonial. Finalmente, es de destacar que las redes de distribución estaban manejadas en los niveles más bajos por africanos, que alcanzaron importancia en el oeste y norte de Africa. Prósperos agricultores de cosechas para la venta, comerciantes africanos y la élite instruida, formaron juntos la embrionaria pequeña burguesía. Frecuentemente tenían raíces en las antiguas clases poseedoras en partes cuasi feudales de Africa, y como tales fueron a menudo mimadas por los europeos. Pero el hecho más notorio fue que, independientemente de la política colonial, la actividad de la economía favoreció el avance de estas clases, quienes eran económica y culturalmente parte del orden colonial dependiente.

Capítulo 15

LA ECONOMIA COLONIAL DE LAS ANTIGUAS ZONAS FRANCESAS, BELGAS Y PORTUGUESAS, 1914-1935

C. COQUERY-VIDROVITCH

Tanto en su configuración general como desde el punto de vista de la política colonial, las colonias francesas, belgas y portuguesas fueron semejantes de varias formas*. Eran colonias o federaciones de enorme extensión geográfica, si bien en términos de población eran normalmente más pequeñas que el promedio del Africa británica, especialmente el Africa ecuatorial francesa (AEF) y Angola (ver mapa 15.1)[1]. Mozambique y Ruanda-Urundi (actuales Rwanda y Burundi) sirvieron como reservas de mano de obra para las vecinas Rhodesia del Norte y del Sur (actuales Zambia y Zimbabwe) y el Congo belga (actual Zaire), de la misma manera que la zona del Volta (actual Alto Volta) del Africa occidental francesa (AOF) proporcionaba trabajadores mossis para las plantaciones de cacao de la Costa de Marfil y la Costa de Oro (actual Ghana)[2].

Verdaderamente, la explotación de estos territorios, basada en una fuerte inversión, fue relativamente reciente. No se había arriesgado mucho capital allí antes de la primera guerra mundial, como indica el cuadro 15.1.

En el terreno económico, el período fue decisivo; su principio y su fin estuvieron marcados por dos traumas profundos. El primero —la guerra mundial— sirvió para provocar, a pesar de la breve pero aguda crisis de 1921-2, un repentino auge colonial sin precedentes que reflejaba de hecho la prosperidad de los países

---

* *Nota del editor:* este capítulo fue escrito en 1974 y revisado en 1980.

[1] En 1936, la densidad de población era de 4,2 hab. por Km.^{2} en el Congo belga, 2,8 en Africa negra francesa, 2,4 en Angola de acuerdo con H. S. Frankel, 1938, pp. 170 y 202-3.

[2] Mozambique y Ruanda-Urundi tenían una densidad de población de 5,1 y 6,8 hab. por Km.^{2}, respectivamente, en 1936. También se debe tener en cuenta en AOF la diferencia entre la región semidesértica del Sahel y la zona costera más fértil, donde la elevada densidad del pequeño Togo (14,4 hab. por Km.^{2}) es un ejemplo típico, *ibid.*

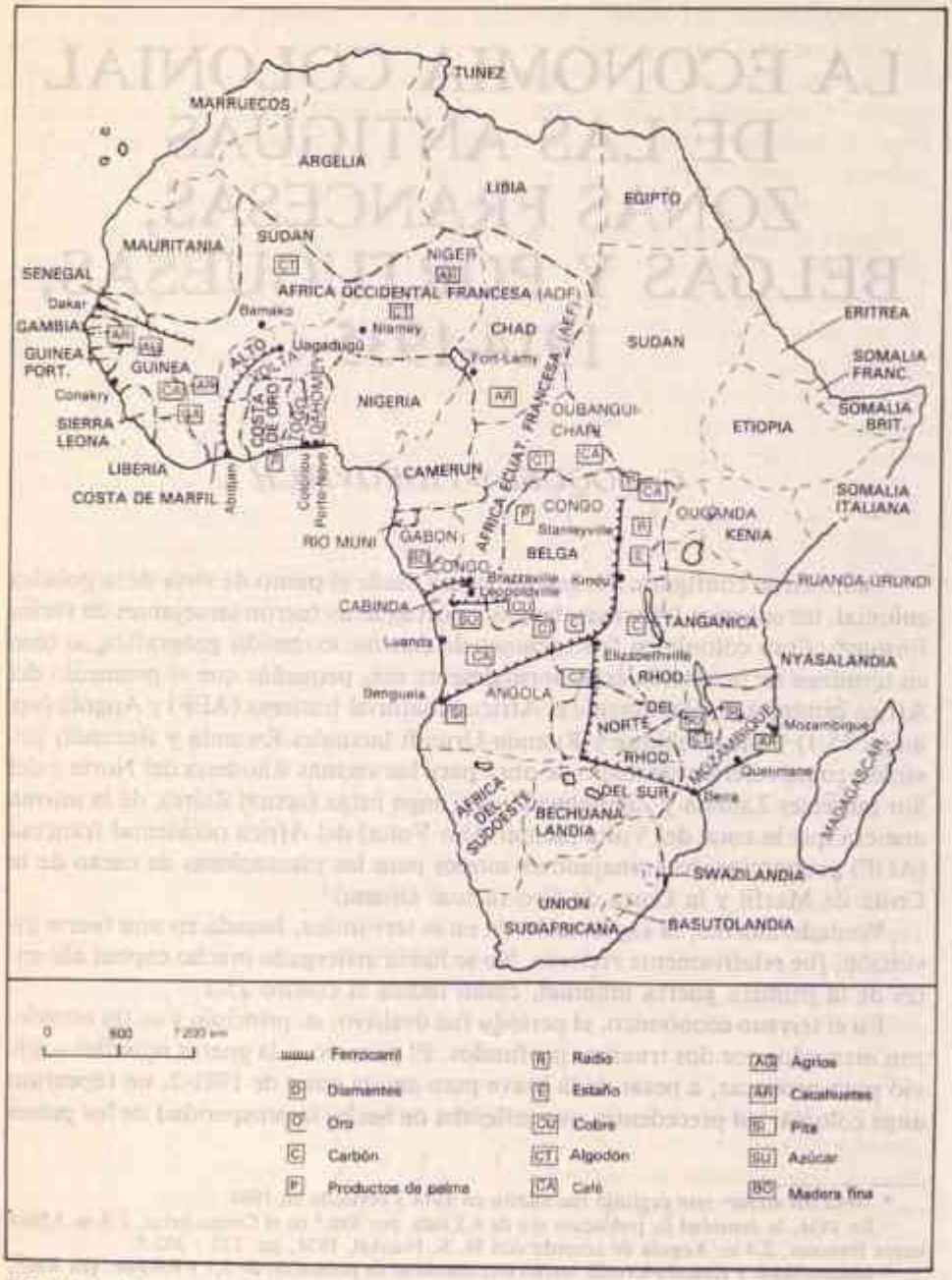


FIG. 15.1. Recursos de las colonias francesas, belgas y portuguesas (según Grandidier, 1934)

metropolitanos durante la década de 1920. Aunque espectacular, esta expansión fue relativamente efímera, terminando con la larga depresión que siguió al colapso anunciado por la crisis de 1930. Todo esto condujo a una gran desorganización en términos tanto económicos como sociales e ideológicos. Hacia el final del período, las relaciones del Africa de habla francesa y lusitana con el mundo exterior se transformaron. Las colonias, que en el fondo no habían sido muy dependientes de los países metropolitanos, empezaron desde esta época a ser una parte integral del sistema capitalista en el marco de un sistema económico coherente de explotación colonial.

CUADRO 15.1 *Inversiones en Africa negra (en millones de libras esterlinas).*

AREA	*Inversiones acumuladas 1870-1913* [1]	*Inversiones acumuladas 1914-36*	*% total inversiones en Africa negra 1936*
Africa británica	695	421 [2]	77
Africa negra francesa [3]	25	29,5	5,7
incluidos:			
A O F		30,4 [4]	2,5
A E F		21,2 [5]	1,7 [9]
Togo y Camerún		8,6 [4,5]	
Colonias alemanas	85		
Colonias portuguesas		66,7	5,4
incluidas:			
Angola	muy poco	31,9 [4,6]	2,6
Mozambique		34,7 [4,7]	2,8
Colonias belgas:			
Congo, Urundi	40	94,4 [8]	11,7
TOTAL (territorios no británicos)	al menos 150	190	22,9

[1] Según H. S. Frankel, 1938, pp. 149-59; G. Paish, 1909, 1910-11.
[2] Exceptuando las inversiones alemanas en Africa sudoccidental (126,5 millones de libras esterlinas) y en Tanganica (33,5 millones de libras esterlinas), H. S. Frankel, 1938, pp. 202-3.
[3] La valoración de Frankel del capital invertido en Africa negra francesa está, no obstante, claramente subvalorada (quizá en un tercio) porque sólo tiene en cuenta las compañías citadas en la Bolsa.
[4] 1870-1936.
[5] Incluyendo aproximadamente 15,8 millones de libras esterlinas de las primeras inversiones alemanas.
[6] Incluyendo aproximadamente 16 millones de libras esterlinas de capital británico.
[7] 20 millones de libras esterlinas de capital británico.
[8] Menos las inversiones alemanas en Ruanda-Urundi (9 millones de libras esterlinas).
[9] AEF y Camerún.

La característica dominante del período fue el énfasis en la importación de bienes de equipo que eran tan provechosos para los países metropolitanos como sumamente penosos para las colonias. Pero había un contraste entre los países mineros (en particular el Congo belga; en menor medida Angola y —como mercado para el *rand*— Mozambique), en los que la industria minera o la infraestructura ferroviaria acarreaban un mayor nivel de inversión, y los otros territorios, que continuaban siendo aún exclusivamente agrarios. Otro factor de diferenciación residía en el modo de explotación; AEF y el Congo permanecieron largo tiempo siendo países explotados por monopolios, mientras que AOF y la pe-

queña Ruanda-Urundi estaban sometidas al sistema competitivo de la *économie de traite*, o «economía de ordeño», esto es, una economía basada en la exportación de productos agrícolas primarios producidos por medios tradicionales y en la importación de artículos de consumo. Las colonias portuguesas, relativamente bien dotadas, padecieron principalmente la dependencia de una metrópoli «subdesarrollada» que era incapaz de financiar por sí misma su explotación.

LA FINANCIACION DE LOS BIENES DE EQUIPO

Los gráficos adjuntos (ver Fig. 15.2) revelan una notable similitud entre el comercio exterior del Congo belga y de AOF, ascendiendo a aproximadamente 20 millones de libras esterlinas en vísperas de la depresión. Por otra parte, las cifras de Angola y AEF eran 4 ó 5 veces inferiores. En 1930 el comercio exterior de Angola, con 475.000 contos, representaba algo menos de 5 millones de libras comparado con los 4,3 millones de AEF. En comparación, el comercio de la pequeña Ruanda-Urundi parece casi inexistente. En 1930, se mantuvo en 70 millones de francos belgas, o sólo 360.000 libras esterlinas.

Pero todos los gráficos revelan una constante en la década de 1920-30, aún cuando la inflación tiende a exagerar el valor de los artículos importados con relación a su volumen (cf. las curvas de Ruanda-Urundi —teniendo la transformación en libras esterlinas la ventaja de neutralizar los efectos de la inflación continental en las otras cifras). En todos los territorios un balance comercial desfavorable —que apareció en el momento crítico de la primera guerra mundial y que culminó en los años de máxima euforia económica de 1925-30— reflejaba el énfasis puesto en la inversión de bienes de equipo. Es superfluo señalar la importancia en este período del sector de la infraestructura del transporte, especialmente puertos, ferrocarriles y carreteras. Era éste un nuevo fenómeno vinculado con la introducción del transporte a motor. En el Congo belga, el 65 por 100 de las inversiones acumuladas en 1932 fueron en minas, transportes y en bienes raíces o en empresas agrícolas o comerciales secundarias relacionadas con la expansión de ferrocarriles o de minas. Durante los años 1927-30, las mercancías importadas para obras públicas sumaban un promedio del 47 por 100 de importaciones especiales. En 1929, los bienes de equipo tales como carbón y coque, aceites minerales, productos metalúrgicos, máquinas, barcos y vehículos constituyeron casi la mitad de todas las importaciones[3], en comparación con sólo un tercio en AOF. Como resultado, el capital acumulable invertido en el Congo belga subió repentinamente de 1.215 millones de francos belgas antes de la guerra a más de 3.000 millones de francos oro en 1935[4]. Aumentando ya rápidamente entre 1920 y 1924, se duplicó entre 1924 y 1929, bordeando el máximo en el período de entreguerras, antes de la brusca caída durante la depresión. El capital anual suscrito por las compañías belgas descendió de 1.400 millones de francos belgas en 1929

[3] F. Passelecq, vol. I, pp. 417-20.
[4] S. H. Frankel, 1938, p. 167.

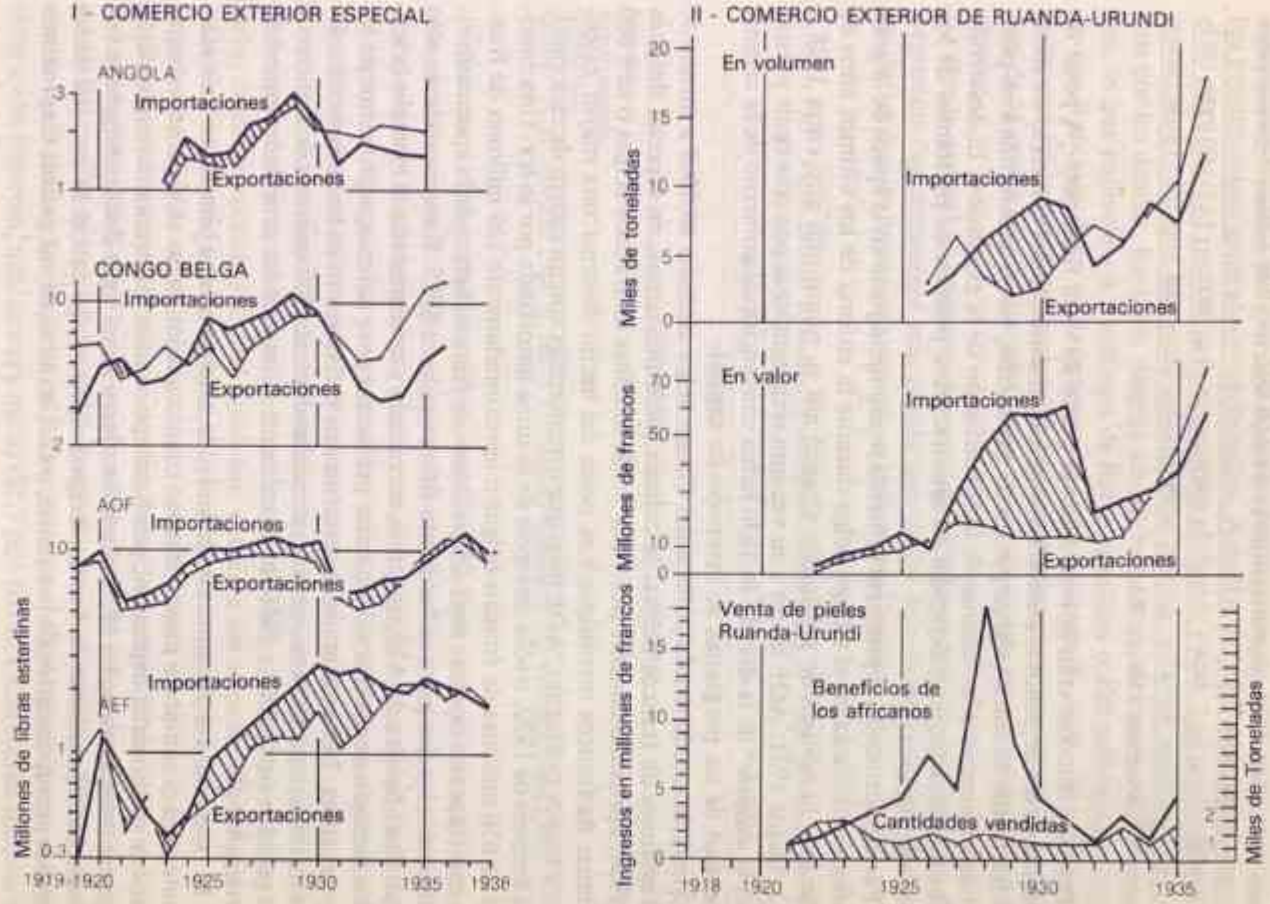


FIG. 15.2. Comercio exterior colonial de las primitivas zonas francesas, belgas y portuguesas, (según J. P. Chretien, 1970)

a 276 millones de francos belgas en 1932, es decir, de unos 30 millones a 50 millones de francos oro.

CUADRO 15.2 *Evolución del capital invertido en el Congo belga (en 1.000 millones de francos belgas de 1950)*

1920	*1924*	*1929*	*1933*	*1938*
6,6	11	29,7	30,9	30

Fuente: J. P. Peemans, 1968, p. 383.

Pero las colonias eran pobres desde el punto de vista financiero. A pesar de la subida de los derechos arancelarios asociada al aumento del comercio exterior, y en particular la subida del impuesto de capitación, no se encontraban en posición de encargarse ellas mismas de la financiación de la expansión. El desarrollo de los bienes de equipo dependía de una intensiva política de préstamos de los países metropolitanos.

Paradójicamente, el principal esfuerzo se acometió justo en la época de la gran depresión. Iniciada en el Congo belga durante la euforia de los últimos años de la década, la política de préstamos alcanzó allí su punto más alto entre 1928 y 1932. Desde 1931, AOF inició a su vez una seria tentativa por conseguir préstamos; la *débâcle** de la década de 1930 había convencido al gobierno de la urgente necesidad de un programa de inversión de capital.

Mientras que la deuda pública del Congo belga ascendía en 1909 a menos de 250 millones de francos belgas, la colonia pidió préstamos, en especial después de 1928, aproximadamente por valor 3.500 millones de francos belgas o casi 600 millones de francos oro belgas[5]. A pesar del hecho de tener una mayor extensión y mayor población, AOF tuvo que arreglárselas con un cuarto de esta cantidad después de 1920, o sólo un tercio de la suma autorizada por la ley. Una cantidad de 630 millones de francos belgas o aproximadamente 120 millones de francos oro franceses de entre los 1.750 millones de francos belgas de la época autorizados entre las dos guerras fue finalmente pagada en 1935. Esto era todavía sólo la mitad de la cifra de AEF que, más necesitada y más ajustada al ejemplo belga, había iniciado una política de solicitar préstamos para anteriores proyectos de infraestructura. Los préstamos se gastaron casi enteramente en la construcción del ferrocarril Congo-Océano, es decir, aproximadamente 300 millones de francos de oro pedidos entre 1920 y 1936, o virtualmente el total de las cantidades autorizadas legalmente.

El resultado fue un aumento de la deuda externa que se hizo tanto más alarmante para el equilibrio presupuestario cuanto que los pagos se hicieron más gravosos en medio de la depresión, precisamente cuando los precios de exportación cayeron bruscamente. En 1933, el pago a plazos anual de la deuda congoleña (estimada en 298 millones de francos belgas) representaba casi el 88 por 100 de los ingresos presupuestarios de la colonia, o casi la mitad de sus gastos, o aproxima-

* Literalmente, ruina. Depresión económica. En francés en el original. *(N. del T.)*

[5] Durante este período, la paridad osciló alrededor del índice de 100 francos belgas = 70 francos franceses.

damente la mitad del valor de sus exportaciones. Mucho menos gravosas, las sumas pagaderas por AOF (40 millones de francos franceses en 1933), ascendían a más de un tercio de su presupuesto general durante los peores años de la depresión, pero sólo del 5 al 8 por 100 de todos los ingresos de AOF incluyendo todos los presupuestos, generales y territoriales. Aquéllas de AEF superaban entonces el 80 por 100 (el 81 por 100 del presupuesto global de 1934). Los territorios portugueses, sobre los que hay poca información precisa, estaban asimismo abrumados por las deudas. En 1936, Angola adeudaba un total de casi un millón de contos, lo que equivale a 8,7 millones de libras esterlinas o 220 millones de francos de oro franceses. Esto es claramente más que la deuda de AOF, pero fue respaldado con sólo una séptima parte de las exportaciones de este último[6], pero menos de la mitad de aquélla del Congo belga, que tenía un presupuesto colonial similar.

Por lo general, el aumento del gravamen de los pagos durante los años de la depresión fue claramente más rápido que en los más agobiados por las deudas de los territorios británicos; como se indica en el cuadro 15.3.

CUADRO 15.3 *Pagos anuales de deudas: gravámenes comparativos de varios territorios en 1928 y 1935, expresado en tantos por ciento.*

	Congo Belga			*AOF*			*AEF*		
	1928	*1935*	*% índice de aumento*	*1928*	*1935*	*% índice de aumento*	*1928*	*1935*	*% índice de aumento*
Ingresos	20,6	79,3	384	2,5	6,8	367	16,6	47,1	284
Exportaciones (especiales)	9,5	26,8	282	1,5	6,9	460	17,2	46,6	271

Fuente: S. H. Frankel, 1938, p. 182, y C. Coquery-Vidrovitch, de próxima publicación.

Aunque difícil de llevar a cabo a causa de las fluctuaciones monetarias, una comparación entre el Congo belga y AOF muestra las diferencias en los modos de explotación. Considerado más productivo, y en cualquier caso mucho más ávido de capital, el Congo belga presentaba, sin embargo, debilidades económicas obvias. Su endeudamiento era infinitamente mayor que el de AOF, mientras que el volumen de su comercio de exportación era en alguna medida menor, a pesar de la importancia de las industrias mineras. Sobre todo, sus ingresos presupuestarios eran sustancialmente más limitados, debido a los menores derechos arancelarios y a una carga impositiva más liviana sobre la población africana. El resultado fue un más serio déficit financiero en la época de la depresión.

Esta aparente contradicción se explica, de hecho, por la deformación del nivel de explotación. El Congo belga estaba alcanzando la etapa de explotación por medio del capital, mientras que AOF estaba aún más o menos en la etapa de «economía de ordeño». En vísperas de la depresión, la superioridad comercial de la federación francesa, más de cuya mitad (52,7 por 100 en 1928) estaba todavía ba-

[6] S. H. Frankel, 1938, p. 371; J. Duffy, 1962, pp. 139 y ss.

CUADRO 15.4 *Algunas estadísticas coloniales (en millones de francos franceses).*

	AOF			Congo Belga		
	1928	*1935*	*Cambio %*	*1928*	*1935*	*Cambio %*
Pago de deudas	17,2	54,8	+218	87	225	+158
Ingresos del presupuesto ordinario	723	593	—18	420	290	—21
Valor de las exportaciones	1.144	698	—39	915	850	—7
Ingresos arancelarios	213	142	—33	?	79	
Impuesto de capitación	143	152	+6	75 (?)	64	—15

sada en la exportación de cacahuetes senegaleses, era prueba de la rentabilidad de una política comercial falta de previsión, limitada a la explotación de los márgenes de beneficio entre mercancías importadas vendidas a precios elevados a los productores africanos y la compra a bajo precio de las cosechas cuya producción se dejaba al sector tradicional (*économie de traite*). Se presuponía que esta colonia era autosuficiente, ya que las base de la colonización fue rentable para el Estado metropolitano; así vivía de los derechos arancelarios conseguidos del comercio en desarrollo, y también de fuertes impuestos. A pesar de la depresión, que paralizó los negocios y que acabó al mismo tiempo con los ingresos del erario africano, el Estado metropolitano denegó cualquier subvención de ayuda. De la misma forma, la última subvención desembolsada a la maltrecha AEF —que recibió en total, desde 1910 a 1934, 375 millones de francos franceses— tuvo lugar en 1928, conformándose el Estado metropolitano sólo con asumir el pago de los préstamos, en el momento culminante de la depresión, por valor de 80 millones de francos franceses en 1935 [7].

Pero el impuesto de capitación continuó aumentando a lo largo de la depresión, o por lo menos, apenas disminuyó: para AOF supuso 156 millones de francos franceses en 1929, 181 millones en 1931, siendo su punto más bajo 153 millones en 1935. Si bien Francia finalmente accedió a hacer un esfuerzo para invertir en las colonias africanas, ésta fue una medida estrictamente temporal, que tomó la forma de préstamos garantizados por el Estado pagaderos en 50 años a un interés del 4-5,5 por 100. En otras palabras, las colonias francesas estaban aún fundamentalmente obligadas a pagar sus propios bienes de equipo. Por supuesto AEF estaba tan necesitada que el Estado metropolitano se hizo cargo finalmente de la deuda casi en su totalidad. Pero en AOF la parte francesa de los gastos se redujo entre 1931 y 1936 a sólo un 16 por 100 del total, permitiendo el pago de la deuda. En otras palabras, fue en realidad el trabajo de los habitantes lo que primero se utilizó para desarrollar el territorio.

Dado que esta economía arcaica, es decir, una economía que dependía de los impuestos y del saqueo en lugar de la producción y la inversión, era frágil, la depresión provocó su bancarrota. En 1934, el cronista del presupuesto colonial informó a la cámara de diputados francesa que las colonias estaban al límite de sus fuerzas, y recomendó la financiación de los bienes de equipo por el Estado.

[7] A. Moeller, 1938, pp. 3-5.

En el mismo año se celebró la Conferencia Económica de la Francia Metropolitana y de ultramar para llevar a cabo el primer intento de poner en marcha un programa de ayuda. Pero este programa sólo se realizó, de hecho, tras la segunda guerra mundial[8].

Aunque la depresión fue repentina y severa en el Congo belga, con el precio de las exportaciones bajando a casi dos tercios, de 1.511 a 658 millones de francos belgas entre 1930 y 1933, fue menos pronunciada en valores relativos y más rápidamente superada. Esto se evidencia a partir del hecho de que las exportaciones subieron otra vez a 1.203 millones de francos belgas en 1935. Para asegurarse, el Congo belga continuó todavía sólo moderadamente productivo. Comparado con las colonias británicas de Africa del sur, su rendimiento minero era, por no decir algo peor, aún muy bajo. Aunque en 1935 este rendimiento representaba el 62 por 100 del valor total de las exportaciones del Congo belga y, en el caso de Angola, el 30 por 100, estos dos territorios juntos todavía exportaban un simple 6 por 100 del valor total de los productos mineros del Africa negra.

CUADRO 15.5 *Importancia relativa del comercio exterior (total de importaciones y exportaciones) de varias colonias (expresada como tanto por ciento del comercio total del Africa negra)*

	AOF	*Congo Belga*	*Angola*
1928	5,9	4,7	1,3
1935	5,8	4,1	1,1

La colonia belga, donde la actividad económica era ya de tipo capitalista, tenía sin embargo la ventaja de su progreso tecnológico y su política de inversiones a largo plazo. La grave crisis presupuestaria de la década de 1930 se debió más a la reducción de la corriente de inversiones que a la del valor de las exportaciones. Los propios ingresos de la colonia, más bajos que en AOF, estaban compensados por el gran volumen de capital privado y la ayuda del Estado que, además de los préstamos, compensó el déficit por medio de fuertes subvenciones. Estas se elevaron a 687 millones de francos belgas entre 1933 y 1937; no incluyendo una lotería colonial, cuyos beneficios (271 millones de francos belgas) sirvieron para cubrir parte de los déficits de 1934 y 1935 (673 millones de francos belgas), o el 47 por 100 de los gastos corrientes. De 1914 a 1935, el Congo «costó» a Bélgica, sin tener en cuenta los préstamos, un total de 112,5 millones de francos oro, o casi la mitad del gasto total de la metrópoli entre 1908 y 1950[9].

En suma, aun cuando, o más bien porque «costaba más a Bélgica», el Congo, a diferencia de las federaciones francesas, pudo «despegar» tan pronto como la industria se recuperó tras la depresión. No se debe, sin embargo, exagerar este fenómeno. El hecho de que, tras la depresión, las exportaciones en todas partes tomaran la delantera a las importaciones, demostró que los bienes de equipo de la fase precedente habían ayudado sólo a desarrollar posteriormente una política todavía básicamente centrada en la explotación desde el exterior más que en el desarrollo de los territorios para su propio beneficio.

[8] C. Coquery-Vidrovitch y H. Moniot, 1974, pp. 407-9.
[9] A. Moeller, 1938; ver también J. Stengers, 1957, p. 394.

EL GRAVAMEN DE LOS TRABAJADORES

Este período —entre dos fases difíciles marcadas por la creciente explotación de los trabajadores, la primera guerra mundial y la depresión— fue duro para los africanos. En esa época de «desarrollo» colonial, los africanos interesaban a los colonizadores sólo en la medida en que representaban un bien o un instrumento de producción. Y precisamente con objeto de asegurar su rendimiento se tomaron por entonces las primeras disposiciones para la protección de la mano de obra. Pero el precario nivel de vida era vulnerable al más ligero contratiempo y se hundió con la depresión. Como señaló un administrador francés, «he observado que aunque el presupuesto de una familia indígena fuera administrado adecuada y regularmente, nunca se las arreglaban para llegar a final de mes. La vida de un indígena es, de hecho, un milagro» [10].

MANO DE OBRA

Aunque el trabajo forzado fue oficialmente rechazado en todas partes, la escasez de mano de obra fomentó la coacción, ya fuera directa o impuesta, por medio del recurso de los impuestos que habían de ser pagados.

Servicio obligatorio y suministro de cosechas

También el uso de mano de obra no remunerada era común. Las federaciones francesas, tras la guerra, autorizaron oficialmente el trabajo no remunerado para proyectos de interés local o colonial. Inicialmente fijado en siete días al año, la demanda de mano de obra pronto lo elevó a doce días en AOF o a quince en AEF. El decreto de 6 de octubre de 1922, revisado el 7 de enero de 1925, estipulaba la posibilidad de que los individuos compraran la exención al precio de 50 céntimos a dos francos al día, de acuerdo con el grado de arraigo de la economía monetaria.

La obligación, limitada en sí misma, fue más impopular por el hecho de que la alimentación de los trabajadores, ni siquiera tenida en cuenta previamente, seguía siendo responsabilidad de las mujeres si el trabajo estaba a una distancia de un día de camino desde la aldea. Esta obligación de trabajar se sumaba al reclutamiento forzoso (pero pagado) para trabajar en el ferrocarril. De 1921 a 1932, 127.250 hombres, lo que representaba una ausencia total de 138.125 años, fueron reclutados en AEF, para construir el ferrocarril Congo-Océano; probablemente se perdieron unas 20.000 vidas antes de 1928 [11]. En AOF tales obligaciones de trabajo se acompañaban del sistema conocido como «la segunda parte del cupo», según la cual los trabajadores podrían ser reclutados para propósitos «sociales

[10] Y. Urvoy, 1940.
[11] G. Sautter, 1967.

y utilitarios» de la mitad del cupo no convocado para el servicio militar [12]. Finalmente, en vísperas de la depresión, el trabajo de porteador, si bien disminuyendo en la mayoría de los lugares, estaba todavía causando estragos en Ruanda, donde el trabajo no remunerado obligatorio disminuyó, sin embargo, de 29 a 13 días al año [13].

El período se caracterizó también por el establecimiento del cultivo obligatorio de cosechas. Este principio, que se originó ya a finales del siglo XIX en el Congo belga, fue restablecido durante la primera guerra mundial, siguiendo una iniciativa puesta en práctica en 1915 en Uganda y en la Costa de Oro con respecto al algodón y cacao respectivamente [14]. El cultivo obligatorio de arroz se introdujo en la provincia oriental y el de algodón se extendió desde Maniema y Uele a toda la colonia. En 1930, los «campos de cultivo públicos» ocupaban más de un millón de hectáreas; como resultado, el Congo produjo 15.000 toneladas de arroz y 30.000 toneladas de algodón; unas diez compañías controlaban 111 molinos de desmote. La innovación fue especialmente impopular, pero a pesar de todo se adoptó en las federaciones francesas. Se inició en 1916, en conexión con el «esfuerzo de guerra». Que perdurara fue debido, desde el principio, al sostenimiento artificial de los precios por medio de subvenciones francesas. Al mismo tiempo, por contraste, el gobierno de Nyasaland (actual Malawi) abandonó las subvenciones para la producción de algodón, y asimismo se redujeron en el Congo belga. En AEF, a instigación del administrador Félix Eboué (1927-28), se otorgó a cuatro compañías un monopolio de compra sobre las vastas «zonas protegidas» a cambio de mínimos bienes de equipo [15]. Este esquema seguía el modelo belga de los monopolios en el Congo que surgieron del decreto de 1 de agosto de 1921.

El cultivo obligatorio de algodón, iniciado en el mismo período en AOF fue asimismo una de las principales ideas de la Office du Niger (1933). Allí de nuevo, centros aldeanos especialmente desarrollados, establecidos por vez primera en 1937, fueron un lamentable fracaso, debido a la imposibilidad de resolver el problema demográfico y a causa de los bajos beneficios de un algodón inferior cuyo precio de venta bajó de 1,25 francos en 1928 a 90 céntimos en 1929, 70 céntimos en 1931 y sólo 60 céntimos de 1933 a 1936.

CUADRO 15.6 *AOF algodón: promedio de las exportaciones quinquenales (en toneladas).*

1910-14	*1915-19*	*1920-24*	*1925-29*	*1930-34*	*1935-39*	*1954*
189	467	895	3.500	2.500	3.900	1.300

Fuente: San Marco, 1940.

En las colonias portuguesas, el fracaso de las autoridades administrativas en asegurar la distribución de semillas o en proporcionar instrucción técnica, explica

[12] Decreto del 31 de octubre de 1926. Este sistema fue también utilizado en Madagascar.
[13] P. de Dekker, 1974. El número anual de días de trabajo exigido disminuyó de 15 en 1928 a 13 en 1931. Pero en el Congo belga, el trabajo gratis obligatorio se elevó a 120 días al año durante la Segunda Guerra Mundial. M. Merlier, 1962, p. 95.
[14] F. Passelecq, 1932, vol. I, p. 281.
[15] C. Coquery-Vidrovitch, 1972, pp. 475-7.

la ineficacia del sistema. Con todo, prevaleció en una forma particularmente arcaica en el territorio de la Compañía de Mozambique, que fue creada en 1891 y que disfrutó de derechos de soberanía durante cincuenta años sobre 160.000 km^2. De este modo, era la única compañía del mundo que aún ejercía poderes soberanos hacia 1930, y respondía asimismo del 11,6 por 100 del comercio total de la colonia desde 1918 a 1927, controlando el 6,5 por 100 del territorio y el trabajo del 4 por 100 de la población [16].

Los resultados no fueron siempre tan decepcionantes. En el punto culminante de la gran depresión se emprendió la producción a gran escala, utilizando aún el sistema de plantaciones obligatorias para la producción de cacao, y en especial de café en la Costa de Marfil, Camerún y Ruanda-Urundi. En este último territorio, el «programa de café», emprendido sobre una base experimental en 1925 (con la obligación de cada jefe local o subjefe de cultivar media hectárea), se sistematizó tan pronto como se sintieron los primeros efectos de la depresión.

CUADRO 15.7 *Exportaciones de café de Ruanda (en toneladas)*

1929	*1932*	*1935*	*1936*	*1937*
50	100	375	1.150	2.000

Fuente: G. Molitor, 1937.

El rápido despegue en la especulativa subida de las cosechas se puede explicar primero porque los africanos estaban agobiados por sus gravámenes y no tenían otro remedio en los peores momentos de la depresión que compensar la caída de sus ingresos con un incremento de la producción, de modo que compensaban la caída del valor monetario. Pero al final de la depresión, los campesinos, finalmente persuadidos de la rentabilidad de sus esfuerzos, se dedicaron voluntariamente a producir las nuevas cosechas. La espectacular naturaleza del arranque de AOF en 1936 se indica en el cuadro 15.8.

CUADRO 15.8 *Exportaciones de AOF (en toneladas)*

	1935	*1936*
Café	5.300	43.500
Cacao	6.700	49.700

Fuente: *L'evolution des exportations de l'AOF de 1905 à 1957*, Institut d'Emission de l'AOF et du Togo, n.° 36, julio 1958.

Esta especulativa subida de las cosechas garantizó el mínimo de dinero en efectivo necesario para el impuesto de capitación y para la satisfacción de las necesidades primarias de consumo, lo que a su vez condujo a la eliminación del cultivo forzoso.

En estas circunstancias, el papel de las instituciones con el propósito de ayudar a los productores, como el Crédit Agricole (organizado en 1931 en AOF, AEF y en Camerún), para garantizar operaciones de producción a corto y medio plazo

[16] E. Bohm, 1938, p. 155.

mientras favorecían la transformación de la propiedad privada, no fue de ninguna manera despreciable. Sólo los agricultores que pertenecían a una asociación legalmente reconocida (Société de Prévoyance, Association Agricole, etc.) y los propietarios de propiedades registradas a su nombre (y no herencias familiares) eran aptos para dicha ayuda [17]. De la misma forma, las Sociétés Indigènes de Prévoyance, cuyas cifras en AOF aumentaron un quíntuplo en cuatro años (de veintidós en 1929 a 101 en 1933 y 104 en 1936), jugaron también un papel, aunque con demasiada frecuencia les interesaba al «commandant de cercle» únicamente desde el punto de vista de los recursos adicionales resultantes de suscripciones obligatorias. En Senegal, en 1940, sólo dos o tres de ellos —en Sine-Saloum— pudieron desemepeñar un papel útil [18]. Hasta ese momento, el trabajo obligatorio, bien en campos, en minas o en proyectos de ferrocarril, continuó siendo la regla general.

El sistema de trabajo y la legislación

En el Africa francesa, la administración controlaba la recluta que, en teoría, después de 1921 en AEF, no podía exceder «un tercio de la población masculina fuerte y sana que hubiera alcanzado la edad adulta». En Gabón, desde 1926 en adelante, con la creciente explotación de los bosques, se advirtió a los nuevos propietarios que fundaban sus emplazamientos de explotación forestal «por su propia cuenta y riesgo, con plena conciencia de que podrían no encontrar la mano de obra que necesitaban en el lugar» [19].

En el Congo belga, la recluta estaba limitada al 25 por 100 de los «adultos varones fuertes y sanos». El límite se redujo al 10 por 100 a mediados de la década, a causa del agotamiento de la reserva de mano de obra; pero en general, el cupo oficial fue superado con creces [20]. En las colonias portuguesas se estableció una sutil distinción entre «trabajo penal», reservado a los convictos, y el trabajo —«una obligación moral y social»— de hombres entre 14 y 60 años, durante al menos seis meses al año [21]. El Estado «no debía tener escrúpulos en obligar, y si fuera necesario en forzar a los negros salvajes de Africa a trabajar, esto es, a perfeccionarse por medio del trabajo para mejorar sus medios de existencia, para civilizarse» [22].

La plaga de reclutadores estuvo particularmente generalizada en el Congo, donde el Estado delegó sus poderes de recluta en compañías como la Bourse du Travail du Katanga (BTK), una agencia privada que reclutaba para las minas en las zonas rurales. En 1926, para mitigar la escasez de mano de obra, el gobierno otorgó

[17] Decreto del 26 de junio de 1931. M. Desanti, 1940.
[18] M. Tupinier, 1940.
[19] G. G. Antonetti, 1926, 1927.
[20] M. Merlier, 1962, pp. 134-5. La noción de «adulto» era vaga, puesto que designaba a cualquier individuo que hubiera «alcanzado un desarrollo adulto normal». H. Leonard, 1934, p. 382.
[21] Código laboral de 1911. *Le régime et l'organisation du travail des indigènes dans les colonies tropicales*, Bruselas, 1929, pp. 224-315.
[22] Recomendación de la Comisión, incorporada al Código laboral del 14 de octubre de 1914; citado por J. Duffy, 1962, p. 132.

a la Union Minière du Haut Katanga (UMHK) el monopolio de la recluta en Maniema (Provincia Oriental) y en Ruanda-Urundi[23]. Finalmente, en las colonias portuguesas estallaban escándalos periódicamente, tales como el de la mano de obra forzada y esclava en las plantaciones de cacao de Santo Tomé y Príncipe a principios del siglo XX, donde se cogían entre 2.000 y 4.000 «reclutas voluntarios» cada año. De acuerdo con su política de «neoesclavitud», Portugal rechazó, en 1930, la «recomendación concerniente a la coacción indirecta de la mano de obra», propuesta por la Conferencia Internacional de Ginebra. En 1947, se produjo la famosa protesta de Henrique Galvão, miembro del Parlamento por Angola. En 1952 fue arrestado tras denunciar que dos millones de africanos habían sido expatriados de las colonias portuguesas[24]. En 1903 la recluta de mineros en Mozambique para el Transvaal se confió a la Witwatersrand Native Labour Association (WNLA). A cambio de un acuerdo para reservar el 47,5 por 100 del tráfico de Sudáfrica para el ferrocarril Lourenço Marques, la Convención de 1928 autorizó a unos 250 reclutadores para que alistaran 80.000 africanos al año. El promedio entre 1913 y 1930 fue de 50.000 emigrantes al año o un total de 900.000, de los que 35.000 murieron y sólo 740.000 volvieron en un estado de salud satisfactorio. El alquiler de mano de obra constituyó, de esta forma, con el transporte de mercancías, el principal recurso financiero de la colonia (dos tercios en 1928)[25]. Además de las sumas recibidas por los permisos de emigración, que constituyeron un 9,8 por 100 de los ingresos presupuestarios en 1928-9 y el 28 por 100 por impuestos de ferrocarril, se debería tener en cuenta también las ganancias por los derechos arancelarios pagados (25 por 100), y como parte de los ingresos del erario recaudado mediante el impuesto de capitación, los fondos enviados a las familias o devueltos al país[26].

En menor grado, Ruanda-Urundi jugó un papel equivalente en las minas de Katanga. En 1930, 7.300 trabajadores de una población total de 350.000 adultos varones fuertes y sanos residían en el Congo, incluidos más de 4.000 de Katanga[27]. También digno de mención fue el generalizado fenómeno de la emigración voluntaria debida a desastres naturales. 25.000 ruandeses emigraron a Uganda durante la gran epidemia de hambre de 1928-9. Se produjo asimismo una huida del trabajo forzoso comparable a la que recurrieron los mossis del Alto Volta, que encontraron refugio en la Costa de Oro.

Todas las potencias coloniales sintieron, casi al mismo tiempo, la necesidad de regulaciones de trabajo. Estas habían sido antes puramente formales, pero su imposición se hizo esencial en la medida en que la mano de obra asalariada proliferó[28]. Las regulaciones, que fueron similares en todas partes, fijaban la dura-

[23] B. Fetter, 1976, p. 90.
[24] E. Bohm, 1938, p. 124; J. Duffy, 1962, p. 185.
[25] E. Bohm, 1938.
[26] Ver cuadros en J. Cardozo, 1931, p. 29.
[27] P. de Dekker, 1974.
[28] En el Congo belga, un decreto de 1910 concerniente a «todos los trabajadores nativos» del Congo o de colonias vecinas, empleados por un «jefe civilizado» o «sujeto a impuesto personal» aparte del impuesto per cápita, fue reformado en 1922. En AEF, se recuperó un decreto de 1902, desde 1907 a 1911, y fue completamente revisado en 1922, aunque no fue hasta 1935 cuando se promulgó el pri-

ción legal del contrato en un máximo de tres años en el Congo y en dos años en las colonias francesas y portuguesas. Sin embargo, el registro (sujeto a tributación) del contrato en el «livret» del trabajador no era obligatorio en todas partes. Si bien desde 1922 la administración de las federaciones francesas establecían un «salario mínimo» autorizado, no había inspección y los abusos prosperaban. No era inusual que un africano que creía haber firmado un contrato por un año se encontrara expatriado por dos años o más; se le pagaba el salario en especie, no con dinero, y la cantidad a menudo no era lo que se había convenido en un principio. Finalmente, se imponían fuertes multas por la menor desobediencia. Además, en nombre de la proclamada libertad de trabajo, el empleo de jornaleros cuyo trabajo no estaba sujeto a ninguna forma de control prevaleció por mucho tiempo.

La crisis de mano de obra, especialmente aguda en las minas y en los proyectos de ferrocarril, originó un cambio de política en el Congo belga. Hasta la década de 1920, el modelo siguió siendo el de las minas sudafricanas, en las que la mano de obra no cualificada reclutada bajo contratos de corta duración de seis a nueve meses, era sustituida cuando quedaba agotada. Siguiendo una investigación de 1922, el UMHK acometió sus reformas. El rápido incremento de la producción —que se duplicó en los dos años siguientes— ocasionó un aumento paralelo del personal africano de 7.500 a 14.000 miembros. Este fue el origen del famoso «paternalismo belga». La reorganización de los recintos cercados se emprendió en 1926; en un año el coste de la mano de obra se había incrementado en un 40 por 100, si bien los salarios no representaron más de una quinta parte del presupuesto. En 1930, por primera vez el índice de natalidad superó al índice de mortalidad en los campamentos UMHK, que en esta época ofrecían las condiciones de trabajo menos desfavorables del Africa central [29]. El éxito de la política de estabilizar la mano de obra a cambio de la continuidad de empleo después de 1928, y de marcar las pautas en todos los sectores de la vida (actividades de ocio, religión, enseñanza, etc.), fue evidente cuando, como resultado de la depresión, los trabajadores disminuyeron de 16.000 a sólo 5.000 entre 1930 y 1932. Esto provocó revueltas sucesivas de los rhodesianos del norte contra la política de repatriación, una serie de disturbios por parte de los trabajadores que vivían fuera de los recintos cercados, y la revuelta de los hombres de Ruanda-Urundi en 1932.

SISTEMA TRIBUTARIO

A pesar del progreso alcanzado, el innegable desarrollo de la economía repercutió poco en los niveles de vida de los africanos. Seguramente, el ganar un salario llegó a ser práctica habitual; el número de trabajadores del Congo aumentó

mer decreto general que especificaba cómo iba a ser puesto en práctica. En AOF, el primer decreto general que reagrupaba las medidas locales se promulgó sólo en 1928. En las colonias portuguesas, un código de trabajo de 1911 fue revisado en 1926, y otra vez en 1928. (Código Salazar) H. Leonard, 1934.

[29] B. Fetter, 1976, p. 113.

diez veces en una década, de 47.000 en 1917 a 427.000 en 1927, cifra sólo superada en 1937 después que los efectos de la gran depresión se hubieran extinguido [30]. No obstante, esto representaba sólo un porcentaje moderado de la población: menos del 20 por 100 de los «varones adultos fuertes y sanos» del Congo, de quienes el 2 por 100 en cualquier caso eran ruandeses [31], y en 1950 todavía sólo el 2 por 100 de la población total del Africa francesa [32].

A pesar de la curva ascendente de empleo, los salarios no lograron mantener el ritmo. Pues, a diferencia de la situación de Gran Bretaña, que permaneció fiel a su política deflacionaria, la inflación de la década de 1920 fue el fenómeno financiero predominante en otros países europeos. Hacia 1926, el franco francés había perdido cuatro quintos de su valor de antes de la guerra y el franco belga un poco más (paridad de 100 francos belgas por 87,60 francos franceses en 1926, estabilizada el año siguiente en unos 100 francos belgas por 71 francos franceses), por no decir nada de la inflación galopante del escudo portugués. A causa de la inflación metropolitana que se sintió en Africa a través del coste ascendente de los productos importados en un momento en que no había cambios en los precios pagados por la producción para la exportación, los salarios reales africanos tendieron a la baja.

El único esfuerzo que experimentó algún éxito fue la sustitución gradual del pago en efectivo en lugar del pago en especie —impuesto en el Congo belga desde 1916 en adelante y adoptado más lentamente en AEF. Sin embargo, esto condujo al pago en efectivo de los impuestos, que se exigía a todos los adultos fuertes y sanos y que fue considerado desde principios de siglo como el signo del acceso del país a una economía monetaria y, por el mismo motivo, como la condición para su desarrollo.

Este problema de los impuestos gravó cada vez más pesadamente sobre el poder adquisitivo de los africanos atrapados en el ciclo de producción colonial. La consumación de la penetración colonial y el progreso de la administración se fortalecieron después de la guerra, haciendo cada vez más difícil a las poblaciones desquitarse mediante la huida o sublevándose. Una vez que se hicieron más usuales, los ingresos por impuestos comenzaron a desempeñar sus funciones como fuente principal de la financiación de la expansión. Esto, en cambio, llevó, entre las dos guerras, a un aumento más rápido del índice del impuesto de capitación que el del pago a los trabajadores.

Los ingresos de los campesinos permanecieron, de hecho, ridículamente bajos, especialmente entre aquéllos que plantaban cosechas obligatorias. Entre 1928 y 1932, en el Congo belga, 700.000 plantadores ganaban cada uno un promedio de 165 francos belgas al año; a los cultivadores de arroz les iba sólo un poco mejor, 170 francos belgas [33]. Los resultados fueron peor incluso en AEF. Por cultivar 20 acres de algodón al año (en base a los 200 días exigidos por la ley), los

[30] Informes anuales sobre la administración del Congo belga, 1919-1939.
[31] 7.300 trabajadores de los 350.000 varones adultos capacitados. P. de Dekker, 1974.
[32] T. Hodgkin, 1956, p. 118.
[33] M. Merlier, 1962, pp. 83-4.

campesinos ubangis ganaban en la misma época sólo de 9,20 a 40 francos franceses, poco más que el importe del impuesto [34].

Aunque menos miserable, la remuneración de los asalariados apenas seguía el ritmo de la inflación, si bien tendía a crecer más rápidamente en las zonas donde imperaba una economía monetaria. El término medio del salario mensual bajó en el Congo medio de 25,42 francos belgas en 1912 —incluido el peor año (19,30 francos belgas en 1913)— a 19,35 francos belgas en 1920, y subió a unos 30 francos belgas sólo en 1929 [35]. Fue superior en las zonas forestales de Gabón (40-50 francos belgas), donde era aproximadamente igual al promedio del Congo belga (60 francos belgas al mes) [36].

En el mejor de los casos, en las zonas más productivas, hubo una subida paralela de los impuestos, como por ejemplo en Gabón, donde la cantidad de trabajo necesario para pagar la contribución tendió incluso a disminuir a lo largo de la década —de 23 días justo después de la guerra a 18 días en vísperas de la depresión. En general, sin embargo, el gravamen tributario se hizo más pesado, especialmente para los campesinos y sobre todo durante la depresión, con el despido de trabajadores y el colapso de los precios de los productos tropicales. Por regla general, el peso de los impuestos directos sobre el africano era mucho mayor que su salario, y lo llevó al endeudamiento y a la miseria —más aún cuanto que los impuestos subieron en el preciso momento en que los precios cayeron a su nivel más bajo y hundieron los salarios de los campesinos con ellos. Los casos estudiados en Guinea o en la Costa de Marfil revelan que durante estos duros años el campesino tuvo que pagar más de lo que recibía, al menos en el marco de la economía monetaria. A pesar del incremento concurrente de las cosechas especulativas, todas las evidencias revelan que la pobreza se agudizó. Los campesinos echaron mano de sus magros recursos, se desprendieron de las últimas monedas que habían ahorrado con inmensa dificultad y vendieron incluso sus escasas posesiones familiares.

Aunque las comparaciones entre los territorios que estamos tratando son difíciles, se pueden discernir ciertas similitudes y ciertas diferencias en su evolución. Fue en las colonias portuguesas donde el gravamen del impuesto de capitación permaneció siendo el más oneroso, puesto que correspondía oficialmente al trabajo de tres meses, siendo pagadero en trabajo. Se estimaba el salario diario correspondiente como del 1 al 1,5 por 100 de su total. El impuesto de capitación era también proporcionalmente elevado en AOF. La suma promedial del impuesto directo recaudado en 1915 por habitante era de dos francos franceses en AOF, 1,55 francos franceses en AEF, y 1,35 francos belgas en el Congo belga. Cuanto más obligado estaba el país a vivir de sus propios recursos, mayor era el impuesto.

---

[34] San Marco, 1940.

[35] Informes anuales, Moyen-Congo, Archives AEF, Aix-en-Provence, Dossier 4(2)D. Cf. C. Coquery-Vidrovitch, 1972, pp. 490-2.

[36] En 1927, por ejemplo: 227 millones de francos belgas para 315.000 trabajadores, i. e. 720 francos belgas al año o 60 francos belgas al mes (60 francos belgas de 1927 = 42,50 francos franceses). En 1924, el UMHK pagó entre 30 y 45 francos belgas por treinta días de trabajo efectivo. B. Fetter, 1976.

CUADRO 15.9 *Distribución relativa del impuesto de capitación en los ingresos totales de los presupuestos coloniales.*

	%		%		%		*en millones de francos*		
	Congo belga		*AOF*		*AEF*		*Suma total del impuesto de capitación*		
	Imposición tributaria a la pobl. africana	*Derechos arancelarios*	*Imposición tributaria a la pobl. africana*	*Derechos arancelarios*	*Imposición tributaria a la pobl. africana*	*Derechos arancelarios*	*Congo belga (francos belgas)*	*AOF (francos franceses)*	*AEF*
1928			20	29,4	22,6	27,3	—	144	27
1931	21,2	21	28	18,4	22,5	30,9	115	181	38
1932	29	19,6	28,7	19,9	24,6	30,9	109	168	37
1934	22,5	18,9	27,1	21,1	19	30,3	82	154	41
1935	22,4	27,9	25,8	23,9		46,5	91	153	

Fuente: Rapports annuels sur l'administration de la colonie du Congo belga, 1932 à 1938. Annuaires statistiques de l'AOF, Vols. I, II, III, 1932-8 y de AEF, Vol. I, 1936-51.

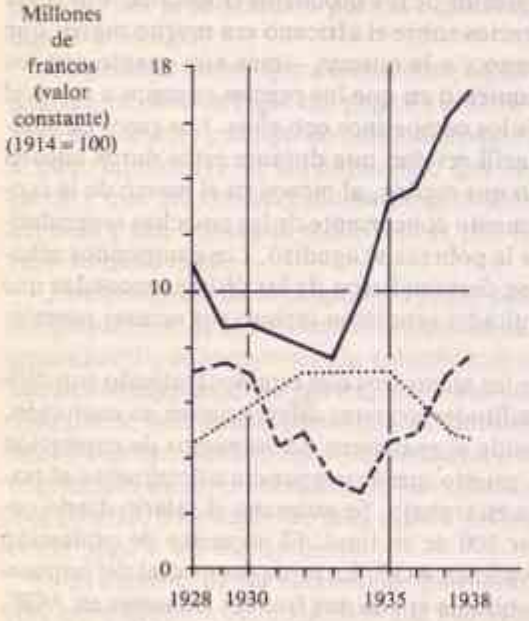


Figura 15.3 Evaluación aproximada de las posibilidades monetarias africanas en Guinea francesa, 1928-38 (según M. Trentadue, 1976)

Como regla general, los presupuestos coloniales estaban todos consolidados de la misma forma: 25 por 100 de ingresos arancelarios y 25 por 100 de impuesto de capitación [37]. La tragedia fue que, con la depresión, las autoridades intenta-

[37] En AOF casi la mitad (43-45 por 100) del presupuesto estaba consolidado, de 1928 a 1935, por el impuesto de capitación más los derechos de aduana. Un tercio venía de otras contribuciones, espe-

ron que el impuesto de capitación compensara el déficit de los ingresos arancelarios, que habían disminuido en todas partes a menos de un 20 por 100 en 1932. Sin embargo, una vez más, los impuestos congoleños fueron los menos opresivos; aunque en 1931 el término medio de impuestos por habitante estaba casi a la par con lo recaudado por las autoridades francesas (el término medio por habitante: 12,48 francos franceses en AOF y 11 francos franceses en AEF, en contraste con los 11,50 francos belgas del Congo o 8,30 francos franceses), la disminución durante la depresión fue mayor. Los ingresos totales del impuesto de capitación en el Congo belga bajaron al 29 por 100, en contraste con el 15 por 100 de AOF entre 1931 y 1934, por no mencionar AEF, donde aumentó al 43 por 100 entre 1929 y 1934.

La verdad es que en el Africa francesa, a pesar de las reducciones solicitadas a veces dramáticamente por los administradores locales durante la depresión, la falta de apoyo de Francia les obligó a «iniciar el camino de las reducciones únicamente con la mayor precaución» [38]. En el Congo, por otra parte, el impuesto permanecía aún por debajo del salario de un mes. Por otra parte, el tiempo de trabajo adicional exigido para cubrir las necesidades básicas (formuladas por la compra de *kitenge* o ropa estampada), que había subido en algunos casos (por ejemplo en Kasai) a casi 5 meses, declinó en general desde 1920, si no desde antes de la guerra. No obstante, más tarde subió a apenas un mes y medio.

CUADRO 15.10 *Valor del impuesto de capitación anual en tres regiones rurales, en relación al salario mensual (total salario mensual: 1912-13 = 100)*

	Impuesto					*Impuesto + Kitenge*				
	1912	*1920*	*1924*	*1928*	*1933*	*1912*	*1920*	*1924*	*1928*	*1933*
Congo bajo y medio	65	50	36	31	78	106	175	198	119	138
Kasai	75	37	41	22	59	175	482	291	143	135

Fuente: J. P. Peemans, 1968, p. 361. En AOF, por otra parte, el SCOA estimaba que hasta 1940 los impuestos se llevaban la mitad de la ganancia anual del agricultor del cacahuete. Información añadida al balance general, Archivos de la Compañía.

Aquí encontramos —si bien aún en estado embrionario— los efectos de una anterior política de inversiones, que iba a dar como resultado un sistema de producción más dinámico, o uno que, al menos, tendiera a diferenciarse crecientemente del tipo retardado de explotación de la zona del Sahel francés. Por falta de alguna producción rentable, los africanos de esta zona estaban siendo todavía oprimidos en un intento de evitar el colapso económico.

cialmente de impuestos indirectos (15-20 por 100) —que también recaían ampliamente sobre la población indígena (impuesto de tierras; impuesto de ganado; impuesto de consumo y circulación) y sobre los ferrocarriles (13-16 por 100) (este último, además, siempre mostraba un déficit). El remanente (sólo 21-24 por 100, porcentaje similar al del Congo belga) provenía de varios intereses públicos o privados (propiedad inmobiliaria, licencias, ingresos, plantas industriales). *Annuaries Statistiques* citado en fuente para el cuadro 15.9.

[38] Circular número 68 de la comisión de la República de Camerún, 19 de septiembre de 1932, Archives Yaoundé, APA-10895/A.

LAS CRISIS Y SUS REPERCUSIONES

La situación de los africanos, siempre precaria, se hizo en 1930 tan trágica como lo había sido al comienzo del período.

PRODUCCION

A pesar de la escalada global de las hostilidades, la primera guerra mundial originó un ocasionalmente espectacular aumento de la producción. Con unas pocas excepciones (como en el caso del comercio de madera *okoume* de Gabón, dependiente por completo del mercado alemán que cerró repentinamente), las exportaciones y los beneficios de las empresas que estaban fuera de su país mostraron una subida apreciable. La verdad es que el «esfuerzo de guerra» fue especialmente duro en el Africa de habla francesa; se inició en 1915 un programa para «intensificar la producción», y se extendió en 1916-1917[39]. Se organizaron campos de trabajo para el cultivo y cosecha de los llamados productos estratégicos (caucho, cosechas productoras de aceite, madera, etc.). Más importante aun, el gobierno francés garantizó temporalmente su compra; en consecuencia, requisó 140.000 toneladas de semillas oleaginosas en 1918 y casi tres millones de toneladas en 1919. La producción de ciertas mercancías tales como aceite de castor y caucho, que entonces disfrutaban de un auge, se vino abajo definitivamente cuando terminó la Primera Guerra Mundial y el Estado cesó de comprarlos. Por lo general, sin embargo, la guerra dejó clara la necesidad de organizar la producción (éste fue el papel jugado por la Conferencia económica colonial en 1917) y sirvió para impulsar la primera empresa especulativa a gran escala —algodón en Oubangui-Chari (actual República Centroafricana), madera en Gabón y Costa de Marfil— en los primeros años de la década de 1920, tras la violenta, aunque breve crisis de 1921-2.

Por razones bastante opuestas a la crisis de 1930, que provocó el colapso de los precios, esto llevó a un replanteamiento radical de los objetivos y técnicas de producción, al menos en los territorios bajo dominio francés cuya economía había sido hasta entonces una *économie de traite*.

Esta crisis no fue de superproducción. El beneficio extremadamente bajo significó que los productos en cuestión representaban sólo una mínima proporción del comercio internacional (por ejemplo, las exportaciones de cacahuetes de Senegal representaban el 50 por 100 de los ingresos de AOF, pero sólo el 5 por 100 de la producción mundial), y la protección de las potencias coloniales aseguraba una rápida distribución gracias a una política (si bien limitada) de subvenciones. Estas subvenciones incluían dividendos de exportación en AOF pagados a empresas de fuera del país para compensarlas por la caída de los precios y el suscribir la deuda pública en AEF, a la que el déficit de los ingresos arancelarios había llevado al borde de la bancarrota.

Gravados con impuestos a los que no podían hacer frente (manteniéndose un

[39] Cf. Circular del 13 de febrero de 1915, AEF citado en C. Coquery-Vidrovitch, 1972, p. 492. Con relación a AOF, ver M. Michel, 1980.

elevado índice de impuestos a pesar del hundimiento de precios y salarios), los africanos reaccionaron a la caída de sus ingresos aumentando la producción. Como hemos visto, fue en el punto culminante de la crisis cuando las cosechas de plantación tropical (café, cacao, plátanos, algodón) disfrutaron de prosperidad debido únicamente a la producción a pequeña escala de los plantadores indígenas. A pesar de los precios extremadamente bajos, la caída general del tonelaje de exportación, que había sido considerable en 1932, cambió rápidamente. El término medio de los años de entreguerra fue superado por primera vez en 1931, luego otra vez, definitivamente, desde 1934. Esto fue, naturalmente, la consecuencia del esfuerzo comenzado en los años de prosperidad de 1924-1928, así como de la política de desarrollo de la infraestructura del transporte, que había sido enérgicamente practicada durante la crisis de los préstamos proporcionados a las colonias francesas en 1913.

Sin embargo, como la distribución de estos fondos coincidió con el período de depresión más profunda, sirvió esencialmente, no para promover la expansión de los programas, sino más bien para corregir —si bien sólo muy parcialmente— el déficit nacional, particularmente en Camerún (donde se interrumpieron los campos de trabajo) y en AOF, donde más de la mitad de las operaciones siguieron siendo financiadas con los propios recursos, extremadamente reducidos, de la federación. No obstante, esta masiva política de préstamos condujo a un marcado aumento de la deuda interna cuando, debido al déficit de los ingresos arancelarios, los ingresos de los presupuestos coloniales se hundieron.

De esta forma, la manifiesta transformación económica originada durante el período fue llevada a cabo y pagada por el campesinado, ya que el aumento de la carga fiscal sobre el productor también ocurrió en el preciso momento en que, al descender los precios a su nivel más bajo, los salarios de los trabajadores rurales disminuyeron. Queda admitido que el aumento de los ingresos por impuestos y el desarrollo del sector asalariado de la población agrícola, que gradualmente reemplazó a la mano de obra forzada, debe ser relacionado con la expansión del cultivo especulativo de cosechas. Sin embargo, tal cultivo sirvió esencialmente para provocar un incipiente proceso de diferenciación social a través de la aparición de una clase de «nuevos ricos» indígenas, terratenientes a pequeña escala y empresarios comerciales que hicieron sus fortunas explotando la miseria y el endeudamiento de la mayoría. Por ejemplo, es significativo que, a lo largo de todos los años de crisis, el ahorro aumentó firmemente en los países africanos, ya sea medido en términos del número de cuentas de ahorros o del valor de los depósitos. Este crecimiento del ahorro fue ocasionado indudablemente por el «comprador» de las clases medias más bajas, que comprendió pronto, gracias a las relativamente favorables condiciones del comercio, que su *status* dependía de que adoptara rápidamente las reglas del juego capitalista.

Por otra parte, para el grueso de los pequeños campesinos pobres, la pobreza parecía haber llegado a un punto extremo. Los africanos hurgaron en sus magras reservas, hipotecaron su tierra y se hicieron aparceros en el sistema de dos tercios y tres cuartos (el *abusa* de la zona de plantación de cacao de la Costa de Marfil). No hubo ni siquiera necesidad alguna de constreñirles por más tiempo mediante una legislación estricta de trabajo obligatorio. De 1931 en adelante, la falta de

dinero (cuyo uso no pudo ser evitado por más tiempo) se hizo crucial; y les fue cada vez menos posible quedarse atrás, en la tradicional vida de cultivos de alimentación de subsistencia, que ni siquiera aseguraban la propia supervivencia, por más tiempo. Hablando con propiedad, los campesinos ya no tuvieron alternativa [40].

ESCASEZ DE ALIMENTOS, HAMBRE Y EPIDEMIAS

Una característica de todo este período fue el carácter agudo de la crisis del suministro de alimentos.

La economía de guerra de los años 1915-18 tuvo algunas implicaciones muy serias. El paso más perjudicial fue la requisa de productos alimenticios para el país colonizador, justo cuando las tropas (sólo 10.000 hombres en AEF, pero un poco más de 160.000 en AOF) estaban agotando el campo cultivado.

En Gabón, sólo un cuarto de las cosechas producidas obligatoriamente se dejó para consumo local. Incluso la mandioca se exportó del Congo medio y de Oubangui-Chari: 210 toneladas en 1915 y 157 toneladas en 1917 [41]. En AOF, como consecuencia de la decisión de exportar las principales cosechas locales, las autoridades vaciaron los graneros de reserva que sufrían ya por la sucesión de dos años de semisequía (1911-1912) y un año de aridez total (1913). Esta sequía se había extendido por todo el área de Sudán, desde Senegal a Wadai y Chad. De las carestías periódicas, la situación empeoró a un hambre devastadora que se cobró probablemente de 250.000 a 300.000 víctimas [42], mitigada sólo por las 4.000 toneladas de cereales que el Sudán francés (actual Mali) no había tenido los medios ni el tiempo de enviar a Francia [43].

CUADRO 15.11 *AOF: exportaciones de productos alimenticios requisados (en miles de toneladas)*

	1916	*1917*	*1918*	*1919*	*Total*
Mijo	9,6	3,6	1,3	1,6	16,2
Palay* y arroz	—	2,7	—	—	3
Maíz	1,5	4,6	—	—	6
TOTAL	11,3 [1]	11,1 [2]	3,2 [2]	3,3 [2]	25,2

[1] Incluyendo madera, cola y gonakié (variedad de la cola).
[2] Mas judías.

Fuente: Annuaire de Governement Générale de l'AOF, 1917-21, Paris, 1921, p. 55.

[40] Para Africa ecuatorial francesa, ver G. G. Reste, *Rapport économique au Min. des Col.*, Brazzaville, 24 de junio de 1937, Archives Nationales, Section d'Outre-Mer, Paris (ANSOM), Fonds Guerut, 827. Para AOF, ver Informe de E. Giscard d'Estaing al Min. de Col. sobre su misión en Africa occidental francesa, 1931-2, ANSOM, *Affaires politiques*, 539, Cf. C. Coquery-Vidrovitch, 1977 y (ed.) 1976.

[41] Cf. circular del 13 de febrero de 1915, AEF; C. Coquery-Vidrovitch, 1972, p. 492.

[42] J. Suret-Canale, 1964, pp. 169-72.

[43] H. C. Cosnier, 1921, p. 253.

* Palay: arroz con cascarilla. *(N. del T.)*

En AEF, donde las ventas forzadas continuaron en la década siguiente para abastecer los proyectos de ferrocarril del Congo-Océano, el hambre, que había empezado en 1918, se extendió a la mitad norte del país (Woleu-Ntem) entre 1922 y 1925; probablemente redujo la población fang a la mitad, de 140.000 a 65.000 de sus miembros en 1933 [44].

Las poblaciones debilitadas cayeron entonces víctimas de las epidemias: renovados estallidos de viruela y especialmente la propagación de la gripe española importada de Europa, causaron la mortandad de quizá una décima parte de los habitantes de AEF [45].

Aunque no siempre acompañado de resultados tan desastrosos, el problema del hambre resultante de la escasez de alimentos originada por el sistema colonial fue una característica cíclica del período. Se repitió en 1928-9 en Ruanda, «granero» del Congo belga, a continuación de otra sequía [46], y fue realmente la prueba de la fragilidad de los países agotados por la *économie de traite* a pesar de la subida de las cifras de exportación.

Hubo situaciones de hambre aguda, como la de Níger en 1930, de la que todavía guardan recuerdo los zerma-sonrais, a la que siguió una invasión de langostas. Pero el sistema colonial hizo mucho para agravar el hambre, como los informes de la época, que están llenos de autocrítica, indican. Impuestos desorbitantes (que aumentaron en 10 años de 1,25 a 7 francos belgas) alentaron a la población a huir a la Costa de Oro en lugar de cultivar cosechas. El trabajo forzado se incrementó después de 1927 con la instalación de los servicios administrativos en Niamey y con la expansión del ferrocarril. Esto interrumpió completamente el calendario agrícola, aunque la precariedad de las lluvias hizo a las temporadas agrícolas particularmente importantes. El suministro de mijo, no obligatorio, dependía enteramente de los jefes locales. En 1931, la negativa de la administración a bajar el impuesto de capitación, y su insistencia en el pago colectivo, que obligaba a los campesinos a pagar también por los desertores y los fallecidos, condujo a una situación en la que, como decía un informe, «aldeas enteras desaparecieron... y una generación quedó completamente diezmada» [47] con un índice de mortalidad, en algunas zonas, de más del 50 por 100.

En conjunto, sin embargo, la catástrofe fue menos espectacular... El hambre se frenó gracias al progreso de los medios de transporte y las epidemias fueron detenidas por la primera campaña de sanidad. Pero la caída de los precios y la pérdida de empleo se sintieron cruelmente por todas partes. «Fue en los precios pagados al productor donde este descenso se notó más. El poder adquisitivo de los indígenas se redujo en mayor grado que en ninguna de las crisis anteriores» [48].

Es revelador que, en el África francófona, la emigración urbana a gran escala empezó precisamente cuando se produjo la gran crisis. A pesar del general estan-

[44] G. Sautter, 1966, pp. 859, 864, 871.
[45] Huot, Marzin, Ricau, Grosfillez, David, 1921.
[46] Este hambre no evitó el subsiguiente alza de las exportaciones de mandioca, un incremento de 239 a 2.515 toneladas registradas de 1930 a 1934. P. de Dekker, *op. cit.*
[47] Citado por F. Fuglestad, 1974, p. 25.
[48] Société du Haut-Ogoué, Informe a la asamblea general de accionistas, 1930; Archivos de la compañía.

camiento del crecimiento de la población (en AOF 14,4 millones de habitantes en 1931, en contraste con los 14,6 millones de 1936), los pueblos y ciudades comenzaron a crecer por la afluencia masiva de campesinos indigentes, aunque la situación del empleo urbano era también crítica. En 1936, por ejemplo, no había todavía más de 167.000 jornaleros en AOF, lo que suponía apenas un poco más del 1 por 100 de la población. No obstante, entre 1931 y 1936, las poblaciones de Dakar y Abidjan aumentaron al 71 por 100, mientras que la de Conakry se duplicó. Más revelador incluso es el caso de un pueblecito empobrecido del interior como Ouagadougou que, invirtiendo su tendencia previa, aumentó su población en un tercio en ese mismo período.

El estancamiento general del crecimiento de la población durante este período es particularmente indicativo del estado de pobreza predominante. En cuanto al gasto social, tendía, por contraste, a subir en todas partes: el incremento paralelo del gasto para la atención sanitaria, y del número de dispensarios y de los medios de tratamiento, generó un mayor control de las plagas tradicionales (tripanosomiasis, enfermedades venéreas, lepra). Por contraste, las poblaciones resultaron ser particularmente vulnerables durante el período de imposición tributaria de 1931-6 a epidemias («enfermedades esporádicas»: gripe, viruela, etc.). Es extremadamente tentador relacionar tal creciente vulnerabilidad al estado de profunda miseria y pobreza física en que se encontraba una población debilitada e indefensa [49].

EL BALANCE ECONOMICO

Debido a que fueron mantenidas bajo estricto control por las autoridades administrativas, y a causa de su muy limitada participación en los cambios sociales y económicos, las poblaciones, al final de este período, se encontraban en una peligrosa situación, mientras que el sistema mismo estaba a punto de cambiar.

EL SECTOR PRIVADO

El período estuvo de hecho marcado por el aumento de poderosas empresas que acababan de ser fundadas al final del siglo.

El Congo belga estaba a la vanguardia de este desarrollo. Justo antes de la depresión, el país contaba con 278 empresas industriales y comerciales, y con agencias para treinta y seis compañías extranjeras —sin contar un pequeño número de negocios locales privados. En total, el número de establecimientos había aumentado más de un tercio en tres años, subiendo de 4.500 en 1926 a 6.000 en 1929.

Desde 1919 a 1930, la cantidad de capital invertido había aumentado a 1.000 millones de francos oro, e incluía 1.000 millones debidos a ganancias coloniales. La cartera del gobierno (estimada en 16.000 millones de francos oro en 1928, cu-

[49] Cf. C. Coquery-Vidrovitch, de próxima aparición.

CUADRO 15.12 *Compañías belgas en funcionamiento en el Congo, 1929.*

	Transporte	*Banca*	*Minería*	*Agricultura Industria*	*Comercio (ocasionalmente agricultura, industria)*	*Bosques (o bosques, agricultura)*
Número	23	24	27	125	88	9
Capital (millones de francos)	2.167	1.037	951	1.982	1.196	105
Capital promedial por compañía	94	43	35	16	14	12

Fuente: F. Passelecq, 1932, p. 362.

yo valor comercial había bajado a 5.000 millones hacia septiembre de 1930 y había sido reducido a un tercio de los haberes mantenidos por el sector privado) fue entonces estimada en la mitad del valor de las obligaciones congoleñas poseídas por individuos privados.

Pero aunque los sectores en consideración estaban ya diversificados, el principal ímpetu provenía de las actividades minera y ferroviaria. Cuatro compañías principales (Société Générale, Empain, Cominière y Banque de Bruxelles), con más de 6.000 millones de francos de oro invertidos, respondían de prácticamente un 75 por 100 del capital [50]. La compañía principal, la Société Générale, era ella sola responsable de la mitad de esto, controlando tres compañías ferroviarias, tres compañías generales, dos bancos, doce compañías mineras, seis plantaciones, tres compañías financieras, once compañías industriales y comerciales y una compañía inmobiliaria, es decir, casi toda la producción minera (cobre, diamantes, radio y una buena cantidad de oro), toda la industria del cemento y las instalaciones hidroeléctricas más importantes [51].

Su éxito estuvo ligado al nivel productivo de sus minas, entre las que era principal la UMHK (cobre), fundada en 1906 por un acuerdo con el Comité Spécial du Katanga. El comité mismo había sustituido a la Compagnie du Katanga (1891), a la que el Estado libre del Congo había encargado la dirección económica de la zona en 1900, y que había comenzado las operaciones con la llegada del ferrocarril a Elizabethville (actual Lubumbashi) en 1910, y a Forminière (Diamantes Kasai), cuyas operaciones de prospección habían empezado en 1907 y la explotación en 1914.

Contrastaba con la relativa inactividad de otras compañías concesionarias, la mayoría de las cuales no había reunido suficiente capital para explotar sus excesivamente vastas zonas.

Esto fue verdad [52] en especial en el caso de AEF, paralizada desde 1900 por un desafortunado programa concesionario de treinta años de duración, que había liquidado el territorio a unos cuarenta grandes monopolios, la mayoría de los cuales ya se habían hundido en vísperas de la primera guerra mundial. Algunos de los pocos supervivientes se habían convertido, bien en compañías estrictamente comerciales como la Société du Haut-Ogooué, en la mitad oriental de Gabón, la Compagnie Propriétaire du Kouilou Niari cuya parte fue comprada por la Lever Brothers en 1911; o bien en compañías que apenas explotaban plantaciones de palma que permanecían en estado rudimentario, como la Compagnie Française du Haut et du Bas-Congo. Otros sirvieron para prolongar tardíamente un régimen absurdo de coacción y pobreza con productos que no eran rentables, o incluso ya condenados como la Compagnie Forestière Sangha-Oubangui, con un capital de doce millones de francos belgas para un monopolio que cubría 17 millones de hectáreas y que había reagrupado once anteriores compañías concesionarias del Congo medio y de Oubangui-Chari, y que impuso su monopolio sobre la re-

[50] S. H. Frankel, 1938, p. 292.

[51] Además, tenía una gran parte en otras siete compañías, y estaba representado en el consejo de dirección de unas quince más. *Ibid.*, p. 294.

[52] Cf. C. Coquery-Vidrovitch, 1972.

colección de caucho natural hasta 1935. Por otra parte, la explotación de diamantes de Oubangui, descubiertos en 1914, no empezó hasta la década de 1930. El único auge había sido el de Gabón con la madera *okoume*, una materia prima utilizada en la industria de la madera terciada, que surgió durante la primera guerra mundial.

En vísperas de la depresión, el capital asociado de 107 empresas ascendía a un capital nominal de 309 millones de francos belgas que —en francos oro— apenas se había duplicado desde 1913, cuando el capital accionista privado alcanzó los 70 millones de francos belgas. El papel dominante en la inversión de capital estaba aún desempeñado por el Estado —signo de un país considerado pobre, en el que el sector privado había delegado largo tiempo a las autoridades públicas el gravamen de los enormes gastos de equipo.

Mediaba un abismo del éxito de una empresa como la Lever Brothers que, empezando con el primer aceite de palma comprado en el Congo belga (basado en una concesión de 750.000 hectáreas del SEDEC, Société des Huileries du Congo Belge, 1911), pronto extendió su imperio de plantaciones oleaginosas a toda Africa occidental (Gabón/Congo medio/Nigeria/Camerún). Unilever, finalmente fundado en 1928 por la fusión de la firma británica con el consorcio germano-holandés de la margarina, desarrolló, a lo largo del imperio británico de la United Africa Company, una serie completa de sucursales francesas (Niger Français, Nosoco en Senegal, Compagnie Française de Côte d'Ivoire, etc.) que crecieron en torno al período de la segunda guerra mundial [53].

AOF siguió siendo, en efecto, dominio de firmas comerciales basadas en la agricultura para la exportación. Incluso en este campo, el retraso era enorme comparado con el Congo belga.

CUADRO 15.13. *Inversiones en negocios de AOF en 1943 (expresado en porcentajes).*

	Comercio	*Plantaciones*	*Bosques*	*Minas*
Todas las empresas	38	18	12,5	7,5
Sólo compañías	42,8	11 a 12	11 a 12	8,8

Fuente: J. Dresch, 1952, pp. 232-41, basado en la investigación llevada a cabo por el Departamento de Colonias en 1943, ANSOM, Affaires Economiques Series, carton 52.

En 1938, las federaciones francesas computaron sólo unas cincuenta firmas comerciales cuyo capital registrado apenas superaba los 600 millones de francos franceses [54]. Por esta época, diez de ellos declararon un capital de más de 20 millones de francos franceses, entre los que sólo dos sumaban un tercio del total: Société Commerçiale de l'Ouest-Africain (SCOA) fundada en 1906 con un capital de 125 millones de francos belgas, y la Compagnie Française de l'Afrique Occidentale (CFAO) fundada en 1887, con 75 millones de francos franceses [55]. Pe-

[53] M. Sherril, 1973, p. 48.
[54] M. Tupinier, 1940.
[55] En 1945, las inversiones en existencias de las dos compañías representaron un 84 por 100 del capital de las empresas comerciales de AOF citadas en la Bolsa francesa, y el 52 por 100 de todas las empresas de AOF. P. Valdant, 1946.

ro sus inversiones, insignificantes antes de la guerra, apenas superaron un promedio de 10-20 millones de francos oro en los mejores años, aun cuando al final del período representaban el 10 por 100 de la inversión total en el Africa francesa [56].

La razón era que el comercio, que consistía en reunir y enviar a los puertos los productos del país, exportarlos sin procesar o en estado semielaborado, y en distribuir a cambio mercancías manufacturadas importadas que consistían principalmente en bienes de consumo, requería poco capital. Realmente, la década de 1920 fue la mejor época de la *économie de traite* y la inflación fue una fuente de mayores beneficios: de 1913 a 1920, el comercio exterior de AOF aumentó de 277 a 1.143 millones de francos franceses. En cinco años el valor de los géneros de algodón británicos exportados a Africa se cuadruplicó y, teniendo en cuenta la estabilidad de la libra, aumentaron en un 800 por 100 en relación a los precios franceses de 1914. En unos cuantos años, SCOA y CFAO se habían extendido por toda Africa occidental, y hacia 1924 habían alcanzado más o menos su configuración final (SCOA: 140 agencias, 145 en 1930, 250 en 1940; CFAO: 141 agencias, 191 en 1930, 411 en 1939). Pero también operaban en los territorios británicos, donde el comercio era más activo: productos de palmera de aceite y estaño de Nigeria para la CFAO, y cacao de la Costa de Oro para la SCOA que pronto sumó un tercio de la producción de esa compañía.

La depresión se sintió sobremanera, ya que la prosperidad tenía una base ampliamente especulativa y poco apta para resistir el hundimiento de los precios de los productos, puesto que la diversificación de actividades apenas había comenzado, la industrialización era todavía virtualmente inexistente, y la tradicional economía comercial constituía aún la mayor parte de las actividades de AOF.

En cuanto a las colonias portuguesas, las circunstancias apenas les habían permitido elegir entre estas distintas propuestas. Mozambique se encontró en un estado general de mediocridad; estaba aún mayoritariamente bajo el régimen concesionario en el que, junto al relativamente eficaz saqueo de la Mozambique Company, o de las tierras bastante buenas mantenidas como una subconcesión por la Zambezi Company, la Niassa Company había perdido su monopolio en 1929, debido a su desastroso historial [57]. Mozambique hizo frente a la depresión muy mal, como se evidencia del hecho de que el valor de las exportaciones bajó a la mitad entre 1929 y 1933. En Angola, el primer intento de operaciones mineras fue el del grupo Diamang con capital belga y británico. Desde 1920, había figurado como el principal apoyo financiero de la colonia, a pesar de su todavía relativamente limitada contribución de 600.000 libras esterlinas en 1929, o un cuarto del valor de las exportaciones congoleñas. Exenta de impuestos y de derechos arancelarios, la compañía, que tenía la mano de obra y el mercado a su exclusiva disposición, estaba forjando ya su imperio monopolístico.

[56] Sobre la historia de las dos compañías, ver C. Coquery-Vidrovitch, 1975.
[57] E. Bohm, 1938, p. 155.

BIENES DE EQUIPO Y PRODUCCION

Con respecto a los bienes de equipo y a la producción, el balance económico continuaba siendo pobre todavía al final del período. La principal realización habían sido los ferrocarriles; por todas partes el estado había reemplazado o financiado ampliamente a las primeras compañías privadas. La red del Congo belga se había extendido considerablemente. Las inversiones en este terreno se elevaron de 480 millones de francos oro en 1920 a 535 millones en 1935 y la longitud de recorrido permanente, de 1.940 km. a 2.410 km. En total, hacia 1934, el gobierno había garantizado capital para el ferrocarril hasta la suma de 2.271 millones de francos oro. La carga correspondiente ascendía en 1934 a 103 millones de francos de oro [58]. El programa había consistido fundamentalmente en completar la red alrededor de las minas, ligando Katanga con el sistema rhodesiano en 1918, con el bajo Congo en 1928 y hacia Benguela después de 1930. Pero el balance financiero siguió siendo catastrófico (con un promedio anual de alrededor del 1 por 100), excepto en el caso del ferrocarril de Katanga, un 85 por 100 de cuyo tonelaje era de cobre. La verdad era que el ferrocarril estaba considerado como una buena especulación más que como un servicio público. El objetivo era menos un aumento del tráfico que un aumento de los beneficios, por medio de la explotación de las tarifas excesivamente elevadas, que se hallaban protegidas por la prohibición de competencia entre ferrocarril/carretera [59], que impedía la producción, especialmente durante el período en que los precios bajaron súbitamente. Esto iba obviamente en beneficio de las colonias portuguesas que, con 2.348 km. de ferrocarril en Angola y 1.936 km. en Mozambique hacia 1930, obtenían la mayor parte de sus riquezas de la función de transporte, acaparando el 80 por 100 del comercio exterior total de Mozambique [60].

En AEF los grandiosos proyectos ferroviarios emprendidos en 1913, incluyendo el ferrocarril de Gabón y el enlace Congo-Chad [61], dieron finalmente como resultado la construcción laboriosa, con gran coste de hombres y de dinero, de la línea Congo-Océano (menos de 500 Km., 1922-34). Esta última abrió el territorio previamente dependiente del Congo belga. Por otra parte, AOF, que padecía la pobreza de sus recursos minerales, llevó a cabo sólo unos pocos proyectos de ampliación en una red casual de antiguos ramales del ferrocarril perpendiculares a la costa e indicativos del carácter arcaico, fragmentario y extrovertido de la explotación de la colonia. Estas ampliaciones se elevaron a 550 Km. de 1921 a 1934, entre un total en funcionamiento de más de 3.500 Km.

Más importante como innovación fue la construcción, en la región de la sabana, de una red de carreteras que, poniendo fin a los estragos del porte humano,

[58] S. H. Frankel, 1938, pp. 407, 414.

[59] Cada uno de los sectores disfrutaba de un monopolio. Cf. *Monopole des transports automobiles delimite entre 1928 et 1934*, Informe n.° 108 al Senado belga, citado por S. H. Frankel, 1938, pp. 409-11. La política era similar a la de los territorios británicos, en los que, como en la Costa de Oro, el gobierno prohibió, en la misma época, a los plantadores enviar su cacao en camión, para garantizar los beneficios del ferrocarril. G. B. Kay (ed.), 1972, p. 431.

[60] De acuerdo con los cuadros de S. H. Frankel, 1938, p. 369.

[61] C. Coquery-Vidrovitch, 1972, p. 286.

transformó las condiciones que regían la recolección y distribución de los productos. El principio de la construcción de la red Ubangui (AOF) databa de la guerra, y hacia 1916 se habían completado 4.200 Km. Sin embargo, sólo se vio a unos pocos vehículos usándola, y la mayoría de ellos eran exclusivamente comerciales. Había menos de mil vehículos en 1930, 1500 en 1931 y sólo 2.850 en 1945, 600 de los cuales eran turismos[62].

AOF, en especial, compensó las deficiencias del ferrocarril con carreteras. Hacia 1937, se abrieron 27.000 Km. a 17.229 vehículos, incluyendo furgonetas. Entre 1926 y 1934 los proyectos de mejoras de carreteras y puertos absorbieron casi tanto capital como el ferrocarril, ascendiendo a 475 millones de francos franceses frente a los 520 millones de francos franceses del ferrocarril[63].

Sin embargo, la infraestructura proporcionada apenas tuvo tiempo de afectar al volumen de exportaciones antes del comienzo de la depresión. Sin duda, un cierto número de territorios ofrecían una amplia gama de productos, algodón, café, caña de azúcar, sisal y maíz en Angola; cocos, cacahuetes y arroz en Mozambique; madera en Gabón y en la Costa de Marfil; y plátanos en Guinea. Pero las exportaciones siguieron estando basadas casi exclusivamente en minerales y plantas productoras de aceite. Pocos territorios se encontraban tan favorablemente situados como el Congo belga, cuyo desarrollo estaba basado, en el mejor de los casos, en dos o tres grupos de productos que, al menos, habían sido ya parcialmente procesados. Estos eran aceites vegetales cuya producción aumentó de 2.500 toneladas en 1914 a 9.000 en 1921 y 65.000 en 1930; y cobre, que triplicó entre 1922 y 1931, de 43.000 a 120.000 toneladas antes de caer otra vez al año siguiente a 54.000 toneladas, como resultado de una reducción de la producción decidida por acuerdos internacionales.

CUADRO 15.14 *Congo belga: valor de las exportaciones (expresado en porcentajes).*

	1927	*1928*	*1929*	*1930*	*1931*	*1932*	*1933*	*1934*	*1935*
Minerales	61	61	60	67	70	60	54	59	62
Productos de palma, aceite de palma	20	19	17	14	11	17	—	—	12
Algodón	5	8	9	8	8	8	—	—	11
TOTAL	86	88	86	89	89	85	—	—	85

Fuente: S. H. Frankel, 1938, pp. 289-301.

Indudablemente, Angola parecía casi tan bien dotada potencialmente. Sin embargo, la negligencia portuguesa abandonó su fortuita producción agrícola a los riesgos de la meteorología y de la especulación, lo que condujo a su estancamiento por diez años[64].

En lo que se refiere a AEF, acababa de salir del monopolio forestal gabonés, que dio cuenta de un poco más de 400.000 toneladas de sus exportaciones en 1930. Aunque el tonelaje exportado de Camerún se había triplicado desde 1923 (de 48.000

[62] *Ibid.*, p. 284.
[63] *Annuaires Statistiques de l'AOF, op. cit.* en la fuente para el cuadro 15.9.
[64] S. H. Frankel, 1938, pp. 371-3.

a 124.000 toneladas), la explotación del país estaba apenas poniéndose en marcha hacia 1934 con 73 millones de francos franceses de exportaciones, de los que casi el 60 por 100 consistían en cacao y en productos de palmera de aceite. Finalmente, AOF, a pesar de la lenta aparición de unos cuantos productos nuevos, dependía todavía en más de la mitad de sus exportaciones de cacahuetes senegaleses, casi todos los cuales salían del país sin procesar.

CUADRO 15.15 *AOF: valor de las exportaciones (expresado como porcentajes).*

	1928	*1929*	*1930*	*1931*	*1932*	*1933*	*1934*	*1935*	*1936*
Cacahuetes	52,7	47	46	47	38	42	49	53	53
Productos de palma, aceite de palma	13	14	14	13	12	6,5	6	8	10
Madera	7,5	6	7,5	5,5	4,5	3	3	3	1,6
Cacao	9	8	9,5	10	16	13	11	8	7,7
Café	—	—	—	—	—	—	—	0,3	0,4
Plátanos	—	—	—	0,1	0,3	0,4	0,4	0,3	0,4
TOTAL	88,2	75	77	75,6	70,8	64,9	69,4	72,6	73

Fuente: L'évolution des exportations de l'AOF, *op. cit.* en fuente para el cuadro 15.8.

CONCLUSION

En resumen, el balance económico al final del período de entreguerras era negativo, tanto desde el punto de vista de los colonizadores —con una producción que se hundía e insuficientemente diversificada— como desde el ángulo africano —con las poblaciones empobrecidas y aturdidas. No obstante, a pesar de las apariencias, la infraestructura disponible y los medios de producción habían alterado profundamente la estructura de la economía. A este respecto, la crisis de 1930 atrajo la atención hacia la necesidad de una política concertada dirigida por el Estado. Anunció la aparición de una planificación colonial, en que la división internacional del trabajo sirvió para justificar la organización de zonas de producción especializadas e intensificadas. En suma, el capitalismo estatal, tal como estaba concebido por las potencias coloniales industriales (Francia en particular) estaba dirigido a la integración en el mundo colonial, que aun entonces había permanecido relativamente en la periferia, dentro del sistema global de la producción y distribución de mercancías.

Una nueva característica del período fue el cambio de las tendencias de la población. En el caso de los territorios de habla francesa al menos, el descenso de la población fue detenido a mediados de la década de 1920. La guerra había revelado tanto la reserva de recursos humanos que Africa representaba, como los peligros que la amenazaban, al mismo tiempo que el «desarrollo» de los territorios estaba generando una demanda cada vez mayor de mano de obra. Cierto es que a finales de la década de 1930 la explosión demográfica no había comenzado aún. La reanudación del crecimiento de la población ayudó, no obstante, a acelerar el proceso de recuperación. En realidad, la explotación colonial pronto se recobró con renovado vigor, con las poblaciones, por entonces en camino de integrarse en la economía moderna, preparándose para actuar de otra forma que como

instrumentos pasivos o rebeldes del dominio colonial. Ciertamente, las colonias portuguesas, allí donde Gran Bretaña o la Unión de Sudáfrica se estaban haciendo cargo del desarrollo capitalista, permanecían miserablemente pobres. El paternalismo belga estaba siempre dispuesto a invertir, empañando esta cualidad con un rechazo sistemático al desarrollo interno de los africanos. Francia, por su parte, se había dado cuenta finalmente de la necesidad de contribuir a escala masiva a la inversión en la producción, incluso si tal inversión no reportaba beneficios inmediatos. Ya en 1936, le correspondió al gobierno del Frente Popular proponer un programa colonial coherente que fuera tanto modernista como reformista. Aun cuando la falta de fondos impidió ir muy lejos en esta dirección, introdujo en las federaciones francesas las primeras reformas que iban finalmente a permitir la formación de sindicatos y partidos políticos africanos.

Capítulo 16

LA ECONOMIA COLONIAL: LAS ANTIGUAS ZONAS BRITANICAS

M. H. Y. KANIKI

Hacia la segunda década del presente siglo los británicos se habían establecido sólidamente en muchas partes del Africa tropical, incluyendo Nigeria, Costa de Oro (actual Ghana), Gambia, Sierra Leona, Kenia, Tanganica (actual Tanzania), Nyasalandia (actual Malawi), Uganda, Rhodesia del Norte (actual Zambia), Rhodesia del Sur (actual Zimbabwe) y Sudáfrica (ver Fig. 2.1), y las economías coloniales estaban concretándose de forma clara. Este capítulo intenta examinar la naturaleza y características principales de estas estructuras económicas.

Los británicos, como otros colonizadores, no desarrollaron una teoría universal del colonialismo que abarcara los diversos aspectos de la vida en todas las colonias. Tampoco desarrollaron nada parecido a una práctica universal del colonialismo. Ciertamente, esto era imposible, ya que el colonialismo era impuesto a pueblos de culturas y orígenes radicalmente distintos, y que vivían en entornos totalmente diferentes. Se delegó mucho en los administradores para tratar con situaciones dependientes de las condiciones locales. Aun con la ausencia de una teoría clara, no obstante, un examen pormenorizado de las relaciones coloniales revela algunos supuestos fundamentales que parecen haber actuado como directrices, tanto para los autores como para los ejecutantes de las políticas económicas coloniales. Primero, se esperaba que las colonias proveyeran materias primas (productos agrícolas y minerales) para alimentar la maquinaria de la industria de la potencia imperial. Segundo, las colonias tenían que importar productos manufacturados de la potencia imperial. Estos dos supuestos dividían al imperio en dos campos económicos diferenciados —las colonias y la metrópoli. Significativamente existía muy poca reciprocidad en la relación. En la mayoría de los casos, las colonias tenían la obligación de exportar a Gran Bretaña antes de poder considerar a otro comprador, incluso si tal comprador pagara precios más altos, pero Gran Bretaña no estaba obligada a importar exclusivamente de cualquiera de sus colonias. Operaba por elecciones económicas racionales y compraba a quien vendiera a precios bajos. Los pueblos colonizados tenían también una desventaja en el co-

mercio de importación. En algunos casos debían comprar caros productos manufacturados británicos ya que el aparato del Estado colonial, presionado por Gran Bretaña, elevaba los derechos arancelarios a los productos no británicos. Tercero, las colonias debían ser autosuficientes. Los pueblos colonizados tenían que aumentar los ingresos para la administración general y para cualquier proyecto de desarrollo limitado que se emprendiese.

Todos estos principios directores eran, explícita o implícitamente, aclarados a los administradores coloniales. Pero había un supuesto igualmente importante que parece haber sido confundido por algunos administradores coloniales y otros apologistas del colonialismo, y éste es el hecho de que los británicos, como otros colonizadores, iban a las colonias con el fin principal, si no exclusivo, de enriquecerse y promover sus propios intereses. El progreso de los colonizados no era de su incumbencia. Si hubo «progreso» en las colonias, fue en general a consecuencia de las actividades encaminadas a satisfacer los intereses de los colonizadores. No tendría sentido imaginar al aparato del Estado colonial tomando importantes decisiones políticas sin tener en cuenta esos intereses de los representantes extraoficiales del imperialismo. Estos agentes extraoficiales operaban especialmente a través de empresas comerciales, mineras y bancos. Representaban intereses de grupo en las legislaturas coloniales y sus diferentes comités, o actuaban como grupos de presión. A falta de una bien organizada representación africana, como era el caso en la mayoría de las colonias, los colonos y los representantes de compañías fuera de su país podían obtener muchas concesiones de los gobiernos coloniales a costa de las poblaciones locales. La política y la práctica colonial, en otras palabras, estaban modeladas por determinantes tanto políticos como económicos. En realidad, en muchos casos, los elementos extraoficiales afectaban a la población local más directamente de lo que lo hacía la administración. Compraban y acumulaban productos agrarios a aquellos y les vendían mercancías importadas. También empleaban mano de obra indígena. En ambos casos, había muy poca ingerencia gubernamental. Evidentemente, los precios de importación y exportación y el nivel de los sueldos afectaba a la vida cotidiana de la gente más que la visita anual del comisario de distrito para la recaudación de impuestos a las zonas rurales. Tal estado de cosas no era, en absoluto, una peculiaridad de unas cuantas colonias. Era la realidad normal de las relaciones económicas coloniales. Y ya que tales relaciones son predominantemente económicas, la práctica colonial estaba condicionada por leyes económicas [1].

Desde los primeros días de la ocupación efectiva británica de Africa, el gobierno británico reconoció el potencial e importancia de las fuerzas económicas de sus nuevas colonias para la promoción de los intereses británicos en el extranjero. En 1895 el primer ministro, lord Salisbury, reveló esta concienciación al Parlamento de forma bastante clara:

> Es cosa nuestra allanar el camino para el comercio británico, la empresa británica, la aplicación del capital británico en todos estos nuevos países, en un momento en que otros caminos, otros mercados están siendo gradualmente cerrados a las energías comerciales de

[1] J. S. Furnivall, 1948, p. 8.



FIG. 16.1. Este de Africa: desarrollo económico en las primitivas zonas británicas, productos agrícolas (según R. Oliver y A. Atmore, 1972)

> nuestra raza por los principios comerciales que están conquistando cada vez más adhesión... En unos cuantos años será nuestro pueblo quien rija, será nuestro comercio el que prevalecerá, será nuestro capital el que domine...
> Milores, este es un tremendo poder, pero requiere una condición. Debéis posibilitarle llegar al país donde su trabajo haya de efectuarse. Debéis abrir el camino [2].

Ciertamente, el camino estaba expedito, y cada aparato del Estado colonial creó y mantuvo condiciones eficaces para la «ordenada» marcha de actividades económicas en la colonia. Estas incluían el mantenimiento de «la ley y el orden» que facilitaran una eficaz explotación de los recursos coloniales, tanto humanos como materiales.

POSESION DE LOS MEDIOS DE PRODUCCION

El medio de producción básico y casi exclusivo de las dependencias británicas durante el período hasta 1936 fue la tierra. Las actitudes y la política británica sobre la tierra variaban de región en región, incluso en cada región, de colonia en colonia. Se puede formular en términos generales, de cualquier manera, que en tanto que los africanos permanecían en la práctica controlando sus tierras en el Africa occidental británica, a muchos se les privó de las suyas en el Africa oriental y central británicas. Había, no obstante, algunas variaciones importantes entre las colonias en cada región.

En Uganda y, en menor medida, en Tanganica, la mayor parte de la tierra fértil era poseída por la población indígena, los africanos. Con unas pocas excepciones, por ejemplo Buganda en Uganda, las áreas de Bukoba y el Kilimanjaro en Tanganica y Kikuyulandia en Kenia, la tierra no adquiría valor comercial a gran escala, y era poseída comunalmente. Cada miembro de la comunidad tenía derecho a la tierra. En la mayoría de los casos, era la mano de obra, y no la tierra, el medio de producción que más escaseaba.

Los extranjeros, principalmente británicos, aseguraban y poseían concesiones sobre tierras con recursos minerales y madereros, pero tales convenios tenían poco efecto negativo sobre las comunidades agrícolas locales. En algunos casos, no obstante, se enfrentaban a graves dificultades cuando se localizaban recursos minerales en ricas tierras de cultivo. Casi sin excepción, la riqueza mineral pertenecía a la Corona británica o a sus agentes y se disponía de ella como decidieran los agentes oficiales y extraoficiales del imperialismo.

En Kenia y Africa central, como era el caso en Tanganica bajo los alemanes, los africanos poseían algunas tierras, pero sustanciales partes de la tierra más fértil de cultivo eran enajenadas para los colonos europeos (ver Fig. 16.1). El proceso de enajenación de la tierra y sus repercusiones políticas y económicas en Kenia y Rhodesia del Sur han sido bien documentadas por M. P. K. Sorrenson [3] y Giovanni Arrighi [4]. Se ha sostenido que la comprensión británica de la actividad eco-

[2] Citado por R. D. Wolff, 1974, pp. 134-5.
[3] M. P. K. Sorrenson, 1968.
[4] G. Arrighi, 1967.

nómica en Kenia a comienzos del siglo XX les llevó a buscar agentes económicos de fuera. Contrariamente a la bien desarrollada agricultura campesina encontrada en Uganda (especialmente en Buganda) bajo el control de instituciones políticas centralizadas, continúa el razonamiento, las economías de la mayoría de las comunidades de Kenia eran demasiado atrasadas para contar con ellas como trampolín para el crecimiento económico. En consecuencia, el razonamiento concluye, los colonos blancos eran escogidos para formar la base de la vida económica de las colonias[5]. Esta línea de pensamiento ofrece sólo parte, y la menor parte, de la explicación. Había muchas zonas del imperio británico donde las estructuras económicas indígenas estaban miserablemente sin desarrollar. Las regiones costeras de Kenia son un ejemplo que viene al caso. El hecho de que estas regiones se libraran de la colonización indica claramente que las tierras altas de Kenia tenían algo especial que ofrecer al asentamiento europeo. Evidentemente, era el clima templado, entre otros factores, lo que atraía a los colonos blancos. La tierra ocupada por los colonos estaba mayoritariamente sobre los 1.400 metros de altitud sobre el nivel del mar. Tales áreas estaban comprendidas entre aquéllas de mayores y más seguros niveles de precipitaciones. Para abreviar, la tierra enajenada estaba situada en las zonas agrícolas más favorables.

El comienzo de la enajenación de la tierra en el Africa oriental ha sido tratado en el capítulo 7. Supuso una dramática tendencia especialmente en Kenia a partir de 1909 y se realizó a precios de saldo. En 1903 sólo unas 2.000 hectáreas habían sido enajenadas para los europeos en Kenia. Hacia 1914 la zona enajenada había aumentado a unas 260.000 hectáreas y a cerca de 2.740.000 hectáreas en 1930[6]. Esto suponía una muy sustancial cantidad de tierra cultivable, teniendo en cuenta que las tierras altas de Kenia (unos 90.000 Km^2) comprendían menos del 15 por 100 de la extensión de Kenia y aún así sustentaba a más del 75 por 100 de la población total del país hasta la década de 1930. Los principales perjudicados fueron los kikuyus, pero los nandis, massais, kipsigis y otros también perdieron tierras.

La disponibilidad de la tierra, y la propaganda de las autoridades coloniales para popularizar la agricultura colona atrajo a muchos europeos, tanto aventureros como auténticos colonos. En 1903 sólo había 596 europeos en Kenia, dos años más tarde la cifra había llegado a 954 de los que 700 eran sudafricanos[7]; a finales de marzo de 1914 el número había ascendido a 5.438 y hacia finales de diciembre de 1929 existían 16.663 europeos en Kenia[8]. Muchos de los primeros colonos, especialmente hasta 1910, adquirieron tierras a bajo o a ningún costo. Entre ellos estaba lord Delamere, que llegó a ser uno de los principales terratenientes, poseyendo en cierta época más de 400.000 hectáreas[9]. Las tierras compradas entre 1902 y 1915 eran mantenidas en arrendamientos de 99 años. Durante el último año la administración cambió los términos del arrendamiento de tierras a favor de los colonos que por entonces ya eran una vigente fuerza política. La ordenanza de tierras de la corona de 1915 amplió la duración de los periodos de arrenda-

[5] R. D. Wolff, 1974, pp. 47-67.
[6] *Ibid.*, pp. 57, 60.
[7] *Ibid.*, pp. 54, 103.
[8] *Ibid.*, p. 107.
[9] E. J. Huxley, 1935, p. 287; M. P. K. Sorrenson, 1968, pp. 86 y sigs.

miento de 99 a 999 años. También redujo las rentas y el valor mínimo de las mejoras requeridas, como se estipulaba en la ordenanza de 1902.

A buena parte de la tierra enajenada no se le daba ningún uso productivo. Mientras que a los africanos, que la necesitaban desesperadamente, se les impedía el acceso y el derecho a ella, los europeos lograban espectaculares ganancias especulando con esa misma tierra. Hacia 1930 hasta el 64,8 por 100 de la tierra disponible para los europeos no estaba sometida a «ningún tipo de actividad agrícola productiva» [10]. Los beneficios especulativos iban acompañados por la consolidación de *holdings*. Hacia 1912 sólo cinco terratenientes poseían juntos el 20 por 100 de toda la tierra enajenada para los europeos. En cierta época, más del 50 por 100 de toda la tierra enajenada en las zonas más fértiles del valle del Rift era poseído por dos *trusts* y cuatro particulares. Fue también en esta zona donde la especulación alcanzó niveles escandalosos. Granjas vendidas a medio chelín el acre en 1908 eran revendidas a diez chelines el acre en 1912. Dos años más tarde la misma tierra cambió de propietario en el mercado a veinte chelines el acre [11].

En Rhodesia del Sur una gran parte de la tierra fue enajenada por los europeos. Entre 1890 y 1900 empresarios y aventureros europeos entraban masivamente al país, esperando encontrar el «segundo *rand*», lo que no habría de encontrarse en ningún lugar. Sólo se descubrieron pequeños y dispersos yacimientos de mineral. Muchos europeos compraban tierras a la British South Africa Company (BSAC), que estaba regida por Charter en nombre de la corona británica, y se establecían en Mashonalandia como granjeros. Luego en 1894 se prometió 6.000 acres de tierra de cultivo a cada miembro reclutado en las columnas Victoria y Salisbury para reprimir a los ndebeles. La enajenación de tierra se extendió a Matabelelandia. A diferencia de la situación de Kenia, la población europea creció rápidamente, y entre 1900 y 1935, Rhodesia del Sur albergaba a más europeos que ningún otro país del Africa tropical. Hacia 1901 su número había alcanzado los 11.000. En el término de una década la población había aumentado más del doble, llegando a 23.000, y hacia 1926 había más de 35.000 europeos en Rhodesia del Sur. De su cifra total, el 29,9 por 100 nacieron en Rhodesia, el 29,2 por 100 en el Reino Unido y el 32,6 por 100 en Sudáfrica. Hasta la década de 1930 la población europea creció más por la inmigración que por los nacimientos.

El aumento de la población europea conllevó una mayor enajenación de tierras. A lo largo del período de 1900-1935 los europeos poseían una desproporcionada cantidad de tierras. Hacia 1911 habían adquirido unas 7.700.000 hectáreas; ligeramente menor a las zonas de las reservas nativas. Continuó la enajenación de tierras, y hacia 1925 los europeos poseían unas 12.500.000 hectáreas que incluían prácticamente todas las tierras sobre los 900 metros de altitud a menos de 40 Km. del ferrocarril [12] donde las temperaturas eran suaves y las precipitaciones eran adecuadas y seguras. A cambio, hacia 1925 los africanos habían adquirido solamente unas 18.000 hectáreas de tierras fuera de las reservas nativas. Esta cifra ilustra vivamente su incapacidad para competir con los europeos bajo las

[10] R. D. Wolff, 1974, p. 60.
[11] *Ibid.*
[12] G. Kay, 1970, p. 50.

circunstancias entonces imperantes. Hasta ese momento, la tenencia de tierras no tenía un rígido sello legal a favor de la minoría blanca. Fue el decreto de reparto de tierras, promulgado en 1930 y puesto en vigor en abril de 1931, el que legalmente promovió los intereses de la minoría blanca a expensas de la mayoría negra. El decreto dividía el país en cuatro categorías principales [13]. Las reservas nativas (22,4 por 100) eran las zonas en las que las tierras eran ocupadas de acuerdo a las leyes consuetudinarias africanas; la zona de adquisición nativa estaba reservada para la compra como granjas por parte de particulares africanos, y podía ser considerada como una compensación a la pérdida del derecho a comprar tierras en cualquier otra zona de Rhodesia del Sur; el área europea (50,8 por 100) se componía de las tierras poseídas por europeos y 7.700 hectáreas adicionales, todas las cuales de ahora en adelane podían ser poseídas u ocupadas sólo por europeos. «Todas las zonas urbanas estaban comprendidas dentro del área europea» [14]. La zona no asignada (18,4 por 100) constaba de 720.000 hectáreas de tierra pobre e inhóspita, poseída por el gobierno para distribuir en el futuro entre cualquiera de las otras categorías. Evidentemente, el decreto de reparto de tierras de 1930 introducía prejuicios raciales en la asignación de las tierras, pero no rechazaba la distribución de tierras entre las razas antes de 1925. En consecuencia, prevenía la posibilidad de «un desarrollo separado» de las razas dentro de sus zonas respectivas. A la minoría blanca le fue asignada tal cantidad de tierras porque por entonces Rhodesia del Sur disfrutaba de un autogobierno interno dominado por los blancos. La tierra para ellos cumplía una doble función, era un factor de producción a la vez que un objeto de especulación.

En Rhodesia del Norte se enajenó relativamente menos tierras para los europeos. La British South Africa Company, que dirigió la dependencia hasta 1924, había asegurado derechos sobre la tierra en todo el territorio excepto en Barotselandia, a través de tratados con jefes locales en la década de 1890 [15]. Esta compañía fomentó con éxito a los inmigrantes blancos. Los africanos cuyas tierras fueron enajenadas eran obligados a marcharse, a veces con alguna compensación. Hacia 1921, 714 de una población total de 3.634 europeos estaban dedicados a la agricultura [16]. En la mitad de la década de 1930 la tierra en Rodesia del Norte fue dividida brutalmente en tres categorías. Las áreas reservadas especialmente para los africanos totalizaban 28.740.000 hectáreas y comprendían a Barotselandia (14.970.000 hectáreas) y a las reservas nativas (13.760.000 hectáreas). La tierra ya asignada a los europeos superaba las 3.430.000 hectáreas, de las cuales 2.225.000 eran poseídas por dos compañías, y más de 1.200.000 dedicadas a granjas. Las restantes 60.700.000 comprendían reservas forestales y cotos de caza [17].

En el Africa occidental británica (ver Fig. 16.2), los británicos intentaron establecer, aún antes que en el Africa oriental, un control directo sobre la tierra, crear reservas forestales y ofrecer tierras como concesión a los plantadores y con-

[13] *Ibíd.*, p. 30.
[14] *Ibíd.*
[15] R. E. Baldwin, 1966, pp. 144-5.
[16] *Ibíd.*, pp. 41, 146.
[17] *Ibíd.*, p. 149.

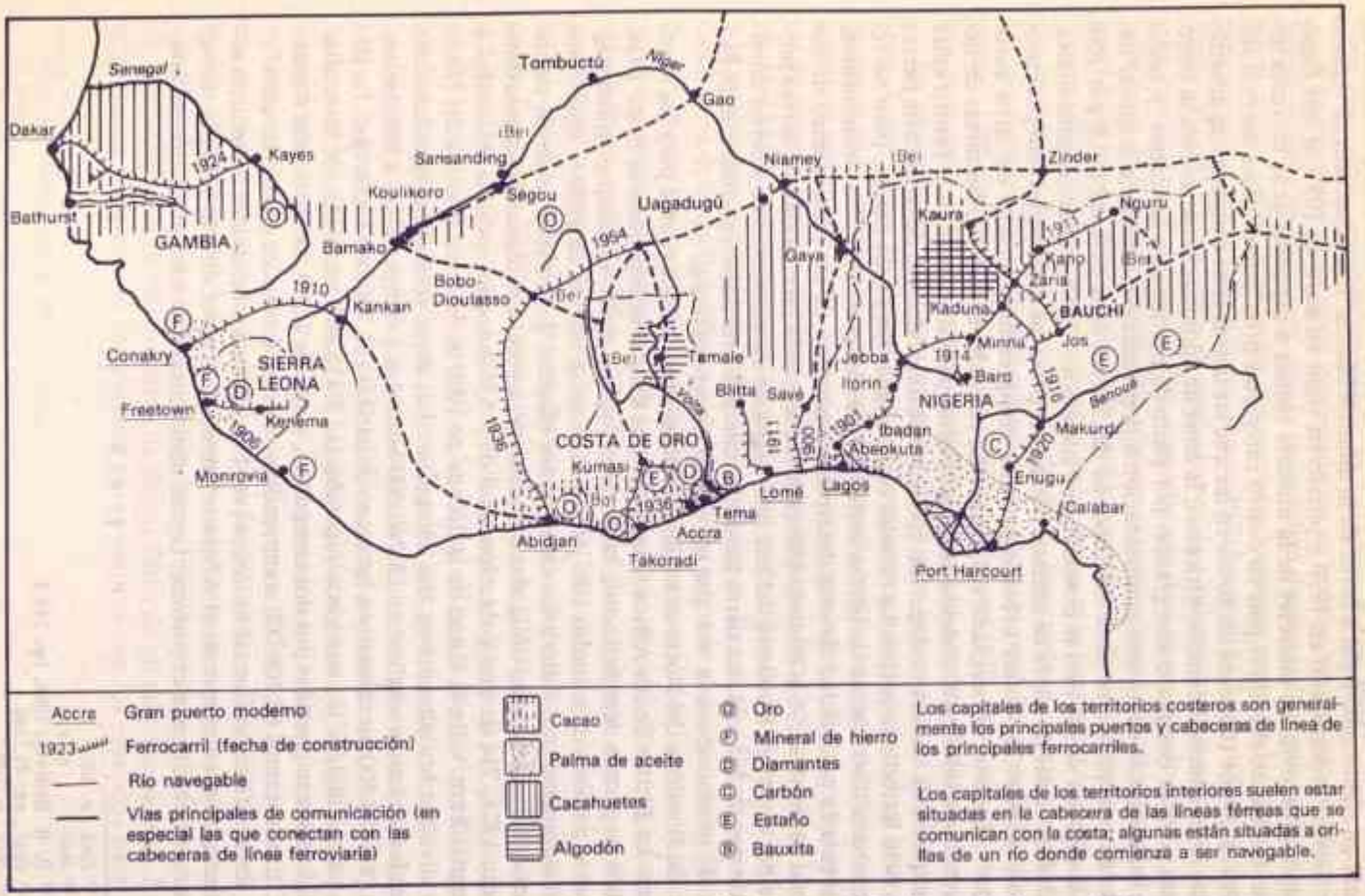


FIG. 16.2. Oeste de Africa: desarrollo económico en las primitivas zonas británicas (según R. Oliver y A. Atmore, 1972).

cesionarios europeos. Ya en 1894, y más tarde en 1897, los británicos presentaron un proyecto de ley del suelo en la Costa de Oro que tenía por objeto establecer un control directo de Gran Bretaña sobre las tierras denominadas como disponibles. La reacción de la gente, como ya se ha señalado en el capítulo 6, fue la formación de la sociedad protectora de los derechos de los aborígenes en la Costa del Cabo en 1879 por la élite instruida y por los gobernantes tradicionales para resistir a esta legislación propuesta. La sociedad envió una delegación a Londres en mayo de 1898 que consiguió persuadir con éxito al departamento colonial para derogar el proyecto de ley a causa de que no existían tierras disponibles en la Costa de Oro y que cada parcela estaba poseída por una gran familia u otra. Un intento para presentar un proyecto de ley similar en Lagos (Nigeria), en la década de 1910, también fue frustrado por la sociedad protectora de los derechos de los aborígenes y de antiesclavitud, fundada por la élite dirigida por Herbert Macaulay y los gobernantes tradicionales. Esta sociedad logró que no prosperara el proyecto apelando al Consejo privado de Londres, que decidió que la tierra era «el derecho incuestionable de la comunidad» [18]. Como resultado de estas victorias de los africanos occidentales, los británicos abandonaron la política de control directo sobre las tierras, aunque en teoría todas las tierras de las zonas conquistadas del Africa occidental británica, tales como Benín en Nigeria y Asante en la Costa de Oro o tierras cedidas a la corona británica, como Lagos, eran poseídas por la corona, mientras que las tierras de los protectorados, tales como Nigeria del Norte o los territorios del norte de la Costa de Oro eran guardados en depósito por la corona para el pueblo [19]. No obstante, se montaron rigurosas campañas por europeos como W. H. Lever, el magnate del jabón y de la margarina de Liverpool, y por sociedades como la Asociación Británica del Cultivo del Algodón entre 1906 y 1925, para establecer plantaciones en el Africa occidental británica, y de hecho, se establecieron unas cuantas plantaciones en la Costa de Oro, Nigeria del Sur y Sierra Leona. Estas campañas, no obstante, fracasaron y hacia 1930 sólo una relativamente pequeña proporción de tierra del Africa occidental británica había sido enajenada para uso de los gobernantes coloniales y otros europeos, y en su mayor parte era para uso minero.

No era ni por una deliberada política por parte de los gobernantes coloniales británicos que guardaran la tierra del Africa occidental británica para los africanos durante el período de entreguerras, ni por la notoria reputación que el Africa occidental había adquirido como «la tumba del hombre blanco» hacia finales del siglo XIX. Comoo A. G. Hopkins ha señalado:

> La supuesta insalubridad del trópico no impidió el establecimiento de plantaciones europeas en el Congo belga, Africa ecuatorial francesa o Malasia, y tampoco desanimó a serios aspirantes en Africa occidental. Y aún más, el control de la malaria y otras enfermedades tropicales comenzaba a ser más efectiva a comienzos del siglo XX, y la llamada «tumba del hombre blanco» empezaba a perder parte de su desagradable reputación [20].

[18] J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, p. 576.
[19] T. O. Elias, 1971, pp. 1-33.
[20] A. G. Hopkins, 1973, p. 212.

¿Qué impidió entonces la total enajenación de la tierra en el Africa occidental británica? La primera respuesta es lo que Hopkins ha llamado «un factor geológico fortuito»; que el Africa occidental no resultó ser rica en depósitos minerales. La segunda fue el fracaso del intento de establecer plantaciones en el Africa occidental. Este fracaso lo originaron varios factores. El primero fue la virulenta oposición presentada por las demás firmas británicas que operaban en estas zonas, que no pudieron participar en el sistema de plantación. El segundo, el fracaso de las pocas plantaciones que estaban establecidad, debido a la falta de capital y «al considerable desconocimiento de las condiciones tropicales», a la falta de mano de obra y a las fluctuaciones del suministro mundial. El tercero y más importante, el éxito de los africanos occidentales mismos al recibir la demanda de cosechas para la exportación, tales como las de cacao, cacahuete y palmera de aceite, utilizando sus propios métodos elementales en sus pequeñas granjas, lo que obvió la necesidad de utilizar un sistema de plantación en estas zonas. Otro factor lo constituyó la oposición al embargo de cualquier gran zona o a introducir gran cantidad de mano de obra forzada para las plantaciones entre los africanos occidentales[21]. Fue una combinación de estos factores lo que salvó a los pueblos del Africa occidental británica de la expropiación de sus tierras, lo que sí occurrió en alguno de aquéllos en el Africa oriental y central británica.

PRODUCCION

Las estructuras económicas coloniales que discutimos estaban caracterizadas por dos sectores principales —uno que producía sobre todo para la subsistencia de los productores y para el mercado nacional, y el otro que producía esencialmente productos primarios para la exportación. La producción de subsistencia había sido bien desarrollada mucho antes del dominio colonial, y recibió sólo una insignificante atención por parte de las autoridades coloniales. Llantén, batata, mandioca, arroz y maíz eran producidos por los campesinos del Africa occidental con una tecnología muy simple, con la que los británicos se encontraron a finales del siglo XIX. Las cosas no se diferenciaban de la producción de bananas, maíz, mandioca, mijo y una variedad de otras cosechas del Africa oriental y central. En un año promedio la mayoría de las familias producían lo suficiente para el consumo propio y para poner una pequeña cantidad en el mercado. Pero tanto para los agentes oficiales como para los agentes extraoficiales del imperialismo, el sector de subsistencia no revestía interés, ya que no impulsaba directamente los intereses del capital internacional. A diferencia del sector de exportación, no devengaba las muy necesitadas divisas con las que pagar las importaciones, ni suministraba materias primas con que alimentar a las fábricas de la metrópoli. No cabe duda, pues, de que este sector fue descuidado por las autoridades coloniales.

[21] *Ibid.*, pp. 213-14.

COSECHAS PARA LA VENTA

El sector de exportación estaba básicamente dedicado a la producción de productos primarios —productos agrícolas y minerales. A excepción de las pocas zonas donde los colonos europeos poseían mucha tierra, el sector agrícola de exportación en las anteriores dependencias británicas del Africa tropical estaba prácticamente todo en manos de millones de pequeños productores no especializados. La familia era la unidad básica de producción. Sólo fue al sur de la Costa de Oro, y en alguna medida al oeste de Nigeria, donde una importante proporción de granjeros organizaron con éxito sus granjas de cacao sobre una base capitalista [22]. Los productores no especializados no podían aprovecharse totalmente de las oportunidades del mercado para elevar al máximo sus beneficios durante los años de prosperidad [23]. Pero ya que se encontraban sólo parcialmente integrados en el sistema capitalista internacional, no estaban ni del todo expuestos a las adversas condiciones económicas internacionales, que no afectaban de manera directa a su capital, ni tampoco totalmente supeditados a las diferentes formas de explotación colonial. Las principales cosechas para la venta cultivadas por granjeros a pequeña escala comprendían cacao de la Costa de Oro y oeste de Nigeria, aceite de palmera y semillas de palma de Nigeria, Sierra Leona y, en menor medida, la Costa de Oro; cacahuetes de Gambia y norte de Nigeria; algodón de Uganda, Nigeria y Tanganica; y café de Uganda y Tanganica (ver Figs. 16.1 y 16.2). La producción de clavo en Zanzíbar (ahora parte de Tanzania), de donde se abastecía casi toda la demanda del imperio británico, no se ajusta a esta categoría. Las plantaciones de clavo estaban cultivadas por mano de obra africana, pero poseídas por árabes.

La participación en la producción de cosechas para la venta bajo la situación colonial no daba a los productores africanos ningún sobresalto emocional excesivo. Primero, no implicaba ninguna innovación tecnológica fundamental. Segundo, muchas de estas cosechas u otras similares habían sido cultivadas y elaboradas mucho antes de la era colonial.

En el caso de la industria de la palmera de aceite, ésta había servido a los africanos occidentales durante siglos, y requería pocos cambios tanto en la producción como en el procesado. Tres cosechas —cacao, café y algodón (en Buganda)— eran nuevas para los productores, pero todos se acoplaron fácilmente a los ciclos de trabajo habituales. En consecuencia, el sector de exportación se expandió velozmente [24]. A falta de innovaciones tecnológicas mayores, esta rápida expansión puede atribuirse al incremento de factores de producción de tierra y mano de obra [25].

Contrariamente a lo que los historiadores coloniales querrían hacernos creer, el sector de exportación campesino en los países examinados se establecía con muy poca iniciativa gubernamental. De hecho, en algunos casos los avances se efec-

[22] P. Hill, 1963; 1970.
[23] H. Myint, 1968, pp. 50-2.
[24] Ver cuadro 16.1.
[25] Ver R. Szereszewski, 1965, *passim*.



• *Recolectores de té trabajando en una plantación de Nyasalandia (las propiedades de Lujenda, Cholo).*

tuaban a pesar de las desalentadoras políticas y prácticas oficiales. Incluso la industria del cacao de la Costa de Oro, de la que los británicos estaban muy orgullosos, se desarrollaba esencialmente por iniciativa local. Allan McPhee, uno de los entusiastas admiradores de la expansión imperial en Africa, erróneamente dio crédito a la administración colonial por el éxito de la industria del cacao en la Costa de Oro. Para él «parece caber poca duda de que la industria del cacao de la Costa de Oro es un hijo adoptivo del gobierno» [26]. Pero recientes estudios [27] han llamado la atención sobre la limitada naturaleza de la contribución gubernamental a los estadios formativos de esta industria. Ciertamente, en varias ocasiones, ingenieros agrónomos, a los que se les pagaba sustanciales sueldos de los impuestos de los productores agrícolas, demostraron ser más ignorantes que los productores, y su consejo resultó ser desastroso [28]. A pesar de las poco afortunadas actividades del departamento de agricultura, la industria se amplió. Partiendo de casi nada a principios de la década de 1890, hacia 1903 los granjeros habían conseguido 17.000 hectáreas destinadas a cacao. Hacia 1928 había 364.000 hectáreas de cacao [29]. En el lapso de dos décadas y media, el cacao reemplazó tanto al caucho como al aceite de palma, para convertirse en la principal exportación local [30]. En 1934 la Costa de Oro producía el 40 por 100 de la producción mundial. Sin embargo, hasta ese momento la industria se había beneficiado poco de la investigación científica realizada en el país. Como observó la comisión del Africa occidental:

> Es... extraordinario que hasta 1937 no hubiera ni una sola estación agrícola en la zona de cacao apropiada en la que pudiera llevarse a cabo la investigación sobre las necesidades de las cosechas. Es difícil comprender cómo se podía esperar de cualquier oficial del departamento que ofreciera el consejo apropiado sobre adaptación cultural o de otro tipo, ya que no tenía ninguna oportunidad para adquirir conocimientos en las condiciones locales [31].

La verdadera contribución gubernamental a la agricultura campesina estaba limitada a dos aspectos relacionados: primero, la creación y refuerzo de las regulaciones que estipulaban la calidad de los productos, y, segundo, la introducción de técnicas agrícolas para incrementar o mantener la productividad tanto de la tierra como de la mano de obra. En ambos casos sólo hubo un éxito limitado, debido principalmente a la incapacidad y actitud presuntuosa de «los expertos» [32].

En Kenia y en ambas Rhodesias la producción de cosechas para la venta pasó progresivamente a manos de los colonos a medida que avanzaba el siglo XX. Durante la primera década del siglo los productores campesinos africanos de Kenia y Rhodesia del Sur compitieron con los colonos blancos con bastante eficacia al

[26] A. McPhee, 1926, p. 41.
[27] S. H. Hymer, en G. Ranis (ed.), 1971, pp. 1929-79; también G. B. Kay (ed.), 1972, pp. 12-35.
[28] G. B. Kay (ed.), 1972, pp. 13-15, 231.
[29] S. La Anyane, 1963, pp. 40, 100.
[30] En 1915 el cacao excedió en un 50 por 100 el valor de las exportaciones nacionales.
[31] *La Comisión de Africa Occidental*, 1938-9 (Londres, Leverhulme Trust, 1943), parágr. 185, citado en G. B. Kay (ed.), 1972, p. 231.
[32] Para la experiencia de Africa occidental, ver M. H. Y. Kaniki, 1972, pp. 63-7.

producir la mayor parte del grano que alimentaba al creciente número de asalariados. De hecho, hasta 1914 los granjeros africanos de Kenia contribuyeron más al sector de venta y de exportación que los colonos. Este fue el período en que los colonos luchaban sin demasiado éxito por establecerse. Por entonces, también, el impacto de la economía política del colonialismo fue relativamente pequeño. Pronto los colonos y plantadores descubrieron que podían participar eficazmente en la producción de cosechas para la venta solamente si actuaban a través de las respectivas administraciones coloniales y sistemáticamente reducían el papel de los productores africanos al mínimo posible. Pero la agricultura colona, ineficaz como era, requería un amplio suministro de mano de obra barata. En 1905, un administrador de Kenia valoró la situación afirmando que «la mano de obra nativa es tan necesaria en el desarrollo de la tierra como la lluvia y el sol» [33]. En consecuencia, se tomaron una serie de medidas —en su mayor parte importadas de Sudáfrica— al objeto de que los africanos trabajaran para el hombre blanco. Primero, la reducción de tierras que se había estado llevando a cabo se intensificó. Este paso pretendía negar a los africanos fuentes alternativas de ingresos en efectivo.

El caso de Rhodesia del Norte, donde los productores africanos intentaron aprovecharse del mercado creado por la mano de obra minera en la década de 1920, es especialmente sorprendente. Durante los primeros años de esa década vendieron una mínima cantidad de maíz a los comerciantes, pero hacia 1927 vendieron hasta 30.000 sacos de doscientas libras. En 1930 aportaron hasta el 50 por 100 del ganado puesto a la venta y hacia 1935 vendieron unos 100.000 sacos de maíz [34]. Estos avances no eran en interés de los colonos que, por entonces, habían formado un grupo de presión efectivo. No estaban interesados en bajar el precio de los productos agrícolas a los mineros sino, más bien, en adquirir más tierras para expandirse y obtener precios altos para sus productos. En 1928-29, el gobierno estableció reservas nativas en la zona del ferrocarril y otros lugares donde los africanos y europeos estaban compitiendo por la misma tierra, con el fin de promocionar los intereses de los colonos. Aparte de reducir la competencia existente en el mercado africano, esta medida, de modo más significativo, «limitó gravemente» la potencial competencia africana en los mercados comerciales, al reservar para el asentamiento europeo una franja que se extendía en casi todas las zonas unos 30 Kms. a cada lado de la vía del ferrocarril [35]. Tales medidas se tomaron de forma absolutamente deliberada. Un miembro europeo electo del consejo legislativo expresó los sentimientos de la época en 1930, advirtiendo que «el imperio británico está interesado *ante todo* en el fomento de los intereses de los súbditos británicos de raza británica y *sólo más tarde* en otros súbditos británicos, razas protegidas, y en los naturales de otros países, en ese orden» [36].

Verdaderamente, se encomendó a la administración colonial promocionar los

[33] M. F. Hill, 1956, p. 7.
[34] R. E. Baldwin, 1966, p. 150. La producción europea de maíz para la venta desde 1930 a 1935 se incrementó desde 168.000 sacos a 211.000.
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*, p. 147. Cursiva añadida.

intereses de los colonos a expensas de la población local, como se desprende de una serie de medidas que se tomaron. Primero, en 1936 se promulgó la ordenanza de control del maíz. Se estableció después el tribunal de control del maíz, que fue autorizado a comprar y vender todo el maíz a precios fijos. El mercado se dividía en un consorcio interno y un consorcio de exportación, con precios más altos en el primero. A los productores europeos se les asignó tres cuartos del consorcio interno y a los africanos sólo un cuarto [37]. Un año más tarde de la participación africana en el comercio de ganado, ésta fue asimismo restringida por la ordenanza de comercialización y de control de ganado, que estableció el tribunal de control de ganado con facultad para fijar precios mínimos por debajo de los cuales la venta de ganado era ilegal, y para regular las exportaciones e importaciones de ganado. Indudablemente, la ordenanza tenía por objeto, en alguna medida, mejorar la calidad de la carne de vaca, pero su «propósito principal» fue el de «evitar la destrucción por competencia de una significativa parte de la industria ganadera europea» [38].

En segundo lugar, los precios de productos agrícolas de los nativos eran difícilmente rebajables. En Rhodesia del Sur esto se dio especialmente entre 1908 y 1911 con las semillas. Pero aún después de la implantación de estas dos estratagemas, la mayoría de los africanos no se sintieron atraídos por el trabajo asalariado en granjas y plantaciones colonas, principalmente debido al entorno hostil, a las condiciones de trabajo y a los bajos sueldos. Este estado de cosas no era una peculiaridad de Kenia o de las dos Rhodesias ya que el resto del Africa tropical experimentó este problema hasta la década de 1920 [39].

En tercer lugar, se implantaron o se incrementaron los impuestos, no sólo para elevar los ingresos, sino para hacer que los africanos sirvieran a los intereses del capitalismo internacional. El principio directriz aquí fue expuesto gráficamente por el gobernador de Kenia en 1913:

> Consideramos que los impuestos son el único método posible para obligar a los nativos a abandonar sus reservas con el propósito de buscar trabajo. Sólo así se puede incrementar el coste de vida para los nativos... de esto depende el suministro de mano de obra y el precio del trabajo. Subir el nivel de los sueldos no incrementaría, sino que disminuiría el suministro de mano de obra [40].

En cuarto lugar, la mano de obra forzada estaba legalizada en muchas colonias. Los africanos eran obligados a prestar trabajo cierto número de días al año en obras públicas y en granjas y en plantaciones colonas. Esto se llevaba a cabo tanto en tiempos de paz como de guerra. Entonces, el famoso sistema de paso, basado en la experiencia sudafricana, fue presentado para regular el suministro de mano de obra. Comenzó a aplicarse en Kenia después de julio de 1920. Cada africano varón adulto era requerido para llevar consigo un pase (*kipande*) en el que el empresario anotaba, entre otras cosas, el tipo de trabajo realizado, el tiem-

[37] *Ibid.*, p. 152.
[38] *Ibid.*, pp. 153-4.
[39] E. J. Berg, 1965, pp. 394-412.
[40] *East African Standard*, 8 de febrero de 1913.



• *Partiendo vainas de cacao en la Costa de Oro.*

po trabajado y el salario ganado. No llevar o perder el *kipande* dejaba a los africanos expuestos a una multa y/o al encarcelamiento de hasta tres meses. El *kipande* restringía en gran medida la libertad de movimientos de los africanos. Un hombre no podía abandonar su trabajo de motu propio. La relación contractual entre empresario y asalariado quedó sujeta a la fuerza de la ley criminal, y el antiguo derecho a negarse a trabajar se convirtió en un delito criminal. La determinación africana de liberarse de tal esclavitud se evidencia en las miles de persecuciones de «desertores».

También se prohibió a los africanos cultivar ciertas cosechas. En Kenia, por ejemplo, los africanos tenían prohibido cultivar café, «con mucho la cosecha para la venta más lucrativa» del país[41]. No fue hasta la década de 1950 cuando este monopolio europeo fue destruido por los mau mau.

El resultado principal de todos estos pasos, fue la proletarización del campesinado africano, lo que parece haber sucedido en mayor medida en Rhodesia del Sur que en el resto de los países estudiados[42]. Así, la mano de obra africana contratada por los europeos con sueldos de hambre produjo cosechas para la venta tanto para el mercado interior como para la exportación. En Kenia, hacia 1927, entre 83.700 y 117.000 africanos, o más del 50 por 100 del total de la mano de obra asalariada, trabajaba en la agricultura comercial. Los cultivos que estaban a la cabeza eran el maíz, café, trigo y sisal. El maíz ocupaba sólo 325 hectáreas en 1905; hacia 1920 ocupaba casi 12.500, y nueve años más tarde el área había aumentado a más de 90.000[43]. En los primeros años de la década de 1920 los colonos habían desbancado a los campesinos africanos de la producción y comercialización de estos importantes productos. La zona dedicada a café también registró una dramática expansión, partiendo de 32 hectáreas en 1905, llegando a más de 11.250 en 1920, y disparándose a casi 39.000 diez años después[44]. En 1913 las exportaciones de café y maíz devengaron al país 64.991 libras esterlinas; en 1920 las exportaciones de estos dos cultivos y el de sisal devengaron 566.556 libras esterlinas y su valor alcanzó 2.429.655 libras esterlinas en 1930, contabilizando el café más del 50 por 100[45]. Esta evolución conllevó significativos cambios estructurales. En 1913, el sector africano exclusivamente aportó el 24 por 100 del valor de todas las exportaciones nacionales, mientras que el sector europeo exclusivamente contribuyó con el 5 por 100. Por entonces, es evidente que la mano de obra africana había tenido poca repercusión en la agricultura comercial. Hacia 1932 la contribución de las áreas africanas había bajado al 9 por 100, en tanto que las áreas europeas habían alcanzado el 76 por 100[46]. Se había implantado una característica dominante de la economía en la Kenia colonial.

Los granjeros colonos de Rhodesia del Sur comenzaron a experimentar con una serie de cultivos como el algodón, cítricos y tabaco, pero sólo el tabaco arrai-

[41] R. D. Wolff, 1974, p. 141.
[42] G. Arrighi, 1970.
[43] R. D. Wolff, 1974, p. 73.
[44] *Ibid.*
[45] *Ibid.*, p. 54.
[46] *Ibid.*, p. 137.

gó bien y fue la exportación agrícola predominante desde la década de 1910 (ver Fig. 16.1). En 1927, el valor de las exportaciones de tabaco no manufacturado alcanzó 1.254.000 libras esterlinas; su mejor momento se dió entre 1909 y 1937. Esta aportación era del 19,9 por 100 del total de las exportaciones nacionales [47]. Pero el tabaco era sólo un cultivo más de los del país. Durante mucho tiempo los productos para la venta en el mercado nacional (especialmente maíz y productos ganaderos) fueron más valiosos que la producción de tabaco para la exportación. Por ejemplo, con excepción de tres años (1926-8), el valor del maíz entre 1920 y 1929 estuvo por encima del 50 por 100 del valor total de los cultivos [48]. La expansión de las exportaciones de maíz fue obstaculizada por los altos costes de transporte, ya que el maíz es un producto voluminoso y de bajo valor.

La agricultura colona en Rhodesia del Sur, como era el caso en Rhodesia del Norte y Kenia, fue establecida y desarrollada con una sustancial ayuda gubernamental, que se daba en forma de préstamos, de consejos técnicos y de investigación. En 1938 el director de agricultura, un europeo, protestó por la manifiesta falta de ayuda a los productores africanos, pero fue ignorado [49].

En Rodesia del Sur, más que en ninguna otra parte del Africa tropical, los colonos formaron una poderosa burguesía rural y adoptaron una característica nacional por medio de un profundo compromiso con el avance económico del país [50]. Ya en 1926 la agricultura empleaba a más europeos (22,9 por 100 del total empleado) que en ningún otro sector [51]. Es reseñable que en 1935 este sector empleó 4.305 europeos, de los cuales 2.733 eran propietarios de granjas, mientras que el número contratado en minería era de 2.899 [52].

MINERALES

Varias dependencias británicas anteriores del Africa tropical eran ricas en diversos recursos minerales (ver Figs. 16.2 y 16.3). Se extraía oro de Costa de Oro, Rhodesia del Sur, Tanganica y Sierra Leona. Los diamantes llegaron a ser una industria importante en Sierra Leona y Costa de Oro. La minería del cobre estaba limitada a Rhodesia del Norte, mientras que la extracción de mineral de hierro quedó como especialidad de Sierra Leona. Sólo Nigeria y Rhodesia del Sur extraían carbón, una importante fuente de energía. La mayoría de los territorios tenían uno o dos minerales, sólo Rhodesia del Sur y Sierra Leona poseían toda una gama. Comenzando con platino y oro en 1929, a mediados de la década de 1930 Sierra Leona estaba extrayendo, además, mineral de cromo, mineral de hierro y diamantes.

[47] S. H. Frankel, 1938, pp. 231-2.
[48] *Ibid.*, p. 239.
[49] *Las actas de los debates de la primera y segunda reunión del consejo para el desarrollo nativo.*, Lusaka, 1938, pp. 12-17. Agradezco a miss Maud Muntemba esta referencia.
[50] G. Arrighi, 1967, p. 20.
[51] G. Kay, 1970, pp. 46-7.
[52] S. H. Frankel, 1938, p. 238.

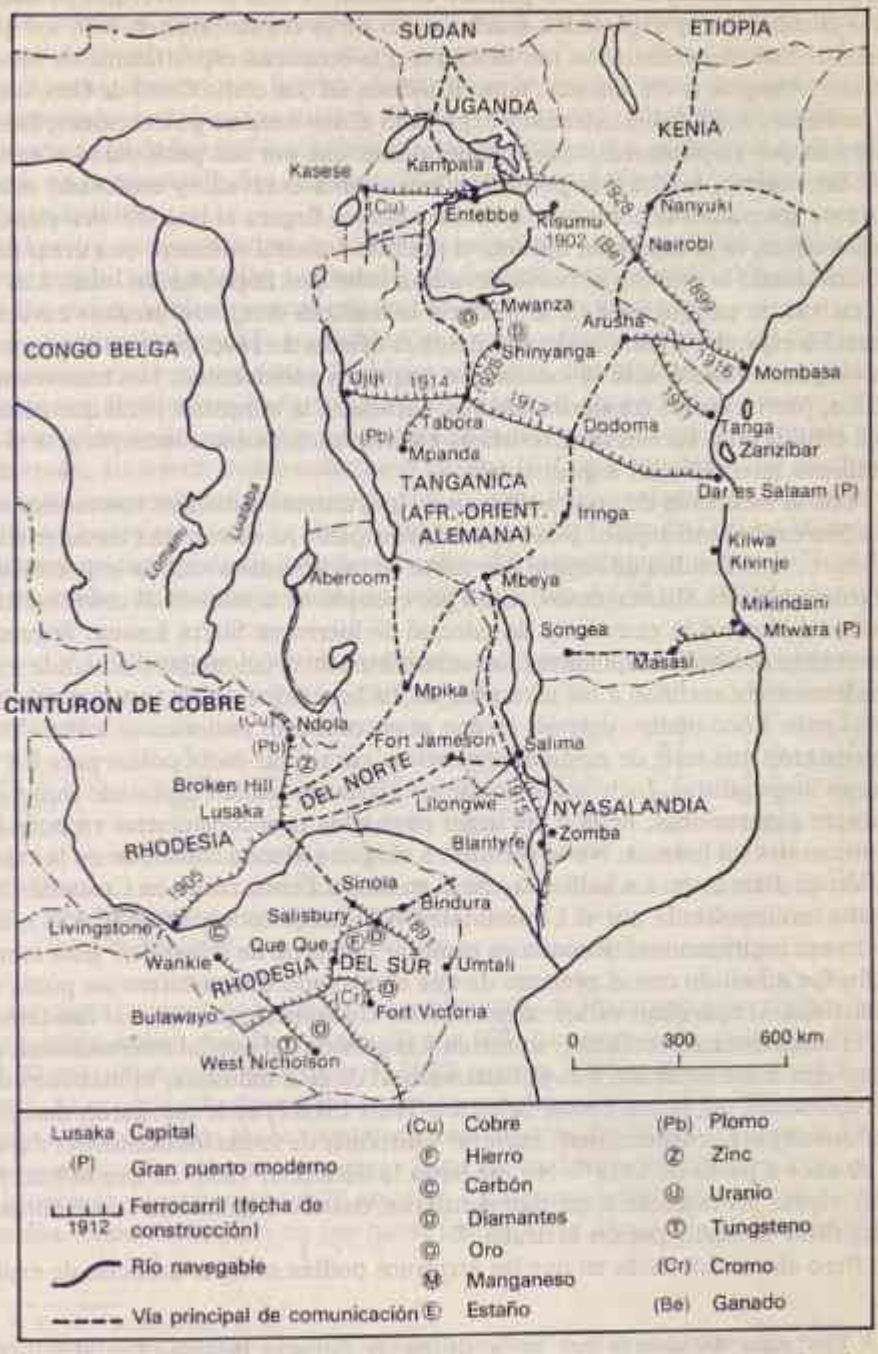


FIG. 16.3. Este de Africa: desarrollo económico en las primitivas zonas británicas, minerales (según R. Oliver y A. Atmore, 1972)

El descubrimiento de yacimientos minerales en los países estudiados no fue un acontecimiento fortuito del período colonial. O bien los minerales ya habían sido encontrados y explotados mucho antes de la era colonial, o bien los yacimientos fueron encontrados por hombres que buscaban específicamente los minerales. Antes de la era colonial, tanto Rhodesia del Sur como Costa de Oro, donde la población local había extraído y explotado el oro durante generaciones, fueron famosos por su potencial riqueza mineral más que por sus posibilidades agrícolas. En Nigeria, también la población local había excavado y explotado estaño durante generaciones antes que el hombre blanco llegara al interior. Así pues, en varios casos, la prospección durante el período colonial comenzó con áreas localizadas donde la minería se había llevado a cabo por la población local. Las expectativas de enriquecerse de la noche a la mañana atrajeron muchos europeos y mucho capital a Rhodesia del Sur desde la década de 1890, pero no se encontró un «segundo *rand*», sólo se localizaron pequeños yacimientos. Los mineros modestos, junto con los granjeros colonos, formaron la burguesía rural que comenzó a exhibir unas fuertes características nacionales, más que a incorporarse al capitalismo internacional a gran escala.

Con la excepción de unos pocos casos, los recursos minerales fueron explotados con capital extranjero. Dos razones principales justifican esta característica. Primero, la necesidad de capital por parte de los africanos ante la imposibilidad de conseguirlo en algunos casos, como por ejemplo en la minería de cobre en Rhodesia del Norte y la extracción de mineral de hierro en Sierra Leona. Segundo, y ésta tuvo una aplicación mayor, los administradores coloniales deliberada y sistemáticamente excluían a los africanos de los beneficios de los recursos mineros de su país. Poco tiempo después de que se encontraran yacimientos minerales se presentaron una serie de medidas legislativas para crear monopolios para los intereses imperialistas. Incluso allí donde los africanos habían explotado minerales durante generaciones, llegó a ser ilegal para ellos el encontrárseles en posesión de minerales sin licencia. No se permitió a ningún africano comerciar en la explotación de diamantes. La industria, tanto en Sierra Leona como en Costa de Oro, estaba monopolizada por el Consolidated African Selection Trust (CAST), una poderosa multinacional ocupada en explotar una serie de minerales. Este monopolio fue admitido con el pretexto de que el mercado diamantífero no podía ser controlado si operaban varios comerciantes. Cualquiera que fuese el fundamento, la administración colonial, sometida a la presión del capital internacional, excluyó con mala intención a la población local de esta industria, la más lucrativa del momento. Al Sierra Leone Selection Trust (SLST) se le otorgaron derechos exclusivos para prospeccionar, explotar y disponer de todos los diamantes durante 99 años a partir de 1933 [53]. No fue hasta la década de 1950, en que se hizo posible vigilar las extensas áreas diamantíferas, cuando el gobierno se vió forzado a legalizar la participación africana [54].

Pero aún en los casos en que los africanos podían obtener licencias de explo-

[53] Una copia del acuerdo está en la Oficina de Informes Públicos, Kew (PRO), CO 267/644/22008/Parte 1/1934.

[54] H. L. Van der Laan, 1965.

tación desde el principio, una serie de regulaciones y tecnicismos minimizaron la participación africana. En la industria minera de estaño de Nigeria, por ejemplo, era un crimen el que el propietario de una mina, en su ausencia, dejara la mina a cargo de un africano, a pesar de su competencia [55]. En Sierra Leona un africano no podía obtener una licencia de explotación minera salvo que pudiera leer y comprender la ordenanza minera de 1927, que estaba redactada en inglés. Así, la incapacidad de leer inglés inhabilitada categóricamente a un individuo para participar en la minería [56]. Sin embargo, la minería se hallaba establecida como una industria viable.

El sector de exportación de los países estudiados, comprendiendo principalmente productos agrícolas y minerales, se expandió rápidamente. Hacia 1914 todos los países habían experimentado una década de gran auge.

Los minerales han sido considerados como la «piedra de toque del desarrollo económico en la mayor parte de Africa» [57], y los administradores coloniales se esforzaron febrilmente en la tentativa de conseguir un «golpe de suerte». Pero la aportación de los minerales a las economías coloniales ha sido claramente muy exagerada. Es cierto, como muestra el cuadro 16.1, que los minerales ayudaron sustancialmente al sector de exportación de unos pocos países, especialmente en las dos Rhodesias, Costa de Oro y Sierra Leona. En Costa de Oro los minerales cobraron relevancia desde los primeros años del presente siglo. Entre 1905 y 1909 los minerales, en su mayor parte oro, aportaron más del 40 por 100 al valor total

CUADRO 16.1 *Valor de los minerales como porcentaje del total de las exportaciones nacionales.*

País	*1913*	*1929*	*1930*	*1931*	*1932*	*1933*	*1934*	*1935*
Sierra Leona	a	a	a	4.0	7.4	21.5	44.7	52.0
Nigeria	8.4	13.1	9.3	11.0	6.7	9.1	17.6	15.7
Costa de Oro	33.0	17.8	25.6	25.1	29.3	34.8	46.6	41.0
Rhodesia N.	26.7	28.9	29.4	51.2	85.7	86.8	84.2	72.0
Rhodesia S.	93.3	66.0	65.5	69.2	72.8	79.2	78.2	79.9
Kenia	a	10.0	7.0	8.0	8.0	9.0	7.0	6.0
Tanganica	a	3.0	n	n	n	n	n	12.0

Nota: a = insignificante o pequeño.
n = no disponible.

de las exportaciones nacionales, y durante ocho de los nueve años siguientes la proporción estuvo por encima del 30 por 100. La proporción cayó por debajo del 20 por 100 durante la década de 1920, pero en 1935 se mantuvo en el 41 por 100 [58]. El caso de Rhodesia del Sur es aún más llamativo. Entre 1909 y 1913 los minerales (sobre todo el oro) contribuyeron con más del 90 por 100 a las exportaciones nacionales. Durante la mayor parte de los años subsiguientes hasta 1935 la proporción estuvo sobre el 70 por 100. En Rhodesia del Norte, el cobre se explotaba desde 1910, pero no fue hasta finales de la década de 1920 cuando las

[55] E. G. Charle, 1964, p. 38.
[56] Los africanos evitaban esta discriminación asociándose con los que podían leer inglés.
[57] S. H. Frankel, 1938, p. 210.
[58] *Ibid.*, pp. 320-1.

minas comenzaron a producir plenamente, consiguiendo sus minerales impresionar apreciablemente al sector exportador. Desde 1931 los minerales aportaron más del 50 por 100 al valor total de las exportaciones nacionales. La proporción se incrementó considerablemente en los años subsiguientes. En Sierra Leona la minería comenzó tarde, pero hacia 1935 los minerales aportaron más de 50 por 100 de las exportaciones nacionales. En 1936 las exportaciones de minerales de las dependencias británicas del Africa tropical se colocaban por el siguiente orden de importancia: Rhodesia del Norte, 5.094.000 libras esterlinas; Rhodesia del Sur, 4.422.000 libras; Costa de Oro 2.124.213 libras y Sierra Leona 1.245.000 libras. Es interesante observar que, aunque los minerales de Nigeria eran importantes por su valor propio, lo eran bastante menos en proporción (sólo el 14 por 100) con las exportaciones totales, mientras que la menor cantidad explotada en Sierra Leona suponía el 56 por 100 de las exportaciones de esa colonia.

La sustancial aportación de minerales al sector exportador podría engañarnos al exagerar su aportación a la riqueza general. Pero la limitada naturaleza de la participación africana debería dirigir nuestra valoración. La minería se estableció con capital extranjero, y los beneficios procedentes de la industria eran repatriados para llenar los bolsillos de los accionistas en el extranjero, o para fomentar las estructuras económicas fuera de Africa. Por ejemplo, los estatutos de la Niger Company fueron revocados en 1899, la compañía fue compensada con 150.000 libras esterlinas por sus derechos de explotación en la región donde la extracción de estaño se estableciera más tarde. De acuerdo al mismo convenio, la compañía debía recibir el 50 por 100 de todas las regalías de la explotación durante noventa y nueve años [59]. Este era un precio muy alto a pagar por la población, pero la situación era peor aún en las dos Rhodesias, donde los derechos mineros permanecieron en poder de la British South Africa Company hasta 1933, cuando fueron comprados por el Estado por 2.000.000 de libras esterlinas [60]. Pero incluso tras este cambio, raramente se consideraba a la población local, y aún más raramente se la trataba, como la beneficiaria de las operaciones mineras. Todavía en 1942, un alto funcionario del departamento colonial británico hizo constar descaradamente que «hay pocas razones en particular para reservar el valor del producto mineral a los habitantes locales cuando esos habitantes no han hecho nada por desarrollarlo» [61]. Pero hasta en los países cuyas administraciones coloniales nacionalizaron los minerales, como fue el caso de Sierra Leona, Kenia, Tanganica y Uganda, se lograron pocos ingresos, provenientes principalmente de regalías e impuestos sobre la renta. En Sierra Leona los ingresos directos derivados de los minerales en 1935 fueron de 34.100 libras, lo que suponía sólo el 5 por 100 de los ingresos totales [62].

Los salarios seguían siendo la única forma por la que la población local podría haber adquirido una sustancial parte de las ganancias procedentes de la mi-

[59] P. Bower en M. Perham (ed.), 1948, p. 5.
[60] *Ibid.*
[61] Dawe, Actas, PRO, CO 54028/42. J. A. Dawe era ayudante del subsecretario del departamento colonial.
[62] M. H. Y. Kaniki, 1972, pp. 238, 239.

nería, pero, como fue el caso de la agricultura colona y de las plantaciones, se mantuvieron tan bajos que los asalariados tuvieron que ser subvencionados por el sector campesino. La discriminación racial fue una importante directriz en esta cuestión [63]. A los trabajadores europeos se les pagaba mucho más que a los trabajadores africanos, incluso realizando trabajos similares. A los africanos rara vez se les enseñaban técnicas importantes, que incrementarían su productividad y, consiguientemente, sus ingresos. En Rhodesia del Sur, donde los trabajadores especializados y semiespecializados blancos dominaban el mercado de trabajo [64], los trabajadores africanos no podían siquiera formar sindicatos. Pero aún en los territorios libres de la dominación colonial, no fue hasta finales de la década de 1930 cuando los sindicatos, un importante factor de negociaciones colectivas, fueron reconocidos legalmente. Con excepción de Rhodesia del Sur, en que la minería ha «proporcionado una base para un gran desarrollo industrial local» [65] y en contraste con la experiencia sudafricana, en donde la minería era el «primer creador y protector» de la manufacturación [66], el sector sufría pocos efectos cambiantes. Y los pocos beneficios no se daban sin sus costes. Se dañó a la tierra de cultivo, se destruyeron arbustos y árboles productivos, la forma tradicional de vida fue degradada y hubo una ruptura general de la ley y el orden.

Los sectores exportadores de los países estudiados poseían dos características fundamentales. Primero, las exportaciones, tanto de productos agrícolas como minerales, dejaban a los países sin transformar. Por esto, la mayoría de las exportaciones tenían relativamente poco valor. Segundo, había una tendencia a los monocultivos. Esto hacía que las estructuras económicas de los países que dependían principalmente de las exportaciones agrícolas fueran altamente vulnerables. Sólo Nigeria, con poco más o menos tres cultivos (cacao, productos de palmera de aceite y cacahuetes), y Kenia desarrollaron economías diversificadas en alguna medida. La debilidad de las economías de monocultivo fue ampliamente contrastada durante la gran depresión de 1929-34 por el pánico y la confusión demostrados por los administradores coloniales.

MONEDA Y BANCA

Como las demás potencias coloniales, los británicos también introdujeron moneda moderna en sus colonias en lugar del tradicional sistema de trueque, que empleaba mercancías y monedas tales como el polvo de oro y los cauris. Esto se hizo principalmente para estimular la producción y exportación de cosechas para la venta y la importación de productos manufacturados europeos. Ciertamente, las potencias coloniales se tomaron la molestia de promover y estimular la adopción de dinero moderno de tres formas principales. Estas, según Hopkins, fueron «desmonetizando las formas de cambio tradicionales; pagando la fuerza crecien-

[63] R. E. Baldwin, 1966, pp. 42, 82-99; P. Bower en M. Perham (ed.), 1948, p. 23.
[64] G. Arrighi, 1967, pp. 20-1; G. Kay, 1970, pp. 37-8.
[65] G. Kay, 1970, p. 24.
[66] S. Patterson, 1957, p. 150.

te de mano de obra en moneda europea; e insistiendo en recibir los impuestos en efectivo mejor que en especies»[67]. Estos métodos fueron un éxito y hacia 1910 la moneda europea estaba extendida en el Africa occidental. En las colonias británicas ésta consistió en una amplia gama de monedas inglesas. En 1912, se estableció la Cámara de Moneda del Africa occidental para suministrar moneda al Africa occidental británica. En 1913, la cámara emitió sus primeras monedas con los valores de dos chelines, un chelín, seis peniques y tres peniques, y tres años más tarde sus primeros billetes. En el Africa oriental británica, los ingleses en principio implantaron el sistema monetario en uso en la India británica. En 1920, no obstante, se estableció una cámara de moneda para emitir monedas y billetes para las tres colonias. Debería resaltarse que todas estas monedas estaban vinculadas con la libra esterlina en Londres.

Una consecuencia importante derivada del creciente uso de moneda fue la implantación de instituciones bancarias en el Africa británica. En el Africa occidental el primer banco en iniciar operaciones fue el Banco de Africa Occidental Británica en 1894, seguido en 1926 por el Banco Barclays (dominio, colonial y extranjero). Estos dos bancos dominaron completamente las actividades bancarias en el Africa occidental británica a lo largo de todo el período colonial. En el Africa oriental y central británicas aparecieron asimismo el Banco Nacional y el Banco de Grindlay y pronto dominaron el sector. Las operaciones de estos bancos impidieron el desarrollo económico de las colonias de tres formas fundamentales. Primera, los bancos invertían todo su dinero en Inglaterra, incluyendo los ahorros hechos por los propios africanos. Esto significó que promovían la formación de capital y por lo tanto del desarrollo económico del rico país metropolitano a expensas de las colonias pobres. Segunda, y más importante, en su política de préstamos todos los bancos discriminaban a los empresarios africanos a favor de la población británica y asiática[68], como han mostrado investigaciones recientes. Tercera, a los africanos se les negó la oportunidad de adquirir formación y experiencia en este sector vital de la banca, que fue siempre coto exclusivo de los europeos.

COMERCIALIZACION

La comercialización fue muy descuidada por los administradores coloniales. La política del liberalismo económico fue aplicada en distinta medida en todos los países estudiados. La generalización de Cyril Ehrlich de que esta política, en contra del mito popular, es prácticamente la única utopía inexperimentada[69], sólo podría ser válida para el período posterior a 1940. Es cierto que las comisiones de comercialización son un acontecimiento de finales de las décadas de 1940 y 1950. La mayor parte de las normativas hasta mediados de la década de 1930 trataban solamente dos temas principales: las licencias comerciales y la calidad de

[67] A. G. Hopkins, 1973, p. 206.
[68] *Ibid.*, p. 209.
[69] C. Erhlich, 1973, p. 660.

ciertas exportaciones agrícolas. Las cooperativas de comercialización fueron reconocidas legalmente en Tanganica en 1932, pero durante cinco años no se hizo nada. Siendo la defensora del librecambio hasta este periodo, Gran Bretaña ni siquiera restringió las operaciones de firmas comerciales no británicas ni de particulares en sus dependencias. Antes de la aparición de la United Africa Company (UAC) en 1929, por ejemplo, las dos principales compañías francesas —la Compagnie Française de l'Afrique Occidentale (CFAO) y la Société Commerciale de l'Ouest-Africain (SCOA)— compitieron bastante eficazmente con las empresas británicas en las dependencias inglesas del Africa occidental. A mediados de la década de 1920 cada una de las compañías tenía más sucursales y «fábricas» en Sierra Leona que ninguna compañía británica [70]. Todavía no había garantías para proteger a la población local. La principal inquietud de las administraciones coloniales fue ampliar el comercio de exportación-importación, lo que podría traer consigo incrementar la fuente de ingresos por los derechos arancelarios.

Efectivamente, hasta los primeros años de la década de 1930, la tendencia era estimular a cualquiera que pudiera contribuir en este aspecto. Así, los comerciantes indios no sólo eran autorizados, sino que, en alguna medida, eran también animados a fomentar el comercio en el Africa oriental, y en alguna medida en el Africa central. La población asiática en el Africa oriental aumentó de la siguiente forma: Uganda: 1910-2.000; 1917-13.026; Tanganica: 1913-18.784; 1931-23.422; Kenia: 1921-22.800; 1931-26.759. La «aversión y desconfianza a las comunidades levantinas» en el Africa occidental, que el profesor Bauer observó que era «acusada en los círculos oficiales» [71], constituía una tendencia relativamente reciente. La verdadera hostilidad hacia los levantinos, en su mayoría libaneses, no provenía de los círculos oficiales sino de los distintos agentes europeos de compañías comerciales, y tal hostilidad se daba como respuesta a la efectiva rivalidad comercial presentada por los levantinos [72]. Y allí donde las compañías británicas parecen haber recibido preferencia, no era por su respetabilidad, sino porque podían —con la bendición del gobierno británico— actuar como verdaderos grupos de presión e influir en los políticos coloniales [73].

Con todo, la generalización de Ehrlich de que «las actitudes administrativas en toda el Africa británica, raramente promovían la iniciativa comercial indígena» [74] es bastante válida. Pero otros factores sofocaron las iniciativas locales. Ante todo, la política oficial general, como cabía esperar en una situación colonial, estaba enfocada fundamentalmente hacia el avance de los intereses imperialistas. En consecuencia, la población local no era protegida de las devoradoras fauces de las gigantescas empresas. Más bien, estaba expuesta a una fácil destrucción. Hacia la primera década del siglo XX, siguiendo la construcción de las vías del ferrocarril, las compañías europeas estaban exprimiendo a los comerciantes africanos de dos formas interrelacionadas. Por medio de la concentración de capital

[70] Ver M. H. Y. Kaniki, 1972, pp. 58-60.
[71] P. T. Bauer, 1954, p. 148.
[72] Slater a Amery, Despacho confidencial, CO 267/607, 11 de enero de 1925, Encls, 3 y 5.
[73] C. Ehrlich, 1973, p. 652.
[74] *Ibid.*

malvendían compañías africanas pequeñas, generalmente de un solo hombre. De esta forma, los grandes comerciantes indígenas del Africa occidental que aparecieron durante el siglo XIX fueron expulsados del negocio. Entonces las grandes compañías europeas ampliaron sus negocios de la venta al por mayor a la venta al por menor. Lo que T. J. Alldridge dijo de Sierra Leona en 1908 es aplicable a buena parte del imperio británico:

> Antiguamente las grandes firmas europeas eran pura y simplemente comerciales, en el arcaico sentido de la palabra... su negocio entonces era estrictamente la venta al por mayor; importaban sus mercancías; compraban productos nativos y los embarcaban; pero nunca desestibaban. Vendían sus mercancías importadas en los embalajes originales; sólo comerciaban con grandes cantidades; y dejaban el negocio al por menor enteramente en manos de los comerciantes de Sierra Leona... Todo esto ha cambiado ahora. La ocupación del intermediario ya no es lo que era, en la medida en que las grandes compañías importadoras gradualmente se han convertido en sus propios intermediarios, y, mientras que siguen siendo comerciantes al por mayor, han desarrollado el negocio al por menor por su cuenta [75].

En segundo lugar, en la mayoría de los casos, los negociantes africanos no podían conseguir préstamos bancarios, ya que no tenían garantías subsidiarias. Es más, a veces los prejuicios raciales también se utilizaban en este aspecto.

El papel desarrollado por las compañías comerciales europeas ha sido valorado por muchos eruditos, que en su mayoría coinciden en la importancia de relacionar Africa con los mercados de Europa occidental y del continente americano. La compañía compraba productos y los exportaba de Africa. También importaban y vendían una gama de productos manufacturados, principalmente textiles. McPhee, Bauer y Hopkins han enfatizado correctamente el papel desarrollado por las compañías al ampliar la frontera de los comerciantes y el sector de venta en conjunto, pero dicen muy poco de las tendencias explotadoras de estas compañías [76]. Los comerciantes —europeos, indios, libaneses, y en número reducido africanos— se apropiaron de los excedentes generados por la producción campesina, principalmente por medio de un intercambio desigual. Pagaban poco por los productos y cargaban precios relativamente altos a las mercancías importadas. La experiencia de los campesinos de América Latina es bastante relevante aquí.

> Un obstáculo posterior al desarrollo comercial de la economía de los minifundistas es el mecanismo de comercialización. A causa de la contractual inferioridad del campesino, y la habitual concentración de tres funciones comerciales en manos de particulares (comprador de los productos, proveedor de crédito y vendedor de productos de consumo), cualquier excedente producido por la pequeña economía tiende a ser transferido al intermediario más que a permanecer disponible para la reinversión [77].

En áreas de dominación colona, por ejemplo Rhodesia del Sur, «llegó a ser habitual que los terratenientes europeos comercializaran los productos de sus arrendatarios, y a menudo también los de los campesinos vecinos» [78], una práctica que

[75] T. J. Alldridge, 1910, pp. 73-4.
[76] A. G. Hopkins, 1973, pp. 188-209; A. McPhee, 1926, pp. 32-105; P. T. Bauer, 1954.
[77] A. Pearse en T. Shanin (ed.), 1971, p. 73.
[78] G. Arrighi, 1970, p. 209.

minimizó la competencia africana y aseguró al colono una posición semimonopolística.

De vez en cuando los productores africanos defendían sus intereses colectivamente por medio de retenciones en la entrega (negativa a entregar los productos al mercado). Se dieron varias retenciones de entrega de este tipo en la Costa de Oro, donde los granjeros de cacao estaban considerablemente expuestos a las fuerzas del mercado internacional. Más importante aún, la retención en la entrega de cacao entre octubre y diciembre de 1930 ha sido descrita como «una huelga económica para conseguir precios más altos» y fue «dirigida contra las grandes compañías compradoras de fuera del país y su control monopolizador» sobre la economía de la Costa de Oro [79]. Además de retener su cacao, los habitanes de la Costa de Oro boicotearon las mercancías europeas. Se practicaron detenciones y se impusieron multas por los jefes para mantener la retención de entregas. La efectividad del movimiento amenazó las mismísimas bases de las relaciones económicas coloniales, puesto que el gobierno colonial, igual que las compañías fuera del país, dependía del comercio de cacao para sus ingresos. Evidentemente, el movimiento estaba contra los intereses de ambos lados. En consecuencia, la administración colonial destruyó el movimiento por la fuerza, multando y encarcelando a los jefes que apoyaban la retención de entregas [80]. Durante la temporada de cacao de 1937/8 otra gran retención de entregas fue organizada contra las más importantes empresas exportadoras de cacao, que habían llegado al acuerdo de comprar cacao a un precio máximo fijo. En esta ocasión, la retención se extendió al oeste de Nigeria, y concluyó sólo con la intervención del gobierno británico. Una comisión encabezada por Nowell [81] reveló que el sistema de comercialización, que implicaba a miles de intermediarios, era tan ineficaz como ruinoso, siendo desventajosos tanto para los productores del Africa occidental como para los consumidores de Europa occidental.

La United Africa Company (UAC), una amalgama de muchas antiguas empresas británicas, era la firma más prominente y poderosa en el comercio del Africa occidental después de 1920. Ella sola manejaba casi la mitad del comercio exterior del Africa occidental durante la década de 1930, y dominaba el Africa occidental británica [82], especialmente Nigeria. Las sucursales de la compañía actuaban en el Africa oriental y central, pero su papel desarrollado allí era mucho menor. Tampoco había un equivalente al UAC en Africa oriental y central.

El comercio con Gran Bretaña colocó a las potencias africanas en una gran desventaja, como fue el caso durante la gran depresión. En 1932 se implantó en las dependencias británicas la prioridad imperial. Las importaciones del imperio británico tenían derechos arancelarios fijados entre un 10 por 100 y un 50 por 100 más bajos que el nivel general. Pero ya que el comercio entre las colonias era mínimo, el pretendido beneficiario del acuerdo fue Gran Bretaña obviamen-

[79] S. Rhodie, 1968, p. 105.
[80] *Ibid.*, pp. 109-15.
[81] Gran Bretaña, *Comisión de comercialización del cacao de Africa occidental* (Londres: HMSO, 1938), p. 157 y *passim*.
[82] A. G. Hopkins, 1973, p. 199.

te. En septiembre de 1931 el departamento colonial remitió una circular a los funcionarios que administraban las dependencias pidiéndoles que ayudaran a Gran Bretaña y recordándoles que:

> los intereses del Reino Unido y los de las colonias y dependencias están inseparablemente ligados entre sí, que los peligros con los que se enfrenta el Reino Unido son peligros que amenazan al imperio entero... que cualquier derrumbamiento general del crédito británico y depreciación de las divisas de la libra esterlina deben equivaler a la ruina para las colonias en igual medida que para el Reino Unido [83].

A pesar de los mayores derechos arancelarios de los productos no británicos, su importación, para ventaja de los consumidores de las dependencias, aumentó en gran medida. Zapatos de lona y seda artificial y ropas de algodón, todo de Japón, se destacaron prominentemente, y sus precios eran mucho más bajos que los productos británicos que estaban protegidos. En 1934 el funcionario del distrito de Dar el Salaam, Tanganica, observó que «prácticamente cada tienda del distrito» [84] se encontraba surtida de muchos productos japoneses. Esta tendencia fue especialmente importante durante este período de apuro económico. Como un administrador colonial de Tanganica señaló, probablemente exagerando, «el africano medio no tendría ahora más remedio que vestir pieles si no fuera por el hecho de que hay grandes cantidades de productos de algodón baratos de manufacturas japonesas a la venta en todas las tiendas de la ciudad y del país» [85]. Pero la inquietud del gobierno británico era el éxito de la industria británica y no el bienestar de los pobres de las colonias. En 1934 se realizó un nuevo ataque a los productos no británicos elevando los aranceles al 100 por 100, como regla general. Por añadidura, se impuso un sistema de cupos sobre las importaciones textiles japonesas. Hubo protestas aisladas contra estas medidas pero los pueblos colonizados tuvieron que pagar altos precios, fomentando así los intereses imperialistas a su propia costa.

INFRAESTRUCTURA

Uno de los aspectos más importantes de la comercialización es la infraestructura. La construcción de vías ferroviarias, carreteras, líneas telegráficas y puertos recibió atención por parte de las administraciones coloniales bastante pronto. Aunque estos medios ayudaran a la administración general, su principal tarea era dar salida a las exportaciones. No es de extrañar por tanto que la ubicación y dirección general de ferrocarriles y carreteras casi no tomaran en cuenta el bienestar general de las colonias. La mayoría de los ferrocarriles iban directamente desde la costa a las fuentes interiores de cosechas para la venta o a los yacimientos

[83] *West African Mail and Trade Gazette*, de 24 de octubre de 1931, p. 4; *Sierra Leone Royal Gazette*, 15 de octubre de 1931.
[84] Informe anual del funcionario del distrito de Dar el Salaam para 1934, p. 4, Archivos Nacionales de Tanzania, 54/4.
[85] *Ibid.*, para 1933, pp. 3-4.

minerales. Sólo se establecieron unos pocos enlaces laterales e intercoloniales. Los ferrocarriles sólo servían por tanto a zonas limitadas, e, importantes como han sido, su papel como «comunicadores» del continente ha sido ciertamente exagerado [86]. Sólo en Rhodesia del Sur y Sudáfrica había una red de ferrocarriles más sofisticada, destinada principalmente a conectar y a servir a las muy dispersas zonas mineras y regiones granjeras colonas. La zona de cacao del sur de la Costa de Oro también estaba bien atendida por ferrocarriles, mientras que los territorios del norte, sin cultivos para la exportación, fueron completamente ignorados (ver Figs. 16.2, 16.3).

La práctica totalidad de los ferrocarriles fueron construidos, poseídos y utilizados por gobiernos o agencias oficiales. La construcción del primer ferrocarril en el Africa occidental británica tuvo lugar en Sierra Leona durante la década de 1890. El primer tren comenzó a funcionar en el área colonial en 1897, y hacia 1909 la línea principal, que cruzaba la rica zona de palmera de aceite hacia Pendembu, en el este (365 kms.) había sido terminada. Un ramal de Bubuyan a Makeni, al norte (132 kms.), se inauguró en 1915. Poco tiempo después de que el trabajo comenzara en Sierra Leona, otras colonias siguieron su ejemplo con resultados aún mejores. Todas las líneas principales se construyeron hacia 1920. En Tanganica los británicos heredaron las dos vías férreas construidas anteriormente por los alemanes durante el siglo XX.

Sólo en las dos Rhodesias y en Sierra Leona el capital privado contribuyó a la construcción del ferrocarril. La principal vía de ferrocarril hacia el norte a través de las dos Rhodesias era una continuación de la red de Sudáfrica y fue construida por la British South Africa Company. La vía alcanzó Bulawayo en octubre de 1897 y cruzó Zambezi a la altura de las Cataratas Victoria en 1904. Se construyeron varios ramales por compañías interesadas en estimular la minería [87]. La vía principal alcanzó Livingstone (entonces capital de Rhodesia del Norte) en 1905 y Broken Hill al año siguiente. Fue finalmente ampliada a la frontera congoleña por una nueva compañía, la Rhodesia-Katanga Junction Railway and Mineral Company en 1909 (ver Fig. 16.3). En Sierra Leona, la Sierra Leone Development Company, que había estado explotando mineral de hierro en Marampa desde 1933, construyó una vía de 83 kms. entre Marampa y su muelle de carga en Pepel al principio de la década de 1930. La vía era para uso exclusivo de la compañía. La construcción de carreteras fue llevada a cabo tanto por la administración colonial como por las autoridades locales. Los jefes africanos, allí donde los recursos lo permitían, movilizaron a sus pueblos para integrar sus economías con el gran mundo. Pero las carreteras, por regla general, tenían por objeto actuar como ramales, no como alternativas, de los ferrocarriles que eran empresas oficiales. Así, el contribuyente tenía que mantener sistemas caros e ineficaces.

La contribución más importante del transporte moderno fue la drástica reducción de los fletes, que tuvo dos consecuencias relacionadas. Primero, el porte humano fue sustituido por la maquinaria, librando así a los escasos recursos humanos para poder realizar otras actividades productivas. En segundo lugar, el re-

[86] A. McPhee, 1926, pp. 47-8, 108-15, 126-7.
[87] G. Kay, 1970, pp. 42, 44.

ducido coste del transporte incrementó los márgenes de beneficio de los productores y fomentó la expansión del sector de venta. Muy raramente, sin embargo, se beneficiaron los productores africanos de este desarrollo. Las firmas comerciales y otras ocupadas en el sector de la exportación estaban demasiado ávidas por beneficiarse también, y al ser más influyentes, obtuvieron la mejor tajada. En las regiones colonas, los fletes fueron manipulados a favor de los europeos, forzando así al sector africano a subvencionar la agricultura colona.

El impacto de los ferrocarriles fue decisivo en Uganda y Nigeria. Antes de 1902, año en el que el ferrocarril de Uganda unió el territorio interior con Mombasa a través de las tierras altas de Kenia, los costes de transporte añadieron un 150 por 100 al precio de la mayoría de las mercancías de la costa. La llegada del ferrocarril de Lagos a Kano en 1911 tuvo efectos parecidos. Aceleró enormemente la expansión de la industria del cacahuete. Las exportaciones aumentaron de un máximo anterior de 2.000 toneladas a 50.000 en 1916 y 117.000 hacia 1929. En Rhodesia del Norte, asimismo, los ferrocarriles contribuyeron sustancialmente al sector de la exportación, especialmente al desarrollo de la minería[88]. En la mayoría de los demás países, el ferrocarril contribuyó relativamente poco, y durante la mayor parte del período estudiado se dieron inconvenientes[89]. Debería enfatizarse que, aunque el transporte moderno era bastante beneficioso, no creó una economía de exportación de la nada. «Ciertamente... el transporte moderno fue atraído principalmente por regiones que, aunque llenas aún de incertidumbres, ya habían comenzado a demostrar su potencial económico»[90].

Otra parte de la infraestructura, que ya existía en los tiempos precoloniales pero que aumentó en eficacia e importancia durante el período colonial, fue el transporte marítimo. En el Africa occidental británica, este campo estaba dominado hacia 1900 por una sola empresa británica, la Elder Dempster Line and Co Ltd., que fue la suma en 1890 de todas las compañías navieras británicas que operaban en la costa oeste. En 1895, esta línea y la empresa naviera alemana, la línea Woermann, acordaron no competir entre sí, y pudieron, por lo tanto, fijar tarifas en detrimento de sus empresarios. En el Africa oriental y del sur, la navegación estaba dominada por la Union Castle Line.

SUDAFRICA, 1880-1935

Entre las colonias africanas británicas y sus dependencias, los cambios económicos que ocurrieron en Sudáfrica durante el período estudiado tuvieron una repercusión tan única y tan excepcional, e incluso tan notoria, que merecen un tratamiento separado aquí, si bien breve.

Hacia 1869, Sudáfrica —consistente en las dos colonias británicas de las colonias de El Cabo y del Natal y los asentamientos colonos bóer o *afrikaner* del Transvaal y el Estado libre de Orange— era económicamente tan pobre y tan periférico

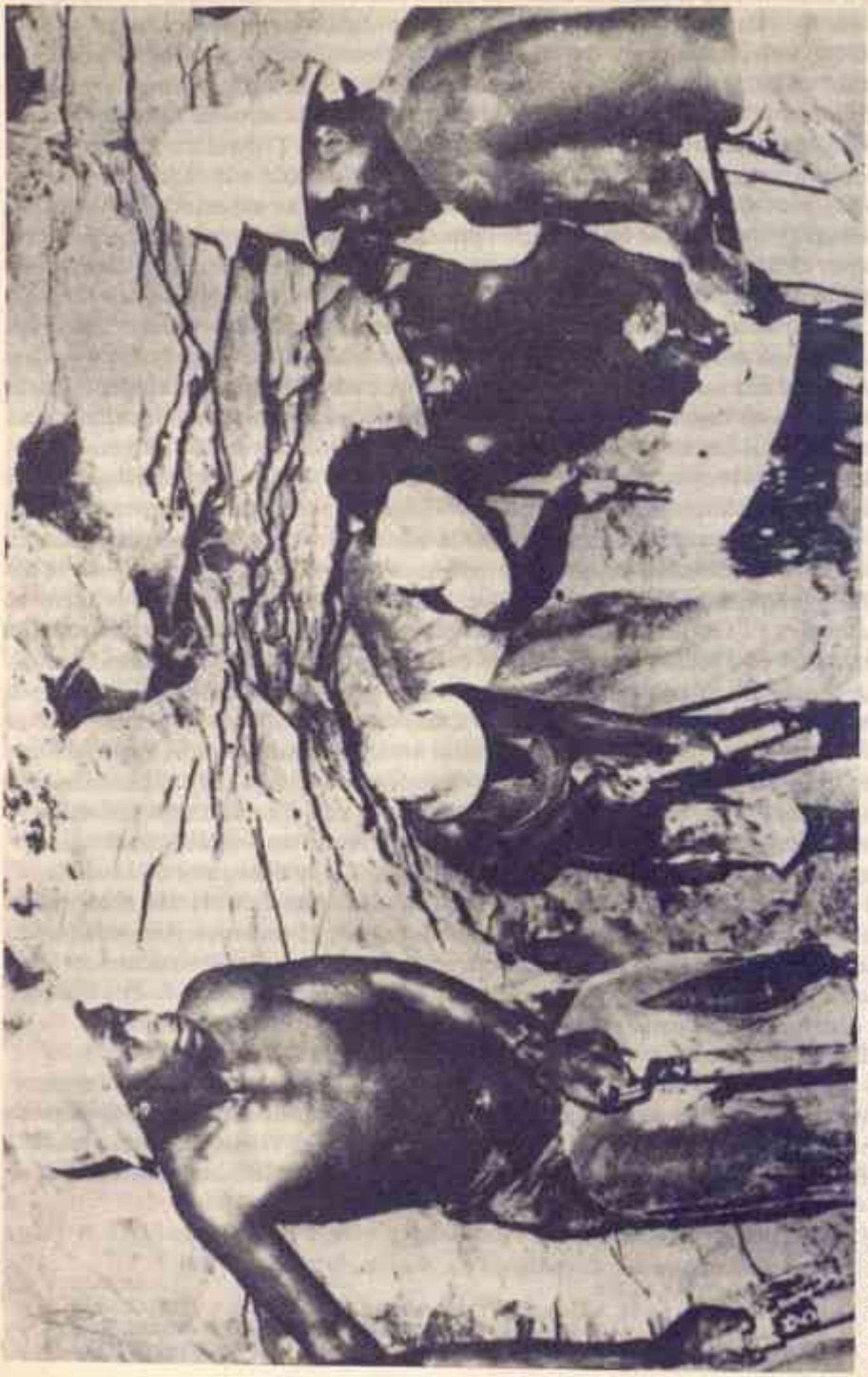
[88] R. E. Baldwin, 1966, pp. 17-18, 171-2.
[89] S. H. Frankel, 1938, *passim*.
[90] A. G. Hopkins, 1973, p. 198.

para la economía capitalista mundial como cualquier otra colonia o asentamiento europeo en Africa (ver Fig. 27.1). Esta población europea unida era sólo de 260.000 habitantes, cerca del 20 por 100 de los cuales vivían en la colonia de El Cabo[91]. El Cabo tenía la única ciudad con una población superior a los 10.000 habitantes (Ciudad de El Cabo). Sólo existían tres kilómetros de ferrocarril hacia 1860 y ninguna carretera apta para vehículos a motor. Todo el transporte era llevado por animales. La manufactura estaba limitada sólo a la fabricación de vagones, mobiliario, zapatos y al curtido de cuero[92]. Las exportaciones de Sudáfrica en 1860 consistían en productos primarios, siendo la lana la principal, seguido por el hierro, cuero y pieles, valorado todo ello en 2,5 millones de libras esterlinas al año. En consonancia con lo anterior, D. Hobart Houghton describió así la región: «La característica general de la colonia [de El Cabo][hacia 1860] era la de un país muy poco poblado, ocupado principalmente en el pastoreo y la agricultura de autosubsistencia, demasiado pobre para avanzar con rapidez hacia la formación de capital nacional y desprovisto de recursos explotables como para atraer capital extranjero»[93]. Y advirtamos que la colonia de El Cabo era económicamente la provincia más destacada por entonces. Las condiciones de otras colonias, especialmente en el Transvaal y el Estado libre de Orange, eran aún peores.

No sólo la economía sino también la sociedad de Sudáfrica experimentó un cambio revolucionario durante las tres últimas décadas del siglo XIX. Esto se debió especialmente a un solo hecho, el descubrimiento de minerales, primero de diamantes en Griqualand en 1867 y Kimberley en 1870, y después de oro en el Transvaal en 1886. A los cinco años del descubrimiento en Griqualand, anualmente se estaban exportando diamantes por valor de más de 1,6 millones de libras esterlinas. Esto había aumentado a más de cinco millones de libras esterlinas en 1880, lo que representa más del valor total del resto de otras exportaciones de Sudáfrica[94]. Hacia 1889 De Beers Consolidated Mines Ltd. había aparecido «para reorganizar la minería como una industria moderna altamente capitalizada y concentrada, utilizando las últimas técnicas científicas y estableciendo un monopolio mundial de ventas por medio del sindicato de diamantes de Londres»[95]. El valor de los diamantes exportados continuó aumentando. Hacia 1905, era de unos diez millones de libras y hacia 1910 de más de 15 millones. Aún más rápido fue el crecimiento de la industria minera del oro tras su descubrimiento en 1886. Hacia 1890 se exportaba oro por valor de diez millones de libras, lo que hizo que el oro fuera la principal exportación de Sudáfrica; ésta había alcanzado los 25 millones hacia 1905 y entre los 45 y 50 millones de libras hacia 1910.

Los efectos de este auge minero en Sudáfrica fueron verdaderamente extraordinarios y globales. Políticamente, el descubrimiento de los diamantes primero llevó a la anexión de la zona de Kimberley, después el Transvaal mismo en 1877 y finalmente a la conquista de Zululandia en 1879 tras la humillante derrota de

[91] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 329.
[92] M. M. Cole, 1961, p. 396.
[93] D. H. Houghton en M. Wilson y L. Thompson (ed.), 1971, p. 4.
[94] Ver Fig. 2: «Exportaciones de la Producción Sudafricana 1861-1910» en *ibid.*, p. 18.
[95] *Ibid.*, p. 13.



• *Trabajadores mineros negros de Sudáfrica.*

los británicos en Isandhlwana. Ambos contribuyeron también a la primera guerra anglo-bóer de 1881, que fue ganada por los bóers. De forma parecida, el descubrimiento del oro ocasionó la anexión de todos los Estados africanos al sur del río Limpopo, el ataque de Jameson de 1896 y la segunda guerra bóer de 1899 que dio paso a la creación de la Unión de Sudáfrica en 1910. Algunos aspectos de estas consecuencias políticas de largo alcance y la reacción de los africanos ante ellas han sido expuestas anteriormente en el capítulo 9.

En segundo lugar, el descubrimiento condujo a la entrada masiva de capital y personal técnico desde Gran Bretaña, Europa y Estados Unidos. Ciertamente, la mayoría de las inversiones en el Africa colonial entre 1880 y 1939 fueron dirigidas solamente hacia Africa del sur. Según P. Curtin y otros, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, «las inversiones exteriores per cápita estaban estimadas en 56 libras en Sudáfrica, 38 en ambas Rhodesias... y 13 en el Congo belga, pero no llegaban a más de 10 libras en cualquier otro lugar del Africa tropical» [96]. Fue esta inversión la que promovió no sólo la industria minera, sino también, como se verá más adelante, la infraestructura de Sudáfrica. Que Sudáfrica se desarrollara así no es sorprendente ya que, como Houghton ha señalado, Griqualand, de ser «una olvidada tierra de nadie habitada por unos cientos de griguas bajo su jefe Waterboer», gracias al descubrimiento de diamantes «de pronto se convirtió en un foco del interés mundial» [97]. El descubrimiento de oro provocó lo mismo para el Transvaal y las zonas al sur del río Limpopo.

Igualmente revolucionario fue el impacto de la industria minera sobre la disposición de infraestructura en Sudáfrica. Las enormes distancias entre asentamientos y ciudades —Johannesburgo está a 1.540 kms. de Ciudad de El Cabo— y la dispersión de la población, hasta ahora, habían descartado la construcción de ferrocarriles como propuesta viable. Pero el descubrimiento de oro y diamantes hizo que los ferrocarriles y carreteras fueran no sólo necesarios sino también prácticos. No es de extrañar, pues, que la construcción de ferrocarriles comenzara en la década de 1870 desde diferentes puntos —Ciudad de El Cabo, Puerto Elizabeth, East London y Durban—, en líneas dirigidas todas primero a los campos diamantíferos y después de 1886 al Transvaal. La longitud de la línea férrea aumentó de 110 kms hacia 1869 a 1.700 hacia 1889, 3.300 en 1899 y 4.190 en 1905 (ver Fig. 16.4) [98]. Pareja a los ferrocarriles iba la construcción de carreteras. A finales de la primera guerra mundial se habían construido 75.000 kms. de carreteras provinciales y muchas más de caminos comarcales.

La cuarta repercusión importante fue en el campo de la mano de obra y en la tierra, y con ello vino el crecimiento de los centros urbanos. La demanda de mano de obra originada por las actividades mineras auríferas y diamantíferas era virtualmente inagotable. En parte para asegurar la provisión de mano de obra y en parte para proteger aún más la posición de los blancos —especialmente de los *afrikaners*— se dictaron muchos decretos, principalmente durante las décadas de 1910 y 1920, para compeler a los africanos a abandonar sus granjas y lugares

[96] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 500.
[97] D. H. Houghton en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, p. 11.
[98] *Ibid.*, p. 20.

de nacimiento hacia los centros mineros y de otras industrias. Estos decretos incluían el decreto de tierra de los nativos de 1913, el decreto de minas y obras de 1911 y su enmienda de 1926, el decreto de aprendizaje de 1922, el decreto de nativos (zonas urbanas) de 1923, el decreto de administración nativa de 1927 y por último el decreto de contrato de servicios nativos de 1932. El más notorio de estos decretos fue el decreto de tierras de nativos por el cual el 88 por 100 de las tierras de Sudáfrica se reservaba para uso exclusivo de los blancos, que constituían sólo el 20 por 100 de su población [99]. El 12 por 100 restante se estableció como una serie de «reservas nativas» para los africanos. Este decreto asimismo abolió la ocupación ilegal de la tierra y el sistema del cultivo a medias por el que se permitía a los africanos cultivar parte de la tierra de un hombre blanco a cambio de lo cual este último recibía la mitad de la producción del africano. En tercer lugar, el decreto impedía que los africanos compraran tierras fuera de las reservas a personas que no fueran africanos, excepto en la provincia de El Cabo, y en el Transvaal y en el Estado libre de Orange, salvo con una dispensa especial del gobernador general. El decreto, de esta manera, sacudió las mismísimas bases de la sociedad africana y causó el inmediato desplazamiento de miles de agricultores y pastores independientes africanos desde sus hogares y tierras tradicionales y desde las granjas de los blancos. De hecho, los transformó, en palabras de Leo Kuper, en «un proletariado sin tierras y explotables» —la peor forma de dependencia económica. El decreto también introdujo el principio de segregación territorial en Sudáfrica. Este decreto permaneció inalterado hasta 1936, y hacia 1931 unos 6.000.000 de africanos estaban ocupando reservas que totalizaban sólo 88.000 kms^2, mientras que 1,8 millones de europeos ocupaban 1.140.000 kms^2 [100].

El decreto de minas y obras de 1911 y su enmienda de 1926 y el decreto de aprendizaje de 1922 también excluían a los africanos de muchas ocupaciones cualificadas, y establecieron diferentes escalas salariales a la mano de obra especializada (mayormente blanca) y a la mano de obra no especializada (mayoritariamente africanos, indios y de color). En 1935, el minero blanco recibía por término medio once veces más de lo que recibía un africano [101]. El decreto de nativos (zonas urbanas) de 1923, el decreto de administración nativa de 1927 y el decreto de contrato de servicios nativos de 1932, asimismo todos conjuntamente, regulaban el desplazamiento, residencia y empleo de los africanos para el interés de los trabajadores blancos. La ley de nativos (zonas urbanas) de 1923, por ejemplo, impuso la segregación residencial obligatoria a los africanos para evitar una «mezcla indeseable», mientras que la política de mano de obra civilizada adoptada en 1924 intensificó la segregación racial industrial estipulando que los trabajadores no blancos debían ser sustituidos por blancos pobres [102]. Finalmente, el decreto de regulación de mano de obra nativa de 1911 también hizo de la ruptura de contrato por parte de los trabajadores africanos en minas y obras un delito criminal.

[99] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 505; D. K. Fieldhouse, 1981, p. 75; F. Wilson, L. Kuper en M. Wilson y L. Thompson (ed.), pp. 126-36, 436, 440.
[100] D. K. Fieldhouse, 1981, p. 75.
[101] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, 1978, p. 502.
[102] D. Welsh en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, pp. 183-4.

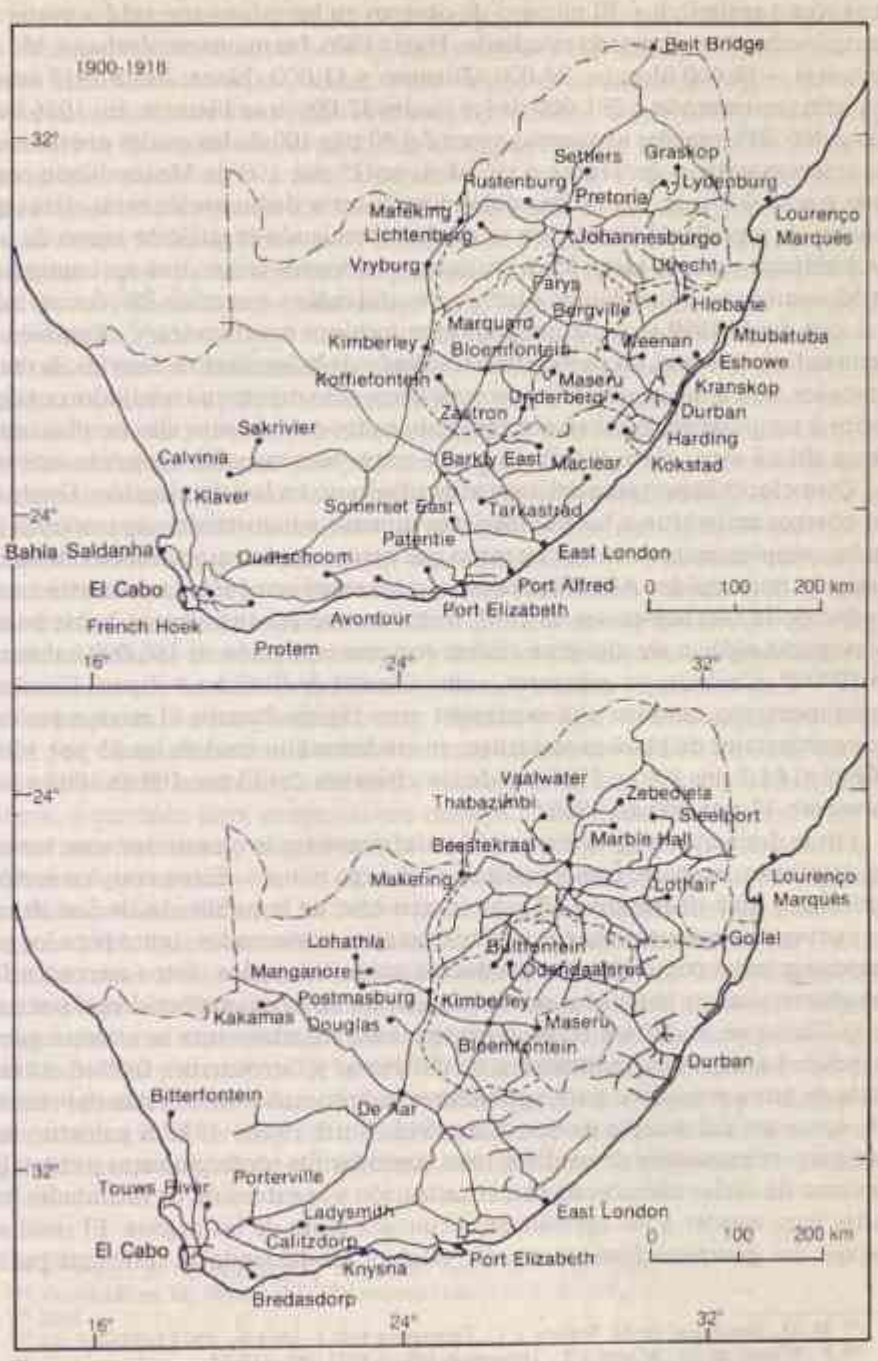


FIG. 16.4. Crecimiento de la red ferroviaria de Africa del Sur, 1900-53 (según M. M. Cole, 1961)

El efecto total de todas estas medidas fue llevar a los africanos desde sus hogares y granjas hacia los nuevos centros industriales y mineros y a granjas europeas como asalariados. El número de obreros en las minas aumentó a pasos agigantados durante el periodo estudiado. Hacia 1906, las minas empleaban a 163.000 personas —18.000 blancos, 94.000 africanos y 51.000 chinos; hacia 1918 esta cifra había aumentado a 291.000 de los cuales 32.000 eran blancos. En 1936 había hasta 300.000 mineros africanos, cerca del 40 por 100 de los cuales provenían de las reservas nativas de Transkei y Ciskei, un 25 por 100 de Mozambique portugués y casi el 15 por 100 de Basutolandia. Debería deducirse de estas cifras que, a pesar de aquellos decretos, no se estaba obteniendo la sufiente mano de obra de Sudáfrica y por lo tanto los trabajadores africanos tenían que ser contratados en Mozambique, Basutolandia e incluso Nyasalandia y en ambas Rhodesias, mientras que desde 1899 se tenía que importar a chinos contratados [103]. También debería enfatizarse que, en parte como resultado de la legislación descrita, la mayoría de los africanos contratados no eran fijos, sino más bien trabajadores migratorios o temporeros. Estaban por tanto abocados a pasar sus vidas desplazándose de un sitio a otro, entre el trabajo en las zonas blancas y las «reservas nativas».

Otro efecto importante del auge minero se notó en la urbanización. Desde que los obreros emigraron a las nuevas áerea mineras e industriales, aparecieron ciudades completamente nuevas, en tanto que otras ya existentes conocieron un crecimiento muy rápido. Así, Kimberley, que no existía en 1866, se convirtió en una ciudad de 18.000 habitantes en 1877, mientras que Johannesburgo había pasado de pequeña aldea a ser una gran ciudad con una población de 166.000 habitantes en 1900 [104]. Ciudades ya existentes, como Ciudad de El Cabo y Puerto Elizabeth, experimentaron también una expansión muy rápida durante el mismo período. Los porcentajes de blancos residentes en ciudades aumentó de un 35 por 100 en 1890-1 al 65,2 por 100 en 1936 y el de los africanos del 13 por 100 en 1904 a solamente un 17 por 100 en 1936 [105].

Otros dos sectores de la economía sudafricana tuvieron asimismo un tremendo desarrollo, en parte como resultado del auge minero. Estos eran los sectores agrícolas y manufactureros. El gran incremento de la población de Sudáfrica y las nuevas poblaciones urbanas produjeron nuevos mercados, tanto para los productos agrícolas como para los productos manufacturados. Estos mercados fueron posteriormente ampliados por la adquisición de Africa sudoccidental por parte de la Unión de Sudáfrica como territorio bajo mandato tras la primera guerra mundial. La nueva infraestructura de carreteras y ferrocarriles facilitó el transporte de estos productos y los agricultores se aprovecharon de estas oportunidades, así como del decreto de tierras de 1913. Entre 1927 y 1937 el gobierno también presentó una serie de medidas tales como tarifas proteccionistas y el establecimiento de varias cámaras de comercialización y la extensión de facilidades bancarias para ayudar a los agricultores blancos a costa de los negros. El resultado fue que los granjeros blancos no sólo estaban produciendo lo suficiente para el

[103] D. H. Houghton en M. Wilson y L. Thompson (eds.), *op. cit.*, pp. 15, 19-20.
[104] F. Wilson en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, pp. 113-14.
[105] D. Welsh en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, p. 173.

consumo interior sino que comenzaron a exportar maíz desde 1907, carne y huevos tras la primera guerra mundial y azúcar y productos lácteos desde finales de la década de 1920 en adelante [106]. Pero por entonces los africanos habían sido virtualmente eliminados de la agricultura comercializada y se convirtieron en meros asalariados en estas granjas. Para empeorar su situación, sus sueldos permanecían estancados o se subían sólo muy lentamente. Entre 1914 y 1934, el salario medio de los trabajadores agrícolas africanos casados subió de seis a diez chelines al mes a sólo ocho a doce chelines [107]. Más aún, el sueldo medio mensual para el empleado de granja blanco en El Cabo subió de 2 libras 18 chelines 1 penique en 1866 a 19 libras 7 chelines 7 peniques en 1952, mientras que la del granjero no blanco subió de 12 chelines 10 peniques a sólo 2 libras 7 chelines 10 peniques [108]. Así, durante el período en revisión, la diferencia económica entre blancos y negros aumentó, y el nivel de vida de los negros empeoró de hecho.

Todavía más revolucionarios fueron los cambios operados en el sector de manufacturas, y esto es más interesante aún debido a que no se dio, como ya se ha visto, en la mayor parte del Africa colonial. Como ha señalado Mónica Cole, «las transformadas condiciones políticas tras la guerra anglo-bóer estimularon el crecimiento industrial y la unificación de las Cuatro Provincias que, en 1910, despertó en una oleada de sentimiento nacionalista que se manifestó en un deseo de desarrollo industrial y en una mayor autosuficiencia» [109]. Por estos motivos, los blancos comenzaron a promover el desarrollo económico y hacia 1912 se habían establecido una serie de industrias. Estas incluían frutas en conserva, elaboración de mermelada, de cerveza, de jabones y de velas e industrias de ingeniería a pequeña escala que fabricaban molinos de viento, bombas y taladros para la perforación de pozos, verjas y vallas; botas, zapatos y ropa [110]. El crecimiento de este sector fue especialmente estimulado durante la primera guerra mundial con miras a diversificar la economía del país y minimizar su dependencia de la industria minera, y también para proporcionar trabajo a los «blancos pobres». Para fomentar más ese sector, el gobierno no sólo introdujo tarifas proteccionistas en 1924, sino que también creó la cámara de comercio e industria en 1921, la comisión de suministro eléctrico en 1923 y la corporación sudafricana del hierro y del acero en 1928. Que estos esfuerzos fueran un éxito queda constatado en el número de personas contratadas en este sector. Hacia 1918, había 124.000 trabajadores, de los que 44.000 eran blancos; hacia 1928 había crecido a 141.000. El sector de manufacturas experimentó un crecimiento aún mayor tras la depresión de la década de 1920 y principios de la de 1930. Hacia 1939 su producción de comida, bebida, tabaco, textiles y ropa, cuero y calzado, químicas, muebles y maquinaria alcanzaba un valor de unos 75 millones de libras esterlinas, convirtiéndolo en el segundo mayor contribuyente a la renta nacional con la minería a la cabeza [111].

[106] F. Wilson en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, pp. 132-6.
[107] D. Welsh en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, p. 158.
[108] *Ibid.*
[109] M. M. Cole, 1961, p. 396.
[110] *Ibid.*
[111] *Ibid.*, p. 399.

Se deduce de lo anterior que, a diferencia de la mayoría de las colonias, la economía de Sudáfrica alcanzó definitivamente un desarrollo revolucionario durante el período comprendido entre 1880 y 1935. Hasta 1932, el producto nacional bruto alcanzaba ya los 217 millones de libras y aumentó a 320 millones en 1937. También llegó a estar muy diversificada, a diferencia de la economía de la mayor parte de los restanes países africanos que dependían, como éste, de la minería, manufacturas y agricultura. Hacia 1932, hasta 555.000 personas estaban empleadas en sectores de la minería, manufacturas, construcción y ferrocarril, cuya mayoría eran de color, indios y africanos [112]. Y todo esto se debía fundamentalmente al descubrimiento de oro y diamantes y en parte al hecho de que a los blancos de Sudáfrica se le otorgó prácticamente un control total sobre sus destinos por parte de los británicos durante el período estudiado. Pero toda esta extraordinaria evolución fue conseguida a expensas de las personas no blancas de Sudáfrica, en particular de los africanos y los de color. Como la comisión económica nativa señaló en el informe de 1932, mientras que el fenómeno de los «blancos pobres» había desaparecido completamente para entonces, la situación de los no blancos había empeorado radicalmente. En las áreas reservadas la superpoblación y la pobreza estaban muy extendidas; esto había causado migraciones masivas a las ciudades y centros mineros donde los africanos eran mal pagados, discriminados y hacinados en barridadas y guetos. Peor aún era que no se les permitía establecerse permanentemente en estos lugares con sus familias, de forma que la mayoría se convirtieron en emigrantes temporales, yendo de la ciudad al campo y convirtiéndose por ello en «hombres de dos mundos», porque, como Houghton dijo, «tenían estrechos e inseparables vínculos tanto con su sociedad campesina como con el moderno mundo industrial» [113]. Desplazados, sin tierras, mal pagados y discriminados, los africanos de Sudáfrica sufrieron económica y socialmente mucho más que los africanos de cualquier otro lugar de Africa durante el período en estudio.

CONCLUSION

Hacia mediados de la década de 1930, el colonialismo británico se había afianzado bien al integrar la economía del Africa tropical a la economía capitalista mundial. Las colonias continuaron siendo importantes fuentes de productos primarios con apenas ningún sector industrial. Debido a la participación en el sector de venta, los campesinos y obreros africanos sufrieron con el resto del mundo uno de los más graves reveses económicos entre 1929 y 1935. Ni el campesino ni el obrero fueron beneficiarios de las relaciones económicas coloniales, pero los primeros experimentaron una mayor explotación. La apropiación de los excedentes por parte del capital internacional se revela por el atraso económico y la pobreza general de las colonias durante el período de mediados de la década de 1930. Los administradores coloniales intentaron, a menudo febrilmente, detener el cre-

[112] D. H. Houghton en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, p. 35.
[113] *Ibid.*, p. 35.

ciente deterioro de la fertilidad del suelo, especialmente en las reservas nativas donde la presión de la población amenazaba la productividad de la tierra, limitando el cultivo africano. Pero la explotación europea de los distintos recursos no fue restringida en ningún lugar. Nadie sugirió, por ejemplo, que los minerales no debían ser extraídos, ya que nunca podrían ser repuestos [114]. Y la minería, generalmente considerada un sector moderno, contribuyó sólo marginalmente a la vida industrial. De hecho, la minería prosperó con el sector campesino, pagando a los obreros salarios de hambre. Las características económicas que se establecieron durante el período que está siendo discutido, han persistido, en la mayoría de los casos, hasta la era de la postindependencia.

[114] R. E. Baldwin, 1966, p. 160.

Capítulo 17

LA ECONOMIA COLONIAL: AFRICA DEL NORTE

La economía de Africa del Norte en el primer cuarto del siglo XX no se desarrolló al mismo ritmo ni atravesó las mismas etapas en todos los países (Túnez, Argelia, Marruecos, Libia, Egipto y Sudán), porque no fueron colonizados al mismo tiempo (ver Fig. 17.1).

PARTE I:

LA ECONOMIA DE TUNEZ, ARGELIA Y MARRUECOS, 1919-1935

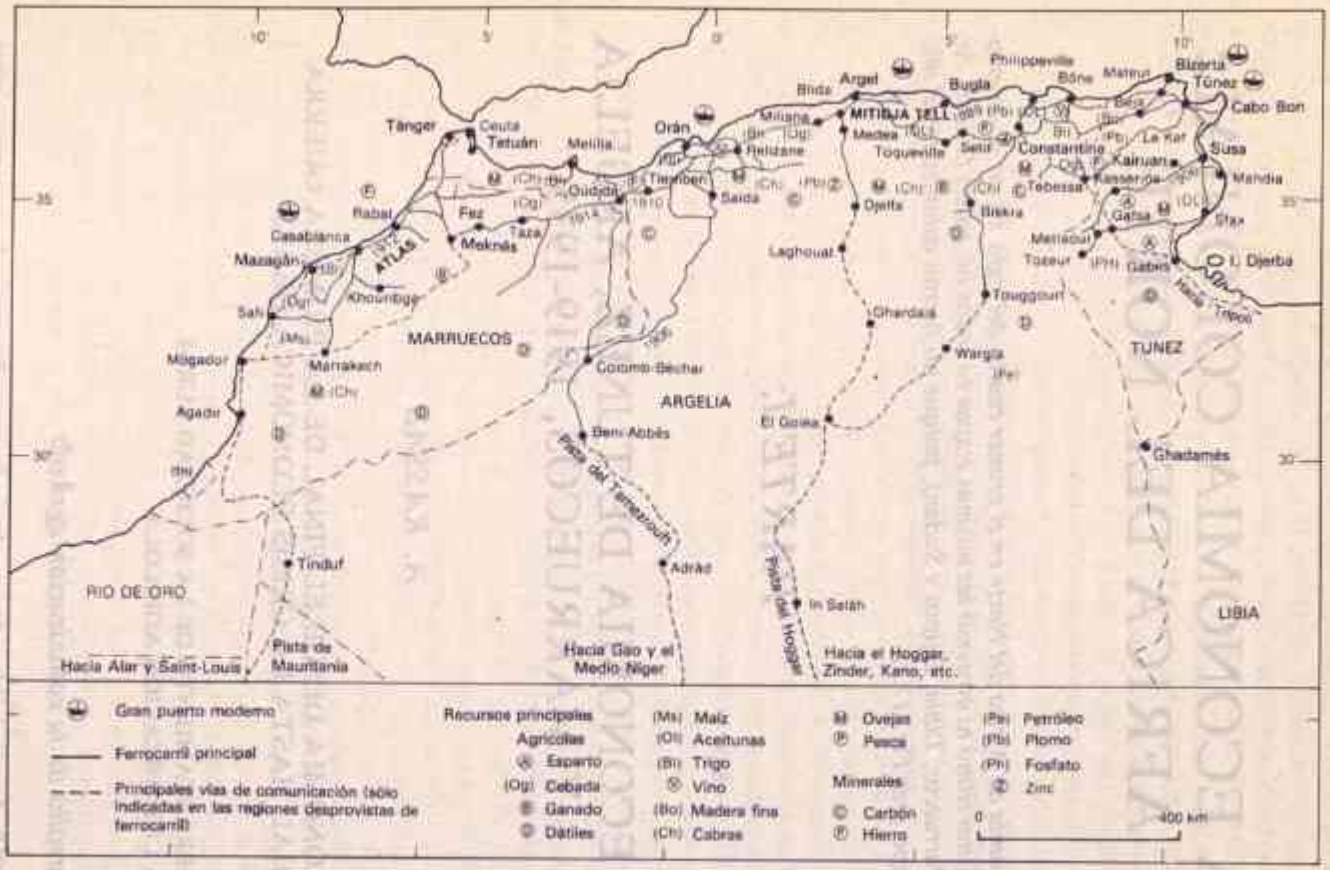
A. KASSAB

LA ECONOMIA DESDE EL FINAL DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL HASTA LA CRISIS ECONOMICA DE 1929

EL QUEBRANTAMIENTO DE LA SOCIEDAD RURAL POR LA COLONIZACION AGRICOLA

El desarrollo de la colonización agrícola

En 1919, Argelia había sido ya colonia francesa durante ochenta y nueve años, Túnez treinta y ocho y Marruecos sólo siete. Pero está claro que tras la primera guerra mundial las instituciones políticas, administrativas, económicas y finan-



No es posible hacer figurar todos los numerosos cursos de agua de esta región africana. No obstante, recordemos que, aunque no navegables, han sido ampliamente explotados mediante la construcción de embalses para riego y producción de energía eléctrica. El mapa no indica que la mayor parte de las grandes poblaciones dispone de numerosas industrias secundarias.

FIG. 17.1. Noroeste de Africa: desarrollo económico en el período colonial (según J. D. Fage, 1978)

cieras introducidas por las autoridades francesas estaban ya bien establecidas, y que el proceso de desalojo de los *fellaḥin* (campesinos; sing. *fellaḥ*) y expolio de todas sus riquezas en beneficio de la metrópoli (apenas empezado en Marruecos) estaba ya plenamente en marcha en Argelia y Túnez. La guerra había simplemente disminuido el ritmo de este proceso; cuando terminaron las hostilidades se reanudó a toda velocidad.

En Argelia las propiedades de los colonos provenían principalmente de una coherente política de «colonización oficial». La tierra arrebatada a los indígenas era agrupada en lotes y asignada a colonos europeos, a quienes se les daban todas las facilidades para establecerse (préstamos, aperos, vivienda, etc.). Se construyeron para ellos centros especiales, a costa del erario público, que les proporcionaban los servicios esenciales (tiendas, escuelas, hospitales, etc.).

Después de la guerra la colonización oficial disminuyó enormemente (sólo 70.000 hectáreas de terreno fueron asignadas entre 1921 y 1931), ocupando su lugar la colonización privada. Después de un corto período de detención (1918-1920), el crecimiento de la colonización se reanudó más rápido que nunca, a pesar de la subida del precio de la tierra. Esto se debió a la legislación sobre la tierra del 4 de agosto de 1926, que simplificó el procedimiento de demanda a través del cual podía ser enajenada la tierra *'arsh* (comunal) sustituyendo el ir poco a poco por una demanda global. Gracias a esta legislación varios miles de hectáreas de tierras *'arsh* fueron adquiridas por los colonos. En 1930, las 25.795 fincas de colonos de Argelia tenían una superficie total de 2.334.000 hectáreas [1]. Estaban principalmente en el Tell, el área mejor regada y con la mejor tierra; por ejemplo los llanos de Orán, Sidi Abu l-Abbas, Mu'askar, el Mitidja, Skikda y Annaba y las mesetas de Constantina, Sétif, Guelma, etc. (ver Fig. 17. 2.).

Estas fincas eran ya extensas antes de la gran crisis económica. La superficie media era de 90 hectáreas. Grandes fincas con más de 100 hectáreas, que formaban sólo el 20,6 por 100 del total de las fincas europeas, contaban con el 73,4 por 100 de la superficie total de la tierra de los colonos. «El principal rasgo de la agricultura europea en los años 1920-1930 fue, pues, el aumento del número de fincas grandes, y sobre todo de fincas muy grandes» [2].

En Túnez el proceso de desposesión de los *fellaḥin* había empezado tan pronto como se estableció el protectorado en 1881. La «colonización por el capital» (1881-1882), que había permitido a grandes empresas capitalistas (Compagnie des Batignoles, Société Marseillaise de Crédit, Société Foncière de Tunisie, etc.) ganar el control de casi 430.000 hectáreas, había sido seguida por la «colonización oficial», organizada sistemáticamente por las autoridades del protectorado, recelosas frente al «peligro italiano» [3]. El objetivo principal de la «colonización oficial» fue incrementar la población francesa en Túnez y promover la «colonización por franceses». A ello se dedicaron considerables sumas de dinero. Además de la legislación tendente a transferir la tierra ocupada por tunecinos a manos francesas —decreto del bey de 13 de noviembre de 1898 exigiendo a las adminis-

[1] C. R. Ageron, 1979.
[2] *Ibid.*, p. 484.
[3] En 1911 la población italiana era de 86.000 frente a 46.000 franceses.

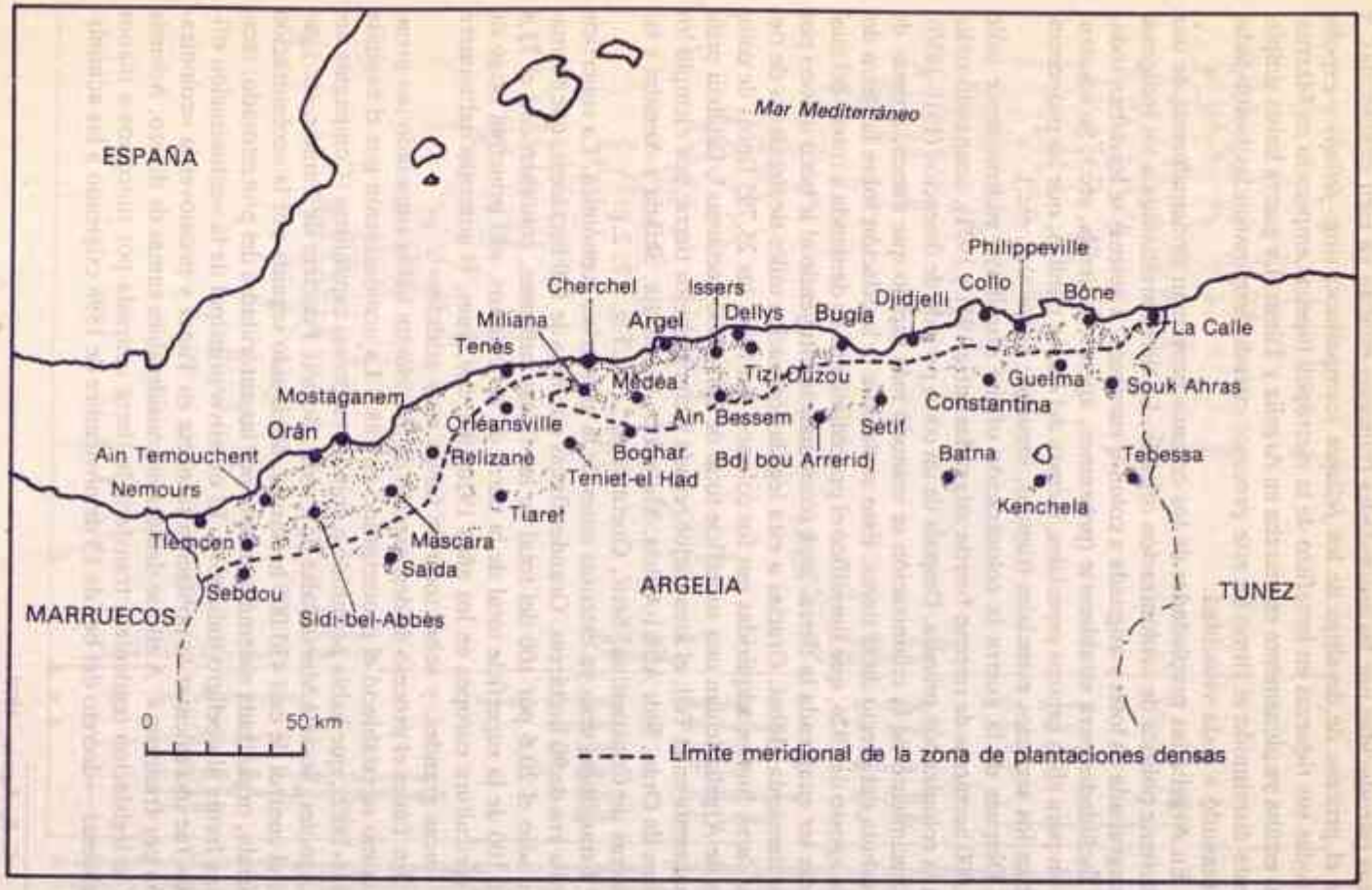


FIG. 17.2. Plantaciones de vid europea en Argelia, hacia 1930 (según la *Encyclopédie de l'Empire Français*, 1946)

tración de las *habus* (fundaciones pías) la entrega de al menos 2.000 hectáreas anuales de terreno al Estado; decreto del bey de 22 de julio de 1903 transfiriendo las áreas montañosas a la propiedad del Estado; etc.—, las autoridades del protectorado dieron mayor ayuda financiera a los colonos. Había subsidios para entidades europeas de crédito agrícola, cooperativas de colonos y asociaciones campesinas, y préstamos sin intereses para establecerse los colonos que conseguían fincas, a devolver en plazos de veinte años. Al mismo tiempo las autoridades desarrollaron, con dinero público, las carreteras y los ferrocarriles en las áreas con alta población de colonos, construyeron pueblos de colonos y mejoraron la provisión de agua y alcantarillado en las zonas rurales donde había colonos. En 1931 las fincas de colonos en Túnez alcanzaban las 700.000 hectáreas, como en Argelia, principalmente en las partes del país mejor regadas y más fértiles. Así, en el Tell había casi 400.000 hectáreas de tierra de colonos, mientras que en el centro y en el sur había sólo 300.000 hectáreas. Estas cifran incluyen las fincas francesas e italianas (43.000 hectáreas) (ver Fig. 17. 3.).

Las fincas italianas eran normalmente pequeñas (menos de 10 hectáreas); los colonos de Sicilia y Calabria solían ser viñadores u hortelanos y vivir en la zona entre Túnez y Bizerta en la costa de la península del cabo Bon. Las fincas de los colonos franceses, por el contrario, eran habitualmente muy grandes; por ejemplo, alrededor de Abū Salim, en el Medjerda medio, el 80 por 100 de las fincas francesas tenían más de 500 hectáreas de superficie [4].

Es sabido que la colonización agrícola empezó en Marruecos más tarde que en Argelia o Túnez, pero aprovechó la experiencia argelina y tunecina. El progreso comenzó en 1918, y fue muy rápido de 1923 a 1930. La administración del protectorado, que quería conseguir un gran asentamiento europeo en todo el imperio jerifiano, organizó igualmente la colonización oficial. Puso a disposición de los colonos —el 60 por 100 de los cuales venían de Argelia— terrenos estatales transferidos en forma de fincas coloniales de diversos tamaños, y terrenos comunales. Esos terrenos no eran gratuitos, como en Argelia, sino que se vendían baratos, como en Túnez, con la obligación de trabajarlos y vivir en ellos, generosas facilidades de pago, amplios préstamos de instalación y equipamiento, subsidios para el desbroce, la mecanización, la plantación, etc., exención de derechos de aduana para las importaciones de equipo agrícola, anticipos para sociedades agrícolas benéficas, etc.

Durante el mismo período (1922-1932), la colonización privada se las arregló para conseguir más de 350.000 hectáreas [5]. La mayor parte de la tierra colonizada pertenecía a franceses; una pequeña parte de ella era cultivada por españoles, belgas, suizos e italianos. Esta tierra estaba sobre todo en las llanuras del Marruecos atlántico (Shāwiya, Dukkala y Abda), el Sa'ıs y Marruecos oriental (llanura de Triffa). Las fincas de 100 a 500 hectáreas representaban el 50 por 100 de todas las granjas europeas.

[4] A. Kassab, 1979.
[5] En 1932 la colonización oficial había enajenado 202.000 ha.

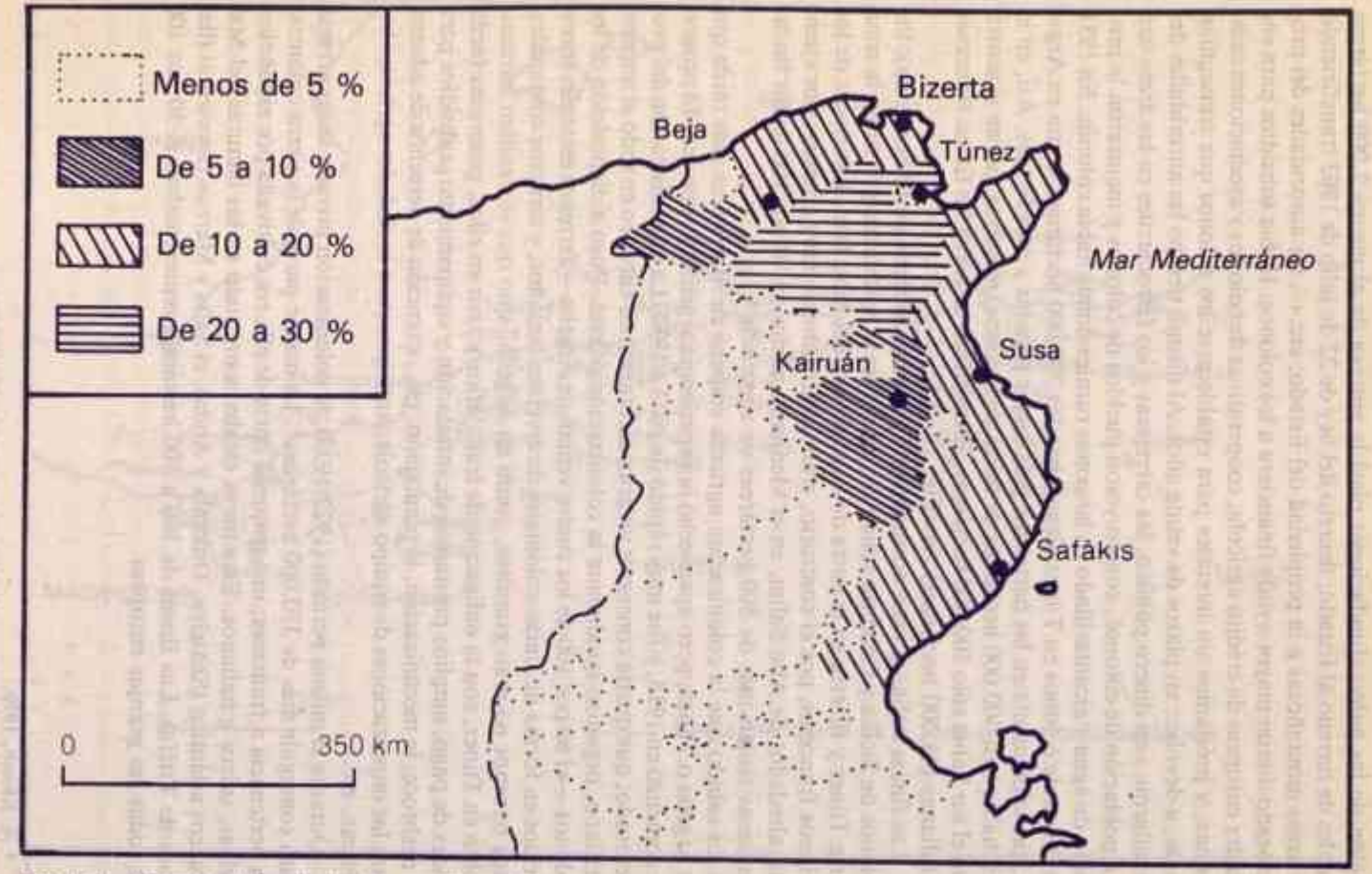


FIG. 17.3. Extensión de la colonización agrícola en Túnez en 1921 (según J. Poucet, 1952)

Características de la colonización agrícola

A pesar de los considerables esfuerzos de las autoridades para incrementar la población rural francesa, la colonización oficial no logró establecer a muchos colonos franceses en el campo de Africa del Norte. Aparte de los pequeños propietarios de viñedos y huertas (italianos en Túnez, españoles en Marruecos) los colonos europeos no constituían un verdadero campesinado como el que había en Francia en aquella época. Había sobre todo grandes agricultores con enormes fincas, un amplio equipamiento agrícola y a menudo impresionantes alquerías. Tenían estrechos vínculos con los bancos, las diversas entidades de crédito agrícola, los institutos de investigación y los múltiples departamentos administrativos directa o indirectamente relacionados con la colonización.

La agricultura que practicaban era esencialmente especulativa y aspiraba a exportar su producción más que a venderla en el mercado interior. La mayoría de los colonos se especializaban en un único producto, como la vid, los cereales o la aceituna (en Túnez). En la zona de Orán (Argelia) la economía agrícola colonial se centraba casi exclusivamente en la vid, mientras que en las llanuras altas de Constantina y los llanos del Tell tunecino el monocultivo cerealístico era la regla.

Esta especialización, aplicada en fincas de varios cientos de hectáreas, hizo posible una cierta racionalización del trabajo agrícola y el uso sistemático de un equipamiento moderno. Después de la primera guerra mundial los tractores, sobre deslizadores o ruedas, aparecieron en el campo del norte de Africa. Se extendieron gradualmente, junto con el equipo que podían transportar (arados con reja, de disco, de disco múltiple, cultivadoras, plantadoras, etc.). Después las segadoras-agavilladoras mecánicas y las máquinas de segar combinadas se extendieron también, permitiendo un enorme ahorro de mano de obra agrícola. La nueva maquinaria hizo también posible la aplicación de técnicas de cultivo de secano a las tierras cerealeras de las márgenes semiáridas del Tell, y la expansión del cultivo de trigo, en particular del trigo blando.

Al mismo tiempo se realizó un gran esfuerzo de investigación sobre economía agrícola en los institutos de investigación de Túnez, Argelia, Marruecos, etc., que proporcionó a los colonos nuevas variedades de cereales, frutales, tabaco, etc., adaptadas a los suelos y climas del norte de Africa.

Esta agricultura, con sus complejas técnicas, alcanzó a menudo un elevado nivel de productividad. Las cosechas en todos los sectores crecieron continuamente entre 1919 y 1929; la producción de vino en Túnez dio un gran salto, pasando de 498.148 a 918.853 hectolitros entre 1920 y 1925; y en Argelia la producción media anual de vino, 6.853.000 hectolitros en los años 1916-1920, ascendió a 18.371.000 en los años 1931-1935[6].

En el caso del trigo el incremento de la producción fue también espectacular. En particular el trigo blando, un producto típicamente europeo, creció de manera importante no sólo en superficie cultivada sino también en producción anual.

Los colonos de Marruecos aumentaron su producción de trigo blando de 68.285

[6] C. R. Ageron, 1979, p. 487.

quintales en 1920 a 1.884.000 quintales en 1935. Los *fellaḥm* marroquíes obtuvieron tan solo 1.316.000 quintales en una superficie mayor (222.815 hectáreas).

Los mercados locales no podían absorber las crecientes cantidades de productos agrícolas; en el caso del vino (al ser musulmana la inmensa mayoría de la población) casi todo tenía que ser exportado. La producción de trigo era también sobreabundante, especialmente en los años húmedos.

La agricultura altamente mecanizada requería grandes inversiones, lo cual exigía la demanda de frecuentes créditos. La mayor parte de los colonos contrajeron enormes deudas entre 1919 y 1930, no sólo para ampliar sus propiedades sino también para equiparse de maquinaria agrícola.

El sector agrícola

La sociedad después de la primera guerra mundial

Tras la primera guerra mundial la mayoría (más del 80 por 100) de la población de Africa del Norte vivía de la tierra en áreas rurales. El sistema de posesión de la tierra comprendía las tierras *mulk* (propiedad privada), las tierras *'arsh* o comunales y, en Túnez y Marruecos, las tierras *ḥabus* (propiedad en manos muertas). El tamaño relativo de cada categoría variaba de una a otra zona: la tierra *mulk*, por ejemplo, predominaba en las zonas colonizadas alrededor de las ciudades y las llanuras bien regadas del Tell y el Sa'is en Marruecos; mientras que la tierra *'arsh* estaba sobre todo en los terrenos altos de pastoreo, por ejemplo entre los Za'er, que vivían del pastoreo estacional, y las zonas semiáridas (las llanuras elevadas de Argelia y Marruecos y la estepa alta y baja de Túnez), donde el modo de vida se basaba en la cría de ovejas, cabras, camellos y caballos.

En las zonas de tierra *mulk* había una jerarquía completa de propietarios de tierras, cuya cúspide la constituían los grandes propietarios que concentraban en sus manos la mayor parte de la tierra arable y de pasto. Estos grandes propietarios eran particularmente frecuentes en Marruecos. En Argelia también, a pesar del gran aumento de tierra de colonos, las grandes posesiones musulmanas cubrían un área considerable tras la segunda guerra mundial, pero ni mucho menos tanta como las de los terratenientes marroquíes. «Las grandes fincas estaban principalmente en los *arrondissements** de Mostaganem, Médéa y Constantina. En la última había 834 propietarios de más de 100 hectáreas en 1914 y 1463 con una media de 185,4 hectáreas en 1930. En esa fecha la media era de 263,7 hectáreas en el *arrondissement* de Mostaganem y 367,3 en el de Médéa. Finalmente, para Argelia entera, las estadísticas de 1930 dan 7.035 propietarios, con el 1,1 por 100 poseyendo el 21 por 100 del terreno musulmán»[7].

En Túnez había también una aristocracia terrateniente que vivía en la capital. Sus tierras estaban en su mayor parte en las zonas de cereal del Tell, entre Beja, Mateur y Kef. Estas tierras se cultivaban por un sistema de aparcería, el

* Distritos. En francés en el original. *(N. del T.)*
[7] *Ibid.*, p. 59.

khammāsat, practicado en todo el norte de Africa, que no permitía un gran desarrollo de las técnicas y los métodos de cultivo. Los propietarios medios o acomodados tenían una representación nada insignificante: sumaban el 22,6 por 100 de todos los propietarios, poseyendo el 34,8 por 100 de la superficie total musulmana en 1930[8].

Había muchísimas pequeñas propiedades alrededor de las ciudades, en las fértiles llanuras donde se cultivaba grano como las del Sa'is en Marruecos y el Medjerda medio en Túnez, en las montañas donde había colonos granjeros (Kabilia, Rif y el Alto Atlas occidental) y en los oasis.

La producción agrícola y la cabaña ganadera estaban sometidas a grandes fluctuaciones por la irregularidad de las lluvias. Las hambrunas eran, aunque ya en descenso, todavía frecuentes. Además la usura aún hacía estragos en las zonas rurales, y sólo los grandes agricultores tenían acceso a las instituciones de crédito establecidas por los europeos. Pero pronto en Túnez (1907) y más tarde en Marruecos (1922) nacieron las *sociétés indigènes de prévoyance* (sociedades indígenas de previsión), sobre todo para prestar semillas[9] a los pequeños *fellaḥin*. La ayuda financiera de las autoridades coloniales a los colonos era incomparablemente mayor. Así, por ejemplo, entre 1917 y 1929-1930 los *fellaḥin* marroquíes[10] obtuvieron a través de las *sociétés indigènes de prévoyance* préstamos a corto plazo por un valor de 19 millones de francos marroquíes; mientras tanto, sólo los préstamos a largo plazo dados a los colonos (unos 4.000) entre 1925 y 1930 por la Caisse des Prêts Inmobilier (Caja de Préstamos Inmobiliarios), fundada en 1920, alcanzaron los 140 millones de francos[11].

Cambios en la sociedad rural bajo el colonialismo

No obstante, la sociedad rural norteafricana se desarrolló perceptiblemente en contacto con la ocupación colonial. Por una parte, los grandes granjeros siguieron el ejemplo de los colonos, y adoptaron con diferentes grados de éxito sus técnicas y métodos e incluso sus cultivos (vides y trigo blando). Por otra, muchos campesinos que trabajaban en granjas de colonos o pertenecientes a los grandes granjeros norteafricanos se convirtieron en asalariados agrícolas, proletarizándose: las desigualdades sociales se acrecentaron después de la primera guerra mundial con la expansión de la mecanización agrícola. El uso de tractores y moderna maquinaria agrícola dio a los colonos y a los grandes granjeros indígenas una insaciable hambre de tierras. Para sacar provecho a su moderno equipamiento, fuera éste suyo o alquilado, tenían que incrementar continuamente su producción y,

[8] *Ibíd.*

[9] El muy limitado crédito en metálico estaba sujeto a condiciones tan estrictas (compromisos vinculantes, garantías en la forma del aval de un tercero o embargos preventivos de tierra, hipotecas de títulos de propiedad, etc.) que sólo una minoría de granjeros acomodados podía conseguirlo.

[10] La población rural en 1926 ha sido estimada en 5.450.000 (87-89 por 100 de la población total).

[11] R. Hoffherr, 1932.

por tanto, el tamaño de su propiedades; y esta expansión sólo era posible, una vez que se había terminado la tierra del Estado, a costa de los pequeños y medianos granjeros musulmanes, que fueron empujados cada vez más lejos hacia las zonas montañosas o las faldas de las cordilleras. Para extender la colonización también al espacio utilizado por los pastores de las estepas, las autoridades coloniales intentaron por todos los medios sedentarizar a los pueblos que vivían en estas zonas y convertirlos en cultivadores de cereales u hortelanos. En las altas estepas tunecinas, por ejemplo, «después de la primera guerra mundial, por cada asignación de tierra a los colonos había una asignación correspondiente que pretendía fijar a los pobladores locales a la tierra; y desde 1922 muchas parcelas pequeñas de tamaño uniforme habían sido distribuidas entre los ocupantes de ciertas tierras comunales o *habūs*» [12].

La consecuencia de esto fue la extensión de la colonización a zonas donde los indígenas necesitaban grandes superficies de pastoreo para su ganado, y el comienzo del proceso de sedentarización que condujo al empobrecimiento y al abandono de la tierra.

TUNEZ, ARGELIA Y MARRUECOS

La minería

La colonización europea de los tres países de Africa del Norte significó no sólo la toma por los colonos de mucha de la mejor tierra sino también la explotación de los recursos subterráneos principalmente en beneficio de compañías extranjeras.

Estos recursos fueron descubiertos muy pronto y explotados con rapidez. En Argelia las primeras minas se abrieron en 1845; en Túnez los yacimientos de fosfato de Ḳafsa fueron ya descubiertos en 1885-1886 (sólo cuatro años después del establecimiento del protectorado) y explotados desde 1889.

En Marruecos, el primer *ẓahir* (decreto) de minas que regulaba la prospección y explotación de minerales se promulgó en 1914; estableció el principio de que «la mina pertenece al primero que la ocupa», lo que produjo abusos; el *ẓahir* de 1923 pretendía detener las maniobras de los especuladores volviendo a regular la minería de manera diferente, pero sólo aplazó la explotación sistemática de los recursos minerales del país. Aparte de los fosfatos de Khuribḳa, explotados desde 1920, Marruecos exportó en 1928 sólo unas 8.000 toneladas de mena. Pero los buscadores y solicitantes de concesiones mineras cayeron sobre el país como una plaga de langostas: el número de licencias de prospección expedidas entre el 15 de septiembre y el 1 de enero de 1939 fue de 3.500 y 400 las licencias de explotación.

El descubrimiento de los yacimientos de carbón de Djerada en 1923 forzó un nuevo cambio en la legislación minera marroquí. En ese año fue establecido el

[12] J. Despois, 1961.

Bureau de Recherches et de Participations Minières (Oficina de Investigaciones y de Participaciones Mineras), que se especializó en la búsqueda de combustibles sólidos y líquidos, mientras el *ẓahīr* de 1 de noviembre de 1929 simplificaba las anteriores regulaciones mineras y protegía los intereses del Estado. Desde entonces se aceleró el trabajo de prospección y explotación de los recursos minerales. Los yacimientos de carbón de Djerada, de mineral de oro de Khenifra y de manganeso de Imini fueron sistemáticamente explorados y sondeados; la mina de plomo de Awli, en el Muluja superior, una de las mayores de Africa del Norte, se puso en marcha, siendo rápidamente habilitada. Los yacimientos de manganeso de Abu'Arafa, en el sudeste de Marruecos, se enlazaron por ferrocarril con Ujda en 1933, mientras el cobalto de Abū'Aziz, el plomo y el zinc de Mibladen, el estaño de Wulmis y el molibdeno de Azzeḳur, en el Alto Atlas, empezaban a producir. En vísperas de la crisis económica, Marruecos parecía uno de los países más ricos en recuros minerales del norte de Africa. Pero sobre todo destacaban los fosfatos, tanto en términos de tonelaje producido como de cantidades exportadas. La exportación aumentó de 8.232 toneladas en 1921 a 1.179.000 toneladas en 1930.

En Argelia y Túnez los yacimientos de fosfatos (Kuwayf y Ḳafsa), mineral de oro (Beni Saf, Wenza y Djarisa), plomo, zinc, etc., habían empezado a rendir ya antes de la primera guerra mundial, y casi toda la producción fue exportada a Francia y otros países europeos occidentales. Esta riqueza mineral fue explotada enteramente por compañías extranjeras, que traían el capital, los técnicos, los directivos y todo los demás. La Société des Mines d'Aouli et Mibladen, por ejemplo, se hallaba bajo el control de la Société Peñarroya-Maroc, que estaba a su vez asociada con el Banque de l'Union Parisienne-Mirabaud y también con el Banque de Paris et des Pays-Bas, Kuhlamann y el Bureau Minier de la France d'Outre-Mer. Las minas de zinc y plomo de Tuwaysit pertenecían a la Belgian Compagnie Royale Asturienne des Mines; y el americano grupo Morgan era uno de los mayores accionistas de la mina de Zellidja. En Túnez las minas de mineral de oro de Djarisa estaban bajo el control del Banque de l'Union Parisienne. En Argelia igualmente toda la riqueza mineral estaba en manos de capitalistas extranjeros, franceses en especial.

Comunicaciones y puertos

Para comunicar los yacimientos minerales con los puertos exportadores muy pronto se construyeron ferrocarriles en Argelia (desde 1844) y en los primeros años del protectorado en Túnez y Marruecos. En 1919 ya estaban tendidas las líneas principales de los ferrocarriles argelinos y tunecinos: unían las grandes ciudades (sobre todo las costeras) entre sí y las minas con los principales puertos exportadores (Orán, Argel, Annaba, Túnez, Sfax y Sousse). El desarrollo de los ferrocarriles fue más lento en Marruecos por una cláusula del tratado franco-alemán de 4 de noviembre de 1913 que prohibía a Francia la construcción de otros ferrocarriles antes de terminar la línea Tánger-Fez (ver Fig. 17.1). Sólo en abril de 1923 se pudo inaugurar la primera línea, entre Casablanca y Rabat. Al contrario que

las líneas tunecinas y argelinas, la red marroquí estaba formada principalmente por vías de anchura normal (1,44 metros). Pero, igual que las de los otros países del norte de Africa, era de un carácter manifiestamente colonial, pues las líneas principales unían las ciudades y puertos con la costa atlántica y las axiales servían a las minas y las grandes ciudades del interior (Fez, Meknés y Marráquech). Fue construida y explotada enteramente por compañías extranjeras.

La red de carreteras fue también planeada para servir a las grandes ciudades, donde vivía la mayor parte de la población europea, y las partes del campo donde había establecidas fincas de colonos. Casi toda la red de carreteras argelinas, por ejemplo, está en el norte del Tell, donde se concentraban las granjas europeas y las ciudades más grandes.

Lo mismo se puede decir de la infraestructura portuaria, que fue planeada y desarrollada esencialmente para abrir los países del norte de Africa a los bienes manufacturados franceses y extranjeros y para explotar minerales y productos agrícolas.

En 1919, cuando la infraestructura portuaria argelina y tunecina había sido ya construida, la de Marruecos apenas estaba comenzada. El puerto de Casablanca no se terminó hasta 1917. Su tráfico creció rápida y continuamente de 400.000 toneladas en 1920 a 2.200.000 toneladas (incluyendo 1.198.000 toneladas de fosfatos) en 1927 [13].

El tipo de mercancías que pasaban por los puertos mostraba claramente la naturaleza colonial del comercio y las desiguales relaciones entre los tres países de Africa del Norte y Francia.

LA INJUSTICIA ADUANERA Y DEL SISTEMA FISCAL

El sistema aduanero

Como Argelia era una colonia, las mercancías argelinas y francesas eran admitidas recíprocamente sin tener que pagar derechos de aduana al otro país. Los bienes extranjeros importados por Francia o Argelia estaban, de igual modo, sujetos a las mismas tarifas; y por el monopolio de bandera sólo los barcos franceses tenían derecho a navegar entre Argelia y los puertos de Francia. Así, había una verdadera unión audanera entre Francia y Argelia, «una de las más perfectas que se pueden encontrar en el mundo de la economía» [14]. Pero esta unión condenaba a Argelia a seguir siendo un exportador de materias primas y productos agrícolas y un importador de bienes manufacturados.

El sistema de aduanas de Túnez después de la primera guerra mundial estaba regulado por las leyes de 19 de julio de 1890 y 2 de mayo de 1898. La última daba preferencia a los productos manufacturados franceses, especialmente bienes me-

[13] Los puertos, como los ferrocarriles, se construyeron gracias a una serie de préstamos públicos proporcionados por la administración marroquí y garantizados por el gobierno de Francia (préstamos de 1916 y 1920 de 290 millones de francos).

[14] L. Bouis, 1946, vol. II, p. 56.

tálicos, maquinaria, textiles, etc. Los bienes extranjeros del mismo tipo no estaban, sin embargo, sometidos al pago de derechos según las tarifas francesas, de manera que el mercado tunecino se vio inundado de productos manufacturados provenientes de Francia y de los países extranjeros. En 1928 se introdujo una parcial unión aduanera: los productos agrícolas tunecinos libres de derechos no estarían en adelante sujetos a cuotas, pero los bienes franceses recibirían o bien una completa exención en todo pago o bien protección frente a los bienes extranjeros del mismo tipo. De este modo pudieron los bienes franceses competir en el mercado de Túnez con los de los otros países industriales, y a veces incluso eliminarlos, lo que encareció los bienes importados y paralizó los intentos tunecinos de industrialización.

El comercio y las relaciones aduaneras entre Marruecos y los otros países eran todavía más injustos y desiguales. El acta de Algeciras (1906) sentó el principio de estricta igualdad económica entre los países firmantes en el mercado marroquí. Vinieran de donde vinieran y los llevase el barco que fuera, los bienes que entraban en Marruecos tenían que pagar un 10 por 100 de su valor más un 2,5 por 100 adicional para la Caisse Spéciale des Travaux Publics (Caja Especial de Obras Públicas). Este sistema de «puertas abiertas» permitió a los grandes países exportadores invadir Marruecos con sus bienes manufacturados y productos agrícolas sin *quid pro quo** excepto posiblemente la ventaja de comprar suministros a precios competitivos durante la fase de equipamiento (1920-1930). Pero con el comienzo de la crisis económica, Marruecos padeció los inconvenientes de este sistema, que fue «un creciente impedimento a la prosperidad marroquí mientras la actividad del país empezaba a moverse hacia una economía global en la cual las industrias nacientes necesitarían protección» [15].

Sin embargo, Marruecos tuvo que recurrir al proteccionismo indirecto para restringir el acceso de ciertos productos alimenticios extranjeros. Así, el *ẓahir* de 22 de febrero de 1921 condicionó la entrada de trigo, cebada y sus derivados a la posesión de ciertas autorizaciones; el de 4 de junio de 1929 proscribió virtualmente los trigos y harinas extranjeros; pero los bienes manufacturados continuaron entrando en Marruecos igual que antes.

La naturaleza de las exportaciones de Africa del Norte demostraban con claridad la naturaleza de su economía y su sistema aduanero. Las exportaciones marroquíes entre 1920 y 1930, por ejemplo, consistieron principalmente en fostafos y cereales (ver Fig. 17.4). El desequilibrio cualitativo entre los bienes comprados y los vendidos por Africa del Norte fue el responsable del casi continuo déficit de su balanza comercial, pues el valor de las importaciones era muy superior al de las exportaciones en los tres países (ver Figs. 17.5, 17.6). Por ejemplo, el valor de las importaciones tunecinas alcanzó los 1.984 millones de francos en 1929, entrando sólo 1.408 millones de francos por las exportaciones.

Finalmente, el sistema de aduanas fue el responsable de la ruina de las industrias artesanas urbanas y rurales.

---

* Reciprocidad. *(N. del T.)*

[15] R. Hoffherr, 1932, p. 243.

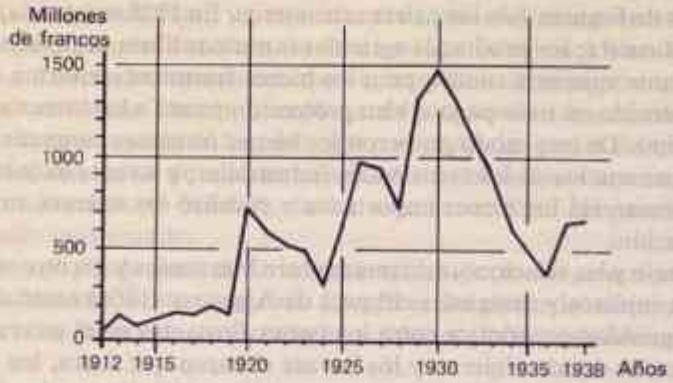


FIG. 17.4. Balance marroquí del déficit comercial, 1912-38 (según *Encyclopédie de l'Empire Français*, 1946)

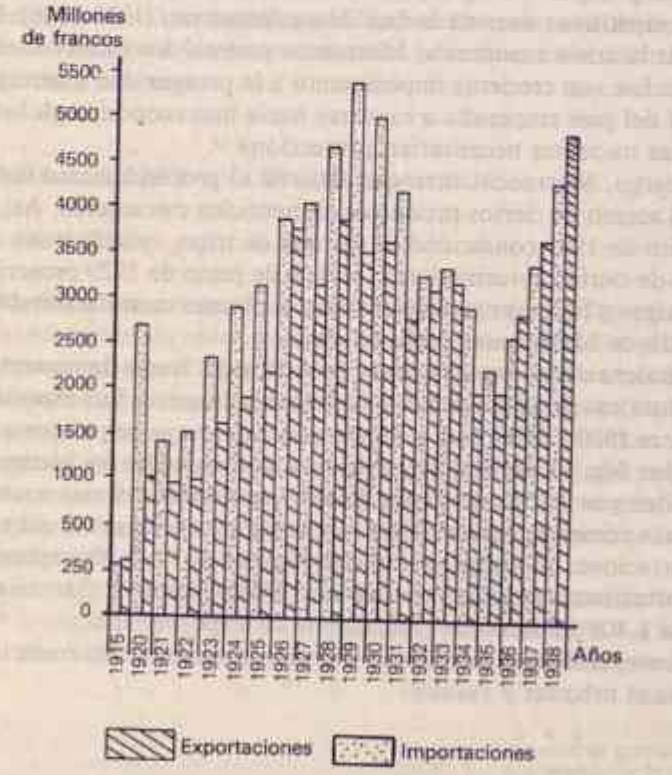


FIG. 17.5. Comercio argelino global, 1915-38 (según la *Encyclopédie de l'Empire Français*, 1946)

El sistema fiscal

Una de las primeras cosas que hicieron las autoridades francesas cuando se hicieron cargo de Africa del Norte fue reorganizar el sistema financiero y fiscal. Establecieron una administración financiera cuya primera tarea fue elaborar un presupuesto y reducir los gastos. El rigor presupuestario y la disciplina les permitieron equilibrar los ingresos y los gastos, y este equilibrio se logró a menudo entre 1919 y 1930. Pero, a causa de la crisis, los gastos acabaron superando a los ingresos, y en 1939 el presupuesto tunecino tuvo un déficit de más de 100 millones de francos franceses.

Los ingresos del erario provenían principalmente de los derechos de aduana y de los impuestos sobre la tierra, la producción agrícola (*tartib* en Marruecos) y los bienes de consumo (impuestos indirectos); en resumen, provenían sobre todo de la población indígena: «extendida sobre una mas orgánica de contribuyentes nativos, la carga [fiscal] sobre ellos resultaba a menudo muy pesada» [16].

Además, para comprar equipo, los tres países norteafricanos tenían que pedir préstamos con frecuencia. En 1930 Argelia debía a Francia 2.000 millones de francos [17], mientras que en 1932 la deuda total de Marruecos ascendía a 1.691 millones de francos [18]. El equipo adquirido a fuerza de préstamos benefició primero y principalmente a los sectores modernos de la economía, que estaban domina-



FIG. 17.6. Porcentaje del Comercio con Francia dentro del comercio argelino global, 1920-38 (según la *Encyclopédie de l'Empire Français*, 1946)

[16] *Ibid*, p. 292.
[17] C. R. Ageron, 1919, p. 414.
[18] R. Hoffherr, 1932, p. 304.

dos por los intereses europeos; a pesar de ello, la mayor parte de estos préstamos eran reintegrados con dinero musulmán. En 1931 el pago de la deuda pública marroquí absorbió más de un tercio del presupuesto del país.

TUNEZ, ARGELIA Y MARRUECOS DURANTE LA GRAN CRISIS ECONOMICA (1930-1935)

LA CRISIS Y LOS PRINCIPALES SECTORES DE LA ECONOMIA DE AFRICA DEL NORTE

La crisis golpeó Africa del Norte un poco tarde. Sus efectos fueron sentidos de lleno desde 1932; pero se produjeron antes en Marruecos que en Túnez y Argelia [19], pues aquél estaba en ese momento en pleno desarrollo de su potencial económico.

Uno de los primeros sectores económicos afectados por la crisis fue la agricultura de los colonos, que, como hemos visto, dependía en gran medida del crédito y los mercados extranjeros. Cuando los precios se derrumbaron y los canales hacia el exterior se cerraron o empezaron a escasear, los granjeros, mecanizados pero también endeudados, no pudieron hacer frente a los compromisos contraídos con las entidades de crédito con las que tenían deudas. Lo mismo pasó con la minería, que dependía completamente de los mercados extranjeros porque los minerales en bruto apenas eran transformados o utilizados para algo en los países productores.

La economía interior fue también golpeada por la crisis, siendo afectada su contribución a la exportación de productos agrícolas por la quiebra y la caída de los precios. Igual pasó con las industrias artesanas, que jugaban un importante papel en la economía de las grandes ciudades de Marruecos (Fez, Meknés y Marráquech) y de Túnez (Túnez, Kairuán y Sfax) y cuyas salidas al extranjero fueron prácticamente cortadas.

Los efectos de la crisis en la economía colonial

Agricultura

El primer sector de la agricultura europea afectado por la crisis fue el que más dependía del mercado exterior, especialmente del francés, a saber, la industria vinícola, cuyas exportaciones (en Argelia, por ejemplo) representaban el 66 por 100 del valor de todas las exportaciones en 1933. El precio medio de venta de un hectolitro de vino, que en 1927 era de 168 francos, cayó hasta 108 francos en 1931 y 54 francos en 1934. La repentina bajada de los precios y el gran tamaño de las cosechas, especialmente la de 1935, produjo la acumulación de enormes cantida-

[19] J. Berque, 1970.

des de vino en las bodegas argelinas y tunecinas. La industria vinícola era, particularmente en Argelia, una de las piedras angulares de la economía colonial. En Túnez era el medio de vida de 1.372 propietarios europeos: «Por tanto, la quiebra de la industria del vino podría significar la de una gran parte de la colonia francesa rural en cuyo asentamiento se había puesto tanto cuidado»[20].

La crisis también afectó a la industria del aceite de oliva, especialmente la tunecina, un tercio de cuya producción anual se exportaba, sobre todo a Italia pero también a Francia. A la sazón Italia subvencionaba a sus productores de aceite de oliva para animarles a exportar a bajo precio y proteger así la industria olivarera; y en 1932 impuso derechos de aduana prohibitivos a los aceites extranjeros. En 1935 detuvo sus importaciones de Francia y del imperio francés como represalia frente al embargo francés, adoptado siguiendo las sanciones acordadas por la Liga de Naciones el 5 de octubre de 1935, por la agresión italiana contra Etiopía. La caída de exportaciones y precios[21] golpeó en primer lugar a los cultivadores tunecinos; pero también afectó a los plantadores europeos de la zona de Sfax, que poseían enormes fincas y producían principalmente para exportar. La cantidad de aceite exportado, 409.800 quintales en 1930, bajó de los 200.000 en 1936; «esto fue otro auténtico desastre: hizo que se detuviesen los cultivos europeos y señaló el final de la expansión del asentamiento francés en la zona de Sfax» (ver Fig. 17.7)[22].

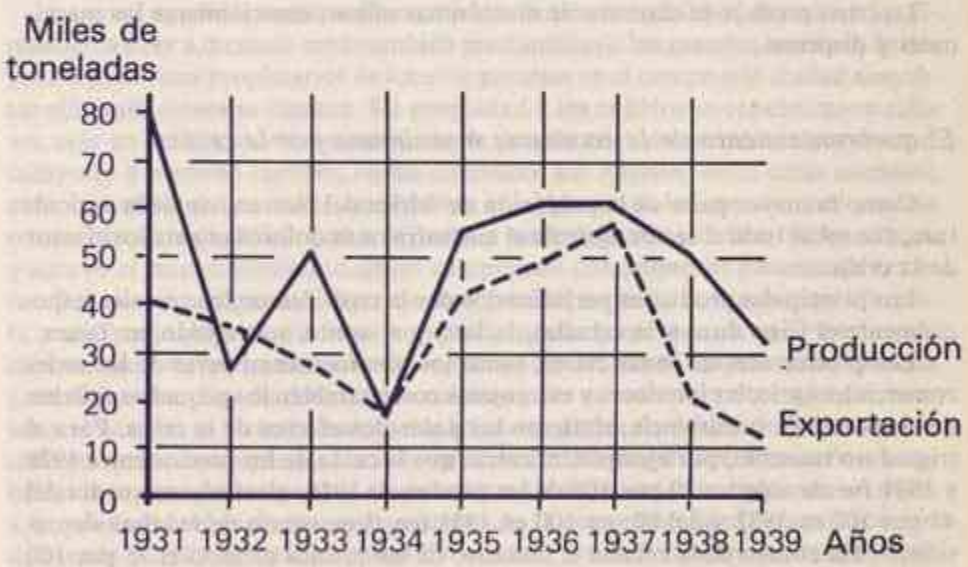


FIG. 17.7. Producción y exportación de aceite de oliva tunecino, 1931-9 (según la *Encyclopédie de l'Empire Français*, 1946)

[20] J. Poncet, 1952, p. 300.

[21] El precio del aceite, que superó los 1.000 francos el quintal en los años 1925-1928, descendió hasta 700 francos en 1930 y 300 francos en 1933.

[22] J. Poncet, 1952, p. 302.

La tercera empresa agrícola, esencial tanto para los *fellahin* como para los colonos, era el cultivo de cereales. Los colonos argelinos tenían más de un millón de hectáreas de tierra dedicada al trigo en 1934; y en Marruecos casi el 96 por 100 de las tierras cultivadas por los europeos era de cereal. Pero los colonos cultivaban sobre todo trigo blando destinado a los molinos franceses: en Túnez, por ejemplo, la mayor parte de las 160.000 hectáreas de trigo blando pertenecían a europeos. También en este sector la caída de los precios fue unida a la de las exportaciones; el valor de las exportaciones europeas de trigo tunecino, 291.408.000 francos en 1931, descendió hasta 60.845.000 francos en 1934.

La crisis en las minas

El incremento del precio de los minerales en el mercado mundial perdió firmeza en 1927, y su tendencia a la baja apareció con claridad en 1931. Los embarques de fosfato marroquí descendieron de 1.779.000 toneladas en 1930 a 900.731 toneladas en 1931; y los 3.600.000 toneladas tunecinas bajaron a 1.623.000 en 1932. Mientras continuaba la caída de los precios de venta, los costos aumentaron. En 1932 una tonelada de fosfato tunecino cuyo costo fuera de 65,77 francos en el puerto de embarque, tendría que venderse por 53,77 francos[23]. Lo mismo se puede decir de los otros minerales (plomo, zinc, hierro, etc.).

La crisis produjo la clausura de muchísimas minas, especialmente las marginales y dispersas.

El quebrantamiento de la economía musulmana por la crisis

Como la mayor parte de la población de Africa del Norte vivía de la agricultura, fue sobre todo el sector agrícola el que sufrió más dolorosamente los efectos de la crisis.

Los principales productos perjudicados por la crisis fueron los cereales (especialmente el trigo duro y la cebada), la lana y el aceite, sobre todo en Túnez.

Los productores de todas clases, tanto los que formaban parte de las redes comerciales agrícolas interiores y extranjeras como también los pequeños *fellahin* de economía de subsistencia, sintieron los dolorosos efectos de la crisis. Para el trigo duro tunecino, por ejemplo, mientras que la caída de los precios entre 1928 y 1931 fue de sólo un 20 por 100 de los precios de 1926, alcanzó una media del 45 por 100 en 1932 y del 60 por 100 en 1935 (en el momento de máxima depresión)[24]. En el caso de la cebada el descenso de los precios alcanzó el 75 por 100 de los de 1926 en 1935[25]. La lana, producida y vendida por todo tipo de ganaderos, bajó en 1935 al 60 por 100 del precio de 1926. La crisis golpeó asimismo

[23] Gran Consejo de Túnez, undécima sesión (noviembre-diciembre de 1932). Sección francesa, informe de Boisée, director de la cámara de Intereses mineros, p. 29.
[24] A. Nouschi, 1970.
[25] H. el Annabi, 1975.

a las industrias artesanas, que ya estaban en una situación precaria por la competencia de los bienes manufacturados de importación. El valor de las exportaciones de la industria artesana, el 3 por 100 del total tunecino en 1920-1925, descendió hasta el 1,95 por 100 en 1930-1935[26].

En estas circunstancias no es sorprendente que en los tres países de Africa del Norte decayera fuertemente el volumen del comercio exterior entre 1931 y 1936. El valor del comercio exterior tunecino descendió en 1936 cerca de un 40 por 100 en comparación con los años 1927-28. En Marruecos, el valor total del comercio exterior descendió de 3.780.606 francos en 1929 a 1.750.518 francos en 1935. El comercio exterior argelino descendió también notablemente, de 9.983.000 francos en 1930 a 6.702.000 francos en 1936.

Efectos sociales de la crisis

Los efectos sociales fueron extremadamente serios. Los colonos endeudados y los granjeros norteafricanos que no podían afrontar sus compromisos entraron en bancarrota. Muchos de los que todavía no tenían deudas tuvieron que pedir préstamos e hipotecar sus posesiones. Los pequeños y medianos granjeros, que no tenían acceso a los bancos ni a las instituciones de crédito agrícola, hubieron de recurrir a los prestamistas del campo o las ciudades para saldar sus deudas.

La crisis agudizó considerablemente las divisiones sociales al permitir a los financieros (que a menudo eran también prestamistas), los grandes hombres de negocios y los ricos propietarios de lotes de parcelas en el campo o la ciudad aumentar sin limitaciones su riqueza. La propiedad y los cultivos se concentraron cada vez más en las manos de una minoría de propietarios de grandes terrenos en el campo (y a menudo también en las ciudades). En Argelia, «esta crisis mundial, caracterizada por una caída catastrófica en el precio de los cereales y el ganado ovino, hizo la vida difícil, por otra parte, a los propietarios de 50 a 100 hectáreas, y agravó el empobrecimiento de los campesinos con pequeñas parcelas de terreno. Por ello es comprensible que muchas grandes superficies se pusieran a la venta y que parte de la tierra fuera comprada por la gente más rica»[27]. La formación de muchas enormes fincas de colonos o musulmanes data de tiempos de la gran depresión. Con la crisis de los cultivos y las calamidades naturales, la escasez y el hambre se hicieron habituales en varias partes de Africa del Norte, sobre todo en las zonas esteparias. Un número considerable de *fellahin*, arruinados, hambrientos o perseguidos por los recaudadores de impuestos, se dirigieron en masa a las ciudades. Una de las consecuencias de la gran crisis fue la intensificación del éxodo rural y el establecimiento o crecimiento de los barrios de chabolas[28] en las afueras de las ciudades. En lo sucesivo ninguna ciudad de cualquier tamaño escaparía a este fenómeno, que tomó enormes proporciones durante la segunda guerra mundial y después de ella.

[26] A. Kassab, 1976.
[27] C. R. Ageron, 1979, p. 509.
[28] Por ejemplo, los barrios de chabolas de Ben Msik en Casablanca, de Mélasi y Djabal al-Ahmar en Túnez, etc.

La depresión económica detuvo los trabajos de edificación y obligó a cerrar las minas y los talleres, produciendo en consecuencia un desempleo masivo entre la gente de las ciudades, los artesanos y los trabajadores de todos los ramos. «En 1932 el 12 por 100 de los trabajadores de Argel estaban sin empleo... [en 1935], el 77 por 100 de los obreros de la construcción no tenían trabajo en Argel» [29].

SOLUCIONES PARA LA CRISIS

La intervención del gobierno

Una crisis de tales proporciones no podía dejar indiferentes a las autoridades; y, en consecuencia, el papel del Estado en la organización de los diversos sectores de la economía aumentó considerablemente. Las principales medidas tomadas por las autoridades coloniales y el gobierno de Francia tuvieron relación con el sector agrícola; pues la mayor parte de la población de Africa del Norte vivía de éste, y el futuro del asentamiento europeo dependía de él.

Los pasos dados para ayudar a la industria vinícola tomaron la forma, para Túnez especialmente, de un aumento de las cantidades de vino admitidas sin tener que pagar derechos de aduana en Francia. Se prohibió la ampliación de nuevos viñedos en toda Africa del Norte, y se fomentó mediante incentivos económicos el desarraigo de vides.

Respecto al cultivo de cereales, las medidas se dirigieron a recuperar su rendimiento. Se construyeron almacenes de trigo duro y trigo blando y se otorgaron concesiones de almacenamiento; se fijó un precio mínimo para los trigos duros y los trigos blandos y la venta de cereales almacenados se fue escalonando; se dieron justificantes de almacenamiento garantizados por el gobierno, con los cuales los granjeros podían obtener créditos bancarios por valor de más de dos tercios del precio del producto; y las medidas aplicadas en Francia para controlar, proteger y regular el mercado de cereales fueron aplicadas también a los tres países de Africa del Norte.

Se establecieron unas agencias semigubernamentales (office des céréales, office de l'huile y office du vin)* para que aplicasen estas medidas en los sectores respectivos.

Para acabar con los juicios hipotecarios y los procesamientos dirigidos contra colonos y granjeros insolventes se fundaron la Caisse de Prêts de Consolidation (Caja de Préstamos de Consolidación) (1932) en Argelia y la Caisse Foncière (Caja de la Tierra) (1932) y la Caisse Tunisienne de Crédit et de Consolidation (Caja Tunecina de Crédito y Consolidación) (1934) en Túnez. Los deudores amenazados de expropiación podían obtener también días de gracia, reducciones de deuda y préstamos hipotecarios.

La miseria de las comunidades rurales y la inquietud nacionalista resultante obligaron a las autoridades francesas a tener en cuenta a los *fellāhīn* de Africa

[29] *Ibid.*, p. 43.

* Oficinas de los cereales, del aceite y del vino. En francés en el original. *(N. del T.)*

del Norte. Entre 1933 y 1935 hubo por vez primera una política campesina en los tres países.

La política campesina

En Argelia la ley de 9 de julio de 1933 estableció un Fonds Commun des Sociétés Indigènes de Prévoyance (Fondo Común de las Sociedades Indígenas de Previsión), que capacitó a la administración para dar préstamos y subvenciones sólo a los musulmanes a través de las Sociétés Indigènes de Prévoyance. El Fondo, con un funcionamiento igual al de la Caisse des Prêts Agricoles (Caja de Préstamos Agrícolas), ayudó a redimir las deudas de los *fellahin* dándoles préstamos de consolidación. El departamento de «economía social» del directorio de Asuntos Indígenas instituyó ciertas medidas para modernizar las técnicas de producción de los *fellahin*; dio préstamos a largo plazo para plantar árboles y anticipos para la compra de fertilizantes, arados, etc. Pero todas estas medidas, aunque útiles, no fueron ni con mucho suficientes. Los préstamos a los granjeros se atomizaron «entre una miríada de *fellahin*»[30], y los pasos dados para modernizar la agricultura musulmana y fortalecer la economía de los *fellahin* no encontraron continuidad.

En Túnez y Marruecos el Estado pretendió inyectar créditos en el campo, zanjar los conflictos de posesión de tierras y diversificar los sistemas productivos de los *fellahin*. Pero la legislación no fue respaldada por campañas a gran escala para mejorar y ampliar los métodos de producción de los pastores y *fellahin* o aumentar las posesiones de los más pobres.

Nuevas tendencias en la agricultura: la persistente naturaleza colonial del sistema económico

La crisis económica mostró con claridad los peligros del monocultivo, que era el sistema predominante sobre todo entre los granjeros europeos. El gobierno promovió la diversificación de los productos fomentando la extensión de la horticultura y desarrollando el regadío.

La interrupción de las exportaciones españolas e italianas de frutas hacia Francia por la guerra civil española, y la aplicación de sanciones contra Italia por la Liga de Naciones, dejó el mercado francés en situación de recibir la producción frutera de Africa del Norte y contribuyó a un rápido desarrollo del cultivo de frutales, especialmente cítricos. Enormes superficies de naranjos (naranjas, clementinas) y limoneros fueron plantados en el Mitidja en Argelia, cabo Bon en Túnez y las zonas de Casablanca, Khenifra, Meknés, Ujda, etc., en Marruecos. Entidades semigubernamentales como la Office Tunisien de Standarisation fueron establecidas para organizar el embalaje, venta y exportación de la fruta.

[30] *Ibid.*, p. 497.

El crecimiento de la horticultura y del cultivo de verduras tempranas y frutales en las llanuras costeras estuvo unido al del regadío y el aprovechamiento del agua subterránea y los ríos. En Marruecos se construyeron embalses en el Wadi Bath (1934), en el Umm al-Rabi'a en Kasba-Zaydaniya, en el Tadla (1936) y en el Wadi Nafis en Lalla Takerkust (1936). Se hicieron zonas de regadío en la comarca de Sidi Sulajman, las llanuras del Tadla y del Triffas, etc.

En Túnez se plantaron grandes olivares en las zonas de cultivo de grano del Tell, sobre todo en las fincas de los grandes colonos.

De todas formas, la economía de Africa del Norte siguió siendo básicamente agrícola. Había sólo unas pocas industrias de transformación que usaban como materia prima los productos agrícolas —a saber: molinos de harina, de aceite, destilerías, fábricas de pasta, cervecerías, fábricas de conservas— o minerales locales; estos últimos recibían un procesamiento inicial (por ejemplo, plantas de hiperfosfato y superfosfato) antes de ser exportados.

Las empresas, en su mayor parte pequeñas, estaban casi por completo en manos de europeos, y el número de trabajadores en la industria no era grande: 40.000[31] en toda Argelia en 1938. A pesar del estado tan subindustrializado del país, las ciudades de Africa del Norte estaban creciendo muy deprisa. La proporción de superficie urbanizada en Marruecos, el 7 por 100 a principios de siglo, superó el 15 por 100 en 1936. La población de los grandes centros comerciales (Casablanca, Argel y Túnez) aumentó a grandes saltos. Casablanca, que sólo tenía 20.000 habitantes en 1900, alcanzó los 257.400 en 1936. Estas ciudades, con poca industria pero con un importante sector terciario, actuaron como imanes para la gente del campo en busca de trabajo.

En vísperas de la segunda guerra mundial la economía de Africa del Norte era, típicamente colonial, dualista y extrovertida. Los sectores de la economía en que predominaban los norteafricanos sufrieron un estancamiento debido a la falta de financiación, la supervivencia de prácticas arcaicas, la fragmentación de las posesiones de tierras y el hecho de que habían sido arrinconados en zonas marginales. Los norteafricanos fueron de hecho excluidos de los sectores modernos de la economía (bancos, minería, industrias procesadoras y organismos de planificación e instrumentación de proyectos de desarrollo). Pero estos mismos sectores, como estaban dominados por el capital extranjero, dependían estrechamente de los centros de toma de decisiones y los mercados extranjeros, cuyas opciones y fluctuaciones ellos sólo podían sufrir más o menos pasivamente.

[31] C. R. ageron, 1979.

* Ambos son profesores ayudantes de economía en la Universidad de Garyounis, Bengasi, Libia. *(N. del E.)*

PARTE II:

LIBIA, EGIPTO Y SUDAN

A. A. ABDUSSALAM Y F. S. ABUSEDRA

LIBIA

Durante el período colonial la economía de Trípoli giró en torno a dos actividades principales, a saber, la agricultura (incluyendo en ella también la ganadería) y el comercio. La agricultura se desarrolló en las zonas rurales y el comercio de las ciudades. Estas dos actividades eran la ocupación principal y la fuente de ingresos de la mayor parte de la población. Los gobernantes turcos no hicieron nada para cambiar esta situación. Los italianos, por el contrario, intentaron introducir algunos cambios drásticos en la economía. La primera parte de esta sección se ocupa de los últimos años del dominio otomano, y la segunda describe la economía bajo la ocupación italiana.

LA ECONOMIA DE LIBIA DURANTE LA DOMINACION OTOMANA (1880-1911)

La economía permaneció estancada durante el período de la administración otomana y las actividades económicas se limitaron a la agricultura, el comercio y los pequeños oficios manuales. La agricultura siguió siendo tradicional durante el dominio otomano. Se usaban arados de madera de tracción animal para labrar la tierra. Los principales productos eran el trigo y la cebada, pero también se trabajaba el dátil, el aceite de oliva, los cítricos y el ganado. La producción agrícola dependía en gran medida de las lluvias, variables de estación en estación. En las llanuras de Cirenaica y Trípoli había mucho ganado. Algunos de estos animales se transportaban a los países vecinos. Se calcula que en 1906 se exportaron unas 500.000 ovejas. Sólo en 1908 las exportaciones de ganado de Cirenaica fueron de unas 58.000 cabezas de ganado bovino y 340.000 de ganado ovino.

En el campo del comercio, y debido a la falta de carreteras pavimentadas y la ausencia de medios modernos de transporte, se usaban caravanas, no sólo para transportar mercancías entre las ciudades libias, sino también entre las principales ciudades del país y otros países vecinos de Africa. Había cinco rutas principales de caravanas, tres hacia el sur, una hacia el este y otra hacia el oeste (ver Fig. 17.8). Una ruta de caravanas iba de Trípoli a Kano (en Nigeria), y pasaba por

Ghadames, Ghat, Air y Zinder. La segunda iba de Trípoli a Borno (también en Nigeria) vía Murzuk, Tadjarhi, Bilma, Nuigni y Kukawa. La tercera ruta iba desde Bengasi hasta Wadai (en Chad) pasando por Awdjila, Kufra y Tibesti. Otras rutas iban de Bengasi a a Sallum (en Egipto) por el este y de Trípoli a Túnez por el oeste [1].

Las caravanas llevaban cristalería, vestidos, seda, especias y papel a Borno y Wadai y traían a cambio mercancías como cuero, marfil y plumas de avestruz. Pero desde finales del siglo XIX las caravanas de comerciantes empezaron a declinar. La colonización de otros países africanos abrió nuevas rutas más baratas. Los métodos de transporte modernos, más eficientes, sustituyeron a los antiguos. En consecuencia, la importancia comercial de las caravanas fue disminuyendo lentamente. Por otra parte Trípoli y Bengasi, los puertos principales, tenían negocios muy activos con Europa y los otros países vecinos. Las exportaciones a estos países incluían ganado vacuno, ovejas, lana, piel de cabra y de camello, dátiles, cebada, trigo y esparto. Las importaciones incluían telas de algodón y seda, vidrio, armas de fuego, arroz, azúcar, té y café. Se comerciaba principalmente con Italia, Inglaterra, Malta, Egipto, Túnez, Francia, Austria, Alemania y Grecia.

Había una industria a pequeña escala que se reducía a algunos oficios. Entre estas pequeñas industrias estaban la fabricación de telas, esteras, curtidos, jabón y trabajos en oro y plata. En 1911 había unos 2.000 telares para tejer algodón, 550 para lana y alrededor de 120 para seda [2]. Estas industrias locales producían ropa nacional para los hombres y las mujeres. Las tiendas y alfombras se fabricaban también en el propio país. Algunas pequeñas fábricas familiares hacían adornos finos como brazaletes, anillos y pendientes. Otras industrias, como la de la sal y la del tabaco, estaban monopolizadas por el gobierno.

Aunque el segundo dominio otomano en Trípoli duró más de setenta años (1835-1911), se hizo en él muy poco esfuerzo para desarrollar la economía libia. No hubo una política consciente para mejorar la infraestructura económica como las carreteras, los puertos y el sistema educativo (en el país muy pocas escuelas técnicas funcionaban a la vez). El olvido de la economía se puede atribuir en parte al hecho de que Turquía se hallaba absorbida por sus propios problemas. Estaba en guerra con algunos de sus vecinos, intentando a la vez desesperadamente mantener sus posesiones en Europa y salvar el imperio de la desintegración. Como resultado, se hicieron muy pocos esfuerzos para sostener la economía libia. Parecía que la administración turca sólo se preocupase de recaudar impuestos.

El sistema impositivo que se aplicó en Trípoli durante el dominio otomano incluía un impuesto personal por cada varón adulto, un diezmo de los productos agrícolas y un impuesto sobre la renta. Había también impuestos sobre los bienes raíces, sobre las herencias y de exención del servicio militar que era exigido a los varones adultos no musulmanes; un impuesto sobre la acuñación del oro y la plata, y se impusieron derechos de aduana a los bienes importados y exportados [3].

[1] F. Coro, 1971.
[2] *Ibid.*, p. 79.
[3] A. J. Cachia, 1975, pp. 72 ss.

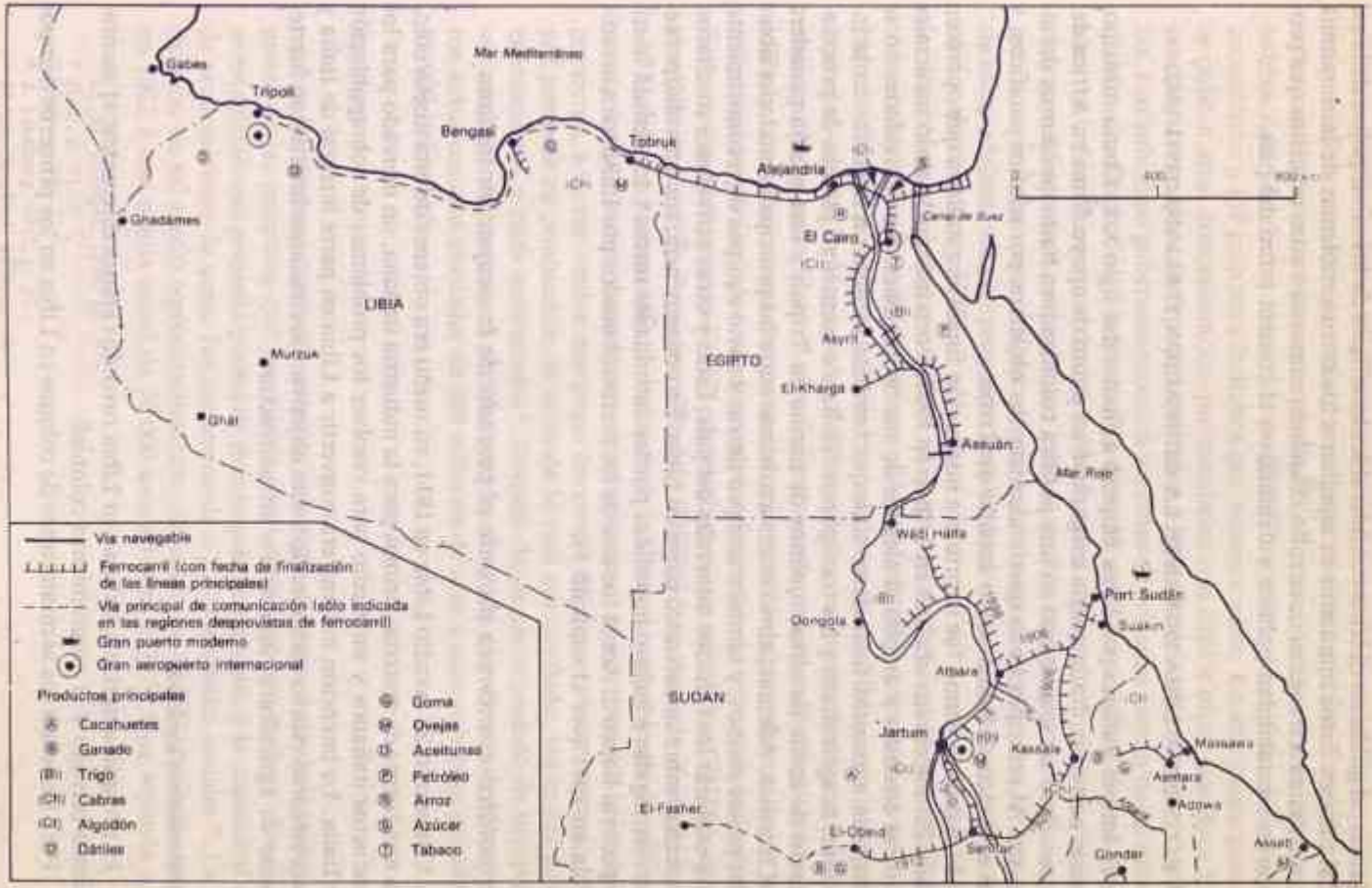


FIG. 17.8. Libia, Egipto y Sudán: desarrollo económico en el período colonial (según J. D. Fage, 1978)

Además, el gobierno obtenía considerables beneficios de los monopolios de la sal y del tabaco. Estos impuestos se añadían a los otros problemas de la economía y contribuían a frenar su desarrollo. También causaron varias revueltas que produjeron inestabilidad política y debilitaron el control turco del país.

LA ECONOMIA LIBIA DURANTE LA OCUPACION ITALIANA (1911-1942)

El interés italiano por Libia empezó a finales del siglo XIX. Como otras potencias europeas, Italia quería asegurarse un punto de apoyo firme en Africa del Norte. Pero no se embarcó en una política colonizadora hasta comienzos del siglo XX. Al principio Italia quería alcanzar sus objetivos por medios pacíficos, y usó el Banco di Roma como caballo de Troya.

El Banco di Roma fue la primera institución financiera italiana que operó en Libia. Estableció sus oficinas en Trípoli en 1907. Poco más tarde abrió sucursales en otras ciudades y amplió el alcance de sus operaciones. Sus actividades no se redujeron a asuntos financieros sino que también incluyeron negocios en la industria, la agricultura y los transportes. El Banco construyó plantas de procesamiento de aceite de oliva, molinos de harina en Trípoli y una granja ganadera en Cirenaica. Además, abrió líneas marítimas entre las principales ciudades libias y los países vecinos, y también compró tierras y envió equipos de reconocimiento para explorar los recursos minerales del país. Estas y otras actividades suscitaron sospechas sobre su auténtico papel en Libia. En consecuencia, sus actividades fueron restringidas e incluso impedidas por las autoridades turcas[4]. La actitud hostil respecto al Banco di Roma fue uno de los pretextos usados por Italia para invadir Libia en 1911 (ver el capítulo 5).

La política económica durante el período de la ocupación italiana

Cuando Italia invadió Libia en 1911, su sueño era obtener de esta nueva colonia una fuente de materias primas para la industria italiana, un mercado para los productos italianos y un medio para resolver los problemas de sobrepoblación de Italia. La intención italiana era convertir a Libia en parte integral de Italia y cada esfuerzo estuvo encaminado a este objetivo. Los italianos invirtieron fuertemente en agricultura, industria e infraestructura.

Asentamientos agrícolas

El programa agrícola italiano en Libia tuvo dos etapas diferentes: el asentamiento privado y el asentamiento colonial.

Para fomentar los asentamientos de colonos en Libia en los primeros tiempos

[4] F. Malgeri, 1970, pp. 17 ss.

de la ocupación italiana, el gobierno italiano concedió grandes fincas a algunos italianos ricos para que las explotasen con propósitos agrícolas. Estas tierras eran o tierras del gobierno o tierras expropiadas a sus propietarios anteriores. En 1929 habían sido adquiridas alrededor de 58.087 hectáreas de terreno. Las fincas se arrendaban a los granjeros italianos por noventa años. En una etapa posterior se pidió a estos concesionarios que instalasen con ellos a otros granjeros italianos, un asunto que causó problemas tanto a los primeros colonos como al gobierno. Los subsidios gubernamentales a los colonos privados fueron de 62 millones de libras, además de un préstamo de casi 158 millones de libras de una caja de ahorros [5]. Sólo fueron asentadas 2.031 familias siguiendo este plan, que quedó muy por debajo de las expectativas italianas [6]. Por eso, el gobierno italiano planteó un nuevo plan para acelerar el proceso de asentamientos, pero no fue capaz de sacar adelante ningún programa amplio de desarrollo hasta que la resistencia nacional terminó en 1932.

Poco después de la supresión de la resistencia nacional (para más detalles ver más arriba el capítulo 5) el gobierno italiano comenzó a realizar un ambicioso plan de desarrollo que comprendía ciertas partes de de Libia, especialmente Al-Djabal al-Akhdar (la Montaña Verde). Su objetivo era instalar alrededor de 300.000 italianos en un período de 25 años [7]. Esta tarea se encomendó a instituciones privadas y semipúblicas que reunieron todos los recursos que pudieron de los sectores privado y público y los canalizaron para financiar el nuevo plan de desarrollo. Estas instituciones eran el ENTE per la colonizzione delle Libia (ENTE), el Instituto Nazionale della Providenza Sociale (INSPS) y la Azienda Tabacci Italiani (ATI). El plan comprendía el desbroce de la tierra, levantamiento de edificaciones agrícolas y anejas y suministro de provisiones y equipo para los colonos. Los granjeros, a su vez, tenían que pagar los costos del desarrollo entregando la mayor parte de su producción, el valor de la cual era confiado, según sus propias estimaciones, a estas instituciones [8]. Después de un cierto período de tiempo, los colonos podrían poseer sus propias granjas. En 1936 el proyecto de asentamientos había costado alrededor de 800 millones de liras y sólo se habían establecido 85.000 italianos [9].

Industria

Los italianos no montaron grandes industrias en Libia, pero desarrollaron algunas de las pequeñas que ya existían antes de la invasión italiana. En Trípoli se estableció una pequeña planta de procesamiento de atún, y la capacidad de la de procesamiento de aceite fue incrementada a 2.200 toneladas anuales [10]. La producción de sal creció considerablemente, subiendo de 14.000 toneladas anuales en 1927 a una media anual de 50.000 toneladas en 1937 [11]. Una segunda y ma-

[5] M. M. Sharkasi, 1976, pp. 67-71.
[6] *Ibid.*, p. 71.
[7] *Ibid.*, p. 72.
[8] J. Lindberg, 1952, p. 11.
[9] M. M. Sharkasi, 1976, p. 72.
[10] *Ibid.*, pp. 33 s.
[11] *Ibid.*

yor fábrica de tabaco se estableció en Trípoli en 1923. Se construyeron dos fábricas de zapatos, una en Trípoli en 1923 y la otra en Bengasi en 1929. Las plantas de procesamiento de alimentos y las fábricas textiles siguieron produciendo en mayor escala. Otras industrias que funcionaban a la sazón eran las de materiales de construcción, asfalto, pólvora, grasas y jabón. Durante el período que nos ocupa había alrededor de 789 fábricas, la mayor parte de ellas en Trípoli. La industria artesana local subsistió durante la ocupación italiana por sus características y el pequeño tamaño de su mercado.

Desarrollando la infraestructura

Antes de la ocupación italiana la infraestructura de Libia estaba muy poco desarrollada, por lo que el gobierno italiano tuvo que invertir mucho en ella. Construyó carreteras, ferrocarriles, puertos, un moderno sistema de comunicaciones, obras hidráulicas y edificios públicos. Las inversiones en estas áreas fueron de 870 millones de liras en el período comprendido entre 1913 y 1936 [12]. El propósito de una inversión tan enorme en la infraestructura era el desarrollo económico en beneficio de Italia. El objetivo era proporcionar empleo a la población de Italia y asegurar un mercado potencial para los productos italianos.

Esta colosal inversión, sin embargo, no se produjo sin costes para Libia. Su población se había reducido por la guerra. Muchos libios habían muerto luchando contra la ocupación italiana. Otros perecieron en campos de concentración. Por otra parte, grandes grupos emigraron a los países vecinos. Los que sobrevivieron a los campos de concentración fueron utilizados, en condiciones de semiesclavitud, para construir la carretera de la costa y trabajar en los nuevos proyectos de desarrollo agrícola. El propósito italiano era empujar a la población indígena hacia las zonas marginales del interior y establecer el excedente de la población italiana en las tierras más fértiles de Libia.

Los italianos redujeron también la cabaña ganadera libia. Durante años la población libia del interior había dependido de las ovejas y los camellos para su alimentación y como fuente de materias primas y medio de transporte. Grandes cantidades de ganado fueron sacrificadas o confiscadas por los italianos. Los animales que quedaron redujeron todavía más su número por la falta de alimentos cuando fueron llevados de las tierras de pastoreo a zonas inhóspitas cerca de los campos de concentración. El cuadro 17.1 muestra el drástico descenso en el número de animales durante el período de la ocupación italiana.

CUADRO 17.1 *Número de animales en Libia, 1926, 1933* [13]

Año	*Ovejas*	*Cabras*	*Ganado vacuno*	*Camellos*	*Caballos*	*Burros y mulas*
1926	800.000	70.000	10.000	75.000	14.000	9.000
1933	98.000	25.000	8.700	2.000	10.000	5.000

[12] J. Lindberg, 1976, p. 46.
[13] J. A. Allan, L. S. McLachlan y E. T. Penrose (eds.), 1973, p. 52.

Los italianos no advirtieron la extensión del daño que habían hecho a la riqueza ganadera de Libia hasta después del final de la resistencia en 1932. Cuando intentaron fomentar la ganadería pasaron años antes de que recuperase su nivel original. Esto se debió principalmente a las pérdidas que habían debilitado la base económica y empobrecido a la población reduciendo su capacidad de ahorro.

Finalmente, para acabar de empeorar las cosas, los italianos no formaron administrativamente a los libios ni les dieron una educación adecuada. Como ha señalado K. Folayan, «mientras los italianos (alrededor de un 10 por 100 de la población total) tenían en 1939-1940 ochenta y una escuelas elementales para sus niños, a los libios, que constituían más del 85 por 100 de esa población, les dieron sólo noventa y siete escuelas» [14]. Había también siete escuelas secundarias para los italianos y sólo tres para los libios. Incluso en la policía y el servicio militar un libio no podía ser promovido más allá del grado de sargento. Sólo a un puñado de libios se les permitió, después de 1934, asumir ciertas tareas administrativas relativamente importantes. La falta de personal preparado impidió durante muchos años después el desarrollo económico de Libia.

EGIPTO

La derrota militar de Muḥammad'Alī en 1840 marcó el final de una importante fase de la historia económica moderna de Egipto. Su sistema intentó el desarrollo simultáneo de la agricultura y la industria bajo el control y la propiedad del Estado, y sus realizaciones condujeron al país hacia una economía orientada a la exportación [15]. La dirección que había iniciado se reforzó entre 1850 y 1920. Todas las actividades económicas se organizaron en torno al cultivo y la exportación, convirtiéndose Egipto en una economía de monocultivo altamente especializada. Durante la década de 1920 se produjo en Egipto un giro industrializador, principalmente mediante la sustitución de las importaciones. El período que nos ocupa, pues, se caracterizó por dos tendencias principales: la primera, hacia la concentración en la agricultura, especialmente la algodonera, para la exportación; la segunda, hacia la industrialización. Estas orientaciones fueron facilitadas por varios cambios estructurales. En esta sección expondremos los factores que condujeron a cada fase.

UNA ECONOMIA ORIENTADA HACIA LA EXPORTACION

El desarrollo de la infraestructura

En el período que tratamos se dio un impresionante desarrollo infraestructural en el país. Este se centró en las actividades relacionadas con el algodón y su exportación. Se emprendieron importantes proyectos de irrigación. La presa de

[14] L. Folayan, 1974, p. 7.
[15] C. Issawi, 1963, p. 24.

Assuán, la mayor del mundo en aquella época, se terminó en 1902 y fue ampliada entre 1907 y 1910; la presa de embalse del Delta fue reforzada y puesta en uso, igual que las de Zifta, Asyut y Esna. Unos 13.500 km. de caudal fueron construidos durante el reinado de Isma'il (1863-1879). Con estas obras, el área cultivada ascendió de 4,76 millones de *feddans* en 1881 a 5,66 millones en 1911. También fue posible, después de la extensión del riego constante, cultivar más de un producto a la vez. Por eso, el área de cultivo aumentó hasta 7,71 millones de *feddans* en 1911 [16]. La mayor parte del incremento se dedicó al algodón no sólo porque fuese más lucrativo que los otros productos, sino también por la presión británica, ya que el algodón era a la vez un producto con el que Egipto podía pagar sus deudas y una materia prima muy necesitada en Lancashire. En otras palabras, los británicos querían y lograron tener a Egipto como fuente de algodón para proveer a su industria textil [17]. El volumen de la cosecha agrícola creció en 3,12 millones de *kantars* en 1879 a 7,66 millones en 1913, un 14 por 100 de aumento en un período de veinticuatro años [18].

La necesidad de transportar la cosecha de algodón requería una expansión de los transportes y la red de comunicaciones en la cual se hizo un gran esfuerzo (ver Fig. 17.8). Se completaron líneas de ferrocarriles que conectaban todas las ciudades principales del delta, y desde El Cairo hacia el alto Egipto. El primer ferrocarril se inauguró en 1853 y en 1877 había ya 1.519 kms. de líneas de vía normal. Esta red fue más que duplicada durante la ocupación británica, alcanzando los 3.200 kms. en 1909. Había además 1.600 kms. de líneas de ferrocarril de vía estrecha. El puerto de Alejandría fue modernizado y ampliado sucesivas veces, y se crearon otros nuevos en Suez y Port Said, en el Canal de Suez, que fue abierto a la navegación en 1869. Tales avances facilitaron en gran medida la transformación del sector agrícola de una agricultura de subsistencia en un cultivo a gran escala de productos para la exportación en los mercados internacionales.

Merece la pena subrayar que el impacto económico de la administración británica se sintió con fuerza en los campos del regadío y los transportes. La reconstrucción de varias presas de embalse y la construcción de la presa de Assuán aseguró a Egipto una provisión constante de agua de riego e incrementó la superficie total de cultivo. Sin embargo, conviene recordar que los ingleses estaban intantando conseguir una fuente alternativa para satisfacer sus necesidades de algodón. En vez de apoyarse sólo en los Estados Unidos para el suministro de algodón para su industria textil, como pasaba antes de la guerra civil americana, se buscaron nuevas fuentes. Egipto presentaba ventajas en comparación con otros posibles proveedores como la India o Brasil. En otras palabras, el principal interés de los británicos fue el asegurarse una fuente estable de materia prima para su industria textil. No es sorprendente que los mayores gastos de capital del gobierno se dirigiesen a la promoción del sector exportador. Se pensó que era necesaria una considerable inversión en la red de irrigación, a pesar de la difícil situación financiera de Egipto, para conseguir los ingresos que hacían falta para pagar

[16] C. Issawi, 1954, p. 34. 1 *Feddan* = 1,38 acres.
[17] *Ibid.*, p. 35.
[18] 1 *kantar* de algodón = 45 kg.

la deuda externa egipcia. El algodón fue el primer beneficiario de la inversión en obras públicas. Otros sectores beneficiados fueron los relacionados con las necesidades de exportación.

Política de libre cambio

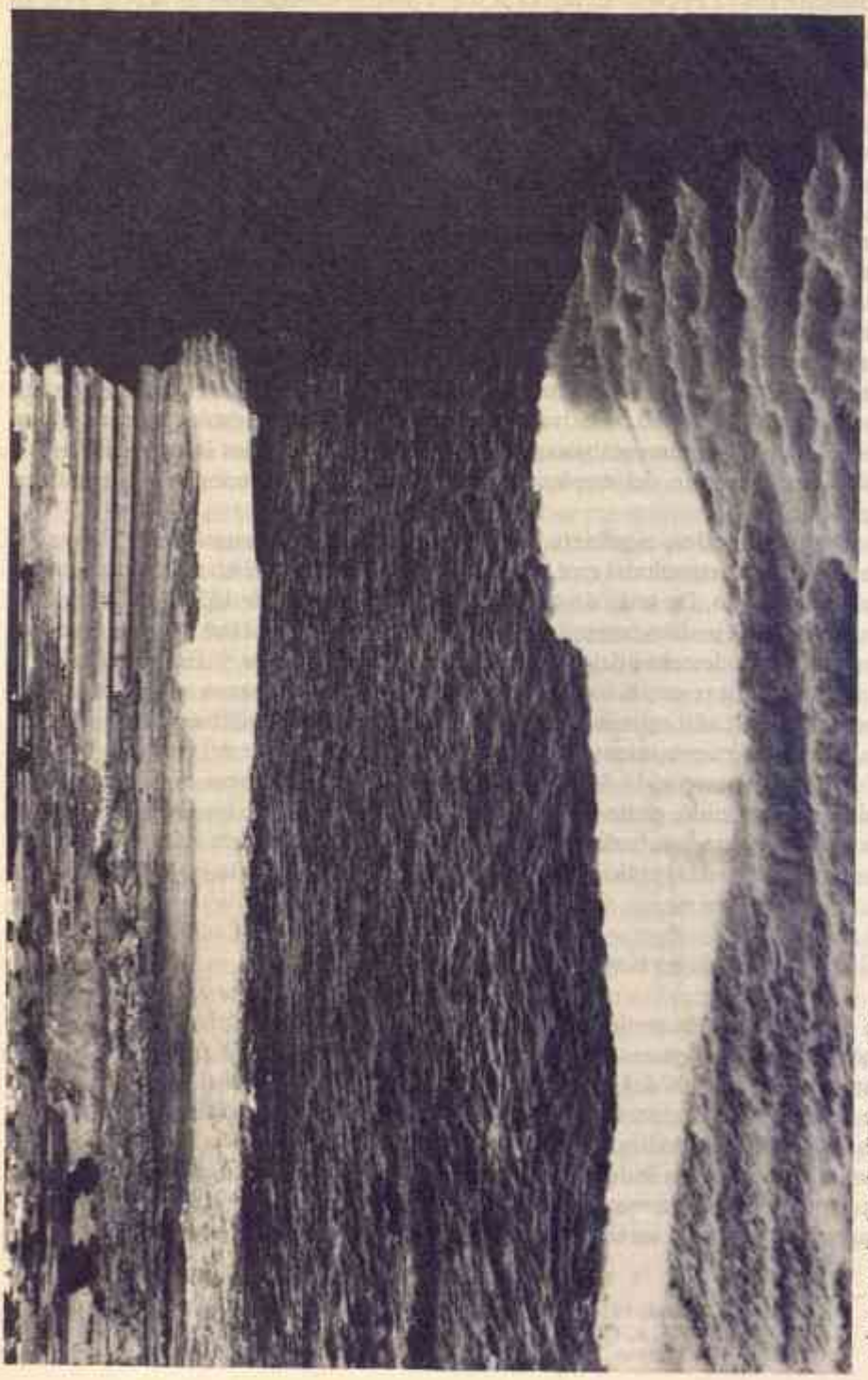
Una de las transformaciones fundamentales que caracterizaron la época que nos ocupa fue la creencia del gobierno en la política de libre cambio. Esta creencia contrastaba con las ideas de Muḥammad'Alī, quien defendía la intervención gubernamental como un paso necesario hacia el desarrollo. Lord Cromer, consejero británico de finanzas y el oficial de más alta graduación en Egipto durante veinticuatro años, era partidario del *laissez-faire*. Se opuso a la protección de cualquier industria naciente mediante la imposición de derechos de aduana a las importaciones. Su actitud negativa respecto a las compañías textiles egipcias era un buen ejemplo. Argumentaban que «sería perjudicial para los intereses ingleses y egipcios el fomento del crecimiento de una industria algodonera protegida en Egipto» [19].

De todos modos, el gobierno egipcio tenía atadas las manos por los acuerdos de comercio internacional que le impedían proteger las nuevas industrias aunque hubiera querido. De acuerdo con el tratado anglo-turco de 1838, los comerciantes extranjeros podían comprar y vender en cualquier parte del imperio otomano pagando unos derechos del 80 por 100 *ad valorem* o menos [20]. Este tratado abrió el imperio al libre cambio, y los bienes extranjeros empezaron a inundar el desprotegido mercado egipcio. Se ha dicho que el tratado «inhibió durante más de un siglo todo nuevo intento de industrialización por parte del Estado» [21]. Estos acuerdos expiraron el 16 de febrero de 1930, y Egipto recuperó su autonomía fiscal. Ello le permitió, como veremos, cambiar la estructura de los derechos de aduana de tal manera que pudiera proteger la emergente industria nacional. Esta reforma de las tarifas trajo consigo la etapa de sustitución de las importaciones.

El modelo de inversiones

El modelo de inversiones que prevaleció durante este período favoreció a la agricultura. La formación bruta de capitales fijos durante el período 1880-1914 supuso el 15 por 100 del producto interior bruto. Esta es una elevada proporción de inversión en comparación con otros países. Sin embargo, la mayor parte de las inversiones se dedicaron a la agricultura y la construcción urbana, mientras que lo dedicado a la industria no superaba el 2,3 por 100 de la formación bruta de capitales fijos. La mayoría de los comentaristas explican este modelo de acumulación de capital en términos de rentabilidad relativa, argumentando que in-

[19] Citado en C. Issawi, 1954, p. 37.
[20] D. C. Mead, 1967, p. 15.
[21] R. Mabro y S. Radwan, 1976, p. 18.



• *La presa de Assuán (Egipto) en 1937.*

vertir en agricultura era más beneficioso y menos arriesgado que hacerlo en industria. Sin embargo, R. Mabro y S. Radwan han afirmado que otros factores, sobre todo la política gubernamental, explican mejor este hecho [22].

Los inversores egipcios preferían las tierras a los proyectos industriales porque la posesión de tierras confería un gran prestigio social. Ser un miembro de la «burguesía agraria» comportaba privilegios, ya que esta clase estaba en la cúspide de la jerarquía social. Por eso había una clara tendencia a la acumulación de grandes propiedades de terreno agrícola. El número de grandes propietarios (con 50 *feddāns* o más) representaba el 15 por 100 de todos los propietarios en 1897 y poseían el 44 por 100 de la superficie agrícola. En 1913 los grandes propietarios constituían el 1 por 100 de todos los propietarios, pero tenían el 44,2 por 100 de las tierras de cultivo. En consecuencia, el tamaño medio de las grandes propiedades aumentó de 183 a 193 *feddāns* en el mismo período [23]. Este desarrollo fue importante porque las inversiones de dichos propietarios se concentraron en las tierras, resultando de ello un modelo de inversión sesgado. Además, los extranjeros gozaban de inmunidad fiscal y judicial bajo las capitulaciones que les dieron una ventaja sobre los competidores en la inversión industrial. Pese a ello, no hubo mucho interés por el desprotegido mercado egipcio, y la industrialización fue despreciable hasta los años treinta.

La administración egipcia opinaba que el fomento del cultivo del algodón y su exportación eran necesarios para aumentar los ingresos del país y permitirle pagar sus deudas. La acumulación de una inmensa deuda pública iniciada en 1858 sirvió para financiar los proyectos infraestructurales así como las extravagancias de algunos de los monarcas. La ley de liquidación de 1880 había fijado la deuda pública egipcia en 98,37 millones de libras y durante los veinte años siguientes pidieron prestados 18,2 millones de libras más. El pasivo egipcio respecto a los deudores extranjeros era de 8,5 millones de libras egipcias por año en 1914 [24]. Era vital establecer un superávit de exportación para hacer frente a ese pasivo.

La guerra civil americana estimuló la producción y exportación de algodón en Egipto. La producción aumentó de poco más de medio millón de *ḳantārs* en 1860 a más de 2,1 millones en 1865, 4,1 millones en 1890 y 7,7 millones en 1913. Sin embargo, después del rápido incremento del precio del algodón causado por la guerra civil americana, los precios siguieron bajando hasta finales de siglo y el aumento de producción fue insuficiente para compensar el descenso de los precios. Durante la primera década de este siglo, los precios del algodón aumentaron a más del doble y el valor de las cosechas llegó casi a triplicar el que habían tenido al principio de la ocupación. En 1916 el precio del algodón llegó a una media de 38 dólares americanos por *ḳantār*, y de 90 en 1919; las exportaciones saltaron hasta 88 millones de libras egipcias en 1920 y se logró un gran superávit de exportación [25].

El objetivo financiero de la administración británica fue asegurar la correcta

[22] *Ibid.*, p. 21.
[23] *Ibid.*, p. 25.
[24] C. Issawi, 1963, p. 27.
[25] *Ibid.*, p. 31.

recaudación y distribución del incremento de ingresos que llegaban al gobierno a partir de ese superávit. Una reforma fiscal orientada a reducir los gastos, excepto los considerados provechosos como las obras de irrigación, fue emprendida. Los beneficios crecientes de las exportaciones sirvieron para devolver todos los préstamos recibidos durante la ocupación así como para reducir la deuda de Isma'il a 10 millones de libras en 1913.

LA FASE DE SUSTITUCION DE LAS IMPORTACIONES

No cabe duda que la administración británica realizó muchas reformas beneficiosas para la economía egipcia. Los mayores éxitos se lograron en el campo financiero, trabajos de irrigación y en una eficiente administración. Sin embargo, es igualmente cierto que la actitud de la administración británica fue hostil a la industrialización de Egipto y que la política librecambista aumentó aún más la concentración egipcia del algodón. Pero en los años veinte se introdujeron varios cambios importantes que señalaron el comienzo de una nueva era al dirigirse la atención hacia la industria. Una de las razones importantes para estos cambios fue la gran depresión, que produjo un hundimiento de la demanda internacional de materias primas, incluido el algodón. Esto se reflejó en una grave disminución de todas las actividades de la economía egipcia. Por ello, se criticó cada vez más la política gubernamental de libre cambio y las demandas de intervención del gobierno se oyeron con creciente intensidad. Además, las relaciones comerciales de Egipto se deterioraron a finales de los años veinte, lo que dio más empuje a la presión para ir dejando el algodón —que seguía constituyendo la mayor parte de las exportaciones— en beneficio de otros productos. Este período presenció también el nacimiento de un fuerte movimiento nacionalista. La revolución de 1919 marcó el punto culminante del crecimiento del nacionalismo egipcio, que se reflejó en la aparición de egipcios emprendedores con ideas nuevas respecto al desarrollo futuro de su país. Además, mientras que en las últimas décadas del siglo XIX el crecimiento del producto agrícola fue paralelo al de la población, no ocurrió así durante la primera parte del siglo XX; la producción agrícola total creció el 30 por 100, mientras que el crecimiento de la población fue de aproximadamente el 50 por 100[26]. La población egipcia estaba superando la capacidad de absorción de la agricultura, y por ello otros sectores tenían que ser desarrollados para encontrar empleos productivos que diesen salida a esta población y para elevar la renta *per capita*. Finalmente, y debido a la reducción de las importaciones durante la Primera Guerra Mundial, surgieron varias nuevas industrias que necesitaban protección si tenían que subsistir frente a la creciente competencia extranjera.

Por todas estas razones, después de haber logrado el país la autonomía fiscal en 1930, el gobierno impuso aranceles del 15 al 20 por 100 a un amplio catálogo de bienes de consumo que podrían competir con los productos nacionales. En las

[26] D. C. Mead, 1967, p. 16.

décadas siguientes se extendió la protección arancelaria a todas las mercancías extranjeras competitivas. Una nueva etapa de crecimiento económico a través de la sustitución de las importaciones había empezado. Varios indicios mostraban el crecimiento de la industria. El primero fue el crecimiento del empleo industrial. En 1937 unas 155.000 personas trabajaban en establecimientos industriales que empleaban a diez o más personas, en comparación con las 30.000 de 1916. Otro indicio fue el crecimiento de la producción industrial. Por ejemplo, la producción de azúcar aumentó de 79.000 toneladas en 1917 a 159.000 toneladas en 1939; la de cemento ascendió de 24.000 a 353.000 toneladas en el mismo período, y la de tela de algodón tejida mecánicamente de 7,2 millones de metros cuadrados en 1917 a 132,6 millones en 1939[27]. Un tercer indicador fue el alto porcentaje de la demanda interior de ciertos géneros industriales que la producción local podía satisfacer plenamente en 1939, como muestra el cuadro 17.2.

CUADRO 17.2 *Egipto: Producción local y demanda local de bienes industriales, 1939*[28]

Producto	*% Demanda satisfecha por la oferta interior*	*Producto*	*% Demanda satisfecha por la oferta interior*
Azúcar	100	Jabón	90
Alcohol	100	Muebles	80
Cigarrillos	100	Cerillas	80
Sal	100	Cerveza	65
Harina molida	99	Aceites vegetales	60
Hilo de algodón	96	Sosa cáustica	50
Zapatos	90	Telas de algodón	40
Cemento	90		

Otro progreso importante fue el desarrollo de empresas nacionales durante la década de 1920. El primer banco de propiedad y dirección completamente egipcios, el banco Miṣr, fue fundado en 1920 y abrió el camino para la creación de empresas manufactureras a gran escala. El banco se las arregló para atraer al capital privado fuera de los canales tradicionales de inversión; en 1940 el grupo Miṣr tenía veintiuna compañías filiales. Se estima que las acciones del conjunto de las compañías dependientes del banco Miṣr suponían el 45 por 100 del aumento del capital total desembolsado por todas las sociedades anónimas entre 1922 y 1938. Así pues, el banco Miṣr dio un gran impulso al desarrollo industrial de Egipto durante el período de entreguerras. La inversión durante dicho período muestra una participación creciente del capital egipcio. Las sucesivas crisis del algodón, los grandes beneficios esperados en algunas ramas de la industria —tal como lo mostraban los obtenidos por los extranjeros dedicados a la industria en el país—, y el establecimiento de oportunidades de inversión nacional por el banco Miṣr y sus compañías modificaron el comportamiento inversor orientándolo hacia proyectos industriales.

En conclusión, el período considerado conoció varios intentos para lograr el

[27] C. Issawi, 1963, p. 44.
[28] M. el-Kammash, 1968, p. 41.

desarrollo económico. Después del fracaso del plan de Muḥammad'Alī para realizar un programa dirigido de industrialización sin tener la infraestructura apropiada, la economía se especializó en un producto agrícola para la exportación. Esta tendencia se reforzó durante la ocupación británica que favoreció la expansión de la tierra cultivable y las exportaciones de algodón. Se utilizaron tres argumentos para justificar esta línea de acción. Según el primero el libre cambio y la especialización debían producir, según rendimientos comparativos, un bienestar superior. El segundo era que se necesitaban los beneficios para pagar la deuda pública acumulada. El tercero decía que los tratados internacionales limitaban la posibilidad egipcia de proteger las nuevas industrias. El resultado fue una economía de orientación exportadora. Por otra parte, las tres primeras décadas del siglo XX se caracterizaron por una transformación estructural de la economía hacia la industrialización. Esto se debió a varios factores, a saber: las sucesivas crisis agrícolas que produjeron un deterioro de las relaciones comerciales egipcias, el nacimiento de empresas nacionales, la recuperación de la autonomía fiscal y el cambio en la actitud y la política del gobierno para con la industria. Esta, en consecuencia, creció rápidamente al final del período que estamos estudiando.

EL SUDAN

En la última parte del siglo XIX, se produjo en el Sudán, como ya hemos visto, el ascenso de un movimiento religioso que alentó una rebelión contra el dominio turco-egipcio del país y culminó en el establecimiento del Estado mahdista entre 1881 y 1898. Aproximadamente en la misma época, Egipto cayó en manos británicas y, más tarde, el Sudán fue recuperado por Gran Bretaña, cayendo bajo dominio angloegipcio. La primera parte de esta sección se ocupa brevemente de la situación bajo el Estado mahdista, y la segunda refleja los principales acontecimientos sucedidos durante el dominio angloegipcio.

EL ESTADO MAHDISTA (1881-1898)

El Estado mahdista estableció su propio tipo de administración y de sistema judicial. Uno de los principales logros de la administración mahdista fue el establecimiento de un sistema de impuestos simple y práctico basado en las enseñanzas islámicas. El *zakat* comprendía la mayor parte de los ingresos públicos. Se recaudaban impuestos a razón de un 2,5 por 100 sobre el dinero y de un 10 por 100 sobre el ganado y el grano. Por su simplicidad y su adaptabilidad a las condiciones sociales, este sistema de impuestos continuó en vigor incluso después de la caída del régimen mahdista. La administración mahdista fomentó tanto la agricultura como el comercio porque estas actividades servían para mantener al ejército y equiparlo con armas y munición.

El Estado mahdista, sin embargo, no duró mucho. Varios factores contribuyeron a su caída. En primer lugar, el movimiento mahdista sufrió disensiones internas debido a las luchas por el poder después de la muerte del Mahdī en 1855.

En segundo lugar, el proceso de consolidación del control de todo el país había agotado los recursos del Estado. Además, el nuevo Estado tenía que luchar con verias potencias coloniales europeas en sus fronteras[29]. El Estado mahdista quiso extenderse hacia el norte, hacia Egipto, un paso que resultó desastroso porque impulsó a los ingleses, que estaban entonces en Egipto, a ocupar el Sudán.

EL DOMINIO ANGLOEGIPCIO

La conquista angloegipcia del Sudán dio fin al breve período de independencia nacional bajo los mahdistas. Pero, afortunadamente, la administración colonial no fue dura. La política colonial británica en el Sudán fue relativamente moderada y hubo un intento consciente de desarrollar la economía del país. La principal contribución de la administración británica en el Sudán fue el desarrollo de la infraestructura y la introducción de un moderno sistema agrícola.

El desarrollo de la infraestructura

Durante el período colonial en el Sudán, los británicos construyeron ferrocarriles, puertos y presas, y mejoraron el sistema educativo (ver. Fig. 17.8). El primer ferrocarril fue construido entre 1896 y 1898 para ser utilizado en la campaña militar. Más tarde fue extendido hasta Atbara y usado como transporte entre el norte de Sudán y el Mediterráneo vía Egipto. Cuando Port Sudán fue construido en 1906, se tendió una nueva línea para conectarlo con Atbara. En 1910 la línea principal se prolongó hasta Sennar. Otra línea fue construida en 1924 entre el Djazira y el Mar Rojo. También se usaron barcos de vapor para unir el sur con el norte del país. Estos modernos y eficientes medios ayudaron a transportar los productos agrícolas y reducir considerablemente los costes del transporte. La administración inglesa se preocupó también de desarrollar el sistema educativo. Además, se tomaron medidas para mejorar la utilización del suelo y los recursos hidráulicos. Se construyeron algunas estaciones de bombeo y canales para ampliar el regadío.

Desarrollo agrícola

Los británicos advirtieron desde el principio el gran potencial agrícola del Sudán. Ellos iniciaron el cultivo experimental del algodón de tal manera que pudiera complementar las cosechas egipcias de este producto. Cuando el primer ensayo, en Zaydab en 1905, ofreció unos resultados prometedores, fue extendido a la llanura de Djazira, entre el Nilo azul y el Nilo blanco, que tenía el suelo más fértil del Sudán. Se le otorgó una concesión a una empresa privada, el Sudan Plan-

[29] P. M. Holt, 1970, pp. 204 ss.



Plan de irrigación de Djazira, Sudán: un campesino trabajando en una algodonal.

tation Syndicate, para que cultivase algodón en esta zona. El arreglo pretendía que cooperasen el gobierno, la empresa y los arrendatarios sudaneses. El gobierno arrendó la tierra a sus propietarios y propocionó el capital básico para las canalizaciones y las estaciones de bombeo. La empresa se responsabilizó de los gastos menores y de la dirección del proyecto. Se ocupó también del transporte y la comercialización de la producción. Los arrendatarios, por su parte, tomaron a su cargo el cultivo. Los beneficios de la venta se repartirían entre los tres socios de la siguiente forma: 40 por 100 para los arrendatarios, 35 por 100 para el gobierno y 25 por 100 para la empresa. Los porcentajes del gobierno y de la empresa se modificaron más tarde pasando a ser del 38 y el 22 por 100 respectivamente [30].

El plan de Djazira incluía el riego de unas 200.000 hectáreas en las que se cultivarían algodón, mijo y forraje. Pero el plan tuvo que ser aplazado por la Primera Guerra Mundial. Fue, sin embargo, retomado en 1919 y tuvo su punto culminante en la inauguración de la presa de Sennar en 1925 [31]. El éxito del plan de Djazira estimuló el desarrollo de otras actividades relacionadas como transportes, regadíos y factorías de alijo para el algodón.

Para financiar estos proyectos, se complementó el sistema impositivo existente mediante un acuerdo entre Gran Bretaña y Egipto por el cual el último daría al Sudán ayuda financiera y préstamos para planes de desarrollo y fines presupuestarios. La contribución egipcia al presupuesto sudanés fue de 2,8 millones de libras egipcias entre 1899 y 1916, y los préstamos alcanzaron unos 5,4 millones de libras egipcias entre 1900 y 1910 [32]. Las entregas y préstamos de capital se solicitaron porque los impuestos eran insuficientes en el Sudán. El impuesto sobre la tierra oscilaba entre 10 y 100 piastras por *feddan*. El diezmo siguió vigente durante la ocupación británica. Había también impuestos sobre el comercio y diferentes tipos de industria [33].

Para estimular el uso de la tierra, se recogían tributos sobre un cuarto de la tierra después de dos años. Tras ocho o diez años se recogerían tributos por toda la tierra. Había también un impuesto colectivo que se aplicaba a los grupos étnicos en conjunto y un impuesto personal de 25 a 80 piastras por cabeza. En 1912 se introdujo un impuesto sobre la propiedad. Por último, se fijó un tributo para los barcos según su capacidad.

EL IMPACTO DE LAS ACTIVIDADES ECONOMICAS COLONIALES BRITANICAS EN EL SUDAN

Las actividades económicas coloniales británicas fueron, en comparación con las francesas e italianas en el Magreb y Trípoli respectivamente, relativamente loa-

[30] W. N. Allan y R. J. Smith en J. D. Tothill (ed.), 1948, pp. 608 s. Ver también A. Gaitskell, 1959, p. 70.
[31] A. Gaitskell, 1959, p. 94.
[32] *Ibid.*, p. 35.
[33] H. A. Tunley en J. D. Tothill (ed.), 1948.

bles. La tierra no fue invadida por extranjeros ni se acumuló en manos de unos pocos como pasó en las otras colonias. El plan de Djazira fue beneficioso tanto para los británicos como para la población del Sudán directamente implicada en él. El desarrollo de un moderno sistema de transportes, junto con la construcción de puertos y medios de riego, también ayudaron al crecimiento de un sistema agrícola moderno en el Sudán. Sin embargo, hay un lado negativo en esta historia. Primero, la infraestructura creada era totalmente inadecuada y estaba pensada para satisfacer los intereses de Gran Bretaña más que los de los sudaneses. Es significativo que durante el período que nos ocupa no se contruyera ni una milla de carreteras en todo el Sudán, mientras que el ferrocarril sirvió al principio para facilitar las campañas militares británicas y más tarde para favorecer sus planes respecto al algodón y la goma de Djazira y las zonas occidentales respectivamente. Como en la mayoría de las colonias, la industrialización fue completamente olvidada. Sin embargo, el mayor reproche que se puede hacer al colonialismo británico en Sudán es el total abandono económico y social del Sudán meridional. Esta negligencia es sin duda uno de los factores que más han contribuido a crear el problema sureño del Sudán, que todavía no ha sido resuelto.

Capítulo 18

LAS REPERCUSIONES SOCIALES DEL DOMINIO COLONIAL: ASPECTOS DEMOGRAFICOS

J. C. CALDWELL

Los años transcurridos desde el principio de la década de 1880 hasta la mitad de la de 1930 contemplaron un cambio demográfico total en Africa. Al principio de dicho período la población del continente estaba todavía esparcida, por lo menos respecto a lo considerado normal en el viejo mundo. Más significativo es el hecho de que probablemente no estuviese creciendo con rapidez y que se mostrase sumamente vulnerable a las presiones, internas y externas, que se le fueron aplicando crecientemente. Por el contrario, en torno a 1935 la población estaba indudablemente creciendo debido al cada vez mayor control de la mortalidad, y se habían sentado las bases para su duplicación en el siguiente tercio de un siglo en que casi con seguridad se aceleró y consolidó la independencia.

Muchos indicios pueden servir para ilustrar los cambios producidos entre ambas fechas y ayudar a explicar la transición demográfica. En 1880 la presencia europea en el interior del continente, lejos de la costa, se reducía a Argelia, donde un tercio de millón de emigrantes, principalmente de Francia, España, Italia y Malta, habían consolidado la victoria del ejército francés, y Africa del Sur, donde un número parecido de europeos, predominantemente de extracción holandesa e inglesa, habían avanzado hacia el norte hasta el río Limpopo (ver la Fig. 1.1). En otras partes, los europeos estaban empezando a controlar Egipto y Túnez, dominaban varias poblaciones costeras en Senegal y Costa de Oro (hoy Ghana) y sostenían algunos enclaves como Gambia, Sierra Leona, Lagos, Libreville y partes de Angola y Mozambique. En 1935 las administraciones europeas dominaban casi todo el continente (ver Fig. 12.2). Ese medio siglo vio a la ciencia médica europea progresar desde la ignorancia de las causas de la mayoría de las enfermedades africanas hasta la capacidad de contener o curar la mayor parte de ellas; el período termina justo cuando las sulfamidas anunciaban una era de quimiote-

rapia de gran importancia para el continente. En esta época se produjo la construcción de casi todas las líneas férreas y la transición de un tiempo en que casi todo el transporte terrestre se realizaba por porteadores a otro en que los camiones empezaban a multiplicarse en una creciente red de carreteras polvorientas o embarradas.

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION

Los demógrafos han publicado con aparente seguridad estadísticas sobre el cambio de la población africana [1], pero la verdad es que nuestro conocimiento más exacto de las cifras del siglo XIX procede de una consideración retrospectiva a partir de los censos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Si éstos hubieran arrojado el doble de gente de lo que hicieron, nosotros habríamos probablemente aumentado casi en la misma proporción nuestro cálculo de la población antes del siglo actual.

Los cálculos más citados sobre el siglo XIX son los de W. F. Willcox y A. M. Carr-Saunders, a los que se han unido recientemente los de J. D. Durand [2]. Los dos primeros por lo menos no se basaron en casi ninguna prueba y ganaron aceptación casi completamente por repetición y por la autoridad que aparentemente les confería su práctica coincidencia.

De hecho Willcox decidió meramente repetir las estimaciones de un escritor italiano del siglo XVII, B. Riccioli [3], justificando su postura con el argumento de que era «un instruido sacerdote jesuita» que «resumía el conocimiento de su época» y dando por sentado que la población no había crecido entre el siglo XVII y la mitad del siglo XIX [4]. En realidad, a Riccioli le habían influido más las cualidades místicas de los números que las pruebas demográficas sólidas, y construyó una estimación global de 1.000 millones de personas que distribuyó entre los continentes en múltiplos de 100 millones. Para hacer compatibles el hecho de que Africa no estaba evidentemente deshabitada con la necesidad de atribuir a Asia una gran población, le quedaban pocas alternativas además de la de atribuir 100 millones de habitantes a Africa. Willcox justificó su uso de estos cálculos afirmando que la densidad de población en las partes de Africa cuya población no se sabía que estuviera creciendo rápidamente en 1931 (es decir, excluyendo Egipto, Túnez, el norte de Argelia, Sierra Leona, Liberia, Gambia, Sudafrica y el norte de Rhodesia —ahora Zambia—) era la misma que Riccioli atribuía a todo el continente [5]. Este procedimiento es, de todas formas, absurdo: Willcox retuvo los países cuya población era peor conocida en el momento: no hay pruebas de que sus poblaciones fueran todavía estacionarias; no hay razón para afirmar que sus densidades anteriores hubieran tenido que ser las mismas que las de los países excluidos. Willcox, argumentando que no hay pruebas de crecimiento demográfico

[1] Ver Naciones Unidas, 1973, cuadro II.4, p. 21.
[2] W. F. Willcox, 1931; A. M. Carr-Saunders, 1936, pp. 17-45, J. D. Durand, 1967, pp. 136-159.
[3] B. Riccioli, 1661, 1672, pp. 630-634.
[4] W. F. Willcox, 1931, p. 45.
[5] *Ibíd.*, pp. 53 s.

en Africa hasta épocas recientes, mantuvo la cifra de 100 millones para la población africana, en 1850.

Las estimaciones de Carr-Saunders no son tampoco independientes, sino un mero comentario de las de Willcox, y se fijan menos en los cálculos generales que en las tendencias subregionales que podrían haber sido pasadas por alto. Por eso aceptó la idea de que Willcox estaba probablemente en lo cierto en sus estimaciones de población para 1650, sólo trescientos años antes de su época y de los censos realizados en toda la extensión del continente, arguyendo que, aunque no se tuviera en cuenta que los estragos causados por el esclavismo habían producido una disminución de las cifras anteriores a 1800, este hecho había sido más que compensado después por el relativamente rápido crecimiento de la población de Africa del norte [6]. De esta manera concluía que en 1800 se habría alcanzado un mínimo de 90 millones, con un posterior ascenso de la población de un tercio a lo largo del siglo XIX [7].

La tesis de una disminución de la población durante todo el siglo XIX, o parte de él, se lee con frecuencia, pero no se justifica tan a menudo. Un observador creía que se podía basar en dos hechos: la falta de familiaridad de los europeos con poblaciones campesinas dispersas, lo que les podría llevar a la conclusión de que se encontraban ante zonas despobladas; y el deseo de los filántropos de creer que habían llevado ayuda después de un período de devastador desorden causado en gran parte por su propia gente [8]. Otro opinaba que la sobreestimación de las poblaciones había tenido lugar en la época de mayor avance de las potencias europeas para fomentar la inversión en las compañías europeas que participaban en esas maniobras [9]. Era ciertamente fácil calcular grandes poblaciones a partir de los relatos de los exploradores como H. M. Stanley, en parte porque los exploradores tendían a elegir las cifras más altas y en parte porque solían seguir los ríos o los caminos que inevitablemente pasaban por zonas con una densidad anormalmente alta.

Las estimaciones de población de Durand representaban aparentemente un cambio importante. Para la mayor parte de la población africana, la que vive al sur del Sáhara, hizo unos cálculos retrospectivos empleando supuestamente las cifras dadas por las Naciones Unidas para 1920 [10]. Pero, como desestimó los cálculos para 1920 cuando construyó sus estimaciones medias, por pensar que sugerían una tasa de crecimiento de la población inverosímilmente alta (1,5 por 100 anual) entre dichas cifras y las de las Naciones Unidas para 1950, que él aceptaba, la base real de sus proyecciones hacia atrás son los censos realizados tras la segunda guerra mundial. Además, Durand no da razones para rechazar la tasa de crecimiento implícita de las Naciones Unidas entre 1920 y 1950, lo que hace suponer que la influencia de Riccioli transmitida a través de Willcox y Carr-Saunders siguió siendo predominante. Concluye, para tratar en apariencia de justificar su método, observando: «Cuando se añade la estimación para Africa del norte, ésta

[6] A. M. Carr-Caunders, 1936, pp. 34 s.
[7] *Ibid.*, p. 42.
[8] R. R. Kuczynski, 1948-1953, vol. II, p. 120.
[9] J. Suret-Canale, 1971, p. 37.
[10] J. D. Durand, 1967, pp. 152 s.

[la estimación media] coincide aproximadamente con la conjetura de Willcox de que la población de Africa en su conjunto permaneció estacionaria en un nivel de aproximadamente 100 millones durante este período [1750-1850]» [11]. Los cálculos de Durand respecto a Africa del Norte se basan en estudios sobre el crecimiento de la población en Egipto y Argelia durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX [12], y su estimación media está confeccionada para acreditar una tasa media anual de crecimiento del 1,25 por 100 entre 1850 y 1920.

Más reveladoras son las estimaciones mínima y máxima de Durand, que sitúa para 1850 en 81 y 145 millones respectivamente, concediendo de esta manera un margen de error de alrededor del 30 por 100 por arriba y por abajo. Las estimaciones del mismo tipo se hacen para Asia y América Latina con márgenes de error del 10 por 100, y del 4 por 100 para Europa. Parte de la explicación de la incertidumbre respecto al Africa subsahariana reposa en la escasez de fuentes escritas. El grado de incertidumbre queda bien ilustrado por hechos como que, en la actualidad, se discute sobre la población de Nigeria, con cifras rivales diferentes en 20 millones, y la gran inseguridad sobre el tamaño de poblaciones tan considerables como la de Etiopía.

Está claro que nadie sabe cuál era la población de Africa, más en concreto del Africa subsahariana, durante el período que abarca este capítulo. Nadie la sitúa muy por debajo de 100 millones o por encima de los 150 millones en 1880; para 1900 las estimaciones extremas se acercan a los 115 y 155 millones; mientras que ahora cada vez es más claro que en 1935 el límite de los 150 millones había sido ya superado. La mayor parte de Africa no ha tenido verdaderos recuentos de población durante este período, y algunos de los censos apenas merecen ese nombre. El censo del norte de Nigeria de 1911 se mandó a Londres en una sola hoja de papel [13]. R. R. Kuczynski dedicó años a escribir tres grandes volúmenes [14], con casi 2.500 páginas en total, examinando meticulosamente los informes de población anteriores a la segunda guerra mundial de todas las colonias británicas y sus dos mandatos en Africa. El mundo tiene una fascinación de anticuario para el demógrafo, pero sería erróneo decir que estableció datos muy fiables sobre los niveles y las tendencias de la población en el período que nos interesa.

Sin embargo, es posible, y casi con certeza más instructivo, decir algo sobre las comprobaciones recientes acerca de la naturaleza de la población africana para fijarnos después en las fuerzas que la han ido configurando en épocas anteriores.

UNA POBLACION FRAGIL PROCEDENTE DE UNA CASI-ESTABILIDAD

Excepto en períodos infrecuentes, como el momento actual, en que la revolución científica y tecnológica está cambiando el mundo, las tasas de crecimiento

[11] *Ibid.*, p. 153.
[12] Especialmente C. V. Kiser, 1944, pp. 383-408; L. Chevalier, 1947.
[13] C. K. Medd, 1925, p. 169.
[14] R. R. Kuczynski, 1948-1953; 1939.

de la población deben ser relativamente bajas, y por tanto las tasas medias de mortalidad deben aproximarse a las de natalidad. Esto se sigue de la naturaleza del crecimiento exponencial, que a lo largo de un período sostenido produce números enormes a partir de incrementos aparentemente bajos. Una tasa de crecimiento tan baja como el 0,5 por 100 anual (que resultaría de una tasa de natalidad superior a la de mortalidad en sólo un 5 por 1000) produciría en un milenio una población quince veces superior a la inicial. Incluso aunque la población de Africa fuese tan alta como 150 millones en 1900, es muy improbable que el continente no contuviera más de 10 millones de personas mil años antes.

Así, es posible pensar en las tasas premodernas de mortalidad como habiendo sido cinco décimas inferiores a las de natalidad. Pero hay que hacer esto con precaución. Es una media durante un período muy largo. En todo el continente pueden haberse producido oscilaciones de población en el último milenio, y es casi seguro que muchas sociedades individuales hayan experimentado desastrosos descensos de población con la subsiguiente recuperación. Sería, sin embargo, sorprendente que la recuperación se hubiera conseguido a través de tasas de crecimiento natural muy superiores al 1 por 100 anual en Africa del Norte antes del comienzo del siglo XIX o en el Africa subsahariana antes de finales del mismo siglo. Estas son tasas medias de natalidad y de mortalidad. Lo que suele pasar —incluso en la Europa premoderna— es que en la mayoría de los años hay más nacimientos que muertes; pero la mortalidad se incrementa durante relativamente pocos años con tasas de muerte extraordinariamente altas debido a desastres como las epidemias, el hambre o la guerra.

De esta manera, si los niveles de fertilidad se han mantenido suficientemente constantes en Africa, algo se puede deducir tanto sobre la fertilidad como sobre la mortalidad en el pasado estudiando las pautas recientes de fertilidad. Desde la mitad de los años cincuenta se han realizado en Africa estudios de población a mayor escala que en cualquier otra parte del mundo [15]. Los datos eran difíciles de interpretar, sobre todo porque los africanos nunca se habían preocupado de tener en cuenta el tipo de información (en particular la referente a la edad exacta) que los demógrafos necesitan por ser importante o cuantificable. Sin embargo, las propias dificultades suscitaron nuevos métodos de análisis (hasta el punto de que el reto de los datos africanos ha revolucionado la metodología demográfica) que han proporcionado mucha información sobre el Africa subsahariana [16].

El patrón revelado tiene más variedad que la que podrían hacer suponer las consideraciones teóricas sobre la estabilidad de las poblaciones a largo plazo (parte de la variedad se puede deber a defectos en la recogida de datos). Sin embargo, está claro que en la mayoría de las poblaciones subsaharianas las mujeres suelen tener una media de 6,5 a 8 hijos vivos en una vida reproductora y la tasa bruta

[15] Ver, por ejemplo, el predominio africano en las listas de estudios sobre fertilidad en W. G. Duncan, 1973.

[16] La metodología se describe en W. Brass y A. J. Coale en W. Brass y otros, 1968, pp. 108-142; A. J. Coale y P. Demeny, 1967. Los descubrimientos e interpretaciones subsiguientes se dan en A. J. Coale y F. Lorimer en W. Brass y otros, 1968; y en A. J. Coale y E. van de Walle en W. Brass y otros, 1968; H. J. Page y A. J. Coale en S. H. Ominde y C. N. Ejiogu (eds.), 1972; y en H. J. Page en J. C. Caldwell (ed.), 1975.

de natalidad es del 50 por 1000 o incluso superior. La excepción es un rectángulo en medio de Africa de unos 5 millones de Km^2 y que comprende Gabón, Camerún, la República del Congo, la República Centroafricana y gran parte del norte de Zaire. Aquí el número de nacimientos por mujer no supera aparentemente la media de seis y desciende en algunas zonas a menos de cuatro, arrojando una tasa de natalidad bruta para toda la región que era con seguridad inferior al 40 por 1000 cuando los niños censados nacían (es decir, desde los años cuarenta hasta principios de los sesenta). La explicación de esas cifras, si no su causa, reside en gran medida en el número de mujeres que no tienen ningún hijo, que alcanza los dos quintos en algunas zonas.

Ciñéndonos a la zona que queda fuera de la de baja fertilidad, podemos arriesgar algunas hipótesis razonablemente aceptables sobre las poblaciones subsaharianas premodernas usando métodos de análisis de población estable [17]. Pero antes hay que resaltar dos resultados problemáticos. Uno es el índice de natalidad, que es muy improbable haya sido alguna vez superior al actual. Puede haber permanecido constante, como indica la estructura de edades registrada durante cincuenta años en los censos de la Costa de Oro y Ghana [18]. Por otra parte, las cada vez mejores condiciones de salud pueden haber reducido la esterilidad y la baja fecundidad, como indican por lo menos los casos de Kenia y Mauricio [19]. Si éste ha sido el caso, es improbable que la fertilidad premoderna fuera inferior al 90 por 100 de la actual y prácticamente imposible que estuviera por debajo del 80 por 100. La otra posibilidad es que la población no se haya mantenido estacionaria, sino que haya estado teniendo una tasa de crecimiento medio del 0,5 por 100 anual durante varios siglos (por razones que se discutirán más abajo). El conjunto de las posibilidades nos permite describir una sociedad donde las mujeres daban a luz de 5,5 a 7 niños vivos por término medio, con un índice de natalidad del 42 al 50 por 1000, y donde la esperanza de vida al nacer fuera de veinte a treinta años con un índice de mortalidad del 38 al 50 por 1000 y una mortalidad infantil de 250 a 375 muertes por cada mil nacimientos vivos. Una suposición intermedia daría como resultado una situación en que la mujer tendría poco más de seis hijos vivos, la población crecería un 0,33 por 100 de media y la esperanza de vida al nacer sería de aproximadamente 22,5 años (nivel parecido al de Roma al final de la República) [20] y donde la tasa bruta de natalidad sería del 48 por 1000, la de mortalidad del 45 por 1000 y la de mortalidad infantil del 300 al 350 por 1000, aproximadamente. Las altas tasas de natalidad del Africa tropical, apoyadas por la cultura y la religión, son sin duda una respuesta a las altas tasas de mortalidad en la que ha sido durante mucho tiempo una de las regiones del mundo más azotadas por las enfermedades.

[17] Usamos los cuadros de la serie «Norte» de A. J. Coale y P. Demeny, 1966, pp. 220-435.

[18] J. C. Caldwell en W. Birminghan, I. W. Neustadt y E. N. Omaboe (eds.), 1967, p. 94.

[19] El índice de natalidad en Mauricio, después de haber sido inferior por término medio al 40 por 1.000 durante todo el siglo, subió del 33 por 100 en 1943 al 50 por 100 en 1950, el mayor aumento ocurrido durante la campaña antimalaria e inmediatamente después; William Brass cree que las tasas de natalidad en Kenia subieron durante la década de 1950 (comunicación personal); y D. J. van de Kaa cree que las tasas contemporáneas de natalidad están subiendo en Nueva Guinea en condiciones de salud y cambio social parecidas a las de otras partes de Africa (D. J. van de Kaa, 1971).

[20] L. I. Dublin, A. J. Lotka y M. Spiegelman, 1936, p. 42.

Este cuadro no es en absoluto sorprendente. Condiciones de salud de este orden han llegado prácticamente hasta nuestros días en las partes más remotas del continente. Los estudios realizados en Malí a finales de los años cincuenta y en Alto Volta a principios de los sesenta han proporcionado datos convergentes que indican una elevadísima tasa de mortalidad cercana al 40 por 1000 e índices de mortalidad infantil que alcanzan, e incluso superan, el 300 por 1000 [21]. Sin embargo, esta situación es incompatible con la estabilidad en la zona de baja fertilidad del centro de Africa si suponemos que las tasas de natalidad que encontramos en ella han persistido en ese nivel desde el pasado. Dados los niveles de mortalidad mencionados más arriba (lo que es un cálculo conservador en vista de que las condiciones de salubridad de las selvas de la zona ecuatorial de la costa occidental han debido de ser durante mucho tiempo peores que en cualquier otra parte), podríamos sacar la conclusión de que en los siglos pasados las zonas con 5 nacimientos de media por mujer habrían experimentado descensos de población en torno al 0,5 por 100 anual, y un 1,5 por 100 anual las que tuvieran una media de 3,5 niños. Estos es inconcebible en períodos prolongados; la última población se reduciría a la mitad cada cuarenta años, y ambas situaciones implicarían unas poblaciones mucho más grandes, durante los primeros años del contacto europeo, que las que hayan sido nunca sugeridas. La conclusión es inevitable: la fertilidad ha bajado en la zona en una época relativamente reciente, y probablemente en el período descrito en este capítulo.

Nuestro objetivo principal aquí será examinar las influencias que hayan podido causar el cambio de población a largo plazo así como las que pudieran haber tenido efectos más dramáticos a corto plazo en el siglo pasado. Se acepta normalmente que la mayor influencia sobre las cifras de población en las sociedades tradicionales ha podido proceder de la disponibilidad de alimentos. Sin embargo, E. Boserup opina que las densidades críticas de población no conducen a una situación malthusiana sino a cambios en los métodos de cultivo: «Los bajos índices de crecimiento encontrados (hasta hace poco) en las comunidades preindustriales no se pueden explicar como resultado de un insuficiente suministro de alimentos debido a la superpoblación, y debemos buscar en otros factores la explicación de las tendencias demográficas..., médicos, biológicos, políticos, etc» [22]. El pasado africano puede muy bien haber sido más complicado que todo esto y las influencias últimas pueden haber procedido de los recursos alimenticios, aunque no han sido tenidos normalmente en cuenta. La tierra que se podía usar para el cultivo era la que no se destinaba a otros usos; por ejemplo, la tierra casi desierta entre reinos en guerra tenía una utilidad distinta como tierra de nadie. En gran parte del continente hay mucho terreno que parece no haber sido usado nunca, sea porque como resultado de la agricultura de recolección espontánea o itinerante por la sabana la mayor parte de la tierra en cualquier momento dado estuviera en barbecho, o porque los cazadores y recolectores necesitaran grandes áreas para su sustento. Sólo muy de vez en cuando golpeaba con fuerza el hambre extrema, causada por la sequía, las plagas de langosta o la desorganización procedente de

[21] P. Cantrelle en J. D. Caldwell (ed.), 1975, p. 102.
[22] E. Boserup, 1965, p. 14.

la guerra o las epidemias. La crisis solía ser demasiado repentina como para permitir cualquier utilización temporal de la tierra en barbecho [23], y en consecuencia se alcanzaban los límites de la capacidad de la tierra, de lo cual resultaba una gran mortalidad y una caída durante décadas en las cifras de población. La presión sobre la capacidad del sistema para producir alimentos era usualmente —pero no siempre— demasiado breve y súbita como para producir los subsiguientes cambios en los métodos de empleo de la tierra que describe Boserup. Tales cambios son más probables cuando las cifras de población apremian persistentemente a la capacidad productora de alimentos del sistema de cultivo, en una situación en que las altas tasas de mortalidad hubieran sido reducidas por medidas sanitarias u otras acciones o donde la suerte y las condiciones geográficas hubieran moderado esas tasas. Durante décadas después de una crisis, las poblaciones permanecen muy por debajo del nivel en que los suministros de comida empiezan a ser insuficientes [24]; crecen, pero muy moderadamente porque están todavía sujetos a los estragos de las temibles enfermedades. La tasa de crecimiento puede crecer de alguna manera, cuando la población disminuye, por la reducción temporal de la comunicabilidad de las enfermedades infecciosas [25], pero esto no pasa siempre porque el desastre puede haber producido tal desorganización en la comunidad (como, por ejemplo, un alto nivel de orfandad) como para que la mortalidad tienda a aumentar por otras causas.

LAS FUERZAS EN CONFLICTO DEL CAMBIO DEMOGRAFICO EN 1880 Y DESPUES

El más claro ataque contra el equilibrio demográfico fue el tráfico de esclavos. Aunque este capítulo se ocupa de un período que empieza justo cuando el tráfico atlántico se habría terminado, es importante discutir su magnitud y sus efectos duraderos.

La historia de cómo ciertas estimaciones de la cantidad de africanos tropicales embarcados hacia América llegaron a ser aceptados convencionalmente, se parece mucho al origen de los cálculos de población basados en Riccioli. Curtin ha demostrado cuán estrechamente han seguido todos los historiadores modernos a Kuczynski, que tomó las estimaciones de W. E. B. Du Bois, que las recibió de las nunca investigadas conjeturas de Edward Dunbar, un americano de mediados del siglo XIX, propagandista de una causa política mejicana [26]. Hasta que algún investigador futuro intente un examen aún más completo de las fuentes originales, no hay más remedio que usar los cálculos de Curtin, que arrojan un total de

[23] Una buena parte de este argumento se basa en un estudio de primera mano de la sequía del Sáhel y Etiopía en los primeros años setenta que se puede encontrar en J. C. Caldwell, próxima publicación.

[24] Para una discusión de este tipo de presión, cfr. W. Allan, 1965.

[25] Como fue aparentemente el caso en los colonos de los siglos XVII y XVIII en América del Norte en contraste con lo que pasaba en las sociedades de las que provenían.

[26] P. D. Curtin, 1969, pp. 3-8; la fuente intermediaria de casi todas estas estimaciones es R. R. Kuczynski, 1936, p. 12.

unos 9,5 millones de esclavos que llegaron a América, con la siguiente distribución por siglos: siglo XV, 34.000 (0,4 por 100); siglo XVI, 241.000 (2,5 por 100); siglo XVII, 1.341.000 (14,0 por 100); siglo XVIII, 5.652.000 (59,1 por 100); y siglo XIX, 2.298.000 (24,0 por 100)[27]. Este movimiento, complementado por una emigración voluntaria muy pequeña a través del Atlántico en el siglo XIX[28], estableció en América una población de, por lo menos parcial, ascendencia africana que en la actualidad supera muchas veces el número de los esclavos transportados y que sitúa a Africa sólo detrás de Europa como fuente de población establecida fuera de su propio continente de origen. La verdadera importancia de este hecho está todavía por estudiar.

La exportación de esclavos (calculada principalmente a partir de los que desembarcaron en América) puede ser estudiada como un índice migratorio, pero teniendo en cuenta que no conocemos realmente el tamaño de la población base de la que fueron arrancados. Usaremos ahora con propósitos ilustrativos las estimaciones media y mínima de Durand[29] (la última porque más adelante intentaremos justificar que puede acercarse más a la verdad que las nuevas estimaciones de población constante). Fijándonos en cuatro períodos, los siglos XVI, XVII, XVIII y la primera mitad del XIX, y calculando índices medios anuales por mil de la población base, la estimación media da tasas de emigración de 0,5 en el siglo XVIII y del 0,4 a principios del XIX, mientras que la estimación mínima sube respectivamente a 0,9 y 0,6. Para el Africa subsahariana las tasas de estimación media durante estos dos períodos serían de 0,6 y 0,4 y las de estimación mínima de 1,1 y 0,6. De todas formas, la mayoría de los esclavos venían de partes restringidas de la costa atlántica de Africa, sobre todo desde Senegal hasta Angola, proviniendo en su mayor parte de una franja costera de 500 kms. Suponiendo que estas zonas hubieran tenido alrededor de un tercio de la población africana subsahariana, podemos calcular tasas para los cuatro períodos de, respectivamente, 0,1, 0,6, 2,5 y 1,8 según las estimaciones medias y de 0,2, 0,8, 3,1 y 1,9 según las bajas. A esto se debería añadir las muertes adicionales ocasionadas por la esclavitud. Las pérdidas en el viaje por el Atlántico parecen haber disminuido de quizás un quinto en los dos primeros siglos a un sexto y un décimo en los siglos XVIII y XIX respectivamente[30]. Había también bastantes muertes en Africa durante la captura y la marcha hacia la costa. Parte de esta mortalidad adicional habría tenido lugar de todos modos, porque los análisis de los orígenes de los esclavos en el Africa occidental dejan claro que los esclavos para vender eran más abundan-

[27] Según los cuadros de las páginas 116, 119, 216 y 234 de P. D. Curtin, 1969. En la reunión de expertos sobre el tráfico de esclavos africanos realizada en Port-au-Prince, Haití, bajo los auspicios de la UNESCO del 31 de enero al 4 de febrero de 1978, no se llegó a ningún acuerdo sobre el número exacto de esclavos transportados a América. Se opinaba en general que la cifra correcta estaba en algún punto entre 15 y 30 millones. Ver el informe final de la reunión, Ref. CC-78 / CONF. 601/7, UNESCO, París, 17 de julio de 1978, y J. E. Inikori, «Slave Trade and the Atlantic Economies, 1451-1870», documento de trabajo presentado en la reunión, CC-76 / WS / 22, París, 1 de octubre de 1976.

[28] Por ejemplo, el traslado de 36.100 africanos a las Indias occidentales británicas entre 1841 y 1867. Ver G. W. Roberts, 1954, p. 235.

[29] Construyendo estimaciones sobre los siglos XVI y XVII a partir de los métodos de Durand.

[30] P. D. Curtin, 1969, pp. 275-286.

tes cuando existían guerras internas, como, por ejemplo, las conquistas de los fulanis en Nigeria, que producían grandes cantidades de refugiados y prisioneros [31]; pero, sin duda, la existencia del mercado de la costa incrementó la violencia gratuita que producía víctimas por los desórdenes adicionales y la aplicación más rigurosa de las normas acostumbradas. Por ello, las tasas calculadas más arriba deberían aumentarse probablemente en algo menos de la mitad en los siglos XVI y XVII, un tercio en XVIII y quizás un quinto en el XIX.

Esta cantidad de pérdidas, incluso si se aplican a las estimaciones bajas de población, no producen niveles para toda Africa durante los siglos XVIII y XIX superiores a 1,3 y 0,7 respectivamente. Esto se compensaría con una diferencia media de un punto entre los índices de natalidad y de mortalidad (es decir, un índice de crecimiento natural anual del 0,1 por 100). Si nos fijamos sólo en el Africa subsahariana, los índices se convierten en 1,4 y 0,8 respectivamente; mientras que de una restricción mayor, a un tercio de esta población, resultan niveles de 4,2 y 2,9. Estos últimos índices podrían producir un descenso de la población o detener una tendencia hacia el crecimiento, en ausencia de otros cambios importantes que tendieran a aumentar el índice, porque el incremento natural en las sociedades premodernas raramente parece haber alcanzado niveles medios tan altos como el 0,4 por 100 durante períodos largos. La región en la que la población descendió con seguridad fue la costa de Cabinda a Luanda y las zonas interiores correspondientes durante el siglo XVIII y principios del XIX (ver la Fig. 18.1). La costa y el interior, incluso si tenemos en cuenta mucho de lo que hoy es Angola y Zaire, y hasta parte de Zambia, difícilmente pueden haber contenido más de 4 millones de personas y sin embargo han debido proporcionar bastante más de un millón de esclavos sólo en el siglo XIX. Suponiendo pérdidas, según la fórmula empleada más arriba, de cerca de un 1 por 100 anual resulta con casi total seguridad una población descendente y la despoblación de varias zonas, especialmente en Angola.

¿Cuáles eran, pues, los efectos que perduraban en 1880? La esclavitud exterior era menor entonces: esclavos del sur del Sudán fueron trasladados Nilo abajo hacia Etiopía, Africa oriental y quizás el Medio Oriente durante algunos años más; y la esclavitud *de facto* continuó desde Angola hacia las plantaciones de Santo Tomé y Príncipe hasta 1913. El tráfico desde Zanzíbar (ahora parte de Tanzania) prácticamente cesó después de 1873 y nunca había sido tan masivo como el tráfico atlántico, aunque probablemente haya producido una emigración de la gente lejos de las principales rutas interiores, sobre todo las que iban al este a través de Tabora. En el continente había todavía una esclavitud interior, como se demostró en el informe de 1904 sobre el Africa occidental francesa, según el cual casi un cuarto de la población sufría algún tipo de servidumbre [32], pero el impacto demográfico fue seguramente pequeño. Aunque para 1880 el tráfico atlántico tenía ya cuatro siglos de antigüedad, la mitad de la esclavitud se había producido después de 1770, primero como respuesta al *boom* del algodón americano y a las crecientes demandas brasileñas después.

[31] *Ibid.*, p. 260.
[32] J. Suret-Canale, 1971, p. 66.

Durante este período de poco más de un siglo, la suma de los que fueron transportados con éxito a través del Atlántico más los que habían muerto durante la captura y el posterior transporte fue de alrededor de seis millones, de los cuales unos 4,5 millones pueden haber sido hombres y 1,5 millones mujeres [33]. El porcentaje de estas personas que en otro caso habrían vivido probablemente hasta 1880 es pequeño: un cuarto de millón a lo sumo, teniendo en cuenta el descenso del número de transportados después de 1840. Sin embargo, una mayor pérdida se derivó del transporte de mujeres. Incluso con los niveles reproductores netos de una población estacionaria, el millón y medio de mujeres habría dejado una descedencia de 3 millones de hijos sobrevivientes (por tanto, un número de descendientes igual a la suma del de las mujeres y sus parejas), y un pequeño nivel de crecimiento natural (0,3 por 100 anual) podría elevarlo hasta 3,25 millones en 1880, dado que la mayor parte de los esclavos fueron llevados en la primera parte del período. De esta manera, un déficit total de 4 millones de personas podría ser una estimación razonable. Esto sería un déficit pequeño para Africa o el Africa subsahariana en su conjunto: quizás un 4 ó 5 por 100 respectivamente, el equivalente a un índice de crecimiento natural del 0,5 por 100 anual durante ocho o diez años. Pero la situación habría sido muy diferente para la principal región de origen de los esclavos, donde, si partimos de los mismos supuestos que anteriormente (es decir, que la zona contenía un tercio de la población subsahariana) el déficit habría sido del 15 por 100, equivalente al crecimiento natural durante una generación.

Hay dos supuestos discutibles implícitos en estos cálculos. El primero es que la población de finales del siglo XVIII y del siglo XIX no estaba constreñida por límites malthusianos, al poder ser incrementados los suministros de alimentos mediante cultivos adicionales o cambios en el tipo de alimentos consumidos. Si esto no fue así la población habría crecido normalmente muy poco, pero lo bastante deprisa como para llenar el déficit dejado por el esclavismo antes de su disminución, según lo cual el tráfico habría tenido muy poco impacto en los números totales. Por otra parte, hemos aceptado una cierta limitación malthusiana al considerar la primera mitad de los esclavos transportados, los llevados en los tres siglos anteriores a 1770. Si esta suposición no estuviera garantizada (y si la proporción de los sexos en los cargamentos de esclavos fuera más o menos constante) podríamos aceptar un déficit máximo de 4 millones de personas si el moderado crecimiento natural se hubiera limitado al período posterior a 1770, y de 5 millones si no hubiera sido así. El segundo supuesto, mucho menos discutible, es que la universalidad del matrimonio femenino en Africa, asegurada incluso en zonas de desequilibrio entre los sexos por la práctica de la poligamia, implica que el traslado de un gran número de varones haya tenido pocas consecuencias en la reproducción. De hecho, fue la institución africana del matrimonio la que limitó los daños producidos por el tráfico de esclavos.

Un cambio más sutil, que puede tener un mayor impacto demográfico, afectó también a las regiones de origen de los esclavos y otras zonas cercanas durante

[33] Proporción de sexos tomada de P. D. Curtin, 1969, p. 41, nota 37.

medio milenio. Nos referimos a los cambios en los hábitos alimenticios introducidos por los contactos con el exterior.

Parte de la población más densa de Africa se encuentra actualmente en los trópicos húmedos que se extienden alrededor de la costa del Africa occidental hasta la cuenca del Congo y aún más lejos, hasta las montañas del Africa oriental. La mayor parte de la zona estaba al principio cubierta por espesas selvas, y mucha lo está todavía. Ahora viven allí dos quintos de la población del continente, pero esto no fue siempre así. Lo más extraordinario de esta vasta región es que una gran parte de su alimentación es de un tipo que era desconocido allí hace quinientos años. Los estudios sobre la alimentación del Africa subsahariana [34] y otras informaciones adicionales demuestran que el cazabe (mandioca) es ahora el producto de consumo más común en la costa que va desde Costa de Marfil hasta Angola y en el interior hasta las estribaciones occidentales de las coordilleras del Africa oriental. El producto complementario más frecuente en esta zona es el maíz, que se convierte en alimento principal en Angola y una extensa área del Africa oriental que se extiende desde Kenia hasta Lesoto y Natal. En Ruanda y Burundi los principales productos de consumo alimenticio son, por orden de importancia, las judías, batatas, mandioca y patatas.

La revolución neolítica, según algunos expertos aunque otros no estén de acuerdo con ellos, llegó a Africa a través de Egipto hace unos seis mil años y alcanzó la sabana del Africa occidental hace tres mil años más o menos [35]. La agricultura tuvo un éxito sorprendente; se domesticaron especies silvestres en Etiopía y Africa occidental y hubo incluso elevadas culturas neolíticas como la de Nok en el norte de Nigeria. La conquista del Africa tropical, más húmeda, por la agricultura tuvo menos éxito, aunque el ñame que cultivaban allí era resistente a la lluvia y crecía suficientemente bien en los bordes de las selvas, igual que la variedad africano-occidental del arroz. Al principio de la era cristiana, plantas más apropiadas para el Africa ecuatorial, como el plátano (sobre todo en su variedad grande y no dulce) y el ñame asiático, alcanzaron Africa oriental y se extendieron lentamente hacia el oeste [36]. Pero la conquista de la selva fue un proceso largo y lento y la agricultura y la población aumentaron lentamente dentro de sus límites, tan despacio que incluso en el siglo XV la parte selvática del norte de la cuenca del Congo parece haber estado habitada sólo por cazadores y recolectores dispersos y actualmente hay todavía áreas considerables ocupadas por estos pobladores [37].

En términos de historia demográfica lo importante es que la selva era el hogar de muy poca gente hace quinientos años. Las excepciones principales eran las orillas de los ríos, la costa y las rutas interregionales importantes. Un ejemplo de

[34] M. P. Miracle en C. Gabel y N. R. Benett (eds.), 1967, pp. 201, 225. Miracle demostró convincentemente la insuficiencia de los datos antropológicos usados por G. P. Murdoch, 1960, y el valor de los cuidadosos estudios de muestras tomados en la misma época por las organizaciones gubernamentales. Con reservas suscitadas por las críticas de Miracle, hemos usado aquí a Murdock como fuente complementaria.

[35] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, p. 25; G. P. Murdock, 1960.

[36] R. Hallet, 1970, pp. 16 s. Ver también C. O. Sauer, 1952, pp. 34 s.

[37] D. F. Mc Call, 1964, pp. 142 s.; D. W. Phillipson, 1977, pp. 220-230.

lo primero en Nigeria es la zona de lagunas a ambos lados de Lagos, de lo segundo Old Oyo y de lo tercero Ife y Benin en la ruta que cruza el Níger en el punto más bajo donde es accesible y atravesable antes de alcanzar el delta (ver Fig. 18.1). Desde entonces el movimiento hacia la selva ha continuado a ritmo creciente y no está en absoluto terminado. Tomando otro ejemplo nigeriano, contemporáneo éste, la apertura de la selva húmeda al sur de Ondo (y al sudeste de la superpoblada Yorubalandia central) a la agricultura intensiva ha sido en gran parte consecuencia de la construcción de la carretera de Ijebu Ode a Benin en el inicio de los años sesenta de nuestro siglo.

Sin duda, el proceso de población de la selva se ha basado casi completamente en el crecimiento natural y no en la inmigración. Es igualmente claro que el proceso se aceleró en el siglo XIX y que se estaba realizando a una velocidad sin precedentes en el período cubierto por este estudio. El maíz sólo alcanzó algunas partes de la cuenca norte del Congo después de 1830, llegando a ser el cultivo más importante de los zandes alrededor de 1900. Era una planta conocida en Kenia en la década de 1880, pero hasta finales de siglo sólo tuvo importancia en la costa[38], llegando a cultivarse extensamente en Uganda, Ruanda y Burundi sólo en las primeras décadas de este siglo[39]. La fuerte irrupción de la mandioca fue todavía posterior. En Africa occidental su extensión fue frenada por falta de conocimientos sobre su preparación y la manera de quitarle todo el veneno hasta que los brasileños (africanos de vuelta de Brasil donde ellos o sus antepasados habían sido transportados como esclavos) llegaron a la costa de Guinea en el siglo XIX y enseñaron a preparar el gari (harina de mandioca), que «parece haberse extendido desde los centros brasileños a la mayoría de las antiguas zonas de cultivos de ñame, creyéndose que su expansión haya sido más rápida desde 1900»[40]. La mandioca se empezó a cultivar en Senegal desde 1900, y en Nigeria, norte de Níger y Benue desde la década de 1920[41]. Todos los datos apuntan a lo mismo. Los arroces asiáticos han sustituido completamente al arroz indígena, especialmente en la parte más occidental de Africa, durante el siglo pasado y el actual; mientras que incluso las variedades más antiguas de ñame (taro) fueron complementadas durante el siglo XIX por la introducción de nuevos tipos desde el Pacífico[42].

El historiador de la alimentación notará el revolucionario cambio que había tenido lugar en la dieta. El demógrafo, sin embargo, debe subrayar que hay muchas cosas que han cambiado en el Africa subsahariana durante quinientos años que no han podido dejar de influir en el crecimiento de la población, y que estos cambios estaban todavía acelerándose a finales del siglo XIX, provocando un impacto especialmente fuerte en las zonas en las que se habían cogido los esclavos.

Estas fueron las principales fuerzas que determinaron el cambio de la población, pero indudablemente hubo otras. El comercio fue una, pero es discutible si las actividades comerciales trajeron consigo la prosperidad y la posibilidad de

[38] M. P. Miracle, 1966, pp. 95-99.
[39] M. P. Miracle en C. Gabel y N. R. Bennett (eds.), 1967, pp. 219 s.
[40] W. O. Jones, 1959, p. 79.
[41] *Ibid.*, pp. 80-84.
[42] B. F. Johnston, 1958, p. 26.

comprar comida en tiempos de necesidad y quizás algún tipo de atención sanitaria en los pocos lugares donde existía, en mayor grado que trajeron enfermedades debido al mayor contacto con extranjeros. En 1880 las principales materias primas eran el algodón en Egipto, el clavo en Zanzíbar, el azúcar en Natal y una zona cacahuetera en expansión en Senegal, mientras en Argelia se estaba desarrollando una agricultura de asentamientos europeos basada principalmente en el trigo y el vino. Un aspecto del comercio tuvo casi ciertamente un efecto perjudicial para la salud, y es la inundación del continente por bebidas alcohólicas fuertes. Había dos razones para tal comercio: en primer lugar, que el alcohol se podía producir con pocos costes en Europa y ser vendido en Africa con beneficios inmensos; y en segundo lugar, que en economías sin medios de intercambio generalmente aceptados, había verdaderos problemas sobre el tipo de bienes que se aceptaban a cambio de los productos en Africa [43]. Mary Kingsley consideraba el tráfico de alcohol puro menos perjudicial que el cánnabis [44], opinión que compartió un comité que investigó el tráfico de licores en 1909 [45]. Las bebidas alcohólicas se distribuían a gran escala, frecuentemente como salario. En 1894 la mitad de los ingresos totales del gobierno y el 95 por 100 de los derechos de aduana del protectorado de la costa de Níger procedían de las bebidas alcohólicas; en 1894 los ingresos gubernamentales procedentes de esta fuente totalizaban casi 2 millones de libras [46]. Aunque al acta de Bruselas de 1892 intentó sin lograrlo limitar el comercio en el Congo (ahora Zaire), no fue regulado con éxito en el Africa tropical hasta poco antes de la primera guerra mundial.

Dudas del mismo tipo se pueden albergar respecto a otra de las mercancías habituales, las armas de fuego. Fueron éstas las que permitieron a un número relativamente pequeño de gente controlar grandes cantidades de esclavos, como demostraron las experiencias árabe y etíope en el Africa oriental. A la larga, las zonas más avanzadas comercialmente fueron las que primero crearon una infraestructura comercial, administrativa y civil: puertos, carreteras, establecimientos comerciales, una agricultura en desarrollo y no de mera subsistencia y finalmente escuelas y centros sanitarios, y posiblemente niveles de mortalidad en disminución. En el Africa occidental hubo una tendencia a que las zonas más afectadas por el tráfico de esclavos estuviesen a la cabeza en tales desarrollos; parte del talento comercial de los igbos y los asantes se formó casi con seguridad durante la época de dicho tráfico. Está demostrado que en Africa del Norte el alcantarillado, la recogida de basuras y otras medidas sanitarias estaban en marcha a mediados de siglo en ciertas ciudades egipcias y argelinas, debido al deseo de proteger a las nuevas poblaciones europeas, pero afectando sin duda también a la población indígena. En la década de 1840 el impacto de tales medidas en Argel era especialmente grande, igual que el esfuerzo francés para dominar el cólera [47].

[43] Ver los comentarios de H. M. Stanley, citados en L. Middleton, 1936, p. 288.
[44] M. H. Kingsley, 1897, pp. 662-668.
[45] R. Schram, 1971, p. 115.
[46] *Ibid.*, pp. 114 s.
[47] J. R. Morrell, 1854, p. 87.

EL IMPACTO DEL COLONIALISMO

Una de las justificaciones más habituales de la expansión europea que empezó en los años ochenta del siglo pasado fue que las nuevas administraciones estables reducían la mortalidad que se cobraban las guerras interétnicas y las incursiones esclavistas. Lugard hizo mucho énfasis en esto, asegurando que las áreas más desertizadas de Nigeria demostraban la existencia de devastaciones periódicas[48]. Ciertamente había alguna inseguridad en el Africa precolonial, como se ve en la ubicación defensiva de muchas aldeas, desde las cuales sólo se producían movimientos de campesinos a zonas agrícolas mejores cuando su seguridad estaba garantizada[49].

El argumento de la mayor seguridad resulta cierto a largo plazo, pero es muy cuestionable en lo que se refiere a las primeras décadas. La inestabilidad africana aumentó con el contacto europeo. En cualquier caso, fue casi con seguridad exagerada por los administradores y misioneros europeos, pues cada uno de ellos intentaba justificar el tipo de orden nuevo que traía. El objetivo de muchas de las incursiones anteriores no era capturar personas, sino robar ganado y grano[50], aunque es incuestionable que sus dueños corrían riesgos intentando protegerlos. Lo que fue subrayado con menor frecuencia por los nuevos regímenes fue la gran pérdida de vidas humanas que se produjo en ciertas partes de Africa por su intervención. Las muertes no solían producirse al extenderse la administración, sino como consecuencia de la represión de las rebeliones y las posteriores expediciones de castigo que, según parece, producían un daño mayor por el hambre que resultaba del trastorno del ciclo agrícola de subsistencia. Ejemplos son los miles de nativos muertos en Senegal en 1866 por oponerse a la construcción de un ferrocarril[51], y en la guerra ndebele en Rhodesia del Sur (ahora Zimbabwe) en 1893, la dilatadísima represión de la rebelión batetela en el Estado libre del Congo entre 1895 y 1907, y una serie de episodios en el Africa del suroeste alemana (ahora Namibia) entre 1901 y 1906. Desastres mayores afligieron a Tanganica (Tanzania actualmente), donde los alemanes adoptaron una política de «tierra quemada» en la rebelión maji maji de 1905-1906 de la cual se derivaron quizás cientos de miles de muertes por hambre[52], y donde la lucha entre fuerzas británicas y alemanas a lo largo de la primera guerra mundial elevó sin duda de nuevo los niveles de mortalidad. Más compleja, pero ciertamente debida de manera indirecta a la presencia de los europeos, fue la devastación causada en zonas alrededor de la nación zulú desde 1800 y en las guerras zulúes desde 1879 hasta la última rebelión en 1906. La ocupación no zanjó tampoco todas las disputas internas. Algunas incluso se enconaron porque los administradores o los misioneros tomaron partido por un grupo étnico. En algunas partes del continente la paz colonial per-

[48] F. D. Lugard, 1929, p. 66.
[49] R. M. Prothero, 1965, pp. 39 s.; R. M. Prothero en J. C. Coldwell y C. Okonjo (eds.), 1968, p. 252.
[50] W. M. Macmillan, 1938, pp. 47 ss.
[51] P. Gaffarel, 1905, pp. 80-84.
[52] Ver C. J. Martin, en K. M. Barbour y R. M. Prothero (eds.), 1961, donde se encuentran estimaciones de hasta medio millón de muertes.

mitió a los pueblos agricultores invadir las tierras de los nómadas, como pasó en los dominios de los massais y los tuaregs.

Es verdad que en algunas zonas las administraciones estables produjeron aparentemente poblaciones crecientes en el siglo XIX; es lo que parece que pasó desde principios de siglo en Egipto cuando Muḥammad'Alí extendió el regadío y la sanidad [53] y en Argelia cuando los franceses lograron eliminar toda oposición en 1879 [54]. La necesidad de estabilidad, sobre todo cuando una administración civil en vez de una militar llegó a ser lo normal a finales de siglo, surgió de la demanda por parte de las potencias metropolitanas de que sus administraciones coloniales en Africa fueran económicamente autosuficientes [55]. A esto se debe la creciente concentración en las comunicaciones y en la producción para la exportación.

Quizás el principal problema demográfico en los años anteriores a la primera guerra mundial estribó en la llamada «cuestión laboral» y los planes de concesiones en el Africa central.

A finales del siglo XIX la idea fundamental de los colonizadores era que las colonias tenían que resultar rentables. Que se lograse o no dependía completamente del trabajo de los africanos. La rentabilidad dependía del transporte de los bienes, que requería porteadores en la mayor parte del Africa tropical, porque la mosca tse-tsé impedía el uso de animales de carga y la falta de carreteras y ferrocarriles el de vehículos a motor y con ruedas. En el Africa central el producto más rentable era al principio el marfil, que implicaba una enorme cantidad de trabajo para transportar los colmillos. Con el desarrollo del neumático para velocípedos en los últimos años ochenta y para automóviles en los noventa se produjo una gran demanda de goma (la primera plantación malaya empezó a producir en 1910). Mientras tanto Africa tropical y Sudamérica cubrieron la demanda de goma silvestre, encontrada en Africa sobre todo en las vides y cuya recolección y procesamiento inicial requería también una gran cantidad de mano de obra.

La dificultad consistía en que los agricultores de subsistencia tenían pocas necesidades y a menudo les parecía que el empleo regular olía a esclavitud [56] y que estas tareas eran más propias de mujeres [57]. Los europeos, frustrados al ver esfumarse grandes beneficios, simpatizaban poco con tales actitudes: «El miedo tuvo que tomar el lugar de la ambición o la codicia como motivo efectivo que les hiciera trabajar» [58]. Las soluciones fueron primitivas y a menudo brutales. Para los proyectos gubernamentales se recurrió a los trabajos forzados, siendo los jefes los que decidían quiénes debían trabajar. Se impusieron tributos individuales y por cabañas, con, en algunas zonas y con más frecuencia en los primeros años del sistema, la posibilidad de librarse de pagarlos a cambio de trabajo. Los mossis de Alto Volta intentaron al principio, por la introducción de los impuestos tras la conquista francesa de 1896, aumentar la producción y el comercio, pero

[53] C. V. Kiser, 1944, pp. 385 ss.
[54] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, p. 150.
[55] *Ibíd.*, pp. 204 ss.
[56] J. C. Mitchell en K. M. Barbour y R. M. Prothero (eds.), 1961.
[57] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, p. 202.
[58] W. G. B. de Montmorency, 1906, p. 149.

pronto los jóvenes empezaron a buscar empleo estacional remunerado en la Costa de Oro, sólo para encontrar los impuestos triplicados entre 1906 y 1910[59]. El sistema tuvo una larga historia; se usó como parte del nuevo intento colonizador francés en la década de 1920, cuando los mossis se emplearon en los ferrocarriles de Costa de Marfil y otros proyectos orientados a mejorar la infraestructura del Africa occidental francesa, aunque los porteadores fueron siendo sustituidos diez años más tarde a medida que los camiones eran más abundantes[60]. Además, los africanos también se alistaron y reclutaron en el ejército y la policía. En algunas áreas se traía mano de obra de ultramar, como en la importación de indios para construir el ferrocarril entre Mombasa y Uganda a principios del presente siglo y para cultivar azúcar en Natal ya desde 1860. Por todas partes había movimiento de trabajadores para concentrarlos en los lugares donde hacían falta o porque algunos pueblos africanos eran considerados como trabajadores mejores o más dispuestos por su más largo contacto con una economía comercial o por las características previas de sus culturas específicas.

Una gran parte de este movimiento de mano de obra en el tercio de siglo posterior a 1880 fue acompañado por una mortalidad espantosamente alta. A menudo se enviaba a los trabajadores a zonas en las que estaban expuestos a nuevas enfermedades; pero además los africanos, inmunes a la malaria en sus regiones de origen, padecían no sólo de malaria maligna en las otras zonas, sino también de melanuria[61]. Algunos de los trabajadores emigrantes no observaban las cuidadosas disposiciones sanitarias ampliamente extendidas en Africa, en particular la defecación en zonas exteriores a los pueblos y alejadas de los ríos[62], contaminando de esa manera el suministro de agua y propagando la disentería y las recientemente aparecidas fiebres tifoideas y paratifoideas. Ciertamente, las condiciones de los campos de trabajo favorecían la expansión de las enfermedades venéreas y la diarrea. Los trabajadores, portadores de gran cantidad de lombrices y otros agentes nocivos frecuentes en el Africa tropical, trabajaban a veces con más esfuerzo del que habían pensado fuera posible para ellos, y caían enfermos. Muchos de los trabajadores se debilitaban por el hambre, en parte porque se les daba una comida muy distinta de la que estaban acostumbrados, pero en parte también porque los porteadores y los demás eran subalimentados debido a que los europeos no se ocupaban de ellos, quizá creyendo, de alguna manera, que los africanos vivían del aire[63]. Se sabe poco de los índices de mortalidad del siglo XIX, pero en 1915 el cónsul británico en Santo Tomé y Príncipe anunció un índice del 100 por 1.000 entre los trabajadores contratados del lugar[64], mientras que se ha calculado un índice parecido para los trabajadores forzados del ferrocarril entre Brazzaville y el mar en 1922[65]. Esta tasa contrasta con una del 150 por

[59] E. P. Shinner en H. Kuper (ed.) 1965, pp. 60-63.
[60] M. L. Bates en V. Harlow y E. M. Chilver (eds), 1965, p. 625.
[61] H. B. Thomas y R. Scott, 1935, p. 309.
[62] R. H. Faulkingham, J. H. Belding, L. J. Faulkingham y P. F. Thorbahn, 1974, pp. 31-35; I. O. Orubuloye, s. f., p. 77.
[63] R. R. Kuczynski, 1939, pp. 50 s.; J. Suret-Canale, 1971, pp. 26 ss.; E. P. Skinner en H. Kuper (ed.), 1965, p. 65.
[64] E. D. Morel, 1920, pp. 157 s.
[65] R. R. Kuczynski, 1939, p. 162.

1.000 en el ferrocarril de Camerún poco antes de la primera guerra mundial[66]. Los mossis tenían un dicho a propósito de esta situación, «el trabajo del hombre blanco se come a la gente», y la administración francesa de Alto Volta intervino para aumentar las raciones y los salarios de los trabajadores de la construcción de Costa de Marfil durante los años veinte para reducir el número de vidas perdidas[67]. En las plantaciones había unas condiciones de vida igualmente malas, como lo demuestra la pérdida producida en Camerún en 1902 de un quinto de la mano de obra[68].

La peor situación era la del Africa central, en el Estado libre del Congo (más tarde Congo belga y Zaire después), Congo francés (más tarde Africa Ecuatorial Francesa) y el Camerún alemán, casi en la misma zona del cinturón de baja fertilidad. Aproximadamente desde 1890 se daba a ciertos concesionarios toda la producción de la tierra en extensas zonas del Estado libre, y el sistema se completó con la creación del «domaine privé»* de Leopoldo desde 1892. En una década el sistema se propagó a las otras dos regiones y permaneció intacto hasta casi la primera guerra mundial. André Gide encontró restos importantes todavía a finales de los años veinte[69].

Los sistemas tenían grandes semejanzas. Los africanos descubrieron que ya no era suyo ni el marfil que habían logrado reunir y que tenían que matar elefantes y estragar la selva para conseguir marfil y goma. Parte de la gentuza con menos escrúpulos de Europa llegó a Africa para convertirse en agentes de los concesionarios, y se les permitió hasta un grado extraordinario utilizar los medios de la administración colonial, incluyendo el ejército, la policía y los tribunales. Los tributos y el trabajo obligatorio fueron, aunque en teoría estaban limitados, reinterpretados por los agentes, de manera que resultaba de ellos un trabajo tan continuado que el cultivo de productos alimenticios y, por tanto, la alimentación, sufrían considerablemente. La población rechazó cada vez más trabajar para otros y entregar lo que había sido siempre una propiedad común. El encarcelamiento era un castigo insatisfactorio, porque reducía la mano de obra disponible. En su lugar se emplearon los azotes, mutilaciones, toma de mujeres y niños como rehenes, quemas de aldeas y una gran cantidad de muertes. Indudablemente, las enfermedades y el hambre destruyeron la organización tradicional del trabajo campesino y produjeron la emigración de aldeas enteras[70]. Nadie realizó censos adecuados de la población, pero todos coinciden en que hubo un enorme descenso de ésta. Probablemente, el fundamento de tales estimaciones ha estribado en cálculos exagerados de las cifras anteriores y en el número de poblaciones vacías a lo largo de los caminos y las orillas de los ríos de las que la gente había huido. Pero es difícil evitar la conclusión de que la población disminuyó en la región

[66] *Ibid.*, p. 61.
[67] E. P. Skinner en H. Kuper (ed.), 1965, p. 65.
[68] R. R. Kuczynski, 1939, p. 58.
* Territorio privado. En francés en el original. *(N. del T.)*
[69] Gide, 1939, *passim*.
[70] Muy documentada en gran parte por la discusión suscitada en Europa durante el período. Ver J. Suret-Canale, 1971; E. D. Morel, 1906; 1920; L. Middleton, 1936, e incluso oficina de información y relaciones públicas, Congo belga y Ruanda-Urundi, *Belgian Congo*, vol. I, Bruselas, 1959.

entre 1890 y 1920 o incluso más tarde (la teoría de que millones de nativos fueron a los territorios británicos cercanos no es confirmada por los informes y censos de esas zonas). Es más difícil, pero quizás no imposible, imaginar que la cantidad de enfermedades (venéreas y otras infecciones) padecidas en este período redundase en un alto nivel de esterilidad femenina cincuenta o más años después. También es difícil aceptar que la situación en esta región esté adecuadamente cubierta por una publicación reciente de las Naciones Unidas que habla de «shock cultural» y «procesos de ajuste» [71].

Finalmente, la penetración colonial acabó produciendo un gran incremento de la población. Esto se debió en parte al establecimiento de una base económica que se ve en los múltiples desarrollos expuestos en los capítulos anteriores. Algunos de los más espectaculares fueron el desarrollo de las exportaciones de aceite de palma del delta del Níger, el descubrimiento de diamantes y oro después en Sudáfrica entre 1870 y 1900, el desarrollo de una industria de cultivo del cacao en la Costa de Oro en la última década del siglo XIX y el descubrimiento de inmensos yacimientos de cobre entre el Congo y Rhodesia del Norte (ahora Zambia) en los primeros años del presente siglo.

Sin embargo, el progreso que probablemente constituyó el impacto principal sobre el nivel de mortalidad fue la expansión de las carreteras y los ferrocarriles. A finales de los años veinte se había construido casi toda la red de ferrocarriles y las carreteras estaban mejorando; a finales de los treinta un número no muy grande de camiones llegaban a casi a todas las partes del continente. Esta red permitiría a los gobiernos y comerciantes enviar alimentos a las zonas afectadas por el hambre. La mera existencia de una red de transportes y de una moneda corriente aceptada a lo largo de grandes distancias fomentó la producción de un excedente de alimentos para el mercado. Aproximadamente desde 1920, las muertes por hambre disminuyeron de manera constante en relación a la magnitud del déficit de lluvias, y las grandes tasas de mortalidad, que mantenían el alto nivel medio, empezaron a disminuir. Hasta ese momento, incluso países como Uganda podían experimentar unas cien mil muertes por hambre en un solo año, como parece que ocurrió en 1918-1919 [72].

Los misioneros tuvieron probablemente un pequeño pero real impacto en la mortalidad, aparte de los hospitales que establecieron. Una autoridad afirma que «sus discípulos asimilaron... al menos un cierto sentido de cómo desenvolverse adecuadamente en las nuevas condiciones de vida creadas por el sistema colonial» [73].

Por último, ¿qué efecto tuvo la medicina *occidental* en Africa? Brevemente se puede responder que, aparte de las medidas de emergencia contra ciertas epidemias, los escasos servicios existentes se esforzaban principalmente por salvar a los europeos hasta la primera guerra mundial; después, los servicios se fueron haciendo accesibles para los trabajadores africanos que todavía eran justificadamente considerados como la principal fuente de riqueza en Africa, mientras que

[71] Naciones Unidas, 1973, p. 31.
[72] D. A. Low en V. Harlow y E. M. Chilver (eds.), 1965, p. 110.
[73] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, p. 204.

la medicina de masas apenas se desarrolló antes de mediados del presente siglo. Poco más podían hacer los servicios médicos, como se ve en el hecho de que todavía en 1939 se les concedió un presupuesto de sólo dos chelines per cápita en Costa de Oro y de cinco peniques en Nigeria [74].

Las enfermedades que padecía la población eran terribles. Todavía en la década de los treinta se informaba así de las condiciones en Kampala: «Todos los pacientes que esperan tratamiento sufren latente o activamente de malaria, y albergan una o más variedades de helmintos. Del 50 al 80 por 100 tienen o han tenido sífilis o frambesia o ambas, y lo mismo se puede decir de la gonorrea, mientras que la lepra, espirilosis y disentería, entre otras enfermedades, no son raras en absoluto» [75]. Entre los helmintos estaban el anquilostoma, las infecciones de *Ascaris*, las esquistosomiasis, la filariasis y la lombriz de Guinea. A éstas hay que añadir la enfermedad del sueño (tripanosomiasis) y las importadas recientemente como la tuberculosis y el cólera. Casi hasta el final del siglo XIX los europeos eran mucho más propensos a sucumbir ante las enfermedades indígenas, como lo demuestra el hecho de que el índice de mortalidad a principios de siglo en las fuerzas británicas del Africa occidental eran nueve veces mayores entre los soldados europeos que entre los africanos [76].

Europa no estaba bien equipada médicamente para sus empresas africanas. Al principio del siglo XIX la esperanza británica de vida al nacer era de menos de 40 años; a finales de siglo las de Gran Bretaña, Francia y Alemania eran de unos 47 años, con índices de mortalidad cercanos al 20 por 1.000 y unas tasas de mortalidad infantil de casi 200 por 1.000 [77]. Por otra parte, la revolución médica tardó en fijar su atención en las enfermedades tropicales. Aunque la vacuna de la viruela se conocía desde el siglo XVIII (en gran parte porque la enfermedad no era específicamente tropical) los modos de contagio de la elefantiasis, malaria y fiebre amarilla sólo se establecieron en 1877, 1897 y 1900 respectivamente. Aparte de la quinina y un restringido uso de compuestos de arsénico contra la sífilis y frambesia, el desarrollo de medicamentos y vacunas contra las enfermedades tropicales sólo se comenzó a producir en los años veinte. Sin embargo, en Europa se establecieron escuelas de medicina tropical ya en 1897 en Liverpool y Londres, 1.900 en Hamburgo, 1901 en Bruselas, seguidos más tarde por París, Burdeos y Marsella, y en Africa en 1912 en Ciudad de El Cabo y 1918 en Dakar.

En el Africa tropical la medicina gubernamental fue durante largo tiempo incumbencia del ejército, si bien pequeños hospitales civiles empezaron a aparecer en la última década del siglo pasado. Desde 1840, cuando el primer médico de misión llegó a Sierra Leona, había médicos misioneros esparcidos a lo largo del Africa occidental, incluidos algunos africanos (sobre todo de Sierra Leona). Estos servicios se preocupaban sobre todo de salvar soldados, administradores y mi-

[74] R. R. Kuczynski, 1948-1953, vol. I, p. 10.
[75] H. B. Thomas y R. Scott, 1935, pp. 303 s.
[76] Calculado a partir de los datos de R. R. Kuczynski, 1948-1953, vol. I, p. 16, que ofrece el alto índice de mortalidad para los soldados europeos del 427 por 1.000 y del 46 por 1.000 para los africanos.
[77] N. Keyfitz y W. Flieger, 1968, pp. 32-36; L. I. Dublin, A. J. Lotka y M. Spiegelman, 1936, p. 61.

sioneros, aunque también se les ofrecía cierta atención a los soldados africanos, trabajadores del gobierno y personal de las misiones. El éxito real sólo se alcanzó a principios del siglo XX, como se advierte en los altos índices de mortalidad de los oficiales europeos en la Costa de Oro, que cayeron de un nivel de 76 por 1.000 en las dos últimas décadas del siglo XIX al 31, 22 y 13 respectivamente en 1902, 1903 y 1904, e incluso, teniendo en cuenta la composición por edades, llegaron a ser comparables con los de Gran Bretaña hacia 1912 [78]. Se ha sostenido que la explicación de estos índices reside en las medidas sanitarias contra la malaria y la fiebre amarilla, los avances en el tratamiento de las enfermedades tropicales y la vida en barrios aislados. Las medidas sanitarias han debido de tener algún impacto en el número relativamente pequeño de africanos que vivían en los principales centros administrativos, especialmente en Lagos, tras las medidas tomadas en los primeros años del presente siglo por el gobernador William McGregor y el doctor Donald Ross (que había descubierto el mecanismo de transmisión de la malaria). El uso de métodos europeos para mejorar la salud africana fue relativamente insignificante, en parte porque Europa ofrecía mayores alicientes después de la primera guerra mundial y en parte porque las potencias coloniales recortaron los gastos sanitarios ante el golpe de la depresión de los años treinta. En 1924 Nigeria debía tener en teoría un médico por cada 200.000 personas, pero de hecho sólo un cuarto de estos puestos estaban cubiertos. En realidad, en 1939 la proporción de médicos respecto al número de habitantes era menor que en 1914 [79]. Incluso estas cifras exageran la posibilidad de que un africano recibiese atención sanitaria, porque en los años treinta doce hospitales cubrían las necesidades de 4.000 europeos mientras que sólo había cincuenta y dos para cuarenta millones de africanos [80].

En la ausencia de muchos doctores, los servicios de tratamiento extensivo dependían en realidad de si se podían establecer clínicas rurales que proporcionasen los cuidados adecuados llevados por auxiliares médicos, y de si se podían organizar proyectos locales de autoayuda. En Nigeria se abrió un dispensario en Ibadán en 1904 y le siguieron otros en las aldeas yorubas los años siguientes [81]. En 1910 el gobierno de Sierra Leona premió a los jefes de las dos aldeas de cada distrito que hubieran mostrado mayores progresos sanitarios [82]. En 1934 había en Uganda hospitales en todas las localidades principales y ochenta y ocho dispensarios en las zonas rurales que realizaron 1.378.545 asistencias durante el año citado [83]. No se debería exagerar la importancia de estos cambios: en muchos dispensarios había pocos medicamentos y el personal no estaba seguro de qué hacer, como ha seguido sucediendo en gran parte del Africa rural hasta la actualidad. André Gide, visitando establecimientos sanitarios en Bétou, en el río Ubangui, a finales de la década de los veinte, comentaba con dureza que los únicos suministros reci-

[78] R. R. Kuczynski, 1948-1953, vol. I, pp. 17 s.
[79] *Ibid.*, pp. 9 s.
[80] W. Rodney, 1972, p. 225.
[81] R. Schram, 1971, p. 125.
[82] Anón., 1910 (a).
[83] H. B. Thomas y R. Scott, 1935, pp. 304 s.

bidos para combatir las enfermedades del Africa central eran yodo, ácido bórico y sales de Glauber [84].

La principal reducción de la mortalidad africana (por supuesto en el período cubierto por este capítulo) ha sido probablemente conseguida atacando los periódicos aumentos de mortalidad causados por el hambre y las epidemias. Parte de esta reducción puede haber sido una mera compensación del aumento de ciertas enfermedades causado por la presencia europea. Casi todos los estudiosos anteriores a la primera guerra mundial opinaban que las epidemias de la enfermedad del sueño, que se produjeron a lo largo del Africa tropical en esa época, habían sido causadas en gran parte por las actividades europeas y a menudo afirmaban que las nuevas comunicaciones y la acción destructiva sobre los matorrales habían extendido la mosca tse-tsé o la habían acercado a las aldeas [85]. Del mismo modo, la llamada epidemia de sífilis en Uganda en los primeros años del siglo fue considerada como un nuevo fenómeno y tomada tan en serio que de la campaña contra ella resultó la fundación del Servicio Médico de Uganda. Se dice que en Camerún era desconocida la sífilis en 1895, llegando a estar ampliamente extendida en 1905. La verdad sobre la sífilis africana es probablemente más compleja: el microbio que la causa es tan parecido al de la frambesia que es difícil imaginar que alguna forma de sífilis no hubiera tenido una larga historia en el continente [86]; mientras que hay pruebas fehacientes de que las formas malignas de la sífilis se propagaron desde las zonas mineras de Sudáfrica, parece que la sífilis endémica más suave pudiera haber estado extendida desde mucho antes y haber sido transmitida por algún tipo de vacunación en Uganda [87].

Las campañas contra las enfermedades, cada vez más insistentes desde los primeros años del siglo, tuvieron aparentemente cierto éxito. Los británicos atacaron la enfermedad del sueño manteniendo la mosca tse-tsé alejada de la población: evitando el uso de agua de las zonas deshabitadas, arrancando arbustos y, más espectacularmente, removiendo poblados, como se hizo en las riberas del lago Victoria. Los franceses trataron un gran número de casos individuales, siendo especialmente notable el trabajo del doctor E. Jamot usando un compuesto de arsénico, el atoxyl. En una zona del Camerún con 124.000 habitantes, que fue tratada de esta manera, se registró en 1924 un índice bruto de mortalidad del 81 por 1.000 del cual 36 puntos se podían atribuir a la enfermedad del sueño; en 1930 la epidemia había sido vencida en esa región. En Uganda, donde la enfermedad del sueño había sido detectada por primera vez en 1901, se dice que en 1906 había causado unas 200.000 muertes; cuando empezaron los grandes movimientos de población; pero para 1918 había la suficiente confianza en que la enfermedad es-

[84] A. Gide, 1930, p. 33.

[85] Los análisis recientes han confirmado las primeras opiniones, aunque difieren ligeramente en cuanto a las razones. En A. J. Duggan, 1962, se afirma que la enfermedad del sueño se transmitía por el movimiento más libre de personas y animales permitido por las administraciones coloniales; mientras que J. Ford, 1971, lleva más lejos este argumento sugiriendo que un amplio conjunto de nuevos tipos de movimientos de personas, animales domésticos y animales salvajes se había hecho posible, lo que alteró esencialmente el equilibrio ecológico favoreciendo, durante un período considerable, importantes brotes de la enfermedad.

[86] F. Cartwright y M. D. Biddiss, 1972.

[87] J. N. P. Davies, 1956, pp. 1041-1055.



• *Una leprosería móvil trabajando en una aldea al norte de Bangui, Ubangui-Chari.*

taba siendo contenida como para permitir a algunas personas volver a sus antiguas zonas [88]. Los brotes de peste bubónica no eran en absoluto raros en el primer tercio del presente siglo: en la primera década se informó de 6.000 casos en Egipto, con 3.000 fallecimientos [89]; casi 60.000 muertes se habían registrado en Uganda hasta 1932 [90]; y hubo otros brotes en Accra en 1908, Lagos en 1924 y más generalizadamente en las zonas yorubas de Nigeria en 1925 [91]. Las medidas de control en el Africa occidental británica indicaban que la enfermedad podría ser contenida; durante el brote de Accra la ciudad fue cerrada y se administraron 35.000 dosis de la vacuna de Haffkine. Las epidemias de fiebre amarilla se habían producido desde Senegal hasta Sudán a intervalos impredecibles. En 1927 se había elaborado una vacuna en los laboratorios Rockefeller de Yaba, en las afueras de Lagos, pero como no se usó a gran escala hasta la Segunda Guerra Mundial, los éxitos contra la enfermedad hasta 1935 se debieron a la eliminación de los mosquitos en las zonas urbanas y al uso de mosquiteros. No está claro que la lepra descendiese en este período; en Nigeria se usó aceite de pincarrasco desde los primeros años veinte, pero en 1938 se estimaba que todavía un 1 por 100 de la población padecía la enfermedad [92]. La vacunación contra la viruela se realizaba a tan pequeña escala que a finales de los años treinta sólo se había producido una reducción significativa de la enfermedad en Costa de Oro y Nigeria meridional [93]. En contraste, el contacto con los europeos y la participación en la primera guerra mundial lograron que la epidemia de gripe de 1918-1919 se extendiera a lo largo de Africa produciendo probablemente el más elevado índice de mortalidad anual de este siglo, aunque el aumento del índice no fuera seguramente tan alto como en Asia porque muchas poblaciones africanas estaban todavía protegidas por un aislamiento relativo. Los índices de mortalidad seguían siendo enormes en las minas de Sudáfrica en los primeros años del presente siglo; en 1907, una comisión informativa sobre la situación en el Transvaal se fijó en los índices de mortalidad, que eran a la sazón del 71 por 1.000 entre los africanos tropicales en comparación con el 28 de los africanos del Sur templado y el 19 entre los blancos, habiendo descendido los índices desde 135, 35 y 20 respectivamente dos años antes [94]. En la mayor parte del continente se había progresado poco en la lucha contra el mayor azote de todos, la malaria, que debilitaba, cuando no mataba, y producía muchas muertes atribuidas a otras causas.

MOVIMIENTOS DEMOGRAFICOS HASTA 1935

El intento de este análisis, mucho más detallado, de las fuerzas demográficas más probables en juego en Africa, que refuerza los intentos anteriores de calcular

[88] D. A. Low en V. Harlow y en E. M. Chilver (eds.), 1965, p. 111.
[89] Anón., 1910 (b).
[90] H. B. Thomas y R. Scott, 1935, p. 309.
[91] R. Schram, 1971, pp. 121 s., 196.
[92] *Ibid.*, p. 231.
[93] R. R. Kuczynski, 1948-1953, vol. I, pp. 11 s.
[94] Anón., 1911. De todas formas ver también Anón., 1913, donde se informa que ciertas preguntas

los cambios en las cifras generales de población, no conduce a ninguna certeza real sobre las tendencias. La clave del cambio ha estado indudablemente en los niveles y tendencias de la mortalidad. No hay pruebas de que los cambios en la fertilidad hayan tenido un excesivo impacto en el continente en su conjunto. La fertilidad puede perfectamente haber decrecido durante un período en la zona de baja fertilidad del Africa central; el proyecto Princeton opinaba que un análisis de la fertilidad por edades indicaba que esto había sucedido en el período aquí examinado en partes del norte de Camerún, República Centroafricana, Gabón, Níger, Sudán y Zaire[95]. Ha podido haber un cierto aumento de la fertilidad en algunos lugares debido a la mejor salud femenina, pero tales progresos, como hemos visto, no fueron importantes antes de 1935; en cualquier caso, las pruebas que tenemos a partir de los datos sobre la estructura de edades indican una sorprendente estabilidad[96]. Pueden haberse producido cambios en las pautas de poliginia, pero, aunque se ha solido creer que la institución hacía disminuir la fertilidad, los datos del Africa tropical sugieren que los efectos de este tipo son mínimos: las mujeres unidas en poliginia podrían tener menos partos por término medio que las monógamas por una mayor tendencia a añadir esposas a los matrimonios insuficientemente fértiles y porque el levirato es la fuente de algunas esposas en las uniones polígínicas[97].

Hay pruebas inequívocas de crecimientos de la población durante las primeras décadas de nuestro siglo en las zonas con estadísticas adecuadas, como en Egipto, donde la población puede fácilmente haberse duplicado entre 1882 y 1937[98], Costa de Oro, donde el crecimiento aparente de más de un tercio entre los censos de 1921 y 1931 no se puede deber enteramente a la mejora en la elaboración de los mismos[99], y Sudáfrica, donde tanto las cifras totales como las de africanos casi se duplicaron entre los censos de 1904 y 1936. Pero estas eran zonas de prosperidad o acción administrativa excepcionales, como se ve en parte en la existencia de censos, y hay que admitir que sus poblaciones crecieron más rápidamente que las del continente en su conjunto. Supuestas todas estas dificultades y repitiendo que nadie conocerá nunca la población de Africa antes de nuestro siglo, las siguientes tendencias parecen más plausibles que las presentadas hasta la fecha. En gran parte por la invasión de las selvas tropicales por los agricultores, un índice de crecimiento del 0,25 por 100 anual para todo el continente (y probablemente del 0,5 por 100 en la selva) parece un cálculo razonable para el período de 1.500 a 1.840, suponiendo que el rápido cambio de los alimentos consumidos en el siglo XVIII y principios del XIX contrapesase los estragos del tráfico de es-

---

en el parlamento de Sudáfrica habían obligado al ministro de asuntos nativos a admitir que los índices de mortalidad de los trabajadores de las minas habían sido sistemáticamente rebajados, excluyendo las muertes en los *residential compounds* donde, todavía en 1913, la suma de las muertes mensuales arrojaban índices del 200 por 1.000 o más.

[95] W. Brass y otros, 1968, *passim*.

[96] Para Ghana entre 1921 y 1960; J. C. Caldwell en W. Birmirgham, I. W. Neustadt y E. N. Omaboe (eds.), 1967, p. 94; y para el norte de Nigeria entre los censos de 1952-1953, C. K. Meek, p. 180, y E. van de Walle en Brass y otros., 1968.

[97] Ver H. V. Musham, 1951, pp. 354-363; P. O. Ohadike, 1968, pp. 264-268.

[98] C. V. Kiser, 1944, pp. 385 ss.

[99] J. C. Caldwell en W. Birmingham, W. I. Neustadt y E. N. Omaboe (eds.), 1967, pp. 20-23.

clavos. Con la disminución de dicho comercio no es aventurado proponer un aumento del índice hasta un máximo del 0,5 por 100 alrededor de 1880, que volvería a descender con el impacto de la partición y ocupación europeas del Africa subsahariana. Aunque el crecimiento de la población siguió siendo vacilante en algunas zonas hasta la primera guerra mundial, el aumento de las poblaciones en partes del norte y del sur de Africa, y probablemente en Costa de Oro, bien pudiera haber compensado el ataque al Estado libre del Congo y al Congo francés de 1900, de manera que podemos aceptar que el crecimiento de la población continental alcanzó un mínimo de aproximadamente el 0,25 por 100 a principios de siglo y que siguió aumentando después, llegando a una media del 0,5 por 100 hasta 1920 y del 1 por 100 entre esa fecha y 1935. Proyectando retrospectivamente, a partir de la cifra aceptada de 165 millones en 1935 [100], tenemos las siguientes estimaciones de población para varias fechas: 47 millones en 1500; 104 millones de 1840; 120 millones en 1880; 129 millones en 1900; 142 millones en 1920; 165 millones en 1935.

La base de la proyección es la idea de que la revolución neolítica se ha ido moviendo lentamente a través del Africa subsahariana durante tres mil años, trayendo consigo un uso más intensivo de la tierra y unos asentamientos más densos. Por su resultado, con un crecimiento sostenido de la población, sólo puede ser comparada con las estimaciones mínimas de Durand, y ambas series están casi de acuerdo en la magnitud de la población alrededor del año 1500. Pero implica menores tasas de crecimiento durante los siglos XIX y XX y en este período se acerca mucho más a las estimaciones medias de Durand. La proyección sugiere que Africa tenía una población de unos 120 millones al principio de nuestro período y que creció un 37,5 por 100 durante los siguientes cincuenta y cinco años alcanzando los 165 millones en 1935.

REDISTRIBUCION DE LA POBLACION Y URBANIZACION

Estos cincuenta y cinco años contemplaron un flujo de población que tuvo mucho que ver a la hora de determinarse la naturaleza de la nueva Africa. Un aumento de 45 millones significa que no todo el mundo podía permanecer exactamente en el mismo espacio ocupado por sus antepasados, y la aceleración del movimiento de la gente hacia las zonas desocupadas. De manera más significativa, desde la última década del siglo pasado en el Africa occidental —antes en Sudáfrica y algo más tarde en el Africa oriental— trabajadores emigrantes empezaron a recorrer largas distancias en busca de empleo remunerado. Al principio les movía la necesidad de pagar los impuestos, pero más tarde el deseo de adquirir bienes e ir a lugares lejanos se volvió más fuerte; al principio casi todos eran emigrantes estacionales, pero poco a poco la emigración a más largo plazo fue adquiriendo mayor importancia [101]. A finales de los años veinte casi 200.000 emigran-

[100] Calculada según las estimaciones de las Naciones Unidas ajustadas de acuerdo con los nuevos conocimientos demográficos a partir de los censos posteriores a la Segunda Guerra Mundial.
[101] J. C. Caldwell, 1968, pp. 361-377.

tes anuales iban desde la sabana a la Costa de Oro y Nigeria [102]. Los gobiernos limitaron poco los movimientos de población, excepto en Sudáfrica y Rhodesia del Norte y del Sur, donde los desplazamientos se restringieron a varones adultos temporales por el miedo a los asentamientos y las presiones de los sindicatos blancos [103].

En último término, una gran parte de estas corrientes migratorias no desembocaban en las plantaciones y minas sino en las ciudades, asegurando de esta manera núcleos suficientemente grandes como para sostener las administraciones nacionales y las industrias secundarias. Africa tenía, por supuesto, antiguas ciudades en el valle del bajo Nilo, y otras más recientes en el Magreb, la sabana del Africa occidental, las zonas yorubas de Nigeria y la Costa de Oro central. Sin embargo, en 1880 sólo una persona de cada trescientas, más o menos, vivía en poblaciones con más de 100.000 habitantes, frente a quizás una por cada cincuenta en Asia y una de cada quince en Europa [104].

El verdadero cambio tuvo lugar en nuestro período, especialmente en el Africa subsahariana. En el Africa tropical, si excluimos Nigeria y sumamos las poblaciones de dieciséis ciudades que tendrían importancia en el siglo XX, podemos calcular un total de alrededor de 80.000 habitantes en 1880; en 1930 esta cifra se había quintuplicado, superando el medio millón (y estableciendo así una base para un aumento de más de diez veces en los siguientes cuarenta años). En 1931 la población de Dakar había aumentado hasta 54.000 habitantes; Freetown había alcanzado los 44.000, pero esto era sólo el doble de la población medio siglo antes; Accra tenía 60.000; Addis Abeba, 65.000; Nairobi, 48.000; Dar el Salaam, 25.000. En Nigeria la escala era diferente: Ibadán contaba con una población de 400.000 habitantes, pero probablemente ya tenía 150.000 al comienzo del período; Lagos había quizás doblado su población llegando a 126.000; otras diez ciudades yorubas tenían una población total de casi medio millón, lo que podía suponer poco más de la que tenían medio siglo antes; mientras, en el norte, Kano había doblado probablemente su población en cincuenta años desde 1880 hasta 89.000, y otras once ciudades habían aumentado en total de quizás 150.000 a 200.000 habitantes [105]. En el Sahel la población de las ciudades históricas se hallaba en descenso, en parte porque no estaban entre los principales centros administrativos franceses; en 1931, Tomboctú, Gao y Mopti tenían una población en conjunto de sólo unos 15.000 habitantes. En Africa del Norte muchas de las ciudades históricas habían conservado su importancia; en nuestro período, El Cairo, Alejandría y Argel habían triplicado sus poblaciones hasta más de 1.000.000, alrededor de 600.000 y 250.000, respectivamente; en 1914 otras catorce antiguas ciudades del Magreb habían alcanzado un total que se aproximaba al millón y medio, lo que representaba al menos una duplicación en medio siglo, y en Sudán Jartum-Omdurmán tenían entre ambas 159.000 habitantes. En 1931 las catorce ciudades más grandes del Africa meridional (Sudáfrica, Rhodesia, Angola y Mo-

[102] J. Suret-Canale, 1971, p. 246.
[103] R. Oliver y J. D. Fage, 1962, pp. 219 s.
[104] Calculado a partir de P. M. Hauser en P. M. Hauser (ed.), 1957, pp. 53-95.
[105] La mayor parte de las cifras de las ciudades nigerianas son de W. Bascom, 1959, pp. 29-43.

zambique) sumaban una población total que superaba ampliamente el millón, quizás diez veces superior a la de medio siglo antes, y Johannesburgo se acercaba a 400.000 habitantes. En el Africa subsahariana la gente se trasladaba a los nuevos puertos, ciudades mineras y administrativas que dirigían la región y doblaban su tamaño aproximadamente cada veinte años; en Africa del Norte había algunas ciudades nuevas, pero el crecimiento se producía sobre todo en las antiguas, y la población se estaba duplicando cada treinta y cinco años más o menos. En medio siglo estas grandes ciudades habían crecido unos cuatro millones y el equilibrio regional había cambiado tanto que, de toda la gente que se encontraba en esos grandes núcleos urbanos, la proporción de Africa del Norte había bajado de tres cuartos a menos de tres quintos, Africa del Sur había subido de un quinceavo a un sexto y Africa tropical de un quinto a un cuarto (mientras que, dentro del Africa tropical —omitiendo Nigeria—, había aumentado de un cuarto a un tercio).

UNA BASE PARA EL FUTURO

En 1935 Africa había resistido con éxito la commoción demográfica de la colonización europea. El número de sus nacimientos en esa época superaba con mucho el de sus muertes, y en muchas partes del continente, especialmente en las ciudades en crecimiento, la vida no era ya tan precaria. Es cierto que los índices de mortalidad eran todavía muy altos —en el total del continente el índice de mortalidad era todavía bastante superior al 30 por 1.000 y la esperanza de vida al nacer de poco más de 30 años—, pero fueron las enfermedades del Africa tropical, más que cualquier otro factor, las que habían mantenido a raya al invasor y salvado a Africa de convertirse en otra América Latina. Incluso así, la población blanca del continente había aumentado treinta veces, de 25.000 en 1800, que se encontraban sobre todo en El Cabo, a tres cuartos de millón en 1880, de los cuales cinco sextos estaban en Sudáfrica, Argelia y Egipto. En 1935 se habían vuelto a multiplicar por cinco hasta 3,75 millones, la mitad de los cuales estaban en Sudáfrica, un cuarto en Argelia y un quinto en el resto de Africa del Norte. Durante ese mismo período, los asiáticos (casi todos ellos indios, a excepción de unas pocas comunidades chinas entre las cuales destacaba por su tamaño la del Rand) aumentaron de unos 50.000 a más de un tercio de millón, y dos tercios de ellos estaban en Sudáfrica. El cambio se acercaba pero pocos lo percibieron con claridad, como se ve nítidamente en una seria estimación europea de las cifras raciales en Argelia en los años veinte: «La mayoría de los franceses en Africa tienen poco que temer allí, aunque hubiera algún otro intento grave de derrocar la autoridad; porque, como señalan, hay más de ochocientos mil europeos por cinco millones y medio de nativos que tienen poca cohesión y no podrían hacer mucho más que entregarse a insurrecciones esporádicas» [106].

En 1935 Africa estaba al borde de un rápido crecimiento de la población, que

[106] G. Casserley, 1923, p. 50.

llevaría sus cifras —que habían crecido ya según nuestras estimaciones de 120 millones en 1880 a 165 millones— a 200 millones a finales de los años cuarenta, 300 millones a mediados de los sesenta e inevitablemente 400 millones a mediados de los setenta. De estos últimos, 50 millones estarían en ciudades con más de 100.000 habitantes, una gran diferencia respecto al Africa del reparto de la década de 1880 con su controversia sobre la creación de una fuerza de trabajo.

Finalmente, es pertinente preguntar si estos enormes cambios fueron en gran parte, o incluso totalmente, resultado de la penetración colonial. Es indudable que la descomposición de las poblaciones estables, que condujo en el Estado libre del Congo y el resto del Africa central a un aumento del índice de mortalidad, a la lenta reducción de la mortalidad en otras partes del continente durante el siglo XIX y en toda Africa en el presente siglo, y al progresivo asentamiento de la población en ciudades o regiones mineras, debieron casi todo a la revolución industrial y al creciente contacto con personas de sociedades industrializadas. Gran parte de este proceso habría tenido lugar igualmente sin el dominio colonial: los comerciantes habrían hecho crecer los centros comerciales; las escuelas médicas europeas se habrían interesado en el problema de proteger a los comerciantes y demás pobladores de las enfermedades tropicales; los misioneros habrían establecido las bases de un sistema hospitalario.

Sin embargo, el dominio colonial directo aceleró indudablemente todos estos procesos. Se puede afirmar, y con toda certeza para el final de nuestro período, que ayudó a reducir las grandes cifras de mortalidad importando y utilizando de manera cada vez más intensa y efectiva una tecnología de control de las epidemias y creando un sistema moderno de transportes capaz de distribuir alimentos en las zonas de hambre. La necesidad de centros administrativos fomentó el crecimiento de nuevas ciudades, y las garantías proporcionadas por las administraciones de seguridad personal e inversora a los ciudadanos de sus metrópolis aceleraron el desarrollo de establecimientos comerciales, minas y plantaciones. Sin las administraciones coloniales los empresarios europeos podrían haber sido todavía más voraces y bárbaros de lo que fueron. Los europeos solían justificar la penetración colonial refiriendo estos logros. Sin embargo, la historia de Latinoamérica y China demuestran que, con el tiempo, la mayor parte de estos beneficios habrían sido conseguidos de todas formas; el proceso de industrialización era irreversible, y un *modus vivendi* con Africa y otras regiones en vías de desarrollo, de las cuales se podían obtener las materias primas necesarias, era fundamental.

Capítulo 19

LAS REPERCUSIONES SOCIALES DEL DOMINIO COLONIAL: LAS NUEVAS ESTRUCTURAS SOCIALES

A. E. AFIGBO

CAMBIO Y CONTINUIDAD

En las mitologías rivales del imperialismo europeo y el nacionalismo colonial, el cambio era una innovación introducida por el dominio colonial en las llamadas sociedades tradicionales. Para los defensores del imperialismo, el cambio, aplicado a los pueblos coloniales, significaba progreso, una dramática y beneficiosa transición lineal desde una cultura tradicional estática y poco productiva a un modernismo dinámico e ilimitado. Pero para los nacionalistas coloniales el término connotaba primariamente una irrupción violenta y desorganizadora, el proceso por el cual unos imperialistas indiferentes e incomprensivos destruyeron el idílico mundo de los pueblos coloniales dejando en su lugar confusión, inestabilidad e incertidumbre.

A pesar de estas actitudes diferentes, las dos mitologías rivales comparten ciertos supuestos relativos al cambio y a las sociedades tradicionales en la situación colonial. Entre ellos están las ideas de que las sociedades tradicionales eran básicamente estáticas y por tanto antitéticas respecto a los valores modernos como resultado de lo cual la relación natural entre ellos era de conflicto; que los nuevos valores, actitudes y estructuras debían necesariamente eliminar los correspondientes aspectos tradicionales cuando se pusieran en contacto; y que en cualquier colonia e incluso región geográfica dada, las sociedades tradicionales respondían uniformemente al impacto de la cultura europea.

Recientemente, sin embargo, los investigadores han mostrado que dichos supuestos son infundados porque las sociedades a las que se impuso el dominio europeo estaban lejos de ser estáticas. Eran por el contrario el producto de generaciones, o incluso siglos y milenios, de cambios. Se puede, de hecho, afirmar que «la

modernización de Africa ha sido un proceso continuo desde los primeros tiempos». Ingredientes tales como la especialización ocupacional, urbanización, movilidad social o incluso migraciones laborales, comúnmente asociadas al cambio y la modernización, se daban en el Africa precolonial.

Tampoco se puede aplicar el modelo polar «tradicional moderno», con todas sus implicaciones concomitantes de conflicto e incompatibilidad, a todo el espectro de la experiencia africana del cambio bajo el colonialismo. Hubo muy diversas variantes en la reacción de las culturas africanas ante las innovaciones occidentales. No sólo fueron rechazadas o modificadas ciertas costumbres o creencias, sino que también algunas fueron conservadas en un nivel de la sociedad a la vez que nuevas alternativas eran aceptadas en otro nivel. Así, mientras el sacrificio humano, el tráfico de esclavos y la matanza de niños eran abandonados en las sociedades en que dichas prácticas habían existido, y las viejas y las nuevas ideas se amalgamaban en la esfera de la religión, el ideal europeo del matrimonio monógamo, aceptado como parte de la imagen pública esperada en sectores de la élite occidentalizada, coexiste legalmente con la institución de la poligamia entre las masas rurales y urbanas. Hoy en día existen a la vez en Africa las tradiciones arquitectónicas indígena y europea, la etnicidad local y el nacionalismo, economías cerradas locales y regionales y una economía monetaria nacional, vida urbana y rural, instituciones burocráticas occidentales y autoridades locales tradicionales, escuelas coránicas y occidentales.

Así, muchas instituciones e ideas indígenas africanas resistieron con facilidad el impacto de, o incluso se mezclaron con, los ajenos valores europeos. Está por ejemplo el caso de los igbos, que han asumido masivamente las costumbres occidentales. Según Sylvia Leith-Ross, un igbo de los años treinta podía, sin ningún problema, unir la sagrada comunión y la magia y la medicina tradicionales y plantar «juntos en el jardín, alrededor de su nueva casa de cemento, con depósito en el tejado, el hibisco de la "civilización" y el árbol *ogirisi* de los ritos familiares paganos» [1]. Margaret Read ha mostrado cómo los ngunis integraban la iglesia cristiana y la educación occidental en su sociedad, usando ambas como instrumentos para asegurar la supervivencia de su cultura en el mundo moderno. Ellos no ven contradicción ni tienen dificultad en combinar los ritos cristianos y los tradicionales ngunis en las ceremonias de boda y funerales [2]. El profesor Fallers ha descrito también cómo algunos grupos ugandeses aceptaban «entusiasmada y ampliamente» muchos elementos de modernización, si bien limitando su influencia y adaptándolos a la cultura y la estructura social tradicionales. Los africanos coloniales se daban cuenta del hecho elemental de que la aceptación de «nuevas formas aumentaría el abanico de alternativas» [3] accesibles para ellos.

Una fácil generalización de la respuesta de las sociedades africanas al impacto europeo está pues condenada al error. Se deben tener siempre en cuenta la inmensidad territorial del continente, la rica diversidad y abigarramiento de las culturas africanas, las diferencias de las psicologías y temperamentos individuales y grupales y, por tanto, el hecho de que la respuesta, incluso ante estímulos parecidos,

[1] S. Leith-Ross, 1939, p. 293.
[2] M. Read en V. Turner (ed.), 1971, p. 362.
[3] J. R. Gusfield en J. L. Finkle y R. W. Gable (eds), 1971, p. 19.

debe variar no sólo de individuo a individuo o de sociedad a sociedad, sino también de momento en momento en la misma sociedad y el mismo individuo. En Nigeria la atención se ha solido centrar en las diversas respuestas de los igbos, los yorubas y los «hausa-fulanis» frente al gobierno indirecto. En Kenia, los kikuyus aceptaron las innovaciones occidentales para adaptarlas a sí mismos, mientras que muchos de sus vecinos adoptaron la posición opuesta.

Se puede, por tanto, aceptar que el cambio como tal no era nuevo en el Africa colonial y que no hubo ninguna sociedad africana que no fuese afectada considerablemente con el contacto europeo o que simplemente se marchitase ante él. Se puede también afirmar que con el dominio colonial la ideología del cambio empezó a ser asumida conscientemente por los dominadores de Africa y los que aspiraban a unirse a ellos. Incluso los oficiales coloniales, que estaban fuertemente comprometidos con la política y la práctica del gobierno indirecto, con su énfasis en la preservación de las instituciones y valores tradicionales, reconocían la necesidad de cambio. Incluso bajo el gobierno indirecto se esperaba que las instituciones y los gobernantes indígenas sirvieran como medio para introducir reformas en pequeñas dosis y de manera aceptable para la autoridad colonial. Todas las administraciones coloniales veían el *cambio* como el único modo de modernizar Africa y unirla a la órbita de Occidente en beneficio de éste. Las élites indígenas apoyaron el *cambio* como una manera de poner de pie Africa y hacer de sus Estados miembros de pleno derecho de a comunidad de naciones.

LAS PRINCIPALES FUERZAS DEL CAMBIO

Las fuerzas que desempeñaron el papel principal en el cambio de la estructura y el carácter social del Africa colonial son fáciles de enumerar: el propio hecho de la conquista colonial con el consiguiente establecimiento político, educación occidental, cristianismo occidental, potencia económica occidental y aumento de la urbanización. Los detalles de cómo la mayor parte de estas fuerzas —sobre todo la conquista militar, la conquista política, la consolidación y la explotación económica— penetraron en Africa y se arraigaron firmemente a su sociedad se han dado en otros capítulos de este mismo volumen. Falta por hacer lo mismo brevemente con la urbanización y la educación occidental antes de pasar a un análisis de los efectos sociales producidos por la acción conjunta de todas las fuerzas.

Respecto al proceso de urbanización es necesario subrayar que esta importante fuerza de cambio no fue introducida en Africa durante el dominio europeo. Por el contrario, había estado operando allí —con todas las oportunidades que ofrecía de especialización ocupacional, concentración de población, movilidad social, etc.— durante siglos antes de la imposición del colonialismo europeo. Las costas del norte, este, oeste y sur de Africa al igual que, por ejemplo, algunas tierras interiores como el cinturón de Sudán y Yorubalandia, eran todos centros de una antigua y continuada concentración urbana gracias al impacto favorable de la consolidación política y el comercio internacional. Pero no se puede negar que el dominio europeo dio un nuevo impulso a la urbanización de Africa, reforzando las fuerzas económicas y políticas que apuntaban ya en esa dirección. El



• *Vista general de Lagos, Nigeria, uno de los principales puertos del Africa occidental colonial.*

resultado fue el surgimiento de nuevos núcleos urbanos en lugares, como los territorios Igbo e Ibibio de Nigeria, que no habían experimentado previamente la urbanización, así como la expansión de los núcleos antiguos. Esto lo logró principalmente creando mejores medios de comunicación, nuevos centros políticos, administrativos y comerciales y de explotación minera y agrícola. A este respecto, es digno de ser mencionado el que entre 1850 y 1950, el siglo crítico para el continente, el del contacto y el dominio europeos, el índice anual de crecimiento de la población urbana de Africa fue del 3,9 por 100, frente a una media mundial del 2,6 por 100, lo que arroja mucha luz sobre el grado de crecimiento de la urbanización en todo el Africa colonial. La nueva explosión del desarrollo y la expansión urbanas significó invariablemente un aumento de su papel catalizador del cambio social.

Al contrario que en el caso de la urbanización, la educación occidental fue llevada a Africa por Europa, aunque no se extendió sólo por la acción de ésta. Es correcto afirmar que la revolución educativa de Africa se produjo por la actuación conjunta de tres grupos de interés: las misiones cristianas, los gobiernos coloniales y la iniciativa africana local, por orden de importancia. Para las misiones cristianas la escuela era una institución clave, al tratarse del medio más eficaz para el reclutamiento de adeptos y para la creación de congregaciones que se autoperpetuasen y cuyos miembros asegurasen la supervivencia del cristianismo en caso de que los misioneros blancos tuvieran que irse. La educación y la evangelización estaban tan estrechamente ligadas que para muchas partes de Africa la colocación de la tienda del misionero era sinónimo del levantamiento de una escuela. Se dice que entre los ngunis la apertura de una iglesia ha ido siempre precedida por la apertura de una escuela [4].

Las administraciones coloniales, por su parte, esperaban conseguir a través de la escuela el personal de bajo nivel que necesitaban para surtir las escalas inferiores de la burocracia colonial, para crear las condiciones —políticas, económicas, sociales y morales— que permitirían a Europa explotar al máximo lo que consideraba como los, hasta entonces, insuficientemente aprovechados recursos de Africa. Para esto las administraciones coloniales no sólo establecieron y mantuvieron escuelas básicamente laicas sino que también apoyaron los esfuerzos educativos de los misioneros mediante subvenciones. Además, los asentamientos políticos que realizaron permitieron a las misiones adentrarse en el corazón del continente sin temer por la seguridad de sus agentes. Las escuelas laicas de los gobiernos eran particularmente importantes para la propagación de la educación occidental en muchas partes islamizadas de Africa, donde se temía que la acción libre de los misioneros pudiera provocar reacciones violentas de los musulmanes.

Respecto a la iniciativa local, es importante hacer notar que ya antes de la dominación colonial las autoridades egipcias y de los Estados del Magreb habían introducido la educación occidental en sus países como parte de un esfuerzo encaminado a superar el abismo tecnológico existente entre sus sociedades y Europa. En el Africa negra la iniciativa local jugó también algún papel en la difusión de la educación. Desde los años veinte, los nacionalistas culturales kikuyus esta-

[4] M. Read en V. Turner (ed.), 1971, p. 359.

blecieron y dirigieron sus propias escuelas que, a diferencia de las de las misiones, eran favorables a la cultura kikuyu. En Uganda y el sur de Nigeria los gobernantes y ancianos locales se unieron con la administración colonial o las misiones para establecer escuelas. En esos mismos lugares, parte de la nueva élite fundó e hizo funcionar escuelas, especialmente de nivel secundario donde la necesidad de sentir confianza en sí mismos condujo a veces a la construcción de escuelas técnicas mejor que de humanidades, independientemente de la administración colonial y las misiones.

Mientras que es fácil enumerar las fuerzas que influyeron en el cambio social del Africa colonial, es más difícil hacer el catálogo de los cambios producidos por cada fuerza. De hecho, la influencia de cada una de estas fuerzas se difundió tanto que sería inútil intentar especificar en todos los casos qué fuerza indujo qué cambio.

La conquista militar y el establecimiento de la administración colonial, por ejemplo, no sólo desafiaron y vencieron a los antiguos señores políticos y militares, sino también a los monopolizadores de los poderes mágicos y religiosos tradicionales, que también estaban envueltos en el movimiento de resistencia. Así, la pérdida de la guerra de resistencia contra las potencias coloniales produjo fácilmente la pérdida de la fe en los antiguos sacerdotes y dioses y la decisión de abrazar la, supuestamente, superior fe de los conquistadores. El éxito de los conquistadores tuvo también otros efectos secundarios. Las antiguas clases militares no podían, donde existían, seguir haciendo vida militar bajo el nuevo gobierno. Ni tampoco podía la antigua élite política, que había vivido gobernando, seguir haciéndolo a no ser que fueran reclutados para el servicio político de la colonia como «autoridades nativas» bajo el gobierno indirecto o como recaudadores de impuestos y agentes de inteligencia bajo el llamado gobierno directo. En otras palabras, gran parte de las antiguas élites políticas, militares, económicas y religiosas tuvieron que dedicarse a nuevas profesiones en lugar de las antiguas o además de ellas. De esta manera, no todos los que aprovecharon las nuevas oportunidades económicas ofrecidas por el gobierno extranjero lo hicieron simplemente atraídos por el nuevo régimen económico. Algunos de los que emigraron a los núcleos urbanos no lo hicieron precisamente por el atractivo del urbanismo sino porque la conquista militar y el consiguiente establecimiento político convirtieron sus posiciones en las zonas rurales en obsoletas e insostenibles. El triunfo de la fuerza militar y política golpeó en muchos lugares las raíces de la sociedad y forzó a un reajuste del sistema de clases.

Lo mismo sucedió por la introducción del cristianismo, que pretendía abolir los dioses y las creencias tradicionales. Allí donde el cristianismo lograba incardinarse, por ejemplo, muchos sacerdotes tradicionales y otros manipuladores de lo sobrenatural tenían que buscar nuevas profesiones. Los esclavos obtenían la libertad, obligando a los que anteriormente dependían del trabajo de los esclavos a mantenerse por sí mismos o trabajar como asalariados. Tierras reservadas hasta entonces para los dioses y los duendes se dedicaron a la labranza o sirvieron para la instalación de instituciones como escuelas, hospitales, etc. Las generaciones más jóvenes iban a la escuela donde aprendían nuevas técnicas que les capacitaban para ser empleados por el gobierno, las empresas comerciales o las misio-

nes. Y como estos empleos se conseguían en su mayor parte en zonas urbanas, esto significaba que la conversión al cristianismo podría también implicar una predisposición a vivir en zonas urbanas. O, para poner otro ejemplo, un hombre podría ir a una ciudad en busca de progreso económico aun permaneciendo firmemente fiel a la religión tradicional. Con el tiempo, sin embargo, la separación física de los santuarios y los ritos religiosos de sus dioses familiares y las presiones económicas, sociales y psicológicas del nuevo entorno podrían convertirle en una especie de cristiano. Se podrían poner otros muchos ejemplos de cómo una fuerza social ha producido normalmente un impacto muy variado.

LAS NUEVAS ESTRUCTURAS SOCIALES

Entre los efectos sociales del dominio extranjero sobre la sociedad africana, el más evidente era el político. Los Estados africanos anteriormente existentes, excepto Liberia y, hasta 1935, Etiopía, perdieron la mayor parte de su soberanía y con ella el derecho a participar en los asuntos de la comunidad internacional si no era indirectamente a través de sus nuevos amos. Incluso el derecho a relacionarse con sus vecinos africanos fue severamente limitado, excepto en el nivel más rudimentario y oficioso, si dichos vecinos se encontraban ahora al otro lado de la línea que señalaba la frontera de la colonia. Por ejemplo, los efiks de Nigeria fueron separados de sus mercados tradicionales en el Camerún, a los yorubas se les advirtió que no tomasen parte directa y abiertamente en los acontecimientos de las zonas de Dahomey (ahora Benin), que anteriormente habían formado parte de su célebre imperio, mientras que los bakongos de Angola no podían relacionarse de manera significativa con sus parientes y amigos de Gabón y el Congo francés.

Por otra parte, el dominio extranjero transformó y simplificó el mapa político de Africa. Donde antes había incontables Estados soberanos rivales y comunidades con fronteras móviles y a veces imprecisas, teníamos ahora una pocas docenas de colonias con límites fijos y claramente demarcados. En las convenciones y tratados internacionales de delimitación se hicieron intentos de tener en cuenta las zonas económicas y políticas preexistentes. Sin embargo, otras consideraciones como las reivindicaciones de las potencias rivales y el atractivo de las fronteras naturales (colinas, ríos, etc.) y las líneas de longitud y latitud tendieron a tener más peso que las reclamaciones africanas. Como resultado, pueblos muy relacionados de antiguo y a veces unidos políticamente se encontraron en lados opuestos de las líneas fronterizas acordadas.

Si las más constantes reivindicaciones de unidad étnica no fueron siempre respetadas, tampoco lo podían ser las más efímeras por la integridad territorial de los Estados e imperios conquistados. El califato de Sokoto y el imperio Bornu perdieron gran parte de sus territorios cuando se crearon las fronteras de la colonia y protectorado de Nigeria. En el caso de los «imperios peripatéticos» de Samori Turé y Rabi ibn Fadlallah, éstos fueron sencillamente divididos entre colonias contiguas. Los imperios secundarios de Msiri y Tippu Tib en el Africa central fueron igualmente repartidos entre los belgas, los portugueses y los británicos. Las fronteras impuestas por las colonias se fosilizaron bajo el peso muerto

del colonialismo y el derecho internacional para convertirse en las fronteras internacionales de los Estados africanos independientes a las cuales se han sacrificado a veces las libertades y los derechos de pueblos enteros. Hoy en día es imposible realizar cambios significativos en ninguna de estas líneas fronterizas sin producir trastornos mayores. Los acontecimientos del Cuerno de Africa empiezan a sugerir que estas líneas imaginarias del mapa de Africa van a ser eternas.

Otro aspecto digno de ser mencionado de la nueva configuración política fue la imposición de una estructura administrativa burocrática europea extraña a los sistemas políticos africanos preexistentes. Existieron una amplia variedad de modelos de relación entre las estructuras europeas y las africanas. Tomando como ejemplo las políticas de las dos principales potencias coloniales en el período (Gran Bretaña y Francia) descubrimos que hubo variaciones incluso dentro de cada sistema. Los franceses se preocuparon menos que los ingleses por mantener intactos los imperios, reinos y jefaturas que conquistaban y usar sus sistemas políticos para la administración local. Por eso tendieron a destruir las viejas soberanías, jubilando a los gobernantes, mientras que los británicos se esforzaron por enganchar a los gobernantes locales y sus sistemas políticos al vagón de la administración imperial. Estos eran los modelos generales. Pero en Marruecos los franceses hicieron un esfuerzo por mantener al sultán y su sistema político y usarlo en la administración, mientras que durante casi tres décadas en Asante (Costa de Oro, hoy Ghana) y casi dos en Benin (Nigeria) los británicos intentaron la destrucción de los sistemas administrativos indígenas de estos dos imperios [5].

Sin embargo, encontramos que incluso en los emiratos musulmantes del norte de Nigeria, donde podría parecer que había una armonía de intereses entre la potencia colonial y los emires, la unión entre los sistemas administrativos europeo e indígenas nunca fue orgánica. Como resultado, en algunos aspectos de la vida de la colonia —el puramente secular, por ejemplo—, los dos sistemas podían trabajar concertadamente, mientras que en algunos otros trabajaban independientemente y, a veces, con propósitos opuestos.

Otro impacto social del dominio extranjero que se notó muy pronto en el período colonial fue el descenso general del *status* de los africanos. El colonialismo añadió a la estructura de clases previamente existente del continente por lo menos una capa de dirigentes y gobernantes. En el Africa oriental, donde se fomentó la inmigración asiática, el colonialismo sobreimpuso de hecho dos clases. En todas las colonias los europeos tenían el monopolio del poder político, económico y educativo, excepto en el Africa oriental, donde una fracción del poder económico cayó en manos de los asiáticos. En esta situación los africanos resultaron los menos favorecidos y esperaban de los europeos, y a veces de los asiáticos, ejemplo y liderazgo.

Esta estructura de las relaciones sociales fue apoyada por una falsa teoría racial que pretendía clasificar las diferentes ramas de la familia humana según un orden jerárquico de civilización con los africanos (los negros) ocupando el peldaño inferior de la escalera mientras que los europeos (blancos) ocupaba el supe-

[5] A. E. Afigbo en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974.

rior. En Sudáfrica, en particular, donde los colonos blancos se encontraban en conflicto con pueblos bantúes numéricamente superiores, la teoría racial era especialmente estricta, con la autoridad de la Sagrada Biblia erróneamente utilizada para reforzar las supuestas implicaciones sociales del pseudodarwinismo. Para los negros en particular la teoría postulaba un grado de pobreza cultural que hacía posible y necesario explicar su historia y su evolución social en términos del impacto camita.

En la vida práctica la aceptación de esta teoría racista condujo a una política adversa a los africanos, independientemente de lo bien educados que estuviesen, negándoles la igualdad de derechos y oportunidades con los blancos en el servicio colonial. En el Africa occidental esto significó un abandono de la política liberal de mediados del siglo XIX que había permitido a los africanos ocupar los mismos puestos que los europeos. La teoría condujo también a una política de segregación de los africanos y los europeos en las zonas urbanas. No sólo había zonas reservadas para las viviendas de los europeos, sino también hospitales europeos, clubs europeos, etc., distintos de los establecidos específicamente para el uso de los africanos. Un efecto de todo esto fue la aparición de un sentimiento de inferioridad en los africanos, una tendencia a perder confianza en sí mismos y en su futuro; un estado mental que producía a veces la imitación acrítica de lo europeo. Afortunadamente, sin embargo, algunos pioneros africanos fueron motivados por todo esto para cuestionar toda la fachada social e ideológica del colonialismo y el cristianismo a partir de los hechos históricos. De esta manera ayudaron a preparar el camino al pensamiento nacionalista radical posterior a la segunda guerra mundial.

A simple vista, pues, el dominio colonial en Africa tendió a transformar las distinciones raciales en distinciones de clase. Un análisis más cercano revela, sin embargo, que todos los africanos no formaban una clase en ninguna colonia. Al principio persistió la estructura de clases precolonial, pero con el tiempo las nuevas fuerzas del cambio ocasionaron una reorganización de la estructura y la emergencia de clases nuevas.

Aunque en el Africa precolonial había muchos caminos para que las personas hábiles subieran de *status* social mediante logros personales, la estructura de clases tendía a dar una excesiva importancia al nacimiento. Esto era así hasta tal punto que no sólo los cargos políticos sino también ciertas profesiones respetadas como el sacerdocio y la forja de metales eran desempeñadas por familias. El dominio extranjero produciría cambios de largo alcance en la estructura social africana simplemente dando mayor importancia al talento individual y el éxito personal que al nacimiento, y proporcionando muchas vías de progreso que escapaban al control de los que tradicionalmente manejaban la estructura social y las instituciones africanas. Además, su desacatamiento de muchas instituciones y sistemas africanos tendió a minar la autoridad y el respeto de la antigua nobleza y a desgastar el miedo que la sostenía.

Los códigos legales y morales coloniales, aboliendo la esclavitud y proclamando la igualdad de todos ante la ley secular y divina ofreció incluso a los menos privilegiaos en la sociedad tradicional la oportunidad de mejorar de *status*, cada persona según sus capacidades y su suerte.



• *En busca de cultura: una clase de la CMS High School de Mengo, Uganda.*

El anonimato de los centros urbanos reforzó los efectos de la revolución legal y moral proporcionando a los antiguos esclavos un campo de acción donde poder operar sin trabas históricas. De manera semejante, los centros urbanos producían y producen todavía una atracción irresistible para otros habitantes de las zonas rurales. Mientras algunos iban allí voluntariamente en busca de fortuna, otros fueron debido a la política de impuestos y tierras de las potencias coloniales en las zonas rurales, especialmente en los asentamientos de los colonos. Los inmigrantes que tenían una buena educación o altos conocimientos prácticos ascendieron rápidamente convirtiéndose en miembros de la nueva élite o rodando en torno a esa clase como subélites. Los inmigrantes menos afortunados que tenían poca o ninguna educación y que además carecían o casi de conocimientos prácticos se hundían hasta el fondo de la sociedad urbana para convertirse en masa urbana, también llamada proletariado urbano por algunos estudiosos. Muchos de ellos se encontraron a merced de los patronos, mientras que otros aprendieron a comerciar o establecieron negocios independientes de viabilidad variable. Se distinguían de sus homónimos rurales, los campesinos, en que no sacaban sus medios de subsistencia de la tierra, tenían un contacto más estrecho con las influencias modernizadoras y vivían en barrios pobres.

Tanto la nueva élite como el proletariado urbano fueron importantes como agentes del cambio en la sociedad colonial rural, pero el segundo tuvo indiscutiblemente un mayor protagonismo en la historia política, económica y social del Africa colonial. Su mayor ventaja sobre la élite tradicional y las masas rurales y urbanas estribaba en que sus componentes sabían leer y escribir. Esta capacidad era de hecho probablemente la más importante novedad introducida en las zonas no musulmanas de Africa por la dominación extranjera. Incluso para las zonas islamizadas, la posibilidad de leer y escribir en alfabeto latino dio un nuevo impulso a la educación musulmana. La alfabetización era para muchos pueblos africanos una nueva magia y se procuraba poseerla a toda costa como un medio para poder disfrutar de las maravillas del mundo moderno. Conocer la cantidad de poder, autoridad e influencia que la primera generación de funcionarios, intérpretes y profesores africanos ejercieron sirve para hacerse una idea del embrujo que la lectura y escritura obraron sobre muchos pueblos africanos. Esa capacidad dio a las élites acceso al pensamiento científico y social del mundo occidental, les proporcionó la posibilidad de entrar en diálogo con las potencias coloniales sobre el destino de Africa y les familiarizó con las costumbres sociales de Europa, lo que hizo de su estilo de vida un ejemplo a ser emulado por sus conciudadanos menos afortunados.

Pero no todos los pertenecientes a la nueva élite del Africa colonial debían su *status* a la educación, ni todas las personas educadas alcanzaban posiciones homogéneas. Como han mostrado la profesora Lucy Mair y otros investigadores, algunos entraron en esa clase porque habían hecho dinero con la agricultura a gran escala o los negocios y podían ayudar a financiar la agitación política de sus hermanos más educados pero también más pobres[6]. Algunos cultivadores de

[6] L. Mair en V. Turner (ed.), 1971; P. C. Lloyd (ed.), 1966; M. Kilson en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1970.

algodón y café de Uganda, de cacao de Nigeria occidental y Costa de Oro, de café de Costa de Marfil y de cacahuetes de Senegal y Gambia fueron capaces de entrar en la nueva clase superior por el éxito logrado en su profesión. De la misma manera, en el Africa occidental sobre todo, donde muchos africanos no demasiado educados fueron capaces de situarse como intermediarios entre los productores primarios y las grandes compañías comerciales europeas, el éxito comercial también proporcionaba acceso al *status* de miembros de la nueva élite. Había también otros que eran considerados como miembros de la élite porque controlaban organizaciones de masas, como por ejemplo asociaciones obreras, y podían dar a la élite más educada el tipo de apoyo de masas que necesitaban para convencer a los poderes coloniales de que hablaban en nombre del pueblo. Por el contrario, en el Africa oriental y central sólo relativamente pocos africanos fueron admitidos en el grupo de élite como resultado de una política deliberada seguida por los gobernantes coloniales y las actividades de los pequeños comerciantes indios, portugueses y griegos. De hecho, en muchas de estas zonas la antigua élite central prácticamente desapareció.

Esta amplia variedad en su cualificación y antecedentes hace muy difícil señalar con precisión quiénes componían la nueva élite del Africa colonial. Se puede afirmar justificadamente que el hecho del ascenso de una nueva élite entre la población africana en la era colonial dependía principalmente de la cantidad y tipo de oportunidades educativas y económicas que estuvieran a su disposición y de hasta qué punto las aprovechase efectivamente. Todos los estudios realizados hasta el momento sobre este aspecto del tema indican que las regiones o colonias en las que se realizaron los mayores esfuerzos para propagar la educación occidental y que ofrecían a los africanos más oportunidades de participación significativa en el comercio y la agricultura comercial produjeron el mayor número de personas con el *status* de élite.

En ciertas partes de Africa, especialmente entre pueblos sin jefe como los igbo, ibibio, ogoja, tiv, idoma, birom, angas y gwari de Nigeria, donde era difícil identificar los gobernantes tradicionales para asociarlos con el trabajo del gobierno colonial, muchos miembros de la nueva élite provinieron de los que en épocas precoloniales podrían haber sido clasificados como plebeyos. Algunos eran incluso de la clase servil o por lo menos inmigrantes no asimilados. Esto se explica porque en estos lugares fueron miembros de esas clases los que primero recibieron una educación occidental, se dedicaron a las nuevas profesiones y se trasladaron a los centros urbanos mientras que la élite tradicional tendía a abstenerse de todo ello. Pero tan pronto como se demostraron los beneficios de la educación occidental y las nuevas profesiones, algunos miembros de la élite tradicional se incorporaron también a ellas. Algunas potencias coloniales, especialmente Francia y Gran Bretaña, hicieron lo posible —con resultados variables— por animar a este grupo de la élite tradicional tardíamente despertado, por ejemplo estableciendo escuelas especiales para ellos. Con las riquezas que sacaban de sus propiedades y/o sus sueldos como autoridades locales era frecuente que pudiesen costear una formación a sus hijos, no sólo localmente, sino también en instituciones superiores de Europa y América.

En algunas otras partes de Africa, por el contrario, la élite tradicional respon-

dió pronto a la llamada de la educación occidental y de las modernas empresas comerciales. En Egipto fue esta clase la que tomó la delantera a la hora de establecer instituciones de tipo occidental. En Buganda esta misma clase reconoció rápidamente las ventajas de la educación occidental y la agricultura comercial. En Etiopía reaccionaron de manera parecida ante la educación occidental, enviando sus hijos a Europa y América para ser educados. De esta manera pudieron mantener la hegemonía en sus países.

Así, el hecho de que la nueva élite englobara personas de diferentes estratos sociales hace que sea arriesgado hablar en términos fáciles de conflicto entre la nueva élite y los gobernantes tradicionales. En Sierra Leona y Liberia, donde durante una gran parte del período las nuevas élites estaban formadas por personas no indígenas de estos territorios, hubo una tendencia comprensible a que las comunidades de élite de la costa estuviesen en conflicto y competencia con las sociedades tradicionales del interior. Tendían a despreciar a los jefes tradicionales, que a su vez abrigaban constantemente sospechas respecto a ellos. En el siglo XIX, en Costa de Oro y Yorubalandia (Nigeria), muchos de los miembros fundadores de la nueva élite tenían —o al menos creían que tenían— vínculos de sangre con los pueblos del interior.

En las demás partes de Africa en que la primera generación de las nuevas élites no incluyó repatriados tales como esclavos liberados de barcos de esclavos o vueltos de las Américas, los lazos étnicos y culturales eran todavía más estrechos. El resultado fue que a lo largo del siglo XIX, e incluso durante la primera parte del actual, las élites antiguas y nuevas crearon una tradición de cooperación, siendo considerada la nueva élite como la mediadora entre las sociedades tradicionales y la cultura occidental. Al fin y al cabo, a todos ellos se les había impulsado a aprender las nuevas técnicas para que pudieran ayudar a sus pueblos a afrontar los problemas planteados por la presencia europea. En Costa de Oro y Egbalandia (Nigeria) habían trabajado en unión a la élite tradicional en un esfuerzo por construir una sociedad nueva y rechazar el dominio europeo. Pero estos esfuerzos habían fracasado.

Sin embargo, a medida que el dominio colonial se fue enraizando más profundamente, aparecieron tensiones y tiranteces en las relaciones entre los dos grupos. Las nuevas élites creyeron erróneamente que Europa pretendía modernizar Africa y que iba a usar a miembros de su grupo como instrumentos para alcanzar ese objetivo. Pero bajo el dominio colonial fueron burócratas europeos los que asumieron el papel que las nuevas élites habían esperado para sí mismas. Y en vez de asociarse con las nuevas élites la administración tendió a preferir a los jefes tradicionales a quienes confió el gobierno local. Esto fue así sobre todo en el Africa británica, donde se hizo un esfuerzo decidido para preservar las antiguas familias dirigentes, y en alguna medida en el Africa belga desde 1906. Incluso en los territorios franceses, donde la mayor parte de las grandes autoridades tradicionales fueron destituidas, las antiguas familias dirigentes sobrevivieron a veces de forma atenuada para ser usadas en el gobierno de aldeas y distritos. Y donde personas sin *status* tradicional participaban en el gobierno local, eran a menudo designados «jefes» y se les asignaba el mismo tipo de funciones que desempeñaban los miembros de las familias dirigentes tradicionales.



• *Cricket colonial: produciendo la nueva élite.*

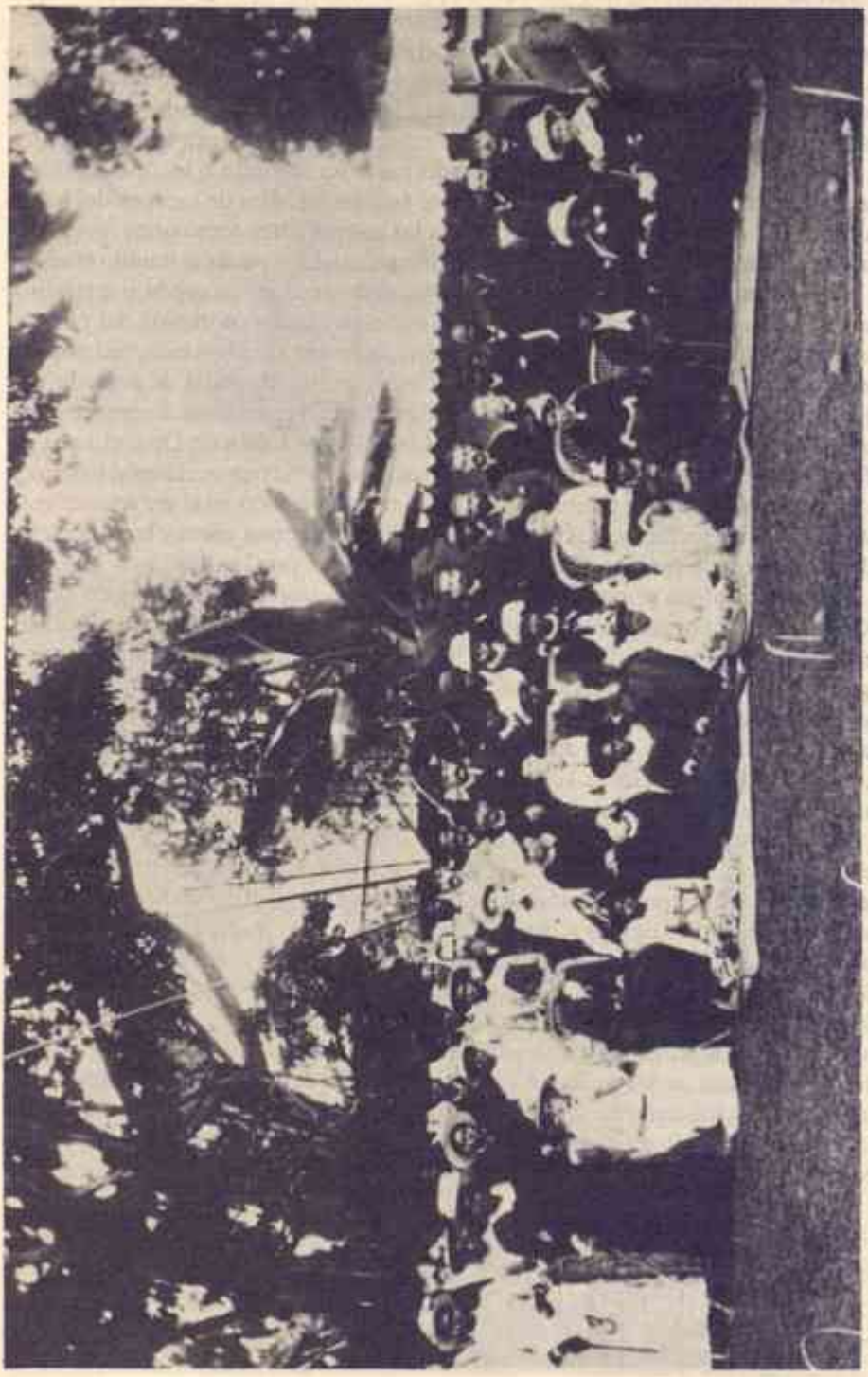
Por su exclusión, las nuevas élites se pusieron en franca oposición contra las potencias coloniales. En esta oposición abierta no se les podían unir los gobernantes tradicionales. Su supervivencia dependía del poder colonial, lo que les ataba las manos. Además, la mayor parte de los jefes tradicionales no estaban suficientemente educados como para participar eficazmente en las rimbombantes discusiones de las nuevas élites. En cualquier caso, si ellos aceptaran los argumentos de las nuevas élites se estarían postergando hacia un segundo o incluso un tercer plano. Como no estaban con la nueva élite ésta les tachaba de lacayos del imperialismo. Ellos por su parte consideraban a las nuevas élites como unos revolucionarios que querían destruir las costumbres inmemoriales y poner el mundo al revés.

Para colmo de males ambas fueron dirigidas por la propaganda imperialista para enzarzarse en un debate sobre quién era el verdadero portavoz del pueblo. Las nuevas élites decían que ellos. Los jefes tradicionales negaban esto, reclamando ese honor para ellos mismos. La administración colonial estaba de acuerdo con estos últimos. El tipo de acritud que tales desacuerdos generaban a veces se pudo ver en la disputa entre el jefe de Akyem-Abuakwa en Costa de Oro, el nana sir Ofori Atta, y los dirigentes del Congreso Nacional de Africa occidental británica en los años veinte. Pudo también verse en el mismo período en el enfrentamiento entre la Joven Asociación Kikuyu de Harry Thuku por una parte y la Asociación Kikuyu dominada por los gobernantes tradicionales por la otra [7].

Sin embargo, no se puede concluir de lo dicho que en el período de 1880 a 1935 la relación normal entre las nuevas élites y los dirigentes tradicionales fuera siempre conflictiva. La naturaleza de la relación cambiaba según la época y el lugar. En los territorios franceses ni las nuevas élites ni los dirigentes tradicionales florecieron bajo el dominio extranjero. Y cuando después de la segunda guerra mundial la presión de la autocracia colonial se fue relajando progresivamente, entre los que emergieron como líderes del nacionalismo en el Africa francesa había jefes tradicionales y descendientes de éstos.

En la Costa de Oro el partido político más importante durante el gobierno del doctor Kwame Nkrumah —la Convención de Costa de Oro Unida— representaba una cierta aproximación entre las nuevas élites y las tradicionales. En lugares como Etiopía, Egipto y Buganda, donde los jefes tradicionales habían respondido positivamente ante las influencias occidentales, no se produjo ningún conflicto entre ellos y las nuevas élites. Lo mismo pasó en sociedades como la de los igbos, donde las élites tradicionales no tenían la talla suficiente como para sobrevivir mucho tiempo en el período colonial. En cualquier caso, no toda la nueva élite se componía de los «nativos desarraigados» de la mitología imperialista, ni tampoco todos los dirigentes tradicionales eran los oscurantistas enemigos del cambio de la posterior demagogia nacionalista. Ambos grupos tenían más en común de lo que se solía admitir en el fugaz ardor de las discusiones circunstanciales.

[7] Kimble, 1963, pp. 389-396; K. G. 1.71b.



• *La nueva élite y los administradores coloniales: una fiesta al aire libre en la casa del gobierno en Lagos, Nigeria.*

EL NACIMIENTO DE LAS NUEVAS ORGANIZACIONES

Además de producir las nuevas estructuras de las que hemos hablado, el dominio colonial introdujo otros cambios en la estructura de la sociedad africana. Nos referimos al nacimiento de nuevas organizaciones que ayudaron a facilitar la adaptación de muchos individuos y sus lugares de origen rurales a las nuevas exigencias y normas de la sociedad colonial. Estas nuevas organizaciones han sido generalmente descritas por los científicos sociales como «voluntarias». Son «voluntarias» en el sentido de que no se pertenece a ellas como se pertenece a un linaje, aldea o grupo étnico. Pero un análisis más cercano nos mostraría que en algunas de ellas, especialmente las asociaciones de base étnica para el bienestar o el progreso, la pertenencia no era tan voluntaria porque la alternativa práctica frente a ella era un cierto tipo de ostracismo.

Los africanistas están de acuerdo en las condiciones sociales que originaron estas organizaciones. Se ha visto que generalmente surgieron en los núcleos urbanos, aunque algunas de ellas —como las de base étnica— establecieran con el tiempo filiales. El hecho fue que, como ha señalado acertadamente el profesor Wallerstein, la emigración «de la zona rural tradicional a la urbana moderna» condujo a «una dislocación y una desorientación del individuo»[8]. Como ni la sociedad tradicional ni la administración colonial tenían los medios para afrontar las nuevas necesidades de esos emigrantes, éstos tuvieron que desarrollar sus propias instituciones, sistemas y normas para lograr una existencia con sentido en el extraño y violento mundo social de la ciudad. Los estudios de Godfrey Wilson en el Africa oriental han mostrado una clara correlación entre la presión de la sociedad colonial y la formación de estas organizaciones. Por ejemplo, los africanos de Kenia, cuya cultura tradicional padeció una represión extraordinaria por parte del gobierno colonial y la agresividad de los colonos, tuvieron asociaciones étnicas más fuertes y mucho más numerosas que los africanos de los territorios vecinos como Tanganica y Uganda. Así pues, había un elemento de protección y estabilización propias individuales en la formación de las asociaciones. Además, las condiciones urbanas de existencia creaban oportunidades que hacían relativamente fácil formar tales organizaciones, porque, como ha señalado Thomas Hodgkin, proporcionaba «centros físicos... donde hombres y mujeres con intereses particulares comunes podían encontrarse unos con otros»[9].

Aunque se haya apuntado correctamente que es difícil agrupar las diferentes organizaciones en categorías con límites muy definidos, debido especialmente a su versatilidad funcional, distinguiremos aquí tres tipos. En el primer grupo están las organizaciones que podríamos describir como puramente «sociales», es decir, dedicadas a facilitar el encuentro distendido y la diversión. Eran necesarias por la ausencia en las ciudades de las formas tradicionales de entretenimiento, recreo y cultivo del sentido de comunidad, como los disfraces, asociaciones de edad y fiestas tradicionales. Se daba también una atracción por las modernas formas de la vida social europea tal como se manifestaba en la vida de la comunidad

[8] I. Wallerstein en J. S. Coleman y C. G. Rosberg (eds.), 1970, p. 319.
[9] T. Hodgkin, 1956, p. 84.

europea de cada colonia. Entre éstas estaban los clubs de fútbol, los movimientos de *scouts* y guías, las sociedades de debates y las asociaciones de alumnos.

En el segundo grupo están las asociaciones étnicas. Estas eran una extensión de la etnicidad rural a las zonas urbanas. Las había de diferente alcance: asociaciones de aldea, de clan y étnicas. Tenían dos funciones principales. Una era ayudar a los individuos que habían emigrado recientemente a la ciudad para que se adaptasen sin problemas a las condiciones de la vida urbana. De esta forma, cuando un inmigrante acababa de llegar a la ciudad solía ponerse en contacto con miembros de la asociación de su aldea o de su clan para que le ayudasen a encontrar alojamiento y le presentasen a alguien que le proporcionara trabajo o a algún maestro de taller con el que aprender un oficio moderno. También le enseñaban cómo comportarse en la ciudad. Los miembros conseguían ayuda en las dificultades a través de dichas asociaciones. Podían conseguir préstamos para continuar con sus negocios si tenían pérdidas que les estuvieran poniendo en aprietos. Los funerales, matrimonios y otros gastos aprobados por la asociación podían ser también afrontados con préstamos o donaciones del grupo según los casos[10].

La otra función de las asociaciones étnicas era «proporcionar un canal para el desarrollo de una opinión pública progresista en los lugares de origen», especialmente fomentando relaciones organizadas entre los hijos que seguían en casa y los que habían emigrado. Para hacer esto se tuvieron que interesar por el desarrollo político y social de sus regiones de procedencia. Al principio esto les acarreó a las asociaciones la oposición, y con ella los obstáculos, de los suspicaces oficiales coloniales. En el sureste de Nigeria, por ejemplo, donde en los años treinta el poder colonial se estaba esforzando todavía por consolidar la idea de las autoridades nativas, la formación de estas asociaciones causaba incomodidad en los círculos oficiales. Sus actividades fueron, en ocasiones, objeto de investigación por parte de los servicios secretos.

En el tercer grupo estaban los sindicatos que empezaron a existir sobre todo para negociar mejoras de salarios. En su mayor parte, los núcleos urbanos modernos crecieron en puntos vitales comerciales, mineros y de comunicaciones que tenían la posibilidad de emplear trabajadores cualificados y no cualificados. En estas ciudades, por ello, pronto se produjeron grandes concentraciones de gente que se ganaba la vida principalmente por medio de un empleo remunerado. Estos hombres, sobre todo los que estaban en los peldaños inferiores de la escala laboral, han sido a veces denominados proletarios de manera bastante inadecuada en análisis de orientación marxista. Además de los que estaban ligados salarialmente a los grandes patronos —el gobierno colonial, las empresas comerciales y mineras, las misiones, etc.— había también artesanos por cuenta propia que satisfacían algunas de las necesidades de la población urbana.

La vida de estos moradores de las ciudades dependía de los caprichos de la economía y el mercado mundial cuya estructura y comportamiento no alcanzaban a entender. Para protegerse en este mundo económico que les era extraño, los que tenían empleos remunerados formaron sindicatos para negociar con los

[10] Para un buen análisis del nacimiento y funcionamiento de una asociación voluntaria de tipo étnico ver M. Banton en I. Wallerstein (ed.), 1966, p. 402-419.

patronos subidas de sueldos y mejores condiciones de trabajo. Los artesanos independientes formaron también gremios que servían para fijar los precios, medidas, condiciones de aprendizaje, etc. Los sindicatos y gremios funcionaban también en ocasiones como sociedades benéficas, ayudando a los miembros en dificultades con dinero y consejo, organizando funerales, proporcionando ayudas educativas y becas y haciendo fiestas de vez en cuando.

Los años 1880-1935 conocieron algo de los principios de estas nuevas organizaciones. El profesor Kilson ha demostrado que en 1937 había otro tipo de organizaciones de comerciantes y de trabajadores en Nigeria, Sierra Leona, Kenia y las demás partes de Africa. Pero su estudio y otros, como los del profesor Kimble sobre Ghana, el profesor Yesufu y el señor Ananaba sobre Nigeria, V. Thompson y R. Adloff sobre el Africa ecuatorial francesa y R. H. Bates sobre Zambia, muestran claramente que la edad de oro de estas organizaciones no llegó hasta después de la segunda guerra mundial [11].

Había muchas razones para esto. Estas asociaciones dependían en alguna medida de la extensión de la educación, y el impacto de ésta, igual que el del urbanismo, tardó algún tiempo en manifestarse. Fuera de las zonas costeras del Africa occidental, el Magreb, Egipto y Kenia estos fenómenos tardaron en general algo más de tres décadas en producirse. Mientras tanto en Sudáfrica, donde las condiciones habrían sido ideales debido a su temprana revolución en la industria y las comunicaciones, la creciente dureza del nacionalismo bóer y la oposición de los otros blancos ahogaron la iniciativa africana. El surgimiento de estas asociaciones dependía también en parte del desarrollo de una economía capitalista, pero se dice que el Africa colonial sólo tenía una «economía capitalista rudimentaria», que se apoyaba básicamente en los trabajadores emigrantes, un tipo de mano de obra que es considerado reacio a organizarse en sindicatos. E incluso después de la Segunda Guerra Mundial había en el Africa colonial muy pocos asalariados. En los años cincuenta su número se estimaba entre 4 y 5 millones. Y por último había muchas prohibiciones por parte de los autocráticos y explotadores regímenes coloniales que, en su mayor parte, no reconocieron legalmente los sindicatos hasta finales de los años treinta o principios de los cuarenta.

Como hemos dicho, los efectos sociales del dominio extranjero no fueron en absoluto uniformes en todas las partes del continente. Respecto a la difusión de la educación, el triunfo de las nuevas fuerzas económicas, la expansión de la urbanización y por tanto el ascenso de las nuevas élites, el Africa occidental experimentó los mayores avances, seguida por Egipto y el Magreb, Africa del Sur, Africa oriental y Africa central. Si, por otra parte, comparamos según estos criterios los bloques coloniales, más que las regiones geográficas, descubrimos que los mayores cambios ocurrieron en los territorios británicos, seguidos por el Africa belga y francesa y renqueando muy por detrás el Africa portuguesa. E incluso entre los territorios británicos el impacto fue diferente en cada sitio. Las colonias británicas en las que más transformaciones se registraron fueron Egipto, Costa de Oro, Nigeria, Uganda y Sierra Leona, con Kenia y Rhodesia (ahora Zambia y Zimbab-

[11] Ver, por ejemplo, M. Kilson en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1970; D. Kimble, 1963; T. M. Yesufu, 1962; W. Ananaba, 1969, 1969; V. Thompson y R. Adloff, 1960; R. H. Bates, 1971.

we) siguiéndoles. Y si nos fijamos en colonias individuales descubrimos que hubo más cambios en las zonas meridionales que en las septentrionales de Costa de Oro y Nigeria. En el Africa francófona, por otra parte, vendrían primero las colonias del Africa occidental, seguidas por las del norte de Africa y el Africa ecuatorial francesa. Dentro del Africa occidental francesa, Senegal y Dahomey (ahora Benin) iban por delante, con las otras colonias muy rezagadas.

El hecho fue que la difusión y al impacto de las fuerzas del cambios fueron controladas por más factores de los que cualquier gobierno colonial o grupo africano podría dominar completamente. Primero estaba la cuestión de la duración e intensidad del contacto que el territorio o la región geográfica particular había disfrutado con Europa en el momento en que se impuso el régimen colonial. Africa occidental y del sur habían mantenido un contacto bastante regular con Europa desde el siglo XVI. Por esa causa, a principios del siglo XIX había en varios puntos a lo largo de la costa condiciones de vida casi urbanas, en Saint Louis, Banjul, Accra, Lagos, los puertos del Oil river, Luanda y El Cabo. Estos sirvieron como puntos de apoyo para que las fuerzas de la educación, el cristianismo y el comercio occidental pudieran penetrar en el interior. La costa oriental del continente, por el contrario, sólo llegó a tener un contacto sostenido con Europa desde la década de 1870.

Esta diferencia en el factor tiempo es importante para cualquier intento de certificar el diverso impacto de las fuerzas del cambio en las diferentes regiones y países de Africa. La parte del siglo XIX anterior al despliegue del dominio europeo fue la fase más liberal de la relación de Europa con Africa. Entre la abolición del tráfico de esclavos y la imposición del dominio colonial, Europa estaba en general dispuesta a fomentar el surgimiento de un grupo de africanos preparado para cooperar con ella en el trabajo de «civilizar» el continente. Esto significaba favorecer la iniciativa africana en la educación y el comercio. Como resultado el Africa occidental se benefició inmensamente de la aplicación de esta política.

Pero con la imposición del régimen colonial con su concomitante política racial no liberal, todo tipo de obstáculos se pusieron en el camino de la participación libre de los africanos en la educación y el comercio. Por eso, las regiones donde la anterior política liberal no se había enraizado con firmeza antes del comienzo del dominio extranjero se encontraron en una gran desventaja. Los poderes coloniales sospechaban en general de las nuevas élites africanas e intentaron reducir su crecimiento frenando el aumento del número de escuelas, mientras que los que tuvieron éxito y consiguieron graduarse encontraron impedimentos al serles denegados empleos dignos en el servicio colonial. También el alcance de su participación en las nuevas empresas comerciales fue reducido al mínimo.

Igual de importante para ayudar a explicar las diferencias en el impacto de estas fuerzas era la presencia o ausencia de colonos blancos. Se establecieron muy pocos europeos en el Africa occidental y, en alguna medida, esto explica el progreso, relativamente rápido, de los africanos occidentales en asuntos aducativos y económicos. Pero hubo colonos en gran número en Argelia, Kenia, las dos Rhodesias, Sudáfrica y los territorios portugueses. En el Congo belga, donde había menos europeos establecidos, el ejercicio del poder de la compañía fue tan poco liberal y tan extenuador como la influencia de los colonos. Los intereses de éstos

colisionaron con los de los africanos y usaron su influencia ante la administración colonial para obstaculizar y deteriorar el desarrollo africano.

Finalmente, estaba la cuestión de las diferentes reacciones africanas ante las influencias extranjeras. En Nigeria los igbos abrazaron el occidentalismo con mucho más entusiasmo que los fulanis. En Kenia, los kikuyus vieron las ventajas de la educación occidental mucho antes que sus vecinos. El conservadurismo y la resistencia cultural islámica, sobre todo en el Sudán occidental, se esforzaron por impedir la expansión de la influencia occidental, especialmente en lo referente a la educación. Por otra parte, en Africa del Norte y Egipto, parte de la élite rectora intentó asegurar la supervivencia de la cultura islámica mediante la introducción de la ciencia y el comercio occidental. Su actitud condujo a una fructífera unión de la cultura islámica y el pensamiento científico occidental. Como los musulmanes del oeste de Sudán no tuvieron una iniciativa semejante en este terreno, se encontraron desprevenidos ante los retos planteados por el régimen colonial. La consecuencia fue que los británicos y los franceses pudieron determinar el tipo de influencias que debían entrar en la región y en qué dosis.

Capítulo 20

LA RELIGION EN AFRICA DURANTE LA ERA COLONIAL

K. ASARE OPOKU

La imposición del régimen colonial en Africa no consistió sólo en el establecimiento por la fuerza del poder político, económico y social europeo en las posesiones coloniales. Fue también una imposición cultural y usó la cultura como apoyo de la superestructura política, económica y social que representaba el colonialismo. Este capítulo se ocupa del aspecto religioso de esta imposición cultural del colonialismo y de la respuesta africana ante él.

EL ESTADO DE LA VIDA RELIGIOSA AFRICANA EN VISPERAS DEL DOMINIO COLONIAL

LA RELIGION AFRICANA TRADICIONAL EN EL PERIODO PRECOLONIAL

La religión africana tradicional estaba, y está todavía, inextricablemente unida con la cultura africana. Era una fuerza que empapaba todo, y como señala acertadamente Emmanuel Obiechina:

> Apenas hay un aspecto importante de la experiencia humana que no esté relacionada con lo sobrenatural y el sentido popular de la religión y de la piedad religiosa ...éstos... son una parte esencial de la estructura ideológica de la sociedad tradicional, y por tanto necesarios para una interpretación adecuada de la experiencia en el contexto social tradicional [1].

Esta omnipresencia de la religión en el modo de vida de los pueblos africanos daba a la religión tradicional un carácter totalizador en el contexto de la cultura en la que había nacido.

---

[1] E. Obiechina, 1978, p. 208.

Se basaba en una concepción del mundo particular, que incluía no sólo la visión popular de lo sobrenatural sino también su idea de la naturaleza del universo, la naturaleza de los seres humanos y su lugar en el mundo y la naturaleza de Dios, a quien se conocía según diversas denominaciones locales. Esencialmente espiritual, Dios no tenía imágenes ni representaciones físicas y se le reconocía como el creador y el mantenedor del mundo. Se le atribuían poder, justicia, bondad y eternidad y, como fuente de todo poder, Dios decidía sobre la vida y la muerte. El recompensaba a los hombres pero también los castigaba cuando actuaban incorrectamente, y se le comparaba de muchas maneras con el señor de la sociedad, y era la autoridad máxima en todas las materias. En conjunto, Dios era diferente de los seres humanos y estaba completamente por encima de su creación, pero a la vez se implicaba en los asuntos de los hombres, manteniendo la creación y sosteniendo el orden moral. Los seres humanos dependían de él como un poder superior a ellos. Dios era por tanto trascendente a la vez que inmanente.

Había una jerarquía de espíritus. Por debajo de Dios estaban los espíritus de los antepasados, a quienes se trataba siempre con reverencia y temor, y después las deidades o dioses de quienes se creía tenían el poder de recompensar a los seres humanos o de castigarlos con desgracias, enfermedades o incluso la muerte. Las divinidades tenían sus cultos, sacerdotes y altares y había algunas que estaban asociadas con diversos aspectos del entorno; pero estos objetos palpables eran las moradas de los dioses y no los propios dioses.

Además de estas entidades sobrenaturales, otros espíritus o poderes místicos eran reconocidos y se contaba con ellos por su capacidad de hacer daño o ayudar a los seres humanos. Entre éstos había agentes de brujería, magia y hechizos. Finalmente, existía encantamientos, amuletos y talismanes que se usaban con propósitos de protección así como ofensivos.

La concepción general del hombre era que estaba compuesto de sustancia material e inmaterial. La parte inmaterial del hombre (el alma) le sobrevivía tras la muerte, mientras que la parte material (el cuerpo) se desintegraba después de ella. La vida, por tanto, no terminaba con la muerte, que era una prolongación de aquélla. Los muertos seguían siendo miembros de la sociedad y se creía que había una comunidad de los muertos junto a la de los vivos, y una relación de simbiosis entre ambas comunidades. La sociedad humana era una familia ininterrumpida constituida por los muertos, los vivos y los que todavía no habían nacido.

Respecto a la relación entre el hombre y la sociedad, ser humano significaba pertenecer a una comunidad y eso implicaba participar en las creencias, ceremonias, rituales y fiestas de esa comunidad [2], y la pertenencia a la comunidad era más enfatizada que la individualidad de cada miembro. Porque la sociedad se basaba más en las obligaciones que en los derechos individuales y los individuos asumían sus derechos en el ejercicio de sus obligaciones, lo que hacía de la sociedad una cadena de interrelaciones. Además, la vida humana era vista y entendida como un ciclo de nacimiento, pubertad, matrimonio y procreación, muerte y vida futura. Los individuos no permanecían para siempre en un estado de existencia;

[2] J. S. Mbiti, 1969, p. 2.



• *Personajes makishie durante una ceremonia de iniciación. Los bailarines representan espíritus de antepasados.*

se movían necesariamente hacia el siguiente, y para hacer más fácil la transición se realizaban ritos especiales que impidieran la ruptura del proceso y permitieran que el movimiento y la regeneración continuasen perpetuamente[3].

La religión tradicional africana no sólo estaba presente en toda la vida, sino que también ligaba al hombre con los poderes invisibles y le ayudaba a tener buenas relaciones con las potencias no humanas; también unía a los hombres con sus hermanos humanos. La religión era el cemento que mantenía unidas las sociedades, dándoles apoyo y estabilidad. Además, la religión tradicional servía a los hombres para entender y controlar los acontecimientos y aliviar la duda, la ansiedad y la culpabilidad.

Pero la situación no era estática, porque de generación en generación había cambios, aportando cada generación algo de su propia experiencia a la herencia religiosa y cultural. No había dioses celosos que prohibieran la aceptación o la adición de nuevos dioses o creencias, y aparecían nuevos cultos y santuarios mientras otros decaían. Los templos de los dioses que demostraban ser poderosos se extendían por todas partes, y no era raro que los grupos étnicos vencidos adoptasen los dioses de sus conquistadores. Y como el movimiento caracterizaba la vida, los cambios que ocurrían eran aceptados como normales mientras no violentasen los valores africanos.

EL ISLAM EN EL PERIODO PRECOLONIAL

Además de la religión tradicional, dos religiones importantes —el Islam y el cristianismo— se introdujeron en el periodo precolonial. El surgimiento y expansión del Islam en Africa ha sido tratado en los volúmenes anteriores. La mayor expansión del Islam antes del dominio colonial aconteció en el siglo XIX, en gran parte cuando militantes islámicos, insatisfechos con las intolerables adaptaciones que el Islam había sufrido para acercarse a la religión africana tradicional, declararon guerras santas orientadas a restaurar la pureza original de la fe islámica. Estas *djihads* condujeron a la formación de Estados teocráticos en los que se impusieron la religión y la ley islámica a la población, produciéndose así muchísimas conversiones. Estos Estados teocráticos se extendían a lo largo de la franja sudanesa del Africa occidental desde Senegal hasta lo que hoy es el norte de Nigeria, e incluían Futa Jallon, Futa Toro, el califato de Sokoto y el imperio Borno[4].

En el Africa oriental, el Islam se extendió desde la costa hacia el interior, pero al contrario que sus correligionarios del Africa occidental, los musulmanes del Africa oriental parecen haberse interesado más en el comercio que en reclutar adeptos para su fe. Sus esfuerzos se encaminaron principalmente a mantener sus vínculos comerciales con el interior y a perpetuar sus esferas de influencia económica. Algunas partes del Africa oriental habían, sin embargo, adoptado el Islam desde hacía siglos; y a lo largo de la costa se desarrolló una nueva cultura, y fue

[3] K. A. Opoku, 1978, pp. 10 s.
[4] M. Last en J. F. A. Ajaki y M. Crowder (eds.), 1974.

a partir de la mezcla de la cultura bantú con la musulmana como nació la cultura swahili. El idioma swahili es hoy día la *lingua franca* de la mayor parte del Africa oriental.

El Islam había realizado avances considerables antes de la llegada de las potencias coloniales. Entre ellos se pueden mencionar la sustitución del ciclo tradicional de fiestas por el calendario islámico y la adopción de muchas palabras y conceptos árabes adoptados por lenguas africanas como el hausa, fula y mandinga, que resultaron así enriquecidas. Los peregrinos de vuelta de las peregrinaciones habían adoptado nuevas modas en el vestir y a la vez, con el ejemplo de eruditos y santones musulmanes visitantes y residentes en muchas partes de Africa, la cultura islámica había empezado a hacer un impacto considerable entre los africanos. Este impacto incluía también la arquitectura musulmana, los títulos nobiliarios, la música y otras aspectos de la cultura árabe, especialmente entre los sectores más ricos de la población africana, sobre todo en la zona del Sudán.

A pesar de los avances que el Islam había hecho antes de la llegada de las potencias coloniales, las últimas décadas del siglo XIX vieron la destrucción de varios de los Estados teocráticos del Africa occidental y la debilitación del comercio y la influencia económica islámica en el Africa oriental. Sin embargo, el dominio colonial iba a proporcionar al Islam la oportunidad para una expansión sin precedentes.

EL CRISTIANISMO EN EL AFRICA PRECOLONIAL

Antes del comienzo del régimen colonial, el cristianismo —como ha sido expuesto en volúmenes anteriores— había atravesado tres fases en su historia en el continente africano. La primera fase terminó en el siglo VII con el ascenso del Islam, que dispersó las colonias cristianas que había en los desiertos y en partes de Africa del Norte. Etiopía permaneció firmemente cristiana a partir del siglo IV. El período de las exploraciones portuguesas del siglo XV dio comienzo a la segunda fase, la cual terminó con el tráfico de esclavos que vino inmediatamente después de las exploraciones y duró casi tres siglos. La tercera fase, entre 1800 y 1885, se caracterizó por el hecho de un intenso despertar misionero en Europa —iniciado hacia el final del siglo XVIII—, y el período que empieza con la década de 1840 señaló el comienzo del avance misionero desde la costa hacia el interior de Africa, mientras que el período anterior se caracterizó por una concentración del esfuerzo misionero a lo largo de la costa de Africa, sobre todo en los enclaves costeros europeos de Etiopía y Africa del Sur. El avance hacia las regiones interiores fue posibilitada por las exploraciones geográficas que hicieron aumentar enormemente el conocimiento europeo del interior de Africa. Además, la exploración y las ideas de David Livingstone, que dio a conocer los resultados de sus expediciones mediante prolíficos escritos, inspiraron a muchos misioneros. Livingstone pensaba que los misioneros, al establecer centros de cristianismo y civilización, no sólo debían promover la religión, sino también el comercio y la agricultura, idea que llegó a ser compartida por muchos misioneros entusiastas que penetraron profundamente en el interior de Africa, siguiendo las antiguas rutas

comerciales. También hay que mencionar los avances médicos que se hicieron en el siglo XIX y que permitieron el control de muchas enfermedades tropicales posibilitando de esta manera la instalación de los misioneros en muchas partes de Africa.

La oportunidad de vivir en las regiones interiores hizo que los misioneros fueran conociendo Africa cada vez mejor y esto llegó a constituir un factor decisivo durante el último cuarto del siglo XIX, cuando empezó la lucha por Africa. Cuando las naciones europeas comenzaron a interesarse cada vez más por la adquisición de territorios africanos, los misioneros prepararon el camino en varias zonas de Africa y sirvieron, bastante conscientemente, como agentes del colonialismo europeo. Muchos misioneros estaban firmemente convencidos de que si tenía que haber intervención europea, ésta debería provenir de sus propios países. Como escribio Roland Olivier, «querían asegurarse de que la intervención sería realizada por sus propios compatriotas y por la potencia más dispuesta a ofrecer las mejores oportunidades para el trabajo de su iglesia»[5].

Además, un gobierno colonial en Africa, afirmaban la mayoría de los misioneros, no sólo proporcionaría la tan deseada seguridad y protección que les permitiría reparar los males del tráfico de esclavos, sino que también estimularía y garantizaría el desarrollo de nuevas oportunidades económicas para los africanos. Por ello los misioneros aconsejaron con entusiasmo la intervención europea como una empresa moralmente justificada, especialmente a partir de la década de 1870.

LA RELIGION TRADICIONAL AFRICANA Y EL REGIMEN COLONIAL

El establecimiento del régimen colonial en Africa desde 1885 hizo que la influencia europea penetrase profundamente en el interior en los lugares donde antes se había concentrado a lo largo de la costa. Toda la intervención europea durante el periodo colonial se basó en el supuesto de que para conseguir el desarrollo la cultura africana debería ser modificada e incluso destruida. Como la cultura africana estaba tan intrincadamente entrelazada con la religión, es fácil de ver cómo incluso una política colonial europea podía chocar violentamente con algunas de las creencias de la religión tradicional que sostenían la sociedad africana. Y justo desde el principio, la religión tradicional africana tuvo que afrontar el desafío de sobrevivir y la necesidad de fortalecerse.

Antes de iniciarse el dominio colonial, los misioneros eran los representantes de la cultura occidental, hasta aproximadamente el principio de la década de 1890, y desde los primeros tiempos expresaron una actitud intransigente hacia la religión africana. Se esforzaron no sólo por convertir a los africanos en cristianos, sino también a la cultura occidental, a la que consideraban completamente impregnada de cristianismo y profundamente configurada por él. De hecho, en las

[5] R. Oliver y G. Mathew (eds.), 1971, p. 69.

mentes de los misioneros más entusiastas no había diferencia entre cristianismo y cultura. Pero aunque no hacían distinciones entre ambos, los misioneros batallaron sin tregua para convertir a los africanos a un modo de vida en el que la religión estaba separada de otros aspectos de la existencia. Los misioneros enseñaron a sus conversos que la vida se podía dividir en las esferas espiritual y secular, una enseñanza que contradecía la base fundamental de la cultura africana, a saber, la unidad de la religión y la vida. La enseñanza de los misioneros, pues, intentaba disolver el cemento que mantenía unidas las sociedades africanas. Las señales de peligro fueron pronto detectadas por muchos jefes africanos sensibles, que desde el principio lucharon contra la penetración misionera en sus sociedades, viendo en ella un reto y una amenaza para los modelos tradicionales de autoridad. Los misioneros y las administraciones coloniales predicaron a la vez contra la creencia en los espíritus, las fuerzas sobrenaturales y los dioses, la brujería, la adivinación, los sacrificios y rituales, los tabúes y el culto a los antepasados, debilitando así la influencia de los líderes tradicionales y rituales africanos como los sacerdotes, sacerdotistas, magos hacedores de lluvia y monarcas divinos. La introducción de la medicina occidental por las administraciones coloniales y su ataque contra las costumbres «paganas» provocó también un debilitamiento del papel de los médicos y herboristas. El orden antiguo se vio así gravemente amenazado y se realizaron intentos de defenderlo y protegerlo desde muchos sectores de la sociedad africana.

Aunque se puede decir que las administraciones coloniales se interesaban sobre todo por el control político, económico y social de sus colonias, los asuntos religiosos no podían ser aislados de sus preocupaciones principales. Los poderes centrales estaban de acuerdo con las enseñanzas de los misioneros, y generalmente los gobernantes coloniales adoptaron una actitud hostil hacia ciertas prácticas religiosas y trataron de abolirlas suprimiendo a la vez varios cultos. Las administraciones coloniales se esforzaron por erradicar la creencia en la brujería, e igualmente prácticas como las ordalías de veneno, que servían para descubrir si una persona era inocente o culpable de un crimen cuando era difícil de decidir, o como «pasear» el cadáver para descubrir a la persona o persona presuntamente culpable de su muerte por brujería o hechizos.

Los africanos respondieron a estos ataques de diferentes maneras. En primer lugar, los que no se habían convertido se opusieron al régimen colonial y desafiaron la condena de sus costumbres realizada por los misioneros sencillamente continuando con sus creencias tradicionales y practicando los ritos principales abiertamente o en secreto. Pero para los que se convirtieron al cristianismo y cuyas creencias y actitudes fueron fuertemente influidas por la nueva religión dominante, la resistencia se expresó introduciendo algunas de las creencias tradicionales en la nueva fe, de lo que resultó un sincretismo de ideas.

Los africanos usaron su religión como arma para oponerse al régimen colonial y la amenaza que éste representaba contra sus valores, y a menudo se sirvieron de la magia y la intervención de sus antepasados y los dioses en su lucha contra la opresión colonial. En las dos primeras décadas de este siglo, los guerreros igbos del sureste de Nigeria recurrieron a esos medios para defenderse de los invasores extranjeros. El pueblo esza del departamento de Abkaliki, los uzoakolis



• *Miembros de una sociedad secreta en Sierra Leona.*

y los aros pueden ser citados como ejemplos[6]. Algunos cultos eran claramente un foro de resistencia frente al régimen colonial, como los mwaris de Rhodesia del Sur (ahora Zimbabwe) o sociedades secretas como los poros de Sierra Leona y otras partes del Africa occidental. También se realizaron hechizos de guerra en Madagascar y la cuenca del Congo. En el Africa oriental, especialmente en Kenia, surgieron profetas africanos que proporcionaban refuerzos espirituales[7] para resistir al colonialismo, como pasó también en el distrito de Machakos entre los kilungus en los primeros meses de 1922 (cfr. capítulo 26). Uno de los más conocidos movimientos que usaron tanto la religión como la magia para oponerse al dominio y a la opresión colonial fue el movimiento maji maji del Africa occidental alemana durante la primera década del siglo XX[8]. Aunque el movimiento fracasó, sirvió para demostrar el hecho de que se podía conseguir la unidad de la religión tradiconal africana frente a la presión europea y que la religión tradicional africana no era una fuerza fragmentada limitada a una pocas localidades. Además, el movimiento sembró la semilla del nacionalismo africano que germinó más tarde y que floreció en la lucha por la independencia y su éxito final en los años sesenta.

Otro culto parecido al maji maji era el culto nyabingi, que cubría también una gran superficie y atravesaba fronteras étnicas y regionales, encontrándose en Ruanda (ahora Rwanda), el noroeste de Tanganica (ahora Tanzania) y Uganda. Como los seguidores del maji maji, sus adeptos creían que el poder de sus ensalmos podía neutralizar el efecto de las balas europeas, así como también creían en la posesión por los espíritus y los antepasados legendarios. Empezó a finales del siglo XIX y fue acumulando impulso hasta que al final estalló en 1928 en la rebelión contra la ocupación europea en la región de Kigezi en Uganda (ver Fig. 7.1). Como dice E. Hopkins, «el movimiento logró frenar los esfuerzos administrativos de las tres potencias coloniales durante casi dos décadas hasta su supresión final en 1928»[9]. Los alemanes, y los belgas, que se encargaron de Ruanda al final de la primera guerra mundial, no consiguieron suprimirlo, e incluso después de reprimida la insurrección de 1928, el culto subsistió hasta su supresión definitiva en 1934.

Otros cultos se opusieron contra la presión europea reviviendo aspectos de la religión tradicional y combinándolos con ideas tomadas del cristianismo. Así era por ejemplo el culto mumbo, que fue usado por el pueblo gusi, cerca del lago Victoria en Kenia, como base de su levantamiento contra el colonialismo británico que empezó en 1900[10] (ver fig. 7.1).

En Costa de Oro (ahora Ghana) la administración colonial británica adoptó una actitud hostil respecto a ciertas prácticas religiosas, abolió varias e hizo lo posible para suprimir algunas deidades y cultos. Así, el culto de Kataware, deidad tutelar de Akin Kotoku, fue prohibido por el gobierno en 1907[11]. Ya antes

[6] A. E. Afigbo, 1973.
[7] La fundación de iglesias independientes junto a las iglesias fundadas por las misiones bajo control europeo era también un tipo de contestación por parte de los africanos.
[8] Para más detalles, ver capítulo 7.
[9] E. Hopkins en R. I. Rotburg y A. A. Mazrui (eds.). 1970.
[10] Para más detalles, ver capítulos 7 y 26 de este libro.
[11] H. Debrunner, 1967, p. 255.

el gobierno alemán había destruido los templos del culto de Denteh de Kete-Krachi en la década de 1880 y el sacerdote de Denteh fue encarcelado y ejecutado por el gobierno. El pueblo krobo fue obligado a abandonar sus poblados en el monte Krobo por la administración colonial británica, que destruyó los poblados y suprimió el culto en los santuarios tutelares de Kotoklo y Nadu.

La administración colonial atacó la creencia en los maleficios e intentó erradicarla promulgando leyes sobre la hechicería y adoptando medidas contra los movimientos que pretendían fomentarla. A pesar de la oposición contra los sortilegios tanto de los misioneros como de los administradores coloniales, la creencia persistió entre los conversos y los no conversos, y los africanos siguieron usando sus propios métodos para enfrentarse a ellos.

Merece la pena mencionar algunos de los nuevos cultos que surgieron para proteger a la gente de los hechizos en el Africa occidental, como por ejemplo el culto *aberewa* (mujer vieja) de Costa de Oro, que fue suprimido por la admnistración en 1908. El más extendido de los movimientos para la lucha contra los maleficios fue el culto bamucapi del sureste y el centro de Africa, que se difundió ampliamente por Mozambique, Nyasalandia (ahora Malawi), ambas Rhodesias (Zimbabwe y Zambia actualmente), el sur de Tanganica (hoy Tanzania) y el Congo belga (ahora Zaire) (ver fig. 8.1). Los miembros del culto bebían una pócima que creían tenía la capacidad de librarles de los hechizos o protegerles de sus efectos [12]. El culto floreció en los primeros años treinta y tomó prestadas ideas tanto de la religión tradicional como del cristianismo.

Contra el uso, continuado por algunos africanos, de métodos tradicionales para combatir los maleficios, las administraciones coloniales establecieron leyes sobre los mismos. En Uganda, por ejemplo, se promulgó una ley de brujería en 1912; fue revisada en 1921, haciendo el castigo más severo y aumentando la pena de prisión de uno a cinco años y haciendo también de la posesión de objetos mágicos, en los que se creía residía el poder de los encantamientos, un delito punible [13]. Pero todas estas leyes de los gobiernos coloniales y las condenas de los misioneros y conversos africanos demostraron ser medios insuficientes contra la creencia en los hechizos.

Otro ataque contra la religión tradicional africana tomó la forma de medidas contra los ritos de iniciación de las chicas y los chicos a la edad adulta. Para los africanos los rituales de iniciación servían para preparar a los niños y las niñas no sólo para la mayoría de edad sino también para la vida social y comunitaria, y constituían un componente central e imprescindible de la vida social, cultural y religiosa.

En muchas partes de Africa los ritos de iniciación incluían la circuncisión de los varones y la clitoridectomía de las hembras, y esta era la fuente de mayor controversia. Los misioneros encontraban los rituales inaceptables para su gusto y para su teología y a menudo pidieron ayuda a la administración colonial en su lucha contra ellos. El ataque contra estos rituales significaba un asalto contra el significado fundamental de la concepción del hombre y también de la vida reli-

[12] T. O. Ranger en D. B. Barret (ed.), 1971, p. 132.
[13] E. Hopkins en R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.), 1970, p. 311.

giosa, y la reacción de los africanos contra este ataque fue igualmente fuerte. Sobre todo en el Africa oriental, la cuestión de la circuncisión, y especialmente la clitoridectomía, provocó la reacción más violenta. Los misioneros encontraban repugnante la clitoridectomía y lucharon por su total eliminación de la vida de los conversos, pero estaban preparados para tolerar la circuncisión si se la purificaba de sus aspectos «paganos», «demoníacos» y «satánicos».

En la diócesis de Masasi en el sur de Tanganica y en la provincia central de Kenia encontramos ejemplos de la más seria confrontación entre las misiones cristianas y los pueblos africanos sobre este tema de la circuncisión (ver Fig. 7.1). En la primera se intentó una política de adaptación, que se materializó en tentativas de modificar el *jando* (circuncisión masculina) y el *malango* (circuncisión femenina) realizándolas de manera cristianizada y eliminando todos los elementos que eran considerados o juzgados «no cristianos». Esta política evitó un choque frontal entre la iniciación tradicional y las misiones y las prácticas cristianas, aunque la Iglesia omitió un elemento esencial en la iniciación de las chicas, a saber, el alargamiento del clítoris, y de esta manera no pudo dar al *malango* la respetabilidad que la iniciación tradicional requería. De todas formas, la Iglesia reconoció la necesidad para sus miembros de ser a la vez cristianos y miembros plenamente iniciados de sus comunidades, y este objetivo se logró dentro de la Iglesia y no en rebeldía frente a ella [14].

Pero en el caso de la provincia central de Kenia, la política de los misioneros respecto a la iniciación provocó una colisión frontal. Los africanos se habían ya empezado a sentir presionados y a albergar resentimiento contra la administración colonial británica por quitarles vastas extensiones de sus tierras para dárselas a los colonos europeos. Esto coincidió con las actividades de ciertas iglesias, por ejemplo la «misión escocesa» (en Ukambani en 1891 y Kikuyu en 1898), la «misión evangélica luterana de Baviera» (en Ukambani, 1893), la «misión africana del interior» (en Ukambani, 1896), la «sociedad misionera del evangelio» (en Nairobi, 1897) y la «sociedad misionera de la Iglesia» y la «misión africana del interior» (en Nairobi, ambas en 1901), que empezaron a hablar en contra de las tradiciones más queridas de los akambas, merus, thakaras, massais y otros pueblos, especialmente la de la iniciación con circuncisión de chicos y chicas. La presencia europea ejercía así una presión doble sobre sus tierras y sus tradiciones.

Lo que los misioneros encontraban particularmente detestable era la iniciación femenina, y hablaron vehementemente en contra de ella, y la «misión de la iglesia de Escocia», la «iglesia africana del interior» y la «sociedad misionera del evangelio» la prohibieron en sus iglesias en 1920 y 1921. La circuncisión masculina de los cristianos no fue tan severamente criticada, pero los misioneros exigieron que se realizase en hospitales o casas particulares. Como la presión contra la clitoridectomía empezaba a aumentar, la administración colonial británica acabó declarándola una práctica «dañina» que la «educación» haría desaparecer poco a poco. Pero los africanos se daban cuenta de que la iniciación, tanto masculina como femenina, tenía un profundo e importante sentido para su vida comunita-

[14] T. O. Ranger en T. O. Ranger e I. Kimambo, 1972.

ria y que cualquier súbita abolición o prohibición quebrantaría mucho su seguridad psicológica, social y religiosa.

La oposición africana frente a la actividad negativa hacia la circuncisión femenina salió a la luz a principios de los años veinte, comenzando en 1923. Por ejemplo, entre los kikuyus se establecieron escuelas independientes cuya finalidad era la restauración de esa práctica y ofrecer educación a los niños que no eran admitidos en las escuelas misionales por haber sido circuncidados. En 1929 una canción de baile llamada muthirigu, que ridiculizaba las misiones y a los cristianos que se oponían a la iniciación femenina, se difundió rápidamente entre los kikuyus, pero fue prohibida por la administración colonial británica al año siguiente. Además, el rechazo africano se expresó en el abandono de las iglesias protestante y anglicana por parte de muchos adeptos de los pueblos kikuyus, embus y merus. Una iglesia independiente, la iglesia ortodoxa africana, nació en 1928, mientras que en 1930 surgió un movimiento profético entre los kikuyus que predicaba un inminente juicio divino sobre los europeos y las misiones, y que fue rápidamente proscrito por la administración colonial.

Las protestas africanas siguieron expresándose en muchas formas como disturbios, ataques a las escuelas de las misiones, intentos de impedir a los predicadores que realizasen su ministerio e incluso el asesinato de un misionero en Kijabe. Con la protesta africana contra la actitud misionera hacia la circuncisión femenina se combinó un nacionalismo creciente que desembocaría en una resistencia política contra el régimen colonial [15]. Entre los pueblos akambas, embus y merus, sin embargo, el problema de la iniciación femenina no creó el mismo grado de tensión que entre los kikuyus, pero dio lugar a la fundación de escuelas e iglesias independientes.

Todos estos ataques contra la religión tradicional africana y reacciones africanas contra ellos en conjunto revigorizaron la religión africana tradicional en los años treinta.

EL ISLAM Y EL REGIMEN COLONIAL

Al Islam le fue mucho mejor que a la religión tradicional durante el período del dominio colonial. En las zonas donde había un régimen musulmán antes de la llegada del poder colonial, la ley islámica había producido una unidad territorial más que étnica y pedía obediencia a la autoridad [16]. Esto era bueno para una administración y un comercio eficientes y los musulmanes podían a la vez hacer proselitismo y conseguir más conversiones.

El desarrollo de las comunicaciones permitió a los agentes musulmanes penetrar en zonas que antes les estaban vedadas, y al ser reorientadas las rutas comerciales del desierto hacia la costa del Africa occidental el número de musulmanes, que había sido escaso a lo largo de la costa en los primeros tiempos del régimen colonial, empezó a incrementarse. El constante aumento del número de musulma-

[15] Más sobre este tema en F. B. Welbourn, 1961, pp. 135-143.
[16] D. L. Wiedner, 1964, pp. 245 s.

nes en Sierra Leona entre 1891 y 1931 es ilustrativo de este hecho. Así, mientras que en 1891 los musulmanes constituían el 10 por 100 de la población, llegaron al 12, 14, 19,5 y 26,2 por ciento respectivamente en 1901, 1911, 1921 y 1931 [17].

La presencia musulmana a lo largo de la costa del Africa occidental se acrecentó aún más con los musulmanes ahmadiyya que vinieron como misioneros usando las rutas marítimas costeras. Aunque considerados heréticos por algunos, tuvieron la importancia de fomentar el interés por la educación occidental entre los musulmanes.

La actitud de las administraciones coloniales respecto al Islam fue doble. Mientras algunos pensaban que el Islam era una forma de religión más ilustrada que la religión tradicional africana, otros consideraban las instituciones musulmanas como instituciones sociales avanzadas y las utilizaron en beneficio de las administraciones coloniales. Se permitió el establecimiento de tribunales islámicos, se les dio mayor autoridad a los gobernantes musulmanes en algunas zonas [18] y las administraciones coloniales contrataron empleados musulmanes en posiciones subordinadas como guías, encargados y funcionarios. Esto puso a los musulmanes en contacto directo con los pueblos africanos y, como ha hecho notar Trimingham, familiarizó a los tradicionalistas «con las características externas del Islam, acrecentó el prestigio de la adhesión a la religión favorecida y proporcionó facilidades a los agentes islámicos para el ejercicio de la propaganda y diversas formas de presión» [19].

No todas las administraciones coloniales veían al Islam con buenos ojos. La administración del Congo belga le era especialmente hostil, pues veía en él una amenaza para su misión «cristianizadora» y «civilizadora». Sólo se permitió la construcción de unas pocas mezquitas y hubo una prohibición total de las escuelas musulmanas en la colonia [20].

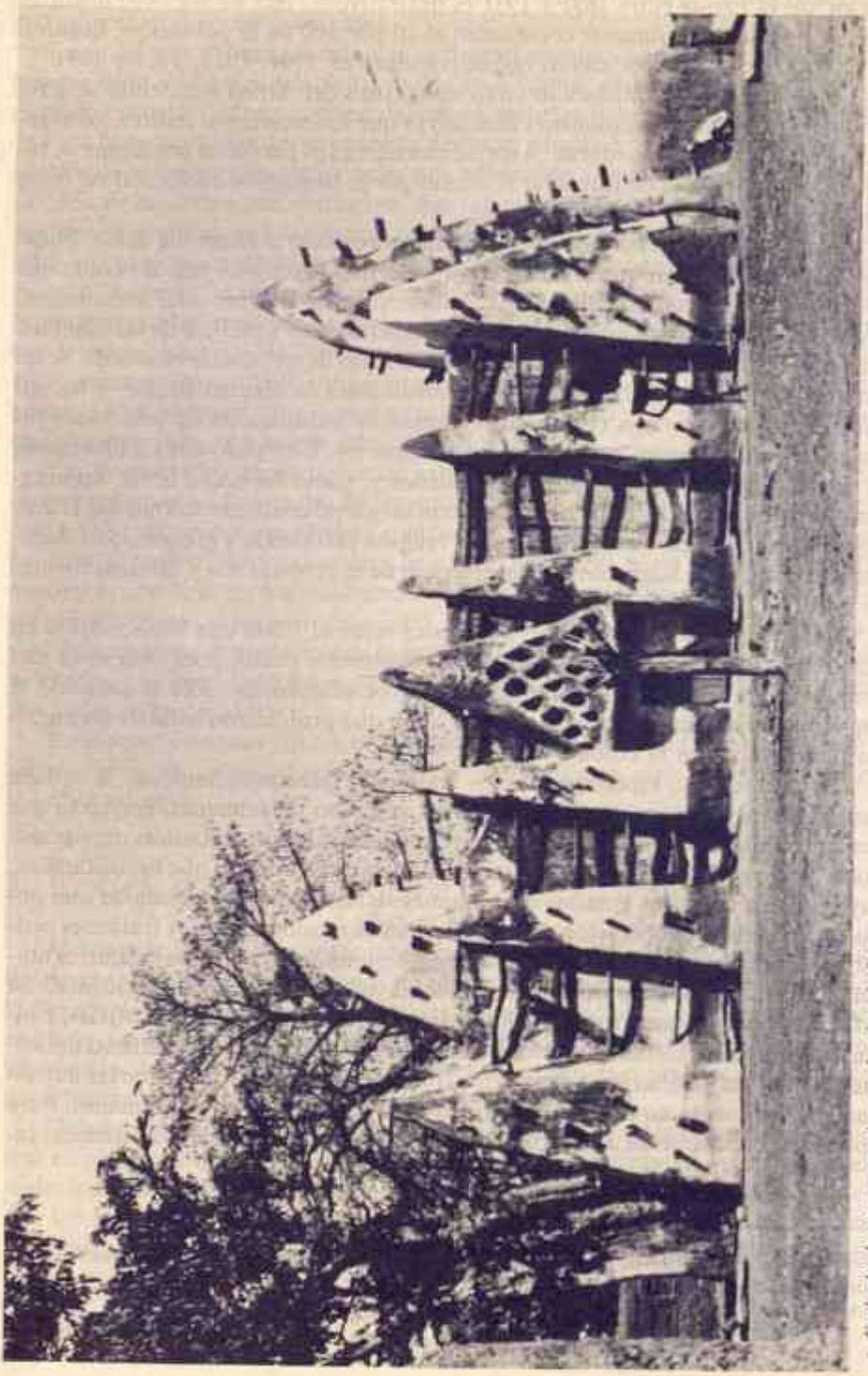
Otros europeos, especialmente los franceses, intentaron imponer la cultura europea a sus súbditos, tanto musulmanes como no musulmanes, creyendo que tenían la obligación de elevar el nivel medio de sus súbditos coloniales obsequiándoles con los «beneficios» de la cultura francesa. Al contrario que los británicos, cuya política hacia los Estados musulmanes se basaba en la creencia de que podían conseguir la cooperación de los gobernantes musulmanes, los franceses pensaban de otra manera. Inicialmente intentaron limitar las zonas bajo control musulmán con el propósito de conquistar la mayor parte del Sudán occidental. Se esforzaron por evitar el uso del idioma árabe en la correspondencia oficial, e incluso ayudaron abiertamente a los que no querían aceptar el proselitismo musulmán, como los bambaras. Además, los franceses se aseguraron de que las autoridades musulmanas no pretendieran gobernar a los pueblos no musulmanes. Para oponerse efectivamente a la expansión del Islam y la jurisprudencia islámica, in-

[17] J. S. Trimingham, 1962, p. 226.

[18] En el norte de Nigeria, por ejemplo, cuando se intentó la política de gobierno indirecto por primera vez, el gobierno británico apoyó el poder de las autoridades musulmanas y el poder colonial se situó tras el Islam como religión oficial del norte de Nigeria.

[19] J. S. Trimingham, 1962.

[20] Ver N. S. Booth en N. S. Booth (ed.), p. 325.



• Fachada de una mezquita en el norte de Ghana.

tentaron también fortalecer la religión tradicional y codificar el derecho consuetudinario africano como contrapeso [21]. Pero los franceses tenían más familiaridad con el Islam que con la religión tradicional africana a pesar de su miedo y hostilidad ante aquél y cuando sus intenciones fracasaron desistieron de rivalizar con el Islam y establecieron institutos para estudiar la vida, creencias, prácticas e instituciones musulmanas [22].

Las potencias coloniales estaban decididas a deshacer los grandes Estados y las organizaciones religiosas musulmanas y a fomentar las rivalidades y la competencia entre ellos. Así, los británicos abolieron el califato de Sokoto en el norte de Nigeria y los franceses estimularon las rivalidades étnicas y dinásticas que produjeron la desintegración del imperio tukulor (ver Fig. 6.2) y la proliferación de sectas sufíes, y se negaron a reconocer un califa para todos los musulmanes miembros de la secta tijaniyya en el Africa occidental.

Las dos potencias coloniales del Africa occidental, Gran Bretaña y Francia, deseaban garantizar la libertad de culto de los musulmanes bajo ciertas condiciones. Ansiaban tener en el Africa occidental un Islam sin contactos internacionales ni aspectos universales. Lo que las potencias coloniales deseaban fervientemente era evitar un movimiento panislámico que constituyese una amenaza para su poder, y este temor se convirtió en una realidad cuanto los turcos entraron en la primera guerra mundial al lado de Alemania y el sultán otomano, como califa de todos los musulmanes, ordenó la insurrección general contra los infieles europeos.

Más tarde las potencias coloniales llegaron a apoyar al Islam yendo más allá de la mera tolerancia anterior. Porque preferían vérselas con los africanos islamizados que con los cristianizados. Un oficial francés dijo en 1912 que «los negros musulmanes son un conjunto de gente pacífica que agradece la seguridad que les han traído nuestras armas; ellos sólo piensan en vivir en paz a la sombra de nuestro poder» [23].

La influencia modernizadora del Islam era también apreciada por los poderes coloniales, de los que se ha dicho que la consideraban «un puente entre el particularismo estrecho de la sociedad tradicional y las exigencias y motivos más amplios de la vida moderna y los intereses económicos» [24]. Se apoyó por ello con fuerza en los dirigentes musulmanes sumisos, que frecuentemente eran premiados de manera oficial con dignidades y recompensas nacionales. Se construyeron para ellos mezquitas y escuelas coránicas, y a menudo se les ayudaba a realizar peregrinaciones y viajes de estudios. Pero al mismo tiempo los musulmanes que no aceptaban el régimen colonial y se mostraban desafiantes eran castigados y con frecuencia perseguidos.

Pero los musulmanes se oponían al dominio colonial tanto religiosa como políticamente, y aunque las administraciones coloniales, como la francesa, consiguieron ganarse una parte del apoyo musulmán en sus territorios del Africa occi-

[21] Ver J. F. A. Ajayi, s. f.
[22] *Ibid.*, ver también M. Crowder, 1968, pp. 359-61.
[23] Citado en J. F. A. Ajayi, s. f., p. 22.
[24] *Ibid.*

dental, había un gran número de musulmanes que se creían en la obligación de preservar la pureza del Islam y que por tanto no podían admitir someterse a una administración cristiana infiel, e intentaban librar a sus países del colonialismo francés. Ese deseo produjo un resurgimiento del mahdismo que aspiraba a terminar con el dominio del infiel. Se creía que el Mahdi, equivalente al Mesías cristiano, sería la persona que vendría al mundo para establecer un gobierno justo de acuerdo con el dogma islámico liberando finalmente a la sociedad del dominio de los incrédulos. El mahdismo apareció en muchas partes de la zona sudánica del Africa occidental como expresión del sentimiento antifrancés de Guinea superior, Mauritania y Senegal, especialmente entre 1906 y la primera guerra mundial.

Otros movimientos islámicos que expresaban una actitud antifrancesa o anticolonial fueron el movimiento hamalliyya, fundado por Shaykh Hamallah y cuyas actividades se percibieron en Senegal, el Sudán francés, Mauritania y Níger, y la hermandad sanūssiyya, fundada por Muhammad b. ali al-Sanusi en Libia, que se convirtió en la fuerza que guió a los libios contra el colonialismo italiano. Entre 1860 y 1901 los sanūsiyyas se extendieron por Egipto, el Sáhara central, el centro de Sudán y Senegal.

La secta sanusiyya tenía una tradición de oposición a la dominación extranjera en Libia y se desarrolló no sólo como una orden religiosa sino también como un movimiento político. Se opuso al dominio turco aunque consideraba al sultán de Turquía como el califa de todos los territorios musulmanes. La única razón por la cual la orden no se levantó en armas contra Turquía fue el hecho de que su religión común, el Islam, les acercaba. Pero en el caso de los italianos no había ese rasgo en común y la orden se opuso a la ocupación italiana con firmeza, y dirigió la reistencia libia desde 1911 hasta 1932. Después de la retirada de la soberanía turca de Libia en 1912, la secta sanusiyya asumió el completo liderazgo y la responsabilidad de la liberación de Libia, y las órdenes y proclamas para la organización de la resistencia se emitían en nombre de «al-Hakuma al-Sanusiya», el gobierno sanusiyya. Con el paso del tiempo los miembros de la orden llegaron a ser reconocidos en otros países musulmanes no sólo como liberadores de Libia sino también como «guerreros de la fe», «mujahidin». K.Folayan ha escrito que:

> «El papel de la secta sanūssiyya como verdadera organizadora de la resisteocia libia le da importancia política como un buen ejemplo de movimiento religioso que se convierte en centro de la resistencia al imperialismo occidental, y la secta tiene de hecho la más larga historia de ese tipo de resistencia en Africa. En realidad, el papel de los sanusiyyas no terminó con el hundimiento de sus fuerzas militares y la ocupación italiana de Libia en 1932. Más bien los sanusiyyas siguieron dentro de Libia, hasta el año de la independencia política de este país (1951), lo que la clase *effendiya* había sido para el nacionalismo egipcio o magrebí» [25].

Algunos de los más fuertes oponentes de la invasión francesa de Alto Volta a finales del siglo XIX eran musulmanes, muchos de los cuales, por lo visto, de-

[25] K. Folayan, 1973, p. 56.

cían a los mossis que los blancos se irían del país tan pronto como los negros se convirtieron al Islam [26]. Además, las conquistas de Samori en el Africa occidental y Rahib en la zona del Chad en la última parte del siglo XIX les llevó a un conflicto con los europeos e hizo que se identificase al Islam con la oposición al dominio colonial.

Pero el Islam prosperó bajo el régimen colonial como resultado de las múltiples ventajas que ofrecía en comparación con el cristianismo impuesto por los misioneros, así como del desbaratamiento de la vida tradicional que el colonialismo había provocado. El Islam era visto por muchos como una religión indígena, predicada por africanos, cuyos adeptos no se separaban de la comunidad sino que se mezclaban con ella. Por el contrario, los cristianos tendían a crear comunidades separadas y tenían un modo de vida esencialmente europeo. No es por ello casualidad que el término temne (Sierra Leona) «*poto*» signifique a la vez «europeo» y «cristiano» [27]. Además, y al contrario que el cristianismo impuesto por las misiones, el Islam era capaz de asumir más instituciones sociales y religiosas tradicionales de Africa como la magia, la adivinación, la poligamia y el comunalismo. Hacerse musulmán no implicaba una ruptura radical con la tradición como la que pedían los misioneros cristianos. El Islam «hacía más hincapié que el cristianismo en la cohesión y menos en la competencia y el éxito individual» [28]. Una ventaja más del Islam era que, con la desorganización que había traído el dominio colonial, se necesitaba una nueva base para la integración social, y el Islam podía proporcionar esta base porque poseía importantes recursos para los que habían perdido sus raíces tradicionales.

Comentando las causas de la «explosión» del Islam durante este período, N. S. Booth ha escrito que:

> En algunas zonas puede haberse debido a que el Islam era visto como una manera de oponerse a la dominación política y cultural europea, mientras que en otras las propias políticas coloniales lo apoyaban involuntariamente. Quizás de una manera complicada, tanto la hostilidad europea hacia el Islam como el uso de musulmanes y de instituciones musulmanas para sus propios propósitos contribuyeron al crecimiento del Islam. Ser musulmán podía representar un medio para resultar favorecido por el régimen colonial expresando a la vez una cierta distancia frente a la cultura occidental. Era una manera de formar parte de una comunidad mundial que era respetada a regañadientes por los europeos y que a la vez constituía un centro alternativo de lealtad y una base para una dignidad independiente. La presión de una nueva religión y cultura tendió a fortalecer el sentido de identidad por una cultura y una religión que, aunque también originariamente extranjera, había llegado a ser una parte aceptada del escenario africano» [29].

Pero esta aceptación no produjo el abandono simultáneo de la visión tradicional del mundo; de hecho el Islam, igual que el cristianismo, ha venido a complementar las creencias y prácticas tradicionales más que a sustituirlas. Esto se debe a que las «religiones forasteras» han tendido a ser entendidas en gran parte

[26] N. S. Booth en N. S. Booth (ed.), 1977, p. 323.
[27] J. Karefa-Smart y R. Karefa-Smart, 1959, p. 19.
[28] R. W. Hull, 1980, p. 146.
[29] N. S. Booth en N. S. Both (ed.), 1977, p. 320.

en términos de las nociones fundamentales que configuraban la religión tradicional africana. Por esto el Islam significa para la mayoría de los musulmanes africanos una de las muchas maneras posibles de ser religioso, como un complemento a la religión tradicional compensando ésta, a su vez, algunas de las deficiencias de aquél.

Hay, sin embargo, algunos cambios básicos de la perspectiva tradicional entre los musulmanes africanos. El artículo de fe islámico sobre el juicio final y la separación de los creyentes y los incrédulos en la vida futura difiere profundamente de las nociones tradicionales, en las que el énfasis se ponía en la comunidad con los antepasados muertos. El Islam es visto como si poseyera una nueva fuente de poder que capacitase para el logro de la totalidad de la vida, la salvación y el perfeccionamiento de la vida de la comunidad.

EL CRISTIANISMO EN LA ERA COLONIAL

La imposición del régimen colonial facilitó considerablemente la labor de los misioneros cristianos. En primer lugar, las administraciones coloniales y los misioneros compartían la misma visión del mundo y procedían de la misma cultura. En segundo lugar, la administración colonial estaba predispuesta favorablemente hacia el trabajo de los misioneros y a menudo subvencionó las escuelas misionales. En tercer lugar, la imposición del control colonial en todos los territorios aseguraba la paz y el orden dentro de los cuales los misioneros estaban seguros de la protección de las administraciones coloniales. Por último, la introducción de medios de comunicación eficientes y el establecimiento de una economía monetaria impulsó los negocios y el comercio y facilitó el establecimiento de un nuevo modo de vida que llegó a prevalecer en toda Africa y que se caracterizaba por la desaparición del comunitarismo en beneficio del individualismo. En conjunto, se puede decir que los misioneros cristianos en Africa fueron los aliados y auxiliares del imperialismo europeo y que la actividad misionera fue una parte del avance y la penetración de Occidente en el mundo no occidental.

Se consideraba que el cristianismo, como era la religión del conquistador, contenía el secreto de la fuente del poder del hombre blanco. Por lo menos daba acceso a la educación, empleo, poder e influencia en el mundo del hombre blanco. El impacto principal de la predicación de los misioneros era la particularidad del cristianismo, especialmente tal como era entendido o interpretado por los misioneros europeos. Usando la palabra o a través de la evangelización directa, escuelas y trabajo sanitario, los misioneros lograron muchas conversiones, y a finales del siglo XIX las misiones cristianas estaban teniendo un éxito impresionante. Como consecuencia de esto, nacieron muchas comunidades cristianas donde antes no había ninguna y muchos conversos asumieron personalmente las tareas de evangelización de sus pueblos. La escritura en caracteres latinos de muchos idiomas africanos y la enseñanza de los idiomas europeos en las escuelas introdujeron en muchas partes de Africa por primera vez la posibilidad de leer y escribir. Gracias a la nueva capacidad de escribir en los idiomas africanos, la literatura escrita empezó a existir en esas lenguas.

Nunca se subrayará demasiado la estrecha asociación entre el cristianismo y la educación, porque fue a través de las innumerables escuelas establecidas por los misioneros como muchos africanos entraron en contacto con el cristianismo, y de hecho la escuela era la iglesia en muchas partes de Africa. La importancia de las escuelas para la empresa misionera fue expresada por Elías Shrenk así:

> Si tuviéramos una nación con una educación metódica, capaz de leer y escribir, mis planes para el trabajo de la misión serían diferentes. Pero ahora estoy convencido de que la apertura de escuelas es nuestra tarea principal. Tengo una mala opinión sobre los cristianos que no son capaces de leer la Biblia. El más pequeño escolar es un misionero y establece una relación con los adultos que no existiría sin una escuela [30].

Los misioneros tuvieron un papel importante en la introducción de una economía monetaria en Africa. Las misiones establecieron plantaciones en muchas partes de Africa y, además de cultivar productos locales e introducir algunos nuevos, colaboraron en la difusión de cultivos comercializables como el cacao, café, tabaco, algodón y caña de azúcar.

Sobre todo, el cristianismo introdujo nuevas ideas. Las ideas no eran completamente nuevas, y había puntos de convergencia entre lo que los misioneros predicaban y lo que los africanos creían, tales como la creencia en Dios y la obediencia a su voluntad como juez último y creador del hombre.

Sin embargo, los misioneros tenían una actitud negativa respecto a la religión y la cultura africanas y estaban decididos desde el principio a acabar con ellas. Los misioneros predicaban que el único Dios era aquél cuya naturaleza y personalidad se habían revelado en la Biblia, y que todos los otros dioses eran meras ficciones; que el hijo de Dios, Jesucristo, era la revelación final y el único salvador de la humanidad, y que la Iglesia era la única dispensadora de la gracia divina y, por tanto, no había salvación fuera de ella. Los misioneros europeos se sentían por ello en la obligación divina de llevar a todas las gentes al lugar de la salvación y de la gracia.

Armados con la convicción de que poseían la única verdad, los misioneros condenaban todo lo que fuese «pagano». Predicaban contra todo tipo de prácticas tradicionales: la realización de libaciones, el ejercicio de funciones dignatarias, la música con tambores y baile, las ceremonias tradicionales de los ritos de paso tales como expulsiones del hogar, ritos femeninos de pubertad, y las costumbres asociadas con las muertes y los entierros. Además, negaban la existencia de dioses y brujos y otras potencias sobrenaturales en las que los africanos creían. En conjunto, hacerse cristiano significaba, en gran medida, dejar de ser africano y tener la cultura europea como punto de referencia. De este modo el cristianismo tenía un efecto desintegrante sobre la cultura africana.

La respuesta africana a las tentativas misioneras se expresó de tres maneras diferentes: aceptación, rechazo y adaptación. No hay duda que muchos africanos aceptaron con gusto la nueva fe y que el cristianismo ganó mucho más terreno

[30] Reproducido en H. Debrunner, 1967, p. 145.

en Africa durante el período que nos ocupa que en los dos o tres siglos anteriores. El primer grupo de africanos que abrazó el cristianismo fue el de los que eran considerados por los africanos como descastados, y los marginados como los leprosos y otros que padecían diversas formas de descalificación social en las sociedades africanas tradicionales. Dentro de esta categoría estaban los que habían violado ciertos tabúes tradicionales y estaban huyendo de la persecución, y madres que habían dado a luz gemelos en sociedades donde hubiera un tabú sobre los partos dobles. Esas madres encontraban refugio para ellas mismas y para sus hijos en las misiones. Los descastados no tenían nada que perder abrazando el cristianismo; al contrario, conseguían esperanza, confianza e inspiración a partir de la enseñanza de igualdad y fraternidad de los misioneros y también «de la idea de que no se debía aceptar de manera fatalista el lugar que uno o una ocupa en la vida como algo que escapase al control humano»[31].

La expansión del cristianismo durante la época colonial no se debió exclusivamente a la iniciativa de los misioneros. Los conversos, sacerdotes y catequistas africanos difundieron con celo el cristianismo, mientras además algunos gobernantes tradicionales como Lewanika y Lovengula daban, como ya hemos visto, todo tipo de facilidades a los misioneros.La expansión del cristianismo en Africa se debió sobre todo a la diligencia de los conversos africanos, especialmente en el período posterior a 1914. Hubo innumerables casos de evangelizadores que salieron de sus grupos étnicos para trabajar como misioneros. Por ejemplo, evangelizadores de Buganda llevaron el cristianismo a otros pueblos como los banyakare, bakiga, batoro, bagisu y langi, y otros de Baganda viajaron lejísimos, hasta Ruanda y el Congo belga (ver Fig. 7.1). Famoso entre ellos fue Canon Apolo Kivebulaya (1866-1933), que trabajó como misionero entre los pigmeos del Congo belga entre 1896 y 1899 y de nuevo en 1915-1933[32]. En el Africa occidental, el obispo yoruba Samuel Ajayi Crowther trabajó en el valle del Níger. El profeta itinerante liberiano William Wade Harris viajó a través de Costa de Marfil y el distrito de Apollonia en Costa de Oro entre 1910 y 1915 y convirtió a unas 100.000 personas. Cuando fue expulsado de Costa de Marfil se refugió en Costa de Oro, y de sus actividades en ambos lugares resultó el establecimiento de la «iglesia harrista» en Costa de Marfil y de la de los «doce apóstoles» en Costa de Oro[33].

Había también africanos, de los que hemos hablado más arriba, que rechazaban totalmente el mensaje del cristianismo y se apegaban a las tradiciones religiosas y culturales de sus antepasados, viendo en ellas más sentido y valor que en lo que predicaban los misioneros. Algunos de éstos participaron en la persecución y ostracismo de los que se habían hecho cristianos pero otros siguieron realizando los sacrificios y prácticas necesarios para mantener a los seres humanos en armonía con las fuerzas espirituales. De sus filas salieron los líderes religiosos y culturales así como los herboristas, y ellos son los principales responsables del mantenimiento de los valores africanos y de la transmisión de conocimientos sobre las culturas africanas tradicionales.

[31] R. W. Hull, 1980, p. 143.
[32] Ver A. Luck, 1963.
[33] Para más detalles, ver G. M. Haliburton, 1971.



• *William Wade Harris (1865-1929), el evangelista liberiano del Africa occidental.*

LAS IGLESIAS CISMATICAS

Finalmente estaban aquéllos que prefirieron adaptar la nueva religión fundando lo que se ha dado en llamar iglesias cismáticas o independientes, cuyo desarrollo representa la cuarta etapa de la historia del cristianismo en Africa. Estas iglesias eran de dos tipos principales: las que se desgajaban de iglesias independiente previamente existentes y las que surgían independientemente de todo grupo religioso anterior. En la mayoría de los casos estas iglesias incorporaban una mayor cantidad de creencias y prácticas africanas a la vida cristiana de la que se permitía en las iglesias controladas por las misiones. Eran una expresión del deseo de los africanos de encontrar «un lugar donde sentirse en casa» e incluir formas africanas de culto en sus liturgias cristianas. Un factor causal importante fue la traducción de la Biblia a muchas lenguas africanas y la lectura e interpretación africanas de las escrituras cristianas. Sobre la base de su propia apreciación de la Sagrada Escritura, los africanos formaron o fundaron sus propias iglesias, acabando de ese modo con el monopolio de la interpretación de las escrituras que había estado en manos de los misioneros durante tanto tiempo.

Las iglesias separadas, en parte, representaban la reacción o adaptación africana al colonialismo y tenían un carácter emancipativo. Especialmente en las zonas de asentamientos europeos, donde la represión política era intensa, esas iglesias proliferaron y atrajeron a los nacionalistas africanos. Las iglesias etíopes de Africa del Sur, que enfatizaban el progreso por sus propios medios y los derechos políticos de Africa, son un caso ejemplar. Nehemiah Tile se separó de la iglesia misionera metodista en 1882 y fundó dos años más tarde la iglesia tembu [34], una de las primeras iglesias independientes que se constituyen en Africa. La segunda, que fue la primera en llamarse «etíope», fue fundada por un ministro wesleiano, Mangena M. Mokone, en 1892, también en Africa del Sur. El movimiento «etíope» se extendió a otros países de Africa meridional y oriental.

En otras zonas del Africa colonial, las iglesias cismáticas manifestaron a menudo una hostilidad abierta contra la administración colonial. John Chilembwe por ejemplo, fundó su misión industrial provisional en Nyasaland, atacando con vehemencia las prácticas coloniales británicas de la recaudación de tributos y el reclutamiento militar. Finalmente, dirigió una resistencia armada rudimentaria contra la administración colonial británica en 1915 antes de ser capturado y ejecutado. Alrededor de esta época, el «movimiento de la atalaya» empezó a crecer y a extenderse desde Nyasaland hacia Rhodesia del Sur entre los shonas, convirtiéndose en un movimiento religioso con fuertes connotaciones políticas. El «movimiento africano de la atalaya», que se difundió en el Africa central y el Congo, era una organización diferente cuyo origen se encontraba en el movimiento de iglesias separadas de la zona, fundado por Elliot Kamwana en el norte de Nyasaland en 1908. Se hizo conocido bajo el nombre del «Kitawala» (reino) o la «iglesia de la atalaya» y en el norte de Rhodesia sus predicadores milenaristas predecían el total derrumbamiento del colonialismo y el fin del mundo [35].

[34] Ver B. G. M. Sundkler, 1961, pp. 38 s.
[35] Para más detalles, ver el capítulo 27 más adelante.

Desarrollos parecidos tuvieron lugar en otras partes de Africa, especialmente durante los primeros años de la primera guerra mundial. Ya hemos mencionado el ejemplo de William Wade Harris en el Africa occidental. Simon Kimbangu fundó su «église de Jésus-Christ sur la terre par le prophete Simon Kimbangu» (EJCSK) en 1921 en el Congo belga. Sus seguidores se negaron a pagar los impuestos a la administración colonial belga y manifestaron su intención de impedir los trabajos forzados que la administración había empezado a poner en práctica. Estos actos constituían una verdadera amenaza para la administración y, para evitar una insurrección general en el país, Simon Kimbangu fue arrestado y mantenido en prisión hasta su muerte en 1951. Pero el kimbanguismo siguió extendiéndose desde su base inicial en el bajo río Congo [36]. La neokimbanguista «mission des noirs», fundada por Simon-Pierre Mpadi, que se conoció como la «khakista», se extendió desde el bajo Congo hacia el Congo francés y Ugangui-Chari (ahora República Centroafricana).

De orientación parecida a los movimientos encabezados por Kimbangu y Mpadi fueron los fundados en Uganda por un antiguo miembro de los King's African Rifles, Ruben Spartas Mukasa, que dedicó su vida a trabajar a cualquier precio personal por la redención de toda Africa. Su «asociación progresista africana» y el «ejército cristiano para la salvación de Africa», así como la rama de la «iglesia ortodoxa africana» que inició, manifiestan el propósito social y político de todos estos movimientos. En Nyasaland, la «iglesia última de Dios y su Cristo» de Jordan Nguma era del mismo tipo que la de Mukasa en Uganda.

Otras iglesias, en el espíritu de la Reforma, enfatizaron ciertos aspectos de la teología cristiana que las iglesias fundadas por las misiones habían descuidado. Las iglesias sionistas de Africa del Sur daban mucha importancia a la posesión por el Espíritu Santo, las curaciones y la profecía y se extendieron ampliamente por Africa meridional y oriental. La «dini ya Roho» (Iglesia del Espíritu Santo) [37], que se desarrolló entre los abaluyias de Kenia y fue fundada por Jakobo Buluku y Daniel Sande en 1927, consideraba el bautismo por el Espíritu Santo, hablar en lenguas y la confesión pública de los pecados como condiciones previas necesarias pra poder ser plenamente miembro de la iglesia. El mismo énfasis en el Espíritu Santo hizo que Alfayo Odongo fundase su iglesia jahoro (del Espíritu Santo) entre los luos de Kenia en 1932. Varias iglesias africanas y «aladura» del Africa occidental acentuaban también la importancia de la posesión por el Espíritu Santo.

Algunas iglesias tenía un alcance menor. En 1910, como hemos visto ya, la «misión nomiya luo» fue fundada por Johana Owalo, entre los luos de Kenia occidental. La iglesia adoptó la circuncisión e hizo de ella una condición para la salvación. Aunque los luos no tenían una tradición de circuncisión, la iglesia la adoptó de acuerdo con el precedente bíblico [38]. Otras iglesias fueron establecidas específicamente para recibir a los que no habían sido capaces de cumplir con la exigencia de las iglesias misioneras de la monogamia y habían sido expulsados,

[36] *Ibid.*
[37] O. Odinga, 1967, p. 69.
[38] E. S. Atieino-Odhiambo, 1974, pp. 10 s.



• *El reverendo John Chilembwe (1860/1870-1915), clérigo y líder del levantamiento de 1915 en Nyasaland, fotografiado con su familia.*

así como a los que no podían ser miembros de la Iglesia por ser ya previamente polígamos. Un ejemplo de este tipo de iglesias era la «iglesia nacional africana» [39] que floreció en el distrito de Rungwe en Tanganica en los años treinta.

EL CRISTIANISMO INDIGENA

Además de estas iglesias, nacieron otras que no pretendían aliviar la ansiedad ni la tensión social sino que obtenían su inspiración de una ideología más positiva. Desde los primeros días del proceso de presentación del cristianismo a los africanos, algunos de éstos habían aceptado la nueva fe en su totalidad y de manera exclusiva. Otros, por el contrario, la aceptaron sobre la base de lo que ya sabían, y entendieron el cristianismo en términos de los conceptos fundamentales de la tradición religiosa africana, relacionando el mensaje de la Iglesia con sus necesidades religiosas permanentes.

De esta manera, el cristianismo no vino a sustituir simplemente las prácticas y las creencias religiosas tradicionales, sino a completarlas. En otras palabras, algunos cristianos africanos usaban ciertos aspectos del cristianismo para fortalecer las partes de las creencias tradicionales que necesitaban dicho fortalecimiento, y a la vez usaban las creencias tradicionales para dar vigor a los aspectos del cristianismo que encontraban deficientes. Así, el resultado era para ellos una religión con sentido, y su cristianismo puede ser considerado como una expresión del modo africano de ser religioso. Por eso lo hemos llamado cristianismo indígena.

Subyacente al cristianismo indígena hay una manifestación de creatividad religiosa e integridad cultural, y no una mera reacción, respuesta o adaptación a los estímulos exteriores, como suelen decir algunos investigadores. Por lo general, y con unas pocas excepciones, la explicación de la aparición y proliferación de los movimientos de cristianismo indígena se ha solido realizar a partir de factores externos a los propios movimientos que les darían una plausibilidad funcional o una disfuncionalidad aberrante. Tales interpretaciones pueden no estar desprovistas de validez pero tienden a exagerar la importancia de los factores exteriores en la aparición de estos movimientos. Cuando se les llama iglesias «independientes» la idea que subyace en el fondo es que hay algún punto de referencia más importante fuera de las propias iglesias.

Habiendo dado el atrevido paso de injertar el cristianismo en la tradición africana, las iglesias indígenas satisfacían el hambre espiritual de sus seguidores presentando el Evangelio de una manera compatible con la visión del mundo tradicional africana y comprensible también desde el punto de vista africano.

Se crearon formas de culto que satisfaciesen las necesidades espirituales y emocionales de los miembros, capacitando de esa manera al cristianismo para cubrir, como hacía la religión tradicional, todas las zonas de la vida humana y colmar todas las necesidades de las personas. Entre las últimas se encuentra la necesidad

[39] T. O. Ranger, s. f., pp. 16-20.



• *El profeta Simón Kimbangu (1890-1951), fundador de la Iglesia de Jesucristo en la Tierra en el Congo belga.*

de curación, cuya importancia, tanto en la religión tradicional como en el cristianismo indígena, nunca será bastante recalcada. La curación contribuye a la plenitud humana, y la religión es esencial a este respecto. Y, además de la curación, las necesidades religiosas de adivinación, profecía y visiones eran también satisfechas, porque había la firme creencia de que Dios revelaba el futuro y las causas de los infortunios a través de las visiones. Mientras que las iglesias fundadas por los misioneros negaban la existencia de fuerzas malvadas, como los hechizos y maleficios, las iglesias indígenas reconocían su existencia y proporcionaban una fuente de protección cristiana contra estos poderes maléficos, creyendo con firmeza que Jesús podía efectivamente proteger y curar.

El reconocimiento de la realidad de las fuerzas del mal, tales como la hechicería y los maleficios, es una aceptación de la visión del mundo africana y a la vez una reminiscencia de la cosmovisión bíblica, que reconocía la presencia de demonios, espíritus maléficos, soberanías y potestades y de los príncipes de las tinieblas en este mundo. Negar esos poderes, como hacían los misioneros, era ser occidental y no necesariamente bíblico, porque la Biblia los acepta aunque proclame la superioridad de Dios sobre ellos.

La aparición de estas iglesias ha dado una oportunidad para el ejercicio del liderazgo y la habilidad africana en el cristianismo, y en ellas se ha expresado un cristianismo verdaderamente africano. Y con este desarrollo ha comenzado también la teología cristiana africana. Estas iglesias han sobrepasado las fronteras étnicas, e incluso internacionales, y han unido muchos pueblos en una fe y una práctica comunes. En una época de cambios tan tremendamente grandes y radicales en la vida africana, estas iglesias han proporcionado amparo religioso y cultural a muchos.

Ejemplos de iglesias cristianas indígenas que aparecieron en el período colonial y que están todavía bien vivas son la «apostolowa fe debefia habobo» (sociedad de la revelación apostólica) en Costa de Oro; la «iglesia negra de Cristo» (Nigeria); la «église des banzie» en Gabón; «dini ya nsambura» (la iglesia de los antepasados) en Nyasalandia; la original «iglesia del pájaro blanco» entre los zazurus de Rhodesia del Sur; «iglesia de Cristo para la unión de los bantúes y la protección de las costumbres bantúes en Sudáfrica»; «église des noirs» en el Congo y la «iglesia herero de Africa del suroeste» (actualmente Namibia)[40]. A éstas hay que añadir las iglesias que subrayan la naturaleza indígena de su cristianismo incluyendo en sus denominaciones el nombre del grupo étnico dominante o el adjetivo «africana». Pero para una ilustración más detallada pondremos el ejemplo de la «iglesia de musama disco Christo».

El ejemplo de la «iglesia de musama disco Christo»

A la luz de las consideraciones anteriores, la «iglesia de musama disco Chris-

[40] Más detalles en J. B. Webster, 1964; H. W. Turner, 1965 y 1967; R. L. Wishlade, 1965; V. E. W. Hayward (ed.), 1963; C. G. Baeta, 1962.

to» (el ejército de la cruz de Cristo) de Costa de Oro (Ghana) [41] merece consideración como iglesia cristiana indígena. Porque el fundador de la iglesia, el profeta Jemisimiham Jehu-Appiah, relacionado con el modelo tradicional «akan» de organización social, adaptó con éxito el cristianismo reorganizándolo según ese modelo, y lo expresó en términos comprensibles para la visión de las cosas del pueblo akan. La iglesia comenzó como un grupo de oración, la «sociedad de la fe», dentro de la iglesia metodista de Gomoa Oguan, en la región central de Costa de Oro en 1919. Pero cuando su jefe el catequista William Egyanka Appiah y sus seguidores fueron expulsados de la Iglesia, se establecieron como iglesia independiente en 1922.

El fundador no sólo fundó una iglesia y se convirtió en su cabeza espiritual general, sino que también estableció una dinastía, se nombró su progenitor con el título de *akaboha* (rey) I, y a su hijo *akasibeena* (príncipe), y se consideró, de acuerdo con los estatutos de la iglesia, «autorizado para mantener la línea de sucesión com derecho divino, según lo ha ordenado el Espíritu Santo» [42]. La esposa del fundador, la profetisa Natholomoa Jehu-Appiah, se convirtió en *akatitibi* (reina madre) de la iglesia; y en consecuencia el rey y la reina eran las autoridades supremas de la «iglesia de musama disco Christo». Como profeta y líder de un movimiento espiritual, Jemisimiham Jehu-Appiah estableció la fundación de su iglesia como «una iglesia cristiana indígena, fundada para servir como nuestro humilde presente; una "mirra" de Africa para Cristo, que es nuestro regalo divino y precioso, no importándonos si otros están ofreciendo oro o incienso» [43].

La iglesia está organizada según la estructura tradicional del Estado akan *(Oman)*, basada en la formación militar. Al frente del *oman* está el *nana akaboha*, que combina el poder temporal y el espiritual. El *akaboha* tiene sus jefes de ala y de división, y la importancia de la estructura estatal akan estriba en el hecho de que está ligada con la historia y el desarrollo de la iglesia, y que su sentido de misión y destino se refleja en las divisiones.

El cuartel general de la iglesia, Mozano, funciona como un *ahenkro* o capital de un Estado tradicional akan. Allí reside el *akaboha*, de allí provienen todas las decisiones importantes que afectan a la iglesia y es allí donde se realiza el festival anual, *asombwee afe* (festival de la paz). En el *ahenkro* hay templos y santuarios donde el creyente puede orar y ser curado.

Los miembros de la iglesia se diferencian de los demás porque usan anillos y cruces de cobre que sirven como «marcas tribales». Los nombres celestiales que cada miembro recibe y que son específicos de la iglesia sirven también como «marcas tribales». La iglesia tiene su propia lengua, *osor kasa* (lenguaje celestial), que se usa en las bienvenidas, saludos y al entrar en las casas; y los nombres que se usan en la iglesia pertenecen también a este idioma. Aunque no es un idioma extenso es suficiente para proporcionar distinción a la iglesia como un *oman* con su propia lengua. Los miembros de la iglesia pertenecen a distintas etnias y *status*

[41] Más sobre el tema en K. A. Opoku en E. Fasholé-Luke, R. Gray, A. Hasting y G. Tasie (eds.), 1978.
[42] Constitución de las «musana disco Christo church», Mozano, 1959, p. 11.
[43] *Ibid.*, p. 11.

sociales, y el convertirse en uno de ellos está determinado principalmente por las necesidades de quienes vienen a la iglesia a buscar soluciones para el problema de la vida. Como la religión tradicional:

> ... el cristianismo practicado en el *oman* de musama es una religión de ser y obrar, y representa un rechazo del cristianismo de los misioneros, que era sobre todo una religión de la cultura mental. El [cristianismo de la «iglesia de musama disco Christo»] es una religión que pretende servir para la vida diaria y que da respuestas satisfactorias a los problemas de la vida contemporánea. Al contrario que el cristianismo de las misiones, que niega la existencia de demonios, brujas y espíritus maléficos, la iglesia musama acepta la existencia de esos espíritus pero demuestra el poder de Dios sobre ellos [44].

La iglesia extrae mucho de la religión y la cultura akan en su búsqueda de respuestas satisfactorias a los problemas de la existencia actual y combina elementos del metodismo con una forma de organización fuertemente africana. Representa una extensión del cristianismo en Africa basada en la fundada convicción de que una sociedad cristiana puede ser construida sobre los cimientos de la cultura africana.

CONCLUSION

El período del dominio colonial, en Africa desde 1880 hasta 1935 presenció, no la destrucción sino la confirmación del pluralismo religioso en Africa. El cristianismo ortodoxo y el Islam también ganaron mucho terreno durante el período gracias a algunas de las actividades de los administradores coloniales. La religión tradicional, como religión anfitriona, proporcionó las bases sobre las cuales se apoyaron las nuevas religiones, aunque al final se realizaron muchos cambios en su apariencia global. Su expresión institucional resultó muy afectada por el nuevo orden colonial, pero su visión del mundo ha persistido incluso entre musulmanes y cristianos declarados. El hecho del pluralismo religioso creó rivalidades, competencias e incluso conflictos en muchas partes de Africa, pero al mismo tiempo la posibilidades del diálogo interreligioso.

La debilitación de la religión tradicional produjo la correspondiente debilitación en muchas de las instituciones sociales y políticas cuya vitalidad y legitimación dependían de ella. De esta manera, la moralidad, la red de relaciones familiares, la cohesión comunitaria y la institución de la jefatura perdieron una cantidad de fuerza considerable aunque no fueron totalmente eliminadas.

En este período aparecieron en Africa las iglesias indígenas, llamadas a veces iglesias independientes, cismáticas, separatistas o etíopes. Los factores causales fueron muchos, pero la presencia colonial y la difusión de la lectura y la escritura fueron decisivos. Sin embargo, fuesen cuales fuesen las razones, este hecho constituye la cuarta etapa de la historia del cristianismo en Africa, un período en el que, dirigido por africanos, un nuevo desarrollo del cristianismo compatible con

[44] K. A. Opoku en E. Fasholé-Luke, R. Gray, A. Hastings y G. Tasie (eds.), 1978, p. 121.



• *El profeta M. Jesu-Appiah, Akoboa III, nieto y sucesor del fundador de la «Iglesia musama disco Christo» (Costa de Oro, Ghana) llevado en palanquín durante la fiesta de la paz anual.*

la visión africana de la realidad ha empezado a existir y ha acogido a miles de personas en su seno. Estas iglesias han proporcionado un recurso alternativo a los servicios pagados por horas de los herboristas y adivinos tradicionales a sus miembros, aunque la gente que los necesita pueda en ocasiones volver a ellos (médicos tradicionales).

En general, la aparición de diferentes religiones que tenían que coexistir en vez de la anteriormente única religión tradicional, ha producido una fermentación de ideas que ha enriquecido la vida religiosa. Cada una de las tres religiones ha tomado elementos prestados de las otras para mantener su pertinencia para los fieles africanos.

Pero la religión tradicional sigue teniendo importancia frente al creciente individualismo, secularismo, desarraigo, excesiva explotación de la naturaleza e incluso ateísmo que han acompañado el impacto de Occidente en Africa. La religión tradicional ofrece una perspectiva alternativa ante las principales preocupaciones humanas, y no está despegada de la vida diaria ni de la naturaleza. Su visión del mundo representa un contrapunto refrescante de la aridez en que ha desembocado gran parte de la dimensión espiritual en la vida moderna.

Capítulo 21

LAS ARTES EN AFRICA DURANTE EL PERIODO DEL DOMINIO COLONIAL

WOLE SOYINKA

En febrero de 1976, en un control policial entre Ibadan y Lagos, Nigeria, un hombre fue arrestado por poseer antigüedades que se creían robadas. Tenía dos sacos llenos de esculturas de bronce y madera, todas las cuales —insistía— eran de su propiedad. La policía comprobó más tarde que estaba diciendo la verdad. Este hombre, un reciente converso al Islam, vivía y trabajaba en Ibadan en un recinto comercial. Las figuras talladas de deidades yorubas que llevaba eran habitualmente traídas a la ciudad por inmigrantes laborales, sirviéndoles, en sus hogares temporales, para satisfacer las necesidades espirituales de los artesanos desplazados, pequeños comerciantes, oficinistas y otros trabajadores. Más tarde, sin embargo, el jefe de este recinto se convirtió al Islam y a su vez empezó a convertir a sus vecinos. Después de la conversión del sospechoso, se le hizo entender que sus antiguos símbolos religiosos tenían que desaparecer si había que transformar el recinto en una morada ocupada por el espíritu de Alá. Incapaz de soportar la idea de su destrucción física decidió llevarlos de nuevo a su hogar original, donde ahora están instalados otra vez.

El incidente, ejemplo típico del cambio de las formas culturales y sus manifestaciones concretas, proporciona un modelo claro de supervivencia e incluso renovación de los valores regionales frente a la dominación religiosa y otras formas de dominación socialmente más intensas. Lo que era cierto en 1976 fue incluso más frecuente en el dramático período de la dominación exterior de Africa, cuando un pueblo entero, sus organizaciones sociales y sus modelos económicos y artísticos fueron subyugados por estrategias de explotación máxima en beneficio de intereses exteriores. El tráfico de esclavos intensificó la destrucción durante dos siglos, produciendo una devastación cultural de una escala sin precedentes. Los ataques de castigo de las fuerzas coloniales y la intolerancia y falta de comprensión de los misioneros sirvieron para alterar el rumbo cultural del continente. Los diferentes métodos extranjeros de control e interacción de los pobladores de Africa provocaron o crearon naturalmente diferentes respuestas culturales por

parte de los africanos despojados. El colonialismo belga y portugués, así como el colonialismo británico de asentamientos en el Africa oriental, son reconocidos por unanimidad como los más crueles del continente. Ellos crearon las condiciones para la existencia de africanos realmente desplazados en el sentido más literal de la palabra. La dimensión árabe fue única por derecho propio, con un rostro de expansionismo ambivalente que dejó no pocas impresiones culturales fuertes por donde pasó. Sin embargo, la realidad que extraemos de este período es la vitalidad recuperada o incluso incrementada de las formas y valores de las auténticas culturas de los pueblos.

EL ARTE AFRICANO

Es difícil estimar el impacto cualitativo del comercio imperial en la productividad artística. Ciertos medios permanecieron en verdad incólumes; por ejemplo, la técnica de pintura de cuentas de los artistas de Camerún o el arte de la escultura religiosa entre los yorubas, baules, bakotas, etc. Sin embargo, empezaron a producirse sutiles transformaciones en otros medios artísticos, tanto en la forma como en el contenido. Aunque reteniendo gran parte de los valores cromáticos, el arte mural Mbari de los igbos (Nigeria) adquirió matices «pop» en manos de los artistas que han pasado por las ciudades, como resultado de la repentina posibilidad de adquirir pinturas de todos los colores y texturas. Anteriormente ese arte mural estaba controlado por la propia naturaleza y el pequeño abanico de tintes de manufactura local.

Lo más notable de la fiesta anual del cantón de Koumina en el departamento de Bobo-Dioulasso-Koumina del Alto Volta de administración francesa fueron, de manera significativa, las discusiones que hubo entre los «tradicionalistas» y los «modernistas» sobre esta cuestión de los tintes. El primer grupo de fabricantes de máscaras prefería la técnica antigua de tintes naturales no sólo por su satisfacción visual y relativa a la textura, sino también por el sentimiento de una relación orgánica que debería existir entre los materiales de la producción artística. El último grupo encontraba el uso de tintes importados conveniente y posibilitador de una mayor variedad. Esta fiesta de la cosecha, que reunía a herreros, tejedores, tintoreros, escultores, bailarines y brujos de todos los cantones vecinos, especialmente a Kare, el famoso músico de Diagaso, nos ofrece otro ejemplo de la persistencia de la creatividad incluso dentro del sistema fragmentador de comunidades que adoptaron las administraciones coloniales para sus trabajadores, pues una vez al año las familias diseminadas iban a la ciudad pra realizar una afirmación artística de su auténtica visión del mundo.

La inspiración local apenas fue rival para la producción industrial que comenzó a inundar los mercados americanos ya en las primeras etapas de la empresa colonial. La pérdida de la función integradora del arte en el devenir normal de las comunidades se puede ver en la decadencia del arte de los *forowa* y los *kuduo*, recipientes finamente decorados de los asantes (Costa de Oro, actualmente Ghana) cuyos motivos ornamentales eran, como en muchos otros casos en Africa, ideogramas sobre lecciones tradicionales, proverbios, consejos morales y vi-



• *Tallas de madera de un santuario yoruba dedicado al dios Shango.*



• *Un kudyo akan de latón de Ghana.*

ñetas históricas. Como las medidas de oro, los *forowa*, de los que se podía decir que habían comenzado a perder su utilidad comercial, si bien se usaron todavía comúnmente como recipientes para rapé, ungüentos, etc. Pero su producción se realizaba ahora en su mayor parte en fábricas de Gran Bretaña, que además podían experimentar con diversos metales. De esta manera, Doran H. Ross[1] menciona un *forowa* de plata en el que se podría leer: «Birmingham, 1926». En contraste, no parece que la ornamentación de las piraguas sufriese durante este mismo período una debilitación parecida del vínculo estético entre imagen y sentimiento; junto a los vehículos motorizados, que habían empezado a hacer su aparición en la segunda década del siglo, y hechas de tela tejida, siguieron perpetuando la estrategia de educación comunitaria que se puede definir como «lecciones de movimiento».

LA ARQUITECTURA AFRICANA

Una mirada no precipitada al interior y al exterior de algunas de las verdaderamente armónicas viviendas tradicionales revelaría la existencia de una manifestación real y compleja del genio arquitectónico de los indígenas, en agudo contraste con la planificación cuadriculada y de tipo militar en la que los africanos eran obligados a vivir en esta época por las formas de esclavitud que los belgas y los franceses (especialmente) imponían en las plantaciones. André Gide ofrece una extensa y ajustada descripción en su *Viaje al Congo* (1927):

> La choza de los massai, es cierto, no se parece a ninguna otra; pero no es sólo rara; es *bella;* y no es su rareza tanto como su belleza la que me conmueve. Una belleza tan perfecta, tan terminada, que parece natural. Ni un adorno, nada superfluo. La pura curva de su línea, ininterrumpida desde la base hasta la cúspide, parece haberse logrado matemáticamente con una necesidad ineluctable; uno se da cuenta instintivamente cuán exactamente debe haber sido calculada la resistencia de los materiales. Un poco más al norte o al sur y la arcilla estaría mezclada con demasiada arena como para permitir este fácil impulso que termina en la abertura circular que es la única iluminación del interior de la choza, al modo del panteón de Agripa. En el exterior una serie de estrías regulares acentúan y dan vida a estas formas geométricas y proporciona un soporte por el cual se puede llegar a la cúspide de la cabaña (a menudo de veinte a veinticinco pies de altura); esas estrías permiten construirla sin la ayuda de andamios; esta cabaña está hecha a mano como un jarrón; es la obra no de un arquitecto sino de un alfarero...
> Dentro de la choza la frescura del aire parece deliciosa cuando se entra desde el ardiente exterior. Sobre la puerta, como un enorme ojo de cerradura hay una especie de urna de columbario, donde se alinean jarrones y enseres domésticos. Las paredes son lisas, pulidas, vidriadas. Enfrente de la entrada hay una especie de tambor grande hecho de tierra, decorado de manera muy bonita con figuras geométricas en relieve pintadas en blanco, rojo y negro. Estos tambores son los recipientes donde se guarda el arroz. Sus tapas de tierra están enrasadas con arcilla, y son tan lisas que recuerdan la piel de un tambor. Avíos de pescar, cuerdas y herramientas penden de colgaderos. A veces también un haz de azagayas o un escudo de junco trenzado. Aquí, en la sombría penumbra de una tumba etrusca, la familia pasa las horas de más calor del día; por la noche el ganado entra y se les une:

[1] D. H. Ross, 1974, p. 45.

> bueyes, cabras, y gallinas... todo está en su sitio; todo está limpio, exacto, ordenado. No hay comunicación con el exterior cuando se cierra la puerta. La casa de un hombre es su castillo [2].

Sería vano afirmar que todas las viviendas africanas de este período eran capaces de despertar tales vuelos de lirismo en el viajero; sin embargo, uno no puede sino lamentarse de lo poco que la arquitectura urbana de la época se fijó en ellas para aprender de las lecciones estructurales de la arquitectura tradicional.

Las ciudades continuaron desarrollándose como réplicas o adaptaciones de la planificación urbana europea, o, como hemos dicho ya, en forma de rígidas cuadrículas que fomentaban la despersonalización del africano y su alienación respecto a la sensibilidad comunitaria. Sin embargo, hay que admitir que se insertaron con éxito grupos de viviendas tradicionales en las estructuras extranjeras que cubrían el país. Incluso salpicados, de vez en cuando, en los modernos centros de las capitales del Congo belga (ahora Zaire), Senegal, Costa de Oro (Ghana), Nigeria, Angola, etc., hay recintos tradicionales, oscurecidos por las sombras de los edificios de hormigón, que datan del siglo XIX. Suelen estar situados alrededor de un pozo comunitario. Una galería cirular o rectangular da al patio, y una serie de residencias familiares se conecta con un tejado común y sistemas de desagüe que se unen y desembocan en las cunetas de las calles principales. Hasta cuando las casas constan de más de un piso, la espacialidad y el juego de planos revelan la misma condición liberadora. La contribución de los brasileños que volvieron al continente fue, a este respecto, inmensa. Hasta en las ciudades más pequeñas del interior de Africa, los ejemplos aislados de un desarrollo detenido de la arquitectura tradicional de este período continúan causando una sensación de pérdida estética en ésta, que en la más inmediata de las producciones creativas y utilitarias del hombre. Las ciudades modernas de Africa nos recuerdan constantemente que el entorno no ha sido nunca transformado en sus propios términos, sino a imagen de los colonizadores, con todas sus consecuencias alineantes, incluso en la producción de otras formas de arte influidas por las ciudades, como los murales, la escultura, la música, etc.

LA MUSICA AFRICANA

La auténtica música de los pueblos de Africa nos sigue recordando que ha permanecido sin ser desplazada como la fuente regeneradora de la voluntad cultural del continente. Los «salones» tuvieron un papel ambiguo en esto; con pocas excepciones la suerte de la música en la costa del Africa occidental se duplicó en las zonas de Africa del sur con las que el mundo europeo fue aumentando sus relaciones en el último cuarto del siglo. El modelo era el mismo: la responsabilidad de la educación de los «nativos» les correspondía a los misioneros, que establecieron escuelas y, con una mezcla de halagos, amenazas (apoyadas por la fu-

[2] A. Gide, 1930, pp. 217 s.

gaz presencia de las fuerzas expedicionarias), reclamos comerciales, además de distintas demostraciones irrefutables del superior avance de la cultura de los buscadores de prosélitos, lograron llenar sus escuelas de niños más o menos deseosos o reacios. No hace falta repetir la naturaleza de la educación que se les daba a estos niños, pero no se debe creer que el proceso de reorientación cultural se aplicaba sólo a los alumnos reclutados por las escuelas. Desde El Cabo hasta Gambia la práctica difería sólo en los detalles:

> Dos músicos natal, el señor Ganney y el señor A. E. Rollands, formaron un coro zulú de alrededor de catorce miembros a quienes se enseñó a cantar, en vez de sus propias canciones nativas, diferentes tipos de canciones inglesas. Se les consideró suficientemente buenos como para hacer una gira de conciertos por Sudáfrica y más tarde una gira por Inglaterra, donde por lo menos cinco de los miembros se separaron del coro para recibir el sueldo más atractivo ofrecido por los salones de conciertos londinenses. Nada más se sabe del coro zulú de 1892, pero fue el precursor de muchos coros africanos que más recientemente han realizado excelentes versiones de obras corales europeas [3].

Esto se debió, probablemente en parte, al hecho de que dos años antes el apetito de música exótica en Durban había sido agudizado por la invasión de un conjunto de cantantes negros procedente de los Estados Unidos que encandilaron al público con sus «versiones sin acompañamiento de viejas canciones conocidas como *My Old Kentucky Home, Old Black Joe, Jingle bells...* y la riqueza especial de las genuinas voces negras después de tantas pobres imitaciones...» [4].

El autor no se daba obviamente cuenta de la ironía de esta empresa, porque antes había escrito lo siguiente acerca de la carrera musical de otro habitante de Durban:

> Entre las actividades musicales de William Swift estaba la investigación musical, que le llevó en su tiempo libre a los poblados zulúes, donde escuchaba canciones nativas que después interpretaba él mismo en un violín que siempre llevaba consigo en sus viajes. Algunas de las veinticuatro canciones que recogió de esta manera las cantó en conciertos donde eran crudamente llamadas «canciones cafres» [5].

Las «canciones cafres» que el señor Swift ofreció a los elegantes públicos europeos de los salones de Durban eran por supuesto cantadas en la misma época en otros contextos con un significado físico, espiritual, económico y social profundamente diferente. Para el pueblo kuyu (Africa central), canciones parecidas serían una invocación de la fuerza vital de la comunidad, como los rituales de la siembra y la cosecha, la muerte y la fertilidad. (Debe tenerse en cuenta que sólo muy pocos europeos lograron alguna vez recoger las verdaderas canciones sagradas de esos pueblos.) Pero el papel y la función social de la música es lo que realmente nos interesa aquí, porque es a través de la música, más que cualquier otra forma de arte, como la realidad cultural *vivida* de los pueblos se entiende más cumplidamente [6]. Cuando los kuyus, por ejemplo, representaban la serie «del

[3] G. S. Jackson, 1970, p. 117.
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*, p. 50.
[6] J. H. Nketia, 1975, pp. 21-24.

ocaso al alba» de canciones, bailes y mimo simbólico en los funerales de una famosa granjera que había sido considerada como excepcionalmente eficiente en el cultivo de la mandioca, se trataba de un proceso de afirmación de la continuación de la vida, e incluso la evocación práctica de una supervivencia económica para los vivos. El mimo y las letras de los cánticos se dirigen conscientemente a la transmisión de su mano mágica con las plantas a los vivos; la explosión de voces y movimiento producía a la vez una catarsis de la comunidad entera, les libraba de su miedo y les fortalecía para continuar la lucha por la supervivencia. Esa música no eran meras «canciones».

Pero la música no servía sólo para lo misterioso y lo profundo. La retórica, su hermana gemela, ha constituido siempre en todas las comunidades un medio idóneo de intercambio social, incluida la organización política y la administración de justicia. Su papel en la guerra apenas requiere comentario. La combinación de música y oratoria en las estructuras jurídicas formales puede ser sin embargo considerada como otra característica de las culturas en las que la música no es sólo una actividad social aislada sino una acción integradora. Los idomas del nordeste de Nigeria tenían una tradición de procesos judiciales que empleaba modelos semicorales en el seno de un montaje predominantemente teatral. Los litigantes presentaban sus casos como verdaderos actores contra un fondo de respuestas corales, moviéndose desde el semicircular foro humano y volviendo a sumergirse en la masa. Los gestos eran deliberadamente teatrales, completamente calculados incluso cuando se trataba de lograr efectos desproporcionados. El proceso podía durar entre dos días y una semana. Los pleitos entre los watusis comprendían también aspectos teatrales similares. Una escena del pueblo bambala recogida por A. P. Merrimam proporciona una visión típica de la actitud de los africanos respecto a la merodeante presencia colonial, que poco a poco fue haciéndose con todas las riendas del control social. Esta realidad de la vida contemporánea se vio reflejada de diversas formas en el repertorio cultural, pero nunca consiguió dominar las operaciones lingüísticas efectivas:

> PRIMERA PARTE: Yo estaba en mi casa y me hubiera gustado seguir allí. Pero él ha venido y quiere discutir el asunto en público. Así que he dejado mi casa y por eso me veis aquí. *(canta)* «Soy como un grillo. Me gustaría cantar pero la pared de tierra que me rodea me lo impide. Alguien me ha obligado a salir de mi agujero, así que voy a cantar». Hablemos sobre estas cosas, pero despacio, despacio, de otra manera tendremos que ir al tribunal de los hombres blancos. Me habéis obligado a venir. Cuando el sol se haya puesto seguiremos aquí discutiendo. *(canta)* «Soy como el perro que permanece delante de la puerta hasta que consigue un hueso».
> ADVERSARIO: Nadie va en dos direcciones a la vez. Tú has dicho esto y aquello. Uno de los dos tiene que estar equivocado. Por eso te ataco. *(canta)* «Un ladrón habla con otro ladrón. Te ataco porque eres malo» [7].

A pesar de las tendencias hacia el romanticismo, la extravagancia racial y otros modos de pensamiento y predisposiciones anímicas, es imposible negar la verdad de las afirmaciones sobre la importancia central de la música en la vida de los pueblos africanos. Según un músico shona contemporáneo:

[7] Recogido por A. P. Merriman, recogido en R. Brandel, 1961, pp. 39 s.

> Gran parte de la historia de Africa se ha escrito... en música. [Mientras se toca el *mbira* y se canta] se pueden ver las escenas panorámicas de esos días pasados y las vagas figuras de aquellos tiempos aparecen como en los sueños... en los tiempos modernos... Se puede casi ver a los antepasados volviendo al mundo otra vez... [8].

Lo que se ha escrito sobre el brujo de las sociedades de Mali, Senegal, Gambia y Guinea, no sólo como palanca de los acontecimientos sociales sino como archivero, historiador y formalista cultural de la sociedad, se puede aplicar también al músico shona, cuyos instrumentos, los *mbira*, inspiraron los comentarios transcritos más arriba. El brujo ha sido muy celebrado en la epopeya de un descendiente de esclavos que volvió desde los Estados Unidos a Gambia en la última década para rastrear su genealogía [9]. Moverse desde la patria del hechicero en el Sudán occidental en dirección sur hacia el Africa central y meridional significa encontrar la misma figura y la epopeya de su supervivencia en una fase de enorme violencia e inestabilidad. Incluso en el caso de Sudáfrica, con su historia de construcción épica de un imperio y las consiguientes guerras y represiones violentas, las cinco décadas que rodearon el cambio de siglo fueron particularmente inseguras para los habitantes y registraron numerosas dispersiones violentas.

El *mbira* sobrevivió a este proceso de fragmentación cultural; incluso logró la creación de una identidad cultural entre sus ejecutantes, con todas sus estructuras sociales, tanto religiosas como profanas. Una de las consecuencias de los violentos desplazamientos de los pueblos shonas entre El Cabo y Africa central es que ahora es difícil decir cuáles de sus instrumentos musicales —e incluso de las funciones sociales de su música— fueron llevados a/o recibidos de los países vecinos como Mozambique, Rhodesia del Norte (ahora Zambia), Tanganica (Tanzania actualmente), los dos Congos (Zaire y el Congo ahora) y Uganda, territorios en que la práctica se extendió, a Rhodesia del Sur (ahora Zimbabwe), en donde la mayoría de los shonas se fueron concentrando al final del siglo (ver Fig. 8.1). Lo que no admite réplica, sin embargo, es que la cultura *mbira* se convirtió en un vínculo unificador de la población desperdigada y que sobrevivió a su constante e intensa fragmentación.

La música *mbira* era considerada por los shonas como un regalo del espíritu de su gran antepasado Chaminuka, que parece haber sido una persona real, un rey de la primera parte del siglo XIX. La música entró completamente en la vida social, penetrándola tan profundamente que se volvió indispensable en actividades tan distintas como curaciones, bodas, funerales, trabajo en el campo, nacimientos, iniciaciones y otras muchas. El propio instrumento *mbira* era considerado «capaz de proyectar su sonido hasta el cielo y ponerse en relación con el mundo de los espíritus» y, por tanto, de vincular efectivamente las acciones y pensamientos de los vivientes con la presencia de sus antepasados.

Los músicos eran sedentarios e itinerantes; no siempre esperaban ser invitados, aunque algunos intérpretes notables del *mbira* han sido contratados a cientos de millas de distancia por su gran reputación artística o porque su estilo de

[8] E. Majuru, recogido en P. Berliner, 1978, p. 133.
[9] A. Haley, 1976.

tocar era considerado más apropiado para un fin determinado, a menudo el éxito en la posesión de algún médium. La cohesión de la comunidad cultural se mantenía de esta manera a través de las fronteras geográficas. Las ceremonias *mbira*, que duraban toda la noche y que pretendían al principio el trance de un médium y más tarde sólo buscaban el mero placer social del baile, el canto, los recitales poéticos (también de poesía cómica) y el mimo, han sido acertadamente descritos como «un largo viaje comunitario a través de la noche». El médium poseído podía también, al volver a la normalidad, pronunciar juicios sobre pleitos y dar consejo sobre asuntos de interés común (la siembra, la cosecha, incluso la política).

Una directriz para entender la evolución interna de las culturas musicales en Africa nos es proporcionada afortunadamente por el ubicuo *mbira*. El propio instrumento, una tabla limpia hincada en su forma clásica dentro de una calabaza, tiene naturalmente muchas variantes. La principal forma era el *mbiri huru dzadzima*, que se consideraba como el «mbira de todos los antepasados», y que era el instrumento del gran antepasado, Chaminuka. Esta forma fue la que los shonas llevaron al Transvaal durante el desplazamiento hacia el sur de los ndebeles a finales del siglo XIX, poco ante de que volvieran a huir hacia el norte cuando los europeos empezaron a penetrar en el interior. El mismo modelo era usado por los vendas y los lembas en sudáfrica y los karangas en las zonas meridionales de Rhodesia del Norte en el mismo período. En conjunto, el *dzadzima* gozó de una gran aceptación durante al menos medio siglo desde que fue descrito por primera vez y apareció en el dibujo publicado por Charles y David Livingstone en 1865.

Sin embargo, un culto rival, el *mashawe*, que usaba el modelo *njira* del *mbira*, se introdujo en la región de los shonas a principios del siglo XX. En una década este modelo empezó a ganar posiciones. Con su frecuente acompañamiento de tambores e incluso flautas, el *njira* empezó a ser preferido, especialmente para acontecimientos sociales como bodas, nacimientos, etc. Los adictos de ambas escuelas llegaban a adoptar el nombre de sus instrumentos, vambira para los *dzadzima* y njanja para los adeptos del *njira*. Esta división étnica se manifestó también en una separación geográfica que afectó a los usos sociales de manera sutil pero sin romper la unidad superior de la cultura *mbira*.

Los diarios de los misioneros y aventureros confirman también la cualidad *emocional* experimentada por la sociedad *mbira*. Esos informes comparan su sonido con el de la cítara, el clavicordio y la espineta[10]. El canto, según las mismas descripciones, recuerda algo el ambiente del *fado* portugués que, significativamente, era la música de los nostálgicos colonos portugueses en América del Sur; la experiencia del desplazamiento parece producir correspondencias musicales reconocibles en cualquier lenguaje.

Al contrario que muchas otras formas de la música social africana, el *mbira* no era un arte cortesano sino una música verdaderamente popular, de comunidades totalmente dispersas. Que sus intérpretes fueran tan respetados por la comunidad y su trabajo tan valorado se explica por el hecho de que eran considerados como mediadores artísticos del pueblo con el otro mundo. Además eran accesi-

[10] P. Berliner, 1978, p. 41.

bles, profesionales y se convirtieron en un símbolo de cohesión social durante una época de violentos trastornos. Y la maestría de los artistas era tan grande que, a pesar de su predecible hostilidad primera, incluso los misioneros fueron finalmente conquistados. En los años veinte los instrumentos *mbira* habían empezado a entrar poco a poco en la música eclesiástica de Rhodesia del Sur. Fueron introduciéndose composiciones experimentales, basadas en melodías *mbira*, en los festivales de verano de las misiones, y los escolares no eran ya expulsados con seguridad si tocaban el «instrumento del demonio» en los recreos.

Dentro o fuera del recinto de las misiones, sin embargo, el papel de integración social de la música siguió siendo la característica más fuerte de la vida cultural del continente. Como medio espiritual o entretenimiento social, como historiador o incluso como criado de la corte al servicio de una clase privilegiada, el músico era un elemento imprescindible en todo proyecto cultural.

EL ARTE DRAMATICO

El arte dramático era, en muchos casos, una extensión o elaboración de la música; algunos de los ejemplos dados más arriba demuestran claramente lo difícil que es establecer una línea divisoria. Sin embargo, como el arte dramático se desarrolló en el siglo XIX por el contacto con las influencias exteriores ofrece, más específicamente que la música, muestras de procesos de transformación de las formas tradicionales en adaptativas. En la costa del Africa occidental la situación era especialmente complicada, con cambios de formas y de localizaciones bajo el doble asalto de las estructuras islámicas y la evangelización cristiana, ayudada ésta última por el influjo de los esclavos vueltos a Sierra Leona y Liberia que trajeron consigo las formas de entretenimiento de sus países de exilio, sus modos de obrar, valores, costumbres e idiomas[11].

A lo largo del siglo XIX la profesión de actores teatrales era un modo de vida en el imperio oyo de Nigeria, donde se produjo la evolución del teatro profano a partir de los bailes de máscaras que se realizaban durante los ritos funerarios de los reyes. La desintegración del imperio ante los ataques de los fulanis por el norte y los estragos de la guerra civil en las regiones rebeldes del sur, provocó la dispersión de los grupos dramáticos hacia el sur, cruzando las fronteras de Dahomey (ahora Benin), con lo cual desaparecieron en su lugar de origen. Las victorias musulmanas acabaron con la mayor parte de las escenificaciones dramáticas, y sobre todo con el género que se usaba en las fiestas de los antepasados, cuya representación de figuras humanas era anatema en la religión musulmana.

La destrucción de la vida política de Oyo, donde las compañías habían gozado de la protección de una monarquía estable, no contribuyó demasiado a la expansión y la secularización del teatro. Para entonces los misioneros habían comenzado su propio avance hacia el norte desde sus primeras bases costeras, normalmente siguiendo de cerca a las compañías comerciales que contaban con apo-

[11] J. H. Kopytoff, 1965, pp. 86-133; J. F. A. Ahayi, 1965, pp. 25-52; R. W. July, 1968, pp. 177-195.

yo militar [12]. Completaron la hazaña que había comenzado el Islam prohibiendo a sus adeptos la pertenencia a ningún culto. Estas compañías de teatro funcionaban como corporaciones familiares, con la costumbre de tener secretos gremiales y ritos de iniciación; su material estaba también firmemente enraizado en lo tradicional, todo lo cual les hacía merecer la calificación de cultos diabólicos y siniestros. Las misiones cristianas, igual que los musulmanes, no se contentaron con prohibir las representaciones. Como los *mbira* de Africa del Sur, los instrumentos asociados con el teatro eran destruidos con la misma energía. Se creó de esa manera un vacío en el que entró con facilidad la cultura de los esclavos retornados. El tráfico de esclavos fomentó el proceso de conversión religiosa de la costa oeste, y actuó en detrimento de la vida cultural, como se ha dicho, de las sociedades afectadas. Los recintos y las esferas de influencia de los misioneros garantizaban, igual que en Sudáfrica, algún grado de seguridad, igual que había pasado con la sumisión a los señores musulmanes; el precio pagado por esa seguridad fue inevitablemente la renuncia al arte auténtico. Ahora el ciclo de la sustitución cultural comenzaba a cerrarse: la era esclavista, habiendo roto la vida cultural de los pueblos y ahora en fase de extinción, trajo de nuevo a los hijos de la tierra con una nueva cultura en lugar de la antigua [13].

La victoria no fue, sin embargo, tan sencilla. El teatro «pagano» aguantó el ataque, no sólo conservando sus formas, sino convirtiéndose él mismo conscientemente en una base de resistencia contra la cultura cristiana. Se mostró tan ineliminable que tuvo que participar, de diversas maneras, en los experimentos que la élite colonial realizaba en busca de un teatro interesante. Porque ahora, cuando el siglo entraba en sus tres últimas décadas, la costa occidental cayó bajo la influencia creativa de estos cristianos regresados, seguros de la superioridad del arte que habían aprendido y deseosos de probar a los colonos blancos que controlaban entonces su existencia que el hombre negro era no sólo capaz de recibir sino también de practicar el refinado arte europeo. Solo que hubo una complicación afortunada: a pesar de este esfuerzo consciente que les hacía separarse culturalmente de los pueblos indígenas del interior, éstos permanecieron «cómoda y firmemente establecidos en sus propias costumbres e instituciones» [14].

Las formas nuevas (euro-americanas) de actividad teatral siguieron un patrón occidental, iniciado principalmente por los expatriados de Liberia, Senegal y Sierra Leona (Fig. 18.1). Pero a medida que se fue extendiendo hacia el este, recibió continuas transfusiones de sangre. El vodevil degenerado de los «nuevos escoceses», como se autodenominaban los regresados de Sierra Leona, tuvo un gran éxito a lo largo de la costa. Pero cuando llegó a los países más orientales, como Costa de Oro, Dahomey y Nigeria, se había transformado formalmente y en su contenido. No es exagerado afirmar que, para la primera década del siglo XX, una forma completamente nueva de teatro había llegado a formarse en el Africa occidental: la «fiesta-concierto». Su antecesor era un tipo de representación «elegante» que abastecía a la población de clase media de las capitales de la costa occidental [15]:

[12] E. A. Ayandele, 1966, pp. 29-70, 117-123.
[13] J. F. A. Ajayi, 1965, pp. 126-165.
[14] R. W. July, 1968.
[15] B. Traoré, 1972, cap. II; O. Ogunba y A. Irele (eds.), 1978.

unos bastos e incluso obscenos espectáculos repletos de canciones groseras que habían sido refinados para los conciertos en los que pudiera estar presente la aristocracia colonial de los centros administrativos.

Se crearon «academias» para la representación de conciertos según el modelo del salón de conciertos victoriano o el vodevil americano. Las iglesias cristianas organizaban sus propios conciertos, y las escuelas se introdujeron en esta fiebre concertista realizándolos en las entregas de premios, la visita del oficial del distrito, el cumpleaños de la reina Victoria, etc. Las misiones negras no quisieron quedarse detrás: el reverendo Samuel Ajayi Crowther fue un ejemplo famoso de prelado negro que patrocinó y fomentó mucho este tipo de arte; y el reverendo James Johnson convirtió la famosa «iglesia del árbol del pan» en un espacio para representaciones teatrales» [16]. Los brasileños regresados añadieron un sabor exótico pero conocido, pues su música hallaba eco en las melodías tradicionales de la costa oeste y el Congo, cuya supresión en las ciudades no había ocurrido hacía tanto tiempo como para que se hubiesen olvidado completamente. En la Navidad y el Año Nuevo del cambio de siglo, y en las primeras décadas del siglo XX, las calles de capitales como Freetown y Lagos se vieron transformadas por unos pequeños espectáculos, parecidos a las fiestas latinas, entre los cuales la *caretta*, una especie de mascarada satírica [17], parece haber sido el que más tiempo siguió existiendo.

Pero el nacionalismo cultural estaba continuamente en acción intentando evitar una invasión total de las formas importadas [18]. Una vez más la religión y sus instituciones estaban detrás de ello. Incapaces de aceptar los excesos del imperialismo cultural cristiano, como las limitaciones impuestas a los instrumentos y tonadas africanos por una iglesia supuestamente «universal», empezaron los movimientos de ruptura. Entre 1882 y los primeros años treinta proliferaron movimientos secesionistas basados principalmente en la necesidad de adorar a Dios en el modo cultural de sus antepasados [19]. Y en esa época comenzó también una singular tradición «operística» en el Africa occidental, especialmente en Lagos, que se inició con cantatas de iglesia y siguió con la dramatización de historias bíblicas hasta que alcanzó su independencia representando historias profanas y naciendo compañías itinerantes profesionales. El proceso fue el mismo con la evolución del teatro agbegijo —entonces desaparecido temporalmente— desde los ritos funerarios sagrados de los alafin de Oyo hasta el entretenimiento cortesano y, después, la existencia independiente y la expansión geográfica. Desde los conciertos públicos de música clásica y canciones populares inglesas en la «academia» de la década de 1880 hasta el drama histórico *El rey Elejigbo* de la sociedad dramática de la «iglesia egbe ife» en 1902, se había producido una visible transformación del pensamiento y la sensibilidad incluso entre la élite occidentalizada del

[16] J. F. A. Ajayi, 1965, pp. 206-238; R. W. July, 1968, pp. 196-207; E. A. Ayandele, 1966, pp. 175-238.

[17] También es posible que la *caretta* fuese la forma hispanizada de la máscara «gelede», que volvería entonces a su patria originaria desde América del Sur.

[18] Sobre el nacionalismo cultural, con especial refencia a Nigeria, ver J. Hatch, 1971, cap. XII; F. A. Schwarz Jr., caps. I, II, IV.

[19] B. C. Ray, 1976, cap. VI; ver también cap. 20 más adelante.



• *El obispo Samuel Ajayi Crowther (1808-1891), fotografiado durante una visita a la ciudad de Benin, con tres africanos del lugar y sus dioses.*

sur de Nigeria. La iglesia cristiana no reaccionó favorablemente ante ella. Cerró sus terrenos y escuelas al arte en desarrollo, pero de esta manera sólo logró acelerar la desafiante construcción de teatros diseñados específicamente para espectáculos artísticos. Se trataba en realidad de una lucha entre grupos de la élite colonial que disponían de recursos bastante parecidos. En 1912 la secularización de los espectáculos dramáticos era suficientemente completa como para que la administración colonial de Lagos publicase una «ordenanza para regular el teatro y los espectáculos públicos», que exigía a las compañías dramáticas la obtención de una licencia antes de actuar en público. En el clima de nacionalismo cultural que se respiraba en Lagos en aquella época es dudoso que esta artimaña de la censura política hubiera servido para algo; es significativo que la ordenanza nunca fue puesta en vigor.

Las compañías de variedades se multiplicaron. Los nombres de grupos tales como el de «Los dos Bob y su chica de Carolina» de la Costa de Oro nos dicen algo acerca de la inspiración de muchos de ellos. Al profesor Yalley, un maestro de escuela, se le atribuye el comienzo de la tradición de las funciones de variedades de la Costa de Oro[20]. Su alumno Bob Johnson y su «Trio Axim» superaron pronto al maestro y se convirtieron en unas figuras populares en el mundo cultural de la Costa de Oro e incluso de toda la costa occidental[21]. Más importante todavía fue el hecho de que la fuerza innovadora de Ben Johnson iniciase la tradición de las «fiestas-concierto» de la Costa de Oro, grupos que se especializaban en variedades como canciones, chistes, bailes, imitaciones y escenas cómicas. Pero su logro más importante desde el punto de vista de la continuidad cultural fue la introducción en el repertorio de su época de un personaje sacado de la sabiduría tradicional, el astuto tramposo *Ananse* (la araña). Esta figura dramática se convirtió pronto en un vehículo para el comentario social y político, aparte de su utilización en situaciones puramente cómicas.

A mediados de los años treinta, Bob Johnson había llegado a una situación que le permitió difundir su escuela de variedades por otras ciudades del Africa occidental. En esta época el Africa occidental se podía enorgullecer de tener un repertorio de espectáculos que incluía las más extrañas producciones de arte ecléctico de la historia del teatro. Incluso el cine, un arte balbuceante, había dejado ya sus huellas en el teatro del Africa occidental: algunas de las obras de Bob Johnson eran adaptaciones de las aventuras de Charlie Chaplin, incluida su acostumbrada y famosa forma de andar arrastrando los pies. Y la evocación de unos conciertos del día del imperio, en los que canciones como «Mini the Moocher» formaban parte de los recitales musicales de la noche junto a «God's gospel in our heritage» y escenas de la vida de un estibador liberiano, amplían la imaginación actual, divorciada por completo de las realidades históricas del Africa occidental colonial.

De nuevo, otra ironía de las intenciones coloniales. Cuando Bob Johnson estaba preparando su primera gira por el Africa occidental y Hubert Ogunde, que más tarde se convertiría en el primer animador de «fiestas-concierto» de Nigeria,

[20] J. C. De Graft, 1976.
[21] E. Sutherland, 1970.

estaba realizando su formación estética con las fuerzas rivales de un padre clérigo y una abuela sacerdotisa del culto *osugbo* [22], un educador europeo, Charles Beart, estaba empezando a modificar la política educativa europea en una importante escuela secundaria de Senegal. La extensión de este desarrollo —incluyendo también una apreciación de la lentitud de la evolución— se entiende mejor teniendo en cuenta el carácter educativo del asimilacionismo, predicado de distintas maneras en las publicaciones de africanos francófilos tan dedicados como el abad Boillat, Paul Holle, etc. Boillat, a pesar de las pruebas aportadas por la investigación sociológica a gran escala [23] que resultaron de su examen de la cultura, filosofía, estructura social, idiomas, etc., de los bambara, sarakole, wolof, serer, tukulor y los grupos moros del Senegal, no encontró nada que la sociedad africana pudiera aportar para un desarrollo cultural moderno, sin futuro excepto para ver «la caída de todos estos modos toscos, si no indecorosos, conocidos como las *costumbres del país*». Si bien sus consejos a la metrópoli francesa no se convirtieron en la base de la política asimilacionista de esta potencia, jugaron indudablemente un papel clave en su formulación.

La escuela William Ponty nació en medio de este panorama, después de décadas de conservadurismo, y gozó de una larga existencia [24]. Era un famoso colegio de maestros que sirvió al Africa francófona de la misma manera que lo hizo el colegio Achimota en el occidente anglófono, y el colegio Makerere en el Africa oriental. Todos ellos fueron establecidos para proporcionar una educación europea básica a los que iban a ser maestros y funcionarios civiles de la escala inferior. La educación cultural que aparecía en el currículum de la escuela William Ponty era necesariamente francesa: obras de teatro, poesía, música, arte, historia... todo francés. Sin embargo, Beart, durante su dirección, dio una orientación nueva a las instrucciones culturales de los estudiantes. Desde 1930 se les animó a volver a sus sociedades en busca de tendencias culturales. Se hicieron encargos de los que resultó la exploración por parte de los alumnos tanto de la forma como de la sustancia del arte indígena. Los grupos de todos los territorios coloniales representados en William Ponty debían, al volver de las vacaciones, hacer una representación teatral basada en sus investigaciones, dejándose todo el montaje en manos de los propios estudiantes. Como la nueva sociología dramatúrgica no se limitó a los públicos habituales de oficiales europeos y africanos «educados» ni sólo al Senegal, su influencia se extendió ampliamente a través de distintos estratos sociales del Africa francófona. Pero ¿procedía de un verdadero desarrollo cultural?

La respuesta debe ser negativa, a pesar de que el experimento no careciese de valor instructivo. Sería mucho pedir que en aquella época el modelo «clásico» del teatro francés pudiera conseguir la expresión completa de las formas tradicionales. La «comunidad» representada por William Ponty era artificial. Estaba lejos de la sociedad cuyo patrimonio cultural se apropió, tanto en el pensamiento cualitativo como en los fines culturales. La situación no era por supuesto exclusi-

[22] Ver M. A. Fadipe, 1970, cap. VII.
[23] A. Boillat, 1853.
[24] B. L. Obichere en J. L. Balans, C. Coulon y A. Ricard (eds.), 1972, pp. 7-18.

va de William Ponty sino común a las otras escuelas e instituciones establecidas por los colonizadores para la consecución de sus propios objetivos en Africa. Así, el teatro de William Ponty satisfacía las necesidades de exotismo de la comunidad de colonos franceses. Aunque «viniera del pueblo» y con su propio material seguía siendo una curiosidad que dejaba al margen la vida social y el verdadero saber cultural de la gente africana.

EL RENACIMIENTO LITERARIO EN EGIPTO[25]

En el ámbito de la cultura literaria, Egipto y el Sudán occidental proporcionan ejemplos en el primer caso de renacimiento literario y en el segundo de ayuda mutua directa e indirecta en la penetración cultural de Africa durante el período colonial por intereses básicamente enfrentados.

La ocupación de Egipto por Napoleón Bonaparte, las reformas de Muhammad Ali en los campos militar, social y económico, su envío de misiones educativas a Europa, especialmente a Francia, y el establecimiento de una imprenta en Bulaq en 1882 prepararon el camino para el comienzo de una nueva relación entre dos mundos —Occidente y el Oriente islámico— y anunciaron una nueva era en Egipto. Esta etapa preliminar del renacimiento literario egipcio se aceleró durante el reinado del khedive Ismail (1863-1879) y alcanzaron el punto de desarrollo decisivo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La creación de las condiciones ambientales necesarias para el florecimiento de una cultura árabe moderna fue producto de varios factores. El primero fue la continua inmigración, desde la década de 1870, de intelectuales, en su mayor parte cristianos de Líbano y Siria[26], a Egipto, escapando del autocrático dominio otomano e influidos por ideas recibidas de Occidente sobre política, ciencia y literatura. Dentro del propio Egipto, entre los musulmanes, apareció un nuevo grupo de élite imbuido de las ideas modernistas islámicas de Al-Afghani y Abduh. Sus filas fueron pronto engrosadas por la vuelta de Europa de los estudiantes egipcios que habían realizado allí un programa de estudios de tipo humanístico, encontrándose entre ellos escritores de diversas tendencias e intereses.

El desarrollo y la transformación económicos del país, así como el estableci-

[25] Esta sección sobre el renacimiento literario en Egipto es una contribución del profesor Y. A. Talib del departamento de Estudios Malayos, Universidad de Singapur, Singapur (Ed.).

[26] Entre estos emigrados, tres personalidades fueron en gran parte responsables de la familiarización de sus lectores con las principales corrientes del pensamiento liberal y científico francés y británico de los siglos XVIII y XIX: Farah Antun (1874-1922), fundador de la revista *Al-Jamiah;* Yabub Sarruf (1852-1927), editor de la muy leída revista *Al-Maqtataf,* que sirvió como instrumento para la popularización de las teorías darwinianas y spencerianas de la evolución; y Jurji Zaidan, un prolífico escritor sobre múltiples temas y que, sobre todo a través de su revista *Al-Hilal,* educó a generaciones enteras, no sólo en Egipto sino igualmente en el Oriente árabe.

De los autores musulmanes, Fathi Zaghlúl fue el más importante; introdujo el pensamiento político y la sociología occidentales mediante sus traducciones de obras como *Los principios de la legislación* de Bentham, *El contrato social* de Rousseau y la obra de Edmond Demolin *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons,* al árabe. Tuvo un digno sucesor en la persona de Lufti Al-Sayyid, editor del diario *Al-Jaridah* y «apóstol del liberalismo y el utilitarismo en Egipto». Para más detalles ver J. M. Ahmed, 1960; A. Hourani, 1962.

miento y fundación de academias, sociedades culturales, una biblioteca nacional en 1870, las universidades laicas, la reforma de las religiosas que había ya (como por ejemplo Al-Ahzar) y la creación de un sistema educativo moderno «originaron una población con tiempo, educación y ganas de convertirse en público receptor de productos culturales. En comparación con la situación precedente se trataba de un verdadero renacimiento literario e intelectual» [27]. Sin embargo, la producción literaria local se basaba todavía casi por completo en la traducción de obras europeas, comenzada antes del establecimiento del protectorado británico en Egipto y que continuó floreciendo bajo él. Con el tiempo esto abrió el camino a adaptaciones e imitaciones y finalmente a la creación de obras originales.

Este despertar cultural, y el simultáneo cambio del clima político de Egipto hacia el final del siglo XIX se reflejaron en un gran desarrollo de la prensa. En 1898 había ya 169 diarios y revistas, y el número aumentó hasta 282 en 1913 [28]. Bajo la influencia del eminente reformador musulmán Al-Afghani [29], la prensa periódica fue reconocida como un importante instrumento educativo y politizador. Se convirtió cada vez más en el medio preferido de expresión para una generación entera de personalidades literarias y líderes intelectuales después de la Primera Guerra Mundial. De esta manera, los periódicos se convirtieron también en vehículos para la experimentación con nuevas formas literarias como el cuento corto, el drama, etc. La necesidad de expresar e interpretar las ideas extranjeras recientemente adquiridas suscitó la evolución de un «árabe neoclásico».

Pero la controversia producida —sobre si se debería reformar el árabe clásico o desarrollar un árabe moderno apropiado para la literatura egipcia contemporánea— se convirtió en el tema central de discusión entre dos grupos, los clasicistas y los modernistas. Los primeros estaban a favor de un «estilo recóndito, salpicado de oscuridades y adornado con las alusiones literarias y el ingenio erudito típicos de la cultura cortesana». Los segundos, la mayoría de los cuales pertenecían al contingente de inmigrantes sirios y libaneses adeptos al cristianismo y con una base de educación occidental, preferían un «lenguaje directo y simple, que aceptase palabras coloquiales y términos extranjeros arabizados».

En el fondo de este conflicto cultural estaba la cuestión de los valores: ideas y normas occidentales frente a conceptos islámicos tradicionales. En su fase inicial, este forcejeo ideológico se dedicó fundamentalmente a una ardorosa adquisición de ideas occidentales o a una mera indiferencia ante ellas. Las confrontaciones de actitudes opuestas tomaban la forma de escaramuzas culturales y no tenían «centros coherentes de gravitación». Sin embargo, en la primera mitad del siglo XX, el reto cultural externo tal como era presentado por las nuevas condiciones de vida fue sentido agudamente en todos los aspectos del sistema de valores tradicional. La primera y vital respuesta a este desafío se concentró en la cuestión del poder, entre un Islam militante reformista y un movimiento racional liberal [30]. La identidad cultural y nacional egipcia recibió distintas interpretacio-

[27] N. Safran, p. 57.
[28] M. Zwemer en J. R. Matt (ed.), 1914, p. 129.
[29] Ver A. A. Kudsi-Zadeh, 1980, pp. 47-55.
[30] Las violentas controversias fueron suscitadas especialmente por obras polémicas escritas por

nes: la faraónico-mediterránea, defendida por escritores como Tewfik al-Hakim, Mahmuh Taymur y Taha Husayn en sus diversos escritos sociales, literarios e históricos [31], el arabismo de al-Kawakibi [32], así como la afirmación de la importancia de las dimensiones culturales africanas de Egipto por la mayor parte de los eruditos hasta el nacimiento del nasserismo.

Esta transformación de la cultura en Egipto bajo el dominio extranjero durante este periodo condujo a un mayor grado de conocimiento político que más tarde halló expresión en el movimiento nacionalista que se estaba formando en esos momentos.

LA CULTURA LITERARIA EN EL SUDAN OCCIDENTAL

Intereses básicamente opuestos entraron en la zona occidental sudanesa, en el oeste de Africa, durante el período colonial, el colonial o europeo y el musulmán representado por los dyulas. Las condiciones que hicieron esto posible residen en la estructura social de los pueblos del Sudán occidental. El sistema tradicional de castas de los sudaneses del Oeste, que establecía la autoridad de los grupos de personas cualificadas sobre las materias que les correspondían y el territorio geográfico en que desempeñaban su profesión, daban al *iman* o *alim* (instructor islámico) el monopolio de la autoridad en el ámbito de las letras, la escritura y la comunicación, y también indirectamente sobre las relaciones comerciales que se desarrollaron con el colonialismo europeo.

Históricamente, el *alim* era miembro de una comunidad singular. Se trataba de una unidad cultural específica, y a veces dominante, que se encontraba incrustada entre los pueblos no musulmanes del Sudán occidental y que se caracterizaba por su religiosidad y su eficiente organización comercial. Se les llamaba los *dyulas*. Su penetración en las regiones del Sudán occidental tenía como finalidad principal el comercio; la emigración que realizaron hacia ciudades como Bobo-Diulasso, Kong, Bonduku, etc., seguía las huellas del comercio desde los yacimientos auríferos de Costa de Oro, Alto Volta y otras minas del cinturón tropical y que terminaba a lo largo de las rutas de las caravanas del Sáhara [33]. No sólo establecieron ciudades, sino que también crearon avanzadas urbanas que servían de eslabón con los centros principales de las pistas del Sáhara. Los *dyulas* (un nombre que describía su ocupación principal, el comercio) estaban, sin embargo, comprometidos también con la preservación y promoción de la cultura islámica y prepararon la posterior penetración mora y árabe en la zona húmeda de la costa occidental. Se conservan testimonios todavía de los «sabáticos» de los eruditos *dyulas*, los *karamoko* —un grado más elevado que el más habitual *alim*—, que

los autores occidentalizadores, p. ej. Taha Husayn, *Fil-shi al Janile*, El Cairo, 1926 (sobre la poesía preislámica), que ponía en duda los fundamentos de la fe islámica.

[31] Ver sobre todo Taha Husayn, *The Future of Culture in Egypt*, El Cairo, 1938 (traducción inglesa, 1954).

[32] Como está expresado en su obra *Um al-qura*, Port Said, 1899.

[33] Para más detalles sobre los *dyulas* ver Y. Person, 1968-1975, vol. I, pp. 95-122; Y. Person en M. Crowder (ed.), 1971, pp. 113-126.

visitaban los centros culturales de El Cairo y emitían competentes juicios legales en sus tribunales (un obsequio devuelto del mismo tipo del de William Amo, el antiguo esclavo de Ghana que escribió tratados filosóficos en las universidades de Wittemberg y Jena en Alemania en el siglo XVIII) [34].

Y mientras se admite generalmente que la cultura literaria del Islam que penetró en algunas zonas del Africa occidental era en su mayor parte conservadora, retórica y estereotipada, consistiendo su metodología de aprendizaje más en la repetición que en la comprensión y estando restringidos sus contenidos a la exégesis islámica y la ley *(hadith* y *fiqh),* el continuo movimiento de sabios entre la costa oeste y el norte de Africa y el Medio Oriente en el siglo XX y el valioso intercambio de manuscritos que eran transportados junto a las mercancías más mundanas del comercio dyula, dan testimonio de la naturaleza más inquisitiva de la erudición islámica entre sus adeptos africanos. Las obras históricas deben tanto a los estudiosos árabes como a sus colegas de las ciudades costeras europeizadas o a las producciones literarias de los inmigrantes occidentales. Por ejemplo, una investigación realizada en las bibliotecas de los mallams de la costa occidental, sobre todo en torno a la Costa de Marfil, sacó a la luz en 1920 manuscritos de historia, lenguaje (gramática árabe), poesía, matemáticas, lógica, derecho, etc. [35]

La existencia de una cultura literaria, incluso en una minúscula élite educada situada en la cúspide de una pirámide apoyada en una vasta masa iletrada, tiene enormes consecuencias no sólo para el grupo mayoritario sino también para la cultura extranjera según cuyos cánones se ha forjado la preparación literaria de esa minoría. Y muy especialmente cuando esa ventaja literaria es alentada por el esfuerzo proselitista de la cultura extranjera. La experiencia del Islam se distinguió en sus contenidos, pero no en sus resultados, de la intromisión eurocristiana en la cultura de los pueblos indígenas. El hecho de encontrarse *dos* tradiciones ilustradas de culturas históricamente opuestas en un terreno «pasivo» provoca esfuerzos intensos por parte de los dos grupos, en especial del primero en llegar, que ve literalmente rodeado su campo, labrado con tanto cuidado, en vísperas de la cosecha. Ambas facciones ignoran, por supuesto, o están dispuestas a negar, la existencia previa de auténticos valores en el terreno disputado, suponiendo convenientemente que padece un vacío cultural. La tolerancia sincrética de los sistemas culturales africanos parecen confirmar esta suposición e, irónicamente, de los dos contendientes, fue la cultura que aprovechó parte de ese sincretismo potencial —la islámica— la que perdió gran parte de su propia ortodoxia —incluyendo las «ortodoxias» de las herejías posteriores— en la aparente pasividad acomodaticia de los pueblos indígenas.

Hemos comentado ya algunos de los medios empleados por los «autóctonos» contra los mecanismos de negación cultural puestos en práctica por el colonialismo europeo; la cultura islámica, representada por la comunidad proselitista de los *dyulas,* encontró la misma resistencia. En algunos casos los *dyulas* llegaron a integrarse completamente en la comunidad local. Esos casos de asimilación to-

[34] Más detalles en W. Abraham, 1964; N. Lochner, 1958.
[35] I. Wilks en Goody (ed.), 1968.

tal eran raros, pero I. Wilks señala, en su trabajo informativo [36], un ejemplo: los tagaras de Jirapa, en el noroeste de Ghana. El proceso fue bastante insidioso. Como hemos dicho al hablar del caso de los ritos funerarios del cantón de Koumina, los africanos mantenían su custodia de la tierra, tanto física como ritualmente, de manera que cuando, en las ciudades, los contactos con las misiones «civilizadoras» francesas e islámicas demostraban que los conversos adquirían innegables ventajas, los viajes periódicos del campo a la ciudad y viceversa fueron constantes entre los grupos e individuos no protegidos. Ese fue el destino de los *dyulas*.

Debería recordarse además que, cuando el colonialismo se convirtió en un hecho organizado y las industrias se desarrollaban en las ciudades, emigrantes del lejano norte islámico (Malí, Mauritania) engrosaron la mano de obra de los centros urbanos del sur. Este movimiento atrajo a los *ulamas* y a los *karamokas*, que pronto se establecían en la comunidad urbana. Siguiendo con la estrategia de renovación o revigorización islámica, los *dyulas* intentaron mantener un contacto constante entre las comunidades musulmanas enviando a los *ulamas* a las comunidades que hubieran empezado a mostrar señales de apostasía. La gran demanda de sus servicios dejaba corto el número de los custodios del camino verdadero disponibles. Además, a menudo no estaban dispuestos a abandonar la comodidad de las ciudades, junto con el prestigio que alcanzaban al ser reconocidos como «guías del pensamiento», por el papel de intermediarios entre el trabajador emigrado y el *toubab* (hombre blanco) y de asesores rudimentarios de los nuevos agentes de negocios de las empresas de alimentación. El tener que ir a atender a alguna comunidad rural de los *dyulas* se convirtió en una obligación desagradable. A menudo incluso la ayuda no tenía que ser suministrada a miembros de los *dyulas*. Saber leer y escribir resultaba extraordinariamente atractivo para los no musulmanes y, con frecuencia, la aldea rural o quizás un jefe local o un granjero pedían al *dyula* de la localidad que les proporcionase un instructor. Los jóvenes brillantes que prometían mucho se convertían a veces en estudiantes peripatéticos, moviéndose de *ulama* en *ulama*. En estas zonas, en el siglo XIX, el prestigio de la élite educada —predominantemente islámica— era ambicionado por muchos. Un buen alumno podía ascender gradualmente, llegando a alcanzar la categoría de *karamoko*, en posesión de su propia *isnad* o cadena de aprendizaje que le relacionaba con el pasado, a través de ilustres y legendarios eruditos y llegaba posiblemente hasta el mismo Profeta. El sheik Hamidou Kane, en su preciosa obra *La aventura ambigua* [37], refleja perfectamente esta atmósfera de la conquista de un individuo «pagano» por la estética de la enseñanza islámica en una localidad del Sudán occidental.

No todos los autores occidentalizados del oeste de Africa en aquella época estaban dispuestos a concebir el reto cultural musulmán como necesariamente opuesto al verdadero carácter africano o incluso como incompatible con los valores cristianos que entonces estaban siendo expandidos febrilmente por medio de las esta-

[36] *Ibid.*, p. 165.
[37] C. H. Kane, 1972.

ciones misioneras establecidas por conversos negros a lo largo del Niger, el Volta y el Senegal. Para sociólogos y educadores como el abad Boillat (o su animoso compatriota, el soldado escritor Paul Holle) la lengua árabe y la cultura islámica debían ser estudiadas preferiblemente en las instituciones superiores de Francia, donde no pudieran influir perniciosamente a los impresionables africanos. En Nigeria, el obispo Samuel Ajayi Crowther iba más lejos y quería que fuesen estudiadas y enseñadas [38]. Esto podría incluso producir, mediante la traducción de la Biblia y el catecismo al árabe, una suavización de los «aspectos más groseros» de las creencias y la sociedad islámicas.

El indio occidental, nacido en Santo Tomás, Edward Wilmot Blyden, que emigró de su país y se instaló en Liberia, por el contrario, tenía la firme convicción de que la cultura islámica era, entre todas las principales civilizaciones del mundo, la que mejor se podía adaptar al temperamento y las realidades culturales del africano. El Islam era para él sólo un componente, aunque muy importante, en la reformulación de una cultura africana para los africanos, con sus propias estructuras e instituciones de respaldo [39]. Este precursor de la *negritud* creía nada menos que en una completa reorientación de la educación africana desde su tendencia eurocéntrica en una dirección más acorde con el africano. La civilización árabe-musulmana, que le había impresionado por su «cultura literaria y actividad intelectual» debería desempeñar un papel relevante en este proceso. Rastreando la historia del hombre negro hasta la antigüedad, Blyden publicó sus descubrimientos sobre la existencia de una civilización originariamente negra en Egipto, y consideró a Herodoto como un comentarista más digno de crédito que los posteriores europeos que, aparte de «no ser contemporáneos» de los hechos descritos, habrían prostituido su vocación científica por sus prejuicios racistas [40].

Pero no era sólo la historia de la antigüedad lo que constituía la parte principal del material de Blyden en su lucha por la reorientación cultural de los africanos. Los acontecimientos más recientes de la historia de los africanos, la extensión de su cultura y su creatividad, incluso en un entorno tan hostil como el del Nuevo Mundo impulsaron a Blyden a examinar los libros de historia y declarar que la historia de las figuras europeas, como el almirante Nelson, era poca cosa al lado de la de los héroes negros como Toussaint L'Ouverture. Esto era revolucionario, incluso peligroso; significaba el comienzo de una escuela de análisis de gran parte de la experiencia reciente del Africa y halló aún más eco que su defensa del estudio de la cultura y la lengua árabe en los sistemas educativos del Africa occidental, especialmente en la universidad por él propugnada. Como era de esperar, esa universidad no se hizo realidad mientras él vivió, pero hoy sabemos con seguridad que este «retornado» del Africa occidental, versado a fondo como estaba en las tradiciones occidentales, fue el directo catalizador del derrumbamiento del monolito cristiano misionero de la costa del Africa occidental. El 2 de enero de 1891 pronunció un discurso ante una audiencia multitudinaria en la sala de la asamblea de la «iglesia del árbol del pan» de Lagos, subrayando la incompati-

[38] R. W. July, 1968, pp. 188 s.
[39] *Ibid.*, pp. 46 s., 218 s.
[40] E. W. Blyden, 1887.

bilidad del eclesialismo europeo con la sociedad y las tradiciones del africano. Pocos meses más tarde, también en Lagos, se produjo la primera escisión de la «iglesia del árbol del pan» ortodoxa, naciendo de ella la «iglesia africana nativa unida», con consecuencias —ya descritas— para la vida cultural de los africanos a medida que el movimiento se extendía hacia el oeste y el norte del Africa occidental [41].

LA LITERATURA EN LENGUAS EUROPEAS

Puede decirse que la cultura literaria en lenguas europeas en el Africa central y occidental constituyó la fuerza mayor de la confrontación colonial. La literatura oral mantuvo su importancia como vía de escape satírica, igual que el mimo, la danza y las innovaciones en la celebración de mascaradas, realizadas para mostrar el fenómeno colonial y comentarlo. Pero fueron las literaturas en lenguaje colonial, tanto periodística como poética, dramática y novelísticamente, las que movilizaron la imaginación literaria al servicio del anticolonialismo [42]. Las costas del Africa occidental, de Liberia a Lagos, alimentaron la industria del panfleto a una escala comparable con la de Inglaterra en el siglo XVIII. Lo mismo pasó en Kenia, aunque, en el caso del Africa oriental, esa industria estaba en manos de la comunidad asiática, como la mayoría de los periódicos. Los folletos breves, de impresión barata y distribución fácil, contenían invectivas contra la dominación y la explotación extranjeras, contra los embustes de la administración colonial y los crecientes abusos contra el estilo de vida y la dignidad social de los pueblos. La Luanda portuguesa, por su parte, tuvo su primera imprenta en 1841 y con ella comenzó el periodismo activo a favor de la causa de los africanos. Fue un período caracterizado por su conciencia estilística, no importa en qué lengua colonial. Las acusaciones de racismo contra el colonialismo francés de Ahmadou Dugay Cledor, de Senegal, revela una prosa meticulosa en sus vuelos indignados. Las peticiones a la oficina colonial británica llegaron a ser un arte, un cuidadoso estudio de prosa diplomática.

Los primeros «parlamentarios» —los nominados, los *asimilados* de la administración francesa, los portavoces de las masas elegidos por el sistema británico como miembros de los llamados consejos legislativos— utilizaron la lengua del gobernante extranjero para destruir sus ilusiones sobre lo que éste había considerado como un ejecutivo colonial cautivo. Así, a pesar de esta gratitud genuina, incluso de su conducta obsequiosa para con los lectores británicos y los filántropos potenciales, un tal William Grant del *West African Reporter* podía escribir (o permitir que se publicase) la siguiente dura acusación en su periódico en 1882:

> Sigue siendo una mancha permanente en la relación de los europeos con Africa, que cada vapor que llega a la costa... trae grandes cantidades de mercancías comparativamente desprovistas de valor para cambiarlas por productos valiosos y útiles... Si los artículos entregados fueran simplemente tonterías inútiles pero no dañinas a cambio de artículos de va-

[41] J. F. A. Ajayi, 1965, pp. 254 s.; E. A. Ayandele, 1966, pp. 201 ss.
[42] Ver C. H. Kane, 1972; M. Beny, 1971; A. K. Armah; W. E. G. Sekyi, 1915.

lor, la inmoralidad de la transacción podría incluso ser reprensible, pero cuánto más cuando los artículos no son sólo de un valor insignificante... sino a menudo positivamente destructivos. Se llevan a casa lo que constituye la base de su riqueza, dejando muchas veces a los africanos lo que los empobrece y los destruye. Es una triste reflexión que, en muchos casos, el comercio europeo ha dejado a sus clientes africanos tan desnudos como los encontró... ellos nunca asegurarán unos cimientos en Africa para sus ideas de civilización hasta que las relaciones comerciales entre el honorable e ilustrado europeo y el «salvaje» africano se sitúen sobre una base más equitativa. Pero mientras la garrafa de ron siga siendo una garrafa de ron... ningún refuerzo de misioneros y ninguna homilía de los filántropos profesionales sobre las maravillas de la civilización europea conseguirá nada [43].

Ardiente defensor de las reformas educativas de orientación africana, Grant, profundamente influido por Blyden, abogaba por un sistema educativo que tuviera la universidad en su cima, pero sólo como institución pensada para suministrar investigación y enseñanza en campos relacionados con Africa, al contrario que la «educación literaria convencional, que se centraba en la cultura y los valores europeos». Se debe, escribió, «educarle [al africano] a su manera». Los anales de la sociedad para la protección de los derechos de los aborígenes de Costa de Oro de la segunda y tercera décadas del siglo XX, y especialmente los discursos de J. E. Casely Hayford, están llenos de obras maestras de prosa victoriana, condimentada con un ingenio devastador de precisión clásica. No pocos oficiales de distrito que recorrían sus territorios pacificados pasaron por la sobrecogedora experiencia, para ellos, de ser recibidos con un «discurso leal» y salir de él furiosos ante la «suave insolencia» de experimentados oradores negros en inglés.

En 1911 Casely Hayford publicó su *Ethiopia Unbound* [44], una de las primeras novelas de Africa, un intento de mezcla de estilos que iba del sarcasmo cáustico a la acusación apasionada de la codicia y la arrogancia racial que produjeron la colonización y repartición de Africa. Los escritos de Casely Hayford a lo largo de su vida constituyen un desvelo permanente por el destino del continente negro, una negativa hasta el final a aceptar el hecho de la colonización o a justificarlo de alguna manera en su pensamiento. Curiosamente, *Ethiopia Unbound* no produjo imitadores conocidos durante este período y permaneció como una obra única en su género. Por el contrario, aparecieron en Africa intelectuales y escritores conocidos de una escuela de pensamiento diferente, como el obispo Samuel Ajayi Crowther, en Nigeria, y Bakary Dialo, en Senegal. Como el abad Boillat, defendían el colonialismo europeo como una experiencia positiva y estimable para Africa. Para Crowther, un teólogo protestante agobiado por los horrores de su origen y su sociedad paganos, el cristianismo (del cual el colonialismo sería un mero agente o ejecutor) representaba, en el sentido más primitivo, un instrumento divino para la salvación de un continente idólatra. Bakary Dialo se sentía, por su parte, simplemente abrumado por las virtudes de la cultura francesa.

El dilema resultante de la política colonial de sustitución cultural residía principalmente en esta alienación, y supuso una sacudida para la capacidad creativa de los africanos. Incluso para los más radicales anticolonialistas, una fascinación manifiesta y una preferencia por la cultura europea tal como la experimentaban

[43] Recogido en R. W. July, 1968, p. 142.
[44] J. E. C. Hayford, 1911.

en su sociedad, y como la encontraban en sus ampliados horizontes intelectuales individuales, se discernía claramente en sus escritos. La tragedia del dotado poeta de Madagascar, Jean-Joseph Rabearivelo (?-1937), que se cree se suicidó por no poder resolver este desquiciamiento interior de su mente colonial, es un ejemplo dramático. Esto dio un evidente carácter ambiguo a los trabajos de muchos buenos escritores africanos en la primera época de la afirmación colonial. Facilitó también la política de asimilación cultural, especialmente en los territorios franceses, portugueses y españoles, de lo cual resultó una retirada, e incluso una negación, de las auténticas fuentes del genio creativo africano por la nueva élite. El «primitivismo» en la inspiración, las imágenes o la conversión idiomática se llegó a considerar como una prueba de retroceso; esa apostasía retrasaba el nuevo bautizo que era el único modo de ser aceptado en la mágica sociedad de los oficiales coloniales europeos.

Hubo excepciones, especialmente significativas en lugares donde los colonos hicieron de la política de asimilación un arte, como los poetas Silverio Ferriera, Antonio José de Nascimento y Francisco Castelbranco, cuya poesía de principios de siglo denunciaba el fanatismo racial de los colonos. Pero a la vez, tanto en Angola como en otros territorios portugueses (como de hecho en *todos* los territorios coloniales), se desarrolló una forma escapista de respuesta a la realidad diaria de la humillación. Un ejemplo de esto lo proporciona la poesía de Caetano da Costa Alegre (Santo Tomé), cuya lírica amorosa sentimental, que glorificaba la belleza de la mujer negra, se publicó después de su muerte[45] y puede ser considerado el precursor de la escuela literaria de reivindicación propia que se hizo famosa con el movimiento llamado la *nègritud*.

Los principales creadores de la *nègritud* fueron Aimé Césaire (Martinica), Léopold Senghor (Senegal) y Leon Damas (Guyana francesa); la cuna fue Francia. La *nègritud* produjo un florecimiento de la poesía[46], no toda ella propagandística como la de da Costa Alegre, pero siempre debiendo su existencia a la conciencia renovada de una realidad africana, realidad a recuperar según el programa concreto de persuasiva *prise de conscience* del grupo. Era una rebelión, resumiendo de manera bastante simple, una rebelión contra la exitosa estrategia asimiladora del colonialismo francés y portugués, de la cual reconocían ser un resultado los iniciadores del movimiento. Pero la génesis del movimiento se puede atribuir con justicia al «manifiesto» publicado en un número del periódico *Légitime Défense* por tres estudiantes de Martinica. En este manifiesto rechazaban las «convenciones burguesas» de la cultura europea y se declaraban en contra de una serie de modelos literarios europeos y la falsa personalidad que imponían al hombre negro. En vez de éstos, sin embargo —y el hecho ilustra muy bien la trampa cíclica del artista y el intelectual colonial—, adoptaron a Marx, Freud, Rimbaud, Breton y otros europeos como mentores.

La *nègritud*, que redondea el período que nos ocupa, tuvo una preponderancia indiscutida en la formulación de sensibilidades creativas durante las dos décadas siguientes, y no sólo entre los escritores e intelectuales coloniales francófo-

[45] C. da Alegre, 1916.
[46] L. Kesteloot, 1974; A. Irele, 1964, pp. 9 ss.; D. S. Blair, 1976.

nos, sino también entre los lusófonos e incluso los anglófonos. Entre los más inflexibles oponentes actuales de la *nègritud* —marxistas convencidos con una visión de la historia irreconciliable con los principios de la *nègritud* —hay algunos líderes africanos que le dieron un nuevo impulso de vida en su propia lucha contra la política asimilacionista portuguesa a principios de los años cincuenta. Por eso, es justo decir que la *nègritud* fue un fenómeno que empezó a existir por un conjunto particular de circunstancias y ha perdido desde entonces su influencia efectiva a medida que esas circunstancias fueron desapareciendo y que la sociedad pudo ser considerada desde métodos de análisis más amplios y orientada en una dirección más radical.

Capítulo 22

LA POLITICA Y EL NACIONALISMO AFRICANO

B. O. OLORUNTIMEHIN

Es necesario entender con claridad la naturaleza del nacionalismo africano para apreciar adecuadamente los acontecimientos que se tratarán en este capítulo. Una consideración previa imprescindible es señalar la diferencia existente entre la manifestación del nacionalismo en Europa desde el siglo XIX y la del Africa colonizada en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. El nacionalismo europeo ha sido la expresión del deseo de comunidades que aceptaban el hecho de poseer identidades culturales comunes, junto con un pasado histórico común, de tener una existencia independiente y soberana en organizaciones políticas (Estados) propias. El esfuerzo se realizó para asegurar una coincidencia entre la nación cultural y la organización de su vida política como un Estado. Como se ve en los ejemplos de Grecia, Italia y Alemania, el resultado de los movimientos nacionalistas fue, en todos los casos, un Estado nacional.

En Africa, las aspiraciones de los Estados y grupos que lucharon contra los constructores europeos de imperios, intentando evitar el establecimiento del sistema colonial hasta el comienzo de la primera guerra mundial eran básicamente las mismas que inspiraron los movimientos nacionalistas en Europa. Sin embargo, una consecuencia de la guerra es que terminó consolidando las posiciones de los amos imperiales frente a los defensores de la independencia y la soberanía africanas. A pesar del fermento ideológico que contribuyó a socavar el imperialismo como sistema, el dominio colonial se convirtió en una situación *de facto* hasta el punto que algunos autores se han referido al período de entreguerras como la «edad de oro» del colonialismo en Africa.

La mayoría de las colonias que se habían creado estaban formadas por varios grupos nacionales cultural e históricamente distintos para los que, en su mayor parte, el hecho del sometimiento a un gobernante extranjero común era la base principal para la unidad. La situación colonial representaba para todos un nuevo marco en el cual tenían que forjar nuevas identidades frente al dominio extranjero. En tal situación las fronteras coloniales, que en casi todos los casos incorpo-

raban muchas culturas nacionales bajo una misma administración imperial, fueron aceptadas como un hecho. La forja de nuevas identidades comenzó con la aceptación de la africanidad esencial de las diversas culturas nacionales. Las unidades administrativas coloniales representaron casi siempre las definiciones territoriales de lo que los africanos empezaban a ver como protoestados en torno a los cuales pretendían desarrollar en sus pueblos un sentimiento de pertenencia común.

Los procesos políticos y económicos que tenían lugar en la situación colonial eran producto de las interacciones entre el colonizador y el colonizado. En un sentido, las orientaciones de las élites dirigentes africanas se configuraban en parte por la forma de la administración colonial. Cuando las administraciones eran regionales en estructura y/o funcionamiento, como en el caso de las federaciones coloniales francesas, los líderes africanos tendían a adoptar una perspectiva regional. Por eso, los defensores del nacionalismo africano en el período de entreguerras (*wanasiasa*, como sería conocido en swahili) han sido considerados primariamente panafricanistas más que nacionalistas en el sentido europeo. El hecho fue que el nacionalismo estaba tomando un rumbo contrario al que tomó el mismo fenómeno en Europa. Al contrario de lo que ocurría en Europa, el Estado estaba creado antes que las culturas que harían de él una comunidad política con sentido estuvieran unidas. De este modo se debería entender la observación de James Coleman de que:

> ... el impulso que movía en muchos casos el nacionalismo africano no era la conciencia de pertenecer a una unidad político-cultural específica que pretendiera protegerse o afirmarse, sino más bien el movimiento de unos modernistas con conciencia racial en busca de la creación de unas nacionalidades políticas y culturales nuevas a partir de los pueblos heterogéneos que se encontraban dentro de las fronteras artificiales impuestas por el gobernante europeo... [1]

Debemos reconocer que el colonialismo, como sistema de relaciones, se apoya sobre algún tipo de rivalidad de razas, y que como lo que pasa en una situación colonial es producto de las interacciones entre el colonizador y el colonizado, la conciencia racial es fundamental para la aparición del nacionalismo como búsqueda de la soberanía y la independencia.

Los nacionalistas africanos son considerados «modernistas» como resultado de una reflexión sobre el hecho de que actuaban en el seno de un marco definido exteriormente que imponía sistemas extranjeros de valores, normas y definiciones de desarrollos políticos y sociales que tenían que aceptar como una condición para el éxito. Está claro que el nacionalismo africano es un fenómeno dinámico y en progreso viendo la extensa bibliografía existente sobre temas como construcción de naciones e irredentismo. Probablemente un término exacto para este fenómeno en Africa sea —como muestra E. S. Atieno-Odhiambo en el capítulo 26— la palabra swahili *siasa*.

En general, el colonialismo necesita una base social para sobrevivir. Esta sue-

[1] J. S. Coleman en P. J. M. McEwan y R. B. Sutcliffe (eds.), 1965, 1965, p. 177.

le conseguirse por la difusión de la cultura del colonizador mediante la educación. Los éxitos logrados por el sistema educativo establecido con este propósito proporcionan las bases para la creación de un nuevo grupo de élites en la sociedad colonizada. Sin embargo, la difusión de la cultura importada del colonizador implica, casi invariablemente, no sólo contactos culturales armoniosos sino también conflictos culturales, que podrían producir reacciones violentas del pueblo sometido. Aparte de esto, se presenta siempre el problema del conflicto de intereses entre el colonizador y el colonizado, haciendo lo posible aquél para perpetuar el control y esforzándose éste, en su propio interés, por adaptarse al sistema colonial o luchando por recuperar la independencia y la soberanía.

Como M. Crowder ha mostrado más arriba (capítulo 12), la Primera Guerra Mundial hizo aumentar las esperanzas de las élites educadas emergentes en todo Africa de conseguir mayores oportunidades para ser identificadas con los procesos de desarrollo de sus respectivas comunidades. Esperaban sus miembros ser recibidos y aceptados como compañeros por los gobernantes coloniales; pero a medida que la situación colonial se iba haciendo más y más real veían derrotadas o frustradas sus ilusiones. Incluso donde el reclutamiento masivo de personal europeo durante la guerra había producido oportunidades de trabajo para los africanos educados, las realidades del período de posguerra provocaron pronto desilusión y descontento. Los africanos educados no sólo se encontraban situados en puestos inferiores respecto al personal europeo de cualificación y experiencia semejantes con los cuales trabajaban en las mismas administraciones coloniales, sino que también se les mantenía socialmente en el último término. Habiendo sido educados lejos de su medio indígena con la idea de que la educación que estaban adquiriendo les elevaría dentro del mundo europeo, eran los hombres más alienados de las masas de su pueblo en términos de orientación, estilo de vida, ambiciones y expectativas de recompensa material y social[2]. Las barreras que la falta de liberalismo propia del colonialismo erigía contra ellos eran, por tanto, una fuente de resentimiento, amargura y agitación contra los regímenes coloniales.

Los regímenes coloniales no eran excepción al hecho universal de que todas las administraciones se sirven de estructuras intermedias, sobre todo por razones de economía y eficacia. Los gobiernos coloniales hicieron un uso variado, como ha mostrado R. F. Betts más atrás (capítulo 13), de las instituciones y las élites dirigentes tradicionales para facilitar su control de los pueblos sometidos. En su búsqueda de esas estructuras y personal de gobierno, los oficiales coloniales llegaron incluso a crear unos nuevos que ellos pudieran entender y usar. Entre ellos estaban los «jefes por decreto» del sureste de Nigeria, las autoridades nativas entre los massais de Tanganica (ahora Tanzania), y en partes de Uganda, excepto Buganda, y la mayor parte de los llamados jefes *(chefs de paille)** por los franceses, belgas y portugueses. Pero incluso entonces, las élites reclutadas de esta manera para sostener el dominio colonial apenas recibían mejor trato que los africanos que eran elevados mediante la educación en el sistema colonial. Como las nuevas élites educadas, los dirigentes «tradicionales» se encontraron en una disyunti-

[2] Ver el prefacio de Jean-Paul Sartre a F. Fanon, 1967.

* Jefes de paja. En francés en el original. *(N. del T.)*

va. Habiendo perdido la tradicionalidad de sus posiciones y papeles ante los ojos de sus connacionales, se les trataba la mayoría de las veces como meros instrumentos de control por los amos coloniales y no como verdaderos asociados. La pérdida de poder real, *status* social y prestigio fue una fuente de descontento para muchos de ellos.

Sólo unos pocos de los administradores coloniales parecieron haber entendido cómo orientar la difícil relación existente entre las élites africanas «tradicionales» y las nuevas, por una parte, y entre estos dos conjuntos de élites y los regímenes coloniales, por la otra. Las pocas excepciones incluían, sobre todo, al general (más tarde mariscal) Lyautey en Marruecos, sin Frederick (más tarde lord) Lugard en Nigeria del Norte y Sir Gordon Guggisberg en Costa de Oro (ahora Ghana). Incluso en el caso de éstos, la estrategia general consistía en defraudar las aspiraciones de la nueva élite educada, cuyos miembros eran habitualmente descritos como ambiciosos y advenedizos. Convenía en general cultivar una situación de conflicto en la relación entre los dos grupos de élites africanas, con el poder colonial actuando como protector de la jefatura y los sistemas de gobierno «tradicionales». En esa situación ninguno de los dos conjuntos de élites estaba satisfecho con los regímenes coloniales. En 1917, el gobernador general Joost Van Vollenhoven llamó la atención sobre la naturaleza potencialmente explosiva del problema, en especial con respecto al futuro del colonialismo, en el siguiente lúcido texto:

> Los jefes indígenas, tanto los antiguos que hemos mantenido en sus puestos como los actuales que hemos creado, se quejan de que están siendo humillados. Los «intérpretes», los diversos tipos de auxiliares de la administración y del comercio, se quejan porque se les trata como «instrumentos» y no tienen la posición que les corresponde como colaboradores. Hay en el conjunto de esta mal pagada y mísera élite —tan lejana de la sociedad indígena, de la que ha sido sacada, como de la sociedad europea en la que no es admitida— un sentimiento de desilusión, descontento y amargura que sería peligroso no tener en cuenta [3].

Ofrecía el siguiente consejo que no podía ser aceptado entonces por los gobernantes coloniales: «Es necesario que esta élite sea reconocida y mejor acogida por nosotros. Dicha reforma debería hacerse menos en la letra de la ley que en la práctica efectiva» [4].

La adopción de la actitud recomendada habría sido contraria al ethos del imperialismo, y por eso fue desatendida en su época. En vez de ello, las autoridades coloniales concentraron sus esfuerzos en la consolidación de su control y la explotación de los recursos humanos y materiales de sus colonias. El problema que les absorbía en esos momentos era la solución de los problemas de la Europa de la posguerra, la rehabilitación de su economía y sus servicios. Sin embargo, el entorno internacional, con sus rachas de liberalismo expresándose respecto al colonialismo y los asuntos coloniales [5] hizo inevitable un cambio de actitud a largo plazo.

[3] Archives du Sénégal, Fonds Afrique Occidentale Française (ASAOF) 17G61/2, 1917, p. 10.
[4] ASAOF, 17G61/2, 1971, p. 20.
[5] Ver A. Sarrault, 1923; F. D. Lugard, 1929.

Pero el colonialismo no afectaba sólo a la élite educada y a los dirigentes tradicionales. Considerar el nacionalismo africano del período de entreguerras sólo como un fenómeno elitista y urbano como se ha hecho hasta ahora es incorrecto. La investigación reciente está demostrando cada vez más que en las zonas rurales había un gran descontento y sentimientos anticoloniales, principalmente debido a las nuevas medidas económicas y financieras, al nuevo sistema de administración de justicia y, sobre todo, a la depresión económica de los años treinta. Las emigraciones de protesta de, por ejemplo, el Alto Volta y Costa de Marfil a Costa de Oro en los años veinte, las olas de destituciones por sus súbditos de jefes que simbolizaban el colonialismo en muchas partes de Africa, y por supuesto las conocidas y estudiadas huelgas del cacaco en el Africa occidental[6], todo esto muestra que la resistencia frente al colonialismo en el período de entreguerras no se limitó sólo a los centros urbanos y las élites sino que también encontraron eco en las zonas rurales y entre los campesinos y trabajadores iletrados. Se reconoce actualmente que la investigación en este área de la extensión de los sentimientos y actividades anticoloniales rurales y, principalmente, el vínculo, si lo hubiere, entre las actividades elitistas y urbanas y las iletradas y rurales en el período de entreguerras está en una situación embrionaria, y por eso no se puede intentar una síntesis en este capítulo. La atención de los futuros historiadores tendrá que dirigirse hacia este tema nuevo pero fascinante.

Otro aspecto del nacionalismo y la política africana en el período de entreguerras fue el relacionado con la restauración cultural. Esta fue una reacción inevitable frente al claro hecho de que el colonialismo era una negación de la cultura del colonizado. El restauracionismo cultural fue parte del esfuerzo de reafirmación y preservación de la identidad propia, en primer lugar como africanos y en segundo como miembros de culturas nacionales particulares. El panarabismo y el panislamismo fueron quizás los ejemplos más notables; pero los movimientos llamados «nativistas» y los religiosos, así como el «etiopismo» pertenecieron al mismo tipo de actividades.

Además, el colonialismo tiene un alcance total, y afecta a —o representa una amenaza para— todos los aspectos de la vida; por eso los movimientos contra aquél como sistema tenían necesariamente que abarcar todo. Como sistema en busca de seguridad, el colonialismo es normalmente amenazado por todas las reivindicaciones de justicia e igualdad en las relaciones entre el colonizado y el colonizador, se hagan estas reivindicaciones por grupos de trabajadores, en organizaciones eclesiásticas, dentro de la burocracia colonial o mediante manifestaciones para conseguir la satisfacción de demandas sociales como escuelas o ayudas sanitarias. Lo fundamental es que el colonialismo implica una desigualdad basada en la discriminación racial y que cualquier petición de igualdad en cualquier aspecto de las relaciones humanas es lo mismo que pedir el fin del colonialismo.

La intensidad de las diferentes influencias europeas en la forma de las ideas e instituciones condicionó también las reacciones africanas. Los africanos de las zonas que habían padecido la dominación europea durante más tiempo solían ser

[6] P. Jenkins (ed.), 1975; B. O. Oloruntimehin, 1973 (a).

más receptivos para con la cultura política europea, y tenían las mayores esperanzas de que el progreso se haría hacia el logro de la autodeterminación a través de esos canales. Como habían sido los más expuestos a la dominación europea, estaban bien preparados y deseosos de adoptar el modelo europeo de desarrollo político y social. Tendían por ello a que sus esfuerzos hacia el anhelado cambio estuvieran dentro del marco de la ley. La existencia de un foro para hacer esto en el cuerpo legislativo colonial era un incentivo.

En lugares como Egipto y el Sudán angloegipcio (especialmente los tres departamentos de Argel, Constantina y Orán), los protectorados franceses de Marruecos y Túnez y las zonas costeras del África occidental británica y francesa, las actividades africanas se caracterizaron por su legalidad y por el empleo de técnicas de ejercicio de las presiones políticas adecuadas a los procesos políticos europeos occidentales. Una razón para esto era que los nacionalistas africanos se dirigían a la vez tanto a las autoridades coloniales inmediatas como a los grupos políticos liberales y a la opinión pública de ese mismo carácter de las metrópolis imperiales.

El enfoque legal encontró el apoyo de una base social cada vez más amplia según crecía el grupo de los africanos educados y nuevos grupos económicos y sociales aparecían como parte de la dinámica de la economía colonial, y se tomaban nuevas medidas, especialmente instituciones educativas, para asegurar la suficiente mano de obra africana con destino a las actividades económicas y sociales. El creciente número de trabajadores se fue uniendo en muchas colonias y aumentó la fuerza de las manifestaciones del nacionalismo africano a través de una acción política anticolonial. Como los trabajadores de las colonias sentían todo el malestar de la situación colonial, especialmente una explotación inmisericorde basada en la discriminación racial y la injusticia social, las relaciones laborales se convirtieron automáticamente en relaciones políticas de antagonismo entre los ciudadanos del país colonizador y los africanos colonizados. La importancia del papel de los trabajadores en la política del nacionalismo africano habría de convertirse en primordial a partir de la Segunda Guerra Mundial[7].

Las diferentes ideologías oficiales defendidas por las potencias coloniales fueron otro factor determinante. Como dice John Peel, «una ideología, como los ideales de las grandes religiones, es un factor que configura el comportamiento aunque uno no sea completamente consciente de ella...»; y «el desarrollo no se produce con independencia de la interpretación humana de su situación y sus ideas para el futuro»[8]. Las diferencias de orientación y estilo de los nacionalistas africanos procedían en parte del hecho de que los diversos grupos tenían diferentes ideologías para guiar sus expectativas y con las cuales evaluar sus logros. Por eso, entre los nacionalistas africanos bajo dominio francés en Argelia y Senegal, donde la posibilidad de acabar con el colonialismo mediante una política de «asimilación» —mediante el logro de la ciudadanía francesa para los individuos, con plenos derechos y responsabilidades— se había demostrado, la tendencia era a continuar presionando para la extensión, en alcance y territorialmente, de la aplica-

[7] G. Balandier y B. Dadie (eds.), s.f., pp. 202-406; I. Davies, 1966.
[8] J. D. Y. Peel, 1968.

ción de esta política. Por otra parte, los nacionalistas de los territorios británicos, con la esperanza de una independencia futura como países soberanos, aunque también como miembros de la Commonwealth británica, estaban, como es comprensible, implicados más explícitamente, durante el período que tratamos, en las reformas y la participación que les prepararían finalmente para la independencia. La diferencia no estaba en el objetivo, la libertad en ambos casos, sino en el método. Este estaba dictado por el contexto de acción como quedaba establecido por las relaciones dialécticas entre las ideologías y las prácticas coloniales efectivas [9].

El factor de los colonos está relacionado con la ideología como factor. El factor-colonos mostraba, en la intensidad relativa de la colonización como proceso, la frustración de las expectativas de los colonizados a falta de respuestas ante las reivindicaciones africanas. Este factor explica las diferencias de tono e intensidad en la expresión del nacionalismo africano entre la Argelia dirigida por los colonos, por una parte y, por la otra, los territorios franceses que no tenían el mismo problema que Argelia con los colonos. Lo mismo pasaba entre Kenia, Rhodesia del Sur (ahora Zimbabwe) y Sudáfrica, por una parte, dominadas por los colonos, y las otras colonias británicas. La declaración de la soberanía de los intereses africanos (también conocida como declaración de Devonshire) de 1923 respecto a los africanos de Kenia era, básicamente, una expresión de la misma ideología que daba forma a la administración colonial británica en otras regiones. Lo peculiar de las experiencias de estos territorios provino de la firme determinación de los colonos de perpetuar la subyugación de la población indígena practicando lo que se ha llamado «ultracolonialismo» [10].

EL NACIONALISMO AFRICANO Y LOS ACONTECIMIENTOS INTERNACIONALES

La situación en que se encontraron los nacionalistas africanos en los años de entreguerras fue esencialmente la misma: privación de las libertades políticas y sociales; explotación de los recursos humanos y materiales en beneficio de los gobernantes extranjeros; denegación de medios y servicios que pudieran contribuir a la elevación política y social de las sociedades o, cuando fue claro que los cambios no podían ser evitados, la realización de acciones encaminadas a limitar y reorientar el curso del desarrollo con el objetivo principal de perpetuar el dominio colonial.

Enfrentadas con estas situaciones creadas por los colonialistas estaban las aspiraciones de los nacionalistas por recuperar la soberanía y la independencia perdidas, aunque en el contexto de las nuevas estructuras coloniales en el norte del continente y, en el resto, para la mejora del *status* económico y social de sus comunidades con el fin de dar significado al disfrute de las libertades civiles. Los nacionalistas fueron ayudados en la persecución de sus objetivos por ciertos acontecimientos del escenario internacional. Entre ellos el impacto de la primera gue-

[9] B. O. Oloruntimehin, 1971, pp. 33-50.
[10] J. Duffy, 1962; W. Minter, 1972. Ver también B. O. Oloruntimehin, 1972 (b), pp. 289-312.

rra mundial, que ya ha sido tratado en el capítulo 12 *supra*, y la declaración de la Liga de Naciones sobre la conveniencia de considerar el desarrollo de los colonizados como uno de los objetivos principales del colonialismo, y como un criterio según el cual sería juzgada la actuación de los señores imperiales, especialmente en los países bajo soberanía. La introducción de la idea de responsabilidad ante la comunidad internacional respecto a los territorios bajo soberanía sirvió como fuente de estímulo para algunos nacionalistas. En el plano político, movimientos ideológicos internacionales como la leninista y antiimperialista Internacional Comunista (Komintern) y otros movimientos socialistas, así como la marcha hacia la independencia en otros continentes del mundo fueron también un incentivo para los nacionalistas africanos. Igualmente lo fue el panafricanismo antiimperialista inspirado por Sylvester Williams, Marcus Garvey, William Du Bois y otras influencias negras americanas y caribeñas que serán tratadas más adelante [11].

Un congreso internacional, que se reunió bajo los auspicios de la Komintern en Bruselas en febrero de 1927, suscitó la formación de la Liga contra el imperialismo y por la Independencia Nacional (conocida simplemente como Liga contra el imperialismo). Al congreso asistieron unos 180 delegados de Europa occidental, América del Norte, central y del Sur, el Caribe, Asia y Africa. El congreso reunió a comunistas, grupos socialistas de izquierdas como el Partido Laborista Independiente representado por su secretario general, Fenner Brockway (más tarde lord Brockway); intelectuales socialistas radicales y representantes de los movimientos nacionales de los territorios coloniales. Entre los participantes africanos estaban Messali Hadj y Hadjali Abdel-Kader (Magreb); Mohamed Hafiz Bey Ramadan e Ibrahim Youssef (Egipto); Lamine Senghor (Africa occidental francesa); Jomo Kenyatta (Kenia); así como J. T. Gumede e I. A. La Guma (Sudáfrica). También había miembros de la Unión Intercolonial como Max Bloncoux, y desde Haití vino Carlos Deambrosis Martins [12].

Había también movimientos que se ocupaban de la protección de los derechos del hombre y organismos ciudadanos contra la esclavitud que actuaban en Europa y varias colonias de Africa. Algunos movimientos aparecidos en América, como la Asociación Universal Negra para el Progreso, de Marcus Garvey, fundada en 1917, ejercieron influencia en varias colonias de Africa.

Frente a todas estas fuerzas que trabajaban por la elevación del *status* social y político de los grupos colonizados y oprimidos, se produjo también un aumento cuantitativo y de influencia de las doctrinas políticas no liberales y reaccionarias que predicaban la rivalidad de las razas y que fueron institucionalizadas en los regímenes fascista y nazi en Europa y en autocracias represivas en las colonias, sobre todo las italianas. Incluso en países europeos como Francia, donde prevalecían doctrinas políticas liberales, el fascismo y el nazismo tenían adeptos y este hecho se reflejaba en el pensamiento sobre la situación en las colonias. En general, los capitalistas industriales y comerciales europeos siguieron considerando las colonias como un patrimonio a conservar a toda costa.

[11] Ver cap., 28 *infra*.
[12] Ver I. Geiss, 1974; G. Padmore, 1956.

LA EXPRESION DEL NACIONALISMO Y LA POLITICA AFRICANOS

Si bien la situación colonial y la internacional eran a grandes rasgos parecidas, la manifestación efectiva del nacionalismo y la política africanas, fenómeno exactamente expresado por el término swahili *siasa*, era diferente en cada sitio, incluso en territorios sometidos a la misma potencia colonial. La explicación de esto reside en parte en el hecho de que los territorios coloniales fueron adquiridos de diferentes maneras y en diferentes momentos y por tanto tenían diferentes experiencias del colonialismo durante espacios de tiempo distintos. Entre los factores que condicionaron la forma y la intensidad de la acción de los nacionalistas *(wanasiasa)* en las colonias se cuentan el tipo de liderazgo, las variaciones en la extensión y la intensidad de las influencias europeas en forma de ideas e instituciones; el número e importancia de la población de colonos (blancos); y, por último, las ideologías y las prácticas coloniales.

En casi todos los casos, los movimientos nacionalistas y la concomitante política colonial estaban dirigidos y dominados por las nuevas élites educadas occidentalmente, cuya preparación les permitía entender la cultura política europea y, por tanto, reaccionar de manera eficaz ante los regímenes coloniales en los términos enunciados por éstos. A veces cooperaron activamente con miembros de las élites dirigentes «tradicionales», aunque sus relaciones solían ser tensas. Hubo una cooperación de este tipo en algunos territorios como Costa de Oro, con la sociedad para la protección de los derechos de los aborígenes, Nigeria del Sur, Marruecos y entre los kikuyus de Kenia. En algunos casos, la jefatura permaneció en manos de las élites «tradicionales», como pasó en Libia y Marruecos. Pero en la mayoría de los casos, como los que representaban o eran seleccionados para representar a las élites, las dirigentes tradicionales eran preferidos por los regímenes coloniales como instrumentos de control; así se tendió en la expresión del nacionalismo a tratar a las élites tradicionales como cómplices, y a atacarlas como tales.

Los partidos políticos y organizaciones juveniles sirvieron como canales para la expresión de las aspiraciones y reivindicaciones del nacionalismo africano y para protestar por injusticias concretas. Los partidos políticos fueron importantes en los pocos lugares donde había cuerpos legislativos coloniales. En Egipto, el establecimiento de un parlamento por los británicos, que habían declarado unilateralmente una independencia ficticia en 1922, proporcionó una razón para la organización y el funcionamiento de partidos políticos. La situación legal hizo posible para el partido Wadf de Sa'd Zaghlul y el Partido Nacionalista jugar un papel muy importante en la lucha por la restauración de la independencia y la soberanía totales de Egipto [13]. La introducción de cambios legales, aunque de menor importancia, en Nigeria y Costa de Oro en el Africa occidental británica, abrió el camino para la aparición y el funcionamiento significativo de los partidos políticos. Antes de esos cambios legales, las tentativas del Congreso Nacional del Africa

[13] Ver cap. 23 *infra*.

occidental británica habían sido fácilmente derrotadas [14]. A partir de ellas el Partido Democrático Nacional de Nigeria fue, por ejemplo, capaz de hacer impacto de manera más sostenida, tanto en las autoridades coloniales como en la población indígena. También jugaron un papel importante los partidos políticos en Senegal, donde el Consejo General, que desde 1920 se convirtió en el Consejo Colonial, sirvió de foro.

Las organizaciones juveniles, asociaciones étnicas, asociaciones de antiguos alumnos y otros movimientos dedicados a la lucha por el reconocimiento de las libertades políticas y los derechos humanos jugaron un papel de enorme importancia, independientemente de su situación legal. Constituyeron una fuerza política y social ineludible especialmente en las zonas donde las actividades políticas abiertas eran imposibilitadas por la naturaleza represiva del dominio colonial. Entre las organizaciones juveniles que actuaron como catalizadores de la política nacionalista y anticolonial y cuyas actividades se expondrán más adelante, en el capítulo 25, estaban la Conferencia Juvenil de Costa de Oro, que se fundó en 1929; el Movimiento Juvenil de Lagos (más tarde Nigeria), Egipto Joven, la Joven Asociación Kikuyu de Harry Thuku, fundada en Kenia en 1921, el Congreso de Graduados de Sudán, los Jóvenes Gaboneses (Jeune Gabonais) y los Jóvenes Tunecinos. Algunos de los movimientos eran interregionales y otros transterritoriales. Entre estos se encontraban la Estrella del Norte de Africa bajo la dirección de Messali Hadj, el Congreso Nacional del Africa Occidental Británica, el Congreso de Africa del Sur y la Unión de Estudiantes del Africa Occidental dirigida por el nigeriano Ladipo Solanke, que tenía miembros en todo el Africa occidental británica.

Las organizaciones que contribuyeron a la expresión del nacionalismo y la política colonial africanos incluían las diversas ramas africanas de la Asociación Negra Universal para el Progreso, de Marcus Garvey, que había sido fundada en América en 1917, como la Asociación Nigeriana para el Progreso (1920). Había también organismos como la Liga para los Derechos del Hombre y del Ciudadano de Gabón (Ligue des Droits de l'Homme et du Citoyen); la Liga Africana de Luanda y Lorenço Marques de Angola y Mozambique portugueses; la Société Amicale des Originaires de l'Afrique Equatoriale Française de André Matswa con miembros de Libreville, Bangui y Brazzaville; y la Ligue Universelle pour la Défense de la Race Nègre (1925), dirigida por Tovalou Quenum (Dahomey, actualmente Benin), el Comité, después, Ligue, de Défense de la Race Nègre, dirigida por Kouyaté Garang (Sudán francés, ahora Malí) y Lamine Senghor (Senegal) [15]. Estaban también, con alcance internacional, el Comité mondial contre la guerre et le fascisme y los diversos congresos panafricanistas organizados por Sylvester Williams y William Du Bois. Los sindicatos y otros movimientos de la clase obrera también fueron importantes participantes en la lucha contra el sistema colonial aunque lo serían todavía más después de la Segunda Guerra Mundial.

Múltiples armas se utilizaron durante el período de entreguerras para atacar al sistema colonial. Las insurrecciones y rebeliones, tan frecuentes en el período

[14] Ver cap. 26 *infra*.
[15] I. Geiss, 1974; J. A. Langley, 1973.

anterior, se redujeron a un mínimo. En su lugar, los periódicos, libros y panfletos, memoriales, emigraciones de protesta, huelgas, boicots, las urnas, la tribuna y la mezquita se convirtieron en el arsenal de los nacionalistas. Los periódicos eran un órgano de vital importancia para la difusión de las ideas de estas organizaciones sociales y políticas. La *intelligentsia*, en lenta expansión, constituía el público y el mercado que sostenía un creciente número de periódicos y revistas durante la misma época. Aparte de los publicados dentro de Africa, también se recibían un gran número provenientes de fuera del continente y que servían como vehículos para la transmisión de la propaganda anticolonial y antiimperialista de los movimientos internacionales. La periodicidad de estas publicaciones era diaria, semanal, quincenal o mensual. Otras sólo se publicaban cuando era posible. Algunos periódicos existían ya antes de la primera guerra mundial, como por ejemplo *al-Liwa*, un diario árabe fundado en 1900 para popularizar las ideas del nacionalismo egipcio, *La Démocratie du Sénégal* y *The Lagos Weekly Record*, fundado en 1891. Pero la mayoría fueron fundados en el período de entreguerras, como el *Times of Nigeria* (1921-1930), *Daily Times* (desde 1926), *Lagos Daily News* (1925-1938), *Le Périscope Africain* (Dakar, 1929), *L'Ouest-Africain Français (Journal Républicain-Socialiste)*, *Le Courrier de l'Ouest-Africain* (Dakar), el *African Morning Post*, *The Golden Coast Times* (Accra), *L'Action Tunisienne* (1932) y *La Presse Porto-Novienne*, con subtítulos y una sección en yoruba. Los periódicos en lenguas africanas, además del egipcio *al-Liwa*, eran el *Akede Eko* (lagos, desde 1932) en yoruba y *La Voix du Dahomey*. De fuera de Africa venían periódicos de inspiración comunista y panafricana como el *Race Nègre*, *Negro World*, *La Voix des Nègres* y *Vox Populi*, así como *New Times and Ethiopia News*, el *Cri des Nègres*, *African Times and Orient Review*, *The Crusader*, y *New York Age* y *Coloured American*. Además de periódicos se escribían obras de teatro, panfletos, folletos y muchos libros por algunos de los líderes nacionalistas, en los que el sistema colonial era duramente criticado y ridiculizado.

Los periódicos servían como medios para la difusión de las actividades nacionalistas y anticoloniales a través de las fronteras. En tal medida que fueron una constante fuente de preocupaciones para los administradores coloniales como muestran las diversas leyes contra la sedición de mediados de los años treinta y los intentos de erigir barreras informativas legales contra ciertas publicaciones. Más tarde, el desarrollo de la radiodifusión hizo que las medidas represivas de los gobernantes coloniales destinadas a proteger sus colonias de las influencias extranjeras resultasen más difíciles de adoptar y menos eficaces.

Como hemos subrayado, la utilización de medios legales y de los periódicos y la radio como medios de expresión dependía de la accesibilidad de las instituciones legislativas o de la esperanza de tenerla, así como de la existencia de un importante número de africanos educados occidentalmente que pudieran hacer un uso apropiado de esas instituciones y órganos de expresión. También, el camino de los nacionalistas africanos educados occidentalmente presuponía la aceptación de los modelos europeos occidentales de desarrollo económico que los nacionalistas sin su experiencia no podían apreciar. La irregular difusión de la educación fue, en consecuencia, una variable importante en la expresión del nacionalismo y la política anticolonial africanos. Como las potencias europeas se preocu-

paban sobre todo de hacer pagar a las colonias por su administración y servicios, se hizo relativamente poco para extender la educación occidental y proporcionar una infraestructura para el desarrollo político y social. En varias zonas del Africa colonizada entre las dos guerras mundiales, las escuelas primarias eran todavía pocas y la educación secundaria una rareza. En el Africa central británica, Africa ecuatorial francesa, el Sudán y Angola, Mozambique y Guinea portuguesas, no hubo prácticamente acceso a la educación secundaria antes de la Segunda Guerra Mundial. En esas zonas, apenas se podía esperar de los nacionalistas que adoptasen medios legales para expresar su anticolonialismo.

En este contexto es como se debería intentar entender el papel de los movimientos socio-religiosos tradicionalistas o «nativistas» de nuestro período. Especialmente relevantes, como hemos visto ya en alguno de los capítulos anteriores, fueron los movimientos mesiánicos que expresaban ideologías indígenas, así como los que reflejaban ideologías islámicas y cristianas. Eran movimientos de carácter emancipativo, y manifestaban lo que constituye esencialmente un fenómeno universal en las situaciones en que las comunidades tenían que expresar su insatisfacción con sus condiciones de vida y su deseo de regeneración. Representaban una ideología contraria al colonialismo en cuanto que éste suponía una negación de la cultura indígena y la depresión económica, social y psicológica de los colonizados. En palabras de Lanternari, «reflejaban las ansiedades y esperanzas de los grupos que participaban en ellos respecto a una súbita y total transformación de sus circunstancias físicas, sociales y psicológicas» [16].

Los ejemplos principales de este tipo de movimientos, algunas de cuyas actividades han sido discutidas en el capítulo 20 *supra*, fueron el «etiopismo» de Sudáfrica y el Africa oriental, y el movimiento acaudillado por predicadores del milenio en el Africa meridional y central, sobre todo el Kitawala («atalaya» de Africa y el Congo), con muchos seguidores en las dos Rhodesias, extendiéndose hacia el Congo (ahora Zaire) y Nyasaland (Malawi actualmente); el movimiento kimbanguista (fundado en el Congo belga por Simon Kimbangu), con adeptos en el Congo belga y francés, y la neokimbanguista *Mission des Noirs*, fundada en el bajo Congo por Simon-Pierre Mpadi. Conocidos también como los khakistas, el movimiento tuvo influencia entre la población del Congo francés y Ubangui-Chari (ahora República Centroafricana). Algunos de estos movimientos estaban inspirados por una aceptación del cristianismo, pero se sentían desencantados por la manera de entender la religión de la Iglesia organizada de las sociedades coloniales. Los nacionalistas africanos que se preocupaban por proteger a los africanos contra la opresión colonial encontraron a la Iglesia indiferente en el mejor de los casos. Por eso se separaron mucho del espíritu de la Reforma que había sido el característico del crecimiento y difusión del cristianismo en otras muchas sociedades. Como los movimientos reformados de Europa y otras partes, las iglesias y los movimientos fundados por los nacionalistas africanos pretendieron aplicar las ideologías cristianas como las ideas de fraternidad humana y unidad esencial de los creyentes, sin distinciones de raza y color, para terminar con la discriminación y la opresión.

[16] V. Lanternari, 1974, p. 483.

Era evidente, por los métodos que adoptaban, que lo espiritual estaba estrechamente vinculado con la situación social y material. Mientras la religión siguió siendo necesariamente el medio de expresión de las aspiraciones africanas, las acciones concretas que se realizaron incluían conflictos laborales y rechazo del pago de impuestos. Como los movimientos fundados por Kimbangu y Mpadi, Ruben Spartas Mukasa fundó en Uganda la Asociación Progresista Africana y el Ejército Cristiano para la Salvación de Africa. Antiguo miembro de los Rifles Africanos del Rey, Musaka expresó el propósito que unía todos estos movimientos cuando prometió que lucharía por la redención de Africa pese a todos los peligros que le pudieran amenazar personalmente. Cuando estableció una rama de la iglesia ortodoxa africana en Uganda, el propósito político y social estaba claro en su declaración de que la iglesia era «... para todos los africanos honrados, hombres que quieren ser libres en su propia casa, para que no se les considere siempre como unos niños». La iglesia de Mukasa se extendió a Kenia. La «iglesia última de Dios y su Cristo» de Jordan Msuma en Nyasaland era de la misma clase, igual que las diversas iglesias africanas y aladuras del Africa occidental.

El Islam hizo también de contrapeso de la ideología colonial además de servir como ámbito de expresión para el mesianismo. El Mahdi es para los musulmanes lo que el Mesías para los cristianos. El mahdismo dio quebraderos de cabeza a las autoridades coloniales de Africa del norte y occidental, en el Sudán y Somalia. Los sanusiyyas de la Libia dominada por Italia, como hemos visto ya, presentaban quizás el ejemplo más claro de expresión del nacionalismo y el anticolonialismo africanos a través del Islam. El panislamismo, aspecto religioso del panarabismo cultural, y la idea de *salafiya*, jugaron también un papel de primera importancia en la política nacionalista y colonial de Egipto, el Magreb y el norte del Sudán anglo-egipcio. La influencia de los sanusiyyas como fuerza anticolonial se extendió a zonas del Africa occidental. Las autoridades coloniales encontraban en movimientos islámicos como los hamalliyya, los tijaniyya y los mouridiyya una amenaza constante para la seguridad del sistema colonial.

Estos movimientos islámicos produjeron fuertes vínculos entre los adeptos que se encontraban bajo diferentes regímenes coloniales. Desde la Primera Guerra Mundial, como ha explicado Crowder más arriba[17], la ideología panislámica se difundió desde Turquía como un hecho preocupante para las autoridades coloniales de muchas partes de Africa. Fue un problema que los gobernantes coloniales intentaron resolver mediante el intercambio de información y la cooperación intercolonial.

Prescindiendo del grado de exposición a las influencias occidentales experimentado por los africanos colonizados, una base común para la expresión del nacionalismo africano fueron los diferentes tipos de movimientos culturales. Se ha señalado la elasticidad y la continua relevancia de las culturas e instituciones africanas en todo el continente para los colonizados. Incluso las más occidentalizadas de las élites educadas africanas se daban cuenta del hecho de que eran fundamentalmente africanos con independencia de su grado de aculturación. La mayor parte de los movimientos juveniles ya mencionados y de los que se volverá a ha-

[17] Cap. 12 *supra*.

blar en esta obra, eran conscientes de la importancia crucial de su cultura para la preservación de su propia identidad a pesar de la influencia europea mediante el sistema escolar. Las diversas asociaciones kikuyus eran un buen ejemplo. Igual que los movimientos panafricanos y el bastante impreciso concepto de *nègritud* que, como hemos visto en el capítulo 21 *supra*, se empezó a utilizar desde los primeros años treinta, y los movimientos llamados «nativistas» y «religiosos» de los que ya se ha hablado antes.

Todas estas expresiones del nacionalismo y la política anticolonial africanos constituían la antítesis en la relación dialéctica entre los colonizadores europeos y los africanos colonizados. Las reacciones generales de los regímenes coloniales para fortalecer el control mediante el uso de la fuerza física y la imposición de descalificaciones legales son comprensibles en vista del hecho de que en el período se produjo la expansión de las autocracias y las tendencias no liberales en la propia Europa. Pero no fue sólo la oposición de los africanos lo que socavaba la seguridad de los regímenes coloniales. La difusión de las ideas e instituciones europeas demostró ser un punto delicado para los colonizadores. El intento general de limitar la calidad y el alcance de la educación se originó por miedo a que ésta y las ideas políticas y sociales europeas resultasen destructivas para el colonialismo como sistema de relaciones. El deseo de conjurar ese peligro que flotaba en el aire provocó la práctica eliminación de los estudios de humanidades en todos los niveles, y la preferencia por las escuelas rurales, escuelas profesionales e instituciones postsecundarias de orientación técnica, que podían proporcionar mano de obra de grado medio, mejor que las universidades. El objetivo era evitar el ejemplo de la India, donde la difusión de una educación liberal había sido un factor de gran importancia para la expansión de una política anticolonial y nacionalista. Esto explica la orientación y finalidad de instituciones como la escuela William Ponty en el Africa occidental francesa, y el Colegio Superior Yaba (Nigeria), Colegio Acimota (Costa de Oro), Colegio Gordon, Jartum, y Colegio Makerere en el Africa oriental británica [18].

Pero el propósito de regular la medida y el tipo de cambio social que podrían desarrollarse en las colonias fue otra fuente de agravios que dio fuerza a los movimientos nacionalistas. La crisis económica mundial empeoró la situación en dos sentidos. Limitó los recursos de que podían disponer los regímenes coloniales para funcionar sin subvenciones de la metrópoli. La tendencia general era mantener los regímenes coloniales en marcha reduciendo los gastos en servicios e infraestructuras que podrían beneficiar a los colonizados, congelando las oportunidades de empleo sin preocuparse del impacto que pudiera tener el desempleo en las sociedades. Al mismo tiempo, las extorsiones empobrecedoras que sufrían los colonizados aumentaron, con mayores impuestos, uso frecuente del trabajo barato y forzado, en una situación en la que los granjeros estaban recibiendo cada vez menos pago por sus materias primas mientras que tenían que pagar precios más altos por los bienes manufacturados importados de Europa.

Finalmente, se puede mencionar la guerra ítalo-abisinia que empezó en 1935,

[18] B. O. Oloruntimehin, 1974, pp. 337-357; D. B. Abernethy, 1969, pp. 79-88.

y la consecuente ocupación italiana de Etiopía, como un importante acontecimiento internacional que hizo aumentar el sentimiento de desapego por parte de los colonizados, especialmente los educados, respecto a los regímenes coloniales. El tono de la invasión italiana, y del fascismo y el nazismo en general, fortaleció la naturaleza racista del colonialismo europeo en Africa. Los que habían puesto esperanzas en la Liga de Naciones se sentían totalmente defraudados. El deseo de proteger el orgullo herido de los africanos explica el resurgimiento de ideas panafricanas y de ideologías como la *nègritud* en esta época. Igualmente importantes fueron las organizaciones internacionales en defensa de la independencia de Etiopía, un país que simbolizaba la esperanza del africano educado en una eventual independencia.

Los periódicos y revistas, tanto interiores como extranjeros, sirvieron naturalmente como vehículos para la transmisión del nacionalismo anticolonial y antieuropeo. Para acabar con este desarrollo se tomaron diversas medidas represivas, administrativas y legislativas, contra los medios de comunicación, incluidas las emisoras de radio que se extendían poco a poco. Se hicieron esfuerzos para evitar o restringir la circulación de literatura, revistas y periódicos, y de los aparatos de radio, aun cuando estos proviniesen de los países originarios de los administradores coloniales. La prensa local estaba en casi todos los casos rígidamente controlada por la censura y las leyes contra la sedición. Todas estas medidas se tomaban para facilitar las actividades de los administradores coloniales, que se caracterizaron por una mayor intolerancia frente a las aspiraciones nacionalistas, y la privación de los derechos y libertades civiles personales.

En el período de entreguerras, el colonialismo y el nacionalismo africanos existieron en una relación dialéctica. El nacionalismo africano y las actividades anticoloniales no tuvieron mucho éxito en el período de entreguerras pero causaron cierta preocupación a los oficiales coloniales. Todas las medidas represivas anticoloniales adoptadas durante el período reflejan esta preocupación. Sus respuestas ante los desafíos planteados por el nacionalismo africano tendían a lograr el total aislamiento de Africa de las corrientes generales del desarrollo en el mundo. Esto no sólo era irrealista y contradictorio, sino que el intento catalizó el nacionalismo y el anticolonialismo africanos hacia formas más profundas y extensas que, con el impacto de la Segunda Guerra Mundial, pronto condujeron al movimiento que produciría el derrumbamiento del sistema colonial.

Capítulo 23

POLITICA Y NACIONALISMO EN AFRICA DEL NORDESTE, 1919-1935

H. A. IBRAHIM

INTRODUCCION

Dos formas de nacionalismo compitieron por la supremacía en Africa del Nordeste durante el período de entreguerras —un nacionalismo secular y otro de inspiración religiosa. El permanente legado del Mahdi en Sudán y de Sayyid Muḥammad en Somalia hicieron posible la fusión entre el sentimiento religioso y el patriótico de una manera directa. En contraste con estos dos países, el nacionalismo egipcio se hizo más secular en los años de entreguerras (ver fig. 4.1). Pero también en Egipto el islamismo moderno y el nacionalismo se influyeron mutuamente en el teatro de la política. Después de todo, Sa'd Zaghlul, el nacionalista que dominó la política egipcia durante la década que siguió a la primera guerra mundial, estaba influido por Djmal al-Dīn al-Afghānī, el turbulento revolucionario panislámico que había tenido parte importante en el «desencadenamiento de las primeras sacudidas de conciencia nacional y descontento bajo Isma'īl» [1]. Sin embargo, todavía sería cierta la afirmación de que el movimiento encabezado por Zaghlul fue básicamente un movimiento patriótico-secular. Las protestas en el sur del Sudán también tuvieron un origen básicamente secular: fue en el norte de este país y en Somalia donde el factor religioso fue más difícil de separar de la política durante los años de entreguerras.

Durante estos años, además de la dialéctica entre religión y secularidad en política, existió la dialéctica entre nacionalismo y problemas económicos. Este período incluyó algunos de los peores años de depresión económica en la historia

[1] A. Hourani, 1962, pp. 108-9; ver también N. R. Keddie, 1968.

del mundo moderno. Hacia el final de los años veinte, también las potencias imperialistas estaban sufriendo los efectos de una recesión galopante, que culminó en la Gran Depresión. Pero las colonias de Africa del nordeste habían comenzado a sentir el estancamiento de la economía una década o dos antes de que la Gran Depresión golpeara el mundo industrializado.

Otra característica más de Africa del nordeste durante el período de entreguerras, fue que estos años vieron una nueva expansión del imperialismo por un lado, y una nueva militancia contra este mismo imperialismo por otro. Los años entre las dos guerras mundiales fueron los años de la última frontera de Europa —pues nuevos territorios fueron anexionados y el control colonial se consolidó. Este fue el último esfuerzo expansionista del imperialismo en Africa. Pero ese mismo período también vio el nacimiento de una militancia anticolonial entre los pueblos colonizados y el principio de una organización política efectiva que perseguía la libertad y la igualdad. En Africa del nordeste este fenómeno tuvo particular importancia en Egipto, pero no fue exclusivo de este país.

La primera guerra mundial ayudó a crear estas contradicciones. De todos los países de esta parte de Africa, Egipto fue quizá el más directamente afectado por la guerra. Después de todo, cuando Turquía entró en la contienda apoyando a Alemania, Gran Bretaña utilizó el hecho como pretexto, no solo para aniquilar los últimos residuos de la soberanía otomana sobre Egipto, sino también para declarar Egipto un protectorado inglés y para instalar una alternativa monárquica de inspiración inglesa. La declaración de Egipto como un protectorado y la naturaleza de una nueva monarquía actuaron conjuntamente como un catalizador del resentimiento nacionalista egipcio. Esta nueva militancia se hizo más profunda con la militarización del Canal de Suez, cuando medio millón de soldados bajo autoridad británica fueron desembarcados para guardar el canal.

También en Sudán se consolidó el dominio británico, si bien generando nuevas formas de sentimiento nacionalista. El imperialismo europeo estaba haciendo verdaderos esfuerzos por alcanzar su última frontera territorial en Africa, pero al mismo tiempo su fuerte compromiso en el proceso estaba provocando un nuevo despertar del patriotismo en los pueblos indígenas. Sin embargo, es importante tener presente que durante estos años el nacionalismo egipcio estaba todavía tentado por una forma de expansión propia. Los dirigentes del nuevo movimiento nacionalista en Egipto todavía consideraban Sudán como territorio egipcio y esperaban recobrar una soberanía efectiva sobre él.

Estas son, por tanto, las contradicciones contextuales básicas durante el período de entreguerras en Africa del nordeste —la dialéctica entre fuerzas políticas y económicas, la dialéctica entre religión y nacionalismo, la dialéctica entre la última frontera del imperialismo y la nueva frontera del anticolonialismo, y la dialéctica entre patriotismo local y expansionismo local, especialmente en lo referente a las relaciones entre Egipto y Sudán.

Vamos a entrar ahora en un estudio más detallado de estos procesos, país por país, teniendo en cuenta que algunos de los problemas económicos desatados sobre Africa del nordeste en este período, contribuyeron de manera importante a crear un ambiente sensibilizado hacia la agitación nacionalista y el resentimiento entre la población.

EGIPTO

LA REVOLUCION DE 1919

Debido a la declaración de Gran Bretaña, en 1914, considerando Egipto un protectorado, el nacionalismo sintió la urgente necesidad de formar un cuerpo unido, capaz de representar a toda la nación en su inminente conflicto con el país europeo. Consecuentemente, en noviembre de 1918, Sa'd Zaghlul, el distinguido dirigente egipcio, y dos de sus colegas, formaron al-Wafd al-Miṣri, o Delegación Egipcia.

La Wafd se mostró combativa en su lucha por el cambio. Sus objetivos fundamentales eran conseguir la completa independencia para Egipto, asegurar la soberanía de Egipto sobre Sudán y abolir las Capitulaciones que garantizaban privilegios espaciales para los residentes extranjeros en Egipto. Aunque la Constitución de la Walfd no mencionaba abiertamente los dos últimos fines, éste fue aparentemente un movimiento táctico que perseguía la libertad primero, para luego concentrar las fuerzas en la solución de los otros dos asuntos [2].

Zaghlul y sus colegas representaban no sólo a la nueva élite egipcia de modernos administradores, abogados y otras profesiones seculares, sino también el nuevo grupo de propietarios de tierras. Socialmente, ellos «pertenecían a una clase nativa y relativamente reciente de propietarios y profesionales de provincias» [3]. Su aparición fue una señal de que la vieja aristocracia extranjera, la aristocracia turco-egipcia y la albanesa, tenían que ceder su liderazgo a la, por largo tiempo suprimida, élite profesional.

La Wafd emprendió actividades proselitistas para reforzar su liderazgo. Distribuyó octavillas, organizó mítines públicos y propició una serie de «disposiciones formales aceptadas por todas las organizaciones con representación en el país, a efectos de que la Wafd fuera la representante oficial de la nación egipcia, la única responsable y autorizada para negociar su futuro» [4]. Además la Wafd consiguió el apoyo general a su posición mediante una eficaz articulación de las quejas y demandas de los ciudadanos.

La inaceptable y humillante declaración unilateral británica de diciembre de 1914, que convertía a Egipto en un protectorado, fue considerada forzosamente por la Wafd como ilegal y como una medida de guerra. La Wafd solicitó su inmediata abolición en cumplimiento de la doctrina del presidente Woodrow Wilson y de la promesa de libertad de los aliados para las pequeñas naciones.

Mientras tanto, las penalidades económicas estaban ayudando a la causa nacionalista. Los numerosos problemas sociales y monetarios que aquejaron a la sociedad egipcia durante la primera guerra mundial habían creado un sentido de la privación ampliamente extendido entre las masas. Aunque el gobierno británico había prometido cargar con todas las responsabilidades de la guerra, la Fuerza Expedicionaria Egipcia fue empleada en la defensa del Canal de Suez, así

[2] A. M. Ramadán, 1968, pp. 431-2.
[3] P. A. Vatikiotis, 1969, p. 252.
[4] *Ibid.*, p. 255.



• *El nacionalismo en Egipto: Zaghul Pasha (c. 1857-1927) habla en un mitin pidiendo la retirada de las tropas británicas; c. 1920.*

como también en Siria y Palestina. Ciudadanos egipcios fueron reclutados obligatoriamente en grandes masas para servir en los pelotones de trabajo de los aliados y en las escuadras de camellos. El grano y los animales fueron requisados sin la adecuada compensación. Una rápida tendencia alcista en el coste de la vida fue particularmente dañosa para empleados gubernamentales y obreros no cualificados, pues la subida no se acompañó de un incremento proporcional de los salarios. Los propietarios de tierras no pudieron beneficiarse de una manera sustancial del alza de los precios del algodón, pues Gran Bretaña limitó este cultivo en favor de aquellos otros destinados a abastecer los mercados de alimentos, al mismo tiempo que fijaba sus precios y restringía su exportación. La Wafd señaló repetidamente la responsabilidad británica en esta injusticia y persuadió a sus compatriotas para marchar tras ellos en reclamación de reparaciones. Esta enérgica campaña condujo a un aislamiento gradual de todas las clases de procedencia británica. En 1919 un inflamable estado de descontento prevaleció a lo largo y ancho de todo el país [5]. Las privaciones económicas estaban preparando el escenario para una respuesta política a escala multitudinaria.

El fallo del gobierno británico al no apreciar correctamente la fuerza y la dimensión del nuevo y arrollador espíritu nacionalista, así como su arrogante insistencia en la condición de protectorado de Egipto, constituyeron serios errores de juicio. Por si fuera poco, su posterior y obstinada negativa a permitir que Ḥusayn Rushdī, el primer ministro durante la guerra, y Zaghlul presentaran el caso egipcio en la Conferencia de Paz de París, añadió combustible a una situación ya explosiva. Pero el más peligroso de todos los errores británicos fue el arresto, el 8 de marzo de 1919, de Zaghlul y dos de sus colegas, y su posterior deportación a Malta. Este fue el detonante de la revolución de 1919.

El inmediato resultado de las movilizaciones llevadas a cabo por la Wafd fue una serie de violentas demostraciones y huelgas masivas de los trabajadores del transporte, de los jueces y de los abogados. Los estudiantes de la Universidad de al-Azhar y de las escuelas secundarias y profesionales participaron activamente en la algarada nacionalista. Muy pronto las provincias se unieron a la protesta general y comenzaron a ser perpetrados ataques cada vez más osados contra las líneas de ferrocarril y de teléfonos. Frecuentes asaltos fueron dirigidos también contra personal militar, los cuales culminaron con el asesinato de ocho oficiales y súbditos británicos en Deyrūt, en el tren de Aswān a El Cairo, el 18 de marzo. En breve, el país se precipitó en un estado de paralización casi total y la posición de Gran Bretaña en Egipto se vio seriamente amenazada. La Wafd emergió ahora como la única representante de la nación y Zaghlul dominó la escena política nacional hasta su muerte en 1927.

La revolución de 1919 es un suceso verdaderamente significativo en la historia del Egipto moderno. Este suceso movilizó, por primera vez, a todas las clases sociales (campesinos, trabajadores, estudiantes, propietarios de tierras e intelectuales), así como a los grupos religiosos (a los coptos y a los musulmanes) contra el colonialismo británico. Jefes de la comunidad copta estuvieron, de hecho, igual-

[5] P. G. Elgood, 1928, p. 227.

mente involucrados en el nacionalismo que luchaba por la independencia del país, e incluso se eligieron algunos como miembros del comité central de la Wafd. Esta fue una medida de la nueva naturaleza secular del movimiento, como asimismo lo fue el novedoso fenómeno de la participación de las mujeres en las demostraciones públicas contra Gran Bretaña.

Este cataclismo nacional forzó a Gran Bretaña a inaugurar una política de conciliación con los nacionalistas. Lord Allenby, quien fue nombrado alto comisario especial, liberó a Zaghlul y sus colegas y permitió a éstos acudir a París. El gobierno británico designó una comisión especial, bajo la presidencia de Lord Milner, el secretario de Estado de las Colonias, con la finalidad de investigar las causas de los «disturbios», y la posibilidad de una más adecuada constitución para Egipto bajo el protectorado. Aunque la Wafd había organizado un boicot de la comisión Milner a escala nacional, la conclusión final de la comisión, consistente en que el insatisfactorio protectorado debería ser reemplazado por un tratado de alianza negociado con los nacionalistas, fue un triunfo para la Wafd.

Gran Bretaña fue también forzada a reconocer la Wafd como portavoz oficial de la nación. Milner fue incluso más lejos al invitar a Zaghlul a negociaciones de rango no oficial en Londres. El resultado fue el memorándum Milner-Zaghlul de 1920, soporte para una alianza ofensiva-defensiva entre los dos países, y, sujeta a la aprobación de los poderes capitulares, la transferencia de los derechos de Egipto sobre este cometido a Gran Bretaña. No hubo ninguna mención a Sudán en el memorándum, pues, en opinión de Milner, la situación de este país estaba claramente definida en el Acuerdo de Condominio[6]. Aunque las negociaciones fracasaron en torno a la insistencia de la Wafd acerca de la completa independencia y soberanía de Egipto sobre Sudán, este memorándum formó el punto de partida para todas las negociaciones posteriores.

La Declaración de Independencia del 28 de febrero de 1922 fue el resultado más significativo de la revolución de 1919. Bajo la presión de los nacionalistas, Gran Bretaña abolió unilateralmente el protectorado y reconoció la independencia de Egipto, bajo la condición de que el *statu quo* sería mantenido en los siguientes asuntos (generalmente llamados «puntos de reserva») hasta la conclusión de un acuerdo con Egipto: la seguridad de las comunicaciones del imperio, la defensa de Egipto, la protección de las minorías y de los intereses extranjeros, y Sudán[7]. La independencia de Egipto se declaró formalmente el 15 de marzo de 1922, y el Sultán Fu'ad asumió el título de Fu'ad I, Rey de Egipto. ¿Pero fue éste un caso genuino de descolonización? ¿O estaba todavía Gran Bretaña defendiendo la nueva frontera del imperio?

La Declaración de Independencia dejó las manos más libres al gobierno egipcio para conducir sus asuntos interiores y exteriores. El Ministerio de Asuntos Exteriores, que había sido abolido en 1914, fue restaurado otra vez, lo que permitió a Egipto tener representación diplomática y consular. Además, la Declaración aportó los primeros fundamentos legales para una futura constitución egip-

[6] Milner, 1921, pp. 24-34.
[7] J. Marlowe, 1965.

cia, un objetivo por el que los nacionalistas habían estado luchando desde 1883 [8]. Sobre estas bases fue redactada la Constitución de 1923.

Pero esto es solamente un lado de la historia. Comparada con su ideología militante, la revolución de 1919 solamente alcanzó un éxito limitado, tanto en lo político como en lo constitucional. La independencia concedida por la Declaración se vio debilitada por los puntos de reserva, particularmente por el que otorgaba a Gran Bretaña la defensa de Egipto, y por tanto la ocupación militar del país. Además, los extranjeros continuaron disfrutando de sus privilegios extraterritoriales, mientras el Acuerdo de Condominio todavía constituía la base legal para la administración de Sudán. Similarmente, la Constitución de 1923 no proveyó el basamento sólido y seguro para un sistema constitucional en Egipto, pues concedía excesivos poderes a la monarquía, tales como el derecho a elegir y designar a los primeros ministros, cesar el gobierno, disolver el parlamento o posponer sus sesiones.

La incapacidad para alcanzar todas las aspiraciones de la nación fue la causa principal de la progresiva desintegración de la unidad nacional alcanzada en 1919. Debido a los celos que el liderazgo de la Wafd desató entre sus miembros y a las diferencias de juicio sobre la cuestión de la independencia nacional, una seria escisión ocurrió en 1920 entre los moderados encabezados por 'Adli Yakan, y los militantes liderados por Zaghlul. Los primeros pensaban que el fracaso egipcio en ganar el apoyo internacional para su causa y su impotencia para continuar la lucha por ellos mismos, hacía inevitable un compromiso con Gran Bretaña. En cuanto a los militantes, éstos estaban tan frustrados por la terquedad británica y al mismo tiempo tan impresionados por la reacción del pueblo en 1919 [9], que alentaron la continuación de la lucha hasta que Gran Bretaña accediera a todas las demandas de la nación. Esta controversia dio como resultado la división de la Wafd y del país en dos grupos rivales: los zaghlulistas y los 'adlistas. De este modo la Wadf se convirtió en un partido que representaba sólo a la mayoría de los egipcios, dejando de ser el cuerpo unido que hablaba en nombre de toda la nación.

El principio colonial británico de «divide y gobierna» actuó eficazmente en las filas de la Wafd. A través de la manipulación y el engaño, los administradores británicos de la colonia azuzaron la división entre 'adlistas y zaghlulistas. Mediante la supresión de los últimos, Allenby fortaleció a los moderados y negoció con éstos la Declaración de Independencia. Aunque Zaghlul describió el resultado final como un desastre nacional [10], y la Wafd organizó una violenta campaña para mostrar su disconformidad, la Declaración funcionó de hecho como una frontera temporal del imperio.

LA ERA DE NEGOCIACIONES, 1924-1935

En el período que siguió a la Declaración, la pugna nacionalista se centró predominantemente en torno a la supresión de los puntos de reserva a través de un

[8] A. al-Rafi'i, 1969, vol. I, pp. 39-40.

[9] La Conferencia de Paz de París reconoció el protectorado británico sobre Egipto en mayo de 1919.

[10] Al-Rafi'i, 1969, vol. I, p. 135.



* Nacionalismo en Egipto: una manifestación a favor del rey Fu'ad I, c. 1920.

acuerdo negociado con Gran Bretaña. Cuatro rondas de negociaciones se emprendieron entre 1924 y 1935: las negociaciones de MacDonald-Zaghlul en 1924, las de Tharwat-Chamberlain en 1927, las de Maḥmud-Henderson en 1929, y las de Naḥḥas-Henderson en 1930 [11]. Pero todas ellas fracasaron al rehusar Gran Bretaña hacer concesiones que pudieran afectar a su ocupación de Egipto o al *statu quo* de Sudán. Esta intransigencia estuvo estrechamente relacionada con la implantación del palacio como un vigoroso centro de poder antiwafdista, una estrategia inspirada por Gran Bretaña, si no directamente amañada por ella.

Gran Bretaña instaló a Fu'ad en el poder en 1917 para que éste actuara como amortiguador entre ella y la extremista Wafd, así como para hacer cumplir los deseos del imperio. Aunque en 1919 el ambicioso y autocrático Fu'ad había apoyado al movimiento independiente guiado por la Wafd, él esperaba controlar el movimiento y utilizarlo «para sus propios fines, con el propósito de consolidar su posición y aumentar su poder» [12]. Pero muy pronto se dio cuenta de que Zaghlul estaba siguiendo un sendero independiente, y que probablemente buscaba derrocar la monarquía e instaurar una república en Egipto. Esto condujo a un enfrentamiento entre el monarca y la Wafd que caracterizó la política egipcia hasta 1952. Gran Bretaña alentó esta hostilidad y la explotó en su propio beneficio.

Para prevenir el acceso de la Wafd el poder, Fu'ad suspendió la constitución de 1923 tres veces en menos de siete años —en 1924, 1928 y 1930—, y en cada caso nombró su propio primer ministro. Con el golpe de estado constitucional de 1930, el primer ministro del monarca, Isma'il Ṣidḳi, sustituyó la Constitución de 1923 por una menos democrática. El principal objetivo de la nueva ley electoral fue mantener apartada del poder a la Wafd [13]. De hecho, durante la mayor parte de los cinco años siguientes, Egipto vivió bajo gobiernos antiwafdistas. Esta frecuente interferencia en la maquinaria constitucional de la nación hizo imposible verdaderos gobiernos parlamentarios y el enraizamiento de las instituciones democráticas en la vida política del país.

Los numerosos gobiernos del palacio que administraron Egipto hasta 1935, particularmente el de Ṣidḳi (1930-33), dictaron medidas represivas contra la Wafd. Sus líderes fueron encarcelados, sus periódicos prohibidos y sus partidarios despedidos de sus puestos en el gobierno y en el servicio civil. Además de la aprobación de estas severas disposiciones, los administradores británicos de la colonia ocasionalmente pusieron en práctica medidas directas para humillar a la Wafd. Por ejemplo, aunque su partido tenía la mayoría en el parlamento, Zaghlul fue vetado como primer ministro en dos ocasiones, en 1924 y en 1926.

Esta campaña represiva orquestada desde el palacio-residencia condujo a un gradual declive de la popularidad de la Wafd y erosionó su unidad. Insatisfechos con lo que ellos denominaban «el liderazgo sin inspiración» [14] de Naḥḥas, el sucesor de Zaghlul, un grupo de cabecillas de la Wafd abandonó el partido en 1932. Sintiéndose más incapacitados, y queriendo combatir el colonialismo, la mayoría

[11] H. A. Ibrahim, 1976, pp. 15-6.
[12] E. Kedourie, 1970, pp. 90-1.
[13] O. Tweedy, 1931, p. 198.
[14] A. L. A. Marsot, 1977, p. 139.

de los jefes de la Wafd decidieron de este modo, hacia la mitad de los años treinta, fortalecer sus posiciones contra el palacio por medio de una negociación directa con Gran Bretaña [15]. Para alcanzar este objetivo, se comprometieron fuertemente con las demandas de la nación. Como es lógico, el resultado final del debilitamiento provocado por estos vaivenes internos, fue la conclusión del tratado de 1936, que legalizó la ocupación británica de Egipto y prolongó la administración compartida, si bien con mayor control por parte de Gran Bretaña, de Sudán.

SUDAN

La resistencia sudanesa al gobierno colonial británico quedó expresada en el período que siguió a la primera guerra mundial a través de numerosas actividades y sentimientos. La élite ilustrada y las mahdistas, los nacionalistas religiosos, organizaron esta oposición en el norte de Sudán, mientras que la protesta en el sur fue predominantemente de carácter local.

MOVIMIENTOS DE PROTESTA JUVENILES

La élite de reciente aparición formada por un grupo de instruidos jugó un papel importante en el desarrollo de la política sudanesa durante el período de 1919-25. Este grupo de hombres estaba integrado principalmente por estudiantes y graduados del Gordon Memorial College y del Khartum Military College. Ellos formaron sus propias asociaciones, de las cuales se sirvieron para instrumentar una activa campaña política contra el colonialismo. La primera de estas «jóvenes» asociaciones fue la del Club de Graduados de Omdurman, formada 1918. Pero en los años inmediatos de posguerra fueron creadas dos asociaciones clandestinas de carácter más político: la Liga de Unión Sudanesa (LSU) en 1919 y, más importante, la Liga de la Bandera Blanca (WFL), fundada en mayo de 1924 por 'Alī 'Abd al-Laṭīf, el dirigente nacionalista más prominente en aquellos años.

El movimiento nacionalista sudanés de los primeros años veinte había sido estimado por muchos escritores británicos como poco representativo, y sus conductores, como meros agentes e instrumentos de Egipto. Pero estudios recientes de historiadores sudaneses han demostrado que, aunque táctica, cultural e ideológicamente conectado con Egipto, este movimiento fue indígena y apuntaba directamente hacia un repudio del gobierno colonial británico. Tanto el programa de la LSU como la WFL enfatizaban y daban prioridad a la liberación del «sometimiento esclavo a los dueños coloniales». La originalidad de este movimiento está mejor expresada todavía en el telegrama que 'Alīf 'Abd al-Laṭīf y tres de sus colegas enviaron al gobernador general el 15 de mayo de 1924. Este importante documento hablaba explícitamente de una *nación* sudanesa y del derecho a la auto-

[15] H. A. Ibrahim, 1976, pp. 24-5.

determinación, dejando a un lado las pretensiones *egipcias* y británicas de decidir, solos, el futuro de Sudán [16].

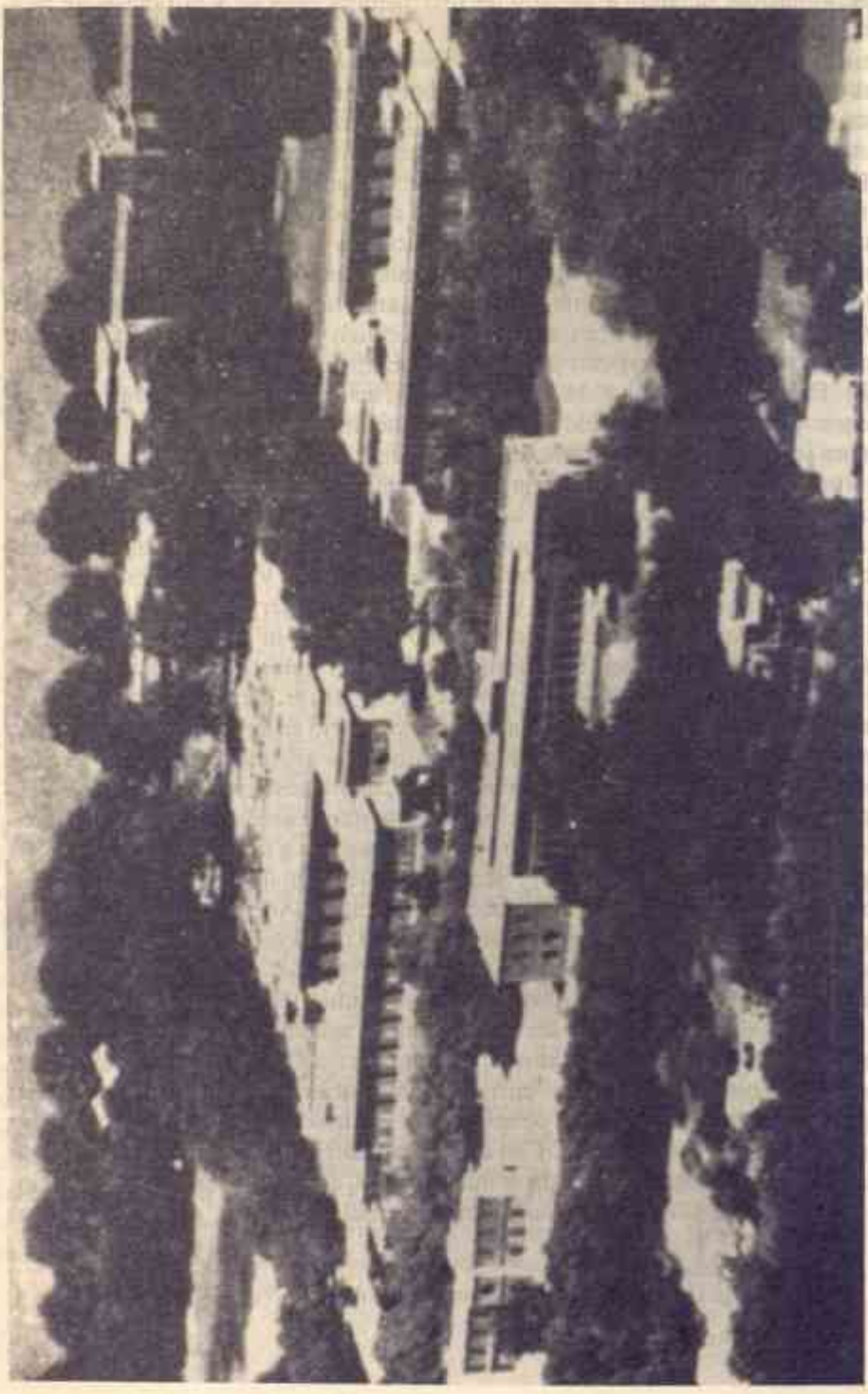
La llamada a la unidad con Egipto que los nacionalistas propugnaban aparentemente fue más una simple consigna que un principio del credo nacionalista. Esta postura fue ante todo una treta calculada con miras a ganar la simpatía y el apoyo de Egipto, que por entonces estaba también experimentando su propia reyerta nacional. Además, esta consigna de unidad parecía tener como forzado origen el propio rechazo de Gran Bretaña a conceder el derecho de autodeterminación y su política de utilizar dirigentes locales y religiosos como medida para perpetuar su gobierno sobre el país. Desde este punto de vista, «la idea de la unidad fue la mejor manera, si no la única, de ganar tiempo oponiendo además una estrategia» [17]. Una vez Gran Bretaña, el enemigo común, fuera expulsada del país, las nacionalistas esperaban persuadir a Egipto para que lo abandonara también. El lema de «Sudán para los sudaneses», acuñado por el liderazgo tradicional y conservador, fue considerado por la élite instruida como parte de una maniobra inspirada por Inglaterra, que buscaba excluir a Egipto y dominar Sudán.

Inspirados por el ejemplo de la Wafd, los nacionalistas sudaneses conceptualizaron y articularon los agravios locales en una ideología de oposición a la dominación extranjera. Sin embargo, ellos no formularon su protesta en términos religiosos, sino que prefirieron utilizar los abusos políticos y económicos, destacando en todo momento la avaricia y la condición extranjera de los colonizadores. «Las demandas de la nación», un artículo que 'Abd-al-Laṭif escribió para al-Ḥaḍara, estaba enteramente dedicado a criticar el gobierno colonial.

La técnica principal utilizada por los nacionalistas para la extensión de sus ideas y la propaganda dirigida a las masas, consistió en un principio en el envío de notas y octavillas. Los folletos y hojas informativas eran enviados a diferentes destinatarios en el país. En noviembre de 1920, un «Consejero fiel» remitió a cientos de direcciones la famosa carta circular en la que se atacaba la política británica de «divide y gobierna» en Egipto y Sudán y llamaba a las dos naciones a unirse contra el colonialismo británico [18]. Muchas octavillas tuvieron como destino centros públicos y otras fueron repartidas en las calles. Además, los nacionalistas ocasionalmente desviaban algún material para su publicación en la prensa egipcia que les era favorable, incluyendo entre otras actividades propagandísticas la organización de festivales literarios y representaciones teatrales.

En 1923, sin embargo, los nacionalistas habían abandonado estos métodos clandestinos e ineficaces de propaganda por otras tácticas más revolucionarias. Llegaron a la conclusión de que el enfrentamiento abierto con el régimen colonial británico era la mejor manera de ensanchar sus bases nacionalistas y movilizar el apoyo popular a sus ideales. Con este nuevo sistema los nacionalistas estaban imitando, aparentemente de manera intencionada, el ejemplo de la Wafd en Egipto [19]. Al igual que sus correligionarios de la libertad en la India, ellos también pre-

[16] Para la traducción oficial de este telegrama ver H. Abdin 1970, pp. 48-9.
[17] *Ibid.*, p. 4.
[18] M. Abd al-Rahim, 1969, pp. 102-3.
[19] H. Abdin, 1970, p. 64.



• *University College, Jartum, en 1953, con el Gordon Memorial College al fondo.*

firieron ignorar a los dignatarios coloniales en Jartum y apelaron directamente a la opinión liberal británica para que secundara la petición sudanesa de autodeterminación.

Este cambio en la estrategia y orientación política produjo en 1924 violentas agitaciones políticas en Jartum y en algunas capitales y ciudades de provincias. La WFL organizó una serie de demostraciones y tumultos callejeros en Atbara, Port Sudan, al-'Obeyd y Shendi (ver fig. 23.I), especialmente después del arresto de su presidente, 'Abd-al-Laṭif, y de dos de sus colegas en julio. El lado secular del nacionalismo sudanés tuvo una intervención destacada en estos disturbios.

Los militares sudaneses fueron especialmente susceptibles a las ideas y propaganda de la WFL. Los cadetes fueron incitados a manifestarse públicamente en algunas ciudades del norte y del sur del país. Los de la escuela militar de Jartum desfilaron por las calles de la ciudad con armas y municiones.

Los oficiales sudaneses, muchos de los cuales eran de origen dinka, recurrieron a las armas para oponerse al colonialismo británico. Ellos planearon y ejecutaron la importante revuelta militar de noviembre de 1924 en Jartum. El principal motivo político de esa sublevación fue un gesto de solidaridad y camaradería con la partida de los batallones egipcios [20]. Tropas sudanesas marcharon desde sus cuarteles para unirse a las unidades egipcias al norte de Jartum. La posibilidad de que planearan actuar en concierto con sus colegas egipcios para propiciar un *coup de'état*, no debe ser pasada por alto.

Pero las tropas británicas dispararon sobre ellos cuando se encontraban en ruta. El resultado fue un cruel combate que se prolongó a lo largo de la tarde y la noche del 27 al 28 de noviembre, y que se cobró la vida de más de una docena de escuadrones sudaneses. Poco después, un tribunal militar mandó fusilar a otros tres escuadrones, y el resto fue condenado a largas penas de prisión.

El colapso total de esta revuelta marcó el principio de una década durante la cual la clase educada «permaneció dedicada a curar las heridas de los años previos y a meditar sus planes y tácticas para el futuro». Políticamente, fue una década de desilusión y futilidad. La actitud hostil del régimen colonial y su determinación a reprimir toda acción política abierta, forzó al grupo de los instruidos a reincorporarse a sus actividades literarias, religiosas y sociales «como una vía alterna y como medio de reagrupamiento» [21]. Formaron pequeños grupos de estudio en varias ciudades y fundaron varios periódicos y revistas. Estos periódicos, de corta vida, pero animados de energía, «dieron testimonio de la vitalidad y vehemencia de aquella generación» [22]. La producción literaria de este período, particularmente en poesía, también expresó el resentimiento y la amargura engendradas por el autoritarismo y la arrogancia de la diplomacia británica.

El primer movimiento nacionalista de los primeros años veinte no prosperó por tanto, y la razón principal de su fracaso fue que le faltó el respaldo popular. La inhibición de las masas se debió principalmente a que el movimiento ni desea-

[20] Gran Bretaña utilizó el asesinato en El Cairo de Sir Lee Stack, el gobernador general, como un pretexto para demandar, «inter alia», la retirada inmediata de las tropas egipcias en Sudán.
[21] H. Abdin, 1970, p. 98.
[22] Abd al-Rahim, 1969, p. 113.

ba ni tenía en perspectiva aliarse con las fuerzas locales y religiosas, los grupos mayoritarios del país. El fenómeno es destacable, dado que estas fuerzas emergieron antes que los movimientos nacionalistas en otras colonias del Africa tropical. Además, sus componentes ideológicos sobrevivieron a la década de apatía política. Buena prueba de ello es que su lema político más importante —la unidad del valle del Nilo— fue utilizado por el Ashika y otros partidos unionistas en los años cuarenta.

LA RESISTENCIA MAHDISTA AL DOMINIO COLONIAL

El mahdismo fue una de las primeras armas utilizadas por los sudaneses en su lucha contra el colonialismo fuera de la provincia metropolitana cuyo centro era Jartum. Durante ese período, tanto los neomahdistas como los militantes de la causa independentista, cada grupo siguiendo métodos propios, se opusieron al dominio colonial.

Levantamientos mahdistas

Apenas pasó un año durante la primera etapa del régimen de condominio (1899-1955) sin que se produjeran levantamientos mahdistas contra la ocupación colonial. Aunque esta ola de movimientos milenarios había ido decreciendo gradualmente en las áreas más sedentarias de Sudán, los mahdistas permanecieron activos en Dārfur (ver Fig. 23.1). Muchos asumieron por su cuenta y riesgo profecías mesiánicas y declararon una *dhihad* contra el «infiel» dominio británico. El más importante de ellos fue *faki* 'Abdullah al-Sihayni, el cabecilla de la revuelta de Nyala de 1921.

Como sus predecesoras, la revuelta de Nyala tuvo como objetivo el rupudio del «infiel» dominio colonial y la restauración de la «gloriosa» Mahdiyya en Sudán. Al lado de este impulso fundamentalmente religioso, la imposición de una administración colonial centralizada, el incremento de los impuestos sobre los rebaños de ganados, y la sobrevalorización del *'ushūr*, fueron los otros factores que empujaron a los habitantes de Dārfūr a unirse a la rebelión [23].

Conducidos por al-Sihayni, una fuerza de alrededor de cinco mil hombres atacaron el fuerte de Nyala y el mercado de la ciudad el 26 de septiembre de 1921. Consiguieron el control del fuerte y prendieron fuego a una edificación cercana. Al-Sihayni lanzó un segundo ataque que podía haber sembrado la confusión en el enemigo si el propio al-Sihayni no hubiera sido herido. Las bajas en las tropas coloniales fueron de cuarenta y tres muertos y veintiún heridos, mientras que al menos seiscientos sudaneses murieron en la acción.

Aunque al-Sihayni fue públicamente colgado el 4 de octubre, sus seguidores continuaron la lucha. Concentraron un ejército de alrededor de cinco mil hom-

[23] H. A. Ibrahim, 1979, pp. 459-60.

bres a unos 80 kilómetros de Nyala. Enfrentados al peligroso cariz de los acontecimientos, los responsables de la colonia enviaron una fuerza de castigo que recorrió el sur de Dirfur. Esta fuerza arrestó gran número de personas, quemó casas, se apoderó de sus ganados y confiscó sus propiedades. En mayo de 1922, el período de resistencia en Dar Masalit había terminado.

La sublevación de Nyala fue ciertamente la acción más importante contra el colonialismo en Sudán antes de 1924. A diferencia de movimientos mahdistas anteriores, esta sublevación «casi triunfó en sus objetivos aparentes e inmediatos», e hizo resurgir plenamente «el viejo temor a una sublevación de inspiración religiosa a gran escala» [24]. Aunque el levantamiento fracasó en su intento de destruir el régimen colonial, su éxito limitado fue juzgado como un importante aviso.

Neomahdismo

Desde 1914, Sayyid 'Abd al-Raḥman, el hijo póstumo del Mahdi, había comprendido que el fanatismo religioso no era ya un arma efectiva, y que los intereses de la nación sudanesa y de la secta mahdista serían servidos mejor mediante una cooperación con los británicos bajo el lema «Sudán para los sudaneses». Este planteamiento se revelaría como inviable, pero estuvo, de hecho, dictado por las realidades políticas. Al Sayyid había comprendido con toda claridad que un levantamiento armado sólo conduciría a la destrucción total.

Al-Sayyid fue también suficientemente inteligente como para entender que la agitación política y religiosa requerían un respaldo económico. Consecuentemente con esto, emprendió la ampliación de sus empresas agrícolas y comerciales hasta que, hacia 1935, se había convertido en un importante propietario de tierras y hombre de negocios. En lugar de dar una orientación no política a sus ambiciones, tal y como los administradores de la colonia habían ingenuamente esperado, 'Abd al-Raḥman utilizó sus riquezas para fortalecer la organización Ansar. Mediante hábiles maniobras y una lucha tenaz, burló sagazmente restricciones coloniales, consolidó su carisma en los centros mahdistas tradicionales del oeste, y atrajo nuevos simpatizantes a sus filas, creando de este modo una nueva esfera de influencia. Viendo que el nacionalismo político estaba comenzando a desbancar a la religión como principal fuerza motora en el este, al-Sayyid realizó esfuerzos especiales en los años treinta para ganar el apoyo de la clase educada [25].

Hacia 1935 el neomahdismo se había transformado, de esta manera, en una importante fuerza política anticolonial. La unidad potencial que el movimiento alcanzó entre una considerable sección de la *intelligentsia* y los elementos religiosos y tradicionales, se convirtió en el núcleo del Frente Independentista, que tendría un irresistible cariz nacionalista en los años cincuenta. Este frente jugó un importante y único papel en el logro de la independencia nacional en 1956.

[24] M. D. Daly, 1977, p. 144.
[25] M. A. Ibrahim, 1977.

MOVIMIENTOS LOCALES DE PROTESTA EN EL SUR DE SUDAN

Las tribus africanas del sur de Sudán continuaron rebelándose contra el colonialismo británico durante este período (ver fig. 23.1). Esta resistencia estuvo marcada por tres notables características. En primer lugar, no fue siempre, ni siquiera generalmente, una respuesta a la obvia opresión administrativa. Por lo contrario, su objetivo fue acabar con el colonialismo británico en esta región de Africa. Además, esta actitud se extendió ahora a grupos cuyas más tempranas acciones, aunque distantes y sospechosas, no habían sido sistemáticamente hostiles a la presencia colonial. Por encima de todo, representaba un enorme incremento en la escala de operatividad, en la que los dinkas y los nuers, los dos grupos étnicos más numerosos de la región, fueron particularmente activos. Ellos ignoraron las habituales distinciones locales y concertaron su resistencia bajo los dirigentes que demandaba la situación, algunos de los cuales eran jefes religiosos —a menudo «profetas» carismáticos. De esta ola mayor de resistencia, dos acciones merecen particular atención: la insurrección de los alliab dinkas (1919-20) y la revuelta dinka (1927-28). La religión tradicional africana afectó a la naturaleza de estas dos sublevaciones. Pero además de esto, la negligencia de los gobernantes tanto como la opresión en sí misma constituyeron el aguijón que precipitó a los aliab dinkas a una abierta rebelión en 1919.

La causa inmediata de la primera sublevación fueron las prácticas extorsionistas del administrador colonial de los alliab, el *ma'mūr*, particularmente sus requisas de ganado y mujeres. Esta sublevación parece haber sido parte de un plan maestro en el que se habían comprometido otros pueblos sureños de Sudán[26]. Mientras que a los bor dinkas les fue impedida, aunque no sin dificultad, que prestaran su apoyo a la rebelión de los aliabs, los mandaris, una tribu que no pertenecía a los dinkas, consiguieron unirse a ella[27].

La sublevación de los aliab dinkas comenzó el 30 de octubre de 1919, cuando una fuerza de alrededor de tres mil guerreros atacaron la estación de policía de Minkamman, al sur del río Sobat. La estación fue tomada por los aliabs, si bien el *ma'mūr* consiguió escapar. Dos días más tarde, un grupo de mandaris entraron en una *zariba* de la compañía telegráfica en Mulla, mataron a tres operarios y se llevaron sus armas. El 2 de noviembre los aliabs golpearon de nuevo, atacando una residencia y matando a dos policías[28]. Aunque esta insurrección dinka fue eventualmente controlada, resultó costosa para los gobernantes de la colonia. Algunos funcionarios y varios policías murieron en el campo de batalla.

En esta crisis de la historia dinka, un amplio sector de la tribu encontró un líder carismático en un tal Bul Yol, mejor conocido por su nombre de creyente, Ariendit, nombre que reclamaba haber recibido de Dios. Con su gran habilidad para organizarse políticamente, en 1921 el profeta Ariendit había conseguido movilizar al pueblo dinka contra el colonialismo. Su programa era tan simple como radical: poner fin al colonialismo —o de otro modo, alcanzar la independencia

[26] L. L. Mawut, 1978, p. 80.
[27] G. N. Sanderson, 1980, pp. 4-5.
[28] R. O. Collins, 1967, p. 77.

dinka [29]. Sus seguidores llevaron a cabo varios ataques contra posiciones coloniales, pero fueron dispersados entre febrero y marzo de 1922.

Las tribus nuers ofrecieron otro formidable desafío al colonialismo en la región sur. A pesar de las sucesivas patrullas punitivas enviadas por las fuerzas británicas, ellos no aceptaron la derrota. A su juicio habían perdido varias batallas, pero no la guerra. Su resistencia alcanzó el punto culminante en la revuelta de 1927-28.

Dirigidos por el poderoso e influyente profeta Garluark, las tribus nuers situadas al oeste rehusaron obedecer las órdenes de la administración. Cuando Fergusson, el comisario del distrito oeste del territorio nuer, llegó en diciembre de 1927 a Lake Jorr en viaje de inspección, una multitud formada por varios miles de guerreros nuer atacó su comitiva. Estos mataron a Fergusson y a dieciocho de sus hombres, mientras los otros miembros de la comitiva huyeron atenazados por el pánico, consiguiendo escapar.

Casi al mismo tiempo, el pueblo nuer que habitaba en el territorio Lou al sur del río Sobat, se levantó también contra el colonialismo. Su influyente líder, el profeta Gwek Ngundeng, rehusó entrevistarse con oficiales de la colonia, incluido el propio gobernador general. Ngundeng envió emisarios a todos los rincones del territorio Lou y tribus vecinas de los nuers con un mensaje para preparar la guerra contra los «turcos» [30]. Sabiendo que Ngundeng podía golpear en cualquier momento, los oficiales de la colonia desplegaron fuertes medidas para aniquilar su movimiento.

La extrema e indiscriminada violencia utilizada contra estos levantamientos sembró la muerte y la destrucción. Sin embargo, la gallarda resistencia de los dinkas y los nuers impresionó a los representantes británicos en la colonia y les hizo comprender que la violencia sola no servía. Esto les forzó a inaugurar, en los primeros años treinta, una política conciliatoria y «afectiva» hacia las tribus del sur de Sudán.

SOMALIA

El pueblo somalí tenía desde muchos años atrás un sentimiento nacionalista profundamente arraigado. Este sentimiento estaba además acentuado por una cultura nacional virtualmente uniforme y fortalecido por una sólida adherencia al Islam [31]. Los nacionalistas somalíes de entreguerras, al igual que sus predecesores y los que los sucedieron, apelaron al sentimiento nacionalista en su lucha contra el imperialismo italiano, británico y francés en las respectivas regiones somalíes (ver fig. 23).

Juntamente con este factor subyacente, actuaron otras fuerzas también. Estas se hallaban relacionadas con las innovaciones sociales que el colonialismo había introducido en el tejido social somalí. Las fuerzas coloniales habían, de hecho,

[29] G. N. Sanderson, 1980, p. 22.
[30] O. Digernes, 1978, p. 88.
[31] I. M. Lewis, 1963, p. 147.

destruido las instituciones sociales y políticas más tradicionales e impuesto las suyas propias. Establecieron en todas las partes un sistema centralizado de administración que ponía todos los poderes efectivos en manos de los administradores coloniales, apartando así a los somalíes de cualquier puesto de decisión, excepto de los de categoría más baja. Los jefes nombrados por el régimen colonial, conocidos como *akils* en el protectorado británico y *capos* en la Somalia sometida al dominio italiano, tenían únicamente capacidad consultiva y actuaban como meros vehículos de las instrucciones coloniales dirigidas a los nativos. Esto supuso un verdadero cambio con respecto a las tradicionales y libres instituciones locales y las costumbres nómadas a las que el pueblo somalí estaba abrumadoramente entregado. Con su profundo sentido de la independencia y el tradicional desdén hacia todo lo extranjero, sobre todo hacia los cristianos de raza blanca, el pueblo somalí estaba fatalmente destinado a resistir contra esta radical innovación.

Antes de la era colonial, los somalíes no sufrían otras imposiciones gubernamentales que los tributos pagados al juez de cada distrito y las tasas por importación y exportación de productos. Pero los poderes coloniales pusieron especial énfasis en movilizar y explotar todas las fuentes de riqueza somalíes —tanto humanas como materiales— utilizando a los jefes recientemente nombrados, quienes, naturalmente, obraron ignorando la autoridad tradicional. Fueron introducidos impuestos directos por primera vez en Somalia. Mientras en la Somalia italiana estas imposiciones monetarias tomaron la forma de un impuesto anual sobre la vivienda, en el protectorado los británicos instituyeron contribuciones sobre las propiedades agropecuarias. Además las compañías coloniales reclutaron mano de obra somalí por la fuerza. Los franceses reclutaron 2.000 somalíes para trabajar como obreros manuales durante la primera guerra mundial. De estos murieron 400 y otros 1.200 resultaron 10 heridos[32]. Los administradores italianos organizaron expediciones para proveerse de la fuerza de trabajo necesaria para sus plantaciones. Estos obreros somalíes fueron agrupados de acuerdo con sus orígenes étnicos y forzados a vivir en las villas coloniales levantadas en los consorcios. Todo este padecimiento y explotación produjo un sentimiento contra el colonialismo ampliamente compartido.

La resistencia somalí contra el sometimiento colonial, durante este período de 1919 a 1935, fue por tanto una respuesta directa a estos cambios sociales. La resistencia tuvo su expresión en dos tipos de movimientos de protesta: el local y el elitista.

MOVIMIENTOS LOCALES DE PROTESTA

En general, la resistencia somalí durante el período de entreguerras en las colonias europeas y en el Ogadén ocupado por Etiopía, fue de carácter local y en ningún momento envolvió al pueblo somalí en su totalidad. Esto fue debido principalmente al hecho de que los somalíes no constituían una unidad política autóno-

[32] V. Thompson y R. Adloff, 1968, p. 10.

ma. En su lugar, estaban divididos en un alto número de clanes, a menudo mutuamente hostiles. Estos clanes estaban a su vez «escindidos en un amplio abanico de grupos subsidiarios con carácter de pequeños reinos», cada uno compuesto generalmente por unos pocos miles de hombres [33].

Estos levantamientos locales, por los numerosos y diversos, no pueden ser tratados aquí uno por uno. Pero las razones de su lucha pueden comprenderse estudiando algunos de ellos.

Las órdenes de los administradores coloniales a los jefes somalíes y a otras autoridades nativas de que entregaran las armas y las municiones fueron categóricamente contestadas por Ḥadji Ḥassam, de la tribu de los galjal hayas. Con tono desafiador replicó al comisario regional:

> Yo no acepto tus órdenes. Nosotros no nos rendiremos bajo ningún precio, porque tú has roto nuestro pacto... Tu gobierno tiene sus leyes y nosotros tenemos las nuestras. Nosotros no obedecemos más órdenes que las nuestras propias. Nuestra ley es la de Dios y el Profeta... Si tú vienes a nuestra tierra a hacer la guerra, nosotros te combatiremos en todas las maneras... Dios ha dicho: unos pocos pueden derrotar a los más numerosos. El mundo está cerca de su final; sólo 58 años restan... Nosotros no queremos quedarnos en este mundo; es mejor morir siguiendo la ley del Islam. Todos los musulmanes somos uno [34].

Aunque Ḥadji Ḥasan fue capturado, el espíritu de resistencia no pudo ser ahogado. Porque la tribu de los bantu eiles emprendió otra insurrección cerca de Bur Acuba.

Entretanto, el imperialismo estaba luchando por alcanzar una nueva frontera. La resistencia a la pretensión italiana de incorporar a su colonia las dos provincias del norte, Obbia y Midjurtayn (ver fig. 23.1.), fue otro ejemplo de la determinación del pueblo somalí a mantener la libre y tradicional organización social de su etnia. Yusuf 'Alí Kenadid, sultán de Obbia, intentó una aproximación a su homónimo en el sultanato de Midjurtayn con el objetivo de formar un frente unido contra los invasores. Pero diferencias locales hicieron fracasar la maniobra.

Aunque Obbia fue anexionada en 1925 y los italianos sufragaron el destierro de Yūsuf en Modagiscio [35], una valiente sublevación ocurrió en al-Bur dirigida por 'Umar Samatar, un hombre de uno de los clanes de Midjurtayn designado por los italianos como jefe de la población nativa. Samatar se apoderó del fuerte al-Bur y atrincheró a sus seguidores en el edificio central de éste. Las fuerzas italianas que sitiaron la fortificación fueron a su vez rodeadas por las gentes de las aldeas vecinas, a cuya cabeza estaba Herzi Gushan, el comandante militar en el distrito del Sultán 'Alí Yusuf. El 15 de noviembre las fuerzas coloniales se retiraron a Bud Bud, dejando atrás treinta y ocho muertos, entre los que se encontraba el representante permanente del gobierno italiano. El 30 de noviembre los italianos sufrieron otra derrota en una emboscada en Bot [36]. Samatar y algunos de sus

[33] I. M. Lewis, 1963, p. 147.
[34] Citado por R. L. Hess, 1966, p. 151.
[35] G. O. 'Isa, 1965, p. 172.
[36] R. L. Hess, 1966, p. 154.

hombres cruzaron la frontera con Etiopía, donde hicieron campaña contra la infiltración italiana en el Ogadén y atacaron puestos fronterizos.

Los italianos tuvieron que hacer frente a una resistencia de mayor envergadura en el sultanato de Midjurtayn. Su reputado sultán, Uthmān Maḥmud, rechazó el *status* inferior que las autoridades coloniales le asignaron a él y a su gente. A pesar de la represión colonial, su movimiento se mantuvo activo, consiguiendo prolongar la lucha durante casi dos años. Sin embargo, Maḥmud fue arrestado hacia el final de 1927, recibiendo luego el mismo trato que su compatriota Yusuf [37]. Pero la lucha continuó bajo el liderazgo de su hijo y aparente heredero, Herzi Bogor.

Con el apoyo de los jefes tradicionales que demandaban una guerra abierta, Herzi atacó las bases italianas de Ras Hufun, y en los primeros días de diciembre de 1925 expulsó una guarnición fuera de Hordio. Seis semanas más tarde, un segundo y más ambicioso ataque amenazó las instalaciones italianas en el cabo Guardafuí. Herzi dirigió otro audaz asalto sobre Eil, en la boca del Nogal [38]. Una vez más los invasores reaccionaron de manera previsible: haciendo arrestos y deportando dirigentes. En cuanto a Herzi, huyó a Etiopía, retornando varios años después a Mogadiscio, donde murió víctima de la viruela.

Mientras tanto, la memoria siempre presente de la revuelta de Sayyid Muḥammad fortaleció el espíritu de resistencia en el corazón de muchos somalíes del protectorado británico, que permanecieron activos y alertas para hostigar el régimen colonial en el momento en que éste presentara síntomas de debilitamiento. Algunos de los seguidores de Sayyid Muḥammad, como Farah 'Umar y Ḥadjdj Bashīr Yūsuf continuaron el acoso [39]. Además fueron promovidos algunos levantamientos locales, particularment en el oeste y a lo largo de la frontera oriental. La introducción de la educación occidental en el protectorado fue interpretada por los líderes religiosos como un instrumento para las actividades proselitistas de los misioneros cristianos y, consecuentemente, como una amenaza para el Islam. Los intentos de promocionar tal educación en 1920 y 1935 originaron un fuerte resentimiento, que culminó en los disturbios de Burao en 1922 y los de Baro en 1936. En el segundo caso, el recién nombrado director británico de educación, fue recibido con una salva de piedras [40].

Igualmente significativas fueron las insurrecciones locales contra el colonialismo francés. Tanto los afars como los isa somalíes, los grupos étnicos más importantes de la Somalia francesa, desplegaron una actitud hostil hacia la administración colonial. Los sultanatos afars de Tadjūra y Gobaad se mostraron particularmente activos a este respecto. De hecho los franceses tuvieron que deportar a Madagascar al sultán de Gobaad en 1931 [41].

El sultán de Awṣa, quien por largo tiempo se había opuesto a la penetración francesa en el área, tuvo su parte de agravios durante este período. El control

[37] I. M. Lewis, 1965, p. 99.
[38] R. L. Hess, 1966, p. 155.
[39] G. O. 'Isa, 1965, p. 130.
[40] I. M. Lewis, 1965, p. 103-4.
[41] V. Thompson y r. Adloff, 1968, p. 11.

francés de la región situada entre la costa y la frontera etíope le privó de las rentas derivadas de la población local y de las caravanas de los traficantes. De ahí que el sultán Yayu tendiera una emboscada y arrestara a Lippmann, el recién nombrado gobernador francés en Dikhil. Su sucesor, Albert Bernard, y dieciséis de sus guardias somalíes fueron muertos en Morheito en 1935. El activismo del sultán de Awşa se vio incrementado después de la conquista italiana de Etiopía en 1935 y el respaldo de Roma a las reclamaciones territoriales sobre Awşa a expensas de Francia [42].

La arbitraria partición colonial de las fronteras somalíes fue hecha sin consultar a los clanes nativos afectados, y con poca o ninguna consideración hacia la composición idiosincrática de esos mismos clanes o a la distribución de sus tierras de pastoreo. El clan gadabursi y el de isa, por ejemplo, fueron divididos entre territorio británico y etíope y, en el caso del clan isa, en territorio francés también. Algunas veces las nuevas fronteras dispersaron a muchos grupos étnicos, y en varios casos tierras pertenecientes a un determinado grupo se asignaron a nuevos propietarios sin ningún derecho tradicional sobre ellas. El resultado fue el desencadenamiento de numerosas agitaciones para recuperar las tierras perdidas o para reclamar el derecho a reunirse con los miembros de su mismo clan, ahora en un asentamiento diferente. Las tribus somalíes se habían opuesto a menudo a las nuevas demarcaciones coloniales. Por ejemplo, la comisión anglo-etíope que fue enviada en 1932 a fijar la frontera del protectorado, encontró una violenta oposición por parte de los clanes establecidos en el área, y el jefe de la comisión fue asesinado [43].

Estas sublevaciones locales contra el régimen colonial en Somalia estuvieron limitadas en alcance y en naturaleza. Dado que ocurrieron dentro del marco tradicional del sistema segmentado somalí, la generalización de la causa fue extremadamente difícil. La inherente rivalidad entre clanes diferentes y sus luchas internas por el agua y los pastos, supusieron inconvenientes de relieve para la resistencia somalí [44]. Los administradores coloniales supieron aprovechar esta situación para levantar a un grupo contra el otro, así como para ganar agentes y aliados. Las duras medidas que adoptaron contra la insurgencia contribuyeron al éxito limitado de la misma. No obstante, estas sublevaciones eran un elemento de continuidad con la etapa anterior y aportaron la base para la futura resistencia popular contra el colonialismo en Somalia.

MOVIMIENTOS ELITISTAS DE PROTESTA

Trabajando en oposición a los jefes nombrados por el gobierno colonial, la impopularidad de los cuales había ido en aumento, la élite educada y los somalíes con conciencia política dentro y fuera de la península, organizaron sus propias asociaciones «jóvenes». A través de estas organizaciones los nacionalistas modernos

[42] *Ibid.*
[43] I. M. Lewis, 1965, pp. 106-7.
[44] E. R. Turton, 1972, p. 124.

somalíes —empleados del gobierno, comerciantes, marineros, etc.— encauzaron su campaña política.

Ḥadjī Faraḥ 'Umar, anteriormente un funcionario de la colonia y uno de los primeros políticos modernos, se convirtió en un activo nacionalista en el protectorado rondando el año 1920. Protestó contra los abusos de los administradores coloniales e hizo campaña por la mejora de las condiciones económicas y la expansión de la educación. Signficativamente, no limitó sus actividades a asuntos relacionados únicamente con la Somalia británica, sino que se interesó por todos los problemas somalíes en general. El gobierno británico le desterró a Aden, pero, con la cooperación de la comunidad somalí en la ciudad, fundó la Asociación Islámica Somalí. Aunque no exactamente una asociación política, esta organización se dedicó a promocionar los intereses somalíes. Ḥadjdjī Faraḥ puso en conocimiento de la opinión pública británica, a través de artículos en los periódicos de Aden, y peticiones y cartas dirigidas al gobierno británico, la prensa y los miembros del parlamento, las aspiraciones nacionales somalíes.

Muy siginifcativos entre estas «jóvenes» actividades fueron los encuentros clandestinos organizados por los empleados más jóvenes de la colonia, así como los clubes políticos fundados por los comerciantes de las principales ciudades del protectorado hacia la mitad de los treinta. Estos, sin embargo, no intentaron una organización a mayor escala, quedando los clubes limitados a grupos de socios selectos [45]. No obstante, jugaron un papel importante en la articulación de las quejas de la población autóctona y en la formación de una conciencia política en pueblos y centros urbanos. En la Somalia francesa el interés en la política fue fomentado por la Unión de Marineros, fundada en Djibuti en 1931. El abanico de intereses de esta organización no estuvo formado únicamente por asuntos relacionados con la profesión de los socios, sino que incluyó temas nacionales como el de «la representación somalí en el gobierno y su participación en la economía del país» [46].

De estos ensayos iniciales surgió en 1935 la Liga Nacional Somalí (SNL), la más importante de las asociaciones «jóvenes» durante el período de entreguerras. Desde sus comienzos, la SNL había sido una «organización pansomalí luchando por vencer toda resistencia tradicional al patriotismo nacional» [47]. La SNL continuó existiendo bajo varios nombres, y en 1951 emergió como un partido político organizado en el protectorado británico [48].

Pero en lo que respecta a movilizaciones masivas estas asociaciones elitistas jugaron un papel bastante limitado. No debemos olvidar que la *intelligentsia*, el único grupo social capaz de organizar y sostener un movimiento político moderno, estaba compuesta por un número más bien pequeño de miembros, ya que la educación occidental fue virtualmente ignorada en todas las regiones de Somalia durante los años de entreguerras. Además, las autoridades coloniales no se de-

[45] S. Touval, 1963, p. 65.
[46] *Ibíd.*, p. 70.
[47] I. M. Lewis, 1961, p. 286.
[48] I. M. Lewis, 1963, p. 148-9. Para el programa de este partido, que resaltaba el concepto de nacionalidad en relación con Somalia, ver *ibíd.*, p. 149.

moraron en arbitrar medidas que penalizaran a los activistas entre la élite educada, como, por ejemplo, el despido de sus puestos gubernamentales o el envío a áreas remotas. No obstante, la débil semilla sembrada por estas asociaciones se desarrolló en una conciencia política fuerte a partir de la segunda guerra mundial.

En relación con esto hemos de mencionar la invención, alrededor de 1920, de un alfabeto indígena basado en la lengua somalí, el «alfabeto osmania», llamado así en memoria de su inventor, Uthman Yusuf Kenadid. Tanto los líderes conservadores religiosos, quienes favorecían al alfabeto árabe, como las autoridades coloniales italianas, se opusieron al uso del nuevo alfabeto [49]. Sin embargo, éste obtuvo una cierta aceptación y fue más tarde proclamado por los nacionalistas como «un símbolo de los logros somalíes» [50].

CONCLUSION

Hasta aquí hemos narrado los hechos básicos del cambio político en Africa del nordeste entre los años 1919 y 1935. Pero es importante situar estos hechos dentro del más amplio contexto dialéctico que mencionábamos al principio de este capítulo.

En ciertas áreas del nordeste africano hubo una interrelación entre religión y nacionalismo. Durante estos años, la tendencia en Egipto fue discerniblemente hacia un nacionalismo secular, pero en Somalia y en el norte de Sudán la dirección fue menos clara, pues la religión estaba más politizada en estos países. En el sur de Sudán, el nacionalismo se produjo a nivel de protesta local, pero condicionado en algunas ocasiones por símbolos de religión indigenista.

Debemos hacer notar también que el período de entreguerras en esta región fue testigo de graves problemas económicos, incluso antes de que la Gran Depresión golpeara el mundo industrializado. Las tensiones generadas por desajustes económicos globales y regionales ayudaron a hacer el clima político en Africa nororiental, especialmente en Egipto, más sensible al toque de trompeta del patriotismo. Algunas veces, uno de los pocos beneficios que la penuria económica puede traer consigo, es la activación de un cierto sentido del deber patriótico y del compromiso. Los padecimientos económicos de Egipto y la explotación a que fue sometido ayudaron a forjar el sentimiento nacionalista.

En tercer lugar, estos años de entreguerras vieron también una nueva expansión colonial y una nueva militancia anticolonial. Como hemos indicado, el imperialismo europeo pugnaba por alcanzar su última frontera territorial, mientras que el nacionalismo africano inauguraba una nueva fase de articulación. Egipto se había convertido en un protectorado en 1914, pero incluso después de su «independencia» formal en 1922 permaneció como vasallo involuntario de Gran Bretaña. Por otro lado, la sorprendente (aunque de corta vida) unidad de Egipto alcanzada en 1919, obtuvo concesiones significativas del imperio británico.

[49] R. al-Barārawi, 1973, p. 77.
[50] I. M. Lewis, 1965, p. 115.

Algo que no debería ser omitido durante este período por motivos de tacto, es el propio comportamiento de Egipto en relación con Sudán. El nacionalismo egipcio bajo Saad Zaghlul y líderes posteriores de la Wafd incluyó la romántica idea de la soberanía de Egipto sobre Sudán, que pensaban se remontaba a mil años en el tiempo.

A pesar de todo, el expansionismo egipcio jugó una función liberadora. El sentimiento proegipcio en Sudán fue al mismo tiempo antibritánico. Además proveyó las bases para la solidaridad de los nacionalistas sudaneses y egipcios —ayudándoles a crear su propio mito de «la unidad del valle del Nilo», que fue la punta de lanza contra el temprano mito imperial de Lord Salisbury, la conquista del Nilo.

En Somalia y Sudán la lucha nacionalista no fue todavía suficientemente fuerte para alcanzar resultados sustanciales. Pero el ejemplo egipcio tuvo un demostrable impacto en sus vecinos. Las semillas de la liberación quedaron sembradas en el valle del Nilo y en el Cuerno de Africa en estos años de entreguerras.

Capítulo 24

POLITICA Y NACIONALISMO EN EL MAGREB Y EL SAHARA

J. BERQUE

El historiador político, en su persecución de signos de lo que no muy correctamente hemos llamado «nacionalismo» [1], al principio encuentra evidencia explícita de este fenómeno únicamente en Túnez. En Argelia el historiador nota un creciente malestar, pero luego queda confundido ante la ambigüedad de ese síntoma. En Marruecos el nacimiento de un partido nacionalista data solamente de unos diez años después de la segunda guerra mundial, e incluso entonces tuvo que contender con un formidable pasado tradicional (ver fig. 24.I). En Libia, la población estaba todavía preocupada con el problema de mantener su soberanía frente al imperialismo agresivo de Italia, y, como hemos visto en el capítulo 5, esta lucha continuó hasta los años treinta. Este es el motivo por el que Libia quedará excluida de este capítulo.

GUERRA ABIERTA Y RESISTENCIA PASIVA

La «disidencia» o *siba* de los bereberes, entonces prácticamente general en Marruecos, era sin duda alguna la continuación de un fenómeno precolonial. Pero esta disidencia no tuvo el mismo carácter que bajo Muley Ḥassan [2], cuando podía acomodarse fácilmente a la ficción oficial, que la veía como un respetable e inofensivo juego relacionado con la reticencia tradicional bereber a pagar tributos. La penetración francesa hasta la región del Atlas medio, en la época a la que nos estamos refiriendo, encontró más dificultades que las que oponían los sulta-

[1] A estas alturas sería más apropiado hablar del «patriotismo»; ver M. Lacheraf, 1963, p. 69. Y como Anouar Abdel Malek ha sugerido, «*nationalitaire*» («nacionalitario», pro-nacionalidad) sería más correcto en este contexto que «*nationaliste*» (pro-nación). *N. del T.*: «pro-nationality»: partidario del concepto de nacionalidad (de una entidad nacional); «pro-nation»: partidario del concepto de nación o de Estado.

[2] Ver Al-Nāṣiri, 1907, pp. 277 y ss. (traducción de Eugène Fumey).

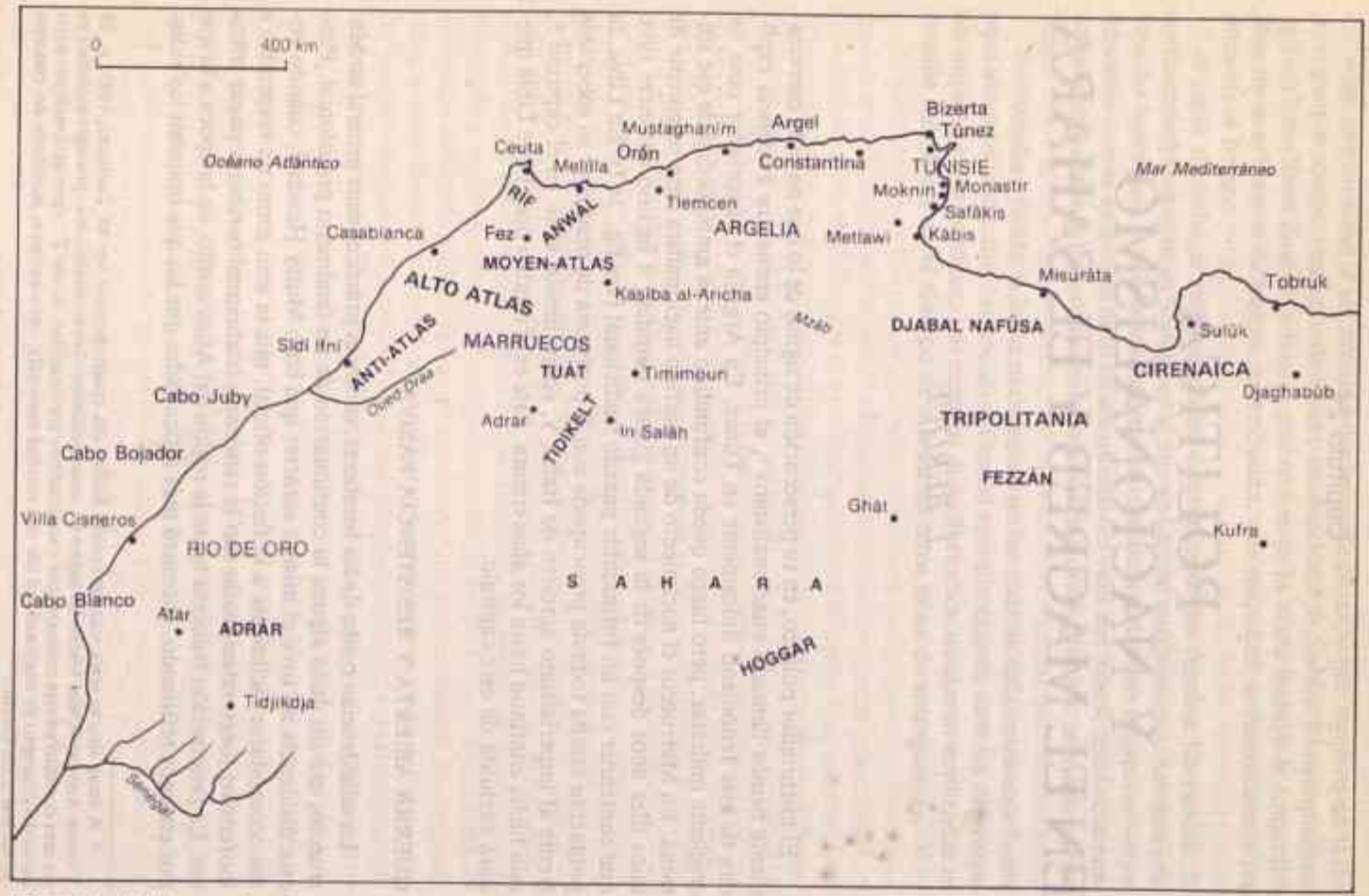


FIG. 24.1. Política y nacionalismo en el Magreb y el Sáhara, 1919-35

nes[3], a pesar del hecho de que era todavía efectuada en nombre del «gobierno legal» o *Makhzen*. Pero el *Makhzen* fue desde ahora en adelante el de los cristianos —el *Makhzen al-Naṣara*— y originó reacciones más peligrosas que las viejas agitaciones tribales. La defensa de la nación tomó la forma de xenofobia y guerra santa, y la resistencia se extendió por todo el Atlas medio y alto. Hacia el sur y el suroeste, encontró un fuerte sustrato continental[4]. Al norte de la gran cuenca de Taza, la mayor parte de la región costera cedida a España permaneció insumisa. Lejos, en el este, al otro lado del Sahara argelino[5], organizaciones independentistas funcionaban en Tripolitania, y los sanusis tuvieron la oportunidad de consolidar sus posiciones en los oasis[6]. Considerar este amplio fenómeno como un nuevo conservadurismo incontrolable es ciertamente subestimar su importancia. En mi opinión, el principal estímulo detrás de esta actitud beligerante fue la tradición de libertad comunal de los pueblos.

Paralelamente a esta continuidad fundada en un estado de agitación permanente, sucedió lo opuesto en el resto del Magreb, donde una creciente estabilidad y la creación de gobiernos civiles fue la nota principal. Es muy probable que la conducta de mucha gente ocultara diferentes clases de oposición. Esta tomó varias formas, incluyendo la protesta legalista y la resistencia pasiva. Pero, como escribió un gobernador inusualmente perspicaz, «uno no puede hablar de pasividad entre los nativos»[7]. Este gobernador había observado que «ciertos agravios, en todas partes los mismos, levantaban tal unanimidad que, en lo referente a estos temas, podía hablarse de la existencia de una opinión pública». Tan pronto como se presentó la ocasión, esta opinión pública tomó la forma de oposición. Su rápida transformación en acción política alarmó a las autoridades durante la breve carrera electoral del emir Khalid[8]. Anteriormente capitán en el ejército francés, nieto del gran Abdal-Ḳhadir, Khalid disfrutó de un corto período de popularidad. En nombre de su «identidad musulmana» alabó el honor de Argelia y enfatizó las reclamaciones de este país a la gratitud de Francia por los soldados con que la había abastecido. El partido de Khalid, que derrotó a los moderados en las elecciones al cabildo municipal de Argel, le pareció tan peligroso a las autoridades que éstas anularon los resultados de las elecciones. Luego el emir ganó una segunda y una tercera ronda electoral, pero finalmente fue obligado a abandonar Argelia (1923). En la Francia metropolitana Khalid permaneció activo por un período, aunque sus objetivos no podían ya continuar circunscritos a Francia y el Magreb[9].

[3] Ver A. Guillaume, 1946, p. 47.

[4] Las áreas más tardes conocidas como las marcas argelino-marroquíes, el norte de la actual Mauritania y la parte oeste del Sahara, conocida como Río de Oro, eran todavía el escenario de incursiones comunales o *rezzous*, mientras que, al mismo tiempo, intentos de organización estaban siendo emprendidos por los sucesores del gran reformador religioso Ma'al-Aynayn.

[5] Donde, antes de su muerte accidental, el general Laperrine trabajó enérgicamente para someter a los tawārik, quienes, espoleados por la propaganda de los sanusis e influidos por otros movimientos independentistas, se habían rebelado en los años de la primera guerra mundial.

[6] Los italianos no consiguieron reducir la «república Misurata» hasta 1923, cuando tuvieron que reanudar en Cirenaica la lucha contra los sanusis y sus seguidores.

[7] M. Violette, 1931, p. 396.

[8] M. Kaddache, 1970, pp. 65 y ss.

[9] A. K. Sa'dallah, pp. 420 y ss.

LA BATALLA CONSTITUCIONAL EN TUNEZ

Durante la segunda parte del siglo XIX, Túnez había experimentado movimientos reformistas que se anticiparon, en algunos aspectos, a movimientos similares en Egipto y Turquía [10]. El fracaso de estos primeros ensayos políticos no disminuyó su atractivo a ojos de la burguesía ilustrada, que había buscado sus modelos en el este en lugar de en el oeste. Pero la nostalgia otomana fue reemplazada ahora por la esperanza encarnada en los principios enunciados por Woodrow Wilson, y el nacionalismo, como en el caso del partido Wafd en Egipto, cambió su actitud. Shaykh 'Abdal'aziz al-Tha 'alibi (Taalbi) y sus amigos decidieron buscar el apoyo de la opinión pública para su causa en la Francia metropolitana. Su panfleto, *La Tunisie martyre* (1920), presentaba un vigoroso análisis del deterioro colonial. Mediante la fundación del «constitucionalista» o partido Destur (febrero de 1920) planearon devolverle a Túnez su independencia.

Sus argumentos no carecían de lógica. El protectorado había interrumpido la reinstauración de una nación árabe-mediterránea. Pero, nada más extraño, contra la opinión de eminentes juristas franceses [11], la única respuesta oficial fue la innovación de los poderes del bey más de medio siglo después de que los límites constitucionales habían comenzado a ser fijados. Verdad es que había existido representación indígena en la conferencia consultiva de Túnez desde 1907. Esta representación estaba formada por miembros de designación oficial y, al igual que la sección francesa, sólo tenía poderes fiscales. Al final de 1920, fueron solicitadas reformas por la mayoría de los miembros franceses y por casi la mitad de la representación indígena: fueron demandadas la representación electiva y una ampliación de poderes. Pero el Destur, retractándose de sus originales propuestas radicales (junio de 1920), publicó un manifiesto reformista que «favorecía los intereses del protectorado» (diciembre de 1921). Las demandas a manera de ultimátum lanzadas por el bey Naṣir el 3 de abril de 1922 fueron contestadas con amenazas intimidatorias [12]. Pero al año siguiente, varios decretos del bey y órdenes del residente general (1922) [13] dispusieron la creación de representación caidal, regional y central a través de elecciones a varios niveles [14]. Un ministerio de Justicia, confiado al hijo del reformador Khayruddín, había sido creado anteriormente. Sin embargo, estos fueron resultados muy pobres para una campaña que había triunfado tanto sobre los soberanos locales como sobre la cámara francesa. Shaykh al-Tha'alibi había padecido varios meses de prisión. Su liberación no contribuyó a la unidad de su partido: por el contrario, provocó su división en dos grupos no igualmente activos. En un contexto colonial, como demostraba la experiencia de Maître Guellati, la moderación es siempre sospechosa. Pero el

[10] Ver H. Karoui, 1973.

[11] C. A. Julien, 1972, p. 67; R. Le Tourneau, 1962, pp. 65 y ss. Estos dos libros contienen un sólido análisis de los hechos que este capítulo intenta clasificar, y las referencias a ellos podrían multiplicarse.

[12] C. A. Julien, 1972, p. 69.

[13] Sobre el contexto de estas medidas ver R. Balek, 1922, pp. 240 y ss.

[14] Los italianos, mediante un «parlamento árabe» en Cirenaica (30 de abril de 1921), fueron incluso más allá de lo demandado, pero esta medida no tuvo el efecto pacificador esperado.

radicalismo de Shaykh al-Tha 'alibi y Maître Al-Ṣafi (Essafi), por falta de éxitos menores, corría el riesgo de entrar en un peligroso aislacionismo, moribundo y divorciado del curso de los acontecimientos. «Ahora que el primer entusiasmo había pasado, el Destur propendía a enterrarse en el subsconsciente y a teñirse del color puramente teórico de la *djihad* que allí dormita...» [15].

COMUNIDADES POPULARES

El Magreb rural consistía en su mayor parte de un conglomerado de comunidades tradicionales. La administración de Marruecos dependía claramente de ellas e institucionalizó las jefaturas. Pero debajo de este entramado oficial podían ser distinguidas instituciones tradicionales menos dóciles y con un mayor potencial turbulento. La política francesa había explotado por un largo período el particularismo y las lealtades locales. El Senatus Consultum de 1863 había propuesto la división de la población argelina en *duwari*, o demarcaciones territoriales. La aplicación de la ley de 1884, incluso le había conferido a estas demarcaciones un significado comunal similar al de esas mismas demarcaciones en Francia [16]. En 1919, tanto la energía de la resistencia bereber como el desarrollo de una opinión pública, ya evidente en todas las partes, emergieron en sus diferentes maneras de la democracia popular: esta turbulencia fue arcaica y defensiva en el caso de los bereberes, y frustrada y aparentemente reprimida en otros ámbitos, pero su órgano de expresión fue siempre la *djema'a* [17]. Por tanto no era absurdo que los franceses tuvieran en cuenta esta creciente fuerza social y la convirtieran en el principio y el objetivo de un último intento de conciliación, ya que esta fuerza podía conducir a la larga a la emancipación de la Argelia rural y de la penetración del sistema político metropolitano.

Fruto de este intento de conciliación fue la ley de 4 de febrero de 1919, conocida como la ley Jonnart, y de los decretos que hicieron efectiva esta ley. Esta nueva legislación concedía a los argelinos que poseían ciertas cualificaciones (tales como haber servido en el ejército, leer el francés escrito, ser propietarios de tierra en las áreas rurales, etc.) el derecho a tomar parte en las elecciones de las asambleas comunales de los *duwar-commune*, y de algunos cargos municipales, incluyendo el de alcalde [18]. Casi medio millón de musulmanes formó este primer electorado; unos cien mil de entre ellos estaban cualificados también para la elección de las asambleas departamentales y centrales. Pero esto no eliminó las desigualdades. En los propios cabildos municipales, por ejemplo, los representantes musulmanes se vieron a sí mismos reducidos a una minoría que en ningún caso sobrepasó la tercera parte de los miembros. Aunque esto impedía a las masas argelinas alzarse con la victoria [19], la ampliación del segmento electoral en su nivel

[15] R. Balek, 1922, p. 286.
[16] J. Berque, 1970, pp. 137 y ss.
[17] Los cabezas de familia de una comunidad y la «colectividad» que la regía.
[18] C. R. Ageron, 1966.
[19] Incluso si, a través de la naturalización, se las ingeniaban para elegir al alcalde. Esto ocurrió en Mekla, en Kabylia, donde, faltando a la buena fe, el tribunal administrativo anuló la elección.

más bajo y el hecho de que los representantes argelinos pudieran participar ahora en la elección de alcaldes, hizo aparecer a los conservadores como subversivos, si bien el alcance de estas medidas quedó muy por debajo de lo que había sido demandado [20].

LAS PRIMERAS RESPUESTAS DE LOS TRABAJADORES

La fuerte concentración de obreros asalariados en Túnez, como en el caso de las minas de Metlawi, mostró escasos signos de protesta durante un largo período. Al igual que en Argelia, la industrialización del país no estaba suficientemente avanzada, y el contexto social era demasiado autoritario, para que la energía de las masas proletarias pudiera manifestarse de otra manera, al menos en un principio, que a través de un grupo de vanguardia familiarizado con los movimientos de obreros europeos y su organización.

Pero en Túnez, la temprana acción de Muḥammad 'Alī [22] y el análisis ofrecido por Ṭaharal-Ḥaddad [22] tuvieron algún efecto en cuanto a la organización obrera. La agitada vida del primero le había puesto en contacto con el socialismo alemán y le había deparado la amistad de Enver Pasha, probablemente el hombre de su tiempo con un sentido más claro acerca de cómo las ideas conductoras del pensamiento europeo podían ser combinadas con el estallido nacionalista de los pueblos islámicos. Ḥaddad completó la experiencia extranjera de Muḥammad 'Alī con un examen de los problemas domésticos. Debatió ampliamente sobre la cuestión de los trabajadores y de las mujeres, mostrando una alta comprensión de ambos temas. Los trabajadores portuarios, primero en Túnez y luego en Bizerta, los obreros de la fábrica de cemento de Ḥammam Lif y otros grupos, dieron una respuesta práctica a la orientación dual de los planteamientos teóricos de Ḥaddad.

El 12 de octubre de 1924 se coaligaron nueve sindicatos regionales en Bizerta: estos tenían el apoyo del Partido Comunista Francés (PCF), pero fueron fuertemente criticados por la sección francesa de la Internacional Obrera (SFIO), la cual estaba preocupada por las afinidades nacionalistas del nuevo grupo. El Destur decidió desvincularse de lo que consideraba una confabulación comprometedora. Pero se unió, sobre bases reformistas, a una coalición que en febrero de 1925 agrupó, además del Destur, a la sección indígena del Gran Consejo, al partido socialista y a la Confederación General de Trabajadores (CGT). La complejidad de estas alianzas y controversias, con sus enfrentamientos, reconciliaciones y cambios de posiciones, tendió a oscurecer la espontaneidad que igualmente caracterizó a estas asociaciones. Al mismo tiempo, rivalidades sectarias e ideológicas ensombrecieron las opciones en conflicto. El socialismo francés, en la conferencia de Tours, se había encontrado dividido en relación con la política obrera y la del propio partido. El proletariado semicolonial, todavía a la búsqueda de objetivos

[20] Pero C. A. Julien, 1972, p. 377, está en lo cierto al pensar que el efecto de esta legislación en la opinión pública argelina no fue despreciable.
[21] P. Mamet, 1964; A. B. Hermasi, 1966.
[22] T. al-Ḥaddād, 1927.

propios, estuvo sometido por tanto a influencias enfrentadas. Diferentes opciones tomaron forma, las cuales engendraron a su vez diversas vías de acción: por ejemplo, la de los argelinos 'Amar Uzagan y Ben 'Alī Būkurt, y la del tunecino Mokhtar 'Ayarī. ¿Pero qué lugar le otorgarían los acontecimientos futuros a la identidad nacional, hasta entonces definida en términos del Islam? ¿Sería esta identidad ahogada por las aspiraciones más generales del proletariado?

El escenario de Africa del Norte no estaba todavía preparado para ofrecer respuestas claras y contundentes [23]. Tuvo que ser en París, entre los emigrados del Magreb, donde fuera fundada la Etoile nord-Africaine* en 1924. Entre sus fundadores se encontraba una activo miembro del Partido Comunista Francés (PCF), 'Abdal-Ḳādir Ḥadj 'Alī. La nueva organización emergió rodeada de un espíritu revolucionario y anticolonialista bastante más que de una preocupación por los problemas de la clase trabajadora como tal. En un principio la organización recibió el apoyo del emir Khalid.

EL SISTEMA VIGENTE Y LA CONFIGURACION DE LA OPOSICION

Los años veinte vieron la expansión de las comunidades en el Magreb. Las ciudades comenzaron a crecer debido a la afluencia de emigrantes procedentes del campo. La generación que alcanzó la madurez en este período desconocía cómo era la vida antes de la guerra [24]. Todas las cosas clamaban por un cambio. La autoridad representante del colonialismo y la de la tradición, en variadas combinaciones, se incitaban mutuamente a abordar el problema. Estas tendencias llegaron a preocupar a los gobernantes de la colonia, quienes intentaron neutralizarlas por medio de la astucia o de la coacción. Más frecuentemente, sin embargo, la práctica colonial que prevaleció fue la inercia, si bien una parte de la opinión en la Francia metropolitana denunció el abuso y la ineficacia, al mismo tiempo que vió en estas perversiones una fuente de peligro.

Sin duda alguna el ritmo de los sucesos, observables inmediatamente después de la primera guerra mundial había sufrido una deceleración, tanto en Argelia como en Túnez. La partida simultánea en 1923 de al-Tha'alibī y Khalid, los dos principales dirigentes, parecía haber debilitado la oposición. Pero en Marruecos las autoridades tuvieron que hacer frente a una clase de dificultades que fueron consideradas más urgentes.

[23] La represión era una amenaza continua. En Túnez, por ejemplo, el experimento de la Confederación General de Trabajadores (CGTT) parece haber fracasado debido al arresto de sus organizadores y el destierro de su líder, Muḥammad 'Alī. Sólo unos años después (en 1937) la Confederación, declarada legal el 16 de septiembre de 1932, reanudó su actividad independentista en los sucesos del Frente Popular. Pero esta segunda Confederación, con Belḳāsim al-Ḳānāwī a la cabeza, sucumbió una vez más a la represión política (1938).

* Estrella norteafricana. *(N. del T.).*

[24] Para Túnez ver F. b'Ashūr, 1956. Para Argelia, T. al-Madanī, 1963, pp. 92 y ss., 353 y ss. Ver también A. Berque, 1947, pp. 123 y ss.



• *'Abdel Karim (1882-1963), cadi de Melilla, líder de la resistencia marroquí al imperialismo español durante la guerra del Rif, 1921-6.*



• *La guerra del Rif: Soldados españoles muestran las cabezas de seguidores de 'Abdel Karim.*

UNA ANTICIPACION DE SUCESOS FUTUROS: LA REPUBLICA DEL RIF

Definir como una «revuelta» la lucha nacional que el dirigente del Rif Muḥammad ben 'Abd al-Khaṭṭabi ('Abdel Karim) llevó a un resonante clímax en 1925-6 y tratarla como un mero episodio es infravalorar el significado de unos hechos que nosotros reconocemos ahora, con toda claridad, como precursores de ulteriores sucesos [25].

El Rif no había renunciado nunca a la lucha. El talento militar de 'Abdel Karim le había infligido a España (en Anual, julio de 1921) una de las derrotas más famosas de las guerras coloniales [26]. Los españoles sufrieron un derrota igualmente mortífera en noviembre de 1924, cuando tuvieron que evacuar Shaf shawin en orden a consolidar su frente.

'Abdel Karim, el hijo de un *cadi* (juez) del protectorado español, nacido y educado en una situación controvertida, había estudiado durante algún tiempo en la universidad religiosa de Ḳarawiyyin en Fez, donde probablemente entró en contacto por primera vez con el modernismo islámico [27]. Consolidó su posición entre sus contemporáneos no tanto como reformador musulmán cuanto como dirigente político. Además de poseer cierto genio militar, estaba dotado de una mente abierta y una destreza política que le permitió jugar a nivel internacional un papel más influyente que el de sus colegas libios —Sulajmān al-Bārūnī, Ramḍān Shatiwī, y especialmente 'Umar al-Mukhtār [28]. La metamorfosis a la que sometió a su propio clan, el Beni Warighil, y a las comunidades vecinas, tendría consecuencias duraderas. Devolvió estos grupos, sumidos en la violencia y las «vendettas» entre clanes, a la ley islámica, prohibiendo los juramentos colectivos y las hermandades facciosas, así como la participación de las mujeres casadas en danzas y bailes. Los *ichbrawn* —pequeñas atalayas o torres vigías erigidas en todos los pueblos y aldeas, y que desde tiempo inmemorial eran un símbolo de la agresividad de las relaciones entre comunidades— fueron destruidos [29]. Ya antes de la victoria de Anual, un encuentro en al-Kāma entre Beni Warighil, Temsamān, Beni Tūzin y Ruḳḳuya había propiciado una «cristalización de la estructura del estado del Rif» [30]. La «Nación Republicana del Rif», proclamada según unos el 18 de enero de 1923 y según otros el 1 de febrero, fue por tanto un intento de reformar el estado tradicional sin destruir sus aspectos positivos, tales como ciertas prácticas orientadas a facilitar la consolidación de grupos y la cooperación.

Este impulso reformador debería ser contrastado con otros intentos similares llevados a cabo a lo largo y ancho de todo el Islam mediterráneo: en Tripolitania;

---

[25] Por lo que sabemos no todas las posibilidades han sido estudiadas ya, aunque en el plano militar la actividad de 'Abdel Karim ensombrece lo que sucedió después de 1954.

[26] Este desastre ha sido acertadamente descrito como el «reverso de la batalla de Omdurman» (1898) en la que Kitchener aplastó al Estado mahdista. Ver A. Youssoufi, s. f., p. 113.

[27] El principal responsable de la introducción del modernismo en Marruecos fue 'Shaykh Busha Ib al-Dukkali, quien más tarde sería violentamente atacado.

[28] A. al-Misurati, 1964, da un vívido relato de los sucesos de este período desde el punto de vista de un patriota libio.

[29] Discurso de D. Hart no publicado y pronunciado en la conferencia del cincuentenario de la República del Rif en París en 1973.

[30] A. Youssoufi, s. f., y en un informe a la conferencia mencionada.

el delta de Egipto; Mesopotamia; en Rakka, sobre el Eufrates, y así sucesivamente [31]. Se necesitarán estudios especializados para saber si estos fueron o no síntomas de nacionalismo. Desde el punto de vista de los poderes coloniales, lo más peligroso de estos movimientos fue su acaecer simultáneo, sobre todo teniendo en cuenta que 'Abdel Karim había establecido relaciones con el PCF, el cual incluso llegó a convocar una huelga en su apoyo [32]. Durante esta huelga, que tuvo lugar el 12 de octubre de 1925, muchos trabajadores franceses se manifestaron contra la guerra colonial en Marruecos. También hubo una fuerte campaña de masas a nivel nacional contra la guerra, organizada por el PCF, los Jóvenes Comunistas, la CGTU (la CGT Unifié), ARAC (Asociación Republicana de Antiguos Combatientes), etc. Desde la primavera de 1926, la Tercera República recurrió a todos los medios a su alcance para someter a 'Abdel Karim [33]. Pero el resto de Marruecos no reaccionó [34]. No obstante, la solución militar, que le permitió a España establecerse de una manera efectiva en su propia zona, no borró el significado del experimento de 'Abdel Karim.

CRONICAS CONTEMPORANEAS DE LA SITUACION

En 1901 le fue conferido a Argelia un régimen conocido como el de las Délégations financières, una especie de autonomía política interna que estuvo dominada casi hasta el final de la era colonial por los representantes de los colonos blancos. Cuando este pequeño parlamento agrario rehusó sancionar en 1927 las irrisorias estimaciones del gobernador general sobre ayudas sociales y comidas gratuitas en las escuelas, firmó su propia sentencia de muerte. Maurice Violette señaló esta circunstancia en un libro proféticamente titulado *L'Algérie vivra-t-elle?* (¿Sobrevivirá Argelia?); la solución que propuso fue todo menos jacobina, es decir, extremadamente ortodoxa [35]. Pero el libro representa un apreciable paso adelante en cuanto que sugiere extender la reforma del sistema de representación de 1919 [36]. Más tarde, Violette fue todavía más lejos al defender la idea de que una minoría ilustrada de argelinos debería recibir el derecho a elegir diputados al Parlamento francés, sin perder sus derechos a participar en otras votaciones, basadas en sus «*status* personales».

Este *status*, que los colonos franceses utilizaron para resaltar su posición particular, proveyó a los sucesivos gobiernos franceses de una excelente excusa para no conceder plena ciudadanía francesa a los argelinos. La referencia a este *status* probablemente no fue más que un pretexto utilizado por ambos bandos —uno como un pretexto para el rechazo, el otro como un pretexto para la repulsa. Pero

[31] J. Berque, informe en la misma conferencia.
[32] R. Gallisot, informe en la misma conferencia.
[33] 'Abdel Karim se rindió a las autoridades francesas el 26 de mayo de 1926.
[34] A pesar de algunos gestos individuales, las esperanzas de la gente y sus simpatías permanecieron mudas. Unos pocos jóvenes en Fez redactaron un folleto que simulaba ser el agradecimiento del dirigente del Rif a los notables del país por su solidaridad.
[35] M. Violette se declaró opuesto a la extrema izquierda.
[36] M. Violette, 1931, pp. 474 y ss.

el proclamado deseo de la mayoría de los argelinos, quienes entendieron el concepto de asimilación literalmente, de convertirse en parte de la «commonwealth» francesa, es cuando menos sorprendente. El hecho no debe ser condenado como un fraude, sino que ha de ser interpretado en diferentes niveles, de los cuales el más fundamental sea probablemente el relacionado con el deseo de emancipación. La complejidad semántica del fenómeno es evidente en los artículos publicados por Ferhat 'Abbas entre 1922 y 1927, que luego agruparía en 1931 bajo el título de *Le Jeune Algérien* (El Joven Argelino) [37].

Estos artículos estaban ciertamente desfasados. Pero no debemos olvidar que sus argumentos, la consideración por el sufrimiento y la generosidad de su esperanza, aunque nunca podrían constituir un ultimátum político, crearan no obstante un marco moral y conceptual para un posible objetivo político. La colonización era denunciada como un «poder sin el atributo del pensamiento, un cerebro sin alma». El derecho del Islam al respeto se haría valer por sí mismo, a pesar de que éste había sido largamante ocultado. El prefacio de los artículos, escrito mucho tiempo después que éstos, hacía una clara distinción entre los dos enfoques del problema: el francés y el argelino. Para los franceses, «colonización es simplemente una empresa política y militar defendida después por un apropiado régimen administrativo». En contraste, para los argelinos la palabra colonialismo tenía otro significado:

> una verdadera revolución, que aniquila todo un antiguo mundo de creencias e ideas y un modo inmemorial de vivir. Confronta a todo un pueblo con un cambio revolucionario. Una nación entera, sin preparación alguna, se ve forzada a adaptarse o perecer. Esta situación ha de conducir fatalmente a un desequilibrio físico y moral, el límite del cual no está lejos de la desintegración total [38].

Uno buscaría en vano en los escritos científicos del período —en los trabajos de L. Milliot, de Agustín Bernard, R. Maunier o incluso E. F. Gautier— tratando de encontrar una definición tan precisa del cambio social. Incluso la impresionante síntesis histórica de C. A. Julien, que fue publicada en la época y jugó un reconocido papel en el despertar de la conciencia nor-africana, no podría mejorar la profundidad de esta visión.

Visión que fue también la base de «El Libro de Argelia», el *Kitab al-Djaza'ir* (1931) de Tawfiḳ al-Madaï. Su primera página, ilustrada por el miniaturista Rasim, contiene el triple emblema de los ulemas, y en su totalidad describe los problemas del pueblo argelino y reclama su derecho a ser una nación árabe, al mismo tiempo que evita polémicas y criterios demasiado personales. El capítulo sobre la música argelina [39] recalca valores esenciales, y esta parte del libro ofrece también indicaciones pertinentes sobre los obstáculos al desarrollo de la prensa árabe [40] y los signos de un renacimiento literario [41]. La lista de escritores y poetas supone un in-

[37] Ferhat 'Abbas trató los temas retrospectivamente: ver F. 'Abbas, 1962, pp. 113 y ss.
[38] F. Abbas, 1931, p. 9.
[39] T. al-Madani, 1963, pp. 339 y ss.
[40] *Ibid.*, pp. 343 y ss.
[41] *Ibid.*, pp. 353 y ss.

ventario muy útil para estudios posteriores, aunque deberemos señalar que omite a los «Jóvenes Argelinos», quienes estaban deseosos de ser considerados como franceses; y entre ellos se encontraba Ferhat 'Abbas.

EL REFORMISMO ISLAMICO

Como ha sido apuntado, el libro contiene el emblema de los ulemas en su primera página. Hoy día, muchos destacan con todo derecho las metas nacionales de esta asociación, así como sus objetivos religiosos. El programa de Shaykh 'Abd al-Ḥamid ben Badis [42], aunque apuntaba a librarse de vinculaciones circunstanciales, fue quizá mucho más político que otros proyectos entonces en primer línea, pero comprometidos con maniobras administrativas por un lado y con intrigas políticas por otro. Los intentos más espectaculares estuvieron lejos de ser los más eficaces: por ejemplo, el proyecto del doctor Benjellūl en Constantina, o las demandas igualitarias de los «Elus» [43]. El shaykh, a la vez que evitaba cuidadosamente desafiar la soberanía francesa, insistió sobre una «reforma intelectual y moral», y obrando así, sacó a la luz la cuestión de la identidad nacional, ya evidente en los impulsos de la mayoría, e hizo de caja de resonancia de movimientos similares en el Medio Oriente. Apelaba a un modelo que resiste bien la comparación con el de las democracias occidentales. Por encima de todo, el propio shaykh se consagró a los problemas claramente existentes de dispersión social y deterioro moral. Proclamando Argelia como su hogar o *waṭan* (pero no abiertamente como un «estado» o *dawla*), el Islam como su religión y el árabe como su lengua, combinó la sutileza táctica con un reconocimiento por anticipado del papel que la cultura podía jugar en el proceso descolonizador.

Otro aspecto menos conocido es el geográfico. Como los *nasabs* (árbol genealógico) muestran, el liderazgo del movimiento incluía varios nombres de provincias: no sólo las de la aristocracia constantina, como los Ben Badis, sino también los de Tébessa, Mila y Sidi 'Oḳba [44]. No satisfechos con haber establecido el «Círculo para el Progreso» en la meseta central, especialmente en Argel y otras áreas urbanas, el movimiento también aspiraba a cubrir «el país desconocido». Shaykh Bashir al-Ibrahimi centró su actividad en Tlemcen, conmocionándola hasta sus cimientos, e intentos de esta clase se multiplicaron en forma de predicaciones, actividades de las sociedades de amigos y organizaciones benéficas.

La consecuente proliferación de centros de movimiento está a menudo contemplada en términos de controversias teológicas muy difíciles de comprender para los profanos. Pero toda esta agitación, bien bajo el auspicio de los ulemas o de algún rival tal como Shaykh Benn 'Aliwa en Mostaganem [45], o incluso surgien-

[42] A. al-M. Murtad, 1971, pp. 54 y ss., 115 y ss., 179 y ss. Ver también A. Merad, 1967.

[43] Un término usado por los miembros de una federación formada el 11 de septiembre de 1927 por varios musulmanes notables elegidos para las diferentes asambleas argelinas. Mostefa Lacheraf distinguía cuidadosamente entre las acciones de estos políticos y las de los ulemas, aunque él es crítico hacia estos últimos. Ver M. Lacheraf, 1965, pp. 188 y ss. Elus: elegidos.

[44] Shaykhs al-Arabi al-Tebessi, Mubārak al Mili y Tayyib al-'Oḳbi (un celebrado orador) estaban entre los miembros más famosos de la Asociación de los ulemas, fundada en 1931.

[45] A. Berque, 1936. No hay ninguna duda de que el fermento del islam argelino tuvo otras fuentes además de las actividades de los ulemas.

do de diferencias imposibles de erradicar, como en Le Mzab [46], representó el primer contacto con el problema mundial de las comunidades que hasta ese momento habían sido mantenidas aisladas, y que las administraciones se habían mostrado incapaces de rehabilitar, excepto quizá para enfrentarlas unas a otras. Shaykh Ben Badis y sus amigos sentaron una base al propinarle al Islam norafricano una buena sacudida doctrinal, la cual no había sido acometida desde centurias atrás: sus comentarios sobre el Kur'an, por ejemplo, constituyeron toda una proeza cultural, si es que alguna vez hubo una [47]. Fueron tan atrevidas como para distinguir entre invariables trascendentales y variables circunstanciales en religión [48]. Se van a necesitar detalladas monografías para estudiar las relaciones entre las más importantes tendencias y los diferentes factores sociales involucrados, así como para distinguir entre los papeles jugados por los grupos instituidos, atendiendo a criterios sociales y de edad, por la estratificación económica, por los propios individuos, y por las actitudes morales. Tales estudios seguramente revelarán que este período representó una coyuntura decisiva en la historia social de Argelia.

TRES DESAFIOS AL IMPERIALISMO Y LAS CORRESPONDIENTES REACCIONES

Por extraño que hoy pueda parecer, la celebración del centenario de la llegada de los franceses a Argelia [49] no concitó la abierta actitud de censura y rechazo que en esta época de descolonización tendemos a atribuirle a los colonizados [50]. Para los numerosos argelinos entonces comprometidos con las demandas de justicia e igualdad, los actos conmemorativos, que prometían atraer el interés de los sectores demócratas de la Francia metropolitana, trajeron consigo una renovación de la esperanza, si bien fue inmediatamente suplantada por un estado de desilusión. Los dignatarios musulmanes del régimen —miembros elegidos, *caídes* y *bachagas*— rivalizaron desvergonzadamente en adulaciones a los franceses [51], desacreditando de este modo lo que restaba de la autoridad de la aristocracia tradicional y de los inveterados beneficiarios de la política del compromiso. Las alabanzas dedicadas a la mayor gloria de los colonizadores, a quienes se les confirió el poder que solo ostentan los mitos, estableció el sello de una política de la que

[46] Podemos citar aquí a estudiosos como Shaykhs Bayad' y At'fiyech, Ver. M. A. Dabbur, 1971.

[47] Shaykhs Ben Badis y Ben 'Ashur fueron probablemente los primeros norafricanos contemporáneos después de Shaykh Abu Ras de Mascara (al final del siglo XIX) en aplicarse a esta formidable tarea, aunque un estudioso marroquí tan famoso como Shaykn Ibn al-Khayyat aconsejó en contra de ellos. Ver el panfleto litografiado del último, publicado en Fez, sobre el tema.

[48] De acuerdo con un pasaje bastante extraordinario del discurso funerario leído por Shaykh Ibrahimi junto a la tumba del profesor Mohammed Ben Sheben, *Shihad*, mayo de 1928.

[49] Hoy día existen muchos estudios sobre el tema, la mayoría de ellos exasperadamente oficialistas en el tono; pero afortunadamente algunas aproximaciones científicas al mismo hacen valer el resto.

[50] Alguna propaganda adversa fue organizada en ciertas ciudades en colaboración con el PCF. Ver A. Ouzegan, 1962, pp. 171 y ss., y *passim*. El sindicato de profesores, y Benhadj, un militante socialista, también tuvieron el coraje de protestar. Ver M. Kaddache, 1970, p. 193.

[51] Ver M. Kaddache, 1970, p. 192, para algunos dolorosos ejemplos.

Francia solo se apartaría a intervalos. Más importante aún, el régimen incluso ignoró su propia debilidad. Todo esto fue muy bien mientras afectó sólo a la teoría de la soberanía, pues el balance de fuerza era tan desconcertadoramente desigual que apenas hubo nadie que desafiara la teoría abiertamente. Pero esa clase de responsabilidad que debería haber sido su corolario fue ejercida por representantes con poca generosidad y todavía menos lucidez. ¿Es ésta una visión demasiado sombría? Permítasenos suponer que hubo opciones más brillantes. La intención era que todo debería ser ejecutado con la menor coacción posible. Indudablemente habría explotación, pero ésta sería legal, suavizada por el prestigio cultural, envuelta en el aura republicana, parca en violencia e incluso con capacidad para invocar las libertades de la democracia burguesa. Por una paradoja difícil de entender para nosotros ahora, este apogeo del imperialismo fue también un apogeo del liberalismo en cuanto a maneras. Esta es la razón por la que el Africa del Norte francesa ofrece a los historiadores una situación menos atormentada que, por ejemplo, la del Egipto británico en la misma época.

Pero este aparente buen humor, y su corolario, la resignación, no rindieron resultados positivos. Esto puede ser visto en el provocativo tono triunfante de las celebraciones en Argel y, más típoco todavía, en el Congreso Eucarístico celebrado en Cartago del 7 al 11 de mayo de 1930, que fue visto por la gente joven de Túnez como una cruzada contra el Islam del norte de Africa [52]. Fuera esto cierto o no, el caso es que tal reunión chocaba con las ideas que todavía eran el sustento de la esperanza y el entendimiento de mucha gente en el Magreb: los grandes principios de la revolución, la tradición de Jaurès, el mito del progreso.

En Marruecos, la *ẓahir* bereber (proclamación real) de mayo de 1930 [53] que incorporó la legislación tradicional bereber al sistema judicial francés en el protectorado, ofreció a los jóvenes de las clases medias una oportunidad para valorar la situación y un primer trampolín para una acción entre las masas. La medida fue considerada como un ataque al Islam y un intento de dividir el país, llevado a cabo en desprecio de los compromisos de 1912. Aunque proyectada como una medida local, tuvo repercusiones en todo el mundo musulmán, originando en aquel momento una oposición que había estado limitada a pequeños grupos clandestinos en dos o tres de las grandes ciudades.

En los tres meses [54] entre el 20 de junio y el 30 de septiembre de 1930 hubo más de ciento veinte incidentes. La mayoría de ellos ocurrieron en las mezquitas, el dogmático escenario para el *laṭif*, la oración musulmana en situaciones dolorosas. Estas imprecaciones fueron consideradas una amenaza tan grande para el orden público, que las autoridades tuvieron que hacerle frente con citaciones judiciales, encarcelamientos y palizas. Una delegación de la ciudad de Fez acabó en el hospital, y el 31 de agosto tres de sus miembros fueron detenidos y encarcelados, entre ellos 'Allal al-Fasi, «un joven estudiante de Karawiyyin [55]», y Bel Ḥas-

[52] J. Berque, 1970, pp. 253 y ss.
[53] *Ibid.*, pp. 250 y ss.
[54] Número especial, mayo-junio 1933, de la revista *Maghreb*, que apareció bajo el patrocinio de celebridades tan variadas como Bergery, Renaudel y el filósofo español Ortega y Gasset.
[55] Un miembro de una antigua familia, ya conocido como poeta y erudito, quien descubrió ahora que también tenía dotes de orador y organizador. Escribió una enorme cantidad de trabajos; entre

san al-Wazzani, «graduado por la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de París». Los dos representaban una combinación simbólica de las fuerzas conductoras de la resistencia —la tradición ortodoxa y la modernidad—. En este contexto, la represión vino a jugar un papel catalizador. El número de arrestos se elevó a 150. Muchas tiendas cerraron, como en otras ocasiones, en señal de protesta. A pesar de la prohibición oficial, el *laṭif* volvió a resonar en las mezquitas. Hubo choques en las calles, pero al final el hechizo del protectorado quedó definitivamente roto, al menos si lo interpretamos como esa clase de hipnosis a través de la cual la superioridad tecnológica y el prestigio de Lyautey habían mantenido al país en un puño durante tanto tiempo.

En París, tres años después, la revista *Maghreb* dedicó un número especial a estos sucesos. Jean Longuet y otros franceses bien conocidos, y particularmente varios jóvenes marroquíes, propusieron un coherente conjunto de argumentos. Los simpatizantes franceses, aunque vieron la «*ẓahir* bereber» de 1930 como un clásico truco colonialista, tuvieron alguna dificultad, debido a su propio anticlericalismo, para explicar el aspecto aparentemente religioso de muchas reacciones bereberes. «Todo el mundo debe dar por seguro que en el este y en los países musulmanes la religión y la nacionalidad se entremezclan», opinaba el importante hombre de letras francés. Menos complacientemente, uno de los colaboradores marroquíes de la revista escribió: «En nuestro país nosotros estamos preparados para dar a los bereberes lo que les es negado a los bretones en Francia. Pero queremos que esto se produzca en el contexto del Islam, que para nosotros no es solo una religión, sino una civilización ante todo». De este modo aportó el factor cultural al debate, un elemento modestamente ignorado por muchos, tanto partidarios como adversarios.

HACIA LA CONFRONTACION

De los veinte años comprendidos entre las dos guerras mundiales, la mitad de ellos transcurrieron sin que se produjera un avance en las relaciones entre Francia y el Magreb. No hay que decir que la situación económica fue escasamente favorable a este avance. Apenas había sido superada la depresión que siguió a la Primera Guerra Mundial, cuando una nueva recesión se perfiló amenazadora en el horizonte. Esta alcanzó el Magreb en 1932, acentuando el deprimido estado general de la economía que había reaparecido en 1925 y que duraría toda una década. El nuevo juego de fuerzas agrió las relaciones entre el capital y la masa obrera, es decir, entre los colonos franceses y los ciudadanos argelinos. La introducción de nueva maquinaria, los progresos en planificación, las cooperativas e incluso la sindicación de los empleados públicos le permitió al elemento francés fortalecer su control sobre la colonia. El régimen se reveló incapaz de moderar los efectos nocivos de este control. La conexión entre el deterioro económico, que

los directamente relacionados con el tema que nos ocupa cabe destacar *al-Ḥarakāt al-Istiklaliyya fi'l-Maghred*, El Cairo, 1948, y *Al-Nakd al-dhat*, El Cairo, 1956. Sobre este personaje ver A. Gaudio, 1972, y El Alami.

agravó la desigualdad, y las demandas políticas, resulta evidente, pero necesita ser analizada con más detalle [56]. Soy de la opinión que el cambio social y el deseo de una identidad colectiva restaurada fueron incluso factores más decisivos que la desigualdad y el despertar de Africa del Norte. En todo caso, varios motivos se combinaron para forjar una aspiración mucho más atrayente que la actividad de los partidos. Los waṭaniyyīn o «patriotas» marroquíes procedían entonces, en su gran mayoría, de la burguesía intelectual. La Etoile nord-Africaine apenas había conseguido establecerse en Argelia. El Destur todavía estaba confinado en la irrealidad. El PCF no respaldó sus radicales teorías con suficiente énfasis llegado el momento [57]. Muchas de las demandas de acción quedaron desatendidas. De este modo, bastante más que en los partidos políticos como tal, la expresión política se refugió en los clubes, grupos sin nombre o incluso en meras actitudes entonces en boga.

La administración, aunque incapaz de entender los matices de este fenómeno, se aplicó con inteligencia a explotar los intereses personales y las rivalidades. Con esto consiguió aplacar la protesta política. Contaba con superioridad de medios, así como con continuidad, e incluso con un aparente consenso. Pero se olvidó de las fuerzas que estaban formándose bajo la superficie aparentemente en calma. Si algún estallido aislado se producía, el gobierno responsabilizaba a los «agitadores», locales o extranjeros, o a los «rojos», una actitud que excusaba tanto el ultraconservadurismo como la represión.

NUEVAS TACTICAS, Y OBSTRUCCIONES A LA ACCION

El principio de acción que Bourguiba [58] y sus amigos Baḥrī, Ḳīka Ṭahar Ṣafār y el Dr. Maṭarī, entre otros, se habían propuesto, no era un dramático todo o nada, sino, lejos de esto, dejar una huella deliberadamente temporal o incluso secular en la escena política. Defendían al presidente conformista de la Cooperativa tunecina como un medio para influir en la opinión pública. Incluso llegaron a apoyar una medida prescrita por el residente bajo el pretexto de que parecía favorecer su causa «objetivamentez (la medida perseguía la reducción de la dotación presupuestaria dedicada a los funcionarios franceses) [59]. En lo que concierne a la gran mezquita y a la burguesía tunecina, que suministraba la mayoría de los miembros del Destūr, no ocultaron su crítica o su sarcasmo. Era ya evidente que el movimiento sería afectado en su totalidad por el hecho de que los hombres del Saḥel se hubieran convertido en activistas militantes, y politizar los distritos rura-

[56] Algunos intentos han sido hechos ya, aunque sin demasiado éxito. Ver J. Berque, 1970, pp. 101 y ss. Ver también A. Nouschi, 1962, pp. 31 y ss. Por lo que yo sé, este análisis, que es de gran interés, especialmente en lo que concierne a su apreciación del papel desempeñado por el cambio social durante el período, no ha sido aprovechado suficientemente todavía.

[57] Aparte de las posiciones que tomó sobre la guerra del Rif, el PCF generalmente se confinó a sí mismo al tema del anticolonialismo pura y simplemente, en Argelia y hasta el Frente Popular. De este modo la idea de «una nación en formación» pareció prevalecer.

[58] Ver especialmente A. Bourguiba, 1954, *passim*.

[59] *Ibid.*, pp. 10, 35 y ss.



• *Habib Bourguiba (n. 1903), líder del partido neodesturiano (Túnez).*

les[60] llegaría a ser uno de los objetivos del Neo-Destur. No fue por casualidad que la escisión de la que surgió el nuevo partido se produjera en un agitado congreso rural en Kars Hilal (12 y 13 de mayo de 1933)[61]. Mientras tanto, los enfrentamientos con la residencia se hicieron más y más violentos, como ocurrió en Monastir y Moknin. Fueron introducidas execrables medidas para legalizar la represión, y Bourguiba, que se refirió a ellas con el mismo adjetivo, fue detenido y encarcelado en el sur, juntamente con sus amigos (3 de septiembre de 1934)[62]. Pero incluso en esta mala racha él continuó defendiendo la causa.

En Argelia la administración intentó limitar la creciente influencia de los ulemas lanzando contra ellos a las hermandades religiosas y a la clerecía oficial, esta última de muy bajo rango[63]. Las autoridades, viendo a la población arracimarse para escuchar a los nuevos predicadores, a quienes instintivamente reconocían como a los propulsores de una puesta al día del Islam, tan necesaria, decidieron prohibirles predicar en las mezquitas. El 16 de febrero de 1933, la «circular Michel» —llamada así por el oficial que la redactó— y tres decretos más establecían un cuerpo de leyes para luchar contra la propagación del fenómeno[64]. Pero en las demostraciones que siguieron tomaron parte no sólo creyentes, sino también sindicalistas y militantes de la extrema izquierda —una coalición que podía haber resultado efectiva. Se ha admitido que fue entonces cuando se produjo una especie de «divorcio» entre las tendencias comunistas y nacionalistas[65], que ni siquiera la reunificación de la CGT y la CGTU consiguió restañar. Después de varios años de clandestinidad, la Etoile nord-africaine reanudó la actividad abierta en Argelia en junio de 1933[66]. Mesali Hadj, su presidente, había empleado la palabra independencia desde 1927. Y ahora, en agosto de 1934[67], entre dificultades crecientes, sobrevinieron una serie de tumultos y disturbios públicos contra los judíos de Constantina. Si esto fue un complot, una mera explosión, una diversión o el resultado de una provocación nunca estuvo claro. Pero, fueran cuales fueran sus causas, se produjo una erupción popular y callejera que asustó a los políticos por su grado de violencia. Sin embargo, en las próximas elecciones, el partido de la oposición del Dr. Bendjellul se alzó con la victoria en Constantina: esto demostraba en qué dirección se estaban orientando las simpatías de la mayoría. Aunque el vencedor era un convencido asimilacionista[68], su triunfo provocó un torrente de medidas preventivas por parte del poder establecido. Con toda claridad, lo que importaba en esta vaga radicalización de la vida pública argelina no era la teoría expresada, sino lo que ésta sugería o finalmente provocaba.

En Marruecos, los colonos, afligidos por la recesión económica e irritados por apenas unas cuantas limitaciones que la administración había impuesto sobre ellos,

[60] O «restaurarles» frente a la ciudad. El mismo efecto morfológico había sido notado, *mutatis mutandis*, en la acción de los ulemas en Argelia.
[61] J. Berque, 1970, pp. 289 y ss. en parte basado en recopilaciones de textos de M. Bourguiba.
[62] A. Bourguiba, 1954, pp. 70 y ss.
[63] A. Berque, 1951.
[64] Texto completo en A. Nouschi, 1962, p. 69.
[65] Un Partido Comunista Argelino fue formado en julio de 1938.
[66] A. Ouzegane, 1962, pp. 84 y ss.
[67] A. Nouschi, 1962, pp. 74 y ss.
[68] Ver su prefacio a A. Kessous, 1935.

publicaron un ultimátum. Este hecho, lleno de un significado simbólico, ocurrió el mismo día que los desórdenes parisienses del 6 de febrero de 1934. El mismo período vió en Marruecos el ascenso de la prensa nacionalista. El Comité de Acción Marroquí, en el que 'Allal al-Fasi comenzaba a destacar como una importante figura, propuso en diciembre de 1934 un «plan de reforma» que de haber sido aplicado habría desarrollado su significado y objeto real en el curso del protectorado [69]. En la zona española, una forma de oposición estaba siendo expresada más abiertamente por Torres y Naṣiri [70]; esta oposición estableció contactos con las zonas interiores del país [71], y casi consiguió comprometer al futuro Moḥammed V en la demostración que tuvo lugar en Fez el 10 de mayo de 1934.

La introducción del plan coincidió con la extirpación del último foco de disidencia en el sur [72]. A partir de este momento, la historia tomaría un rumbo muy diferente del arcaico, casi legendario, que había sido prolongado más allá de sus límites naturales por el lyauteyismo y el Ministerio para Asuntos Indígenas. La coincidencia tuvo su correlato fuera de Marruecos. El cese de los *barūd* fue en potencia el fin de los «burós árabes» [73]. También en Argelia y Túnez, el cambio social, que debilitó viejos lazos, creó otros nuevos. Las calles de las grandes ciudades e incluso los mercados de los pueblos se convirtieron en escenarios para la acción de las masas, que la ideología de clase y de partido pudo organizar a través de los colectivos tradicionales. En los tres países del norte de Africa ocupados por Francia, y especialmente en Argelia, donde Régnier, el ministro, llevó a cabo una aparatosa investigación, la única respuesta del gobierno a estos progresos materiales e intelectuales fue la manipulación de elecciones [74] y la actualización de su arsenal represivo [75].

Esta negativa de la administración a actuar no puede ser explicada enteramente por los peligros que acechaban más allá del Rhin y los argumentos que esto prestó a los conservadores en Francia. Las actitudes que las tres partes afectadas —la Francia metropolitana, los colonialistas y el movimiento nacionalista— habían adoptado, obligó a los primeros a defender un *statu quo* que el tercer grupo no estaba en condiciones de desafiar seriamente todavía. En contrapartida por el vasallaje servil que le prohibía a los europeos cualquier originalidad en Africa del Norte, la Francia metropolitana le concedió a éstos su apoyo incondicional. Los que en Argelia, por ejemplo, se llamaban a sí mismos «argelinos», llevaron su

[69] Para un análisis detallado ver R. Le Tourneau, 1962, pp. 189 y ss.

[70] R. Rézette, 1955, pp. 83 y ss.

[71] Utilizando la red distribuidora de los comerciantes en Fez. Estos contactos incluso alcanzaron las montañas y el Susi, donde fueron reclutados militantes tan conocidos como Mukhtār al-Susi.

[72] Merebbi Rebbo fue reducida mediante una operación combinada de las tropas francesas en Argelia y Marruecos. Tindūf fue finalmente ocupada en 1934.

[73] *Barūd*, que significa «pólvora» y por tanto «lucha», fue el término usado por el ejército africano para describir la resistencia casi similar a una guerra abierta y a veces incluso desesperada, puesta en práctica por los nativos cuyo honor había sido desairado por la «pacificación». El «bureau árabe», creado una centuria antes por Lamoricière, había sido el método característico de la administración francesa para gobernar los diferentes colectivos tradicionales. Este despacho no tuvo ningún paralelo en las ciudades, e incluso en los distritos rurales del Magreb quedó anticuado a medida que la situación evolucionó.

[74] J. Manaut, 1935.

[75] Además de los «décrets supercélérats» en Túnez, también podemos citar el decreto de 30 de marzo de 1935 en Argelia, y el *ẓahir* de 29 de junio de 1935 en Marruecos.

idiosincrasia suficientemente lejos como para obtener jugosos beneficios, pero no tan lejos como para correr el riesgo de quedar aislados, cara a cara, como un «dominio», o bajo cualquier otra forma, frente a la mayoría islámica. Argelia era Francia, como ellos decían, pero Francia sin democracia. La situación era exactamente la misma en Túnez y Marruecos.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Hay muchos aspectos relacionados con el período que hemos examinado que no han salido a la luz del día todavía. Muy a menudo, la crónica histórica tropieza con el obstáculo contumaz de esa porción secreta de los hechos humanos. Estudios futuros arrojarán más luz sobre gentes, circunstancias y decisiones que hoy día nos parecen enigmáticos. Pero nosotros también estamos obligados a reservar para el futuro ciertos juicios relacionados con la historia social. ¿Hay alguna vinculación entre las fluctuaciones de la economía y las de la tensión política? También parece como si las diferencias étnicas, o mejor el dualismo cultural, explicaran más claramente que la división de clases ciertas actitudes y tendencias del momento. Y puesto que el conflicto concierne a un área mucho más amplia que el Magreb, no podemos olvidar que los sucesos de Africa del Norte se ven afectados más profundamente, si bien de una manera más indirecta, por otros sucesos relevantes del este que por la política francesa, que sin embargo parece ocupar el primer plano. Quizá algún día estemos en condiciones de combinar todas estas variables en un diagrama general, o al menos de dar a cada una de ellas su peso específico con respecto a las otras.

Ciencia, ideología y acción, en el período que hemos estudiado, propendían a suscribirse al punto de vista europeo de las cosas: esto es aplicable tanto a la izquierda francesa como a la mayor parte de las teorías norafricanas de la época. Lo cual hace destacar todavía más a los movimientos que fueron capaces de evitar esta distorsión, a pesar de las dificultades que ello entrañaba. Los acontecimientos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial los justificarían sobradamente.

Pero para el historiador es muy fácil erigirse en profeta de lo que realmente sucede. Hoy día conocemos el desenlace, o, si lo prefieren, las consecuencias de las situaciones descritas en este capítulo. ¿Podían haber sido diferentes esas consecuencias? En particular, ¿podía el reformismo expresado por hombres respetables en los tres países del Africa del Norte francesa, haber procedido a su conclusión lógica —el establecimiento, en una forma actualizada, de la solidaridad entre estos tres países y Francia? Ahora es fácil contestar que no, pero deberíamos evitar una solución tan simple.

Cuando nosotros destacamos alguna de las alternativas que pasaron desapercibidas en el transcurso real de los sucesos, no estamos reprochándole a las autoridades de la época errores y abusos que probablemente impidieron que las cosas siguieran su curso normal. Al mismo tiempo, hallar el verdadero significado de palabras y hechos pertenecientes al período es un desafío que nosotros hemos tratado de afrontar. Al menos esperamos haber sugerido que la situación del Magreb en aquella época, con mayor razón que en otros casos, exigía ser interpreta-

da en términos de una especie de movimiento subterráneo, donde lo que estaba implícito e incluso escondido era más importante que lo que estaba explícito.

Un acercamiento a la democracia burguesa; el socialismo internacional; la reafirmación de una identidad separada —ahora sabemos ya que de estas tres alternativas la que prevaleció fue la última. Sin embargo, en aquel momento la situación no era unívoca, sino abierta a dos tendencias rivales —islamismo y secularidad, occidentalización y panarabismo, moderación y revolución. En 1935 nadie podía haber vaticinado cuál de estas tendencias prevalecería, y ni siquiera si alguna de ellas prevalecería sobre la estructura colonial. Lo que ahora podemos concluir es que la historia probablemente dejó en suspenso otras posibilidades que podían haber llegado a gobernar —quizá todavía puedan—, a través de formas diferentes, otras fases del futuro.

Capítulo 25

POLITICA Y NACIONALISMO EN AFRICA OCCIDENTAL, 1919-1935

*A. ADU BOAHEN**

Como hemos indicado en los capítulos 6 y 12, la primera guerra mundial provocó un eclipsamiento de la resistencia al colonialismo en casi todo el oeste africano. Tal y como M. Crowder ha señalado [1], la mayoría de los africanos de esta región, excepto en algunas partes de Costa de Marfil, Níger, Costa de Oro (ahora Ghana) y la parte oriental de Nigeria, se mostraron leales a sus gobernantes coloniales durante la guerra, y algunos de los jefes indígenas contribuyeron a los esfuerzos bélicos de las metrópolis con hombres y recursos en forma de dinero. Sin embargo, después de la guerra, las actividades contra el colonialismo en Africa fueron reanudadas, ahora incluso con mayor vigor y determinación. En realidad, si el período entre 1919 y 1935 ha sido descrito como el mediodía del colonialismo en el Africa occidental, este período fue también testigo del punto culminante de la resistencia y las actividades nacionalistas en esta misma región.

El nacionalismo africano y las reacciones nacionalistas durante este período estuvieron determinadas por una serie de factores. Estos fueron el impacto de la Primera Guerra Mundial, la misma situación colonial, una ampliación de las clases profesionales e instruidas, así como de la clase trabajadora, especialmente en los centros urbanos, las condiciones económicas generales de los años veinte y treinta, los cambios socio-económicos en las áreas rurales ocasionados por un crecimiento del tipo de cultivos apreciados en los mercados del dinero y, finalmente, la difusión del pan-africanismo y de las actitudes pan-africanistas en el Africa occidental. Crowder (capítulo 12) ha analizado en detalle el impacto de la primera

* El autor agradece a la Oxford University Press el permiso para reproducir material de parte de su libro *Pan-africanismo y Nacionalismo en Africa occidental* (1973).

[1] Ver capítulo 12.

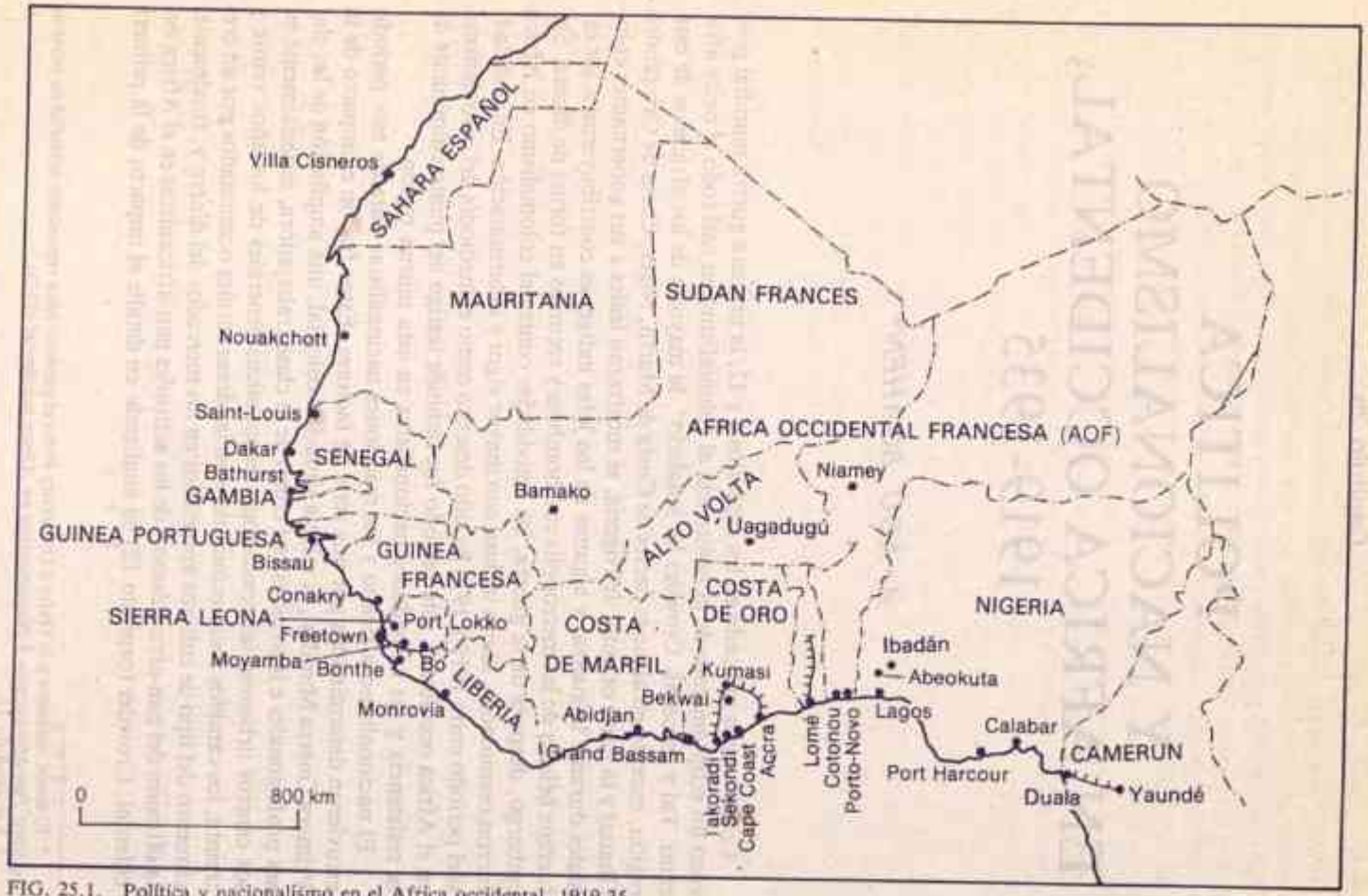


FIG. 25.1. Política y nacionalismo en el Africa occidental, 1919-35

guerra mundial en Africa y en las actitudes nacionalistas. Baste citar aquí en primer lugar y ante todo que el servicio militar obligatorio de muchos africanos levantó una ola de indignación, especialmente en aquellas áreas que antes habían sido francesas. En segundo lugar, la guerra fue una prueba de que el hombre blanco no era después de todo un superhombre y que se podía, por tanto, resistir a su dominio. En tercer lugar, después de la guerra, los países «lealistas» de esta región estaban esperando recompensas a su lealtad en la forma de más concesiones y participación en el gobierno de sus propios asuntos, un sentimiento que se vio reforzado por las bases teóricas de la democracia liberal y el principio de autodeterminación enunciado por el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, y el primer ministro de Gran Bretaña, Lloyd George. Todos estos factores hicieron que un gran número de africanos occidentales estuvieran más preparados que antes para participar en los movimientos anticoloniales y de resistencia.

El sistema colonial también se consolidó durante este período, haciéndose el autoritarismo y el racionalismo del mismo incluso más evidente. Fue durante este período cuando la alianza entre los gobernantes tradicionales africanos y los dueños coloniales se vio fortalecida. Varias ordenanzas vinieron además a incrementar enormemente los poderes de estos gobernantes, eliminando de modo virtual a la nueva élite ilustrada y a los grupos profesionales de la participación en la administración de sus propios países.

Lo que hizo esta circunstancia más explosiva fue el hecho de que el período vio un sustancial incremento del tamaño de esta élite ilustrada, así como de los grupos profesionales beneficiarios de la expansión local de la educación occidental, y del número de personas que seguían esta misma educación allende los mares. También en las áreas rurales, el aumento de los cultivos susceptibles de ser intercambiados por dinero, tales como el cacao y los cacahuetes, generó un aumento paralelo del número de hombres y mujeres jóvenes que se hicieron incluso más ricos que los gobernantes tradicionales. Esta repentina riqueza ofendió a los poderes dictatoriales y prerrogativas conferidos a los jefes, y como consecuencia los nuevos ricos fueron eliminados de los consejos estatales de las, así llamadas, autoridades nativas. Todos estos cambios sociales influyeron de una manera definitiva en la formación de las actividades políticas y nacionalistas en el Africa occidental.

Pero un factor todavía más importante fueron las condiciones económicas del período de entreguerras. Desde luego, lo primero a destacar en conexión con la política nacionalista en el Africa occidental de habla inglesa durante este período, es la manera en que la crisis comercial y los cambios en la economía colonial afectaron a las iniciativas y reacciones de la élite colonial de abogados y mercaderes, de la subélite de profesores y empleados públicos y a los trabajadores. Porque la «revolución económica» en el Africa occidental no sólo introdujo la economía monetaria y extendió el comercio; también aportó ciertos valores sociales y económicos entre los empresarios africanos y las clases sociales, y principalmente entre la clase de la abogacía comercial. Aunque la posición de estas clases, particularmente la de los pequeños comerciantes, había comenzado a cambiar con el desarrollo de la economía colonial en la última década del siglo XIX, fue la primera guerra mundial y las crisis económicas concomitantes lo que en realidad tu-

vo un impacto más inmediato y significativo sobre la condición de estas clases. Ya había quedado patente, durante la recesión de las décadas de los ochenta y noventa, que la creciente sofisticación del comercio, la expansión de los mercados y la competencia de empresas extraterritoriales significaba que los hombres de negocios africanos tendrían que ganar en eficiencia o bien ser obligados a jugar un papel secundario en la economía colonial. La primera guerra mundial, con sus controles económicos, tarifas discriminatorias para la exportación, escasez de moneda y disminución del transporte marítimo produjo la creciente certeza entre las clases africanas dedicadas a los negocios y a las profesiones liberales de que los días cosmopolitas de armonía habían pasado y que la era de los consorcios y los monopolios estaba haciendo su aparición.

En Sierra Leona, la frustración de las clases educadas y de los comerciantes africanos, así como el desempleo en las grandes ciudades, tuvieron su expresión en los disturbios de 1919, en los que las protestas contra el precio del arroz tomaron la forma de ataques a los comerciantes sirios y libaneses y en la huelga obrera del mismo año. Aunque dirigidos contra los «levantinos» (quienes era acusados de crear escasez mediante la acumulación de productos esenciales y la supresión de los intermediarios locales), estos disturbios fueron de hecho una violenta y espontánea protesta contra las injusticias que para muchos tenían su origen en la gestión de la economía colonial. Los saqueos y los desórdenes se extendieron desde Freetown a Moyanba, Kangahum (25-26 de julio de 1919), Mano, Boia, Makump, Bo, Bonthe, Mange y Port Lokko. La situación era tan grave que tuvieron que ser enviadas tropas desde la Costa de Oro. Paralelamente a estos disturbios, la plantilla técnica y los obreros del ferrocarril y los de los departamentos de obras públicas se declararon en huelga, demandando los mismos bonos usufructuados por los funcionarios del gobierno y quejándose de los bajos salarios y de la subida de los precios de los alimentos[2]. También en Gambia el alza de los precios tuvo efectos políticos y sociales, produciendo altercados y tumultos esporádicos que generalmente conllevaban saqueos y robos, así como una huelga de marineros para reclamar mejora de salarios y, en cuanto a la formación de sindicatos, destacar la Unión de Defensa Nativa de Gambia.

La recesión económica de 1921 originó nuevas agitaciones por parte de los comerciantes de esta región del Africa occidental, algunos de los cuales vieron arruinados sus negocios. La emisión de papel moneda y la escasez de plata no mejoró la situación tampoco, y los comerciantes europeos fueron acusados de almacenar la nueva moneda y de provocar una subida de precios. De acuerdo con un periódico de la Costa de Oro, «los reyes, jefes y todas las clases pronto serán igualmente pobres», a menos que nos unamos para protegernos a nosotros mismos contra las astutas maniobras de los dueños de los monopolios. En general, todas estas penurias económicas ayudaron a que la prensa de la región solicitara la formación del Congreso Nacional de Africa Occidental Británica (NCBWA) y la abolición del sistema administrativo vigente en la «colonia de la corona», de manera que los africanos tuvieran algo más que decir en lo concerniente al desarrollo de

[2] Public Record Office, Kew, Co 267/582/45278; también *Sierra Leone Weekly News*, 19 de julio de 1919, p. 8.

la economía y más representación en los cuerpos administrativos y legislativos.

El último factor de fondo fue el lanzamiento del movimiento pan-africanista y, en particular, las actividades del doctor W. E. B. Du Bois y Marcus Garvey, especialmente en la década de los veinte. Estos temas serán analizados con más detalle en el capítulo 29, aunque deberíamos mencionar aquí que los varios congresos pan-africanistas organizados por Du Bois —en París en 1919, en Londres, Bruselas y París en 1921, en Londres y Lisboa en 1922 y en Nueva York en 1927, a los que asistieron representantes del Africa occidental—, no solamente internacionalizaron las actividades y la lucha nacionalista contra el colonialismo en el Africa en general y en el Africa occidental en particular, sino que también vigorizaron la conciencia de los negros de todo el mundo acerca de su frágil condición de raza oprimida y sojuzgada, ganando más conversos a la causa nacionalista en el Africa occidental.

En este contexto examinaremos las organizaciones y movimientos creados durante el período de entreguerras para la articulación de las reclamaciones y quejas nacionalistas, primero en el Africa occidental británica y luego en el Africa occidental francófona.

POLITICA Y NACIONALISMO EN EL AFRICA OCCIDENTAL BRITANICA

LIGAS Y MOVIMIENTOS DE JUVENTUDES

Las más comunes de estas organizaciones fueron las uniones étnicas y los movimientos y asociaciones de juventudes. El período de entreguerras ciertamente vio la formación de un creciente número, casi un verdadero enjambre, de asociaciones étnicas, literarias, de ayuda social, de «viejos camaradas», de voluntarios y de jóvenes, así como clubes, sociedades y movimientos en muchos países afro-occidentales. Numerosas uniones igbos fueron creadas en ciudades de Nigeria tales como Ibadan, Abeokuta y Lagos. Solamente en la colonia y en las regiones asantes de Costa de Oro había al menos cincuenta de esos clubes y asociaciones en 1930, la mayoría de ellos formados entre 1925 y 1930[3]. Ejemplos de estos clubes fueron el Grupo Achimota de Discusión, el club Literario y Social y el Club Eureka de Cape Coast, el Optimun Club y los Clubes Literarios y Sociales de Sekondi, el Club de Gente Joven, el Cosmos Club y el Rodger Club de Acrra, la Sociedad Anum para el Progreso, la Liga Ewe, la Sociedad Asante Kotoko de Kumasi y la Unión Kotoko de Bekwai. Algunos de estos clubes y asociaciones fueron integrados por J. B. Danquah en la Conferencia del Movimiento de Juventudes, que celebró su primera reunión en Accra en 1929. En Costa de Oro y Sierra Leona, I. T. A Wallace Johnson fundó su Liga de Juventudes y la Liga de Juventudes de Africa Occidental, mientras que en 1934 fue fundado el Movimiento de las Juventudes Nigerianas, el cual, como ha demostrado un reciente investigador nigeriano, «incluyó a casi todos los jóvenes intelectuales del período

[3] K. O. Hagan, 1968.

—H. O. Davis, Nnamdi Azikiwe, Dr. Vaughan, Dr. Kofo Abayomi, Obafemi Awolowo»[4].

Todos estos clubes y asociaciones fueron dirigidos bien por la élite educada por los misioneros o por jóvenes abogados, doctores y hombres de negocios. Aunque el objetivo de estos dirigentes era arrebatar el liderazgo político a los viejos líderes nacionalistas conservadores del Congreso, aspecto que discutiremos más adelante, ninguno de ellos —con la sola excepción de los cabecillas de la Liga de Juventudes de Africa Occidental— hizo demandas radicales, a pesar de las deterioradas condiciones económicas de los años veinte y treinta. Sus reclamaciones quedaron reducidas a los temas de la educación universitaria, facilidades en el acceso a la educación y en la calidad de ésta, incremento de sueldos y salarios, representación más equitativa en los consejos legislativos y ejecutivos, provisión de oportunidades económicas para los africanos y mejores relaciones entre la administración colonial y los africanos. Estas fueron precisamente las demandas formuladas por la Conferencia de Juventudes de Costa de Oro en su primera reunión en Accra, organizada por Danquah en 1929.

La lista de reivindicaciones del Movimiento de Juventudes Nigerianas (NYM) fue muy similar. Este solicitaba la mayoría africana en el consejo legislativo y pedía la progresiva representación de todos los nigerianos en él. El programa del NYM también reclamaba el sufragio universal, criticaba tanto la práctica del gobierno indirecto como la representación de los intereses comerciales y económicos europeos en el consejo legislativo, y presionaba por la nigerización gradual del servicio civil. En la esfera económica, al igual que la Conferencia de Juventudes de Costa de Oro, el NYM pedía también la participación africana en la economía en un nivel de igualdad. Este incluso proveía las líneas maestras de un plan de desarrollo quinquenal en el que figuraban como materias prioritarias la industria manufacturera, el transporte, la banca y la industria textil. También proponía la creación de sociedades cooperativistas, las cuales deberían ayudar a los nigerianos a comprar algunas industrias; igualmente, deberían fundarse bancos rurales, los cuales contribuirían a modernizar la agricultura y a mejorar el nivel de vida del campesinado. El NYM condenaba el monopolio ejercido por las firmas extraterritoriales y demandaba la urgente introducción de programas de asistencia social para usufructo de los trabajadores nigerianos. En cuanto al ámbito sociocultural, el movimiento exigía un sistema educativo de amplias bases sociales y financiación estatal, así como un plan de escuelas de enseñanza primaria; los programas de educación para adultos y cursos de salud e higiene eran estimados como una responsabilidad de las autoridades locales y centrales.

La Liga de Juventudes de Africa Occidental, la única verdaderamente radical entre estos movimientos, estaba dirigida por I. T. A. Wallace Johnson, un sindicalista de Sierra Leona que había estudiado en Moscú entre 1931 y 1932. Wallace retornó al Africa occidental con el objetivo de crear una fuerza política con obreros y desempleados de las áreas urbanas y derrocar el sistema colonial. Fundó la Liga de Juventudes en Costa de Oro, organizando a los obreros y levantándolos contra el régimen colonial, para lo cual utilizó sus virulentos, casi sediciosos

[4] G. O. Olusanya en O. Ikime (ed.), 1980, p. 558.

artículos y su hábil manipulación de los problemas locales, especialmente de la situación de desempleo, el alza de los precios de los alimentos y la frustración causada por la caída del valor de las exportaciones de cacao desde 1929. Debido a sus esfuerzos para movilizar estos recursos y usarlos en la radicalización de la política local, muy pronto la administración colonial lo consideró un peligroso radical pagado por los comunistas para organizar a la población joven de la colonia, con lo cual lo deportó a Sierra Leona. En Sierra Leona, Wallace Johnson fundó nuevas ramas en la Liga de Juventudes en Freetown y en Bo, y empezó a publicar un periódico, *The Sentinel*, que utilizó como un látigo contra las malas condiciones laborales y el ordenamiento de la enseñanza.

Aparte de las peticiones y campañas emprendidas a través de los periódicos, estos movimientos participaron en elecciones locales y recurrieron a la huelga cuando lo juzgaron necesario. Hay certeza de su implicación en las demostraciones, disturbios y huelgas de Freetown en Sierra Leona (1926-31), y de Bathusrt (ahora Banjul) en Gambia (1929). En Accra, el Movimiento de Juventudes encabezado por Kojo Thompson, un abogado de la ciudad, y el editor de periódicos nigeriano Nnamdi Azakiwe, concurrió a las elecciones municipales de Accra, bajo el paraguas del Partido Mambii, con el objeto de combatir electoralmente a otros nacionalistas más viejos y conservadores, tales como el doctor F. V. Nanka-Bruce. Por su parte, la Liga de Juventudes participó en las elecciones locales de Cape Coast. El movimiento de Juventudes Nigerianas, respaldado por el periódico de Azikiwe, el *West African Pilot*, también organizó una enérgica y exitosa campaña contra el partido conservador de Herbert Macaulay, el Partido Democrático Nacional Nigeriano, que había dominado la política de Lagos desde su fundación en 1923.

No se puede decir, sin embargo, que los logros de estos movimientos fueran muchos e importantes. Sus éxitos electorales en la década de los treinta no consiguieron desbancar al liderazgo conservador ni sus detallados programas económicos se revelaron susceptibles de ser llevados a la práctica en el semisistema administrativo de la colonia de la corona. Pero si bien una buena parte de la actividad de los movimientos de juventudes no originó beneficios políticos sustanciales, al menos si exceptuamos sus éxitos electorales en las áreas urbanas, el estilo político del movimiento nacionalista en el Africa occidental británica posterior a 1945, debe mucho a la experiencia que algunos de los líderes cosecharon en estos movimientos.

PARTIDOS POLITICOS

Además de estos movimientos de juventudes fueron creados varios partidos políticos como medios de agitación y de lucha por las reformas. El más conocido de ellos fue el Partido Democrático Nacional Nigeriano, fundando por Herbert Macaulay en 1923. Los objetivos del partido quedaron establecidos como sigue:

> Procurar la seguridad o el bienestar social de la población de la colonia y el protectorado de Nigeria como una parte integral de la Commonwealth del Imperio británico, y portar la bandera de la «Verdad, Libertad, Derecho y Justicia» a las alturas empíricas de la de-



• *I. T. A. Wallace Johnson (1894-1965), periodista, sindicalista y político nacionalista panafricano de Sierra Leona, dirigiendo un mitin político.*

> mocracia, hasta la realización de su ambicioso objetivo de «un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo»... y, al mismo tiempo, mantener una actitud de indesviable lealtad al trono en la persona de su majestad el rey emperador, por medio de la estricta adhesión constitucional a sus métodos y proceder general [5].

En su programa figuraba la nominación y elección de los miembros de Lagos en el consejo legistativo; la obtención del *status* municipal y el completo autogobierno local para Lagos; el desarrollo de la enseñanza superior y la obligatoriedad de la educación en toda Nigeria; la africanización del servicio civil; el comercio libre y honrado en Nigeria e igual trato para comerciantes y productores nigerianos; y, finalmente, la explotación económica de los recursos naturales de Nigeria por empresas privadas bajo control. El partido empleó los métodos usuales para alcanzar sus objetivos —participando en las elecciones de Lagos, que ganó en 1923, 1928 y 1933; organizando mítines masivos y enviando comisiones al gobernador, lo que hizo en 1930 «para discutir asuntos nacionales como los de la crisis del comercio y el cese y nombramiento de jefes» [6]. Este partido dominó la política de Lagos hasta su derrota por el Movimiento de Juventudes Nigerianas en las elecciones de Lagos de 1938.

SINDICATOS OBREROS

Los movimientos obreros constituyeron una vía más para el encauzamiento de los sentimientos anticoloniales y las peticiones nacionalistas. Pero así como en Africa del Sur y central se crearon varias de estas organizaciones sin aparentes trabas oficiales, empezando por la primeras de ellas, la Unión de Obreros Industriales y del Comercio, fundada por Clements Kadalie en Sudáfrica en 1919, y su rama de Rhodesia del Sur, creada en 1927, el gobierno francés no permitió actividades sindicales en el Africa occidental hasta 1937, y el gobierno británico, al menos de una manera oficial, hasta 1932 en Gambia, hasta 1939 en Sierra Leona y Nigeria, y hasta 1941 en Costa de Oro [7]. Sin embargo, aunque las actividades de estas asociaciones obreras no fueron oficialmente alentadas o permitidas durante este período, un número de ellas hizo su aparición clandestina como consecuencia del alto coste de la vida. Así la Unión de Trabajadores del Ferrocarril de Sierra Leona, la Unión de Trabajadores Mecánicos de Nigeria, formada en 1919, y la Unión de Defensa Nativa de Gambia. Las típicas armas de estos sindicatos fueron huelgas, boicots y cortes en los servicios. La primera serie de huelgas ocurrió entre los trabajadores ferroviarios y los mineros. Una huelga ferroviaria tuvo por escenario Sierra Leona en 1919 y otra en 1926. Los trabajadores de las minas de oro de Ashanti en Obuasi, Costa de Oro, se declararon en huelga en 1924, mientras que la huelga en las minas de carbón de Enugu lleva la fecha de 1925, así como la del ferrocarril de Dakar- St. Louis [8]. Todas estas huelgas reivindicaron salarios más altos y mejoras en las condiciones del trabajo.

---

[5] Citado por J. S. Coleman, 1958, p. 198.
[6] *Ibid.*, p. 199.
[7] M. Crowder, 1968, pp. 351-52.
[8] *Ibid.*, p. 352.

MOVIMIENTOS INTERTERRITORIALES E INTERNACIONALES: EL CONGRESO NACIONAL DE AFRICA OCCIDENTAL BRITANICA

Las asociaciones, partidos y movimientos que hemos discutido hasta aquí tuvieron un carácter local o territorial, tanto en organización como en objetivos. Pero lo que diferencia a los movimientos políticos del período de entreguerras de esos otros inmediatamente anteriores o posteriores al período, fue la formación de un movimiento interterritorial en los países británicos del Africa occidental y de movimientos internacionales en las capitales metropolitanas de los gobiernos coloniales. El primero fue el Congreso Nacional de Africa Occidental Británica, con sede en esta región, y el segundo la Unión de Estudiantes de Africa Occidental, que se constituyó en Londres.

Indudablemente, el Congreso Nacional de Africa Occidental Británica (NCBWA) fue el más interesante de los movimientos nacionalistas que emergieron en el período de entreguerras [9]. Este Congreso fue fundado gracias a los esfuerzos de J. E. Casely Hayford, un abogado e intelectual de Costa de Oro, y del doctor Akiwande Savage de Nigeria; debido a la influencia de estos hombres el liderazgo del Congreso no estuvo dominado por los gobernantes tradicionales, sino por profesionales tales como abogados, doctores y hombres de negocios. El espíritu motor del movimiento fue sin duda alguna Casely Hayford, cuyo idealismo, visión política y fe en la unidad de los pueblos africanos hizo posible la supervivencia del NCBWA desde 1920 a 1930, así como la inyección de una aroma pan-africanista a la política afro-occidental, tarea en la que sólo fue igualado por los esfuerzos de Kwane Nkrumah veinticinco años más tarde.

Como ya quedó patente en mi análisis de las características sociales y profesionales de los dirigentes del NCBWA [10], estos hombres habían heredado el individualismo radical de las democracias liberales occidentales, y particularmente algunos de sus principios victorianos, tales como el *laissez-faire*, la idea del conocimiento como arma de poder, la fe en el progreso y en la armonía natural de los intereses humanos y la firme creencia de que «la libertad ordenada» y la prosperidad van de la mano. Además, para la mayoría de los dirigentes, «Africa occidental británica» existía como una entidad más importante que Costa de Oro, Sierra Leona o Nigeria. Esta identificación de las partes con el todo continuaría hasta la depresión de 1929 y 1930, cuando se hizo dominante una concepción más restringida del concepto de nacionalidad [11]. La «clase media» educada y urbana de todo el occidente africano, desde la diáspora de Sierra Leona en el siglo XIX hasta los últimos años treinta, tuvo más en común y se comunicó más fácilmente con sus iguales de las ciudades a lo largo de toda la costa, que con los habitantes del interior de sus propias regiones.

[9] Para más detalles ver J. A. Langley, 1973.

[10] *Ibid.*, capítulo IV.

[11] Por ejemplo, el *Gold Coast Leader* del 26 de septiembre de 1928, afirmaba: «La idea de una nación de Costa de Oro es fundamental». El *Sierra Leone Weekly News* del 27 de octubre de 1928, declaraba también: «Se diga lo que se quiera en contra, Sierra Leona es nuestro país...». Es interesante saber, sin embargo, que entre 1919 y 1924 es difícil encontrar evidencia de que la prensa no analizara los asuntos desde un punto de vista afro-occidental, en lugar de adoptar visiones en consonancia con cada colonia.

Habiendo señalado que ellos no tenían un pasado histórico que pudiera tomarse en serio, y siendo conscientes de las limitadas oportunidades para su grupo socio-económico en el sistema colonial, quizá no sea sorprendente que la intelectualidad nacionalista prefiriera una visionaria «nacionalidad afro-occidental» a un sistema político en el que ellos no tenían voz y que, en cualquier caso, era extranjero y, por tanto, desde su punto de vista, opresivo. Los periódicos de Costa de Oro nunca cesaron de denunciar el dominio extranjero. Y como el editorial de uno de estos periódicos observaba: «La introducción del sistema de gobierno británico en lugar del que existía anteriormente, fue un atropello que ninguna nación respectuosa de sí misma hubiera permitido».

Pero a pesar de las objeciones al «gobierno extranjero», nunca hubo una mención explícita a cortar las relaciones con el poder colonial; el gobierno extranjero era malo, pero había buenas razones para consentirlo; era mejor reclamar más oportunidades para un grupo social concreto y hacer demandas moderadas que romper completamente con ese gobierno; y uno todavía podía ser «libre» bajo la «Union Jack»*. Incluso Herbert Macaulay, considerado por la administración como el moscardón de la política de Lagos, podía hablar sinceramente acerca de «las muchas y diversas ventajas de la *pax britannica*». El Congreso Nacional del Africa Occidental Británica también declaró:

> Que la política del Congreso será mantener de manera estricta e inviolable los vínculos de las dependencias de Africa occidental británica con el imperio británico, y defender sin reserva alguna todos y cada uno de los derechos de la libre ciudadanía del imperio y el principio fundamental de que el sistema tributario va unido a una efectiva representación... para contribuir al desarrollo de las instituciones políticas del Africa occidental británica bajo la Union Jack... y, llegado el momento, asegurar, dentro de sus fronteras, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; asegurar la igualdad de oportunidades para todos, preservar las tierras del pueblo para el pueblo [12].

Finalmente, los dirigentes también se veían a sí mismos como la única clase de gente que, en virtud de su *status* social y profesional, estaban cualificados para controlar por medios constitucionales lo que racistas americanos histéricos como Lothrop Stoddard y Madison Grant llamaron «la creciente marea de color contra la supremacía blanca».

Es importante clarificar las actitudes de los líderes de este movimiento para poder destacar que, a pesar de toda la retórica acerca de la raza, cooperaron en la formación de un cuadro de objetivos excesivamente limitado; formaron una subélite cuyos intereses generalmente coincidían con los de, y fueron protegidos por los gobernantes extranjeros contra los que se agitaban. Aunque decían hablar en nombre «del pueblo», los intereses de la pequeña burguesía nacionalista nunca llegaron a coincidir con los de la masa de la población; de hecho, lo que deseaban armonizar era precisamente las contradicciones dentro del mismo sistema colonial, lo cual les permitiría proteger y ampliar sus propios intereses sin da-

* Bandera del imperio británico.

[12] La constitución del Congreso Nacional de Africa Occidental Británica. También la resolución de la Conferencia de Africanos de Africa occidental británica, 1920, p. 9.

ñar el sistema mismo; de ahí su constitucionalismo y su reconocimiento de las ventajas del sistema colonial británico. Aparte del pan-africanismo que a veces defendieron, su principal objetivo era la adquisición de instituciones representativas para proteger sus intereses socio-económicos y aumentar sus oportunidades en la sociedad colonial [13].

El NCBWA celebró su primera conferencia en Accra de 11 a 29 de marzo de 1920. A ella acudieron delegados de Nigeria, Costa de Oro, Sierra Leona y Gambia, despertando un amplio interés en Africa, Londres e incluso en lugar tan apartado como las Indias occidentales [14]. El «Humilde Memorial» en el que la conferencia resumió sus resoluciones, declaraba la «sincera lealtad y vocación al trono y a la persona de su majestad el rey emperador» de los miembros de la conferencia. Sus recomendaciones apuntaban no a una destrucción de las estructuras del gobierno existente, sino a su modificación. Algunos cambios constitucionales defendidos por la conferencia incluyeron la remodelación de los consejos legislativos del Africa occidental, de modo que la mitad de sus miembros fueran nominados por la corona, y la otra mitad elegidos por el pueblo, con la inclusión de asambleas, en parte también elegidas, para vigilar el sistema tributario. La conferencia condenó la rigidez de la política colonial en lo referente a su regla de elegir sólo europeos para los cargos públicos más altos. También solicitó instituciones municipales y la fundación de una universidad africana-occidental sobre las bases propuestas por E. W. Blyden en 1872, idea que recibió el apoyo del gobernador de Sierra Leona, John Pope-Hennessy.

Los miembros de la conferencia protestaron por los controles fiscales y económicos de la posguerra y el creciente poder de las empresas extraterritoriales. Es interesante destacar que, en su desesperación, la conferencia, influida por los comerciantes y por las propuestas del reverendo patriarca J. G. Campbell, el representante en la conferencia de la Asociación Mundial para el Progreso de la Raza Negra, el movimiento de Marcus Garvey, resolvió:

> Que esta conferencia, sustentando la opinión de que el comercio competitivo en las dependencias del Africa occidental británica no debería estar sujeto a restricciones, ve con gran disgusto la aprobación de la ley del impuesto sobre la exportación de Palm kernels*... Que, en vista de las dificultades experimentadas hasta aquí por los legítimos comerciantes y exportadores africanos en cuanto al espacio en las bodegas de los barcos británicos, esta conferencia da la bienvenida a la libre competencia en el transporte marítimo, con particular referencia a la «Black Star Line».

También fueron demandadas reformas legales, especialmente el establecimiento de un tribunal de apelación del Africa occidental. Igualmente, la conferencia resolvió crear una Asociación de Prensa Africo-occidental, como reconocimiento del «importante papel de la prensa en el desarrollo nacional»; un comité de expe-

[13] Ver E. J. Hobsbawn, 1964; pp. 176-7 y el útil ensayo de M. Kilson, 1958.

[14] *Gold Coast Times*, 15 de septiembre de 1931, p. 11; *West african Natcorkood*, 9 de abril de 1931.

* «Palm kernel», el fruto de una planta de la familia de las palmáceas. Este fruto es el origen del aceite de palma. *(N. del T.)*.

rimentados periodistas debería examinar el problema de una mejor coordinación de la política de la prensa entre los periódicos del Africa occidental en lengua inglesa. En consonancia con esta misma idea fue propuesta la creación del órgano de prensa oficial del NCBWA, bajo la dirección de Casely Hayford y financiado por el fondo inaugural del Congreso, bajo el nombre de *British West African National Review*.

En la conferencia también se trató el tema de las reformas sanitarias y médicas, y a este respecto fueron leídos estudios altamente técnicos por el doctor H. C. Bankole-Bright, de Sierra Leona; algunos delegados discutieron además la segregación residencial de razas y la posición de los médicos africanos empleados por el gobierno. La importante y eterna cuestión de la tierra formó otro punto de discusión, con esta áspera declaración: «Que en opinión de la conferencia el principio de arrendamiento con respecto a las tierras de los pueblos africanos del Africa occidental británica había sido ampliamente rebasado, y que es propio declarar que la mayoría de los africanos de esta región se sienten capaces de controlar y administrar sus propios intereses en la materia».

La conferencia condenó el derecho asumido por las potencias europeas de intercambiar o repartir países entre ellas, sin referencia o consideración de los deseos de los habitantes de estos países, a quienes juzgaban semejantes a las especies de esclavos; especialmente, la conferencia denunció la partición de Togo entre los gobiernos inglés y francés y la entrega de Camerún a Francia sin consultar o respetar los deseos de los pueblos implicados en la transacción, y respetuosamente deseaba la promesa por parte del gobierno de su majestad, de que bajo ninguna circunstancia consentiría cualquier maniobra que atentara contra la integridad de las cuatro colonias del Africa occidental británica. Finalmente, la conferencia se constituía a sí misma en el Congreso Nacional de Africa Occidental, y determinaba hacer llegar sus puntos de vista a Londres.

Una delegación con representantes de Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria llegó a Londres en 1920 para solicitar al gobierno de su majestad el otorgamiento de representación electiva para las cuatro colonias (ver foto 25.2). Casely Hayford, de Costa de Oro, encabezaba la delegación. La delegación buscó el apoyo de varios grupos parlamentarios y de organizaciones humanitarias. Igualmente obtuvo el respaldo y la cooperación de la Cámara de Comercio de Liverpool, de Albert Cartwright, el editor de *West Africa*, y de algunas personalidades públicas influyentes. Sin embargo, debido a la oposición de sir Hugh Clifford, gobernador general de Nigeria, Gordon Guggisberg, gobernador de Costa de Oro, y de algunos de los jefes indígenas de esta misma colonia, a cuya cabeza se encontraba el nana sir Ofori Atta, y, por encima de todo, debido a la actitud contraria de la Secretaría de Estado para las Colonias durante su control por el vizconde Milner, la petición del NCBWA fue rechazada, principalmente sobre las bases de que el liderazgo del Congreso no representaba a la mayoría de la población de los cuatro territorios del Africa occidental.

El Congreso se reunió otra vez en Freetown (enero-febrero de 1923), Bathurst (diciembre 1925-enero 1926) y Lagos (1930), si bien la mayor parte de la agitación política del movimiento fue dirigida por los comités territoriales establecidos en Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria. La sesión de Freetown, totalmen-



• *La delegación del Congreso Nacional de Africa Occidental Británica que visitó Londres en 1920: de izquierda a derecha sentados, Dr. M. C. Bankole-Bright (Sierra Leona), T. Hutton Mills (Costa de Oro), jefe Oluwa (Nigeria), J. E. Casely Hayford (Costa de Oro), H. Van Hein (Costa de Oro); de pie, J. Egerton Shyngle (Nigeria), M. H. Jones (Gambia), Herbert Macaulay (Nigeria), T. N. Oluwa (Nigeria), F. W. Dove (Sierra Leona), E. F. Small (Gambia).*

te respaldada por la élite social de la ciudad, ratificó la constitución del movimiento y redactó las funciones de su presidente, secretario general, consejo ejecutivo, secretario de finanzas y del comité ejecutivo central. La sesión de Freetown también recomendó la creación de un periódico del movimiento, que se llamaría *British West African Review* y tendría como misión fundamental informar de todas las actividades de las distintas ramas territoriales. El secretario general, con residencia en Sekondi (Costa de Oro), recibiría informes trimestrales de los secretarios de cada comité territorial. Significativamente, la constitución del NCBWA ratificada en Freetown, también se refería a la cooperación económica entre los países del Africa occidental, urgiendo a las ramas del Congreso Nacional a educar a la opinión pública, especialmente a los empresarios y hombres de negocios africanos, acerca de las maneras y medios de desarrollar económicamente Africa occidental.

La sesión de Bathurst, desarrollada del 24 de diciembre de 1925 al 10 de enero de 1926, recordando que todas las peticiones de los comités locales de representación electiva habían venido siendo rechazadas desde 1920, resolvió que «la constitución mejor es la que hace posible la expresión verdadera y eficaz de la opinión pública», que había llegado el momento de la total aplicación del sistema electivo de representación en la colonia de Gambia y, finalmente, que las distintas secciones del NCBWA deberían considerar seriamente la cuestión de una Federación de Africa occidental, dotada de un gobernador general, y, a su debido tiempo, el envío de representación al gobierno de su majestad para que tuviera en profunda y benévola consideración este asunto.

La sesión de Bathurst también abogó por el establecimiento de escuelas públicas, educación obligatoria en áreas urbanas, educación industrial y agrícola en las áreas rurales, la creación de bancos rurales y cooperativas, y defendió la «independencia comercial y económica» del Africa occidental, así como la creación de un tribunal de apelación africano-occidental y la elección de africanos para puestos más altos en el sistema judicial. Es importante señalar que el Comité Auxiliar de Mujeres de Gambia, una sección del NCBWA de Gambia, participó en las deliberaciones de la sesión de Bathurst. Con el apoyo del Partido Nacional Democrático Nigeriano de Herbert Macaulay y los esfuerzos de los miembros más activos de la rama de este partido en Lagos, tales como J. C. Zizer, el reverendo W. B. Euba y E. M. E. Agbebi, la cuarta sesión del Congreso fue finalmente celebrada en Lagos en 1930.

¿Cuáles fueron los logros del NCBWA? Aunque el Congreso continuó sus actividades durante la década de los veinte, su mayor éxito fue la introducción de una nueva Constitución en Nigeria en 1923, en Sierra Leona en 1924 y en Costa de Oro en 1925. Esta Constitución reconocía por fin el principio de representación electiva. Durante un tiempo fue costumbre afirmar que este cambio se debió a la iniciativa de sir Hugh Clifford, el entonces gobernador de Nigeria [15]. Sin embargo, el presente autor ha podido establecer más allá de toda duda que esta concesión tuvo como motivo la permanente presión ejercida por varias ramas del

[15] Ver J. A. Langley, 1973, capítulo IV.

NCBWA sobre sus respectivas administraciones [16]. El NCBWA también consiguió desarrollar un sentimiento de unidad y de destino político común entre el liderazgo político del Africa occidental. Por otro lado, fracasó en su objetivo de alcanzar independencia económica, así como en el de la unificación de las cuatro colonias británicas y en cualquier otra acción orientada a debilitar el sistema colonial o al menos mejorar sus condiciones. Por lo contrario, hacia los años treinta, el colonialismo estaba incluso más firmemente asentado que en los veinte.

POLITICA RURAL O NACIONALISMO DE LA POBLACION RURAL EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Con los movimientos de juventudes, el NCBWA y los sindicatos obreros hemos tratado de política y nacionalismo reduciendo el fenómeno a su manifestación en los centros urbanos del Africa occidental y a la dirección del mismo por la élite educada y profesional. Pero recientes investigaciones han demostrado —y otras investigaciones futuras en otros países del Africa occidental no británica confirmarán, rechazarán o bien modificarán estas conclusiones— que las actividades nacionalistas no estuvieron confinadas a los centros urbanos solamente, siendo frecuentes también en las áreas rurales: en los numerosos distritos, estados y comunidades, le correspondió el protagonismo a los cooperativistas y a los granjeros, instruidos o no, por un lado, y a los gobernantes tradicionales por otro. Estos últimos actuaron algunas veces en colaboración con sus súbditos en contra del sistema colonial y otras como agentes de ese mismo sistema. Otro aspecto de este tema, buena parte del cual permanece todavía en la sombra, es el tipo de relación que hubo, si hubo alguna, entre política rural y urbana, si una influyó sobre la otra y cómo se produjo esta influencia.

Permítasenos ilustrar este tema desde los resultados de las limitadas investigaciones llevadas a cabo hasta ahora en Ghana [17]. El período de entreguerras estuvo caracterizado en Costa de Oro, al igual que en las otras colonias británicas del Africa occidental, por el establecimiento y consolidación en las áreas rurales del sistema de gobierno indirecto, cuya base legal fue una serie de decretos y actas —la ordenanza-enmienda de la jurisdicción nativa de 1910, la constitución Guggisberg de 1925, la ordenanza de la administración nativa de 1927 y la ordenanza del sistema de recaudación de impuestos de la administración nativa de 1931. Todas estas medidas, que otorgaron a los jefes tradicionales poderes para recaudar impuestos y para imponer multas y sanciones como no eran conocidas hasta entonces, supusieron, según Stone, «un intento de convertir a los jefes en parte viva de la maquinaria del gobierno colonial». Económicamente, la era vio períodos de expansión alternándose con otros de inflación y recesión— los últimos de estos en 1925-27, 1929-30 y en la segunda mitad de los treinta. Durante esta era se produjo también el desarrollo de la industria del cacao dentro de las áreas rurales, especialmente en Akuapem y Akyem Abuakwa, originando la emergencia

[16] *Ibid.*, pp. 243-45.
[17] Ver R. Addo-Fenning, 1975; J. Simensen, 1975 (a) y R. L. Stone, 1975.

de un número creciente de granjeros ricos y de hombres dedicados al comercio interterritorial y transmarítimo. Socialmente, el fenómeno más importante fue la expansión de la educación elemental en las áreas rurales; muchos de los beneficiarios de esta educación se dirigieron luego a los centros urbanos, mientras otros permanecieron en sus lugares de origen para dedicarse a labores agrícolas o iniciar pequeños negocios. Con todos estos cambios en su *status* económico, los habitantes de estas zonas rurales comenzaron a pedir un cambio correspondiente en su *status* político y, especialmente, representación en los consejos estatales y provinciales, una demanda que las ordenanzas mencionadas más arriba hacían prácticamente imposible. De este modo, los objetivos principales de la población rural, consistieron en adquirir representación en estos consejos y, por encima de todo, frenar los poderes en aumento de sus jefes tradicionales y de los comisarios de distrito, así como la abolición o reducción de algunos de los tributos y sanciones impuestos por estos.

Como ha demostrado una reciente investigación en Ghana, los instrumentos para la consecución de los fines citados fueron dos principalmente: el tradicional de las compañías *asafo*, un buen ejemplo de las cuales lo constituyen las organizaciones permanentes en sociedades de campesinos de lengua akan para propósitos militares y sociales fuera del control de los jefes tradicionales o de la élite política, y el de la formación de nuevas asociaciones, tales como la Asociación de Cultivadores de Cacao y la Federación de Cultivadores de Cacao de Costa de Oro en 1910 y 1928, respectivamente. Los métodos de lucha seguidos por estos frentes de acción consistieron en el envío de peticiones y en cortes en el suministro de cacao. La más importante de las compañías *asafo* que operaron en las áreas rurales fue la compañía asafo de Kwahu[18].

En 1915, esta compañía, formada por cooperativistas de todas las partes de Kwahu, se constituyó en asamblea en Abetifi, convocó al «omanhene» de la región y le obligó a firmar un documento previamente redactado que contenía las normas «para la regulación de los asuntos políticos y económicos del Estado». Este documento, más tarde conocido como la Carta Magna, fue formalmente ratificado por el Consejo Estatal de Kwahu en 1917.

Por este documento las cuotas y multas normalmente impuestas por los jefes tradicionales quedaron reducidas, al mismo tiempo que se introducían una serie de normas para su regulación; el Consejo Okwahuman debería ser transformado también en un cuerpo verdaderamente representativo de los jefes y súbditos, siendo cualquier fallo en la asistencia a estos consejos castigado con una multa. Todavía más interesantes y fáciles de entender fueron las regulaciones de las actividades socio-económicas. El comercio y los mercados de abastos quedarían centralizados en ciertas ciudades; una detallada tarifa de precios al mercado y de impuestos sobre el comercio sería redactada, mientras que la exportación de pescado y de carne de animales de caza de Kwahu fue prohibida; el documento introducía también normas reglamentando matrimonios, responsabilidades familiares en caso de deudas, funerales, adulterios por jefes, etc... Como J. Simensen ha señalado:

[18] J. Simensen, 1974 y 1975 (b).

«Este programa de medidas es probablemente la más detallada documentación que poseemos sobre el temprano período colonial de Costa de Oro y el intento de los habitantes de las áreas rurales de limitar la autoridad de la élite tradicional y afirmar su propia influencia en los campos judicial y legislativo de una manera más efectiva»[19].

El segundo método adoptado por los miembros de estas sociedades rurales fue la deposición de sus jefes tradicionales, lo que se convirtió en una característica bastante común de la política rural en Costa de Oro durante el período de entreguerras. Entre 1910 y 1944, hubo al menos treinta y tres derrocamientos de jefes territoriales solamente en Akyem Abuakwa. Los cargos contra ellos generalmente oscilaron entre abuso del poder, venta impropia de tierra, multas extorsionadoras, imposición de tributos o reclutamiento forzoso de mano de obra.

Los más interesantes y significativos de estos derrocamientos ocurrieron en 1932, cuando todas las compañías *asafo* de Akyem Abuakwa decidieron aunar sus esfuerzos para deponer a los jefes de las principales divisiones territoriales del Estado, llegando incluso a presentar cargos contra el mismo omanhene, el nana sir Ofori Atta, cuya dimisión solicitaron. Es interesante destacar que la acción de las *asafo* se vio precipitada por la decisión del consejo estatal de Akyem Abuakwa de aprobar la ley de recaudación de impuestos de la administración nativa propuesta por la administración colonial, la cual daba poder al consejo para imponer tributos sobre sus súbditos. Como Simensen ha demostrado, la lista de cargos presentada contra el omanhene evidenciaba «una creciente seguridad en los campesinos de que muchos de sus problemas estaban relacionados con la incorporación paulatina de los jefes en la estructura administrativa del gobierno colonial, lo que ponía esta estructura fuera del alcance del control popular»[20]. Por tanto la acción de las *asafo* fue dirigida contra la administración colonial tanto como contra los jefes tradicionales. Es significativo que fuera la oportuna intervención de las autoridades coloniales lo que salvara a Ofori Atta, si bien éste accedió a otorgar algunas de las demandas, como, por ejemplo, la admisión de tres miembros de la Unión de Estudiantes de Akyem Abuakwa en el consejo estatal de 1933.

El otro método utilizado por la población rural consistió en cortes en el suministro de cacao. Así, en 1921-22, 1930-31 y otra vez en 1937-38, los cultivadores de cacao, encabezados por John Kwame Ayew y Winifred Tete-Ansa, ambos hombres ilustrados, rechazaron vender su producción de cacao hasta que no fuera introducida una mejora en los precios del producto[21]. La acción de 1937-38, que contó con el apoyo de algunos jefes tradicionales, incluyendo el del jefe supremo de Akyem Abuakwa, el nana sir Ofori Atta, tuvo una amplia repercusión, y ha sido descrita por Hopkins como «la última y más significativa demostración de descontento rural antes de la Segunda Guerra Mundial». Hubo actividades rurales de la misma índole en áreas tales como Akyem Abuakwa, Akuapem y Akyem Swedru.

Según la investigación realizada hasta aquí, parece como si no hubiera existi-

[19] J. Simensen, 1975 (a), pp. 37-8.
[20] J. Simensen, 1974.
[21] A. G. Hopkins, 1966 (b).

do ningún vínculo formal entre los movimientos rurales y urbanos, y sí en cambio contactos a un nivel individual, como, por ejemplo, entre J. B. Danquah y los granjeros en régimen comunitario de Akyem Abualwa, y entre Kobina Sekyi, un abogado nacionalista de Cape Coast, y los cooperativistas de Denkyira y Anyan Abaasa [22].

Resumiendo, y de acuerdo con lo sucedido en Costa de Oro, parece evidente que la actividad política y nacionalista en el período de entreguerras no estuvo limitada a las áreas urbanas solamente, sino que fueron bastante frecuentes en las zonas rurales ocupadas por granjeros y sociedades de campesinos. Tal como hemos indicado, es muy probable que investigaciones en otros países confirmen la conclusión que nosotros hemos extraído de nuestro análisis con respecto a Ghana.

RESULTADO DE LAS ACTIVIDADES NACIONALISTAS EN AFRICA OCCIDENTAL BRITANICA

La cuestión entonces es, ¿por qué el movimiento nacionalista del Africa occidental británica tuvo un impacto tan limitado sobre el pueblo y los gobiernos coloniales? La primera respuesta, y la de mayor peso, es que ni el NCBWA ni los movimientos de juventudes tuvieron nunca un control efectivo de las masas, ni hubo tampoco una relación de importancia entre la política urbana y la rural. De este modo las autoridades coloniales pudieron ignorar a los dirigentes populares, al considerar que no representaban a la mayoría, estrategia que fue de hecho utilizada tanto por sir Hugh Clifford como por el departamento colonial de la metrópoli. Clifford describió el liderazgo del NCBWA como «una congregación autodesignada de caballeros africanos, añorando vana y erróneamente constituciones y modos de gobierno impropios e inaplicables en Africa».

En segundo lugar, a pesar de toda su retórica, ni los líderes del NCBWA ni los de los movimientos de juventudes estaban preparados para utilizar métodos radicales en la consecución de sus fines. Siempre se ha dicho que durante el período de entreguerras se desarrolló en el Africa occidental un nuevo estilo de radicalismo político. Pero ahora resulta bastante claro, tanto en lo referente a los objetivos de grupos y asociaciones nacionalistas como a sus métodos, que, no obstante los graves problemas económicos, nunca existió un desarrollo revolucionario de la política anticolonial. Como ha quedado expuesto hasta aquí, la política nacionalista del período de entreguerras debería ser contemplada como una etapa de transición en la que tomaron parte tanto la élite ilustrada como los jefes tradicionales, y como un período formativo bien aprovechado por algunos de los dirigentes de los movimientos nacionalistas posteriores a 1945. Ciertamente hubo elementos de radicalismo a mediados de los treinta, pero en general esos movimientos podrían ser definidos como nacionalistas moderados con una política integrada dentro del marco colonial. La independencia política nunca estuvo presente en sus programas de una manera explícita.

[22] R. Stone, 1975.

En tercer lugar, hubo también una buena cantidad de conflictos entre los líderes de los movimientos que, lógicamente, obstaculizaron sus actividades. En todas las colonias hubo conflictos entre los conservadores y los moderados, y entre estos grupos y la vieja pléyade tradicional de reyes. Tal fue el conflicto entre los líderes del NCBWA y los de la sociedad para la Protección de los Derechos de los Aborígenes, y entre estos dos grupos por un lado y los jefes tradicionales dirigidos por Ofori Atta en Costa de Oro por otro. Estos conflictos debilitaron enormemente el movimiento nacionalista en el país. De manera similar, la cuarta sesión del NCBWA no pudo celebrarse en Lagos hasta 1930 debido a las disensiones internas y a los conflictos de personalidades en la rama de Lagos del NCBWA, así como a la oposición del *Nigerian Pioneer* de sir Kitoyi Ajasa y a los políticos conservadores de Lagos. En cuarto lugar, es muy probable que la representación electiva limitada concedida entre 1923 y 1925 tuviera el efecto de anestesiar políticamente a los movimientos nacionalistas. Finalmente, no hay duda de que la muerte de Casely Hayford en 1930 constituyó el *coup de grâce* final para las actividades nacionalistas en el Africa occidental en general y en Costa de Oro en particular durante los años de entreguerras.

Por estas razones, hacia el final del período que estamos examinando, política y nacionalismo en el Africa occidental británica declinaron hasta su nivel más bajo; fueron necesarios dos sucesos para imprimirle nueva vida: la crisis etíope de 1935 y la segunda guerra mundial de 1939-45; la discusión de ambos sucesos pertenece al último volumen de esta obra.

ACTIVIDADES POLITICAS EN EL AFRICA OCCIDENTAL FRANCESA, 1919-35

Existen todavía algunas lagunas en nuestro conocimiento de las actividades políticas africanas en las colonias del Africa occidental francesa durante el período de entreguerras. Sin embargo, partiendo de los limitados datos disponibles hasta ahora, parece que hubo una relativa ausencia de actividad política, hecho que probablemente entierra sus raíces en una actitud más restrictiva de Francia hacia las actividades y organizaciones de carácter político en esta zona, y en la falta de una prensa africana tan vigorosa como la representada por los periódicos africanos de Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria. Sin embargo, como en el caso de las colonias británicas, la actividad política en el Africa occidental francesa contó con ramificaciones internacionales y locales. Ya hemos señalado [23] que una buena parte de esta actividad se centró en París entre 1924 y 1936. Mas como la mayoría de los grupos políticos africanos eran radicales y estaban alineados con los partidos radicales y sindicatos franceses, el impacto de su agitación anticolonial en el gobierno de la metrópoli fue limitado. Entre estos grupos se encontraba la Liga Universal para la Defensa de la Raza Negra, fundada en París en 1924 por un abogado nacionalista de Dahomey, el príncipe Kojo Tovalou Houénou.

[23] Para un tratamiento más detallado de este tema, ver J. A. Langley, 1973, pp. 286-325.

Esta organización luchó contra las condiciones políticas y sociales en Dahomey (ahora Benin), así contra las colonias francesas en general, y mantuvo estrechos vínculos con la UNIA de Garvey en Estados Unidos. Otro grupo fue el Comité para la Defensa de la Raza Negra, que sucedió a la Liga de Houénou y estuvo dirigido por un comunista senegalés, Lamina Senghor, hasta su muerte en 1927, cuando el Comité fue bautizado de nuevo como la Liga para la Defensa de la Raza Negra, ahora bajo el liderazgo de otro marxista procedente del Africa occidental francesa, Tiémoho Garan-Houyaté, de Sudán. Aunque estos movimientos tuvieron cierto interés, nunca llegaron a operar en el Africa occidental de una manera directa, si bien algunas de sus publicaciones anticolonialistas, así como ésas de sus aliados izquierdistas en Francia, como veremos más adelante, consiguieron una cierta distribución e influencia en las colonias del Africa occidental francesa. Igualmente, organizaciones humanitarias francesas, tal como la Liga de los Derechos del Hombre (similar a la Sociedad Británica Antiesclavista), tuvieron ramas en algunas de las colonias francesas, y como había muy poca o ninguna actividad política en esta zona de Africa, estas ramas fueron utilizadas por los africanos como instrumentos de protesta contra la administración colonial.

POLITICA Y NACIONALISMO EN SENEGAL

Las dos colonias más interesantes del Africa occidental francesa donde hubo alguna actividad política africana, son probablemente Senegal y Dahomey. En Senegal las cuatro *communes* habían estado eligiendo representantes para la Cámara Francesa de Diputados desde el siglo XIX. Aunque los africanos de las áreas urbanas eran considerados *citoyens* en virtud de un decreto de 1833, estos eran representados por *métis** o delegados criollos, hasta que en 1914 Blaise Diagne se convirtió en el primer diputado del Senegal de raza negra. Diagne representó al Senegal en la Cámara de Diputados desde 1914 hasta 1934, fue alto comisario de las tropas africanas durante la Primera Guerra Mundial, presidente de la Comisión para las Colonias en la Cámara de Diputados, e instrumento eficaz en la convocatoria del Congreso pan-africano de París de 1919, si bien Diagne, juntamente con los líderes negros americanos, se apartó más tarde del movimiento [24].

Diagne fue también el primer político senegalés que formó una organización política. Esta fue el Partido Republicano Socialista, que fundó en 1914 para unir los numerosos grupos étnicos de Dakar y St-Louis. Diagne, después de casi veinte años de ausencia del Senegal, se presentó como candidato en 1914, cuando muchos senegaleses estaban emigrando a las áreas urbanas y la economía del cacahuete entraba en un período de desarrollo. Esta fue también una época en la que, con la muerte política de los jefes tradicionales, los *marabouts* (dirigentes de las organizaciones islámicas) se estaban convirtiendo en una fuerza política y social

* Mestizos. En francés en el original *(N. del T.)*.

[24] Para un estudio general de la interacción entre la política francesa y senagalesa entre 1919 y 1940, y para los detalles acerca de la carrera de Blaise Diagne, ver G. W. Johnson, 1966; T. Hogdkin, 1954; M. Crowder, 1962; M. Boulegue, 1965.



• *Blaise Diagne (1872-1934), el primer africano elegido como diputado en la Asamblea Nacional Francesa del Senegal, saludando a sus electores tras las elecciones de mayo de 1914 en Dakar.*

en las áreas rurales. Al mismo tiempo, jóvenes oficinistas senegaleses y maestros de escuela de las áreas urbanas comenzaban a mostrar sus inquietudes. El origen de estos últimos como grupo arrancaba de los Jóvenes Senegaleses, quienes discutían en sus asambleas de política y cultura y llegaron a demandar más empleos, mejores salarios y un incremento de las oportunidades en educación. Más tarde fue rebautizado como el Partido de los Jóvenes Senegaleses, el cual contó con un órgano de prensa, *La Démocratie*. Este partido concurrió a las elecciones de 1914, si bien no consiguió alinear ningún candidato en la fase final.

Blaise Diagne ganó en 1914 el apoyo de los *grands marabouts* de las áreas urbanas, así como el patrocinio político de los Jóvenes Senegaleses y de algún francés de ideas liberales. Aunque de etnia serer, supo atraerse a otros grupos étnicos de Dakar y St-Louis tales como los lebous y los wollofs. De hecho, la lengua wollof fue usada extensivamente durante su campaña electoral. En vez de apelar a la raza, Diagne habló de la representación política de los africanos senegaleses, del despertar político de los africanos y de «revolución racional y revolución brutal» en las colonias[25]. A través de la campaña, Diagne destacó la importancia de mantener el derecho de ciudadanía y el derecho al voto de los africanos en las cuatro *communes*, mientras que sus oponentes europeos y *métis* (quienes habían dominado la política de las *communes* desde 1890 y consideraban los escaños del Congreso como feudos personales o familiares) ignoraron largamente este tema y miraron a Diagne como un candidato sin ninguna posibilidad de éxito. De hecho, incluso algunos de los africanos, especialmente los lebous, se opusieron en un principio a Diagne.

Diagne, sin embargo, no hizo sólo campaña por los derechos electorales de los africanos; también defendió el reconocimiento oficial de la costumbre y la ley Qu'ranic*. El también pidió más concesiones comerciales para los africanos, la creación de un consejo colonial que administrara las finanzas de las colonias francesas, el establecimiento de una escuela médica en Dakar, el derecho a organizar sindicatos y compensación a los lebous por las tierras que les fueron arrebatadas mediante la conquista militar por los franceses. Debido en gran medida a esta enérgica campaña, al voto secreto y a la política de apoyo de los grupos musulmanes en las áreas rurales, Diagne se alzó con la victoria en las elecciones de 1914, convirtiéndose así en el primer diputado africano en la Cámara Francesa de Diputados en julio de 1914. Su triunfo electoral supuso en sí mismo una revolución en la participación y en la organización de los africanos en la política senegalesa. Los votantes africanos se habían transformado en un factor político importante y habían dejado de ser el forraje electoral de los *colons* y los *métis*.

Blaise Diagne no buscó la independencia del Senegal; abogó por la igualdad y la dignidad, así como por el control de la administración y de las instituciones municipales por africanos senagaleses. Permaneció fiel a esta línea de evolución («diagnismo») hasta su muerte en 1934. M'Galandou Diouf, quien le sucedió, no se desvió de esta línea tampoco, si bien los intelectuales radicales mencionados más arriba llegaron a considerar a Blaise Diagne, al menos al de la etapa de los

[25] Citado en G. W. Johnson, 1966, p. 246.

* Ley coránica. *(N. del T.)*.

años veinte y treinta, demasiado conservador e incluso antiafricanista. No obstante, el despertar político del Senegal al que Diagne contribuyó fue la base para los políticos y nacionalistas senegaleses de los años cuarenta y cincuenta.

POLITICA Y NACIONALISMO EN DAHOMEY

En Dahomey, aparte de la usual protesta africana a través de la rama local de la Liga de los Derechos del Hombre, el único foro de actividad «política» permitido, la «política» fue principalmente una cuestión de conflictos dentro de los grupos religiosos y de interacción de estos conflictos con problemas de jefaturas y disputas de sucesiones. Los incidentes de Porto Novo de 1923 tuvieron su origen en este tipo de disputas. Sin embargo, debido a su educación y socialización, la *intelligentsia* africana no fue propensa a inmiscuirse en la política de jefaturas o a alinearse con grupos étnicos. El activista político más importante en Dahomey durante este período, que combinó la participación en rencillas internas (él apoyo la sección sognigbe de la comunidad musulmana de Porto Novo contra el grupo de musulmanes yoruba de José Paraíso) con la agitación anticolonialista, fue Louis Hunkanrin [26]. Hunkanrin recibió su educación en Senegal, trabajó durante algún tiempo en Dahomey y regresó otra vez al Senegal en 1913. Criticó la mala administración colonial a través de artículos de periódicos de Dahomey, franceses y senegaleses, y asistió a Blaise Diagne durante su campaña electoral en 1914. A través de Diagne, Hunkanrin consiguió un empleo en París, pero allí se mezcló con grupos políticos radicales y fue devuelto a Dahomey en 1921. Durante su residencia en París fundó un periódico llamado *Le Messanger Dahoméen*, que condenó los abusos coloniales en Dahomey. Esta publicación pasó luego a ser controlada por la Unión Inter-Colonial, cuyo periódico radical y procomunista *Le Paris* fue en un tiempo editado por el revolucionario vietnamita Ho Chi Minh. A través de estos grupos radicales, ejemplares del *Ligue Le Paria* de Touvalou Houénou y del *Negro World* de Garvey comenzaron a distribuirse en Dahomey.

De nuevo en Dahomey, Hunkanrin reanimó la rama local de la Liga de los Derechos del Hombre, así como una rama del Comité Franco-Musulmán. A través de colegas en estas ramas locales, periódicos radicales y comunistas de Francia y Estados Unidos estuvieron a disposición de los intelectuales de Dahomey, y en breve llegaron a París peticiones y quejas contra las administraciones locales. En Gabón, por ejemplo, había existido una situación similar desde 1919. Laurent Antchouney, un joven gabonés que había estudiado en Senegal, puso otra vez en marcha una rama de la Liga de Libreville en 1925, tras regresar de Francia, donde había editados dos periódicos, *L'Echo Gabonais* y *La Voix Africaine*.

Durante febrero y marzo de 1923, debido a un aumento de los impuestos y de precios más bajos para los «palm kernels» tras las depresiones de 1919 y de 1920-21, y de la consiguiente escasez de moneda y de los precios inflacionistas,

[26] M. Crowder, G. W. Johnson en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974, pp. 511; 565-67.

los trabajadores de las empresas privadas se declararon en huelga y los amigos de Hunkanrin en el Comite Franco-Musulmán y en la Liga organizaron mítines públicos [27]. El ejército tuvo que intervenir para impedir estas manifestaciones públicas, y los africanos reaccionaron organizando un movimiento de resistencia pasiva que duró desde el 13 de febrero hasta los primeros días de marzo. También hubo huelgas en Whydah. Algunos de los jefes incluso buscaron la solidaridad de sus colegas para oponerse conjuntamente a los nuevos tributos. La administración colonial contraatacó arrestando a los líderes de la resistencia, solicitando el envío de más tropas desde Togo y Costa de Marfil, y declarando el estado de emergencia, que duró hasta junio de 1923. Con el arresto y el exilio de casi todos los dirigentes del movimiento de protesta, Hunkanrin incluido, la agitación nacionalista en Dahomey fue finalmente dominada, a lo que siguió un período de quietud política similar a la de otros territorios del Africa occidental francesa.

La mayor diferencia entre los nacionalistas conservadores y radicales del Africa occidental francesa (y los conservadores formaron el grupo mayoritario durante este período) consistió en que los conservadores, dirigidos por Blaise Diagne, estuvieron satisfechos con la «representación simbólica» y la evolución gradual de los asuntos coloniales franceses, con escogidos *évolués** representando a la población africana, mientras que Kouyaté, Senghor, Houénou y los pocos intelectuales africanos radicales que esperaban mayores cambios en las colonias después de la primera guerra mundial, defendieron un incremento significativo de la representación africana a través de grupos políticos radical e ideológicamente articulados y hábiles para operar bien en Francia o en las colonias. Este último grupo también defendió el derecho a organizar sindicatos en las colonias, así como la posibilidad de alguna forma de autonomía dentro del imperio francés. Solamente cuando los radicales se sintieron frustrados más allá de toda medida por Blaise Diagne y las autoridades francesas, su radicalismo asumió la automonía y la independencia política como un objetivo. Pero dado que esta no fue una característica general de la evolución política de los territorios franceses del Africa occidental, no debe sorprendernos que este radicalismo fuera más bien breve y que el modelo de política colonial en el Africa occidental francesa siguiera el estilo y el concepto de Blaise Diagne y M'Galandou Diouf hasta los cambios constitucionales del período posterior a 1945.

Aparte de las demostraciones y disturbios de Porto Novo en 1923, que tuvieron su origen en la rivalidad entre la facción musulmana y la progubernamental dentro de los grupos tradicionales, la imposición de tasas y el deterioro del comercio de «palm kernels», todo lo cual fue aprovechado por un grupo de nacionalistas intelectuales, los movimientos nacionalistas organizados sobre bases similares a las del NCBWA o el Partido Democrático Nacional Nigeriano de Macaulay, apenas figuraron en la política del Africa occidental francesa durante este período.

[27] J. A. Ballard, 1965; R. Buell, 1928, vol. II, pp. 16-17.

* Evolucionados. En francés en el original *(N. del T.)*.

Capítulo 26

POLITICA Y NACIONALISMO EN AFRICA ORIENTAL, 1919-1935

E.S. ATIENDO-ODHIAMBO

La palabra Kiswahili *siasa* abarca el significado de las dos palabras claves en el título de este capítulo. *Siasa* significa oposición, protesta, agitación, activismo. Incluye las acciones de los grupos organizados y también las más espontáneas de las individualidades vigorosas. Los que practican la *siasa* son los llamados *wanasiasa* (singular: *mwanasiasa).* Sin embargo, las autoridades coloniales británicas se referían a la *siasa* como «agitación», y a los *wanasiasa* como «agitadores». Pero más allá de esta aparente simplificación inglesa subyace una importante diversidad de niveles de organización y de áreas de interés. Investigaciones recientes [1] han llamado la atención sobre la multiplicidad de estas áreas de interés y, por tanto, sobre los diferentes campos de actividades de los *wanasiasa.* Esta categorización es una mejora de la terminología historiográfica utilizada por John Lonsdale [2], quien describe la política en el Africa oriental durante el período de entreguerras como un activismo de carácter local esencialmente. Pero si no hay duda de que las bases de la actividad política descansan en las reivindicaciones locales de las masas y de ciertos individuos entre las masas, los escenarios para la escenificación de estas reivindicaciones pueden ir desde la *baraza* de los jefes de las aldeas hasta los archivos de la Secretaría de Estado para las Colonias en Londres; también desde las marchas políticas autorizadas hasta las desafiantes concentraciones de masas en las cumbres de los montes y los simulacros guerreros en los bosques. De esta manera, un asunto local puede ser presentado a través de dos o más niveles a un mismo tiempo, dependiendo la iniciativa para la acción de la apreciación de los dirigentes acerca de qué nivel puede ser el más adecuado según la presión dada en un determinado momento. *Siasa,* entonces, representa la con-

[1] D. A. Low y J. M. Lonsdale en D. A. Low y A. Smith (eds.), 1976, pp. 40-48.
[2] J. M. Lonsdale, 1968 (a).

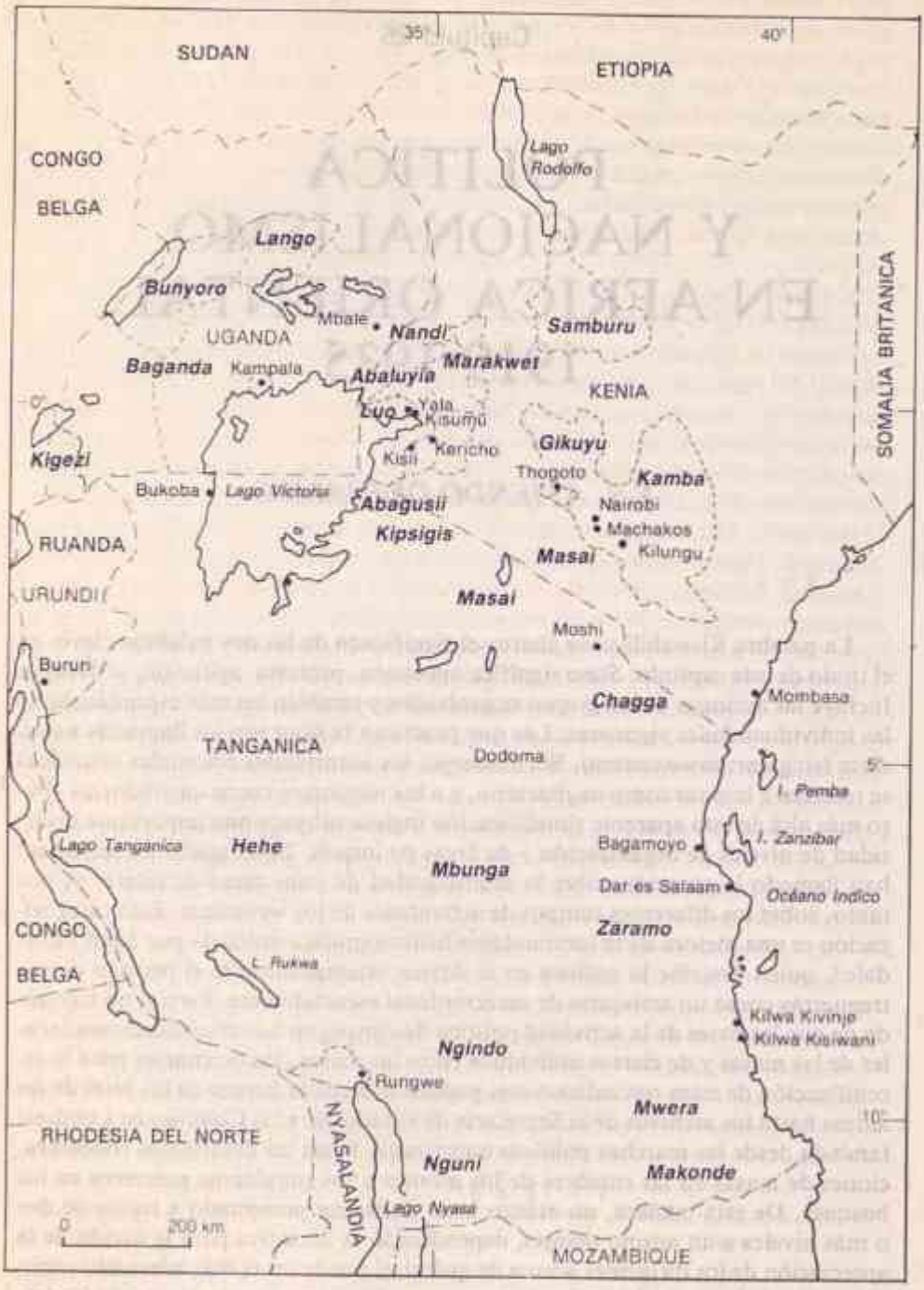


FIG. 26.1. Política y nacionalismo en el Africa oriental, 1919-35

ciencia colectiva acerca de los errores coloniales en un específico punto geográfico y en un momento concreto también. El término engloba simultáneamente la conciencia de los clanes, de las nacionalidades, de la clases sociales. Las actividades que son el tema de este capítulo comprenden por tanto esas actividades surgiendo de la conciencia de grupos concretos. Fueron actividades de las masas. Cada movimiento requería un liderazgo, pero las masas eran el movimiento y sus líderes eran la vanguardia. Así, la presunción de la que partimos en este capítulo es que detrás de cada movimiento y cada líder, está la acción de las masas [3]. Y dependiendo de los niveles y los escenarios de articulación, algunas de estas actividades han sido más tarde descritas como actos de nacionalismo.

MOVIMIENTOS RELIGIOSOS DE PROTESTA

Una de las armas que los africanos de esta región utilizaron desde muy temprano en su lucha contra el colonialismo fue la religión. La resistencia exigía movilización, y en muchas regiones el liderazgo religioso asumió esta responsabilidad. La era de resistencia primaria fue también la era de los profetas. Aunque los africanos perdían las guerras en el campo de batalla, el ánimo de resistir permanecía atrincherado en los corazones de la mayoría. Los seguidores del *orkoiyot* de Nandi continuaron activos y alertas y los nandis fueron repetidamente movilizados por este patriótico liderazgo contra los abusos del colonialismo a través de los años [4]. Similarmente, los archivos coloniales de Kenia están llenos de referencias a curanderos y *laibons* que promovían disturbios en Marakwet, Kericho y Samburu. En el oeste de Uganda, en Kigezi, los seguidores del culto nyabingi fueron estrechamente vigilados a lo largo de estos años. De esta manera, los movimientos religiosos de resistencia supusieron un elemento de continuidad con la era anterior. Pero mientras la primera década daba paso a la segunda, el colonialismo pareció ganar fuerza; para muchos fue como si el peor de los demonios hubiese descendido sobre la tierra. Las fuerzas coloniales socavaron, reestructuraron o destruyeron las instituciones políticas y sociales conocidas e impusieron sus propias estructuras sobre las diversas comunidades. Pareció como si los africanos colonizados necesitaran una nueva revigorización espiritual para hacer frente a las muchas formas de colonialismo. Esta inyección de energía llegó a través de dos vías: primero con la aparición de una nueva generación de profetas africanos, y segundo por la fundación de iglesias independientes africanas junto a las iglesias cristiano-europeas, con el propósito de proveer un «lugar donde sentirse en casa» para los muchos africanos que habían aceptado la religión cristiana, pero encontraban intolerable vivir bajo el patronazgo de los misioneros [5].

Aunque no suficientemente tratada por el material histórico existente, la iniciativa sustancial fue la de los profetas africanos que se rebelaron y ofrecieron soluciones contra las presiones que el colonialismo había introducido en el tejido social. Estas innovaciones religiosas condujeron a auténticos movimientos de protesta. Habiendo hecho su aparición durante la segunda década, las actividades

[3] *Ibid.*
[4] P. K. Arap Maguf en B. G. McIntosh (ed.), 1969.
[5] F. B. Welbourn y B. A. Ogot, 1966.

continuaron a través de los años veinte y treinta, y muchas más se producirían después de la Segunda Guerra Mundial. Los objetivos de esta agitación religiosa han quedado perfectamente expuestos en dos estudios sobre los kambas y los abagusiis de Kenia (ver fig. 7.1).

Los kambas habían estado en contacto con las fuerzas colonizadoras desde los primeros años del siglo XIX, cuando los comerciantes kambas traficaban con la costa[6]. Tras su huella llegaron los misioneros en los años de 1840, y nuevamente, como consecuencia de mayores esfuerzos en la labor cristianizadora, al final del siglo XIX y al principio de nuestra centuria. Pero el cristianismo, como el Islam, hizo poca impresión en las masas kambas. Lo que verdaderamente abrió visibles caminos de penetración fue el colonialismo como una fuerza política y económica. Durante las primeras décadas de nuestro siglo, la situación colonial engendró un amplio sentimiento de privación y frustración en la sociedad kamba. Este sentimiento tuvo su origen específico en las campañas de las autoridades coloniales para apropiarse de los recursos de los kambas en forma de tierras, fuerza de trabajo y tributos, utilizando a jefes que ellos mismos nombraban y que no tenían ningún respeto hacia la autoridad tradicional. Las instituciones sociales precapitalistas creadas para resolver conflictos se revelaron inoperantes en cuanto al control y freno de estos jefes y sus policías. A medida que la desilusión crecía entre las masas, éstas se volvían hacia los movimientos religiosos en busca de socorro y de un vehículo para expresar su protesta. Estos movimientos se manifestaron a través de profetas y tuvieron su apogeo entre 1910 y 1922. El extendido culto *kathambi* o *ngai* se había hecho fuerte en el distrito de Machakos entre 1901 y 1911 anunciando un inminente milenio. Durante algún tiempo el liderazgo del culto amedrentó a las autoridades británicas, quienes respondieron introduciendo reformas en el sistema político. Pero éstas no fueron consideradas suficientes, y aunque la ola principal de milenarismo se apaciguó, todavía hubo elementos en la sociedad kamba que no se reconciliaron con la situación colonial. El reclutamiento forzoso de hombres para los Carrier Corps* en los años de la Primera Guerra Mundial y la ineptitud de las autoridades coloniales para resolver los muchos problemas sociales y económicos que afligieron a las masas kambas después de la guerra, sirvieron para incrementar el número de los que responderían al toque de clarín para una solución milenaria a las tensiones de la sociedad.

El toque resonó por primera vez con la llegada de Ndonye wa Kauti, quien comenzó a predicar su mensaje profético a las gentes de Kilungu, en el distrito de Machakos, en los primeros meses de 1922. El movimiento de Ndonye fue una respuesta a los efectos locales de la crisis económica mundial de 1920-21. Como consecuencia de la crisis muchos kambas encontraron cada vez más difícil conseguir dinero suficiente para pagar sus tributos. Al mismo tiempo, mientras los precios de sus excedentes declinaron, la subida de los impuestos pasó de tres a ocho rupias por cabeza en 1920. Las reformas monetarias de 1921-22, que convirtieron la rupia primero en florines de papel y luego en moneda metálica regida por el chelín, provocaron enormes pérdidas en el comercio pagado con dinero. Como

[6] J. F. Munro, 1975.

* Cuerpo de porteadores. En francés en el original *(N. del T.)*.

culminación de todos estos males, una sequía diezmó la producción durante estos años en territorio kamba, a lo que se unió un lógico descenso en las oportunidades de mano de obra masculina. Fue en esta situación de indigencia económica cuando Ndonye wa Kauti ofreció su milenaria y mesiánica solución a la escasez de moneda corriente. Proclamó ser un profeta capaz de predecir la llegada de la lluvia, e invitó a las mujeres a bailar una danza religiosa *(kilumi)* en su casa. También proclamó que Dios, *Ngai*, se le había aparecido en sueños y lo había elegido para conducir a su pueblo a la nueva era próxima a acaecer en la tierra. En el amanecer de esta nueva era, los europeos serían expulsados, después de lo cual la tierra volvería a ser tan fértil como antes del colonialismo, con agua a raudales, y ningún tributo. Cuando Ndonye hubiera construido un santuario, tal y como Dios le había ordenado, El le enviaría libros, ropas, rifles y un telégrafo. «El telégrafo», Ndonye profetizaba, «nos permitirá la comunicación entre nosotros. Tan pronto como estos artículos me hayan sido enviados por Dios, yo asumiré la dirección de todo el país». Pero no tendría esta oportunidad, pues el comisario del distrito lo mandó arrestar antes de que el santuario estuviera finalizado, y fue desterrado a Siyu, en la costa de Kenia. Ndonye no retornaría a su país otra vez, porque al igual que otros muchos activistas antes y después que él, murió en el exilio. Y con su partida el movimiento quedó colapsado, una indicación de que en éste, como en cualquier tipo de movimiento, el papel del movilizador era crucial.

En cambio, el culto mumbo no resultó tan fácil de erradicar. Este movimiento fue contemporáneo del profetismo de Ndonye wa Kauti, pero sobreviviría a este personaje. El movimiento hundía sus raíces en el resentimiento contra la autoridad colonial que los luos y los abagusiis compartían. Este resentimiento databa de la guerra de ocupación que los británicos sostuvieron con los abagusiis en 1904 y 1908 y con los luos de Alego en 1908-10[7]. El rencor creció cuando más tarde los británicos impusieron sobre estas tribus un reclutamiento forzoso de mano de obra para trabajar en la construcción de carreteras y en las granjas de colonos. A estos motivos de descontento se le unió el odiado impuesto sobre la vivienda, que resultaba especialmente oneroso para aquellos que eran polígamos. El paternalismo de los misioneros avivó aún más la llama del resentimiento. Al igual que en Ukambani, los abagusiis comenzaron a buscar categorías de pensamiento que les ofrecieran la sostenida promesa de un mundo mejor. Encontraron lo que buscaban en el culto luo de Mumbo, un culto tradicional que consideraba a los lagos como la encarnación del espíritu de Dios y que había tenido su época de mayor apogeo en el siglo XIX. Este culto fue revitalizado de nuevo por el movimiento político de resistencia al hombre blanco en la segunda década de nuestro siglo. En una aparición en 1913, este espíritu Mumbo se dirigió a un tal Onyango Dunde, perteneciente al clan de los sejes en Alego, con las siguientes palabras:

> Yo te he elegido para que seas mi pregonero. Ve y dile a los africanos —y muy especialmente a la gente de Alego— que desde ahora en adelante yo soy su Dios. Aquellos que yo elijo personalmente y también aquellos que me reconozcan como su Dios, vivirán en

[7] J. M. Lonsdale, 1977.

> la abundancia para siempre. Sus cosechas crecerán por sí mismas, y no habrá más necesidad de trabajar. Yo haré que bueyes, ovejas y cabras salgan del lago en gran número para aquellos que crean en mí, pero todos los que no crean desaparecerán, y sus familias y ganados con ellos.
> La religión cristiana está corrompida y también su práctica de obligar a los creyentes a llevar ropas para cubrirse. Mis seguidores deben permitir que su pelo crezca libremente y no deben lavarse. Todos los europeos son vuestros enemigos, pero está cerca el tiempo en que ellos desaparecerán de nuestro país.

Como en Ukambani, el mensaje denunciaba a los europeos y repudiaba su forma de vida. Debido a que el mensaje era conciso, pero sobre todo a la mezcla armoniosa de un culto tradicional religioso considerado como válido con la conciencia de los sucesos políticos más recientes, el movimiento se extendió rápidamente desde Alego en el distrito de Siaya hasta el sur de Nyanza, haciendo su aparición en Gusii en 1914 por medio de otro profeta luo, Mosi Nuod Auma, quien fue «prometiendo curas a todos los males» y prediciendo «la pronta salida de Kisii de todos los hombres blancos, después de lo cual los nativos poseerían su tierra en paz».

El mensaje acerca de la inminente salida de los hombres blancos se convirtió inesperadamente en realidad cuando en 1914 los alemanes atacaron el frente británico de la localidad de Kisii. Viendo que la profecía se estaba cumpliendo por sí misma, los africanos se unieron a la expoliación y saquearon los centros coloniales y misioneros del distrito. Cuando la represalia llegó fue brutal; alrededor de 150 abagusiis murieron como consecuencia de las acciones británicas para controlar la revuelta. Pero esto no provocó la claudicación de los más voluntariosos, quienes continuaron con sus actividades en los años de entreguerras a pesar de los frecuentes arrestos y de la casi segura deportación de los líderes. En su proceso de expansión y consolidación, el culto mumbo se entremezcló en tierra de los gusiis con el culto más indígena de Sakawa. Sakawa fue un profeta gusii del siglo XIX cuyo retorno había sido fijado por los adivinos abagusiis para algún tiempo mediado el año 1921. Una profetisa, Bonairiri, comenzó a urdir una organización que preparaba a la gente para el retorno de Sakawa. La reacción de la administración colonial fue destruir este movimiento usando como pretexto el decreto sobre el abuso del opio. Esto no desalentó a los seguidores del culto, quienes durante 1921 y 1922 continuaron predicando la doctrina Sakawa y la mumboísta. Reprimidos por la administración colonial, estos movimientos prolongaron su lucha en tierra gusii a través de nuestro período. Perseguidos, deportados, prohibidos en el distrito, los mumboístas no cesaron de predicar y entonar su recalcitrante salmo:

> Sabaye Laesi, Sabaye
> Wuriande está a punto de partir
> George está a punto de partir
> Sabaye Laesi, Sabaye[8].

[8] B. A. Ogot y W. R. Ochieng en B. A. Ogot (ed.), 1972 (a), p. 173.

Pero como es bien sabido, «George» (el hombre blanco) no se fue, y la llegada del reino de Mumbo no se produjo. Sin embargo, el espíritu de resistencia no fue aniquilado tampoco. Este continuó sobreviviendo subterráneamente, aflorando a la superficie años más tarde, en los cincuenta, para mortificar otra vez a la administración británica en Gusii.

Igualmente importante, y como segunda vertiente de la resistencia religiosa, fue la aparición de las iglesias cristianas independientes. Como hemos visto en los capítulos 12 y 20, algunas de estas iglesias canalizaron los movimientos de protesta contra el patronazgo europeo en las iglesias misioneras; todas ellas tuvieron como objetivo ir más allá de las propias iglesias y ofrecer soluciones que eran juzgadas por los dirigentes de estas iglesias como positivas para las comunidades a las que servían. Sin embargo, una vez señalado este propósito común de las iglesias independientes, también es importante identificar las muchas variedades que aparecieron en este período. Algunas eran iglesias «etíopes», en cuanto que destacaban, tal y como K. Asare Opoku ha resaltado, la mejora de Africa por los propios africanos y los derechos políticos. Otras pertenecían a la escuela «sionista», con su énfasis en la posesión por el espíritu santo, en la curación y en la profecía. Además había diferencias entre estas iglesias en lo relativo a doctrina, ritual, organización y aspiraciones. Pero quizá sea más acertado considerar estas diferencias como corrientes independientes de un mismo flujo.

La iglesia africana independiente más antigua en esta región, la iglesia luo de Nomiya, fundada en 1910 por Johana Owalo, anteriormente un miembro de la Sociedad de Iglesias Misioneras que había sido convertido primero al Islam y luego a la religión católica, fue objeto de nuestra atención en el capítulo 7 de este volumen [9]. Podemos recordar aquí que Owalo tuvo una visión en la que era elevado hasta el cielo, y acerca de este lugar se decía:

> Es un hermoso lugar; y todas las naciones de la tierra querían entrar en él, pero los ángeles cerraron las puertas. Cuando todas las naciones de la tierra se habían congregado a la puerta del cielo, los ángeles dejaron pasar primero a los judíos, y luego a los árabes. Después de ellos entró John Owalo, el ángel Gabriel y el ángel Rafael, los tres juntos. Las razas blancas intentaron entrar después de ellos, pero los ángeles cerraron las puertas y los arrojaron fuera, a puntapiés.

La visión celestial de Owalo, aparte de su certero testimonio contra los blancos, fue en parte una síntesis de sus antecedentes religiosos y experiencia diversa. Esta síntesis fue más adelante incorporada en las prácticas de su nueva iglesia, cuyos seguidores, siempre en aumento, fueron obligados a circuncidarse y a obedecer los diez mandamientos, al mismo tiempo que estaban sujetos a las prohibiciones de fumar, beber cerveza o bailar. En esencia, entonces, y como Ogot ha observado [10], Owalo no rechazó las religiones extranjeras: él solamente quería que los africanos las aceptaran en términos propios.

Igualmente excitante fue el mensaje lanzado por la «iglesia vigía» a los africanos del Africa central y sur de Tanganica (ahora Tanzania) durante los años de

[9] Ver Capítulo 7 y también O. Odinga, 1967, pp. 68-9; B. A Ogot, 1974 (b), pp. 262-3.
[10] B. A. Ogot, 1974 (b), pp. 262-3.

la primera guerra mundial y posteriores: el mundo se hallaba al final de su existencia; los grandes imperios y naciones de Europa eran los instrumentos de Satán; también lo eran las iglesias históricas. Todo junto sería arrasado en un último gran combate. El mundo sería entonces heredado por los verdaderos creyentes. Era propio que este mensaje fuera fácilmente recibido en Rhodesia del Norte (ahora Zambia), donde Hanoc Sindano predicó, desde 1917 en adelante, contra las autoridades de los jefes coloniales, de los administradores y de los misioneros. Hacia 1919 el movimiento había llegado a Tanganica y prendió con gran facilidad en las áreas de Kasanga, Mambwe, Ufipa y Mbozi (ver fig. 7.1). El asunto alcanzó su punto culminante en 1923, cuando los británicos acusaron a los líderes de la iglesia de vilipendiar a las iglesias cristianas; diecisiete hombres fueron arrestados y encarcelados. Esto no desalentó al resto de los miembros y la religión continuó extendiéndose a lo largo del período colonial. Como el mumboísmo, ésta fue también una religión de las masas.

El movimiento de la «iglesia vigía» fue un intento de proveer soluciones a los problemas de los pueblos rurales colonizados. Mediante el rechazo de la autoridad de los jefes, de los misioneros y de los funcionarios británicos, y la construcción de nuevas aldeas para los creyentes, los miembros de la iglesia esperaban formar nuevas sociedades donde ellos pudieran sentirse como en su propia casa. Al igual que la iglesia de Nomiya, proyectaban fundar algunas sociedades que pudieran reemplazar a las que habían sido destruidas por el colonialismo.

Pero algunas de estas iglesias comenzaron su andadura con un horizonte bastante más estrecho que el de las dos discutidas más arriba. La característica común que las distinguía era su compromiso con objetivos más sencillos. Por ejemplo, la Iglesia Nacional Africana, cuya labor se desenvolvió en el distrito Rungwe de Tanganica desde los años treinta en adelante, fue una iglesia cristiana hecha a la medida de aquellos que habían renegado de las iglesias misioneras al adoptar la poligamia, o de aquellos otros que no se habían unido a las mismas por ser ya polígamos [11]. Del mismo modo, la Dini ya Roho (la Iglesia del Espíritu Santo) fue fundada entre los abaluyias de Kenia en 1927 como una rama separatista de la Misión de Amigos Africanos [12]. Los seguidores de la Dini ya Roho insistían en que para ser un verdadero cristiano, uno tenía que aceptar «el bautismo por el Espíritu Santo», hablar diversas lenguas y practicar la libre confesión de los pecados. Este énfasis en el «bautismo por el Espíritu Santo» también condujo a Alfayo Odongo Mango a fundar su Iglesia del Joroho (Espíritu Santo [13]) entre los luos en 1932. Pero aun fundadas como resultado de un agravio específico, cada religión desarrollaría luego su propia doctrina, ritual y organización en «la lucha», en respuesta a la experiencia histórica específica de cada fe.

A pesar de ser consideradas por muchas autoridades coloniales como simples «réplicas impulsivas y negativas» [14], estos movimientos religiosos de protesta constituyeron un testimonio de la fuerza y la vitalidad del espíritu africano, y de

[11] T. O. Ranger, s. f., pp. 16-20.
[12] O. Odinga, 1967, p. 69.
[13] B. A. Ogot en K. J. King y A. Salim (eds.), 1971.
[14] J. S. Coleman, citado en J. M. Lonsdale, 1968 (b), p. 12.



• *El reverendo Alfayo Odongo Mango, fundador de la Iglesia Joroho (del Espíritu Santo), entre los luos (Kenia) en 1932.*

una manera fundamental colocaron las bases para los movimientos nacionalistas de masas de años más tarde. Aunque no siempre venerados en los anales del nacionalismo, estos movimientos fueron en cierto modo los «ancestros ilegítimos» del nacionalismo africano; y su base, los ciudadanos, las masas rurales.

LAS ASOCIACIONES DE JOVENES

La historiografía reciente ha destacado la importancia de las élites educadas, las *asomi* o *josomo*, en el desarrollo de la política africana durante el período que nos ocupa [15]. Este nuevo grupo estaba formado por esos pocos hombres (y apenas algunas mujeres) que habían asistido a las escuelas misioneras de Maseno, Budo, Thogoto y Zanzíbar, y que luego se convirtieron en profesores, catequistas, funcionarios y artesanos. Trabajando en oposición a los jefes designados por la colonia y a la administración local, sus miembros organizaron las llamadas «asociaciones jóvenes», auténticos movimientos de protesta a través de los cuales canalizaron sus campañas políticas. Estas asociaciones tenían por tanto el apoyo de las masas. La decana de ellas fue la Asociación de Jóvenes Baganda, que se destacó en su oposición a los jefes y al kabaka de Buganda. De cierta importancia fue también la Asociación de Jóvenes Kavirondo, ante todo por su movilización de los campesinos de Nyanza. Y cabe citar por último a la Asociación Central Kikuyu, que sobresalió por su perseverancia y su talento organizativo durante estos años. A los avatares de estas asociaciones dedicaremos nuestras próximas líneas.

La Asociación de Jóvenes Baganda, por ejemplo, surgió como resultado de las tensiones en la sociedad ganda durante estos años. En general se puede decir que la lucha política en Buganda fue muy intensa durante las tres primeras décadas de nuestro siglo. Ciertos factores contribuyeron de manera especial a infundirle esta intensidad. El primero fue una creación legal de los colonialistas británicos y de los jefes protestantes bagandas, a saber, el acuerdo de Buganda de 1900. Este acuerdo, cuyos aspectos económicos han sido ya analizados en el capítulo 7, estableció, *inter alia*, las relaciones entre las autoridades británicas y la clase gobernante baganda. Gracias a este acuerdo, la región de Buganda disfrutó de más autonomía que otras áreas del este de Africa, al mismo tiempo que le concedía protección externa a la región. De ahí que la actividad política en Buganda asumiera una forma introspectiva y que sólo fueran abordados aquellos temas considerados importantes, por sus consecuencias, para la sociedad ganda o estrechamente relacionados con ella. La dinámica interna para esta actividad estuvo fijada por los jefes. Beneficiarios directos del acuerdo, y sustancialmente recompensados con prebendas oficiales y personales, estos poderosos señores serían el blanco de las críticas más fuertes de los jerarcas de los clanes tradicionales (los *bataka)*, de los paisanos *(bakopi)* y de los «jóvenes» de las asociaciones. Como el kabaka de Buganda fue el principal beneficiario individual del acuerdo, el áci-

[15] A. M. Karani, 1974; B. E. Kipkorir, 1969; G. P. McGregor, 1967; I. N. Kimambo y A. J. Temu, 1969, cap. VI.

do de las miradas, de las lenguas y de las plumas se cebó en él. Pero verdaderamente hubo motivo para la discordia política en la comunidad, porque el acuerdo y su principal consecuencia, la creación de nuevas clases sociales, dejó a muchos grupos —los musulmanes, los católicos, los *bataka* y los *bakopi*— plenamente insatisfechos. Además, la conducta de los nuevos jefes dejó mucho que desear, yendo su impopularidad en aumento a partir de 1918. Tratándose de burócratas de la colonia y no de líderes tradicionales, prefirieron ignorar la nueva relación patrón-cliente implantada en Buganda para favorecer a los nuevos dueños. No es extraño por tanto que, como agentes del colonialismo, estos jefes fueran considerados los promotores de cambios no siempre deseados en los modos tradicionales de vida y en franca interferencia con éstos. Por ejemplo, se les supuso responsables de la inserción de medidas sanitarias que fueron altamente impopulares entre los campesinos. Aquellos miembros de la élite de educación occidental no integrados en la jerarquía, explotaron esta atmósfera de descontento con todos los medios a su alcance.

En los puestos claves de esta revuelta se encontraban los hombres jóvenes [18], el más prominente de los cuales fue Z. K. Sentongo, un hábil panfletista organizador de la comunidad baganda de inmigrantes en Nairobi. En 1919 fundó la Asociación de Jóvenes Baganda, cuyos objetivos eran:

1. Engrandecer Uganda en todas sus maneras.
2. Ofrecer ayuda al Muganda digno *(sic)* que pueda hallarse en desgracia.
3. Establecer la mejor manera de adquirir y conservar nuestra educación.

En sus muchos testimonios y escritos, estos líderes se quejaron contra los jefes de Buganda, acusándolos de encarcelar a la gente sin previo juicio por jurado. Otras de sus quejas fue de carácter económico: querían que las muchas restricciones impuestas por el protectorado de Uganda sobre el comercio de algodón fueran anuladas. En tercer lugar, y como nuevo grupo humano, hicieron una demanda característica: pidieron un aumento de las facilidades de educación entonces existentes, así como escuelas públicas, el incremento de las oportunidades de educación para las mujeres y un centro de enseñanza de mayor categoría en Buganda.

Pero si este fue un comienzo modesto, la Asociación de Jóvenes Baganda se haría más intransigente en los siguientes tres años. Hacia 1921 se había vuelto racista y enemiga de los asiáticos. Los asiáticos hicieron de cabeza de turco de los problemas económicos del período. Escribiendo ese año en el *Uganda Herald*, Sentongo acusó a los asiáticos de ser los explotadores inmediatos de los africanos. «¿Quién nos explota, sino los indios? Y a cambio se llevan ilegalmente nuestro dinero a la India, el dinero que nosotros ganamos con fatigoso trabajo. ¿Quién nos roba doblemente? El esfuerzo de los indios está sólo dirigido a cegar a los nativos», concluía. En 1922 la Asociación de Jóvenes Baganda se había convertido también en antimonárquica, atacando a los jefes y al kabaka, y sugiriendo que Uganda debería transformarse en una república. Ese año, Yowasi Paito, Joswa Naluma y Yusufu Mukasa, los tres asistentes médicos en el hospital de Nami-

[18] D. A. Low, 1971, pp. 53-55.

rembe y viejos camaradas de la Budo High School, escribieron una carta atacando al kabaka Daudi Chwa sobre las bases de inmoralidad personal, incapacidad para dirigir propiamente el *lubiri* (palacio) y por su apoyo a los jefes. «El kabaka no es de utilidad», escribieron, y concluían el documento reclamando una constitución para Buganda. Obviamente, ni los jefes ni el kabaka iban a permitir que este hecho quedara sin consecuencias, e inmediatamente organizaron una campaña para desacreditar a los firmantes de la carta. Para comenzar, el *lukiiko* aprobó una ley que declaraba ilegal el desacato al kabaka, argumentando que tales acciones iban contra la costumbre tradicional. Los ofensores tendrían que afrontar sentencias de encarcelamiento y, efectivamente, los responsables de la carta cayeron víctimas de esta ley, siendo encarcelados en julio de 1922. Además el propio kabaka Daudi Chwa escribió panfletos en los años siguientes, casi todos ellos dirigidos a ganar el apoyo popular mediante ataques dialécticos contra la joven *intelligentsia*, a la cual acusó de «extranjerización» [17]. Este ataque de doble filo, más el hecho de que algunos de los seguidores de las asociaciones fueron chantajeados mediante el método de ofrecerle posiciones mejores en las jefaturas, minaron la solidaridad de la organización, que a partir de ese momento caminó imparable hacia su extinción.

La Asociación para el Bienestar de los Contribuyentes Kavirondos [18] es un producto clásico del impacto misionero. Esta Asociación tuvo su origen en la Asociación de Jóvenes Kavirondos, fundada a mediados de 1921 por los alumnos de la escuela de Maseno, en Nyanza, y luego desviada de sus objetivos iniciales por el esfuerzo de los misioneros. En este caso el centro de la disputa quedó ceñido al cambio de *status* del territorio colonial en 1920, que era un protectorado y pasó a ser colonia de la corona —la colonia y protectorado de Kenia. Los dirigentes de la Asociación interpretaron este cambio como una ominosa maniobra de los británicos orientada a intervenir en el mismo *status* de los africanos y posiblemente a abrir las tierras del oeste de Kenia a los colonos europeos. Este problema territorial y las reclamaciones locales se combinaron para originar una huelga en la escuela de Maseno. Jonathan Okwiri, Jeremiah Awori, Reuben Omulo y Simeon Nyende, todos ellos profesores de la escuela, tomaron parte en la huelga. Coincidiendo con estos hechos se propagó la noticia de que había sido convocado un mitin público en Lundha para discutir las reivindicaciones de las tribus luos y abaluyias.

Este mitin se celebró el 23 de diciembre de 1921. Un resultado importante del mismo fue la formación de la Asociación de Jóvenes Kavirondos (YKA), con Jonathan Okwiri como presidente, Benjamín Owuor Gumba como secretario y Simeon Nyende como tesorero. También muy importante fue la aprobación de resoluciones que pedían, entre otras cosas, el establecimiento de una legislación separada para Nyanza como unidad administrativa autónoma y con un presidente africano elegido a través de votaciones libres; la elección de jefes supremos para Nyanza central y del sur; la abolición de la infame *kipande* (tarjeta de identidad); la reducción del impuesto sobre la vivienda y el de capitación, así como la exclu-

[17] *Ibid.*, pp. 104-8.
[18] K. M. Okaro-Kojwang, en B. G. McIntosh (ed.), 1969.

sión de las mujeres como objeto de impuestos; un incremento de los salarios; la revocación del *status* de colonia de la corona y solicitud del *status* anterior, el de protectorado; la concesión de títulos individuales de propiedad sobre la tierra; la abolición de la mano de obra obligatoria y la disolución de los campos de trabajo de Yala, Rabuor, Nyahera y Pap Onditi; y la construcción de una escuela estatal en Nyanza central. Una delegación elegida por la asamblea del 23 de diciembre se presentó al comisario provincial y solicitó una entrevista con el gobernador para entregarle en mano las resoluciones. El comisario rechazó esta petición en dos ocasiones, pero cuando la tensión creció el propio gobernador aceptó parlamentar con la delegación. La reunión se hizo el 8 de julio de 1922, en Nyahera. Ninguna de las peticiones se concedió de inmediato, pero si una lección se desprendió de esta confrontación era que la nueva élite había demostrado una impresionante capacidad para movilizar a las masas. Esto se debió principalmente a que el conflicto había girado sobre reclamaciones locales. Pero todavía resaltó más la necesidad de contener a estas masas y a sus organizadores. La opción elegida fue la del patronazgo colonial a través de un simpático misionero: el archidiácono Owen. En 1923, los líderes de la Asociación de Jóvenes Kavirondos pensaron que él sería un perfecto mediador. Owen, por su parte, encontró una oportunidad excelente para patrocinar a esta gente y hacer de ellos ciudadanos «cumplidores de la ley». En julio de 1923 los líderes del YKA, o *Piny Owacho*, como era conocida popularmente, traspasaron la presidencia del movimiento al archidiácono Owen.

Owen procedió inmediatamente a convertir esta organización en respetable dándole un vuelco a su estructura y a sus objetivos. De este modo, cambió las bases que la soportaban de las masas a las élites. Hubo también un giro en el énfasis, que ya nunca más estuvo en la agitación política, sino en demandas de mejores casas, mejor comida, mejor ropa, mejor educación y mejor higiene. Sus miembros fueron requeridos para cantar, de manera ritual, la plegaria de no ensuciar el agua de los torrentes, matar tantas ratas a la semana, plantar doscientos árboles al año, no mezclar la orina de las vacas con la leche (una delicada costumbre tradicional), la construcción de letrinas, no hacer más de una cama por cabaña en la aldea, no emborracharse y no alentar el matrimonio de mujeres menores de dieciséis años. En otras palabras, Owen eliminó el aguijón político de la asociación, que desde ese momento tomó el impotente título de Asociación para el Bienestar de los Contribuyentes Kavirondos (KTWA). Owen animó al ahora mudo liderazgo, cuando había una queja política que atender, a escribir memorándums a las autoridades. Estos fueron a menudo certeros y escocieron a la administración colonial, pero precisamente por su grado de sofisticación y formalización resultaron ineficaces. Durante este período, los memorándums se convirtieron en la herramienta básica de la lucha, tanto es así, que estos dirigentes fueron motejados como los «Jo-memorándum» [19].

La Asociación se volvió todavía más innocua cuando en 1931 se produjo la escisión de la misma en dos facciones, la de los luos y la de los abaluyias. La rama

[19] O. Odinga, 1967, pp. 61-94.

luo de la Asociación soportó como buenamente pudo el liderazgo de Owen hasta 1944. El enérgico estilo inicial de esta rama había entrado finalmente en crisis debido a la intervención del archidiácono y a la fuga de sus líderes más radicales a puestos de respetabilidad: Jonathan Owkiri y Odinho fueron nombrados jefes, Simeón Nyende fue elegido para el consejo nativo local y Apindi fue el representante de Nyanza ante el «Comité conjunto selecto de la unión para un mayor acercamiento en Africa del este». Hubo algunos dirigentes más recalcitrantes, como Aduwo Nyandoje y John Paul Olola. El último, un hombre de la localidad de Alego, se mostró particularmente activo desde 1927 en adelante en la Cámara de Comercio de Kisumu. Pero estos esfuerzos pronto se desviaron hacia los problemas económicos pequeño-burgueses, convirtiéndose entonces en un lejano eco de los programas políticos populares de los primeros años veinte. Y sin embargo, la KTWA sirvió de inspiración para un área vecina.

Esta región vecina fue el este de Uganda, donde Erisa Masaba fundó la Asociación para el Bienestar de Bugishu en los primeros años veinte. La Asociación aspiraba a liberarse de los agentes bagandas y a instituir un liderazgo local, y se comprometía además a «trabajar por el progreso de los bagishus» y a mantener estrecha vigilancia sobre los colonos de Kenia, en caso de que los últimos intentaran usurpar sus tierras en torno al monte Elgon. Contemporánea de la organización de Masaba y coincidiendo ampliamente con sus objetivos, fue la Asociación de Jóvenes Bagweres , creada para impedir la adquisición de tierras alrededor del municipio de Mbale por parte de los bagandas, y también para instar a sus miembros a «aprender a enseñar propiamente y a plantar nuestros cultivos adecuadamente».

Más irreductible se mostró durante este período la Asociación Central Kikuyus (KCA), un movimiento que canalizó las quejas rurales de los kikuyus desde 1924. Sus cuarteles generales estuvieron en Kahuhia, Muranga, donde la Asociación fue fundada bajo el liderazgo de Joseph Kang'ethe y James Beauttah. En cuanto a las aspiraciones de esta asociación, Beauttah ha señalado que «nuestro principal objetivo era recuperar las tierras que nos habían arrebatado los europeos» [20].

¿Pero quiénes eran sus miembros? La KCA fue un cuerpo que representaba a aquellos elementos de los kikuyus que no aceptaban enteramente las ideas y la práctica de la dominación europea. Eran más radicales en su visión del cambio que los jefes territoriales y los muchachos de las misiones. En una palabra, la KCA fue un movimiento disidente. ¿Y con qué era con lo que disentían sus miembros? Es bastante difícil explicarlo sucintamente, pues los líderes de la KCA nunca pudieron articular sus demandas con cierta precisión. Pero en términos generales protestaban contra la situación colonial tal y como se manifestaba diariamente en la sociedad kikuyu. Las injusticias raciales que los kikuyus tuvieron que sufrir como resultado de la arrogancia cultural de los gobernantes blancos corren parejas con las muchas medidas y prácticas vejatorias que la administración colonial introdujo en sus continuas incursiones.

[20] J. Spencer, 1971, p. 94.



• *Jomo Kenyatta (1890-1978), nacionalista keniata y primer presidente de Kenia independiente, 1963-1978.*



• *Harry Thuku (1895-1970), fundador y líder de la Asociación del Africa Oriental, pionero de la organización nacionalista en Kenia.*

Algunas de las actitudes de la KCA pueden deducirse de la lista de reclamaciones que el liderazgo del movimiento presentó al gobernador cuando éste visitó Muranga en 1925. Protestaron contra el decreto sobre las tierras de la corona de 1915, que había puesto a todos los arrendatarios africanos a merced de la corona. También pidieron la liberación de Harry Thuku y solicitaron un jefe supremo «con poderes judiciales para dirimir nuestras disputas, uno que debería reunir una buena educación y ser elegido por la mayoría de nuestro pueblo». Algunas peticiones estaban relacionadas con los problemas locales que la administración colonial originaba, tales como la obligación de reconstruir los cobertizos sanitarios contra la prevención de plagas y la prohibición a los africanos de cultivar algodón y café. Finalmente, el pliego de peticiones exponía algunas programas de mejoras, solicitando a la administración extender las facilidades de adiestramiento para los enfermeros de hospitales, la construcción de escuelas superiores y la creación de una escuela para mujeres. Estas peticiones apenas causaron impresión en las autoridades coloniales.

Pero el desprecio oficial no desalentó a los dirigentes de la Asociación. En 1927 se produjo un cierto acercamiento entre los políticos kikuyus y los kiambus, al pedirle aquellos a Jomo Kenyatta que aceptara el puesto de secretario general de la asociación, cargo que comenzó a desempeñar al año siguiente.

La fortuna de la KCA mejoró en los próximos dos años por razones locales e internacionales. En sus esfuerzos por conseguir el permanente apoyo popular a la asociación, Kenyatta instigó a los kikuyus a sentirse orgullosos de su herencia cultural, para lo cual se valió del periódico en lengua kikuyu por él fundado, el *Mwigwithania*. Las páginas de este periódico de edición mensual estaban llenas de acertijos, proverbios e historias que alentaban a los lectores a pensar en ellos mismos como kikuyus. El *Mwigwithania* también informaba de las actividades de la KCA al detalle, atrayendo de este modo la atención de los lectores sobre la asociación. Este renacimiento cultural adquiría un nuevo valor cuando al año siguiente estalló una lucha entre las diferentes iglesias de los kikuyus. El origen de la disputa fue la circuncisión femenina, todo lo cual ya ha sido discutido en el capítulo 20 de este volumen.

Esta fue también la década de Kenyatta en Londres. Empezando por la petición y el testimonio de la Asociación Central Kikuyu ante la comisión Hilton para las asociaciones de jóvenes en 1928, los kikuyus colocaron como centro de sus demandas las reclamaciones territoriales. Kenyatta formó parte de la delegación enviada ante esta comisión. Lo más trascendental de sus reivindicaciones estaba perfectamente reflejado en su relación testimonial, la cual hacía notar que «nosotros hemos intentado durante muchos años conseguir del gobierno títulos de propiedad sobre nuestras tierras, pero no los hemos conseguido y nosotros no podemos saber si es nuestra tierra o es tierra de la corona»[21]. Este interés en cuanto a la seguridad de la propiedad de las tierras situadas en las «reservas» africanas, fue reiterado por Kenyatta cuando en 1929 la KCA lo envió de nuevo a Londres para articular las demandas de la asociación. En Londres, Kenyatta resumió los

[21] C. G. Rosberg y J. Nottingham, 1966, p. 94.

objetivos de la KCA en los siguientes puntos: la seguridad en torno a la propiedad de las tierras; aumento de las facilidades de la educación relacionada con materias prácticas; la abolición de los impuestos sobre la vivienda a las mujeres; y representación elegida en el consejo legislativo. Sobre este tema insistirían con especial énfasis los africanos cuando dos años más tarde fueron invitados a rendir testimonio ante la comisión para las tierras de Kenia —un cuerpo legislativo con origen en la recomendación parlamentaria de 1913 acerca de la necesidad de una investigación del problema de las tierras africanas. La KCA intervino activamente ayudando a los linajes *(mbari)* y familias kikuyus a preparar las pruebas documentales de sus propiedades. Cuando el informe final fue publicado, la KCA reunió a todos los grupos políticos kikuyus con objeto de redactar un unánime memorándum de repulsa y protesta. Debido a que estas protestas no fueron debidamente atendidas, la cuestión de la tierra se constituyó en el eje central de la política kikuyu, hasta conducir dos décadas más tarde a la guerra del Mau-Mau.

Estas «asociaciones jóvenes» no tuvieron éxito en lo principal, pero tampoco podemos afirmar que fracasaran rotundamente. A pesar de que el sistema minó su eficacia con obstinada regularidad, bien incorporando a algunos de los líderes a sus propias filas o deteniendo a otros, su perdurable legado es que consiguieron articular las reclamaciones de los africanos contra el sistema colonial usando métodos como el de la publicación de panfletos y habilidades como la de hablar la lengua inglesa y la kiswahili, así como cierta capacidad para exponer los males básicos del colonialismo.

ASOCIACIONES PARA EL TRAZADO DE FRONTERAS

Estas fueron muchas y muy diversas para ser enumeradas aquí. En general fueron creadas para tratar todos los asuntos relacionados con las fronteras, si bien las divisiones territoriales de Kenia, Uganda, Tanganika, Zanzíbar y Somalia ya habían sido trazadas por los regímenes coloniales en el período anterior a 1933. Pero en su intento de organizar las administraciones internas de estos territorios, crearon demarcaciones provinciales, de distrito, regionales y locales, así como subregionales y sublocales que provocaron la dispersión de muchos grupos étnicos, clanes y linajes. En muchos casos, las tierras que pertenecían a un determinado grupo fueron entregadas a nuevos propietarios sin ningún derecho tradicional sobre ellas. Casi siempre el resultado fue una campaña de agitación: una campaña de agitación para recuperar las tierras perdidas; o para obtener el permiso de reunión de clanes confinados en áreas diferentes; o para exigir una nueva demarcación sublocal destinada a abastecer las necesidades exclusivas de un clan o subclan determinado. La protesta fue siempre a nivel local, pero la intensidad y persistencia de estas agitaciones por asuntos de fronteras fue tal que la administración colonial no pudo ignorarlas. Además, muchos de los «nuevos hombres» encontraron funciones que desempeñar en estas peleas intestinas: preparar la evidencia documental, litigar en los tribunales, escribir memorándums a los comisarios de distrito, al gobernador colonial o incluso a la Secretaría de Estado para las Colo-

nias en Londres. El potencial de violencia fue siempre grande en este tipo de conflictos fronterizos, y algunas veces las disputas terminaron trágicamente.

La Asociación del Clan Luo de los Kager de Ugenya (ribera sur del río Nzoia)[22], que fue fundada por los hombres del clan Kager (uno de los clanes de lengua luo) en 1932 para recuperar el «territorio perdido» y usufructuado por sus vecinos, los wangas, representa este tipo de conflictos a una escala menor. En contraste, el más famoso Comité Banyoro de Mubende[23] especuló persistentemente sobre la recuperación de las «provincias perdidas» de Huyaga, Bugangaizi, Buwekula, Buruli y Rugonjo, las cuales habían pertenecido al reino de Bunyoro en Uganda y quedaron emplazadas en territorio baganda tras las divisiones territoriales. Pero a los colonizadores les fue imposible satisfacer todas las demandas que emanaron de este tipo de asociaciones. Y precisamente porque estas demandas no podían ser satisfechas, las asociaciones para el trazado de fronteras constituyeron la vía para la práctica de la política de foco localista. Debido además a su obstinación y persistencia, los británicos consideraron toda esta actividad como simple *fitina* —terquedad a menor escala. Pero el fraccionamiento, después de todo, es quizá el auténtico sello de la política local.

ASOCIACIONES PARA EL PROGRESO Y SINDICATOS

De menor significancia política durante este período fueron las numerosas asociaciones comerciales formadas por los granjeros y hombres de negocios africanos. Bastante a menudo estas asociaciones contaron con objetivos específicos, pero debido a las dificultades casi continuas de la situación colonial, muy pronto se transformaron en vehículos de protesta contra todas y cada una de las injusticias del sistema colonial dentro de sus áreas. De este modo, sus actividades diarias se convirtieron casi inmediatamente en una especie de competición entre los representantes de las masas y los representantes locales de la administración colonial. Un caso que se ajusta a este punto de vista es el de la Asociación de Plantadores Nativos (de café) del Kilimanjaro (KNPA), que fue fundada en 1925 «para proteger y promover los intereses de los cultivadores nativos de café en la montaña»[24]. En parte como resultado de los temores de los colonos europeos hacia los cabildos y grupos de presión africanos, así como por los enfrentamientos personales entre el líder de la asociación, Joseph Merinyo, con funcionarios de la administración británica y con los jefes africanos, la KNPA se vio en la situación de tener que intervenir en otros asuntos, tales como los del registro catastral de la tierra, uso y enajenación de propiedades, relaciones más estrechas con Kenia, derechos políticos y representación en el consejo legislativo central y en la junta de riegos del distrito de Moshi. A un nivel local, las posturas tomadas por la asociación parecían calculadas para oponerse a la autoridad de los jefes. Esto fue lo más usual, y a este respecto las asociaciones cumplieron funciones similares

[22] B. A. Ogot en K. J. King y A. Salim (eds.), 1971.
[23] J. B. Kyeyune, 1970.
[24] S. G. Rogers, 1972 y 1974.

a las de otros muchos movimientos locales de protesta en el Africa oriental hacia mediados de los años veinte. Su existencia fue un indicativo de que una nueva generación de élites estaba formándose al margen de las élites oficiales que las autoridades coloniales habían forjado quince o veinte años antes en torno a los jefes tradicionales. Estos nuevos individuos fueron activos entre los chaggas y los kikuyus, pero también entre los langis [25], los kambas [26] y los hayas [27]. Su aparición fue una señal de que estaba próximo el momento en que la vieja generación tendría que transferir su autoridad sobre la comunidad local a la nueva generación.

Básicamente, lo que las nuevas élites proclamaban era que los jefes coloniales no deberían considerarse a sí mismos como los únicos vehículos para el cambio social; las nuevas élites pensaban que ellas deberían tener una oportunidad en el proceso. Así, cuando la Unión Bahaya de Bukoba fue formada en 1924, parte de su ambición era aconsejar a la población «que se educara». Los funcionarios y comerciantes locales de Bukoba que formaron la Unión —Clemes Kiiza, Suedi Kangasheki, Ludovic Kaitaba y Herbert Rugizibwa— declararon que el objetivo de la organización era «el establecimiento de una institución para el desarrollo de nuestro país y la búsqueda de un sistema que nos abra el camino hacia la civilización». Las dos vías abiertas para alcanzar este estado de «civilización» fueron la alfabetización y las plantaciones de café. A través de los años veinte y treinta, esta organización se distinguió en la defensa de estas causas, y en el proceso chocó regularmente con las autoridades coloniales y con los jefes locales, a quienes acusaron de obstruir el camino hacia el progreso. Retrospectivamente, esta Unión fue meramente otra asociación comercial africana, como la Cámara Nativa de Comercio de Kisumu, asociaciones creadas con el propósito de obtener algunos de los privilegios que las asociaciones asiáticas disfrutaban en aquel período. La historiografía del Africa oriental las ha descrito como «asociaciones para el progreso» [28] dirigidas por hombres «modernos» [29]. Entre estos hombres han sido destacados Hugh Martin Kayamba, Francis Iwamugira y el Harry Thuku de los últimos años treinta. La contribución de estos hombres a la conciencia política del Africa está siendo debatida por historiadores del Africa oriental. Por un lado están los investigadores que señalan la visión de aquellos hombres sobre los pueblos africanos [30], y por otro quienes los consideran demasiado comprometidos con sus propios intereses y les niegan un papel legítimo en el radicalismo político africano [31]. En general, los modernizadores tenían como principal objetivo defender sus propios intereses y los de su clase, y por tanto es difícil asignarles una función de liderazgo en la política de activismo de masas [32]. Estas élites sólo apadrinaron causas populares en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

[25] J. Tosh, 1973 y 1978.
[26] J. F. Munro, 1975, capítulos 7 y 8.
[27] G. Hyden, 1969, capítulos 4 y 5.
[28] J. Iliffe, 1969, pp. 123-61; 1979, pp. 405-35.
[29] J. Iliffe (ed.), 1973.
[30] J. Iliffe (ed.), 1973; K. K. Janmohamed, 1974.
[31] Ver E. S. Atieno-Odhiambo, 1973, un artículo de J. Iliffe (ed.), 1973.
[32] E. S. Atieno-Odhiambo en B. A. Ogot (ed.), 1975, pp. 218-22.

La historia del sindicalismo ilustra claramente la falta de una verdadera conexión entre los modernizadores y las masas.

La resistencia entre la fuerza laboral, en oposición a los sindicatos propiamente dichos, comenzó muy pronto en el Africa oriental. Uno de los primeros desafíos que las autoridades coloniales tuvieron que afrontar fue cómo forzar a los africanos a trabajar para los colonos y en los recién creados sectores de empleo, como el ferrocarril Kenia-Uganda, la línea telegráfica central de Tanganica y los departamentos de obras públicas. Los gobernantes coloniales resolvieron el problema aprobando una legislación que creaba un «contrato de servicio», el infringimiento del cual suponía un delito castigado con multa y/o encarcelamiento. Complementando esta legislación, particularmente en Kenia, estaba el proceso por el cual todo africano varón hábil para el trabajo era inscrito como tal de acuerdo con el decreto para el registro nativo, el infame decreto que impuso el odiado *kipande* a los africanos. Pero todo esto no hizo desistir a los trabajadores en cuanto a la organización de huelgas [33]. La primera huelga conocida en Kenia tuvo lugar en Mombasa en 1902, cuando cincuenta policías no acudieron a su servicio en señal de protesta, seguida, en 1908, por una huelga de los trabajadores del ferrocarril africano en Mazeras. El mismo año, los remolcadores de «rickshaws» se declararon en huelga en Nairobi. Cuatro años más tarde, los pilotos y las tripulaciones de barcos y mercantes organizaron una huelga en Mombasa, la cual fue seguida por otra de los trabajadores ferroviarios en Nairobi. Y así sucesivamente. Estas huelgas aisladas en el sector industrial no trajeron consigo la formación de sindicatos o uniones obreras, que en todo caso hubieran sido consideradas ilegales entonces. Pero al menos representaron la idea de que la acción podía ser un recurso válido de presión en relación con las reclamaciones laborales, y en realidad formaron parte de la creciente conciencia africana que fue característica de los años anteriores a 1919.

Esta conciencia maduraría hasta alcanzar pleno sentido político en los años posteriores a la guerra. Los problemas económicos y las privaciones a las que los africanos tuvieron que hacer frente en el período de 1919-22 condujo a la idea de que había una conexión entre la fuerza laboral y la política económica global en la que los africanos operaban. Los «jóvenes hombres» que en breve tomarían control del liderazgo político procedían en su mayoría de los sectores urbanos, y las reclamaciones de las masas trabajadoras no les pasaron desapercibidas. De este modo, las peticiones laborales a menudo formaron parte de sus memorándums y escritos. Por ejemplo, en la fundación de la Asociación de Jóvenes Kikuyus el 11 de junio de 1921, los asuntos laborales ocuparon un lugar destacado. El sumario de Harry Thuku de todas las materias tratadas ese día, es una prueba documental de todo lo dicho. Escribió a los periódicos:

> Una reunión de la Asociación de Jóvenes Kikuyus se celebró en la aldea de Pangani... el jueves, siendo el tema a tratar la reducción de los salarios de los nativos... La reunión había sido... sugerida y se llevó a efecto para mostrarle al gobierno las quejas de los nativos en relación con la reducción de salarios... La Asociación debería comprometerse a enviar-

[33] M. Singh, 1969, p. 45.

le un escrito al honorable comisario en jefe de los nativos, pidiéndole que elevara el asunto ante su altísima excelencia el gobernador [34].

Este memorándum fue debidamente cumplimentado y enviado al comisario en jefe. Efectivamente, el escrito pedía a la administración colonial que desistiera de reducir los salarios y que invitara a los colonos a seguir la misma actitud; denunciaba el trabajo obligatorio; se oponía al sistema de registro; y se quejaba de las tarifas de los impuestos sobre la vivienda, entre otras cosas. La descripción que mejor cuadra a esta organización (así como a su sucesora, la Asociación de Africa Oriental) es que fue «una organización política al mismo tiempo que una unión general de trabajadores». Esta descripción puede ser aplicada también a su contemporánea, la Asociación de Jóvenes Kavirondos, que igualmente protestó contra el trabajo obligatorio, y es un justo compendio de esas organizaciones que estuvieron involucradas en las luchas de los trabajadores africanos durante este período. La actividad política africana de los años veinte abordaría reiteradamente la cuestión laboral, denunciando el trabajo obligatorio y demandando salarios más altos, así como la abolición de los impuestos para las mujeres. Estas demandas, por ejemplo, formaron parte de las reclamaciones de la representación africana ante la comisión Ormsby-Gore en 1924. De igual manera los líderes africanos incluyeron estos temas en el memorándum que la Asociación de Jóvenes Kikuyus presentó a la comisión Hilton para las asociaciones de jóvenes en 1928.

¿Pero qué podemos decir acerca del sindicalismo organizado? La administración colonial prefirió tolerar las asociaciones antes que los sindicatos como tal, dado que las asociaciones se arrogaron la defensa de las medidas sociales sin perseguir directamente actividades sindicalistas. La esperanza era que la emergente clase de los trabajadores cualificados formara sus propios y exclusivos clubes elitistas. Este pensamiento guió a los británicos al permitir la fundación de la Unión de Funcionarios Civiles de Tanganica (TCSU) en 1922 y la Asociación del Servicio Civil Africano de Kenia algún tiempo después, en 1933. La Asociación del Servicio Civil Africano del Territorio de Tanganica (TCSU) [35] fue fundada por Martin Kayamba «para promocionar el desarrollo social y educativo de sus miembros» y para «promover el bienestar social de sus miembros en los distintos departamentos gubernamentales». Esta asociación fue en parte un sindicato y en parte un club social cuyas actividades incluían deportes y clases nocturnas. Esta organización adquirió renombre por su abierto elitismo y el interés que demostró en privilegios elitistas. Aunque Kayamba había esperado crear una organización a escala nacional, su asociación parece que perdió importancia al final de los años veinta, cuando el mismo y obsequioso Kayamba recibió nuevos favores de sus dueños y fue promovido a más altos cometidos en el escalafón de la administración colonial. Sus logros, aunque duraderos, fueron por tanto limitados.

Los orígenes exactos de la Asociación del Servicio Civil Africano de Kenia son oscuros, pero esta asociación envió un importante memorándum a la comisión

[34] Citado en *ibid.*, p. 11.
[35] J. Iliffe (ed.), 1973, p. 73.

de investigación de la administración de justicia de Kenia, Uganda y el territorio de Tanganica para asuntos criminales, creada en 1933[36]. Los autores de este memorándum fueron Newland Gibson, secretario general de la asociación, Ismhael Ithongo, H. G. Shadrack y Albert Awino. El memorándum abordaba importantes asuntos relacionados con el sistema legal. Solicitaba que todas las leyes del país fueran traducidas a la lengua kiswahili; pedía la asistencia de un jurado en todos los procesos criminales; y la anulación de toda la legislación sobre el *kipande*. El escrito también criticaba las provisiones de las ordenanzas sobre vagabundeo y el castigo colectivo, y pedía la urgente abolición del pago de impuestos para las viudas, los desempleados y los mayores de cincuenta años. Aparte de este memorándum existe un cierto vacío de información en cuanto a otras iniciativas de la asociación. Igualmente sabemos muy poco acerca del Sindicato de Profesores Africanos de Kenia, que fue fundado en 1934 bajo el liderazgo de Eliud Mathu y James Gichuru.

Pero por lo general podemos decir que las asociaciones elitistas fueron un pálido reflejo de la realidad global de la situación laboral, que se caracterizó a lo largo del período por el recurso a las huelgas en las factorías, puertos y talleres, y también en las granjas de los colonos. Dada la prohibición oficial de los sindicatos, y a falta de una red de comunicación entre la vasta masa de obreros no cualificados y la fuerza laboral en general, estas huelgas aisladas en los mismos lugares de trabajo eran la vía más lógica para la expresión política. El hecho de que conozcamos tan poco acerca de ellas, particularmente en lo que se refiere a Uganda y Tanganica, es más por una limitación del investigador que del tema mismo. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que el sentimiento de privación fue un sentimiento recurrente en la clase obrera africana.

ESFUERZOS EN POLITICA TERRITORIAL

Este estudio ha tratado hasta ahora de la política local articulada a varios niveles. En cuanto a la cuestión de los esfuerzos africanos en política territorial, la experiencia fue más bien de fracaso o sencillamente no hubo un esfuerzo serio en este campo. Aunque no decimos esto en un sentido despectivo, pues muy pocos africanos se consideraban a sí mismos tanganiqueños o keniatas en el período de entreguerras. La conciencia política no había madurado lo suficiente como para abrazar la causa del estado colonial. Hubo algunas excepciones, hombres como Jomo Kenyatta, Akiiki Nyabongo y Mbiyu Koinange, quienes tuvieron la rara oportunidad de viajar por Europa y los Estados Unidos y de contrastar sus ideas con quienes veían la situación colonial desde la perspectiva imperialista. Durante su estancia en Gran Bretaña, desde 1930 en adelante, Kenyatta tuvo ocasión de ampliar sus horizontes y de abrazar no sólo la causa africana, sino también la defensa de la raza negra en general. Similarmente, la educación americana de Mbiyu Koinange, y todavía más su relación con el doctor Ralph Bunche, amplió sus

[36] M. Singh, 1969, pp. 24-45.

perspectivas. El año 1933 lo pasó escribiendo memorándums al departamento colonial contra las injusticias infligidas a su propio padre, el jefe Koinange, y a los keniatas en general. Pero estos hombres fueron pocos; y lo que es más, se encontraban lejos de sus lugares de origen, con lo cual no tuvieron la oportunidad de organizar a las masas locales.

En este contexto, la Asociación de Africa Oriental de Harry Thuku destacó como la única organización en los primeros años veinte que se planteó, al menos sobre el papel, el extender sus actividades a todo el territorio colonial de Kenia y más allá de Kenia. La Asociación de Africa Oriental fue fundada en 1921 en Nairobi por Harry Thuku, Jesse Kariuki, Job Muchuchu y Abdullah Tarrara [37]. También sobresalieron en la asociación hombres de otros territorios, incluyendo al infatigable Z. K. Sentongo de la Asociación de Jóvenes Bagandas y a un hombre anónimo de Nyasa (hoy Malawi). La asociación fue ciertamente transétnica y su nombre refleja su interés en abarcar toda Kenia. Pero sus miembros eran en su mayoría kikuyus. Harry Thuku, un funcionario del Tesoro, fue quien le dio vida y la dirigió.

Thuku pertenecía al grupo de jóvenes kikuyus que, viviendo entonces en Nairobi, sentían la necesidad de organizar un colectivo que pudiera oponerse a la Asociación Kikuyu, dominada por los jefes. Ha sido referido que estos jóvenes kikuyus tomaron como modelo a la Asociación de Jóvenes Bagandas. Pero más importante aún, Thuku y sus camaradas de Nairobi pensaron que existía la necesidad de una organización africana que abarcara toda la colonia de Kenia. Tal y como Thuku escribió al *East African Standard* en 1921, ellos pensaban que «a menos que la gente joven de este país forme una asociación, los nativos de Kenia permanecerán sin voz». Esta búsqueda de solidaridad es lo que condujo a Thuku a fraternizar con los jóvenes kambas, luos y gandas que por entonces vivían en Nairobi. De este modo, el 1 de julio de 1921, lanzaron formalmente la Asociación de Africa Oriental. La organización aprobó resoluciones sobre el tema del *kipande* y el trabajo obligatorio, así como sobre el abusivo sistema de impuestos y la educación. Thuku cablegrafió estas resoluciones directamente al departamento colonial en Londres. Los políticos indios A. M. Jevanjee y B. M. Desai ayudaron a Thuku en la redacción del memorándum e imprimieron folletos informativos para la Asociación. Estas conexiones con los asiáticos originaron un gran furor entre los colonos. Sin embargo, recientes investigaciones han demostrado concluyentemente que Thuku no fue un peón en manos indias.

Mayor importancia en este análisis representan los esfuerzos de Thuku para atraer a la asociación a miembros de otros clanes además del clan kikuyu. Sus contactos en Nairobi le permitieron hacer propaganda de la asociación entre los kambas. Pero si los kambas en Nairobi estaban entusiasmados, los kambas de las zonas rurales reaccionaron más fríamente. En una reunión pública de Thuku con el jefe Mathendu en Iveti, Machakos, los ancianos rechazaron sus propuestas, rehusaron firmar los documentos que Thuku les había presentado y le aconsejaron que regresara con los kikuyus, «con quienes los akambas tenían muy po-

[37] K. J. King, 1971 (b).

co en común»[38]. La situación fue diferente en Nyanza, donde la asociación de Thuku encontró en la Asociación de Jóvenes Kavirondos una formación equivalente. En diciembre de 1921, los líderes de este último grupo ya habían tenido contactos con Thuku y le habían asegurado que ellos estaban «luchando» a su lado por el país. También por esas fechas la Asociación de Jóvenes Kavirondos había contribuido con fondos a la organización de Thuku. Pero la relación fue de igual a igual, y en ningún momento la asociación más localista estuvo subordinada a la más ambiciosa territorialmente[39]. En realidad, y es importante señalarlo, las dos asociaciones se limitaron a mantenerse en contacto: sus relaciones no fueron demasiado estrechas y no hay evidencia sustancial de que una consiguiera influir a la otra. El enlace entre estas dos organizaciones fue James Beauttah, miembro por entonces de la asociación de Thuku, empleado en Maseno. Según sus propias palabras:

> Había una escuela (en Maseno) con profesores africanos bien preparados, la mayoría de los cuales estaban interesados en política y querían saber algo acerca de la EAA. Este fue el único grupo que yo conocí, fuera de Nairobi, interesado en el tema del nacionalismo. *Yo puse en contacto a estos dos grupos;* a estos futuros políticos luos y a los seguidores de la EAA. Esta gente... estaba muy entusiasmada y entregó 90 rupias para que fueran enviadas a Nairobi con objeto de sufragar el movimiento. Querían unirse a los kikuyus y la gente de la costa, y creo que fui yo quien despertó su interés[40].

La proximidad del país Massai a Nairobi, y las tribulaciones que los massais habían sufrido a causa de los colonizadores británicos en las primeras décadas en relación con sus tierras, convirtió a las élites de los massais con educación occidental en aliados naturales de cualquier movimiento de protesta que se organizara en la ciudad durante los primeros años veinte. Todas estas élites massais habían recibido su educación bien en Thogoto o en las escuelas de las misiones de Africa interior, tales como la de Kijabe o Siyiapei. Los miembros de estas élites se convirtieron en los mejores agentes de Harry Thuku entre los massais[41]. Entre ellos estaban Maitei Ole Mootian y Molonket Ole Sempele. Hay poca evidencia de que estos hombres organizaran algún tipo de movimiento político en el país Massai, pues la mayoría eran trabajadores urbanos. Su influencia entre los massais de las zonas rurales se iba a producir después de 1923, cuando fueron destinados a sus propios distritos en el desempeño de algún cargo oficial. Fue desde estas bases en su propia tierra desde donde organizaron el apoyo popular a la última Asociación Central Kikuyu.

La causa de la asociación de Thuku con los bagandas hay que buscarla en la propia influencia de Thuku en la asociación que lideraba. De especial interés fue para él la Asociación de Jóvenes Bagandas, con base en Kampala, cuyo secretario, Joseph Kamulegeya, coincidía con Thuku en un cierto número de temas. Kamulegeya puso a Thuku en contacto con el mundo de la América negra, y Thuku escribió al doctor W. E. D. du Bois, a Marcus Garvey y al Instituto Tuskegee

[38] J. F. Munro, 1975, p. 126.
[39] K. M. Okaro-Kojwang en B. G. McIntosh (ed.), 1969, p. 120.
[40] Citado en J. Spencer, 1971, p. 10 (énfasis añadido).
[41] K. J. King, 1971 (a).

solicitando campañas de ayuda al Africa oriental entre los negros americanos. No fue creada ninguna asociación duradera, si bien Harry Thuku comenzó a recibir el periodico de Garvey, el *Negro World* [42]. Todo esto resultó muy agradable sobre el papel. Pero la administración colonial estaba preocupada por algunas de las afirmaciones de Thuku. Así, el 14 de marzo de 1922 Thuku fue arrestado, con la intención de enviarlo al exilio. Mientras permanecía confinado en el puesto policial de Nairobi, sus seguidores y las masas africanas de la ciudad, que al parecer estaban en huelga, por motivos laborales, comenzaron a asediar el recinto. Lo que siguió fue lo inevitable en estos casos de confrontación colonial. Después de un primer momento la policía perdió los nervios y disparó contra la multitud, matando a veintiún africanos. El incidente ocurrió el 16 de marzo de 1922.

Pocos días después del dramático suceso Thuku fue deportado y su asociación entró en un período de descomposición. Desde este momento la política en el país kikuyu adquirió una dimensión más étnica. La nueva organización que surgió fue la Asociación Central Kikuyu. La pólvora británica había puesto fin a todas las pretensiones de organizaciones políticas multirraciales que los africanos de Nairobi habían acariciado durante los años de entreguerras.

En Tanganica las perspectivas no fueron más halagüeñas que en otras regiones, tal y como nos demuestra la experiencia de la Asociación Africana de Tanganica (TAA). Esta asociación fue fundada en Dar el-Salaam en 1929. Bajo el liderazgo de Cecil Matola, Kleist Sykes, Mzee Bin Sudi y Ramadhan Ali, la asociación fijó su meta como una asociación «para la salvaguardia de los intereses africanos, no sólo en este territorio, sino en toda Africa» [43]. En la práctica, sin embargo, la influencia de la TAA no traspasó las fronteras de Dar el-Salaam en los siguientes años, a menos que alguno de sus miembros fuera destinado a trabajar al norte del país, como ocurrió en 1933 cuando Mack Makeja recibió un empleo en Dodoma y fundó allía una rama de la asociación. Pero incluso dentro de Dar el-Salaam sus logros estuvieron limitados a la construcción de una sede para la organización. Otra de sus ocupaciones fue la de enviar peticiones al gobierno para el nombramiento de un magistrado de la ciudad de origen africano, peticiones que fueron desatendidas. Las desavenencias internas agrietaron la unidad del liderazgo en los años de 1931 y 1932 y no fue hasta 1934 cuando la rama de Zanzíbar tomó la iniciativa de reanimar la asociación. Aparte del hecho de la represión colonial, la legítima conclusión que se nos ocurre es que durante el periodo de entreguerras, y desde un punto de vista político, no hubo ni keniatas, ni ugandeses ni tanganiqueños.

CONCLUSION

Este capítulo ha sido un intento de exposición de la naturaleza, extensión y limitaciones del nacionalismo y la política africana en el Africa oriental durante

[42] K. J. King, 1971 (b).
[43] G. G. Hajivayanis, A. C. Mtowa y J. Iliffe en J. Iliffe (ed.), 1973, p. 235.

el período entre 1919 y 1935, a través del análisis de las diferentes formas de activismo. El acto principal fueron las masas, mientras que los organizadores más importantes de la política *(siasa)* durante estos años fueron los «hombres jóvenes», personas que se habían beneficiado de la educación introducida por los misioneros en las primeras décadas del siglo, y se encontraban cualificados para articular las reclamaciones africanas ante las autoridades coloniales. Ellos se comprometieron largamente con los problemas locales, promoviendo agitaciones contra los males que el tren del colonialismo había arrastrado dentro del país. Estos hombres operaron a varios niveles, que incluyeron desde las *barazas* locales o mítines públicos al envío de peticiones a los gobernantes coloniales o a la Secretaría de Estado para las Colonias en Londres. Sus esfuerzos en cuanto a organización política propiamente dicha fueron sofocados por el poder colonial, y ninguna de las asociaciones logró alcanzar todos sus objetivos. Pero mientras funcionaron, sirvieron para recordarle a las autoridades coloniales que «la voz de Africa» podía ser oída a través de canales diferentes a los de la estructura de la administración colonial. Sin embargo, todavía hubo muchas áreas de problemas africanos que no se fundieron en organizaciones formales; ningún sindicato fue creado durante este período, entre otras razones porque muy pocos de los líderes intentaron siquiera organizar tal tipo de movimientos. Este capítulo ha puesto de manifiesto las limitaciones de la actividad africana en el período que nos ocupa: debido al enfoque principalmente local de los problemas, sus líderes fracasaron a la hora de organizar movimientos políticos más amplios y de alguna efectividad.

Capítulo 27

POLITICA Y NACIONALISMO EN AFRICA CENTRAL Y DEL SUR, 1919-1935

A. B. DAVIDSON, A. ISAACMAN Y R. PELISSIER

Siempre han existido profundas diferencias entre la vida política africana de países tan dispares como Angola, Bechuanaland (hoy Botswana), el Congo belga (hoy Zaire), Rhodesia del Norte (hoy Zambia), Basutoland (hoy Lesotho), Nyasaland (hoy Malawi), Mozambique, Swaziland, Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe), Africa del Sudoeste (hoy Namibia) y la Unión de Sudáfrica (hoy República de Sudáfrica). Estas diferencias, todavía visibles hoy, fueron considerables en el período entre 1919 y 1935. La causa principal para tanta diversidad fue que los países citados formaban parte de imperios coloniales diferentes: el británico, el francés o el belga. Otra causa fue el *status* político específico de cada país, algunos siendo colonias, otros protectorados y uno de ellos un dominio. Por último, aunque hubo otros muchos motivos, las grandes diferencias existentes a nivel económico jugaron también un papel diferenciador, las cuales a su vez originaron distintas pautas para la estratificación social. Y todavía podríamos añadir que la aparición de nuevos movimientos anticoloniales en el Africa central y del sur confirió a esta parte de Africa características específicas con respecto al Africa oriental. Este capítulo examina la naturaleza cambiante de la protesta popular en el Africa central y del sur, prestando especial atención a Sudáfrica, al Congo belga y a las que fueron colonias portuguesas [1].

LA SITUACION POLITICA Y ECONOMICA EN AFRICA DEL SUR Y EL CONGO BELGA: UNA PANORAMICA

Las características específicas de Africa del sur se basan en la naturaleza colonial-capitalista de la penetración europea en esta parte de Africa y en la es-

[1] A. B. Davidson fue responsable principalmente del análisis de la situación política y económica en Africa del sur y en el Congo belga, y de la sección sobre resistencia popular en Sudáfrica y en

tratificación étnica de sociedades, la cual fue más compleja que en el resto de las demarcaciones coloniales. En ninguna otra zona el «sector europeo» se desarrolló tan rápidamente, empequeñeciendo, casi haciendo desaparecer, la economía «tradicional» africana. Este modelo económico y la complejidad de la segmentación étnica son atribuibles a las pautas adoptadas por la colonización, que a su vez estuvo determinada por las condiciones naturales y la vasta riqueza minera de esta parte de Africa.

Hacia 1919 el curso histórico de la vida económica en la mayor parte de Africa del sur había sufrido un mayor trastorno que en otras partes del continente. Millones de africanos habían sido forzosamente incorporados a la esfera de la explotación capitalista. Hacia la mitad de los años veinte, más de 200.000 trabajadores inmigrantes, reclutados en áreas tan lejanas como Rhodesia del Norte y Nyasa, estaban empleados en las minas de Sudáfrica [2]. Más de 600.000 obreros trabajaban en las minas de cobre, estaño, diamantes y oro en el Congo [3].

Debido al desarrollo de las explotaciones agrícolas y a la expropiación de tierras a gran escala de que fueron víctimas los nativos en los países de Africa del sur, la participación africana en la producción de cultivos exportables y en el comercio fue ahogada, excepto en sectores de producción forzada, tal como el del algodón en el Congo [4]. El camino para la aparición de un amplio estrato de comerciantes y granjeros capitalistas africanos, fue igualmente obstruido; la aparición de este bloque fue una característica de otras muchas colonias donde los colonos blancos eran menos numerosos. La expropiación de tierras, estrangulación de la clase popular, proletarización y urbanización fueron de este modo procesos que avanzaron a un ritmo más rápido y profundo en la mayoría de los países de Africa del sur que en otras partes de Africa [5].

Como hemos visto en el capítulo 16, en un determinado número de países de Africa del sur se produjo una rápida tendencia a la formación de un cuerpo permanente y numéricamente significativo de proletarios africanos y de descendencia no europea. Sus más avanzados contingentes estaban representados por los trabajadores de los puertos y las ciudades industriales. La mayoría de la fuerza laboral africana en las minas y en las ciudades fue inicialmente reclutada entre la masa de trabajadores de temporada. Sin embargo, una buena parte de esta masa continuó dependiendo de trabajos eventuales para su supervivencia hasta que, andando el tiempo, se produjo un proceso de estabilización en las masas laborales. Como resultado de esto, la aparición de un proletariado urbano africano fue más rápido en Africa del sur que en la zona occidental u oriental del continente. Tampoco faltó una buena cantidad de trabajadores temporeros en las explotaciones agrícolas de propiedad blanca, con las sucesivas expropiaciones de tierras, ampliando rápidamente las filas del proletariado rural.

---

los territorios vecinos. A. Isaacman escribió la sección sobre Mozambique y también sobre el Congo belga y, en colaboración con R. Pélissier, la panorámica sobre la situación política y económica en Angola y Mozambique. R. Pélissier escribió también la sección sobre Angola.

[2] Para estadísticas sobre la composición de la fuerza laboral en las minas de Sudáfrica ver Centro de Estudos dos Africanos, 1977, 24c.

[3] C. Perrings, 1979, pp. 56, 84, 176.

[4] B. Jewsiewicki en M. A. Klein (ed.), 1980.

[5] C. Bundy, 1979; G. Arrighi, 1970; I. R. Phimister y C. Van Onselen, 1978.

La clase ilustrada, que se configuraba en este período, tuvo que recorrer un largo camino hasta determinar su identidad política y nacional. El desarrollo de esta clase estuvo condicionada por el carácter específico de la colonización europea y el relativo acceso a la educación de los africanos. El «techo» social para los africanos en el sur fue mucho más bajo que en el África occidental, donde, en ausencia de un cuerpo permanente de colonos blancos, los africanos encontraron más fácil convertirse en escribientes u oficinistas o asegurarse un empleo en el servicio civil. En África del sur los blancos monopolizaron todas las oportunidades de empleo que podían haber estado a disposición de los africanos instruidos, impidiéndoles de este modo su incorporación a la administración, el sector económico, la iglesia y otras esferas de la vida.

Por este motivo, la *intelligentsia* en África del sur mantuvo desde el principio unas relaciones mucho más estrechas con la masa popular. Esto fue debido particularmente a que, en estas regiones, los miembros de la clase ilustrada procedían del núcleo mismo de las poblaciones indígenas y no fueron inicialmente reclutados, como a menudo ocurrió en algunos países del África occidental, de entre los esclavos «liberados» y repatriados o de sus descendientes. El régimen de cruel discriminación racial, del cual los africanos del sur fueron víctimas sin excepción, provocó que inevitablemente la *intelligentsia* se acercara a las bases populares. Los intelectuales africanos de esta región encontraron mucho más difícil desempeñar la función de intermediarios.

Otra característica crucial y diferenciadora de la protesta anticolonial en África del sur reside en el hecho de que la oposición fuera reclutada no sólo de entre los africanos, sino también de entre el considerable número de grupos no-africanos —la «gente de color», indios y mestizos. Consecuentemente, los africanos formaron el núcleo principal de la protesta, pero no fueron la única fuerza anticolonial; y esto puso su sello en el carácter total de la lucha[6].

Otra circunstancia que contribuyó a configurar los rasgos generales de los movimientos anticoloniales en África del sur, fue el carácter internacionalista de sus conexiones y lazos. En África del sur tanto el movimiento sindicalista como las primeras actividades nacionalistas recibieron apoyo sustancial del extranjero; por ejemplo, los socialistas y comunistas belgas criticaron vigorosamente la política colonial represiva en el Congo belga. Finalmente, debido a que África del sur mantenía lazos muy directos con la economía capitalista mundial, hubo más contactos con el mundo exterior, con el resultado de que los cambios de importancia allende los mares eran sentidos más agudamente en esta parte de África. El período entre 1919 y 1935 fue testigo de muchos de estos cambios. Podríamos mencionar el impacto de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia y el resurgir revolucionario hasta 1923 como consecuencia de la primera guerra mundial, el comienzo de la crisis en el sistema colonial, la depresión económica mundial de 1929-33 y, hacia el final del período considerado en este capítulo, el eco de la guerra italo-etíope, que comenzó en 1935.

[6] Incluso en este entorno explícitamente racista, el régimen colonial no tenía ninguna confianza en los jefes leales y la policía africana que vinieron a formar parte del aparato del Estado. Esta alianza socava cualquier análisis de la resistencia que aborde los hechos desde el prisma exclusivo de la raza y sin ninguna referencia a los factores de clase y etnia.

PROTESTA POPULAR, NACIONALISMO Y POLITICA EN AFRICA DEL SUR Y TERRITORIOS CIRCUNDANTES

La oposición al dominio colonial y a la explotación capitalista en Africa del sur tomó cuatro formas principales. La primera fue la protesta popular. A menudo esporádica, aislada y en condiciones adversas, varias expresiones de protesta popular tuvieron, no obstante, amplia resonancia durante el período que nos ocupa. Además, muchos paisanos y habitantes urbanos articularon su oposición al sistema racista y culturalmente arrogante utilizando como medio las iglesias independientes que florecían en Africa del sur. Muchos otros se unieron al Congreso Nacional Africano —la organización nacionalista más antigua del continente. Hacia los años veinte, había surgido ya un embrionario movimiento de la clase trabajadora africana, simbolizado por el meteórico crecimiento de la Unión de Trabajadores del Comercio y la Industria bajo el liderazgo de Clemens Kadalie.

En respuesta al creciente empobrecimiento y a la inseguridad económica que acompañó a la transformación de gran parte del área rural sudafricana de una economía agraria a una reserva de mano de obra, los campesinos se lanzaron a una serie de acciones para eliminar o minimizar el incremento de las presiones políticas y económicas. La mayoría de las medidas de resistencia fueron diseñadas para proteger sus tierras y explotaciones agropecuarias, así como para luchar contra el incremento de los tributos y las imposiciones laborales. A menudo estas medidas consistieron en actos aislados, tales como fugas de capitales, evasión de impuestos, violación de las leyes sobre registro obligatorio y ataques a la policía y a los jefes lealistas[7]. En otras ocasiones consiguieron poner en marcha formas de oposición más coherentes y organizadas, tal como ocurrió con la campaña «anti-dipping».

El esfuerzo del Estado para aumentar el número de ganado vacuno y las regulaciones sobre desinfección del ganado lanar, así como los impuestos sobre esta misma campaña de desinfección, provocó una amplia oposición en toda la región de Transkei durante el período de 1913 a 1917. Muchos campesinos reconocieron la necesidad de proteger sus rebaños de la fiebre de la costa este, pero al mismo tiempo se opusieron a los impuestos excesivos en una época de crisis de la economía rural. La oposición a la práctica del «dipping»* tomó varias formas. En Pondoland los campesinos se negaron inicialmente a pagar los impuestos. En Fingoland organizaron boicots y no permitieron que nadie participara en el programa de desinfección. La acción más radical se produjo en el este de Griqualand, donde los tanques para el «dipping» fueron dinamitados y destruidos, y grupos de agitadores atacaron a la policía cuando ésta intentó reprimir su campaña de protesta. Desde el punto de vista de la organización política rural, lo más significati-

[7] W. Beinart y C. Bundy en M. A. Klein (ed.), 1980; A. T. Nzula, I. I. Potekhin y A. Z. Zusmanovich, 1979, pp. 104-106; E. Roux, 1964, pp. 88-120; A. B. Davidson, 1972. Estos y otros materiales han sido extraídos de la obra colectiva titulada *Historia de la lucha de liberación nacional africana*, período contemporáneo (Isteriya Natziionalnoosvoboditelno bordy navodor Afriku V novelschee Vremia) que apareció en Rusia en la edición Nauka de Moscú.

* «Dipping»: método de desinfección del ganado mediante lavado o inmersión en agua o líquido tratado químicamente. *(N. del T.).*

vo es la importancia que alcanzó la oposición y la incapacidad de los jefes lealistas para controlar las actividades de sus súbditos más radicales [8]. Cuatro años más tarde, las mujeres de esta misma región de Transkei organizaron una serie de boicots contra los comerciantes europeos para protestar por la manipulación de los precios y la negativa de estos comerciantes a facilitar bienes de primera necesidad a través de créditos. En 1922 su movimiento se había extendido a la provincia del nordeste y al este de Griqualand, donde los funcionarios estatales y los comerciantes se quejaron acerca de esta campaña de protesta «femenina». Las agitadoras montaron piquetes delante de las tiendas y comercios rurales y —a pesar de las amenazas de las autoridades— impidieron la entrada a los establecimientos de cualquier posible cliente. Finalmente, la intervención gubernamental y las amenazas por parte de los jefes lealistas consiguieron poner término al boicot [9].

Las sublevaciones campesinas rebrotaron periódicamente en Africa del sudoeste, donde el gobierno sudafricano solamente empezó a consolidar su poder colonial de una manera efectiva a partir de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces el gobierno de Jan Smuts sojuzgó cruelmente a los bondelswart, una de las tribus namas establecida en el sur y tradicionalmente dedicada al pastoreo de ganado. El descontento entre esta gente había sido ocasionado por un aumento de los tributos. En mayo de 1922 una operación militar de castigo integrada por 400 soldados armados con ametralladoras y el apoyo de una escuadrilla de aviones fue lanzada contra los rebeldes. Quizá por primera vez en la historia, los habitantes africanos se convirtieron en el objetivo de ataques aéreos. Alrededor de 100 africanos murieron en esta operación y más de 150 fueron encarcelados [10].

Tres años más tarde la «comunidad de color» en la ribera del río Rehoboth, en la parte central del país, recibió un tratamiento no menos cruel. En protesta por la violación de un acuerdo firmado entre la comunidad y las autoridades coloniales durante el dominio alemán de la región, la comunidad rehusó contemporizar con las nuevas demandas de los administradores sudafricanos. El consejo de la comunidad formuló una queja por este tratamiento ilegal ante la Liga de las Naciones. En abril de 1925 la aldea fue rodeada por tropas gubernamentales al mismo tiempo que la aviación apareció en el horizonte. Los habitantes de la aldea se rindieron y alrededor de 640 de ellos fueron hechos prisioneros [11]. El conflicto entablado con estas dos tribus pudo ser discutido en la Liga de las Naciones debido a que Africa del sudoeste era un territorio sobre el cual la autoridad colonial ejercía sólo un poder delegado. Sin embargo, no fue tomada ninguna medida para prevenir brutalidades similares en el futuro. De este modo, en 1932, cuando la gente de Ukuabi, en Ovamboland (al norte del país), se rebeló, de nuevo se utilizaron cañones y carros de combate para sofocar la rebelión.

La mayoría de los levantamientos en las zonas rurales fueron espontáneos y de naturaleza limitada. Algunos de los primeros, con base más amplia y mejor

[8] W. Beinart y C. Bundy en M. A. Klein (ed.), 1980, pp. 280-84.
[9] Citado en *ibid.*, pp. 286-7.
[10] E. Roux, 1964, pp. 143-44.
[11] R. First, 1963, pp. 101-5.

organizados, debieron parte de su éxito a las sectas o iglesias afro-cristianas. Los campesinos aportaron la base social de estos movimientos, pero también los habitantes de las ciudades tuvieron parte activa en ellos.

Las iglesias afro-cristianas, o «iglesias nativas independientes», son un fenómeno curioso. A primera vista puede parecer raro que la población extrajera inspiración ideológica para su lucha contra los conquistadores europeos de la religión que estos mismos les impusieron. Sin embargo, fue lo que ocurrió y puede explicarse a través de varias razones. La primera reside en la propia naturaleza de las viejas religiones africanas. «Las religiones locales tradicionales del trópico y del sur de Africa —los cultos de los Estados primitivos— fueron de carácter localista y tendían a disgregar bastante más que a unir», escribió B. I. Sharevskaya, una estudiante moscovita de las religiones africanas [12]. El cristianismo, con su idea central de que todos los hombres son hijos de Dios, hizo posible que los nuevos conversos pudieran identificarse con una comunidad más amplia que su grupo étnico. La unidad sobre una nueva base fue sólo posible en un medio que acababa de abandonar las viejas formas de unidad y que no veía ninguna posibilidad de retornar a ellas. Los nuevos conversos habitaban precisamente en ese medio. Estos constituyeron, por lo general, el tipo de gente cuya ruptura con la tradición y las costumbres vigentes fue más completa. No debe producir asombro por tanto que la protesta anticolonialista estuviera acompañada de desilusión con respecto a aquellos que habían traído la nueva fe, de desencanto con los europeos como cristianos genuinos y de indignación por la discriminación racial en las iglesias establecidas. También existió un deseo de afirmación de sí mismos y de sus valores en relación con esta fe, de desechar todo lo que estuviera asociado con el hombre blanco, quien, a sus ojos, se había convertido en opresor, embaucador y en epítome de toda maldad.

Las ideologías de estas iglesias tenían mucho en común. En primer lugar, todas participaban de la idea de que, según la enseñanza de Jesucristo, los negros son iguales en todas las cosas, y que los misioneros estaban malinterpretando la Biblia. El mesianismo fue también una constante de las iglesias afro-cristianas, con su creencia en la segunda venida del Salvador —esta vez uno de raza negra. El segundo advenimiento, según creían los seguidores de estas iglesias y sectas, traería consigo el gobierno de la justicia y el bien por mil años, mientras que los colonialistas serían expulsados de Africa [13].

Las iglesias independientes, tanto en lo que concierne a la variedad «sionista» como a la «etíope», gozaron de amplia aceptación en Sudáfrica y representaron una importante forma de disentimiento. Su número creció rápidamente. En 1918 había 76; en 1932 el número había aumentado a 320; y una década más tarde había ya más de 800 [14]. Desde el punto de vista de los movimientos sociales, las iglesias etíopes separatistas, con sus oficiantes elegidos, banderas, fueros y organizaciones paramilitares, representaron la afirmación, dentro del marco de la iglesia, de la general demanda de autogobierno africano. Similarmente, las iglesias sio-

[12] B. I. Shareskaya, 1968, pp. 215-16.
[13] T. Hodgkin, 1956, pp. 93-112.
[14] G. M. Sundkler, 1961, p. 76.



• *Isaiah Shembe (1870-1931), fundador de la Iglesia Baptista Nazarita, una iglesia africana «sionista» en Sudáfrica.*

nistas estaban a menudo dirigidas por carismáticos profetas antieuropeos que sostenían una visión apocalíptica y la esperanza de una sociedad reconstruida y libre de la opresión y el dominio blanco [15].

A pesar de la estrecha vigilancia del Estado, las iglesias independientes participaron periódicamente en actividades de explícita insurgencia. Ya en 1884 Nehemiah Tile, un predicador metodista, había exhortado a sus feligreses a desobedecer a los funcionarios estatales [16]. En 1921 una secta etíope conocida como «los israelitas», bajo el liderazgo de Enoch Mgijima, se negó a abandonar, mediante resistencia violenta, la finca que ilegalmente ocupaban en Queenstown. «Los israelitas» proclamaban que el Nuevo Testamento, una ficción del hombre blanco, debía ser ignorado, y que si en su lugar ellos adoraban las antiguas formas hebraicas, Jehová los liberaría finalmente del yugo de la opresión. Incluso cuando una fuerza militar se aproximó al lugar, los «israelitas» la desafiaron armados solamente con espadas y lanzas. «Jehová nos dice que nosotros no debemos permitiros quemar nuestras cabañas, o expulsar a nuestro pueblo de Ntabelanga, o permitiros arrestar a los hombres que queréis arrestar» [17]. Los soldados, armados con ametralladoras, mataron a 163 «israelitas» e hirieron a 129.

Otros movimientos religiosos militantes e independientes combinaron una visión apocalíptica con una forma abreviada de garveyismo. El más importante fue el movimiento Wellington, llamado así por su fundador, Wellington Butelezi. Este movimiento floreció desde los primeros años veinte hasta la mitad de los treinta. Wellington aseguró a sus seguidores en el Transkei que los negros americanos vendrían en su ayuda en aeroplanos y los ayudarían a liberarse. Después de esta liberación, continuaba Butelezi, los impuestos y las cuotas por el «dipping» serían abolidos y la gente recibiría ropa y vestidos gratuitamente. Cuando las autoridades estuvieron seguras de la visión radical y la retórica militante de este nuevo profeta, lo detuvieron y deportaron, y seguidamente arrestaron también a varios de sus lugartenientes. No obstante, su influencia persistió y toda una serie de escuelas e iglesias separatistas se organizaron para expandir su mensaje. En los primeros años treinta un grupo de feligreses militantes rehusaron pagar las cuotas por el «dipping» y en una ocasión atacaron a los representantes del Estado [18].

Hacia la segunda mitad de los años treinta los movimientos afro-cristianos habían agotado su función como vehículos de la lucha anticolonial. En la mayor parte de los países de Africa del sur esta función fue transferida a formas más desarrolladas de organización y lucha.

Además de las más viejas formas de levantamientos campesinos y de los movimientos afro-cristianos, el período de 1919-35 vio el nacimiento —en el sur de Africa y en el resto del continente— de nuevas formas de organización política africana no basadas en comunidades étnicas. Estas fueron las organizaciones elitistas y las de la clase obrera. La primera y la más importante de las organizacio-

[15] *Ibid.*; T. Hodgkin, 1956, pp. 99-100.
[16] E. Roux, 1964, p. 78.
[17] Citado en *ibid.*, pp. 136-7. Para un estudio más detallado de los israelitas, ver R. Edgar, de próxima aparición.
[18] W. Beinart y C. Bundy en M. A. Klein (ed.), 1980, pp. 280-84.

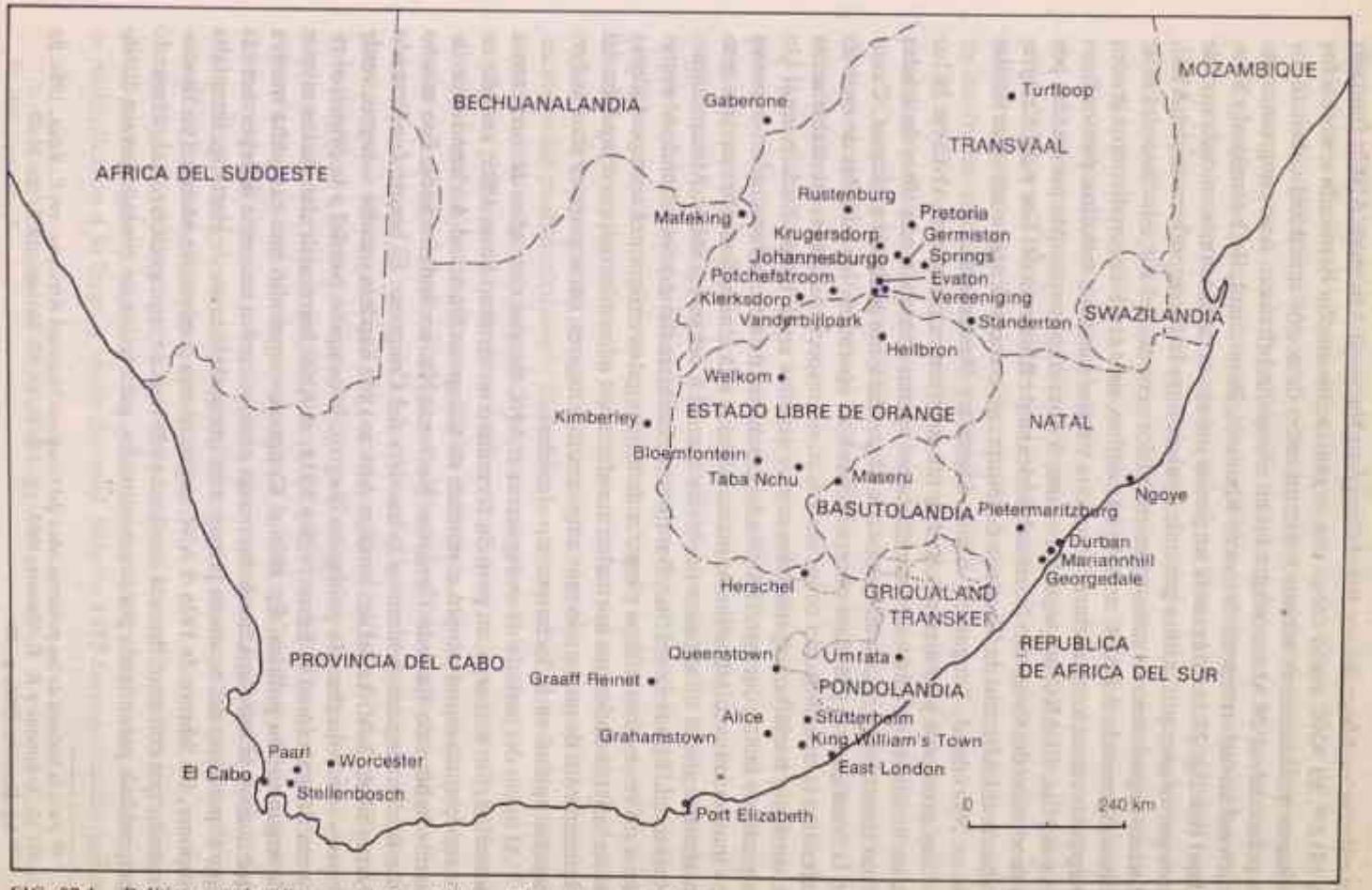


FIG. 27.1. Política y nacionalismo en Africa del Sur, 1919-35 (según G. M. Gerhart, 1978)

nes elitistas en Africa del sur fue el Congreso Nacional Africano (ANC), fundado en 1912 [19]. El ANC nació como una organización amplia destinada a unir a los africanos políticamente activos y con un radio de acción que debía cubrir todos los países del sur de Africa integrados en el imperio británico. A su congreso constitucional asistieron representantes de Rhodesia, Basutoland, Bechuanaland y Swaziland (ver fig. 27.1). Más tarde surgieron nuevas organizaciones en cada uno de estos países que, por norma general, estaban bajo la fuerte influencia del ANC. Muchas organizaciones nacionales en Africa central, del sur e incluso del este, tomaron prestado del ANC no sólo su nombre, sino también, en distintos grados y según las zonas, su estructura, programa y reglas internas, métodos, puntos fuertes y débiles. El ANC fue seguido, veinte, treinta ó cuarenta años más tarde, por la fundación del Congreso Nacional Africano de Rhodesia del Sur y del Congreso Nacional Africano de Rhodesia del Norte, así como por organizaciones similares en Nyasaland, Tanganica, Kenia, Uganda y Basutoland.

Sus preceptos y su ejemplo fueron tan influyentes porque el ANC vio la luz en un momento en que los países africanos apenas contaban con élites ilustradas o con clase obrera, y mucho menos con organizaciones políticas africanas. Cuando la *intelligentsia* y la clase obrera hicieron su aparición, las miradas de quienes defendían la consolidación de los nativos en sus respectivos países, inevitablemente se tornaron hacia las organizaciones ya existentes en la Unión Sudafricana. Un importante factor que contribuyó a la expansión de esta influencia lo formaron los movimientos migratorios de masas obreras a la Unión Sudafricana, que gradualmente afectó a los países de Africa central y del sur, a saber, Mozambique, Nyasaland, Rhodesia del Sur, Basutoland, Bechuanaland y Swaziland. Al regresar a sus respectivas aldeas y lugares de origen, estos emigrantes eran portadores de las enfermedades que normalmente afectaban a los mineros, pero también del conocimiento de un mundo más amplio: otros lugares, otras gentes y nuevas formas de unidad en la lucha por sus derechos.

Al inicio del período de entreguerras el ANC llevaba siete años de tormentosa actividad. Sin embargo, su período formativo no terminó hasta 1925, cuando en su conferencia anual adoptó el nombre de Congreso Nacional Africano (previamente había sido llamado Congreso Nacional Nativo Sudafricano). Ese mismo año fueron elegidos el himno y la bandera del Congreso. El himno fue llamado Nkozi Sikelel'l-Afrika («Dios bendiga Africa») y la bandera tricolor —negro, verde y oro— simbolizaba a la población (negro), la campiña (verde) y la principal riqueza del país (oro) [20]. Entre 1929 y 1935, el ANC logró articular varios niveles de organización política. En 1926 el Congreso emprendió una campaña masiva que incluyó la movilización de las masas obreras contra una serie de leyes racistas que el gobierno del entonces primer ministro sudafricano, J. Hertzog, intentaba imponer. En febrero de 1926 el ANC organizó una convención nacional en Bloemfontein, que con gran firmeza condenó todo tipo de segregación racial, demandó la igualdad, garantizada por la constitución, para todos los ciudadanos sin distin-

[19] Para la historia de los primeros años del Congreso Nacional Africano, ver E. Roux, 1964, pp. 74-76; H. J. Simons y R. E. Simons, 1969, pp. 132-36; G. M. Gerhart, 1978, pp. 21-39.
[20] M. Benson, 1966, p. 46.

ción de color, y decidió boicotear las títeres «conferencias nativas» convocadas periódicamente por el gobierno.

Hacia el final del mismo año —junto con un número de otras organizaciones africanas, así como con la Organización Política Africana (APO), que fue la mayor organización política de la «gente de color», y el Congreso Indio Sudafricano, que había sido fundado poco después de la Primera Guerra Mundial (como una amalgama de organizaciones de las regiones de Natal y Transvaal previamente existentes)— el ANC convocó en Kimberley la primera convención no europea. Los participantes en la convención rechazaron «cualquier sistema de diferenciación basado en motivos de raza o color». También condenaron las prácticas racistas en el país, se opusieron fuertemente a la nueva legislación Hertzog y reclamaron una «cooperación más estrecha entre las secciones no europeas de Sudáfrica». Esto marcó una vía de ruptura, un primer peldaño hacia la creación de un frente unido antirracista en Africa del sur[21].

El ANC fue también activo fuera del país, contribuyendo a la participación permanente de africanos del sur en el movimiento pan-africano. Sol T. Plaatje, uno de los padres fundadores y líderes del ANC, asistió al Congreso pan-africano de París en 1919, y en febrero de 1927 el Presidente del ANC, J. J. Gamede, visitó la Unión Soviética.

Pero en los últimos años veinte y en los primeros de la década siguiente se produjo un descenso de las actividades del ANC. El liderazgo estaba entonces en manos de moderados que temían la influencia comunista. Sólo a mediados de los treinta hubo un resurgimiento de la actividad en relación con la preparación de la «convención de todos los africanos» para protestar contra la legislación Hertzog. La convención, que tuvo lugar en Bloemfontein en diciembre de 1935, lanzó una campaña masiva contra las leyes sobre la tierra y el derecho al voto. Una delegación de la convención se entrevistó con Hertzog para presentarle las reivindicaciones del pueblo africano[22]. Sin embargo, la convención no consiguió llegar a un acuerdo sobre un programa y un simple plan de acción.

En los países vecinos de Africa del sur las organizaciones políticas africanas siguieron una trayectoria similar a las de Sudáfrica, si bien sus posturas y resoluciones no tuvieron el mismo alcance. En general, primero aparecieron las «asociaciones nativas», las «convenciones nativas» y las «sociedades para el bienestar público», que en un principio sólo se ocuparon de asuntos locales, pero poco a poco ampliaron la base de sus actividades. Este tipo de organizaciones se convirtieron en vehículo de expresión de las necesidades diarias de las comunidades que representaban, y redactaron y presentaron quejas, peticiones y reclamaciones a las autoridades coloniales. Paso a paso, involucraron a la población en la actividad política y luego se transformaron en organizaciones políticas o contribuyeron a la formación de tales organizaciones.

En Nyasaland, la primera «asociación nativa» hizo su aparición en la víspera de la primera guerra mundial, y a partir de los años veinte tales asociaciones se multiplicaron a lo largo y ancho del país. Sólo en 1933 fueron creadas quince

[21] A. Lemumo (seudónimo de Michael Marmel), 1971, pp. 60-61.
[22] *Ibid.*, pp. 74-75.

en las ciudades más grandes —Zomba, Blantyre, Limo, Lilongwe, Fort Johnston, Karonga y Chiradzulu. En Rhodesia del Norte la primera «asociación para el bienestar social» fue fundada en 1923, teniendo como modelo a organizaciones similares de Nyasa. Entre sus fundadores estaba David Kaunda, el padre de Kenneth Kaunda[23]. En 1930 una asociación similar fue fundada en Livingstone, el centro administrativo del protectorado. Sus fundadores fueron dos empleados del servicio civil, Isaac Nyirenda y Edward Tembo (ambos originarios de Nyasa). Esta asociación contó con 350 miembros y tuvo el apoyo de los jefes tongas. En los años siguientes surgieron asociaciones de esta índole en otros muchos lugares, particularmente en las ciudades del «cinturón de cobre» y a lo largo del ferrocarril; en Lusaka, Mazabuka, Broken Hill, Ndola, Choma, Luanshya, Chinsali, Abercorn, Kasama, Fort Jameson y en otras ciudades y aldeas (ver fig. 27.2)[24].

También en Rhodesia del Sur fueron formadas organizaciones políticas de nueva impronta durante los primeros años de la posguerra. Fundada en enero de 1923, la Asociación de Votantes Bantú-Rhodesianos preveía la ampliación del derecho de voto y la recuperación de las tierras usurpadas por los blancos. Su actividad estuvo confinada al área de Bulawayo y de varios distritos en Matebeleland. Existió también una sociedad para el bienestar social en Gwelo y una organización nativa rhodesiana en Mashonaland[25].

En los protectorados británicos de Basutoland, Bechuanaland y Swaziland, que estaban estrechamente ligados a la Unión Sudafricana, las fuerzas anticoloniales de estos países mantuvieron una relación constante con el ANC. Entre los fundadores del ANC había un sotho, Maama Seiso, y un tswanae, Joshua Molema, y entre los presidentes honorarios del ANC elegidos en la conferencia constitucional del Congreso, podemos citar al jefe supremo de Basutoland, Letsie II, y a varios jefes de las principales tribus tswanas. El periódico del ANC, *Abantu Batho*, fue financiado en gran medida con fondos procedentes del jefe supremo de Swaziland. La organización más activa en Basutoland fue la *Lekhotla la Bafo* («Liga de los Pobres»), que desempeñó un importante papel a lo largo del periodo de entreguerras. La base social de la Lekhotla la Bafo estaba formada por campesinos, muchos de los cuales eran trabajadores temporeros en las minas de Transvaal. La organización la encabezaban los hermanos Maphutseng y Josiel Lefela, quienes se encontraban en contacto con el ANC[26].

Los miembros de la Liga de los Pobres consideraban que los británicos habían violado el acuerdo del protectorado con los moshoeshoes y que por tanto habían perdido cualquier derecho legal sobre Basutoland. En parte debido a su postura radical y en parte a sus vínculos con el Partido Comunista Sudafricano a partir de 1928, la Liga causó cierto temor entre los líderes del ANC. Las autoridades británicas ordenaron a los jefes que prohibieran las reuniones de la Liga. Pero en agosto de 1928 la Lekhotla la Bafo organizó una demostración de protesta contra la prohibición en Maseru. Esta fue la primera acción de masas en la

[23] H. S. Meebelo, 1971, pp. 235-43.
[24] R. I. Rotberg, 1966, pp. 115-34.
[25] T. O. Ranger, 1970, pp. 95-109.
[26] E. Roux, 1964, p. 212.

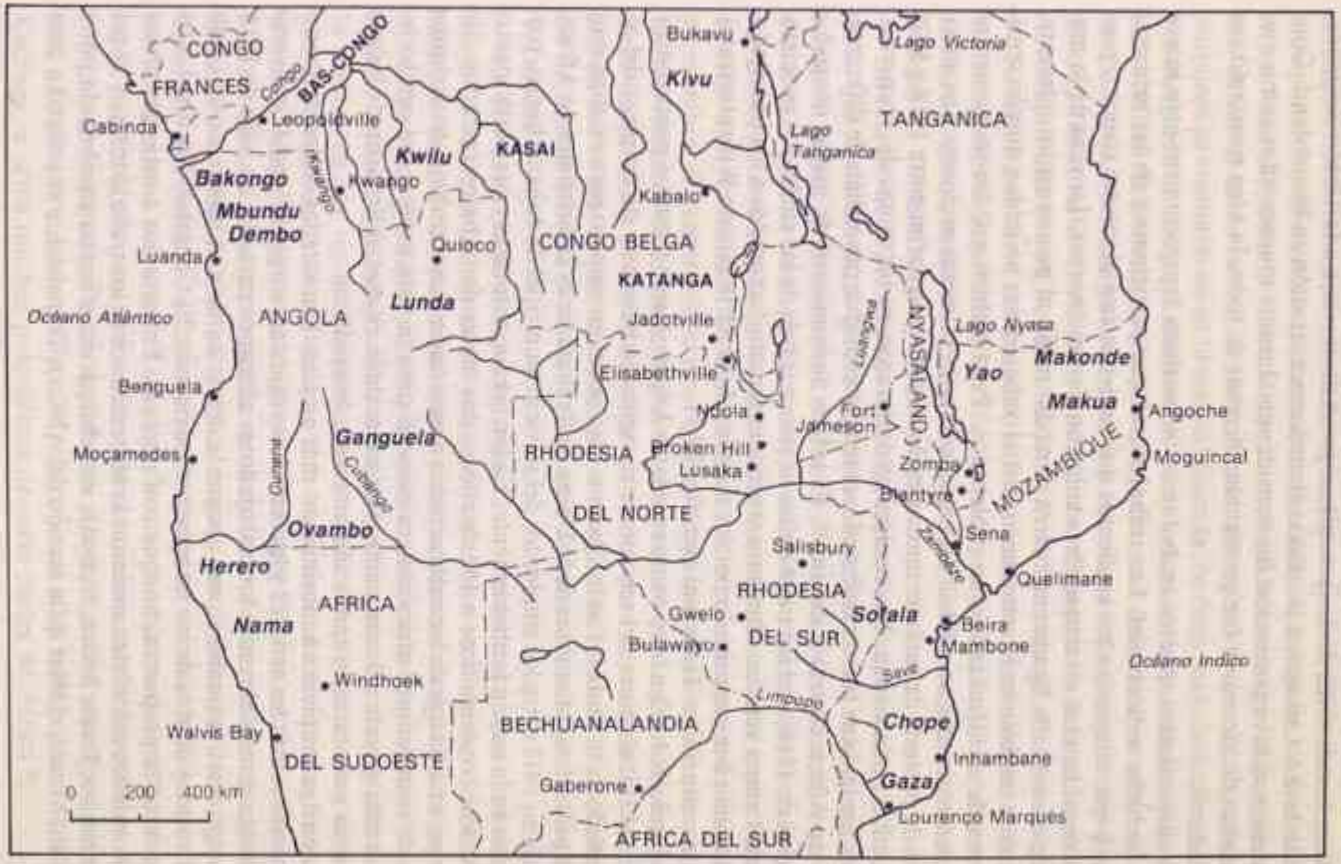


FIG. 27.2. Política y nacionalismo en el Africa central, 1919-35

historia de Basutoland y en ella participaron varios miles de personas. Cuando el Presidente del ANC, J. J. Gumede, regresó de su viaje a la Unión Soviética, la Liga lo invitó a arengar a las masas en una concentración en Basutoland. Consecuentemente, la organización fue considerada durante muchos años como «un instrumento de Moscú» y fue perseguida. A pesar de todo, la Liga prosiguió sus actividades [27].

Los movimientos obreros en las áreas industriales representaron otra nueva forma de lucha anticolonial. Los trabajadores que participaron en las primeras huelgas y que integraron los sindicatos que nacieron casi al mismo tiempo, pueden ser considerados «trabajadores» sólo con ciertas reservas. La vida de la mayoría de ellos estaba ligada con fuerza al medio rural, al menos espiritualmente, y a menudo también en lo económico. Estos trabajadores no tenían ningún sentido acerca de su identidad como proletarios. Pero incluso así, los movimientos del proletariado africano deben sus orígenes a estas primeras acciones. Los movimientos de protesta de carácter masivo más antiguos ocurrieron entre 1918 y 1920 en la Unión Sudafricana. Las huelgas se declararon en las minas de Transvaal, pero los huelguistas fueron trabajadores temporeros que procedían de diferentes países de Africa central y del sur [28]. El primer movimiento de masas ocurrió a principios de 1918, con el boicot de las tiendas a través de las cuales los propietarios de las minas vendían alimentos y productos manufacturados a los trabajadores. El boicot fue organizado por los mineros de la parte este de Witwatersrand, una zona minera en Transvaal (ver fig. 27.1).

La siguiente huelga tuvo como escenario Johanesburgo y estuvo protagonizada por los trabajadores del servicio de recogida de basuras y de limpieza del alcantarillado de la ciudad. Los huelguistas eran pocos en número pero estaban muy bien organizados. Miembros de la Unión de Trabajadores Industriales de Africa, fundada en 1917 entre los empleados del servicio municipal de Johanesburgo, participaron en la acción probablemente. La huelga fue sofocada y sus participantes procesados, condenándose a 152 de ellos a dos meses de trabajos forzados. Sin embargo, «La huelga de los cubos» había demostrado que el trabajo de cualquier grupo de trabajadores africanos era esencial para la vida normal del centro industrial más grande del continente. Las calles de la ciudad se llenaron de basura y de agua putrefacta, y hubo una amenaza de epidemia.

La huelga propició un movimiento más amplio. Durante las concentraciones de protesta contra los arrestos y las sentencias injustas, surgió la idea de convocar una huelga general de todos los trabajadores africanos para el 1 de julio de 1918. La huelga serviría también para apoyar la demanda de una subida de un chelín en los sueldos diarios de los trabajadores africanos. El Congreso Nacional Africano aceptó la propuesta, aunque con reservas. Enfrentados a estas presiones, las autoridades coloniales anularon la sentencia sobre los trabajadores, y el primer ministro, Louis Botha, recibió a una delegación africana encabezada por el zulú Saul Msane, el líder de la sección del ANC en Transvaal, y se resignó a escu-

[27] *Ibid.*, pp. 212-13.

[28] Hubo acciones de protesta entre los mineros a principios del siglo, aunque de menor importancia. Ver P. Warwick en E. Webster (ed.), 1978; S. Moroney en E. Webster (ed.), 1978.

char sus reclamaciones. La huelga general fue desconvocada. Sin embargo, el 1 de julio 15.000 trabajadores africanos de las tres minas de la zona renunciaron a empuñar sus herramientas. La policía los obligó a entrar en las minas después de un fiero enfrentamiento en el que los trabajadores usaron hachas, picos y tubos de metal como armas. En la campaña de represión que siguió, africanos y europeos se encontraron en la misma estacada, es decir, bajo la acusación de haber instigado la huelga. Estos fueron D. S. Letanka, vicepresidente de la sección del ANC en Transvaal, L. T. Mwabaza, director del periódico *Abantu Batho*, N. D. Ngojo, H. Kraai y A. Ceyiwe, tres miembros de la Organización de Trabajadores Industriales de Africa y tres blancos, dirigentes de la Liga Internacional Socialista Sudafricana, fundada en 1915: S. P. Bunting, H. C. Hanscombe y T. P. Tinker. En el curso del proceso, el fiscal acusador, basándose en informes de varios agentes de la policía infiltrados en la Organización de Trabajadores Industriales de Africa, acusó a Bunting, Hanscombe y Tinker de haber promovido las huelgas de Johanesburgo y de los mineros.

En febrero de 1920, una nueva huelga afectó a veintidós minas de Transvaal, en la que tomaron parte 71.000 africanos. Solicitaron una serie de mejoras: un aumento mayor de la paga (de 2 chelines a 5-10 chelines por día), más oportunidades para obtener puestos de más responsabilidad y mejor remunerados, mejoras en el funcionamiento de las tiendas de la compañía minera y una flexibilización de las leyes racistas. Los huelguistas ofrecieron una imagen de unidad. Uno se asombra al pensar cómo estas gentes de grupos étnicos diferentes, hablando tal variedad de lenguas, lograron alcanzar un grado tan alto de unanimidad. La policía y el ejército fueron utilizados para reprimir la huelga [29]. Esta acción fue la más importante y amplia en la historia africana hasta 1946, cuando un movimiento de protesta todavía más espectacular se organizó también en Transvaal.

En Rhodesia, la primera acción masiva de la clase trabajadora se produjo en mayo de 1935, en las minas del «cinturón de cobre» en Rhodesia del Norte. Los mineros reclamaron salarios más altos y una moderación de los impuestos, al mismo tiempo que protestaron contra las pobres condiciones de trabajo y las varias formas de discriminación racial. La huelga no fue enteramente espontánea, pues la manera en que los huelguistas actuaron indica la presencia entre ellos de un grupo deseoso de darle un liderazgo más organizado al movimiento. Fueron distribuidos panfletos pidiendo el apoyo a la huelga. Estaban escritos en lengua chibemba, que era la lengua materna de la mayoría de los mineros. La huelga comenzó en la mina de Muflira el 22 de mayo y fue disuelta por las tropas al día siguiente. Sin embargo, el 26 de mayo la huelga se extendió a la mina de Nkana y el 28 del mismo mes a la de Luanshya. Veintiocho huelguistas murieron o resultaron heridos a consecuencia de los enfrentamientos con las tropas y se efectuaron numerosos arrestos entre los mineros. La huelga tuvo repercusiones mucho más allá del cinturón de cobre, atrayendo, junto a los trabajadores de la vecina Katanga, a otros muchos procedentes de otras partes de Africa [30].

[29] Para un estudio más profundo de estas huelgas ver P. L. Bonner en B. Bozzoli (ed.)? 1979; E. Roux, 1964, pp. 132-34; H. J. Simons y R. E. Simons, 1969, pp. 220-43.

[30] R. I. Rotberg, 1966, pp. 161-68. Huelgas más pequeñas ocurrieron a principios de siglo.

Mientras el movimiento proletario africano estaba formándose, la militancia del proletariado industrial blanco disminuyó. El levantamiento armado de mineros blancos en Transvaal a principios de 1922, fue la última acción de importancia llevada a cabo por trabajadores blancos en Sudáfrica. A medida que el proletariado africano aumentaba, los trabajadores blancos se convirtieron en sus vigilantes y pasaron a formar parte de la aristocracia de los trabajadores. Las organizaciones proletarias africanas más importantes fueron fundadas en los primeros años de la posguerra, en la cresta de la ola de la acción industrial en Sudáfrica. Los años veinte vieron el punto culminante de esta acción y también su declive. La Unión Africana de Trabajadores de la Industria y del Comercio (ICU) nació en enero de 1919 en Ciudad de El Cabo durante una huelga de estibadores africanos y gente de color. La primera asamblea constituyente no reunió a más de treinta personas. Pero cinco años más tarde, en 1924, la Unión contaba con 30.000 miembros. En 1927 este número había crecido a 100.000 (sus líderes incluso afirmaban que a 250.000), con afiliados de más allá de las fronteras de la Unión Sudafricana, de Rhodesia del Sur y otros países. La ICU esperaba unificar las ramas más diversas del comercio y la actividad laboral: empleados del servicio civil, constructores, ferroviarios, mineros, marineros, campesinos, trabajadores de puertos, transportes y fábricas, así como a personas empleadas en el comercio y el área de servicios. La ICU tenía entre sus miembros a trabajadores africanos principalmente, pero también a gente de color [31].

El preámbulo de los Estatutos de la ICU revela una fuerte influencia de las ideas socialistas:

> Considerando que los intereses de los trabajadores y de los empresarios están enfrentados, los primeros viviendo de la renta de su trabajo, recibiendo a cambio solamente una parte de la riqueza que producen, y los últimos viviendo de la explotación del trabajo de los primeros, privando a estos de parte del producto de su trabajo en la forma de beneficios, ninguna paz puede haber entre las dos clases, el resultado de la división de los productos del trabajo humano será siempre una lucha, hasta que los trabajadores, a través de sus organizaciones industriales, se apoderen de los medios de producción en manos de la clase capitalista, se apropien de ellos y los controlen para beneficio de todos, en lugar de para unos pocos. Bajo tal sistema, el que no trabaje, no comerá. Las bases de la remuneración se regirán por el principio: de cada uno según su capacidad, a cada cual según sus necesidades.

La ICU se impuso a sí misma diversas tareas, comenzando por prometerle a sus miembros que exigiría salarios más altos, mejores condiciones de trabajo, pensiones, seguros de enfermedad y desempleo y protección de los derechos de los trabajadores. La ICU proclamó que su área de actividad sería toda Africa.

El fundador y líder de la Unión, Clements Kadalie (1896-1951) fue un trabajador temporero llegado a Sudáfrica desde Nyasaland, donde había concluido su educación en una escuela misionera, educación que más tarde le permitió convertirse en maestro de escuela. La ICU alcanzó su nivel más alto de influencia a me-

[31] Para un análisis de la ICU, ver P. Bonner en E. Webster (ed.), 1978; C. Kadalie, 1970; S. W. Johns en R. I. Rotberg y A. Mazrui (eds.), 1970; K. Luckhardt y B. Wall, 1980, pp. 39-46.

diados de los años veinte, pero luego sufrió un agudo declive al dividirse la organización en tres facciones diferentes [32].

La influencia socialista alcanzó también a una organización proletaria africana más antigua que la ICU —la ya mencionada Trabajadores Industriales de Africa. La Liga Internacional Socialista jugó un papel nada desdeñoso en la formación y actividades de esta organización. La Liga, fundada por socialistas sudafricanos blancos y activistas de la clase obrera, gradualmente se dio cuenta de la importancia de la solidaridad proletaria indiferentemente de la raza o el color de la piel. Esto se hizo evidente en el período de 1918-20, a través de sus llamamientos a trabajadores blancos y negros conjuntamente. Durante la huelga de los mineros africanos de Transvaal, en febrero de 1920, los socialistas distribuyeron octavillas entre los mineros blancos. El texto de estas octavillas había sido escrito por uno de los líderes de la Liga, S. P. Bunting (1873-1936), y su título era «No os convirtáis en esquiroles». Decía, entre otras cosas:

> ¡Trabajadores blancos! ¿Escucháis el nuevo ejército de obreros acercándose? Los trabajadores nativos están comenzando a despertar... ¡Trabajadores blancos! ¡No los rechacéis!... Poneros del lado de los obreros, incluso de los obreros nativos, contra nuestros dueños comunes, los capitalistas [33].

En un panfleto anterior dirigido a los trabajadores africanos y titulado «A los trabajadores bantús», los socialistas escribieron: «No importa que seas diferente en color porque eres uno en la clase de los trabajadores del mundo. Todos los que reciben un salario a cambio de su trabajo formarán la gran hermandad de los trabajadores» [34].

Otro panfleto publicado en el período de 1918-19 en varios idiomas, incluido el inglés, el zulú y el sotho, tuvo como destinatarios a los «trabajadores de Sudáfrica, blancos y negros», y contenía la siguiente apelación: «La manera de estar preparados es mediante la colaboración en los talleres. La unidad como trabajadores, no importa el color; recuerda que un agravio a uno, sea él blanco o negro, es un agravio a todos» [35]. En aquella época, este tipo de llamamientos se producía con harta infrecuencia. Los trabajadores, tanto los negros como los blancos, eran todavía muy pocos en número y carecían de preparación. No obstante, es importante saber que incluso en aquellos años, tales ideas eran proclamadas en suelo africano.

La Liga Internacional Socialista y otras organizaciones socialistas sudafricanas se unificaron y, en un congreso celebrado en la Ciudad de El Cabo en 1921, proclamaron la formación de un Partido Comunista de Sudáfrica, el primer partido comunista en el continente africano. El partido fijó sus objetivos en un manifiesto aprobado en el primer congreso. Este esperaba combinar la idea de la transformación social radical con un genuino internacionalismo que marcaba la manera de pensar de muchos de sus miembros más progresistas en cuanto a la

[32] C. Kadalie, 1970, pp. 52-53, 61-62.
[33] E. Roux, 1944, pp. 46-48.
[34] Ver Unión Sudafricana, 1922, pp. 288-89.
[35] Ver *The International*, Johanesburgo, 25 de abril de 1919.

tarea internacional de hacer más próximo el tiempo «en que la lucha de clases será abolida para siempre y la humanidad no tendrá que encogerse de miedo por más tiempo bajo la porra del opresor, cuando lo necesario para la vida y las amenidades de ésta, el confort y la cultura, el honor y el poder, pertenecerán a quienes trabajen afanosamente, y no a los explotadores, cuando nadie será llamado señor y nadie servidor, sino que todos serán compañeros trabajadores en común» [36].

Es sabido que los comunistas sudafricanos no pudieron formular inmediatamente un programa amplio que incluyera todos los complejos problemas de Sudáfrica, y que en un principio podían haberse dejado influir en demasía por la experiencia extranjera. Esto, en el contexto sudafricano, es bastante comprensible. Entre otras razones se explica por los miembros del partido, inicialmente todos de raza blanca, el profundo impacto de Europa occidental, principalmente de Gran Bretaña, en el movimiento de la clase obrera y las complejidades reales de la situación sudafricana. Sin embargo, a principios de los años treinta los africanos formaban la mayoría del partido y su secretario general era un zulú, Albert Nzula (1905-34). La liberación nacional se convirtió en el objetivo principal de los esfuerzos del partido.

OPOSICION POPULAR AL DOMINIO COLONIAL EN EL CONGO BELGA

El incremento del control estatal, un denso tejido de regulaciones racistas, una elaborada política de patronazgo y una ola de epidemias restaron efectividad a la protesta social en el Congo belga [37]. Pero a pesar de tantos obstáculos la oposición popular continuó, aunque a escala menor y adoptando formas diferentes a las que tuvo en períodos anteriores.

La oposición popular en el Congo, a menudo esporádica y apenas visible, adoptó una variedad de formas cuyo objetivo era evitar o minimizar el impacto devastador del sistema colonial capitalista en los modos de vida autóctonos. El impago de impuestos continuó produciéndose frecuentemente en los años siguientes a la Primera Guerra Mundial. Miles de congoleños huyeron a través de las fronteras abiertas con los territorios vecinos de Angola y el Congo francés, mientras que otros desaparecían en la selva justo antes de la llegada de los recaudadores estatales. La frontera con Angola era especialmente atractiva para ellos, debido a que la presencia colonial portuguesa era insignificante y a los lazos históricos que unían a los bakongos, que vivían a ambos lados de la frontera. Muchos miembros de la población rural utilizaron una estrategia similar para evitar el trabajo en pro-

[36] A. Lemumo, 1971, pp. 117-20.

[37] Para una panorámica del período colonial, ver B. Jewsiewicki, de próxima edición; J. Stengers, 1974, pp. 391-440. El estudio de las actividades insurgentes se ve complicado por el hecho de que hasta muy recientemente la mayoría de los historiadores asumían que éste fue un período de quietud, y así centraban su atención en el período posterior a la segunda guerra mundial. Hay también una tendencia económica que reduce a los campesinos a meros productores de plusvalía cuya historia propia carece de significado dentro del contexto colonial-capitalista. Tal interpretación les niega la categoría de agentes históricos con una cierta función que desempeñar en la formación de sus propios destinos y en cambio los considera víctimas impotentes o pasivas.

yectos del Estado, en las minas o en las plantaciones europeas. Como recordaba un anciano que fue obligado a trabajar en el ferrocarril de Katanga: «Nosotros huímos de nuestra aldea... Nadie sabía a dónde habíamos ido, ni siquiera la gente blanca en el boma; nosotros abandonamos nuestra aldea durante la noche y nos dirigimos hacia el Luapula. En el río algunos buenos pescadores nos ayudaron a cruzar» [38]. Otros habitantes de las áreas rurales se negaron a cultivar el obligatorio algodón o el arroz, o plantaron menos cantidades de las requeridas [39].

A medida que el aparato del Estado alcanzó las áreas más remotas y se creó una red de jefes lealistas, las posibilidades de permanecer al margen del sistema colonial capitalista disminuyeron sustancialmente. El incremento de la hegemonía del Estado se refleja en un 400 por 100 de aumento en los impuestos obtenidos entre 1917 y 1924 y por el dramático ascenso del número de campesinos obligados a cultivar algodón [40]. En 1935 se estimó que más de 900.000 aldeanos estaban vinculados al régimen de cultivo del algodón.

Dado este cambio en el balance del poder, apenas es sorprendente que el tipo de confrontaciones directas que habían sido frecuentes en el período anterior a la primera guerra mundial, casi desaparecieran. Ocasionalmente, grupos de campesinos intransigentes atacaron los símbolos de la opresión —jefes lealistas, policía africana y recaudadores de impuestos. Bastante más arriesgadas fueron las revueltas campesinas que se produjeron una década más tarde en el área de Kwango, en el período entre 1920 y 1922 [41], y entre los campesinos pendes y los trabajadores de Kwilu en 1931 (ver fig. 27.2). Un fuerte incremento de los tributos, un 50 por 100 de reducción en el precio de los productos comercializados por los campesinos y la decisión de Unilever de bajar los salarios en sus plantaciones disparó el descontento popular, que conduciría a una revuelta mayor en 1931. Los rebeldes ganaron nuevos adeptos cuando un «profeta», Matemu-a-Kenenia, reveló que sus antepasados habían instruido a los africanos para matar o destruir todos los animales y objetos blancos en la tierra, así como todos los símbolos del dominio europeo, como un preludio de la intervención divina y el final de la dominación blanca. El movimiento obtuvo un amplio apoyo, pero fue inmediatamente aplastado, y más de 400 pendes y un europeo perdieron la vida en el conflicto [42].

Otros movimientos político-religiosos arrastraron incluso un mayor número de seguidores, lo cual pudo ser debido al hecho de que las autoridades coloniales habían impuesto una estricta prohibición de las organizaciones políticas. El poder de atracción de estos movimientos también reflejaba el crecimiento de la ansiedad y frustración ocasionadas por la inseguridad económica que siguió a la recesión de 1921 y a la depresión de una década más tarde.

El más importante de estos movimientos fue el Kimbanguista, llamado así por su fundador, Simon Kimbangu, un miembro de los bakongos. Kimbangu fue un catequista que proclamó haber recibido de Dios el don de curar a los enfermos,

[38] Citado en C. Perrings, 1979, p. 153.
[39] B. Jewsiewicki en M. A. Klein (ed.), 1980.
[40] B. Fetter, 1976, p. 83; B. Jewsiewicki en M. A. Klein (ed.), 1980.
[41] A. T. Nzula, I. I. Potekhin y A. Z. Zusmanovich, 1979, pp. 108-11.
[42] *Ibid.*; E. Bustin, 1975, pp. 119-20.

combatir la brujería y resucitar a los muertos. A sus adeptos, que estaban orgullosos de tener un Mesías negro, les aseguró reiteradamente que él era un emisario de Dios, un profeta y el hijo de Dios. La cualidad divina de Kimbangu estaba simbolizada por su nombre bakongo, Gunza, «Todos Juntos»[43].

Kimbangu también pregonó de una manera general, aunque vaga, que él liberaría a los africanos del yugo de la opresión colonial. Su retórica anticolonial, su creciente popularidad y la ciega militancia de algunos de sus seguidores convenció a las autoridades belgas acerca de la necesidad de eliminar a Kimbangu. Así, el 14 de septiembre de 1921 fue arrestado y condenado a muerte. Posteriormente fue deportado a Katanga, donde murió como un mártir treinta años más tarde[44].

Aunque Kimbangu mismo no fue un revolucionario, sus adeptos le dieron al movimiento una orientación menos religiosa y más fuertemente antieuropea. Con su consigna, «El Congo para los congoleños», el movimiento propició una vía para la protesta popular espontánea contra el dominio colonial. Los kimbanguistas exhortaron al pueblo a negarse a trabajar para los europeos, cultivar los productos impuestos por la administración colonial, pagar tasas o impuestos, enviar a sus hijos a las escuelas de los misioneros y obedecer a los belgas[45]. Sus himnos están repletos de referencias a los heroicos hechos de Kimbangu y, según los administradores belgas, ellos mantenían la esperanza de que Kimbangu y sus discípulos «retornarían para poner fin al dominio colonial blanco»[46].

Nuevos brotes de kimbanguismo se produjeron a lo largo de dos décadas más, generalmente en momentos de fuerte tensión política o de crisis económica. Tanto en las ciudades como en las aldeas sus seguidores participaron activamente en la lucha contra el colonialismo, y sus esfuerzos propagandísticos llegaron a influir en las huelgas de los trabajadores del ferrocarril, de los funcionarios y de los obreros en las plantas para la extracción de aceite del bajo Zaire entre 1921 y 1925. Aunque cruelmente perseguidos, los kimbanguistas no se rindieron. Sólo en 1921, en los inicios del movimiento, 37.000 personas fueron obligadas a abandonar el bajo Congo, pero continuaron sus actividades y reclutaron nuevos adeptos en los lugares a los que fueron exiliados. Varios rebrotes de kimbanguismo, a menudo apenas conectados entre sí, surgieron a lo largo y ancho del Congo, donde los kimbanguistas establecieron contacto con las iglesias afro-cristianas de Nigeria y Uganda y con los enemigos del colonialismo francés en el Congo controlado por Francia.

Otro movimiento religioso independiente y de cierta trascendencia —El Vigía Africano, conocido más comúnmente en el Congo como Kitawala— apareció aproximadamente al mismo tiempo que Kimbangu comenzó sus actividades. Al parecer el movimiento tuvo su base principal en Rhodesia del Norte, Nyasaland y Tanganika, y hacia 1923 predicadores del este de Rhodesia del Norte y el oeste de Tanganika habían conseguido atraer una masa de seguidores en la provincia de

[43] G. Balandier en P. Van den Berghe (ed.), 1965, pp. 443-60.
[44] *Ibid.*, p. 450.
[45] *Una historia de Africa*, Moscú, 1968, pp. 391-92.
[46] G. Balandier en P. Van den Berghe, (ed.), 1965, p. 450.

Katanga, principalmente en las zonas próximas a las estaciones de reclutamiento de la Union Minière [47]. Bajo el enérgico liderazgo de Tomo Nyirenda, conocido también como Mwana Lesa —el hijo de Dios—, el movimiento Kitawala, cuyo nombre en swahili significa «un instrumento de gobierno», adoptó una explícita postura anticolonial. Junto con consignas de combate tales como «Africa para los africanos» e «igualdad de razas», Nyirenda y sus principales lugartenientes urgieron a sus seguidores a asesinar a los europeos y a sus aliados africanos, especialmente a los jefes lealistas.

Hacia 1926 el movimiento kitawala se había establecido firmemente en el sur de Katanga, área que había sufrido el azote de varias epidemias y donde el efecto disgregador del reclutamiento laboral forzoso se había hecho sentir de una forma especialmente aguda. Su influencia también se extendió a las áreas mineras de Kasai y Kivu, y los mineros que regresaban a casa después de cumplidos sus contratos llevaron las ideas del movimiento a la región ecuatorial y del este. Temiendo la creciente influencia de Nyirenda y los cada vez mayores lazos de éste con los jefes disidentes, las autoridades militares enviaron una fuerza militar para capturarle (1926). Nyirenda huyó a Rhodesia del Norte, donde las autoridades británicas le detuvieron y finalmente lo ejecutaron [48].

Como en el caso del kimbanguismo, la eliminación del profeta no disminuyó el apoyo popular al Kitawala. En las áreas rurales los sacerdotes kitawalas organizaron protestas contra el sistema de impuestos y propiciaron la hostilidad contra los jefes designados por las autoridades coloniales. Una rama del movimiento, dirigida por Mumba Napoleón Jacob, consiguió abrir vastas vías de penetración entre los obreros de Elizabethville (Lumumbashi) y los trabajadores del ferrocarril y los obreros de la Unión Minière. Seguidores del Kitawala prestaron su apoyo en la organización del boicot de Elizabethville en 1931 y cinco años más tarde desempeñaron una importante función en los disturbios laborales en la factoría de la Union Minière en Jadotville. Durante la huelga de Jadotville, un avispado miembro kitawala utilizó textos religiosos para atacar las injusticias de la diferenciación de salarios basada en conceptos de raza. «Tal y como este libro claramente afirma», proclamó, Biblia en mano, «todos los hombres son iguales. Dios no creó al hombre blanco para dominar al hombre negro... No es justo que el hombre negro, que trabaja, permanezca en la miseria y la pobreza y que los salarios de los blancos sean más altos que los de los negros» [49]. Como consecuencia de la huelga de Jadotville el Estado reforzó sus medidas para aplastar el Kitawala, pero estas tuvieron un éxito limitado y el movimiento todavía jugó un papel decisivo en la huelga de Elizabethville en 1941 [50].

[47] El análisis más importante del movimiento Kitawala es el de J. Higginson, de próxima aparición. A nosotros nos ha servido de guía para esta parte de nuestro capítulo.

[48] *Ibid.*

[49] Citado en C. Perrings, 1977, p. 50.

[50] J. Higginson, de próxima edición. El kimbanguismo y el Kitawala no fueron los únicos movimientos político-religiosos en el Congo. Muvungu, Lukusi, Mpewe y otras sectas que tuvieron actividad en la provincia de Bandundu, instaron a los africanos a no trabajar para los belgas, sino que se prepararan mejor para cuando los belgas hubieran sido expulsados. Esta misma actitud adoptaron en los años treinta las «Serpientes Habladoras» («Hombres Serpiente»), una secta establecida en las

El hecho de que los disturbios laborales de envergadura comenzaran a aparecer en los años treinta, sugiere que la formación de una clase obrera africana y de un incipiente movimiento obrero se desarrolló a un ritmo más lento en el Congo que en Sudáfrica. El descubrimiento de cobre, estaño y uranio en Katanga, de diamantes en Kasai y de oro en Kilo Moto precipitó el crecimiento de una clase obrera industrial. Hacia los años veinte 60.000 obreros trabajaban en la extracción de mineral.

Al igual que en otras partes del continente, la respuesta inicial de los africanos a los bajos salarios y las rudas condiciones de trabajo en las minas, fue la deserción. Un gran número de aldeanos huyeron de las provincias de Katanga y Kasai para evitar a los agentes de la Bourse du Travail de Katanga (BTK), el departamento laboral que tenía a su cargo el reclutamiento y la distribución de trabajadores en Katanga. Muchos otros escaparon después de su llegada a las minas. En 1914 la deserción se convirtió en un problema tan serio que la BTK introdujo un sistema de control de sus trabajadores y un departamento para el registro de sus huellas dactilares, lo cual le permitiría luego la persecución de los «fugitivos»[51]. A pesar de tales tácticas coercitivas, la deserción continuó siendo una práctica frecuente. En 1918, por ejemplo, en las minas de cobre de Star y Liksai, el porcentaje de deserción fue del 74 y el 65 por 100 respectivamente. Aunque la deserción declinó algo en los años veinte, los porcentajes se mantuvieron entre el 20 y el 35 por 100 hasta la Gran Depresión, cuando la falta de fuentes alternativas de ingresos hizo la estrategia contraproducente[52].

Mientras miles de hombres huyeron de las minas, otros empezaron a organizarse, aunque de una manera bastante esporádica y provisional, en orden a mejorar las condiciones de sus empleos. En 1921, por ejemplo, un grupo de mineros de Luishi abandonaron sus puestos de trabajo y se dirigieron a Elizabethville a quejarse ante los representantes del gobierno de malos tratos y ranchos insuficientes. Dos años más tarde tuvo lugar una acción similar en las minas de Kakontwe[53].

La Gran Depresión originó nuevas inseguridades económicas. Muchos empleos desaparecieron, los salarios bajaron y las condiciones de trabajo se deterioraron, mientras los intereses mineros intentaban minimizar los costos. A pesar de las amenazas a los trabajadores con despidos, las huelgas y los disturbios laborales se multiplicaron en las minas de la Union Minière en Kipushi, Ruashi y Mswenu Ditu en 1931, paralizando temporalmente las operaciones[54]. En el mismo año los trabajadores organizaron un boicot en Elizabethville para protestar contra los altos precios que los almacenistas de la Union Minière y los comerciantes europeos independientes fijaron sobre los artículos básicos. Antes de que finalizara, el boicot se extendió a las regiones vecinas y consiguió el apoyo de los obreros de la

provincias de Bandundu y el oeste de Kasai. «La Misión Negra» y Tunzi en el Bajo Zaire y «Los Hombres Leopardo», todos ellos movimientos político-religiosos, se opusieron al cultivo obligatorio de productos de exportación en el alto Zaire.

[51] C. Perrings, 1979, p. 153.

[52] *Ibid.*, p. 171; B. Fetter, 1974, p. 208.

[53] C. Perrings, 1979, pp. 213-35.

[54] J. Higginson, de próxima edición, pp. 8-10.

construcción, de los carpinteros y de los albañiles —lo que evidencia un crecimiento de la conciencia obrera [55]. El comisario del distrito del alto Katanga se lamentaba de esta nueva militancia obrera. «Los negros, animados por una arrogancia sin límites», anotó desdeñoso, «se están volviendo más y más refractarios, ya no obedecen sumisamente, discuten las órdenes que se les da y responden, algunas veces con extrema insolencia» [56].

La creciente militancia se vio también reflejada en un gran número de huelgas entre 1935 y 1937 protagonizadas por los mineros y otros estamentos de la clase trabajadora en Katanga. Las protestas contra los bajos salarios y la discriminación racial provocó el cierre de la factoría de la Union Minière en Jadotville y de las minas de estaño en Manon y Mwanza. Los trabajadores del ferrocarril en Niemba y Kabala, empleados por la Chemin de Fer du Grand Lacs, también se declararon en huelga, así como los obreros de la factoría de algodón de propiedad estatal en Niemba [57]. Aunque las huelgas fueron reprimidas y los dirigentes arrestados, el sentimiento de insurgencia y las redes subterráneas se hicieron más fuertes y el sentido de la conciencia colectiva y la confianza en su propia fuerza cobraron nuevo vigor. Todo esto preparó el escenario para la gran huelga de 1941, en la que varios miles de trabajadores africanos abandonaron sus puestos de trabajo en las minas de cobre y estaño a lo largo y ancho de toda la provincia de Katanga. Su objetivo trascendió los puros intereses económicos. «Ellos no intentaron ocultar su propósito», anotó un observador europeo. «Este era el de expulsar a los blancos del país y reemplazar, como un símbolo del cambio de régimen, la bandera azul de Bélgica por la bandera negra del Kitawala» [58].

Como en el caso del movimiento obrero, las asociaciones políticas y los partidos nacionalistas se desarrollaron mucho más lentamente en el Congo belga que en Sudáfrica. En realidad, explícitas organizaciones nacionalistas, tales como la Asociación de Bakongo (ABAKO), no se crearon hasta finales de los años cincuenta [59]. Sin embargo, durante este período proliferó un tipo de asociaciones conocido como las Mbeni. Estas fueron introducidas en la colonia belga por los militares africanos que habían servido en la zona alemana del Africa oriental durante la Primera Guerra Mundial. Las Mbeni eran esencialmente sociedades de danza que también contaban con una red de ayuda para sus miembros. Los líderes a menudo tenían títulos militares de nomenclatura europea que les ayudaban a crear la ilusión de que todavía retenían una cierta porción de poder europeo. Aunque no eran esencialmente anticolonialistas, sus canciones y danzas a menudo ridiculizaban a los mandatarios europeos y expresaban un resentimiento profundamente arraigado contra el dominio colonial. Además, las sociedades Mbeni no admitían entre sus miembros a los africanos considerados firmes partidarios de los blancos, y aquellos otros que mantenían estrechas relaciones con los europeos no podían ejercer posiciones de liderazgo [60].

[55] *Ibid.*, pp. 9-10.
[56] Citado en B. Fetter, 1974, pp. 217.
[57] J. Higgingson, de próxima edición, pp. 10-13.
[58] Citado en *ibid.*, p. 60.
[59] Ver, por ejemplo, H. Weiss, 1967; C. Young, 1965.
[60] B. Fetter, 1974, pp. 210-15.

Su crítica abierta al colonialismo y sus ataques a los lealistas alarmaron grandemente a las autoridades coloniales, quienes estaban deseosas de ahogar todas las formas de protesta social. Una subcomisión gubernamental llegó a la conclusión en 1923 de que las sociedades Mbeni se habían radicalizado demasiado y habían abierto sus filas a la infiltración comunista, y tres años más tarde todas las asociaciones urbanas africanas, incluidas las sociedades Mbeni, quedaron bajo la supervisión directa del régimen colonial. El gobierno también alentó a los misioneros benedictinos a formar organizaciones que le hicieran la competencia a las anteriores, y de hecho sus miembros a menudo se enfrentaron a los de las sociedades Mbeni creando una especie de estado de guerra permanente. La hostigación del gobierno, el enfrentamiento casi continuo entre bandas opuestas, las rivalidades dentro de las mismas sociedades Mbeni y la inestabilidad urbana creada por la Gran Depresión fueron los factores que se combinaron para reducir la influencia y la significancia de estas sociedades hacia la mitad de los años treinta [61].

LA SITUACION POLITICA Y ECONOMICA EN ANGOLA Y MOZAMBIQUE: UNA PANORAMICA

A pesar de la distancia que las separaba y la diversidad de sus pueblos y economías, las sociedades coloniales de Angola y Mozambique compartieron más aspectos en común entre ellas que con sus respectivos e inmediatos vecinos. El carácter específico del colonialismo portugués y, hasta cierta medida, la oposición popular que generó, tuvieron su origen en cuatro clases de factores —la fragilidad inicial del Estado colonial, la progresiva naturaleza autoritaria del mismo, la falta de capital portugués y su concomitente dependencia del trabajo obligatorio y la política de asimilación.

En la víspera de la primera guerra mundial áreas apreciables de Angola y Mozambique permanecían fuera del control efectivo de Lisboa. Mientras que la administración colonial estaba bien atrincherada en ciudades de la costa como Luanda, Benguela, Beira y Lourenço Marques, y sus territorios más próximos, en las vastas regiones interiores la presencia portuguesa fue sólo nominal, dependiendo a menudo de alianzas con los jefes locales y con la policía africana, cuya lealtad fue siempre problemática.

En Angola, los ovambos, establecidos en el sur del territorio, permanecían efectivamente independientes todavía en 1914, mientras que en la región adyacente de Ganguela las revueltas fueron un fenómeno latente hasta al menos 1917. La región de los lundas en Quioco no fue ocupada hasta 1920 y, hacia el norte, la oposición en la región del Congo continuó hasta 1915, mientras que los insurgentes Dembo desafiaron al Estado colonial hasta 1918 [62].

La posición de Portugal en Mozambique fue sólo ligeramente mejor. Varios

[61] *Ibid.*; para un estudio general del desarrollo y la expansión de las sociedades Mbeni a través de Africa central y del este, ver T. O. Ranger, 1975.

[62] Para una detallada discusión de estas revueltas, ver R. Pélissier, 1977.

sultanatos del norte y jefaturas yaos habían desafiado con cierto éxito el régimen portugués hasta 1914, y las tierras altas de Makonde permanecían fuera de la esfera del Estado colonial todavía en 1921. Además, durante la primera guerra mundial, cuando las fuerzas germánicas de la vecina Tanganica invadieron el norte de Mozambique, un número de tribus Makua, que habían sufrido el rudo dominio de la Compañía de Niassa, las recibieron como a sus libertadores. Incluso en la mitad sur de la colonia, donde el régimen colonial estaba más firmemente establecido, los portugueses temieron un levantamiento masivo (ver. Fig. 27.2)[63].

En el período inmediatamente posterior a la guerra, Lisboa intensificó la naturaleza autocrática de su dominio. La campaña inicial de «ilustración» propuesta por el gobierno de la República (1912-26) arrojó nuevas medidas de represión, aunque no precisamente más eficaces. Incompetente y corrompido, el gobierno republicano fue finalmente derrocado por una alianza conservadora de banqueros, industriales, la jerarquía eclesiástica y la militar en 1926, pavimentando el camino para el gobierno fascista de Antonio Salazar. A fin de asegurar la armonía social y el perpetuo dominio colonial que la ideología ultranacionalista de Salazar imaginaba, tanto las autoridades coloniales, como el gobierno en Portugal, emplearon un vasto abanico de instrumentos de opresión. Censura, delatores, policía secreta y el ejército fueron utilizados para reprimir cualquier tipo de oposición —negra o blanca— que aflorase a la superficie.

La tercera característica compartida por Angola y Mozambique fue su peculiar forma de explotación económica, condicionada por el empobrecimiento de la metrópoli, Portugal. A lo largo del período que nos ocupa, la capacidad de Portugal para extraer recursos de sus colonias africanas dependía de la movilización y control de una fuerza laboral completamente sometida, pues su propia economía, arcaica y al borde de la bancarrota, carecía del capital necesario para promover el desarrollo de sus territorios de ultramar. En 1899, una comisión gubernamental cuya tarea había consistido en analizar las perspectivas de desarrollo en Angola y Mozambique, fue inequívoca con respecto a este punto:

> Necesitamos mano de obra nativa, la necesitamos para mejorar las mismas condiciones de estos trabajadores, la necesitamos para la economía de Europa y el progreso de Africa. Nuestra Africa tropical no crecerá sin africanos. El capital necesario para explotarla, y realmente necesita de esta explotación, descansa en la adquisición de mano de obra. Abundante, barata, una mano de obra resistente... y dadas las circunstancias, ésta nunca vendrá de los inmigrantes europeos[64].

El Estado también había introducido un sistema de impuestos diseñado para obligar a muchos agricultores a abandonar sus tierras y a crear los principios de un semiproletariado. Pero aunque las leyes tributarias proveyeron a la administración colonial de una nueva fuente de ingresos, fracasaron en el sentido de generar una fuerza laboral barata en el grado previsto por el régimen colonial. Muchos campesinos pudieron burlar el requerimiento laboral cultivando productos

[63] Para más detalles sobre la resistencia africana durante este período, ver A. Isaacman, 1976; M. D. D. Newitt, 1981, pp. 57-64.

[64] Citado en J. M. da Silva Cunha, 1949, p. 144.

nuevos o adicionales para pagar los tributos. En Mozambique otros optaron por trabajar en las minas y plantaciones de las vecinas Sudáfrica y Rhodesia, con salarios que eran un 200 ó un 300 por 100 más altos que los pagados por los plantadores o las firmas semicapitalizadas portuguesas.

Puesto que los nacientes sectores capitalistas en Angola y Mozambique no estaban en situación de atraer mano de obra, bien a través de estos «estímulos» tributarios o de salarios competitivos, el Estado colonial, como ha sido ampliamente demostrado en el capítulo 15, tuvo que recurrir a la coerción indisimulada tan pronto como el primer código laboral nativo fue introducido. La base legal para el trabajo obligatorio, que habría de continuar vigente bajo diferentes disfraces hasta 1961, quedaba apuntalada en el artículo I:

> Todos los habitantes nativos de las colonias portuguesas de ultramar están sujetos a la obligación moral y legal de buscar y adquirir, a través del trabajo, todas las cosas que necesitaban para subsistir y mejorar sus propias condiciones de vida. Tienen plena libertad para elegir los medios a través de los cuales cumplir con estas obligaciones, pero si de alguna manera faltan a ellas, las autoridades públicas pueden forzarlos a cumplirlas[65].

Y así ocurrió. Los administradores locales determinaban, según propio discernimiento, quiénes eran «perezosos», y los *Chefes des posto** completaban sus modestos salarios mediante los regalos y favores que recibían de los plantadores europeos, los comerciantes, propietarios de fábricas y granjeros a cambio de mano de obra africana. Como resultado, las áreas rurales quedaron transformadas en grandes reservas de fuerza laboral. Cuando se necesitaban obreros para trabajar en las explotaciones agrícolas de los colonos, para construir carreteras o ampliar los muelles de Luanda, Lourenço Marques y Beira, para tender líneas de ferrocarril, servir como criados o para otras tareas públicas o privadas, los administradores locales no dudaban en utilizar su control y su poder para satisfacer todas estas demandas. Las mujeres, aunque legalmente exentas de este tipo de reclutamiento, a menudo corrían la misma suerte. Un sociólogo americano que visitó Angola y Mozambique en 1924 observó que:

> Las mujeres, incluso las embarazadas o con niños de pecho, son reclutadas por los cipaes para trabajar en la construcción de carreteras. En lugares cercanos a los caminos el gobierno construye pequeñas barracas para alojarlas. No reciben paga ni alimentos. De acuerdo con la ley, su periodo de servicio es de una a cinco semanas, pero pueden ser reclutadas otra vez en el mismo año. Las que quedan en las aldeas les traen comida a las que trabajan, en ocasiones desde lugares que están a una jornada de camino. Las jóvenes, incluso con sólo quince años, también son reclutadas, y algunas incluso son sometidas sexualmente por los jefes a su cargo. Trabajan bajo la vigilancia de un capataz negro que usa una porra. Empiezan a trabajar a las seis, paran una hora al mediodía, y reanudan el trabajo hasta la puesta del sol. Algunas mujeres sufren abortos debido a las duras condiciones de trabajo[66].

A partir de 1926, especialmente en Mozambique, los campesinos fueron obligados también a cultivar algodón y a venderlo a precios reducidos a las compa-

[65] *Ibid.*, p. 151.
* Jefes de puesto.
[66] E. A. Ross, 1925, p. 40.

fías concesionarias europeas. El incumplimiento de esta norma era considerado un delito y recibía el trato judicial en consecuencia [67].

La última característica, y la que más distingue al colonialismo portugués, fue la política de asimilación que el régimen colonial persiguió, en un esfuerzo por configurar la naciente burguesía africana, mediante el sistema de proveerla con un barniz de cultura portuguesa y de exonerarla de algunos de los más flagrantes abusos coloniales. Formalizada bajo el *regime do indigenato*, esta política trataba de asegurar que la abrumadora mayoría de angoleños y mozambiqueños quedara estratificada en una raza, una cultura y una clase subordinada. Bajo esta legislación, los africanos se dividieron en dos grupos. La pequeña minoría que podía leer y escribir portugués, había rechazado las «costumbres tribales» y estaba lucrativamente empleada en los sectores capitalistas fue clasificada como *assimilados* o *nato indigenas*. En principio, al menos, disfrutaban de todos los derechos y responsabilidades de los ciudadanos portugueses. Pero, aunque en teoría era posible para un portugués cambiar su *status* legal, las restricciones impuestas por el sistema colonial-capitalista —incluyendo la falta de escuelas, las limitadas oportunidades de acceso a empleos remunerados y la actitud culturalmente arrogante de los representantes del Estado— obstaculizaron en efecto tal posibilidad, privando así de los derechos mínimos de ciudadanía al 99 por 100 de los africanos [68].

OPOSICION POPULAR AL DOMINIO COLONIAL EN ANGOLA

Considerados como nulidades por los europeos, sujetos a castigos corporales, y algunas veces al tratamiento arbitrario y venal de las autoridades coloniales, a las levas de mano de obra y a la colisión entre los oficiales del gobierno y los residentes portugueses, los africanos se convirtieron en proscritos en sus propios países. No obstante, contaron con varias maneras de escapar a las presiones que les habían impuesto desde fuera.

La primera forma de resistencia consistió en empuñar las armas, pero ésta fue abandonada al final de la primera guerra mundial, pues estaba irremisiblemente condenada al fracaso. Cada vez hubo menos líderes, las armas fueron confiscadas y la pólvora se convirtió, con algunas excepciones, en un artículo imposible de adquirir en el mercado libre. La segunda alternativa consistió en ocultarse. Cuando la situación se volvía intolerable, aldeas enteras eran abandonadas junto con sus campos de labor y los nativos se refugiaban en áreas más inaccesibles para las autoridades coloniales. La huída de campesinos fue bastante frecuente en las regiones del norte y del este, que efectivamente permanecían fuera del control de Lisboa. Tal práctica se prolongó durante años sin ser detectada.

La tercera solución fue incluso más radical, porque era irreversible a todos los niveles y propósitos. Existe amplia evidencia de emigraciones clandestinas ma-

[67] A. Isaacman, M. Stephen, Y. Adam, M. J. Homen, E. Macamo y A. Pililão, 1980.

[68] La ilusión de la asimilación y la correspondiente ideología del lusotropicalismo está poderosamente analizada en G. J. Bender, 1978.

sivas hacia el Congo belga, Rhodesia del Norte e incluso Africa del sudoeste. Frecuentemente, miembros de la población rural recorrían grandes distancias a través de tierras agrestes, con los niños a sus espaldas, para evadirse de la tiranía del dominio colonial portugués. Si eran detenidos por las autoridades coloniales o por la policía local africana, los hombres eran azotados y luego encarcelados, y las mujeres quedaban expuestas a toda clase de vejaciones sexuales.

La cuarta forma de resistencia al dominio colonial consistió en los cultos religiosos o mesiánicos fundados por africanos como una reacción contra la religión colonial. Sin embargo, parece que hubo poca iniciativa local detrás de estas revueltas metafísicas de los angoleños, pues la mayoría de las iglesias independientes procedían principalmente del Congo belga, las cuales vertieron su influencia en la región Bakongo del norte de Angola.

A diferencia de la situación en el Congo belga, las iglesias independientes de Angola tuvieron un número menor de seguidores y una vida más corta. La revuelta de los mafulus en 1918 es citada algunas veces como la primera protesta mesiánica angoleña que condujo a una rebelión armada [69]. Los seguidores de Simon Kimbangu ganaron un cierto número de adeptos entre los bakongos que vivían dentro de la frontera congoleña. El Estado colonial, temiendo el atractivo popular de este movimiento religioso y el resurgimiento del nacionalismo bakongo, realizó serios esfuerzos para combatir el kimbanguismo en 1921 y 1922. Pero a pesar de estos esfuerzos una red subterránea continuó operando y —como en el Congo belga— Kimbangu adquirió un aura de mártir después de su arresto [70].

Otras sectas más oscuras hicieron su aparición también, como la Maiaigni, que fue detectada en el enclave de Cabinda en 1930, y el movimiento Cassongola, entre los mbundus, desde 1924 a 1930. El Kitawala también penetró en el este de Angola desde el Congo belga y el norte de Rhodesia alrededor de 1932. Dos años más tarde una profetisa del Congo ligada al kimbanguismo atrajo una masa de adeptos en la región del Pombo, y en 1936 la secta de los mayangis o nlenvos —operando cerca de la frontera congoleña— prohibió a todos sus miembros confraternizar con los blancos. Aunque la información es extremadamente fragmentaria, estas expresiones religiosas de protesta parecen haber tenido un mínimo impacto. Solamente en los años cincuenta, con el advenimiento del tokoísmo, una iglesia independiente consiguió reunir en torno a sí un grupo numeroso y permanente de seguidores. El tokoísmo mostró ciertas tendencias contradictorias al presentar a los blancos como la encarnación del mal y predicar sin embargo la pasividad [71].

Mientras la mayoría de estos movimientos tuvieron una base rural, intelectuales y periodistas «asimilados» de Luanda y Lisboa se expresaron claramente contra los abusos del colonialismo y reafirmaron su identidad angoleña. Una rica tradición de protesta escrita tiene sus orígenes en la mitad del siglo XIX. Los más conocidos de estos proto-nacionalistas fueron el canónigo Antonio José de Nascimento (1838-1902), el abogado y periodista José de Fontes Pereira (1838-91),

[69] Ver. R. Pélissier, 1977; W. G. Clarence-Smith, 1979, pp. 88-89.
[70] A. Margarido en R. Chilcote (ed.), 1972, pp. 37-39; R. Pélissier, 1978, pp. 165-67.
[71] A. Margarido en R. Chilcote (ed.), 1972.

el escritor Joaquín Dias Cordeiro de Matta (1857-94) y posiblemente los miembros de una asociación formada en conexión con una obra virulentamente anticolonial titulada *Voz d'Angola clamando no deserto*, publicada en Lisboa en 1901 [72]. El colapso de la monarquía (octubre de 1910) y el advenimiento del gobierno republicano fue recibido con cierto optimismo por los *assimilados* y levantó considerablemente sus esperanzas, porque eran conscientes acerca del deterioro sufrido por su propio estamento y de la existencia de la esclavitud, más o menos clandestina, en su tierra de origen. Pero incluso durante esta ola de liberalismo, el incipiente sentimiento nacionalista entre los africanos más educados podía ser expresado más abiertamente en Portugal que en Angola.

La Liga Ultramarina había sido creada en Lisboa en 1910 y fue seguida en breve por la Liga Colonial. Dos años más tarde, los expatriados africanos de todas las colonias que vivían en Lisboa fundaron la Junta de Defensa dos Direitos de Africa. En Angola, la Liga Angolana, una pequeña asociación de funcionarios civiles angoleños, obtuvo el reconocimiento formal del gobernador general Norton de Matos en 1913. Casi inmediatamente una división de esta asociación condujo al nacimiento del Gremio Africano. No obstante la proliferación de estas organizaciones, a todas ellas le faltó el apoyo de una masa sustancial de seguidores y tuvieron una influencia extremadamente limitada.

De mucha mayor importancia que estas asociaciones fue la «conspiración» de Cuanza Norte de 1916-17, que momentáneamente coaligó a un número de intelectuales independientes con los campesinos mbundus establecidos en las regiones interiores de Luanda. La conspiración estuvo dirigida por Antonio de Assis Júnior (1887-1960), un abogado, novelista y periodista [73]. Este condenó vigorosamente la opresión colonial y el trato de preferencia dado a la comunidad de los colonos, que él describió como «compuesta principalmente por hombres que no sabían de dónde venían ni adónde iban, hombres motivados únicamente por el deseo de obtener cuanto pudieran, de adquirir y capturar» [74]. Temiendo una creciente alianza entre *assimilados* y campesinos, y preocupados por un posible brote de sublevaciones, el Estado colonial actuó rápidamente. Antonio de Assis Júnior fue arrestado, librándose de la deportación por muy poco.

En Lisboa, la Junta de Defensa dos Direitos de Africa, dirigida principalmente por mulatos de Santo Tomé, tenía muy poco poder. Una derivación disidente de la Junta fundó la Liga Africana en 1919, a la cual se afilió la Liga Angoleña de Luanda. La Junta de Defensa fue reorganizada como el Partido Nacional Africano en 1921 para evitar que fuera dominada por elementos del ala izquierda de la Junta. *Mutatis mutandis*, estos dos nuevos grupos metropolitanos representaron las dos tendencias pan-africanistas que prevalecieron en Portugal en la época, la Liga Africana optando por el reformismo del doctor Du Bois, y el Partido Nacional Africano más en la línea de la filosofía de Marcus Garvey [75].

[72] Para un estudio de esta tradición de protesta escrita, ver D. L. Wheeler en R. Chilcote (ed.), 1972.
[73] A. de Assis Júnior, 1917.
[74] Citado en D. L. Wheeler en R. Chilcote (ed.), 1972, p. 81.
[75] Para un análisis de los sucesos relativos a esta escisión, ver E. A. Friedland, 1979, pp. 119-20.

El regreso del alto comisario Norton de Matos en 1921, un inflexible adversario de la Liga Angoleña y del Gremio Africano, puso a ambas organizaciones en situaciones muy vulnerables. En 1922 arremetió formalmente contra las dos asociaciones. Ordenó el arresto de Antonio de Assis Júnior, la deportación de varios miembros de la Liga Angoleña y finalmente la disolución formal de la Liga. También prohibió los periódicos «nativistas» y restringió las oportunidades de los funcionarios civiles *assimilados*. Después de este golpe, el nacionalismo organizado angoleño optó por la actividad clandestina, y consecuentemente todavía se produjeron protestas esporádicas contra el trabajo obligatorio en el corredor Luanda-Malange entre 1922 y 1925. El Estado aprovechó la oportunidad brindada por estas protestas para aplastar los últimos vestigios de disidencia intelectual [76].

Las condiciones se volvieron tan difíciles en Angola que las asociaciones africanas adoptaron una política de cooperación con el gobierno. El Partido Nacional Africano llegó incluso a defender a Portugal en la Liga de las Naciones contra las acusaciones acerca del trabajo obligatorio. De este modo, cuando la dictadura militar fue implantada en Lisboa, seguida por el régimen de Salazar, la voluntad de resistir de los intelectuales angoleños había sido ya rota. «Purgada» de sus elementos más radicales, la Liga Angoleña recibió franquía para reaparecer en 1929-30 bajo el nombre de Liga Nacional Africana. El Gremio Africano, que había sucumbido al torrente de restricciones en los años veinte, también emergió de nuevo como la Associação dos Naturais de Angola (ANANGOLA). Privadas de su fuerza vital y puestas en situación de impotencia política, las dos organizaciones fueron inducidas a perseguir objetivos sociales únicamente.

Su colapso coincidió con el declive en Portugal de los dos partidos que se autoproclamaban pan-africanistas. En 1931 estos dos partidos se fundieron para formar el Movimiento Nacionalista Africano (nacionalista en el sentido de la nación portuguesa), el cual también se desvaneció lentamente, atrapado en la implacable tenaza estranguladora del Dr. Oliveira Salazar. Vigilados por la policía y en peligro de perder sus empleos, los líderes locales de la Liga Nacional Africana y del ANANGOLA suspendieron sus actividades por más de veinte años (aproximadamente 1925-45). De manera inevitable, el ocaso de la función política de los *assimilados* conllevó su degradación social, especialmente con la llegada de un creciente número de colonos blancos.

Los últimos intentaron levantarse en varias ocasiones contra el dominio metropolitano (especialmente en 1924-25), y consiguientemente contra el régimen dictatorial (en 1930), pero estas acciones afectaron a la población africana oprimida sólo indirectamente [77]. Los africanos se habían convertido en extranjeros en su propia patria y su única función aparente a los ojos de los europeos era su capacidad productiva. En esas circunstancias, las pocas huelgas en las que participaron, en la de los puertos (1928) y en la de los ferrocarriles (1933), no fueron más que éxitos momentáneos, sin ninguna consecuencia útil, ya que nunca existieron vínculos duraderos entre los trabajadores blancos y los obreros negros no cualificados. Además, a los negros les faltaba el apoyo de los soldados africanos enro-

[76] R. Pélissier, 1978, p. 233.
[77] Una diferente interpretación ha sido argumentada por E. Sik, 1964, vol. II, pp. 314-15.

lados en el ejército colonial, y tampoco podían pensar en una alianza con los *assimilados*, que ya habían sido reducidos al silencio absoluto por las autoridades.

OPOSICION POPULAR AL DOMINIO COLONIAL EN MOZAMBIQUE

La protesta popular en Mozambique tuvo un desarrollo similar a la de Angola, aunque con algunas variaciones en cuanto a intensidad y escala. Hubo pocas insurrecciones armadas y la tradición literaria y las conexiones con el movimiento pan-africanista no alcanzaron la misma importancia. Por otro lado, el número de ejemplos documentados en relación con la oposición campesina y obrera es mayor en Mozambique que en Angola, y también las iglesias independientes fueron más numerosas y políticamente significativas.

La oposición campesina supuso un recurrente desafío al sistema colonial-capitalista. Sin embargo, sabemos de una manera segura que no todos los campesinos, o incluso quizá la mayoría, ofrecieron resistencia. Separados por considerables distancias geográficas, diferencias étnicas, cuestiones de religión, rancias divisiones genealógicas, la tiranía del programa laboral al que estaban sometidos y otra serie de factores, los campesinos, considerados como un grupo aparte, se encontraban en una situación de impotencia de cara a organizar una oposición de tales características que hoy mereciera un detallado análisis histórico. Sus acciones tendían a producirse de una manera aislada, difusa y esporádica, y sus limitados objetivos y el grado de sistematización de sus operaciones son difíciles de medir y fáciles de ignorar. Sin embargo, actuando dentro de las fuertes restricciones impuestas por el sistema colonial-capitalista, la población popular mozambiqueña fue capaz, hasta un cierto punto, de minimizar los efectos disgregadores de la dominación portuguesa. Su lucha se centró en torno a la apropiación de su trabajo y de los productos de su trabajo.

Como en los primeros años del período colonial, la evasión de impuestos fue una práctica frecuente en el Mozambique rural. Los campesinos desarrollaron una variedad de estrategias para reducir o evitar los pagos anuales. Muy comúnmente muchos de ellos falsificaban su edad o su *status* marital, reduciendo de este modo sus obligaciones tributarias. Muchos jóvenes adultos reclamaban ser menores de edad, permaneciendo temporalmente en los cobertizos destinados a los preadolescentes cuando los recaudadores de impuestos llegaban a las aldeas. Los casados a menudo ocultaban a sus esposas más jóvenes o declaraban que éstas eran sus cuñadas o las esposas de amigos que se encontraban trabajando en lugares remotos. En el sur de Mozambique, donde el impuesto sobre la vivienda era la forma dominante de retribución, era frecuente que extensas familias se juntaran en una misma cabaña, que luego declaraban como su único domicilio [78]. Incluso después de ser censados, muchos campesinos continuaban esta duplicidad en un esfuerzo por posponer o evitar el pago de los impuestos. Todavía en 1928 un frustrado funcionario portugués en la parte central de la colonia, escribía:

[78] J. Nunes, 1928, p. 116.

> Los caciques y aldeanos de las poblaciones de Mambos Cussarara, Chuau y Capanga están enzarzados en una increíble campaña de resistencia pasiva. Cuando son avisados para traer sus impuestos se presentan sin dinero y negocian un largo aplazamiento, que ellos invariablemente sobrepasan, necesitando del servicio de los sepais cuando son requeridos por segunda vez, y entonces los fumos solamente entregan una pequeña parte de los impuestos correspondientes a sus respectivas aldeas, y de este modo se necesitan muchos meses, a menudo un período interminable, antes de que las obligaciones sean liquidadas [79].

Otros miembros de la población rural se ocultaban en el interior del país. Los informes de los funcionarios indican que las mujeres a menudo testificaban que sus maridos habían muerto cuando, de hecho, «ellos huían temporalmente y regresaban a la aldea poco después de que los recaudadores de impuestos o los funcionarios del censo se hubieran ido» [80]. Los africanos que vivían cerca de las fronteras internacionales las cruzaban una y otra vez para evitar las obligaciones tributarias.

Miles de campesinos mozambiqueños obligados a plantar algodón o a trabajar en las granjas de los colonos, plantaciones y proyectos del Estado estaban en perpetua disputa acerca de la cantidad de trabajo que debían rendir al sistema colonial-capitalista. En la acción más radical de la que hay noticia los campesinos se negaron a trabajar y huyeron a las colonias vecinas. La fuga era ardua y peligrosa. No obstante, en 1919 fue estimado que sólo en Nyassa había más de 100.000 mozambiqueños del norte [81]. Pero incluso en el sur, donde el Estado ejercía un mayor control, los funcionarios coloniales reconocían que «la huída de africanos de la provincia de Sul de Save a causa del algodón no es nada nuevo... Los informes relataban que muchos nativos abandonaban sus tierras después de prenderle fuego a sus cabañas» [82].

Otros desertores no tan dispuestos a romper los lazos con sus familias y lugares de origen huían a regiones pantanosas y escasamente pobladas. En muchos casos estos creaban comunidades permanentes de refugiados, principalmente en áreas montañosas y agrestes o en zonas de marismas junto a la costa, donde la difícil topografía servía de barrera natural contra la penetración portuguesa. Varias de estas comunidades pudieron mantener su independencia durante algunos años, sobreviviendo tanto a las duras condiciones ambientales como a la intervención colonial armada [83].

La retención oculta de una parte de su trabajo probablemente representó la más amplia expresión de desafío en lo que respecta a los cultivadores de algodón y a los campesinos. Esta estrategia era menos arriesgada que la deserción y, al menos para los aldeanos, suponía la oportunidad de trabajar sus propios huertos. De acuerdo con los informes de los funcionarios, los campesinos, por ejemplo, raramente plantaban sus campos de algodón a su debido tiempo, cultivaban

[79] Arquivo de Tete, Documentos diversos, Circumscrição Civil de Maravia, «Relatório do Administração Referenate ao Anno de 1928»; Documento no. 8, Manoel Arnaldo Ribeiro al Administrator Manoel Alves, Vianna, sin fecha.
[80] J. Nunes, 1928, p. 116.
[81] L. Vail, 1976, p. 402.
[82] Citado en A. Isaacman, Y. Adam, M. J. Homen, E. Macamo y A. Pililão, 1980, p. 596.
[83] *Ibid.*, pp. 597-99.

la extensión de terreno oficialmente estipulada, desyerbaban sus plantaciones el número de veces necesarias o quemaban sus campos después de las cosechas [84]. Los plantadores europeos en el sur de Mozambique se quejaban amargamente de la «docilidad» de sus obreros con sueldos ínfimos, rechazando la proposición de uno de ellos, que le decía, «firmando contratos de una libra al mes tú puedes conseguir todos los hombres que quieras» [85]. El gobernador de Inhambane se hizo eco de estos sentimientos, deplorando la reluctancia de los hombres ngunis a realizar tareas que ellos describían como «trabajo de mujeres» [86].

Dados estos factores, que tendían a dividir tanto al campesinado como a los trabajadores eventuales y a frustrar cualquier sentido de solidaridad de clase, apenas es sorprendente que la resistencia rural adquiriera una forma colectiva sólo en muy contadas ocasiones. Algunas veces, sin embargo, la insatisfacción del campesinado desembocó en un modo de protesta más radical. Desde 1917 a 1921 los aldeanos a lo largo del valle del Zambeze, encrespados por el trabajo obligatorio, el incremento de los impuestos, la plantación forzosa de algodón, los abusos sexuales y el reclutamiento militar, se unieron a la rebelión dirigida por los descendientes de la familia real barue y los médiums y brujos shonas. Su objetivo, que momentáneamente alcanzaron, fue el de liberar la tierra que habitaban y desmantelar el sistema colonial opresivo [87]. Durante las dos próximas décadas hubo también una serie de sublevaciones locales campesinas en Erati, Moguincal y Angoch en el norte de Mozambique, originadas por el sistema tributario y el trabajo impuesto (ver fig. 27.2) [88].

Allí donde el miedo o la coacción impidió la oposición abierta, los aldeanos y trabajadores rurales a menudo manifestaron su hostilidad contra el régimen a través de símbolos culturales que eran ininteligibles para los funcionarios coloniales. Por ejemplo, los chopes, que vivían en el sur de Mozambique, desarrollaron un completo repertorio de canciones denunciando el régimen colonial en general y el odioso sistema de impuestos en particular:

> Nosotros estamos todavía enojados; siempre es la misma historia.
> La hija mayor debe pagar el tributo
> Natanele le dice al hombre blanco que lo deje solo
> Natanele le dice al hombre blanco que lo deje vivir
> Vosotros, los ancianos, debéis discutir nuestros asuntos
> Porque el hombre designado por los blancos no es hijo de nadie
> Los chopes han perdido el derecho a su propia tierra
> Permíteme que te lo cuente... [89]

Las canciones de los obreros empleados en la Compañía Azucarera Sena eran incluso más explícitamente hostiles, y a menudo describían a los superintendentes europeos con términos sexuales poco halagadores [90]. En el norte los artistas ma-

[84] *Ibid.*
[85] E. A. Ross, 1925, p. 50.
[86] Districto de Inhambane, *Relatório do Governador 1913-1915*, Lourenço Marques, 1916, p. 41.
[87] A. Isaacman, 1976, pp. 156-85.
[88] J. A. G. de Melo Branquinho, 1966, pp. 81-3, 108, 114, 193.
[89] Citado en E. Mondlane, 1969, p. 103.
[90] Ver L. Vail y L. White, 1980, pp. 339-58.

kuas y makondes ridiculizaban a los funcionarios civiles —tanto a los africanos como a los europeos— mediante esculturas muy estilizadas que distorsionaban sus facciones y eliminaban su humanidad[91].

Los obreros urbanos, como sus compatriotas los campesinos, inicialmente se comprometieron en acciones esporádicas e individuales para evadir el nuevo orden económico o minimizar sus efectos. Huían antes de que los agentes de los puestos de reclutamiento alcanzaran sus aldeas, desertaban en masa, «holgazaneaban» y, en alguna ocasión, se embarcaban en acciones de sabotaje de maquinaria o de materias primas. Aunque tales tácticas continuaban siendo un modo dominante de protesta para los *chibalo* (fuerza laboral reclutada), hacia la segunda década de este siglo los obreros asalariados habían empezado a cambiar su estrategia y a organizarse en un nuevo sistema de cara a mejorar sus condiciones de empleo.

Varios factores se aliaron contra los esfuerzos organizados de los trabajadores mozambiqueños durante este período. Primero, el número de estos no fue nunca muy alto. Los sectores capitalistas de Mozambique absorbieron muy pocos obreros. Además, el Estado prohibió explícitamente la formación de sindicatos africanos, y los movimientos de obreros blancos, con muy pocas excepciones, se mostraron contrarios, abrazando los prejuicios raciales y culturales que eran parte de la ideología oficial del Estado[92]. De este modo, escasos en número, aislados de los grandes movimientos obreros, y enfrentándose a una hostil alianza del Estado y el capital, los trabajadores africanos se encontraban claramente en una situación de inviabilidad.

A pesar de esta combinación de dificultades, en 1911 un pequeño grupo encabezado por Francisco Domingo Campos, Alfredo de Oliveira Guimares y Agostinho José Mathias intentó organizar la União Africano, que debería incluir a todos los trabajadores africanos de Lourenço Marques. Para ellos los objetivos no podían ser más claros. Los trabajadores negros tenían que organizarse si querían sobrevivir. De ahí que llamaran la atención sobre las tendencias divisorias del etnicismo y el peligro que podía resultar si los trabajadores mejor remunerados no se solidarizaban con los obreros comunes. «En nuestra asociación no hay distinciones», proclamaban sus panfletos orgullosamente. En cuanto a los temas de la lucha obrera y de la solidaridad eran inequívocos también. Pero a pesar de su elocuencia y el vigor de sus críticas, la fuerte oposición del capitalismo colonial y el movimiento obrero blanco, más la aparente falta de unidad entre los trabajadores africanos, socavaron la União Africano incluso antes de que iniciara su andadura[93].

No obstante este contratiempo inicial hubo un cierto número de intentos esporádicos dirigidos a organizar a los obreros africanos en Lourenço Marques. Protagonizaron huelgas y paros laborales los empleados de la Asociación de Comer-

[91] La mejor colección de estas esculturas se encuentra en el museo de la ciudad de Nampula.
[92] Para un análisis del movimiento de la clase trabajadora blanca, ver J. Capela, de próxima aparición.
[93] *Os Simples*, 24 de junio de 1911.

ciantes en 1913, los trabajadores del tranvía en 1917, los técnicos ferroviarios en 1918 y los operarios de una firma de ingeniería en 1919[94].

Al igual que en muchas otras partes de Africa, los trabajadores portuarios fueron los más radicales y el sector mejor organizado dentro del movimiento obrero. Durante las dos primeras décadas de nuestro siglo, Lourenço Marques se había convertido en un importante enclave del comercio internacional, conectando el Transvaal y Swaziland, así como el sur de Mozambique, a la economía mundial. A pesar de la estratégica importancia económica del puerto y los esfuerzos del Estado orientados a prevenir cualquier perturbación del tráfico marítimo, se produjeron siete grandes huelgas entre 1918 y 1921. El origen de estas huelgas estuvo en la negativa de las compañías marítimas y de transportes de mercancías a incrementar los salarios de los obreros africanos, de modo que estos no perdieran valor frente a las tendencias altamente inflacionistas de la economía. Entre 1918 y 1920, por ejemplo, productos tan básicos como el arroz, las judías, las patatas y el jabón habían doblado su precio, y durante el último año un kilo de arroz costaba tres centavos —que equivalía al salario medio diario de la mayoría de los trabajadores portuarios[95].

Las huelgas en el puerto siguieron una amplia variedad de formas. Obreros descontentos, organizados en grupos informales de simpatizantes, rehusaron trabajar a menos que sus salarios fueran ajustados. Se reunieron enfrente de la entrada principal del puerto y demandaron mejores salarios y condiciones de trabajo. El gobernador colonial envió tropas para disolver la demostración y arrestar a los dirigentes. Al mismo tiempo obreros *chibalo* fueron utilizados como esquiroles para mantener el puerto en funcionamiento. Mediante este sistema, las huelgas eran desarticuladas casi inmediatamente. Incluso allí donde los empresarios llegaban a un acuerdo para elevar los salarios, a menudo faltaban a su palabra o ignoraban lo pactado, como en el caso de la huelga de 1919. Sin embargo, y a pesar de estos reveses y de la llegada al poder del gobierno fascista, las huelgas continuaron después de 1926, aunque menos frecuentemente[96].

Quizá la confrontación portuaria más amarga fue la huelga de Quinhenta en 1933. Las autoridades portuarias y las compañías concesionarias, que estaban sufriendo los efectos de la depresión económica mundial, decidieron reducir los salarios de los estibadores, ya de por sí bastante bajos, entre un 10 y un 30 por 100. Esta reducción representaba cinco veces el incremento obtenido en la huelga de 1921. Cuando la medida fue hecha pública, los trabajadores abandonaron sus puestos de trabajo y se negaron a incorporarse a ellos después del almuerzo, dejando el puerto paralizado. Los líderes de la huelga afirmaron que no volverían hasta que las reducciones se anularan. Enfrentados a un puerto fantasma, los empresarios cedieron a las demandas y los trabajadores portuarios regresaron a sus pues-

[94] J. Penvenne, sin fecha.

[95] Otros productos no tan esenciales cotizaron con valores mucho más altos.

[96] Ver, por ejemplo, J. Penvenne, de próxima aparición. Ms. Penvenne está actualmente completando su disertación doctoral sobre la formación de la clase obrera en Lourenço Marques, que añadirá una importante dimensión a nuestro conocimiento de la historia del movimiento obrero en Mozambique.

tos, únicamente para encontrarse encerrados y rodeados por la policía, quienes los forzaron a descargar todos los barcos. A continuación se les anunció que las reducciones no serían aplicadas. Un periódico de la ciudad expresó así la rabia y la frustración en el momento culminante del conflicto: «Trabajadores con el estómago vacío se enfrentan a su jefe, quien, con el estómago lleno, les responde con promesas vacías»[97].

Como ocurrió en otras partes de Africa central y del sur, las iglesias independientes ofrecieron otro marco institucional para canalizar la hostilidad de los trabajadores y campesinos contra el nuevo orden social y la hipocresía de las iglesias cristianas establecidas. Un informe secreto gubernamental reveló que la popularidad de las iglesias separatistas era debida a la «discriminación racial dentro de la sociedad y a la insensibilidad de los misioneros europeos en relación con los nativos»[98]. Ya en 1918 existían setenta y seis iglesias separatistas conocidas operando en Mozambique. Veinte años más tarde la cifra había aumentado a más de 380[99]. El número de sus seguidores podía variar desde un mero puñado de adeptos hasta más de 10.000 en el caso de la Missão Christa Ethiopia, cuya red se extendía a lo largo de cuatro provincias.

La mayoría de estas iglesias independientes procedían de los movimientos «sionistas» y «etíopes» de las vecinas Sudáfrica y Rhodesia. Descontentos y aislados, los obreros emigrados mozambiqueños, principalmente aquellos que trabajaban en las minas, encontraron refugio en estos movimientos, y cuando regresaron a sus lugares de origen fundaron ramas o sectas autónomas modeladas según sus equivalentes en Sudáfrica y Rhodesia. Samuel Belize, el impulsor de la poderosa Iglesia Africana Metodista Episcopal, previamente mantuvo una larga asociación con una derivación negra de la Misión Wesleyana de Sudáfrica, y Sebastiao Peidade de Sousa modeló la Missão Christa Ethiopia inspirándose en la Iglesia Etíope, a la que él perteneció en Durban[100]. En otros casos, la reputación de un determinado líder apostólico suministró incentivo suficiente para que los mozambiqueños se unieran a sus feligreses. Debido a que la mayoría de los obreros inmigrantes procedían de la mitad sur de la colonia, las iglesias independientes gozaron de mayor popularidad en los distritos de Lourenço Marques, Gaza, Inhambane y Sofala.

Desde el punto de vista de los movimientos sociales, las iglesias etíopes en Mozambique son de particular interés, ya que a menudo actuaron como instituciones casi autónomas en las que los mozambiqueños podían elegir sus propios representantes, tener sus propios presupuestos, constitución, bandera e incluso organizaciones paramilitares. En resumen, estas iglesias representaron un «espacio libre» dentro de un sistema autoritario cerrado, en el que trabajadores y campesinos oprimidos podían disfrutar de un cierto autogobierno y de dignidad racial y cultural. Las iglesias sionistas, de otro lado, basaban gran parte de su atractivo en su apocalíptica visión de la intervención divina y la destrucción del orden colonial opresivo.

[97] Citado en J. Penvenne, de próxima aparición, p. 20.
[98] J. A. G. de Melo Branquinho, 1966, p. 77.
[99] *Ibid.*, pp. 73-80.
[100] *Ibid;* E. Moreira, 1936, pp. 28-9; H. I. F. de Freitas, 1956-7.

En términos de explícita acción anticolonial, las iglesias independientes mozambiqueñas abarcaron una gama de actitudes que dio cabida al radicalismo en un extremo y al quietismo en el otro. De acuerdo con informes confidenciales del gobierno, la Iglesia Metodista Episcopaliana, radicada principalmente en los distritos de Gaza y Manica, fue un centro de actividades subversivas. Elementos infiltrados del gobierno informaron que la Iglesia promovía el sentimiento antiblanco y explícitamente atacaba el régimen opresivo colonial en sus servicios y reuniones clandestinas. Además, era sabido que sus jerarcas mantenían lazos con el Congreso Nacional Africano [101]. Otras indagaciones gubernamentales encontraron evidencia de que la Iglesia Metodista Episcopaliana predicaba la rebelión y, de hecho, algunos de sus miembros atacaron a las autoridades coloniales y a los jefes lealistas en varias ocasiones. Por consiguiente, la secta fue acusada en 1952 de estar organizando una sublevación popular a mayor escala en Mozambique. Sin embargo, tales actividades insurgentes parecen haber sido la excepción. La mayoría de las iglesias independientes no adoptaron un programa anticolonial explícito, prefiriendo limitar su oposición a la crítica verbal y, en algunas ocasiones, a una visión apocalíptica [102].

Hay también indicios que sugieren movimientos islámicos revisionistas en el norte de Mozambique, cuya población musulmana se había opuesto históricamente al dominio colonial. En 1920 las dignidades religiosas islámicas protestaron contra los abusos del trabajo obligatorio, los bajos salarios y la apropiación de tierra en el área de Quilemane. Un cierto número de jefes musulmanes y sus seguidores estuvieron implicados también en las sublevaciones de los primeros años treinta, pero la causa exacta de la sublevación es desconocida [103].

La protesta urbana intelectual, aunque no tan profundamente arraigada en Mozambique como en Angola, llegó a convertirse en un importante foro para la discusión de reformas. La primera ocasión, de alguna manera tentadora, para la petición de cambios políticos y sociales, surgió en 1908 con la publicación del periódico de Laurenço Marques, *O Africano*, el órgano de prensa del Gremio Africano —un grupo social y civil fundado por las grandes familias de color dos años antes. A pesar de esta posición relativamente privilegiada y de ser conscientes de su importancia, las familias más influyentes del Gremio Africano eligieron como misión la responsabilidad de defender a los africanos oprimidos. En realidad, el lema del *O Africano* proclamaba atrevidamente que el periódico «estaba consagrado a la defensa de la población nativa en Mozambique». Su sucesor, *O Brado Africano* (La Voz Africana), persiguió un objetivo similar al autodefinirse como el guardián de los trabajadores y campesinos africanos. Con ocasión de su séptimo aniversario, *O Brado Africano* declaró con orgullo que «los africanos tenéis en *O Brado Africano* a vuestro mejor defensor, verdaderamente, vuestra única arma contra la injusticia que pesa sobre vosotros» [104].

En sus noticias, historias y comentarios, ambos periódicos llamaron la aten-

[101] H. I. F. de Freitas, 1956-7, vol. II, pp. 32-35.
[102] *Ibid.*, p. 134.
[103] J. A. G. de Melo Branquinho, 1966, pp. 56, 81, 108.
[104] *O Brado Africano*, 24 de diciembre de 1926.

ción sobre los cuatro abusos más palmarios y recurrentes —el *chibalo*, las ínfimas condiciones de trabajo de la mano de obra africana libre, el trato preferencial dado a los inmigrantes blancos y la falta de oportunidades educativas—, los cuales simbolizaban para los editores la esencia de la opresión colonial. A lo largo de este período las dos publicaciones denunciaron rigurosamente y documentaron de una manera detallada los abusos inherentes al sistema *chibalo*. En sus artículos y editoriales ambos periódicos protestaron contra los métodos brutales utilizados por los sepais africanos para reclutar mano de obra, los bajos salarios y las ínfimas condiciones de trabajo de los *chibalo* y las acciones caprichosas y arbitrarias de los inspectores europeos. Los editores estaban encolerizados por la práctica común de reclutar «mujeres africanas para reparar y construir carreteras, sin darles comida ni salario alguno», mientras «en la estación de las lluvias las obligan a dormir en chozas enlodadas, al lado de la carretera, como a esclavas» [105].

Los periódicos también desplegaron una amplia ofensiva contra las condiciones de empleo de los trabajadores africanos libres. Deploraron el hecho de que los campesinos y trabajadores agrícolas nominalmente libres fueran forzados a trabajar en fincas europeas «desde el amanecer hasta el ocaso, ganando apenas un chelín al mes», que a los mozambiqueños en las minas sudafricanas «les fuera negado el derecho a elegir a sus propios patronos... y que murieran como moscas en las minas», que los trabajadores africanos sean arrestados y golpeados si son hallados sin la documentación apropiada y que el Estado utilizara obreros *chibalo* para sabotear huelgas y provocar el descenso de los salarios de los trabajadores libres [106]. Los prejuicios convencionales acerca del color de la piel, que mantenía a los africanos en los empleos peor pagados, mientras los más apetecibles les eran reservados a los europeos, fueron también objeto de ataques en sucesivos artículos de fondo.

La protesta contra las leyes racistas representó parte de una hostilidad más generalizada hacia la política estatal que favorecía a los inmigrantes blancos mientras ignoraba las necesidades de la población indígena. En un lacerante comentario, *O Africano* cuestionó la lógica del régimen colonial al respaldar a la costosa «chusma» blanca que no contribuía en nada a la colonia.

> El portugués común, que es conocido como *mumadji* (el portugués inmigrante común) entre la población africana, siempre deja Portugal con la idea premeditada de una corta estancia en la tierra de los negros para reunir suficientes ahorros, y luego ahorra todo lo posible para regresar a Portugal, establecerse y disfrutar de la riqueza que ha conseguido acumular, con Dios sabe qué sacrificios, a lo largo de 2, 3 ó 4 años.
> ¿Están seguros allí (en Portugal) acerca de las privaciones que esos hombres padecen para ahorrar 300.000 ó 400.000 reis? Es todo un poema de miseria y penalidades. Una auténtica locura que algunos de ellos viven en su empeño por llenar sus maletas —con esas miserables piezas de metal. ¡La fiebre del oro!
> Viven en verdaderas pocilgas, sin luz, sin aire, cuatro o cinco juntos para ahorrar costos. Frecuentemente tres personas comen del mismo plato, porque así les sale más barato. En una escuálida cena de sopa o estofado, que sería más apropiado llamar potingues de agua

[105] *Ibid.*, 28 de febrero de 1925.
[106] *Ibid.*, *O Brado Africano*, 13 de diciembre de 1924; 30 de julio de 1927; J. Penvenne, 1978.

templada, en los que nadan desesperanzadamente no más de cinco judías en busca de compañía... [107]

Aunque el tono de los artículos en ambos periódicos era cauto y reformista, apelando a la buena voluntad y al sentido de justicia del gobierno colonial, frustraciones acumuladas produjeron explosiones de ira o incluso implícitas amenazas al sistema. Este tono, de alguna manera más desafiante, afloró con mayor regularidad en el período inmediatamente después de que el régimen de Salazar (1928-68) impusiera sus hábitos autoritarios, aplastando cualquier ilusión de reforma y generando un sentimiento de desesperación incluso entre los miembros más privilegiados de la comunidad africana y mulata. Un resonante artículo publicado en *O Brado Africano* y titulado «Basta», representa la más clara expresión de rabia de aquellas gentes:

> Nosotros estamos completamente hartos.
> Hartos de soportaros, de sufrir las terribles consecuencias de vuestras sandeces, vuestras demandas, del uso equivocado y abusivo de vuestra autoridad.
> Nosotros no podemos soportar por más tiempo los perniciosos efectos de vuestras decisiones políticas y administrativas.
> No estamos dispuestos por más tiempo a hacer sacrificios cada vez más grandes e inútiles...
> Basta... [108]

Pero no obstante toda la crítica a los abusos coloniales y a su autodefinida función de guardianes de los africanos oprimidos, las *grandes familias* vivían en un medio social y cultural totalmente apartado del de los trabajadores y campesinos que regresaban a sus aldeas de chozas, barracas y pequeñas poblaciones después de una dura jornada de trabajo. Además, como miembros de la reciente burguesía colonial, ellos tenían intereses de clase muy diferentes, intereses de clase que a menudo los enfrentaba a los burgueses menos privilegiados, impidiendo así una crítica más radical al capitalismo colonial. Enconadas rivalidades entre mulatos y sectores africanos de la élite colonial también disminuyeron la influencia del Gremio Africano y contribuyeron a precipitar su decadencia [109].

En los primeros años treinta estas animosidades se habían agravado, ofreciendo al régimen colonial una oportunidad para quebrar los últimos vestigios de unidad africana. Apelando al descontento de los miembros africanos del Gremio, agentes de la colonia convencieron a varios de ellos para separarse y organizar el Instituto Negrophilio en 1932. Como incentivo adicional, la administración colonial suministró las oficinas para la sede, muebles, libros y un fondo económico generoso, mientras un prominente hombre de negocios portugués, Paolo Gil dos Santos, ofreció a varios de los directivos de la nueva organización un empleo como reclutadores de mano de obra. Cuatro años más tarde, el régimen de Salazar im-

[107] Citado en J. Penvenne, 1979, p. 10.
[108] *O Bredo Africano*, 27 de febrero de 1931. La traducción inglesa ha sido extraída de J. Duffy, 1959, p. 305.
[109] Entrevista con Luis Bernardo Honwana, 3 y 4 de octubre de 1981; R. Hamilton, 1975, pp. 164-67.

puso leyes de censura extremadamente severas, las cuales, efectivamente, silenciaron *O Brado Africano*.

Durante este período un pequeño número de intelectuales mozambiqueños que vivían en Portugal ayudaron a formar organizaciones que estuvieron en conexión con los movimientos pan-africanistas más amplios. Las más importantes de estas organizaciones fueron la Liga Africana y el Partido Nacional Africano. La Liga Africana mantuvo estrechos lazos con el Congreso Pan-Africano del doctor W. E. B. du Bois, mientras que el último expresó mayor simpatía por el garveyismo. Sin embargo, ninguna de las dos organizaciones contó con un número sustancial de miembros o seguidores, con lo cual sus acciones fueron de carácter simbólico mayormente [110].

CONCLUSION

Resumiendo, los africanos del Africa central y del sur se enfrentaron al colonialismo e hicieron una aportación sustancial al movimiento de liberación producido en el continente africano después de 1935. Las más avanzadas formas de protesta anticolonial en este período se dieron en Sudáfrica, donde el desarrollo industrial y el simultáneo proceso de urbanización, incorporó a los africanos a la economía capitalista antes que en otros países de Africa. Las organizaciones nacionalistas y políticas creadas en la Unión de Sudáfrica sirvieron de modelos en muchos países del Africa central, del sur y del este.

[110] E. A. Friedland, 1979, pp. 119-21.

Capítulo 28

ETIOPIA Y LIBERIA, 1914-1935: DOS ESTADOS AFRICANOS INDEPENDIENTES EN LA ERA COLONIAL

M. B. AKPAN

(basado en contribuciones de A. B. Jones y R. Pankhurst)

El gobierno de su majestad se unirá al de los Estados Unidos en la presentación al gobierno de Liberia, en los términos más expeditivos, de las argumentaciones que puedan inducir a este último a elevar ante la próxima reunión del Consejo de la Liga de las Naciones una petición para la designación de un comité directivo (para Liberia)... El gobierno de su majestad ejercerá también las máximas presiones sobre el gobierno de Liberia para persuadirlo acerca de la solicitud de un préstamo bajo los auspicios de la Liga [1]. (Ministerio de Asuntos Exteriores, Londres, al embajador británico en Washington, DC; enero de 1931.)

Yo no quiero acuerdos, a menos que ellos me concedan todas las cosas, incluida la cabeza del emperador (Halle Selassie)... Incluso si me son concedidas todas las cosas, prefiero vengar a Adowa. Estoy preparado [2]. (Benito Mussolini, jefe fascista italiano, agosto de 1935.)

En la superficie, parece que los asuntos en disputa entre Etiopía e Italia sólo pueden tener un interés teórico para Liberia. Pero una consideración más profunda de las implicaciones inherentes a los hechos que constituyen la disputa, convencerían a la mente más irreflexiva de que la situación es de la más alta significancia para un Estado en las circunstancias de Liberia. Si la Liga de las Naciones no estuviera en condiciones de afianzar su influencia en el mantenimiento de la decencia internacional, el decoro y la seguridad, entonces los Estados más pequeños del mundo se convertirían, y de hecho ésta ha sido siempre su suerte, en presas de los aventureros imperialistas [3]. (Edwin J. Barclay, presidente de Liberia, diciembre de 1935.)

Estas citas expresan la fuerza desplegada por el imperialismo europeo contra Liberia y Etiopía durante muchos de los años de entreguerras, y la ligazón que continuaba uniendo los destinos de liberianos y etíopes como africanos y como

[1] R. E. Anderson, 1952, pp. 110-11.
[2] E. M. Robertson, 1977, pp. 160-62.
[3] E. J. Barclay, 1935 (b), p. 15.

víctimas de la agresión europea. Este capítulo analiza, en términos comparativos, esta agresión, las respuestas de Liberia y Etiopía a la misma, y los sucesos políticos, económicos y sociales más importantes acaecidos en ambos países durante el período de 1915-1935.

LIBERIA Y ETIOPIA: EVOLUCION SOCIO-CULTURAL, 1915-1935

Durante este período, Liberia y Etiopía tuvieron que hacer frente a graves problemas de integración y supervivencia, en parte como resultado de su vasta expansión durante el siglo anterior y la disparidad en aumento de sus gentes y culturas. ¿Qué cambios sociales y culturales de envergadura ocurrieron en ambos países durante este período?

La población de Liberia, los américo-liberianos, permanecieron como grupo dominante política y económicamente. Desde la última parte del siglo XIX su número había disminuido debido a un índice de mortandad superior al índice de natalidad, y al cese virtual de inmigración de negros desde América. La situación condujo a un incremento de matrimonios y relaciones interraciales, principalmente entre hombres américo-liberianos y mujeres africanas indígenas (muchas de las cuales habían sido educadas en las escuelas liberianas), y a un correspondiente aumento de liberianos emparentados con el entronque américo-liberianos/indígenas africanos. Invariablemente, tales jóvenes liberianos e indígenas africanos, bajo el patronazgo de las familias américo-liberianas o incluso adoptadas por éstas, llegarían a ser asimilados por el medio socio-cultural américo-liberiano[4].

La disminución de la población américo-liberiana probablemente también intensificó la práctica de los matrimonios dentro del mismo grupo social y por consiguiente la expansión del sistema familiar que se había desarrollado entre ellos desde finales del siglo XIX. De este modo, a lo largo de nuestro período, familias establecidas como los Shermans; los Barclays, Colemans, Coopers, Dennises, Grimeses y Morrises; los Greens, Grisbys, Rosses, Witherspoons y Worrells; los Brewers, Dossens, Gibsons y Tubmans, mencionados en el capítulo 8 de este volumen, continuaron proveyendo la mayoría de los dirigentes políticos y económicos de Liberia[5]. En realidad, hacia los años veinte se convirtió en práctica común para estas familias el repartirse, a través de algún acuerdo mutuo, los escaños legislativos, puestos ministeriales y otros empleos públicos y mecenazgos muchos meses antes de que se celebrasen las elecciones formales para la legislatura[6].

En cuanto a los liberianos indígenas, la expansión gradual de escuelas y el trabajo de las misiones cristianas en toda Liberia incrementó de alguna manera el número de alfabetizados, así como la modernización y asimilación de algunos de los aspectos de la cultura américo-liberiana. Los liberianos indígenas así asimilados fueron considerados «civilizados» (o «semicivilizados») por los américo-

[4] C. L. Simpson, 1963, pp. 84, 88; H. A. Jones, 1962, p. 153.

[5] Archivo Nacional de los Estados Unidos (USNA), Documentos del Departamento de Estado relacionados con los asuntos internos de Liberia (RDSL), 1909-29, 4/88, US State Department Memorandum, 16 de junio de 1924.

[6] RDSL, 1909-29, 4, Clarke al Secretario norteamericano, Monrovia.



• *Didwo Twe, senador kru, Liberia, uno de los pocos indígenas liberianos que alcanzó un cargo público de cierta relevancia.*

liberianos, quienes le concedieron a un número de ellos, comparativamente pequeño, derechos civiles y políticos sobre bases de igualdad. Unos pocos de estos favorecidos tuvieron la oportunidad de acceder a posiciones públicas o políticas prominentes, como el Dr. Benjamín W. Payne, un hombre bassa instruido en medicina en los Estados Unidos, quien desempeñó un puesto en el gobierno como Secretario de Instrucción Pública durante gran parte de los años diez y veinte; Henry Too Wesley, un grebo, quien fue vicepresidente de Liberia en los primeros años veinte; Didwo Twe, un senador kru; y Momolu Massaquoi, un miembro de los vais, quien desempeñó en varias ocasiones, durante los años veinte, los cargos de Secretario del Interior y cónsul de Liberia en Alemania [7].

No obstante, incluso los africanos educados y favorecidos —para no mencionar la masa oprimida y todavía sin emancipar de indígenas liberianos— estaban más o menos insatisfechos con el «dominio américo-liberiano» —como acertadamente ellos denominaban al gobierno liberiano. Por lo general los indígenas liberianos educados acariciaban la esperanza de reformar el sistema político-social de Liberia para asegurar un mejor trato legal a favor de los indígenas. Sólo raramente, como ocurrió en 1930 durante la crisis motivada por el escándalo del trabajo impuesto en Liberia, algunos de los indígenas liberianos educados más influyentes buscaron activamente el derrocamiento de los américo-liberianos y su suplantación en el gobierno [8].

La culturización no siguió, sin embargo, un camino unidireccional. A lo largo de los años, los américo-liberianos adoptaron muchas facetas de la cultura indígena que antes habían aborrecido o desacreditado como supersticiosas o bárbaras, tales como la creencia en la eficacia de la magia, la brujería y la «medicina nativa»; la iniciación en el *poro;* y la práctica de empeñar personas para hacer frente a una deuda u obligación económica [9]. Pero esta africanización fue demasiado limitada para enturbiar las principales distinciones sociales, económicas y políticas entre los américo-liberianos considerados como un grupo y los indígenas liberianos, al menos en lo que concierne al período 1915-35.

Como en el caso de Liberia, la mayor consecuencia de la vasta expansión de Etiopía bajo Menelik fue la exacerbación de la diversidad étnica de la población etíope. Destacando entre los pueblos que se incorporaron a Etiopía en 1914 debido a esta expansión se hallaban los oromos, un pueblo tan numeroso como el de los amharo-tigreanos. Las tribus oromos estaban esparcidas por casi la mitad del territorio de Etiopía. Los gurages, sidamas y beni shanguls eran también tribus importantes [10].

Los amharo-tigreanos retuvieron el dominio militar, económico y político sobre el resto de Etiopía a lo largo de nuestro período, una posición comparable

[7] R. L. Buell, 1947, p. 751.

[8] Ver nota siguiente.

[9] Archivo Nacional de Liberia (LNA), Fichero sobre la región de Bassa Mayor (sin catalogar), Smith a King, bajo Buchanan, 14 de noviembre de 1924.

Ibid., Russell a King, bajo Buchanan, 5 de mayo de 1928.

Ibid., Harris (para bancos) a King, Hardlandville del Norte, 6 de agosto de 1928.

[10] E. Ullendorf, 1960, pp. 30-44; R. Greenfield, 1965, pp. 98-108; G. W. B. Huntingford 1969, pp. 35-7.

a la de la oligarquía américo-liberiana en Liberia. Sin embargo, y a diferencia de la oligarquía américo-liberiana, los amharo-tigreanos representaban aproximadamente entre el 33 y el 40 por 100 de la población etíope [11]. Aunque constituían un grupo privilegiado, el verdadero poder político y económico y el *status* más alto era detentado por algunas familias nobles etíopes, cuyos miembros acaparaban los cargos públicos más importantes o los títulos, como los de (por orden de importancia) *negus, betwoded, rais, dajazmach* y *fitawrari*. Fue principalmente a través de estos nobles (y los ejércitos que mandaban) como Menelik logró la expansión de Etiopía por medio de conquistas. A continuación ocupó los territorios ganados con «asentamientos militares», tal y como hicieron los europeos colonialistas en otras partes de Africa [12]. De aquí que muchos de estos nobles y sus descendientes, así como los descendientes de los soldados de los asentamientos militares, funcionarios del gobierno «e incluso la clerecía cristiana, adoptaran, no infrecuentemente, el peor tipo posible de relación colonial» o actitud racial hacia otros etíopes «de grupos étnicos ligeramente diferentes» [13]. Ellos se sentían orgullosos, por ejemplo, de ser los constructores del imperio —«los hombres que pusieron su conocimiento al servicio del país y del emperador y que habían situado a Etiopía en el camino de la prosperidad» [14].

El mismo «enfoque colonial» manifestaron los américo-liberianos al considerarse a sí mismos como los constructores de la nación de Liberia. Tal como lo expresó el presidente William V. S. Tubman en mayo de 1951, los africanos repatriados a Liberia, disciplinados en la fatiga y el azote de la esclavitud en el Nuevo Mundo:

> Trajeron aquí la civilización, educación y religión que serían impartidas a los nativos, con la esperanza de que los dos elementos constituyeran una gran nación, unida y solidificada... De ellos, débiles como eran, ha brotado y crecido cuanto aquí existe, incluyendo los edificios públicos, los colegios, las escuelas, las iglesias y la economía en expansión, la industria, las embajadas, legaciones, consulados, carreteras, puentes, etcétera [15].

La imagen que ellos tenían de sí mismos como constructores de la nación o del imperio, encerraba el mismo significado que la propagada idea de la Europa colonialista en cuanto a «la aportación del hombre blanco», que venía a formular, erróneamente, que cualquier avance en el desarrollo económico, tecnológico, político o cultural de Africa —o en «civilización» en su sentido más amplio— había sido introducido por la colonización europea del continente [16].

El importante desarrollo social y cultural en la primera mitad del siglo veinte había incrementado la «amharización» de las tribus que no pertenecían a este grupo étnico (de los oromos, sidamas, gurages y demás), y ello a pesar de la resistencia musulmana, la tradicional y otras influencias. Este incremento de la «amhariza-

[11] E. Ullendorf, 1960, p. 31; G. W. B. Huntingford, 1969, p. 23.
[12] R. Greenfield, 1965, pp. 48-49, 119, 136, 460-62.
[13] *Ibid.*, pp. 105-6.
[14] Citado en *ibid.*, p. 107.
[15] W. V. S. Tubman, mayo 1951, en E. R. Townsend (ed.), 1959, pp. 98-99.
[16] L. H. Gann y P. Duignan, 1967, capítulos 15 y 22.

ción» debía mucho a la cristianización forzada que siguió a las conquistas de Menelik y a la imposición de la administración imperial, a la educación cristiana en escuelas etíopes y al prestigio del amhárico como idioma nacional etíope, así como las actividades de comerciantes y sacerdotes coptos de las regiones de Amhara y Tigré, y a la creciente urbanización, que había absorbido gran cantidad de mano de obra de otras partes del país y la había incorporado dentro de la órbita de la cultura amhárica [17]. Las manifestaciones de amharización durante el período que nos ocupa incluyeron, en mayor o menor grado, el uso de la lengua amhárica, la vestimenta y el calendario; cambios en las creencias religiosas; modificaciones en la estructura e instituciones políticas y en el sistema de reparto de la tierra [18]. Sin embargo, como en Liberia, el proceso de culturización no fue unidireccional. Algunos de los colonos amharo-tigreanos en los enclaves militares más aislados fueron eventualmente asimilados por la población local [19].

Además, la sociedad etíope se fragmentó en varias clases y grupos. Estos incluían esclavos; campesinos [20]; la naciente élite intelectual y la burguesía comercial que apoyaron al regente, Tafari Makonnen (más tarde el emperador Haile Sellassie), y favorecieron las reformas y un gobierno central fuerte [21]; y un grupo conservador en el que estaban integrados la mayoría de los nobles y la alta clerecía de la Iglesia Copta de Etiopía. Este grupo, que respaldó a la emperatriz Zawditu y favoreció la autonomía regional, constituyó el baluarte del sistema sociocultural etíope [22].

De este modo, tanto en Liberia como en Etiopía, el pluralismo cultural y étnico y la desigualdad social constituyeron serias amenazas para la estabilidad y la armonía social, o bien dieron lugar a graves conflictos en el período que nos ocupa; algunos de estos conflictos serán examinados en el presente capítulo.

EVOLUCION POLITICA

LIBERIA

Durante este período, las tensiones y conflictos afectaron al sistema y a los procesos políticos de Etiopía y Liberia en tres esferas principales, que podríamos denominar: el centro, la periferia y la zona intermedia entre el centro y la periferia.

En lo que respecta al «centro» de Liberia, a través de los años diez, el Partido Whig Auténtico mantuvo las riendas del poder con un mínimo acoso por parte del partido en la oposición. Esta situación cambió de algún modo en la siguiente década, cuando el Partido del Pueblo, fundado en 1922 bajo el liderazgo del ex-

[17] W. A. Shack, 1969, pp. 8, 48, 138-9.
[18] G. W. B. Huntingford, 1969, pp. 27-9, 55-8, 68; W. A. Shack, 1969, p. 202.
[19] W. A. Shack, 1969, p. 25.
[20] R. V. Vivo, 1978, pp. 38-9.
[21] R. V. Vivo, 1978, p. 37; R. Greenfield, 1965, p. 147.
[22] R. Greenfield, 1965, pp. 151-52; R. V. Vivo, 1978, pp. 36-8.

presidente Daniel B. Howard, desafió seriamente el dominio del Partido Whig Auténtico. Pero aún así, el Partido del Pueblo tenía pocas oportunidades de desbancar a su oponente por el medio constitucional de las urnas electorales, sobre todo si tenemos en cuenta la larga tradición de corrupción política de Liberia y la arrolladora influencia ejercida por el partido dominante.

En realidad, ya desde la última década del siglo anterior la oposición formal se había vuelto muy débil y esporádica, organizada principalmente en una base *ad hoc* y convirtiéndose en un partido solamente cuando eran convocadas las elecciones nacionales. Esta falta de continuidad se manifestó en la variedad de nombres que la oposición adoptó: el Partido de la Unión, durante las elecciones de mayo de 1897 y 1899; el Partido del Pueblo en mayo de 1901; el Partido Whig Auténtico de Unión Nacional en mayo de 1911; el Partido del Pueblo en mayo de 1921, 1927 y 1931; y el Partido Whig Auténtico Unido en mayo de 1935. Además, los partidos de la oposición competían por un número limitado de los escaños de la legislatura. En las elecciones de 1897, 1903 y 1905, la oposición no presentó candidatos a la presidencia o vicepresidencia, excepto para las correspondientes a la Cámara de Diputados y del Senado. En las elecciones de 1907 y 1909, el Partido Whig Auténtico fue el único que concurrió a las urnas. Por último, mientras que gran parte de los candidatos del Partido Whig ganaban por amplias mayorías, solo unos pocos de los candidatos de la oposición conseguían representación [23].

Exceptuando los años veinte y los primeros años treinta, a lo largo de los cuales el Partido del Pueblo le disputó la hegemonía al Partido Whig Auténtico, podemos afirmar que Liberia ha evolucionado durante el siglo XX con, virtualmente, un solo partido —uno de los primeros países africanos en hacerlo así.

Varios factores contribuyeron a esta situación. El declive, desde la última parte del siglo XIX, de la agricultura y del comercio, actividades que habían constituido el medio de vida de gran número de liberianos, convirtió al Estado en el principal generador de empleo y en la fuente de los ingresos y el alto *status* social de muchos liberianos [24]. De este modo y de una manera creciente, era importante que tanto los que ostentaban cargos políticos como los que aspiraban a ellos apoyaran al gobierno en el poder, lo que equivalía a apoyar al partido Whig Auténtico. Segundo, durante el período de 1915 a 1935, quizá incluso más que antes, la corrupción y las prácticas ilegales fueron moneda corriente en el sistema político y en la evolución política de Liberia. La aguda competición entre el Partido del Pueblo y el Partido Whig a lo largo de los años veinte y primeros treinta no hizo sino provocar una exacerbación de estas prácticas en los procesos electorales, principalmente por parte del partido gobernante, el Partido Whig Auténtico. En las elecciones de mayo de 1927, por ejemplo, el presidente King proclamó haber ob-

[23] USNA, DUSM 14/88, Lyon a Hay; Monrovia, 13 de enero de 1905; *ibid.*, Lyon a Adee, Monrovia, 8 de mayo de 1905; USNA, DUSM (NF) 405/112, Lyon al Secretario de Estado, Monrovia, 20 de mayo de 1907; T. J. R. Faulkner, 1927; «Janus», «La derrota del ex-presidente C. D. B. King en las elecciones nacionales de mayo de 1935 y por qué», en LNA, material inclasificado.

[24] Sociedad Americana de Colonización Ms. (ACS), *Liberian Letters*, 28, Stevens a Wilson, Monrovia, 1 de mayo de 1901.

tenido 235.000 sufragios, y su oponente, T. J. R. Faulkner, del Partido del Pueblo, 9.000 sufragios, cuando en realidad no había más de 10.000 personas con derecho a voto en toda Liberia aquel año [25].

Tercero, al igual que en el siglo XIX, el partido en el gobierno y el de la oposición debían sus divisiones internas principalmente a enfrentamientos entre personalidades o a desacuerdos en el reparto del excedente social, y no a diferencias ideológicas o de línea política. La formación del Partido del Pueblo en 1911 tuvo su origen precisamente en un grupo escindido del Partido Whig a consecuencia de la derrota del vicepresidente de Liberia, Jerome J. Dossen de Maryland, como candidato a la presidencia del Partido Whig frente a Daniel B. Howard, entonces presidente nacional del mismo. Similarmente, en 1927, muchos miembros del Partido Whig Auténtico se unieron al Partido del Pueblo no porque se sintieran atraídos por el programa del partido, sino porque se oponían a la nominación del presidente King para un «tercer mandato» [26]. En ausencia de diferencias ideológicas o políticas significativas, la política se convirtió ante todo en un asunto de colaboración o competición entre las familias dominantes, mayormente américo-liberianas, de los partidos del gobierno o de la oposición, por el control del excedente social.

Finalmente, es muy probable que si la clase política de Liberia hubiera ampliado sus bases para dar cabida a los indígenas liberianos, las cosas hubieran sido diferentes. Pero si obviamos la presencia de Too Wesley, Twe y unos pocos más en la vida pública liberiana, podemos afirmar que tal evolución política nunca tuvo lugar. El sistema político de Liberia permaneció por tanto básicamente conservador, sirviendo en primer lugar y ante todo los intereses de la élite américo-liberiana y perpetuando su ascendencia política.

ETIOPIA

La situación política en Etiopía durante nuestro período discrepó con la de Liberia en ciertos aspectos importantes, notablemente en la naturaleza y amplitud del poder político y de los privilegios. Sin embargo, considerando las características fundamentales de la estructura de su sistema político, el grado de transformación de este sistema, la estratificación de las clases sociales y de los intereses y la intervención imperialista extranjera, no hay duda de que Etiopía todavía tuvo mucho en común con Liberia.

Los últimos años de Menelik fueron un tiempo difícil para Etiopía. Durante su dilatada enfermedad, y más concretamente a mediados de 1908, el emperador designó a su nieto, Lij Iyasu —un niño de doce años— como su sucesor [27]. Al final de ese mismo año, al sufrir el emperador un ataque de parálisis y perder la voz, éste nombró a su anterior general, Ras Tasamma, como regente. Tasam-

[25] T. J. R. Faulkner, 1927.

[26] Anón., *Diario confidencial sobre los sucesos liberianos* 1926-9 (Guardado en la residencia oficial del jefe de gobierno) (MS).

[27] R. Pankhurst, 1976.

ma murió en 1911 y entonces al Consejo de Estado etíope declaró a Iyasu mayor de edad y capacitado para el gobierno con la guía del Consejo. Hasta la muerte de Menelik en diciembre de 1913, el vacío de poder creado por su enfermedad exacerbó las intrigas políticas entre las facciones de la nobleza etíope y alentó a los poderes coloniales a intervenir en los asuntos del país [28].

Lij Iyasu, hijo de Ras Mikael, el gobernador de Wallo, era impetuoso por naturaleza. Además de poseer muy pocas de las cualidades de hombre de Estado de su abuelo, carecía de una base de influencia fuera de Wallo, y los viejos cortesanos de Menelik, predominantemente de la tribu shona, no le guardaban mucha simpatía. Gradualmente, la oposición cristalizó casi como una consecuencia directa de la política interna del nuevo emperador, en especial por su amistad con la población musulmana y por su política exterior, que se caracterizó por su apoyo a Alemania, el imperio Austro-Húngaro y Turquía en el breve período de tiempo que precedió a la declaración de la Primera Guerra Mundial en 1914. No es sorprendente por tanto que los nobles, los dignatarios eclesiásticos y posiblemente las delegaciones de los aliados en Addis Abeba, se confabularan para deponerlo en 1916 y mantenerlo prisionero desde 1921 hasta su muerte en 1935 [29]. La hija de Menelik, Zawditu, fue acto seguido proclamada emperatriz, y Tafari, hijo del primo del emperador cesado, el rais Makonnen, regente y heredero al trono. La coronación de la emperatriz Zawditu el 11 de febrero de 1917 dio lugar a un régimen de autoridad dual en el que el poder fue compartido entre la emperatriz y el regente, cada uno con su propio palacio, un grupo distinto de partidarios y a menudo políticas enfrentadas.

El advenimiento de Tafari como regente fue un suceso de importancia en el sentido de que fue un líder resuelto y deseoso de completar la política de modernización de Menelik, así como de perseverar en los últimos esfuerzos del emperador por mantener la independencia de Etiopía. La tendencia de Tafari Makonnen hacia un estilo de administración fuertemente personal, le permitió extender gradualmente su poder sobre ciertas personalidades y áreas cruciales del sector público, a saber: su lugarteniente en la corte, las provincias, el ejército, la iglesia y la emperatriz Zawditu. El 7 de octubre de 1928 Tafari fue coronado Negus y asumió el control completo del gobierno. Su coronación hizo crecer el resentimiento y la oposición en Zawditu y sus partidarios. En marzo de 1930, el esposo de Zawditu, el rais Gugsa Wolie, se rebeló, pero fue derrotado con la ayuda de la pequeña fuerza aérea del regente. Al día siguiente, Zawditu murió, y Tafari asumió el título imperial con el nombre de emperador Haile Selassie I. Su coronación se efectuó el 2 de noviembre de 1930 [30].

Habiendo asegurado su posición política, Haile Selassie continuó su programa de modernización del sistema político etíope mediante la promulgación de una constitución escrita en 1931, y el incremento de la autoridad del gobierno central a expensas de los privilegios de la vieja nobleza [31]. La constitución establecía un

[28] R. Greenfield, 1965, pp. 131-32.
[29] *Ibid.*, pp. 136-46.
[30] E. Waugh, 1931; L. Mosley, 1964, pp. 151-63. Para una lista cronológica de algunos de los principales sucesos del reino, ver S. P. Petrides, 1964, pp. 157-59.
[31] R. Greenfield, 1965, p. 168.



• *Haile Sellassie I, emperador de Etiopía, 1930-74.*

Parlamento bicameral con un Senado nominado y una Cámara de Diputados igualmente nominada «hasta que el pueblo esté en condiciones de elegir».

Puesto que Haile Selassie consideró la Constitución de 1931 como un hito en la historia política de Etiopía, nosotros podemos preguntarnos en qué medida esta constitución transformó el sistema político en Etiopía y, más importante aún, cuáles fueron los cambios políticos concretos durante la época que nos ocupa. Pero como en el caso de Liberia, aunque hubo algunos cambios, estos no fueron ni fundamentales ni estructurales. Los cambios políticos se reflejaron en el reforzamiento gradual del poder del regente (y luego del emperador) a expensas de la vieja nobleza y de la iglesia —esto es, un incremento de la centralización del Estado; una aplicación, progresivamente en aumento, de criterios personales para el nombramiento de cargos públicos, juntamente con la eliminación de la nobleza etíope más conservadora; el reconocimiento explícito por parte de algunos dirigentes, Haile Selassie incluido, de la necesidad de modernizar Etiopía; y la promulgación formal de una Constitución.

En cuanto a la evolución política que afectaba a la normativa fundamental, institucional y a otros cambios estructurales en la política general de Etiopía, apenas si hubo tal evolución. Por el contrario —y a pesar de la política de centralización intensiva— el separatismo social, el regionalismo cultural y el chauvinismo étnico entre los oromos, los sidamas, los tigreanos y los gurages, permanecieron como las características dominantes del imperio etíope y fueron serios obstáculos para la integración nacional [32].

Segundo, la Constitución de 1931 estuvo muy lejos de constituir una innovación radical y su impacto inmediato sobre la política general etíope apenas se dejó sentir. La Constitución concedía a Haile Selassie poderes absolutos y respetaba en gran medida la posición privilegiada de la nobleza. Haile Selassie nombraba a los miembros del Senado eligiéndolos de entre la clase de la nobleza, mientras que los nobles y los «shums locales» (jefes) designaban, en contrapartida, a los diputados de la Cámara [33]. Por tanto, el Parlamento, sin poder para emprender medidas legislativas o para hacer política, en el sentido más amplio, y convocado y/o disuelto según el capricho del emperador, se limitaba meramente a estampar los asuntos que el emperador le presentaba de una manera formularia [34]. En la época de la invasión italiana, el Parlamento estaba ya casi difunto [35]. Similarmente, los ministros apenas contaban con un margen para la iniciativa propia o para la independencia de acción. Ellos no solían pertenecer al Parlamento y sólo eran directamente responsables ante Haile Selassie [36].

En todo esto Etiopía difirió marcadamente de Liberia. Porque, aunque la constitución liberiana concedía al presidente de Liberia amplios poderes constitucionales, estos no llegaron a ser, ni mucho menos, absolutos. El Parlamento liberiano fue políticamente activo, mientras que el etíope fue dócil y complaciente. El

[32] E. M. Robertson, 1977, pp. 31-33.
[33] *Ibid.*, p. 169.
[34] Citado en *ibid.*, de J. E. Baum, 1928.
[35] *Ibid.*
[36] *Ibid.*

contraste más notable reside quizás en la ausencia de partidos políticos en Etiopía, circunstancia que podemos atribuir a factores como la posición históricamente dominante del emperador en los asuntos etíopes, y la falta de desarrollo económico y de una élite occidentalizada que pudiera modificar de manera significativa el conservadurismo etíope [37].

Por tanto, durante nuestro período, Liberia y Etiopía compartieron más semejanzas que diferencias en cuanto a los determinantes políticos de aspectos tales como su conservadurismo; normas sociales discriminatorias y conscriptivas; falta de integración nacional, desarrollo económico o compromiso firme con cambios sociales radicales; y más importante, su tenue política de independencia ante la animosidad y la codicia de las potencias imperialistas europeas.

CAMBIOS SOCIALES Y ECONOMICOS EN LIBERIA Y ETIOPIA, 1915-35

LIBERIA

En muchos aspectos, los años de 1915 a 1935 constituyeron un período difícil económicamente para el gobierno liberiano y la mayoría de los liberianos. La crisis de los dos sectores clave de la economía de este país, la agricultura y el comercio, crisis que hunde sus raíces en los últimos años del siglo XIX, recortó drásticamente las rentas públicas del gobierno (derivadas mayormente de los derechos aduaneros) y privó a muchos liberianos de su principal medio de vida.

En parte para liquidar el montante de las deudas de Liberia, incluyendo el préstamo inglés de 1870, y en parte para llevar a cabo el desarrollo interior del país, el gobierno liberiano solicitó un crédito de 500.000 dólares en 1906, a un interés del 6 por 100, a varios financieros ingleses. Pero este segundo criterio apenas supuso ningún alivio y fue cancelado en 1912, cuando un nuevo empréstito de 1.700.000 dólares fue solicitado a ciertos bancos europeos a un interés del 5 por 100. Los ingresos de Liberia estaban entonces divididos en «rentas asignadas», constituidas principalmente por los derechos aduaneros y enteramente destinadas a amortizar el préstamo de 1912 y a pagar los intereses del mismo; y las «rentas internas», formadas por varias tasas internas, multas y tributos decretados por el gobierno liberiano (incluido el impuesto sobre la vivienda a los indígenas liberianos), que el gobierno dedicaba a financiar sus servicios esenciales, incluyendo el pago de los salarios a los empleados del gobierno. La recaudación y administración de las «rentas asignadas» estaba confiada a una «cobraduría internacional», formada por un americano como «cobrador general de aduanas», asistido por un francés, un alemán y un cobrador británico.

Los recursos para las «rentas asignadas» comenzaron a disminuir después de la declaración de la primera guerra mundial, principalmente como resultado de la contracción del comercio que siguió a la retirada de los alemanes del país, quie-

[37] R. L. Hess y G. Loewenberg en P. J. M. McEwan (ed.), 1968, pp. 199-201.

nes controlaban alrededor de las tres cuartas partes del comercio liberiano [38]. Además, como los precios del café, el producto principal exportado por Liberia, y otros productos liberianos como el cacao, el marfil, el aceite y la semilla de palma, y la «piassava» cayeron drásticamente en el mercado mundial [39], los plantadores recortaron la producción de una manera sustancial, con lo cual las exportaciones de Liberia y, correspondientemente, los ingresos aduaneros, sufrieron mayores reducciones todavía. De este modo, desde 1916, los intereses anuales y el fondo de amortización de la deuda de 1912 no pudieron ser cubiertos regular o enteramente [40]. Los atrasos de los pagos se acumularon por tanto, elevándose la cifra a 178.657 dólares el 30 de septiembre de 1918. Al mismo tiempo, las «rentas internas» apenas llegaron a cubrir —principalmente debido a las prácticas corruptas de los funcionarios liberianos— los servicios esenciales del gobierno liberiano, como los salarios de los empleados públicos, que ya habían sido severamente recortados.

Así, amenazado por la bancarrota, el gobierno liberiano pidió constante y extensamente préstamos al Banco de Africa Occidental Británica durante 1917-18 [41]. Luego, desde el final de 1918 hasta 1921, intentó, en vano, que el gobierno de los Estados Unidos accediera a concederle un préstamo de 5 millones de dólares [42]. Este fracaso forzó al gobierno liberiano a introducir varias medidas destinadas a estimular el comercio y aumentar así las rentas públicas. Estas medidas incluyeron una revisión al alza de los aranceles, la reapertura del territorio interior de Liberia a los comerciantes extranjeros (cerrado a estos desde la primera guerra mundial) y la imposición de derechos arancelarios en puertos y muelles [43]. Simultáneamente, el gobierno liberiano acogió de manera favorable los planes de la Asociación Mundial para el Progreso Negro, un movimiento nacionalista de los negros radicado en América y dirigido por el jamaicano Marcus Garvey, para atraer capital e inmigrantes negros a Liberia que ayudaran a incrementar los recursos del país. Pero tales planes nunca se materializaron [44].

Por fortuna para Liberia, el comportamiento de la economía del país mejoró gradualmente a partir de 1923. Mediante la renta de las propiedades confiscadas a los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, el gobierno liberiano ingresó 154.000 dólares [45]. Además, las medidas fiscales introducidas en 1922, particularmente los nuevos aranceles, estaban empezando a rendir los primeros beneficios [46]. Al comenzar a reanimarse el comercio de Liberia con el exterior, especialmente después de que los alemanes se reincorporaran al mismo en 1922, y quedar

[38] A. Sharpe, 1920, p. 302; USNA, RDSL 1909-29, 4, Young al Departamento de Guerra de los Estados Unidos, Monrovia, 7 de octubre de 1915.

[39] USNA, RDSL 1909-29, Bundy, «Quarterly Diplomatic Report», Monrovia, 2 de agosto de 1919; *ibid.*, 4, C. Young, «Memo del mayor Charles Young sobre la situación en Liberia», Monrovia, 7 de octubre de 1915.

[40] D. E. Howard, 1916; USNA, RDSL 1909-29, 4, «Memo del mayor Charles Young...», *op. cit.* en nota 39.

[41] R. C. Bannermann, 1920; R. L. Buell, 1947, p. 26.

[42] R. C. Bannermann, 1920; F. Star, 1925, p. 113; C. D. B. King, 1924, pp. 2-3.

[43] R. L. Buell, 1928, vol. II, pp. 769-70; USNA, RDSL 1909-29, 8.882/032/43, Bur al ministro americano residente, Monrovia, 1 de febrero de 1923.

[44] B. Akpan, 1973 (a).

[45] R. L. Buell, 1928, vol. II, p. 767.

[46] C. D. B. King, 1924, p. 9.

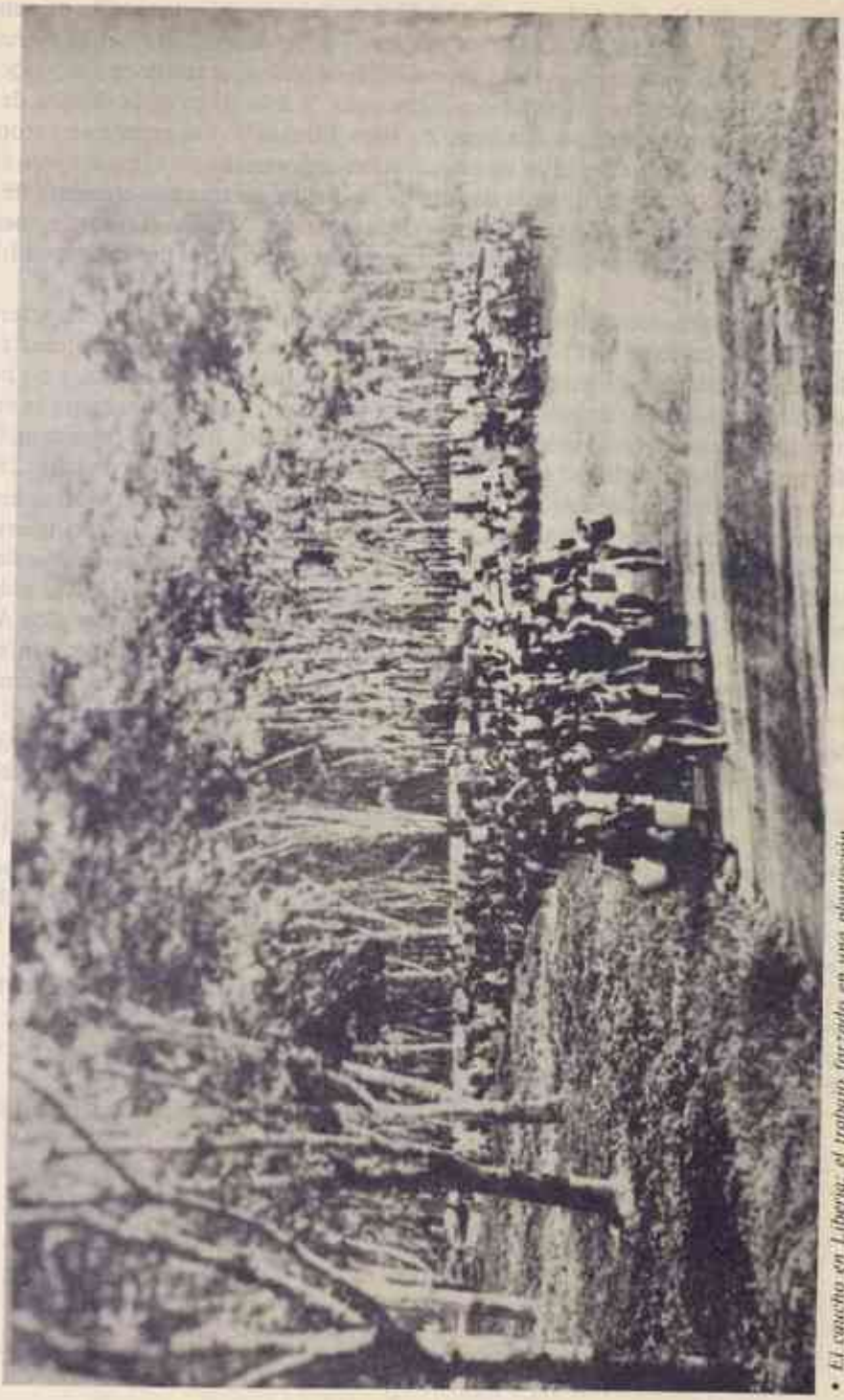
libres las vías hacia el interior del país para los comerciantes extranjeros, las exportaciones aumentaron, y la balanza de pagos comenzó a favorecer a Liberia. Durante los nueve primeros meses de 1923, por ejemplo, el valor de las exportaciones excedió al correspondiente al mismo período de 1922 en 169.000 dólares [47].

Nuevas y más brillantes perspectivas aparecieron en el horizonte justo cuando las finanzas de Liberia comenzaban a recobrarse. En 1926 el americano Harvey S. Firestone consiguió del gobierno liberiano licencia para arrendar por noventa y nueve años hasta un millón de acres. El proyecto de Firestone incluía el cultivo y exportación de caucho. Casi al mismo tiempo el gobierno de Liberia obtuvo un préstamo de 5 millones de dólares de la Finance Corporation of America para desarrollar la infraestructura del país, incluyendo carreteras, hospitales y escuelas, así como para pagar deudas [48]. El préstamo, que recibió el apoyo de los Estados Unidos, incrementó enormemente la influencia de Firestone y de los Estados Unidos en Liberia.

En cuanto a la producción de caucho, la inversión de Firestone en dos grandes plantaciones tuvo un efecto modesto, aunque no insignificante, en la economía de Liberia a corto plazo, particularmente en lo referente al empleo. En primer lugar, Firestone se convirtió en el primer arrendatario de mano de obra en Liberia [49] (ver fig. 28.2). Sin embargo, la mayoría de los obreros liberianos eran obreros semiespecializados o sin ninguna especialización, con lo cual les cupo los trabajos de desbrozo y plantación principalmente, o bien se vieron obligados a desempeñar tareas como artesanos o mecánicos. En segundo lugar, Firestone construyó varios hospitales y escuelas para sus empleados liberianos y americanos, y distribuyó semilleros entre los nativos que querían plantar caucho [50]. No obstante, la producción de caucho de Firestone permaneció en décadas posteriores como un importante enclave de actividad económica. Esta tuvo muy pocos efectos o conexiones con la economía agraria liberiana, muy subdesarrollada, y particularmente con la producción de arroz, a la que se dedicaba el 80 por 100 de la población indígena. Solamente en 1935, cuando las exportaciones sustanciales de caucho dieron comienzo, se convirtió este producto en el primer artículo de exportación de Liberia (y continuó siéndolo hasta 1961, cuando el mineral de hierro superó al caucho) [51].

El año de 1935 fue significativo en otros dos aspectos. Las exploraciones confirmaron la existencia de mineral de hierro en Bomi Hill, si bien la excavación y la producción de este mineral no comenzó hasta más tarde —en 1951 [52]. 1953 marcó también el final de Gran Bretaña y Europa como los principales asociados comerciales de Liberia. Ambos fueron reemplazados por los Estados Unidos a partir de 1936— gracias al incremento de las exportaciones de caucho, cuyo principal destino fue América [53]. No obstante hemos de hacer constar que al mismo

[47] C. D. B. King, 1923, p. 7.
[48] A. G. Jones, sin fecha.
[49] C. D. B. King, 1928, p. 8.
[50] C. M. Wilson, 1971, pp. 137-38.
[51] Banco de Liberia para el Comercio y el Desarrollo, Ltd., 1968, pp. 76-7.
[52] R. W. Clower, G. Dalton, M. Harwitz y A. A. Walters, 1966, pp. 197-201.
[53] República de Liberia, 1941, pp. 36-40.



• *El caucho en Liberia: el trabajo forzado en una plantación.*

tiempo que los precios de los productos liberianos, el aceite y la semilla de palma, la «piassava», el café, el cacao y las nueces de cola, descendieron en el mercado mundial como consecuencia de la depresión económica, el volumen y el valor del comercio liberiano también sufrió un descenso. Y a lo largo de la década de los treinta la balanza de pagos fue negativa para Liberia [54]. Las empresas europeas habían dominado los negocios de importación-exportación de Liberia desde el final del siglo XIX. A partir de la década de los veinte un número creciente de comerciantes sirios y libaneses se unieron a los anteriores y hacia el final de nuestro período, en 1935, controlaban la mayor parte del comercio al por menor de Liberia [55].

En estas circunstancias económicas más o menos infecundas que caracterizaron nuestro período (1915-35), el gobierno liberiano padeció una continua falta de recursos después de hacer frente a los sucesivos plazos de su deuda, y no pudo abordar el desarrollo económico y social de la nación. Su programa para la construcción de carreteras, iniciado por el presidente Arthur Barclay, fue intensificado, pero a base de utilizar mano de obra forzada y no retribuida (ver fig. 28.1). Los obreros tenían además que aportar los azadones, los machetes y otras herramientas para faenar [56]. Durante la década de los veinte el gobierno liberiano —por primera vez en la historia de Liberia— abrió varias escuelas de enseñanza elemental en el remoto territorio interior del país [57]. A finales de 1930 el gobierno también puso los cimientos de la Institución Booker T. Washington de Agricultura e Industria, destinada a la formación de técnicos de nivel medio e inferior y de empresarios agrícolas [58]. En 1934 fundó un muy necesario Colegio para la Formación de Profesores en Monrovia [59]. Instituciones ya existentes como el Colegio de Liberia y el Colegio de Africa Occidental estaban realizando una labor muy positiva, de acuerdo con los informes de la época [60]. En agosto de 1927, el gobierno central de Monrovia estableció comunicación por radio con la costa de Liberia y con Estados Unidos mediante la instalación de estaciones de radio que en gran medida complementaron el ineficiente servicio de teléfonos con la costa [61]. En 1924 el gobierno construyó un hospital en Monrovia. En 1927 compró y erigió una planta de producción de electricidad que suministró luz y energía eléctrica a la ciudad [62].

Las comunidades de misioneros americanos —tal y como habían hecho desde la fundación de Liberia— contribuyeron estableciendo escuelas, hospitales e iglesias encabezadas por devotos como el médico y etnógrafo, Dr. George W. Harley, y Mrs. Harley, de la Misión Metodista en Ganta [63].

Sin embargo, cualquier expansión significativa de la educación se vio dificul-

[54] República de Liberia, 1940, pp. 8, 11.
[55] Z. B. H. Roberts, 1934, pp. 6-7.
[56] Liga de Naciones, 1930, pp. 147-70.
[57] C. D. B. King, 1922, pp. 23-4; 1924, pp. 5-6.
[58] C. M. Wilson, 1971, p. 154; F. Starr, 1925, pp. 128-9.
[59] E. J. Barclay, 1934, pp. 2-4.
[60] *Ibid.*
[61] C. D. B. King, 1927, pp. 33-6.
[62] A. D. B. Henries, 1963, pp. 90-1.
[63] C. M. Wilson, 1971, p. 154.

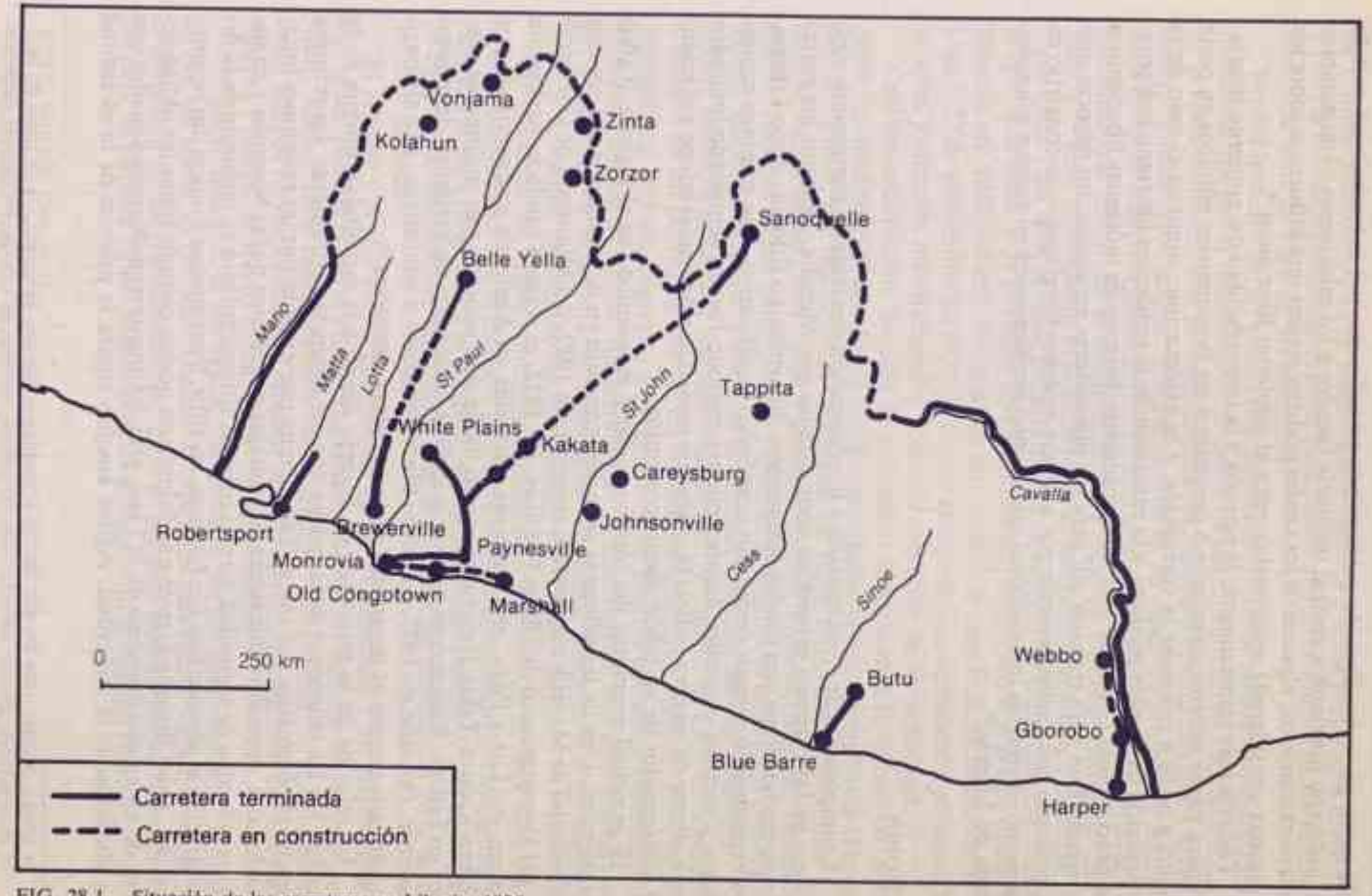


FIG. 28.1. Situación de las carreteras en Liberia, 1925

tada tanto por el inadecuado presupuesto estatal como por la tradicional cautela del gobierno liberiano a abrir el territorio interior a los misioneros, comerciantes y otros extranjeros, algunos de los cuales podrían ejercer una influencia sobre los indígenas considerada «subversiva para el gobierno liberiano»[64].

Todavía más injustamente, la penuria y la imposibilidad del gobierno liberiano para pagar salarios completos o parciales a los funcionarios públicos en parte alentó a estos a practicar la corrupción y la explotación, como en el caso de la sustracción de fondos públicos o la extorsión de la población liberiana indígena. La practica más conocida —el embarcamiento forzoso de indígenas liberianos a Fernando Poo para trabajar allí para los plantadores españoles, un negocio monopolizado casi exclusivamente por algunos américo-liberianos— se convirtió en un asunto de interés internacional que originó implicaciones en cuanto a la soberanía de Liberia[65].

ETIOPIA

La imposición de levas feudales y la explotación creciente de campesinos y esclavos en las extensas provincias conquistadas por Menelik, llenaron los cofres del gobierno etíope con fondos sustanciales. Sin embargo Etiopía, como Liberia, no experimentó ningún desarrollo económico significativo. Los cambios económicos y sociales ocurridos durante nuestro período fueron demasiado limitados para alterar de manera radical la economía esencialmente feudal etíope y el talante conservador de su tejido socio-económico.

El principal promotor del cambio social y económico fue el regente, Tafari Makonnen. Una de las primeras reformas consistió en la ampliación del sistema ministerial de Menelik mediante la creación, en 1927, del Ministerio de Comercio y del Departamento de Obras Públicas. En 1923, el regente fundó la Berhanena Salam, o «Luz y Paz», una imprenta adquirida en Alemania y supervisada por Gabra Krestos Takla Haymanot, quien había sido educado por misioneros suecos en Eritrea. Esta prensa de imprimir dio a la estampa un periódico del mismo nombre, fundado en 1925, así como libros religiosos y educativos, y contribuyó significativamente al desarrollo de la literatura amhárica[66].

La reforma de la esclavitud en Etiopía afectó a la estabilidad interna de la nación y a las relaciones de la misma con las potencias extranjeras. La reforma resultó problemática por tanto. Tafari, muy preocupado por las relaciones internacionales, apreció rápidamente las ventajas que la Liga de las Naciones y su sistema colectivo de seguridad parecía ofrecer. Etiopía solicitó su inclusión en la organización el año que ésta fue fundada, en 1919. Pero aunque Francia dio su aprobación, Gran Bretaña arguyó que Etiopía no podría cumplir todas las obligaciones de un estado-miembro de la Liga, principalmente aquellas relacionadas con la abolición de la esclavitud. Agrios ataques contra la práctica de la esclavitud

[64] USNA, RDSL, 1909-29, 882/00/705, Critchlow a Garvey, Monrovia, 24 de junio de 1921.
[65] Para mayores detalles sobre la crisis del trabajo impuesto en Liberia, ver páginas siguientes.
[66] C. F. Rey, 1927, pp. 28-9.

en Etiopía aparecieron en la *Westminster Gazette* y otros periódicos británicos, y fueron hechas algunas sugerencias solicitando una intervención de las potencias europeas o de la Liga de las Naciones.

Probablemente Tafari estaba más preocupado por el aspecto diplomático del problema que por el humanitario. Publicó un edicto en julio de 1922 que reiteraba la vieja prohibición de la venta de esclavos, imponía severos castigos a los mercaderes e informaba a Gran Bretaña acerca de su deseo de proteger y educar a tales esclavos como personas libres. El 5 de septiembre de 1924, hizo pública una proclama que declaraba el reclutamiento de esclavos un delito castigado con la muerte[67]. Este tratamiento más incisivo de la esclavitud facilitó a Etiopía su entrada en la Liga que, aunque todavía con la resistencia de Gran Bretaña, recibió el apoyo de Italia y de Francia, países ambos que esperaban lograr una cierta influencia en Addis Abeba. Etiopía, de este modo, se convirtió en miembro de la Liga el 23 de septiembre de 1923, al firmar el regente una declaración adhiriéndose a los principios internacionales sobre la supresión de la esclavitud.

Casi inmediatamente después de promulgar la ley contra la esclavitud, el regente, acompañado de dos de sus nobles principales, el raís Haylu Takla Haymanot, de Gojam, y el raís Seyoum Mangasha, de Tigre, inició una gira exterior que incluyó varios países, entre ellos Palestina, Egipto, Francia, Bélgica, Holanda, Suecia, Italia, el Reino Unido, Suiza y Grecia. El regente se entrevistó con el presidente francés, Raymond Poincaré, el dictador italiano, Benito Mussolini, y el primer ministro británico, Ramsay Macdonald, y solicitó de ellos la concesión a Etiopía de un puerto en uno de los territorios coloniales vecinos. Esta táctica diplomática, que era contraria a los intereses de las tres potencias coloniales de mantener aislada a Etiopía, fue infructuosa. Tafari regresó con solo algunas vagas promesas —y la corona del emperador Tewodros devuelta por los ingleses, quienes se habían apoderado de ella sesenta y seis años antes—.

Sin embargo, en lo que concierne a los asuntos internos de Etiopía, este viaje ha sido comparado con la estancia de Pedro el Grande en Europa Occidental[68], pues sirvió para despertar a la sociedad etíope al mundo exterior y a la necesidad de adoptar las invenciones extranjeras y de desarrollar las habilidades de la mano de obra nacional.

El regente y el raís Haylu compraron varios automóviles y así establecieron una moda entre la nobleza etíope. Consecuentemente, el número de vehículos en Addis Abeba creció rápidamente a varios cientos[69]. Un número creciente de jóvenes etíopes fueron enviados a estudiar al extranjero, principalmente al Líbano, Egipto, Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos.

Un nuevo hospital, el Bet Sayda, fue fundado por el regente en 1924, y dirigido por un sueco, el Dr. Kurt Hanner[70]. Dos años más tarde, Tafari, a pesar de la oposición de los tradicionalistas, abrió el segundo centro educativo moderno del país, la Escuela Tafari Makonnen, dirigida por un pedagogo francés; su pro-

[67] C. Sanford, 1946, p. 58.
[68] R. Greenfield, 1965, p. 157.
[69] R. Pankhurst, 1968, pp. 290-91.
[70] L. Farago, 1935, pp. 132-33.

grama incluía francés, inglés, amhárico, árabe y varias materias científicas y de otra índole. El discurso de apertura de Tafari Makonnen se refirió a la «necesidad urgente» de la educación, sin la cual el país no podría mantener su independencia, e hizo una llamada a sus compatriotas para fundar escuelas, pues el tiempo del servicio patriótico puramente teórico había pasado [71]. Otros progresos de esta época incluyen la contratación, en 1925, de oficiales belgas para el entrenamiento del cuerpo de guardia del regente, la concesión a dos griegos, en 1927, de una licencia para construir una carretera desde Gore a Gambela en la frontera occidental, y la compra, a franceses y alemanes, en 1929, de los primeros aeroplanos, la adquisición de los cuales había sido impedida hasta entonces por el conservadurismo de parte de la nobleza.

Después de su coronación, Haile Selassie continuó su obra modernizadora, en la que estuvo asistido por tres consejeros extranjeros, el general Virgin, de Suecia, en relaciones exteriores; E. A. Colson, un americano, en finanzas; y M. Auberson, un suizo, en materias legales [72]. El proceso, sin embargo, se vio seriamente afectado por la depresión económica mundial, que provocó una caída de las exportaciones y un descenso de las posibilidades inversoras de capitales extranjeros. No obstante, en 1930 fue promulgada una ley para la valoración y el registro de la tierra, y el mismo año fue creado un Ministerio de Educación. 1931 vio la implantación de tres importantes innovaciones: La primera fue la promulgación de una constitución escrita que ya hemos comentado aquí; la segunda estuvo relacionada con la sustitución del viejo Banco de Abisinia, una compañía de propiedad extranjera, por un banco nacional, el Banco de Etiopía; y la tercera consistió en la aprobación de una legislación complementaria para la erradicación gradual de la esclavitud; esta legislación decretaba que todos los esclavos debería ser librados a la muerte de sus dueños y aludía al día «en que la esclavitud habrá desaparecido completamente» [73].

También fueron hechos esfuerzos para mejorar las comunicaciones. En 1932 fue creado un Ministerio de Obras Públicas y la construcción de carreteras fue recomenzada. Una estación de radio empezó a operar eventualmente en 1933; la que la sustituyó, más potente, fue montada por una compañía italiana, en 1935. Varias escuelas fueron abiertas también, siendo las mejores de carácter estatal y controladas por el Estado, mientras que los misioneros continuaron su actividad educativa, especialmente en las provincias. En 1935, Addis Abeba tenía catorce escuelas estatales, con treinta profesores extranjeros y aproximadamente cuatro mil estudiantes. La actividad educativa en las provincias fue acometida mediante el establecimiento de escuelas públicas en ciudades como Dessie, Gondar, Jijjiga, Lakamti, Dire Dawa, Harar, Asba Tafari, Ambo, Jimma, Dabra Marqoa, Maqale y Salale, mientras una academia militar fue fundada en 1934 en Holeta, cerca de Addis Abeba, dirigida por oficiales suecos [74]. El número de estudiantes en el extranjero se elevó a varios cientos. También existieron algunas actividades en

[71] R. Pankhurst, 1962 (b), pp. 266-7.
[72] G. L. Steer, 1936, pp. 28-9.
[73] A. L. Gardiner, 1933, p. 202.
[74] E. Virgin, 1936, pp. 117-24; A. Zervos, 1936, pp. 223-32.

el campo de la medicina, principalmente por iniciativa de los misioneros, por la Iglesia Presbiteriana Unida de Norteamérica, la Misión Adventista del Séptimo Día y la Misión Católica Italiana, todas las cuales tenían hospitales en Addis Abeba, mientras que la Misión del Sudán Interior contaba con una leprosería en Akaki [75]. Otras mejoras incluyeron la creación de un pequeño servicio civil, en parte integrado por los estudiantes que regresaban del extranjero, quienes comenzaron a recibir salarios en lugar de ser remunerados directamente por sus feudos, y la continua sustitución de los tributos pagados en especies por impuestos en dinero metálico. Un decreto para prohibir el reclutamiento de mano de obra entre los campesinos fue promulgado en 1934, y la legislación para la reforma del impuesto sobre la tierra se introdujo en 1935. Sin embargo, todos estos esfuerzos de modernización quedaron eclipsados por la amenaza inminente de la invasión fascista italiana [76].

En resumen, el período entre 1915 y 1935 fue testigo de una amplia expansión de la economía de Liberia y de Etiopía y de un mayor grado de cambio social del que habían experimentado hasta entonces. Sin embargo, este cambio no condujo a nada verdaderamente significativo, y ambos países permanecieron económica y socialmente en una situación de subdesarrollo. Finalmente, la inversión de firmas extranjeras y nacionales en proyectos comerciales, agrícolas y mineros fue mayor en Liberia que en Etiopía; pero si esto contribuyó al proceso de modernización de este país, también el control extranjero de la economía fue mayor en el caso de Liberia que en el de Etiopía.

LA INTERVENCION EXTRANJERA EN LIBERIA Y ETIOPIA

LIBERIA

La intervención extranjera en Etiopía y Liberia, de la que ya hemos hablado en el capítulo 11, persistió durante el período de 1915 a 1935. Al igual que en la era de la división y el reparto de Africa, las bases para la intervención fueron proveídas por las circunstancias y vicisitudes dentro de Liberia tanto como por esas otras que se desarrollaban en Europa y América.

Primero, la penuria económica del gobierno liberiano y su perenne endeudamiento condujo en parte a un aumento del control extranjero de la administración financiera de Liberia a través de la Cobraduría Internacional, el Banco de Africa Occidental Británica y los intereses de Firestone respaldados por los Estados Unidos. La economía de Liberia estaba también dominada por empresas europeas, americanas y libanesas. En segundo lugar, las adversas condiciones económicas, sociales y administrativas de Liberia se convirtieron en un asunto de primer orden en la amarga rivalidad política entre el Partido Whig Auténtico y el Partido del Pueblo, atrayendo sobre ellos la atención internacional. Dentro de Liberia, Faulkner, el jefe de la oposición, buscó el apoyo de los indígenas liberia-

[75] A. Zervos, 1936, pp. 255-57.
[76] R. Pankhurst, 1968, pp. 177-79.

nos denunciando la utilización de mano de obra forzada en proyectos del Estado, la exportación al extranjero de fuerza laboral liberiana, la mala administración del territorio interior del país y la manipulación de las elecciones nacionales [77]. Faulkner también viajó a Europa y América después de su segunda derrota electoral en 1927, con el propósito de conseguir el apoyo internacional y al mismo tiempo de desacreditar la administración del presidente King [78].

Durante la visita de Faulkner a los Estados Unidos en 1930 el influyente *New York Times* publicó varios informes denunciando la mala administración de Liberia. Simultáneamente, aparecieron en el mismo periódico algunos artículos y opiniones favorables a Faulkner, quien era considerado «un ciudadano de mentalidad progresista» [79]. Un poco antes, en 1929, la prensa británica había publicado varios editoriales altamente críticos hacia el gobierno de Liberia y, además, y de mayor entidad, otros informes de la prensa británica y americana, así como testimonios de misioneros y visitantes del país africano, coincidieron en acusar al gobierno liberiano, y en especial al grupo de influyentes américo-liberianos, de practicar la esclavitud, bien reclutando mano de obra forzada o ligada por contrato, bien exportando o vendiendo esta misma mano de obra a las colonias europeas, particularmente a la colonia española de Fernando Poo [80].

Gran Bretaña fue la punta de lanza del ataque extranjero, condenando las exportaciones y demandando, durante el período de 1907 a 1909, que hasta que las condiciones de Liberia no mejoraran, su gobierno debería actuar bajo control europeo [81]. Similarmente los Estados Unidos reprendieron a Liberia acerca de la «así llamada, "exportación" de fuerza laboral liberiana a Fernando Poo..., lo cual apenas parece diferenciarse del comercio organizado de esclavos». ¡Y Estados Unidos continuó insistiendo hasta sugerir que los gobiernos del mundo deberían considerar «alguna acción efectiva y afirmativa» [82] para acabar con tal situación!

Quizás bastante indiscretamente, el presidente King no solamente negó los cargos, sino que además apeló a la Liga de las Naciones para una investigación. En consecuencia con su petición, la Liga nombró una comisión investigadora que reuniera las pruebas de la acusación. Esta comisión estuvo integrada por un dentista británico, el Dr. Cuthbert Christy, como presidente de la comisión; un sociólogo americano negro, el Dr. Charles S. Johnson; y el ex-presidente de Liberia, Arthur Barclay. La comisión llevó a cabo una indagación de cuatro meses solamente, y ni visitó la isla de Fernando Poo ni formuló cargos contra España. Su *Informe*, redactado el 8 de septiembre de 1930, demostraba que, aun no existiendo ninguna forma organizada de comercio de esclavos, la mano de obra era reclutada masiva y forzadamente para el trabajo en proyectos estatales, el uso privado y para la exportación con la colaboración probada de la Guardia Liberiana de Fronteras y altos funcionarios del gobierno [83]. El *Informe* también examinaba las re-

[77] T. J. R. Faulkner, 1926.
[78] A.G. Jones, sin fecha.
[79] R. E. Anderson, 1952, p. 98.
[80] A. G. Jones, sin fecha.
[81] *Ibid.*
[82] República de Liberia, 1930, p. 1.
[83] J. G. Liebenow, 1969, pp. 64-70; Liga de las Naciones, 168-70.

laciones entre los américo-liberianos y los indígenas, así como la administración general del gobierno de Liberia, emitiendo en ambos casos juicios desfavorables [84]. De este modo, la comisión recomendó a la Liga que Liberia debería encomendarse a una «administración blanca, capaz y humanitaria» [85].

A la vista de las deplorables condiciones internas de Liberia, la mayoría de las apreciaciones y de las recomendaciones de la comisión fueron correctas y razonables en muchos aspectos. Pero de haber realizado la comisión un estudio objetivo de la política colonial europea contemporánea, quizá su fallo sobre los errores de omisión o comisión del gobierno de Liberia no hubiera sido tan severo, ni tampoco hubiera estado tan propensa a recomendar una «administración blanca para Liberia», pues los regímenes coloniales europeos eran tan brutales, si no más, que el de Liberia, sobre todo en relación con algunos aspectos de su política hacia los súbditos africanos, incluyendo la utilización de mano de obra forzada en proyectos estatales [86].

Como reacción al Informe Christy, la Liga de las Naciones presionó sobre Liberia para que aboliera la esclavitud y la exportación de mano de obra a Fernando Poo, reorganizara su gobierno y emprendiera reformas básicas que garantizaran la igualdad de oportunidades a todos los liberianos. En cuanto al gobierno de los Estados Unidos, éste expresó su «profunda conmoción» ante «las sorprendentes prohibiciones que pesan sobre los nativos» reveladas por el *Informe*. Al mismo tiempo el gobierno americano apremió al de Liberia a no dañar las tradicionales relaciones entre ambos países, a abolir inmeditamente «el azote común de la esclavitud y el trabajo forzado» y a emprender «un amplio sistema de reformas...» [87]. Esta declaración condujo al parlamento liberiano a interponer una demanda contra el vicepresidente Allen Yancy (considerando un agente del reclutamiento forzoso de mano de obra) y el presidente King los cuales dimitieron de sus cargos en diciembre de 1930, antes de que la demanda fuera admitida a trámite [88].

Tras estos acontecimientos, la nueva administración de Edwin J. Barclay, quien sucedió al presidente King, decidió adoptar las recomendaciones de la Liga. Así, la Cámara legislativa liberiana aprobó varios decretos entre diciembre de 1930 y mayo de 1931 que prohibieron la exportación de mano de obra, incautación de personas y la práctica de la esclavitud en el territorio nacional; sustituyó el trabajo impuesto por la aportación voluntaria y comunal en las obras públicas; reabrió el territorio interior liberiano a los comerciantes extranjeros; y reorganizó la administración del interior del país en tres provincias con comisarios provinciales y comisarios de distrito, subordinados a los anteriores, y jefes superiores [89].

A pesar de estas reformas —las cuales, naturalmente, el gobierno liberiano

[84] E. J. Yancy, 1934, pp. 201-20.
[85] J. G. Liebenow, 1969, pp. 64-70.
[86] A. G. Jones, sin fecha.
[87] República de Liberia, 1931 (a), pp. 2-3.
[88] A. G. Jones, sin fecha.
[89] República de Liberia, 1931 (a), pp. 11-12; 1931 (b); E. Barclay, 1934.



• *C. D. B. King, presidente de Liberia.*

no pudo o no quiso llevar a cabo en su totalidad— Gran Bretaña y los Estados Unidos se negaron a reconocer la administración Barclay y dirigieron sus asuntos en Liberia a través de sus respectivos negociados en el país. Gran Bretaña en particular continuó atacando de manera insistente a Liberia e inició algunas maniobras diplomáticas para acabar con su independencia. Menos de dos meses después de que E. J. Barclay jurara su cargo, el gobierno británico le propuso al de los Estados Unidos la presentación conjunta, y en los términos más firmes, de un requerimiento a Liberia para que ésta solicitara de la Liga de las Naciones el nombramiento del Comité de Gobierno para Liberia recomendado por el Informe Christy[90].

La petición conjunta urgiendo «a que el Gobierno de Liberia fuera sometido por un tiempo a la tutela de una Comisión Internacional de Gobierno», la cual llevaría a cabo todas las reformas necesarias, fue presentada al gabinete Barclay el 21 de enero de 1931 por los enviados de Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania (persuadida por Gran Bretaña para que se uniera a los peticionarios). Barclay y su gabinete rechazaron rápida y justamente la propuesta, pues consideraron «que la aceptación de la misma no sólo significaría una violación de la Constitución de la República, sino que además sería equivalente a la rendición de su soberanía e independencia»[91]. Barclay y su gobierno, sin embargo, expresaron su deseo de buscar y aceptar la asistencia de la Liga de las Naciones, particularmente a través de expertos en campos como la economía, la organización judicial, la salud pública y la administración «nativa»[92].

De acuerdo con esto, la Liga designó otra comisión investigadora, esta vez integrada por representantes de ocho países —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, España, Venezuela, Polonia y Liberia—, con la responsabilidad de poner fin a la esclavitud y el trabajo forzado y de prestar asistencia técnica a Liberia. A petición de estos países, y aunque no era miembro de la Liga, Estados Unidos también envió un representante. Una vez más un británico, lord Robert Cecil, fue designado presidente de la nueva comisión. Al mismo tiempo, y para hacer más eficaz la asistencia de la Liga, se creó un comité de tres personas cuya función sería aconsejar a los miembros de la comisión acerca de las reformas administrativas y financieras necesarias en Liberia. Al frente del mismo se nombró al abogado francés Henri Brunot. Poco tiempo después, durante junio y julio de 1931, el comité visitó Liberia con el propósito de investigar las condiciones reales del país, recoger datos y redactar un informe.

Como su predecesora, esta segunda comisión redactó varios proyectos de mejora de la administración interna de Liberia, de las finanzas y de la salud pública. En enero de 1932 el Comité Brunot también presentó su informe a la Liga. Las recomendaciones de este informe fueron muy similares a las de la Comisión Christy, aunque menos desfavorables a Liberia consideradas en su totalidad. El tradicional trabajo comunal africano debería reemplazar el trabajo impuesto en los proyectos estatales; los indígenas liberianos se convertirían en propietarios indiscuti-

[90] R. E. Anderson, 1952, pp. 110-11; A. G. Jones, sin fecha.
[91] E. J. Barclay, 1931, p. 37.
[92] *Ibid.*, p. 38.

bles de sus tierras; la autoridad y dignidad de los jefes africanos sería respaldada por el gobierno liberiano; y la educación de los indígenas y las vías de comunicación con Liberia interior deberían ser objeto de un plan de mejora. Asimismo, el interior sería dividido en tres provincias, las cuales habrían de ser administradas por comisarios y delegados extranjeros, bajo cuya autoridad estarían los inspectores comarcales y los comisarios de distrito. El Comité Brunot también indicó que para que las finanzas de Liberia mejoraran sensiblemente, Firestone tendría que avenirse a modificar los términos del préstamo acordado en 1926[93].

Esta intervención de la Liga en los asuntos de Liberia incrementó de manera significativa la oposición de muchos indígenas liberianos contra el gobierno de Liberia, particularmente la de los krus, grebos y vais. Muchos de ellos pensaban que muy pronto «el hombre blanco» le arrebataría el poder a los américo-liberianos; de este modo, dejaron de pagar los tributos y se negaron a contribuir como mano de obra forzada en las obras estatales, tales como la construcción de carreteras. Simultáneamente, algunos de ellos reavivaron conflictos étnicos internos acerca de fronteras, tierras de labrantío o jefaturas.

Para mantener la paz y el orden, el presidente Barclay envió un destacamento de la Guardia Liberiana de Fronteras a los distritos Kru y Grebo en mayo de 1931, con instrucciones específicas a su comandante américo-liberiano, el coronel T. Elwood Davis, de que el destacamento era «una patrulla en misión de servicio y no una expedición punitiva»[94]. Sin embargo, en el curso de la misión, se entabló una escaramuza entre el destacamento y los krus de Sasstown, dirigidos por su jefe supremo, Juah Nimley, lo cual propició nuevas bases para la intervención extranjera en los asuntos liberianos. Varios informes, empapados de subjetividad y enviados a la Liga, incluyendo uno de Rydings, el encargado de los asuntos británicos en Monrovia[95], describieron el destacamento como una fuerza de castigo y lo acusaron de llevar a cabo la destrucción desenfrenada de las vidas y propiedades de la tribu Kru.

Los gobiernos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña reaccionaron a estos informes de manera previsible, demandando que el gobierno liberiano pusiera término a las, así llamadas, represalias militares contra los krus «mientras estuviera pendiente la conclusión de un acuerdo entre la Liga, los Estados Unidos y Liberia sobre la futura administración del país»[96]. Por su parte el gobierno liberiano respondió protestando a la Liga contra esta nueva amenaza de América y Gran Bretaña a la soberanía de Liberia[97]. Además, el presidente Barclay envió una comisión de tres hombres, dirigida por Winthrop A. Travell, un americano empleado en el servicio fiscal de Liberia, con el mandato de recoger pruebas y determinar la situación de los krus en la costa.

Las averiguaciones de la comisión refutaron enteramente las acusaciones de destrucción desenfrenada vertidas contra el destacamento de la Guardia de Fron-

[93] B. N. Azikiwe, 1934, p. 165.
[94] E. J. Barclay, 1931, p. 8.
[95] Rydings, 1932.
[96] E. J. Barclay, 1932, pp. 2-4.
[97] *Ibid.*, pp. 7-8.

teras [98]. Afortunadamente para Liberia también, la reacción de la Liga no fue la de imponer una administración extranjera sobre el país, tal y como Estados Unidos y Gran Bretaña habían propuesto, sino la de enviar un representante, el Dr. Melville D. Mackenzie, un médico británico, para ayudar al gobierno liberiano a pacificar a los krus.

Además, basándose en el Informe Brunot, el Comité Liberiano de la Liga redactó los «Principios Generales del Plan de Asistencia» a Liberia. Estos fueron aprobados el 27 de septiembre de 1932 por el Comité y aceptados por el gobierno liberiano bajo la condición de que las negociaciones con Firestone fueran llevadas a cabo con éxito. Las negociaciones financieras se celebraron en Londres en junio de 1933, dando como resultado un informe redactado por Mr. Lighthart, el experto en finanzas de la Liga, quien había participado en las negociaciones. Sobre la base de los «Principios Generales» y del Informe Lighthart, el Comité Liberiano de la Liga formalizó un «Protocolo» que recogía el plan de asistencia y las reformas propuestas. Estas incluían el empleo de «especialistas» extranjeros como comisarios delegados provinciales; un «Consejero jefe» para actuar como intermediario entre el gobierno liberiano y la Liga, quien sería nombrado por el Consejo de la Liga con el acuerdo del presidente liberiano; y dos médicos titulados con destino a los hospitales e instituciones de salud de la república.

Si las recomendaciones del Comité de la Liga se hubieran puesto en práctica es muy probable que se llevasen a cabo en Liberia los cambios radicales que los líderes américo-liberianos temían de una manera casi metódica. Pero la aplicación de las medidas hubiese supuesto al mismo tiempo una invasión de la soberanía de Liberia y el drenaje considerable de las finanzas de la nación, sobre todo considerando los amplios poderes del «Consejero jefe» y los altos salarios de los especialistas extranjeros. No es sorprendente por tanto que el presidente Barclay, si bien aceptando el Plan de Asistencia tal y como fue concebido en el «Protocolo», expresara algunas reservas acerca de los poderes del «Consejero jefe» y los gastos generales que la aplicación del Plan conllevaría. El Comité de la Liga, sin embargo, rehusó revisar el Plan y lo retiró cuando Liberia —a pesar de las renovadas amenazas de intervención extranjera por parte de los gobiernos británico y americano— se negó a aceptarlo en su totalidad [99].

El gobierno liberiano redactó entonces un «Plan de Desarrollo Trienal» de reformas internas en Liberia, incluyendo modificaciones al Acuerdo Prestaticio de 1926, las cuales ya habían sido demandadas por el gobierno liberiano con anterioridad [100]. Este plan obtuvo el apoyo del gobierno americano bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt y fue la base para las negociaciones entre Firestone, los Estados Unidos y el gobierno de Liberia en 1935, durante las cuales fueron hechas las modificaciones necesarias al Acuerdo. La innovación más importante fue el principio por el cual «los presupuestos del Estado recibirían prioridad

[98] *Ibid.*, págs. 9-14. Los otros miembros de la Comisión Travell eran dos liberianos: el Dr. F. A. Russell de Sinoe y el Dr. J. F. B. Coleman de Montserrado. En realidad la Comisión redactó un informe mayoritario (Russell y Coleman) y otro firmado sólo por Travel, que al parecer fue el aceptado por el gobierno liberiano.

[99] E. J. Barclay, 1934, pp. 2-4.

[100] E. J. Barclay, 1934; R. L. Buell, 1947, pp. 41-4.

en cuanto al reparto de las rentas públicas, y no como hasta entonces, en que los presupuestos eran calculados una vez deducidas las cantidades destinadas al pago de la administración fiscal y a la amortización de la deuda y sus intereses»[101]. El «coste del gobierno» básico anual fue fijado en 450.000 dólares, cantidad que sería debidamente extraída cada año de las rentas públicas antes de efectuados los pagos correspondientes a la deuda, de modo que el gobierno liberiano pudiera así hacer frente a sus gastos fundamentales. El interés del préstamo fue también reducido de 7 al 5 por 100[102].

No sorprendió a nadie que al mejorar las relaciones del gobierno de Liberia con Firestone mejoraran también las relaciones entre Liberia y los Estados Unidos, proceso que culminó con el reconocimiento de la administración Barclay por el gobierno americano el 11 de junio de 1935[103]. A continuación también Gran Bretaña, el 16 de diciembre de 1936[104], se plegó a la nueva situación, con lo cual la crisis de la independencia de Liberia podía considerarse formalmente acabada.

Es importante señalar que, aunque fuertemente presionada por algunas naciones de la Liga, a Liberia no le faltaron portavoces y simpatizantes que hablaran en su defensa, la mayor parte organizaciones africanas o de americanos negros, grupos religiosos negros, asociaciones de empresarios o de intelectuales que justamente indicaron que las condiciones internas en las colonias europeas en Africa eran en muchos aspectos tan malas como en Liberia. De este modo arguyeron con fuerza que la independencia de Liberia no debería ser sacrificada en nombre de los intereses económicos del hombre blanco ejemplificados en Firestone. Ni, objetaron, debería continuar sin desafío el doble criterio por el cual se condenaba a Liberia y se cerraban los ojos ante la opresión blanca en las colonias. Tales individuos y organizaciones incluyeron al doctor W.E.B. du Bois; Mordecai Johnson, presidente de la Universidad de Howard; Nnamdi Azikiwe, un periodista nigeriano; la Sociedad Misionera Baptista para el Extranjero de Lott Carey; la Iglesia A.M.E.; la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP); y una sección de la prensa negra, como por ejemplo el *Afro-American* de Baltimore. Sus actividades por la causa liberiana quizá influyeron, pero no afectaron radicalmente a la política del gobierno americano hacia Liberia en relación con la crisis del trabajo forzado[105].

ETIOPIA

Mucho más persistente y grave en sus consecuencias fue la intervención extranjera en los asuntos internos de Etiopía durante el período en examen. La Convención Tripartita de 1906, que dividió Etiopía en tres esferas de interés, una británica, una francesa y una italiana, fue un indicio de que tarde o temprano se

[101] E. J. Barclay, 1935 (a), p. 3.
[102] *Ibid.*, p. 3.
[103] E. J. Barclay, 1935 (b), p. 14.
[104] E. J. Barclay, 1937, p. 14.
[105] A. G. Jones, sin fecha.

produciría una intervención imperialista europea en Etiopía. La muerte de Menelik en 1913, la ascensión de Lij Iyasu y los sucesos de la Primera Guerra Mundial animaron a Italia en particular a reavivar sus proyectos imperiales sobre Etiopía, los cuales se remontaban a 1913. De este modo, entre 1913 y 1919, el ministerio italiano para las colonias patrocinó vigorosamente la aplicación de un programa «máximo» o «mínimo» de colonización italiana en Africa. Uno y otro tenían como principal objetivo conseguir el control de Italia sobre el mar Rojo y convertir a Etiopía en «esfera exclusiva de influencia italiana» [106]. Sin embargo, el programa italiano chocó con las ambiciones imperialistas británicas y francesas en Africa del nordeste. Al final, el Tratado de Paz de Versalles privó al programa italiano de su realización por un largo período [107].

A pesar de las ambiciones coloniales de Italia en Etiopía y de la dolorosa memoria de Adowa, que muchos italianos querían vengar, las relaciones entre Etiopía e Italia fueron marcadamente buenas durante la regencia de Tafari Makonnen. Italia apoyó la entrada de Etiopía en la Liga de las Naciones en 1923, y fue uno de los países que visitó Tafari durante su crucial viaje al extranjero en ese mismo año en 1923 [108]. Pasando por alto las fricciones durante 1925-26 en torno a la constante reclamación italiana de una esfera de influencia en Etiopía, los dos países firmaron un tratado de amistad y arbitrio de veinte años de vigencia el 2 de agosto de 1923, el cual fue reforzado por un acuerdo que concedió a Italia el derecho a construir una carretera desde Assab a Dessie, mientras que Etiopía recibiría una zona franca en el puerto. Pero estos planes nunca fueron materializados, pues Italia comenzó a cambiar su política de penetración pacífica por una de intervención militar.

Este cambio de la política fascista ocurrió en 1930, cuando el mariscal De Bono, ministro italiano para las colonias, urgió al Consejo italiano de Ministros a incrementar su presupuesto para la «expansión más allá de los confines de la madre patria» [109]. En 1932 De Bono visitó Eritrea, y en 1933 sostuvo conversaciones secretas con Mussolini en las que le sugirió al Duce la invasión de Etiopía. Mussolini aceptó en seguida y le ordenó a su ministro «actuar a toda máquina» y estar «preparados tan pronto como fuera posible». De acuerdo con esto fueron dados algunos pasos para mejorar las comunicaciones por tierra, mar y aire en las colonias italianas de Eritrea y Somalia, mientras que agentes fascistas comenzaron a fomentar la subversión política en Etiopía [110]. El secreto que hasta este momento había rodeado las intenciones italianas fue abandonado el 18 de marzo de 1934, cuando Mussolini, dirigiéndose al Partido Fascista, demandó que las naciones «satisfechas» con colonias deberían abstenerse de bloquear «la expansión económica, política y cultural de la Italia fascista».

El pretexto de Mussolini para la invasión fue el incidente de Wal Wal en 1934. Una comisión de fronteras anglo-etíope que había estado trazando la línea de se-

[106] R. L. Hess, 1963, pp. 105-8.
[107] W. R. Louis, 1963 (a).
[108] R. Pankhurst, sin fecha.
[109] Colegio de San Antonio, Universidad de Oxford, documentos italianos capturados 112809.
[110] E. De Bono, 1937, pp. 12-13, 15.

paración entre Etiopía y la Somalia británica, llegó el 23 de noviembre a los muros de Wal Wal. Aunque la ciudad se hallaba en territorio etíope, a unos 160 kilómetros de la frontera no delimitada con la Somalia italiana, la encontraron ocupada por un destacamento italiano. El jefe de la comisión británica, coronel Clifford, protestó ante los italianos alegando que su presencia impedía a sus hombres moverse libremente en territorio etíope, pero se retiró para evitar un «incidente internacional». Los etíopes, por su parte, defendieron sus derechos, y las dos fuerzas adoptaron posiciones de ataque, hasta que el 5 de diciembre un disparo fortuito dio origen a un primer choque entre las dos fuerzas, después del cual los etíopes, que estaban débilmente armados, se retiraron. Etiopía invocó el tratado de amistad y arbitrio de 1928, mientras Italia, rechazando el arbitraje, demandó la presentación de excusas por parte de Etiopía, así como el reconocimiento de la soberanía italiana sobra Wal Wal y una indemnización de 200.000 dólares de María Teresa [111]. Gran Bretaña y Francia, ansiosas por evitar una conflagración, presionaron sobre Etiopía para que aceptara, pero Haile Selassie, temiendo alimentar aún más las pretensiones expansionistas de Italia, rehusó, y el 14 de diciembre llevó el asunto ante la Liga de las Naciones. Convencido de que Etiopía no deseaba capitular, el 30 de diciembre Mussolini dio órdenes secretas para iniciar los preparativos de la invasión, la cual requería cierta planificación teniendo en cuenta el extenso y montañoso territorio de Etiopía.

La Liga designó un comité que estudiara la disputa, pero Mussolini, que por entonces estaba casi preparado para atacar, apenas se interesó en estos procedimientos legales. El Comité de la Liga redactó un acuerdo de compromiso, el cual, en un intento de la Liga por satisfacer a Italia, proponía colocar a Etiopía bajo control internacional, de modo que el país africano no pusiera en peligro las colonias italianas adyacentes reclamadas por Mussolini. Pero el Duce ya no tenía necesidad de compromisos. El 2 de octubre ordenó la movilización de sus tropas, y al día siguiente, sin previa declaración de guerra, el ejército italiano cruzó la frontera etíope con Eritrea bajo las órdenes del mariscal De Bono, mientras que al mismo tiempo la aviación italiana bombardeaba Adowa. Un destacamento de la Somalia italiana también atacó desde el sur (ver fig. 28.2).

A pesar de su larga preparación, la invasión provocó la consternación mundial. La Asamblea de la Liga se reunió el 9 de octubre y decidió, por cincuenta votos contra uno (Italia) y tres abstenciones (Albania, Austria y Hungría), que Italia era el agresor y había violado el principio fundacional de la Liga [112].

La condena fue prácticamente unánime, pero la Liga, dominada por las potencias coloniales, Francia y Gran Bretaña, se mostró temerosa de ofender a Mussolini en el caso de recurrir a sanciones inmediatas y totales, tal y como proponía la Unión Soviética. En lugar de esto la Liga nombró un Comité Coordinador que sólo propuso sanciones económicas limitadas y circunscrito a cuatro tipos de embargo. Estas sanciones, sólo aplicables a Estados miembros, comprendieron: 1) la exportación de armas y municiones a Italia; 2) préstamos y créditos a Italia; 3) la importación de toda clase de artículos de Italia y 4) la exportación a Italia

[111] R. Cimmaruta, 1936; A. de la Pradelle, 1936, pp. 1490-60; G. W. Baer, 1967, pp. 45-61.
[112] S. Heald (ed.), 1937, pp. 192-93.

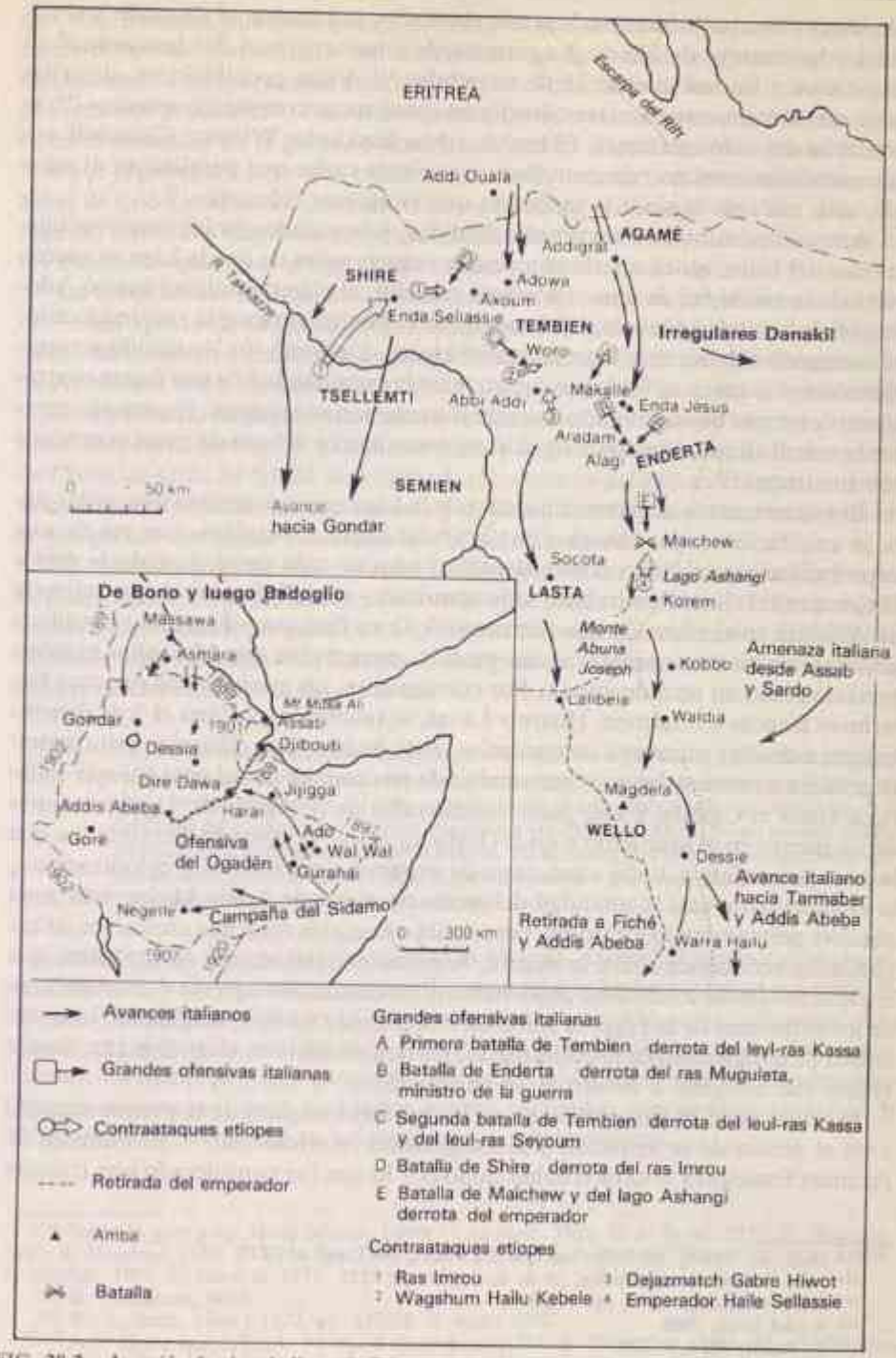


FIG. 28.2. Invasión fascista italiana de Etiopía: campaña del norte (mapa principal), la invasión en su totalidad (recuadro) (adaptado de R. Greenfield, 1975)

de ciertas materias primas, incluyendo el caucho, la bauxita, el aluminio y el mineral y la chatarra de hierro. La primera de estas sanciones fue impuesta el 11 de octubre y las restantes el 18 de noviembre [113]. Estas prohibiciones, descritas por Lord Keynes como «suaves sanciones económicas comparativamente» [114], se revelaron del todo ineficaces. El hecho, como hizo notar Winston Churchill, era que estas sanciones no representaban «sanciones reales que paralizaran al agresor, sino tan solo el tipo de sanciones que el agresor toleraría» [115].

Apenas turbado por estas tímidas medidas, y espoleado por los sucesivos telegramas del Duce, quien quería una rápida victoria antes de que la Liga se apercibiera de la necesidad de una acción más resuelta, el ejército italiano ocupó Adowa el 6 de octubre y Makale el 8 de noviembre. Posteriormente la resistencia etíope consiguió detener el avance de los invasores. De Bono fue destituido y reemplazado por el mariscal Badoglio, quien, ante la eventualidad de una fuerte contraofensiva etíope, tampoco pudo avanzar durante varias semanas. Esperando romper la moral etíope, Mussolini insistió entonces acerca del uso de gases venenosos por sus tropas [116].

El fracaso de las sanciones limitadas de la Liga originó algunas demandas para la ampliación de las mismas, en particular sobre el petróleo, que era de una importancia crucial, tal y como Mussolini admitió más tarde, cuando le dijo a Hitler que si tal sanción hubiese sido aprobada, «él habría tenido que retirarse de Abisinia en el plazo de una semana» [117]. Gran Bretaña y Francia, sin embargo, eran totalmente opuestas a esta medida, pues creían que Mussolini la interpretaría como un acto de guerra. Por consiguiente, los ministros de Asuntos Exteriores francés y británico, Hoare y Laval, se reunieron en París el 7 de diciembre para diseñar un nuevo compromiso. Este incluyó dos cláusulas principales: la primera contemplaba un «intercambio de territorios» por el cual Etiopía cedería a Italia el Ogadén y una parte considerable de la región de Tigré a cambio de un puerto en el Mar Rojo o en el Golfo de Aden; la segunda determinaba que le sería concedida a Italia «una zona de expansión económica y colonización», la cual ocuparía casi la totalidad del territorio al sur de Addis Abeba; esta zona seguiría perteneciendo a Etiopía, pero Italia ostentaría derechos exclusivos de explotación económica sobre la misma. Algunas noticias acerca de este plan, que era una rendición totalmente condenable al ya condenado agresor y un abandono de los principios de la Liga, se filtraron a la prensa francesa, originando una tormenta de indignación en muchos países, particularmente en Gran Bretaña, donde Hoare fue obligado a dimitir el 18 de diciembre [118].

Al final de 1935 Etiopía estaba en las primeras páginas de la prensa mundial y en el centro de la agitación y la indignación internacional [119]. El ministro de Asuntos Exteriores británico había caído por lo que fue considerado una traición

[113] *Ibid.*, pp. 193-4; 203-7. Ver también L. Villari, 1943, pp. 151-219.
[114] *New Statesman and Nation*, 28 de noviembre de 1935.
[115] W. S. Churchill, 1948, pp. 172-3.
[116] A. del Boca, 1969.
[117] P. Aloisi, 1957, p. 324.
[118] S. Heald (ed.), 1937, pp. 316-413.
[119] Para un estudio reciente de la guerra italo-etíope, ver F. Hardie, 1974.

de Gran Bretaña, mientras que en las ásperas montañas de Etiopía un poderoso ejército fascista pertrechado con las armas más modernas, gas venenoso incluido, había sido temporalmente paralizado por el heroísmo de los guerreros etíopes pobremente armados [120]. Fue una vez más David enfrentándose a Goliath, ahora en el escenario de la guerra colonial más grande librada sobre suelo africano. Aunque el ejército etíope sería pronto derrotado, todavía quedaba una lucha cruel antes de que los italianos ocuparan Addis Abeba el 6 de mayo de 1936. Esto fue seguido por cinco largos años de usurpación fascista italiana, durante cuatro de los cuales los patriotas etíopes continuaron la lucha en solitario [121].

La invasión del Duce provocó una reacción instantánea en Africa y su entorno [122]. En agosto de 1935, un grupo de africanos y personas de ascendencia africana fundaron en Londres la organización «Amigos Africanos Internacionales de Abisinia», cuyo comité incluyó a C. L. R. James de las Indias Occidentales, al Dr. P. Mc. D. Millard de la Guinea Británica, a la esposa de Marcus Garvey, Amy Ashwood Garvey, a Mohammed Said de Somalia y al Dr. J. B. Danquah de Costa de Oro. El fin de la Sociedad, tal como lo definió su secretario, Jomo Kenyatta, era «contribuir con todos los medios a su alcance al mantenimiento de la integridad territorial e independencia política de Abisinia» [123].

El estallido de la lucha, que colocó a Etiopía en los titulares de todos los periódicos, causó un profundo impacto en medios africanos. Kwame Nkrumah, entonces un estudiante de paso por Inglaterra, recordó que al leer los titulares declarando «Mussolini invade Etiopía», una gran emoción se apoderó de él, y añadió en su rememoración de esa hora:

> En aquel instante fue como si todo Londres me hubiese declarado la guerra a mí personalmente. Durante los próximos cinco minutos no pude hacer nada excepto mirar a los impávidos rostros cruzando a mi lado y preguntarme si esta gente podía ser consciente de la debilidad del colonialismo, y rogar que alguna vez llegara el día en que yo pudiera prestar mi ayuda en el aniquilamiento de tal sistema. Mi nacionalismo brotó impetuoso hasta ocupar un lugar prominente; yo estaba preparado para ir a través del mismo infierno, si esto fuera necesario, con tal de lograr mi objetivo [124].

Sentimientos muy parecidos afloraron en toda Africa. El intelectual nigeriano, Nnamdi Azikiwe, reservó un amplio espacio a la lucha etíope en sus periódicos, el *West African Pilot* y el *Comet*, y más tarde recordó en su influyente obra *Renascent Africa*, la cual ha sido considerada «una Biblia para los africanos», la emoción que se propagó en una típica escuela de Costa de Oro cuando los estudiantes escucharon cómo «soldados negros, ayudados por la mano invisible de Dios, estaban ridiculizando y derrotando a sus enemigos».

---

[120] Sobre la guerra ver Haile Selassie, 1936; G. L. Steer, 1936; E. de Bono, 1937; P. Badoglio, 1937; R. Graziani, 1938; R. Greenfield, 1965, pp. 196-266; A. J. Barker, 1968; A. del Boca, 1969; G. Rochet, 1971; F. Bandini, 1971.

[121] R. Pankhurst, 1970.

[122] W. R. Scott, 1966 y 1972, pp. 132-38; R. Ross, 1972.

[123] *New Times and Ethiopia News*, 30 de enero de 1954; R. Makonnen, 1973, pp. 112-20. Ver también S. K. B. Asante, 1977.

[124] K. Nkrumah, 1957, p. 22.

Etiopía, la primera víctima extranjera del fascismo italiano, y el punto de confluencia de todos los defensores de la seguridad colectiva, se convirtió de este modo, a finales de 1935, en el símbolo ardiente del despertar africano del dominio colonial.

CONSECUENCIAS DE LA INTERVENCION IMPERIALISTA EUROPEA EN LIBERIA Y ETIOPIA

Al final de 1936 Liberia había sobrevivido a la intervención extranjera preservando intacta su soberanía, mientras que Etiopía había sucumbido a la misma y su soberanía le había sido arrebatada —al menos temporalmente. ¿Cuáles habían sido las causas de esta diferencia?

La situación interna en Liberia y Etiopía hasta el momento de la invasión italiana, el 3 de octubre de 1935, aunque de una gran importancia histórica, apenas influyó en el resultado final de la intervención extranjera. En realidad, la situación en ambos países no contó con variantes de verdadera importancia. Tanto en el caso de Liberia como de Etiopía los gobiernos centrales tenían oponentes internos que esperaban explotar la eventualidad de una intervención extranjera en su propio beneficio mediante la colaboración con las potencias agresoras, especialmente el Partido del Pueblo en Liberia y los nobles feudales como el leul-rais Hailu y el dejazmatch Haile Selassie Gugsa en Etiopía [125].

Ambos países, aunque sin faltarle ardientes patriotas dispuestos a defender la nación con sus vidas, eran militarmente muy débiles comparados con el potencial bélico de las naciones que virtualmente o de hecho podía ser sus agresoras. La milicia liberiana, compuesta por todos los hombres aptos para el servicio —mayormente américo-liberianos—, no contaba con un entrenamiento regular ni con armas suficientes. La Guardia de Fronteras, el ejército permanente de Liberia, estaba también pobremente armado y entrenado, y asimismo insuficiente e irregularmente pagado y abastecido. En septiembre de 1920, por ejemplo, los atrasos adeudados a oficiales y soldados de la Guardia en concepto de salarios se elevaban a 90.689,52 dólares, lo cual afectó de manera profunda a su moral [126]. El entrenamiento y la disciplina de la Guardia, según informes de la época, eran tan insatisfactorios que hacían «extremadamente difícil conseguir un orden tanto en letra como en espíritu» [127]. La Guardia estaba integrada por 821 hombres en noviembre de 1917, 767 en diciembre de 1920 y 744 en diciembre de 1925. En 1935 un escritor liberiano describió Liberia como «no más que un infante» en materia de autodefensa: no poseía ni flota aérea ni naval [128].

En cuanto a Etiopía, sus fuerzas armadas las integraban las levas feudales de los gobernantes y los shums, el ejército del gobierno central y el ejército permanente del propio Haile Selassie [129]. Solamente el último recibía entrenamiento y

[125] R. Greenfield, 1965, pp. 192-94.
[126] República de Liberia, 1920, p. 9.
[127] Mayor M. Staten, 1925.
[128] E. J. Yancy, 1934, pp. 93-99.
[129] R. Greenfield, 1965, pp. 194-95, 199-201.

contaba con armamento moderno. Las otras fuerzas estaban formadas por «hombres a quienes le faltaba toda clase de entrenamiento que no fuera el aportado por sus aptitudes naturales para la guerra y por sus tradiciones» [130].

Queda claro por tanto que ni Liberia ni Etiopía estaban en condiciones de igualar el poderío de los invasores europeos. La razón para el hundimiento de Etiopía y la supervivencia de Liberia estriba en que la primera tuvo que afrontar una intervención militar europea decidida, y la segunda no.

Basándonos en esto, todavía podríamos preguntarnos por qué la intervención ocurrió en un país en lugar de en el otro. Para clasificar esta cuestión sería necesario tener presente que hasta finales de 1935 ni Etiopía ni Liberia contaron con simpatías decididas, apoyo o protección por parte de las potencias extranjeras dentro o fuera de la Liga de las Naciones, o por otra parte de la Liga misma. A pesar de la reconocida, tradicional amistad de los Estados Unidos con Liberia, el país americano demostró en varias ocasiones, a lo largo de la crisis provocada por el escándalo del trabajo reforzado, su propensión a alinearse con las potencias coloniales europeas que tenían designios acerca de la soberanía de Liberia, particularmente en cuanto el apoyo del plan para una comisión internacional de gobierno sobre Liberia.

La habilidad diplomática del gobierno liberiano, especialmente de su brillante presidente, Edwin J. Barclay, y del Secretario de Estado y negociador de Liberia en Ginebra, Louis A. Grimes, debería ser tenida en cuenta también. Mediante la silenciación de la oposición local, bien por la fuerza o por la persuasión, y el pertinaz aferramiento al principio de autodeterminación para Liberia, los líderes liberianos consiguieron promocionar la causa de la soberanía nacional. Sin embargo, puesto que los dirigentes etíopes, Haile Selassie incluido, eran también personas competentes en diplomacia y ardientes guardianes de la soberanía de su país, la supervivencia de Liberia parece residir finalmente en el hecho de no haber contado con una potencia enloquecida y sanguinaria como vecina, así como propensa a la expansión territorial y, ante todo, a la venganza de Adowa y, de este modo, al ataque *de facto*, como el caso de Italia con respecto a Etiopía. Por otro lado, Gran Bretaña y Francia ya poseían extensos territorios coloniales en Africa y no tenían una Adowa que vengar, con lo cual les faltó un motivo irresistible para atacar y conquistar Liberia de la misma manera que Italia atacó y conquistó Etiopía.

[130] E. Virgin, citado en *ibid.*, p. 194.

Capítulo 29

AFRICA Y EL NUEVO MUNDO

R. D. RALSTON

(con secciones sobre América Latina y el Caribe por Albuquerque Mourão)

Importantes comunidades africanas expatriadas han afectado e influenciado regiones tan diversas del mundo como la Grecia clásica y Roma; Portugal (a partir del siglo XV); el Caribe; los Estados Unidos (a partir del siglo XVII); Gran Bretaña (a partir del siglo XVIII); Canadá (especialmente a partir de la guerra americana de independencia); Brasil (especialmente a partir del siglo XVIII); Arabia Saudí; India; y ocasionalmente, Turquía. Mientras tanto, las variaciones en la diáspora africana han estado representadas por las idas y venidas de los comerciantes africanos, marinos, intérpretes, educadores y estudiantes africanos en las Américas y el establecimiento de negros norteamericanos, afro-brasileños y afrocubanos en Africa. Los lazos entre lo que se convirtió en las dos principales esferas del mundo negro —Africa y las Américas— fueron mantenidos a través del tiempo por medio de intercambios de personal, de material cultural y de ideología política. El objetivo de este capítulo es bosquejar la interacción entre los africanos y los pueblos de las Américas de ascendencia africana durante el período colonial de la historia africana.

Los lazos entre los africanos y los negros americanos durante el período 1880-1935 consistían esencialmente en cinco tipos de actividades: 1) movimientos de regreso a Africa o de emigración negra —la mayoría provenientes de Norteamérica pero también del Caribe y del Brasil— a partes de Africa (la mayoría a Africa occidental pero también a Sudáfrica y al Cuerno de Africa; 2) evangelización americana caracterizándose los misioneros afro-americanos como «dirigentes del evangelio» en Africa; 3) un renovado paso intermedio bajo la forma de una corriente de estudiantes africanos que se matriculaban en escuelas y universidades negras americanas; 4) gran variedad de actividades pan-africanas, incluyendo en ellas conferencias, actividades de organizaciones educativas, literarias y comerciales que ponían a los africanos en contacto con el mundo negro de las Américas y que ayudaron a influir en los acontecimientos del Africa colonial; 5) la persistencia y transformación de los valores culturales africanos en Latinoamé-

rica y el Caribe. Estos cinco temas serán discutidos por turno en las cinco partes de este capítulo.

MOVIMIENTOS DE REGRESO A AFRICA

A pesar de la existencia de un cambio discernible en el sentimiento negro, que dejaba de lado la emigración a Liberia, aparente entre los negros norteamericanos durante la primera mitad del siglo XIX, los afro-americanos continuaron desplegando un interés por la emigración africana durante la última parte del siglo XIX y principios del siglo XX. En verdad, si algo lo hizo, la tradición de emigración defendida en primer término por negros tales como Daniel Coker, Lott Cary, John B. Russwurm, Paul Cuffee, Henry H. Garnet y Martin R. Delany, continuó y aumentó durante el último cuarto del siglo XIX. En 1878, por ejemplo, la Sociedad Anónima de Barcos de Vapor para el Exodo de Carolina del Sur a Liberia transportó 206 emigrantes negros a Liberia. En 1881, Henry H. Garnet fue nombrado residente ministro y cónsul general en Liberia, satisfaciendo así sus propias y primeras convicciones, y en 1889 el pan-africanista de las Indias Occidentales nacido en Santo Tomás, el Dr. Edward W. Blyden, visitó los Estados Unidos proveniente de Liberia en representación de la Sociedad Americana de Colonización (ACS) para ayudar a crear apoyo negro para la emigración. Más aún, entre 1880 y 1900, el obispo Henry McNeal Turner trabajó para combinar las dos tradiciones que habían dominado durante largo tiempo la historia moderna de la interacción africana/afro-americana: la emigración africana y la evangelización cristiana. De manera similar, la difundida interacción entre africanos y negros americanos se produjo a causa del regreso de miles de negros brasileños al Africa occidental hasta la época de la abolición oficial de la esclavitud en Brasil (1888). Al reasentarse en sus antiguos hogares o cerca de ellos en Nigeria, Dahomey (hoy Benin), Togo y Costa de Oro (hoy Ghana), la competencia técnica y comercial de los afro-brasileños y sus aspiraciones políticas parecen haber afectado ampliamente las condiciones sociales, económicas y políticas de estos países. Posiblemente a causa de la ausencia de diferencias entre ellos en tanto que comunidad colectiva de colonos en sus regiones —tal fue el caso en Liberia— hubo por consiguiente poca diferencia entre los objetivos sociales y políticos de los indígenas africanos y de los afro-brasileños.

Liberia —aunque fundada por blancos americanos a través del ACS mucho antes del período de la lucha— ocupa un lugar especial en cualquier consideración sobre la inmigración entre las diferentes esferas del mundo negro. Como resultado, en parte, de los esfuerzos de Blyden por conseguir apoyo para los programas de la ACS, el Senado de los Estados Unidos debatió en 1889 un proyecto de ley para ayudar a los emigrantes negros. Además, en 1892, las solicitudes negras al ACS de un pasaje a Liberia habían aumentado rápidamente y muchos cientos de granjeros negros de Arkansas y Oklahoma llegaban a Nueva York con la esperanza de ser transportados a Africa. Y en 1893, cuando visitó Liberia, el obispo Turner informó entusiasmado que «el hombre negro tiene algo aquí (Liberia)... es virilidad, dignidad; y la mayor de las libertades; se siente como un lord y camina de

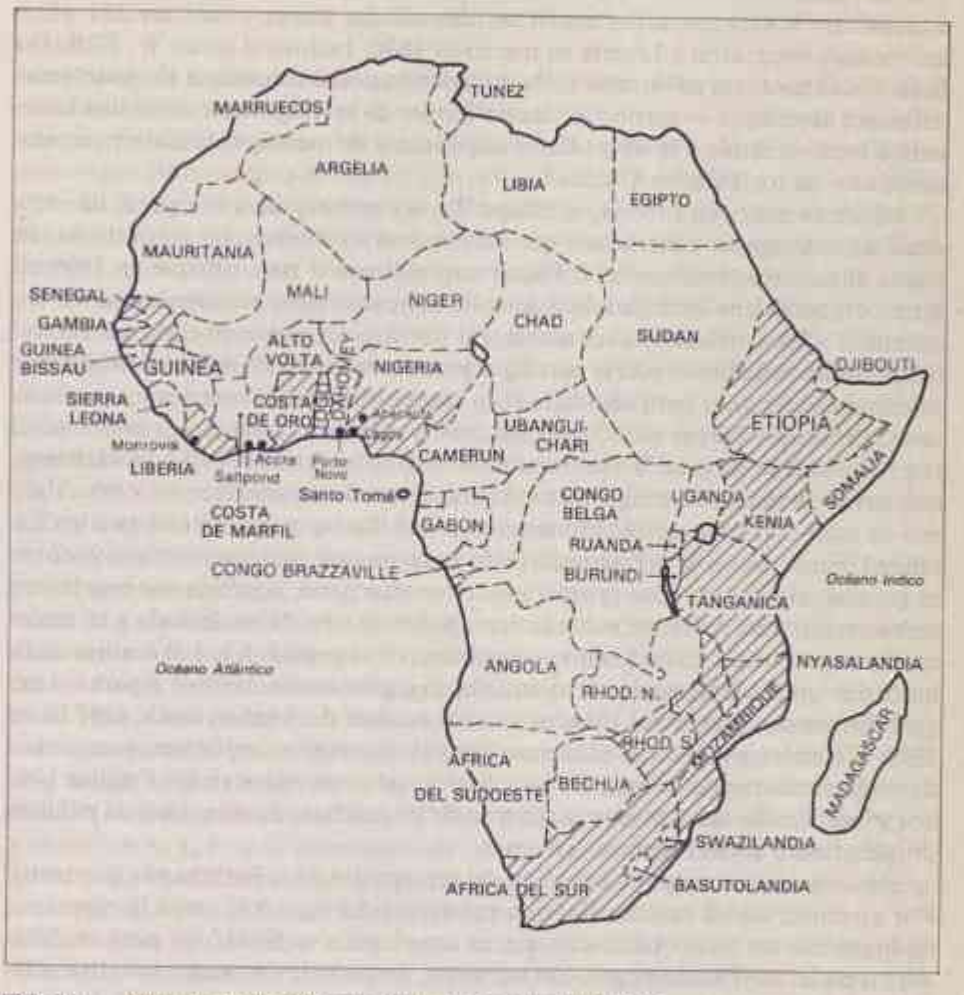


FIG. 29.1. Zonas de interacción entre Africa y América, 1880-1935

la misma forma»[1]. Más tarde, en 1896, el obispo Turner afirmaba nuevamente: «Pienso que dos o tres millones de nosotros debíamos regresar a la tierra de nuestros antepasados y establecer nuestras propias naciones, civilizaciones, leyes, costumbres, estilo de fabricación... y dejar de quejarnos, de protestar de forma crónica y de ser una amenaza para el país que el hombre blanco reclama y está decidido a dominar»[2]. Gracias a los esfuerzos del obispo Turner, más de 300 afro-americanos emigraron a Liberia en marzo de 1896. Incluso el joven W. E. B. Du Bois —más tarde un adversario de la emigración como solución a los problemas del negro americano— aprobó la idea de Turner de la emigración como una alternativa recomendable a la «humillante experiencia de mendigar justicia y reconocimiento» en los Estados Unidos[3].

Mientras tanto, en Liberia, el obispo Turner aconsejaba a los que él llamaba «capitalistas negros» americanos que «si empezaran a comerciar con Liberia, en pocos años serían millonarios». Pocos respondieron a esto, aunque en 1899 un grupo organizó una sociedad de desarrollo africano, cuyo principal objetivo era estimular a los afro-americanos a comprar tierras y asentarse en el Africa central oriental. La sociedad vendería participaciones o derechos de tierra ofrecidos por solicitantes africanos pero sólo lo haría a compradores afro-americanos o africanos[4]. El obispo Turner sirvió también más tarde como consejero a la Sociedad Internacional de Migración (International Migration Society, IMS) de Alabama, que envió cerca de 500 emigrantes a Africa, antes de desaparecer en 1900. Algunos de estos 500 emigrantes permanecieron en Liberia; otros regresaron a los Estados Unidos. Los que permanecieron lo pasaron razonablemente bien; y, como es natural, algunos de ellos prosperaron. Por otra parte, aquéllos que regresaron contaron historias de horror sobre la tierra pobre, la comida inadecuada y las malas condiciones de vida. Estas historias disminuyeron la probabilidad de realizar cualquier movimiento migratorio afro-americano a gran escala, incluso si para los negros las perspectivas en los Estados Unidos estaban declinando desde 1895 hasta 1900. Sin embargo, muchos afro-americanos continuaron, evidentemente, considerando con seriedad la emigración a Africa, tal como otros en los Estados Unidos y en el Caribe simplemente se alejaron de las prácticas discriminatorias públicas dirigiéndose a otras regiones próximas.

Al comenzar el siglo XX la batuta del regreso a Africa fue tomada por otros. Por ejemplo, un tal capitán Dean, a principios del siglo XX, tenía la esperanza de organizar un asentamiento de negros americanos en Sudáfrica para modelar allí un poderoso Estado negro. Sin embargo, después de una estancia extremadamente breve, cuyo objetivo era arreglar las cosas para este asentamiento, las autoridades blancas echaron a Dean de El Cabo por lo que llamaron «actividades provocadoras». Y, en 1914, el jefe Alfred C. Sam, un africano de Costa de Oro, que apareció en Oklahoma, persuadió a alrededor de sesenta granjeros negros de que Africa les ofrecía mayores oportunidades y se embarcó con ellos en dirección

[1] L. Davis, 1974, p. 3.
[2] *Ibid.*, p. 5.
[3] *Ibid.*
[4] A. C. Hill y M. Kilson (eds.), 1971, pp. 192-4.

a Saltpond, en Costa de Oro. Al encontrar que las afirmaciones del jefe Sam eran exageradas y enfrentarse con restricciones por parte de los oficiales de Costa de Oro que impedían la entrada a emigrantes americanos, con el tiempo, la mayoría de estos oklahomas, regresó a los Estados Unidos. Pero nadie hizo una impresión tan profunda como la que causó un abogado de la emigración de los africanos y negros americanos por igual. Se trata de Marcus Garvey, nacido en Jamaica en 1887.

A causa de su llamamiento general al orgullo negro, Garvey concentró la atención hacia Africa de millones de negros americanos durante el período posterior a la guerra mundial. El dr. Du Bois observó más tarde que «en el correr de unos pocos años (surgimiento de Garvey) las noticias de su movimiento o sus promesas y planes llegaron a Asia y a Europa y penetraron todos los rincones de Africa» [5]. Sus viajes al Caribe, a América central y del sur y su estancia de dos años en Gran Bretaña, persuadieron a Garvey de que la difícil situación de los negros exigía un programa militante de auto-ayuda. Dos aspectos específicos de su experiencia londinense afectaron su pensamiento; la lectura del libro de Booker T. Washington *Up from Slavery** (1899), porque según lo que él dijo más tarde estaba «destinado» a convertirse en un líder racial [6], y su encuentro con el intelectual egipcio Duse Muhammed Ali, un crítico acérrimo de las políticas de Gran Bretaña y afroamericanas en su libro *In the Land of the Pharaons*** (1911). El mismo Duse había viajado antes y trabajado brevemente como actor de teatro y activista político en los Estados Unidos antes de establecerse en Londres.

Después de regresar a Jamaica, en 1914, Garvey fundó su proyecto, ideado para hacer avanzar a la emigración africana y los programas relacionados, y lo llamó Mejora Universal del Negro y Asociación de Conservación y Liga de Comunidades Africanas [Universal Negro Improvement and Conservation Association and African Communities League (más tarde simplemente UNIA)]. A la edad de 28 años, Garvey fue a los Estados Unidos atraído por el trabajo de Washington, entusiasmado por el ejemplo de Duse y armado con un programa de redención racial: la instalación de escuelas agrícolas e industriales para los negros de Jamaica, una flota de barcos Estrella Negra para el comercio entre negros de Africa y americanos, y, lo más importante de todo, una «nación central para la raza». Liberia, que desde hacía largo tiempo era el centro de la emigración afro-americana, se convirtió en un imán para los esquemas migratorios de Garvey.

Garvey envió un emisario a Liberia, en mayo de 1920, quien explicó los objetivos de la Asociación: transferir a Liberia las oficinas centrales de la UNIA, ayuda financiera a Liberia para construir escuelas y hospitales, liquidación de las deudas de este país e instalación de negros americanos en su territorio, quienes ayudarían a desarrollar la agricultura y los recursos naturales [7]. Lleno de entusiasmo, el gobierno de Liberia otorgó las primeras peticiones de la UNIA con respec-

[5] W. E. B. Du Bois, 1968, p. 277.
* *Alzarse de la esclavitud. (N. del T.)*
[6] A. J. Garvey (ed.), 1923-5, vol. I, p. 126.
** *En la tierra de los faraones. (N. del T.)*
[7] Ver M. B. Akpan, 1973 (a); F. Chalk, 1967, pp. 135-42.



• *Marcus Garvey (1887-1940), fundador y líder de la Asociación para la Mejora Universal de los Negros.*

to a tierra en las afueras de Monrovia y Garvey, en retribución, envió un grupo de técnicos para que estudiaran el sitio y levantaran edificios en que alojar entre 20.000 y 30.000 familias que él esperaba enviar a lo largo de un periodo de dos años que empezaba más o menos en 1924, pero cuando los técnicos de Garvey llegaron a Maryland County, en mayo de 1924, fueron arrestados, detenidos y, en julio de 1924, deportados. No pasó mucho tiempo antes de que el gobierno de Liberia proscribiera también a la UNIA, garantizando de esta forma el fracaso del programa de Garvey de colonización en Liberia.

Mientras tanto, Garvey envió una pequeña misión de expertos técnicos, a finales de la década de 1920, al otro lado del continente africano, con el objeto de que investigara las posibilidades para la emigración negra americana a Etiopía. Sin embargo, la misión encontró menos entusiasmo del que había sido anticipado. Durante la década de 1930, existía una pequeña comunidad afro-americana residente en Etiopía. Algunos habían llegado como resultado de los llamamientos de Garvey, pero muchos de ellos habían venido por otros motivos. Investigaciones recientes así como otras más antiguas, revelan mucho sobre las relaciones afro-americanas y etíopes [8], pero el tema continúa siendo uno de los que todavía necesitan ser estudiados dentro del campo de las relaciones afro-americanas.

Un rabino negro, Arnold Ford, proveniente de Barbados (vía Nueva York), emigró a Etiopía en 1930 y actuaba en el Tambourine Club con canciones espirituales negras antes de que fuera «cerrado por el gobierno por discriminación contra los clientes locales etíopes» [9]. Mientras que estaba en Harlem, Ford se sintió atraído por el mensaje de Garvey. Por consiguiente, parece que, aunque la delegación de la UNIA fracasó en su intento de establecer lazos organizados tanto con el Cuerno de Africa como con Liberia, tuvo éxito en su esfuerzo por orientar a un cierto número de probables emigrantes negros americanos hacia allí. Posiblemente hubo más garveyistas individuales que emigraron a Etiopía que a Liberia. Porque a pesar de su mayor inaccesibilidad, la antigüedad de Etiopía y su grandeza pueden haber «ejercido un atractivo mayor que la política burguesa» —y, según la opinión de Garvey, antiafricana— de la élite gobernante liberio-americana» [10]. Por lo tanto, cuando Garvey rompió abiertamente con el gobierno de Liberia, es evidente que muchos de sus seguidores miraron fervorosamente hacia ese nuevo horizonte.

Sin embargo, mientras que algunos negros americanos que emigraron a Etiopía durante la década de 1920 y posteriormente, estaban motivados generalmente por Garvey, el detonante inmediato de sus acciones podría haber sido un encuentro casual con estudiantes etíopes, o un contacto con la delegación etíope ocasional que fue a Nueva York a finales de la década de los años 20 para «solicitar colonos negros cualificados para Africa» [11]. Más aún, Ford, de la misma manera que el obispo Turner, creía que los negros americanos tenían un papel redentor especial *vis a vis* en Africa, sobre la base de sus años de sufrimiento y exilio. El mismo

[8] Ver, por ejemplo, C. Coon, 1936; K. J. King, 1972, pp. 81-8; W. R. Scott, 1971.
[9] C. Coon, 1936, p. 137.
[10] K. J. King, 1972, p. 82.
[11] *Ibid.*

Ford contestó a tal llamamiento por medio de una delegación de falasa especial (judíos etíopes negros) y se dirigió a Etiopía en 1930 donde permaneció hasta su muerte ocurrida durante el tiempo de la guerra ítalo-etíope (1935-6) [12]. La mayoría de los emigrantes americanos que Ford encontró cuando llegó a Etiopía eran jamaicanos, y, ocasionalmente, otra gente afro-caribeña. Un informe reciente sugiere que «los indios occidentales parecen haber estado más preparados que algunos de los americanos para adaptarse a vivir en Etiopía», aunque ambos grupos sufrieron discriminación de vez en cuando [13].

Por supuesto, incluso antes de la época de Garvey, otros negros americanos habían emigrado a Etiopía pero como colonos individuales. Por ejemplo, en la década de 1890, Benito Sylvain, un haitiano, llevó a la corte de Menelik II un plan para una organización «pannegra». Sin embargo, resulta claro que las mayores oleadas de inmigrantes negros americanos llegaron durante la década de los años 20 y los primeros años de la del 30, es decir, después de que Garvey rompiera con Liberia y durante la época de la ascensión del emperador, y la mayor parte de ellas eran consecuencia de encuentros con viajeros etíopes. Durante el período inmediatamente posterior a la restauración de Haile Selassie, en 1941, un nuevo grupo de afro-americanos (probablemente veinte) viajó a Etiopía. El período, sin embargo, se sale del marco de este capítulo. Es suficiente decir que el número de negros emigrantes provenientes de América hacia Etiopía llegó a su cantidad más alta durante las actividades asociadas con Garvey, Ford y el emperador y no fue igualado ni antes ni después de esta época [14].

LOS AFRO-BRASILEÑOS

Los contactos entre el Brasil y la costa occidental de Africa se vieron facilitados por el establecimiento de líneas reguladores mixtas de carga y de pasajeros que de esta forma reemplazaron a los barcos de esclavos. La Compañía Británica de Africa y la Compañía Africana de Barcos de Vapor, por mencionar dos, hacían el servicio regular entre los puertos de la bahía de Todos los Santos y Lagos. De acuerdo con el *Weekly Times* del 11 de octubre de 1890, el vapor *Biaffra* regresó a Lagos, después de su viaje inaugural, con 110 pasajeros y 400 toneladas de mercancías a bordo. En aquella época el volumen del comercio entre las dos costas era realmente considerable. De acuerdo con Pierre Verger [15], las exportaciones de Brasil «consistían principalmente en cigarros, tabaco y ron», y las importaciones adoptaban la forma de «telas locales fabricadas con algodón europeo, nueces de cola y aceite de palma». Durante los cinco años que van de 1881 a 1885, el valor medio anual de las importaciones y exportaciones era de 19.084 y 11.259 libras esterlinas respectivamente.

El comercio entre las dos zonas costeras, aparte de la importancia que tenía

[12] Pero, para una cronología ligeramente diferente, ver H. Brotz, 1970, p. 12, y W. R. Scott, 1971.
[13] K. J. King, 1972, p. 82.
[14] Ver W. R. Scott, 1971.
[15] P. Verger, 1968, p. 623.

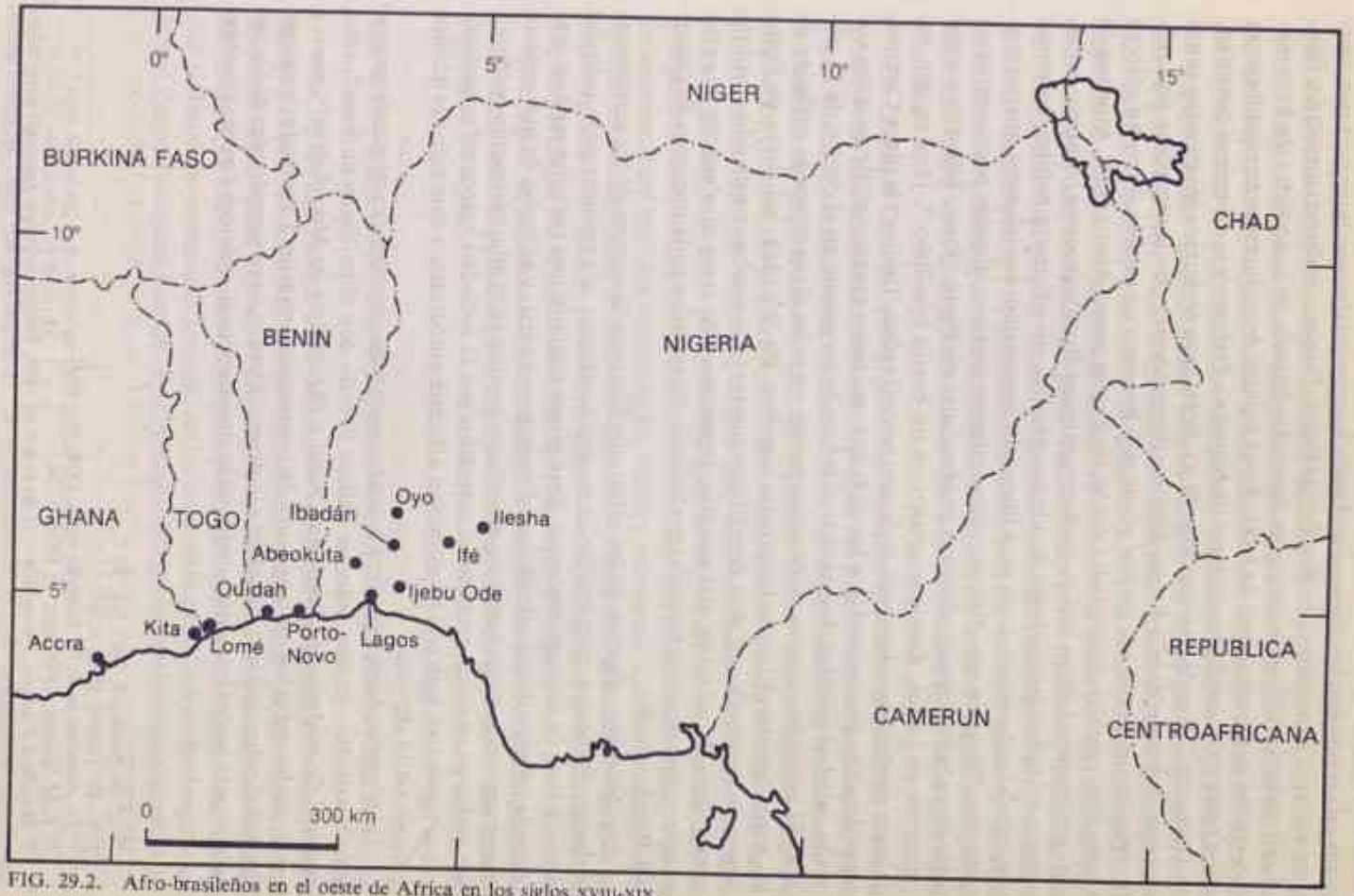


FIG. 29.2. Afro-brasileños en el oeste de Africa en los siglos XVIII-XIX.

como tal, condujo a la emergencia de una burguesía africana integrada por antiguos esclavos procedentes de Brasil y de Cuba. Este movimiento comenzó a finales del siglo XVIII [16], y se hizo más marcado después de la revuelta de los «malês» (esclavos musulmanes) de 1835. Estas bandas de emigrantes se establecieron sobre todo en las ciudades costeras de Nigeria y Dahomey y, en menor cantidad, en Togo y en Costa de Oro (ver Fig. 29.2). Formaron comunidades en estas zonas costeras, evitando de esta forma dirigirse tierra adentro con la excepción de aquéllos que se unieron a los grupos yorubas y hausas y se establecieron no sólo en Lagos sino también en ciudades del interior tales como Abeokuta [17]. Muchos de esos emigrantes habían sido *negros de ganho* en Brasil, en otras palabras, esclavos que vivían en las ciudades donde practicaban sus oficios (albañiles, carpinteros, calafateadores, etc.) con gran libertad y compartían sus ingresos con sus propietarios. Llevando con ellos sus conocimientos técnicos, algunos pocos constructores destacados crearon distritos residenciales en Porto Novo, Whydah y especialmente en Lagos, donde se construyó un barrio brasileño [18]. Hoy en día, todavía se pueden encontrar aquí, en lo que hoy es la plaza Tinubu y la plaza Campos, casas de pisos que recuerdan a las de Bahía, así como grandes edificios, tales como la catedral católica de Lagos o la mezquita levantada en el centro de la ciudad. El estilo de estas casas de pisos puede verse en algunos pocos edificios de las zonas interiores habitadas por los yorubas. En Whydah, así como en Porto Novo, se desarrolló un tipo de edificio que tanto si estaba construido con lujo como si era de un estilo más sencillo, seguía muy de cerca el plano de la «casa grande», tipo de estructura característico de los molinos y plantaciones de azúcar del Brasil colonial.

En Dahomey, algunos de los niños que fueron a la escuela de los misioneros ingleses y franceses, eran usados como ayudantes por la administración colonial sobre la base de sus conocimientos. Este grupo adquirió una posición especial gracias a la religión de sus miembros, alojamiento y ropa, y al hecho de que estaban comprometidos con el comercio atlántico y servían en la administración colonial. Sin embargo, no eran totalmente aceptados por la sociedad europea [19] y no siempre se entendían bien con la población africana autóctona, a causa de sus hábitos y de su estilo de vida.

Tales grupos fueron perdiendo gradualmente sus características específicamente afro-brasileñas, ya que, aunque habían llevado con ellos libros de Brasil, tales como el *Compêndio de Doutrina Cristai* y *O fabulista da Mocidadem* [20], poco a poco, en las escuelas, el lenguaje y la instrucción pasaron a ser exclusivamente los de los colonizadores franceses e ingleses. Además, los descendientes de los yorubas, para poder integrarse mejor en la sociedad local, volvieron a usar nombres

[16] C. W. Newbury, 1961, pp. 36-7.
[17] L. D. Turner, 1942, p. 65.
[18] D. Araedon en S. O. Biobaku (ed.), 1976, pp. 40-41.
[19] J. M. Turner, 1975, cap. V; 1978, p. 24.
[20] Bouche a Planque, Porto-Novo, 25 de enero de 1869, Societá delle Missione Africane Archives, Roma, referencia n.° 21.150, Encabezamiento n.° 12/80.200 (11/082) (carta del padre Bouche a su superior, el padre Planque).

yorubas y algunos empezaron a frecuentar los servicios de las iglesias africanas que derivaban del protestantismo misionero.

En Lagos, la comunidad mantuvo su identidad, por ejemplo, saliendo a la calle en los días de fiesta para bailar danzas folklóricas siguiendo en esto el ejemplo de la Sociedad Aurora Relief, que en 1900 [21] continuaba siendo identificada con un pequeño grupo de clase media. Con el tiempo, sin embargo, este grupo perdió sus rasgos distintivos. El portugués, en un tiempo considerado un idioma comercial, fue suplantado por el inglés en Nigeria y por el francés en Dahomey [22]. Se registraron algunas pocas formas nuevas de resistencia, como por ejemplo, la aparición en 1920 del periódico *Le guide du Dahomey* en Porto Novo [23], el cual, hasta 1922, publicó críticas a la administración colonial francesa. Otro periódico, *La Voix du Dahomey* [24], publicado más tarde por los descendientes de los afro-brasileños, se lamentaba de la dificultad para participar en el comercio exterior, tal como había sido la costumbre antes del establecimiento de la administración francesa.

En Costa de Oro, los afro-brasileños, aunque se habían establecido como un grupo separado sobre la base de sus costumbres más o menos occidentalizadas, y por este motivo conocidos como los *tabones*, abandonaron gradualmente sus tradiciones específicamente brasileñas, mientras conservaban otros rasgos culturales (por ejemplo, el golpear de los tambores) con motivo de fiestas tales como la procesión anual de dos días por las viejas calles de Accra [25]. Cuando los tabones se establecieron en el país tuvieron que firmar un pacto de vasallaje con un jefe ga de Accra. Muy pronto abandonaron el uso del idioma portugués, aunque en sus canciones hay una mezcla de ga, inglés y portugués. La rápida integración de los tabones en Costa de Oro contrasta con la integración bastante lenta de los afro-brasileños en Lagos, Abeokuta, Porto Novo, Whydah y otras ciudades menos importantes de la costa de Nigeria, Dahomey y Togo.

En Lagos, se formó una comunidad afro-cubana junto a la comunidad brasileña, compuesta la primera por un grupo más pequeño de individuos que habían regresado de Cuba.

LA EVANGELIZACION NEGRA AMERICANA EN AFRICA

Una de las formas que alimentaron los intercambios negros afro-americanos durante el período colonial, escaso en migraciones masivas, fue la llegada de misioneros negros para «elevar» Africa por medio de la evangelización cristiana. En general, la evangelización adoptó la forma de misioneros negros americanos que trabajaban primero al servicio de las corrientes principales, predominantemente denominaciones blancas. Por ejemplo, la Iglesia Presbiteriana apadrinó a

[21] *Lagos Standard*, 8 de enero de 1896 y 2 de mayo de 1900.
[22] M. C. de Cunha, 1976, p. 33.
[23] J. A. Ballard, 1965, p. 16.
[24] C. Tardits, 1968, p. 39.
[25] J. M. Turner, 1978, p. 23.

los misioneros negros en el Camerún francés, en una fecha tan temprana como 1896. Y el Rvdo. William H. Sheppard, un graduado negro del Instituto Hampton, de Virginia, empujó a la Iglesia Presbiteriana del Sur a emprender trabajos misioneros en el Congo, en la década de 1890, donde él representaba a la iglesia, y pronto se dio cuenta de que su misión atraía a conversos por «cientos», expandiéndose «hasta convertirse en uno de los puestos más importantes del cristianismo»[26]. Mientras tanto, durante los primeros años del siglo XX, los Adventistas del Séptimo Día enviaron tres misioneros negros a Nyasa (hoy Malawi) y, como resultado de una gira de cinco años, mandaron después a tres jóvenes seguidores africanos, incluyendo entre ellos a Daniel Sharpe Malekebu, a escuelas negras americanas para que recibieran educación. (No sólo algunos evangelizadores de las iglesias blancas eran negros, sino que algunos misioneros blancos se destinaron a escuelas afro-americanas con objeto de prepararse para el servicio africano.) Pero, por su propia voluntad y según sus derechos, las iglesias negras pronto se convirtieron en las iglesias líderes, y (lo que es discutible) en las empresas misioneras más eficaces de Africa.

En verdad, los afro-americanos del siglo XIX fueron exhortados a asumir una postura especial hacia la «redención» de las sociedades africanas. El obispo Turner, por ejemplo, argumentó enérgicamente que «Dios trajo al negro a América y los cristianizó para que pudiera regresar a Africa y redimir la tierra»[27]. Otros aludieron a la futura grandeza política de Africa, así como a la misión divina como razones que obligaban a los negros del Nuevo Mundo a actuar. Por ejemplo, en un discurso de 1902, se dijo a los negros que «si el negro americano sintiera realmente su responsabilidad, enfrentara su oportunidad y emprendiera la evangelización de Africa en nombre de Dios, millones aún no nacidos... de hijos de Africa serían testigos de un continente transformado»[28].

Antes, en 1884, la Iglesia Metodista Episcopal Africana (African Methodist Episcopal Church, AME) patrocinó un gran simposio sobre la pregunta «¿Cuál debe ser la política de los americanos de color hacia Africa?». En agosto de 1893, participantes africanos y otros provenientes de los Estados Unidos y de Europa, asistieron al «Congreso Mundial sobre Africa» de la Asociación Misionera Americana, que se celebró conjuntamente con la Feria Mundial de Chicago de ese año. La intención de este congreso, que duró una semana, era promover el interés por el trabajo misionero afro-americano en Africa, y también los derechos de los «africanos en América».

En el congreso, el obispo Turner renovó su defensa de la emigración negra a Liberia. En verdad, al menos un liberiano (Momolu Massaquoi) asistió y participó en los actos. En una conferencia posterior, en diciembre de 1895, sobre «Africa y el negro americano», impartida en el Seminario Teológico Gammon de Atlanta, participó al menos un delegado africano (Etna Holderness de Liberia). Las reuniones de Gammon insistieron nuevamente en la obligación de los negros americanos de ayudar a cristianizar toda Africa: «Debe haber y tiene que haber una

[26] C. Clendenen, R. Collins y P. Duignan, 1966, p. 63.
[27] M. M. Ponton, 1917, p. 77.
[28] I. G. Penn y J. W. E. Bowen (eds.), 1902, p. 310.

línea ininterrumpida de trabajadores cristianos que vaya desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Egipto..., desde allí hasta Sierra Leona y Liberia...; desde allí hacia el Sudán y el Estado del Congo»[29].

Los negros americanos respondieron de diversas formas a este tipo de llamamiento. Por ejemplo, en 1930, en un arranque de energía, un obispo AME compró una granja de muchos miles de acres de tierra en Sudáfrica con la intención de instalar en ella a miembros de su iglesia, en una colonia AME. Por otra parte, las iglesias negras de los Estados Unidos se volvieron aprensivas con respecto a los nuevos informes que daba la prensa negra, en enero de 1926, diciendo que todos los misioneros estaban siendo deportados de Liberia.

Sin embargo, a un nivel más importante, las iglesias AME y la Iglesia Zion Metodista Episcopal de Africa (AME Zion) y la Convención Bautista Nacional (National Baptist Convention, NBC), todas ellas desplegaron misioneros negros en Africa, a lo largo del período colonial. Los enclaves anteriores de la NBC habían sido instalados en Liberia en 1883, construidos sobre los trabajos, incluso anteriores, de Lott Carey. La iglesia Zion AME también echó raíces en Liberia en 1878 y en Costa de Oro en 1896. Posteriormente, el obispo John Bryan Small, del Caribe, organizó dos conferencias anuales Zion AME, en Costa de Oro y, consecuentemente, atrajo al seno de las iglesias afro-americanas a J. E. K. Aggrey y a Frank Osam-Pinanko, y, con el tiempo, al servicio de la iglesia Zion AME. En 1930, los misioneros Zion AME fueron a trabajar a Nigeria, respondiendo a una solicitud, realizada por las iglesias africanas del lugar, para afiliarse a Zion. Mientras tanto, la iglesia AME apadrinó misiones en numerosos lugares africanos, incluyendo Sierra Leona en 1886 (apoyándose en la evangelización anterior realizada por Daniel Coker), en Liberia, en la década de 1890 (a través de la visita personal de Henry Turner), y en Sudáfrica en 1896. Es necesario decir algo más sobre la evolución del trabajo misionero de AME en Africa, a causa de su duración, y especialmente sobre la zona en la que la iglesia hizo el mayor impacto, el sur de Africa.

Muchos negros americanos que respondieron al llamamiento de sus iglesias durante los últimos años del siglo XIX fueron al sur de Africa como misioneros, con un importante resultado. En 1896 se había completado una verdadera alianza entre la iglesia cismática independiente africana o «etíope», y la iglesia AME, abriendo una década trascendente en la historia de la Sudáfrica negra y de la América negra. Aunque la unión AME-etíope tuvo corta vida, la iglesia AME, apoyándose en su anterior penetración, continuó siendo fuerte en Sudáfrica durante los cincuenta años siguientes.

Formado por elementos disidentes de la iglesia wesleyana y otros «descontentos religiosos», el movimiento de la iglesia etíope o iglesia negra separatista luchó durante los primeros años por su existencia. Sólo se salvó, sin embargo, gracias a la intervención fortuita de un estudiante africano de la Universidad de Wilberforce. Charlotte Manye —uno de los numerosos estudiantes del sur de Africa que llegaron a las universidades de Wilberforce y de Lincoln en 1895, formando parte

[29] J. W. E. Bowen (ed.), 1896, p. 205.

del llamado «coro zulú»— escribió una carta a su hermana que estaba en Sudáfrica usando papel de la Iglesia AME. La carta despertó el interés de los líderes del movimiento etíope por conseguir más información sobre AME; solicitaron y recibieron copias de la disciplina de la Iglesia AME; libros, himnos y liturgia. Sin embargo, se mostró un interés particular en las posibilidades para los africanos de recibir educación superior en los Estados Unidos. En 1896, esta serie casual de acontecimientos condujo al envío a los Estados Unidos de una delegación «etíope», dirigida por el Rvdo. James Mata Dwane, y culminó con la absorción de la iglesia etíope por parte de AME y con la entrada formal de la Iglesia AME en el campo de las misiones extranjeras.

Dwane urgió concretamente a los afro-americanos a que fueran a Sudáfrica a desarrollar la misión educadora de la Iglesia AME, argumentando que Sudáfrica ofrecía «a los negros americanos educados y consagrados su mayor campo de utilidad» [30]. Sin embargo, por el momento sería necesario que la iglesia madre ayudara por medio de la capacitación de jóvenes africanos e instituciones educativas americanas. El obispo Turner respondió poniendo un críptico anuncio en su periódico, *The Voice of Missions* (La voz de las misiones): «Tomad nota, Wilberforce. Sudáfrica llega.»

Sin embargo, Dwane y los líderes africanos consideraron como el resultado lógico de la conexión afro-americana que esto debía ser transformado en un desarrollo de escuelas indígenas similares a las que estaban frecuentando en los Estados Unidos los estudiantes africanos. El creía que los maestros y los predicadores, en la cantidad requerida por la población africana, debían provenir de esa escuela, rompiendo de esa forma la dependencia total de las escuelas de ultramar en lo que concernía a los misioneros y al personal docente. Mientras tanto, Turner visitó Sudáfrica en 1898, consagró a Dwane como obispo vicario de AME y proclamó la intención de la iglesia de construir un colegio AME, el mejor de todos entre las «tentativas misioneras educativas previas». A su vez, Dwane habló de establecer «la Escuela Normal Turner de Queenstown», o «la Wilberfoce del continente negro».

Turner dedicó todo el número de la *Voice of Missions* (Voz de las misiones) de marzo de 1899 a hacer publicidad para la campaña del colegio sudafricano. En un artículo que describía la redención de Africa como la «responsabilidad del negro americano» tomaron forma las especificidades del colegio: sería una escuela para africanos, en la que enseñarían africanos, fundada y apoyada por el departamento misionero de AME. El equipo docente fundador estaría formado por estudiantes africanos que hubieran estudiado ya en la Universidad de Wilberforce, en el Colegio Morris Brown, en la Universidad Howard y en el Departamento Médico del Colegio Central del Estado de Nashville, en Tennessee.

El resultado de la dirección y de la dominación no-africanas en el movimiento de la iglesia demostró, sin embargo, ser insoportable para Swane. En 1899 se separó de la unión AME-etíope y de esta forma creó un cisma en el seno de las filas de la iglesia negra de Sudáfrica. En 1900, intentando recuperar su punto de apo-

[30] J. M. Dwane, 1897.

yo misionero en Sudáfrica, la conferencia general AME nombró a Levi Coppin como el primer obispo residente. Además, la iglesia fue ayudada en su trabajo por Charlotte Manye, la estudiante sotho que había desencadenado en primer término la afiliación AME-etíope. Manye regresó de hacer sus estudios en América, en 1901, e inmediatamente recogió la idea del colegio sudafricano, fundando una escuela misionera de AME entre los pedis del Cabo Oriental. En 1908, Charlotte Manye Maxeke y su esposo habían obtenido suficiente dinero del Departamento misionero para comprar tierra en el Transvaal, construir una residencia (a la que se dio el nombre de Obispo Coppin) y mudar la escuela (llamada ahora Institución Wilberforce) a su lugar permanente en Evaton.

Mientras tanto, en Nyasa, John Chilembwe, un joven yao convertido a la NBC escribió en 1905 a su iglesia madre que «el trabajo de la misión depende principalmente de vuestra ayuda». Con señales de desesperanza, continuó con sentimientos expresados sólo diez años antes cuando dirigió una rebelión fracasada contra los británicos en Nyasa: «Aquí en el Africa central británica las cosas no son como en Africa del sur, donde la gente puede hacer algo por sí misma para las misiones... no sé qué ocurrirá en el futuro con este trabajo»[31]. Chilembwe había viajado a América en 1897 para estudiar en el Seminario Teológico de Virginia (sólo para negros), se había preparado para ministro y había regresado a Nyasa alrededor de 1900 bajo los auspicios de la Convención Baptista Nacional. Trabajó para crear una misión —sobre la que escribió el lamento mencionado más arriba— siguiendo la línea que había observado entre los negros americanos: «Una misión industrial en la que los africanos recibían instrucción en materia de artes y oficios así como instrucción cristiana»[32].

El obispo Coppin valoró los esfuerzos de la iglesia negra americana en Africa, en un discurso dirigido a la Conferencia General de AME, en 1916. El señalaba que:

> La iglesia central ha sido construida, y ayudada a construir iglesias y escuelas en Africa, occidental y del sur. Muchos estudiantes han sido preparados en nuestras escuelas, en casa, principalmente o totalmente a expensas de la iglesia... (porque) no hemos permanecido indiferentes al llamamiento al deber que tenemos hacia nuestros parientes de allende los mares; para reconocer la deuda que tenemos con el campo extranjero en general y con Africa en particular... para la redención de Africa, en donde todavía hay millones que aún están en la oscuridad, y para estrechar la mano extendida de Etiopía[33].

A pesar de la resistencia desarrollada por los políticos y las autoridades eclesiásticas blancas de Sudáfrica, las conexiones de AME, suscitadas por Turner y profundizadas por Dwane, y el firme apoyo institucional proporcionado por los Coppins y los Naxekes, produjeron una verdadera avalancha de estudiantes africanos que se matriculaban en las escuelas americanas. De manera similar, en el Africa central británica y en el Africa occidental los estudiantes africanos eran estimulados, y con frecuencia becados, por las iglesias negras americanas. Estancias posteriores de estudiantes pusieron las bases para una fase nueva y mayor

[31] J. Chilembwe, 1905.
[32] G. Shepperson y T. Price, 1958, p. 113.
[33] Citado en AME Church *Episcopal Handbook*, 1963.

en la interacción africana y afro-americana del período colonial, una fase que tuvo grandes consecuencias para los movimientos nacionalistas africanos subsiguientes que se desarrollaron a mediados del siglo XX. En verdad, el período de los contactos generados por los misioneros, en el que los líderes de las iglesias negras americanas jugaron el papel de mentores fue cambiando gradualmente hasta transformarse en un período en el que el nivel de la interacción y la naturaleza de los intereses americanos en la América negra estaban crecientemente determinados por las iniciativas africanas.

INTERACCIONES RELIGIOSAS ENTRE BRASIL Y LA COSTA AFRICANA

En asuntos de religión y, en lo que respecta más específicamente a la evangelización, no podemos comparar la influencia de los negros norteamericanos con la de los afro-brasileños. Mientras que los primeros estaban directa o indirectamente implicados en el trabajo de difundir el evangelio, los últimos nunca se comprometieron con el trabajo de proselitismo. Muchos de ellos, después de llegar a Lagos, consiguieron hallar su camino hacia sus países de origen. En algunos escasos documentos históricos, hay referencias sobre musulmanes afro-brasileños que pasaban por Lagos en sus viajes hacia el país hausa. Verger [34] menciona la actividad del cónsul inglés en Lagos, Benjamín Campbell, quien en 1858 dio pasaportes a los afro-brasileños que expresaron el deseo de viajar a sus distintas patrias. En Lagos, en los aledaños del barrio brasileño, artesanos brasileños construyeron una mezquita central.

Además los católicos [35] construyeron su primera iglesia, la iglesia de Santa Cruz, comenzada en 1879 en Lagos, y enviaron a sus hijos a las escuelas de las misiones inglesa y francesa que estaban empezando a usar el inglés y el francés en su enseñanza.

Gracias a la influencia religiosa, ejercida intermitentemente desde la isla de Santo Tomé por sacerdotes que hablaban portugués, la comunidad fue guiada y asistida durante su período inicial por un esclavo liberado conocido como padre Antonio [36]. Los hijos de los afro-brasileños que vivían en el barrio brasileño, que habían frecuentado las escuelas misioneras, empezaron a trabajar como maestros de escuela y catequistas en las escuelas que los sacerdotes de la Sociedad Misionera Africana estaban instalando en la región, sin olvidar otras actividades tales como trabajar para la administración colonial [37]. Estos catequistas pertenecían a las misiones que eran de origen europeo y no a ninguna empresa misionera educadora originada en Brasil o que fuera el resultado de una iniciativa de la comunidad afro-brasileña de Lagos. De hecho, el idioma en que se daba la instrucción era el inglés y, a veces, el francés.

Para los afro-brasileños el catolicismo era un rasgo distintivo que les confería

[34] P. Verger, 1968, pp. 617-18.
[35] J. F. A. Ajayi, 1965, pp. 199-200, 202.
[36] P. Verger, 1968, p. 618.
[37] M. C. da Cunha, 1976, p. 32.

una posición social especial, haciendo de ellos el primer núcleo de la burguesía africana de Lagos. Un gran número de afro-brasileños que habían regresado a Africa, aunque afirmaba profesar la religión católica, no había abandonado nunca sus creencias religiosas africanas tradicionales. Así que, cuando regresaron a sus patrias, sus prácticas religiosas fueron revitalizadas y asumieron una forma más o menos sincrética, con los aspectos formales del catolicismo, resultado de la vida religiosa en Brasil, tales como los santos católicos puestos junto a las divinidades africanas del panteón yoruba que ellos continuaban venerando. «Lo que llamó la atención a los misioneros católicos cuando desembarcaron en las costas de Africa, fue la igualdad de respeto que mostraban los afro-brasileños a la religión que habían adquirido en América del sur y a la que habían heredado de sus antepasados...». El padre Lafite añadió que los «brasileños eran cristianos sólo porque habían sido bautizados, lo que no les impedía invocar a las divinidades negras...». Los brasileños y otros conversos pusieron su confianza en los beneficios sociales que resultaban de su *posición* de cristianos más que en una aceptación de todo corazón de las enseñanzas de la iglesia [38].

En contraste con lo que ocurrió en los Estados Unidos, en donde las conversiones alcanzaron un nivel más profundo, y numerosos negros norteamericanos se convirtieron en propagadores de la fe cristiana, los afro-brasileños conservaron sus creencias religiosas africanas.

De acuerdo con esto, los afro-brasileños, que vivían en el barrio brasileño y formaban un núcleo de clase media y a la vez un grupo social con cohesión y distinto, gracias, en parte, a la religión católica, practicaban el culto doméstico de los *orixas* («dioses») y consultaba *babalaos ifa* (adivinos) [39]. Además, las religiones africanas todavía ejercían su influencia en Brasil a través del Atlántico. Nina Rodrigues [40], señala que a principios del siglo XX, barcos procedentes de Lagos transportaban yorubas y comerciantes nagos que hablaban inglés y que llevaban con ellos nueces de cola, conchas de cauri, objetos de culto yoruba jèje (juju), jabón, «sarongs provenientes de la costa», etc. En 1888, sobre 8.237 libras esterlinas que valían los bienes exportados del Brasil, el aceite de palma representaba sólo 2.600 libras; el resto correspondía a objetos religiosos y de culto, especialmente «sarongs de la costa» (3.367), para los que había una demanda considerable en Brasil, nueces de cola de dos clases (1.525), «paja de la costa», jabón negro, conchas de cauri, «oris», calabazas y «cuentas para rosarios». Objetos para el culto africano y artículos usados en las ceremonias religiosas afro-brasileñas nunca dejaron de ser importados en Brasil y gradualmente empezaron a ser muy buscados, adquiriendo como consecuencia gran valor, ya que el número de los que practicaban el sincretismo afro-brasileño aumentaba.

EL IMPACTO EDUCATIVO DE LAS AMERICAS

Cuando los estudiantes africanos vivían en América durante el período colonial, crearon el contexto para una relación diferente entre los africanos y los afro-

[38] P. Verger, 1968, p. 601.
[39] M. C. da Cunha, 1976, p. 33.
[40] N. Rodrigues, 1976, p. 105.

americanos y entre los mismos estudiantes africanos venidos de todas partes del continente africano. Al regresar a sus casas, inspiraron también a miles de sus compatriotas a matricularse en escuelas americanas, entre 1880 y la segunda guerra mundial. De este modo, el número de estudiantes africanos que había en los Estados Unidos aumentó y el tiempo en el que los estudiantes como grupo estuvo en contacto con negros americanos fue prolongado. Los nombres de tales estudiantes africanos coloniales educados en América son legión e incluyen a recientes jefes de Estado (tales como Nnamdi Azikiwe, Kwame Nkrumah y Kamuzu Banda) así como a líderes comunitarios y nacionalistas anteriores como A. B. Xuma, John Dube, Marshall y Charlotte Maxeke, J. E. K. Aggrey, Pixley Ka Izaka Seme, D. S. Malekebu, Franck Osam-Pinanko, Peter Koinange, Ndabaningi Sithole, Eduardo Mondlane y John Chilembwe. Con el tiempo, el flujo constante de africanos que reservaba pasajes para América aumentó llegando a sobrepasar sustancialmente el flujo de misioneros negros que viajaban en la otra dirección. Lo que empezó como una correría evangelizadora americana en Africa, para la redención espiritual, en otras palabras, ayudó con el tiempo a construir trampolines para una revolución educativa, técnica y política.

Sería posible deducir el impacto de la experiencia educativa americana sobre los procesos africanos coloniales y anticoloniales examinando breves biografías de algunos estudiantes africanos. J. E. K. Aggrey, por ejemplo, viajó en 1898 de Costa de Oro a los Estados Unidos por influencia directa de un obispo Zion-AME de Barbados, educado en América. Aggrey fue orientado al Colegio Livingstone de Salisbury, Carolina del Norte, la principal institución educativa de la Iglesia Zion-AME, en el aparente sobreentendido de que regresaría directamente a Africa al servicio de la iglesia. Sin embargo, después de obtener un bachillerato y un diploma en teología, Aggrey aceptó un empleo en la editorial Zion-AME de Charlotte, se convirtió en corresponsal de uno o dos periódicos negros, dirigió clases particulares para maestros negros de la vecindad, fue ordenado superior de la iglesia y le ofrecieron dos puestos de pastor en iglesias negras. De acuerdo con su biógrafo, este trabajo pastoral fue «uno de los acontecimientos más importantes de la experiencia americana de Aggrey», porque «lo sacó de una atmósfera académica introduciéndole en las actividades de la vida que llevaba el negro americano»[41]. Además, sus conexiones con la América negra ya se habían hecho más profundas en 1904, cuando se casó con una joven afro-americana, posiblemente descendiente de Frederick Douglass. Después de 22 años de trabajo en la América negra, Aggrey regresó a Africa, en dos ocasiones diferentes, como miembro de la Comisión Phelps-Stokes, pero murió en 1927, poco después de aceptar el puesto de ayudante vicedirector del Colegio Achimota recientemente creado en Ghana. Entre los numerosos jóvenes africanos sobre los que influyó, se cuentan Nnamdi Azikiwe, Kwame Nkrumah y Kamuzu Banda; todos ellos se matricularon más tarde en escuelas negras americanas.

Mientras estaba en Estados Unidos, John Chilembwe, de Nyasa, se vio expuesto a una creciente conciencia de raza negra. Chilembwe fue estudiante en Vir-

[41] E. Smith, 1929, p. 85.



• *J. E. K. Aggrey (1875-1921), educador de la Costa de Oro.*

ginia durante la época de los disturbios raciales de Wilmington, Carolina del Norte, en 1898. Parece también que viajó de regreso a Africa en compañía del Rvdo. Charles S. Morris, un bautista afro-americano de «mentalidad etíope» y testigo presencial de los desórdenes de Wilmington. George Shepperson y Thomas Price, en un estudio admirable, evalúan los efectos de las experiencias de Chilembwe en una América consciente de los problemas raciales, haciendo notar que la forma del ajuste negro de la postreconstrucción a la legislación discriminatoria «le ofrecía un modelo de estrategia y táctica del que pudo extraer lecciones para sus propias reacciones ante las (menos diferenciadas pero no por eso menos eficaces) discriminaciones contra los africanos que había en su propia tierra». Shepperson y Price no discuten que Chilembwe haya derivado la idea misma de las escuelas africanas «independientes del gobierno y de las misiones europeas» de las instituciones afro-americanas; sólo que «es razonable suponer que su concepción de ellas se vio influenciada por sus experiencias en los Estados Unidos» [42].

Aunque no existe evidencia que revele la naturaleza de sus lecturas mientras estaba en Estados Unidos, Chilembwe vivió en América en la época en que los oradores y escritores como el obispo Turner y Booker T. Washington ya eran temas noticiosos y la época en que Du Bois y periodistas negros militantes tales como T. Thomas Fortune, también se estaban convirtiendo en noticia. Además, la comisión establecida para investigar el levantamiento de Nyasa de 1915 alegó que la mucha literatura incendiaria proveniente de la América negra había sido uno de los factores que habían motivado a los seguidores de Chilembwe en esa revuelta.

Mientras tanto, el Rvdo. D. S. Malekebu, también de Nyasa, regresó en 1926 al Africa central británica, después de estudiar en Estados Unidos. Su ausencia no había sido tan prolongada como la de Aggrey, ni su regreso fue tan cataclísmico como el de Chilembwe, pero su emergencia en tanto que líder comunitario durante el período colonial fue igualmente notoria. Malekebu había estudiado en la Escuela Normal Nacional de Durham, Carolina del Norte, en el Instituto Moody de la Biblia de Chicago, y después había obtenido un diploma de medicina en la Escuela Médica Meharry, en 1917. A su regreso a Nyasa, acompañado por su esposa, Flora Ethelwyn, una graduada del Colegio Spelman del Congo, abrió nuevamente la Misión Industrial de la Providencia de Chilembwe que el gobierno del protectorado de Nyasa arrasó totalmente como consecuencia de la rebelión fracasada de 1915. Además, Malekebu fundó la Asociación Nativa Chiradzulu, y fue nombrado para el Consejo Local del Distrito. Resumiendo, su construcción de una iglesia y de un hospital, la reconstrucción de la misión Chilembwe y su trabajo comunitario de amplia base provocaron informes entusiastas.

Nnamdi Azikiwi —quien de la misma manera que Kamuzu Banda estaba dispuesto a viajar a América mediante el omnipresente James Aggrey y por la disposición de los Estados Unidos asociados con Marcus Gravey —se matriculó primero en una escuela preparatoria negra, en Virginia occidental, en 1925. Cuando frecuentó la Universidad Howard, Azikiwe estudió y trabajó muy cerca de investigadores negros tales como Ralph Bunche, y, especialmente, Alain Locke y Wi-

[42] G. Shepperson y T. Price, 1958, pp. 97-8.

lliam Leo Hansberry sobre temas tales como la historia afro-americana y la historia africana precolonial.

El profesor Locke se convirtió en el tutor personal de Azikiwe quien, a cambio, trabajó como secretario personal de Locke. Publicado en 1925, el libro de Locke *The New Negro* (El nuevo negro) debe haber tenido un enorme impacto sobre los estudios de Azikiwe ya que el libro era un modelo de estudio comparativo de sociedades y culturas negras, e incluía aportes sugerentes por un caleidoscopio de escritores e investigadores del «renacimiento» de Harlem: Jean Toomer, Countee Cullen, James Weldon Johnson, el jamaicano Claude McKay, Langston Hughes, el emigrante negro de Puerto Rico Arthur A. Schomburg, E. Franklin Frazier, y W. E. B. Du Bois. Además, es evidente que el contacto con el estudiante de leyes de las Indias Occidentales George Padmore, influyó en Azikiwe mientras era estudiante en Howard; en una reunión de estudiantes, Padmore habló sobre las operaciones políticas en las elecciones de los Estados Unidos de 1928. Más tarde, Padmore aportó análisis políticos publicados en las páginas del *African Morning Post* (Correo Matutino Africano), de Azikiwe, publicado en Costa de Oro en la década de 1930.

En un discurso pronunciado ante el Comité de directores de la Universidad de Howard, en 1954, poco antes de convertirse en primer ministro de Nigeria oriental, Azikiwe manifestó refiriéndose a sus tiempos de estudiante en Howard: «Aquí, en Hilltop, aprendí los rudimentos de las humanidades, de la anatomía y de las ciencias sociales y la gramática de la política»[43]. El profesor Hansberry estaba próximo cuando Azikiwe fue ascendido a gobernador general de Nigeria, en 1960. En aquella época, Hansberry rindió homenaje a Azikiwe como el «más ilustre de mis antiguos estudiantes... uno que percibió con suma claridad la grandeza del pasado de Africa y demostró las grandes potencialidades del presente africano»[44]. Es seguro que en su alabanza de Azikiwe estaba presente también algo de su decepción provocada por el clima poco receptivo y con frecuencia hostil en que su propio trabajo sobre la historia africana era llevado a cabo entre los profesores afro-americanos y los estudiantes de Howard.

Cuando se trasladó a la Universidad de Lincoln, en 1930, Azikiwe continuó interesado por la historia negra y las relaciones sociales, mostrando la decisión de asegurar el nombramiento de negros en los claustros blancos y criticando «la ambición convencional de sus compañeros estudiantes y los objetivos aparentes de clase media de la institución...»[45]. Pensaba que «era una barbaridad que 86 años después de que un negro hubiera sido nombrado para el claustro, existiera todavía una facultad para negros»[46]. Las autoridades universitarias estaban cada vez más desencantadas con las actividades de protesta de Azikiwe [que fueron difundidas no sólo en los campus sino también en el periódico negro *Philadelphia Tribune* (Tribuna de Filadelfia) y en los periódicos afro-americanos de Baltimore]. En consecuencia, la escuela rehusó recomendar a Azikiwe para que le reno-

[43] B. N. Azikiwe, 1961, p. 13.
[44] K. A. B. Jones-Quartey, 1965, p. 76.
[45] Horace Mann Bond Papers, Universidad de Lincoln (Pensilvania).
[46] H. M. Bond, en J. A. David (ed.), 1958, p. 257.



• *Nnandi Azikiwe (nacido en 1904), nigeriano, periodista pan-africano y político.*

varan su visado de estudiante y tal negativa determinó el fin de su estancia en América. Azikiwe partió para Africa en 1934. En la época en que Kwame Nkrumah se matriculó en Lincoln, en 1935, a finales del periodo que estudiamos aquí, un cierto número de reformas insistentemente pedidas por Azikiwe habían sido instituidas.

Mientras viajaba por el sur y el occidente de Africa con la Comisión Phelps-Stokes, y mientras daba conferencias en Costa de Oro como parte de su nombramiento achimota, Aggrey y muchos otros de forma similar tomaron contacto con numerosas comunidades africanas e incitaron a docenas de jóvenes a buscar una educación americana antes que británica. Azikiwe, Banda y Nkrumah se convirtieron en tres de los más conocidos de entre los jóvenes influidos por Aggrey. Las experiencias de estos hombres ilustran también los aspectos pan-africanos o pannegros de sus días americanos. Pero tales aspectos de la interacción africana con negros de la diáspora no explican totalmente las actividades que estos africanos educados en América realizaron a su regreso a casa. Estas actividades tampoco resultan adecuadamente explicadas en los estudios actualmente disponibles. Lo que parecer haber ocurrido, especialmente entre los africanos de las colonias británicas, fue una perspectiva alterada de los africanos educados en América en colisión con una recepción colonial inhóspita (que estaba incitada por las experiencias educativas completamente exteriores a la órbita colonial)[47].

Sin embargo, la educación americana no era rechazada o desdeñada de forma universal o categórica en las colonias africanas. Existen indicaciones de que la enseñanza industrial o vocacional era bienvenida por parte de los empresarios coloniales, ya que les permitía conseguir obreros cualificados para conducir camiones a motor, construir sus casas y manejar sus plantas eléctricas o mecánicas. Los oficiales del gobierno y los misioneros blancos estimularon esta clase de enseñanza por diferentes razones: los oficiales del gobierno porque creían que el desarrollo económico y comercial del territorio avanzaría, los misioneros porque, tal como Booker T. Washington, pensaban que el enfoque hacia una «educación práctica» formaba el carácter y ayudaría a elevar el nivel moral general de la vida africana.

El hecho de que el factor afro-americano de la experiencia de los africanos que estudiaron en los Estados Unidos contribuyera a la diferenciación de estas experiencias, puede ser observado en los siguientes ejemplos. El reverendo John Dube, más tarde primer presidente general del Congreso Nacional Africano (1912-17), a quien algunas veces se llamaba el «Booker T. Washington de Sudáfrica», en una charla en la ciudad de Nueva York, afirmó de manera explícita el valor que para él tenía el modelo Tuskegee de Washington. En verdad, Dube fundó un «Tuskegee indígena» en Zululand para educar la mente, la mano y el corazón de la juventud zulú al estilo de Washington. Los obstáculos que entorpecieron los esfuerzos de Dube fueron formidables. Incluían problemas con la recaudación de fondos a causa de las sospechas sudafricanas de «influencias perturbadoras» provenientes de las actividades «etiopes» de los obispos Turner, Dwane y Coppin.

[47] Ver R. D. Ralston, en preparación, para el desarrollo de este argumento.

Después de sus nueve años de estancia en los Estados Unidos, Azikiwe regresó, en 1934, no a su Nigeria nativa, sino a Costa de Oro, donde se instaló temporalmente después de haber sido rechazado para puestos en Nigeria (como maestro en el Kings College de Lagos) y en el servicio diplomático de Liberia. El presidente Barclay de Liberia rechazó la solicitud de Azikiwe con el seco comentario de que no era ciudadano de Liberia y que, por consiguiente, sabía bastante menos de lo que era necesario conocer sobre la república, para realizar las tareas en cuestión. Con su celo característico, sin embargo, Azikiwe se dispuso a convertirse a sí mismo en una autoridad tal sobre Liberia que incluso la ciudadanía liberio-americana le tendría envidia. Al terminar el año 1931 sabía suficiente sobre el tema como para leer un escrito sobre Liberia en la conferencia anual de la Asociación para el Estudio de la Vida y la Historia del Negro. En este escrito, defendía a Liberia y condenaba a los críticos occidentales. En 1934, publicó su libro *Liberia in World Politics* (Liberia en la política mundial).

PAN-AFRICANISMO: ASPECTOS POLITICOS Y CULTURALES

Además de los intercambios educativos, una serie de organizaciones y conferencias pan-africanistas, así como actividades comerciales literarias o culturales pusieron a los africanos en contacto con los negros americanos y ayudaron a influir en los acontecimientos del Africa colonial. Las actividades de cuatro personas dominaron el desarrollo del pan-africanismo formal y organizado durante el período colonial. El primero fue Booker T. Washington, fundador y director del Instituto Tuskegee, el modelo educativo para muchas comunidades africanas y caribeñas. El segundo fue el Dr. W. E. B. Du Bois, quien como editor de la revista *The Crisis* (La crisis) y «padre» del movimiento del congreso pan-africano *per se* convirtió a Africa en una actividad subsidiaria de la Asociación Nacional para el Avance del Pueblo de Color (National Association for the Advancement of Colored People, NAACP). Marcus Garvey, quien usó su UNIA, no sólo para forjar un movimiento emigratorio, sino también para promover la solidaridad a nivel de organización y política entre todos los pueblos de ascendencia africana, fue el tercero. Y el último fue Aimé Césaire quien (en colaboración con otros negros del Caribe tales como León Damas de Cayena, el Dr. Jean Price-Mars de Haití y el poeta-político senegalés Leopold Senghor) propusieron una variante cultural del pan-africanismo de la conciencia de grupo negro, llamada *negritud*, principalmente en el seno del grupo negro de habla francesa.

Mientras que el interés pan-africanista y la implicación y el impacto de Washington y Tuskegee en Africa y sobre los estudiantes africanos matriculados o que aspiraban a serlo fue considerable, estos aspectos del trabajo de Washington no son bien conocidos. La reputación y los recursos de Tuskegee, sin embargo, fueron llevados a Africa por alumnos africanos y americanos, y con frecuencia por numerosos visitantes africanos de Tuskegee o por personas que mantenían correspondencia con Washington pero que nunca habían sido estudiantes matriculados. En consecuencia, por medio de numerosas conferencias internacionales, visitas y misiones técnicas, muchos africanos recibieron la influencia del «espíritu

de Tuskegee» o se inspiraron en Tuskegee y en otras fuentes negras americanas.

En su discurso de apertura de la pan-africana «Conferencia Internacional sobre el Negro» reunida en Tuskegee en la primavera de 1912, Washington puso el acento sobre el tema de un intercambio de técnicas y recursos entre los negros de Africa y de América. «El motivo de haber convocado esta conferencia en Tuskegee», declaró Washington, «es proporcionar una oportunidad para estudiar los métodos empleados en ayudar a los negros en los Estados Unidos con vistas a decidir en qué medida los métodos de Tuskegee y de Hampton pueden ser aplicados a las condiciones de Africa»[48]. Entre los que asistieron a la conferencia de 1912, había delegados de Costa de Oro [J. E. Casely Hayford, autor del influyente *Ethiopia Unbound* (Etiopía liberada) publicado el año anterior, y una representación de la Sociedad para la Protección de los Derechos Aborígenes], del Africa oriental británica, de Liberia (F. E. T. Johnson), de Nigeria, Ruanda, Africa oriental portuguesa (hoy Mozambique) y Sudáfrica (Rvdo. Isaiah Sishuba, de la Iglesia Etíope, Queenstown).

Aunque el interés africano por Tuskegee se vio muy avivado por la conferencia de 1912, la repatriación de estudiantes africanos y las noticias de proyectos anteriores de Tuskegee ya habían despertado un gran interés. Por ejemplo, una misión Tuskegee había llegado en 1901 a Togoland (hoy Togo), invitada por el gobierno colonial alemán; la misión tenía por objeto mejorar los métodos africanos de cultivar el algodón. El éxito de la misión condujo a invitaciones posteriores de misiones que fueron a Tanganica (hoy Tanzania), Zanzíbar y Sudán y Washington fue invitado a establecer una oficina en Sudáfrica.

Actividades relacionadas pan-africanistas Tuskegee/Washington incluían encuentros con la Liga de Empresarios Negros, en 1908, en la que Washington expresó su reconocimiento al pan-africanismo por el intercambio africano/afro-americano. Cuando presentaba a los cinco delegados de Liberia que estaban buscando ayuda financiera americana, Washington puso el énfasis en que «están aquí en los Estados Unidos, en visita oficial no solamente como enviados de su tierra sino como representantes de toda la raza negra»[49]. Aunque el resultado comercial entre los africanos y los afro-americanos fue muy reducido, la Compañía de la Unión Africana (una línea de vapores fundada en 1913 por Emett Scott, un ayudante de Washington) tenía por objeto promover la comercialización de productos africanos en el mercado mundial. Evidentemente, esta idea de una línea marítima con Africa acercó especialmente a Garvey con Washington.

El encuentro entre negros africanos y americanos en Tuskegee, así como los proyectos de Tuskegee provocaron la difusión del «espíritu de Tuskegee» en una progresión casi geométrica. El trabajo en Nigeria de un graduado de la Escuela Normal de la Biblia de la Residencia de Phelps de Tuskegee proporciona un ejempo muy pequeño de esto. En una carta al claustro, este diplomado informaba que «he expuesto a mi gente el proyecto de establecer una escuela como Tuskegee y han aceptado con alegría. Uno de ellos ha dado 50 acres de tierra y mil dólares para empezar con las obras inmediatamente»; continuaba diciendo: «Estoy cons-

[48] *The Tuskegee Student*, 1912.
[49] *Liberian Bulletin*, 1908, pp. 64-5.

truyendo dos o tres casas y enseguida comenzaré a predicar el espíritu de Tuskegee»[50].

John Dube y D. D. T. Jabavu fueron dos de una larga lista de notables africanos que pasaron por el terreno común proporcionado por Tuskegee. Durante sus años en los Estados Unidos como estudiante en Oberlin y en Nueva York, Dube se asoció tanto con el educador de Atlanta John Hope como con Booker T. Washington de Tuskegee. Dube regresó a Sudáfrica en 1899 y estableció el Instituto Ohlange, que seguía abiertamente el modelo de Tuskegee. Posteriormente, Jabavu, que entonces era estudiante en la Universidad de Londres, pasó alrededor de seis semanas en Tuskegee observando las técnicas agrícolas, en su camino hacia otras instituciones negras del sur.

Además, en Tuskegee se organizaron una serie de ejercicios anuales de graduación, llamados «retóricas africanas», con el objeto de responder a las necesidades específicas de la agenda africana, tales como recaudar fondos para apoyar una capilla Tuskegee en Liberia. Estos ejercicios contaban habitualmente con estudiantes africanos y afro-americanos del instituto para los discursos y para cantar. En los ejercicios de 1916, los discursos abarcaron desde «El desarrollo de la industria del cacao en Costa de Oro», y las «Posibilidades para el desarrollo de la agricultura en Sudáfrica» por A. B. Xuma[51], a «Religión y vida social en Madagascar».

En tanto que movimiento político organizado, el pan-africanismo se convirtió también en un importante lazo de unión entre los africanos coloniales y los negros americanos. En 1900, Henry Silvester Williams, un abogado de Trinidad, organizó en Londres la primera de una serie de conferencias pan-africanas a la que acudieron delegados de Estados Unidos, del Caribe, de América del Sur y de Africa. Además, Williams, que fue admitido como «abogado de la corte suprema de la colonia de El Cabo de Buena Esperanza» para ejercer el derecho en Sudáfrica desde 1903-4, participó en diversas actividades africanas de protesta política. Williams también es conocido por haberse comprometido en la celebración de las bodas de diamante de la independencia de Liberia, cuando, por orden del presidente Barclay, en 1907, se dedicó a la causa de la emigración del Nuevo Mundo a Liberia.

Es indudable, sin embargo, que fueron los tres congresos pan-africanos posteriores a la conferencia de Williams, convocados por W. E. B. Du Bois en varias capitales europeas (París, 1919; Londres, Bruselas y París, 1921; Londres y Lisboa, 1923) los que dominaron el movimiento pan-africanista organizado. El mismo Du Bois, a su vez, dominó los tres congresos. Reunió el primero en París en 1919, mientras estaba en Francia para cubrir la Conferencia de Paz de París para *The Crisis* (La crisis), para reunir información para una «Historia del negro americano en la gran guerra» que había sido propuesta; y para hacer presión en favor de los derechos políticos de «las razas más oscuras que viven en los Estados Unidos así como en todo el resto del mundo»[52]. Entre las resoluciones adoptadas en

[50] *Southern Letter*, 1917.
[51] A. B. Xuma es el tema de una biografía que está preparando el autor.
[52] *The Crisis*, 1921, pp. 119-20.

el congreso de París de 1919, había una que hacía un llamamiento a la autodeterminación de los africanos.

Al segundo Congreso Pan-africano, reunido en París en 1921, Du Bois acudió en compañía de Walter White; del artista afro-americano Henry O. Tanner; de Jessie R. Fauset, un escritor negro de editoriales en *The Crisis* y el más político de los novelistas de «renacimiento» de Harlem; el cantante afro-americano de conciertos Roland Hayes; y Blaise Diagne, de Senegal. El Congreso de 1923 atrajo participantes de América, del Caribe y de Africa. Además de Du Bois, Rayford Logan y el obispo AME Vernon, de los Estados Unidos, el jefe Amoah III, de Costa de Oro, y Kamba Simango, del Africa oriental portuguesa, asistieron y ayudaron a formular numerosas resoluciones sustanciales, además de un llamamiento general para «el desarrollo de Africa en beneficio de los africanos»[53]. El congreso hizo también un llamamiento para una representación en la Comisión de Mandatos de la Liga de las Naciones «un instituto para estudiar el problema negro», el restablecimiento o mejora de los derechos negros en todo el mundo negro, y la libertad de Abisinia, Haití y Liberia de las «garras del monopolio y de la usura en manos de los dueños del dinero del mundo»[54]. Du Bois llevó personalmente las resoluciones a Ginebra para exponerlas ante la Liga.

Posiblemente fue a causa de la afirmación referente a Liberia, por lo que el presidente Coolidge pidió a Du Bois que representara a los Estados Unidos en la toma de posesión del presidente de Liberia, en 1923. Mientras estaba en Liberia, en lo que era su primera visita a Africa, Du Bois podría haber hablado contra el proyecto migratorio pan-africano de Garvey, porque, poco tiempo después, Liberia rechazó el plan de la UNIA.

Sin embargo, a pesar de las críticas sectarias contra él y contra la UNIA, entre 1916 y mediados de la década del 30, Garvey se convirtió en el foco de muchos intereses pan-africanistas en los Estados Unidos, el Caribe, Africa occidental, Africa oriental, Africa central y, especialmente, el sur de Africa. En verdad, al terminar la primera guerra mundial, el periódico militante de Garvey *The Negro World* (El mundo negro) —dirigido por Hubert Harrison, un periodista del Caribe que vivía en Nueva York— pulsó una cuerda sensible para las masas negras de Nueva York, de toda América del Norte y de Africa. El mensaje de Garvey a todos era: organizar, comprar negro, apoyar a la Línea de Vapores Estrella Negra (que podía llevar emigrantes negros a Africa y traer de vuelta materias primas) y ayudar a echar a los blancos de Africa. El insistía en que:

> Somos los descendientes de un pueblo que sufre. Somos los descendientes de un pueblo decidido a no sufrir más... No queremos pertenecer a otros, aunque otros hayan buscado siempre privarnos de lo que nos pertenece... Las otras razas tienen países propios y es hora de que los 400.000.000 de negros [del mundo] reclamen Africa para sí mismos[55].

Mientras que Du Bois era la mayor fuerza pan-africana entre los intelectuales negros que estaban fuera de Africa, y Washington era más conocido entre las cla-

[53] *The Crisis*, 1924, p. 120.
[54] *Ibid.*, p. 121.
[55] Citado en E. D. Cronon, 1962, p. 65.

ses artesanas rurales, la influencia de Garvey se hizo sentir igualmente entre las masas negras sumergidas de todos los estratos, tanto dentro como fuera de Africa. Garvey recibió gran parte de su propia inspiración pan-africanista en Inglaterra, en 1912, del intelectual egipcio Muhammad Alí, y de la lectura que hizo, también en Londres, de la autobiografía de Washington, *Up from Slavery*.

Organizada inicialmente en torno a la idea de montar una escuela similar a la de Tuskegee en Jamaica, la UNIA de Garvey se convirtió en el vínculo organizador entre gran número de negros africanos y americanos que estaban fuera de Africa, y, a través de *The Negro World*, consiguió una eficacia pan-africana sustancial en Africa. Entre 1920 y 1938 se celebraron ocho convenciones UNIA; las primeras cinco, de las que se ocupó Garvey, en Nueva York, en agosto de cada año, desde 1920 hasta 1924, las dos siguientes, posteriores a la deportación de Garvey de los Estados Unidos, en Jamaica en 1929 y 1934, y la octava y última, en Canadá en 1938.

Empezando con la primera convención, Garvey abogó por la creación de escuelas especiales para enseñar educación técnica a los negros de Africa y de las Américas, por el desarrollo de «oportunidades económicas en la agricultura, la industria y el comercio» para promocionar el comercio entre los negros, el lanzamiento de la Línea de Vapores Estrella Negra, para facilitar ese comercio, y el establecimiento de un periódico cotidiano «en muchas ciudades grandes del mundo para modelar el sentimiento en favor de toda la raza negra», especialmente en Londres, París, Berlín, Ciudad de El Cabo, Nueva York, Washington D. C., Costa de Oro y el Caribe. Para Garvey, la instrumentación de este programa podría, potencialmente, unificar «cada unidad de raza negra de todo el mundo en un cuerpo organizado»[56]. Los contemporáneos sentían que el mensaje de Garvey «reverberaba» literalmente «dentro de Africa» y que «desde ese lugar, que apenas ofrecía ventajas, de Harlem, se convirtió en una figura mundial»[57].

En 1917, J. E. Casely Hayford, el intelectual de Costa de Oro, utilizó el ímpetu general del garveyismo para fundar el Congreso Nacional del Africa Occidental Británica, cuya sesión inaugural se celebró en Accra en marzo de 1920. Por otra parte, Jomo Kenyatta recordó que, en 1921, «los nacionalistas de Kenia que no sabían leer, buscaban un lector que estuviera cerca, para que les leyera *The Negro World* y escuchaban un artículo durante 2 o 3 minutos... (y) entonces... corrían hacia diversas partes de la selva repitiendo cuidadosamente toda la historia... a africanos hambrientos de alguna doctrina que los elevara de la conciencia servil en que vivía Africa»[58]. El mismo Garvey escribió editoriales y largos artículos para *The Negro World* ya que aseguraba un número de lectores mucho mayor que su tirada real de 200.000 ejemplares.

En Nyasa, las autoridades coloniales así como algunos líderes africanos, tal como Clements Kadalie, fundador del Sindicato de Trabajadores de la Industria y del Comercio, se resistieron al establecimiento de ayudantes de la UNIA[59]. A

[56] A. C. Hill y M. Kilson (eds.), 1971, p. 241.
[57] J. H. Clarke, 1964, p. 15.
[58] C. L. R. James, 1963, p. 396.
[59] S. W. Johnsi en R. I. Rotberg y A. A. Mazrui (eds.), 1970.

pesar de la oposición aparente del socialista Kadalie a la postura de la UNIA de «Africa para los africanos», Garvey contactó posiblemente de modo personal a estudiantes africanos, incluyendo a nativos de Nyasa que estudiaban entonces en los Estados Unidos. En consecuencia, la Oficina Colonial Británica realizó una investigación intensiva sobre los estudiantes de Nyasa, por ejemplo, sobre las actividades del Dr. D. S. Malekebu, un estudiante de medicina de la década de los años 20 en el Colegio Médico Meharry. Además, cuando regresó a Africa, a Malekebu se le negó la entrada en Nyasa y por consiguiente se fue a Liberia por un tiempo. El temor a una nueva emergencia del espectro revolucionario de John Chilembwe fue la causa, en parte, de que en la década de 1920 las autoridades coloniales británicas rechazaran una propuesta de «gira por Nyasa de sus socios». A causa de la posibilidad de que la influencia de Garvey se extendiera por medios más informales, tales como el regreso de los trabajadores emigrantes de Sudáfrica [60] y su ostentoso periódico, en 1922 las autoridades prohibieron, en efecto, *The Negro World*. Las autoridades pueden haberse sentido especialmente provocadas por artículos del periódico tales como uno posterior que se refería a Kamuzu Banda, en ese entonces, recientemente graduado en la Universidad de Chicago, como «heredero evidente de la jefatura de 25.000 nativos de Nyasa» [61].

La viuda de Garvey, Amy Jacques Garvey, ha explicado cómo, mientras tanto, la influencia de Garvey se extendía por medios realmente misteriosos: «Provenientes de otras partes de Africa [además de Liberia] tanto marinos como estudiantes han sido adoctrinados por el garveyismo en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos y, a su regreso a casa, han difundido secretamente y sin hacer ruido el evangelio de la Unidad y la Libertad; algunos se han convertido en líderes, otros han creado seguidores dedicados por medio de su enseñanza y de su fe inspirada» [62]. La influencia de Garvey se hizo evidente en la zona de las escuelas de misión frecuentada por Azikiwe. Kwame Nkrumah confió más tarde que, mientras era estudiante en los Estados Unidos, ninguna literatura le había hecho más impacto que el libro de Garvey *Philosophy and Opinions* (Filosofía y opiniones) (1923).

Mientras Garvey y Du Bois estaban agitando políticamente al mundo negro, durante las tres primeras décadas del siglo XX, se estaba desarrollando un florecimiento cultural de orientación africana de gran influencia. La reafirmación de la cultura negra se asentó especialmente en Europa, el Caribe y Africa occidental, y estaba dirigida por africanos de habla francesa y estudiantes caribeños que se encontraban en París y que fueron captados por el movimiento del Congreso Panafricano, los programas de la UNIA y la excitación general del renacimiento de Harlem.

Resumiendo, la interacción entre los negros caribeños de habla francesa (tales como Aimé Césaire de Martinica, cuyo famoso *Cahier d'un Retour au Pays Natal** fue publicado en 1939) e intelectuales del Africa occidental (tales como el poeta-

[60] Para referencias sobre las ramas sudafricanas de la UNIA, ver *The Negro World*, 1927.
[61] *The Negro World*, 1932, p. 8.
[62] A. J. Garvey, 1963, p. 258.
* *Diario de un regreso al país natal. (N. del T.)*

político senegalés Léopold Senghor) forjaron el movimiento de la *negritud*. Basado en la creencia de que existe una herencia cultural común a todos los africanos y a todos los pueblos descendientes de africanos, los escritores de la negritud intentaron volver a establecer lazos entre las esferas del mundo negro.

El concepto de negritud estuvo fuertemente influenciado por la experiencia negra de ultramar y por los escritos y el vigor intelectual del renacimiento de Harlem. A su vez, el movimiento del renacimiento se vio alimentado por la emergencia de una identificación cultural con Africa. Countee Cullen se preguntaba poéticamente «¿Qué es Africa para mí?» en su poema llamado «Herencia», mientras que Langton Hughes, en «El negro habla de ríos», cuenta como construyó su cabaña cerca del río Congo y éste lo arrulló hasta que se durmió[63]. Ambos influyeron grandemente en Senghor y en los escritores de la negritud.

Pero fue la poesía de otro jamaicano, Claude McKay, la que ayudó a unificar cultural y políticamente al pan-africanismo, cuando insistió, a través del vehículo que era su poesía, en que los negros debían reconocer y protestar contra sus sufrimientos comunes y afirmar su dignidad. Particularmente expresivo era el desafiante poema de McKay, usado más tarde, sin mencionar la fuente, por Winston Churchill durante la batalla de Inglaterra, llamado «Si debemos morir». McKay, de la misma manera que Garvey y miles de estudiantes africanos comenzó su estancia en los Estados Unidos a causa de su interés por Tuskegee, pero pronto lo abandonó y se unió a los millones de negros que acudieron a Nueva York en la década de 1920.

Ocasionalmente, la interacción entre los africanos coloniales y los negros de América fue expresada en la literatura popular y pensada en forma simbólica. Diversas comunidades africanas concentraron ocasionalmente sus sueños milenarios de liberación del yugo colonial en las poblaciones negras americanas. Por ejemplo, en la penumbra milenaria que rodeó al desastroso sacrificio xhosa de ganado de mediados del siglo XIX, los africanos creyeron firmemente que las tierras y propiedades tradicionales, así como los parientes les serían devueltos gracias a la intervención negra de allende los mares. En 1910, nuevamente durante la época en que se formó la Unión Sudafricana, los relatos de los periódicos hablaban de un obispo africano llamado Msiqinya, quien afirmaba ser un mesías proveniente de la América negra. El tema se repitió en 1921 cuando Enoch Mjigima, un garveyista y líder de un grupo que se llamaba a sí mismo «Israelitas Negros», estableció contacto con la Iglesia Afro-americana de Dios y de los Santos de Cristo, durante la rebelión Bulhoek y en la profecía Wellington (ver capítulo 27). En aquel tiempo Mjigima, que había mantenido correspondencia con Garvey, deseaba organizar una rama de la UNIA en Sudáfrica.

Una de las dos versiones pintorescas y noveladas del tema milenario afroamericano durante los primeros años del siglo XX, fue una novela llamada *Prester John* (1910). Escrita por un hombre blanco, esta novela retrataba a un clérigo africano educado en ultramar que lidera una enorme revuelta contra los blancos. Causó una inmediata sensación en el sur de Africa. Para algunos, se trataba del

[63] Citado en A. Bontemps (ed.), 1963, pp. 63-4, 83-6.

anteproyecto seguido cinco años antes por Chilembwe en la revolución de Nyasa. En 1923 apareció una segunda novela titulada *Bayete!* que dramatizaba las perspectivas de las influencias afro-americanas en el sur de Africa, jugando con el temor de los blancos sudafricanos a las influencias afro-americanas.

En medio del temor creado por los dos movimientos proféticos (Msiqinya y Mjigima/Wellington) y las dos novelas milenarias *(Prester John* y *Bayete!*), surgieron dos evidentes resurrecciones del tema mesiánico afro-americano bajo la forma de la emergencia del movimiento de Garvey y de la visita de Phelps-Stokes al sur de Africa de James Aggrey. Aunque él era un fante de Costa de Oro, Aggrey fue ampliamente percibido como la vanguardia de una invasión negra tan fuertemente enfatizada en las tradiciones orales africanas, de Cabo Verde y blancas. Un relato contemporáneo describe las creencias populares:

> Para comprender la fervorosa recepción ofrecida a Aggrey en el Transkei y la eficacia de sus discursos sobre, por lo menos, muchas mentes, es necesario recordar que allí, tal como en otras partes del continente africano, un cierto número de habitantes estaba mirando hacia América buscando al otro lado del océano la redención de sus problemas. Algunos suponían que Aggrey era el heraldo de una banda invasora de negros —creían que todos los americanos eran negros— que echaría al mar a todos los blancos de Sudáfrica [64].

Resumiendo, la aparición de Aggrey encajaba perfectamente, según parece, con la jactancia de Garvey de volver a instalar en Africa a millones de negros americanos y derrotar allí al colonialismo, y de esta forma encendió viejas esperanzas y temores.

Durante el período que estamos estudiando, algunos pocos negros brasileños que vivían en Brasil se implicaron activamente en la lucha por conseguir la emancipación de los esclavos (1888) [65]. Entre ellos estaba Luis da Gama (1830-85), André Reboucas (1838-98) y José do Patrocínio 1853-1905). Entre los estudios que se refieren a la contribución africana en Brasil debemos mencionar el trabajo realizado por Manuel Raimundo Querino (1851-1923) quien vivió en San Salvador de Bahía y cuyas numerosas publicaciones incluían *O Africano como colonizador e costumes africanos no Brasil*. Solano Trinidade (1908-73) [66] introdujo en la poesía brasileña los conceptos del pan-africanismo y de negritud. También se debe mencionar el papel jugado por la prensa afro-brasileña, con el lanzamiento del periódico *O Menelick* en 1915, en São Paulo, y muchos otros, tales como *Getulino* (1923-26) en Campinas, *O Clarim da Alvorada* (1924-32) en São Paulo, fundado por José Correia Leite y Jayme de Aguiar, y más tarde *A Voz da Raca* (1933-7), el órgano de un movimiento político conocido como Frente Negro-brasileño.

[64] Citado en C. H. Rollins, 1970, p. 19.
[64] E. Smith, 1929, p. 181.
[65] D. B. Porter, 1978; S. M. Couceiro, 1974; H. L. Alves, 1976.
[66] M. Andrade, 1959, pp. 97-9.

PERSISTENCIA Y TRANSFORMACION DE LOS VALORES CULTURALES AFRICANOS EN AMERICA DEL SUR Y EL CARIBE

Numerosos autores[67] llaman la atención hacia la presencia africana en los países americanos y del Caribe, presencia que ellos evalúan en términos de porcentaje de descendientes de africanos dentro de la población total de cada país. Sobre la base de este criterio es posible identificar tres grupos principales.

El primer grupo está integrado por los países en los que la mayoría de la población es negra. Esto es cierto en Haití, Jamaica, Trinidad y Tobago y Barbados, por ejemplo. El segundo grupo incluye países en los que la proporción de la población de origen africano es insignificante, en términos demográficos. Este es el caso de Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Bolivia, entre otros. El tercer grupo incluye a Brasil y a Cuba, en donde los negros han jugado un papel clave en la economía[68], han ejercido una considerable influencia cultural y en los que la configuración étnica es, en gran medida, resultado del mestizaje.

Por último, es necesario mencionar otros dos grupos de países. El primero está integrado por países tales como Colombia, Panamá y Nicaragua, en los que hay pequeños grupos de población de origen africano pero que de alguna manera están muy unidos. El segundo grupo está integrado por aquellos países que tienen grupos de origen africano que no han sufrido un proceso de integración en el nuevo mundo, tales como Surinam, en donde hay grupos de bonis, djukas, saramacas y akwas, y Jamaica, Santo Domingo e incluso Haití y Cuba, el hogar de los cimarrones. En Surinam y en la Guayana francesa hay grupos que al vivir en la selva han conservado más o menos intactos sus valores culturales fundamentales y una cierta organización social. Los cimarrones eran comunidades de esclavos que habían huido y se habían refugiado en las montañas de esos países, aislándose de esta forma del contacto con los colonizadores. Más tarde, en Surinam, en la Guayana francesa y, en cierta medida, en Jamaica, se mantuvieron apartados de lo que podría llamarse la «comunidad nacional».

Desde el punto de vista demográfico, la composición de la población de cada país debería ser cuidadosamente examinada en lo que se refiere a los tres grupos principales: la población de origen africano, la de origen europeo y, por último, la de origen local —los «amerindios»—. También se debe tomar en cuenta, cuando se presente el caso, la supervivencia demográfica de cada grupo como tal y el resultado del mestizaje entre numerosos grupos diferentes.

La distribución de cada grupo por categoría social sin tomar en cuenta otros indicadores tales como la escolarización, debe ser entonces estudiada, y esto proporcionará una base para analizar los cambios en la posición de la población de origen africano. Este enfoque fue usado por Octavio Ianni y Fernando Henrique Cardoso[69] para estudiar el proceso por el cual los antiguos esclavos entraron en el mercado libre de trabajo y posteriormente se integraron en la economía urbana.

Este tipo de análisis posibilita la evaluación del alcance de la integración de

[67] L. B. Rout Jr., 1976.
[68] J. H. Rodrigues, 1964, vol. I, p. 51.
[69] O. Ianni, 1962; F. H. Cardoso, 1962.

la población de origen africano en los sistemas económicos y en las sociedades de América del Sur. Sin embargo, deja de lado la persistencia en el Nuevo Mundo del prestigio de los valores culturales africanos, aunque se puede sostener, por supuesto, que esto sólo puede ser medido utilizando un criterio racial y que no se trata de una variable importante.

Aquí, hay dos escuelas de pensamiento en conflicto. La posición tomada por M. J. Herskovits [70] con respecto a la «reinterpretación» de la cultura africana, tal como aparece reflejada en elementos culturales persistentes, provocó que el sociólogo negro norteamericano E. Franklin Frazier [71] atrajera la atención hacia el problema central de la integración en la sociedad como un todo. Según la visión de Frazier, la teoría de Herskovits podría llevar a la conclusión de que la persistencia de valores culturales africanos podría ser considerada como una evidencia que apoyara el argumento racista de que los negros no pueden ser asimilados. En los Estados Unidos, a causa de diversos factores que incluyen el trabajo realizado por las iglesias protestantes, los antiguos esclavos perdieron la mayor parte de sus valores tradicionales africanos y se convirtieron en parte integrante del mundo cultural anglosajón.

El paralelo entre América del Norte y del Sur y el Caribe, en términos de presencia africana y especialmente de valores culturales africanos no es concluyente, porque las situaciones eran muy diferentes en vista de las diferentes formas en las que los antiguos esclavos se «integraron» en esas regiones, que cambian incluso de un país a otro.

Desde el punto de vista cultural, mientras que en los Estados Unidos la conversión a la religión protestante condujo al abandono de las tradiciones culturales y a la emergencia de un nuevo punto de vista, en América del Sur y en el Caribe, los valores culturales africanos persistieron en diversos grados o sufrieron un proceso de transformación.

Metodológicamente, es necesario distinguir dos formas de presencia: la presencia cultural de Africa y la presencia negra en el sentido físico. Es posible encontrar evidencia de una de las formas de presencia o de ambas simultáneamente, según la situación y el tipo del proceso colonial implicados.

El problema de las distinciones de color surge de diferentes formas porque, de acuerdo con Roger Bastide, «tanto si la línea del color está institucionalizada como en Estados Unidos, como si no lo está, el resultado es el mismo. Los negros viven o tienden a vivir en mundos separados, en un mundo aparte. Se sienten «diferentes» de otros y están obligados —o prefieren (las razones tienen menos importancia para nosotros que las consecuencias)— a «encerrarse en sí mismos» [72].

El análisis histórico revela que, a través de los años, más que acentuarse la dicotomía entre «cultura africana» y «cultura negra», como resultado de una serie de cambios sociales, lo que ocurrió fue una transformación cultural que variaba de grado según la situación. En Haití, por ejemplo, en donde la población negra es mayoritaria, una religión africana característica se vio influenciada por las

[70] M. J. Herskovits, 1941, 1948, 1966 (a), 1966 (b), 1966 (c).
[71] E. F. Frazier, 1949.
[72] R. Bastide, 1967, p. 199.

realidades estructurales de la sociedad de Haití y por el papel de los mestizos y sufrió una serie de cambios promovidos por nuevos «dioses» que satisfacieran las exigencias de la nueva situación. En las islas vecinas, como resultado del trabajo realizado por la misión protestante, una «cultura negra» había tomado forma ya en diversos movimientos: por ejemplo, el de los rastafarianos (una ola de mesianismo como reacción contra el dominio blanco en la que las imágenes africanas estaban apenas veladas, Haile Selasie fue considerado como un Mesías). Por otra parte, en Jamaica, durante este período histórico, junto con el culto sasabonsan de origen asante, persistían elementos de «cultura africana», que posteriormente se desvanecieron para dejar paso a los cultos basados en los espíritus, que implicaban una gran dosis de magia, como fue el caso, en 1894, de la «Iglesia Libre Bautista Jamaicana», una secta fundada por Bedward.

En aquellas partes de las Américas que estaban expuestas a las enseñanzas del catolicismo, surgió una forma de sincretismo basada en la coexistencia de rasgos culturales europeos y africanos. En tales situaciones, ser católico no implicaba cambios radicales, tal como era el caso en situaciones en las que dominaba el protestantismo.

Un rasgo de este sincretismo era la observancia de los días de fiesta católicos y de los días de los santos, junto con el recurso a los *orixas* y al vudú. Así fue como los días de fiesta de los dioses coincidían con las fechas de los santos católicos. Bastide afirma que el sincretismo no es más que una máscara blanca para los dioses negros. Los valores de las dos religiones se interpenetraron en diversos grados. En Brasil, por ejemplo, una serie de sacramentos católicos, tales como el bautismo, se repiten, no sólo por motivos ritualísticos, sino también para dar al individuo una fuerza adicional. Esta aculturación de valores de origen europeo marca incluso las formas más próximas a las fuentes africanas, tales como el *candombe*, la *macumba* y otros cultos, algunos de los cuales están próximos también, o se caracterizan incluso por la magia. En el caso de la *macumba*, es necesario atraer la atención hacia la presencia de valores amerindios; aquí la aculturación incluye tres aspectos diferentes.

En las Indias Occidentales, especialmente en Honduras, pueden encontrarse ejemplos de sincretismo que implican a la cultura amerindia. En Honduras, como decíamos, ha surgido un pueblo mestizo como resultado del entrecruzamiento entre mujeres amerindias y africanos a los que se llamaba negros caribes [73]. Estos africanos eran descendientes de los igbos y efiks y, posteriormente, de los fantes, asantes, fons y congos.

Las «sociedades africanas» se convirtieron gradualmente en «sociedades negras», que variaban en la fuerza de su conexión con Africa y en su integración a la sociedad como un todo, en el sentido de obtener la ciudadanía completa.

Desde el punto de vista social, la integración en la sociedad como un todo estaba controlada por las siguientes variables: el tipo de sociedad del colonizador blanco; la forma de exploración de la tierra; la religión del colonizador —protestante o católica—; el porcentaje de amerindios en la población y el grado de inte-

[73] R. Coelho, 1964.









• *(a)-(d) Ejemplos de la influencia de la religión yoruba en los pueblos con ascendencia africana de Bahía, Brasil.*



• *Mezquita central, Lagos, mostrando la influencia brasileña en su arquitectura.*

gración en el proceso económico impuesto por el régimen colonizador, sea durante el período colonial propiamente dicho, sea durante el período posterior a la independencia de las naciones americanas.

Las formas de resistencia que ya hemos señalado durante el período colonial, cuando pequeños números de esclavos fugitivos, incluyendo entre ellos a mestizos, se reunían en bandas e intentaban vivir fuera del sistema impuesto por el colonizador, emergieron a finales del siglo XVIII. Estos grupos conservaron los valores típicos de las sociedades africanas. El aislamiento o integración de estos «fugitivos» en términos de sociedad nacional, variaba durante el siglo XIX con el grado de desarrollo del país concernido y con el nivel alcanzado por la evolución socioeconómica de un mundo caracterizado por los valores rurales de una economía centrada en las plantaciones, granjas, molinos de azúcar, formas que se parecían más a la economía existente a finales de ese siglo y a principios del siglo XX.

La integración de los negros en la sociedad rural variaba de acuerdo con las exigencias de la agricultura, la escasez o disponibilidad de trabajo y el tamaño de los contingentes de emigrantes que arribaban de Europa; algunos de estos contingentes llegaban con el objetivo expreso de encontrar empleo dentro del sistema

[34] F. Ortiz, 1950.

de trabajo, tal como ocurría en las plantaciones de café del Brasil. Esta integración aparece revelada de diferentes formas, incluyendo las canciones de los grupos religiosos africanos de Cuba y Brasil, el ritmo de los instrumentos africanos [74] que fueron eficazmente incorporados a la cultura musical, el arte de la cocina africana, la utilización de ciertas técnicas africanas, como, por ejemplo, en Haití, el uso de instrumentos agrícolas, tales como la azada, entre otros, y la transmisión de valores religiosos y de experiencias de la vida. A pesar de la ruptura impuesta por la práctica de la esclavitud, la cultura africana sobrevivió y, lo que es más, creó una nueva cultura.

CONCLUSION

¿Cuáles fueron los efectos de la interacción africana colonial y negra americana? Al principio sólo las poblaciones africanas de ciertas regiones estaban implicadas en la interacción con los negros americanos y del Caribe. Aquellas regiones que se implicaron pronto en nuestro período, fueron las que se convirtieron en el centro de atención de la emigración negra americana o de la evangelización, especialmente Africa occidental, Sudáfrica y el Cuerno de Africa. Los pueblos de otras regiones se implicaron en esto a causa de la penetración en sus regiones de proyectos pan-africanistas, de escritos de negros americanos, folklore y cosas por el estilo, y, lo que es más importante, a causa de las iniciativas tomadas por los que salían de las escuelas, provenientes de todas partes del continente africano, y en número creciente se marchaban a América, para obtener allí una educación superior.

Las perspectivas se vieron afectadas sin duda, por la interacción directa y sustancial de africanos en el marco de un contexto negro o conjunto de influencias concretas. Exactamente cuánto, nadie puede saberlo. El efecto de la experiencia colonial africana con negros americanos parece ser, sin embargo, único y vital en términos de actividades políticas y sociales posteriores. Para algunos, el componente negro-americano en el seno de la ideología nacionalista africana y las estrategias que surgieron durante el período colonial eran sorprendentes e inequívocas. En opinión de otros, por ejemplo algunos estudiantes africanos, las interacciones en los círculos negros americanos eran decepcionantes y no compensaban. El cáustico juicio expresado por uno de estos visitantes ilustra este último punto: «Una de las cosas que he decidido averiguar durante mi estancia en América es la situación de los descendientes de los antiguos esclavos que fueron traídos de Africa... Me siento seguro diciendo que, en lo que respecta al progreso económico y material, el negro de América está, como media, por encima del africano occidental, pero cuando se trata de la integridad y genuina hombría, el negro americano está muy por detrás de él» [75].

Otra opinión era la de muchos misioneros afro-americanos quienes consideraban a los africanos como «pobres salvajes paganos». Esta opinión es también responsable en parte de la permanencia de una imagen distorsionada y perniciosa de Africa y de los africanos en las mentes de sus compañeros negros americanos.

[75] A. E. Ani-Okokon, 1927, p. 10.

En otras palabras, en su diligente campaña para reclutar trabajadores negros americanos con destino a las misiones extranjeras, es indudable que las iglesias misioneras sucumbieron ocasionalmente a la atención de retratar un Africa exótica, erótica y socialmente inferior que estaba muy necesitada de grandes sacrificios, trabajo duro y redención extranjera.

Sin embargo, en términos pan-africanistas amplios, parece haber evidencia clara de que las visiones ideológicas y políticas africanas aumentaban y la habilidad técnica mejoraba a causa de las interacciones de los africanos coloniales con los negros americanos. Los esquemas de emigración tan anunciados y pregonados por Garvey, cuyas publicaciones, difundidas por todas partes, llegaron también a lo profundo de Africa, sólo eran un ejemplo de un *leit motif* que proporcionó a los negros americanos una visión del mundo de los pueblos africanos. Los temas de la redención africana por medio de misioneros negros americanos eran otros.

Sin embargo, los mismos africanos crearon el contexto de la interacción siguiente con los negros americanos, al matricularse en escuelas americanas, principalmente afro-americanas, y participar en las conferencias pan-africanas, etc. Como consecuencia, muchos africanos vivieron una experiencia técnico-educativo-política ajena a su mundo colonial. Cuando regresaron a sus propios mundos, muchos de ellos se sintieron obligados a resolver problemas de ideología, definición cultural, valores educativos, poder político y unidad o conciencia pan-africana, guiados por nuevas perspectivas.

Vistos con este telón de fondo histórico, las numerosas conferencias pan-africanas, los proyectos técnicos y educativos de Tuskegee, el movimiento de la *negritud* y la ocasional concentración de la atención en los negros americanos de los sueños milenaristas africanos, todo ello ilustra la consistencia del tema pan-africano entre los negros americanos y del Caribe. Muestra también las variadas respuestas africanas a las propuestas del Nuevo Mundo y, con el tiempo, el hecho de que los mismos africanos dieran forma a estas propuestas para que se ajustaran a las especificaciones africanas.

En resumen, las poblaciones de la diáspora africana y los móviles que caracterizaron a las numerosas interacciones entre personas del primer y segundo mundo negro, incluían dos visiones. Una era una visión de unión de fuerzas religiosas entre las poblaciones negras de Africa y de América o de construcción de Africa por medio de la importación de pericia técnica negra de América y de las Antillas, iniciadas por orden de los negros americanos. Otra refleja la transformación de los africanos durante el período colonial, de predicado a sujeto. La última era una visión de la redención espiritual, reconstrucción social y reforma política de las comunidades africanas por medio de la repatriación de personal *africano* y de la revigorización de los recursos *africanos*. A causa de esta visión, algunos africanos habían sido educados en escuelas americanas o enviados a participar en actividades técnicas y comerciales, otros fueron afectados por los escritos negros americanos o por las empresas anticoloniales organizadas por los negros de la diáspora. Esta última visión parecía no tanto descartar, sino simplemente reivindicar y reorientar hacia una perspectiva africana, el idealismo implicado en la visión anterior.

Capítulo 30

EL COLONIALISMO EN AFRICA: SU IMPACTO Y SIGNIFICADO

A. ADU BOAHEN

Tal como queda reflejado desde los primeros capítulos de este volumen, en 1935 el colonialismo había cercado firmemente a Africa con una reja de acero y parecía que las cosas fueran a permanecer así para siempre. Sin embargo, el colonialismo demostró ser tan efímero como cualquier otra institución creada y mantenida por medio de la fuerza. En el correr de sólo unos cuarenta y cinco años, a partir de 1935, el sistema colonial fue desarraigado de más del 90 por 100 de Africa, quedando confinado a la parte del continente que se halla al sur del río Limpopo. Es decir, en la mayor parte de Africa, el colonialismo duró menos de cien años; en realidad, desde la década de 1880 hasta la década de 1960. En la historia de un pueblo y de todo un continente, esto es realmente un breve período de tiempo. ¿Cómo y por qué se llevó a cabo esta increíble proeza de extirpar el colonialismo? O para citar las palabras de Margery Perham, ¿cómo pudo ocurrir esta «emancipación, sorprendentemente rápida a partir de 1950»? [1]. Estos son dos de los temas principales del volumen último de esta historia. En el capítulo final del presente, sin embargo, nos gustaría plantearnos a nosotros mismos dos cuestiones principales. En primer lugar, ¿qué herencia dejó el colonialismo a Africa? O ¿qué impacto produjo en Africa el colonialismo? En segundo lugar, a la vista de este impacto o balance, ¿cuál es el significado para Africa del colonialismo? ¿Constituye un episodio revolucionario o importante de la historia del continente? O hablando por boca de L. H. Gann y Peter Duignan: ¿cuál es «el lugar del colonialismo en el marco del contexto más amplio de la historia africana»? [2]

EL IMPACTO COLONIAL

Pocos temas tan controvertidos como el impacto del colonialismo en Africa.

[1] M. Perham, 1961, p. 24.
[2] «Epilogue» en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1970, p. 526.

Para algunos escritores que se dedican al tema de Africa, tales como Gann, Duignan, Perham y P. C. Lloyd, pensándolo bien, su impacto fue o una bendición, o, en el peor de los casos, no fue perjudicial para Africa.

Lloyd, por ejemplo, no tiene dudas sobre la naturaleza benéfica del impacto colonial. «Es fácil criticar hoy en día», afirma Lloyd:

> el lento ritmo del desarrollo económico durante medio siglo de dominación colonial... No obstante, la diferencia entre la situación de la sociedad africana a finales del siglo XIX y la situación al terminar la segunda guerra mundial, es asombrosa. Las potencias coloniales proporcionaron la infraestructura con la que contó el progreso en el periodo de «independencia». Una maquinaria administrativa bastante eficaz, que alcanzaba hasta los pueblos que se hallaban en las zonas más remotas; una red de carreteras y de ferrocarriles; y servicios básicos en materia de salud y educación. Las exportaciones de materias primas de Africa occidental, proporcionaron una considerable riqueza al pueblo [3].

En sus conferencias de Reith, pronunciadas en 1961, Margery Perham argumentaba sobre el mismo punto: «Los críticos del colonialismo se interesan principalmente por el presente y el mañana, pero debemos recordarles que nuestro imperio —que está desapareciendo— ha dejado detrás de él una gran herencia de historia cargada con legados, buenos, malos e indiferentes. Eso es algo que no puede ser fácilmente descartado, ni por ellos, ni por nosotros» [4]. Es interesante hacer notar que otro historiador inglés, D. K. Fieldhouse, ha llegado a una conclusión similar en su libro publicado en una fecha tan reciente como 1981: «De esta forma resultaría aparente que el colonialismo no merece las alabanzas ni las acusaciones que con frecuencia recibe, si hizo relativamente poco para superar las causas de la pobreza en las colonias, tampoco las empobreció por primera vez. El imperio tuvo consecuencias económicas muy importantes, algunas buenas, otras malas...» [5].

Por último, Gann y Duignan, quienes se han dedicado tácitamente a la defensa del colonialismo en Africa, llegaron a la conclusión, en 1968, de que «el sistema imperial se destaca como uno de los más poderosos motores para la difusión cultural de la historia de Africa; y su saldo positivo pesa mucho más que su saldo negativo» [6]. Y, en su introducción al primer volumen del trabajo en cinco volúmenes titulado *Colonialism in Africa* (Colonialismo en Africa) que editaron conjuntamente, llegan nuevamente a la conclusión siguiente: «Nosotros no compartimos la asunción generalizada de que colonialismo significa lo mismo que explotación... De acuerdo con esto, interpretamos al colonialismo europeo en Africa como el motor de una transformación cultural así como de dominación política» [7].

Otros investigadores, principalmente africanos, negros y marxistas, y especialmente los teóricos del desarrollo y del subdesarrollo, han afirmado que los efec-

[3] P. C. Lloyd, 1972, pp. 80-81.
[4] M. Perham, 1961, p. 24.
[5] D. K. Fieldhouse, 1981, p. 105.
[6] L. H. Gann y P. Duignan, 1968, p. 382.
[7] «Introduction», en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, pp. 22, 23.

tos benéficos del colonialismo en Africa fueron virtualmente nulos. El historiador negro de la Guayana, Walter Rodney, ha adoptado una posición particularmente extremada. Cuando afirma: «El argumento sugiere que, por una parte, había explotación y opresión, pero que, por otra parte, los gobiernos coloniales hicieron mucho en favor de los africanos y desarrollaron Africa. Nosotros afirmamos que esto es completamente falso. El colonialismo sólo tenía un aspecto: el de un bandido de una sola cara» [8].

Tales son las dos afirmaciones principales y opuestas sobre el colonialismo en Africa. Sin embargo, a partir de la evidencia disponible, parecería que es necesario hacer una afirmación mucho más equilibrada y esto es lo que intentamos aquí. Tal como veremos más adelante, el impacto del colonialismo fue tanto positivo como negativo. Sin embargo, es preciso insistir desde el principio en que la mayoría de las consecuencias positivas no eran deliberadamente calculadas. En general, se trataba de subproductos bastante accidentales de actividades o medidas cuyo objeto era promover los intereses de los colonizadores, tal como M. H. Y. Kaniki y A. E. Afigbo han señalado ya (Capítulos 16 y 19), o el resultado de cambios inherentes al mismo sistema colonial; o por utilizar la frase de Ali Mazrui, las consecuencias positivas se produjeron «por ausencia, por la ley de hierro de las consecuencias no intencionadas» [9]. En el aspecto negativo se debe señalar también que podía haber realmente razones, buenas, malas o indiferentes, por las que ciertas cosas no se realizaron —por ejemplo, por qué, tal como Fieldhouse se ha afanado tanto en mostrar, se usó el trabajo forzado, por qué no se promovió la industrialización, por qué no se diversificó la agricultura o por qué eran inadecuados los servicios médicos [10]—, pero desde el punto de vista del africano colonizado, de todas formas eran consecuencias negativas. Empecemos entonces exponiendo el balance del campo político, estudiando primero los aspectos positivos y siguiendo después con los negativos.

EL IMPACTO EN EL CAMPO POLITICO

El primer impacto político positivo fue el establecimiento de un grado mayor de paz y estabilidad continuas a partir de la consolidación del colonialismo en Africa, que el que había antes. Tal como ya hemos visto, el siglo XIX fue el siglo de los mfecanes y de las actividades de los comerciantes swahili-árabes y nyamwezis tales como Tippu Tip y Msiri en las zonas sur y central de Africa, o de los fulani djihads y el surgimiento de los imperios tukulor y mandingo en el occidente del Sudán, o de la desintegración de los imperios oyo y asante del occidente de Africa; y todo esto provocó una gran inestabilidad e inseguridad. Pero las condiciones en Europa, durante el mismo período, tampoco eran tan diferentes. Este fue el período de las guerras napoleónicas, de las revoluciones «intelectuales», de las guerras de unificación de Alemania y de Italia, de los levantamientos

[8] W. Rodney, 1972, p. 223.
[9] A. A., Mazrui, 1980, p. 41.
[10] D. K. Fieldhouse, 1981, pp. 67-8, 71-4, 88-92.

polacos y húngaros y de las rivalidades imperiales que culminaron en la primera guerra mundial. En Africa, mientras que se debe admitir que durante las dos o tres primeras décadas de la era colonial, es decir, desde 1880 hasta la década de 1910, el estado de inestabilidad, violencia y desorden se vio incluso intensificado, y tal como ha mostrado Caldwell, causó una destrucción y pérdida de población masiva e imperdonable —durante los primeros cuarenta años de dominación colonial, la población del Congo belga se vio reducida a la mitad, los hereros disminuyeron en cuatro quintas partes, los namos a la mitad y la población de Libia en 750.000[11] habitantes, —ni siquiera las escuelas anticoloniales y marxistas negarán el hecho de que después de la ocupación colonial y del establecimiento de diversas maquinarias administrativas se acabaron tales guerras de expansión y de liberación y en la mayor parte de Africa, especialmente a partir del final de la primera guerra mundial se disfrutó de un alto grado de paz continua y seguridad. Tales condiciones constituyeron ventajas, ya que facilitaron enormemente las actividades económicas normales y la movilidad social y física en cada colonia, lo que aceleró mucho también el ritmo de la modernización por medio de la difusión de ideas nuevas, nuevas ténicas, nuevos gustos y nuevas modas.

El segundo impacto político positivo es la misma aparición geo-política de los Estados modernos independientes de Africa. La división colonial y la conquista tuvieron decididamente como resultado, señalado ya por A. E. Afigbo (capítulo 19), una remodelación revolucionaria de la faz política de Africa. En lugar de los cientos de clanes independientes y grupos de linaje, ciudades-estados, reino e imperios, sin ninguna frontera claramente definida, ahora había cincuenta nuevos Estados, que en la mayoría de los casos contaban con fronteras fijas, y es bastante significativo que las fronteras establecidas durante la era colonial no hayan sufrido ningún cambio desde la independencia.

En tercer lugar, el sistema colonial introdujo también en la mayor parte de Africa dos nuevas instituciones que nuevamente resulta significativo que se hayan conservado desde la independencia. Se trata de un nuevo sistema judicial y de una nueva burocracia o servicio civil. No cabe duda de que en prácticamente todos los Estados independientes, excepto en los musulmanes, las altas cortes judiciales introducidas por los gobiernos coloniales han sido conservadas; en las antiguas colonias británicas, no sólo han sido conservadas en cuanto a la forma (incluyendo a pesar del clima incluso las pelucas y las togas) sino también en cuanto a su contenido y carácter.

Estas maquinarias introducidas para administrar las colonias, tuvieron como consecuencia, aunque en algunas zonas esto ocurrió en fecha tardía, la emergencia del servicio civil, cuyos miembros e influencia aumentaron con los años. La importancia de este legado concreto varía de un sistema colonial a otro. No cabe duda de que en sus colonias los británicos dejaron una burocracia mejor preparada, numéricamente mayor y con más experiencia que la que dejaron los franceses, mientras que el nivel de las administraciones belgas y portuguesas es peor en este sentido.

[11] B. Davidson, 1964 (b), p. 37; 1978 (b), p. 150; J. Wright, 1982, p. 42.

El último impacto positivo del colonialismo fue el nacimiento no sólo de un nuevo tipo de nacionalismo africano, sino también del pan-africanismo. El primero, tal como hemos visto, alentó un sentimiento de identidad y de conciencia entre las diversas clases y grupos étnicos que vivían en cada uno de los nuevos Estados, o, tal como en las colonias del Africa occidental francesa, un grupo de esos Estados, mientras que el pan-africanismo se define como un sentimiento de identidad del hombre negro de todo el mundo. Los vehículos para la articulación del nacionalismo africano fueron, tal como ha mostrado ya B. O. Oloruntimehin (capítulo 22), diversos movimientos, partidos políticos, ligas y asociaciones de jóvenes, sectas religiosas y periódicos, mientras que los medios del pan-africanismo fueron diversos congresos pan-africanos tratados ya por R. D. Ralston (capítulo 29). Pero a pesar de la importancia de este legado, es un ejemplo típico de subproductos accidentales más que de creaciones deliberadas de la presencia colonial. Ningún gobernante colonial se puso a crear y nutrir el nacionalismo africano.

Pero si hubo efectos positivos, los aspectos negativos resultaron aún mayores. En primer lugar, y a pesar de la importancia del desarrollo del nacionalismo, no sólo fue un subproducto accidental sino que no nació de un sentimiento positivo de identidad con o de un compromiso o lealtad con la nueva nación-Estado, sino de un sentimiento negativo generado por un sentido de rabia, frustración y humillación causado por algunas de las medidas opresivas, discriminatorias, humillantes y explotadoras introducidas por los gobiernos coloniales. Con el derrumbamiento del colonialismo, pues, ese sentimiento estaba destinado a perder y en verdad perdió su fuerza, y el problema con que se enfrentaron los gobernantes de los Estados africanos independientes residió en reemplazar esta respuesta negativa por una respuesta positiva y por un sentimiento nacionalista duradero.

En segundo lugar, incluso admitiendo que la nueva organización geopolítica que surgió constituía una ventaja, aunque fuera un producto accidental, creó sin embargo muchos más problemas que los que resolvió. Aunque tal como han mostrado A. E. Afigbo y G. N. Uzoigwe (capítulos 19 y 20), las fronteras de los Estados que emergieron no eran tan arbitrarias como se cree generalmente, no cabe duda de que muchos de los Estados que surgieron eran creaciones artificiales y esta artificialidad ha creado un cierto número de problemas que están destinados a complicar el desarrollo futuro del continente. El primero de estos problemas es el hecho de que algunas de estas fronteras atraviesan grupos étnicos preexistentes, Estados y reinos y esto ha provocado una ruptura y desplazamiento sociales muy extendidos. Los bakongos, por ejemplo, se hallan divididos por las fronteras de Angola, el Congo belga (hoy Zaire), el Congo francés (hoy Congo) y Gabón. Algunos de los ewes viven hoy en Ghana, otros en Togo y otros en Benin; los somalíes están divididos entre Etiopía, Kenia, Somalia y Djibouti; los senufos se encuentran en Mali, Costa de Marfil y Alto Volta. Podemos multiplicar los ejemplos. Una consecuencia importante de esta situación consiste en las crónicas disputas fronterizas que han infestado las relaciones entre algunos Estados africanos independientes (tales como las disputas entre Sudán y Uganda; entre Somalia y Etiopía; entre Kenia y Somalia; entre Ghana y Togo, y entre Nigeria y Camerún). En segundo lugar, la naturaleza arbitraria de estas fronteras es la causa de que cada Estado-nación africano esté constituido por una mezcla de pue-

blos con diferentes culturas, tradiciones de origen y lenguaje. Los problemas para construir una nación planteados por esa mezcla de pueblos, han demostrado ser de difícil solución.

Otro resultado de las arbitrarias y artificiales divisiones coloniales es el hecho de que los Estados que surgieron son de diferentes tamaños, y con recursos naturales y potencialidades económicas desiguales. Mientras que algunos de los Estados que surgieron de la división son gigantes, tales como Sudán, Nigeria y Argelia, otros son miniaturas, tales como Gambia, Lesotho, Togo y Burundi. Mientras que Sudán y Zaire tienen superficies de 2.505.000 km² y 2.345.000 km² respectivamente, la superficie de Gambia es de sólo 11.250 km², la de Lesotho de 30.300 km² y la de Burundi de 27.800 km². Lamentablemente, hay muchos más Estados pequeños o de tamaño mediano que de los otros [12]. En segundo lugar, lo que es todavía peor, mientras que algunos Estados tienen grandes extensiones de costa, otros, tales como Malí, Alto Volta, Niger, Chad, Zambia, Uganda y Malawi están encerrados en el interior. En tercer lugar, mientras que algunos Estados tienen recursos naturales muy ricos, tales como Ghana, Zambia, Zaire, Costa de Marfil y Nigeria, otros, tales como Chad, Níger y Alto Volta, no han tenido tanta suerte. Por último, mientras que algunos, como por ejemplo Gambia, sólo tienen que vigilar fronteras con un Estado, otros tienen fronteras con cuatro o más y Zaire llega a tener fronteras con diez países diferentes, una situación que plantea serios problemas para asegurar la seguridad nacional y controlar el contrabando. Es fácil imaginarse los problemas de desarrollo que plantean la falta o la escasez de recursos naturales, la escasez de tierra fértil y la falta de acceso al mar para aquellos Estados africanos independientes que heredaron estos lamentables legados.

Otro impacto político del colonialismo, importante pero negativo, fue el debilitamiento del sistema indígena de gobierno. En primer lugar, tal como ha señalado recientemente S. Abubakar y como se desprende de muchos de los capítulos anteriores, la mayoría de los Estados africanos fueron adquiridos como resultado de la conquista y destitución o exilio de los que entonces eran sus gobernantes, lo que «desacreditó todo el tema de las jefaturas, especialmente durante el período anterior a la primera guerra mundial» [13]. Algunas de las potencias coloniales, como por ejemplo los franceses, tal como ya hemos visto, abolieron también algunas de las monarquías y familias gobernantes tradicionales nombrando como jefes a personas que no tenían derecho a acceder a tales puestos y los convirtieron en oficiales administrativos. Los británicos y los belgas conservaron a los gobernantes tradicionales y a sus instituciones e incluso, tal como ha mostrado R. F. Betts (capítulo 13), crearon algunos en donde no existían e intentaron administrar las colonias por medio de ellos. Sin embargo, los oficiales coloniales que estaban sobre el terreno se convirtieron en efecto en dictadores en lugar de ser consejeros de esos gobernantes tradicionales y los usaron también para imponer algunas de las medidas consideradas nocivas o desagradables por sus súbditos, tales como el trabajo forzado, los impuestos directos y el reclutamiento obligatorio

[12] A. A. Mazrui, 1980, p. 90.
[13] S. Abubakar en O. Ikime (ed.), 1980, p. 451.

de hombres para los ejércitos coloniales. Esta manipulación de la institución de la jefatura tuvo como resultado la pérdida de prestigio y de respeto de los gobernantes tradicionales a los ojos de sus súbditos. Tal como han mostrado investigaciones recientes en la política rural del período de entreguerras en Ghana [14], los registros coloniales están llenos de revueltas y rebeliones de hombres jóvenes contra sus jefes.

Además, el sistema colonial de administrar justicia en el que los súbditos podían apelar a las cortes coloniales debilitó aún más no sólo la autoridad, sino bién los recursos financieros de los gobernantes tradicionales [15]. Igualmente, la difusión de la religión cristiana socavó las bases espirituales de la autoridad de los reyes. Por todos estos medios, pues, el sistema colonial, de acuerdo con sus propios intereses, algunas veces debilitó e incluso destruyó a los gobernantes tradicionales y otras veces estableció alianzas con ellos y los utilizó. Pero en ambos casos, con el tiempo, el sistema colonial disminuyó su autoridad.

Otro impacto negativo del colonialismo en el campo político fue la mentalidad que creó entre los africanos de que el gobierno y todas las propiedades públicas no pertenecían al pueblo sino más bien a los gobiernos blancos y por consiguiente podían y debían aprovecharse de ellos a la menor oportunidad. Esta mentalidad resulta evidente en el dicho de Ghana de que *Oburoni ade see a, egu po mu,* o en *aban wotwuu no adze wonnsua no,* lo que significa que si la propiedad del hombre blanco se estropea, debe ser simplemente echada al mar, o si es del gobierno debe ser arrastrada por el suelo en vez de llevada a hombros. Ambos dichos implican que nadie debía sentirse concernido por lo que le ocurriera a la propiedad del gobierno. Esta mentalidad fue el producto directo de la naturaleza remota y esotérica de la administración colonial, y de la eliminación de una abrumadora mayoría de africanos, tanto educados como no, del proceso de toma de decisiones. Es importante señalar que la mayoría de los africanos todavía tienen esta mentalidad, incluso después de varias décadas de haber obtenido la independencia y que forma parte de la explicación de la manera descuidada con que se trata a la propiedad del gobierno en muchos países africanos independientes.

Un producto del colonialismo, que con frecuencia ha sido ignorado por la mayoría de los historiadores pero que ha resultado ser de importancia crucial y fundamental, fue, tal como pone en evidencia la contribución de R. E. Betts (capítulo 13), un ejército contratado a tiempo completo, o permanente. Tal como se ha demostrado ampliamente, la mayoría de los Estados tradicionales africanos situados al sur del Sáhara no tenían ejércitos permanentes. En el conjunto del Africa occidental, el único Estado que contaba con un ejército permanente era Dahomey, con un batallón femenino único, las famosas amazonas. En la mayoría de los casos no existía una dicotomía entre civiles y soldados. Lo que ocurría más bien era que todos los adultos, incluyendo a los hombres de la aristocracia gobernante se convertían en soldados en tiempos de guerra y en civiles en tiempos de paz. Así que una de las instituciones más novedosas introducidas por cada gobierno colonial, fue el ejército profesional. Estos ejércitos se crearon originalmente,

[14] P. Jenkins (ed.), 1975.
[15] R. Addo-Fening, 1980, pp. 509-15.

la mayoría de ellos, entre la década de 1880 y la de 1890, en primer lugar para conquistar y ocupar Africa, y después para conservar el control colonial, y por último para entablar guerras globales y sofocar los movimientos independientes de Africa. Después de haber derrocado a los gobiernos coloniales, estos ejércitos no fueron dispersados sino asumidos por los nuevos gobernantes africanos independientes y resultaron ser el más conflictivo de los productos del colonialismo, ya que, tal como ha reconocido W. Gutteridge, las fuerzas armadas han «operado a largo plazo contra la estabilidad de las antiguas colonias» [16]. En verdad, tal como se verá en el próximo volumen, como resultado de su repetida y con frecuencia innecesaria e injustificable intervención en la política de los Estados africanos independientes, esos ejércitos se convirtieron en la más pesada de las ruedas de molino que colgaba del cuello de los gobiernos y de los pueblos africanos.

El último, y probablemente más importante impacto negativo del colonialismo, fue la pérdida de la soberanía y de la independencia africanas, y con ellas del derecho de los africanos a modelar su propio destino o tratar directamente con el mundo exterior. En una fecha tan temprana como los siglos XVI y XVII, Estados de Africa tales como Benin y Congo podían enviar embajadas y misiones a las cortes de los reyes europeos. Tal como ya hemos visto, incluso en una fecha tan tardía como la década de 1890, algunos Estados africanos podían tratar a sus equivalentes europeos de igual a igual. En la década de 1890, el asantehene, el rey de Matabeleland y la reina de Madagascar enviaron misiones diplomática a la reina de Inglaterra. El colonialismo puso fin a esto, privando a los Estados africanos de la oportunidad de adquirir experiencia en el manejo de las relaciones internacionales y de la diplomacia.

Pero la pérdida de la independencia y de la soberanía significó mucho más para los africanos: por encima de todo, la pérdida de su derecho a controlar su propio destino, planificar su propio desarrollo, dirigir su economía, decidir sus propias estrategias y prioridades, adoptar libremente la tecnología más moderna y más apropiada del mundo exterior y, de manera general, administrar o incluso administrar mal sus propios asuntos y obtener inspiración y sentido de la realización de sus éxitos y lecciones y experiencia de sus fracasos. Resumiendo, el colonialismo privó a los africanos de uno de los derechos más fundamentales e inalienables de un pueblo, el derecho a la libertad.

Además, tal como ha demostrado Rodney, el período de setenta años del colonialismo fue realmente el período en que se produjeron desarrollos y cambios tremendos y decisivos, tanto en los países capitalistas como en los países socialistas. Durante este período, por ejemplo, entró Europa en la era nuclear y en la era de la aviación y del vehículo de motor. Si Africa hubiera tenido el control de su propio destino se podría haber beneficiado de la nueva situación o incluso haber participado en estos extraordinarios cambios. Pero el colonialismo la aisló completamente de tales novedades y la mantuvo en una situación de dependencia. Resulta claro que nosotros consideramos que uno de los más perniciosos impactos políticos que el colonialismo causó en Africa, radica en la pérdida de la

[16] W. Gutteridge, 1975.

independencia y de la soberanía, en esta negación del derecho fundamental a la libertad y en este aislamiento político impuesto a Africa por el colonialismo.

EL IMPACTO EN EL CAMPO ECONOMICO

El impacto en el campo político, pues, fue importante aunque sus ventajas aparejaron inconvenientes. Lo mismo ocurrió e incluso más con el impacto en el campo económico. El primer impacto positivo en este campo, y el más obvio y profundo, tal como resulta evidente en muchos de los capítulos anteriores, residió en proporcionar una infraestructura de carreteras, ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y, en algunos casos, incluso aeropuertos. Esto no existía en el Africa precolonial, donde, tal como ha mostrado J. C. Caldwell, hasta la era colonial «casi todo el transporte de tierra consistía en porteadores humanos» (capítulo 18). Durante la década de los años 30 esta infraestructura básica había sido ya terminada y desde entonces no se han construido muchas millas más, digamos de ferrocarriles por ejemplo. Este desarrollo concreto tiene un interés mayor que el económico ya que facilitó el movimiento no sólo de las mercancías, nuevas cosechas de fácil salida, y a tropas, sino también de personas civiles, y este último factor ayudó a minimizar el parroquialismo, el regionalismo y el etnocentrismo.

El impacto del colonialismo sobre el sector primario de la economía fue igualmente importante y significativo. Tal como resulta obvio, a partir de lo expuesto más arriba, se hizo todo lo posible por desarrollar o explotar algunos de los ricos recursos naturales del continente y esto dio como resultado varios éxitos importantes. Durante el período colonial se explotó por primera vez a fondo el potencial mineral de Africa, y la industria minera prosperó de forma decidida, mientras que se difundió el cultivo de cosechas de fácil salida, tales como el cacao, el café, el tabaco, los cacahuetes, el sisal y el caucho. También durante el período colonial Ghana se convirtió en el líder mundial de los productores de cacao, mientras que en 1950, las otras cosechas constituían el 50 por 100 del producto interior bruto del Africa occidental francesa. Es necesario insistir, tal como ha hecho ya M. H. Y. Kaniki (capítulo 16), que en el Africa occidental estas cosechas de fácil salida eran producidas por los mismos africanos, lo que pone claramente en evidencia su deseo y su habilidad para adaptarse y responder a los incentivos correctos. Tal como ha demostrado J. Forbes Munro, la mayoría de estos cambios económicos fundamentales ocurrieron durante las dos décadas que van de mediados de la década de 1890 hasta 1914 «cuando los gobiernos coloniales habían puesto los cimientos infraestructurales de casi todas las economías contemporáneas y el comercio entre Africa y el resto del mundo se desarrollaba a una velocidad sin precedentes» [17].

Esta revolución económica tuvo algunas consecuencias de largo alcance. La primera de ellas fue la comercialización de tierras, que la convirtió en una verdadera ventaja. No cabe absolutamente ninguna duda sobre el hecho de que antes

[17] J. F. Munro, 1976, p. 86.

de la era colonial había enormes extensiones de tierra en muchas partes de Africa que no sólo tenían una densidad de población baja, sino que además estaban infrautilizadas. La introducción y la difusión de las cosechas de fácil salida y de las industrias mineras puso fin a tal situación. En verdad, en muchas partes de Africa, la velocidad de la utilización de las selvas vírgenes era tal que la administración colonial creó reservas forestales para impedir mayores invasiones. En segundo lugar, la revolución económica produjo un aumento del poder adquisitivo de algunos africanos y con él un aumento de su demanda de bienes de consumo. En tercer lugar, el cultivo, por parte de los africanos, de cosechas de fácil salida, permitió adquirir riqueza a individuos de cualquier posición social que fueran, especialmente en las zonas rurales.

En muchas partes del continente, otro importante impacto revolucionario del colonialismo fue la introducción de la economía monetaria. Tal como ha señalado antes W. Rodney (capítulo 14), en la década de 1920 todos los sectores de la comunidad africana, incluso los grupos pastoriles, que se distinguían por su conservadurismo, habían sido integrados a la economía monetaria [18]. Nuevamente, las consecuencias de este cambio fueron muy importantes. En primer lugar, incluso durante la década de 1930, se había introducido un nuevo patrón de riqueza que se basaba, no sólo en el número de ovejas, vacas o batatas que tenía una persona, sino también en el efectivo real que poseía. En segundo lugar, la gente se comprometió con actividades económicas, no sólo para poder subsistir sino también para ganar dinero, lo que a su vez condujo, tal como veremos más adelante, al surgimiento de una nueva clase de jornaleros y grupos de asalariados. En tercer lugar, la introducción de la economía monetaria condujo al comienzo de las actividades bancarias en Africa, otro rasgo importante de la economía de los Estados africanos independientes.

La introducción de la moneda y con ella de las actividades bancarias y el enorme desarrollo en volumen del comercio entre el Africa colonial y Europa, produjo a su vez lo que A. G. Hopkins ha descrito como la terminación de «la integración del Africa occidental en la economía del mundo industrial» a través de «la creación de condiciones que dieron a los europeos y a los africanos tanto los medios como los incentivos para ampliar y diversificar el comercio legítimo» [19]. Esto era verdad también para otras partes de Africa, y de esta forma en 1935 la economía de Africa estaba inextricablemente atada a la del mundo en general y a la de economía capitalista y de las potencias coloniales en particular. Los años posteriores a 1935 profundizaron simplemente este lazo y ni siquiera la independencia alteró en lo esencial esta relación.

¿Se puede decir entonces que el impacto colonial en Africa en el campo económico fue algo tan envidiable? Nada de eso, y la mayoría de los problemas de de desarrollo con que se enfrentan hoy en día los países africanos hunde sus raíces en la etapa de la dominación.

En primer lugar, tal como ha señalado antes M. H. Y. Kaniki (capítulo 16), la infraestructura proporcionada por el colonialismo no era ni tan adecuada ni

[18] Ver capítulo 14 de esta misma obra.
[19] A. G. Hopkins, 1973, p. 235.

tan útil como hubiera podido ser. La mayoría de las carreteras y de los ferrocarriles se construyeron no para abrir el país, sino sencillamente para conectar con el mar las zonas que tenían depósitos minerales y potencial para producir cosechas de fácil salida o, por citar a Fieldhouse, «para relacionar zonas internas de producción con el mercado mundial de bienes» [20], y casi no había ningún ramal, ni de ferrocarril ni de carreteras. Tampoco se hicieron con la intención de facilitar los viajes y comunicaciones interafricanos. Tal como fue realizada, esta infraestructura tenía como objetivo, pues, facilitar la explotación de los recursos de las colonias y relacionarlas con los países metropolitanos pero no tenía como objetivo promover el desarrollo económico global de Africa ni promover los contactos interafricanos. En segundo término, el crecimiento económico alcanzado en las colonias se basaba en los recursos naturales de la zona y esto significó por consiguiente que las zonas que no estaban dotadas naturalmente fueran totalmente descuidadas. Esto condujo a fuertes diferencias económicas dentro de la misma colonia. A su vez, estas diferencias acentuaron y exacerbaron diferencias y sentimientos regionales que han constituido un gran obstáculo para la construcción de las naciones en el Africa independiente.

Tal como ha señalado un eminente economista, «en el mundo moderno, las diferencias tribales podrían desaparecer fácilmente si todas las tribus fueran iguales económicamente. Donde son muy desiguales, la diferencia tribal es utilizada para añadir protección al interés económico» [21].

En tercer lugar, un rasgo típico de la economía colonial en la mayoría de las colonias fue el descuido o el hecho de desalentar total y deliberadamente la industrialización y procesamiento de las materias primas producidas localmente y de los productos agrícolas. Tal como ha señalado Fieldhouse, «es probable que ningún gobierno colonial tuviera un departamento de industria antes de 1945» [22]. Artículos sencillos y de base, tales como cerillas, velas, cigarrillos, aceite comestible, e incluso zumo de lima y de naranja, artículos todos que podían fácilmente haber sido producidos en Africa, eran importados. De acuerdo con los trabajos sobre la economía capitalista colonial, todos los Estados africanos se transformaron en mercados para el consumo de los productos manufacturados provenientes de los países metropolitanos y en productores de materias primas para exportar. Es este descuido total de la industrialización por parte de las potencias coloniales y de sus compañías comerciales y mineras lo que debe ser señalado como la crítica más acerba contra el colonialismo. También proporciona la más fuerte justificación para la opinión de que el período colonial fue la era de la explotación económica más que del desarrollo de Africa. Este descuido de la industrialización provocó, en una medida mayor incluso que en el campo político, que pocos africanos estuviesen preparados para reemplazar a los europeos.

En cuarto lugar, no sólo se descuidó la industrialización sino que las industrias y artesanías que habían existido en Africa en la época precolonial, quedaron casi destruidas. Se debe insistir en que las industrias del Africa precolonial pro-

[20] D. K. Fieldhouse, 1981, p. 67.
[21] W. A. Lewis, 1965, pp. 24-5.
[22] D. K. Fieldhouse, 1971, p. 68.

ducían todo lo que los africanos necesitaban, incluso materiales de construcción, jabón, abalorios, herramientas de hierro, cerámica y sobre todo tela. Si estas manufacturas hubieran sido estimuladas y promovidas por medio de la modernización de sus técnicas de producción, tal como se hizo en la India entre 1920 y 1945 [23], Africa no sólo podría haber aumentado su producción sino que habría mejorado progresivamente su tecnología. Pero estas artesanías e industrias fueron todas virtualmente destruidas como resultado de la importación a Africa de mercancías baratas producidas masivamente. Por consiguiente, el desarrollo tecnológico africano se vio detenido y sólo se reanudó hasta después de la independencia.

En quinto lugar, incluso aunque las cosechas agrícolas llegaron a constituir la principal fuente de ingresos para la mayoría de los Estados africanos, no se hizo ningún intento de diversificar la economía agrícola de las colonias. Por el contrario, tal como se ha demostrado en alguno de los primeros capítulos, en 1935 la producción de sólo una o como mucho dos cosechas de fácil salida se había convertido en la norma —cacao en Costa de Oro, cacahuetes en Senegal y en Gambia, algodón en Sudán, café y algodón en Uganda, café y sisal en Tanganica, etc—. Durante el período posterior a la segunda guerra mundial no se hizo ninguna mejora en este campo por lo que, al alcanzar la independencia, casi todos los Estados africanos se encontraron atados a economías de monocultivo y por consiguiente eran sumamente sensibles a los vientos predominantes en el comercio internacional. El colonialismo concluyó realmente la integración de las economías africanas en el orden económico internacional mundial pero lo hizo de una forma desventajosa y explotadora y esto es algo que no ha sido alterado desde entonces.

La pesada subordinación a las cosechas de fácil salida tuvo otra consecuencia desastrosa, que fue el descuido del sector interno de la economía de Africa. Esta economía siempre había estado dividida, tal como ha señalado ya M. H. Y. Kaniki (capítulo 16), en dos principales sectores: el sector interno, que producía tanto para la subsistencia de los productores como para el mercado interno, y el sector exportador que abastecía al comercio de larga distancia y de las caravanas. Ambos sectores recibieron igual énfasis durante el período precolonial con el resultado de que no se importaba comida ni pescado para alimentar a nadie. Sin embargo, la concentración en la producción de cosechas de fácil salida, durante la era colonial, hizo que el sector interno fuera virtualmente descuidado y los africanos se vieron, de hecho, obligados a ignorar la producción de alimentos para su propio consumo en favor de la producción de cosechas de fácil salida para exportar, incluso cuando, tal como ha señalado Fieldhouse, era antieconómico hacerlo de esta forma [24]. Por consiguiente la comida tenía que ser importada, con lo que los ciudadanos molestos tenían que comprar, habitualmente a altos precios, los alimentos para sí mismos. Esto fue lo que ocurrió en Gambia, por ejemplo, donde sus habitantes abandonaron el cultivo de arroz en favor de la producción de cacahuetes, debiendo el arroz ser importado [25]. En Guinea los africanos de la zona Futa Ja-

[23] *Ibid.*, pp. 92-5.
[24] *Ibid.*, p. 88.
[25] W. Rodney, 1972, pp. 257-8.

llon fueron obligados a producir caucho, lo que en 1911 condujo a la escasez de arroz. Por tanto, fue necesario importar arroz comprándolo con el dinero ganado con el caucho. Egipto, que durante siglos había exportado cereales y alimentos, se vio obligado a importar maíz y trigo, desde principios del siglo XX en adelante, a causa de su excesiva concentración en la producción de algodón destinado a la exportación. Lo mismo ocurrió en Costa de Oro, en donde la producción de cacao se difundió tanto que fue necesario importar alimentos. Esto resulta evidente en el lamento de A. W. Cardinall, uno de los oficiales coloniales simpatizantes de la década de 1930, quien declaró que el país podría haber producido por sí mismo la mitad del «pescado fresco, el arroz, el maíz y otros alimentos, habas, carne fresca y salada, aceites comestibles, especies, verduras frescas (importadas), o, en otras palabras, podría haber ahorrado 200.000 libras» [26]. Fue este descuido de la producción de alimentos, junto con el trabajo forzado, lo que provocó semejante malnutrición, fuertes hambres y epidemias en algunas zonas de Africa, durante los primeros tiempos de la colonización, especialmente en las zonas del Africa francesa, tal como C. Coquery-Vidrovitch ha señalado ya (capítulo 15). Es así como bajo el sistema colonial los africanos fueron obligados en la mayoría de los casos a producir lo que no consumían y a consumir lo que no producían, lo que pone claramente en evidencia la naturaleza explotadora y desequilibrada de la economía colonial.

Tal como ha señalado Colin Leys, en aquellas partes de Africa en donde a los africanos no les estaba permitido cultivar cosechas de fácil salida, como Kenia y Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe) «en el espacio de una generación habían sido eficazmente transformados de campesinos independientes que producían cosechas de fácil salida para los nuevos mercados, en campesinos que dependían del trabajo agrícola asalariado» [27].

En sexto lugar, la comercialización de la tierra a la que ya nos hemos referido, condujo a la venta ilegal de tierras comunales realizada por jefes de familia sin escrúpulos y el aumento de los litigios por problemas de tierra que provocaron una extensa pobreza, especialmente entre las casas gobernantes. En el este, el sur y la zona central de Africa, tal como ha quedado demostrado ya en muchos de los primeros capítulos, esto produjo también la apropiación a gran escala de tierra por parte de los europeos. En Sudáfrica el 89 por 100 de la tierra estaba reservada para los blancos que constituían el 21 por 100 de la población, el 37 por 100 de la tierra de Rhodesia del Sur para sólo el 5,2 por 100, el 7 por 100 de Kenia para menos del 10 por 100 de la población, el 3 por 100 en Rodesia del Norte (hoy Zambia) para sólo el 2 por 100 de la población y todas estas tierras eran las más fértiles de cada país [28]. Tal apropiación sólo podía causar mucha amargura, cólera y frustración y fue la causa fundamental de la seria explosión conocida con el nombre de mau-mau, en Kenia.

La presencia colonial constituyó la causa también, tal como ya se ha señalado, de la aparición en la escena africana de un número creciente de firmas y com-

[26] Citado por M. Crowder, 1968, p. 348.
[27] C. Leys, 1975, p. 31.
[28] M. J. Herskovits, 1962, pp. 147-50; A. Sampson, 1960, pp. 46-7.

pañías extranjeras de banca, navieras y comerciales y, a partir de la década de 1910, a su amalgama y consolidación en cada vez menos oligopolios. Puesto que eran estas compañías comerciales las que controlaban el comercio de exportación así como el de importación y fijaban los precios, no sólo de los bienes importados sino también de las exportaciones producidas por los africanos, los enormes beneficios acumulados por esas actividades fueron a parar a manos de las compañías, no de los africanos. Además, apenas existía impuesto alguno sobre los beneficios ni había ninguna reglamentación que obligara a las compañías a invertir localmente parte de sus beneficios o a pagar rentas superiores por las concesiones. Por consiguiente, ni las administraciones locales ni los propietarios africanos de tierra se beneficiaron directamente de sus actividades. La otra consecuencia de este desarrollo fue, por supuesto, la eliminación de los africanos de los sectores más rentables y más importantes de la economía. Los príncipes mercaderes africanos de la segunda mitad del siglo XIX desaparecieron virtualmente de la escena, mientras que sus descendientes tuvieron que convertirse en empleados de las firmas y compañías extranjeras para poder sobrevivir. Aquí nuevamente, tal como ocurrió en el campo industrial, se impidió el surgimiento de una clase de africanos con experiencia comercial y conocimientos administrativos.

El colonialismo, tal como ha señalado Rodney, puso virtualmente término al comercio interafricano. Antes de la era colonial, había un gran comercio entre los Estados africanos y las actividades comerciales de larga distancia y con caravanas eran un rasgo muy corriente de las economías de Africa. Pero con la instalación del colonialismo, tal comercio interafricano de corta y larga distancia fue desaprobado, cuando no prohibido directamente, ya que, en palabras de Rodney, «las arbitrarias fronteras políticas de cada colonia se trazaron, generalmente, para indicar el límite de las economías» [29] ya que el flujo comercial de cada colonia fue reorientado hacia el país metropolitano. La eliminación de gran parte de este antiguo comercio interafricano y de las relaciones comerciales impidió el reforzamiento de antiguos lazos y el desarrollo de otros nuevos que hubieran podido demostrar ser beneficiosos para los africanos. Por la misma razón, se impidió también a Africa desarrollar relaciones comerciales directas con otras partes del mundo tales como la India y la China.

Por último, cualquiera que sea el crecimiento económico alcanzado durante la época colonial, se logró a un costo fenomenal e injustificable para los africanos, con el trabajo forzado, el trabajo migratorio (que, tal como dice Davidson, «probablemente hizo más por desmantelar las culturas y economías precoloniales que la mayor parte de los otros aspectos de la experiencia colonial juntos») [30], el cultivo obligatorio de ciertas cosechas, la incautación obligatoria de tierras, los movimientos obligados de población con la consiguiente dislocación de la vida familiar, el sistema de visados, la alta tasa de mortalidad en las minas y en las plantaciones, la brutalidad con que fueron sofocados los movimientos africanos de protesta y de resistencia generados por estas medidas, etc. Por encima de todo, las políticas monetarias seguidas por las potencias coloniales hacia sus colonias —

[29] Ver capítulo 14 de esta misma obra.
[30] B. Davidson, 1978, (b), p. 113.

ligando sus monedas a las de las potencias coloniales, introduciendo tarifas y conservando todos los beneficios del cambio extranjero en las capitales metropolitanas— mientras que se aseguraban monedas estables y totalmente convertibles, condujo al congelamiento de los valores coloniales en las capitales metropolitanas en lugar de ser realizadas e invertidas en las colonias. La repatriación por parte de los bancos de ahorros y depósitos de los africanos y la discriminación practicada contra los africanos al otorgar préstamos impidió aún más el desarrollo africano.

A partir de todo lo explicado más arriba y a pesar de las protestas de Gann y de Duignan es posible concluir, sin temor a equivocarse, que para Africa el período colonial fue un período de explotación económica implacable más que de desarrollo económico y que el impacto en Africa del colonialismo en el campo económico es probablemente el peor de todos.

EL IMPACTO EN EL CAMPO SOCIAL

Por último, ¿qué ocurrió en el campo social? La primera consecuencia social positiva fue el aumento general de la población de Africa durante el período colonial en un 37,5 por 100 tal como ha señalado ya J. C. Caldwell (capítulo 18), esto después del declive producido durante las dos o tres primeras décadas del colonialismo. De acuerdo con Caldwell, este aumento se debió al establecimiento de una base económica, al desarrollo de carreteras y ferrocarriles, que aseguraron el rápido transporte de alimentos a las zonas que sufrían hambre, y las campañas lanzadas contra las enfermedades epidémicas, tales como la enfermedad del sueño, la peste bubónica y la fiebre amarilla.

Estrechamente conectada con lo anterior y con el segundo impacto social del colonialismo, se halla la urbanización. Tal como ha insistido A. E. Afigbo (capítulo 19), la urbanización era por supuesto desconocida en el Africa precolonial. Los reinos e imperios de Africa tenían capitales y centros políticos tales como Kumbi Saleh, Benin, Ile-Ife, Kumasi, Gao y el Gran Zimbabwe; centros comerciales tales como Kano, Jenne, Sofala y Malindi, y centros educativos tales como Tombuctú, El Cairo y Fez. Pero no cabe duda de que, como resultado del colonialismo, el ritmo de la urbanización se vio enormemente acelerado. Surgieron ciudades completamente nuevas, tales como Abidjan, en Costa de Marfil, Takoradi en Costa de Oro, Puerto Harcourt y Enugu en Nigeria, Nairobi en Kenia, Salisbury (hoy Harare) en Rhodesia del Sur, Lusaka en Rhodesia del Norte y Luluabourg en la provincia de Kasai del Congo belga (hoy Zaire).

Además, tal como ha demostrado ya Caldwell (capítulo 18), tanto la población de las ciudades que ya existían como la de las ciudades nuevas se desarrolló a pasos agigantados durante la era colonial. La población de Nairobi, fundada en 1896 como depósito de tránsito para la construcción del ferrocarril de Uganda aumentó de un pequeño grupo de 13.145 personas en 1927, a más de 25.000 en 1940. La población de Casablanca aumentó de 2.026 habitante en 1910 a 250.000 en 1936; la de Accra, en Costa de Oro, de 17.892 en 1901 a 135.926 en 1948; la de Lagos de 74.000 en 1914 a 230.000 en 1950; la de Dakar de 19.800 en 1916

a 92.000 en 1936, y a 132.000 en 1945; y, por último, la población de Abidjan de sólo 800 en 1910 a 10.000 en 1914 y a 127.000 en 1955. Estas cifras ponen claramente en evidencia que este rápido crecimiento de la población urbana en Africa se produjo después de la primera guerra mundial y especialmente durante el período que va de 1919 a 1945, que ha sido descrito como el apogeo del colonialismo en Africa. Además, estas ciudades crecieron tan rápidamente durante este período, simplemente porque eran, o las nuevas capitales o los nuevos centros administrativos de los regímenes coloniales —por ejemplo, Abidjan, Niamey, Nairobi, Salisbury y Lusaka; o los nuevos puertos, terminales de ferrocarriles o de carreteras tales como Takoradi, Puerto Harcourt, Bamako y Bulawayo o los nuevos centros mineros y comerciales, tales como Obuasi, Jos, Luluabourg, Kimberley y Johanesburgo.

No cabe duda también de que mejoró la calidad de vida, especialmente para aquéllos que vivían en los centros urbanos. Tal como ha señalado Caldwell (capítulo 18), fue la consecuencia de la instalación de hospitales, dispensarios, agua corriente, facilidades sanitarias, mejores alojamientos y de la abolición de prácticas tales como la esclavitud doméstica por parte de los gobernadores coloniales, así como del aumento de las oportunidades de empleo.

Otro impacto importante del colonialismo lo constituye la difusión del cristianismo, del islam y de la educación occidental. Aprovechándose de la paz y del orden, así como de la protección y en algunas zonas del apoyo real proporcionado por el colonialismo, los misioneros cristianos y los clérigos musulmanes extendieron sus actividades cada vez más lejos hacia el interior del continente. Tal como ha señalado ya K. Asare Opoku (capítulo 20), el cristianismo y el islam ganaron mucho más terreno durante el período colonial que el que habían ganado durante los tres o cuatro siglos anteriores juntos. Durante este período el cristianismo consiguió establecerse en el este y en la zona central de Africa, algunas veces siguiendo y otras veces seguido por el ejército y el comercio. El islam también se difundió rápidamente en el occidente y el este de Africa como resultado de la mejora general de las comunicaciones conseguida durante el período colonial y de la protección tanto de los gobernantes franceses como de los ingleses. Se debe insistir, tal como ha hecho Opoku, en que estos logros no se hicieron a expensas de la religión tradicional: lo que hizo el colonialismo fue fortalecer y perpetuar el pluralismo religioso de Africa y de esta forma enriquecer su vida religiosa.

La educación occidental estaba estrechamente asociada con la difusión del cristianismo. Tal como se ha demostrado ya en muchos capítulos de esta obra, las misiones cristianas fueron las principales responsables en esa actividad educadora. Sin embargo, no se debe olvidar que pudieron operar gracias principalmente a las donaciones que recibieron de las administraciones coloniales. Desde luego es verdad que al terminarse el régimen colonial había relativamente pocas zonas en las que no hubiera por lo menos escuelas elementales. La difusión de la educación occidental tuvo consecuencias sociales de largo alcance entre las que se cuenta un aumento en el número de integrantes de la élite africana educada al estilo occidental, una élite que hoy en día constituye la oligarquía gobernante y la espina dorsal de la burocracia de los Estados africanos.

Otro importante impacto colonial, cuyas ventajas acarreaban también inconvenientes, tal como se verá más adelante, fue, por supuesto, el hecho de proporcionar una *lingua franca* para cada colonia o conjunto de colonias. En todas las colonias, la lengua madre de la potencia colonial, sea en su forma pura o mezclada, se convirtió en el idioma oficial y comercial y, en muchos casos, en el medio principal de comunicación entre los numerosos grupos lingüísticos que constituían la población de cada colonia. Es significativo el hecho de que, excepto en Africa del norte, Tanzania, Kenia y Madagascar, estos idiomas hayan continuado siendo los idiomas oficiales, incluso hasta hoy en día.

El último impacto social positivo fue la nueva estructura social que el colonialismo introdujo en algunas partes de Africa o cuyo desarrollo aceleró en otras partes. Tal como ha señalado A. E. Afigbo (capítulo 19), aunque la estructura social tradicional permitía la movilidad social, su distribución en clases parecía dar un peso indebido al nacimiento. El nuevo orden colonial, por otra parte, insistía en el mérito y en los logros individuales, más que en el nacimiento. Este cambio, junto con la abolición de la esclavitud, la introducción de la educación occidental, del cristianismo y del islam, la expansión de la agricultura de cosechas de fácil salida que facilitó la adquisición de riqueza en algunas zonas, y otros numerosos caminos para el progreso que introdujo el nuevo orden colonial, alteraron radicalmente la estructura social tradicional. Es así como en la década de 1930, en el lugar de las clases sociales precoloniales de la aristocracia gobernante tradicional, el pueblo llano, los esclavos domésticos y una élite educada relativamente pequeña, había surgido una nueva sociedad que ahora estaba dividida de forma más definida que antes, en pobladores urbanos y rurales, estando cada uno de estos grupos estratificado de forma diferente. Los pobladores rurales se habían dividido en tres subgrupos principales: la élite o, tal como dicen otros, la burguesía constituida por administradores, oficinistas y profesionales; la no élite o, tal como prefiere llamarla Lloyd, la subélite, y el proletariado urbano. La élite estaba dividida en tres grupos: la élite burocrática de funcionarios, la élite profesional de médicos, abogados, arquitectos, agrimensores, profesores, etc., y la élite comercial de administradores de las firmas y compañías extranjeras y comerciantes y hombres de negocios particulares. La subélite estaba constituida por agentes de negocios, intermediarios, empleados, maestros, enfermeras y funcionarios jóvenes, mientras que el proletariado urbano estaba integrado por asalariados, vendedores de comercio, conductores, mecánicos, mensajeros, sastres, albañiles, etc. En las zonas rurales, por primera vez en muchas partes de Africa, surgieron nuevas clases, es decir, el proletariado rural de africanos sin tierra, y campesinos. El proletariado rural sin tierra estaba constituido por aquellos africanos, especialmente del este y del sur de Africa, cuyas tierras habían sido enajenadas por los europeos pero a quienes no les estaba permitido residir permanentemente en los centros urbanos e industriales, y que, por consiguiente, se vieron obligados a pasar sus vidas desplazándose entre las zonas rural y urbana, principalmente como trabajadores migratorios. Los campesinos eran los que John Iliffe describió como gente que «vive en pequeñas comunidades, cultiva tierra que le pertenece o controla, depende principalmente del trabajo familiar y produce su propia subsistencia mientras que abastece a sistemas económicos mayores que incluyen

a los no campesinos» [31]. Algunos miembros de esta última clase se enriquecieron bastante por medio de la producción de cosechas de fácil salida destinadas a ser vendidas, lo que condujo al desarrollo de lo que ha sido descrito como capitalismo rural. Iliffe ha descrito esta «campesinización» como «una transformación única y definitiva, comparable en su impacto a la industrialización». Se debe insistir en que, puesto que la movilidad en el seno de la nueva estructura se basaba más en el esfuerzo y los logros individuales que en la atribución, significaba una mejora considerable de la estructura social tradicional.

Pero si el colonialismo tuvo realmente algún impacto social positivo, tuvo realmente también algún impacto negativo, en verdad también algunos impactos negativos serios. El primero de éstos creó y amplió después la brecha que separaba a los centros rurales y las zonas urbanas que se desarrollaron durante el período colonial. El extraordinario crecimiento de la población de los centros urbanos, que hemos señalado más arriba, no fue el resultado del crecimiento natural de la población urbana sino más bien de lo que ha sido descrito como «fuerzas de tira y afloja» [32], la atracción constante que los centros urbanos ejercían en los hombres y mujeres jóvenes, a causa de la necesidad de educación y de empleo, y la fuerza que los empujaba fuera de las zonas rurales, tal como ha señalado antes C. Coquery-Vidrovitch (capítulo 15) a causa del hambre, las epidemias y los impuestos. Además, puesto que los europeos tenían tendencia a vivir en los centros urbanos, todos estos servicios que mejoraban la calidad de vida enumerados más arriba, se establecieron sólo en esas zonas. Por consiguiente las zonas rurales se vieron virtualmente descuidadas, lo cual a su vez acentuó la corriente de una zona hacia la otra. Hoy en día existe todavía una gran brecha entre las zonas urbanas y rurales de Africa y no cabe duda de que fue el sistema colonial el que dio origen a esta brecha y la aumentó.

Tampoco los emigrantes encontraron en los centros urbanos el paraíso de seguridad y riqueza que habían esperado. Los africanos no fueron aceptados como iguales en ninguna ciudad ni se integraron totalmente. Además, en ninguna parte encontró la mayoría de ellos trabajo o alojamiento decente. La mayoría de ellos se encontró amontonada en los suburbios y los barrios de chabolas en los que el desempleo, la delincuencia juvenil, la embriaguez, la prostitución, el crimen y la corrupción se convirtieron en su destino. El colonialismo no sólo empobreció a la vida rural sino que también corrompió la vida urbana. No resulta sorprendente entonces que, después de la segunda guerra mundial, miembros de este grupo se convirtieran en tropas de asalto de los movimientos nacionalistas.

Un segundo legado social importante lo constituye el problema de los asentamientos europeos y asiáticos. Aunque hubo colonos europeos en los Estados de Africa del norte y en Africa del sur antes de la era colonial no cabe duda de que durante la época colonial, no sólo aumentó el número de estos colonos, sino que además se introdujeron colonos europeos y asiáticos en el este y el centro de Africa y en partes del Africa occidental. Tal como ha demostrado ya M. H. Y. Kaniki (capítulo 16), el número de europeos que había en Kenia aumentó de sólo 596

[31] J. Iliffe, 1979, p. 273-4.
[32] F. Wilson en M. Wilson y L. Thompson (eds.), 1971, p. 132.

en 1903 a 954 en 1905, a 5.348 en 1914 y a 16.663 en 1929. Los de Rhodesia del Sur aumentaron de 11.000 en 1901 a más de 35.000 en 1926[33], y los de Argelia de 344.000 en 1876 a 946.000 en 1936. Pero en muchas zonas del este, centro y norte de Africa, lo que hizo que su presencia fuera tan perjudicial para los africanos radicó en que los europeos llegaron para ocupar la mayoría de las tierras fértiles, mientras que los asiáticos monopolizaron el comercio minorista y al por mayor. También en el Africa occidental, los asiáticos —sirios, libaneses e indios— cuya población aumentó de sólo 28 en 1897 a 276 en 1900, 1910 en 1909, 3.000 en 1929 y 6.000 en 1935, expulsaron a sus competidores africanos. En 1935, el problema europeo y asiático había alcanzado una importancia muy considerable para Africa y hoy en día todavía no ha sido enteramente resuelto.

Además, aunque el colonialismo introdujo realmente algunos servicios sociales, tal como ya se ha señalado, es necesario insistir en el hecho de que no sólo estos servicios eran sumamente inadecuados y estaban distribuidos de forma desigual en cada colonia, sino que estaban dirigidos generalmente, de forma prioritaria, al beneficio de los pocos colonos y administradores blancos; de ahí, su concentración en las ciudades. Rodney ha demostrado que en Nigeria, en la década de 1930, mientras que había dos hospitales modernos para los 4.000 europeos que vivían en el país, había sólo 52 para los africanos que superaban los 40 millones[34]. En Tanganica, en 1920, la proporción de camas con relación a la población era de aproximadamente 1:10 para el Hospital Europeo y 1:400-500 para el Hospital Africano de Dar el Salaam[35].

En el campo educativo, lo que se proporcionó durante la época colonial fue sumamente inadecuado, distribuido de forma desigual y mal orientado. Por consiguiente, no resultó tan beneficioso para Africa como hubiera podido ser. Bajo la dominación colonial se establecieron cinco tipos diferentes de instituciones educativas: primaria, secundaria, enseñanza normal, técnica y universitaria. Pero mientras que en el Africa occidental británica, en 1860 se habían establecido muchas escuelas primarias, hasta 1876 no se establecieron las primeras escuelas secundarias Mfantsipim y la Escuela Superior Metodista, en Costa de Oro y Nigeria respectivamente. Ambas fueron instaladas por la Sociedad Misionera Wesleyana, mientras que la administración colonial británica no abrió su primera escuela secundaria (el colegio Achimota) en Costa de Oro hasta 1927. Tal como ya se ha señalado, en 1940 en la colonia italiana de Libia había sólo tres escuelas secundarias para los libios, dos en Trípoli y una en Bengasi. Sólo después de la segunda guerra mundial se instalaron escuelas técnicas y colegios universitarios en la mayor parte de Africa. Y lo que resulta significativo, en 1941 se instaló sólo un colegio universitario en Costa de Oro, en Uganda, Senegal y Madagascar en 1950, en Salisbury en 1953, en el Congo Leopoldville en 1954 y en Elizabethville en 1956. En otras palabras, la educación técnica y universitaria no se introdujo en Africa hasta finales de la era colonial.

Además, las facilidades proporcionadas no satisfacían la demanda ni estaban

[33] Ver capítulo 16 de esta misma obra.
[34] W. Rodney, 1972, p. 223.
[35] D. E. Ferguson en M. H. Y. Kaniki (ed.), 1980, p. 326.

distribuidas de forma equilibrada en ninguna parte y en ningún nivel. Tal como incluso Lloyd admite, en una fecha tan tardía como mediados de la década del 30 «el gasto del gobierno continuaba siendo bajo en todas partes, alcanzando, a mediados de la década del 30 a sólo el 4 por 100 del ingreso total de Nigeria y de los territorios franceses, y el 7 por 100 en Ghana» [36]. Tampoco estaban estas escuelas e instituciones distribuidas de forma adecuada en cada colonia. La mayoría de las instituciones posprimarias se encontraban en los principales centros urbanos y en algunos países la mayoría de las escuelas secundarias estaban en una ciudad. En Costa de Oro, por ejemplo, la mayoría de las escuelas secundarias se hallaban en Cape Coast. En Uganda, en 1920, había 328 escuelas elementales en Buganda y sólo 34, 24 y prácticamente ninguna en las provincias del occidenta, del oriente y del norte respectivamente [37]. Los locales destinados a la educación eran tan inadecuados y estaban distribuidos de forma tan desigual porque el objetivo de las potencias coloniales no era promover la educación en sí o por el bien de los africanos, sino más bien, por citar a un investigador africano, «para producir africanos que serían más productivos para el sistema [colonial]» [38].

Además de la gran inadecuación numérica y de su distribución desigual, el contenido proporcionado por todas estas instituciones era determinado por los gobernadores coloniales y seguía muy de cerca, cuando no se trataba de copias al carbón, los programas de los países metropolitanos, y, por consiguiente, era irrelevante para las necesidades del continente. Nada menos que una autoridad como el gobernador de Costa de Oro desde 1919 hasta 1927, sir Gordon Guggisberg, declaró en 1920: «Uno de los mayores errores realizados en el pasado en materia de educación ha sido que se ha enseñado a los africanos a convertirse en europeos en lugar de permanecer siendo africanos. Esto es completamente equivocado y el gobierno lo reconoce. En el futuro nuestra educación tendrá como objetivo hacer que un africano continúe siendo africano y se interese por su propio país» [39].

Pero, aunque Guggisberg estableció realmente el colegio Achimota para mantener esta promesa, no se logró gran cosa ya que la educación en el país continuó estando controlada por los misioneros cristianos, cuyo principal objetivo era producir gente que pudiera leer la Biblia en inglés o en lengua vernácula, así como maestros y sacerdotes.

El impacto en las sociedades africanas de esta educación inadecuada, desequilibrada y mal orientada ha sido profundo y casi permanente. En primer lugar, dejó a Africa con un enorme problema de analfabetismo, un problema que llevará mucho tiempo solucionar. En segundo lugar, la élite que se formó fue generalmente una élite alienada, una élite que adoraba la cultura y la civilización europeas y que despreciaba la cultura africana, que tenía nuevos gustos en materia de comida, bebidas, ropas, música, danza e incluso juegos. Una élite tan brillantemente satirizada por Kobina Sekyi, el estudioso nacionalista radical de Ghana,

[36] P. C. Lloyd, 1972, p. 79.
[37] T. B. Kabwegyere, 1974, p. 179.
[38] *Ibid.*, p. 110.
[39] Citado por R. Addo-Fening, 1980.

en su obra de teatro *The Blinkards* (Los cegatos). De esta forma se creó otra brecha entre la élite y el resto de las masas que todavía no ha sido solucionada. Además, aunque el número de miembros de esta élite creció entre la década de 1940 y la de 1950 con el aumento de las facilidades educativas y el establecimiento de colegios universitarios, continuó siendo sin embargo sumamente reducida a lo largo de toda la era colonial. Sin embargo, como la élite incluía a la gente más rica, que llegó a ocupar los puestos más altos disponibles, tanto durante la era colonial como después, alcanzó poder e influencia a un nivel que estaba totalmente desproporcionado con su número y con las relaciones que había entre sus miembros, por una parte, y, por otra parte, la élite tradicional se vio afectada durante la época colonial y desde entonces nunca se ha recuperado realmente.

Además, la explicación de fenómenos tales como la muerte, las lluvias y la enfermedad, en términos naturales y científicos, afectó a las raíces mismas de las creencias religiosas africanas, sanciones y tabúes, y, de esta forma, sacudió los cimientos de las sociedades africanas, introduciendo en ellas un sentimiento de inseguridad, frustración e incertidumbre (una atmósfera brillantemente captada po Chinua Achebe en su novela *Things Fall Apart* (Las cosas se desmoronan). Este sentimiento de inseguridad y frustración con frecuencia aumentado por la serie de crisis económicas que hubo, especialmente en las décadas de 1920 y 1930 y después de la guerra, condujo, sobre todo en las ciudades, a una alta incidencia del crimen, divorcio, delincuencia y violencia. Esta misma situación es la que explica en parte, en el campo religioso, el surgimiento de las iglesias sincréticas, etíopes o milenarias que ya han sido tratadas en este libro.

El descuido de la educación técnica e industrial y el énfasis puesto en la enseñanza de las tareas de oficina y la consiguiente predilección por los trabajos de cuello blanco, crearon también entre el pueblo educado un desdén por el trabajo agrícola y manual que todavía permanece con nosotros. Además, la naturaleza desigual de la distribución de las facilidades educativas impidió el desarrollo de un proceso uniforme de modernización en cada colonia, lo que acentuó aún más las diferencias y las tensiones entre los grupos étnicos y las regiones. Esto ha continuado siendo así en muchas zonas y está subyacente en algunas de las guerras civiles y rivalidades que han asolado varios Estados africanos independientes. El descuido de la educación superior y de la enseñanza técnica obligó también a algunos africanos que podían permitírselo a enviar a sus hijos a los países metropolitanos así como a los Estados Unidos, y fue esta clase de gente la que, en parte a causa de sus diversas experiencias en materia de discriminación racial, y, lo que es más importante aún, a causa de su mejor apreciación de la naturaleza perniciosa del sistema colonial, se convirtieron a su regreso, tal como mostraremos en el próximo volumen, en los críticos más duros del sistema y en los líderes de los movimientos nacionalistas o anticoloniales.

A pesar de lo beneficiosa que fue la *lingua franca* promovida por el sistema educativo, tuvo consecuencias lamentables al impedir el desarrollo de algunas de las lenguas indígenas para convertirse en lenguas nacionales o *lingua franca*. El twi, el hausa y el swahili podían fácilmente haberse desarrollado hasta convertirse en idiomas nacionales en Costa de Oro, Nigeria y en las tres colonias del Africa oriental británica. De hecho, tal como ha demostrado Kabwegyere, los adminis-

tradores coloniales del Africa colonial británica intentaron desarrollar el swahili para convertirlo en *lingua franca* entre las décadas de 1930 y 1940, pero este intento fue revocado por la Oficina Colonial. La razón dada para esto merece ser citada:

> ...El desarrollo de una *lingua franca* tiene muy poca conexión con la conveniencia inmediata, que está esencialmente relacionada por los valores duraderos y por lo tanto con una penetración que aunque sea gradual debe convertirse progresivamente en coextensiva con el país. Aplicando este criterio, ni el swahili ni el ganda ni ninguna otra lengua vernácula tiene derechos admisibles [40].

Y esta opinión continúa añadiendo que sólo el inglés debía ser reconocido «como la inevitable *lingua franca* del futuro, un hecho que la política general y educativa debe admitir sin demora». Resulta dudoso el que alguna otra potencia colonial haya considerado nunca siquiera esta posibilidad. Con la partida de las potencias coloniales, a las que se podría atribuir alguna objetividad en este tema, potencias que también tenían poder para imponer alguna política lingüística de este tipo, y con el lamentable resurgimiento y endurecimiento de los sentimientos étnicos y regionales, presentes a partir de la independencia en muchos países africanos, el tema de una *lingua franca* indígena se ha convertido en un tema extremadamente delicado y no resulta sorprendente que hasta ahora sólo algunos pocos gobiernos africanos hayan podido ocuparse de él.

Otro impacto social del colonialismo sumamente lamentable fue el deterioro que provocó en la posición de la mujer en Africa. Este es un tema nuevo que necesita ser más investigado pero no parece haber ninguna duda de que a la mujer se le impidió participar en la mayoría de las actividades producidas o intensificadas por el colonialismo, tales como la educación occidental, en algunas partes de Africa, el cultivo de cosechas de fácil salida, muchas de las profesiones y oportunidades laborales como el derecho, la medicina, la minería, etc. En parte como resultado de esta exclusión tampoco se les dio lugar alguno en la nueva organización política colonial. Incluso en las sociedades matrilineales, en parte a causa de la difusión del islam, y en parte a causa del nuevo énfasis que se ponía en los logros individuales, algunas familias empezaron a evolucionar hacia el sistema patrilineal [41]. El mundo colonial, tal como ha señalado Iliffe, era verdaderamente un mundo de hombres y las mujeres no fueron estimuladas a jugar ningún papel significativo en él.

Además, como resultado del colonialismo, el mismo africano fue despreciado, humillado y discriminado, tanto abiertamente como de forma encubierta. En verdad, tal como A. E. Afigbo ha sostenido en esta misma obra (capítulo 19), uno de los impactos sociales del colonialismo «fue la disminución general de la posición de los africanos». En sus recientes conferencias de Reith, Ali Mazrui insistió también en este legado de humillación impuesto a los africanos, a través del triple pecado del comercio de esclavos, el *apartheid* y el colonialismo. «Los africanos», manifestó Ali Mazrui, «no son necesariamente el pueblo más brutali-

[40] Citado por T. B. Kabwegyere, 1974, p. 218.
[41] J. Iliffe, 1979, p. 300.

zado, pero casi con seguridad son el más humillado de la historia moderna» [42]. Es así como, aunque, tal como ya se ha señalado, los miembros de la élite educada admiraban la cultura europea y abandonaron su propio estilo para poder identificarse con ella, nunca fueron aceptados como iguales por sus equivalentes europeos, estaban excluidos de las sociedades de éstos y se les impedía vivir en los barrios europeos de las ciudades, en partes que Sembene Ousmane ha llamado «el Vaticano» en su novela *God's Bits of Wood* (Astillas de Dios) [43].

En lugar de debilitarse con el progreso de la dominación colonial, esta discriminación, que se hallaba apuntalada por las artificiales teorías raciales y las ideas del darwinismo social de aquella época, aumentó en intensidad culminando en Sudáfrica con la artificial e inhumana filosofía del *apartheid*. Como consecuencia, la élite educada se desalentó y se volvió amargada y no resulta sorprendente que fueran los primeros en desarrollar una fuerte conciencia de la naturaleza inicua, explotadora y discriminatoria del sistema colonial y que cuestionaran cada vez más las bases morales y legales de su persistente existencia. Fue esta misma clase producida por la presencia colonial y misionera la que dirigiría la campaña para derrocar al sistema colonial. Algunos historiadores, tales como M. H. Y. Kniki, han llegado a la conclusión de que «el colonialismo.... produjo a sus propios enterradores», mientras que Robin Maugham ha afirmado que «en la lápida del imperio británico» [en donde esta discriminación racial era más abierta] «se podría escribir "Perdido por esnobismo"» [44]. Ambas conclusiones son correntes. Esta discriminación racial creó también en algunos africanos, un profundo sentimiento de inferioridad, que Afigbo ha definido en esta misma obra de forma muy sucinta como «una tendencia a perder la confianza en sí mismo y en su futuro —resumiendo, un estado mental que a veces estimula una imitación no crítica de (se podría añadir servilismo) a las potencias europeas» (capítulo 19). Este sentimiento de inferioridad no ha desaparecido totalmente ni siquiera después de dos décadas de independencia.

En el campo cultural, el impacto del colonialismo fue incluso todavía peor. En verdad, tal como se declaró en el Segundo Congreso de Escritores y Artistas Negros, en Roma, en marzo de 1959, «entre los pecados del colonialismo, uno de los más perniciosos, por haber sido aceptado por el occidente sin discusión durante mucho tiempo, fue el concepto de pueblo sin cultura» [45]. Pero esto no debería sorprendernos. Tal como P. Curtin y otros han señalado, «el movimiento europeo en Africa coincidió con el apogeo del racismo y del chauvinismo cultural de los siglos XIX y XX en la misma Europa» [46]. Los europeos que viajaron a Africa durante este período, especialmente entre 1900 y 1945 —misioneros, comerciantes, administradores, colonos, ingenieros y mineros, todos de la misma manera—, estaban imbuidos, generalmente, de este espíritu y, por consiguiente,

[42] A. A. Mazrui, 1980, pp. 23-45.
[43] S. Ousmane, 1962, p. 162.
[44] M. H. Y. Kaniki (1980 a) en M. H. Y. Kaniki (ed.), 1980, p. 10; R. F. R. Maugham, 1961, p. 84.
[45] Anón., 1959, p. 3.
[46] P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson, J. Vansina, 1978, p. 484.

condenaban todo en Africa —la música africana, la danza, el arte, los nombres, la religión, el matrimonio, los sistemas de herencia, etc.—. Para ser admitido en una iglesia, un africano no sólo tenía que ser bautizado, sino que tenía que cambiar su nombre y renunciar a toda una gama de prácticas tradicionales. Incluso el uso de la ropa africana fue prohibido y desalentado en ciertas zonas y la gente educada que insistió en usar ropas africanas fue etiquetada como alguien que se había «vuelto nativo». Por tanto, a lo largo del período colonial, el arte, la música, la danza e incluso la historia africana, no sólo fueron ignorados, sino directamente desaprobados o negados. Aquellos fueron los días en los que el profesor A. P. Newton pudo escribir: «Africa no tiene prácticamente historia anterior a la llegada de los europeos... [ya que] la historia se inicia cuando el hombre empieza a escribir» [47]. Y Sir Reginal Coupland pudo apoyar cinco años más tarde la opinión de que hasta el siglo XIX:

> el grueso de los africanos, de los pueblos negros, que permaneció en sus hogares tropicales entre el Sáhara y el Limpopo, no había tenido... historia. Habían estado durante incalculables siglos hundidos en la barbarie. Esto casi podría parecer que ha sido decretado por la naturaleza... Así que continuaron estancados, sin avanzar ni retroceder. En ninguna parte del mundo se hallaba tan detenida la vida humana, excepto quizás en algunos pantanos llenos de miasmas de América del Sur o en algunas islas abandonadas del Pacífico. El corazón de Africa apenas latía [48].

Tales opiniones no eran decretos de la naturaleza sino más bien productos de la fértil imaginación de estos historiadores chauvinistas europeos; el corazón de Africa estaba latiendo, sólo que los europeos eran demasiado sordos en aquel entonces, a causa de sus propios prejuicios, preconceptos, arrogancia y patrioterismo para poder oírlo.

A partir del análisis hecho anteriormente debe resultar totalmente obvio que aquellos estudiosos que opinan que el colonialismo fue un desastre absoluto para Africa y que sólo provocó subdesarrollo y atraso, han exagerado su caso. Igualmente culpables de exagerar son los que disculpan al colonialismo, tales como Gann, Duignan y Lloyd, quienes ven al colonialismo como una bendición incondicional para Africa, así como aquéllos que, como Perham y Fieldhouse, consideran que bienes y males estuvieron equilibrados. En opinión de quien escribe estas líneas, un juicio más exacto sería, no que el colonialismo no hizo nada positivo por Africa, sino que en verdad hizo cosas positivas. Pero los europeos obtuvieron enormes beneficios en Africa, a través de las compañías mineras, de las firmas comerciales, de los bancos, de las líneas navieras, las plantaciones y las compañías de concesiones. Además, los gobiernos retuvieron en los países metropolitanos reservas extranjeras sustanciales provenientes de las colonias que deben haber proporcionado parte del capital que fue utilizado para el desarrollo metropolitano. Por último, las industrias metropolitanas se beneficiaron de las materias primas baratas producidas en las colonias, que lograron beneficios de la exportación de bienes manufacturados. Cuando se compara todo esto con lo que

[47] A. P. Newton, 1923, p. 267.
[48] R. Coupland, 1928, p. 3.

obtuvieron los propietarios africanos de la tierra, agricultores campesinos y trabajadores mineros, y con el hecho de que, cualesquiera que fueran las facilidades de infraestructura y sociales que les fueron proporcionadas, tuvieron que ser pagadas por las mismas colonias, uno no puede sino maravillarse ante el trato injusto que el colonialismo impuso a los africanos. En segundo lugar, sea lo que fuere lo que hizo el colonialismo por los africanos en Africa, dadas sus oportunidades, sus recursos y el poder y la influencia que tuvo en Africa en aquella época, pudo y debió hacer mucho más de lo que hizo. Tal como incluso Lloyd admite: «Tanto más podría haberse hecho quizás si el desarrollo de los territorios atrasados hubiera sido considerado una prioridad de primer orden por parte de las naciones industriales» [49]. Es precisamente porque los gobernantes coloniales no sólo no consideraron que el desarrollo de Africa fuera una prioridad de *primer orden*, sino que no lo vieron como una *prioridad en absoluto*, por lo que son condenados. Estas son las dos razones por las que la era colonial quedará en la historia como un período de crecimiento sin desarrollo, un período de explotación implacable de los recursos de Africa y, meditándolo bien, de la pauperización y humillación de los pueblos de Africa.

SIGNIFICADO PARA AFRICA DEL COLONIALISMO

Esto nos conduce, pues, a la segunda pregunta planteada al principio de este capítulo, es decir, la significación real para Africa del colonialismo. ¿Constituye el colonialismo una ruptura con el pasado de Africa, o fue simplemente sólo un episodio de su historia, un episodio de importancia limitada y que no afectó el curso del desarrollo africano? Aquí se han dado nuevamente respuestas conflictivas a esta pregunta. Algunos historiadores, en verdad para un gran número de ellos, incluyendo a los teóricos marxistas y a los del desarrollo y antidesarrollo, consideran por razones muy diferentes que, aunque el colonialismo fue un corto intervalo, tuvo no obstante una gran importancia para Africa y dejó en ella una huella indeleble. Tal como han afirmado R. Oliver y N. Atmore: «Medido en la escala de tiempo de la historia el período colonial sólo fue un intervalo de duración comparativamente corta. Pero fue un intervalo que cambió radicalmente la dirección y el impulso de la historia africana» [50]. Gann y Duignan consideran también a la era colonial «como sumamente decisiva para el futuro de Africa» [51]. La respuesta de los teóricos marxistas y de los del subdesarrollo está claramente resumida en el título del libro de Rodney *How Europe underdeveloped Africa* (Cómo Europa subdesarrolló a Africa). Por otra parte, hay otros que consideran que el impacto colonial resultó superficial y que el colonialismo no constituyó ninguna ruptura con el pasado africano. En una serie de publicaciones [52], J. S. A. Ajayi

[49] P. C. Lloyd, 1972, p. 80.
[50] R. Oliver y A. Atmore, 1972, p. 275.
[51] «Introduction» en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969, p. 23.
[52] J. F. A. Ajayi en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), 1969; M. Crowder y J. F. A. Ajayi en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), 1974; J. F. A. Ajayi en T. O. Ranger (ed.), 1968 (c).

afirma coherentemente que el impacto del colonialismo en Africa ha sido exagerado y que el colonialismo «representa sólo un episodio de una larga y accidentada historia», y no causó ninguna ruptura de la continuidad, que los africanos tuvieron cierto control sobre su propio destino y que «en la medida en que los africanos conservaron la iniciativa, la capacidad de los europeos para crear rumbos enteramente nuevos en la historia de Africa era limitada». Hopkins ha mantenido también que «la era colonial ha dejado de ser considerada como la única parte esencial de la historia de Africa, y hay sólidas razones para pensar que la dominación colonial en sí misma tuvo un impacto económico menos penetrante y menos dramático de lo que en otro tiempo se supuso». Hopkins insistió en que «el colonialismo no creó la modernidad a partir del atraso rompiendo repentinamente el estado tradicional de equilibrio de bajo nivel» y que «la principal función de los nuevos gobernantes era dar impulso a un proceso económico de desarrollo que ya estaba en camino» [53].

Para quien escribe, esta pregunta no puede ser contestada simplemente por un sí o por un no, ya que el impacto del colonialismo varió de una zona a otra y de un tema a otro. No cabe duda de que en el campo económico el impacto colonial fue, en general, decisivo y fundamental y que afectó tanto a las zonas rurales como a las zonas urbanas. En prácticamente todas las zonas de Africa, al terminar el período colonial, la economía monetaria se había convertido en la norma más que en la excepción, y la posición, incluso en las zonas rurales se valoraba no sólo en términos de nacimiento y de número de esposas y de hijos sino también en términos de efectivo y de la cantidad de cosechas de fácil salida que cada uno producía en cada estación. Además, con la introducción de las cosechas de fácil salida, la tierra adquirió un valor que no tenía en los tiempos precoloniales, mientras que el esfuerzo y los logros individuales empezaron a ser considerados mucho más que el comunalismo del orden tradicional. La economía africana también se integró más profundamente en la economía mundial en general, y en la capitalista en particular, que antes, y esto tuvo consecuencias que probablemente nunca podrán ser deshechas. Lamentablemente, esta integración se efectuó de forma muy desventajosa y explotadora para Africa, y ni siquiera veinte años de independencia han conseguido alterar de forma fundamental la situación que hoy en día se conoce como neocolonialismo.

Pero concediendo todo esto, ¿tiene razón Perham cuando asegura que el impacto principal del colonialismo radicó en enfrentar a Africa con la Europa del siglo XX o debemos apoyar aquí la opinión de Hopkins? [54] Existen múltiples razones para rechazar la opinión de Perham en favor de la de Hopkins. Es necesario insistir en que, aparte de los cambios infraestructurales —las carreteras, ferrocarriles, el teléfono y el telégrafo— introducidos por el colonialismo, todos los otros cambios económicos —las cosechas de fácil salida, así como la economía mundial monetaria y la consiguiente quiebra de la vida comunal tradicional, la integración económica de Africa en el sistema económico mundial— estaban realizándose ya, antes de la era colonial. Lo que el colonialismo hizo, tal como

[53] A. G. Hopkins, 1973, pp. 167, 206, 235.
[54] M. Perham, 1961.

han insistido correctamente Caldwell y Afigbo (capítulos 18 y 19) y tal como ha afirmado Hopkins, fue acelerar enormemente el ritmo de este cambio y, de esta forma, apresurar e intensificar, más que comenzar, la confrontación entre Africa y Europa. Pero el colonialismo no sólo aceleró el ritmo del cambio, sino que lo hizo de manera tal que buscaba negar a los mismos africanos que estaban íntimamente afectados por ello, ningún papel beneficioso o significativo. Además, y aquí es donde nosotros diferimos con Hopkins, este cambio fue tan rápido y tan profundo que no sólo el impacto que produjo en los africanos resultó realmente traumatizante, sino que terminó poniendo a la economía de Africa en una trayectoria —explotadora y poco saludable— de la que no podía desviarse y no lo ha hecho. Es en estos aspectos y no en su confrontación con la Europa del siglo XX, como se debe estudiar el impacto total del colonialismo en el campo económico.

El impacto del colonialismo en el campo político fue fundamental y estaba destinado a durar y a ser sentido por todos los miembros de la sociedad. Tal como ya hemos visto, la misma aparición física de los Estados independientes de Africa, es obra del colonialismo. Con la adopción del principio de la inviolabilidad de las fronteras nacionales por parte de la Organización de la Unidad Africana, esta aparición no parece que vaya a ser alterada. En segundo lugar, incluso aunque se haya recuperado la independencia, no cabe duda de que ha habido un cambio fundamental y permanente en la fuente del poder político y de la autoridad. En la época precolonial, el poder era ejercido por la élite tradicional de reyes, reinas, familias, clanes y jefes religiosos. Pero los gobernantes coloniales se vieron obligados a restablecer la independencia y la soberanía africanas, tal como se verá en el próximo volumen, devolviéndolas no a la élite gobernante tradicional, sino a la nueva élite constituida por miembros de las clases altas y media baja, creada por el sistema colonial, y esta situación nunca será invertida. Si algo pudiera ocurrir en este terreno, las posibilidades de que las instituciones reales tradicionales de Africa sean totalmente suprimidas (tal como ha ocurrido en Guinea, por ejemplo) son mucho mayores que las de su conservación y no digamos ya su rehabilitación. En tercer lugar, fue el colonialismo el que produjo el nacimiento del nacionalismo africano, el producto de un sentimiento de rabia, resentimiento, amargura, frustración y alienación generado por el sistema colonial. En cuarto lugar, un legado colonial que nuevamente ha jugado ya un papel decisivo en la política del Africa poscolonial, es el ejército. Esta institución no parece que vaya a ser abolida, y, tal como se verá en el próximo volumen, ha cambiado ya el curso de la historia de muchos países africanos y aparentemente todavía cuenta con oportunidades políticas. «El hombre a caballo», por utilizar la frase de Finer[35], «va a estar con nosotros durante un largo tiempo y servirá como recuerdo constante, si alguna vez necesitamos uno, de la etapa colonial». Por último, parece que las instituciones sociales y políticas —los tribunales, parlamentos, comisarios regionales y de distrito, etc. — serán conservados, incluso aunque se les hayan hecho algunas modificaciones y adaptaciones y se les hagan aún más. Probablemente, más que en el campo económico, es en el campo políti-

[35] S. E. Finer, 1962.

co donde el impacto del colonialismo resultó realmente fundamental y en muchos aspectos ha demostrado tener consecuencias duraderas.

Por otra parte, en los campos cultural y social, el impacto del colonialismo no fue relativamente ni profundo ni permanente. Cambios tales como los que fueron introducidos en el campo cultural, una discriminación racial como la que fue practicada, y una condena de la cultura africana como la que fue predicada, incluso durante el apogeo del colonialismo, todas estas cosas estaban limitadas principalmente a las zonas costeras y a los centros urbanos y nunca penetraron en las zonas rurales en la que la vida transcurría alegremente y en gran medida tal como antes. Los sistemas religiosos tradicionales, la música, la danza y el arte africanos siguieron vigentes, y los préstamos y adaptaciones realizados por los africanos no sólo fueron selectivos sino también, por utilizar la terminología de M. J. Herskovits, «aditivos» y no necesariamente «sustitutivos»[56]. Es así como en las zonas rurales, incluso en cierta medida en las zonas urbanas, nuevas creencias, nuevos dioses, nuevos utensilios y artefactos y nuevos objetos fueron añadidos a los antiguos. Ciertamente, en estas zonas muchos cristianos conservaron y todavía conservan su creencia en los dioses tradicionales. En verdad, en el campo de la religión, si hubo influencia, fue más bien la religión europea la que se africanizó, tal como salta a la vista cuando se observan los rituales, himnos, música e incluso doctrinas de algunas de las iglesias milenarias y sincréticas y no lo contrario. Lo que es aún más importante, es que el terreno que se había perdido en el campo cultural, incluso en los centros urbanos, ha sido virtualmente recuperado. Hoy en día, la danza, la música y el arte africano no sólo se enseñan en los centros educativos de todas clases sino que actualmente están en auge en Africa y son reconocidos en Europa. Es así como, en lo que respecta al campo cultural, el colonialismo fue ciertamente un simple episodio, y su impacto superficial y sumamente efímero.

Por último, en el campo social, el significado del colonialismo es realmente mixto. Por una parte, las *linguae francae* extranjeras o coloniales llevan camino de ser conservadas durante mucho tiempo si no para siempre. En segundo lugar, las nuevas clases creadas por el colonialismo y «basadas en los criterios occidentales de escolarización y civilización en lugar de estar basadas en los criterios africanos de riqueza y prestigio»[57], están destinadas a permanecer y de hecho a aumentar su complejidad. Dos nuevos grupos han sido añadidos ya desde la independencia. El primero es la élite política constituida por los principales miembros de los partidos políticos que en Africa se han multiplicado como hongos, y que se han convertido en primeros ministros, ministros, presidentes, embajadores, etc. El otro es la élite militar constituida por oficiales actualmente en funciones o antiguos oficiales de las fuerzas armadas de cada Estado independiente. Los miembros de estos grupos de élite son realmente diferentes de la población de las zonas rurales en todo lo que se refiere a la vestimenta, estilo de vida, gustos y posición. Ahora bien, si estos grupos de élite constituyeran un porcentaje importante de la población de Africa uno hubiera aceptado su formación como otro

[56] M. J. Herskovits, 1962, p. 379.
[57] C. D. Moore y A. Dunbar, 1979, p. 125.

cambio crucial y fundamental introducido por el colonialismo. Pero, tal como ya se ha indicado, los grupos elitistas o urbanos constituían al final de la era colonial sólo una pequeña fracción de la población, como mucho alrededor del 20 por 100. El resto son los pobladores rurales que permanecieron predominantemente analfabetos, y conservaron sus creencias, valores y estándares tradicionales. En verdad, la civilización o socialización que introdujo el colonialismo fue esencialmente un fenómeno urbano, y no afectó realmente a la población rural y, puesto que esta última constituye la abrumadora mayoría de la población de todos los Estados africanos, podríamos llegar a la conclusión, razonablemente y sin temor a equivocarnos, de que en este tema el impacto colonial, interesante como es, resultó extremadamente limitado.

En conclusión, pues, aunque no cabe duda de que el colonialismo fue un simple capítulo dentro de los numerosos capítulos de la larga historia del continente, un simple episodio o intervalo entre las abigarradas y polifacéticas experiencias de los pueblos de Africa, que en ninguna parte duró más de ochenta años, constituye no obstante un período extremadamente importante desde el punto de vista político, económico e incluso social. El colonialismo marca una clara línea divisoria en la historia de Africa, y el desarrollo posterior de Africa, y, por consiguiente, su historia ha sido y continuará siendo muy influenciada por el impacto colonial en Africa y destinada a seguir una trayectoria diferente de la que hubiera seguido si no hubiera habido ningún intervalo colonial. La línea de acción más oportuna en la que pueden embarcarse hoy en día los líderes africanos, no es, por tanto, considerar que el colonialismo ha sido cancelado, sino más bien estar versados en su impacto e intentar corregir sus deficiencias y sus fracasos.

MIEMBROS DEL COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Las fechas citadas se refieren a la fecha de su integración

Profesor J. F. A. Ajayi (Nigeria), desde 1971.
Coordinador del volumen VI

Profesor F. A. Alburquerque Mourao (Brasil), desde 1975

Profesor A. Adu Boahen (Ghana), desde 1971.
Coordinador del volumen VII

H. E. Boubou Hama (Níger), 1971-8 (dimitió)

H. E. M. Bull (Zambia), desde 1971

Profesor D. Chanaiwa (Zimbabwe), desde 1975

Profesor P. D. Curtin (USA), desde 1975

Profesor J. Devisse (Francia), desde 1971

Profesor M. Difuila (Angola), desde 1978

Profesor H. Djait (Tunicia), desde 1975

Profesor Cheikh Anta Diop (Senegal), desde 1971

Profesor J. D. FAGE (Gran Bretaña), 1971-81 (dimitió)

H. E. M. El Fasi (Marruecos), desde 1971
Coordinador del volumen III

Profesor J. L. FRANCO (Cuba), desde 1971

Sr. M. H. I. GALAAL (Somalia), 1971-81; fallecido en 1981

Profesor E. HABERLAND (República Federal Alemana), desde 1971

Dr. Akilu HABTE (Etiopía), desde 1971

H. A. A. HAMPATE BA (Malí), 1971-8 (dimitió)

Dr. I. S. EL-HAREIR (Libia), desde 1978

Dr. I. HRBEK (Checoslovaquia), desde 1971

Dr. A. JONES (Liberia), desde 1971

Rvdo. Alexis KAGAME (Ruanda), 1971-81; fallecido en 1981

Profesor I. M. KIMANBO (Tanzania), desde 1971

Profesor J. KI-ZERBO (Alto Volta), desde 1971
Coordinador del volumen I

M. D. LAYA (Nigeria), desde 1979

Dr. A. LETNEV (URSS), desde 1971

Dr. G. MOKHTAR (Egipto), desde 1971
Coordinador del volumen II

Profesor P. MUTIBWA (Uganda), desde 1971

Profesor D. T. NIANE (Senegal), desde 1971
Coordinador del volumen IV

Profesor L. D. NGCONGCO (Botswana), desde 1971

Profesor Dr. V. L. GROTTANELLI (Italia), desde 1971

Profesor T. OBENGA (República Popular del Congo), desde 1975

Profesor B. A. Ogot (Kenia), desde 1971
Coordinador del volumen V

Profesor C. Ravoajanahary (Madagascar), desde 1971

Sr. W. Rodney (Guyana), 1979-80; fallecido en 1980.

Profesor M. Shibeika (Sudán), 1971-80; fallecido en 1980

Profesor Y. A. Talib (Singapur), desde 1975

Profesor A. Texeira da Mota (Portugal), 1978-82; fallecido en 1982

Monseñor T. Tshibangu (Zaire), desde 1971

Profesor J. Vansina (Bélgica); desde 1971

Muy Honorable Dr. E. Williams (Trinidad Tobago), 1976-1978; dimitió en 1978; falleció en 1980

Profesor A. A. Mazrui (Kenia)
Coordinador del volumen VIII, no es miembro de la Comisión

Secretariado del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa: Sr. M. Glélé, División de Estudios y Difusión de Culturas, UNESCO, 1, rue Miollis, 75015 París

RESEÑA BIOGRAFICA DE LOS AUTORES DEL VOLUMEN VII

Capítulo 1

A. ADU BOAHEN (Ghana); especialista en historia colonial del Africa occidental; autor de numerosas publicaciones y artículos sobre la historia de Africa; profesor y jefe del Departamento de Historia, Universidad de Ghana.

Capítulo 2

G. N. UZOIGWE (Nigeria); especialista en historia del Africa oriental, sobre todo en el antiguo reino bunyoro, en Uganda; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia de Africa; profesor de Historia, Universidad de Michigan, Ann Arbor.

Capítulo 3

T. O. RANGER (G. B.); especialista de la resistencia y de los movimientos nacionalistas africanos; autor y coordinador de numerosos trabajos y artículos sobre estos temas; antiguo profesor de historia en las Universidades de Dar el Salaam y UCLA; profesor de Historia Moderna, Universidad de Manchester.

Capítulo 4

H. A. IBRAHIM (Sudán); especialista en la historia de Egipto y Sudán durante los siglos XIX y XX; ha publicado numerosos estudios; conferenciante de historia, Universidad de Jartum.

Abbass I. Ali (Sudán); especialista en la historia del Sudán durante el siglo XIX y de historia del Africa oriental; autor de trabajos y artículos sobre estos temas; antiguo jefe del Departamento de Historia, Universidad de Jartum; fallecido.

Capítulo 5

A. LAROUI (Marruecos); especialista de la historia del Magreb; autor de trabajos y artículos sobre la historia de Africa del Norte en el siglo XIX; profesor de historia moderna y contemporánea en la Universidad de Rabat, Marruecos.

Capítulo 6

M. GUEYE (Senegal); especialista en la historia del Africa occidental durante los siglos XIX y XX; autor de numerosos trabajos sobre el comercio de esclavos y la colonización francesa; conferenciante de Historia en la Facultad de Letras, Universidad de Dakar, Senegal.

A. ADU BOAHEN.

Capítulo 7

H. A. MWANZI (Kenia); especialista en historia del Africa oriental; autor de numerosos trabajos y artículos, principalmente sobre los kipsigis de Kenia; Conferenciante decano de Historia, Universidad de Nairobi.

Capítulo 8

A. ISAACMAN (USA); especialista en historia de Africa; autor de numerosos trabajos y artículos; profesor de Historia, Universidad de Minnesota.

J. VANSINA (Bélgica); especialista en la historia de Africa; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia precolonial de Africa; profesor de Historia en la Universidad de Wisconsin, Madison.

Capítulo 9

D. CHANAIWA (Zimbabwe); especialista en la historia del sur de Africa durante los siglos XVIII y XIX; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia del sur de Africa; antiguo profesor de Historia, Universidad del Estado de California, Northirdge; actualmente profesor de Historia, Universidad de Zimbabwe, Harare.

Capítulo 10

M. ESOAVELOMANDROSO (Madagascar); especialista en la historia de Madagascar durante los siglos XVIII y XIX; profesor de Historia, Facultad de Letras, Universidad de Antananarivo.

Capítulo 11

M. B. AKPAN (Nigeria); especialista en la historia económica del Africa occidental; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia del Africa occidental; Conferenciante decano, Universidad de Calabar, Nigeria.

A. B. JONES (Liberia); historiador y especialista en historia del Africa occidental durante el siglo XIX; antiguo embajador y delegado permanente de Liberia ante las Naciones Unidas.

R. PANKHURST (G.B.), especialista en historia de Etiopía; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia de Etiopía; antiguo director del Instituto de Estudios Etíopes, Universidad de Etiopía.

Capítulo 12

M. CROWDER (G.B.); especialista en la historia del Africa occidental; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia del Africa occidental; fue profesor en diversas universidades; editor de *History Today*, actualmente es profesor invitado en la Universidad de Botswana.

Capítulo 13

R. F. BETTS (USA); especialista en la colonización europea de Africa durante los siglos XIX y XX; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia de Africa; profesor de historia en la Universidad de Kentucky.

A. I. ASIWAJU (Nigeria); especialista en historia del Africa occidental; autor de varios trabajos y artículos sobre esta región; profesor de Historia en la Universidad de Lagos.

Capítulo 14

W. RODNEY (Guyana); especialista en historia económica del Africa occidental; autor de numerosos trabajos y artículos sobre el comercio de esclavos en el Africa occidental; antiguo profesor de historia en la Universidad de Dar el Salaam, Tanzania y las Indias occidentales; fallecido.

Capítulo 15

C. COQUERY-VIDROVITCH (Francia); especialista en historia socio-económica de Africa, ha publicado numerosos trabajos y artículos sobre el tema; actualmente es profesor de Historia, Universidad de París VII.

Capítulo 16

M. H. Y. KANIKI (Tanzania); especialista en historia económica del Africa occidental; ha publicado numerosos trabajos y artículos sobre el tema; antiguo profesor asociado de Historia, Universidad de Dar el Salaam; actualmente es profesor de Historia, Universidad de Zambia, Lusaka.

Capítulo 17

A. KASSAB (Tunicia); especialista en geografía económica; ha publicado numerosos estudios relacionados con este tema; redactor jefe de *La Revue Tunisienne de Géographie*.

A. A. ABDUSSALAM (Libia); especialista en historia económica de Libia; autor de numerosos trabajos sobre este tema; profesor ayudante de Economía, Universidad de Garyounis, Benghazi, Libia.

F. S. ABUSEDRA (Egipto); especialista en historia económica, Universidad de Garyounis, Benghazi, Libia.

Capítulo 18

J. C. CALDWELL (Australia); especialista en demografía; autor de numero-

sos trabajos sobre la población en el Africa tropical; profesor de demografía y jefe del Departamento de Demografía, Escuela de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Australia.

Capítulo 19

A. E. AFIGBO (Nigeria), especialista en historia del Africa occidental; autor de numerosos trabajos y artículos científicos sobre la historia de Nigeria; antiguo director del Instituto de Estudios Africanos, Universidad de Nigeria (Nsukka).

Capítulo 20

K. ASARE OPOKU (Ghana), especialista en religiones africanas; autor de numerosos libros y artículos sobre diversos aspectos de las religiones africanas; Investigador Asociado en Religión y Etica, Instituto de Estudios Africanos, Universidad de Ghana.

Capítulo 21

W. SOYINKA (Nigeria); especialista en teatro africano, Literatura y Filosofía; autor de numerosos trabajos sobre este tema; antiguo Profesor de la Universidad de Legon, Chana y, actualmente, Profesor de Teatro en la Universidad de Ife.

Capítulo 22

B. O. OLORUNTIMEHIN (Nigeria); especialista en la antigua Africa occidental francesa desde el siglo XIX; ha publicado varios libros y numerosos artículos relacionados con este tema; Profesor de Historia en la Universidad de Ife.

Capítulo 23

H. A. IBRAHIM.

Capítulo 24

J. BERQUE (Francia); especialista en historia social del islam contemporáneo; autor de numerosos libros sobre la historia de Egipto y del Magreb; antiguo profesor en el Colegio de Francia.

Capítulo 25

A. ADU BOAHEN.

Capítulo 26

E. S. ATIENO-ODHIAMBO (Kenia); especialista en historia política del Africa oriental; autor de numerosos trabajos y artículos sobre el surgimiento del nacionalismo en el Africa oriental y central; conferenciante de historia, Universidad de Nairobi, Kenia.

A. B. DAVIDSON (URSS), especialista en historia de Africa; ha publicado va-

rios trabajos sobre Africa; Profesor en el Instituto de Historia General, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú.

Capítulo 27

R. PELISSIER (Francia); especialista en los movimientos de resistencia de la historia de Africa durante los siglos XIX y XX; autor de numerosos trabajos y artículos; investigador.

A. ISAACMAN.

Capítulo 28

M. B. AKPAN, A. B. JONES y R. PANKHURST.

Capítulo 29

R. D. RALSTON (USA); especialista en la historia de Africa durante los siglos XIX y XX; autor de numerosos artículos sobre las relaciones entre Africa y el Nuevo Mundo; Profesor Ayudante de Historia, Departamento de Estudios Afro-Americanos, Universidad de Wisconsin, Madison.

F. A. ALBURQUERQUE MOURAO (Brasil); especialista en Historia de Africa; autor de numerosos trabajos y artículos sobre la historia afro-brasileña; Profesor de historia y Director del Centro de Estudios Africanos, Universidad de San Pablo, Brasil.

Capítulo 30

A. ADU BOAHEN.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Todas las referencias han sido verificadas con el mayor cuidado, pero, considerando la complejidad y el carácter internacional de la obra, es posible que haya errores. *(N. de los redactores.)*

Abreviaturas utilizadas en la bibliografía

AA African Affairs, Royal African Society, Londres.
AEH African Economic History, Madison, Wisconsin.
AESC Annales: économies, sociétés, civilisationn, Paris.
Africa Africa, International African Institute, Londres.
African Arts African Arts, African Studies Center, Universidad de California, Los Angeles.
African Literature Today African Literature Today, Heinemann, Londres.
AHR American Historical Review, American Historical Association, Washington DC.
AM Archives Marocaines.
Annuaire Médical et Pharmaceutique Colonial, Paris.
AQ African Quartely, Nueva Delhi.
BIFAN Bulletin de l'Institut Fondamental d'Afrique Noire, Dakar.
BSGL Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa, Lisboa.
BUP Boston University Press.
BUPAH Boston University Papers in African History, African Studies Center, Boston University, Boston.
Bulletin des juridictions indigènes et du droit coutumier congolais.
BWHO Bulletin of the World Heath Organization, Ginebra.
CEA Cahiers d'Études Africaines, Mouton, Paris.
CHJ Calabar Historical Journal, Universidad de Calabar.
CJAS Canadian Journal of African Studies, Canadian Association of African Studies, Department of Geography, Carleton University, Ottawa.
CSSH Comparative Studies in Society and History, CUP, Cambridge.
CUP Cambridge University Press.
Cultura Cultura, Brasilia.
EAJ East African Journal, East African Institute of Social & Cultural Affairs, Nairobi.
EALB East African Literature Bureau, Nairobi.
EAPH East African Publishing House, Nairobi.
EDCC Economic Development ad Cultural Change, Nueva York.
EHA Études d'Historie Africaine, Kinshasa.
EHR Economic History Review, Economic History Society, Cambridge.
Encounter Encounter, Londres.
EC Études Congolaises.
EO Ethiopia Observer, Addis Abeba.
ES Economy and Society, Routledge & Kegal Paul, Londres.
Genevè-Afrique, Ginebra.
GJ Geographical Journal, Royal Geographical Society, Londres.
GR Geographical Review, American Geographical Society, Nueva York.
HA Horn of Africa.
Hadith Hadith, Nirobi.
HJ Historical Journal, CUP, Cambridge.
HMSO Her/His Majesty's Stationery Office, Londres.
HUP Harvard University Press.
IAI International African Institute, Londres.

IFAN Institut Fondamental de l'Afrique Noire.
IJAHS International Journal of African Historical Studies, African Studies Center, Boston University, Boston.
IL International Law.
IRCBM Institut Royal Colonial Belge, Mémories, Bruselas.
IUP Ibadan University Press.
JAH Journal of African History, CUP, Cambridge.
JAS Journal of African Studies, African Studies Center, Universidad de California, Los Angeles.
JAf.S Journal of the African Society (más tarde *African Affairs*).
JCAHA Journal of the Central African Historical Association.
JDS Journal of Development Studies, Institute of Development Studies, Universidad de Sussex.
JES Journal of Ethiopian Studies, Addis Abeba.
JHMAS Journal of the History of Medicine and Allied Sciences, Nueva York.
JHSN Journal of the Historical Society of Nigeria, Ibadán.
JMAS Journal of Modern African Studies, CUP, Cambridge.
JNH Journal of Negro History, Washington DC.
Journal Officiel de l'A.E.F., Brazzaville.
JP Journal of Politics, Gainesville, Florida.
JSAS Journal of Southern African Studies, OUP, Londres.
Kongo-Oversee Kongo-Oversee.
The Lancet The Lancet, Londres.
Le Matériel Colonial, Paris.
JLS Liberial Studies Journal, Universidad de Delaware, Newark, Delaware.
Marchés Coloniaux, Paris.
MARSOM Mémories de l'Academie Royale des Sciences d'Outre-Mer, Bruselas.
MBAB Mitteilungen der Basler AFrika Bibliographien, Basilea.
MMFQ Millbank Memorial Fund Quarterly, Londres.
MIT Massachusetts Institute of Technology.
MUP Michigan University Press.
The Muslim World The Muslim World, Hartford, Connecticut.
Nigeria Magazine Nigeria Magazine, Lagos.
NJESS Nigerian Journal of Economic and Social Studies, Ibadán.
NUP Northwestern University Press.
Odu Odu, Universidad de Ife Press, Ife.
Omaly sy Anio Omaly sy Anio, Tananarive.
Optima Optima, Johanesburgo.
OUP Oxford University Pres.
PA Présence Africaine, Paris.
PAPS Proceeding of the American Philosophical Society, Filadelfia.
Practical Anthropology Practical Anthropology.
PP Past & Present, Oxford.
PS Population Studies, Londres.
PUF Presses Universitaries Françaises.
PUP Princeton University Press.
RA Revue Africaine, Journal des Travaux de la Société Historique Algérienne, Argel.
Research Review Research Review, Institute of African Studies, Universidad de Ghana, Legon.
RFHOM Revue Française d'Historie d'Outre-Mer, Paris.
RIIA Royal Institute of International Affairs, Londres.
RLJ Rhodes-Livingstone Journal (actualmente *African Social Research*), Lusaka.
RM Revue Marocaine,
R Med. Revue de la Mediterranée, Argel.
ROMM Revue de l'Occident Musulman et la Mediterranée, Aquisgrán.
RPC Recherche Pedagogique et Culture.
RSEHA Revue Sémitique d'Épigraphie et d'Historie Ancienne, Paris.
RSSJ Roya Statistical Society Journal, Londres.
SNR Sudan Notes & Records, Jartum.
SOAS School of Oriental and African Studies, Universidad de Londres.
SR Sociological Review, Manchester.
SUP Stanford University Press.
Tarikh Tarikh, Longman, Ibadán.
THSG Transactions of the Historical Society of Ghana, Legon.
TJH Transafrican Journal of History, Nairobi.
TRSTMH Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene, Londres.

Transition *Transition*, Kampala (más tarde Accra).
Ufahamu *Ufahamu*, Journal of the African Activist Association, Los Angeles.
UJ *Uganda Journal*, Uganda Society, Kampala.
UP University Press.
West Africa *West Africa*, Londres.
WUP Witwatersrand University Press.
Yale Review *Yale Review*, New Haven.
YUP Yale University Press.

Bibliografía

ABBAS, F., 1931, *Le jeune Algérien*, Editions de la Jeune Parque, Paris.
— 1962, *Le nuit coloniale*, Julliard, Paris.
'ABD AL-HALIM, M. O., 1975, «Islam in Somalia, 1800-1920», tesis, Universidad de Jartum.
'ABD AL-RAHIM, M., 1969, *Imperialism and Nationalism in the Sudan: a Study in Constitutional and Political Development, 1899-1956*, Clarendon Press, Oxford.
ABDIN, H., 1970, «The growth of nationalist movements in the Sudan», tesis, Universidad de Wisconsin.
ABERNETHY, D. B., 1969, *The Political Dilemma of Popular Education: an African Case*, SUP, Stanford.
ABRAHAM, W. E., 1964, «The Life and times of Anton Wilhelm Amo», *THSG*, VII, pp. 60-81.
ABUBAKAR, S., 1980, «The northern provinces under colonial rule», en O. IKIME (ed.), *Groundwork of Nigerian History*, pp. 447-81.
ABU SALIM, M. L., 1969, *Manshurat al-Mahdiyya*, Jartum.
— 1970, *Al-Haraka al-fikriyya fil Mahdiyya*, Jartum.
ADDO-FENING, R., 1975, «The Asamankese dispute, 1919-1934», *MBAB*, XII, pp. 61-89.
— 1980, «Akyem Abuakwa, c. 1874-1943: a study of the impact of missionary activities and colonial rule on a traditional state», tesis; Universidad de Ghana.
ADELEYE, R. A.,1971, *Power and Diplomacy in Northern Nigeria, 1804-1906: the Sokoto Caliphate and its enemies*, Longman, Londres.
ADEWOYE, O., 1977, *The Judicial System in Southern Nigeria, 1854-1954: Law and Justice in a Dependency*, Longman, Londres.
ADIMOLA, A. B.,1954, «The Lamogi rebellion 1911-12», *UJ*, XVIII, 2, pp. 166-77.
AFIGBO, A. E., 1972, *The Warrant Chiefs: Indirect Rule in Southeastern Nigeria, 1891-1929*, Longman, Londres.
— 1973, «Patterns of Igbo resistance to British conquest», *Tarikh*, IV, 3, pp. 14-23.
— 1974, «The establishment of colonial rule, 1900-1918», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 424-83.
AGERON, C.-R., 1966,«Enquête sur les origines de nationalisme algérien. L'Emir Khaled, petit-fils d'Adb El-Kader, fut-it le premier nationaliste algérien», *ROMM*, II, pp. 9-49.
— 1978a, *France coloniale ou parti coloniale?*, PUF, París.
— 1978b, *Politisques coloniales au Maghreb*, PUF.
— 1979, *Historie de l'Algérie contemporaine*, 1830-1973, PUF, Paris.
AHMED, J. M., 1960, *The Intellectual Origins of Egiptian Nationalism*, OUP, Londres.
AJAYI, J. F. A. (s. f.) «The impact of colonialism on Afro-Arab cultural relations in West Africa», ensayo inédito.
— 1965, *Christian Missions in Nigeria, 1841-1891: The making of a New Elite*, Longman, Londres.
— 1968, «The continuity of African institutions under colonialism», en T. O. Ranger (ed.), *Emerging Themes of African History*, pp. 189-200.
— 1969, «Colonialism: an episode in African history», en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), *Colonialism in Africa*, vol. I, *The History and Politics of Colonialism, 1870-1914*, pp. 494-509.
— y CROWDER, M. (eds.), 1974, *History of West Africa*, vol. II, Longman, Londres.
AKPAN, M. B., 1973a, «Liberia and the Universal Negro Improvement Association: the background to the abortion of Garvey's scheme for African colonization», *JAH*, XIV, 1, pp. 105-27.
— 1973b, «Black imperialism: Americo-Liberian rule over the African peoples of Liberia, 1841-1964», *CJAS*, VII, 2, pp. 217-36.
— 1975, «The Liberian economy in the nineteenth century: government finances», *LSJ*, VI, 2, pp. 129-61.
— 1976, «Liberia and the origins of the Scramble for West Africa», *CHJ*, I, 2, pp. 61-75.

— (en preparación) «Native administration and Gola-Bandi resistance in north-western Liberia, 1905-19», *THSG*.
AL-ASHHAB, M. T., 1947, *Barqa al-'Arabiyya, Matba't al Hawwari*, El Cairo.
AL-BARAWI, R., 1973, *Al-Sumal al-Jadid*, El Cairo.
AL-HADDAD, T., 1927, *Al-Ummal'al Tunisiyin* (no hay más detalles disponibles).
AL-HASAN, M. A., 1964, *Ta'rikh Darfur al-Siyasi*, Jartum.
AL-KADDAL, M. S., 1973, *Al-Mahdiyya wal Habasha*, Jartum.
AL-MADANI, T., 1963, *Kitab Al-Jaza'ir*, Blida.
AL-MASADA, M. G. AL-DIN, 1974, *Danshuwai*, El Cairo.
AL-MISURATI, A., 1964, *Sa'dun al Batal*, Beirut.
AL-MURSHIDI, M., 1958, *Al-Thawra Al-Urabiyya*, El Cairo.
AL-NASIRI, 1907, *Kitabal-Istiqqa*, tr. por E. FUMEY en *AM*, X, p. 227.
AL-RAF'I, A., 1966, *Al-Thawra al-'Urabiyya wal Ihtilal al-Ingili*, El Cairo.
— 1969, *Fi Aqab Al-Tawra Al-Misriyya*, vol. I, 3.ª ed., El Cairo.
AL-SAYYID, A. L., 1968, *Egypt and Cromer: a Study in Anglo-Egiptian Relations*, John Murray, Londres.
AL-SUSI, M., 1961, *Al Ma'sul*, vol. XX, Casablanca.
AL-TILLISI, K., 1973, *Mujam Ma'arik Al-j-Jihad Filibiya*, Dar al-Thaqafa, 2.ª ed., Beirut.
AL-ZAWI, AL T. A., 1973, *Jihad al-Abtal*, Dar al-Fath, 3.ª ed., Beirut.
ALBION, R. G., 1959, *Seaports South of the Sahara: the Achievement of an American Steamship Service*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York.
ALEGRE, C. DA C., 1916, *Versos Lisbon Livraria*, Ferin.
ALLAN, J. A., MCLACHLAND, K. S., PENROSE, E. T. (eds.), 1973, *Libya, Agriculture and Economic Development*, Frank Cass, Londres.
ALLAN, W., 1965, *The African Husbandman*, Olivier & Boyd, Londres.
— , y SMITH, R. J., 1948, «Irrigation in the Sudan», en J. D. TOTHILL (ed.), *Agriculture in the Sudan*, pp. 593-632.
ALLDRIDGE, T. J., 1910, *A Transformed Colony, Sierra Leone, as it was, and as it is, its Progress, Peoples, Native Customs and undeveloped Wealth*, Seeley, Londres.
ALOISI, P., 1957, *Journal, 25 juillet 1932-14 juin 1936*, Plon, Paris.
ALVES, H. L., 1976, *Bibliografia afro-brasileira; estudos sobre o negro*, Edições H, São Paulo.
AMIN, S., 1970, *The Magheb in the Modern World: Algeria, Tunisia, Morocco*, Penguin, Harmondsworth.
— 1972, «Underdevelopment and dependence in Black Africa: origins and contemporary forms», *JMAS*, X, 4, pp. 503-24.
— 1974, *Accumulation on a World Scale: a Critique of the Theory of Underdevelopment*, Monthly Review Press, Nueva York.
ANANABA, W., 1969, *The Trade Union Movement in Nigeria*, C. Hurst, Londres.
ANDERSON, R. E., 1952, *Liberia: America's African Friend*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
ANDRADE, M., 1959, Antologia de Poesia Negra de Expressao Portuguesa, Pierre Jean Oswald, Paris.
ANENE, J. C., 1970, *The International Boundaries of Nigeria, 1885-1960: the Framework of an Emergent African Nation*, Longman, Londres.
ANI-OKOKON, A. E., 1927, «A West African in the US: some reflections and observations», *Missionary Seer*, XXVIII, 6.
ANÓNIMO, 1910a, «Health and sanitation in Sierra Leone», *The Lancet*, 1 octubre 1910 (vol. II), p. 1053.
— 1910b, «The Egyptian Public Health Deparment», *The Lancet*, 11 marzo 1911 (vol. I), p. 688.
— 1911, «The Transuaal Mining Commission», *The Lancet*, 11 marzo 1911 (vol. I), p. 688.
— 1913, «Notes from south Africa», *The Lancet*, 14 junio 1913 (vol. I), p. 1702.
— 1959, «The policy of our culture» [editorial], *PA*, XXIV-XXV, pp. 3-5.
ANOUMA, R. P., 1973, «L'impôt de capitation, le système des prestations et des corvées en Côte d'Ivoire de 1901-1930», tesis doctoral de tercer ciclo, Universidad de Aquisgrán.
ANTONETTI, G. G., 1926, 1927, artículos en *Journal Officiel de l'A.E.F.*, 1 junio 1926, 1 diciembre 1927.
ANYANE, S. L., 1963, *Ghana Agriculture: its Economic Development from Early Times to the Middle of the Twentieth Century*, OUP, Londres.
ARAEDON, D., 1976, «Architecture», en S. O. BIOBAKU (ed.), *The Living Culture of Nigeria*, pp. 38-44.
ARAP MAGUT, P. K., 1969, «The rise and fall of the Nandi Orkoiyot», en B. G. MCINTOSH (ed.), *Ngano: Studies in Traditional and Modern East African History*, pp. 95-108.
ARAP NGENY, S. K., 1970, «Nandi resistance to the establishment of British administration, 1893-1906», *Hadith*, II, pp. 104-26.

ARMAH, A. K., 1973, *Two Thousand Seasons*, EAPH, Nairobi; Heinemann, Londres, 1979.
ARRIGHI, G., 1967, *The Political Economy of Rhodesia*, Mouton, La Haya.
— 1970, «Labour supplies in historical perspective: a study of the proletarianization of the African peasantry in Rhodesia», *JDS*, VI, 3, pp. 197-234.
ASANTE, S. K. B., 1977, *Pan-African Protest: West Africa and the Italo-Ethiopian Crisis, 1939-1941*, Longman, Londres.
ASHE, R. P., 1894, *Chronicles of Uganda*, Hodder & Stoughton, Londres.
ASHUR, F.b., 1956, *Al-H'arakat al-adahiya w'al-firkiya fi*, Túnez.
ASIWAJU, A. I., 1976a, *Western Yorubaland under European Rule, 1889-1945: a Comparative Analysis of French and British Colonialism*, Longman, Londres.
— 1976b, «Migrations as revolt: the example of the Ivory Coast and the Upper Volta before 1945», *JAH*, XVIII, 4, pp. 577-94.
— 1979, «Control through coercion: a study of the indigénat regime in French West African administration, 1887-1946», *BIFAN*, (B) XLI, 1, pp. 35-71.
ASSIS, A. de, Jr., 1917, *Relatório dos Acontecimentos da Dala Tando a Lucala*, Luanda.
ATANDA, J. A., 1969, «The Iseyin-Okeiho rising of 1916: an example of socio-political conflict in colonial Nigeria», *JHSN*, IV, 4, pp. 487-514.
ATIENO-ODHIAMBO, E. S., 1973, «Review of J. Iliffe (ed.) *Modern Tanzanians*», *TJH*, III, 1 & 2, pp. 153-4.
— 1974, «"Seek ye first the economic kingdom": the early history of the Luo Thrift and Trading Corporation, LUTATCO, 1945-1956», en B. A. OGOT (ed.), *Hadith*, V, *Economic and Social History of East Africa*, pp. 218-56.
AYACHE, A., 1956, *Le Maroc: bilan d'une colonisation*, Ed. Sociales, Paris.
— y RICHARD, C., 1978, «Une dissidence protestante malgache: l'église Tranozozoro», *Omaly sy Anio*, VI-VIII, pp. 133-82.
AYANDELE, E. A., 1966, *The Missionary Impact on Modern Nigeria, 1842-1914: a Political and Social Analysis*, Longman, Londres.
AZIKIWE, B. N., 1934, *Liberia in World Politics*, A. H. Stockwell, Londres.
— 1961, *Zik: a Selection from the Speeches of Nnamdi Azikiwe*, CUP, Cambridge.

BADEN-POWELL, R. S. S., 1897, *The Matabele Campaign, 1896: being a Narrative of the Campaign in Suppressing the Native Rising in Matabeleland and Mashonaland*, Methuen, Londres.
BADOGLIO, P., 1937, *The War in Abyssinia*, Methuen, Londres.
BAER, G., 1962, *A History of Land Ownership in Modern Egypt, 1800-1950*, OUP, Londres.
BAER, G. W., 1967, *The Coming of the Italo-Ethiopian War*, HUP, Cambridge, Mass.
BAETA, C. G., 1962, *Prophetism in Ghana: a Study of Some «Spiritual Churches»*, SCM Press, Londres.
— (ed.), 1968, *Christianity in Tropical Africa*, OUP, Londres.
BALANDIER, G., 1965, «Messianism and nationalism in Black Africa», en P. VAN DEN BERGHE (ed.), *Africa: Social Problems of Change and Conflict*.
— y DADIE, B. (eds.), (s.f.), *La travail en Afrique noire*, Présence Africaine, Paris.
BALANS, J. L., COULON, C. y RICHARD, A. (eds.), 1972, *Problèmes et perspectives de l'éducation dans un état du tiers-monde: le cas du Sénégal*, Centre d'Etude d'Afrique Noire, Burdeos.
BALDWIN, R. E., 1966, *Economic Development and Export Growth: a Study of Northern Rhodesia, 1920-1960*, University of California Press, Berkeley.
BALEK, R., 1922, *La Tunisie après la Guerre, 1919-21: problèmes politiques*, Comité de l'Afrique Française, Paris.
BALLARD, J. A., 1965, «The Porto Novo incidents of 1923: politics in the colonial era», *Odu*, II, 1, pp. 52-75.
BANDINI, F., 1971, *Gli Italiani in Africa: Storia delle guerre coloniali, 1882-1943*, Longanesi, Milán.
BANKS, A., 1975, *A Military Atlas of the First World War*, Heinemann, Londres.
BANNERMANN, R. C., 1920, «Report on Conditions in Liberia», 2 octubre 1920, Nueva York.
BANTON, M., 1966, «Adaptation and integration in the social system of Temne immigrants in Freetown», en I. WALLERSTEIN (ed.), *Social Change: The Colonial Situation*, pp. 402-19.
BARBAR, A. M., 1980, «The Tarabulus (Libyan) resistance to the Italian invasions, 1911-1920», tesis, Universidad de Wisconsin.
— BARBOUR, K. M., y PROTHERO, R. M. (eds.), 1961, *Essays on African Population*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
BARBOUR, N. (ed), 1959, *A Survey of North West Africa (The Maghreb)*, OUP, Londres.
BARCLAY, E. J., 1931, *Annual Message*, 22 diciembre, Monrovia.
— 1932, *Annual Message*, 24 octubre, Monrovia.
— 1934, *Annual Report of the Department of State to the Fourth Session of the Thirty-Seventh Legislature*, Monrovia.

— 1935a, *Special Message delivered before the Extraordinary Session of the Liberian Legislature*, 29 mayo, Monrovia.
— 1935b, *Annual Message*, 19 diciembre, Monrovia.
— 1937, *Annual Message*, 29 octubre, Monrovia.
BARKER, A. J., 1968, *The Civilization Mission: a History of the Italo-Ethiopian War of 1935-1936*, OUP, Londres.
BARRETT, D. B. (ed.), 1971, *African Initiatives in Religion*, EAPH, Nairobi.
BASCOM, W., 1959, «Urbanism as a traditional African pattern», *SR*, VII, pp. 29-53.
BASSO, L., 1972, «An analysis of classical theories of imperialism», en N. CHOMSKY *et al. Spheres of Influence in the Age of Imperialism*, pp. 111-44.
BASTIDE, R., 1967, *Les Ameriques noires: les civilisations africaines dans le Nouveau Monde*, Payot, Paris.
BATES, M. L., 1965, «Tanganyika: changes in African life, 1918-1945, en V. HARLOW y E. M. CHILVER (eds.), *History of East Africa*, vol. II, pp. 625-38.
BATES, R. H., 1971, *Unions, Parties and Political Development: a Study of Mineworkers in Zambia*, YUP, New Haven.
BAUER, P. T., 1954, *West African Trade: a Study of Competition, Oligopoly and Monopoly in a Changing Society*, CUP, Cambridge.
BAUER, R. A., y BAUER, A. H., 1942, «Day to day resistance to slavery», *JNH*, XXVII, 4, pp. 388-419.
BAUM, J. E., 1928, *Savage Abyssinia*, Cassell, Londres.
BEACH, D., 1971, «Resistance and collaboration in the Shona country», seminario inédito de la SOAS, Londres.
— 1979, «"Chimurenga": the Shona rising of 1896-97», *JAH*, XX, 3, pp. 395-420.
BEER, G. L., 1923, *African Questions at the Paris Peace Conference*, Macmillan, Nueva York.
BEINART, W., y BUNDY, C., 1980, «State intervention and rural resistance; the Transkei, 1900-1965», en M. KLEIN (ed.), *Peasants in Africa*, pp. 271-315.
BENDER, G. J., 1978, *Angola under the Portuguese: the Myth and the Reality*, Heinemann, Londres.
BENIANS, E. A., BUTLER, J., y CARRINGTON, C. E. (eds.), 1959, *The Cambridge History of the British Empire*, vol. III, *The Empire-Commonwealth 1870-1919*, CUP, Cambridge.
BENNETT, G. (ed), 1953, *The Concept of Empire: Burke to Attlee, 1774-1947*, Adam & Charles Black, Londres.
— 1963, *Kenya, a Political History: the Colonial Period*, OUP, Londres.
BESON, M., 1966, *South Africa: the Struggle for a Birthright*, Penguin, Harmondsworth.
BENZ, E. (ed.), 1965, *Messianische Kirchem, Sekten und Bewengungen im heutigen Afrika*, Brill, Leiden.
BERG, E. J., 1965, «The development of a labour force in sub-Saharan Africa», *EDCC*, XIII, pp. 394-412.
BERKELEY, G. F., 1902, *The Campaign of Adowa and the Rise of Menelik*, Constable, Londres.
BERLINER, P., 1978, *The Soul of Mbira*, University of California Press, Berkeley.
BERNARD, A., y LACROIX, L. N. E., 1921, *Le pénétration saharienne, 1930-1906*, Argel.
BERQUE, A., 1936, «Un mystique moderniste: le Cheikh Benalioua», *RA*, LXXIX, pp. 691-776.
— 1947, «Les intellectuels algériens», *RA*, XCI, pp. 123-51, 261-76.
— 1951, «Les capteurs du divan: marabouts et ulemas», *R. Med.*, X, 43, pp. 286-302; XI, 44, pp. 417-29.
— 1970, *Le Maghreb entre deux guerres*, Ed. du Seuil, 2.ª ed., Paris.
BERVIN, A., 1969, *Benito Sylvain, apôtre du relèvement social des noirs*, La Phalange, Port-au-Prince.
BETI, M., 1971, *The Poor Christ of Bomba*, Heinemann, Londres.
BETTS, R. F. (ed.), 1972, *The Scramble for Africa: Causes and Dimensions of Empire*, D. C. Heat, 2.ª ed., Londres.
BIDWELL, R., 1973, *Morocco under Colonial Rule: French Administration of Tribal Areas, 1912-1956*, Frank Cass, Londres.
BIOBAKU, S. O. (ed.), 1976, *The Living Culture of Nigeria*, Thomas Nelson, Londres.
BIRMINGHAM, W., NEUSTADT, I., y OMABOE, E. N. (eds.), 1967, *A Study of Comtemporary Ghana*, vol. II, Allen & Unwin, Londres.
BITTREMIEUX, L., 1936, «Brief van Musiri (Geschiedenis van een Negerkonig uit Katanga) door Zijn zoon en apvolger Mukanda-bantu (Met het relaas der goote daden van den Schrijver) Uit het Kisanga Vertaald», *Kongo-Oversee*, III, pp. 69-83, 252-91.
BLAIR, D. S., 1976, *African Literature in French*, CUP, Cambridge.
BLAUG, M., 1961, «Economic imperialism revisited», *Yale Review*, L, pp. 335-49.
BLEY, H., 1968, *Kolonialherrschaft und Sozialstruktur in Deutsch-Südwestafrika, 1894-1914*, Leibnez-Verlag, Hamburgo.

— 1971, *South West Africa under German Rule, 1894-1914*, Heinemann, Londres.
BLYDEN, E. W., 1864, «The call of Providence to the descendants of Africa», *The African Repository*, XL, p. 358.
— 1887, *Christianity, Islam and the Negro Race*, W. B. Whittingham, Londres.
BOAHEN, A. A., 1966, *Topics in West African History*, Longman, Londres.
— 1974, «Politics in Ghana, 1800-1874», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 167-261.
— 1977, «Prempeh in Exile», *Research Review*, VIII, 3, pp. 3-20.
BOAVIDA, A. A., 1967, *Angola: cinco séculos de exploracão portuguêsa, Civilizacão Brasileira*, Río de Janeiro.
BOHANNAN, P., y CURTIN, P., 1971, *Africa and Africans*, Natural History Press, ed. rev., Nueva York.
BOHM, E., 1938, *La mise en valeur des colonies portugaises*, Paris.
BOILAT, ABBÉ, 1853, *Equisses Sénégalaises*, P. Bertrand, Paris.
BOITEAU, P., 1958, *Contribution à l'histoire de la nation malgache*, Ed. Sociales, Paris.
BOND, H. M., «Forming African youth: a philosophy of education», en J. A. DAVIS (ed.), *Africa Seen by American Negroes*, pp. 247-61.
BONNER, P. L., 1978, «The decline and fall of the ICU: a case of self-destruction?», en E. WEBSTER (ed.), *Essays in Southern African Labour History*, pp. 114-20.
— 1979, «The 1920 Black mineworkers' strike: a preliminary account», en B. BOZZOLI (ed.), *Labour, Townships and Protest: Studies in the Social History of the Witwatersrand*.
BONY, J., 1980, «La Côte d'Ivoire sous la colonisation française et le prélude à l'émancipation, 1920-47. Genèse d'une nation», tesis, Universidad de París I.
BOOTH, N. S., 1977, «Islam in Africa», en N. S. BOOTH (ed.), *African Religions: a Symposium*, Nok Publishers, Nueva York.
— (ed.), 1977, *African Religions: a Symposium*, Nok Publishers, Nueva York.
BOSERUP, E., 1965, *The Conditions of Agricultural Growth*, Aldine, Chicago.
BOTELHO, J. J. T., 1934, *História Militar e Politica dos Portugueses em Moçambique*, 2 vols., Lisboa.
BOUIS, L., 1946, «Algérie et Sahara: le regime douanier», en *Encyclopédie de l'Empire Française*, Paris.
BOULEGUE, M., 1965, «La presse au Sénégal avant 1939: bibliographie», *BIFAN* (B) XXVII, pp. 715-754.
BOURGUIBA, A., 1954, *La Tunisie et la France: vingt-cinq ans de lutte pour une coopération libre*, Julliard, Paris.
BOWEN, J. W. E., 1896, *Africa and the American Negro: Addresses and Proceedings of the Congress on Africa*, Mnemosyne Publishers, Miami, 1969.
BOWER, P., 1948, «The mining industry», en M. PERHAM (ed.), *Mining, Commerce and Finance in Nigeria*, pp. 1-42.
BOYES, J., s.f., *My Abyssinian Journey*, W. Boyd, Nairobi.
BOZZOLI, B. (ed.), 1979, *Labour, Townships and Protest: Studies in the Social History of the Witwatersrand*, Johanesburgo.
BRANDEL, R., 1961, *The Music of Central Africa*, Martinus Nijhoff, La Haya.
BRANQUINHO, J. A. G. DE M., 1966, *Prospecção das Forças Tradicionas*, Nampula.
BRASS, W. *et al.*, 1968, *The Demography of Tropical Africa*, PUP, Princeton.
— y COALE, A. J., 1968, «Methods of analysis and estimation», en W. BRASS *et al.*, *The Demography of Tropical Africa*, pp. 88-139.
BRETT, E. A., 1973, *Colonialism and Underdevelopment in East Africa*, Nok Publishers, Nueva York.
BROTZ, H., 1970, *The Black Jews of Harlem: Negro Nationalism and the Dilemmas of Negro Leadership*, Schocken, Nueva York.
BROWN, M., 1978, *Madagascar Rediscovered: a History from Early Times to Independence*, Damien Tunnacliffe, Londres.
BRUNSCHWIG, H., 1966, *French Colonialism, 1871-1914: Myths and Realities*, Praeger, Nueva York.
— 1974, «De la résistance africaine à l'impérialisme européen», *JAH*, XV, 1, pp. 47-64.
BUELL, R. L., 1928, *The Native Problem in Africa*, 2 vols., Macmillan, Nueva York.
— 1947, *Liberia: a Century of Survival, 1847-1947*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.
BUNDY, C., 1979, *The Rise and Fall of the South African Peasantry*, University of California Press, Berkeley; Heinemann, Londres.
BURNS, A. C., 1957, *In Defence of Colonies: British Colonial Territories in International Affairs*, Allen & Unwin, Londres.
BUSTIN, E., 1975, *Lunda under Belgian Rule*, HUP, Cambridge, Mass.

CACHIA, A. J., 1975, *Libya under the Second Ottoman Occupation (1835-1911)*, Dar al Farjeni, Trípoli.

CALDWELL, J. C., 1967, «Population change», en W. BIRMINGHAM, I. NEUSTADT y E. N. OMABOE (eds.), *A Study of Contemporary Ghana*, vol. II, pp. 78-110.
— (ed.), 1975, *Population Growth and Socio-Economic Change in West Africa*, Columbia UP, Nueva York.
— (en preparación) *The African Drought and its Demographic Implications*.
— y OKONJO, J. (eds.), 1968, *The Population of Tropical Africa*, Longman, Londres.
CANTRELLE, P., «Mortality; levels, patterns and trends», en J. C. CALDWELL (ed.), 1975, *Population Growth and Socio-Economic Change in West Africa*, pp. 98-118.
CAPELA, J. (en preparación), *O Movimento Operário em Lourenço Marques, 1910-1927*.
CARDOSO, F. H., 1962, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional*, Difusão Europeia do Livro, São Paulo.
CARDOZO, J., 1931, *Finances et crédit pan José Cardoso...*, Lourenço Marques.
CARR-SAUNDERS, A. M., 1936, *World Population: Past Growth and Present Trends*, Clarendon Press, Oxford.
CARTWRIGHT, F., y BIDDISS, M. D., 1972, *Disease and History*, Rupert Hart-Davies, Londres.
CASSERLEY, G., 1923, *Algeria Today*, T. Werner Laurie, Londres.
CECIL, G., 1932, *Life of Robert Marquis of Salisbury*, vol. IV, Hodder & Stoughton, Londres.
CENTRO DE ESTUDOS DOS AFRICANOS, 1977, *The Mozambique Miners*, Maputo.
CHAINE, M., 1913, «Histoire du règne de Iohannes IV, ori d'Ethiopie (1868-1889)», *RSEHA*, XXI, pp. 178-91.
CHALMERS, J. A., 1877, *Tiyo Soga: a Page of South African Mission Work*, Hodder & Stoughton, Londres.
CHALK, F., 1967, «Du Bois and Garvey confront Liberia», *CJAS*, I, 2, pp. 135-42.
CHANAIWA, D., 1974, «The Shona and the British South Africa Company in Southern Rhodesia, 1980-1896», *AQ*, XIV, 3 & 4.
— 1980, «African humanism in South Africa», en A. MUGOMBA y M. NYAGGAH (eds.) *Independence Without Freedom. The Political Economy of Colonial Education in Southern Africa*, pp. 9-39.
CHAPUS, G. S., 1961, *Manuel de l'histoire de Madagascar*, Larose, París.
CHARLE, E. G., 1964, «An appraisal of British imperial policy with respect to the extraction of mineral resources in Nigeria», *NJESS*, VI, 1, pp. 37-42.
CHESTER, E. W., 1974, *Clash of Titans*, Orbis, Nueva York.
CHEVALIER, L., 1947, *Le problème demographique nord-africaine*, PUF, París.
CHILCOTE, R. (ed.), 1972, *Protest and Resistance in Angola and Brazil*, University of California Press, Berkeley.
CHILEMBWE, J. «Letter», *Mission Herald*, IX, 9 abril 1905.
CHINWEIZU, 1975, *The West and the Rest of Us: White Predators, Black Slavers and the African Elite*, Vintage Books, Nueva York.
CHOMSKY, N., *et al.*, 1972, *Spheres of Influence in the Age of Imperialism*, Spokesman Books, Nottingham.
CHRÉTIEN, J. P., 1970, «Un revolte au Burundi en 1934», *AESC*, XV, 6, pp. 1678-1717.
CHURCHILL, W. S., 1948, *The Gathering Storm*, Cassell, Londres.
CIMMATURA, R., 1936, *Ual Ual*, Mondadori, Milán.
CLAPHAM, C., 1977, «Ethiopia», en R. LEMARCHAND (ed.), *African Kingships in Perspective: Political Change and Modernization in Monarchical Settings*, pp. 35-63.
CLARENCE-SMITH, W. G., 1979, *Slaves, Peasants and Capitalists in Southern Angola, 1840-1926*, CUP, Cambridge.
— y MOORSOM, R., 1975, «Underdevelopment and class formation in Ovamboland, 1846-1915», *JAH*, XVI, 3, pp. 365-81.
CLARKE, J. H., 1964, *Harlem USA*, Seven Seas Publishers, Berlín.
CLENDENEN, C., COLLINS, R., y DUIGNAN, R., 1966, *Americans in Africa, 1865-1900*, Hoover Institution Press, Stanford.
CLOWER, R. W., DALTON, G., HARWITZ, M., y WALTERS, A. A., 1966, *Growth Without Development. An Economic Survey of Liberia*, NUP, Evanston.
COALE, A. J., y DEMENY, P., 1966, *Regional Model Life Tables and Stable Populations*, PUP, Princeton.
— 1967, *Population Studies*, ONU, Nueva York.
COALE, A. J., y LORIMER, F., 1968, «Summary of estimates of fertility and mortality», en W. BRASS *et al.*, *The Demography of Tropical Africa*, pp. 151-67.
COAL, A. J., y VAN DE WALLE, E., 1968, «Appendix: notes on areas for which estimates were made but not subject to a detailed study», en W. BRASS *et al.*, *The Demography of Tropical Africa*, pp. 168-82.
COBBING, J., 1974, «Ndebele religion in the nineteenth century», ensayo inédito.

— 1977, «The absent priesthood: another look at the Rhodesian risings of 1896-1897», *JAH*, XVIII, 1, pp. 61-84.
COELHO, R., 1964, *Os Karibes Negros de Honduras*, Separata da Revista do Museu Paulista, n.s. 15, São Paulo.
COELHO, T. (ed.), 1898, *Dezoito annos em Africa*, Lisboa.
COLE, M. M., 1961, *South Africa*, Methuen, Londres.
COLEMAN, J. S., 1958, *Nigeria: Background to Nationalism*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
— 1965, «Nationalism in tropical Africa», en P. J. M. MCEWAN y R. B. SUTCLIFFE (eds.), *The Study of Africa*, pp. 156-83.
— y BELMONT, B., Jr, 1962, «The role of the military in sub-Saharan Africa», en J. J. JOHNSON (ed), *The Role of the Military in Under-developed Countries*, pp. 359-405.
— y ROSBERG, C. G. (eds.), 1970, *Political Parties and National Integration in Tropical Africa*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
COLLINS, R. O., 1967, «The Aliab Dinka uprising and its suppression», *SNR*, XLVIII, pp. 77-89.
CONFER, C. V., 1966, *France and Algeria: the Problem of Civil and Political Reform, 1870-1920*, Syracuse UP, Nueva York.
COON, C., 1936, *Measuring Ethiopia and Flight into Arabia*, Jonathan Cape, Londres.
COQUERY-VIDROVITCH, C., 1972, *Le Congo français au temps des grandes compagnies concessionnaires, 1898-1930*, Mouton, París y La Haya.
— 1975, «L'impact des intérêts coloniaux: SCOA et CFAO dans l'ouest africain, 1910-1965», *JAH*, XVI, 4, pp. 595-621.
— (ed.), 1976, «L'Afrique et la crise de 1930 (1924-1938)», *RFHOM* (número especial), LXIII, 232-3, pp. 375-776.
— 1977, «Mutations de l'impérialisme colonial français dans les années 30», *AEH*, IV, pp. 103-52.
— (en preparación), «French Black Africa», en A. D. ROBERTS (ed.), *Cambridge History of Africa*, vol. VII.
— y MONIOT, H., 1974, *L'Afrique noire de 1800 à nos jours*, PUF, París.
CORNEVIN, R., 1962, *Histoire du Togo*, Berger-Levrault, París.
CORO, F., 1971, *Settantasei Anni di Dominazione Turca in Libia, 1835-1911*, Stabilimento Poligrafico Editorial, Plinio Maggi, Trípoli.
COSNIER, H. C., 1921, L'ouest africain français, ses ressources agricoles, son organisation économique, Larose, París.
— 1922, *L'Afrique du nord: son avenir agricole et économique*, París.
COUCEIRO, S. M., 1974, *Bibliografi sobre o negro brasileiro*, Centro de Estudos Africano/Universidad de São Paulo, São Paulo.
COUPLAND, R., 1928, *Kirk on the Zambezi*, Clarendon Press, Oxford.
COUTINHO, J. A., 1904, *A Campanha do Barue em 1902*, Lisboa.
CRONON, E. D., 1962, *Black Moses: The Story of Marcus Garvey and the Universal Negro Improvement Association*, University of Wisconsin Press, Madison.
CROWDER, M., 1962, *Senegal: a Study in French Assimilation Policy*, OUP, Londres.
— 1964, «Indirect rule: French and British style», *Africa*, XXXIV, 3, pp. 197-205.
— 1968, *West Africa under Colonial Rule*, Hutchinson, Londres.
— (ed.), 1971, *West African Resistance*, Hutchinson, Londres.
— 1973, *Revolt in Bussa: a Study of British «Native Administration» in Nigerian Borgu: 1902-35*, Faber, Londres.
— 1974, «The 1914-1918 European War and West Africa», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 484-513.
— 1977a, *Colonial West Africa*, Frank Cass, Londres.
— 1977b, «Introduction» [a «Protest against colonial rule in West Africa»], *Tarikh*, V, 3, pp. 1-5.
— 1977c, «The Borgu revolts of 1915-17», *Tarikh*, V, 3, pp. 18-30.
— 1977d, «Blaise Diagne and the recruitment of African troops for the 1914-18 War», en M. CROWDER, *Colonial West Africa*, pp. 104-21.
— y AJAYI, J. F. A., 1974, «West Africa 1919-1939: the colonial situation», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 514-41.
— e IKIME, O. (eds.), 1970, *West African Chiefs: Their Changing Status under Colonial Rule and Independence*, Africana Publishing Corp., Nueva York.
CROWE, S. E., 1942, *The Berlin West African Conference, 1884-1885*, Longmans Green, Londres.
CRUMMEY, D., 1969, «Tewodros as reformer and modernizer», *JAH*, X, 3, pp. 457-69.
CUDSI, A. S., 1969, «Sudanese resistance to British rule, 1900-1920», tesis, Universidad de Jartum.
CUNHA, J. M. DA SILVA, 1949, *O trabalho indígena: estudo do directo colonial*, Lisboa.
CURTIN, P. D., 1969, *The African Slave Trade: a Census*, University of Wisconsin Press, Madison.
— FEIERMAN, S., THOMPSON, L., y VANSINA, J., 1978, *African History*, Longman, Londres.

DA CUNHA, M. C., 1976, «Brasileiros Nagôs em Lagos no século XIX», *Cultura*, octubre-diciembre 1976, Ministerio de Educacão e Cultura, Brasilia.
DABBUR, M. A., 1971, *Nahd 'at al Jaza'ir al-Haditha Fithawrati-Hax'l-Mubaraka*, Argel.
DACHS, A. J., 1972, «Politics of collaboration: imperialism in practice», en B. PACHAI (ed.), *The Early History of Malawi*, pp. 283-92.
DALY, M. D., 1977, «The Governor-Generalship of Sir Lee Stack, 1917-24», tesis, Universidad de Londres.
DARWIN, C., 1859, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, John Murray, Londres.
DAVIDSON, A. B., 1968, «African resistance and rebellion against the imposition of colonial rule», en T. O. RANGER (ed.), *Emerging Themes of African History*, pp. 177-88.
— 1972, *South Africa, the Birth of a Protest*, African Institute, Moscú.
DAVIDSON, B., 1964a, *The African Past*, Longman, Londres.
— 1964b, *Which Way Africa?*, Penguin, Harmondsworth.
— 1978a, *Discovering Africa's Past*, Longman, Londres.
— 1978b, *Africa in Modern History*, Allen Lane, Londres.
DAVIES, I., 1966, *African Trade Unions*, Penguin, Harmondsworth.
DAVIES, J. N. P., 1956, «The history of syphilis in Buganda», *BWHO*, XV, pp. 1041-55.
DAVIS, J. A. (ed.), 1958, *Africa Seen by American Negroes* (título de cubierta) *[Africa From the Point of View of American Negro Scholars* (título de portada)], Présence Africaine, París.
DAVIS, L., 1974, «Black images of Liberia, 1877-1914» (ensayo inédito preparado para la Sixth Annual Liberian Studies Conference, Madison, Wisconsin, 26-27 abril 1974).
DE BONO, E., 1937, *Anno XIII: The Conquest of an Empire*, Londres.
DE CASTRO, L., 1915, *Nulla terra dei Negus, pagine raccolte in Abisinia*, Fratelli Treves, Milán.
DE DEKKER, P., 1974, «Mutations sociales, politiques et économiques au Rwanda entre les deux guerres», disertación magistral, Universidad de París VII.
DE FREITAS, H. I. F., 1956-7, *Seitas religiosas genticicas*, 3 vols., Lourenço Marques.
DE GRAFT, J. C., 1976, «Roots in African drama and theatre», *African Literature Today*, VIII, pp. 1-25.
DE KIEWIET, C. W., 1965, *The Imperial Factor in South Africa. A Study in Politics and Economics*, Frank Cass, Londres.
DE MONTMORENCY, W. G. B. [Vizconde de Mountmorres], 1906, *The Congo Independent State: a Report on a Voyage of Enquiry*, Williams & Norgate, Londres.
DEBRUNNER, H., 1967, *A History of Christianity in Ghana*, Waterville Publishing, Accra.
DEJACO, A., 1972, *Di mal d'Africa si muore*, Roma.
DEL BOCA, A., 1969, *The Ethiopian War, 1935-1941*, Chicago UP, Chicago.
DE LA PRADELLE, 1936, *Le conflit Italo-Ethiopien*, París.
DELAVIGNETTE, R., 1946, *Service Africaine*, 8.ª ed., Gallimard, París.
DENOON, D., 1972, *Southern Africa since 1800*, Longman, Londres.
DESANTI, M., 1940, «La propiété en Afrique noire», ensayo presentado a las Conferencias de la Ecole Coloniale.
DESCHAMPS, H., 1960, *Histoire de Madagascar*, Berger-Levrault, París.
— 1962, *Madagascar, Camores, Terres Australes*, Berger-Levrault, París.
— 1963, «Et maintenant, Lord Lugard?», *Africa*, XXXII, 4, pp. 293-306.
DESPOIS, J., 1961, *La Tunisie*, A. Colin, París.
DEUTSCHLAND, H., 1970, *Trailblazers, Struggles and Organizations of African Workers before 1945*, Tribune, Berlín.
DIGERNES, O., 1978, «Appearance and reality in the Southern Sudan. A study in British administration of the Nuer, 1900-1930», tesis, Universidad de Bergen.
DIKE, K. O., 1956, *Trade and Politics in the Niger Delta, 1830-1885*, Clarendon Press, Oxford.
DOWNES, W. D., 1919, *With the Nigerians in German East Africa*, Methuen, Londres.
DRESCH, J., 1952, «Les investissements en Afrique noire», *PA*, XIII, pp. 232-41.
DRESCHLER, H., 1966, *Südwestafrika unter deutscher kolonialherrschaft*, Berlín.
DU BOIS, W. E. B., 1968, *Dusk of Dawn. An Essay Towards an Autobiography of a Race Concept*, Schocken Books, Nueva York.
DUBLIN, LOUIS I., LOTKA, A. J., y SPIEGELMAN, M., 1936, *Length of Life: a Study of the Life Table*, Roland Press, Nueva York.
DUFFY, J., 1959, *Portuguese Africa*, OUP, Londres.
— 1962, *Portugal in Africa*, Penguin, Harmondsworth.
— 1967, *A Question of Slavery*, Clarendon Press, Oxford.
DUGGAN, A. J., 1962, «A survey of sleeping sickness in Northern Nigeria from the earliest times to the present day», *TRSTMH*, LVI, 1962, pp. 439-80.
DUMONT, R., 1966, *False Start in Africa*, André Deutsch, Londres.

DUNBAR, A. R., 1965, *A History of Bunyoro-Kitara*, OUP, Londres.
DUNCAN, W. G., 1973, *The Nature and Content of Fertility Surveys Conducted throughout the World since 1960*, La Haya.
DUPERRAY, A., 1978, «Les Gourounsi de Haute-Volta: conquête et colonisation, 1896-1933», tesis de tercer ciclo, Universidad de Paris.
DURAND, J. D., 1967, «The modern expansion of world population», *PAPS*, CXI, 3, pp. 136-59.
DWANE, J. M., 1897, Artículo en *Voice of Mission*, julio 1897 (no hay más detalles disponibles).

EASTON, S. C., 1964, *The Rise and Fall of Western Colonialism*, Pall Mall, Londres.
ECHENBERG, M. J., 1975, «Paying the blood tax: military conscription in French West Africa, 1914-1929», *CJAS*, IX, 2, pp. 171-92.
EDGAR, R. (en preparación), «Enoch Mgijima, the Israelites and the background to the Bulhoek massacre», *IJAHS*.
EDMUND, W. D., 1951, «The newspaper press in British West Africa, 1918-1939», tesis, Universidad de Bristol.
EGGELING, W. J., 1948, «Another Photograph of Mumia», *UJ*, XII, 2, pp. 197-9.
— 1950, «Death of Mumia», *UJ*, XIV, 1, p. 105.
EHRLICH, C., 1957, «Cotton and the Uganda economy, 1903-1909», *UJ*, XXI, 2, pp. 162-75.
— 1973,«Building and caretaking: economic policy in British tropical Africa, 1890-1960», *EHR*, XXIV, 4, pp. 649-67.
EL-ALAMI, 1972, *Allal El Fasi, patriarche du nationalisme marocain*, Rabat.
EL-ANNABI, H., 1975, «La crise de 1929 et ses conséquences en Tunisie», discurso para el Certificado de Aptitud para la Investigación, Túnez.
EL-HAREIR, I., 1981, «Mawaqif Khalida li umar al-Mukhtar», en *Umar Al-Mukhtar*, Libyan Study Centre, Trípoli.
EL-KAMMASH, M. M., 1968, *Economic Development and Planning in Egypt*, Praeger, Nueva York.
ELGOOD, P. G., 1928, *The Transit of Egypt*, Arnold, Londres.
ELIAS, T. O., 1971, *Nigerian Land Law*, Sweet & Maxwell, Londres.
ELLIOT, C., 1905, *The East African Protectorate*, Arnold, Londres.
ELLIS, S., 1980a, «The political elite of Imerina and the revolt of the *Menalamba*. The creation of a colonial myth in Madagascar, 1895-1898», *JAH*, XXI, 2, pp. 219-34.
— 1980b, «Resitance or collaboration: the Menalamba in the Kingdom of Imerina, 1895-1899», tesis, Universidad de Oxford.
EMMANUEL, A., 1972, *Unequal Exchange: a Study of the Imperialism of Trade*, Monthly Review Press, Nueva York.
ENCYCLOPÉDIE DE L'EMPIRE FRANÇAISE, 1946, 2 vols., Paris.
ESOAVELOMANDROSO, F., 1977a, «Politique des races et enseignement colonial jusqu'en 1940», *Omaly sy Anio*, V-VI, pp. 245-56.
— 1977b, *L'attitude malgache face au traité de 1885 (d'après le Journal de Rainilaiarivony)*, Collection Etudes Historiques, Tananarive.
— 1979, «Rainilairivony and the defense of Malagasy independence at the end of the nineteenth century»; en R. K. Kent (ed.), *Madagascar in History, Essays from the 1970s*, pp. 228-51.
— 1980, «Une étude récente sur les Menalamba; compte rendu de la thèse de Stephen Ellis (Les Menalamba dans le royaume d'Imerina: résistance ou collaboration)», *Omaly sy Anio*, XI.
— 1981«Differentes lectures de l'histoire. Quelques réflexions sur la VVS», *RPC*, L, pp. 100-111.
ESOAVELOMANDROSO, M., 1975, «Le mythe d'Andriba», *Omaly sy Anio*, I-II, pp. 43-73.
— 1979, *La province maritime orientale du Royaume de Madagascar à la fin de XIXe siècle (1882-1895)*, F.T., Tananarive.
— 1981, «L'opposition de l'Ambongo à la pénétration française en 1899», trabajo presentado al Colloque International d'Historie Malgache en Majunga (13-18 abril 1981).
EVANS-PRITCHARD, E. E., 1949, *The Sanusi of Cyrenaica*, Clarendon Press, Oxford.

FADIPE, M. A., 1970, *The Sociology of the Yoruba*, IUP, Ibadán.
FAGE, J. D., 1967, «British and German colonial rule: a synthesis and summary», en P. GIFFORD y W. R. LOUIS (eds.), *Britain and Germany in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule*, pp. 691-706.
— 1978, *An Atlas of African History*, 2.ª ed., Arnold, Londres.
FANON, F., 1967, *The Wretched of the Earth*, Penguin, Harmondsworth.
FARAGO, L., 1935, *Abyssinia on the Eve*, Putnam, Londres.
FARRANT, L., 1975, *Tippu Tip and the East African Slave Trade*, Hamilton, Londres.
FASHOLE-LUKE, E., GRAY, R., HASTINGS, A., y TASIE, G. (eds.), 1978, *Christianity in Independent Africa*, Rex Collings, Londres.
FAULKINGHAM, R. H., BALDING, J. H., FAULKINGHAM, L. J., y THORBAHN, P. F., 1974, «The demo-

graphic effects of drought in the West African Sahel», ensayo presentado al Annual meeting of the Population Association of America.
FAULKNER, T. J. R., 1926, *Programme of the People's Party*, Monrovia.
— 1927, *An Appeal to Reason: to the Public*, Monrovia.
FENDALL, C. P., 1921, *The East African Force, 1915-1919*, H. F. Witherby, Londres.
FERGUSON, D. E., 1980, *The political economy of health and medicine in colonial Tanganyka*», en M. H. Y. Kaniki (ed.), *Tanzania under Colonial Rule*, pp. 307-43.
FERNANDES JUNIOR, J., 1955, «Narraçao do Distrito de Tete», inédito, Makanga.
FETTER, B., 1974, «African associations in Elisabethville, 1910-1935: their origins and development», *EHA*, VI, pp. 205-23.
— 1976, *The Creation of Elisabethville, 1910-1940*, Hoover Institution Press, Stanford.
FIDEL, C., 1926, *Les colonies allemandes: études historiques et renseignements statistiques*, C. Puyfagès, Tonnerre.
FIELDHOUSE, D. K., 1961, «Imperialism: an historical revision», *EHR*, XIV, 2, pp. 187-209.
— 1981, *Colonialism 1870-1945: an Introduction*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
FIKA, A. M., 1978, *The Kano Civil War and British Over-rule, 1882-1940*, OUP, Ibadán.
FINER, S. F., 1962, *The Man on Horseback*, Pall Mall, Londres.
FINKLE, J. L., y GABLE, R. W. (eds.), 1971, *Political Development and Social Change*, 2.ª ed., John Wiley, Nueva York.
FIRST, R., 1963, *South West Africa*, Penguin, Harmondsworth.
FISCHER, F., 1967, *Germany's Aims in the First World War*, W. W. Norton, Nueva York.
FLAMENT, F., *et al.* (1952), «La force publique de sa naissance à 1914. Participation des militaires à l'histoire des premières années du Congo», *IRCBM*, XXVII, pp. 1-585.
FORD, J., 1971, *The Role of Trypanosomiases in African Ecology: a Study of the Tsetse Fly Problem*, Clarendon Press, Oxford.
FOLAYAN, K., 1973, «The resistance movement in Libya», *Tarikh*, IV, 3, pp. 46-56.
— 1974, «Italian colonial rule in Libya», *Tarikh*, IV, 4, pp. 1-10.
FRANKEL, S. H., 1938, *Capital Investment in Africa*, OUP, Londres.
FRAZIER, E. F., 1949, *The Negro in the United States*, Macmillan, Nueva York.
FREMIGACCI, J., 1980, «Madagascar de 1905 à 1940», Inédito.
FRIEDLAND, E. A., 1979, «Mozambican nationalist resistance, 1920-1940» *TJH*, VIII, pp. 117-28.
FUGELSTAD, F., 1974, «La grande famine de 1931 dans l'ouest nigérien», *RFHOM*, LXI, 222, pp. 18-33.
FURNIVALL, J. S., 1948, *Colonial Policy and Practice*, CUP, Cambridge.
FYNN, J. K., 1971, «Ghana-Asante (Ashanti)», en M. Crowder (ed.), *West African Resistance*, pp. 19-52.

GABEL, C., y BENNETT, N. R. (eds.), 1967, *Reconstructing African Culture History*, BUP, Boston.
GAFFAREL, P., 1905, *Histoire de l'expansion coloniale de la France depuis 1870 jusqu'en 1905*, Balatier, Marsella.
GAITSKELL, A., 1959, *Gezira: a Story of Development in the Sudan*, Faber, Londres.
GALBRAITH, J. S., 1961, «Myths of the "Little England" era», *AHR*, LXVII, 1, pp. 34-48.
GALLAGHER, J., y ROBINSON, R., 1953, «The imperialism of free trade», *EHR*, VI, 1, pp. 1-15.
GANIER, G., 1965, «Lat Dyor et le chemin de fer de l'arachide, 1876-1886», *BIFAN* (B), XXVII, 1 y 2, pp. 223-81.
GANN, L. H., 1964, *A History of Northern Rhodesia: Early Days to 1953*, Chatto & Windus, Londres.
— y DUIGNAN, P., 1967, *Burden of Empire*, Pall Mall, Londres.
— (eds.), 1969, *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. I, *The History and Politics of Colonialism 1870-1914*, *CUP*, *Cambridge*.
— *(eds.), 1970, Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. II, *The History and Politics of Colonialism 1914-1960*, CUP, Cambridge.
GARDINER, A. L., 1933, «The law of slavery in Abyssinia», *IL*, XV.
GARVEY, A. J. (ED.), 1923-5, *Philosophy and Opinions of Marcus Garvey*, Frank Cass, Londres, 1967.
— 1963, *Garvey and Garveyism*, United Printers, Kingston.
GAUDIO, A., 1972, *Abd el-Fasi, or the History of the Istiqlal* (no hay más detalles disponibles).
GAUTIER, E. F., 1910, *La conquête du Sahara*, A. Colin, Paris.
GEISS, I., 1974, *The Pan-African Movement*, Methuen, Londres.
GERHART, G. M., 1978, *Black Power in South Africa*, University of California Press, Berkeley.
GIBSON, G. W., y RUSSELL, A. F., 1883, *Memorandum and Protest of the Goverment of Liberia against the Action of the British Authorities in the North Western Territories or the Republic*, Monrovia.

GIDE, A., 1930, *Travels in the Congo*, Knopf, Nueva York y Londres.
GIFFORD, P., y LOUIS, W. R. (eds.), 1967, *Britain and Germany in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule*, YUP, New Haven y Londres.
— (eds.), 1971, *France and Britain in Africa*, YUP, New Haven y Londres.
GIGLIO, C., 1968, *L'articolo XVII de Trattato di Uccialli*, Cairoli, Como.
GILKES, P., 1975, *The Dying Lion: Feudalism and Modernization in Ethiopia*, Julian Friedmann, Londres.
GLEICHEN, E., 1898, *With the Mission to Menelik, 1897*, Arnold, Londres.
GLUCKMAN, M., 1963, *Order and Rebellion in Tropical Africa*, Cohen & West, Londres.
GOODFELLOW, C. R., 1966, *Great Britain and South African Confederation, 1870-1881*, OUP, Ciudad del Cabo.
GOODY, J. (ed.), 1968, *Literacy in Traditional Societies*, CUP, Cambridge.
GRANDIDIER, G., 1934, *Atlas des colonies françaises*, Soc. d'editions géographiques, maritimes et coloniales, Paris.
GRAY, J. M., 1948, «Early treaties in Uganda», *UJ*, XII, 1, pp. 25-42.
GRAZIANI, R., 1938, *Il Fronte Sud*, Mondadori, Milán.
— 1976, *Verso al-Fezzan*, Maktabat Saigh, El Cairo.
— 1980, *Cyrenaica Pacificata*, al-Andalus, Bengasi.
GREENFIELD, R., 1965, *Ethiopia: a New Political History*, Praeger, Nueva York.
GROVES, C. P., 1969, «Missionary and humanitarian aspects of imperialism from 1870 to 1914», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. I, pp. 462-96.
GUILLAUME, A., 1946, *Les Berbères marocains et la pacification de l'Atlas central (1912-1933)*, Julliard, París.
GUSFIELD, J. R., 1971, «Tradition and modernity: misplaced polarities in the study of social change», en J. L. FINKLE y R. W. GABLE (eds.), *Political Development and Social Change*.
GUTTERIDGE, W., 1975, *Military Regimes in Africa*, Methuen, Londres.
GWASSA, G. C. K., 1972, «African methods of warfare during the Maji Maji war», en B. A. OGOT (ed.), *War and Society in Africa*, pp. 123-48.
— 1972, «Kinjitile and the ideology of Maji Maji», en T. O. RANGER e informe I. N. KIMAMBO (eds.), *The Historical Study of African Religion*, pp. 202-17.
— y ILIFFE, J. (eds.), 1968, *Records of the Maji Maji Rising*, n.° 4, Historical Association of Tanzania, Dar es Salaam.

HAFKIN, N. J., 1971, «Sheikhs, slaves and sovereignty», Informe presentado a la Conferencia de la African Studies Association of the USA, noviembre 1971.
— 1973, «Trade, society and politics in northern Mozambique», tesis, Universidad de Boston.
HAGAN, K. O., 1968, The development of adult literacy and adult education and their influence in social change in Ghana, 1901-57», tesis; Universidad de Oxford.
HAILE SELLASSIE, 1936, «La vérité sur la guerre Italo-Ethiopienne», *Vu* (París), julio 1936.
HAILEY, lord, 1938, y ed. rev., 1957, *An African Survey*, OUP, Londres.
HAJIVAYANIS, G. G., MTOWA, A. C., e ILIFFE, J., 1973, «The politicians: Ali Mponda and Hassan Suleiman», en J. ILIFFE (ed.), *Modern Tanzanians*.
HALEY, A., 1976, *Roots*, Doubleday, Nueva York.
HALIBURTON, G. M., 1971, *The Prophet Harris*, Longman, Londres.
HALL, R., 1965, *Zambia*, Pall Mall Press, Londres.
HALLET, R., 1970, *Africa to 1875: a Modern History*, MUP, Ann Arbor.
HAMILTON, A., 1911, *Somaliland*, Negro Universities Press, Westport, 1970.
HAMILTON, R., 1975, *Voices from a Empire: a History of Afro-Portuguese Literature*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
HAMMOND, R. J., 1969, «Uneconomic imperialism: Portugal in Africa before 1910», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. I, pp. 352-82.
HAMZA, M. M., 1972, *Hisar wa Soqut al Khartüm*, Jartum.
HANCOCK, W. K., 1962, *Smuts: the Sanguine Years, 1870-1919*, CUP, Cambridge.
HARDIE, F., 1974, *The Abyssinian Crisis*, Batsford, Londres.
HARDY, G., 1930, *Vue générale de l'histoire d'Afrique*, 2.ª ed., A. Colin, París.
HARGREAVES, J. D., 1963, *Prelude to the Partition of West Africa*, Macmillan, Londres.
— 1969, «West African states and the European conquest», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. I, pp. 199-219.
HARLOW, V., y CHILVER, E. M., 1965, *History of East Africa*, vol. II, Clarendon Press, Oxford.
HARMAND, J., 1910, *Domination et colonisation*, Flammarion, París.
HARMS, R., 1975, «The end of red rubber: a reassessment», *JAH*, XVI, 1, pp. 73-88.
HATCH, J., 1971, *Nigeria: a History*, Secker & Warburg, Londres.

HATTON, P. H. S., 1966, «The Gambia, the Colonial Office, and the opening months of the First World War», *JAH*, VII, 1, pp. 123-31.
HAUSER, P. M., 1957, «World and Asian urbanization in relation to economic development and social change», en P. M. HAUSER (ed.), *Urbanization in Asia and the Far East*, pp. 53-95.
— (ed.), 1957, *Urbanization in Asia and the Far East*, UNESCO, Calcuta.
HAYES, C. J. H., 1941, *A Generation of Materialism, 1871-1900*, Harper & Row, Nueva York.
HAYFORD, J. E. C., 1911, *Ethiopia Unbound: Studies in Race Emancipation*, C. E. M. Philips, Londres.
HAYKAL, M. H. (s.f.) *Tarajim Misrtyya wa Garbiyya*, El Cairo.
HAYWARD, V. E. W. (ed.), 1963, *African Independent Church Movements*, Edimburgh House Press, Londres.
HEALD, S. (ed.), 1937, *Documents on Internacional Affairs, 1935*, vol. II, RIIA, Londres.
HEIMER, F.-W. (ed.), 1973, *Social Change in Angola*, Weltforum Verlag, Munich.
HENRIES, A. D. B., 1965, *Presidents of the First African Republic*, Macmillan, Londres.
HERMASI, A. B., 1966, «Mouvement ouvrier et société coloniale», tesis inédita.
HERSKOVITS, M., 1941, *The Myth of the Negro Past*, Harper, Nueva York.
HERSKOVITS, M. J., 1948, *Man and His Works: the Science of Cultural Anthropology*, Knopf, Nueva York.
— 1962, *The Human Factor in Changing Africa*, Knopf, Nueva York.
— 1966a, *The New World Negro. Selected Papers in Afroamerican Studies*, Indiana UP, Bloomington.
— 1966b, «Problem, method and theory in Afroamerican studies», en M. J. HERSKOVITS, *The New World Negro*, pp. 43-61.
— 1966c, «Some psychological implications of Afroamerican studies», en M. J. HERSKOVITS, *The New World Negro*, pp. 145-55.
HERTSLET, E., 1896 y 1909, *The Map of Africa by Treaty*, 3 vols., 2.ª y 3.ª eds., HMSO, Londres.
HESELTINE, N., 1971, *Madagascar*, Pall Mall, Londres.
HESS, R. L., 1963, «Italy and Africa: colonial ambitions in the First World War», *JAH*, IV, 1, pp. 105-126.
— 1966, *Italian Colonialism in Somalia*, Chicago UP, Chicago.
— y LOEWENBERG, G., 1968, «The Ethiopian no-party state», en P. J. M. MCEWAN (ed.), *Twentieth Century Africa*, pp. 198-205.
HIGGINSON, J. (en preparación), «Labourers into His harvest, lambs among wolves: African Watchtower and the spectre of colonial revolt in Katanga, 1923-1941».
HILL, A. C., y KILSON, M. (eds.), 1971, *Apropos of Africa: Sentiments of Negro American Leaders on Africa from the 1800s to the 1950s*, Anchor, Nueva York.
HILL, M. F., 1956, *Planters' Progress: the Story of Coffe in Kenya*, Coffe Board of Kenya, Nairobi.
HILL, P., 1963, *The Migrant Cocoa-Farmers of Southern Ghana*, CUP, Cambridge.
HIMMELFARB, G., 1960, «John Buchan: an untimely appreciation», *Encounter*, LXXXIV, pp. 46-53.
HINSLEY, F. H., 1959a, «International rivalry in the colonial sphere, 1869-1885», en E. A. BENIANS, J. BUTLER y C. E. CARRINGTON (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, vol. III, pp. 95-126.
— 1959b, «International rivalry, 1885-1895», en E. A. BENIANS, J. BUTLER y C. E. CARRINGTON (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, vol. III, pp. 255-92.
— 1962, (ed.), *The New Cambridge Modern History*, vol. XI, *Material Progress and World-wide Problems, 1870-98*, CUP, Cambridge.
HOBSBAWM, E. J., 1964, *The Age of Revolution*, Weidenfel & Nicolson, Londres.
— 1969, *Bandits*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
HOBSON, J. A., 1902, *Imperialism: a Study*, MUP, Ann Arbor, 1965.
HODGKIN, T., 1954, «Background to AOF (3): African reactions to French rule», *West Africa*, n.º 1925, 16 enero 1954, pp. 31-2.
— 1956, *Nationalism in Colonial Africa*, F. Muller, Londres.
HOFFHERR, R., 1932, *L'économie marocaine*, Recueil Sirey, Paris.
HOLT, P. M. (ed.), 1968, *Political and Social Change in Modern Egypt*, OUP, Londres.
— 1970, *The Mahdist State in the Sudan, 1881-1898*, 2.ª ed., Clarendon Press, Oxford.
HOPKINS, A. G., 1966a, «The Lagos strike of 1897», *PP*, XXXV, 1966, pp. 133-55.
— 1966b, «Economic aspects of political movements in Nigeria and in the Gold Coast, 1918-1939», *JAH*, VII, 1, pp. 133-52.
— 1968, «Economic imperialism in West Africa: Lagos 1880-1892», *EHR*, pp. 580-606.
— 1973, *An Economic History of West Africa*, Longman, Londres.
HOPKINS, E., 1970, «The Nyabingi cult of southwestern Uganda», en R. I. ROTBERG y A. A. MAZRUI (eds.), *Protest and Power in Black Africa*, pp. 258-336.

HORDERN, R. C., 1941, *Official History of the War. Military Operations: East Africa*, HMSO, Londres.
HOUGHTON, D. H., 1971, «Economic development, 1865-1965», en M. WILSON y L. THOMPSON (eds.), *The Oxford History of South Africa*, vol. II, pp. 1-48.
HOURANI, A., 1962, *Arabic Thought in the Liberal Age, 1789-1939*, Clarendon Press, Oxford.
HOWARD, D. E. (Presidente de Liberia), 1916, *Annual Message, 19 September 1919*, República de Liberia, Monrovia.
HOWITT, W., 1969, *Colonization and Christianity*, Negro Universities Press, Nueva York.
HUBERICH, C. H., 1947, *The Political and Legislative History of Liberia*, 2 vols., Central Book Co., Nueva York.
HULL, R. W., 1980, *Modern Africa: Change and Continuity*, Prentice Hall, Englewood Cliffs.
HUNTINGFORD, G. W. B., 1969, *The Galla of Ethiopia: the Kingdom of Kafa and Janhero*, IAI, Londres.
HOUT, MARZIN, RICAU, GROSFILLEZ, DAVID, Drs., 1921, «L'epidémie d'influenza de 1918-19 dans les colonies françaises», *Annuaire Médical Pharmaceutique Colonial*, XIX.
HUXLEY, E. J., 1935, *White Man's Country: Lord Delamere and the Making of Kenya*, 2 vols., Macmillan, Londres.
HYAM, R., 1972, *The Failure of South African Expansion, 1908-1948*, Longman, Londres.
HYDEN, G., 1969, *Political Development in Rural Tanzania*, EAPH, Nairobi.
HYMER, S., 1971, «The political economy of the Gold Coast and Ghana», en G. RANIS (ed.), *Government and Economic Development*, pp. 129-80.

IANNI, O, 1962, *As metamorfoses do Escravo*, Difusao Européia do Livro, São Paulo.
IBRAHIM, H. A., 1974, «The policy of the Condominium government towards the Mahdist political prisoners, 1898-1932», *SNR*, LV, pp. 33-45.
— 1976, *The 1936 Anglo-Egyptian Treaty*, Khartoum UP, Jartum.
— 1977, «The development of economic and political neo-Mahdism», *SNR*, LVIII.
— 1979, «Mahdist risings against the Condominium government in the Sudan 1900-1927», *IJAHS*, XII, 3, pp. 440-71.
IBRAHIM, M. A., 1969, «Hamlat al-Amir Mahmud Wad Ahmad ila al-Shamal 1315/1897-98,», tesis, Universidad de Jartum.
IKIME, O., 1971, «Nigeria-Ebrohimi», en M. CROWDER (ed.), *West African Resistance*, pp. 205-32.
— 1973, «Colonial conquest and African resistance in the Niger delta states», *Tarikh*, IV, 3, pp. 1-13.

— (ed.), 1980, *Groundwork of Nigerian History*, Heinemann, Ibadán.
ILIFFE, J., 1967, «The organization of the Maji Maji rebellion», *JAH*, VIII, 4, pp. 495-512.
— 1968, «The Herero and Nama risings», en G. KIBOUYA (ed.), *Aspects of South African History*, EAPH, Dar es Salaam.
— 1969, *Tanganyika under German Rule, 1905-1912*, CUP, Cambridge.
— (ed.), 1973, *Modern Tanzanians*, EAPH, Nairobi.
— 1979, *A Modern History of Tanganyika*, CUP, Cambridge.
INGHAM, K., 1958, *The Making of Modern Uganda*, Allen & Unwin, Londres.
IRELE, A., 1964, «A defence of negritude. A propos of Black Orpheus by Jean-Paul Sartre», *Transition*, III, 13, pp. 9-11.
'ISA, G. O., 1965, *Ta'rikh al-Sumal*, El Cairo.
ISAACMAN, A., 1972, *Mozambique: the Africanization of a European Institution: the Zambesi Prazos, 1750-1902*, University of Wisconsin Press, Madison.
— 1973, «Madzi-Mangra, Mhondoro and the use of oral traditions a chapter in Barue religious and political history», *JAH*, XIV, 3, pp. 395-409.
— 1976, *Anti-Colonial Activity in the Zambesi Valley, 1850-1921*, University of California Press, Berkeley.
— 1977, «Social banditry in Zimbabwe (Rhodesia) and Mozambique, 1894-1907: an expression of early peasant protest», *JSAS*, IV, 1, pp. 1-30.
— e ISSACMAN, B., 1976, *The Tradition of Resistance in Mozambique: the Zambesi Valley, 1850-1921*, Heinemann, Londres.
— e ISAACMAN, B., 1977, «Resistance and collaboration in Southern and Central Africa, c. 1850-1920», *IJAHS*, X, 1, pp. 31-62.
— STEPHEN, M., ADAM, Y., HOMEN, M. J., MACAMO, E., y PELILAO, A., 1980, «Cotton is the mother of poverty: peasant resistance to forced cotton production in Mozambique, 1938-1961», *IJAHS*, XIII, 4, pp. 581-615.
ISICHEI, E., 1977, *History of West Africa since 1800*, Macmillan, Londres.
ISSAWI, C. P., 1954, *Egypt at Mid-Century*, OUP, Londres.
— 1963, *Egypt in Revolution: an Economic Analysis*, OUP, Londres.

JABAVU, D. D. T., 1920, *The Black Problem*, Lovedale Press, Ciudad del Cabo.
JACKSON, G. S., 1970, *Music in Durban, 1860-1900*, WUP, Johanesburgo.
JACKSON, R. D., 1970, «Resistance to the German invasion of the Tanganyikan coast, 1885-1891», en R. I. ROTBERG, y A. A. MAZRUI (eds.), *Protest and Power in Black Africa*, pp. 37-79.
JACOB, G., 1966, «Des "Tempos Malgaches" à la colonisation française: 1883-1896», cap. XIX de *Histoire de Madagascar*, Tananarive.
— 1977, «Influences occidentales en Imerina et déséquilibres économiques avant la conquête française», *Omaly sy Anio*, V-VI, pp. 223-31.
— 1979, «Sur les origines de l'insurrection du sud-est de novembre-décembre 1904», manuscrito para ser publicado en Actes du Colloque International d'Histoire Malgache.
JAMES, C. L. R., 1963, *Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Vintage Books; Nueva York; Allison & Busby, Londres, 1982.
JANMOHAMED, K. K., 1974, «Review of F. Iliffe (ed.) *Modern Tanzanians*», *KHR*, II, 2, pp. 335-7.
JARDINE, D., 1923, *The Mad Mullah of Somaliland*, H. JENKINS, Londres.
JENKINS, P. (ed.), 1975, *Akyem Abuakwa and the Politics of the Inter-War Period in Ghana*, *MBAB*, XII.
JEWSIEWICKI, B., 1980, «African peasants in the totalitarian system of the Belgian Congo», en M. Klein (ed.), *Peasants in Africa*, pp. 45-75.
— (en preparación), «Belgian Congo and Ruanda-Urundi, 1908-1940», en A. D. ROBERTS (ed.), *Cambridge History of Africa*, vol. VII.
JOHNS, S. W., 1970, «Trade unionism, political pressure group or mass movement? The Industrial and Commercial Workers Union of South Africa», en R. I. ROTBERG y A. A. MAZRUI (eds.), *Protest and Power in Black Africa*, pp. 695-754.
JOHNSON, G. W., 1966, «The ascendancy of Blaise Diagne and the beginning of African politics in Senegal», *Africa*, XXXVI, 3, pp. 235-53.
— 1974, «African political activity in French West Africa, 1900-1940», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 542-67.
JOHNSON, J. J. (ed.), 1962, *The Role of the Military in Under-developed Countries*, PUP, Princeton.
JOHNSTON, B. F., 1958, *Staple Food Economies of Western Tropical Africa*, SUP, Stanford.
JOHNSTON, H. H., 1899 y 1913, *A History of the Colonization of Africa by Alien Races*, CUP, Cambridge.
JONES, A. G. (s.f) «The Republic of Liberia, 1915-1935», manuscrito preparado para la *Historia General de Africa* de la UNESCO.
JONES, H. A., 1962, «The struggle for political and cultural unification in Liberia, 1847-1930», tesis, Northwestern University.
JONES, W. O., 1959, *Manioc in Africa*, SUP, Stanford.
JONES-QUARTEY, K. A. B., 1965, *A life of Azikiwe*, Penguin, Harmondsworth.
JULIEN, C. A., 1972, *L'Afrique du nord en marche*, Julliard, 3.ª ed., Paris.
JULY, R. W., 1968, *The origins of Modern African Thought*, Faber, Londres.
JUSTINARD, L. V., 1951, *Un grand chef berbère: le caid Goundaf*, Ed. Atlantides, Casablanca.

KABWEGYERE, T. B., 1974, *The Politics of State Formation*, EAPH, Nairobi.
KADALIE, C., 1970, *My life and the ICU: the Autobiography of a Black Trade Unionist in South Africa*, Frank Cass, Londres.
KADDACHE, M., 1970, *La vie politique à Alger de 1919 à 1939*, SNED, Argel.
KANE, C. H., 1972, *Ambiguous Adventure*, Heinemann, Londres.
KANIKI, M. H. Y., 1972, «The economic and social history of Sierra Leone, 1929-1939», tesis, Universidad de Birmingham.
— (ed.), 1980, *Tanzania under Colonial Rule*, Longman, Londres.
— 1980a, «Introduction», en M. H. Y. KANIKI (ed.), *Tanzania under Colonial Rule*, pp. 3-10.
KANYA-FORSTNER, A. S., 1971, «Mali-Tukulor», en M. Crowder (ed.), *West African Resistance*, pp. 53-79.
KARANI, A. M., 1974, «The history of Maseno School, 1906-1962, its alumni and the local society», tesis, Universidad de Nairobi.
KAREFA-SMART, J., y KAREFA-SMART, A., 1959, *The Halting Kingdom: Christianity and the African Revolution*, Friendship Press, Nueva York.
KAROUI, J, 1973, «La régence de Tunis à la veille du protectorat français: débats pour une nouvelle organisation, 1857-1877», tesis inédita.
KASSAB, A., 1976, *Histoire de la Tunisie: l'époque contemporaine*, STD, Túnez.
— 1979, *L'evolution de la vie rurale dans les régions de la moyenne Medjerda et de Beja-Mateur*, Pub. of the University of Tunis, Túnez.
KAY, G., 1970, *Rhodesia: a Human Geography*, University of London Press, Londres.

KAY, G. B. (ed.), 1972, *The Political Economy of Colonialism in Ghana: Documents 1900-1960*, CUP, Cambridge.
KEDDIE, N. R., 1968, *An Islamic Response to Imperialism: Political and Religious Writings of Sayyid Jamal ad-Din " Al-Afghani*, University of California Press, Berkeley.
KEDOURIE, E. (ed.), 1970, *Nationalism in Asia and Africa*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
KELTIE, J. S., 1893, *The Partition of Africa*, E. Stanford, Londres.
KENT, R. K. (ed.), 1979, *Madagascar in History, Essays from the 1970s*, Foundation for Malagasy Studies, Berkeley.
KERR, W. M., 1886, *The Far Interior*, 2 vols., Sampson Low, Londres.
KESSOUS, A., 1935, *La vérité sur le malaise algérien*, Bône.
KESTELOOT, L., 1974, *Black Writers in Frech. A Literary History of Negritude*, Temple UP, Filadelfia.
KEYFITZ, N., y FLIEGER, W., 1959, *World Population: an Analysis of Vital Data*, Chicago UP, Chicago.
KIBODYA, G. (ed.), 1968, *Aspects of South African History*, EAPH, Dar es Salaam.
KILLINGRAY, D., 1978, «Repercussions of World War I in the Gold Coast», *JAH*, XIX, 1, pp. 39-59.
KILSON, M., 1958, «Nationalism and social classes in British West Africa», *JP*, XX, pp. 368-87.
— 1970, «Emergent elites of Black Africa, 1900-1960», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. II, pp. 351-98.
KIMAMBO, I. N., 1970, «The economic history of the Kamba», *Hadith*, 1, pp. 79-103.
— y TEMU, A. J. (eds.), 1969, *A History of Tanzania*, EAPH, Nairobi.
KIMBA, I., 1979, «Guerres et sociétés: les populations du Niger occidental au 19ème siècle et leurs réactions face à la colonisation, 1896-1906», tesis doctoral de tercer ciclo, Universidad de París.
KIMBLE, D., 1963, *A Political History of Ghana. The Rise of Gold Coast Nationalism 1850-1928*, Clarendon Press, Oxford.
KING, C. D. B., (Presidente de Liberia), 1922, *Annual Message*, Gobierno de Liberia, Monrovia.
— 1923, *Annual Message*, Gobierno de Liberia, Monrovia.
— 1924, *Inaugural Address*, Gobierno de Liberia, Monrovia.
— 1927, *Annual Message*, Gobierno de Liberia, Monrovia.
— 1928, *Annual Message*, Gobierno de Liberia, Monrovia.
KING, K. J., 1971a, «The Kenya Massai and the protest phenomenon, 1900-1960», *JAH*, XII, 1, pp. 117-37.
— 1971b, «The nationalism of Harry Thuku», *TJH*, 1, 1, pp. 39-59.
— 1972, «Some notes on Arnold J. Ford and New World Black attitudes to Ethiopia», *JES*, X, 1, pp. 81-7.
— y SALIM, A. (eds.), 1971, *Kenya Historical Biographies*, EAPH, Nairobi.
KINGSLEY, M. H., 1897, *Travels in West Africa: Congo français, Corisco and Cameroons*, Macmillan, Londres.
KIPKORIR, B. E., 1969, «The Alliance High School and the origins of the Kenyan African elite, 1926-1962», tesis, Universidad de Cambridge.
KISER, C. V., 1944, «The demographic position of Egypt», *MMFQ*, XXII, 4.
KLEIN, M. A. (ed.), 1968, *Islam and Imperialism in Senegal: Sine-Saloum, 1847-1914*, SUP, Stanford.
— (ed.), 1980, *Peasants in Africa*, Sage, Beverly Hills.
KOERNER, F., 1968, «Les débuts du nationalism malgache 1913-40», contribución al próximo *Manuel d'Histoire de Madagascar*.
KOFFI, S., 1976, «Les Agni-Diabé, histoire et société», tesis doctoral de tercer ciclo, Universidad de París 1.
KOPYTOFF, J. H., 1965, *A Preface to Modern Nigeria: the «Sierra-Leoneans» in Yoruba 1830-1890*, University of Wisconsin Press, Madison.
KRISHNAMURTY, B. S., 1972, «Economic policy: land and labour in Nyasaland, 1890-1914», en B. PACHAI (ed.), *The Early History of Malawi*, pp. 384-404.
KUCZYNSKI, R. R., 1936, *Population Movements*, Clarendon Press, Oxford.
— 1939, *The Cameroons and Togoland: a Demographic Study*, OUP, Londres.
— 1948-53, *Demographic Survey of the British Colonial Empire*, 3 vols., OUP, Londres.
KUDSI-ZADEH, A. A., 1980, «The emergence of political journalism in Egypt», *The Muslim World*, LXX, 1, pp. 47-55.
KUPER, H. (ed.), 1965, *Urbanization and Migration in West Africa*, University of California Press, Berkeley.
KUPER, L., 1971, «African nationalism in South Africa, 1910-1964», en M. WILSON y L. THOMPSON (eds.), *The Oxford History of South Africa*, vol. II, pp. 424-76.
KURAN, E., 1970, *La politique ottomane face à l'occupation d'Alger par les Français*, Túnez.

KYEYUNE, J. B., 1970, «The Mubende Banyoro Committee and the struggle to reunite Bunyoro, 1916-1965», disertación, Universidad de Makerere.

LACHERAF, M., 1965, *L'Algerie: nation et société*, Maspero, Paris.
LANGER, W. L., 1935, *The Diplomacy of Imperialism 1890-1902*, vol. II, Knopf, Nueva York.
LANGLEY, J. A., (s.f.), «The last stand in West Africa: resistance to British rule in West Africa, 1879-1939», ensayo inédito.
— 1973, *Pan-Africanism and Nationalism in West Africa 1900-1945. A Study in Ideology and Social Classes*, Clarendon Press, Oxford.
LANTERNARI, V., 1974, «Nativistic and socio-religious movements: a reconsideration», *CSSH*, XVI, 4, pp. 483-503.
LAST, M., 1967, *The Sokoto Caliphate*, Longman, Londres.
— 1974, «Reforma in West Africa: the jihad movements of the nineteenth century», en J. F. A. AJAYI y M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, vol. II, pp. 1-29.
LEITH-ROSS, S., 1939, *African Women: a study of the Ibo of Nigeria*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
LEJEUNE-CHOQUET, A., 1906, *Histoire militaire du Congo*, Castaigne, Bruselas.
LEMARCHAND, R. (ed.), 1977, *African Kingships in Perspective: Political Change and Modernization in Monarchical Setting*, Frank Cass, Londres.
LEMUMO, A., 1971, *Fifty Fighting Years: the Communist Party of South Africa*, Londres.
LENIN, V. I., 1916, *Imperialism: the Highest Stage of Capitalism*, Foreign Language Press, Peking, 1975.
LEONARD, H., 1934, *Le contrat de travail au Congo Belge et au Ruanda-Urundi (entre indigènes et maîtres civilisés)*, Larcier, Bruselas.
LE TOURNEAU, R., 1962, *Evolution politique de l'Afrique du nord musulmane (1920-1961)*, A. COLIN, París.
LEUBUSCHER, C., 1963, *The West African Shipping Trade, 1909-1959*, Sythoff, Leyden.
LEVINE, D. N., 1974, *Greater Ethiopia: the Evolution of a Multi-ethnic Society*, Chicago UP, Chicago.
LEWIS, I. M., 1961, *A Pastoral Democracy*, OUP, Londres.
— 1963, «Pan-Africanism and pan-Somalism», *JMAS*, I, 2, pp. 147-61.
— 1965, *The Modern History of Somaliland: from nation to state*, Longman, Londres.
LEWIS, W. A., 1965, *Politics in West Africa*, Allen & Unwin, Londres.
LEYS, C., 1975, *Underdevelopment in Kenya. The Political Economy of Neo-colonialism, 1964-1971*, Heinemann, Londres.
LIEBENOW, J. G., 1969, *Liberia: the Evolution of Privilege*, Cornell UP, Ithaca.
LIGA DE LAS NACIONES, 1930, *Report of the International Commission of Inquiry into the Existence of Slavery and Forced Labour in Liberia*, Monrovia.
LINDBERG, J., 1952, *A General Economic Appraisal of Libya*, ONU, Nueva York.
LINDEN, I., 1972, «The Maseko Ngoni at Domwe, 1870-1900; en B. PACHAI (ed.), *The Early History of Malawi*, pp. 237-51.
LINDLEY, M. F., 1926, *The Acquisition and Government of Backward Territory in International Law*, Longmans Green, Londres.
LING, D. L., 1967, *Tunisia: from protectorate to republic*, Indiana UP, Bloomington.
LITTLE, T., 1958, *Egypt*, Ernest Benn, Londres.
LLOYD, P. C. (ed.), 1966, *The New Elites of Tropical Africa*, OUP, Londres.
— 1972, *Africa in Social Change*, ed. rev., Penguin, Harmondsworth.
LOCHNER, N., 1958, «Anton Wilhelm Amo: a Ghana scholar in eighteenth century Germany», *THSG*, III, 3, pp. 169-79.
LONSDALE, J. M., 1968a, «Some origins of nationalism in East Africa», *JAH*, IX, 1, pp. 119-46.
— 1968b, «Emergence of African nations: a historiographical analysis», *AA*, LXVII, 226, pp. 11-28.
— 1977, «The politics of conquest: the British in western Kenya, 1894-1908», *HJ*, XX, 4, pp. 841-70.
LOUIS, W. R., 1963a, «The United States and the African peace settlement of 1919: the pilgrimage of George Louis Beer», *JAH*, IV, 3, pp. 413-33.
— 1963b, *Ruanda-Urundi, 1884-1919*, Clarendon Press, Oxford.
— (ed.), 1976, *Imperialism: the Robinson and Gallagher Controversy*, Franklin Watts, Nueva York.
LOW, D. A., 1965, «Uganda: the establishment of the Protectorate, 1894-1919», en V. HARLOW y E. M. CHILVER (eds.), *History of East Africa*, vol. II, pp. 57-120.
— 1971, *The Mind of Buganda*, Heinemann, Londres.
— y LONSDALE, J. M., 1976, «Introduction: towards the new order 1945-63», en D. A. LOW y A. SMITH (eds.), *History of East Africa*, vol. III, pp. 1-63.
— y SMITH, A., (eds.), 1976, *History of East Africa*, vol. III, Clarendon Press, Oxford.
LUCK, A., 1963, *African Saint: the Story of Apolo Kivebulaya*, SCM Press, Londres.

LUCKHARDT, K., y WALL, B., 1980, *Organise or Starve! The History of the South African Congress of Trade Unions*, Lawrence & Wishart, Londres.
LUGARD, F. D., 1893, *The Rise of Our East African Empire*, Blackwood, Londres.
— 1919, *Political Memoranda*, Frank Cass, Londres, 1970.
— 1929, *The Dual Mandate in British Tropical Africa*, Frank Cass, Londres, 1965.
LYNCH, H. R., 1967, *Edward Wilmot Blyden: Pan-Negro Patriot*, OUP, Londres.

MABONA, M. A., 1974, «The interpretation and development of different religions in the eastern Cape», informe inédito de seminario, SOAS, Londres.
MABRO, R., RADWAN, S., 1976, *The Industrialization of Egypt 1939-1973: Polity and Performance*, Clarendon Press, Oxford.
MCCALL, D. F., 1964, *Africa in Time Perspective*, OUP, Londres.
MCCRACKEN, J., 1972, «Religion and politics in northern Ngoniland, 1881-1904», en B. Pachai (ed.), *The Early History of Malawi*, pp. 215-36.
MCEWAN, P. J. M. (ed.), 1968, *Twentieth Century Africa*, OUP, Londres.
— y SUTCLIFFE, R. B. (eds.), 1965, *The Study of Africa*, Methuen, Londres.
MCGREGOR, G. P., 1967, *King's College Budo: the First Sixty Years*, OUP, Nairobi.
MCINTOSH, B. G. (ed.), 1969, *Ngano: Studies in Traditional and Modern East Arican History*, EAPH, Nairobi.
MACKENZIE, J., 1887, *Austral Africa*, Low, Marston, Searle & Rivington, Londres.
MACMILLAN, W. M., 1938, *Africa Emergent*, Faber, Londres.
— 1963, *Bantu, Boer and Briton*, Clarendon Press, Oxford.
MCPHEE, A., 1926, *The Economic Revolution in British West Africa*, Frank Cass, Londres, 1971.
MAFEJE, A., 1972, «The fallacy of dual economies», *EAJ*, IX, 2.
MAIR, L., 1971, «New elites in East and West Africa», en V. TURNER (ed.), *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. III, pp. 167-92.
MAKONNEN, R., 1973, *Pan-Africanism from Within*, OUP, Nairobi.
MALGERI, F., 1970, *La Guerra Libica*, Edizione de Storia e Litteratura, Roma.
MALTESE, P., 1968, *La Terra Promessa*, Sugareditore, Milán.
MAMET, P., 1964, «Les expériences syndicales en Tunisie, 1881-1956», tesis inédita.
MANGAT, J. S., 1969, *History of the Asians in East Africa*, OUP, Londres.
MARAIS, J. S., 1957, *The Cape Coloured People, 1852-1932*, WUP, Johanesburgo.
MARCUM, J., 1969, *The Angolan Revolution*, MIT Press, Cambridge, Mass.
MARCUS, H. G., 1969, «Imperialism and expansionism in Ethiopia from 1865 to 1900», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. I, pp. 420-61.
— 1975, *The Life and Times of Menelik II: Ethiopia 1844-1913*, Clarendon Press, Oxford.
MARGARIDO, A., 1972, «The Tokoist church and Portuguese colonialism in Angola», en R. CHILCOTE (ed.), *Protest and Resistance in Angola and Brazil*, pp. 29-52.
MARKS, S., 1970, *Reluctant Rebellion: the 1906-1908 Disturbances in Natal*, Clarendon Press, Oxford.
— 1972, «Khoisan resistance to the Dutch in the seventeenth and eighteenth centuries», *JAH*, XIII, 1, pp. 55-80.
MARLOWE, J., 1965, *Anglo-Egyptian Relations*, 2.ª ed., Cresset Press, Londres.
MARSOT, A. L. A., 1977, *Egypt's Liberal Experiment, 1922-1936*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
MARTIN, C. J., 1961, «Population census estimates and methods in British East Africa», en K. M. BARBOUR y R. M. PROTHERO (eds.), *Essays on African Population*, pp. 49-62.
MARTIN, R. E. R., 1897, *Report on the Native Administration of the British South African Company*, HMSO, Londres.
MASHINGAIDZE, E., 1974, «Christianity and the Mhondero cult», informe presentado a la Conferencia sobre Historical Study of Eastern African Religions, Limuru, junio 1974.
MASON, P., 1958, *The Birth of a Dilemma*, OUP, Londres.
MATSEBULA, J. S. M., 1972, *A History of Swaziland*, Longman, Ciudad del Cabo.
MATSON, A. T., 1970, «Nandi traditions on raiding», *Hadith*, II, pp. 61-78.
MATT, J. R. (ed.), 1914, *Muslim World Today*, Londres.
MAUGHAM, R. F. R., 1961, *The Slaves of Timbuctu*, Longman, Londres.
MAUNIER, R., 1949, *The Sociology of Colonies*, 2 vols., Routledge & Kegan Paul, Londres.
MAWUT, L. L., 1978, «The Dinka resistance to Condominium rule, 1902-1932», tesis, Universidad de Jartum.
MAZRUI, A. A., 1980, *The African Condition*, Heinemann, Londres.
MBITI, J. S., 1969, *African Religions and Philosophy*, Heinemann, Londres.
MEAD, D. C., 1967, *Growth and Structural Chage in the Egyptian Economy*, Richard D. Irwin Inc., Homewood.

MEEBELO, H. S., 1971, *Reaction to Colonialism: a Prelude to the Politics of Independence in Northern Zambia, 1893-1939*, Manchester UP, Manchester.
MEEK, C. K., 1925, *The Northern Tribes of Nigeria*, 2 vols., OUP, Londres.
MEILLASSOUX, C., 1972, «From reproduction to production. A Marxist approach to economic anthropology», *ES*, I, 1, pp. 93-105.
MENAUT, J., 1935, «Les raisons d'un décret», *Afrique Française*, agosto 1935.
MERAB, E., 1921-9, *Impressions d'Ethiopie, l'Abyssinie sous Ménélik II, par le docteur Mérab*, 3 vols., Libert & Leroux, Paris.
MERAD, A., 1967, *Le reformisme musulman en Algérie de 1925 à 1940. Essai d'histoire religieuse et sociale*, Mouton, Paris.
MERLIER, M., 1962, *Le Congo de la colonisation belge à l'indépendance*, Maspero, Paris.
MICHEL, M., 1982, «L'Appel à l'Afrique-Contribution et réaction à l'effort de guerre en AOF, 1914-1919», tesis doctoral, Universidad de Paris.
MIDDLETON, L., 1936, *The Rape of Africa*, Robert Hale, Londres.
MILNER, LORD, 1921, *Report of the Special Mission to Egypt*, HMSO, Londres.
MINTER, W., 1972, *Portuguese Africa and the West*, Penguin, Harmondsworth.
MIRACLE, M. P., 1966, *Maize in Tropical Africa*, University of Wisconsin Press, Madison.
— 1967, «Murdock's classification of African food economies», en C. GABEL y N. R. BENNETT (eds.), *Reconstructing African Culture History*, pp. 201-25.
MITCHELL, J. C., 1961, «Wage labour and African population movements in Central Africa», en K. M. BARBOUR y R. M. PROTHERO (eds.), *Essays on African Population*, pp. 193-248.
MITCHELL, P., 1954, *African Afterthought*, Hutchinson, Londres.
MOBERLY, F. J. (ed.), 1931, *History of the Great War. Military operations: Togoland, Kamerun, 1914-1916*, HMSO, Londres.
MOELLER, A., 1938, *Les finances publiques du Congo belge et du Ruanda-Urundi*, Larcier, Bruselas.
MOFFAT, R. U., 1969, *John Moffat, C. M. G., Missionary*, Negro Universities Press, Nueva York.
MOLEMA, S. M., 1920, *The Bantu Past and Present*, W. GREEN & SONS, Edimburgo.
MOLITOR, G., 1937, «L'introduction et le développement de la culture du caféier arabica chez les indigènes du Ruanda-Urundi», *Le Matériel Colonial*, marzo, pp. 156-75.
MONDLANE, E., 1969, *The Struggle for Mozambique*, Penguin, Harmondsworth.
MOORE, C. D. y DUNBAR, A., 1969, *Africa Yesterday and Today*, Praeger, Nueva York.
MOREIRA, E., 1936, *Portuguese East Africa: a Study of its Religious Needs*, World Dominion Press, Londres.
MOREL, E. D., 1906, *Red Rubber*, T. FISHER UNWIN, Londres.
— 1920, *The Blackman's Burden*, National Labour Press, Manchester.
MORONEY, S., 1978, «Mine worker protest on the Witwatersrand, 1901-1912», en E. WEBSTER (ed.), *Essays in Southern African Labour History*, pp. 32-46.
MORRELL, J. R., 1854, *Algeria: the Topography and History, Political, Social and Natural of French Africa*, Nathaniel Cook, Londres.
MOSLEY, L., 1963, *Duel for Kilimanjaro. An Account of East African Campaign, 1914-1918*, Weidenfel & Nicolson, Londres.
— 1964, *Haile Selassie: the Conquering Lion*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
MOULAERT, G., 1945, *Souvenirs d'Afrique: 1902-1919*, Dessart, Bruselas.
MOURAO, F. A. A., 1977, *La présence de la culture africaine et la dynamique du processus social brésilien*, Collaquium, Lagos.
MUFFETT, D. J. M., 1971, «Nigeria-Sokoto Caliphate», en M. CROWDER (ed.), *West African Resistance*, pp. 269-99.
MUGOMBA, A., NYAGGAH, M. (eds.), 1980, *Independence Without Freedom. The Political Economy of Colonial Education in Southern Africa*, ABC—Clio Press, Santa Bárbara y Oxford.
MUNGEAM, G. H., 1970, «Masai and Kikuyu responses to the establishment of British administration in East Africa Protectorate», *JAH*, XI, 1, pp. 127-43.
MUNONGO, A., 1948, «Lettere de Mwenda II Mukundabantu», *Bulletin des juridictions indigènes et du droit coutumier congolais*, XVI, pp. 199-229, 231-44.
MUNRO, J. F., 1975, *Colonial Rule and the Kamba*, Clarendon Press, Oxford.
— 1976, *Africa and the International Economy, 1800-1960*, Dent, Londres.
MURDOCK, G. P., 1960, «Staple subsistence crops of Africa», *GR*, 1, 4, pp. 523-40.
MURIUKI, G., 1972, «Background to politics and nationalism in central Kenya», en B. A. OGOT (ed.), *Politics and Nationalism in Colonial Kenya*, pp. 1-17.
— 1974, *A History of the Kikuyu, 1500-1900*, OUP, Nairobi.
MURTAD, A. AL-M., 1971, *Mahd'at al-adab al-'arabi al-mu'asir fi'l-Jaza-ir* (no hay más detalles disponibles).
MUSHAM, H. V., 1951, «Fertility and reproduction of the Beduin», *PS*, IV, 4, pp. 354-63.

MUTIBWA, P. M., 1974, *The Malagasy and the Europeans: Madagascar's Foreign Relations 1861-1895*, Longman, Londres.
MWANZI, H. A., 1977, *A History of the Kipsigis* (no hay más detalles disponibles).
MYINT, H., 1968, *The Economics of the Developing Countries*, 3.ª ed., Hutchinson, Londres.

NACIONES UNIDAS (Departamento de Asuntos Económicos y Sociales), 1973, *The Determination and Consequences of Population Trends: News Summary of Findings on Interaction of Demographic, Economic and Social Factors*, Nueva York.
NEVINSON, H. W., 1906, *A Modern Slavery*, Harper, Londres y Nueva York.
NEWBURY, C. W., 1961, *The Western Slave Coast and its Rulers. European Trade and Administration among the Yoruba and Adja-speaking Peoples of South-western Nigeria, Southern Dahomey and Togo*, Clarendon Press, Oxford.
— y KANYA-FORSTNER, A. S., 1969, «French policy and the origins of the Scramble for West Africa», *JAH*, X, 2, pp. 253-76.
NEWITT, M. D. D., 1972a, «The early history of the Sultanate of Angoche», *JAH*, XIII, 3, pp. 397-406.
— 1972b, «Angoche, the slave trade and the Portuguese, c. 1844-1910», *JAH*, XIII, 4, pp. 659-72.
— 1973, *Portuguese Settlement on the Zambezi*, Longman, Londres.
— 1981, *Portugal in Africa. The Last Hundred Years*, C. Hurst, Londres.
NEWTON, A. P., 1923, «Africa and historical research», *JAf.S*, XXII, 88, pp. 266-77.
NIEGE, J. L., 1968, *L'impérialisme colonial italien de 1870 à nos jours*, Paris.
NKETIA, J. H. K., 1975, *The Music of Africa*, Gollancz, Londres.
NKRUMAH, K., 1957, *Ghana: the Autobiography of Kwame Nkrumah*, Nelson, Londres.
NOUSCHI, A., 1962, *La naissance du nationalisme algérien, 1914-1954*», Ed. de Minuit, París.
— 1970, «La crise de 1930 en Tunisie et les débuts du Néo-Destour», *ROMM*, VIII, pp. 113-23.
NUNES, J., 1928, «Apontamentos para o estudo da Questao da Mao d'Obra no Districto de Inhambane», *BSGL*, XLVIII.
NZULA, A. T., POTEKHIN, I. I., y ZUSMANOVICH, A. Z., 1979, *Forced Labour in Colonial Africa*, Zed Press, Londres.

OBICHERE, B. I., 1971, *West African States and European Expansion: the Dahomey-Niger Hinterland, 1885-1898*, YUP, New Haven.
— 1972, «L'education coloniale au Sénégal: analyse structurale», en J. L. BALANS, C. COULON y A. RICARD (eds.), *Problèmes et perspectives de l'education dans un état du tiers-monde: la cas du Senégal*, pp. 7-18.
OBIECHINA, E., 1978, *Culture, Tradition and Society in the West African Novel*, CUP, Cambridge.
O'BRIEN, P., 1968, «The long-term growth of agricultural production in Egypt: 1821-1962», en P. M. HOLT (ed.), *Political and Social Change in Modern Egypt*, pp. 162-95.
OCHIENG, W. R., 1972, «Colonial chiefs», en B. A. OGOT (ed.), *Politics and Nationalism in Colonial Kenya*, pp. 46-70.
— 1977, *The Second Word: More Essays on Kenya History*, EALB, Nairobi.
ODINGA, O., 1967, *Not Yet Uhuru*, Heinemann, Nairobi; Heinemann, Londres, 1968.
OGOT, B. A., 1963, «British administration in the central Nyanza district of Kenya, 1900-1960», *JAH*, IV, 2, pp. 249-73.
— 1971, «Reverend Alfayo Odongo Mango, 1870-1934», en K. J. KING y A. SALIM (eds.), *Kenya Historical Biographies*, pp. 90-112.
— (ed.), 1972a, *War and Society in Africa*, Frank Cass, Londres.
— (ed.), 1972b, *Politics and Nationalism in Colonial Kenya*, EAPH, Nairobi.
— 1974a, «A community of their own», Historical Study of Eastern African Religions, Limuru, junio 1974.
— 1974b, «Kenya under the British, 1895 to 1963» en B. A. OGOT (ed.), 1974, *Zamani: a Survey of East African History*, pp. 249-94.
— (ed.), 1974, *Zamani: a Survey of East African History*, EAPH, 2.ª ed., Nairobi.
— (ed.), 1975, *Hadith, V (Economic and Social History of East Africa)*, EALB, Nairobi.
— y OCHIENG, W. R., 1972, «Mumboism: an anti-colonial movement», en B. A. OGOT (ed.), *War and Society in Africa*, pp. 149-77.
OGUNBA, O., e IRELE, A. (eds.), 1978, *Drama of Africa*, Ibadan UP, Ibadán.
OHADIKE, P. O., 1968, «Patterns and variations in fertility and family formation, a study of urban Africans in Lagos, Nigeria», tesis, Australian National University.
OKARO-KOJWANG, M., 1969, «"Origins and establishment of the Kavirondo Taxpayers" Welfare Association», en B. G. MCINTOSH (ed.), *Ngano: Studies in Traditional and Modern East African History*, pp. 111-28.

OLIVER, R., 1951, «Some factors in the British occupation of East Africa, 1884-1894», *UJ*, XV, 1, pp. 49-64.
— 1965, *The Missionary Factor in East Africa*, Longman, Londres.
— y ATMORE, A., 1972, *Africa since 1800*, CUP, 2.ª ed., Cambridge.
— y FAGE, J. D., 1962 y 1970, *A Short History of Africa*, Penguin 1.ª y 2.ª eds., Harmondsworth.
— y Mathew, G. (eds.), 1971, *History of East Africa: A Century of Change, 1870-1970*, vol. I, Allen & Unwin, Londres.
OLORUNTIMEHIN, B. O., 1971, «Constitutional developments and the achievement of independence in French West Africa, 1914-1960», *Tarikh*, III, 4.
— 1972a, *The Segu Tokolor Empire*, Longman, Londres.
— 1972b, «Theories and realities in the administration of colonial French West Africa from 1890 to the First World War», *JHSN*, VI, 3, pp. 289-312.
— 1973a, «French colonisation and African resistance in West Africa up to the First World War», *Genève Afrique*, XII, 1, pp. 17ff.
— 1973b, «French colonisation and African resistance in West Africa up to the First World War», *Tarikh*, IV, 3, pp. 24-34.
— 1974, «The culture content of alien domination and its impact on contemporary Francophone West Africa», *Symposium Leo Frobenius*, Informe final del Simposio internacional organizado por las Comisiones alemana y camerunesa para la UNESCO, 3-7 diciembre, 1973, Yaundé (Colonia: Deutsche - UNESCO - Kommission; Verlag Dokumentation, Pullach/Munich.
OLUSANYA, G. O., 1980, «The nationalist movements in Nigeria», en O. IKIME (ed.), *Groundwork of Nigerian History*, pp. 545-69.
OMINDE, S. H., y EJIOGU, C. N. (eds.), 1972, *Population Growth and Economic Development in Africa*, Heinemann, Londres.
OMU, F. I. A., 1968, «The Nigerian press and the Greag War», *Nigeria Magazine*, XCVI, pp. 44-9.
— 1978, *Press and Politics in Nigeria, 1880-1957*, Longman, Londres.
OPOKU, K. A., 1978, *West African Traditional Religion*, FEP, Singapur.
— 1978, «Changes within Christianity: the case of the Musama Disco Christo Church», en E. FASHOLE LUKE, R. GRAY, A. HASTINGS y G. TASIE (eds.), *Christianity in Independent Africa*, pp. 111-21.
D'ORLEANS, H. P. M., 1898, *Une visite à l'empereur Ménélick: Notes et Impressions de Route*, Librairie Dentu, Paris.
ORTIZ, F., 1950, *La africanía de la música folklórica de Cuba*, La Habana.
ORUBULOYE, I. O. (s.f.), «Differentials in the provision of health services and the effects of mortality levels in western Nigeria: a study of Ido and Isinbode communities in Eati Division», tesis, Universidad de Ibadán.
OSUNTOKUN, J., 1975, «Nigeria's colonial government and the Islamic insurgency in French West Africa, 1914-1918» *CEA*, XV, 1, pp. 85-93.
— 1977, «West African armed revolts during the First World War», *Tarikh*, V, 3, pp. 6-17.
— 1978, *Nigeria in the First World War*, Longman, Londres.
OUSMANE, S., 1970, *God's Bits of Wood*, Heinemann, Londres.
OUZEGANE, A., 1962, *Le meilleur combat*, Julliard, Paris.
OWEN, R., y SUTCLIFFE, B. (eds.), 1972, *Studies in the Theory of Imperialism*, Longman, Londres.

PACHAI, B. (ed.), 1972, *The Early History of Malawi*, Longman, Londres.
PADMORE, G, 1956, *Pan-Africanism or Communism?*, Dobson, Londres.
PAGE, H. J., 1975, «Fertility patterns: levels and trends», en J. C. CALDWELL (ed.), *Population Growth and Socio-Economic Change in West Africa*, pp. 29-57.
— y COALE, A. J., 1972, «Fertility and child mortality south of the Sahara» en S. H. OMINDE y C. N. EJIOGU (eds.), *Population Growth and Economic Development in Africa*, pp. 51-66.
PAISH, G., 1909, «Great Britain's capital investments in other lands», *RSSJ*, LXXI, pp. 465-80.
— 1910-11, «Great Britain capital investments in individual colonial and foreign countries», *RSSJ*, LXXIV, pp. 167-87.
PALLEY, C., 1966, *The Constitutional History and Law of Southern Rhodesia, 1888-1965*, Clarendon Press, Oxford.
PANKHURST, R., 1962a, «The foundation and early growth of Addis Ababa to 1935», *EO*, VI, 1.
— 1962b «The foundations of education, printing, newspapers, book production, libraries and literacy in Ethiopia», *EO*, VI, 3, pp. 266-79.
— 1964, «Italian settlement policy in Eritrea and its repercussions 1880-1896», *BUPAH*, I, pp. 119-56.
— 1966, «The great Ethiopian famine of 1888-1892: a new assessments», *JHMAS*, XXI, 2, pp. 271-94.
— 1967, «Emperor Theodore of Ethiopia: a nineteenth century visionary», *Tarikh*, I, 4, pp. 15-25.
— 1968, *Economic History of Ethiopia, 1800-1935*, Haile Sellassie I UP, Addis Abeba.
— 1970, «The Ethiopian patriots: the lone struggle», *EO*, XIII, 1, pp. 40-56.

— 1972, «W. H. Ellis-Guillaume Enrique Ellesio: the first black American Ethiopicist?», *EO*, XV, 2, pp. 89-121.
— 1976, «Ethiopia: 1914-35», manuscrito preparado para la *Historia General de Africa* de la UNESCO.
PASSELECQ, F., 1932, *L'essor économique belge. Expansion coloniale, étude documentaire sur l'armature économique de la colonisation belge au Congo*, Desmet-Verteneuil, Bruselas.
PATTERSON, S., 1957, *The Last Trek: a Study of the Boer People and Their Afrikaner Nation*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
PEARSE, S., 1971, «Metropolis and peasant: the expansion of the urban-industrial complex and the changing rural structure», en T. SHANIN (eds.), *Peasants and Peasant Societies*, pp. 69-80.
PEEL, J. D. Y., 1968 *Aladura: a Religious Movement Among the Yoruba*, OUP, Londres.
PEEMANS, J.-P., 1968, *Diffusion du progrès économique et convergence des prix*, Ed. Nauwelaerts, Lovaina.
PELISSIER, R., 1969, «Campagnes militaires au sud-Angola, 1885-1915», *CEA*, IX, pp. 54-123.
— 1977, *Les guerres grises: résistance et révoltes en Angola (1845-1941)*, Ed. Pélissier, Orgeval.
— 1978, *La colonie du minotaure: nationalismes et révoltes en Angola (1926-1961)*, Ed. Pélissier, Orgeval.
PENN, I. G., BOWEN, J. W. E. (eds.), 1902, *The United Negro: his Problems and his Progress*, D. F. Luther Publishing, Atlanta.
PENVENNE, J. (s.f.), «Preliminary chronology of labour resistance in Lourenço Marques», ensayo inédito.
— 1978, «The impact of forced labour on the development of an African working class: Lourenço Marques, 1870-1902», ponencia presentada en la Conferencia de African Studies Association of the United States.
— 1979, «Attitudes toward race and work in Mozambique: Lourenço Marques, 1900-1974», *Working Paper* n.° 6, African Studies Center, Boston University.
— (en preparación), «Labour struggles at the port of Lourenço Marques, Mozambique, 1900-1934.»
PERHAM, M., 1934, «A restatement of indirect rule», *Africa*, VII, 3, pp. 321-34.
— (eds.), 1948, *Mining, Commerce and Finance in Nigeria*, Faber, Londres.
— 1960a, «Psychology of African nationalism», *Optima*, X, 1, pp. 27-36.
— 1960b, *Lugard: the Years of Authority, 1898-1945*, Collins, Londres.
— 1961, *The Colonial Reckoning*, Colins, Londres.
— y BULL, M. (eds.), 1963, *The Diaries of Lord Lugard*, vol. I, NUP, Evanston.
PERRINGS, C., 1977, «"Consciousness, conflict and proletarianization: an assessment of the 1935 mineworkers" strike on the Northern Rhodesian Copperbelt», *JSAS*, IV, 1, pp. 31-51.
— 1979, *Black Mineworkers in Central Africa. Industrial Strategies and the Evolution of an African Proletariat in the Copperbelt, 1911-1941*, Heinemann, Londres.
PERSON, Y., 1960, «Soixante ans d'évolution en pays Kissi», *CEA*, 1, pp. 86-112.
— 1968-75, *Samori: une révolution Dyula*, 3 vols., Mém. de l'IFAN, París.
— 1969, «Guinea-Samori», en M. CROWDER (ed.), *West African Ressitance*, pp. 111-43.
PETERS, C. [K.], 1902, *The Eldorado of the Ancients*, Arthur Pearson, Londres.
PETRIDES, S. P., 1964, *Le livre d'or de la dynastie salomonienne d'Ethiopie*, Plon, París.
PHILLIP, J., 1828, *Researches in South Africa*, Duncan, Londres.
PHILLIPSON, D. W., 1977, *The Later Prehistory of Eastern and Southern Africa*, Heinemann, Londres.
PHIMISTER, I. R., y van ONSELEN, C., 1978, *Studies in the History of African Mine Labour in Colonial Zimbabwe*, Mambo Press, Gwelo.
PLAATJE, S. T., 1916, *Native Life in South Africa*, 2.ª ed., King and Sons, Londres; reimp. 1982, Ravan Press, Johanesburgo.
PLANCQUAERT, M., 1932, «Les Jaga et les Bayaka du Kwango. Contribution historico-etnique», *IRCBM*, III, 1, pp. 1-184.
PONCET, J., 1952, *La colonisation et l'agriculture européenne en Tunisie depuis 1881*, Mouton, París.
PONTON, M. M., 1917, *Life and Times of Henry M. Turner*, A. B. Caldwel, Atlanta.
PORTAL, G. L., 1892, *My Mission to Abyssinia*, Arnold, Londres.
PORTER, D. B., 1978, *Afro-Braziliana*, G. K. Hall, Boston.
POTOCKI, I., 1900, *Sport in Somaliland: being an Account of a Hunting Trip in that Region*, R. Ward, Londres.
PRICE, R. S., 1973, *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Nueva York.
PROTHERO, R. M., 1965, *Migrants and Malaria*, Longmans, Londres.
— 1968, «Migration in tropical Africa», en J. C. CALDWELL y J. OKONJO (eds.), *The Population of Tropical Africa*, pp. 250-73.

RABEARIMANANA, L., 1980, *La presse d'opinion à Madagascar de 1947 à 1956*, Librairie Mixte, Tananarive.
RALSTON, R. D. (en preparación), *African Nationalism in Embryo: Influence of American Study Sojourns in Metamorphosis of African Colonial Leadership*.
RAMADAN, A. M., 1968, *«Tatawura al-Haraka al-Wataniyya fi Misr 1919-1936*, El Cairo.
RANGER, T. O. (s.l.), *The African Churches of Tanzania*, EAPH, Nairobi.
— 1965, «The "Ethiopia" episode in Barotseland, 1900-1905», *RLJ*, XXXVII, pp. 26-41.
— 1967, *Revolt in Southern Rhodesia, 1896-1897*, Heinemann, Londres.
— 1968a, «Connexions between "primary resistance" movements and modern mass nationalism in East and Central Africa», *JAH*, IX, 3, pp. 437-53; IX, 4, pp. 631-41.
— (ed.), 1968b, *Aspects of Central African History*, Heinemann, Londres.
— (ed.), 1968c, *Emerging Themes of African History*, EAPH, Nairobi.
— 1969, «African reactions to the imposition of colonial rule in East and Central Africa», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. I, pp. 293-324.
— 1970, *The African Voice in Southern Rhodesia*, Heinemann, Londres.
— 1971, «Christian independency in Tanzania», en D. B. BARRETT (ed.), *African Initiatives in Religion*, pp. 122-45.
— 1972, «Missionary adaptation of African religious institutions: the Masasi case», en T. O. RANGER y I. N. KIMAMBO (eds.) *The Historical Study of African Religion*, pp. 221-52.
— 1975, *Dance and Society in Eastern Africa*, Heinemann, Londres.
— y KIMAMBO, I. N. (eds.), 1972, *The Historical Study of African Religion*, Heinemann, Londres.
RANIS, G. (ed.), 1971, *Government and Economic Development*, YUP, New Haven.
RATHBONE, R., 1978, «World War I and Africa: introduction», *JAH*, XIX, 1, pp. 1-9.
RAUM, O. F., 1965, «From tribal prophets to sector leaders», en E. BENZ (ed.), *Messianische Kirchen, Sekten und Bewegungen im hautigen Afrika*.
RAY, B. C., 1976, *African Religions: Symbol, Ritual and Continuity*, Prentice Hall, Englewood Cliffs.
READ, M., 1971, «The Ngoni and Western education», en V. TURNER (ed.), *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. III, pp. 346-92.
REPÚBLICA DE LIBERIA, 1920, *Report of the Secretary of the Treasury of the Fiscal Year ended october 1, 1919 to september 1920*, Departamento del Tesoro, Monrovia.
— 1930, *Report of the Department of State, 30 november 1930*, Departamento de Estado, Monrovia.
— 1931a, *Annual Report of the Department of State, december 1931*, Departamento de Estado, Monrovia.
— 1931b, *Administrative Regulations Governing the Interior*, Departamento del Interior, Monrovia.
— 1934, *Anual Report of the Departament of State to the Fourt Session of the Thirty-seventh Legislature*, Departamento de Estado, Monrovia.
— 1940, *Bureau of Statistics: Annual Report 1939*, Oficina de Estadística, Monrovia.
— 1941, *Import, Export and Shipping Statics, 1940*, Oficina de Rentas, Monrovia.
REY, C. F., 1927, *In the Country of the Blue Nile*, Duckworth, Londres.
REZETTE, R., 1955, *Les partis politiques marocains*, A. Colin, París.
RHODIE, S., 1968, «The Gold Coast cocoa hold-up of 1930-31», *THSG*, IX, pp. 105-18.
RICCIOLI, B., 1661, 1672, *Geographiae et Hydrographiae Reformate*, Bolonia y Venecia.
RIGBY, P., 1974, «Prophets, diviners and prophetism: the recent history of Kiganda religion», ponencia presentada en la Conferencia sobre Historical Study of Eastern African Religions, Limuru, junio 1974.
ROBERTS, A. D., 1974, *A History of the Bemba: political growth and change in north-eastern Zambia before 1900*, Wisconsin UP, Madison.
— (ed.) (en preparación), *Cambridge History of Africa*, vol. VII, CUP, Cambridge.
ROBERTS, G. W., 1954, «Immigration of Africans into the British Caribean», *PS*, VII, 3, p. 235-62.
ROBERTS, S. H., 1929, *The History of French Colonial Policy, 1870-1925*, 2 vols., Frank Cass, Londres, 1963.
ROBERTS, Z. B. H., 1934, «Supplement» to the *Liberian Crisis*, julio-agosto 1934, Monrovia.
ROBERTSON, E. M., 1977, *Mussolini as Empire-builder: Europe and Africa, 1932-6*, Macmillan, Londres.
ROBINSON, R., 1972, «Non-European foundations of European imperialism: sketch for a theory of collaboration», en R. OWEN y B. SUTCLIFFE (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, pp. 117-142.
— y GALLAGHER, J., 1961, *Africa and the Victorians: the official mind of imperialism*, Macmillan, Londres.
— 1962, «The partition of Africa», en F. H. HINSLEY (ed.), *The New Cambridge Modern History*, vol. XI, pp. 593-640.
ROCHET, G., 1971, *Militari e Politici nelle Preparazione delle Campagna d'Ethiopia*, Milán.

RODD, J. R., 1923, *Diplomatic Memories: 1894-1901, Egypt and Abyssinia*, Arnold, Londres.
RODNEY, W. (s.f.), «Political economy of colonial Tanzania, 1890-1934», Departamento de Historia, Universidad de Dar es Salaam.
— 1971a, «The year 1895 in southern Mozambique: African ressitance to the imposition of European colonial rule», *JHSN*, V, 4, pp. 509-36.
— 1971b, «Resistance and accommodation in Ovimbundu/Portuguese relations», Departamento de Historia, Universidad de Dar es Salaam.
— 1972, *How Europe Underdeveloped Africa*, Tanzania Publishing House, Dar es Salaam.
RODRIGUES, J. H., 1964, *Brasil e Africa outro Horizonte*, Civilizacão Brasileira, Río de Janeiro.
RODRIGUES, N., 1976, *Os Africanos no Brasil*, Ed. Nacional, São Paulo.
ROGERS, S. G., 1972, «A history of Chaga politics, 1916-1952», tesis, Universidad de Dar es Salaam.
— 1974, «The Kilimanjaro Native Planters Association: administrative responses to Chagga initiatives in the 1920s», *TJH*, IV, 1 & 2, pp. 94-114.
ROLLINS, C. H., 1920, *Black Troubadour: Langston Hughes*, Rand McNally, Nueva York.
ROSBERG, C. G., y NOTTINGHAM, J., 1966, *The Myth of Mau Mau: Nationalism in Kenya*, EAPH, Nairobi.
ROSE, J. H., 1905, *The Development of European Nations, 1870-1900*, Constable, Londres.
ROSEN, F., 1907, *Eine deutsche Gesandschaft in Abessinien*, Von Veit, Leizpig.
ROSS, D., 1971, «Dahomey», en M. CROWDER (ed.), *West African Resistance*, pp. 144-69.
ROSS, D. H., 1974, «Ghanain forowa», *African Arts*, VIII, 1, 1974, pp. 40-49.
ROSS, E. A., 1925, *Report on Employment of Native Labor in Portuguese Africa*, Abbott Press, Nueva York.
ROSS R., 1972, «Black Americans and Italo-Ethiopian Relief 1935-1936», *EO*, XV, 2, pp. 122-31.
ROSSETTI, C., 1910, *Storia Diplomatic dell' Ethiopia*, Turín.
ROSSINI, C. C., 1935, *Italia ed Ethiopia dal Tractato d'Uccialli alla Battaglia di Adua*, Roma.
ROTBERG, R. I., 1965, *Christian Missionaries and the Creation of Northern Rhodesia, 1880-1924*, PUP, Princeton.
— 1966, *The Rise of Nationalim in Central Africa: the Making of Malawi and Zambia, 1873-1964*, HUP, Cambridge, Mass.
— y MAZRUI, A. A. (eds.), 1970, *Protest and Power in Black Africa*, OUP, Nueva York.
ROUT, L. B. ,1976, *The African Experience in Spanish America, 1502-Present Day*, CUP, Cambridge.
ROUX, E., 1944, *S. P. Bunting: a Political Biography*, edición privada, Ciudad del Cabo.
— 1964, *Time Longer than Rope*, Wisconsin UP, Madison.
RUBENSON, J. ,1974, *Underdevelopment and Industrialization in Tanzania: a Study in Perverse Capitalist Industrial Development*, OUP, Londres y Nairobi.
RYDINGS, J., 1912, *Report of Mission to the Kru Coast*, abril, Monrovia.

SABRI, A. al-M., 1969, *Muhammad Farid*, El Cairo.
SA'DALLAH, A. K. ,1969, *Al-H'araka At Wat'aniya Al-Jazai'riya 1900-1930*, Beirut.
SAFRAN, N. ,1961, *Egypt in Search of Political Community: an Analysis of the Intellectual and Political Evolution of Egypt, 1804-1952*, Harvard University Center for Middle Eastern Studies, Cambridge, Mass.
SAINT-MARTIN, Y., 1972, *L'empire toucouleur et la France, un demi-siècle de relations diplomatiques, (1846-1893)*, Dakar.
SALIFOU, A., 1973, *Kaoussan ou la révolte Sénoussiste*, Centre Nigérien de Recherches en Sciences Humaines, Niamey.
SAMKANGE, S., 1967, *On Trial for My Country*, Heinemann, Londres.
SAMPSON, A., 1960, *Commonsense about Africa*, Gollancz, Londres.
SANDERSON, G. N., 1980, «Aspects of resistance to British rule in the Southern Sudan, 1900-1928», inédito.
SANDFORD, C., 1946, *Ethiopia under Haile Selassie*, Dent, Londres.
SAN MARCO, 1940, «Le probleme des cultures obligatoires dans la production des produits d'exportation», ponencia presentada en las Conferencias de la Ecole Coloniale.
SARRAUT, A., 1923, *La mise en valeur des colonies françaises*, Payot, París.
SAUER, C. O., 1952, *Agricultural Origins and Dispersals*, American Geographical Society, Nueva York.
SAUTTER, G., 1966, *De l'Atlantique au fleuve Congo, une géographie du souspeuplement: République Gabonaise, République du Congo*, 2 vols., Mouton, París y La Haya.
— 1967, «Notes sur la construction du chemin de fer Congo-Océan (1921-1934)», *CEA*, VII, 26, pp. 219-99.
SCHLEMMER, B., 1980, «Conquête et colonisation du Menabe: une analyse de la politique Galliéni», en *Changements sociaux dans l'ouest malgache*, París, Mém. de l'ORSTOM, n.° 90, pp. 109-31.

SCHNEE, H., 1919, *Deutch-Ostafrika in Weltkriege*, Quelle & Meyer, Leizpig.
— 1926, *German Colonization Past and Future*, Allen & Unwin, Londres.
SCHOFFELEERS, M. (ed.) (en preparación), *Guardians of the Land*.
— (en preparación) «An organizational model of the Mwari shrines», en M. SCHOFFELEERS (ed.), *Guardians of the Land*.
SCHRAM, R., 1971, *A History of the Nigerian Health Service*, Ibadan UP, Ibadán.
SCHUMPETER, J., 1955, *Imperialism and Social Classes*, World Publishing, Cleveland y Nueva York.
SCHWARZ, F. A. O., 1965, *Nigeria: the Tribes, the Nation, or the Race, the Politics of Independence*, MIT Press, Cambridge, Mass.
SCOTT, W. R., 1966, «The American Negro and the Italo-Ethiopian crisis, 1934-1936», tesis, Universidad de Harvard.
— 1971, «A study of Afro-American and Ethiopian relations, 1896-1941», tesis, Universidad de Princeton.
— 1972, «Malaku E. Bayen: Ethiopian emissary to Black America, 1936-1941», *EO*, XV, 2, pp. 132-8.
SEGAL, R., y FIRST, R. (1967) *South West Africa: Travesty of Trust*, André Deutsch, Londres.
SEKYI, W. E. G., 1915, *The Blinkards*, Heinemann, Londres, 1974.
SELLASIE, G., 1930-32 *Chronique du règne de Ménélik II, roi des rois d'Ethiopie*, Maisonneuve, París.
SELOUS, F. C., 1896, *Sunshine and Storm in Rhodesia*, Rowland Ward, Londres.
SEMI-BI, Z., 1973, «La politique coloniale des travaux publics en Côte d'Ivoire, 1900-1940», tesis doctoral de tercer ciclo, Universidad de París VII.
SHACK, W. A., 1969, *The Gurage: a People of the Ensete Culture*, OUP, Londres.
SHANIN, T. (ed.), 1971, *Peasants and Peasant Societies*, Penguin, Harmondsworth.
SHAREVSHAYA, B. I., 1968, «Natzionalno osvoboditelnoe dvizeheniye religia v tropitchescoi Afrike», [Movimientos de liberación nacional y religión en el Africa tropical], *Voprosi nauchnogo atiesma*, n.° 5, Moscú.
SHARKASI, M. M., 1976, *Lamahaton Ani al Awda'a Al Iqtisadia fi Libya Athna'a Al Ahd Al Italy*, Addar al Arabia Lil Kitab, Tunicia.
SHARPE, A., 1920, «The hinterland of Liberia», *GJ*, LV, 4, pp. 289-304.
SHEIKH-ABDI, A., 1978, «Sayyid Mohamed Abdille Hassan and the current conflict in the Horn», *HA*, 1, 2.
SHEPPERSON, G., 1968, «Ethiopianism: past and present», en C. G. BAETA (ed.), *Christianity in Tropical Africa*, pp. 249-68.
—y PRICE, T., 1958, *Independent African: John Chilembwe and the Origins, Setting and Significance of the Nyasaland Native Uprising of 1915*, Edimburgh UP, Edimburgo.
SHERIFF, A. M. H., 1980, «Tanzanian societies at the time of the partition», en M. H. Y. KANIKI (ed.), 1980, *Tanzania under Colonial Rule*, pp. 11-50.
SHERRILL, M., 1973, *Unilever et l'Afrique*, Cahiers du CEDAF, n.° 4, Bruselas.
SHIBAYKA, M., 1965, *Ta'rikh Shu'aub Wadi Al-Nil*, Beirut.
— 1978, *Al-Sudan wal Thawra al-Mahdiyya*, vol. I, Jartum.
SHIBEIKA, M., 1952, *British Policy in the Sudan, 1882-1902*, OUP, Londres.
SHOUAQAIR, N., 1967, *Gurafiat wa Ta'ri al-Sudan*, Beirut.
SHUFELDT, R. W., *World Cruise: Liberia and the Liberian Boundary Dispute*, Naval Historical Foundation Collection, Ms División, Washington DC.
SIK, E., 1964, *The History of Black Africa*, vol. II, Akadémiai Kiadó, Budapest.
SILBERMAN, L. (s.f.), *The Mad Mullah: Hero of Somali Nationalism*, Londres.
SIMENSEN, J. ,1974, «Rural mass action in the context of anti-colonial protest: the Asafo movement of Akim Abuakwa, Ghana», CJAS, VIII, 1, pp. 25-41.
— 1975a, «Nationalism from below: the Akyem Abuakwa example», *MBAB*, XII, pp. 31-57.
— 1975b, «The Asafo of Kwahu, Ghana: a mass movement for local reform under colonial rule», *IJAHS*, VIII, 3, pp. 383-406.
SIMONS, H. J., y SIMONS, R. E., 1969, *Class and Colour in South Africa, 1850-1950*, Penguin, Harmondsworth.
SIMPSON, C. L. (1961) *The Memoirs of C. L. Simpson*, Diplomatic Press, Londres.
SINGH, M., 1969, *History of Kenya's Trade Union Movement to 1952*, EAPH, Nairobi.
SKINNER, E. P., (1964), *The Mossi of the Upper Volta. The Political Development of a Sudanese People*, SUP, Stanford.
— 1965, «Labour migration among the Mossi of the Upper Volta», en H. KUPER (ed.), *Urbanization and Migration in West Africa*, pp. 60-84.
— 1906, *Abyssinia of to-day; an Account of the First Mission sent By the American Government to the Court of the King of Kings (1903-4)*, Arnold, Londres.
SLADE, R., 1962, *King Leopold's Congo. Aspects of the Development of Race Relations in the Congo Independent State*, OUP, Londres.

SMITH, C. B., 1973, «The Giriama rising, 1914: focus for political development in the Kenyan hinterland, 1850-1963», tesis, Universidad de California, Los Angeles.
SMITH, E., 1929, *Aggrey of Africa: a Study in Black and White*, SCM Press, Londres.
SMITH, H. M., 1926, *Frank, Bishop of Zanzibar: Life of Frank Weston, D.D. 1871-1924*, SPCK, Londres.
SMITH, R., 1971, «Yoruba-Ijebu», en M. CROWLER (ed.), *West African Resistance*, pp. 170-204.
SORRENSON, M. P. K., 1968, *The Origins of European Settlement in Kenya*, OUP, Nairobi.
SPACENSKY, A., 1970, *Madagascar, cinquante ans de vie politique: de Ralaimongo à Tsiranana*, Nouvelles Editions Latines, París.
SPENCER, J., 1971, «James Beauttah: Kenya patriot», Departamento de Historia, Universidad de Nairobi.
SPILMANN, G., 1968, *Souvenirs d'un colonialiste*, Presse de la Cité, Paris.
STARR, F., 1925, «Liberia after the World War», *JNH*, X, 2, pp. 113-120.
STATEN, M., 1925, *Annual Report of the Liberian Frontier Force for Fiscal Year 1924-1925*, República de Liberia, Monrovia.
STEER, G. L., 1936, *Caesar in Abyssinia*, Hodder & Stoughton, Londres.
STEINHART, E., (s.f.), «Anti-colonial resistance and nationalism, the Nyangire rebellion», inédito.
STENGERS, J., 1957, *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*, ARSC, Bruselas.
— 1962, «L'imperialisme colonial de la fin du XIXe siécle; mythe ou réalite», *JAH*, III, 2, pp. 469-91.
— 1969, «The Congo Free State and the Belgian Congo before 1914», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. I, pp. 261-92.
— 1974, «La Belgique et le Congo, politique coloniale et decolonisation», en *Histoire de la Belgique Contemporaine, 1914-1970*, Bruselas.
STEVENS, R. P., 1967, *Lesotho, Bostswana, and Swaziland*, Praeger, Nueva York.
STOKES, E., 1966a, «Barotseland: the survival of an African state», en E. STOKES, y R. Brown (eds.), *The Zambezian Past: Studies in Central African history*, pp. 261-301.
— (1966b) «Malawi: political systems and the introduction of colonial rule, 1891-1896», en E. STOKES y R. BROWN (eds.), *The Zambezian Past: Studies in Central African history*, pp. 352-75.
— y BROWN R. (eds.), 1966, *The Zambezian Past: Studies in Central African history*, Manchester UP, Manchester.
STONE, R. L., 1975, «Rural politics in Ghana in the inter-war period: some comparisons between Akyem-Abuakwa and the states of the Central Province», *MBAB*, XII, pp. 117-41.
STORME, M., 1961, «Het ontstann van de Kasai missie», *MARSOM*, XXIV, 3.
SUMMERS, A., y JOHNSON, R. W., 1978, «Worl War I conciption and social change in Guinea», *JAH*, XIX, 1, pp. 25-38.
SUNDKLER, B. G. M., 1961, *Bantu Prophets in South Africa*, 2.ª ed. OUP, Londres.
SURET-CANALE, J., 1964, *L'Afrique noire, l'ère coloniale, 1900-1945*, Ed. Sociales, Paris.
— 1971, *French Colonialim in Tropical Africa, 1900-1945*, C. Hurst, Londres.
— 1977, «Strike movements as part of the anticolonial struggle in French West Africa», *Tarikh*, V, 3, pp. 44-61.
SUTCLIFFE, B., 1972, «Imperialism and industrialisation in the Third World», en R. OWEN y B. SUTCLIFFE (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, pp. 171-92.
SUTHERLAND, E., 1970, *The Original Bob: the Story of Bob Johnson, Ghana's Ace Comedian*, Anowuo Educational Publications, Accra.
SZERESZEWSKI, R., 1965, *Structural Change in the Economy of Ghana, 1891-1911*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.

TANDIA, A. K., 1973, «Bakel et la pénétration française au Soudan», tesis: Facultad de Letras, Universidad de Dakar.
TANGRI, R., 1967, «Early Asian protest in East African Protectorate», *African Quarterly*, LXXII.
— 1968, «African reaction and resistance to the early colonial situation in Malawi», *JCAHA*, XXV.
TARDITS, C., 1958, *Porto-Novo*, Mouton, París y La Haya.
TEMU, A. J., 1980, «Tanzanian societies and colonial invasion, 1875-1907», en M. H. Y. KANIKI (ed.), *Tanzania under Colonial Rule*, pp. 86-127.
THOMAS, H. B., y SCOTT, R., 1935, *Uganda*, OUP, Londres.
THOMAS, R. G., 1975, «Military recruitment in the Gold Coast during the First World War», *CEA*, XI, 57, pp. 57-83.
THOMPSON, V., y ADLOFF, R., 1960, *The Emerging States of Equatorial Africa*, SUP, Stanford.
— 1968, *Djibouti and the Horn of Africa*, SUP, Stanford.
THORNTON, J., 1973, «The state in African historiography: a reassessment» *Ufahamu*, IV, 2, pp. 113-26.
TIGNOR, R., 1971, «Colonial chiefs in chiefless societies», *JMAS*, IX, 3, pp. 338-59.

TOSH, J., 1973, «Colonial chiefs in a stateless society: a case-study from northern Uganda», *JAH*, XIV, 4, pp. 473-90.
— 1978, *Clan Leaders and Colonial Chiefs in Lango: the Political History of an East African Stateless Society, c. 1800-1939*, Clarendon Press, Oxford.
TOTHILL, J. D. (ed.), 1948, *Agriculture in the Sudan*, OUP, Londres.
TOUVAL, S., 1963, *Somali Nationalism*, HUP, Cambridge, Mass.
— 1966, «Treaties, borders and the partition of Africa», *JAH*, VII, 2, pp. 279-92.
TOWNSEND, E. R. (ed.), 1959, *President Tubman of Liberia Speaks*, Consolidated Co. Ltd., Londres.

TRAORÉ, B., 1972, *The Black African Theatre and its Social Functions*, UP, Ibadán.
TRENTADUE, M., 1976, «La société guinéenne dans la crise de 1930: fiscalité et pouvoir d'achat», *RFHOM*, LXIII, 232-3, pp. 628-39.
TRIMINGHAM, J. S., 1962, *History of Islam in West Africa*, OUP, Londres.
TUNLEY, H. A., 1948, «Revenue from land and crops», en J. D. TOTHILL (ed.), *Agriculture in the Sudan*, pp. 198-209.
TUPINIER, M., 1940, «L'influence du commerce sur la mise en valeur de l'AOF», ponencia presentada a las Conferencias de la Ecole Coloniale.
TURNER, H. W., 1965, «Pagan features in West African independent churches», *Practical Anthropology*, julio-agosto 1965, pp. 145-51.
— 1967, *History of an African Independent Church*, Clarendon Press, Oxford.
TURNER, J. M., 1975, «Les Bresiliens», tesis, Universidad de Boston.
TURNER, L. D., 1942, «Some contacts of Brazilian ex-slaves with Nigeria, West Africa», *JNH*, XXVII, 1, pp. 55-67.
TURNER, V. (ed.), 1971, *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. III, *Profiles of Change: African Society and Colonial Rule*, CUP, Cambridge.
TURTON, E. R., 1972, «Somali resistance to colonial rule and the development of Somali political activity in Kenya, 1893-1960», *JAH*, XIII, 1, pp. 119-43.
TWEEDY, O., 1931, *Cairo to Persia and Back*, Jarrolds, Londres.

ULLENDORFF, E., 1960, *The Ethiopians*, OUP, Londres.
UNION SUDAFRICANA, 1922, *Report on the Martial Law Enquiry*, Judicial Commission, Pretoria.
— 1924, *Union of South Africa and the Great War*, Pretoria.
URVOY, M., 1940, «Le rôle économique du Commandant de cercle», ponencia presentada a las Conferencias de la Ecole Coloniale, reproducción.
UZOIGWE, G. N., 1973, «The slave trade and African societies», *THSG*, XIV, 2, pp. 187-212.
— 1974, *Britain and the Conquest of Africa: the Age of Salisbury*, MUP, Ann Arbor.
— 1976a, «Spheres of influence and the doctrine of the hinterland in the partition of Africa», *JAS*, III, 2, pp. 183-203.
— 1976b, «The Mombasa-Victoria railway, 1890-1902», *KHR*, IV, 1.
— 1977, «The Victorians and East Africa, 1882-1900», *TJH*, V, 2, pp. 32-65.

VAIL, L., 1976, «Mozambique's chartered companies: the rule of the feeble», *JAH*, XVII, 3, pp. 389-46.
— y WHITE, L., 1980, *Capitalism and Colonialism in Mozambique: a Study of Quelimane District*, Heinemann, Londres.
VALDANT, P., 1946, artículo en *Marchés Coloniaux*, 19, p. 269.
VAN DE KAA, D. J., 1971, «The demography of Papua and New Guinea's indigenous population», tesis, Australian Nationale University.
VAN DE WALLE, E., 1968, «Fertility in Nigeria», en W. BRASS *et al.*, *The Demography of Tropical Africa*, pp. 515-27.
VAN DEN BERGHE, P. (ed.), 1965, *Africa: Social Problems of Change and Conflict*, Chandler, San Francisco.
VAN DER LAAN, H. L., 1965, *The Sierra Leone Diamonds, 1952-1961*, OUP, Londres.
VAN ONSELEN, C., 1973, «Worker consciousness in black miners: Southern Rhodesia, 1900-1920», *JAH*, XIV, 2, pp. 237-55.
VAN VELSEN, J., 1966, «Some early pressure groups in Malawi», en E. STOKES y R. BROWN (eds.), *The Zambezian Past: Studies in Central African history*, pp. 376-412.
VAN VOLLENHOVEN, J. V., 1920, «Circulaire au sujet des chefs indigènes », en *Une âme de chef*, Dieval, Paris.
VANSINA, J., 1966, *Kingdoms of the Savanna*, University of Wisconsin Press, Madison.
— 1969, «Du royaume Kuba au territoire des Bakuba», *EC*, XII, 2, pp. 3-54.
VATCHER, W. H., 1965, *White Lager: the Rise of Afrikaner Nationalism*, Pall Mall, Londres.
VATIKIOTIS, P. J., 1969, *The Modern History of Egypt*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.

VERGER, P., 1968, *Flux et reflux de la traite des nègres entre le Golfe du Bénin et Bahia de Todos os Santos du 17e au 19e siècle*, Mouton, París.
VIDAL, H., 1970, *La séparation des eglises et de l'état à Madagascar (1861-1968)*, ICDJ, París.
VILLARI, L., 1943, *Storia diplomatica del conflitto Italo-ethiopico*, Zanichelli, Bolonia.
VIOLETTE, M., 1931, *L'Algérie, vivra-t-elle?*, París.
VIRGIN, E., 1936, *The Abyssinia I Knew*, Macmillan, Londres.
VIVO, R. V., 1978, *Ethiopia: The Unknown Revolution*, Social Science Publishers, Cuba.
VON LETTOW-VORBECK, P. E. (s.f.), *My Reminiscences of East Africa*, Hurst & Blackett, Londres.

WALLERSTEIN, I., 1970a, «Voluntary associations», en J. S. COLEMAN y C. G. ROSBERG (eds.), *Political Parties and National Integration in Tropical Africa*, pp. 318-39.
— 1970b, «The colonial era in Africa: changes in the social structure», en L. H. GANN y P. DUIGNAN (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, vol. II, pp. 399-421.
WARHURST, P., 1962, *Anglo-Portuguese Relations in South-Central Africa, 1890-1900*, Longman, Londres.
WARWICK, P., 1978, «Black industrial protest on the Witwatersrand, 1901-1902», en E. WEBSTER (ed.), *Essays in Southern African Labour History*, pp. 20-31.
WAUGH, E., 1931, *Remote People*, Duckworth, Londres.
WEBSTER, E. (ed.), 1978, *Essays in Southern African Labour History*, Ravan Press, Johanesburgo.
WEBSTER, J. B., 1964, *The African Churches among the Yoruba, 188-1922*, Clarendon Press, Oxford.
— y BOAHEN, A. A., 1967, *The Revolutionary Years: West Africa since 1800*, Longman, Londres.
WEISKEL, T. C., 1980, *French Rule and the Baule Peoples, 1889-1911*, Clarendon Press, Oxford.
WEISS, H., 1967, *Political Protest in the Congo*, PUP, Princeton.
WELBOURN, F. B., 1961, *East African Rebels*, SCM Press, Londres.
— y OGOT, B. A., 1966, *A Plate to Feel at Home: a Study of Two Independent Churches in Kenya*, OUP, Londres.
WELCH, C. E., 1966, *Dream of Unity: Pan-Africanism and Political Unification in West Africa*, Cornell UP, Ithaca.
WELSH, D., 1971, «The growth of towns», en M. WILSON y L. THOMPSON (eds.), *The Oxford History of South Africa*, vol. II, pp. 172-243.
WHEELER, D. L., 1963, «The Portuguese in Angola, 1863-1891», tesis, Universidad de Boston.
— 1968, «Gungunyane the negotiator: a study in African diplomacy», *JAH*, IX, 4, pp. 585-602.
— 1972, «Origins of African nationalism in Angola: assimilado protets writings, 1859-1929», en R. CHILCOTE (ed.), *Protest and Ressistance in Angola and Brazil*, pp. 67-87.
— y CHRISTENSEN, C. D., 1972, «To rise with one mind: the Bailundu war of 1902», en F.-W. HEIMER (ed.), *Social Change in Angola*, pp. 53-92.
— y PÉLISSIER, R., 1971, *Angola*, Praeger, Nueva York.
WIEDNER, D. L., 1964, *A History of Africa South of the Sahara*, Vintage Books, Nueva York.
WIESE, C., 1891, «A Labour Question em Nossa Casa», *BSGL*, X, p. 241.
WILKS, I., 1968, «The transmission of Islamic learning in the Western Sudan», en J. GOODY (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, pp. 161-97.
— 1975, *Asante in the Nineteenth Century*, CUP, Cambridge.
WILLCOX, W. F., 1931, «Increase in the population of the earth and of the continents since 1650», *International Migrations*, vol. II, *Interpretations*, National Bureau of Economic Research, Nueva York.
WILSON, C. M., 1971, *Liberia: Black Africa in Microcosm*, Harper & Row, Nueva York.
WILSON F., 1971, «Farming, 1866-1966», en M. WILSON y L. THOMPSON (eds.), *The Oxford History of South Africa*, vol. II, pp. 104-71.
WILSON, M., y THOMPSON, L. (eds.), 1971, *The Oxford History of South Africa*, vol. II, Clarendon Press, Oxford.
WISHLADE, R. L., 1965, *Sectarianism in Southern Nyasaland*, OUP, Londres.
WOLFF, R. D., 1974, *The Economics of Colonialism: Britain and Kenya, 1870-1930*, YUP, New Haven y Londres.
WORK, E., 1936, *Ethiopia: a pawn in European diplomacy*, Nueva York.
WRIGHT, J., 1969, *Libya*, Nueva York.
WYLDE, A. B., 1901, *Modern Abyssinia*, Methuen, Londres.

XAVIER, A. A. C., 1889, *Estudos Coloniales*, Nova Goa.

YANCY, E. J., 1934, *Historical Lights of Liberia's Yesterday and Today*, Doubleday Doran, Nueva York.

YAPÉ, G., 1977, «Histoire du Bas-Sassendra de 1893-1920», tesis doctoral de tercer ciclo, Universidad de París.
YESUFU, T. M., 1962, *An Introduction to Industrial Relations in Nigeria*, OUP, Oxford.
YOUNG, C., 1965, *Politics in the Congo: Decolonization and Independence*, PUP, Princeton.
YOUSSOUFI, A. (s.f.) «La résistance marocaine à la prévarication étrangère», inédito.

ZAVID, M. Y., 1965, *Egypt's Struggle for Independence*, Khayats, Beirut.
— 1968, «The origins of the Liberia Constitutionalist party in Egypt», en P. M. HOLT (ed.), *Political and Social Change in Modern Egypt*, pp. 334-46.
ZERVOS, A., 1936, *L'empire d'Ethiopie*, Alejandría.
ZIADEH, N. A., 1962, *Origins of Nationalism in Tunisia*, American University of Beirut, Faculty of Arts Pubns, Oriental Ser, Beirut.
ZULFU, I. H., 1976, *Shikon Ta'rikh Askari Liḥamlat Al-Ganaral Hicks*, Abu Dhabi.
ZWEMER, M., 1914, «Present-day journalism in the worl of Islam», en J. R. MATT (ed.), *Muslim World Today*, Londres.

LA CASA DE AFRICA MUSEO MUSEO DE LA CIUDAD

INDICE

A Voz da Raça, 821.
Abā Island, 98.
Abagussi, 691-95.
Abaluyia, 176, 181, 564, 696, 700-02.
Abantu Batho, 726-29.
Abayomi, Dr. Kofo, 667.
'Abbas, Ferhāt, 23-26, 651-52.
'Abbās, Hilmī (Abbās II), Khedive de Egipto, *94*, 95.
'Abda, 455.
'Abd al-'Aziz, Sultán de Marruecos, 111, 116-19, 133, 135n.
'Abd al-Hafiz, Mulay, 133.
'Abd al-Kādir Hādj 'Alī, 647.
'Abd al-Kādir Muhammad Imām (Wad Habūba), 104, 643.
'Abd al-Latīf, 'Alī, 626-29.
'Abd al-Malik, 133.
'Abd al-Rahmān, *vid.* Sayyid, 'Abd al-Rahmān.
Abdel-Kader, Hadjah, 608.
'Abdel Karī'm ('Abd al-Kahatābī) Muhammad ben, 133, 647, *648*, 649-50.
'Abduh, Muhammad, 89, 93, 591.
Abdul Bokar Kane, 141.
'Abdullah Ibn al-Sayyid Muhammad, Khalifa, 101-104.
Abdussalam, A. A., 472-90.
Abease, 155-56.
Abeokuta, 158, 667, 798.
Abercorn, 205, 725.
Aberewa, (Mujer Vieja) culto de, 552.
Abidján, 23, 401, 843.
Aborney, 150-52.
Abron (Gyaman), reino, de, 150.
Abū'Arafa, depósitos de manganeso, 460.
Abu 'Aziz, depósitos de cobalto, 460.
Abubakar, S., 834.
Abuse of Opiate Ordinance, 694.
Abusedra, F. S., 472-90.
Abushiri, jefe, 59, 182, *183*.
Abyssinia, *vid.* Etiopía.
Accra, *349*, 512, 516, 539, 667-69, 673-77, 801, 818, 843.
Aceitunas, aceite de oliva, 467-68, 471-74, 476-78.
Achebe, Chinua, *Things Fall Apart*, 848.
Achimota College, Ghana, 589, 613, 808, 847-49.
Acholi, 190.
L'Action Tunisienne, 611.
Adamawa, 161.
Addis Abeba, 303, 305, 516, 763, 772-75, 786.
Addis Alem, 303.
Adén, golfo de, 291-93, 786.
Adloff, R., 539.
Adowa: batalla de (1896), 60, 295, 296, 297, 301, 303-08, 782; ocupación italiana (1890), 295; ocupación italiana (1935), 784.
Adrār, 128n, 129-32.
aduanas, sistema de, 474-76; de Africa del Norte, 461-65.
adivinación, 559, 567, 807-08.
AEF, *vid.* Africa Ecuatorial Francesa.
Afar, 636.
al-Afghānī, Djamāl al-Dī'n, 89, 93, 591, 617.
Afigbo, A. E., 343, 521-41, 832, 833, 843-45, 850-52, 854-55.
Africa Ecuatorial Francesa (AEF), 367-68, 539-40, 611-12; economía colonial, 359-409 *passim*.
Africa Occidental, 23, 27, 36, 50, 74, 137-72, 539-41; reacciones africanas y respuestas, 140-72; religión tradicional africana, 549, *550*; artes, 584-91, 592-600; Conferencia de Berlín, 51-54; emigración negra americana a, 791-95, 798-802, 827-28; evangelismo negro americano; 802-06, 827; cristianismo, 561-62, 564, 586, 612; administración colonial, 343-45, 350-53; economía colonial, 360-62, 369, 404, 417-21, 433-38, 439-41; resistencia económica, 82-84, 435-37; avance europeo sobre (mapa), *139*; Primera Guerra Mundial, 318-21; Islam, 140, 145, 546-48, 554-56, 557-59, 844-45; conquista militar, 57-59; NCBWA, 666-67, 671-78; movimiento de la negritud, 819-20; partición, 56, *138*; partidos políticos, 669-72; política y nacionalismo, 332-34, 606, 609-10, 663-86; política rural o nacionalismo rural de masas, 677-81; *status* de los africanos, 529-33, 535-37; sindicatos, 671; ligas y movimientos juveniles, 667-71; *vid.* también Africa Occidental Francesa; Gran Bretaña.
Africa Occidental, Comisión de, 423-24.
Africa Occidental Francesa, 137, 318, 323-24, 327-30, 344, 350-53, 369, 539-40; economía colonial, 379-409 *passim*, 837; conquista y reacción, 140, 153-54; política y nacionalismo, 608, 671, 682-87; esclavitud, 499-500.
Africa Occidental, Fuerza de Fronteras de, 58-59.
Africa Occidental, Liga Juvenil, de, 667-69.
Africa Occidental, Unión de Estudiantes de, 609, 671-72.
African Inland Mission, 553.
African Methodist Episcopal Zion (AME Zion), 802-04, 808-10.
African Morning Post, 611, 811.
African Times, 611-811.
Afrikaner Broeder bond, 333-34.
Afrikaners, *vid.* Boers.

Afro-American, Baltimore, 782.
afro-americanos, *vid.* americo-liberianos; Nuevo Mundo.
afro-brasileños, 503, 579, 586, 791-92, 820-22; religión de, 805-07.
afro-cubanos, 791-92, 798, 801-02.
Agadir, crisis, 311, 315.
Agbebi, E. M. E., 677.
Agbegijo, Teatro, 587, 589.
Aggrey, J. E. K., 803, 808, 809, 810, 813, 820-22.
al-Aghayla, campo de prisioneros, 123, 125.
Agni, 71-72.
agricultura, 97, 525-26, 716, 837-41; cultivos de salida inmediata, 27, 187-89, 191-92, 328, 360, 365, 368-72, 374-77, 420-30, 479-81, 504, 525, 838-42, 845, 850; granjas colectivas, 188-89; cultivo obligatorio, 35-36, 388-92; diversificación de cultivos, 264, 339-40; técnicas de secano, 455, 457; Africa Oriental, 187-89, 191-92, *413*; egipcia, 479-84, 840-41; cultivos de exportación, 363, 366-69, 370, 433, 840; libia, 472-74, 476-78; mecanización, 455-60; monocultivo, 433, 455, 471, 479, 839-41; norte de Africa, 451, *452*, 453-60, 465-73; granjas, 368-71, 399-400; plantación, 367-70, 374, 419-21, *454*, 561, 769; y población, 497-99, 502, 503; producción 606-607; aparcería, 399, 458; subsistencia, 328-30, 399, 420, 467, *480*, 506, 840-41; Sudán, 486-490; en período bélico, 328-30; *vid.* también, economía; trabajo; tierra; colonialismo colonizador.
Aguiar, Jaime de, 821.
Ahmad al-Numān, *mek* de Kitra, 105-106.
Ahmad Emir Mahmūd, 102, *103*.
Ahmadiyya, musulmanes, 555-56.
Ahmadu, 58, 74, 142-46, 162, 164, 166.
Amhadu Bamba, jeque, 169-70.
Ajasa, Sir Kitoyi, 682.
Ajayi, J. F. A., 72, 853.
Akafou Bulare, 153.
Akaki, 303, 775.
Akamba, 176, 181, 190.
Akan, 569-71, *578*, 679.
al-Akdāf, 133.
Akede Eko, 611.
Akim Kotoku, 551.
Akouse, 162.
Akpan, M. B., 275-307, 755-89.
Akuapem, 678, 680.
Akyem-Abuakwa, 535, 678, 680, 681.
Akyem Swedru, 680.
Aladura, iglesias, 565, 613.
Alakmessa, teniente, 147.
Alantra, lago, 272.
Alapetite, residente tunecino, 332.
alcohol, mercado, 504.
Alejandría, 91, *92*.
Alemana, Africa Oriental, 51, 56, 60, 181-86, 188, 191-92, 343, 351, 353, 359, 551; economía colonial, 364-66, 367-69; Primera Guerra Mundial, 310-15, 315-18, *320*, *322*, 330, 331, 355; *vid.* también Tanganika.
Alemania, colonialismo, 50, 122, 130, 230, 237, 372-73, 694-95; resistencia africana, 73, 76, 84, 191-92; Camerún, 51, 60, 311, 353, 364-65; administración colonial, 343-44, 351-52, 353-54; economía, 364, 366, 372-73; Primera Guerra Mundial, 309-19, 323-25, 326-28, 334, 738-39; Liberia, 300, 305, 306-308; conquista militar, 60; pérdida de colonias en la posguerra, 334-36, 337, 364-65; lucha por el Este de Africa, 176-78, 181-86; socialdemócratas, 43, 364-65; Sudoeste de Africa, 51, 60, 236, 243, 354-56, 364-65, 505; Tanganika, 181-86, 191-92, 310-15, 505; comercio, 360, 361, 362; tratados y esferas de influencia, 55-57.
Alexis, Presidente de Haití, 298.
alfabetización, *330*, 531-32, 559-60, 593-94, 595, 596, 706-07, 848-49.
Algeciras, Conferencia, (1906), 111.
algodón, 188-89, 191, 192, 328-29, 359, 361, 363, 365, 368-69, *389*, 394-95, 398, 406, 408, 421-23, 427-28, 531, 561, 702, 704, 716, 740-41, 746, 747; egipcio, 479-81, 483-85, 486, 487, 489, 504, 619-21, 840, 841; sudanés, 487, *488*, 489, 490, 839-40.
Alī Abbas I, 87.
Alī Dīnār, Sultán de Darfur, 309.
Alī Ramadān, 713.
Alī Yūsuf, Jeque, 95.
Aliab Dinka, alzamiento, 632.
alimentación, recursos de, 400-402, 497-99, 502, 503, 840-41.
Alldridge, T. J., 290, 436.
Allenby, Lord, 622, 623.
Alta Escuela Metodista, 847.
Alto Senegal-Níger, 323, 327.
Alto Volta, 162, 167, 169, 370, 379, 392, 496-98, 506, 558-59, 576, 593, 605, 833, 834, 835.
Alula, Ras, 293.
Amba Alagi, batalla de (1895), 297.
Ambatomakanga, 257.
Amboununa, surgimiento (1895), 260.
Ambohimalaza, 260.
Ambohimanga, 256.
Ambongo, 264.
América negra, vid. Nuevo Mundo.
américo-liberianos, 276, *277*, 278-82, 298-301, 305-07, 756-60, 762-63, 770, 772, 775-77, 779-81, 787-88, 813-14.
Amerindios, 822, 824.
Ameriyān, Jeque, 119.
Amhara, 289, 292, 758-61.
Amharic, lengua, 289, 759-61.
Amhawūsh, Alī, 134.
Amin, Samir, 83.
amistad, sociedades de 539.
Amoafo, 154.
Amoah III, Jefe, 817.
Amparihy, 269, 271.
Ananabu, W., 539.
Andafiavaratra, 259.
Andriana (nobles), 259.
Andrianampoinimerina, 259.
Anene, Joseph, 66.
Anoas, 532.
anglo-boer, guerras, 57, 60, 238-39, 333, 362-63, 443.
Anglo-Congo, Tratado del Estado Libre (1984), 56.
anglo-francesa, Convención (1899), 57.
anglo-alemán, Tratado de Delimitación (1886), 56.
anglo-alemanes, Tratados (1890 y 1893), 56.
anglo-alemán, Tratado (1885), 56.
anglo-merino, tratado (1817), 247.
anglo-ndebele, tratado, (1836), 228.
anglo-ndebele, guerra (1893), 232.
anglo-portugués, tratado (1891), 56.
anglo-turco, tratado (1838), 481.
anglo-zulú, guerra (1879), 225-28.
Angola, 23, 193, 205, 343, 359, 360, 379, 502, 527, 583, 599, 732; emigración clandestina, 741-42; insurrecciones coloniales, 211-12, 213, 214, 215; economía, 84-86, 368-69, 381-84, 385, 387-88, 389-90, 392-93, 406-08, 738-41; protesta política elitista, 742-45; independencia, 357-58; protesta literaria, 742-43; lucha campesina, 741-42; política y nacionalismo, 609-12, 715, 737-746; densidad de población, 491-92, 499, 500; colonialismo portugués y resistencia, 56, 60, 75, 81, 200-210, *passim*, 216-17, 737-46; movimientos religiosos de protesta, 741-43.
Angoulvant, Louis Gabriel, 161, 167, 321, *340*.
Annāba, 453, 461.
Ansār (ejército mahdista), 98, 100, 101, 102, *103*, 631.
Antakarana, 247.
Antananarivo, 247, 252, 253, 254, 255, 257, 258, 259, 262, 263, 264, 265, 266, *267*, 269, 272, 273.
Antandroy, 264.
Antanimora, 269.
Antchouey, Laurent, 685-87.
Anti-Atlas, 127, 128n, 132.
Antonelli, Conde, 294, 297.
Antonio, Padre, 806.
Antun, Farah, 591n.

Anwal, batalla de, 130, 649.
Anwar Pasha (Enver), 120.
AOF, *vid.* Africa Occidental Francesa.
aparceros, 399-400, 458-59.
apartheid, 850.
Apostolowa Fe Dedefia Hanobo, 569.
Appiah, William Egyanka, 570.
Apprenticeship, Acta (1922), 354, 444.
árabe, cultura y lengua, 546-48, 555, 591-92, 593, 594-97.
árabes, 121-22, 175, 196-98, 201, 202-03, 831; este de Africa, 178, 182-86, 504; comerciantes, 84, 85, 175-76, 360-61, 362. Zanzíbar, 421.
Arabia, 108.
Arabia Saudita, 791.
ARAC (Association Républicaine des Anciens Combattants), 650.
Archinard, Mayor Louis, 58, 144-46, 149.
Argelia, 23-26, 116, *126*, 127, 133, 321, 352, 357, 504, 540, 834, 835; agricultura y tierra, 451-60, 465-68, 471; economía colonial, 361-64, 366-67, 504, 451-73, *passim*; comunicaciones y puertos, 460-62; aduanas y comercio exterior, 461-63, *464-65*; crisis económica, 465-73, 654-56; población europea (blanca), 491-92, 517-19; sistema fiscal, 465-67; política campesina francesa, 470-77; economía colonizadora francesa, 361-62, 366-67, 451-58, 465-68, 469, 504, 540-41, 846-47; independencia, 357-58; reforma islámica, 652-53; migración laboral a Francia, 319-321; minas, 459-61; política y nacionalismo, 332-33, 606, 607, 644-61; crecimiento de la población, 472-473, 493-95, 506, 517-19.
argelino-marroquíes, marcas, 643.
argelinos, 125-127, 461, 470-71, 477, 518, 606, 654.
Argentina, 822.
Ariendit, profeta (Bal Yol), 632.
Armand, teniente, 152.
Armenios en Egipto, 95.
Arnold, Mayor A. R., 159.
Aro, 162, 549.
arquitectura africana, 579-80, 826.
arroz, 389-90, 408, 420-21, 502, 503, 840-41.
arsh (tierra común), 456, 458.
arte africano, 576-79, 747-48, 851-52, 855-56.
artes africanos, 575-600, 742-43, 747-48, 851-52.
artesanía, gremios, 539; industrial, 465-68, 469-70, 476, 477, 478, 593-94, 839-40.
Arussi, 294.
asafo companies, Costa de Oro, 678-80.
Asamblea Nacional Francesa, 682, 683, *684*.
Asante, 25, 59, 61, 140, 150, 369, 419, 504, 667, 671, 823, 824, 827, 831, 836-37; arte, 576-79; y los británicos, 154-58, 328-29; guerra de 1896, *30*, *62*; Yaa Asentewaa, rebelión, (1900), *157*, 166.
Asante, Unión, 154-56.
Asentamiento de soldados, plan de, Kenia, 333-34, 343-44.
Ashika, 630.
asimilación, política de asimilación, 264-66, 357, 589-90, 597-600, 651, 656-58, 740, 742-45.
Asiwaju, A. I., 327.
Asiwaju, M., 339.
askaris, Africa Oriental, *355*.
Asmara, 294, 295.
Asociación Británica para el cultivo del algodón, 419.
Asociación Chiradzulu Nativa, 810.
Asociación de Comerciantes, 748-49.
Asociación de Cultivadores de Cacao, 679.
Asociación de Bakongo (ABAKO), 737.
Asociación Nigeriana para el Progreso, 610.
Asociación de Votantes Bantúes Rhodesianos, 726.
Asociación Internacional Africana, 50.
Asociación Misionero Americana, «Congreso Mundial sobre Africa», 801.
Asociación Nativa del Norte de Nyasa, 211.
Asociación Progresista Africana, 565, 613.
Asociaciones Asiáticas, 707-08.
Astab, 291, 783.
Assis Júnior, Antonio de, 742-44.
Associação African, 210.
Associação dos Naturais de Angola (ANANGOLA), 742-44.
Aswān, presa de, 479-80, *482*.
Asyūt, barrera de, 480.
Atacora, 162, 323.
atandroys, 268.
Atar, 119.
Atatürk, *vid.* Kamal, Mustafá.
atavismo social, 44-46, 48-49.
Atbara, batalla de (1698), 102.
Atieno-Odhiambo, E.S., 36, 602, 689-713.
atlántico, comercio, *vid.* esclavitud, comercio esclavo.
Atlas, montes, 125, 130, 134; alto, 459, 461, 643; medio, 125, 128n, 129, 132, 134, 642.
Atmore, N., 853.
al-Attābī, 122.
Auberson, M., 774.
Augagneur, Victor, 269-270.
Aurora Relief Society, 801.
L'Aurora Malgache, 273.
aviación, 64, *64*, 130, *130n*, *131*.
Awdjrla, 474.
Awino, Albert, 710.
Awlf, mina de plomo, 461.
Awolowo, Obafemi, 667.
Awori, Jeremiah, 700.
Awsa, sultanato, 636-38.
'Ayārī, Mokhtār, 647.
Ayem, John Kwame, 680.
ayuda extranjera, 299-301.
Azaghar, 134.
Azande, 105-106.
al Azhar, Universidad, 621.
Azienda Tabacci (ATT), 477.
Azikiwe Nnamdi, 667, 668, 669, 671, 782, 808, 810, 811, *812*, 814, 819; *Renascent Africa*, 787.
azotea, 242-43, 326-27, 364-66, 507-08.
azúcar, 368-69, 407-408, 484-85, 504, 506-07, 561.

Ba Ahmad, Visir de Marruecos, 117.
babaleos ifa (adivinos), 807.
Babtyance, *induna*, 231.
Badoglio, Mariscal, 123, 130n, 786.
Bafi, Bambara general, 145.
Bagamoyo, 182, 361.
Bananda, 61, 176, 184-86, 561-62, 698-700, 702, 705-06, 713.
Bagisu, 562, 702.
Bahía, Brasil, 800, *826*.
Bailundu, 84-86, 212, 214, 215, 216, 217, 359.
Bakary, rey, 252.
Bakel, 164.
Bakiga, 562.
Bakongo, 193, 206, 209, 527-28, 732-34, 737-38, 741-42, 833.
Bakora, 576.
Baldissera, General, 295.
Bamako, 144, 844.
Bambala, 581-83.
Bambara, 64, 142-46, 169-70, 555-56, 589-90.
Bambata, rebelión, 223, 240-41, 359-60.
Bamucapi, culto, 552.
bananas (plátanos), 398-99, 408, 420-21, 502.
banca, 373-74, 433-35, 446-47, 484-88.
Banco de Abisinia, 303, 774.
Banco de Etiopía, 774.
Banco del Africa Occidental Británica, 434, 767, 775.
Banco di Roma, 474-77.
Banco Nacional, 434.
Banco Nacional de Egipto, 303.
Banda, Kamazu, 808, 810, 813, 818-20.
Bandama, río, 150, 152.
Bandera Blanca, Liga de la, 626, 629.
Bandi, 276, 299-300.
Bangui, *513*.
Bani Matir, 134, 134n.
Bank Misr, 484-86.

Bankole-Bright, H. C., 335, 675, 676.
Banque de Bruxelles, 404.
Banque de l'Union Parisienne-Mirabaud, 461.
Banque de Paris et des Pays-Bas, 461.
bantúes, 528-29, 567-*69*.
Bantu File, 635.
Banyakare, 561-62.
Banyambo, 175.
Banyoro, 61, 175-76.
Bara, 62.
al-Barayka, campo de prisioneros, 123.
Barclay, Arthur, Presidente de Liberia, 275, 286, *287*, 290, 305-07, 770, 776.
Barclay, Edwin J., Presidente de Liberia, *285*, 286, 755, 779, 780, 781, 782, 789, 813, 816.
Barclays, Banco, 433-35.
Bariba, rebelión, 162.
Baro, motín (1936), 597.
Barotse, 64, 74-75, 417-19.
barūd (resistencia), 650.
al-Barūdī, Mahmud, Sami, 91.
al-Bārūdī Suleimán, 649.
Barue, 76-77, 195-98, 200-203, 211, 212, 213, 214-17, 239-40, 243-44, 746-47.
Bāsāllam, Amhar Hassū ū, *126*, 134.
Bassa, 276-78, 756-58.
Bastide, Roger, 822, 824.
Basutolandia (ahora Lesotho), *225*, 239, 334, 367, 446, 502, 715, 724, 726, 834.
batata (hame), 502, 503.
Bates, R. H., 539.
Baterela, rebelión, 505.
Bathurst (ahora Banjul), 540, 669; NCBWA, sesión (1925-6), 675, 678.
Batoro, 61, 561-62.
Bauchi, 161.
Baudais, cónsul francés, 252.
Bauer, P. T., 435-436.
Baule, 28, 71-72, 140-41, 150-51, 162-63, 166-67, 169, 576-79.
Bayetel, 821.
Bayol, gobernador, 150.
Beach, David, 78.
Beart, Charles, 590.
Beauttah, James, 702, 712.
Bechuanalandia (ahora Botswana), 228, 234-38, 239, 367, 715, 724, 726; policía de fronteras, 232.
Bechuanaland News, 231.
Befanoha, 269.
Begogo, 269.
Behanzin, rey de Dahomey, 150, 152.
Behazin, Jefe zulú, 29.
Beira, 738, 740.
Bekway, 155.
Belga, Congo, *vid.* Congo.
Bélgica, colonialismo, 50-51, 83-84, 105-106, 455-57, 539, 575-76; administración colonial, 344-45, 348-50, 351; economía,366-67, 379-410 *passim*; Primera Guerra Mundial, 309, 311, 317, 321, 322, 329-30, 335-37; política y nacionalismo en África Central (Congo), 611-12, 715, 717-18, 732-38.
Belize, Samuel, 750.
Belloc, Hilaire, 29, 66.
Bemba, 74, 85-86, 196, *197*, 198, 200-01, 221-27, 239-40.
Ben 'Al'wa, Shaykn, 652.
Ben Bādī s, Saykn'Abd al-Hamī'd, 652, 653.
Bender Ziadeh, 106.
Bendjellul, Dr., 652, 656-59.
benedictinos misioneros, 737-38.
Bengasi, 119, 125, 474, 478, 847.
Benguela, 81, 407, 738.
Benī Sāf, 461.
Benī Shanguls, 758.
Benī Tūrī'n, 649.
Benī Warighī, 649.
Benin, *vid.* Dahomey.
Benin, ciudad, 843.
Benue, río, 53, 360.
Berbera, 108, 309, 310.
bereberes, 121-22, 641-43, 645-46, 654-55.
Berhanena Salam, 772.
Berlín (Acta) (1885), 53, 114, 311.
Berlín, Conferencia del África Occidental (1884-1885), 51-54, 219, 278, 286.
Bernard, Albert, 637.
Bernard, Augustin, 651.
Berque, J., 641-61.
Bet Sayda, hospital, 773.
Bete, 167.
Betsimisaraka, 262, 263.
Betts, R. F., 339-358, 603, 834, 835.
Bhaca, 239.
Biblia, traducción a lenguas africanas, 562-64.
Bihe, 198, 200.
Bilma, 474.
Bimal, 107.
Bini, 58-59.
Birom, 532.
Bisa, 193-95, 204-05, 223-24.
Bishārr, 130.
Bismarck, Príncipe Otto von, 50, 51, 198.
Bissandugu, 149.
Bizerta, 330, 455, 646.
blackwate fever, 506-07.
Blantyre, 233, 726.
Bloemfontein, 724.
Bloncous, Max, 608.
Blyden, Edward Wilmot, 27, 275, 595-97, 598, 674, 792.
Bo, *666*, *669*.
Boahen, A. Adu, 23-40, 137-72, 175, 663-87, 829-857.
Bobo, 150.
Bobo-Dioulasso, 593.
boers (afrikaners), 59-60, 221-24, 225, 227, 228-30, 233-39, 241-42, 311-15, 317, 333-34, 440-43, 539; *vid.* también anglo-boer, guerras; África del Sur.
Bogos, 293.
boicoteos y plantes, 610-11, 671-72, 718-19, 728-29, 736-37; plantes del cacao, 436-38, 605, 678-79, 680-81.
Boillat, abad, 590, 596, 598.
Bomi Hill, hierro de, 768.
Bonairiri, profetisa, 694.
Bondelswarts, 244, 719-20.
Bondu, 163, 164.
Bonny, 158.
Booker T. Washington Agricultural and Industrial Institution, 770.
«Book of Algeria» (*Kitāb al-Djazā'ir*), 651-52.
Booth, N. S., 559.
Boran Oromo («Galla»), 297.
Borgawa, 324.
Borgnis-Desbordes, teniente coronel, 144, 147.
Borgu, 162, 317, 323.
Borno, Imperio, 310, 474, 492.
Boserup, E., 497, 498.
Bosques, población en, 502-503.
Botha, Louis, 311, 333, 728.
Botswana, *vid.* Bechuanaland.
Bouaké (antes Gbuèkèkro), 153.
Boudet, teniente, 168.
Boulevane, 164.
Bouna, 150.
Bourguiba, Habīb, 656, 657, 658.
Bourse du Travail du Katanga (BTK), 39, 736.
Bowa, 193, 200.
Boyes, John, 305.
Brado Africano (periódico), 210.
Braide, Garrick (Elijah II), 325.
Brakna, 119.
Brasil, 480, 791, 822; emigración negra desde África, 791, 792, 798-800; interacciones religiosas y culturales entre África y, 805-08, 824, *826*; brasileños, regresos, *vid.* afrobrasileños.
Brass (estado del Delta Superior), 59, 159.
Brass, William, 496.
Brazilian Quarter, Lagos, 800-01, 806-08.
Brazzaville, 507, 610.
Brière de l'Isle, Gobernador, 141.
Brigada Nigeriana, *320*, *322*.
British West African National Review, 675, 677.
Brockway, Fenner, 608.
Broken Hill, 439, 726.
brujería, 72, 79, 80, 544-46, 549, 51, 552-53, 561, 567-69, 758-59.
Brujo-doctor, 71-72, 75-76, 79, 691-92.
Brunot Report (Henri Brunot), 779, 781.
Brunschwig, Henri, 48, 81, 83.
Bruselas, Acta de (1892), 504.
Bruselas, Congreso de (1927), 608.
Bruselas, Convención de (1890), 64, 171.
Bruselas, Acta General (1890), 221.
Bruselas, Conferencia Geográfica (1876), 50.

Bū Amāma, 134.
Bū Azzawī, Muhammad, 135n.
Bū Bidmānī, Akkā, 135n.
Bū Ghāfir, batalla de (1933), *126*, 127, 134, 135.
Bū Himāra, 135n.
Bū Shūsha, 128.
Bū'Uthmān, batalla de (1912), 134.
plaga bubónica, 512-14, 843-44.
Buchanan, 289.
Budja, 193, 200.
Budo High School, 698, 700.
Buffalo, río, 225-227.
Buganda, 54, 59, 178, 189, 415, 533, 535, 562, 698-701, 848.
Buganda, acuerdo (1900), 188, 698.
Bugishu, Asociación para el bienestar, 701-704.
Bukoba, 414, 707.
Bukoba Bahaya, Unión, 706-708.
Būkurt, Ben 'Ali, 647.
Bulawayo, 439, 726, 844.
Bulhoek, rebelión, 820-21.
Buluku, Jacob, 565.
Bulwer, Sir Henry, 225, 227.
Bunting, S. P., 729, 730-32.
Bunche, Dr. Ralph, 710, 810.
Bunyan, John, Pilgrim's Progress, 222.
Bunyoro, 184, 704.
Burao, motín, 636.
Bure, campos auríferos, 147.
Bureau de Recherches et de Participations Minières (Marruecos), 461.
Bureau Minier de la France d'Outre-Mer, 461.
Bureh, Bay, 162, 164, *165*.
Burns, Sir Alan, 31.
Burwari, 161.
Buta, Tulante Alvaro, 209.
Butelezi, Wellington, 722.

Cabinda, 500, 742.
Cabo, El, 232, 540, 583, 792, 805.
Cabo Bon, 455, 471.
Cabo Town, 440, 443, 446, 509, 730, 731.
Cabo Coast, 155, 667, 669, 681, 848.
Cabo Colony, 219, 232, 236, 237, 357, 441.
cacahuetes, 27-28, 141-42, 327-28, 359-60, 363-64, 366-67, 369-70, 376-77, 386-87, 398-99, 407-09, 420-23, 439, 504, 531, 837-40; caciquismo, 571-73, 603-04, 698-700, 834-37; papel en la administración colonial, 343-47, 348-51.
Cadell, Incidente, 307.
café, 188-89, 299-300, 363, 369-70, 390, 398-99, 408, 421-23, 427-28, 531-32, 561, 702-04, 706-07, 766, 768-70, 824-27, 837-40.
Caimi, Contralmirante, 293.
Cairo, El, 91, 315, 517, 594, 621.
Caisse des Prêts Agricoles, 471.
Caisse des Prêts de Consolidation, 470.
Caisse des Prêts Immobilier, 459.
Caisse Foncière, 470.
Caisse Spéciale des Travaux Publics, 463.
Caisse Tunisienne de Credit et de Consolidation, 470.
Calabar, 158, 159.
Caldwell, J. C., 491-519, 831, 837, 843, 844, 855.
Calici ça Makolo, 567-69.
Cambuemba, 209, 213.
Camerún, 311-317, 496, 512, 515, 527, 833; pintura de abalorios, 576-79; misioneros americanos negros, 801, 802; británico, 335-37; economía colonial, 390-91, 399-400, 404-05, 408-09; huelga de mujeres en Dahomey (1891), 169; francés, 335-37; 674-77, 801-02; alemán, 50-51, 59-60, 311-15, 353-54, 364-65, 507-08; enfermedad del sueño, 512-14.
Campbell, Benjamin, 806.
Campbell, Rvd. Patriarca J. G., 674.
Campos, Francisco Domingos, 748.
Canadá, 791, 817.
Canarias, Islas, 114.
canciones de trabajo, 747-48.
candomblé, culto, 824.
Capanga, 746.
capitalismo, 42-46, 363-64, 373-74, 539.
carbón, minas, 428-30, 459-61.
Cardew, Gobernador de Sierra Leona, 166.
Cardinall, A. W., 841.
Cardoso, Fernando Henrique, 822.
carettu, mascarada, 587.
Carey, Lott, 792, 803.
Caribe, 791; movimientos de vuelta a Africa, 791, 792, 794-97; negritud, movimiento, 819-20; persistencia y transformación de los valores culturales africanos, 791-92, 821-28.
caribes negros, 824-27.
carreteras, 34-35, 38-39, 141, 189-190, 258, 303, 330-31, 351, 359-61, 365, 370-71, 382, 408, 438-40, 443, 446, 461-62, 474-78, 489, 767-70, *771*, 773-75, 782, 836-39, 842-43.
Carrington, Sir Frederick, 241.
Carr-Saunders, A. M., 492-94.
Cartago, Congreso Eucarístico (1930), 654.
Cartwright, Albert, 675.
Casablanca, 128, 462, 471, 472, 843.
Casalis, misionero, 233, 234.
Casamance, 162, 164.
Caseitsiwe, 233.
Casely Hayford, J. E., 299, 335, 598, 672, 675, 676, 682, 815, 818; *Ethiopia Unbound*, 598, 815.
Cassalonga, movimento, 742.
cassava (mandioca), 390-91, 420-21, 501, 503, 818.
Castelbranco, Francisco, 599.
Castro, L. de 301, 304.
Catolicismo, 195-96, 250-52, 256-57, 260, 261, 262, 800-01, 806-08, 823-27; *vid.* también cristianismo.
caucho, 84-86, 200, 203-04, 300-01, 353-54, 363, 398-99, 404-05, 506, 507-08, 767, 769, 837-38.
Caudrelier, 150.
Cavalla, río, 289.
Cayor, 140-43.
Cazuangononge, 212.
Cecil, Lord Robert, 779.
Central, Africa, 23, 39, 50, 56, 59, 196, 198, 329, 361, 362, 532, 596, 695, 696, 844; insurrecciones coloniales, 210-17; economía, 361-65, 368-69, 414-15, 420, 434-35, 437, 841; era de confrontación y alianza, 195-203; pueblo y política (mapa), *194*; política y nacionalismo, 609-12, 715-54; resistencia, 193-217; vid. también Gran Bretaña; Francia; Portugal.
cereales, 462-63, 467-71.
Césaire, Aimé, 599, 813, 819.
Cetshwayo, jefe zulú, 29, 225, 228, 232.
Cetyiwe, A., 729.
Ceuta, 114.
Cewa, 224-25, 239-40.
CGT (Confederación General Francesa del Trabajo), 646, 650, 658.
CGTT (CGT tunecina), 647n.
CGTU, 650, 658.
circuncisión y clitoridectomía, 552-54, 565-67, 704-05.
Cirenaica, 60, 113, 116, *118*, 121, 122-125; establecimiento del Emirato, 325-26; *vid.* también Libia.
Ciskei, Reserva Nativa, 446.
cítricos, frutos 427-28, 471-72, 473, 474.
ciudadanía francesa, 271-74.
civil, servicio, 36-37, 95-96, 210-11, 266-68, 272-74, 774-75, 823-33, 845-46; *vid.* también administración colonial.
Clapham, Christopher, 284.
clase, estructura, en Africa, 528-37, 844-46.
clavo, (especia), 360-61, 421-23, 504.
Cledor, Ahmadou Dugay, 597.
Clifford, coronel, 784.
Clifford, Sir Hugh, 675, 681.
Clozel, François-Joseph, 153.
Club de Jóvenes, Acera, 667.
Cobbing, Julián, 78.
cobre, minas de, 255-56; 402-04, 407-08, 428-30, 430-32, 508-09, 716-17, 735-37.
coco, 23-25, 203-04, 328-29, 361-64, 369-70, 375-76, 389-92.

398-400, 406, 408-09, 420-21, 422-24, *426*, 438-39, 531-32, 561, 678-79, 766, 768-70, 837-40; retraso, 436,38, 605, 678-79, 680-81.
Coillard, misionero, 233, 234.
Coker, Daniel, 792, 803.
Cole, Monica, 446-48.
Colegio del Africa Occidental, 770.
Coleman, James, 603.
«colaboración» africana, 31-35, 38-39, 173-175, 179-80, 203.
colonial, administración, 339-58, 559-60, 832-33, 834-36; control y administración 354-58; administradores europeos, 344-45, 350-51, 559-60, 604; policía nativa, 339-44, 345; propuestas e imposiciones, 351-56; norma y estructura, 344-51.
colonialismo, 23-40, 829-57; «colaboración» africana, 31-36, 38-39, 173-175, 179-180, 203n; y las artes, 575-600; devolución, 357-58; impacto económico, 836-43; impacto de, 829-55; regla indirecta, 342-48, *349*, 350-51; insurrecciones, 210-17; periodización de, 37-40; impacto político, 831-37; y población, 34-35, 505-15; y religión, 543-53; significado de, 852-57; repercusiones sociales, 34-35, 521-41, 843-53; justificación teorética, 339-42.
colonialismo colonizador (colonizadores blancos), 339-42, 436-37, 575-76, 846-47; y nacionalismo africano, 607, 707-08; y Africa Oriental, 187-192, 414-17, 423-25, 707-08, 846-47; colonos franceses en Madagascar, 265-68; italianos en Libia, 476-78; norte de Africa, 361-62, 366-67, 451-58, 459, 465-73, 504, 607, 649-50, 654-59, 846-47, y cambio social, 539-41; sur de Africa, 219-21, 232-33, 234-41, 244-45, 362-63, 366-67, 417-19, 423, 427-30, 440, 443, 446, 716-17, 846-47; oeste de Africa, 369-70.
Coloured American, 611.
Colson, E. A., 774.
Colvile, Coronel, H. E., 55.
comercialización, 434-39, 446-47, 487-89.
comercio, comerciantes, 83-84, 156-59, 196-98, 360-61, 486, 504, 523-25, 546-47, 691-92; árabe, 84-86, 175-78, 182-84, 360-62; de armas, 504; Brasil-Lagos, 798-800; caravanas (larga distancia), 83, 175, 179-81, 360-62, 365, 372-73, 473-74, 593-94, 841-843; Dyula, 593-94; Africa del Este, 175-78, 182-84, 360-61; libre cambio egipcio, 480-84; indo-asiático, 262-63, 360-61, 376-77, 434-37, 532; libanés, 435-37, 666-67; liberiano, 279-82, 289-90, 299-301, 766-70; libio, 472-74; de licores, 504; mercado en las colonias británicas, 434-39; Norte de Africa, 461-65; y cambio de población, 504; resistencia de los comerciantes africanos, 83-86; swahili, 176-78, 360-61; en guerra, 310-11, 326-29; *vid.* también economía, comercio exterior; esclavitud, comercio de esclavos.
comercio exterior (importaciones, exportaciones), 363-67, 371-72, 838-40, 841-42; Brasil-Lagos, 798-800; colonias británicas, 411-12, 430-34, 437-38; economía egipcia orientada a la exportación, 479-86, 840-41; colonias francesas, belgas y portuguesas, 381-84, *385*, *387*; liberiano, 299-300, 766-68; libio, 473-74; sistema aduanero del Africa del Norte y, 461-65, 469-70; durante la guerra, 327-29; *vid.* también economía; comercio.
Comet, 787.
Comintern, 608.
Comité de Acción Marroquí, 659.
Comité de la défense de la Race Nègre, 683.
Comité franco-musulman, 686-87.
Comité mondial contra la guerre et le fascisme, 610.
Comité especial de Katanga, 403.
Comunidad asiática, 265-66, 371-72, 434-36, 517-18, 528-29, 596-97, 699-700, 846-47.
comunismo, 608, 610-11, 646-49, 650, 656-58, 737-38.
Compagnie Algérienne de Crédit y de Banque, 460.
Compagnie du Katanga, 403.
Compagnie Forestière Sangha-Dubangui, 402-05.
Compagnie Française de Côte d'Ivoire, 405.
Compagnie Française de l'Africa Occidentale (CFAO), 404-06, 434-35.
Compagnie Française du Haut et du Bas-Congo, 404.
Compagnie Propiétaire du Kouilou Miari, 404.
Compagnie Royale Asturienne des Mines, 461.
Companhia de Mozambique, 201, 209.
Companhia de Zambésia, 207, 209.
Compañía Africa Unida (UAC), 329, 405, 435, 438.
Compañía Británica Africana, 800-01.
Compañía Británica de Africa del Sur (BSAC), 59, 78, 236, 240-42, 416-19, 433, 439.
Compañía Británica del Africa Oriental, *vid.* IBEAC.
Compañía Ferroviaria y Minera Rhodesia-Katanga, 439.
Compañía Imperial Británica del Este de Africa (IBEAC), 54, 57, 84, 106, 180.
Compañía Naviera Africana, 800-01.
Compañía Real del Niger (Compañía Africana Nacional), 55, 59, 156-58, 159, 345-407, 436.
Compañía Unión Africana, 815-16.
Comptoir National d'Escompte de Paris, 255.
Conakry, 169, 402.
campos italianos de concentración, 123-25, 132, 478-79.
Conchon, teniente, 269.
Condominio anglo-egipcio, 622-23.
Conferencia Económica Colonial (1917), 369.
Conferencia Económica de la Francia Metropolitana y de Ultramar, 387.
Congo, árabes, 60-61.
Congo, Estado libre (Congo belga: ahora Zaire), 38-39, 51-54, 193, 205, 504, 541, 552, 583, 742, 832, 834, 843; tratado del Estado Libre Anglo-Congo (1894), 56; arquitectura, 579-80; ocupación belga 59-61; misioneros negros americanos, 801-02; administración colonial, 348-51, 352-54; economía colonial, 360-69, 379-409 *passim*, 441-43, 507-08; Primera Guerra Mundial, 311, 321-23, 329-30; insurrecciones, 211-13, 214-15, 216; sociedades Mbeni, 737-38, minas, 382, 387, *403*, 404, 408, 716, 734-37; política y nacionalismo, 611-12, 715, 719, 732-38; crecimiento de la población, 495, 500, 508, 732-38, 515-516, 118-119; religión, 555, 562, 567-69, 733-35; resistencia, 196-98, 200-201-03, 206-09, 505; protesta de la clase trabajadora; 735-38; protesta campesina, 732-34.
Congo Francés (ahora República del Congo), 38, 50, 51, 60, 205, 205n, 206, 364, 496, 508, 515, 527, 564, 612, 732-33.
Congo Léopoldville, 847-48.
Congo-Océano, ferrocarril, 384-85, 388-89, 400-01, 407.
Congo, río, 360-61.
Congreso de Berlín (1878), 47.
Congreso Nacional Africano (ANC), 222-24, 332-33, 718-19, 722-26, 727, 750, 813-14.
Congreso Nacional del Africa Occidental Británica (NCBWA), 169-70, 335, 610, 667, 680-82, 813.
Consolidated African Selection Trust (CAST), 430.
Constantina, 453, 455-58, 606, 652; motín antijudío (1934), 658.
Constantinopla (ahora Estambul), 111, 116.

contrabando, 299-300, 376-77, 834-35; armas, 130-32, 252-53.
Convención Baptista Nacional (NBC), 802-06.
Coolidge, Presidente Calvin, 817.
Copper Belt, 725, 726, 729-30.
Coppin, Obispo Levi, 805, 813.
Coppolani, Xavier, 119, 130.
coptos, iglesia copta, 301-03, 621-22, 760-61.
Coquery-Vidrovitch, C., 379-410, 841, 846.
Corán, 89-91, 101-02, 652.
coránicas, escuelas, 108, 522, 557-58.
Cordeiro de Matta, Joaquim Dias, 743.
Cordoso, Henrique, 822.
Corporación Anglo-americana, 372-73.
Corporación Financiera de América, 767-70.
Costa Alegre, Caetano da, 599.
Costa de Marfil, 23, 58, 146, 150, 167, 323, 326, 335, 353, 502, 531, 593, 605, 665, 687, 833, 834, 843-44; cristianismo, 561-62; economía, 369-70, 379-81, 390-91, 395, 398-400, 408, 507-08; conquista francesa y resistencia, 28-29, 137-40, 152-54, 162-63, 166-69, 506-07; y Liberia, 289-90; migraciones de protesta desde, 327-28.
Costa de Oro (ahora Ghana), 23, 25, 28, 154-58, 162, 166-170, 299, 310, 326-29, 343, *349*, 389, 401, 492, 512, 514, 528, 540, 586, 593-95, 604, 663-65, 814, 833-35, 843; artes africanas, 576-79, 586-89; élite africana, 531-32, 533, 535-37; emigración negra americana, 792, 794-95, 798-802; cristianismo, 561-62, 567-71, 803-04; coco, 436-38, 605, 680-81; economía colonial, 360-61, 369-70, 375-76, 379-81, 406, 411-412, 420-24, *426*, 428-32, 439, 837-41; educación, 808-13, 840-41; independencia, 357-58; Islam, 556; migración laboral a, 516-17, 605; política y nacionalismo, 609-10, 666-82 *passim*; población, 496-97, 510-11, 514-15, 516; política rural y nacionalismo, 678-81; religión tradicional, 551-53; urbanización, 843-44; Conferencia de la Juventud, 609-10, 666-69; Convención Unida, 535-37.
Cotonou, 150, 151, 169.
Coupland, Sir Reginald, 852.
Le Courrier de l'Ouest-Africain, 611.
Crédit Agricole, 390-91.
creoles, 164-66, 250-51, 260, 262-63, 682-83.
Cri des Nègres, 611.
cricket colonial, *534*.
The Cross, 814, 816.
Crispi, Ministro italiano de Asuntos Exteriores, 295.
Cristianismo, 108, 195-96, 522, 523, 525, 526, 559; iglesias separatistas africanas independientes, 189-170, 189-190, 109-10, 245, 256-58, 554, 562-67, 587-89, 596, 691, 694-96, 719-24, 741-42; evangelismo americano negro, 791-92, 801-06; era colonial, 559-73, 843-45; africano oriental, 184-187, 562-64, 691-92, 694-96; y educación, 559-61; y afro-brasileños, 805-08; evangélico, 43-44, 525-26; como fuerza de cambio, 526-28; indígena, 565-71; liberiano, 276-78, 279-81; Malagasy, 256-60, 262, 266-68; 272-73; monofisita, 281-82; Iglesia Musama Disco de Cristo, 569-71; precolonial, 547-49; movimientos de protesta, 611-13, 719-24, 733-36, 741-43, 749, 750 y 751; papel en la resistencia africana, 76-78, 79-82, 169-70, 189-91, 209-10, 325, 326; Africa del Sur, 222-24, 225-27, 230-36, 245, 562-64, 719-22, 724; y el teatro, 585-587, 589; Africa Occidental, 561-62, 563, 564-65; *vid.* también etiopismo, misioneros, religión, Iglesia sionista.
Cromer, Lord, 95, 96, 357-481.
Crowder, Michel, 38, 140, 159, 309-37, 567, 613, 663.
Crown Lands Ordinance, Kenya, 333-34, 415-16, 702-04.
Crowther, Obispo Samuel Ajayi, 562, 587, *588*, 596-98.
Crozierville, 276-278.
The Crusader, 611.
Cuamato, 200-02, 211-13, 214-17.
Cuanhama, 200-02, 211-13.
Cuanza Norte, Conspiración, 743-45.
Cuba, 821-27.
Cuerno de Africa, 309-10, 528-29, 640, 791, 797-98, 827-28.
Cuffee, Paul, 792.
Cullen Countee, 810-11, 819-20.
culto, sacerdotes, 212-14.
cultos africanos, 76-79, 189-91, 325-26, 544-46, 549-53, 585-86, 692-95, 807, 08, 823-27.
cultura africana, 543-44, 548-49, 561, 562-64, 575-76, 595-96, 851-52, 855-56; *vid.* también Efectos sociales del colonialismo.
Curtin, P., 443, 498, 851.

Chad, 309, 325, 400, 407, 559, 834.
Chagga, 707.
Chakousi, 60.
Chaminuka, rey, 584.
Chanaiwa, D., 219-45.
Changamire, 239.
Changan, 224.
Changanana, 223.
Chartered Company (BSAC) ... Rhodesia y Nyasalandia, 228-33, 240-41.
Chelmsford, Lord, 227.
Chemin de Fer du Grand Lacs, 737.
Chewa, 198, 200-01, 205-06, 212-13.
chibalo (trabajo forzoso), 747-49, 751-52.
Chibemba, 729-30.
Chikmakwa, 242.
Chikunda, 196-98, 200, 201-02.
Chilembwe, John, 214, 216, 325, 326, 564, *566*, 804-06, 807-11, 818-21.
Chimurenga, Ndebele-Shona, *229*, 240-44.
chinos, trabajadores, 444-46, 517-18.
Chioco, Gobernador Mwenemutapa, 211, 215, 243.
Chiota, 241-42.
Chipitura, 201.
Chisinga, jefe «colonial», 213.
Chokwe, 193, 196-98, 200-2, 214-16.
Chopi, 193, 842-43.
Christy Report, 776-80.
Churchill, Winston, 188, 786, 820.

Dabadugu, batalla de (1891), 149.
Dagoretti, 179.
Dahomey (ahora Benin), 23, 33, 58-59, 66, 137, 140, 141, 158, 162, 167, 310-11, 323-25, 420, 503, 527-29, 540, 586, 587, 833, 836-37; afro-brasileños, 792, 798-802; conquista francesa y reacciones, 150-153; política y nacionalismo, 609-10, 682-3, 686-87; ejército estable, 835-36.
Daily Times, 611.
Dakar, 141, 167, 330, 374-75, 402, 510, 671-72, *684*, 685; crecimiento 516-17, 843-44.
Damaralandia, 236-37.
Damas, Léon, 599, 814.
Dambakushamba, 206-207.
Dan, 167, 169.
Dande, Onyango, 189-91.
Danquah, J. B., 667-69, 681, 787.
Dar es Salaam, 311, 315, 438, 517, 713.
Dār Masallī, 631.
Dardanelles, 120.
Dārfūr, 100, 309-10, 629-31.
Darkāwa, 133.
Darwin, Charles, 44.
darwinismo social, 43-45, 850-51.
Daudi Chwa Kabaka de Buganda, 699-701.
Davidson, A. B., 18, 38, 70, 169, 715-54, 842.
Davies, H. O., 667.
Davis, Coronel T. Elwood, 780.
De Beers Consolidated Mines Ltd., 441.
De Bono, Mariscal, 782-86.
Dean, Capitán, 794.
Dei, 276-78.

Dekhle, 142-143.
Delégations financières, Argelia, 357, 650.
Delagoa Bay, 311.
Delamere, Lord, 415.
Delany, Martin, R., 792.
Delavignette, Robert, 344, 350.
Delta, 479-80.
Dembo, 211-12, 738-39.
La Démocratie du Sénégal, 611, 685.
Dengkur, líder nuer, 105.
Denoon, Donald, 85.
Denteh, culto, 551-52.
Denton, Gobernador, 158.
Depresión, Gran (1929-33), 347-77, 384-88, 390-91, 393-94, 397-98, 406, 433-34, 483-84, 617-18, 639-40, 736-37, 774-75; efectos en el Norte de Africa, 465-73, 654-56; derecho consuetudinario africano, 351-52, 555-56, 654.
Derna, 120-121.
Desai, B. M., 711.
desempleo, 469-71.
Destûr (Partido de la Constitución), Túnez, 332-33, 644-47, 656, 658.
Devonshire, declaración de (1923), 607.
Deyrût, masacre de (1919), 621.
Dhliso, jefe, 241.
Diagne, Blaise, 319-23, 333, 682-87, 817.
Dialo, Bakary, 598.
diamantes, minas, 85-86, 221-22, 362-63, 404-05, 428-31, 441-44, 508-09, 716-17, 735-36.
Diander, 140-141.
Diego Suárez, 254-55, 271-72, 273.
Digna, Uthmân, 100, 108.
Diile, movimiento, 83-84.
Dike, K. Onwuka, 49.
Dinguiray, 144-46.
Dini ya Nsambura, 569.
Dini ya Rho (Iglesia del Espíritu Santo), 564-65, 696.
Dinizulu, 227-28.
Dinka, 627-29; levantamiento, 631-33.
Dinshâway, incidente de (1906), 96-98.
Diouf, M'Galandou, 685-87.
Dire Dawa, 301-03, 774-75.
discriminación racial y segregación, 35-36, 272-73, 333-34, 341-42, 433, 444, 528-31, 674-75, 724-25, 736-37, 749-53, 850-51, 855-56.
disputas fronterizas, 853.
Diu, líder nuer, 105.
divide and rule policy, 186-187, 201-03, 224-25, 239-40, 623-25, 627-29.
al-Djabal al-Akhdar, 477.
Djabal Nafûsa, 133.
Djabal Sagorû, 127, 129.
Djandûba, batalla de (1913), 121.
al-Djarida (periódico), 97, 591n.
Djarf'sa, minas de mineral de hierro, 460-61.
Djazî'ra, plan de irrigación, 487, *488*, 490.
djema'a (asamblea), 113, 133, 645-46.
Djerâda, yacimientos de carbón, 459-61.
Djibuti, 106, 301-05, 310, 638, 833.
djihâd (guerra santa), 91-93, 132-33, 309-10, 324-25, 546-47; Mahdista, 97-102, 630-31; Sayyid Muhammad, 107-10; Shaykh Ameriyân, 117-19.
Djoloff, 141, 142, 143, 145.
Djoula, 162-63.
Djuliana, batalla de (1911), 119.
Doce Apóstoles, Iglesia de los 561-62.
Dodds, General, 151.
Dodecaneso, Islas del, 120.
Dodoma, 330-31, 712-13.
Dodowa, batalla de (1826), 154.
Doe, General Samuel, 279.
Doering, Gobernador de Togo, 310.
Dogali, 293.
Dominik, Major Hans, 60.
Doppers, 236-37.
Dorgère, Padre, 151.
Dos Santos, Paulo Gil, 753.
Dossen, Jerome J., 762.
Dove, F. W., 332.
Dowl Diu, líder nuer, 105.
Du Bois, W. E. B., 37, 39, 498, 608, 610, 676, 713, 743, 754, 782, 794, 795, 797, 810, 814, 816-20.
Duala, 315-17.
Dube, John Langalibalele, 222-24, 808, 813, 816.
Duchesne, General, 259.
Duignan, Peter, 31, 38, 829-31, 843, 852-54.
Al-Dukkâlî, Abu, Shû'ayb, 134.
Dunbar, Edward, 498.
Dunn, John, 227.
Durand, J. D., 492-95, 499, 516.
D'Urban, Sir Benjamin, 228.
Durban, 443-44, 581, 750-51.
Duse Muhammed Ali, 795, 818.
Dwaben, 154-56.
Dwane, Rev. James Mata, 803-06, 813-14.
Dyula, 153-54, 374-75, 558-60.

East African Association, *703*, 708-13.
East African Standard, 711.
Ebouê, Félix, 389.
L'Echo Gabonais, 686.
Ecole William Ponty, Dakar, 356-57, 589-91, 613-14.
économie de traite, 368, 381-84, 386-87, 398-99, 401-02.
economía colonial, 34-36, 188-89, 359-490, 523-25, 526-27, 665-66, 854-55; participación africana en la economía monetaria, 366-73, 837-39, 851-55; zonas británicas, 411-49; capital y coerción, 362-68; conquista y relaciones de nueva producción, 359-63; dependencia y represión, 372-77; egipcia, 361-63, 451-53, *475*, 478-85, 619-22; etíope, 300-04, 772-76; y Primera Guerra Mundial, 327-31, 379-81, 398-401, 619-21; política de libre cambio, 480-84; zonas francesa, belga y portuguesa, 379-410; 738-41; sustitución de importaciones, 329-30, 479-80, 483-86; liberiana, 298-301, 306-08, 766-72; y misioneros, 561; abandono del sector interior, 61-64, 840-42; Norte de Africa, 451-90; Sur de Africa, 440-49; *vid.* también agricultura; depresión; industria; infraestructura; minas.
educación, 27-28, 34-5, 89, 91, 97, 108, 219-21, 223, 266, 271-72, 356, 370, 478-79, 526, 532, 533, 539, 540, 554, 597-98, 843-45; impacto americano sobre la, 791, 810-14; Ecole William Ponty, 589-91, 613-14; egipcia, 525-26, 532, 591-92; etíope, 301-03, 773-75; sistema inadecuado de, 846-50; escuelas coránicas, 108, 522-23, 557; liberiana, 300, 770-72; *lingua franca*, 849-50, 856-57; alfabetización, 559, 566, 593-96, 706, 848-49; misioneros, 525, 554, 559-61, 579-81, 698, 712, 806-07; nacionalismo, 611-14, 667-69, 678; sudanesa, 486-89; occidental, 522-27; Sudán occidental, 594-97.
Edweso, *157*, 166.
Efik, 527-28, 824-27.
Egba, *156*, 324-25, 533.
Egbe Ife, Sociedad Dramática de la Iglesia, 589.
Egipto, 36, 87, 98, 110, 122, 491, 504, 514, 559, 540, 650; élite africana, 532-33, 535-37; Convención Anglo-francesa, 56-57; control doble Anglo-francés, 50-51; ocupación y reacciones británicas a, 51, 58, 91-98, 293, 486; Declaración de Independencia (1922), 622-23; economía, 361-63, 451, *475*, 479-86, 619-22, 840; educación, 525, 532 era de negociaciones, 623-26; y Etiopía, 281-82, 291-94; Primera Guerra Mundial, 315-17, 318-21, *322*, 323, 324, 328-30, 619, 620, 621; política de libre cambio, 480-84; sustitución de importaciones, 479-80, 483-85; infraestructura, 479-81; patrón de inversión, 481-84; Islam, 69, 93, 524, 541, 558; renacimiento de la alfabetización, 590-93; invasión Madhista de, 101-02; empresas nacionales, 484-86; Revolución de 1919, 484-85; política y nacionalismo, 93-98, 331, 484, 592, 606-11, 617-26, 639, 640; crecimiento de la población, 493-95, 506, 514, 517-18; pren-

sa, 89, 93-98, 591-93; Sudán, 97-102, 485-90, 626-27, 639-40; y Turquía, 93-95, 618-19; revolución arabista, 89-95.
Egyptian Labowr Corps, *322*.
Ehrlich, Cyril, 434.
Ejército Cristiano para la Salvación de Africa, 565, 613.
Ekiti, 156-59.
Ekitiparapo, 156, 158.
Ekumeku, rebelión, 162.
elecciones, 668-71, 683, *684*, 685, 761-62, 775-76.
Eliot, Sir Charles, 187.
elite africana, 35-36, 356, 419-20, 845, 848-52, 856-57; asociaciones, 169-71; y nacionalismo, 603-04, 609, 614, 619, 625-27, 698-710, 722-26, 742, 750-54; política y militar poscolonial, 856-57; movimientos de protesta en Somalia, 637-40; tradicional frente a nueva, 531-37, 603-04, 665, 848, 854-56.
Elizabethville (ahora Lubumbashi), 402, 404, 735-37, 847.
Ellis, William, H., 298.
Elus (federación musulmana), 652, 652n.
Ely emir, de Trarza, 141.
Embu, 554.
Emeruude, 269.
emigración negra a Africa, 791-803, 805-08, 827-28.
Empire Cotton Growing Association, 375.
Ente per la colonizzazione de Libia, 478.
Enugu, 330-31, 671, 843-44.
Enver Pasha, 646.
epidemias y enfermedades, 176, 221, 240-243, 272-73, 294, 321, 323, 329, 400-03, 547, 840; y población, 491, 497, 504, 506-15, 517-19, 843.
Eritrea, 60, 281, 294-95, 301, 783-84.
esclavitud, comercio de esclavos, 34, 49-50, 53, 59, 83-86, 98, 146, 153, 175, 182, 196, 221, 251, 276, 360-66, 504, 526, 547-48, 575, 585-86, 775-77; abolición de la, 27-28, 51, 266, 529, 722-75, 776; y afrobrasileños, 798; en el Nuevo Mundo, 822-27; y población, 493, 498-500.
Escuela Industrial Cristiana Zaló, 222-23.
escultura, 575-76, *577*, 579.
esferas de influencia, 51-58, 116, 186-87.
Esoavelomandroso, M., 247, 74.
español, colonialismo, en Marruecos, 60, 111, 113-19.
espíritus ancestrales, 544, *545*, 549, 551.
Estados Unidos, 372, 441, 480, 791, 823-24; movimientos de vuelta a Africa, 792-98; evangelistas negros en Africa, 801-06; impacto educativo en los africanos, 807-14; Primera Guerra Mundial, 309-10; y Liberia, 276, 289-90, 304, 307, 767-70, 775-83, 788-95; y panafricanismo, 813-21.
estaño, minas de, 406, 430-33, 460, 716, 735-37.
Este, Africa del, 23, 27, 50, 315, 321, 329-32, 355, 365, 528-29, 532, 537, 596-97; religión tradicional africana, 549-53; movimientos anticolonialistas, 189-92. Cristianismo, 184-187, 562, 844; economía colonial, 360-64, 368, 376, *429*, 433-35, 438, 440, 841; cambios ecológicos, 176; lucha europea por, 176-86; asociacionismo comercial, 706-10; Islam, 182-87, 546-48, 844-45; mapa de pueblos y políticas, *174*; partición, 55-58; política y nacionalismo, 611, 689-714; portuguesa, 317; movimientos de protesta religiosa, 691-96; resistencia, 84, 173-92; asociaciones sectoriales, 705-06; política territorial, 710-14; bajo el dominio colonial, 186-92; colonos blancos y enajenación de la tierra, 187-91, 414-17, 575; Asociaciones de Jóvenes, 698-705; *vid.* también Gran Bretaña.
estrategia global, teoría de la, 47-8.
Esra, 549.
Etège, hotel, Addis Abeba, 303.
Ethiopia News, 611.
Etien Komenan, jefe baulé, 152.
Etiopía, 34,38, 66, 101, 276, 309, 502, 504, 527, 547, 633-37, 755-61, 833; abolición de la esclavitud, 772-75; elite africana, 533-37; emigración negra americana a, 797, desarrollos económico y social, 300-04; expansión bajo Menelik II, *280*, 759; invasión fascista de (1935), 36, 39, 356, 467, 614, 637, 682, 774, 783, *785*, 786, 797; intervención extranjera, 782-89; impacto de la lucha y partición, 303-08; fuerzas militares, 295-98, 305; antes de la lucha, 281-86; desarrollos políticos, 762-66; imperialismo europeo de preguerra, 284, 291-99, 755; desarrollos socioculturales, 756-61; Constitución escrita (1931), 763-66, 774; *vid.*, también Italia.
Etoile nord-africaine, 647, 649, 656-58.
Euba, Rev. W.R., 677.
Europeas, lenguas: como *lingua franca*, 844, 849, 856; literatura en 596-600.
Europea, lucha por Africa, 48-82-86, 360-61; principios de, 37-39, 49-53; Conferencia de Berlín, 51-54; Africa Central, 193, 195; Africa del Este, 176-87; impactos entre Liberia y Etiopía, 275-308; Africa del Sur, 219, 234-38; *vid.* también participación.
evangélico, cristianismo, *vid.* Cristianismo.
Ewe, 337, 833.

Fage, J. D., 31, 34.
Fāki Alī, *mek*, 105.
Falaba, 147, 149.
Falasa (judío etíope negro,), 797-98.
fallahin (campesinos), 87-91, 319, 324, 329; del Norte de Africa, 451-55, 457-59, 467-72.
Fallers, Profesor, 522.
Fang, 400-01.
fanompoana (trabajo forzoso), 255-58, 265-68.
Fante, 61, 824, 827.
Faragangana, 268.
Farī'd, Muhammad, 96.
Fashoda, ocupación francesa de, 59-60.
Fashoda, incidente (1898), 95.
al-Fāsī, 'Allāl, 654, 659.
Faulkner, T. J. R., 301, 762, 775.
Fauset, Jessie R., 817.
Fazzan, 121-123.
Federación de Cultivadores de coco de la Isla de Oro, 678-79.
Fernando Poo, 770, 775-77.
Ferriera, Silverio, 598-99.
ferrocarril, 34, 38, 130, 141, 145, 162, 167, 203, 351, 359-62, 365, 369, 381-84, 393, 462, 407, 491, 506-08, 836-39, 842; colonial británico, 438-40; Congo-Océano, 384, 388, 400, 407; Dakar-Saint Louis, 167, 671; Este de Africa, *177*, 178, 186-88, 439, 707; egipcio, 480; etíope, 301-05; libio, 477; Malagasy, *267*; y mortalidad, 507-09; en el Norte de Africa, 460-62; en el Sur de Africa, 440, 443, *445*, 446; huelgas, 671, 707, 736, 744; sudanés, 486-89, 490; de Uganda, *177*, 178, 187, 439, 506, 843.
Ferry, Jules, 250.
Fez, 184, 461, 467, 649, 659, 843-44.
Fieldhouse, D. K., 830-31, 838-41, 852.
fiebre amarilla, 509-14, 843.
Finer, S. E., 855.
Fingoolandia, 718.
Firestone, Harvey S., 767-70, 775, 780-82.
Firhūn, jefe, 325-26.
fokonolona, 266.
Folayan, K., 479, 558.
folosalindahy, 259, 260.
Fon, 32, 149-50, 824.
Fonds Commun des Sociétés Indigènes de Prévoyance, 470-72.
Force Publique del Congo, 201-04, 212, 356.
Ford, Arnold, rabí negro, 797-98.
forowa, 576, 579.
Fortune, T. Thomas, 810.

fosfatos, 459-63, 467, 472.
Fourah Bay College, 27-28.
Francia, colonialismo francés, 32, 47-51, 59, 81, 125, 140, 506-07, 539, 540; y élite africana, 532-37; y escritores africanos, 597-600; Ahmadu e imperio Tukulor, 142-46; Argelia, 23-26, 116, 127, 361, 451-55, 454, 462-63, *465*, 467, 641-618; política de asimilación, 264-66, 343, 597, 651, 658; administración colonial, 341-50, 356, 528-29; Dahomey, 150-53, 685-87; Etiopía, 304-06, 783-87; Primera Guerra Mundial, 309, 315-17, 318-30 *passim*, 332, 335; e Islam, 555-59, 652-53, 656; Costa de Marfil, 28, 137, 152-54, 162, 166-69, 506; sistema judicial, 265-66, 272-78, 351-53; rebelión de Lamine contra, 162-166; Liberia, *288*, 289-91, 303-08; Madagascar, 50, 58, 247-74; conquista militar, 57-61, 140-54; Marruecos, 60, 111-16, 127-29, 451, 455-57, 465; Africa del Norte, 23-26, 60, 111, 114, 116-19, 125-34, 451-73, 489, 641-61; política campesina, 470-72; Gobierno de Frente Popular, 409-10; y Samori Ture, 146-51; Senegambia, 38, 140-143; colonialismo ganadero, 265-68, 361, 451-58; Somalilandia, 106-07, 636-38; tratados y esferas de influencia, 56; Túnez, 50, 114, 127, 451-55, 462, 465-67; *vid.*, también Sudán francés; Africa Occidental francesa; política y nacionalismo.
Franco-alemán, tratado (1913), 460-62.
Franco-Merinas, guerras, 253-55, 256-60.
francófona, Africa, 379, 401, 540, 589-91; actividades políticas en el Africa Occidental, 682-87.
Franco-portugués, tratado (1891), 56-57.
Frazier, E. Franklin, 811, 823.
Freetown, 23, 147, 164, 516, 586, *666*, 667, 668, 675.
FRELIMO, 82-83.
Frente Popular, Madagascar, 273-74.
French Guiana, 822.
Frere, Sir Bartle, 225-228, 232.
Frey, 163-66.
Freycinet, 254.
fronteras nacionales, 527-29, 833; cambios tras partición, 64-67; inviolabilidad, 854-55.
Fu'ad I, rey de Egipto, 622, 624, 623-26.
Fuerza de Frontera Liberiana (LFF), 300, 305-07, 776, 779-81, 787-89.
Fuerza Expedicionaria Egipcia, 619, 621.
Fula, 59, 546.
Fulani, 142, 348, 499, 522, 541, 585; *djihads*, 66, 831; migración de masas, 167.
Futa Jallon, 547, 840.
Futa Toro, 141, 142, 143, 145, 547.

Ga, 801.
Gabón, 58, 150, 495, 514, 527, 567, 833; economía colonial, 370-71, 391, 395-96, 398-400, 407-08; política y nacionalismo, 609, 685-87.
Gadabursi, 637.
Gaerezi, valle/montañas, 205-07.
Galjal Haya, 630-31.
Galla, 26, 182, 284.
Gallagher, John, 34, 47, 48, 51.
Galliéni, General Joseph Simon, 144, 164, 263-66, 268, *340*.
Galvão, Henrique, 392.
Gama, Luis da, 821.
Gambetta, León, 250.
Gambia, 162-66, 167, 169, 411, 491, 583, 834; cacahuetes, 91, 327, 421, 531, 839-41; política y nacionalismo, 668, 671-77.
Gambia, Unión Defensiva Nativa, 666, 671.
Gambia, Comité Auxiliar de Mujeres de, 677-78.
Gambo, región, 198, 206.
Gamede, Presidente J. J., 725.
Gammon, Seminario Teológico, Atlanta, 802.
ganado, plaga, 294
ganado vacuno y ovino, 424-27, 457-60, 473, 476-78, 486, 505, 719, 722; regulaciones de su lavado, 718-19.
Ganda, 710.
Gandhi, Mahatma, 274.
Ganguela, 200, 738.
Gann, Lewis, H., 31, 38, 829-31, 852-53.
Gao, 517, 738.
Garan-Kouyaté, Tiémoho, 683.
Garluark, profeta, 632-33.
Garnet, Henry H., 792.
Garvey, Amy Ashwood, 787, 819.
Garvey, Marcus, 608, 610, 666, 674, 683, 686, 743, 767, *795*, 810, 814-20, 821; y emigración negra americana, 795-801, 817, 828.
Gautier, E. F., 651.
Gaza, 75, 196, 200, 750.
Gbolobo, 299-300.
Genouille, 142.
George V, rey de Gran Bretaña, 334.
Gérard, Mayor, 274.
Gerhajis, 107.
Geruline, 821.
Ghana, *vid.* Costa de Oro.
Gharyan, 122, 325.
Gibson, Newland, 710.
Gichuru, James, 710.
Gide, André, *Voyage au Congo*, 354, 508, 511, 579-80.
Gikuyu, 176, 179, 348, 414-16, 522; 525, 540, 554, 609, 613, 702-07, 710-13.
Ginebra, Conferencia Internacional de (1930), 392-93.
Gio, 299.
Giriama, 180, 190; rebelión, 77-79, 191.
Gobaad, sultanato, 636-37.
Gola, 276, 284, 299.
The Gold Coast Leader, 672n.
The Gold Coat Times, 611.
Goldie, Sir George, 59, 159.
Gomeni, 195, 200.
Gomoa Oguan, 570.
Gondar, 569, 774.
Gonja, 150.
Gordon, General Charles, 100-02.
Gordon Memorial College, Jartum, 613, 626, 628.
Gorst, Eldon, 96.
Goshen, república de, 236-37.
Gospel Missionary Society, 553.
Gouraud, Coronel, 117, *148*, 150.
Goutchilli, rey de Dahomey, 152.
Gran Bretaña, colonialismo, 32, 47-53; élite africana, 532-33, *536*, resistencia de Asante en Nigeria, 154-58, 166-69; guerra boer, 56, 59, 238, 362, 441; cultivos de salida inmediata, 420-30; Africa central, 196-200, 202-04, 205, 414, 420, 434, 437, 715; administración colonial, 344-47, 350-53, 356, 528, 834; economía colonial, 360-63, 366-70, 372, 376, 385, 406, 409-49; moneda y bancos, 433-35; descolonización, 357-58; Africa Oriental, 173-92 *passim*, 414-17, 420, *429*, 433-38, 440, 689-714 *passim*, 849; Egipto, 50-53, 91-98, 293, 324, 479-86 *passim*, 618-26; el inglés como *lingua franca*, 844, 849 y Etiopía, 281, 293-94, 304-06, 783, 784-87; Primera Guerra Mundial, 309-15, 316-19, 321-28, 335; rebelión del impuesto por vivienda, 164-67, ideología imperialista, 339-44; regla indirecta, 345-48, 350; infraestructura, 438-41; sistema judicial, 351-52; enajenación de la tierra, 187, 414-21; y Liberia, 286, *288*, 289-91, 303-08, 755, 766, 768, 775-82; y Madagascar, 250-54; comercio, 434-39; conquistas militares, 58-60; minerales, 428-34; NCBWA, *169*, 335, 609, 666, 671-78; resistencia nigeriana, 156-62; Nyasalandia, 200-04, 213, 233, 240, 818; Sierra Leona, 147-50, 164-67; Somalia, 106-10, 633-39; 783-84; economía sudafricana, 440-49; Sur de Africa, 219-22, 224-44, 440, 715-32, 849; Sudán, 58-60, 100-06, 293, 486-90, 618, 622-33; sistema impositivo, 352-54; firmas de tratados y esferas de influencia, 55-57; Africa Occiden-

tal, 137, 153-62, 164-69, 318, 332-34, 343, 369, 417-421, 433-41, 663, 666, 667-82; *vid.* también política y nacionalismo.
Grand Lahou, 152.
Grand Zimbabwe, 843, 844.
Grant, William, 597.
Graziani, General, 122-25.
Grebo, 270, 299, 779.
Gremio africano, 742-45, 751.
Grimes, Louis A., 789.
grios, 576, 582.
gripe, epidemia de, 321, 329, 400-03, 512.
Griqualandia, 441, 718.
Grupo Americano Morgan, 460-61.
Guelemou, 150.
Guellati, Maître, 644.
«Guerras Pretas» de Angola, 203-04.
guerrilla, 184, 198, 241-44, 258, 317.
Gueye M'baye, 137-72.
Guggisberg, Sir Gordon, 604, 675, 847-49.
Guggisberg, Constitución (1925), 678-79.
Gugsa, Dejazmatch Haile Sellassie, 788.
Le Guide du Dahomey, 801.
Guidimakha, 164.
Guild-Adams, Mayor, 230.
Guillaume, General, 114n, 128n.
Guimarães, Alfredo de Oliveira, 748.
Guinea, 152, 162, 503, 558, 582, 840, 855; Francesa (ahora República de Guinea), 58, 167, 290, 327, 331, 395, *396*, 407; Portuguesa (ahora Guinea-Bissau), 57, 611.
guli, derechos etíopes, 282.
Gumba, Benjamin Ownor, 700.
Gumede, J. T., 608, 728.
Gungunyane, 196n, 198, *199*, 209-13.
Gurage, 294, 758-60, 765.
Gurara, 127-28.
Gro, 162, 167.
Gurunsi, 162.
Gushan, Herzi, 635.
Gusii, 189, 551, 694.
Gwamile Mduli, reina regente, 238.
Gwari, 532.
Gwass, Gilbert, 76, 192.

Habar Awal, 107.
Habar Gerhajis, 107.
al-Hadāra, 627.
al-Haddād, Tāhir, 646.
Haddon-Smith, G. B., 290.
al-Hādjdj, Muhand, U, 134.
al-Hadjdjamī, Muhammad, 134.
Hafkin, Nancy, 84.
Hagos, Batha, 297.
Haile Sellasie, emperador de Etiopía (Tafari Makonnen), 755, 760, 763, *764*, 765, 772-74, 782-84, 788, 798, 823.
Hailey, Lord, 351.
Hailu, Leul Ras, 787.
Haiti, 298-99, 814-17, 821-24, 827.
al-Hakim, Tewfik, 593.
Hamallah, Shaikh, 169, 558.
Hamalliyya, movimiento, 169, 558, 612.
Hambo, Bach, 121-22.
hambre, 176, 215, 221, 294, 392, 400-02, 458, *469*, 840; control del, 511, 518, 842.
Hammān Līf, 646-47.
Hammū, Muha Ū, 133-35.
Hamu, 227.
Hanga, 200.
al-Hāni, batalla de (1911), 119.
Hanner, Dr. Hurt, 773.
Hansberry, William Leo, 810-13.
Hanscombe, H. C., 729.
Harar, 107-09, 293-95, 301, 774.
Hardy, George, 49.
Hargreaves, John D., 31-33.
al-Harīt, batalla de (1914), 130.
Harlem Renaissance, 810, 816, 819-20.
Harley, Dr. George W. y Mrs, 770.
Harmand, Jules, 347.
Harris, William Wade, 325, 562, *563*, 565.
Harrison, Hubert, 817.
Hasan bin Omari, 181-182.
Hasan, Hādji, 635.
Hasan, Mulāy, 641.
Hassan I, rey de Marruecos, 116.
Hassana, 134.
Haud, 106.
hausas, 145, 202, 348-50, 374, 522, 546, 798, 805; lengua, 849.
al-Hawawārī, batalla de (1911), 119.
Haya, 706.
Hayas, Carlton, 45-48.
Hayas, Roland, 817.
Hayman, Henry, 290.
Haymanot, Gabra Krestos Takla, 772.
Haymanot, Ras Haylu Takla, 774.
Hebe, 181-82.
Hejaz, 108.
Heligoland, tratado de (1890), 56.
Helou, 231.
Herero, 632.
Herero, Iglesia, 567.
Herero, revuelta (1904), 73-74, 240, 244, 315.
Herskovits, M. J., 822, 855.
Hertzog, J., 724.
Herzi Bogor, 636.
Hewett, Contralmirante Sir William, 293-94.
al-Hiba, 133.
Hicks, Pasha, 100.
hierro, depósitos de mineral, 428-31, 439, 460, 768, 770.
Al-Hilāl, 591 n.
Hilton, Comisión de Jóvenes (1928), 704, 708.
Hinsley, F.H., 46-48.
hinterland, doctrina del, 51, 53, 55-58.
Hitler, Adolf, 786.
al-Hizb al Islāh al-Dustūrī (Reformadores constitucionales egipcios), 95.
al-Hizb al-Watanī (Partido Nacionalista egipcio), 89.
Hlubi, 223, 239.
Ho Chi Minh, 686.
Hoare, Sir Samuel, 784-87.
Hobsbawm, Eric, 207.
Hobson, John Atkinson, 42-44.
Hodgkin, Thomas, 537.
Hodgson, Gobernador Arnold, 166.
Holderness, Etna, 802.
Holeta, colegio militar, 774-75.
Holle, Paul, 590, 596.
Holt, John, 329.
Homs, 119.
Hope, John, 816.
Hopkins, A. G., 48-50, 83-85, 419, 433, 436, 551, 838, 854.
Houénou, Príncipe Kojo Tovalu, 683, 686-87.
Houghton, D. Hobart, 441, 448.
Howard, Daniel B., 760-63.
Howard, Universidad, EE.UU., 810-15.
huelgas y paros, 167-69, 375, 610-11, 621, 649-50, 666-69, 671, 686, 707-09, 726-30, 735-38, 744-50.
Hughes, Langston, 811, 820.
Huila, Tierras Altas, 206-07.
Humbe, 193, 198-202, 211-13.
Humbert, 149.
Hunkanrin, Louis, 685-87.
Huntingford, G.W.B., 178-80.
Husayn, Taha, 593.

Ianni, Octavio, 822.
Ibadán, 156-59, 510, 516, 575, 667.
Ibāditas, 133.
Ibibio, 523, 532.
Ibd Padlallah, Rabi, 527.
Ibrahim, H. A., 87-110, 617-40.
al-Ibrāhīmī, Saykh Bashīr, 652.
ichūrawn (atalayas), 649.
Idoma, 532, 581.
Idrīs, Mulāy, 119.
Ife, 503.
Igbo, 58-59, 71, 324, 348, 504, 522-25, 532, 535, 540, 549, 576, 667, 824, 827.
Iglesia Africana Nativa Unida, 596-97.
Iglesia de Cristo para la Unión de Bantú, 567-69.
Iglesia de Dios Afro-americana, 820-21.
Iglesia de la Sagrada Cruz, Lagos, 806-07.
Iglesia del Fruto del Pan, 586-87, 596-97.
Iglesia del Pájaro Blanco, 567-69.
Iglesia Episcopal Metodista Africana (AME), 209-10, 749-51, 782, 802-05; unión etíope con, 803-06; Conferencias Generales, 804-06.
Iglesia etíope, etiopianismo, 169,

209, 245, 298, 562, 571, 605, 611, 695, 749-51, 803, 848; y la unión AME con, 803-05; ortodoxa, 281, 282-86, 291; en Africa del Sur, 298, 562, 611, 720, 749-51.
Iglesia Nacional Africana, 565-67, 696.
Iglesia Ortodoxa Africana, 554, 564-65, 612-13.
Iglesia Presbiteriana Unida, 222-23.
Iglesia reformada Holandesa, 211.
Iglesia afro cristiana, *vid.* iglesias separatistas.
Ijebu, 156-58, 503.
Ijesha, 156-59.
Ikaya, rebelión, 213-15.
Ikelimalaza, 259-60.
Ila, 207-09.
Ilanga lase Natal (periódico), 223.
Ile-Ife, 843-44.
Iliffe, John, 192, 845, 850.
Ilorin, 58-59, 159.
Imerina, 256-59, 264, 266; movimientos Menalamba en, 259-64.
Iminí, depósitos de manganeso, 460-61.
impacto económico del colonialismo, 836-43, 853-55.
imperialismo económico, teoría del, 42-44, 47.
importaciones, sustitución de, 329-30; egipcias, 479, 483-86.
impôt de cuillette (impuesto laboral), 353.
impuesto de vivienda, rebelión contra el (1898), 162-67, 359.
impuestos, 35, 98, 191, 192, 200, 203, 206, 298-303, 326, 348, 351-54, 365, 371, 376, 386, 425, 465, 474, 506-08, 562-65, 611, 634, 692, 711, 719, 733, 739; ganado (manadas), 269, 489, 630, 633, 718; en las colonias francesas, belgas y portuguesas, 394-99, 401-02; impuesto principal, 384-87, 395-96, 397, 398, 401, 474; impuesto por vivienda, 164-67, 189, 207, 232, 239-44, 279n, 352, 474, 633, 693, 700, 704, 746, 766; incentivos, 739-40; impuesto sobre la renta, 352, 474; impuesto de sucesiones, 474-76; trabajo, 353; malgache, 255, 266-71; capitación, 298-301, 352-354, 698; impuesto sobre la propiedad, 489-90; bienes raíces, 474; Sudán, 486-90; evasión de impuestos, 204-06, 365, 394, 718, 732, 746; revuelta contra los impuestos (1894), 209-10; VAT, 462, 481; *vid.* también Aduanas.
Imvo Zabantsundu (semanario), 222.
In Ghar, batalla de (1899), 116-17.
In Salāh, 117, 127-29.
indaba, árbol, 232.
Independencia, Frente del Sudán, 631-32.
India, comunidad, 187, 262, 357, 360, 434-37, 447, 506, 517, 532, 699, 711, 846.
indigénat (código legal), 266, 272-74, 326, 352.
indígena, cristianismo, 565-73, 611.
indirecta, norma, 342-44, 345-48, *349*, 350, 351, 522-25, 526, 668, 678.
Indochina, 265-66, 347-48.
industria, industrialización, 839; artesanal, 465-70, 474-78, 593, 839; egipcia, 479, 483-86; Libia, 474-78; rechazo de la, 839; del Norte de Africa, 462, 472-73; del Sur de Africa, 440, 446-48; *vid.* también economía.
infraestructura, económica, 767, 836-39; británica colonial, 438-44, 446; egipcia, 479-81; libia, 474-79; del Norte de Africa, 460-62, sudanesa, 486-89.
Ingereza, 264-65.
Inhambra, 195-96, 202, 746.
iniciación, ritos de, *545*, 552-54.
Istituto Nazionale de la Previdenza Sociale, 477-78.
Inter-Colonial, Unión, 608.
International African Friends of Abyssinia, 787.
International Migration Society, 794.
International Receivership, 300-01, 766, 775-76.
Irrigación, 375, 471, 479-84, 487, 506; plan de Djāzira, 487, *488*, 489-90.
Isa Somalis, 107, 636-38.
Isaacman, Allen, 64, 74-77, 82, 193-217, 715-54.
Isandhlwana, batalla de, *226*, 227, 441.
Islam, musulmanes, 276, 531, 540, 555, 575, 584-85, 633, 692, 762-63, 843-44, 850-51; y nacionalismo africano,: 611-14, 618, 621, 649, 654-55, 656, 683-86, 750; y afro-brasileño, 805-07, *826*; era colonial, 554-60, 843-45; *djihāds*, 107-10, 123-33, 324, 546; Este de Africa, 182-87, 546-48; Egipto, 89, 93, 324, 540, 590-93, 617, 621; movimiento Hamallīyya, *169*, 558; ley islámica, 351, 555, 683; escuelas coránicas, 108, 522, 557; literatura y cultura, 591-97; machismo, 97-105, 485-87, 558; Norte de Africa, 457-60, 467-71, 540; precolonial, 546-48; reformismo, 652-53, 750; y resistencia, 76, 81-84, 97-98, 109, 121, 132-33, 145, *169*, 324-25, 557-59; Sanūsiyya, *120*, 121; *124*, 163, 558; hermandades sufíes, 111-13, 324-25, 557; Oeste de Africa, 140-145, 546; Sudán Occidental, 592-96.
Ismā'īl, Mulāy, 128n.
Ismā'īl Khedive, 87, 480, 483-84, 586-87.
israelitas, 720-24; negros, 820.
Italia, colonialismo, 130n, 467; Guerra de Abisinia, (1935), 36, 39, 356, 467, 614, 637, 682, 774, 783-88; tratado bilateral británico (1891), 56; Etiopía, 26, 28, 36, 39, 60, 291-98, 304-06, 356, 782-88; Primera Guerra Mundial, 309-10, 324-26; Libia, 60-61, 111-113, 117-25, 130, 324-26, 361-62, 474-79, 489, 558, 641-43; conquista militar, 60-61, 121-25; Somalia, 106-09, 342, 347, 633-37, 783; Túnez, 114-16, 455-57.
Ithongo, Ishmael, 710.
Itsekiri, 58-59, 83, 158-59.
Iwa, 223-24.

Jabavu, D.D.T., 816.
Jabavu, John Tengo, 222-24, 244.
Jacob, G., 269.
Jacob, Mumba Napoleón, 735, 736.
Jadotville, 735-37.
Jaja, rey de Opobo, 59, 158, *160*.
Jamaica, jamaicanos, 795-98, 817-24; Iglesia Libre Bautista de, 823-24.
James, C.L.R., 787.
Jameson, Dr. Leander Star, 232; incursión de (1896), 241-42, 441, 443.
Al-Jamiah, 591n.
Jamot, Dr. E., 512.
Japón, 269, 271, 437-39.
Jartum, 26, 100-02, *628*, 629; revuelta militar (1924), 627-30; Colegio Militar de, 626-29.
Jartum-Omdurman, 517-18.
Jehu-Appiah, Profeta Jemisimiham (Akaboha I), 569-70.
Jehu-Appiah, Profeta M. (Abakoha III), 572.
Jenne, 843-44.
Jeunes Sénégalais, 683, 685.
Jevanjee, A. M., 711.
Jewsiewicki, B., 732n.
Johannesburgo, 443-44, 446, 517, 728, 843-44.
Johnson, Bob, 558-59.
Johnson, Dr. Charles S., 776.
Johnson, F. E. Y., 815.
Johnson, Rev. James, 587.
Johnson, James Weldon, 811.
Johnson, Mordecai, 782.
Johnson, Wallace, *vid.* Wallace Johnson.
Johnston, Sir Harry, 59, 158-59, 181, 201-03.
Johnston, H. H., 31.
Jolly, Capitán, 163.
Jones, A. B., 275-76, 755.
Jones, H. M., *636*.
Jonnart, Ley de (1919), Argelia, 357-58, 645-46.
Joroho (Espíritu Santo), Iglesia de, 564-65, *696*, *697*.
Jos, 843-44.

Joven Egipto, 609-10.
Jóvenes Asociaciones de, Africa de Este, 698-706.
Jóvenes Argelinos, 652.
Jóvenes Baganda, Asociación de, 698-700, 710-11.
Jóvenes Bagwere, Asociación de, 702, 704.
Jóvenes Comunistas, 649-50.
Jóvenes Gaboneses (Jeune Gabonais), 609-10.
Jóvenes Kavirondo, Asociación de, 698-702, 708, 711-12.
Jóvenes Kikuyu, Asociación de, 333-34, 535, 537, 609, 707-08.
Jóvenes Senegaleses, Club de, 169-71.
Jóvenes sudaneses, movimiento de protesta, 626-30.
Jóvenes Tunecinos, 609-10.
Jóvenes Turcos, 117, 119.
Judicial, sistema, 674-75, 855-56; derecho consuetudinario africano, 351-52, 555, 654; *indigénat*, 266, 272-74, 326, 352-53; introducción del europeo, 351-53, 832-33.
Julien, C. A., 651.
Jumbe de Kota, 198.
Junta de Defensa dos Direitos de Africa, 742-44.

Kaa, D. J. van de, 496n.
Kaarta, 143-45.
Kabarega, rey de Bunyoro, 32, 59, 184, *185*, 186.
Kabba, Fode, 162.
Kabre, 59-60.
Kabwegyere, T. B., 849.
Kadalie, Clements, 245, 671, 718, 730, 818.
Kaddur b. Hamza, 127.
Kaffa, 297.
Kafr al-Dawwār, 91.
Kafsa, fosfatos de, 459-61.
Kager, 705-06.
Kagubi, *svikiro*, 242-44.
Kahuhia, 702.
Kaitaba, Ludovic, 707.
Kakunguru, 186-87.
Kamal, Mustafá (Atatürk), 120.
Kamba, 691-94, 706; 710-12; *vid.* también Akamba.
Kāmil, Mustafá, 95-97.
Kampala, 509-10, 712-13.
Kamulegeya, Joseph, 712.
Kamwana Elliot, 213-16, 565.
al-Kanāwī, Belkāsim, 647n.
Kandolo, 212-13.
Kandundu, culto, 213-14.
Kane, Cheid Hamidou, *Ambigous Adventure*, 595.
Kangasheki, Suedi, 706.
Kang'ethe, Joseph, 702.
Kaniki, M. H. Y., 411-49, 831, 837-41, 846.
Kankan, 149-50.
Kano, 161-62, 440, 474, 517, 843-44.
Kante-Lahun, 290, 291.
Kaossen, jefe, 325.
al-Karadībiyya, batalla de, 325.
Karamoja, 323.
karamnko, sabio Dyula, 593-96.
Karari, batalla de (1898), 102.
Kare, músico de Diagaso, 576.
Kariuki, Jesse, 710.
al-Karkaf, batalla de (1912), 120.
Karonga, 725-26.
Kasai, 734-36.
Kasamu, 725-26.
Kasba-Zaydaniya, 472.
Kasr'ba, batalla de (1913), 129-32.
Kasongi, 214-15.
Kasongo Niembo, 207.
Kasr Hilāl, congreso (1933), 658.
Kassab, A., 451-73.
Kassala, 101-02.
Kasso, 153-54.
Katanga, 60-61, 85, 329, 392, 407, 732-37.
Kataweere, culto, 551-52.
Kathambi o Ngai, culto, 693.
Katia Kofi, 153.
Kaunda, David, 726.
Kaunda, Kenneth, 726.
Kavirondo, Taxpayers Welfare Association, 700-02.
Kavirondo, 62.
al-Kawakibi, 593.
Kayamba, Hugh Martin, 707-10.
Kayas, 162-64.
Kayruwān, 114, 116, 465.
Keltie, J. S., 48.
Kemé-Brema, 147.
Kenadid, Sultán Yūsuf 'Alī, 635-37.
Kenadid, 'Uthman Yūsuf, 638-39.
Kenitra (Port Lyautey), 461-62.
Kenia, 175-79, 186-89, 325-26, 329-32, 335, 339, 496n, 502, 503, 705, 833, 843-44; resistencia africana, 77-78, 178-82, 189-91; economía, 366, 411-17, 423, 425-30, 432-36, 841-42; sistema de paso *kipande*, 425, 427, 700, 707-11; Mau Mau, 427-28, 704, 841-42; superioridad nativa, 356-58; política y nacionalismo, 333-34, 607-12, 692, 700-13 passim, 722; movimientos proféticos, 80-81, 189-90; religión, 549-53, 564-69, 691-95, 706-07; economía ganadera y alienación de la tierra, 187-88, 192, 414-17, 421-23, 428, 607, 702-08, 846-47; efectos sociales, 522-23, 537, 539, 540-41; Asociación de Servicio Civil Africano de, 709-10; Unión de Profesores Africanos de, 709-10; Comisión de la Tierra de, 704-05; Tierras Altas de la (blanca), 333-34, 415, 439-40.
Kenya-Uganda, ferrocarril, 707-08.
Kenyatta, Jomo, 608, 703, 404, 710, 818.
Kenyeran, 147, 149.
Kerdūs, 133.
Kerware, 149-50.
Kettanis, hermandad, 113.
Keynes, Lord, 786.
Kgama, 232-37, 241.
Kgamane, 233-34, 236.
Khakists, 564-65, 611.
Khālid, Emir, 333, 643, 647.
Khatmī'yya, secta de Sudán, 98, 100.
Khayruddin, 644.
Khenī'fra, 460, 471-72.
Khoikhoi, 219, 221, 223, 232-33.
Khoisan, resistencia, 71-72, 76.
Khomo, jefe, 241-42.
al-Khums, batalla de (1911-12), 119.
Kiamba, 190-91.
Kiamfu, 207.
Kibanga, 182, 184.
Kigesi, 327, 551, 691-92.
Kiiza, Clemens, 707.
Kijabe, escuela de misión, 712-13.
Kikuyu, 553, 711-12.
Kikuyu, Asociación, 333, 535, 710-11.
Kikuyu, Asociación Central, 698, 702-05, 708, 712-13.
Kilimanjaro, área, 186-89, 414-15.
Kilimanjaro, Asociación de Plantadores Nativos (de café), 706.
Kilson, Profesor M., 539.
Kilingu, 551-52, 692.
Kilwa, 182, 184.
Kimbangu, Simón, 565, 568, 611-13, 733-34.
Kimbanguismo, 611-13, 733-36, 741-43.
Kimberley, 362-63, 441, 443, 446, 724, 843.
Kimble, Profesor, 539.
Kin, Presidente C. D. B., de Liberia, 761-63, 775-77, 778, 779.
King's African Rifles, 63, 564, 611.
Kingsley, Mary, 504.
Kinjikitile Ngwale, 76, 79, 191, 192.
kipande, sistema paso, 425, 700, 707-11.
Kipsigis, 415-16.
Kisama, 193.
Kisimayu, 184-87.
Kisimu, Cámara Nativa de Comercio, 707-08.
Kissi, 276, 299-300.
Kiswahili, 689, 705, 709.
Kitawala, movimiento de la atalaya, 325-26, 564, 611, 734-38, 742-43.
Kitchener, General H. H., 101-04.
Kivebulaya, Canon Apolo, 562.
Koinange, Jefe, 711.
Koinange, Mbiyu, 711.
Koinange, Peter, 808.
Kokofu, 154-55.
Kokumbo, minas de oro, 153-55.
Kola, nueces de, 768, 807.
Kololo, 193, 221, 224.
Kombo, 162.
Kondo, Príncipe, *vid.* Behanzin, rey.
Kong, 150, 153, 593.
Komakary, 145-46.
Konkomba, 59-60.
Kontagora, 161-62.

Kordofán, 100-04, 108, 309-10.
Korekore, 243-44.
Kori-Kori, batalla de (1891), 146.
Kosi, bahía, 237-38.
Kotavy, Cabo, 268-69.
Kotokoli, 59-60.
Koudougou, 162.
Kouadio Okou, 153.
Kouamé Dié, 153.
Kouassi Gbeuké, 152-54.
Koumina, cantón, 576, 594.
Koundian, batalla de (1889), 58.
Koungani, 163.
Kpele, 276, 299.
Kraai, H., 728.
Krobo, 551-53.
Kru, 276, 299, 757, 758, 779-81.
Krumis, 127-28.
Kuba, rebelión (1904), 216.
Kucynski, R. R., 498.
Kufra, 123, 473.
Kumalo, John, 231.
Kumasi, 58, 154-56, 843-44.
Kumbi Saleh, 843-44.
Kundian, fortaleza, 144-45.
Kuper, Leo, 444.
al-Kuwayfiya, batalla de (1911), 119.
Kuyu, canciones, 581-82.
Kuzulu, 225-28.
Kwahu *asafo*, compañía, 678-80.
Kwahu, carta, 679-80.
Kwango, 204-05, 733.
Kwena, 233-36.
Kwilu, 206, 733.

La Guma, I. A., 608.
Laborde, Edouard, 252.
Laborde, Jean, 251-53.
Laborde, caso de herencia, 252-53.
Lafile, Hermano, 806.
Lagoon, pueblo, 152-53.
Lagos, 23, 58, 84-85, 156, 169, 343, 374, 419, 439, 491, 503, 510-11, 512, 516, *524*, *536*, 540, 575, 667, 675-78, 682; afro-brasileños (Barrio Brasileño), 798-802, 805-08; Mezquita central, *826*, teatro, 586-89; crecimiento urbano, 843-44.
Lagos Daily News, 611.
Lagos Weekly Record, 611.
Laikipia, 187.
Lala, 193.
Lamine, Mamadou, 58, 144, 147, 149; rebelión de, 162-66.
Lan Apportionment Acto (1931), 416-19.
Land Bill, Gold Coast, 169-70, 417-20.
Langer, W. L., 48.
Langi, 348, 561, 706-07.
Lango, país, 184-87.
langostas, 240-43, 401-02, 497-98.
Lanternari, V., 612.
Laperrine, General, 643n.
Laroui, A., 64, 66, 111-35.
Lat Dior Diop, Damel de Cayor, 26, 28, 32, 57-59, 141-43.
Latinoamérica: movimientos de regreso a Africa, 791-92, 798-802; persistencia y transformación de los valores culturales africanos en, 791, 821-28; interacciones religiosas entre Africa y, 805-08.
Lausana, Acuerdo (1912), 121.
Laval, Pierre, 786.
Le Mesurier, Major, 291.
Le Myre de Vilers, 255-57.
Le Timbre, Capitán, 252-54.
Lebou, 685.
Ledebour, George, 42.
Lefela, Maphutseng y Josiel, 726.
Légitime Défense, manifiesto, 678.
L'Eglise des Banzie, 569.
Leite, José Correia, 821.
Leith-Rosa, Silvia, 522.
Lekhotla la Bafo, 726.
Lemba, 584.
Lenana, jefe, 179-80.
lenguas africanas: y *lingua franca*, 845, 849-50, 856; traducción de la Biblia a, 564; escritura de, 560.
Lenin, V. I., 43-44.
Leopoldo I de los belgas, rey, 38, 50-51, 60, 364, 508.
lepra, *513*, 514, 562, 775.
Lesotho, *vid.* Basutolandia.
Letanka, D. S., 729.
Letsie II, de Basutolandia, 726.
Lettow-Vorbeck, General P. E. von, *315*, *316*, 325-26.
Leutweim, Theodor, 73, 244.
Levantinos en Africa, 435-36, 666.
Lever, Hermanos, 368-70, 402-05.
Lever, W. H., 419.
Lewanika, rey, 233-36, 562.
Ley de liquidación, Egipto, 483-84.
Léygues, Georges, 343.
Leys, Colin, 86, 841.
libaneses, 371, 435-37, 666, 768-70, 775, 846-47.
libano-sirios, intelectuales, 591n, 592-93.
Liberia, 23, 25, 34, 38, 60, 137, 150, 309, 363, 527, 584-87, 595, 756-63, 813-14; emigración americana negra a, 276, 792-800, 802, 816-18; misioneros negros americanos, 802-04; Constitución y legislatura, 765-66; desarrollos económicos y sociales, 298-301, 306-08, 766-72, 775; imperialismo europeo, 286, 533, 755; intervención extranjera, 284-91, 775-83, 788-89; impacto de la lucha y la partición, 303-08; debilidad militar, 305-08; desarrollos en vísperas de la lucha, 275-82; desarrollos políticos, 760-63; desarrollos socioculturales, 756-61; y EE.UU., 276, 289-90, 304, 307-10, 767-70, 775-83, 788-92; Colegio de, 300, 301, *302*, 770; Compañía para el desarrollo, de 300-301.
Libia (Cirenaica, Tripolitania), 38, 60, 113, 117-25, 130, 133, 323-27, 337, 350, 356, 832-33; agricultura, 472-74, 478-80; economía, 361, 451, 472-80; educación, 478, 847-48; infraestructura, 474-79; conquista italiana y ocupación, 121-25, 474-79; 641; dominación otomana de, 114-17, *118*, 119, 473-76; política y nacionalismo, 609, 641; impuestos, 474-76; comercio e industria, 473-78; turco-italiana, 117-21, 476-77.
Libreville, 491, 610, 685.
Liga Africana, 610, 743, 753-54.
Liga Angolana, 742-44.
Liga Colonial, 742.
Liga contra el Imperialismo, 608.
Liga Nacional Africana, 743-45.
Liga de la Juventud, 667, *669*, 671.
Liga de la Unión Sudanesa (LSU), 626-27.
Liga Socialista Internacional, 730-32.
Liga Ultramarina, 742-43.
Lightart Report, 780-81.
Ligue de Défense de la Race Nègre, 610.
Ligue des Droits de l'Homme, 271, 610, 682, 685-87.
Ligue Le Paria, 686.
La Ligue Universelle pour la défense de la Race Nègre, 575, 610, 683.
Lij-Iyasu, Emperador de Etiopía, 309, 762-65, 782.
Limpopo, río, 193, 224, 233, 441-44, 491.
Línea de Vapores Estrella Negra, 795, 817-19.
Lincoln, 803, 811, 813.
Lindi, *320*.
lingua franca, 844, 849, 856.
Lippmann, Gobernador, 636-38.
literatura africana, 561, 590-600, 744; protesta literaria angolesa, 742; egipcia, 590-93, en las lenguas europeas, 596-600; del Sudán Occidental, 592-97.
Livingstone, Charles, 584.
Livingstone, David, 28, 547, 584.
Livingstone, 439, 726.
al-Liwā (La Bandera), 96, 618.
Lloyd, P. C., 829-31, 847, 852.
Lloyd George, David, 665.
Loango, 195.
Lobengula, rey de Ndebele, 5, 26, 59, 225-28, *229*, 230-33, 562.
Lobi, 162, 169.
Locke, Alain, 810; *The New Negro*, 811.
Loga, 193.
Logan, Rayford, 817.
Loma, 276.
Lomé, 315.
Lomo, 153.
Londres, Sindicatos de Diamantes de, 441; Sociedad Misionera de, 251.
Longuet, Jean, 655.
Lonsdale, John, 689.
Lotsche, *Induna*, 231.
Lott Carey, Sociedad de la Misión Extranjera Baptista de, 782.

Lourenço Marques, 392, 610, 738, 748-52.
L'Ouverture, Toussaint, 596.
Lovedale Press, 222.
Lozi, 195, 223-25, 232-34.
Luanda, 499, 539, 597, 738-41, 743.
Luangwa, 198.
Luapula, río, 732.
Luanshya, 725, 729.
Luawa, 290.
Luba, 193, 200, 206.
Lüderitz Bay, 315.
Lugard, Frederick, Lord, 59, 161, 179-81, 184, 339, *340*, 350-52, 505, 604; *Dual Mandate*, política de regulación indirecta, 339, 352, 345-48, 349-51; sobre la realización de tratados, 54-58.
Luhaibourg; motín de (1895), 207.
Lunda, 193, 198, 201, 207, 212-16, 738.
Lundu, Kai, jefe, 290.
Lungu, 205, 223.
Luo, 189, 564-67, *693-96*, *697*, 700-02, 705, 710.
Lusaka, 725, 843.
luwalo (impuesto de empleo público), 353.
Luxemburgo, Rosa, 42-44.
Lwamgira, Francis, 707.
Lyautey, Mariscal Louis-Hubert, 122, 135n, 318, *346*, 347, 604, 655.
Lyon, Ernest, 308.

Ma' al-'Aynayn, Shaykh, 119, 133, 643n.
Maasai, 176, 179, 187, 415, 506, 553, 603, 711-13.
Mabona, Mongameli, 76, 79.
Mabro, R., 481.
MacCarthy, Sir Charles, 154.
Macaulay, Herbert, 388, *669*, 677.
Macdonald, Ramsay, 773.
McGregor, Gobernador William, 510.
Machakos, 180, 559-52, 692, 711.
Machemba, rey de los Yao, 26, 72-74.
Mckay, Claude, 811, 819-21.
Mackenzie, misionero, 233-37.
Mackenzie, Dr. Melville, 781.
McPhee, Allan, 423, 436.
macumba, culto, 824.
Madagascar, 44, 50, 58, 549, 598, 836, 847; Primera Guerra Mundial, 319, 324, 329-30; guerras franco-merinas, 253-60; mapas, *248*, *270*; movimientos *Menalamba*, 259-63; movimiento nacionalista, *270*, 271-74; reacción a la conquista colonial, 247-73.
al-Madanī de los Akhās, jefe, 134.
al-Madanī, Tawfīk, 651.
madera, industria forestal, 255, 370, 391, 398, 404, 407-08.
Madrid, Conferencia de (1880-1881), 114.
Mafoulu, revuelta, (1918), 741-42.
Mage, Teniente, 143.
Maghreb (revista), 655.
mágico, 544, 551, 559, 758, 823-27.
Magreb, 111-135, 489, 539; campañas europeas (mapa), *112*; fracaso de la resistencia, 129-35; reformismo islámico, 652-53; guerra abierta y resistencia pasiva, 641-43; política y nacionalismo, 608, 641-61; comunidades populares, 645-47; economía ganadera, 361-62; etapas de la resistencia, 127-30; estados y los europeos, 113-128; crecimiento urbano, 516-18; educación occidental, 525-26; *vid.* también Argelia; Marruecos; Norte de África; Túnez.
Maguiguana, 212-13.
Mahafale, 264-65.
Mahavavy, llanura, 271-72.
Mahaveio, 268-69.
al-Mahdī, Muhammad Ahmad Ibn 'Abadallāh, 97-98, 99, 100, 108-10, 293, 486, 558.
Mahdismo *(Mahdiyya)*, 97-105, 108-09, 169, 281, 293, 294, 297, 558, 612, 629-32, neomahdismo, 630-32; revuelta Nyala, 630; revolución, 97-104; alzamientos, 102-05, 629-31; Estado (1881-1898), 485-87.
Maherero, Samuel, 73-74.
Mahiwa, batalla de (1917), *322*.
Mahmud, Jeque, 211-13.
Maiaigni, secta, 742-43.
Mair, Lucy, 531.
maíz, 329, 408, 420, 421, 427-30, 446, 502.
Majerteyn, 106, 109, 635—36.
Majī-Majī, surgimiento, (1905-1907), 59, 73, 75-77, 79, *174*, 191-92, 330, 339, 505, 551.
Majunga, 253-56, 258.
Makalle, batalla de (1895), 295, 297.
Makalle, ocupación italiana de (1935), 784, 786.
Makana, Profeta, 76-80, 82.
Makanga, 212-14.
Makanjuira, 200.
Makeja, Mack, 712.
Makerere, Colegio, 589, 613.
Makhzen, 111, 114-19, 134, 641.
Makhzen al-Nasāra, 641.
al-Makkī, 134.
Makoko, Jefe de los Bateke, 50.
Makombe Hanga, Jefe, 73.
Makona, río, 290.
Makoni, 223, 239-40, 241-44.
Makonde, 181, 73, 747.
Makonnnen, Ras, 295, 763.
Makua, 196-98, 200-02, 738, 747.
Makunga, John, 231.
malaria, 506, 501-511, 514.
Malawi, *vid.* Nyasalandia.
Malekebu, Daniel Sharpe, 802, 808, 810, 819.
Malekebu, Flora Ethelwyn, 810.
Malí *vid.* Sudán francés.
Malindi, 84, 843.
Maluma, sacerdote tonga, 212-14.
Mamadou Lamine, *vid.* Lamine.
Mambii, partido, 668.
Mambone, surgimiento (1952), 750.
Mambos Cussarara, 746.
Mampikony, 237.
Manamboninahitra, 262.
Mandari, 631-33.
Mandated, territorios, 334-37, 341, 719-20.
mandato dual, teoría de Lugard del, 339.
Mandinga, imperio, 61, 140, 146-49, 276, 831.
Mandinka, 142, 546.
manganeso, depósitos de, 460-61.
Mangasha, Ras, 294-97, 773.
Mangin, General, 321.
Mango, Alfayo Odongo, 696, 697.
Mangwende, 223, 239-44.
Manjanga, insurrección, 205-06.
Mankurwane, jefe, 236.
Mano, 299.
Mano, río, 289-91.
Manye, Charlotte, *vid.* Maseko.
Mapondera, Kadungure, 207, *208*, 243.
marabouts, 162-63, 683.
Marchand, Jean-Baptiste, 152-54.
Marealle, 182.
Mareb, río, 294, 297.
marfil, comercio de, 146-47, 175, 182, 184, 190, 360-62, 506, 507, 766.
Marks, Shula, 71.
Marrakesh, 134, 461, 465, 467.
Marruecos, 60, 130, 134, 343, 362, 528-29; *604*; agricultura y tierra, 451-60 *passim* 467, 461; economía colonial, 361-62, 451-73 *passim*; comunicaciones y puertos, 460-62; sistema de aduanas y comercio, 463, *464*; crisis económica, 465-73; Primera Guerra Mundial, 317, 321-24, 329; sistema fiscal 465-67; minería, 459-61, 467; política y nacionalismo, 606, 641-61 passim; *politique d'association*, 347-48; resistencia, 111-19, 123-29; Rif, 117, 121, 129-30, *131*, 133, 337, *356*, 647-50, españoles en, 60, 111, 113-19, 356, 455, 647-50, 650.
Marsā Maṭrūḥ, 324-25.
Martins, Carlos Deambrosis, 608.
marxistas, 42-44, 599, 682, 830-33, 852-54.
Masaba, Erisa, 701-04.
Masara-Mamadi, 147.
Masasi, 553.
Maseko, 200-01.
Masemburu, 241.
Maseno, 189-90, 711.
Mashanganvika, 241.
Mashauw, jefe, 236.
mashawe, culto, 583.
Mashayamombe, 241-44.
Mashingaidze, 79-81.

Mashona, Mashonalandia, 59-64, 219, 240, 416, 726-28; conquista británica de, 228-33; Shona. *Chimurenga* en, 240-44.
Masianaka, 268.
Masombika, esclavos, 251-52.
Massaquoi, Momolu, 758, 802.
Massawa, 293, 309.
Masseno, Escuelas, 698-701.
Massingire, rebelión (1884), 213-14.
Matabelelandia, 242, 416, 725-26, 836; conquista británica de, 228-33; *Chimurenga* Ndebele en, 240-42; Fuerza de ayuda de, 241-42.
Matamma, batalla de (1889), 294.
Matari, Dr., 656.
Matemu-a-Kenenia, 733.
Mathendu, Jefe, 711.
Mathias, Agostinho José, 748.
Mathu, Eliud, 709.
Matola, Cecil, 713.
Matos, Norton de, 742-44.
Matson, A. T., 178.
Matswa, André, 609.
Matumbi, 73.
Mau Mau, 427, 704, 841.
Maugham, Robin, 851.
Mauritania, 145, 337, 558, 594, 643n.
Mauritius, 496n.
Maxeke, Marshall y Charlotte, 803-08.
Mayangi o Nlenvo, secta, 742-43.
Mazoe, 79, 243.
Mazrui, Ali A., 34, 175, 831, 850.
Mazrui, familia, 180-81, 189-91.
Mbandzeni, 237-39.
Mbari, arte, mural, 576.
Mbaruk bin Rashid, 180.
Mbeni, sociedades, 737-38.
mbira, música/cultura, 582-86.
Mbona, sacerdotes de culto, 213.
Mbundu, 742.
Mbunga, 181.
Mburuma Nsenga, 200.
Mbuya médium espiritual, 76, 213.
Meca, La, 108.
Medina, 163.
Meebelo, Henry, S., 74.
Mehlokazulu, 225-28.
Meknès, 461, 465, 471.
Melilla, 114, 116.
Menabe, 263-65.
Menalamba, movimientos, 259-64.
Mende, 164.
Menelik II, emperador de Etiopía, 26-27, 60, 64, 106, 275, *280*, 281-82, *283*, 286, 294-95, 296-98, 300-06, 758-60, 762-65, 772, 782, 798; Escuela, 301; Hospital, 301.
Mengo, batalla de (1892), 54, 59.
mercenarios africanos, 61, 176, 202-04, 216.
Merina, 247n, 250-53, 256-60, 262-66, 271-72.
Merinyo, Joseph, 706.
Merriam, A. P., 581-83.
Meru, 553, 554.
Mesali Hadj, 608-10, 656.
Le Messager Dahomeen, 685.
Messimy, Ministro francés de la Guerra, 125.
mestizos, 74, 212, 824.
Metlawi, minas, 646.
Methodista, Iglesia de la Misión, 562, 569.
mezquitas, 556, 557.
Mfantsipim, escuela, 847.
Mfecane, 66, 219-22, 831.
Mfengu, 223, 232, 239.
Mgijima, Enoch, 720.
Mgwali, misión, 222.
Mhiripiri, 242.
Miani, Coronel, 121.
'Michel Circular' (1933), 656.
Middle Congo, 394, 400, 404.
migración, 167, 205, 219, *220*, 243, 266, 319, 327; emigración negra desde América, 791; 792-802; emigración clandestina desde Angola, 741; trabajo, 367-69, 371, 444-47, 506, 516, 521, 716, 724, 842; protesta, 327, 605; urbana, 401, 444-49, 469, 526-18, 537, 845-47.
Mijikenda, 180.
mijo, 329, 401-02, 420.
Mikael, Ras, 762.
Mila, 652.
Millard, Dr. P. McD., 787.
Million, L., 651.
Mills, T. Hutton, 676.
Milner, Vizconde, 621, 675.
Milner, Misión, 621-23.
minas principales, 472, 562.
minas, recursos minerales, 255, 300, 330, 366, 367, 369, 374, 381, 402, *405*, 406-08, 523, 765, 837-38; Congo Belga, 382-88, *403*, 404, 407, 716, 734-37; colonias británicas, 414, 419-21, 428-34, 448; Norte de Africa, 459-61, 467-68; Sur de Africa, 228-32, 237-41, 362, 367, 393, 432, 441-48, 512, 716, 728-31, 739-40; Acta de, y Trabajos (1911), 443-46.
Misión escocesa, 553.
Misión Industrial de Providencia, 562, 810.
misioneros, 44, 60, 79, 156-61, 176, 184, 188-90, 195, 209, 213, 505, 508, 691-95, 720-22, 843-44; y teatro africano, 585-87; benedictinos, 737-38; evangelistas americanos negros, 791-92, 801-08, 827-28; era colonial, 559-62; educación, 525, 554, 559-61, 579, 712, 844, 848; etíope, 291; liberianos, 278, 300-01, 770-72; Madagascar, 250-53, 260-269; médicos, 510, 518, 559, 774-75; era precolonial, 547-49; Sur de Africa, 219, 222-27, 230, 231-38, 245; y religión tradicional, 552-54, 561, 567; *vid.* también Islam cristiano.
Missão Christa Etiopia, 749-51.
Mission des Noirs, 564, 611.
Misión Africana de Amigos, 696.
Misión Católica Italiana, 774-75.
Misión Luterana Evangélica Bávara, 553.
Misurata, puerto, 121.
Mizon, Teniente, 55.
Mjiqima, Enoch, 820.
Mkwawa, 181.
Mlugulu, jefe, 241.
Mo, 155.
Moave, 206.
Moffat, Rev. Joh Smith, 228-31.
Mogadishu, 106-08, 635-37.
Mohammed V, rey de Marruecos, 658.
Mokalapa, Willie, 209.
Moknin, 656.
Mokone, Mangena M., 562.
Molema, Joshua, 726.
Molo, Moussa, 164.
Mombasa, 330, 360, 506, 707.
Monastir, 656.
Mondlane, Eduardo, 807.
moneda, 433, 692, 838-39.
Mongo, 193.
monogamia, 522, 565.
Monofisista, cristianismo, 281-82.
Monrovia, 149, 281-82, 298-301, 306-08, 770, 795-97.
Montaga, rey, 144.
Monteil, expedición, 150, 153.
Montshiwa, jefe, 236.
Moorfian, Maitei Ole, 718.
Mopti, 517.
Morgan, Grupo, 460.
Morris, Rev. Charles S., 808.
Moshette, jefe, 236.
Moshoeshoe I, rey de los Basuto, 233, 234, *235*, 236, 237, 726.
Mosi wood Auma, 694.
Mossi, 25-27, 146, 162, 169, 379, 392, 506, 559.
Motshede, *induna*, 231.
Mount Elgon, 702.
Mouridiyya, movimiento, 169-70, 612.
Movimiento Nacionalista Africano, 744.
Movimiento de la Juventud Nigeriana (NYM), 609, 667-72.
Movimientos juveniles, 36, 609-10, 613, 638-39; Africa occidental Británica.
Mozambique, 23, 73, 198-207, 491, 552, 582, 813, 814; economía, 367-71, 389, 392, 406-08, 738-41; FRELIMO, 82, 83; independencia, 357; insurrecciones, 211-17; migración laboral desde, 367-69, 379, 392, 444, 724; protesta campesina, 744-48; política y nacionalismo, 609-12, 715, 737-41, 744-54; portugueses en, 50, 56, 59, 198, 200, 317, 737-41, 744-54; movimiento de protesta religiosa, 749-51; resistencia, 75, 82-86, 195, 200, 205-07, 208, 209, 243; protesta intelectual urbana, 750-54; Compañía de, 389, 406.
Mpadi, Simon-Pierre, 565, 611-13.
Mpande, 225.

Mpeseni, 200-02.
Mpondo, 219, 223, 239.
Mpondomise, 239.
Msane, Saul, 728-29.
Msiba Mwea, 180.
Msiginya, obispo, 820.
Msiri, Yeke, 211, 527, 831.
Msuma Jordon, 612.
Mswati, 237.
Mtetwa, 239.
Mtota, rey de Tawara, 214.
al-Mu'ayyad (periódico), 95.
Mubende Banyoro Committee, 705.
Muchemwa, 242-44.
Muchuchu, Job, 710-11.
al Mudawwar, batalla de (1912), 120-21.
Mudzinganyama Jiri Muteveri, 242.
Muffett, D.J.M., 159.
Muflira, mina, 729.
Muhammad, Profeta, 98-101.
Muhammad Abdille Hasan, *vid.* al-Sayyid Muhammad.
Muhammad Ahmad ibn 'Abdallāh, *vid.* Al-Mahdī.
Muhammad 'Alī, 89, 361, 479, 480, 485, 506, 590, 646, 647.
Muhammad Sharīf Pasha (Abū al-Dastūr), 89
mujeres: en Angola y Mozambique, 740-41; y comercio de esclavos por el Atlántico, 500-01; clitoridectomía, 552-54; huelga de mujeres de Dahomey (1981), 167, 169; fertilidad, 594-97, 508, 514; status, 101-02, 849-51.
Mukasa, Ruben Spartas, 564, 612.
Mukasa, Yusufu, 699-701.
al-Mukhtār, 'Umar, 122-23, *124*, 125, 649.
Mukwati, *svikiro*, 242.
mulatos, 209, 278.
Mumbo, culto, 189-91, 525, 551, 693-95.
Mumia, rey de los Wanga, 176, 181.
Munro, J. Forbes, 837.
Murābbih Rabbuh, 134.
Muranga, 702.
Muriuki, G., 179.
al-Murtadā, 134.
Musama Disco Cristo Church, 569-71.
Mushidi, 212-14.
música africana, 576, 579-85, 651, 747, 824-28, 851, 855.
Muslims, *vid.* Islam.
Mussolini, Benito, 36, 39, 122-23, 356, 755, 773, 783-87.
Mutasa, 223-40.
Muta-ya-Kavela, 211, 214.
muthirigu, canción de baile, 554.
al-Muynām, batalla de (1908), 117, 119.
Mwabaza, L.T., 728.
Mwanga, Kabaka de Buganda, 31, 54, 59, 176, 184, *185*, 186.
Mwanza, minas de estaño de, 736-27.
Mwanzi, H.A., 173-92.
Mwari, dios Shona, 243-44.
Mwari, culto, 76-79, 549-51.
Mwase Kasungu, 198, 201, 211.
Mwemba, Samuel, 54.
Mewnemutapa, 193, 211, 214, 239.
Mwigwithania, 704.
Mzlikazi, 228.

Nab'Isā doctrine, 102, 104.
nacionalismo, *vid.* política y nacionalismo.
nacionalismo africano, 35-37, 45, 74, 80-83, 90, 113, 134, 173, 189, 356-58, 521, 535, 551, 601-754, 832-33, 855-56; cultural, 525, 586-91; y Primera Guerra Mundial, 331-35, 336-37, 601-04, 607-08, 618, entreguerras (1919-1935); 601-754; Malagasy, *270*, 271-74; *vid.* también panafricanismo; política y nacionalismo.
al-Nādūra, batalla de (1912), 120-21
Nago, comerciantes, 807.
Nahhās Pasha, 623-26.
Nairobi, 374, 516, 553, 707, 710-13, 843.
al-Nakkādī, 133-35.
Naluma, Joswa, 699-701.
Nama, 73, 76, 315, 719.
Namibia, *vid.* Sudoeste de Africa.
Namo, 832-33.
Namwhana, 205, 206.
Nana de Itsekiri, 158-61.
Nana Yea Asantewaa, *157*, 162, 166.
Nandi, 59, 175-76, 178-80, 189, 415, *691*.
Nanka-Bruce, Dr. F.V., 669.
Napoleón I Bonaparte, Emperador, 590-91.
Napoleón III, Emperador, 247, 249, 252.
Nascimento, Antonio José de, 598-99, 742.
Nasir Bey, 644.
Nasiriyya zawiya, 133.
Naserismo, 592.
Natal, 219, 225, 232, 237, 244, 440, 502, 506.
Natal Bantu Business League, 222-23.
National Association for the Advencement of Coloured People (NAACP), 782, 814.
National Union True Whig Party, 761-62.
Nativo, Acta de Administración, 354, 443-46; Ordenanza de Administración, 678-79; autoridades, 344-47, 348, 526, 538; Iglesia Baptista, 169-70; tribunales, 351-52; Decreto de Enmienda de la Jurisdicción 678-79; Acta de Regulación del Trabajo, 444-446; Acta de la Tierra, Africa del Sur, 333, 443-47; principio de la superioridad nativa, 339, 356-58; política, 339-45; Area de Compra, 365-66; Ordenanza de Registro, Kenia, 333, 394; reservas, 416-19, 424, 443-48; Acta de Contrato de Servicios, 443-46, Acta (Areas urbanas) Africa del Sur, 354, 443-46.
Nativa Administración Revenue Bill, 678-80.
Nazarita, Iglesia Baptista, *721*.
Ndanda, *322*.
Ndau, 239-40.
Ndebele, 26, 59-64, 78, 221-34, 239-44, 416, 505, 583-84.
N'Diaya, Alboury, 141, 145.
Ndonye wa kauti, 692-94.
Ndwande, 239-40.
négritude, movimiento, 595, 599, 613-15, 814, 819-22, 828.
Negro-brasileño, frente, 821-22.
Negro Business League, 815.
Negro Church of Christ, 567.
negros de ganho, brasileños, 798-801.
Negro World, 611, 685, 712-13, 817-20.
Nehanda, *svikiro*, 242-44.
Nelson, capitán, 180-82.
Neo-Destur, partido, Túnez, 657, 658.
New Times and Ethiopia News, 611.
New York Age, 611.
Newton, Prof. A.P., 851-52.
Ngalanga, 214.
Ngojo, N.D., 728.
Ngomben Budja, 193.
Ngoni, 75, 200.
Nguma, Jordan, 564.
Ngungdeng, Profeta Gwek, 632-33.
Nguni, 193-96 n, 200-03, 215-19, *220*, 221, 222-25, 233, 237-40, 522, 525-26.
N'Gurma, Fada, 162.
Ngwaketse, 234.
Ngwane, 238-39.
Ngwato, 223-25, 232-37, 241.
Niamey, 401, 843.
Niamina, 162.
Niamwé, 152-53.
Niasa, lago, 330-31.
Niasilandia (ahora Malawi), 193, 202-05, 221, 224, 233, 325-27, 552, 834; misioneros americanos negros, 801, 804-06; cristianismo, 562, 564, 566, 567, 734-35; insurrecciones coloniales, 211-16; economía, 366-68, 389, 411, *422*; garveyismo, 818-20; migración laboral desde, 368, 444, 724; asentamientos mozambiqueños en, 746; rebelión 1915, 810, 820; política y nacionalismo, 611-13, 710, 715, 722, 725-26; resistencia, 195, 200-02, 205, 209-10, 140.
Niassa, Compañía, 406, 738.
Niger, 325, 401, 404, 514, 663, 834; Protectorado de la Costa de, 504; Convención de (1898), delta, 83-85, 137, 147-50, 158, 326,

561; río, 51, 57-59, 143-45, 163, 276, 360, 369, 503, 595.
Nigeria, 23, 27, 55, 61, 167-70, 309, 499-505, 522, 603-04, 663, 814, 833-35; élite africana, 531-33, *534*; emigrantes negros americanos, 792, 798-802, 805-08; artes, 576, 581, 584, 583-89; conquista británica y resistencia, 58, 137, 156-63; economía, 360, 364, 404-06, 411, 419, 421, 428-31, 433, 436-40; educación, 525, 808-13, 815, 847; uniones étnicas, 538; Primera Guerra Mundial, 317, 324-30; normativa indirecta, 345-53; servicios médicos y control de enfermedad, 510-14, 846; del Norte, 137, 159-62, 317, 324, 343-48, 352, 419, 421; política y nacionalismo, 608-10, 667-77, 682; población, 494, 503; religión, 546, 549, 557, 567, 803; efectos sociales, 522, 527-29, 539-41; del Sur, 156-61, 419, 609; crecimiento urbano, 516, 523, 843; organizaciones de trabajadores, 539.
Nigerian Pioneer, 682.
Nilo, río, 639, 640; Azul, 487; Blanco, 487.
al-Ni'mat, 134.
Nimley, Juah, 779-780.
Nioro, 144-46.
Njanja, 224, 239, 583-84.
Nkana, mina, 729-30.
Nkoie, María, sacerdotisa, 213.
Nkonde, 224.
Nkoransa, 155.
Nkosi-Dlamini, dinastía, 237.
Nkrumah, Kwame, 39, 535, 672, 786-88, 807-10, 811, 819.
Nok, 502.
Nomiya Luo, Iglesia, 189, 565, 695-96.
Nongwe-Nongwe, 211-14.
Noreste de África: política y nacionalismo, *88*, 617-40; resistencia, 87-110; *vid.* también Egipto, Norte de Africa, Somalilandia, Sudán, Norte de Africa (y Sahara), 23, 58, 321, 331; agricultura y tierra, 451-60, 465-74; economía colonial, 361-63, 367, 451-90; comunicaciones y puertos, 460-62, 474-78, 480; industrias artesanas, 465-70, 474-78; sistemas aduanero y comercio, 461-65; depresión económica, 465-73, 483; sistema fiscal y financiero, 465-67; industria, 472, 474-78, 480-83; infraestructura, 460-62, 474-81, 486-89; Islam, 457-60, 467-71, 540, 652-55, 656; Estados del Magreb y los europeos, 113-28, mapa de las principales regiones de Magreb y el Sahara, *112*; minería, 459-61, 467; política campesina, 470-72; política y nacionalismo, 470, 617-61; resistencia, 87-135; Urbanización, 469-73; *vid.* también Magreb, Nordeste de Africa.
North African Star, 609-10.
«Nova Scotians», 586.
Nowell, Comisión, 437.
Nsuta, 154.
Ntaba zika Mambo, batalla de, 241-42.
Nsukana, 79.
Nuba, montañas, 98, 104-06.
al-Nūdjūmī, 'Abd al-Rhamān, 101-02.
Nuevo Mundo y Africa, 36, 608, 712, 767, 791-828; afro-brasileños, 503, 579, 586, 798-802, 805-08; movimiento de regreso a Africa, 792-802; evangelismo negro americano, 801-08; impacto educativo de América del Norte, Latina y del Caribe, 821-28; aspectos políticos y culturales del panafricanismo, 813-22; *vid.* también américo-liberianos.
Nuigui, 473.
Nupe, 55, 58, 159.
Ny Fierenena, (Malagasy nation), 274.
Ny Rarini, (Justicia), 274.
Niabingi, culto, 551, 691.
Nyabongo, Akiiki, 710.
Nyāla, revuelta, (1921), 630-31.
Nyamanda, jefe, 241.
Niamwezi, 175, 182, 831.
Nyandoje, Aduwo, 701.
Nyandoro, 241-43.
Nyangao, *522*.
Nyanza, 325, 694, 698-702, 711.
Nyasaland Times, 326.
Nyende, Simeón, 700-02.
Nyindo, jefe, 326.
Nyirenda, Isaac, 725.
Nyirende Tomo (Mwana Lesa), 734-36.
Nzula, Albert, 731, 732.

O Brado Africano, 751, 754.
O Africano, 751.
O Clarim da Alvorada, 821.
O Menelick, 821.
Obbia, 106, 635.
El Obeid, 100, 627.
Obiechina, Emmanuel, 543, 544.
Obuasi, 671, 843.
«*ocupación efectiva*», doctrina de la, 51, 57, 159, 219, 286.
Ochieng, V. R., 179-81.
Odindo, jefe, 701.
Odongo, Alfayo, 564-65.
Office Central du Travail, Madagascar, 265, 266.
Office du Niger, 389-90; proyecto de irrigación, 386-87.
Office Tunisien de Standardisation, 471.
Ofori Atta, Nana Sir, 535, 675, 679-82.
oficinas árabes, 659n.
Ogadén, 106, 107, 180, 295, 633-36, 784.
Ogoja, 532.
Ogot, Profesor B. A., 80, 81, 189, 332, 695.
Ogunde, Hubert, 590.
Ohlange, Instituto, 815.
Ohori, 223.
Ohori-Ije, revuelta, 324-25.
Okwiri, Jonathan, 700-02.
Oliver, Roland, 29, 33, 48, 549, 853.
Ojola, John Paul, 701.
Olomu, Nana, jefe de Itsekiri, 58-59, 83-85.
Oloruntimehin, B. O., 36, 169, 601-15, 832.
Oluwa, jefe, 676.
Oluwa, T. M., 676.
Omani, Imperio, 60.
Omdurman, 102-05; Club de Graduados, 626.
Omulo, Reuben, 700.
Oodeto, Simeo, 80, 81.
Ouselen, Charles van, 81.
Onyango Dunde, 693.
Oost Afrikaansche Cie, 299.
L'Opinion, 272-74.
Opobo, 158, 159, *160*.
Opoku, K. Asare, 543-75, 695, 844.
Orán, 453, 455, 460, 606.
oratorio africano, 581-83.
Orange, Estado Libre de, 219, 440, 443.
Ordenanza Minera de Sierra Leona, 430-31.
Organización para la Unidad Africana (OUA), 854.
Organización Política Africana (APO), 724.
orgoiyot, líder Nandi, 178, 691.
Orient Review, 611.
orisas, culto, 807, 808, 823.
Ormsby-Gore, Comisión (1924), 698.
oro y minas de, 85, 146-49, 153, 255, 362, 376, 427, 428, 837-40.
Oromo («Galla»), 284, 758-60, 765.
Osam-Pinanko, Franck, 803, 807.
Osmanía, alfabeto, 638-39.
osugbo, culto, 589, 590.
Osuntokun, Jide, 321.
Ottoman Empire, *vid.* Turquía.
Ouagadougou, 26, 401-03.
Oubangui Chari (ahora Republica Central Africana), 398-401, 404, 407, 495, *513*, 514, 564, 611.
L'Ouest-Africain Français, 611.
Ousmane, Sembene, *God's Bits of Wood*, 850-51.
Ovambo, 197n, 205, 214, 738.
Ovimbundu, 75, 81, 196, 216.
Owalo, John, 189, 565, 695.
Owen, Arcediano, 701.
Oyo, 66, 158, 585, 587, 831.

Padmore, George, 810.
Paito, Yowasi, 699-701.
Palestina, 108, 319, 619.
palma, aceite de, y almendras, 27, 368-70, 404-09, 420-23, 438, 508, 686, 766, 768, 807.

panafricanismo, 81, 298, 602, 608-11, 613-15, 663, 666, 672-74, 724-26, 743-45, 791, 811-22, 827-28, 832-33; *vid.* también política y nacionalismo.
panafricanos, congresos, 36-38, 609, 666, 685, 725, 814-17, 819, 833.
panarabismo, 605, 612.
Panashe, 242.
panfletos, 396-98, 610, 644.
panislamismo, 557-58, 605, 612-14.
Pankhurst, R. 275, 755.
Papillon, 152.
Paraíso, José, 685.
Le Paris, 686.
Parti des Jeunes Sénégalais, 683-85.
partición de Africa, *24*, 41-67, 275, 286, 298, 362, 366, 832; dimensión africana, 48-50; equilibrio de poder, 46-47; comienzos de la lucha, 49-53; Conferencia de Berlín sobre el Africa Occidental, 51-54; cambio de fronteras, 64-67, 528-29, 833-35; diplomática, 45-49; economía, 42-44, 47, 372; doctrina de la ocupación efectiva, 57-58; cristianismo evangélico, 44-45; estrategia global, 46-48; doctrina del hinterland, 55-56; impactos en Liberia y Etiopía, 303-08; conquistas militares, 57-61; prestigio nacional, 45-48; psicológica, 43-48; Somalilandia, 106-07; esferas de influencia, 51-58; teorías de, 41-50; realización de tratados, 53-58.
Partido Comunista de Africa del Sur, 726, 731.
Partido de la Unión, Liberia, 761.
Partido del Pueblo, Liberia, 760-63.
Partido Democrático Nacional de Nigeria, *609*, 669-71, 677, 686.
Partido Nacional, Africa del Sur, 333.
Partido Nacional Africano, 743, 753.
Partido Nacionalista Egipcio, 89, 95, 609.
Partido Republicano, Liberia, 278-81.
Partido Socialista Republicano, Senegal, 682-85.
pasiva, resistencia, 173, 268-71, 273, 643, 686, 746.
paso, leyes, de 35, 354, 425, 735.
Patrocinio, José do, 821, 822.
Pax Colonica, *69*, 70.
Payne, Dr. Benjamin W., 756-59.
Paz de Addis Abeba, Tratado de (1986), 297.
Paz de París, Conferencia de, *vid.* Versalles.
Paz de Vereeniging (1902), 56.
PCF (Partido Comunista Francés), 646-49, 650, 656 n.
Pedi, 804.
Peel, John, 606.
Pélissier, R., 715-54.
Penda, Omar, 163-66.
Pende, 733, 734.
Pereira, José de Fontes, 210, 742, 743.
Perham, Margery, 29, 331, 829-31, 852-55.
Le Périscope Africain, 611.
Person, Yves, 149, 150.
Peters, Karl, 57, 178.
Phamote, Simon, 333.
Phelps-Stokes, Comisión, 808, 811, 820-22.
Philadelphia Tribune, 811.
Philip, Dr. H.R.A., 330.
Pierre, Almirante, 253.
pigmeos, 561, 562.
Pila Pila, 323, 373, 407, 427, 837, 838.
pita, 367-*69*.
Plaatje, Sol T., 724-26.
plantaciones, 367-70, 374-75, 419-23, *454*, 561, 769.
Plantadores y Granjeros, Asociación de, Kenia, 187.
población, densidad y distribución, 379n, 401-03, 408, 416, 446, 491-519; asiática, 434-36, 517, y comercio atlántico de esclavos, 498-501; tasas de nacimientos y defunciones, 494-98, 512-15, 517; censos, 493, 496; movimientos demográficos, 1935, 514-16; y control epidémico, 508-14, 517-19; y recursos alimenticios, 497-99, 502, 503; selva, 502-03, 514; crecimiento, 491-95; 842; impacto del colonialismo, 505-15, 518, 842-44; y trabajo, 506-09; redistribución de la, 515-18; y comercio, 504; crecimiento urbano, 401-03, 446, 516-18; blanca, 517-19.
Poincaré, Raymond, 773.
poligamia, poliginia, 500, 514, 522, 559, 565, 693.
política y nacionalismo,. Africa Central y del sur, 715-54; Africa del Este, 689-714; expresión de, 609-15; y desarrollos internacionales, 607-09; Magreb y Sahara, 641-661; Africa del Nordeste, 617-40; Africa Occidental, 663-87.
políticos, partidos, 36, 331-33, 535, 609-10, 638, 644, 669-72, 682-85, 731; liberianos, 278-81, 706-63, 775.
politique d'association, 347, 348.
politique des races, francesa 265.
Pondolandia, 718.
Pope-Hennessy, Gobernador John, 674, 675.
poro, 276, 785.
Poro, sociedad secreta, 549.
pororiez, 178.
Port Bergé, 274.
Port Elizabeth, 443, 446.
Port Harcourt, 330, 446.
Port Harcourt, 330, 843.
Port Lokko, 666, 667.
Port Said, 480.
Port Sudán, 487, 627.
Portal, Sir Gerald, 293.
Porto Novo, 23, 31-33, 150-52, 162, 683-87, 800-01.
Portugal, colonialismo, 38, 49-53, 547, 575, 598-600, 791; políticas de *assimilado* 357, 598-600, 740-45; en Africa Central (Angola y Mozambique), 50, 56, 59, 75, 195-216, *passim* 243, 317, 715, 732, 737-53; administración colonial, 344, 348, 357; «trabajo por contrato», 364; economía, 366-68, 379-410, *passim* 738-41; Primera Guerra Mundial, 309-15, 317, 323, 738; conquista militar, 59; política y nacionalismo, 737-54; en Africa del Sur, 224, 228, 243; realización de tratados y esferas de influencia, 56.
Portuguesa, Africa del Este, 317, 323; *vid.* también Mozambique.
Potocki, Conde, 297.
Premneh I, Asantehene, 25-29, 31, 58.
prensa (periódicos), 36, 111, 210, 222-24, 597; afro-brasileña, 821; egipcia, 89, 93-98, 591-93, 627; malgache, 269-74; mozambiqueña, 751; y nacionalismo, 610-11, 614, 658-59, 668, 674.
presas, 417, 479, 480, 482, 486, 712-13.
Presbiteriana, Iglesia, 802.
La Presse Porto-Novienne, 611.
prestation (impuesto laboral), 353.
Prester John, 821.
prestigio nacional, teoría del, 45-47.
Price, Thomas, 808, 810.
Price-Mars, Dr. Jean, 814.
Primera Convención no Europea (1926), 724-25.
Primera Guerra Mundial, 121, 127, 162, 269-72, 379, 382, 398, 505, 663, 738, 782; desafío africano a la autoridad europea, 323-28; compromiso africano, 321-23; campañas en Africa (mapas), *312-14*, 315-18, *322*; consecuencias para Africa, 309-37; economía, 327-31, 398-400, 447; éxodo europeo desde Africa, 317-19; mapa de Africa tras la, *336* y nacionalismo, 331-37, 601-04, 607-08, 618, 663-66, 692; en suelo africano, 310-18; consecuencias socio políticas, 330-35, 603.
Príncipe, 391, 499, 506.
producción, 398-400, 420; y equipamiento de capital, 407-10, conquista y nuevas relaciones de producción, 359-63; propietarios de los medios, 414-21, 603-04.
profetismo, 76-80, 83, 189, 198, 213-15, 241-44, 325, 549, 567, 691-95, 820.

Protectorado, Ordenanza de (Sierra leona), 164.
puertos, 360, 370, 382, 438, 460-62, 474-78, 480, 485, 489, *524*, 744, 748-50, 843.

Quashia, Tetteh, 27.
Queenstown, 720.
Quenum, Tovalou, 609.
Querino, Manuel Raimundo, 821.
Quinhenta, huelga, 749-50.
Quioco, 738.
Quitanghona, 198-200, 211-13.

Rabéarivelo, Jean-Joseph, 598, 599.
Rabih de Sennar, 58, 59, 559.
Rabozaka, 262.
Race Nègre, 611.
Radama I, rey de Madagascar, 247.
Radama II, rey de Madagascar, 247, 252.
Radwan, S., 481.
Rāhil, Yūsuf Abu, 123.
Rainandriamampandry, 262.
Rainilaiarivony (Primer Ministro de Madagascar), 247, *249*, 251-60, 262, 265.
Rainimangoro, Tanala, 262.
Rainitavy, 262.
Rajestera, 258.
Rakibar, 128 n.
Ralaimongo, grupo, 271-74.
Ralston, R.D., 833.
Ramadan, Mohamed Hafiz Bey, 608.
Ramaivo, Jules, 272.
Ranavalona I, reina, 252.
Ranavalona II, reina, *249*, 253, 256.
Ranavalona III, reina, 58, 59, *249*, 250, 254, 258-59.
Rand, 381, 517.
Ranger, T.O., 69-86, 331.
Rasim, miniaturista, 651.
Rastafarians, 824.
Rathbone, 318.
Ratsimanisa, 258.
Raum, O.P., 79.
Ravelojaona, 271.
Ravoahangy, 273-74.
Ravololona sampy, culto, 233.
Ravoninahitriniarivo, 253.
Razafindrakoto, Emmanuel, 273.
Razafi, Abraham, 273.
Read, Margaret, 522.
Réboucas, André, 821.
Recaptives, 276-81, 300.
regime do indigenato, portugués, 771.
Régnier, ministro algerino, 659.
Rehoboth, río, 719.
religión, 522, 526-28, 543-44, 843-44; cristianismo en la era colonial, 560-73, 844-45 y protesta ideológica, 169, 189-90; cristianismo indígena, 567-71, 572-73; Islam y regla colonial, 554-60, 844-45; Iglesia Cristo Musama Disco, 569-70; antes de la regla colonial, 543-48; cristianismo pre-colonial, 547-48; Islam precolonial, 546, 547; precolonial, tradicional, 541-48; movimientos de protesta, 612-14, 691-98, 719-24, 733-36, 741-43, 749-51; y resistencia, 26-7, 72-3, 75-80, 81-83, 189-90, 212-14, 241-43, 549-54; iglesias separatistas, 564-67; religión tradicional y regla colonial, 548-54, 691-92, 848-49, 855-56 Tranzozoro, 257-58, 269-73; *vid.* también cristianismo, Islam, profetismo.
religión tradicional africana, 526-28, 555, 559-61, 571-73, 611-12, 848, 855-56; era colonial, 549-54; y cristianismo indígena, 566-69; precolonial, 543-48.
Representación de los Nativos, Acta de, (1936) 357-58.
República Central Africana, *vid.* Oubangui-Chari,
resistencia africana, 69-86, 526-27, 605; en Africa Central, 193-217; paro del coco, 436-38, 605, 678-84; insurrecciones coloniales, 211-17; consecuencias y relevancias de, 80-83; Africa del Este, 173-87; económica, 82-6, 196, 436-38, 362, 365-66; asociaciones de élite, 169-70, 210-11 etíope, 291-99; generalidad de, 70-1; ideología de, 72-5; liderazgo, 132-34, 135, 162-63; Liberia, 286-91, 299; Madagascar, 247-74; levantamiento majimaji, *174*, 191-92; Mamadou Lamine, 162-64; migración de masas, 167, 206; Norte de Africa, 107-35; Nordeste de Africa, 87-110; fase de pacificación, 128-30; pasiva, 173, 268-71, 273, 643, 687, 745-76; política organizada, 121-22, 127-29, 134-35; y religión, 27, 72-3, 75-81, 81-84, 189-91, 212-14, 241-44, 549-71, Africa del Sur, 219-245; evasión de impuestos, 205-06, 365-66, 394, 718-19, 732, 745-46; al trabajo forzado, 85-6, 204-06, 209-10; movimiento de guerra hasta muerte, 133-135; Africa Occidental, 137-71; Yaa Asantewaa, guerra, 166-68.
Resohiry, 269.
Reunión, 268.
Raynaud, Paul, 274.
Rhodes, Cecil, 27, 59, 234, 228-30, 231-37, 241.
Rhodesia del Norte (ahora Zambia), 59-60, 193-95, 202-04, 221-24, 232-33, 317-18, 353-54, 368-69, 393-94, 444-46, 499-500, 582-83, 741-42, 834-35; insurrección colonial, 212; economía, 367-68, 379-80, 411-12, 417-18, 423-25, 428-33; Primera Guerra Mundial, 319-23, 325-26, 329-30; política y nacionalismo, 611-12, 715, 722-26; resistencia, 71-2, 74-5, 85-6, 205-6, 207-10, religión tradicional, *545*, 552-53; movimiento Atalaya, 564-65, 611-12, 695-96, 734-35.
Rhodesia del Sur (ahora Zimbabwe), 201, 203-07, 221-22, 236-37, 329-30, 444-45, 516-17, 539-40, 562-64, 724-25, guerra anglondebele (1983), 232, 505; conquista británica, 228-32, economía, 366-68, 379-81, 411-12, 414-15, 416-19, 423-24, 427-30, 430-33, 438-40, 841-42; levantamiento de 1986, 78, *220*, 240-44; política y nacionalismo, 607, 611-12, 671-72, 715, 725-26, 729-30, resistencia, 71-2, 76-9, 206-07, *208*, 211-12; colonización ganadera y enajenación de la tierra, 416-19, 425-30, 540-41, 607, 614-15; Asociación de Bienestar Nativa de Rhodesia del Sur, 245.
Rhodesia Horse Volunteers, 241-42.
Riccioli, B., 492-94, 498-99.
Al-Ridā, 122-23.
Rif, 121-22, 128n, 133, 337, 458-59, 649; República, 649; guerra, 117-19, 129-30, *131*, 356-57, 647-49, *648*.
Rifkī, 'Uthmān, 91.
Rift, Valle, 416.
Rigby, Peter, 77-8.
Río de Oro, 113-14, 117-19, 643 n.
Robinson, Sir Hercules., 228-29, 236-37.
Robinson, Ronald, 33-34, 46-9, 51-3.
Rodger, Club, Accra, 667.
Rodney, Walter, 72-3, 75-6, 81-2, 359-490, 850-31, 836-38, 841-43, 846-47, 853-54.
Rodrigues, Nina, 807.
Rojo, Mar, 100-1, 291, 293, 294-95, 297-98, 487-89, 782-83, 786-87.
Rolong, 236.
Roosevelt, Franklyn D., 781-82.
Rose, J. Holland, 60-61.
Ross, Doran H., 579.
Ross, Dr. Ronald, 510-11.
Rotberg, Robert I., 34-5, 175-6.
Rozvi, 242-43.
Ruanda-Urundi (ahora Ruanda y Burundi), 335-37, 502-3, 551-52, 561-62, 815-16, 834-35; economía, 368-70, 379-84, 388-94, 401-2.
Rudd, Concesión, 230-32.
República Central Africana, *vid.* Oubangui-Chas.
Rubusana, Walter, 222-23.
Rugizibwa, Herbert, 706-07.
Rukkuya, 649.
Rumaliza, 84.
rural, política y nacionalismo en Africa Occidental, 677-84.
rural-urbana, distinción, 846-7.
Rushdī, Husayn, 621-22.

Russwurm, John B., 792.
Rydings, J., 779-80.

Saada, Boubacar, Almany de Bondu, 164-66.
Saboucire, fortaleza, 143-44.
Sa'd Bāh, Shaykh, 133.
Sadurvahe, revuelta (1915), 269-70.
Al-Sāfi (Essafi), 644-45.
Sáhara, 38-9, 58-9, 83-4, 111, 113, 114-19, 123-27, 130-32, 593-94; principales regiones (mapa), *112*; política y nacionalismo, 641, *642*, 643. *vid.* también Norte de Africa.
Sahati, 293.
Sahel, 58-9, 114-16, 146-47, 516-18, 656-58.
Said bin Amissi, 212-13.
Said, Mohammed, 786-87.
Sa'īd, Muhā Ū, 133-34.
Saint-Louis, 141-42, 167-69, 539-40, 683-85.
Sa'is, 457-59.
Sakalava, 247-49, 252-53, 260-65.
Sakawa, culto, 694-95.
Sākiyat al-Hamrā, 117-19.
sal, comercio de, 474-78;
salarios, 343-4, 347-8, 365, 366-7, 370-72, 393-96, 403, 417, 432-33, 446-47, 567, 708-9.
Salazar, Antonio, 738-39, 743-44, 752-54.
Salazar, Dr. Oliveira, 744-45.
Sālih, Shaykh Muhammad, 108.
Sālihī'yya, order, 108.
Salisbury, Lord, 50-1, 57-60, 412-15, 639-40.
Salisbury (ahora Harare), Rhodesia, 231-32, 843-44, 847-48.
Sallum, 324-25, 473-74.
Salsa, General, 120-21.
Salud, servicios y hospitales, 508-12, 547-51, 674-75, 774-75, 843-44, 846-47; *vid.* también epidemias.
Sam, jefe, Alfred C., 794-95.
Samakunqu, 206-07.
Samatar, 'Umar, 634-35.
Samba Laobe Fall, 142-43.
Samba Yaya Fall, 141-43.
Sambala de Medina, 163-64.
al-Samlādī, Nafrūtan, 133-34.
Samori Ture, 26-7, 31-3, 58-9, 64-6, 74-5, 144-45, 153-54, 170-71, 216-17, 559; después de su captura, *148*; y los franceses, 146-151.
sumpy (santuarios), 256-57, 259-60.
San, 219-21.
Sanankoro, 149-50.
Sand, Convención del Río (1852), 221-22.
Sande, Daniel, 564-65.
sanidad, 504, 506-07, 510-11, 674-75, 702-04, 843-44.
Santo Tomé, 203-04, 364-65, 391-92, 499-500, 506-07, 599-600, 743-44, 806-07.
al-Sanūsī, Sayyid Ahmad al-Sharīf, *118*, 120-22.
al-Sanūsī, Emir Idris, 122-23, 325-26.
al-Sanūsī, Muhammad bin 'Alī, 358.
Sanūsī, hermandad, Sanūsiyya, 113, *118*, 120-21, *124*, 163-64, 324-26, 558, 612-13, 643-44.
Sapeto, Giuseppe, 291.
Sarakole, 389-90.
Sarankeoyi-Mori, 150-51.
Sarraut, Albert, 341-42, 347-48.
Sarruf, Yaqūb, 591 n.
Sasabonsan, culto, 823-24.
Sassandra, pueblo, 162-63.
Savage, Dr. Akiwande, 672-73.
Savorgnan de Brazza, Pierre, 38-9, 50-1.
Say Rarruwa, Acuerdo (1980), 78-9.
al-Sayyid 'Abd al-Rahmān, 630-32.
al-Sayyid, Ahmad Lutfī (Faylasūf al-Djīl) 97-98, *591*.
al-Sayyid Muhammad Abdille Hasan, 107-10, 304-10, 617-18, 636-37.
Schnee, Albert Heinrich, 310-11, *340*.
Schomburg, Arthur, A., 810-11.
Schumpeter, Joseph, 42-46.
Scott, Emmett, 751-52.
Scott, Sir Francis, 155-56.
Seaman'Union, Djibuti, 638-39.
Segu, 58-9, 143-44, 149-50.
Segunda Internacional, Socialista, 334-35.
Seiso, Msama, 726-28.
Seja, 693-94.
Seke, 241-42.
Sekgoma, 233-34.
Sekondi, 675-77.
Sekyi, Kobina, 680-81; The Blinkards, 748-44.
Sellassie, Gabre, 303-04.
Seme, Pixley Ka Izaka, 807-08.
Sempele, Molonket Ole, 712-13.
Sena, 193-96, 202-03, 209-10, 215-16.
Sena Sugar Estates, 745-48.
Sena-Tonga, rebelión (1899), 212-13.
Senatus Consultum, (1863), 645-46.
Senegal, 23-5, 143-145, 167-69, 318-19, 343-44, 360-61, 373-74, 400-01, 491-92, 499, 503, 505, 539-40, 546-47, 558, 847-48; artes africanas, 579-80, 582-83, 586-87, 589-91, 599-600; servicio militar obligatorio, 319-21; conquista francesa y reacción, 140-43; cacahuetes, 26-7, 166-67, 386-87, 398-99, 408-09, 304, 531-32, 839-46; rebelión de Lamine, 162-66; política y nacionalismo, 609-10, 682-83; migraciones de protesta desde, 327-28.
Senegal, Alto, 140-41, 143-45, 149-50, 162-63.
Senegal río, 127-28, 369-70, 595-96.
Senegambia, 38-9, 58-9, 140-43, 359-60, 369-70.
Senga, 295-16, 223-24, 239-40.
Sengor, Lamina, 608-610, 682-83, 686-87.
Senghor, Léopold, 594-600, 814-15, 819-20.
Senkezi, Victor, 54-5.
Sennār, Sennār Dam, 487-89.
Senoudebou, 164-66.
The Sentinel, 668-69.
Sentongo, 699-700, 710-11.
Senufo, 83.
Sepais de Mozambique, 203-04.
separatista o independientes, iglesias, 169-70, 189-90, 209-10, 245, 256-58, 354, 562-67, 571-73, 587-89, 691-92; y nacionalismo, 611-13, 694-96, 719-24, 741-43, 749-51.
sequía, 176-78, 215-16, 242-43, 325-26, 400-01, 459-70, 497-98, 692-93.
Serer, 589-90.
Servatius, gobernador 141-42.
servicio militar de los africanos, 319-23, 325-27, 356-57, 663-65.
Seshele, 233-34.
Seven Adventist Mission 774-75, 801-02.
Seychelles, islas, 59-60, 155-56, *157*, 166-67, *185*.
Sfax, 460-61, 465-68.
Sha'amba, camelleros, 130 n.
Shadrack, H.G., 709-10.
Shafshāwī'n, 649.
Shangaan, 196-98, 202-03, 212-15.
Sharevskaya, Dr. B.I., 719-20.
al Sharī'f, Ahmad, *vid.* al-Sanūsi.
Shatr'wī, Ramdān, 649.
Shawiya, 113, 134-35, 455-57.
Shaykān, batalla de (1883) 100-01.
Saykiyya, 98-100.
Shembe, Isaiah, *721*.
Shendī, 627-29.
Sheppard, Rev. William H., 801-02.
Shepperson, George, 808-10.
Sepstone, Theophilus, 225-28, 232-33, 238-39, 244-45.
Sinkī't, 113, 117-19, 127-28, 133-34.
Shippard, Sir Sidney, 228-31.
Shona, 281-84, 294, 762-63.
Shona, 78-9, 200-01, 205-06, 232-33, 239-41 562-64, 746-47; Chimurenga, *220*, 240-44; profetas *(svikiro)* 78-81, 198, 213-15 241-44; música mbira, 582-585.
Shrenk, Elias, 561.
Syungle, J. Egerton, 676.
siasa, 602-03, 609, 689-91.
Sidama, 295-97, 758-60, 765-66.
Sī'dī 'Abdallāh, batalla de (1912), 120-21.
Sī'dī Abūl Abbās, 453-55.

Sīdī Barrānī, 324-25.
Sīdī Ifnī, puerto, 114 n, 125-127.
Sīdī 'Okba, 652.
Sīdī Sulaiman, 471-72.
Sīdiya, Shaykh, 133.
Sidkī, Ismā'īl, 625-26.
Sierra Leona, 23-5, 27-8, 147-50, 153-56, 327-28, 343-44, 360-61, 491-92, 510-11, 539-40; élite africana, 533; misioneros americanos negros, 803-04; economía, 411-12, 419-23, 428-35, 438-40; Liberia, 286-291; política y nacionalismo, 665-69, 670, 671-77, 682; religión, 549-51, *550*, 555-56, 559; teatro, 584-87.
Sierra Leona, Compañía de Desarrollo, de, 439-40.
Sierra Leona, Selection Trust, 430-31.
Sierra Leona-Weekly News, 673 n.
sífilis, 509-10.
al-Sihaynī, faki 'Abdullāh, 630-31.
Sihetekela, 211-12.
Sikombo, jefe, 241-42.
Sikon, 299-300.
Silla, Forde, rey de Kombo, 162-63.
Simango, Kamba, 816-17.
Simensen, J., 679-80.
Sindano, Hanoc, 695-96.
Sindicatos, 36-7, 245, 272-73, 329-30, 375-76, 432-33, 538-39, 606, 638-39 y nacionalismo, 609-11, 646-47, 647 n, 666-67, 671-72, 706-10, 717-19, 726-29, 729-31.
Sionistas, iglesias, 564-65, 695-96, 720-22, *721*, 749-50.
Sirayo, jefe, 225-28, 232-33.
sirios en Africa, 95-6, 666-67, 768-70, 846-47.
Sirtica, Otomano, *118*.
Sishuba, Rev. Isaiah, 814-15.
Sithole, Ndabaningi, 807-08.
Siyiapei, escuela misionera, 719-20.
Swakopmund, 315-17.
Skinner, Elliot, P. 26-7.
Small, E. F., 676.
Small, Obispo John Bryan, 803-4.
Smith, Cynthia Brantley, 77-9.
SMOTIG, Madagascar, 266-68.
Smuts, General J. C., 311-15, 333-34, 719-20.
Soberanía, concepto africano de, 72-7, 82-3, 86; pérdida de la, 836-37.
sociales, efectos del colonialismo, 34-35, 521-41, 842-53, 855-57; y élite africana, 531-37, 848-51; *vid.* también población.
Sociedad Asante Kotoko, 667-68.
Sociedad de Colonización Americana (ACS), 276-79, 792.
Sociedad de Desarrollo Africano, 794-95.
Sociedad de la Iglesia Misionera (Anglicana), 189-90, 553.
Sociedad de la Misión Africana, 806-07.
Sociedad de Naciones, 334-35, 341-42, 357-58, 467, 471-72, 608, 614-15, 719-20, 743-44, 788-89, 816-17; y Etiopía, 772-73, 782-87; y Liberia, 755, 776-79, 779-82; Unión, 335-37.
Sociedades Secretas, 514, *515*, 269-72, 549-51, *550*.
Società Rubattino, 291.
Société Amicale des Originaires del'Afrique Equatoriale Française, 609-10.
Société Commerciale de l'Ouest-Africain (SCOA), 404-06, 434-35.
Société des Huileries du Congo Belge (SEDEC), 440-05.
Société des Mines d'Aouli et Mbladen, 460-61.
Société du Haut-Ogooué, 402-04.
Société Générale, Congo Belga, 402-04.
Société Peñarroya-Maroc, 4, 460-61.
Sociedad para la Protección de los Derechos de los Aborígenes (ARPS), 169-70, 222-23, 231-32, 419-20, 598-9, 609, 682, 814-15.
Sociétés Indigènes de Prévoyance, 390-92, 458-59, 471-72.
Sofala, 750-51, 843-44.
Soga, Tiyo, 222-24.
Sokoto, Califato, 4, 58-9, 159-62, 324-25, 527-28, 546-47, 557-58.
Solanke, Ladipo, 609-10.
Somabulana, jefe, 241-42.
Somali Asociación Islámica, 638-39.
Somali, lengua, 638-40.
Somali, National Liga, 638-39.
Somali, pueblo, 106-10, 197-98, 833.
Somalilandia (Somalia), 60-1, 87-9, 106-10, 297-98, 342-43, 347-48, 351-53, 370-71, 833; británica, 106-09, 633-34, 636-39, 783-84; movimientos de protesta elitista, 637-40, francesa, 106-07, 636-39; italiana, 106-07, 108-09, 342-43, 347-48, 633-637, 783-86; movimientos de protesta local, 633-38; política y nacionalismo, 617-18, 632-640, 705-06; *djihad* de Sayyid Muhammad, 107-10.
Somba de Atacora, 162-63, 333-24.
Soninke, 68-9, 144-45, 162-66.
Sorrenson, M. P. K., 414-15.
Sotho, 223-225, 232-34, 236-40.
Sotho National Council, 307, 323-34.
Souaibou, 164,66.
Sousa Sebastião Peidade de, 749-51.
South Carolina-Liberian Exodus Joint Stamship Company, 792.
Soyinka, Wole, 575-600.
spirillum fever, 509-10.
Stack, Sir Lee, 627n.
Stanley, H. M., 27-8, 38-9, 50-1.
status social de los africanos, 528-37, 850-52.
Staup, Teniente, 152-53.
Steinhart, Edward, 74-5, 82-3.
Stellalandia, república de, 236-37.
Superbie gold deposits, 255-56.
Sudáfrica, 23-5, 50-1, 66-67, 196n, 562-64; resistencia africana, 219-45; iglesias afrocristianas, 719-24; alianzas, 223-24, 239-45; ANC, 722-28; evangelismo negro americano, 803-806; gente de color, 217-20; economía, 362-68, 440-43, 841-42; organizaciones políticas elitistas, 722-28; música mbira, 582-85; ocupación militar, 59-60; misioneros, 222-24, 225-27; antes de la regla colonial, 219-24; protesta campesina, 717-20; política y nacionalismo, 611-12, 715-32; política de confrontación, 223-33; protectorados y tutelas, 223-24, 232-39; teoría racial de los ganaderos blancos, 528-31; crecimiento urbano, 517-18; movimientos de la clase obrera, 722-25, 726-32.
Sudán, 146-47, 293, 309-10, 400-01, 485-90, 499-500, 514-15, 834-35; agricultura, 724-32, 487-90, 839-40; británica, (anglo egipcia), regla, 59-60, 101-06, 486-90, 622-25, 629-30; Condominio, acuerdo de, 622-23; economía, 451-53, *454*, 485-90; y Etiopía, 293-94; infraestructura, 486-90; revuelta militar de Jartum, 627-30; Mahdismo, 97-105, 486-87, 629-32; movimientos de protesta, 104-106, 631-33; turco-egipcia, regla, 97-102, 485-86; movimientos jóvenes de protesta, 626-30.
Sudán francés (Ahora Malí), *138*, 150-51, 162-63, 169-70, 400-01, 496-98, 558, 582-83, 594-95, 835-35; política y nacionalismo, 609-12; *vid.* también Sudán, Sudán Occidental.
Sudán Occidental, 137-40, 152-53, 159-61, 540-41, 555-56, 582-83, 831; cultura literaria, 590-96; *vid.* Sudán, Sudán francés.
Sudi, Mzee Bin, 712-13.
Sudoeste, Africa del (ahora Namibia), 26, 73-4, 244-45, 311-17, 318-19, 334-37, 367-68, 567-69, 741-42; Alemania en el, 50-1, 59-60, 236-37, 243-44, 354-56, 364-65, 505; leyes de trabajo obligatorio, 355-56; política y nacionalismo, 715, 719-20; como Mandato de Africa del Sur, 334-35, 446-47.
sueño, enfermedad del (tripano somiasis), 509-14, 843-44.
Suez, 480-81, 618-19; Canal, 91-5, 315-17, 361-63, 480-81, 618-21.
Sufismo, 111-13, 324-26, 557-58.
Sukumulandia, 369-70.

Sulūk, 123-25.
Sunnī, 123-25.
Sur de Africa, 71-2, 203-04, 219-22, 227-30, 232-34, 236-37, 240-41, 439-40, 516-17, 539, 816-17; rebelión afrikaner, 315-17, 326-27, 333-34; iglesias afrocristianas, 298-99, 562-65, 567-79, 611-12, 718-24; ANC, 722-28; guerras anglo-boers, 56-7, 59-60, 238-39, 333-34, 362-63, 441-43; rebelión bambata, 223-24, 240-41, 359-60; emigración negra americana al, 791-95, 820-21, 827-28; evangelismo negro americano, 802-06, 813-14, 827-28; creación de la Unión (1910), 441-43, 446-48; economía, 362-64, 366-69, 372-73, 409-12, 438-49; Iglesia etíope, 298-99, 562-64, 611-12, 720-22, 749-50; migración europea interior, 491-92; Primera Guerra Mundial, 306-17, 323-24, 326-27, 329-30, 333-37; leyes laborales (leyes de paso), 354-56, 443-446; enajenación de la tierra, 362-63, 443-46, 841-42; manufactura, 446-48; minas, 362-63, 367-68, 393-94, 441-48, 716-17, 728-31; protesta campesina, 717-20; Status político de los africanos, 357-58; población y nacionalismo, 333-35, 607-08, 611-12, 671-72, 715-32; crecimiento de la población, 514-18; políticas racistas, 333-34, 337, 341-42, 348-50, 444-49, 528-31, 718-19, 724-25, 850-51; Sudoeste de Africa, 244-45, 334-37, 354-56, 446-47; Swazilandia, 237-39; influencia tuskegee, 814-16; urbanización, 444-49; ganaderos blancos, 219-21, 232-33, 237-39, 362-63, 366-67, 440-41, 443-44, 486-87, 521-22, 607, 841-42; militancia de trabajadores blancos, 729-30; protesta de la clase trabajadora, 726-32; zulúes, 225-28; Acta (1909), 238-39; Congreso de, 609-10; Congreso Indio de, 724-25; Liga internacional Socialista de, 728-29; Corporación de Hierro y de Acero de, 447-48; Congreso Nacional Nativo de, 245, 334-35; *vid.* también ANC.
Surinam, 821-23.
svikiro, profeta Shona, 198, 213-15, 242-44.
Swahili (lengua), 76-7, 84-86, 176-84, 200-02, 221-22, 360-61, 546-47, 734-35, 831, 849-50.
Swazi, 200-01, 223-25, 232-39.
Swazilandia, 237-39, 333-34, 367-68, 715, 722-25, 726-28; Convención (1890), 238-39.
Swift, William, 581.
Swonwe, 241-42.
Sykes, Kleist, 712-13.
Sylvain, Benito, 798-99, 798-800.
tabaco, 373-74, 427-28, 455-57, 474-78, 561, 837-38.
Tabo, (afro-brasileño), 801-02.
Tadjūra, (sultanato), 636-37.
Tafari Makonen, *vid.* Haile Sellasie.
Tafari Makonnen, Escuela, 773-74.
Tafilālet, 133-34.
Tagara de Jirapa, 594-95.
Tahār Safār, Bahrī Kīta, 656.
Taita, 180-82.
Takarunou, 180-81.
Takoradi, 843-44.
Talib, Profesor Y. A., 590n.
talibés, (estudiantes religiosos), 142-144; al Tall al-Kabīr, batalla de (1882), 91-3.
Talmī'n, batalla de (1901), 116-17.
Talodi, surgimiento de, 105-06.
Tamatave, 253-56, 267, 272-73.
Tambourine, Club, Etiopía, 797-98.
Tanga, 182-84, 315-17, 361-62.
Tanganika, (ahora Tanzania); resistencia africana; economía; alemanes en; surgimiento Maji-Māji; religión; asentamiento blanco; *vid.* también Africa Oriental Alemana, 408-9, 792; alemanes en, 157-60, 167-8, 284-5, 472; Surgimiento Magi Magi, 37,49, 51, 52, *151*, 167-8, 472, 516; religión, 516, 517, 518, 533, 654, 655, 692; asentamiento blanco, 63, 164; *vid.* también Africa Oriental Alemana.
Tanganika, Asociación Africana de (TAA), 712-14.
Tanganika Civil Servants Union, 708-09.
Tanganika lago, 56-7, 176-78, 334, 361-62.
Tangayika, Territory African Civil Service Asociación del Servicio Civil Africano del Territorio de, 709-10.
Tanner, Henry O., 816-17.
Tarāwik del Ahaggar, 129-30.
Tarfāya, 132n.
tarifas, protección de, 47-8, 437-41, 447-48, 461-63, 472-73, 484-85, 767-68.
Tarrara, Abdullah, 710-11.
Tasamma, Ras, 762-65.
Tatila Akafuna, 233-34.
Tavernot, Teniente de, 152-53.
Tawara, 214, 218.
Tawārik, 198, 200-01, 214-15, 239-40, 243-44; Fuerza de Defensa de, 329; Congreso de Graduados de, 574; Misión Interior de, 731; Sindicato de Plantaciones de, 455.
Tawfī'k, Khedive, 63, 65, 67, 69, 76.
Taymur, Mahmūr, 592-93.
Taytu, Empresa, 295-97, 301-03.
al-Tayyibī, Ibn, 133-34.
Tazī'kzāut, batalla de (1932), 125-27, 134-35.
Teachers Training College, Monrovia, 770,72.
teatrales, artes, 584-91.
Tebessa, 652.
Tehuango, 211-12.
telégrafos y teléfonos, 38-9, 162-63, 275-277, 301-04, 359-60, 438-39, 836-37.
Teleki, Conde, 179-80.
Tell, 454-59, 461-62, 471-72.
Tembo, Edward, 725-26.
Tembu, Iglesia, 562-68, 720-22.
Temne, 164-66, 559.
Temple, Sir Charles, 352-53.
Temsamān, 649.
territorio, política, 710-14.
Territorios de la Alta Comisión, 238-39, 367-68; *vid.* también Basutolandi Bechuanalandia, Swazilandia.
Territorios del Norte, Costa de Oro, 58-9, 390, 409, 419-20, 438-39.
Tete, motín (1917), 207-09.
Tewodros II, emperador de Etiopía, 281-82, 284-86, 773-74.
al-Tha'ālibī (Taalbi), Shaykh 'Abd al'Azīz, 644-45, 647-49.
Tharaka, 553.
Thembu, 219-21, 223-24, 239-40.
Thōgoto, escuela 698-99, 711-12.
Thompson, Kojo, 668-69.
Thompson, V., 230-31, 539.
Thornton, John, 71-2, 74-5.
Thuku, Harri, 331-34, 535-37, 609-10, 702-04, *703*, 705-06, 708-09, 710-12.
Tiassalé, 152-54.
Tidikelt, 127-29.
Tidjidja, 117-19, 129-30.
Tiebu, Faama de Sikasso, 147-49.
tierra, enajenación de, 35-6, 187-88, 240-41, 272-73, 276-78, 362-63, 414-21, 424-25, 443-46, 451-57, 706-07, 841-43, 845-46; propietarios de la, 101-02, 188-99, 252-54, 271-72, 282-84, 526-27; colonias británicas, 414-21, 424-25, 443-46; comercialización de la, 837-38, 840-42; egipcia, 481-83; en Kenia, 702-07; el Libia, 476-78; en el Norte de Africa, 451-60, y densidad de población, 497-99; en Sudán, 489-90; *vid.* también agricultura.
Tigre, 281-84, 294-97, 758-61, 765-66, 773-77, 786-87.
Tijaniyya, orden, 557-58, 612-13.
Tile, Nehemiah, 562-64, 720-22.
Timbuktu, 517-18, 843-44.
Times of Nigeria, 610-11.
Tinker, T. P., 728-29.
Tippu Tib, 202-03, 527-28, 831.
Tit, batalla de (1902), 129-30.
Tiv, 532-33.
Tlhapink, 236-37.
Tlemcén, 652.
Toalé, asunto, 252-53.

Tobruk, 119-21.
Toera, rey, 263-65.
Tofa de Porto Novo, 31-33.
Togolandia, Togo, 50-1, 59-60, 310-11, 315-17, 335-37, 674-75, 686-87, 815-16, 833-35; Afro-brasileños, 792, 798-802.
Toma, 150-51.
Tonga, 193-96, 198, 200-06, 207-10, 212-16, 239-40, 725-26.
Tonkin, 250-51, 253-54.
Toomer, Jean, 810-11.
Torodo, revolución (1776), 83-4.
Touba Kuta, batalla de (1887), 58-9, 164-66.
Touval, Saadia, 64-66.
Trabajadores, movimientos de, 722-25, 726-32, 735-38, 747-50; blancos, 729-31, *vid.* también trabajo, sindicatos.
Trabajadores Industriales de Africa, 728-32.
Trabajadores Internacionales de (SFIO), 272-73, 646-47.
trabajo, africano, 188-192, 360-61, 769, 767-70; agrícola, 367-71, 389-92, 394-96, 444-46; en las colonias británicas, 414-15, 420-28, 707-10; y economía colonial, 363-68, 388-94; abandono del, 735-37, 741-42, 746-48; exportación de, 203-05, 207-09, 775-79; en las colonias francesas, belgas y portuguesas, 388-94, 739-40, 744-48; división internacional del, 373-74; legislación sobre, 354-56, 392-94, 443-46; migración de, 367-72, 392-93, 506-07, 516-17, 521-22, 716-17, 724-25, 842-43; en minas, 367-71, 392-94, 432-33, 442, 443-46, 716-17, 728-31, 734-37 y nacionalismo, 606, 646-50, 707-10; Norte de Africa, 453-55, 458-59, 646-50; protesta campesina, 207-10, 718-19, 732-34; penal, 391-92; y descenso de la población, 506-09; estacional, 716-17; de autoempleo, 538-39; en el Sur de Africa, 443-47, 716-17; sindicalización del, 538-39, 606, 707-10; urbano, 531-32, 716-17, 747-48, 845-47; huelga de, 365-66, 368-372, 374-75, 399-400, 425-27, 446-47, 458-59, 538, 841-42; en guerra, 328-30; movimiento blanco, 729-30, 747-48; protesta de la clase trabajadora, 722-24, 726-32, 735-38, 747-50; *vid.* también trabajo forzoso, trabajo forzoso, 35-6, 85-6, 91-3, 192, 200, 203-10, 239-43, 259-60, 351-56, *335*, 364-65, 375-76, 388-92, 401-02, 425-27, 506-08, 564-65, 707-11, 739-41, 747-48, 750-51, 768-70, 775-80, 842-43; chibalo, 747-49, 751-52; corvée, 265-66, 300-01, fanompoana, 255-58, 265-68; *vid.* también trabajo.
Transkey, Reserva Nativa, 444-446, 718-19, 722-24, 820-21.
transporte marítimo, 372-74, 440-41, 476-77, 815-16, 841-42.
Transportes, Cuerpo de, 692-93.
Transvaal, 225-27, 233-39, 311-15, 392-93, 440-44, 512-14, 583-84, 726-31, 804-05.
Tranzozoro, 256-58, 269-73.
Trarza, 117-19, 133, 141-42.
Tratado de Comercio y Navegación (1862) EE.UU.-Liberia, 304-05.
Tratado de Fomena, 154-55.
Tratado de Gori (1887), 144-45.
Tratado de Illing (1905), 143-44.
Tratado de Mango (1880), 108-09.
Tratado de al-Radjma (1920), 325-26.
Tratado de Vereeniging (1902), 238-39.
Tratado de Wuchale (o Uccialli: 1889), 60-61.
tratados, realización de (1885-1902), 53-58.
Travell, Winthrop, 780-86.
trigo y cebada, 427-28, 455-63, 467-71, 504, 840-41.
Trimigham, T. S., 555, 56.
Trinidade, Solano, 821-22.
Tripartita (Convención) (1906) 304-06, 782-83.
Trípoli, 472-77, 489-90.
Trípoli, ciudad, 119, 473-78, 847-48.
Tripolitania (Libia), 38-9, 111-22, 133, 361-62, 643-44, 649-50; conquista italiana de postguerra, 60-61, 121-23; guerra Turxo-italiana (1911-12), 117-21; *vid.* también Libia, Trípoli.
Tripolitania, República, 325-26.
Trotha, General von, 244-45.
True Whig Party, Liberia, 278-81, 760-63, 775-76.
Trust Territories, Trusteeship, 335-37, 357-58, 419-20.
Tshekwana, 225-28.
Tuaregs, 506.
Tswana, 223-24, 232-38, 726-28.
Tuât, provincia, 111, 114-17, *132n*, 133.
Tubman, William V. S., *279n*, 759-60.
Tukulor, 58-64, 140-46, 557-58, 589-90, 831.
Tumbuka, 205-06, 215-16.
Túnez, 130-32, 321-23, 455-57, 460-61, 465-66, 472-73, 473-74, 491-92, 558, 646-47; agricultura y tierra, *451-60, 476-72;* economía colonial, 361-62, 366-67, 451-73; comunicaciones y puertos, 460-62; pugna constitucional, 643-46; crisis económica, 461-73; partidos Destür y Neo-Destür, 332-33, 644-47, 656-58; sistema fiscal, 465-67; franceses en, 50-1, 114-16, 122-28, 250-51, 451-55; italianos en, 114-16, 455-57, minería, 459-61, 467-68; turcos otomanos, 114-17; política y nacionalismo, 106-07, 111, 127-28, 331-33, 606, 641-61; resistencia, 111, 114-17, 325-26; gremialismo comercial, 646-47, *647n;* Cooperativa tunecina, 656.
Le Tunisie martyre (folleto), 644-45.
Turco-italiana, guerra, (1911-12), 117-21.
Turner, Obispo Henry McNeal, 792-98, 802-06, 810-11, 813-14.
Turquía (Imperio Otomano), 111, 121-22, 130-31, 297-298, 331-32, 558-61, 791-92; Egipto, 93-5, 618-19; Primera Guerra Mundial, 309-10, 315-17, 324-25, 557-58, 618-19; Libia, 114-21, 473-76, 481-83; Sudán, 97-102; Túnez, 114-17, 644-45; Jóvenes Turcos, 117-19; estrechos, 120-21.
Tushki, batalla de (1889), 101-02.
Tuskegee, Instituto, 712-13, 813-16, 820-21, 828.
Tüwaysit, 460-461.
Twe, Didwo, Senador Kru, *757*, 758-59, 762-63.
Twi, lengua, 849-850.

Ubangi, 394-95.
Uganda, 54-60, 175-76, 178-79, 192, 321-24, 326-28, 353-54, 389-90, 392-93, 503, 506-07, 522-23, 531-32, 539-40, 582-83, 603-604, 707-08, 834-35; Baganda (Acuerdo británico de 1900), 186-89; economía, 369-70, 411-15, 421-23, 432-35, 439-40, 839-40; educación, 525-26, *530*, 847-48; distribución de la tierra, 188-89, 414-15; servicios médicos y control de enfermedades, 510-14; política y nacionalismo, 611-12, 698-704, 705-06, 722-24; Protectorado, primera declaración formal del, (1984), 59-60; religión, 551-53, 564-65, 691-92; resistencia, 184-87, 190-91; asociaciones sectoriales, 705-06; asociaciones juveniles, 689-704.
Uganda Herald, 699-700.
Uganda, Servicio Médico de, 511-12.
Uganda, Ferrocarriles de, *177*, 178-79, 187-88, 439-40, 506-07, 591-92.
Ugenya Kager Luo Clan, Asociación, 705-06.
Ujiji, 176-78.
ulamá, 93-5, 133-35, 594-96, 651-53, 656-58.
Ukambani, 187, 190, 553, 693.
Ultima Iglesia de Dios y Su Cristo, 564, 612.
'Umar, al-Hadj, 142, 143, 164.
'Umar, Hädjdjï Farah, 636-39.
Umbundu, 214.
Umm Diwaykrät, batalla de (1899), 102.

Umma, Partido Egipto, 97.
Undi, 193.
Unga, 204.
União Africano, 748.
Unilever, 404, 733.
Union Inter-Coloniale, 685.
Union Minière du Haut Katanga (UMHK), 391-94, 402, 734-37.
Unión de Mecánicos Nigerianos, 671.
Unión de Trabajadores Ferroviarios de Sierra Leona, 671.
Unión de Trabajadores Industriales y Comerciales (ICU), 671, 718, 729-31, 818.
Unión del Pueblo, Nigeria, 169.
Unión Postal Internacional, 301.
uniones y asociaciones étnicas, 36, 537-38, 609, 722.
United True Whig Party, 761.
University College, Jartum, 628.
Unión Soviética, 331, 334, 341n, 725-28, 784.
Universal Negro Improvement Association (UNIA), 608-10, 674, 682, 767, 795, 796, 797, 814, 817-21.
'Urābī, Coronel Ahmad, ('Arabi Pacha'), 89, 90, 91-95, 100, 109.
Urabista, revolución, (1881-2), 87-95, 97.
uranio, 735.
urbano, centros, urbanización, 370, 401-03, 443-49, 469, 472, 516-18, 594-96, 760, 854; arquitectura, 579; brecha entre centros rurales y, 845-47; protesta intelec., 750-54; precolonial, 523, 843 y cambio social, 521-27, 529-32, 537-39, 843-46; sociales, 844-46; *vid.* también migración urban proletariar, 531, 716, 747, 845-47; *al-'Urwa al-Wathkā* (revista panislámica), 93.
Usambara, 186-88.
Uthmān Mahmūd, Sultán, de Midjurtayn, 636.
Uzagān, 'Amar, 646.
Uzigua, 182.
Uzoigwe, G. N., 38-67, 833.
Uzuakoli, 549.

Vagrancy Ordinance, Kenia, 709.
Vai, 276, 286, 758, 779.
Vakinisaony, 259-60.
VaMbira, 583.
Van Hein, H., 637.
Van Niekerk, William, 236-37.
Van Pittius, Gey, 236-37.
Van Vollenhoven, Joost, 348-604.
Vansina, J., 61, 193-217.
Varcher, William Henry, 333-34.
Vaughan, Dr., 667-68.
Venda, 239, 583.
venéreas enfermedades, 506-12.
Venger, Pierre, 798, 805-07.
Vernon, AME Obispo, 816-17.
Versalles Conferencia de Paz de, 331-33, 334-37, 621, 782, 816.
Victoria, reina, 26-27, 155, 231, 268, 278, 294, 303, 836.
Victoria, cataratas, 439.
Victoria, incidente (1893), 232.
Victoria, lago, 178, 186, 511, 551.
vino, industria en el Norte de Africa, *454*, 455-59, 465-67, 470, 504.
Violette, Maurice, 650.
Virgin, General, 773.
Virginia Seminario Theologico, 805.
viruela, 400-03, 509, 512, 636.
The Voice of Missions, 803.
Voituret, 152.
La Voix Africaine, 686-87.
La Voix des Nègres, 611.
La Voix du Dahomey, 611, 801, 802.
Volpi procónsul, 121-123, 135n.
Volta, río, 154, 595.
Voltaica, Zona también Alto Volta, 351.
Vorimo, clan, 262.
Vox Populi, 611.
Voz d'Angola clamando no deserto, 742.
Voyburg, 236-37.
vudú, 777.
Vuelta a Africa, movimientos, 791-802.
Fy Varo Sakelika (VVS), 269-272.

Waalo, 83.
Wadai, 400, 478.
Wādī Gīr, 117.
Wādī Halfa, 105.
Wādī Nafis, 471.
Wādī Nūn, 121.
Wādī Zūsfānā, 117.
Wafd, Partido Egipto, 223, 331, 609-26, 627, 639.
Wahehe, 59.
Waiyaki, 176, 179.
al-Wakki Ambouch, 125.
Wal Wal, incidente (1934), 783-84.
Wallace Johnson, I.T.A., 667-69, 670.
Wallerstein, Immanuel, 84-85, 537.
Walo, 140.
wanaziona, 602, 609, 689.
Wanga, 175-78, 181, 705.
Warm-charm movements, 549-552.
Warren, Sir Charles, 236.
Washington, Booker T., 222, 795, 810, 813-18.
Wataniyyī'n o 'Patriotas marroquíes', 656.
Watchtower Movement, 209, 213, 325, 562-65, 611, 695-6, 734-35, 742.
Watusi, 581.
al-Wazzānī, Bel Hasan, 654.
Weekly Times, 798.
Wellington, movimiento, 722.
Weme, río, 151.
Wendling Coronel, 141.
Wenyako, batalla de (1882), 147.
Wesley, Henry Too, 758, 762.
Wesleyan Iglesia/Sociedad Misionera, 749, 802, 847.
West Africa, 675.
West African Currency Board, 404.
West African Pilot, 669, 787.
West African Reporter, 597.
West Nyasa Association, 187.
Westminster Gazette, 210.
Westminster sistema de devolución colonial, 357.
Whata, 241.
White Walter, 816.
Whydah, 686, 800.
Wia, 293.
Wiechers y Helm, 299.
Wilberforce, Institución Africa del Sur, 804.
Wilberforce, Universidad (EE.UU), 803-05.
Wilks, I., 594.
Willcox, W. F., 492-94.
Williams, Henry Sylvester, 608-10, 816.
Wilson, Godfrey, 503.
Wilson, Presidente Woodrow, 331-35, 619, 644, 663.
Wissman, Hermann von, 72, 182.
Wittboi, Hendrik, 26, 73, 76-78.
Witwatersrand, 362, 728; Asociación de Trabajo nativo, 392.
Wobogo, Moro Naba, rey de los Mossi, 25-27, 32.
Woermann, A., and Company, 299-300.
Wolamo, 295.
Wolie, Ras Gugsa, 763.
Wolof, 589-90.
Wolseley, General Sir Garnet, 91, 154.
Wuchale, Tratado de (1889), 294-98.
Wudjda, 117, 128, 460-471.

Xhosa, 219, 222, 232, 239-41; matanza de ganado (1857), 222-24, 241, 820; profetismo, 76-80, 82.
Xuma, A. B., 807.

Yaa Asantewaa, Guerra (1900), *157*, 162, 166-69.
Yaba Higher College, Nigeria, 613.
Yaba laboratorios, Rockefeller, 512.
Yaka, 200, 204-07.
Yakan 'Adīl', 623.
Yala, 700.
Yalley, M., 587.
Yambio, 105-06.
Yancy, Vicepresidente Allen, 777.
Yao, 193, 196, 200-03, 221-27, 239, 738.
Yao Guié, 153.
Yawn al-Djamā, batalla de (1913), 120.
yaws, 509-11.
Yayū, Sultán de Awsa, 636-38.
Yeke, 196, 202, 211.
Yesufu, Profesor, T. M., 539.
Yohannes IV, Emperador de Etiopía, 281, 284, 291-95.
Yoruba, 36, 40, 58, 62, 128, 134-5, 151, 156-159, 300, 326, 470, 478, 480, 484, 488, 489, 493, 500.

503, 510-17, 522-25, 527, 533, 646, 685; y los afro-brasileños, 752, 754, 760, 761, *779*; periodicos, 611, 798-801, 806-08, *826*; escultura, 539, 540, *541*, 575-76, *577*, 578.
Youri, batalla de (1891), 58.
Youssef, Ibrahim, 608.
Yūsuf 'Alī Kenadid, Sultán, 635-37.
Yūsuf, Hādjdj Bashīr, 636.

Zīr, 457.
Zaghlūl, Pacha, S'ad, 331, 609, 617-19, 620, 621-26, 639.
Zaghlūl Fathi, 591n.
zahir, decretos, 459-63.
Zaidan, Jurji, 591n.
Zaire, *vid.* Congo, Estado Libre.
Zaire, río, 214.
zakāt, 486.
Zambeze, Compañía, 406.
Zambeze, río/valle, 71, 74-77, 82, 85, 193, 196-200, 202, 205, 207-10, 212-17, 224, 439, 746.
Zambia, *vid.*, Rhodesia del Norte.
Zande, 470.
Zanzíbar, 54-57, 59, 176, 182, 255, 327, 360, 421, 499, 504, 698, 705, 713, 815; *vid.* también Tanganika.
Zaria, 159.
Zawditu, Emperatriz, 760, 763.
zawaya (centros), 111, 133.
Zaydab, 487.
Zayyan, 130, 133.
Zazuru, 567.
Zellīdja, mina, 460.
Zerma-Zoorai, 401.
Zibhebhu, 227.
Zifta, presa, 479.
Zimbabwe, Rhodesia del Sur.
Zinder, 473.
Zīrs, 130.
Zizer, J. C., 677.
Zomba, 725.
Zulú, 28, 223-28, 232, 237-40, 441, 505, 813; victoria británica sobre (1879), 227, 232; 1906 rebelión, 240, 505; revolución, 219-22, 235, 237.
'Zulu Choir', 581, 803.
Zululhlenga, 225-27.
Zwimba, 241.

HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Volumen I.	*Metodología y prehistoria africana* Director: J. Ki-Zerbo
Volumen II.	*Antiguas civilizaciones de Africa* Director: G. Mokhtar
Volumen III.	*Africa entre los siglos VII y XI.* Director: M. El Fasi
Volumen IV.	*Africa entre los siglos XII y XVI* Director: D. T. Niane.
Volumen V.	*Africa entre los siglos XVI y XVIII* Director: B. A. Ogot.
Volumen VI.	*Africa en el siglo XIX hasta 1880* Director: J. F. Ade Ajayi
Volumen VII.	*Africa bajo el dominio extranjero, 1880-1935* Director: A. Adu Boahen
Volumen VIII.	*Africa desde 1935* Director: A. A. Mazrui

Desde hace tiempo, la historia real de Africa ha quedado oculta por mitos y prejuicios de toda índole. A las sociedades africanas se las consideraba incapaces de tener historia. Pese a los importantes trabajos desarrollados desde las primeras décadas del presente siglo por pioneros como Léo Frobenius, Maurice Delafosse y Arturo Labiola, un buen número de especialistas no africanos, aferrados a ciertos dogmas, sostenían que esas sociedades no podían ser objeto de estudio científico por falta, en especial, de fuentes y documentos escritos. Efectivamente, no se admitía que el africano fuera creador de culturas originales, florecidas y perpetuadas, a través de los siglos, por vías propias que el historiador no puede, por tanto, interpretar sin hacer renuncia de determinados prejuicios ni renovar su método.

La situación ha evolucionado mucho tras la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde que los países africanos, ya independientes, participan de modo activo en la vida de la comunidad internacional y en los intercambios mutuos que constituyen su razón de ser. Un número creciente de historiadores ha tratado de abordar el estudio de Africa con mayor rigor, objetividad y franqueza, utilizando —con las precauciones típicas, por cierto— las propias fuentes africanas.

De ahí la importancia de la Historia General de Africa, *en ocho volúmenes, que la UNESCO ha empezado a publicar.*

Los especialistas de numerosos países que han colaborado en esta obra se han dedicado, ante todo, a sentar las bases teóricas y metodológicas. Se han preocupado por reconsiderar las simplificaciones abusivas a que había dado lugar una concepción lineal y limitativa de la historia universal, y por restablecer la verdad de los hechos siempre que ello fuera posible y necesario. Han tratado de desentrañar los datos históricos que permiten seguir mejor la evolución de los distintos pueblos africanos en su idiosincrasia socio-cultural. Esta historia pone en evidencia, a la vez, la unidad histórica de Africa y las relaciones de ésta con los demás continentes, en especial con las dos Américas y el Caribe. Por largo tiempo, las expresiones de la creatividad de los descendientes de africanos en América habían sido aisladas por algunos historiadores como un conjunto heteróclito de africanismos; por supuesto que esta visión no es la de los autores de la presente obra. En ésta, la resistencia de los esclavos llevados a América, el hecho del «mestizaje» político y cultural, y la participación constante y masiva de los descendientes de africanos en las luchas de la primera independencia americana, así como en los movimientos nacionales de liberación, han sido justamente entendidos como lo que fueron: vigorosas afirmaciones de identidad que han contribuido a forjar el concepto universal de Humanidad...

Asimismo, esta obra muestra con claridad las relaciones de Africa con el Asia meridional a través del Océano Indico, así como la aportación africana a las demás civilizaciones en el juego de los intercambios mutuos. Ofrece también la gran ventaja —al adecuar nuestros conocimientos de Africa y proponer criterios diversos sobre las culturas africanas, al igual que una nueva visión de la historia— de subrayar las sombras y las luces, sin esconder las diferencias de opinión entre los diversos expertos.